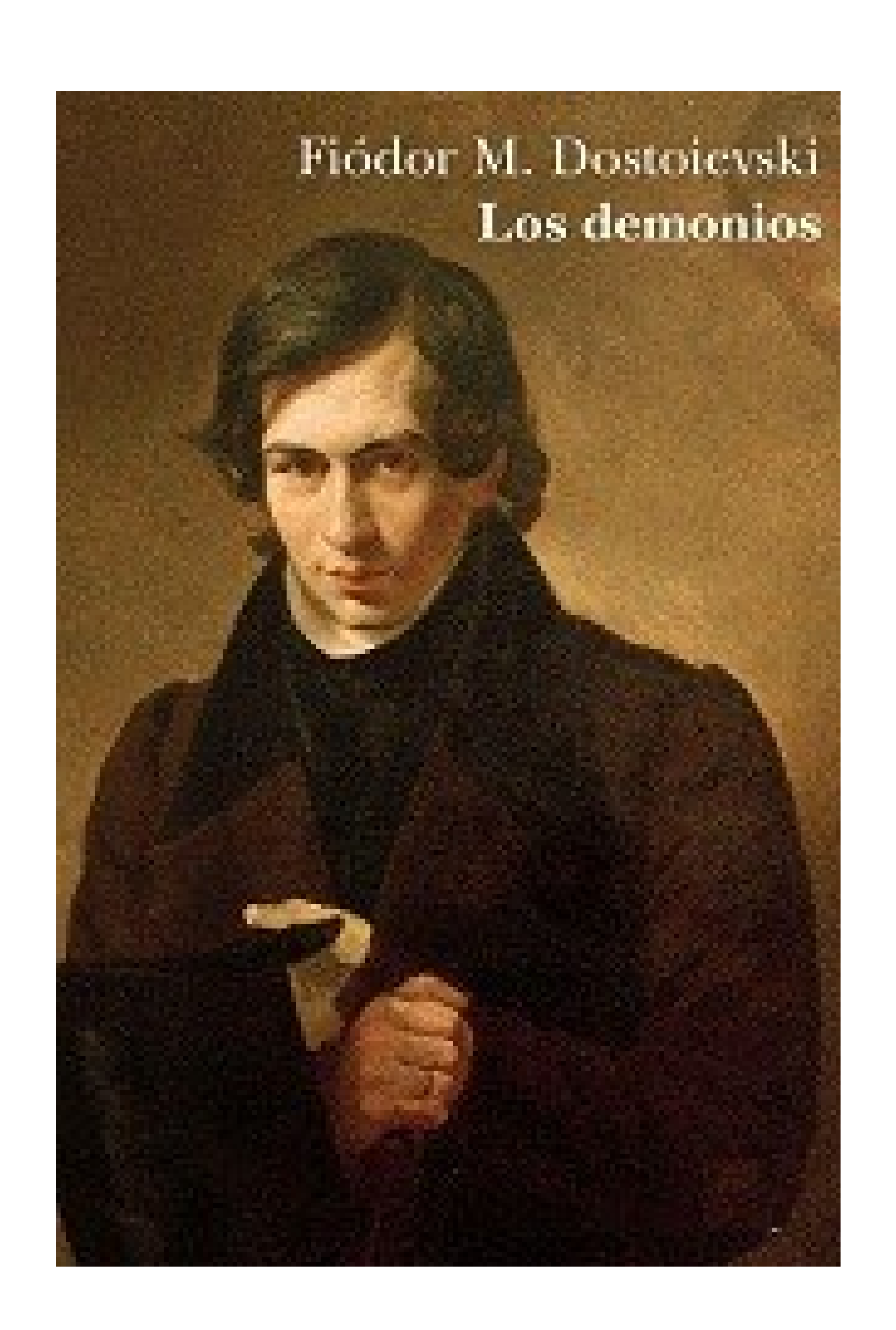

Fiódor M. Dostoievski
Los demonios

Fiódor Dostoyevski

LOS DEMONIOS

Título original: *Бесы*

Fiódor Dostoyevski, 1872

Traducción: Fernando Otero

Nota al texto

En 1867 Fiódor Mijáilovich Dostoyevski (1821-1881), asediado por sus acreedores (entre otras cosas, el novelista había tenido que hacerse cargo de la cuantiosa deuda que su hermano Mijaíl había dejado a su muerte en 1864), se vio obligado a abandonar Rusia en compañía de su segunda mujer, Anna Grigórievna, con la que se había casado en febrero de ese mismo año. Hasta su regreso a la patria en 1871, viajó por Alemania, Suiza e Italia, estableciéndose en Dresde en 1869. Fueron aquéllos unos años de intensa actividad literaria, que se materializó en la publicación de una de sus grandes novelas, *El idiota* (1868-1869), así como de la muy notable novela «menor» *El eterno marido* (1870). Paralelamente, Dostoyevski empezó a esbozar un ambicioso proyecto de «novela filosófica» —más bien, todo un ciclo «épico-novelesco»—, con el título provisional de *Ateísmo* (luego sustituido por el de *La vida de un gran pecador*), si bien no tardó en dejar de lado este plan, que solo retomaría después de varios años, para desembocar en lo que sería su última y más genial creación, *Los hermanos Karamázov* (1879-1880).

Entretanto iban surgiendo nuevas ideas narrativas, impulsadas por la creatividad de su autor, pero también por sus sempiternos apuros económicos y por los compromisos editoriales adquiridos. Sabemos que entre los nuevos proyectos se incluía un relato protagonizado por un tal «capitán Kartúzov» —probable precedente del Lebiadkin de *Los demonios* (aunque, curiosamente, en el primer capítulo de la novela se menciona expresamente a un capitán Kartúzov)—, la historia de «una Pupila» —la posterior Daria Pávlovna— o una novela sobre un Príncipe y un Usurero —en el primero de ellos no es difícil adivinar a Nikolái Vsévolodovich Stavroguin—, por citar algunos ejemplos de los que tenemos noticia. Todas estas ideas, apuntes y esbozos experimentaron una completa reconsideración a raíz de un célebre suceso que llevaría a Dostoyevski a acometer la redacción de una novela con la que pretendía expresar de forma palmaria, y hasta tendenciosa, su abierto rechazo de la juventud nihilista rusa de la década de 1860, al tiempo que ajustaba las cuentas con su propia generación, la de los liberales de los años 40, los cuales, con sus incapacidades, contradicciones y quimeras, habrían abierto la puerta a los nuevos «demonios». El suceso en cuestión fue el asesinato en Moscú, en noviembre de 1869, del estudiante Iván Ivanov, falsamente acusado de ser un delator, a manos de sus camaradas del grupo revolucionario *Naródnaia rasprava* (algo así como Represalia del Pueblo), dirigido férreamente por Serguéi Guennádievich Necháiev (1847-1882), colaborador de Mijaíl Bakunin y autor del *Catecismo de un revolucionario* (1869).

De hecho, el propio Necháiev es mencionado fugazmente en *Envidia*, un nuevo esbozo —sin fecha, aunque presumiblemente pudo ser redactado en enero o febrero de 1870— de lo que poco después pasaría a ser ya *Los demonios*. En este

esbozo se vislumbran muchos de los conflictos y personajes de la novela (aunque casi ninguno presenta todavía su nombre y condición definitivos), si bien el elemento político, que ya se apunta, no se sitúa todavía en primer plano. A partir de entonces, Dostoyevski —que mientras tanto ya había concluido y entregado *El eterno marido*— se volcó en la elaboración de *Los demonios*. No obstante, el proceso de redacción le causó muchos quebraderos de cabeza, y sabemos que a mediados de 1870, cuando llevaba del orden de doscientas cincuenta páginas escritas, el autor, descontento con los resultados, decidió de pronto darle un nuevo enfoque al relato. (Lamentablemente, no se conserva el primer borrador, por lo que desconocemos los detalles y la profundidad de los cambios introducidos). De ese modo, podemos situar el arranque de la redacción «definitiva» de *Los demonios* en agosto de 1870. Y en enero de 1871 se inició su publicación por entregas en la prestigiosa revista *Russki véstnik*[1]. Sin embargo, aún no habían acabado los problemas de redacción y edición de la novela. A lo largo de 1871, las sucesivas entregas se fueron produciendo con regularidad, a pesar de los trastornos que le acarreó al novelista su retorno a Rusia en julio de ese año. Pero la serie se detuvo después del número de noviembre: el editor de *Russki véstnik*, el periodista y crítico conservador Mijaíl Katkov, se negaba a publicar lo que habría sido el noveno capítulo de la segunda parte de la obra, titulado «Con Tijon», por lo escandaloso de la confesión de Stavroguin, incluida en ese capítulo. Aunque Dostoyevski redactó una nueva versión algo más suave, Katkov se reafirmó en su veto. Definitivamente, el novelista hubo de renunciar a la inclusión del capítulo, circunstancia que trajo consigo nuevas alteraciones y rectificaciones en el esquema definitivo de la novela. La publicación por entregas de la obra estuvo casi un año interrumpida, hasta que pudo completarse en los últimos meses de 1872. Cuando, en 1873, *Los demonios* se editó en San Petersburgo como libro independiente, Dostoyevski procuró eliminar las referencias al capítulo suprimido. Éste acabó perdiéndose entre los papeles del escritor, y no reaparecería hasta 1922. Desde entonces, aunque se ha publicado en ocasiones de forma independiente, suele incluirse como apéndice en las ediciones de *Los demonios*, y nosotros nos atenemos a esta práctica.

La presente traducción se basa en el texto que aparece en el tomo séptimo de las *Obras completas en quince tomos*, publicados por la editorial Nauka en Leningrado en 1990.

Fernando Otero

Por mi vida que la senda

no se ve, nos extraviamos.

¡Qué hacer! Nos lleva un demonio

dando tumbos por el campo.

¿Cuántos son? ¿Adónde corren?

¿Por qué cantan con tal pena?

¿Van al entierro de un duende

o a casar a una hechicera?

A. S. Pushkin[2]

Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte; y le rogaron que los dejase entrar en ellos; y les dio permiso. Y los demonios, salidos del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó. Y los que apacentaban los cerdos, cuando vieron lo que había acontecido, huyeron, y yendo dieron aviso en la ciudad y por los campos. Y salieron a ver lo que había sucedido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo. Y los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado.

Lucas, 8, 32-36

Primera parte

Capítulo I. A modo de introducción: algunos detalles de la biografía del muy respetable Stepán Trofímovich Verjovenski

I

Al proponerme la descripción de unos acontecimientos tan recientes como singulares que han tenido lugar en nuestra ciudad, una ciudad que hasta el presente había pasado desapercibida, me veo obligado, dada mi falta de soltura, a remontarme bastante atrás en el tiempo, para empezar, en concreto, por ciertos detalles biográficos del muy respetable y lleno de talento Stepán Trofímovich Verjovenski. Sirvan estos detalles únicamente como introducción a la crónica propuesta, y la historia como tal, la historia que me dispongo a contar, quedará para después.

Diré, de entrada, que Stepán Trofímovich había desempeñado siempre entre nosotros un papel singular, de carácter cívico, por así decir, y amaba con pasión ese papel; lo amaba hasta tal punto que me atrevería a decir que era incapaz de vivir sin él. No es que pretenda yo compararlo con un actor de teatro: Dios me libre, y más teniendo en cuenta lo mucho que lo respeto. Todo eso podía ser consecuencia de su costumbre o, mejor dicho, de su continua y noble inclinación, ya desde niño, a recrearse en sus sueños de ocupar una posición llamativa en la sociedad. Le fascinaba, por ejemplo, su condición de «perseguido» y, digámoslo así, de «desterrado». En estas dos palabras había una suerte de brillo clásico, que lo había deslumbrado de una vez y para siempre, y que, elevándolo gradualmente, a lo largo de los años, en la opinión que tenía de sí mismo, acabó situándolo en un eminente pedestal, muy lisonjero para su amor propio. Hay una novela satírica inglesa del siglo pasado en la que un tal Gulliver, al regresar del país de los liliputienses, que apenas levantaban dos *vershkí*[3] del suelo, se había habituado hasta tal punto a tenerse por un gigante estando en compañía de esa gente que, cuando paseaba por las calles de Londres, no podía evitar gritar a los peatones y a los carruajes con los que se cruzaba, diciéndoles que tuvieran cuidado y se apartaran de él, no fuera a aplastarlos, pensando que todavía era un gigante, y los demás unos enanos. Por ese motivo se reían de él y lo insultaban, y los cocheros más soeces hasta fustigaban al gigantón con sus látigos. Pero ¿tenían razón al actuar así? ¿Qué no hará la costumbre? La costumbre estuvo cerca de llevar a Stepán Trofímovich a tales extremos, pero de un modo aún más inocente e inocuo, por así decir, por tratarse de un hombre exquisito.

Yo diría incluso que hacia el final de sus días todo el mundo, y en todas partes, acabó olvidándose de él, pero eso no significa que anteriormente fuera un desconocido. Es indudable que en una época formó parte de la famosa pléyade de las más ilustres personalidades de la generación precedente, y en un tiempo —a

decir verdad, solo por un brevísimo instante— muchos se lanzaban a pronunciar su nombre casi a la par de los de Chaadáiev[4], Belinski[5], Granovski[6] o Herzen[7], que por entonces empezaba a despuntar en el extranjero. Pero la actividad de Stepán Trofímovich concluyó casi en el mismo instante en que había comenzado, en medio de un «torbellino de circunstancias concurrentes», por así decir. ¡Quién lo diría! Más tarde se ha podido ver que, al menos a este respecto, no solo no existió tal «torbellino», sino tales «circunstancias» siquiera. Solo muy recientemente, hace apenas unos días, he llegado a saber, para gran asombro mío, pero de manera inequívoca, que Stepán Trofímovich no estuvo residiendo entre nosotros, en nuestra provincia, en calidad de desterrado, como pensaba todo el mundo, sino que ni siquiera estuvo nunca sometido a vigilancia policial. ¡He aquí una prueba de la tremenda fuerza de la imaginación! Él mismo creyó sinceramente toda su vida que en determinadas esferas recelaron siempre de él, que en todo momento vigilaban y controlaban sus pasos y que los tres gobernadores que se han sucedido en los últimos veinte años en nuestra provincia traían ya, al ocupar el cargo, una idea preconcebida de él, de tintes alarmantes e inspirada por sus superiores en el momento de nombrarlos. Si alguien, presentándole pruebas irrefutables, hubiera demostrado entonces al muy respetable Stepán Trofímovich que no tenía nada que temer, éste se habría sentido necesariamente ofendido. Pero, por lo demás, Stepán Trofímovich era un hombre muy inteligente, un hombre de lo más dotado, podría decirse incluso que era un hombre de ciencia, aunque la verdad es que en lo tocante a las ciencias… en fin, en el campo de las ciencias no es que hubiera hecho mucho, es más, yo diría que no había hecho nada de nada. Pero, por lo que respecta a los hombres de ciencia, eso es algo de lo más normal en esta Rusia nuestra.

Tras volver del extranjero, se distinguió como lector en una cátedra universitaria a finales de los años cuarenta. Pero apenas tuvo tiempo de impartir unas cuantas lecciones, al parecer, sobre los árabes; también tuvo ocasión de defender una brillante tesis relativa a la importancia política que, en el marco hanseático, estuvo a punto de alcanzar, entre 1413 y 1428, la ciudad alemana de Hanau, así como a las peculiares y oscuras razones por las que esa importancia no había llegado a materializarse. Su tesis fue recibida como un ataque tan sutil como punzante por los eslavófilos de la época, y de paso le granjeó entre ellos numerosos enemigos irreconciliables. Más tarde, por cierto, después de haber perdido su cátedra, aún tendría ocasión de publicar (a modo de venganza, por así decir, como queriendo demostrar lo que se habían perdido), en una revista progresista de periodicidad mensual, donde se traducía a Dickens y se daban a conocer las obras de George Sand[8], la primera parte de un estudio de gran profundidad que versaba, al parecer, sobre las causas de la extraordinaria rectitud moral de ciertos caballeros en una época concreta o algo por el estilo. En todo caso, en él se defendían unos conceptos elevados y de una excelencia poco común. Más tarde se dijo que la continuación del estudio había sido prohibida abruptamente y que aquella revista progresista pagó un precio por haber publicado la primera parte. Es muy posible, porque en aquellos días todo era posible. Pero en este caso lo más

verosímil es que no hubiera nada de eso y que el propio autor fuera demasiado perezoso para concluir su estudio. Por otra parte, interrumpió sus lecciones sobre los árabes porque alguien (evidentemente, uno de sus enemigos retrógrados) había interceptado, a saber cómo, una carta en la que se exponían determinadas «circunstancias», a consecuencia de lo cual le pidieron ciertas explicaciones. Ignoro si sería verdad, pero el caso es que por aquellos mismos días fue descubierta en San Petersburgo una vasta organización, antinatural y subversiva, integrada por unos treinta individuos, que no estuvo lejos de sacudir los cimientos del edificio social. Decían que se reunían para traducir al mismísimo Fourier[9]. Dio la casualidad de que justo entonces se produjo también la incautación en Moscú de un poema de Stepán Trofímovich, el cual lo había escrito seis años antes de todo aquello, en Berlín, durante su primera juventud; copias de ese poema se habían difundido en un círculo formado por dos aficionados y un estudiante. Ese poema yace ahora mismo encima de mi mesa; se trata de una copia manuscrita reciente, magníficamente encuadernada en marroquín rojo, que me envío hace apenas un año el propio Stepán Trofímovich, con una anotación de su propia mano. El caso es que no carece de inspiración, y revela cierto talento; es una obra extraña, pero entonces (más concretamente, en los años treinta) se solían escribir cosas así. Se me hace difícil exponer el argumento, porque, a decir verdad, no entiendo una palabra. Viene a ser como una alegoría, con un formato lírico-dramático que recuerda a la segunda parte de *Fausto*. La escena se abre con un coro de mujeres, después hay un coro de hombres, después un coro de una especie de fuerzas y, para terminar, un coro de espíritus que todavía no viven pero arden en deseos de vivir. Todos estos coros cantan sobre algo sumamente impreciso, en su mayor parte sobre alguien que ha sufrido una maldición, pero con unos matices de humor elevado. De pronto, sin embargo, la escena se transforma y se inicia una suerte de «Fiesta de la vida», en la que hasta los insectos cantan; aparece una tortuga que pronuncia unas palabras sacramentales en latín e incluso, si mal no recuerdo, hay un mineral que entona algo, de modo que el objeto ya es definitivamente inanimado. En general, todos cantan sin parar y, si en algún momento conversan entre sí, es para insultarse vagamente, pero una vez más con unos matices de elevada significación. Finalmente, la escena vuelve a transformarse y estamos en un lugar agreste, y un joven civilizado, deambulando entre unas rocas, va arrancando y chupando unas hierbas; a la pregunta de un hada de por qué chupa esas hierbas, el joven responde que se siente rebosante de vida, por lo que busca el olvido, y que encuentra ese olvido en el jugo de esas hierbas; pero asegura que su mayor deseo —acaso un deseo superfluo— es el de perder la razón. A continuación hace su entrada un joven de una belleza indescriptible a lomos de un caballo negro, seguido de una imponente multitud de todas las naciones. Ese joven es la imagen de la muerte, y todas las naciones lo siguen con ansias. Y, por último, ya en la escena final aparece la torre de Babel, y unos atletas concluyen por fin su construcción cantando a una nueva esperanza y, cuando definitivamente coronan la obra, el señor de ese, digámoslo así, Olimpo, se da a la fuga de una manera cómica, y la humanidad, al reparar en lo ocurrido, ocupa su puesto y da comienzo de inmediato a una nueva vida con una nueva forma de entender las cosas. Bueno,

pues en aquella época este poema lo encontraron peligroso. El año pasado le propuse publicarlo a Stepán Trofímovich, en vista de que en nuestros tiempos resultaría completamente inofensivo, pero él rechazó mi propuesta con evidente desagrado. Mi opinión sobre su completa inocencia no le hizo ninguna gracia, e incluso yo achaco a este hecho la relativa frialdad que me mostró por entonces, y que se prolongó dos largos meses. Pero ¡quién lo habría dicho! De repente, prácticamente en las mismas fechas en que yo le propuse publicarlo aquí, van y publican nuestro poema *allá*, o sea, en el extranjero, en una de esas antologías revolucionarias, y sin el conocimiento de Stepán Trofímovich. Al principio se asustó, corrió a ver al gobernador y escribió una dignísima carta de justificación, dirigida a San Petersburgo; me leyó la carta un par de veces, pero no la envió, por no saber a quién debía remitírsela. En definitiva, se pasó un mes alterado; no obstante, yo estoy convencido de que en lo más recóndito de su corazón se sentía más halagado que nunca. Poco menos que se acostaba con el ejemplar de la antología que le habían hecho llegar, y de día lo escondía debajo del colchón y no consentía que le hiciesen la cama; y, aunque temía que en cualquier momento le llegase un telegrama, tenía siempre la cabeza muy alta. No le llegó ningún telegrama. Entonces se reconcilió conmigo, prueba de la extraordinaria bondad de su corazón apacible y libre de rencor.

II

No estoy diciendo que Stepán Trofímovich no sufriera en absoluto; pero solo ahora he llegado a la conclusión de que podría haber seguido con sus árabes todo el tiempo que hubiera querido, siempre y cuando hubiera ofrecido las explicaciones oportunas. Pero entonces se dejó llevar por la arrogancia, y se dio mucha prisa en convencerse sin la menor duda de que su carrera había quedado desbaratada para siempre en el «torbellino de las circunstancias». Y, a decir verdad, la auténtica razón del giro en su carrera fue una propuesta muy delicada, que ya le habían planteado anteriormente y que le fue reiterada en aquellos momentos, de Varvara Petrovna Stavróguina, esposa de un teniente general y mujer de considerable fortuna, para que se hiciera cargo de la educación y de toda la formación intelectual de su único hijo, en calidad de supremo pedagogo y de amigo, por no mencionar la magnífica remuneración. Ya le había hecho esa misma propuesta cuando todavía vivía en Berlín, en la época en que Stepán Trofímovich enviudó por primera vez. Se había casado, en su temprana y aún atolondrada juventud, con una señorita frívola de nuestra provincia, y al parecer sufrió muchos contratiempos con esta joven, muy atractiva por lo demás, debido a la falta de medios para mantenerla, así como a otros motivos algo más delicados. La muchacha falleció en París, después de tres años viviendo separados, dejándole un hijo de cinco años, «fruto de nuestro primer amor, dichoso y aún libre de sombras», como comentó él una vez en mi presencia. No tardaron en enviar al crío a Rusia, a una provincia apartada, donde se crió bajo la tutela de unas tías lejanas. En aquella ocasión Stepán Trofímovich rechazó la propuesta de Varvara Petrovna,

y no tardó en volver a casarse, antes de un año, con una alemana de Berlín poco habladora y, lo que es más extraño, sin que mediara ninguna necesidad especial para dar ese paso. Pero, aparte de eso, hubo también otras razones para su rechazo del puesto de preceptor: le sedujo la resonante fama de un profesor muy celebrado en aquellos días y, por su parte, corrió a ocupar la cátedra para la que se había estado preparando, con ánimo de poner a prueba sus alas aquilinas. Ahora, sin embargo, con las alas chamuscadas, recordó, como es natural, aquella proposición que ya en su día lo había hecho dudar. Además, la muerte repentina de su segunda esposa, con la que no había llegado a convivir ni un año, lo acabó de convencer. Para ser claros, todo se resolvió gracias al apasionado interés y la inestimable amistad —al estilo clásico, por así decir— que le brindó Varvara Petrovna, si es que uno puede hablar en estos términos para referirse a la amistad. Stepán Trofímovich se arrojó en brazos de esa amistad, y su posición quedó asegurada más de veinte años. He utilizado la expresión «se arrojó en brazos», pero no permita Dios que nadie se preste a vanas y superfluas conclusiones; esta expresión hay que entenderla estrictamente en su más elevado sentido moral. El más refinado y delicado de los vínculos unió permanentemente a estas dos criaturas admirables.

Si aceptó el puesto de preceptor fue también porque las tierras —muy modestas— que le había dejado a Stepán Trofímovich su primera mujer se hallaban muy cerca de Skvoréshniki, la magnífica hacienda de los Stavroguin en nuestra provincia, en las proximidades de la ciudad. Además, siempre sería posible, en la quietud de su despacho, sin verse ya absorbido por las abrumadoras tareas de la universidad, consagrarse a la causa de la ciencia y enriquecer el saber patrio con sus doctos estudios. Estos estudios nunca vieron la luz; en cambio, tuvo ocasión de pasar el resto de su vida, más de veinte años, siendo algo así como «la encarnación del reproche» ante la patria, según la expresión del popular poeta:

Como la encarnación del reproche

…………………………

te erguiste ante la patria,

oh, idealista liberal[10].

Pero tal vez la persona a la que se refería el popular poeta tuviera derecho a adoptar esa pose para toda la vida, si así lo deseaba, aunque fuera algo aburrido. En cambio, lo cierto es que nuestro Stepán Trofímovich no pasaba de ser un imitador en comparación con esa clase de personas, de manera que se cansaba de estar erguido y a menudo se echaba un rato sobre un costado. Pero, aunque estuviera echado sobre un costado, hay que decir, para ser justos, que seguía siendo la encarnación del reproche incluso en posición yacente, y eso era más que suficiente para nuestra provincia. Tendríais que haberlo visto en el club, cuando se sentaba a jugar a las cartas. Toda su figura parecía decir: «¡Cartas! ¡Yo aquí jugando

con vosotros al *yeralash*[11]! ¿Qué sentido tiene esto? ¿Quién es el responsable? ¿Quién ha truncado mis esfuerzos y los ha orientado hacia el *yeralash*? ¡Ay, Rusia, estás perdida!»; y, muy dignamente, arrastraba con corazones.

Aunque la verdad es que le encantaba jugar a las cartas, razón por la cual, especialmente en los últimos tiempos, había tenido frecuentes y enojosos choques con Varvara Petrovna, sobre todo porque siempre perdía. Pero ya volveremos sobre esto. Me limitaré a hacer notar que era un hombre hasta escrupuloso (en ocasiones, quiero decir), por lo que a menudo se sentía deprimido. A lo largo de veinte años de amistad con Varvara Petrovna, tres o cuatro veces al año caía regularmente en lo que entre nosotros se conoce como «melancolía cívica», o más sencillamente en el abatimiento, aunque la expresión de marras le gustaba a la muy honorable Varvara Petrovna. En lo sucesivo, aparte de la melancolía cívica, empezó a zambullirse también en la del champán, pero Varvara Petrovna, siempre alerta, lo protegió toda su vida de las tentaciones más vulgares. Y es que él necesitaba alguien que lo cuidara, porque a veces se comportaba de un modo muy extraño: en medio de una de sus fases agudas de melancolía, empezaba de pronto a reírse del modo más ordinario. Había momentos en que le daba incluso por referirse a sí mismo en un tono humorístico. Y nada le daba más miedo a Varvara Petrovna que el tono humorístico. Era una mujer clásica, una mecenas, que siempre actuaba guiada por las más elevadas consideraciones. La influencia, que se extendió a lo largo de veinte años, de esta excelsa dama en su pobre amigo tuvo una importancia capital. Habría que hablar de ella expresamente, y eso es lo que me dispongo a hacer.

III

Hay amistades muy raras: dos amigos pueden llevarse como el perro y el gato, se pasan así toda la vida, pero son incapaces de separarse. Les resulta completamente imposible: llegado el caso, el amigo que se empeñe en discutir y que rompa las relaciones será el primero en enfermar y hasta puede que en morir. Sé positivamente que Stepán Trofímovich, en más de una ocasión, después de las más íntimas confidencias con Varvara Petrovna, una vez que su amiga se había retirado saltaba de repente del diván y empezaba a descargar puñetazos contra la pared.

Lo que cuento no es, ni mucho menos, ninguna alegoría: una vez llegó a destrozar el enlucido de la pared. Tal vez alguno se pregunte cómo es que conozco unos detalles tan precisos. ¿Es que no puedo haber sido yo testigo presencial? O ¿no podría el propio Stepán Trofímovich haber llorado más de una vez en mi hombro, pintándome con vivos colores todas sus intimidades? (¡Qué no contaría en esas situaciones!). Pero esto es lo que solía pasar después de tales arrebatos: al día siguiente ya estaba dispuesto a hacerse crucificar por su ingratitud; me mandaba llamar a toda prisa o venía corriendo a mi casa, únicamente para

informarme de que Varvara Petrovna era «un ángel de honor y de delicadeza», todo lo contrario que él. No solo venía a verme a mí, sino que en más de una ocasión se lo explicó todo a ella en una carta de lo más elocuente, escribiéndole una confesión, firmada de su puño y letra, en la que le decía que la misma víspera le había contado a un tercero que ella lo mantenía por vanidad, que envidiaba su erudición y talento, que lo odiaba; y que si no se atrevía a manifestar abiertamente su odio era porque temía que él se apartara de ella, perjudicando de ese modo su reputación literaria; que, como consecuencia de todo eso, él se despreciaba a sí mismo y había tomado la decisión de poner fin a su vida de forma violenta, y que estaba esperando una palabra definitiva de Varvara Petrovna que acabaría de decidirlo todo, y etcétera, etcétera, todo en esa línea. A la vista de esto, uno puede hacerse una idea del grado de histeria al que conducían a veces los estallidos nerviosos del más inocente de todos los críos de cincuenta años. Yo mismo leí una vez una de aquellas cartas, que siguió a una de sus discusiones, la cual se había iniciado por una razón trivial, pero se había ido envenenando poco a poco. Me quedé espantado y le rogué que no mandara la carta.

—No es posible… Es lo más honrado… El deber… Me moriré si no se lo confieso todo, ¡todo! —respondió, medio delirando, y acabó enviándole la carta.

La diferencia que había entre ellos era que Varvara Petrovna jamás habría mandado una carta así. Es verdad que a él le apasionaba escribir; le escribía cartas a pesar de que vivían bajo el mismo techo, y en los momentos de histeria hasta dos cartas al día. Sé de buena tinta que ella siempre leía esas cartas con mucha atención, incluso cuando le escribía dos al día, y una vez leídas las guardaba en un cofrecillo especial, anotadas y clasificadas; aparte de eso, las meditaba en su corazón[12]. Después, tras tener todo el día a su amigo sin una respuesta, se reunía con él con toda naturalidad, como si la víspera no hubiera ocurrido nada de particular. Poco a poco lo fue metiendo en cintura, hasta el punto de que él tampoco se atrevía a hacer alusión a lo ocurrido el día anterior, y se limitaba a mirarla a los ojos durante un tiempo. Pero ella nunca se olvidaba de nada, mientras que él a veces se daba demasiada prisa en olvidar y, alentado por la calma que exhibía su amiga, no era raro que ese mismo día, si había visitas, ya estuviera riéndose y haciendo chiquilladas con una copa de champán. ¡Con cuánta inquina debía de mirarlo ella en aquellos momentos, sin que él se percatase de nada! Si acaso, al cabo de una semana, o de un mes, o hasta de medio año, en alguna ocasión muy especial, al recordar por casualidad determinada frase de aquella carta, y a partir de ahí la carta entera, con todas las circunstancias que la habían rodeado, no era raro que lo pasara mal y que sufriera entonces uno de sus episodios de colerina. Estos ataques, comunes en él, se interpretaban en algunos casos como el resultado natural de sus alteraciones nerviosas y eran, a su manera, una interesante rareza de su constitución física.

De hecho, lo más seguro es que Varvara Petrovna lo aborreciera con mucha frecuencia; pero hubo una cosa de la que él nunca fue capaz de darse cuenta: había

acabado convirtiéndose en un hijo para ella, en su criatura, incluso podría decirse que en su invención; había llegado a ser carne de su carne, y si ella lo mantenía y lo sustentaba no era tan solo, ni mucho menos, por «envidia de su talento». ¡Cómo tuvieron que dolerle a Varvara Petrovna tales suposiciones! En medio del continuo odio, de los celos, del desprecio, en ella se ocultaba un inagotable amor por él. No permitía que le cayera encima una mota de polvo, lo cuidó como a un niño veinte años, se pasaba las noches sin dormir si había alguna cuestión que pudiera comprometer su reputación como poeta, científico o personaje público. Ella lo había inventado, y era la primera que creía en su propio invento. Él venía a ser algo así como su sueño… Pero era mucho lo que ella le exigía a cambio, a veces hasta la esclavitud. Y su resentimiento podía llegar a extremos increíbles. Voy a contar dos anécdotas en ese sentido.

IV

Una vez, cuando apenas empezaban a oírse los primeros rumores sobre la emancipación de los siervos, en un momento en que toda Rusia de pronto estaba exultante y se preparaba para una completa regeneración, Varvara Petrovna recibió la visita de un barón de San Petersburgo que estaba de paso en nuestra provincia, un hombre con contactos en las más altas esferas y estrechamente vinculado al proceso de reforma. Varvara Petrovna apreciaba mucho esa clase de visitas, ya que tras la muerte de su marido sus contactos con la alta sociedad habían ido languideciendo, hasta desaparecer por completo. El barón estuvo una hora en su casa, tomando té con ella. Nadie más estaba presente, excepto Stepán Trofímovich, a quien Varvara Petrovna había invitado y pretendía exhibir. El barón ya había oído hablar de él, o al menos eso fue lo que hizo creer, pero durante el té apenas le dirigió la palabra. Stepán Trofímovich, desde luego, estuvo a la altura de las circunstancias, pues era un hombre de exquisitos modales. Aunque parece que procedía de una familia bastante humilde, lo cierto es que se había criado desde su más tierna infancia en una de las casas más distinguidas de Moscú y, por tanto, su educación era irreprochable; hablaba francés como un parisino. De ese modo el barón no tendría más remedio que darse cuenta, desde el primer momento, de la clase de personas de las que se rodeaba Varvara Petrovna, a pesar de su aislamiento provinciano. Sin embargo, las cosas no salieron como ella esperaba. Cuando el barón confirmó sin ambages la completa veracidad de los primeros rumores sobre la grandiosa reforma, que por entonces comenzaban a extenderse, Stepán Trofímovich fue incapaz de contenerse y gritó de repente: «¡Hurra!», y hasta hizo un gesto con la mano con el que expresó su entusiasmo. Gritó con moderación y hasta con cierto decoro; es posible incluso que su entusiasmo fuera premeditado, y que el gesto lo hubiera ensayado delante del espejo, media hora antes de acudir a tomar el té; pero algo no debió de salirle bien, porque el barón se permitió una ligera sonrisa, aunque de inmediato, con inusitada cortesía, dejó caer una frase sobre la emoción universal que embargaba, de manera muy oportuna, a todos los corazones rusos ante aquel magno acontecimiento. Poco

después se marchó, y no se olvidó en el momento de su partida de tenderle dos dedos a Stepán Trofímovich. De vuelta en la sala de estar, Varvara Petrovna estuvo dos o tres minutos callada, haciendo como si buscara algo en una mesa; pero de pronto se volvió hacia Stepán Trofímovich y, pálida, con los ojos brillantes, le susurró:

—¡Nunca se lo voy a perdonar!

Al día siguiente se reunió con su amigo como si no hubiera pasado nada, y nunca aludió a lo ocurrido. Pero trece años después, en un momento trágico, se lo recordó y se lo reprochó, y palideció exactamente igual que había palidecido trece años antes, cuando se lo reprochó por primera vez. Solo le había dicho dos veces en toda su vida: «¡Nunca se lo voy a perdonar!». La segunda fue cuando el incidente con el barón; pero la primera vez fue también muy característica y, por lo visto, significó tanto en el destino de Stepán Trofímovich que me animo igualmente a referirlo.

Fue en la primavera de 1855, en el mes de mayo, nada más conocerse en Skvoréshniki la noticia de la muerte del teniente general Stavroguin, un frívolo anciano que había fallecido a causa de unos trastornos gástricos de camino a Crimea, adonde se dirigía a toda prisa para incorporarse al ejército en campaña. Varvara Petrovna quedaba así viuda y obligada a guardar luto riguroso. Lo cierto es que tampoco debió de lamentar en exceso su pérdida, pues llevaba cuatro años separada de su marido, dada su incompatibilidad de caracteres, y era ella la que le pasaba una asignación. (El teniente general contaba tan solo con ciento cincuenta almas y con su sueldo, además de su posición y sus relaciones; toda la riqueza de Skvoréshniki pertenecía a Varvara Petrovna, hija única de un acaudalado rentista). No obstante, ella se sintió muy afectada por la inesperada noticia y se recluyó en un completo aislamiento. No hace falta decir que Stepán Trofímovich no se alejó de ella en ningún momento.

Mayo estaba en todo su esplendor; los atardeceres eran maravillosos. Los cerezos alisos estaban en flor. Los dos amigos bajaban a diario al jardín y se quedaban en el cenador hasta la noche, compartiendo sentimientos y pensamientos. Había momentos poéticos. Varvara Petrovna, afectada por el giro en su destino, hablaba más de lo habitual. Parecía más aferrada que nunca al corazón de su amigo, y esa situación se prolongó algunas veladas. Una extraña idea se le ocurrió de pronto a Stepán Trofímovich: ¿no estaría pensando en él aquella viuda inconsolable? ¿No esperaría, cuando pasara el año de luto, una proposición suya? Era una idea cínica, pero en ocasiones la excelencia del espíritu contribuye a la inclinación por las ideas cínicas, aunque solo sea por lo multifacético de su desarrollo. Se puso a reflexionar, y llegó a la conclusión de que era muy posible. Consideró: «Su fortuna es inmensa, es verdad, pero…». En efecto, Varvara Petrovna no era precisamente una belleza: era una mujer alta, amarilla de tez, huesuda, con una cara desmesuradamente alargada que tenía algo de caballuno.

Stepán Trofímovich estaba cada vez más indeciso, las dudas lo atenazaban, en un par de ocasiones llegaron a saltársele las lágrimas por culpa de su falta de determinación (lloraba con bastante frecuencia). Por las tardes, estando en el cenador, su rostro empezó a adoptar sin querer una expresión entre caprichosa y burlona, coqueta y arrogante al mismo tiempo. Son cosas que ocurren de manera inconsciente, sin que uno se dé cuenta, y cuanto más noble es la persona, más evidente suele ser. Solo Dios sabe cómo habría que juzgar este caso, pero lo más probable es que en el corazón de Varvara Petrovna no se estuviera gestando nada que justificase plenamente las sospechas de Stepán Trofímovich. Por otra parte, ella jamás habría estado dispuesta a renunciar a su apellido de Stavróguina, sustituyéndolo por el de Stepán Trofímovich, por muy renombrado que fuera. Es posible que por parte de Varvara Petrovna aquello no fuese más que un pasatiempo femenino, la manifestación de un anhelo inconsciente, algo muy natural en ciertos tipos excepcionales de mujeres. Tampoco pondría la mano en el fuego: ¡hasta el día de hoy las profundidades del corazón femenino siguen siendo algo insondable! Pero hay que continuar.

Debemos suponer que ella no tardaría en deducir lo que se ocultaba tras la extraña expresión en el semblante de su amigo: era una mujer atenta y observadora, y él, en cambio, podía llegar a ser bastante ingenuo. Pero siguieron con sus encuentros vespertinos, y los coloquios eran igual de líricos e interesantes. Hasta que un día, al anochecer, después de una charla singularmente animada y poética, se despidieron de forma afectuosa, con un cordial apretón de manos en el porche del pabellón donde estaba instalado Stepán Trofímovich. En verano siempre se trasladaba a ese pabellón, prácticamente situado en el jardín de la enorme mansión señorial de Skvoréshniki. Nada más entrar en su cuarto, inquieto y pensativo, cogió un cigarro y, sin llegar a encenderlo, se quedó parado, vencido por el cansancio, delante de la ventana abierta, mirando las blancas nubes que se deslizaban, ligeras como plumón, alrededor de una luna brillante, cuando de pronto un leve susurro lo sobresaltó, haciéndole volver la cabeza. Allí estaba otra vez su amiga, de la que se había despedido hacía apenas cuatro minutos. Su tez amarillenta se había vuelto casi azul; le temblaban las comisuras de los labios, apretados con fuerza. Durante diez largos segundos Varvara Petrovna lo miró a los ojos en silencio, con una mirada dura e implacable, y de pronto susurró a toda prisa:

—¡Nunca se lo voy a perdonar!

Cuando Stepán Trofímovich, diez años más tarde, me contó esta triste historia hablando en voz muy baja y con la puerta cerrada, me juró que se había quedado de piedra, hasta el punto de que ni vio ni oyó salir a Varvara Petrovna. Y, como ella jamás hizo después la menor alusión a aquel incidente y todo siguió como antes, durante toda su vida él se sintió inclinado a creer que se había tratado de una alucinación, de un síntoma que anunciaba la enfermedad, sobre todo porque aquella misma noche, efectivamente, cayó enfermo, y estuvo indispuesto

dos largas semanas, cosa que, de paso, puso fin a sus encuentros en el cenador.

Pero, a pesar de su teoría de la alucinación, todos los días de su vida estuvo esperando la continuación y, digámoslo así, el desenlace de aquel episodio. ¡No se creía que hubiese terminado de aquella manera! Y, en ese caso, a veces tuvo que mirar a su amiga de una forma muy extraña.

V

Varvara Petrovna le había diseñado incluso el atuendo que llevaría toda su vida. Un atuendo elegante y muy característico: levita negra de largos faldones, abotonada casi hasta arriba, pero con un corte que le favorecía mucho; sombrero blando (en verano, de paja) de ala ancha; corbata blanca de batista con el nudo grueso y los extremos colgantes; bastón con el puño de plata; además, se dejaba el cabello largo, hasta los hombros. Lo tenía de color castaño oscuro, y solo recientemente había empezado a peinar canas. Se afeitaba la barba y el bigote. Dicen que de joven era muy apuesto. Y, en mi opinión, de viejo aún conservaba un aspecto imponente. Aunque, bien mirado, ¿se es viejo con cincuenta y tres años? No obstante, por una especie de coquetería cívica, no solo no se las daba de joven, sino que parecía alardear de la solidez de sus años y, vestido con aquella indumentaria suya, alto, enjuto, con la melena hasta los hombros, recordaba casi a un patriarca o, mejor aún, al retrato del poeta Kúkolnik[13], litografiado en los años treinta en una edición de sus obras; sobre todo en verano, cuando se sentaba en un banco en el jardín, bajo un lilo en flor, con las dos manos apoyadas en el bastón, con un libro abierto a su lado, poéticamente concentrado en la puesta de sol. A propósito de los libros, quisiera destacar que en los últimos años había perdido el interés por la lectura. Aunque eso fue ya muy al final. Los numerosos periódicos y revistas a los que Varvara Petrovna se hallaba suscrita nunca dejó de leerlos. También seguía pendiente de los éxitos de la literatura rusa, aunque sin rebajar jamás un ápice su dignidad. En una época anduvo cerca de aficionarse al estudio de nuestra alta política contemporánea, tanto la exterior como la interior, pero pronto renunció a la empresa con un gesto de hastío. A veces se llevaba al jardín a Tocqueville[14], mientras en el bolsillo escondía a Paul de Kock[15]. Aunque eso, desde luego, no tiene mayor importancia.

Debo hacer una observación, entre paréntesis, sobre el retrato de Kúkolnik: la imagen la conoció Varvara Petrovna por primera vez cuando, todavía niña, residía en un distinguido pensionado en Moscú. Inmediatamente se enamoró del retrato, según era costumbre entre las chicas de los pensionados, que se quedaban prendadas del primer hombre que veían, así como de sus maestros, preferentemente de caligrafía y de dibujo. Pero lo curioso del caso no son las peculiaridades de las niñas, sino que a los cincuenta años Varvara Petrovna todavía conservara ese retrato entre sus posesiones más íntimas y apreciadas, de modo que es posible que, solo por eso, le hubiera diseñado a Stepán Trofímovich

un traje parecido al que figuraba en aquel retrato. Pero también esto, por supuesto, es algo intrascendente.

Durante los primeros años o, para ser más precisos, durante la primera mitad de su estancia en casa de Varvara Petrovna, Stepán Trofímovich no dejaba de pensar en crear una obra y todos los días se proponía seriamente ponerse a escribir. Pero más tarde debió de olvidarse hasta de lo que había hecho en el pasado. Solía decirnos, cada vez más a menudo: «Se diría que todo está listo para empezar a trabajar, he recopilado los materiales, pero ¡el caso es que no me sale nada! ¡Qué se le va a hacer!». Y agachaba la cabeza, abatido. Eso tendría que haber aumentado su prestigio entre nosotros, en su calidad de mártir de la ciencia; pero a él le preocupaba otra cosa. «¡Se han olvidado de mí, no le importo a nadie!», exclamó en numerosas ocasiones. Esta profunda depresión se apoderó de él, muy especialmente, a finales de los años cincuenta. Varvara Petrovna acabó por darse cuenta de que se trataba de algo grave. Además, no podía soportar la idea de que se hubieran olvidado de su amigo, de que ya nadie contara con él. Para distraerlo y, al mismo tiempo, para que reverdeciera su fama, lo envió a Moscú, donde tenía algunas amistades prestigiosas en el mundo literario y académico; pero tampoco en Moscú le fueron bien las cosas.

Era una época especial; empezaba algo nuevo, muy diferente de la calma anterior, algo muy extraño, además, pero que se podía sentir en todas partes, hasta en el mismo Skvoréshniki. Circulaban rumores de todo tipo. En general, los hechos eran más o menos conocidos, pero resultaba evidente que iban acompañados de ciertas ideas, y además —algo especialmente significativo— en una cantidad muy considerable. Y eso era lo más desconcertante: nadie podía determinar y conocer con exactitud las implicaciones concretas de tales ideas. Varvara Petrovna, en virtud de su condición femenina, deseaba a toda costa desentrañar su secreto. Le dio por leer revistas y periódicos, publicaciones extranjeras prohibidas y hasta proclamas que por entonces empezaban a difundirse (tenía acceso a todo eso); pero solo conseguía marearse. Se dedicó a escribir cartas: pocas obtuvieron respuesta, y a medida que pasaba el tiempo eran cada vez más incomprensibles. Invitó solemnemente a Stepán Trofímovich a que le explicara de una vez «todas esas ideas», pero sus explicaciones la dejaron claramente insatisfecha. Las opiniones de Stepán Trofímovich sobre el movimiento en su conjunto eran extremadamente arrogantes: todo se reducía para él al hecho de que había caído en el olvido y ya nadie contaba con él. Por fin, su nombre salió a relucir, primero en publicaciones extranjeras, donde se referían a él como un mártir exiliado, y muy poco después en San Petersburgo, como antigua estrella de una conocida constelación; llegaron a compararlo, por la razón que fuera, con Radíshchev[16]. En ese momento alguien publicó que había muerto, y prometió su necrológica. De buenas a primeras Stepán Trofímovich resurgió de sus cenizas y recuperó toda su dignidad. Su visión desdeñosa de sus contemporáneos se evaporó como por ensalmo, y empezó a acariciar un sueño: sumarse al movimiento y hacer un alarde de fuerza. Varvara Petrovna recuperó de inmediato su confianza y empezó a desplegar una actividad

frenética. Decidieron trasladarse a San Petersburgo sin tiempo que perder para conocer todos los detalles del movimiento, examinarlos personalmente y, a ser posible, sumarse a la causa en cuerpo y alma. Entre otras cosas, Varvara Petrovna declaró que estaba dispuesta a fundar su propia publicación y a consagrarle su vida a partir de entonces. Viendo a qué extremos había llegado, Stepán Trofímovich se mostró aún más displicente y ya en el mismo viaje empezó a adoptar una actitud protectora con Varvara Petrovna, despertando su rechazo inmediato. Lo cierto es que ella tenía otra razón, no menos importante, para realizar aquel viaje, como era la de restablecer sus relaciones en las altas esferas. Era necesario, en la medida de lo posible, que el mundo se acordase de ella, y en todo caso tenía que intentarlo. No obstante, el pretexto aparente para aquel viaje era el de visitar a su único hijo, que terminaba por entonces sus estudios en un liceo de San Petersburgo.

VI

Pasaron casi toda la temporada de invierno en San Petersburgo. Pero cuando llegó la Cuaresma todo se desvaneció como una irisada pompa de jabón. Los sueños volaron por los aires, y la confusión, lejos de aclararse, se hizo aún más intolerable. Para empezar, apenas consiguieron hacer nuevas relaciones en las altas esferas, más que a una escala microscópica y a costa de esfuerzos humillantes. Varvara Petrovna, ofendida, se entregó sin reservas a las «nuevas ideas» y empezó a organizar veladas en su casa. Convocó a los literatos, y muchos se arrastraron hasta allí. Más tarde fueron acudiendo por su propia iniciativa, sin necesidad de que nadie los llamara: unos animaban a otros. En su vida había visto a escritores como aquéllos. Eran increíblemente vanidosos, aunque no trataban de disimularlo: para ellos constituía una especie de obligación. Algunos (no todos, ni mucho menos) se presentaban borrachos, como si reconocieran en ello un mérito especial, que habían descubierto la misma víspera. Todos ellos se mostraban extrañamente orgullosos de algo. En todos los rostros estaba escrito que acababan de desentrañar un secreto de una importancia extraordinaria. Se insultaban unos a otros, cosa que tenían a gala. No era nada fácil averiguar qué habían escrito en concreto, pues había entre ellos críticos, novelistas, dramaturgos, satíricos, denunciadores de abusos. Stepán Trofímovich consiguió ingresar en el más elevado de sus círculos, desde donde se dirigía el movimiento. Le costó mucho remontarse hasta tales alturas, pero lo acogieron con alegría, aunque desde luego nadie sabía nada de él, y a lo sumo habían oído decir que «encarnaba una idea». Él se las arregló para que acudieran en un par de ocasiones, a pesar de su olímpica majestuosidad, al salón de Varvara Petrovna. Era gente muy seria y respetuosa, que se comportaba con todo decoro; se notaba que los demás les tenían miedo, si bien era evidente que no andaban sobrados de tiempo. También se dejaron ver dos o tres viejas celebridades literarias que estaban de paso en San Petersburgo, con las que Varvara Petrovna había mantenido una correspondencia muy refinada hacía tiempo. Pero, para sorpresa suya, esas celebridades, genuinas e incuestionables, resultaron más

serenas que el agua y más humildes que la hierba, y algunas de ellas mostraban una franca simpatía por toda aquella chusma y la adulaban de una forma ignominiosa. Al principio Stepán Trofímovich cosechó algunos éxitos: se adueñaron de él y empezaron a exhibirlo en reuniones literarias abiertas al público. La primera vez que subió al estrado para participar en uno de aquellos recitales estalló una entusiasta ovación que se prolongó más de cinco minutos. Nueve años después lo evocaba con lágrimas en los ojos, aunque más por la sensibilidad artística de su naturaleza que por un sentimiento de gratitud. «Le juro, y estoy dispuesto a apostarme lo que haga falta, que entre todo aquel público no había una sola persona que supiera nada de mí», me confesó (pero solo a mí, y además en secreto). Fue una confesión notable: se ve que tendría mucha agudeza mental si en una ocasión como aquélla, desde la tribuna, fue capaz de captar con tanta nitidez su posición, a pesar de su exaltación; aunque también se ve que no tendría tanta agudeza mental si nueve años después era incapaz de evocar aquellos hechos sin un sentimiento de humillación. Le pidieron que firmase dos o tres protestas colectivas (ni él mismo sabía contra qué), y las firmó. A Varvara Petrovna la animaron igualmente a firmar contra cierta «actuación detestable», y también ella firmó. De todos modos, aunque la mayor parte de aquella gente nueva rindió visita a Varvara Petrovna, por alguna razón se consideraba obligada a mirarla con desprecio y con indisimulada ironía. Mucho más tarde, en momentos de amargura, Stepán Trofímovich me insinuó que desde entonces su amiga había tenido envidia de él. Ella era consciente, desde luego, de que no le era posible tener trato con aquellas personas, a pesar de lo cual seguía recibiéndolos con ansia, con esa impaciencia histérica que es propia de las mujeres, y seguía esperando, por encima de todo, conseguir algo. Apenas hablaba en aquellas veladas, aunque bien podría haber hablado más, pero prefería escuchar. Se hablaba en ellas de la abolición de la censura y de la letra ъ[17], de la sustitución del alfabeto ruso por el latino, de que alguien había sido condenado a destierro la misma víspera, de un escándalo ocurrido en el Passage[18], de la conveniencia de dividir Rusia en nacionalidades unidas por un libre vínculo federal, de la abolición del ejército y de la armada, de la restauración de una Polonia extendida hasta el Dniéper, de la reforma campesina y de los manifiestos, de la abolición de la herencia, la familia, los niños y los sacerdotes, de los derechos de la mujer, de la casa de Kraievski[19], que nadie podría perdonarle nunca al señor Kraievski, y etcétera, etcétera. Era evidente que entre aquella patulea de gente nueva había muchos impostores, pero también, indudablemente, muchas personas honradas, algunas muy atractivas, a pesar de ciertos matices sorprendentes. Era mucho más difícil entender a las personas honradas que a las que no lo eran y a las groseras, pero no se sabía quién manipulaba a quién. Cuando Varvara Petrovna dio a conocer su proyecto de fundar una revista, empezó a frecuentar su casa mucha más gente que antes, pero no es menos cierto que desde ese mismo instante se dedicaron a acusarla de ser una capitalista y de explotar a los trabajadores. La acusación fue tan brutal como inesperada. El anciano general Iván Ivánovich Drozdov, viejo amigo y camarada del difunto general Stavroguin, un hombre de lo más digno (a su manera, claro está), a quien todos conocíamos aquí, personaje extremadamente terco y

atrabiliario, que comía como una lima y tenía un miedo cerval al ateísmo, discutió en una de aquellas veladas en casa de Varvara Petrovna con un conocido joven. Éste, de buenas a primeras, le espetó: «Se ve que es usted general, diciendo esas cosas que dice», dando a entender que no podía haber peor insulto que llamarlo general. Iván Ivánovich se puso hecho una furia: «Sí, señor, soy general, es más, teniente general, y yo he servido a mi soberano, y ¡tú eres un mocoso y un descreído!». Se armó un escándalo colosal. Al día siguiente el incidente fue reseñado en la prensa, y empezaron a reunirse firmas para una queja colectiva contra la «deplorable conducta» de Varvara Petrovna, por no haber procedido a la expulsión inmediata del general. En una revista ilustrada apareció una caricatura que reproducía de forma maliciosa a Varvara Petrovna, al general y a Stepán Trofímovich como tres amigos retrógrados; el retrato iba acompañado de unos versos compuestos expresamente para la ocasión por un poeta popular. Debo añadir, por mi parte, que muchos individuos que ostentan el grado de general tienen, en efecto, la ridícula costumbre de afirmar: «Yo he servido a mi soberano…», como si no tuvieran el mismo soberano que nosotros, humildes súbditos de nuestro señor, sino uno especial para ellos.

Evidentemente, no podían continuar más tiempo en San Petersburgo, sobre todo después de que Stepán Trofímovich sufriera un fiasco definitivo. Incapaz de contenerse, le dio por perorar acerca de los derechos del arte, y empezaron a reírse de él de forma aún más ruidosa. En su última conferencia tenía intención de conmover al auditorio con su elocuencia cívica, imaginando que tocaría su corazón y contando con su respeto por el «destierro» sufrido. Aceptó de antemano la inutilidad y comicidad de la palabra «patria» y mostró su conformidad con la idea de que la religión es algo pernicioso, pero afirmó, alto y claro, que Pushkin vale más, mucho más, que un par de botas. Lo silbaron sin piedad, haciendo que rompiera a llorar allí mismo, delante del público, sin abandonar la tribuna. Varvara Petrovna se lo llevó a casa más muerto que vivo. «*On m'a traité comme un vieux bonnet de coton!*»[20], farfullaba trastornado. Ella estuvo toda la noche cuidándolo, dándole gotas de laurel y repitiéndole una y otra vez hasta que amaneció: «Usted es útil todavía; aún dará que hablar; sabrán apreciarle… en otro sitio».

Al día siguiente, a primera hora de la mañana, se presentaron en casa de Varvara Petrovna cinco escritores, tres de ellos unos completos desconocidos a los que no había visto en su vida. Con semblante muy serio, le hicieron saber que habían considerado el asunto de la revista y que habían tomado una decisión. Varvara Petrovna en ningún momento le había planteado a nadie que considerase ni decidiese nada en relación con su revista. Su decisión consistía en que, una vez fundada la revista, debía ponerla en sus manos, junto con el capital correspondiente, sobre la base de una libre asociación; ella regresaría a Skvoréshniki, sin olvidarse de llevarse consigo a Stepán Trofímovich, que estaba «pasado de moda». Por delicadeza, estaban dispuestos a reconocer los derechos de propiedad de Varvara Petrovna y a hacerle llegar anualmente la sexta parte de los beneficios netos. Lo más conmovedor era que de aquellos cinco literatos

seguramente cuatro no tenían ningún interés material en aquel asunto, sino que actuaban exclusivamente en nombre de la «causa común».

«Nos marchamos de allí como anonadados —contaba Stepán Trofímovich—. Yo no entendía nada de nada, y recuerdo que no dejaba de recitar, al compás del traqueteo del vagón:

Vek y *Vek* y Liov Kambek,

Liov Kambek y *Vek* y *Vek…*[21]

»Y yo qué sé qué más, y así todo el camino hasta Moscú. No reaccioné hasta llegar a Moscú; como si aquí, efectivamente, fuéramos a encontrarnos con algo diferente… ¡Oh, amigos míos! —exclamó, inspirado—. ¡No os podéis imaginar la tristeza y la rabia que se apoderan del alma cuando una idea elevada, venerada como cosa sagrada desde hace mucho tiempo, cae en manos de ineptos y es arrastrada por las calles, delante de otros tan necios como ellos, y la vemos de pronto expuesta en almoneda, desfigurada, presentada de una forma ridícula, de través, sin proporción, sin armonía, como el juguete de unas criaturas estúpidas! ¡No! En nuestros tiempos estas cosas no ocurrían, y no era esto a lo que aspirábamos. No, no, ni mucho menos. Todo me resulta ajeno… Volverán aquellos tiempos y otra vez guiarán por la senda segura a los que ahora andan perdidos. ¿Qué ocurrirá si no?».

VII

Poco después de regresar de San Petersburgo, Varvara Petrovna envió a su amigo al extranjero, a «descansar»; era necesario que se separasen por una temporada, eso era lo que sentía ella. Stepán Trofímovich partió entusiasmado. «¡Allí reviviré! —proclamaba—. ¡Allí podré por fin concentrarme en mis estudios!». Pero ya en sus primeras cartas desde Berlín insistía en su nota habitual. «Tengo el corazón destrozado —le escribía a Varvara Petrovna—. ¡Soy incapaz de olvidar nada! Aquí en Berlín todo me trae el recuerdo de mi pasado lejano, de mis primeras emociones y mis primeros tormentos. ¿Dónde estará ella ahora? ¿Dónde estarán ahora las dos? ¿Dónde estáis, ángeles de los que nunca fui digno? ¿Qué ha sido de mi hijo, de mi amado hijo? ¿Qué ha sido, en fin, de mí, de mí mismo, de aquel que yo fui, recio como el acero, firme como la roca, cuando ahora un *Andrejeff*[22] cualquiera, un bufón ortodoxo barbudo, *peut briser mon existence en deux*»[23], y etcétera, etcétera. En cuanto al hijo de Stepán Trofímovich, éste no lo había visto más que dos veces en toda su vida: la primera al nacer, y la segunda hacía poco tiempo en San Petersburgo, donde el joven se preparaba para ingresar en la universidad. El chico, como ya hemos dicho, se había criado desde muy pequeño en casa de unas tías en la provincia de O. (a expensas de Varvara Petrovna), a setecientas verstas de Skvoréshniki. En cuanto a *Andrejeff*, o sea,

Andréiev, era ni más ni menos que nuestro mercader y tendero local, un tipo excéntrico, arqueólogo autodidacta, apasionado coleccionista de antigüedades rusas, que en más de una ocasión había discutido en materia de erudición y, sobre todo, de orientación de sus ideas, con Stepán Trofímovich. Este respetable mercader, de barba gris y grandes gafas plateadas, le debía cuatrocientos rublos a Stepán Trofímovich de la adquisición de varias *desiatiny*[24] de bosque, destinadas a la tala, en unos terrenos de su propiedad, en las cercanías de Skvoréshniki. Aunque Varvara Petrovna había provisto generosamente de fondos a su amigo para su estancia en Berlín, antes de su partida Stepán Trofímovich había contado precisamente con esos cuatrocientos rublos, probablemente para sus gastos secretos, y estuvo a punto de echarse a llorar cuando *Andrejeff* le solicitó un aplazamiento de un mes, prórroga a la que, por cierto, tenía perfecto derecho, pues los primeros pagos los había efectuado con un adelanto de casi medio año, debido a una necesidad concreta que le había surgido por entonces a Stepán Trofímovich. Varvara Petrovna leyó con avidez aquella primera carta y, tras subrayar con lápiz la expresión: «¿Dónde estarán ahora las dos?», la numeró y la guardó en el cofrecillo. Evidentemente, Stepán Trofímovich se refería a sus dos difuntas mujeres. En la segunda carta remitida desde Berlín la melodía variaba: «Trabajo doce horas al día —"Con que fueran once…", masculló Varvara Petrovna—. Rebusco en las bibliotecas, verifico datos, tomo notas, voy de acá para allá; he ido a ver a algunos catedráticos. He retomado mi relación con los Dundasov, una familia maravillosa. ¡Nadezhda Nikoláievna sigue tan encantadora como siempre! Le manda sus saludos. Su joven marido y sus tres sobrinos están en Berlín. Paso las veladas departiendo con la juventud hasta el alba: son poco menos que unas "noches áticas[25]", si bien solo en lo tocante a su sutileza y refinamiento; todo en ellas es noble: la música incesante, los aires españoles, los sueños de regeneración de toda la humanidad, la idea de la belleza eterna, la *Madonna Sixtina*[26], la luz entreverada con la oscuridad, pero ¡también hay manchas en el sol! ¡Oh, amiga mía! ¡Noble y leal amiga! De todo corazón, estoy a su lado, soy suyo y solo suyo, siempre, *en tous pays*, incluso *dans le pays de Makar et de ses veaux*[27], del que, como recordará, hablábamos tan a menudo en San Petersburgo, muy emocionados, antes de la partida. Lo recuerdo con una sonrisa. Después de cruzar la frontera, me siento seguro, es una sensación extraña y nueva, que no había sentido en muchos años…», y etcétera, etcétera.

«¡Qué bobadas! —se dijo Varvara Petrovna, guardando también esa carta—. Si esas noches áticas se prolongan hasta el alba, ¿cómo va a dedicarle doce horas a los libros? ¿No habrá escrito la carta borracho? ¿Cómo se atreve esa Dundasova a mandarme sus saludos? Pues nada, que se divierta…».

La frase *dans le pays de Makar et ses veaux* significaba: «A donde Makar nunca ha llevado sus terneros». A veces Stepán Trofímovich traducía adrede de un modo grotesco los proverbios y dichos populares rusos al francés, cuando sin duda era capaz de interpretarlos y traducirlos mejor; pero lo hacía para darse tono y lo encontraba muy ingenioso.

Pero no se divirtió demasiado tiempo, no pudo aguantar ni cuatro meses y volvió en cuanto pudo a Skvoréshniki. Sus últimas cartas se reducían a arrebatos del más sentido amor por la amiga ausente y estaban literalmente empapadas de lágrimas de añoranza. Hay naturalezas tan hogareñas como los perros de compañía. El reencuentro de los amigos fue conmovedor. A los dos días todo era igual que antes, incluso más aburrido que antes. «Amigo mío —me decía Stepán Trofímovich dos semanas más tarde, en el mayor de los secretos—. Amigo mío, he descubierto con horror una… novedad: *je suis un* vulgar gorrón, *et rien de plus! Mais r-r-rien de plus!*»[28].

VIII

A partir de ahí sobrevino un periodo de placidez entre nosotros, que se ha prolongado, sin mayores sobresaltos, estos nueve años. Los estallidos de histeria y los sollozos en mi hombro, que han seguido repitiéndose con regularidad, no han supuesto ningún obstáculo para nuestra prosperidad. Me sorprende que Stepán Trofímovich no haya engordado en todo este tiempo. Eso sí, la nariz se le ha puesto algo más roja y le ha mejorado el carácter. Poco a poco se ha ido formando un círculo de amigos a su alrededor, si bien nunca ha sido excesivamente amplio. Aunque Varvara Petrovna apenas ha tenido contacto con el círculo, todos la considerábamos nuestra patrona. Después de la lección recibida en San Petersburgo, se había instalado definitivamente entre nosotros; los inviernos los pasaba en su casa de la ciudad y los veranos en su finca de las afueras. Nunca había logrado tanto ascendiente e influencia como en los últimos siete años en nuestra sociedad provinciana; esto es, hasta la designación del actual gobernador. Nuestro anterior gobernador, el inolvidable Iván Ósipovich, un hombre muy templado, era pariente cercano de Varvara Petrovna y en su día se había visto favorecido por ella. La mujer del gobernador se echaba a temblar solo de pensar en la posibilidad de no complacer a Varvara Petrovna, y la veneración de la sociedad de nuestra provincia llegaba a tales extremos que parecía poco menos que pecaminosa. La situación también favorecía, evidentemente, a Stepán Trofímovich. Era miembro del club, perdía a las cartas con dignidad y se había granjeado el respeto de la gente, aunque muchos veían en él únicamente a un «erudito». Más tarde, cuando Varvara Petrovna le permitió instalarse en otra casa, todos nos sentimos más libres. Nos reuníamos allí un par de veces por semana; nos lo pasábamos bien, sobre todo cuando no escatimaba champán. El vino se adquiría en la tienda del susodicho Andréiev. La cuenta la saldaba Varvara Petrovna cada seis meses, y el día de pago solía coincidir con un ataque de colerina.

El miembro más veterano del grupo era Liputin, hombre ya entrado en años, funcionario de la administración provincial, significado liberal con fama de ateo en la ciudad. Se había casado en segundas nupcias con una linda jovencita que le había aportado una buena dote; además, él tenía tres hijas ya crecidas. Mantenía a toda su familia en el temor de Dios y apartada del mundo, era terriblemente

avaro y con lo que ahorraba de su sueldo había podido comprase una casita y reunir un capital. Era un hombre inquieto, y no había llegado muy lejos en su carrera; en la ciudad no gozaba de mucha estima, y no era recibido en los círculos más selectos. Era, para colmo, un deslenguado, y en más de una ocasión ya había pagado caros sus enredos, una vez a manos de un oficial, y otra de un hacendado, un honrado padre de familia. No obstante, nosotros apreciábamos su agudeza, su curiosidad, su alegría maliciosa, tan peculiar. Varvara Petrovna no le tenía simpatía, pero él siempre sabía cómo tratarla.

Tampoco estimaba a Shátov, que había ingresado en el círculo en el último año. Shátov había sido estudiante, pero lo habían expulsado de la universidad a raíz de unos disturbios. De niño había sido discípulo de Stepán Trofímovich, y había nacido siervo de Varvara Petrovna, por ser hijo de su camarero Pável Fiódorov, y se había visto muy favorecido por ella. A Varvara Petrovna no le agradaban ni su orgullo ni su ingratitud, y no podía perdonarle, de ninguna manera, que al ser expulsado de la universidad no hubiera acudido a ella de inmediato; es más, ni siquiera había contestado a la carta que ella le había mandado entonces expresamente y había preferido entrar al servicio de un comerciante ilustrado, para dar clases a sus hijos. Había viajado al extranjero con la familia del comerciante, más en calidad de niñera que de preceptor; pero el caso es que entonces ardía en deseos de ver mundo. También se ocupaba de los niños una institutriz, una resuelta señorita rusa que había entrado a trabajar en la casa justo antes del viaje y que había sido contratada, ante todo, por ser muy barata. Al cabo de un par de meses el comerciante la despidió por «librepensadora». Shátov le siguió los pasos y enseguida se casaron en Ginebra. Vivieron juntos unas tres semanas, y después se separaron como personas libres que no reconocían ningún vínculo; también, desde luego, por culpa de la pobreza. Shátov estuvo una buena temporada dando tumbos por Europa, viviendo solo Dios sabe de qué; cuentan que estuvo de limpiabotas callejero y que trabajó de estibador en un puerto. Por fin, hará cosa de un año, había recalado en su ciudad natal, yendo a vivir a casa de una anciana tía, a la que enterró un mes más tarde. Apenas si tenía relaciones con su hermana Dasha, la cual también se había criado con Varvara Petrovna: era su favorita y vivía en su casa, donde la trataban con mucha consideración. Entre nosotros Shátov siempre se mostraba sombrío y taciturno; pero muy de vez en cuando, si alguien cuestionaba sus convicciones, se despertaba en él una irritación malsana y no tenía pelos en la lengua. «Antes de ponerse a discutir con Shátov, hay que atarlo primero», bromeaba en ocasiones Stepán Trofímovich; no obstante, le tenía mucho aprecio. En el extranjero Shátov había cambiado radicalmente algunas de sus convicciones socialistas anteriores, adoptando unos puntos de vista diametralmente opuestos. Era uno de esos seres idealistas, comunes en Rusia, que de pronto se ven deslumbrados por una idea potente que a la vez los aplasta con su peso, acaso para siempre. Son incapaces de enfrentarse a esa idea, en la que depositan una fe ciega, y el resto de su vida es como una larga agonía bajo la piedra que se ha derrumbado sobre ellos y los tiene medio aplastados. La complexión de Shátov respondía perfectamente a sus convicciones: era

desmañado, rubio, velludo, bajo, ancho de hombros, de labios carnosos, con las cejas muy claras, espesas y gruesas, con la frente llena de arrugas y una expresión hostil, obstinadamente huidiza, como avergonzada, en los ojos. Presentaba un remolino rebelde en el pelo, siempre de punta. Tendría veintisiete o veintiocho años. «No me sorprende que su mujer lo dejara», comentó Varvara Petrovna en cierta ocasión, después de mirarlo detenidamente. Hacía todo lo posible por vestir con pulcritud, a pesar de su pobreza. Tampoco esta vez quiso solicitar ayuda a Varvara Petrovna, sino que salió adelante como buenamente pudo, trabajando, entre otras cosas, para algunos comerciantes. Una vez se colocó en una tienda, otra estuvo a punto de ir como ayudante de un viajante de comercio en un vapor, pero cayó enfermo justo antes de la partida. No es fácil hacerse una idea del grado de miseria que era capaz de soportar sin reparar en ella en absoluto. A raíz de su enfermedad, Varvara Petrovna le hizo llegar secreta y anónimamente cien rublos. Él, sin embargo, descubrió el secreto; después de meditar, aceptó el dinero y fue a darle las gracias a Varvara Petrovna. Ésta lo recibió afectuosamente, pero una vez más Shátov defraudó sus esperanzas de un modo ignominioso: apenas llevaba cinco minutos en su compañía, sin abrir la boca, con una mirada inexpresiva clavada en el suelo y una sonrisa estúpida, cuando de pronto, en el punto más interesante de la conversación, sin darle tiempo a terminar lo que le estaba diciendo, se levantó, muy confuso, hizo una reverencia un tanto ladeada, como si fuera patizambo, y fue a tropezar con una valiosa mesita de trabajo taraceada, la tiró al suelo y la hizo añicos, y se retiró, muerto de vergüenza. Más tarde, Liputin le echó en cara que no solo no hubiera rechazado con desprecio aquellos cien rublos que venían de la que había sido su despótica ama, sino que, no contento con aceptarlos, se hubiera rebajado además a darle las gracias. Shátov vivía solo en un extremo de la ciudad, y no le gustaba que ninguno de nosotros fuera a verlo. No se perdía una sola de las veladas en casa de Stepán Trofímovich, y siempre le pedía prestados libros y periódicos.

También tomaba parte en aquellas reuniones otro joven, un tal Virguinski, un funcionario de la localidad que recordaba algo a Shátov, aunque físicamente era lo más opuesto a él en todos los sentidos; no obstante, también era un hombre «hogareño». Era un individuo digno de lástima y extraordinariamente lacónico, que tendría ya sus treinta años, con una formación estimable, aunque esencialmente autodidacta. Era pobre, estaba casado y mantenía con su trabajo en la administración a una tía y una hermana de su mujer. Tanto su mujer como las otras dos señoras profesaban las ideas más avanzadas, aunque de un modo bastante burdo; en su caso, se trataba, como dijo una vez Stepán Trofímovich a propósito de otro asunto, de «ideas, de las que se arrastran por la calle». Todo lo sacaban de los libros y, como les llegara un solo rumor de algún círculo progresista de la capital, ellas ya estaban dispuestas a tirar la casa por la ventana si así se lo aconsejaban. *Madame* Virguínskaia ejercía la profesión de comadrona en nuestra ciudad; de niña había vivido mucho tiempo en San Petersburgo. El propio Virguinski era un hombre de una inusitada pureza de espíritu, pocas he veces he visto un fervor más noble. «Jamás, jamás renunciaré a estas radiantes esperanzas»,

solía decirme con ojos resplandecientes. Cuando hablaba de aquellas «radiantes esperanzas» siempre lo hacía en voz baja, con delectación, casi en un susurro, como si se tratara de un secreto. Era un hombre bastante alto, pero extremadamente flaco y estrecho de hombros, con una cabellera muy rala de color rojizo. Encajaba con paciencia las condescendientes pullas de Stepán Trofímovich a propósito de algunas opiniones suyas, en ocasiones replicaba con mucha seriedad y en muchos casos lo ponía en un aprieto. Stepán Trofímovich lo trataba con cariño; en general, a todos nos dispensaba un trato paternal.

—Son todos unos «polluelos» —le comentaba en broma a Virguinski—; todos los que son como usted, aunque en su caso, Virguinski, no he detectado esa estrechez de miras que vi en San Petersburgo, *chez ces séminaristes*[29], pero de todos modos son unos «polluelos». A Shátov le encantaría ser un pollo hecho y derecho, pero no pasa de ser otro polluelo.

—¿Y yo? —preguntó Liputin.

—Usted es esa dorada mediocridad que en todas partes sale adelante… a su manera.

Liputin se ofendió.

Contaban de Virguinski —y, por desgracia, era esencialmente cierto— que su mujer, cuando no llevaban ni un año de casados, le dijo un buen día que a partir de entonces quedaba relegado en favor de Lebiadkin. El tal Lebiadkin era un forastero, que después resultaría ser un tipo bastante sospechoso. Por no ser, ni siquiera era teniente en la reserva, que era el grado con el que se había presentado. Lo único que sabía hacer era retorcerse los bigotes, beber y decir las mayores zafiedades que uno pueda imaginar. Este sujeto se había instalado de buenas a primeras, con una asombrosa falta de tacto, en casa de Virguinski, encantado de poder vivir a costa ajena; allí comía y dormía, hasta que al final acabó tratando desdeñosamente al hombre que lo había acogido. Se aseguraba que Virguinski había respondido al anuncio de su mujer diciendo: «Querida amiga, hasta ahora tan solo te amaba, ahora te respeto»; pero es muy dudoso que de verdad fuera pronunciada esa sentencia, digna de la antigua Roma; hay quien dice, por el contrario, que rompió a llorar amargamente. Un día, un par de semanas después del anuncio, los tres salieron de excursión al bosque «en familia», a tomar el té con unos amigos. Virguinski se hallaba en un estado de excitación febril y tomó parte en el baile; pero de pronto, y sin que mediara ninguna discusión previa, agarró de los pelos, con ambas manos, al gigante Lebiadkin, que estaba bailando un cancán por su cuenta, lo obligó a agacharse y empezó a arrastrarlo entre chillidos, gritos y lágrimas. El gigante se había acobardado hasta tal punto que ni siquiera se defendía, y apenas si abrió la boca mientras lo arrastraban; pero después mostró su resentimiento con todo el ardor de un hombre de honor. Virguinski se pasó toda la noche suplicando de rodillas perdón a su mujer; pero no consiguió ablandarla,

porque no estaba dispuesto en ningún caso a disculparse ante Lebiadkin. Para colmo, los demás le echaron en cara la mezquindad de sus convicciones y su estupidez, más que evidente por haber estado arrodillado mientras le daba explicaciones a su mujer. El teniente no tardó en desaparecer, y solo recientemente hemos vuelto a verlo en la ciudad, en compañía de una hermana y con nuevos proyectos; pero ya hablaremos de él más adelante. No es sorprendente que el pobre «hogareño» buscara nuestra compañía y encontrara consuelo entre nosotros. Por lo demás, en nuestra presencia nunca se refería a sus asuntos familiares. Solo una vez, volviendo conmigo de casa de Stepán Trofímovich, hizo una vaga alusión a su situación, pero enseguida me cogió de la mano y proclamó con fervor: «No tiene importancia; no es más que un incidente privado; ¡en nada afecta a la "causa común"!».

También acudían a nuestro círculo invitados ocasionales; vino alguna vez un judío llamado Liamshin; también nos visitó el capitán Kartúzov. Durante una temporada estuvo viniendo un anciano ávido de aprender, pero murió. Liputin trajo al *ksiądz*[30] Słońcewski, y durante un tiempo lo acogimos por una cuestión de principios, pero más tarde dejamos de tratarlo.

IX

Hubo una época en la que corrió por toda la ciudad el rumor de que nuestro círculo era un semillero de librepensamiento, depravación y ateísmo; y el rumor no paraba de extenderse. Sin embargo, lo que reinaba entre nosotros era la ingenua, simpática y alegre palabrería liberal, típicamente rusa. El más «elevado liberalismo» y los más «elevados liberales», es decir, los liberales sin ninguna meta, solo son posibles en Rusia. Stepán Trofímovich, como todo hombre de ingenio, necesitaba tener a alguien dispuesto a escucharlo y, aparte de eso, necesitaba tener la conciencia de que estaba cumpliendo el supremo deber de propagar unas ideas. Y en última instancia tampoco le venía nada mal disponer de alguien con quien beber champán e intercambiar, entre copa y copa, cierta clase de ideas halagüeñas sobre Rusia y el «espíritu ruso», sobre Dios en general y sobre el «Dios ruso» en particular; repetir por centésima vez los mismos chistes picantes rusos que todo el mundo se sabe y que todo el mundo cuenta. No teníamos nada que objetar a los chismes que circulaban por la ciudad, aunque a veces nos llevaban a las más estrictas condenas morales. Caíamos en generalizaciones sobre la humanidad, emitíamos severos juicios sobre el destino futuro de Europa y del género humano; pronosticábamos, en tono dogmático, que Francia después del cesarismo descendería rápidamente a un nivel de Estado de segundo orden y estábamos totalmente convencidos de que eso podía ocurrir muy fácilmente y de manera inmediata. Habíamos predicho, hacía ya tiempo, que al papa le correspondería el papel de mero arzobispo metropolitano en una Italia unida y no albergábamos ninguna duda de que esa cuestión milenaria, en este siglo nuestro de humanitarismo, industria y ferrocarriles, no pasaba de ser un asunto irrelevante.

Pero, naturalmente, el «elevado liberalismo ruso» era incapaz de dar otro enfoque a la cuestión. Stepán Trofímovich solía hablar de arte, y muy bien, por cierto, aunque lo hacía en términos demasiado abstractos. En ocasiones evocaba a los amigos de su juventud —todos nombres importantes en la historia del progreso de Rusia—, y los recordaba con emoción y respeto, pero también como con cierta envidia. Si estábamos especialmente aburridos, el judío Liamshin (un modesto empleado de Correos), consumado pianista, se sentaba a tocar y hacía, a modo de interludios, imitaciones de un cerdo, una tormenta, un parto con el primer vagido de un recién nacido y cosas así; era la única razón de que lo invitáramos. Si bebíamos de más —cosa que ocurría, aunque no demasiado a menudo—, nos dejábamos llevar por el entusiasmo, y en cierta ocasión llegamos a cantar a coro *La marsellesa*, con acompañamiento de Liamshin, aunque no sé qué tal resultó. El gran día del 19 de febrero[31] lo celebramos entusiásticamente y empezamos a brindar en su honor con mucha antelación. Eso fue hace mucho, mucho tiempo. Entonces no estaban aún ni Shátov ni Virguinski, y Stepán Trofímovich todavía vivía bajo el mismo techo que Varvara Petrovna. Ya antes del gran día a Stepán Trofímovich le había dado por runrunear unos versos bastante conocidos, aunque un tanto forzados, compuestos seguramente por algún propietario liberal de la vieja escuela:

Se acercan campesinos con sus hachas,

aquí va a suceder algo terrible[32].

Me parece que era algo de ese estilo, tampoco lo recuerdo literalmente. Varvara Petrovna se los oyó recitar una vez y le gritó: «¡Qué bobadas!», y se alejó, presa de la ira. Liputin, que estaba presente, le comentó maliciosamente a Stepán Trofímovich:

—Sería una lástima si, para celebrar la ocasión, los antiguos siervos les hicieran algún daño a sus señores.

Y trazó una línea con el dedo índice alrededor de su cuello.

—*Cher ami* —le comentó Stepán Trofímovich con despreocupación—, créame que *eso* —repitió el gesto del dedo en el cuello— no les va a traer ningún beneficio ni a nuestros hacendados ni, en general, a ninguno de nosotros. Sin cabeza tampoco íbamos a ser capaces de construir nada, aunque sea nuestra cabeza, más que ninguna otra cosa, la que nos impide comprender.

Hay que señalar que había mucha gente entre nosotros que pensaba que el día del Manifiesto iba a ocurrir algo extraordinario, en línea con lo vaticinado por Liputin, y que esa gente se consideraba «experta» en todo lo relativo al campesinado y al Estado. El propio Stepán Trofímovich, por lo visto, compartía esa opinión, hasta el punto de que prácticamente la misma víspera del gran día

empezó a pedirle permiso a Varvara Petrovna para marchar al extranjero; en una palabra, estaba poniéndose nervioso. Pero pasó el gran día, pasaron unos cuantos días más, y una sonrisa de condescendencia reapareció en los labios de Stepán Trofímovich. Formuló en nuestra presencia algunas ideas notables sobre el carácter ruso en general y sobre el carácter del campesino ruso en particular.

—Siendo como somos gente apresurada, nos hemos precipitado en lo que respecta a nuestros campesinos —dijo, a modo de conclusión de una serie de reflexiones brillantes—; los pusimos de moda, y desde hace algunos años todo un sector de los literatos los ha venido tratando como si fueran una joya recién hallada. Hemos coronado de laurel unas cabezas piojosas. En mil años la aldea rusa no nos ha dado más que la *kamárinskaia*[33]. Un destacado poeta ruso, al que tampoco le faltaba ingenio, al ver por primera vez en escena a la gran Rachel[34], exclamó entusiasmado: «¡No cambio a Rachel por un campesino!». Y estoy dispuesto a ir más lejos: doy a todos los campesinos rusos a cambio de una sola Rachel. Ya va siendo hora de ver las cosas con mesura y de no confundir nuestro rústico alquitrán con *bouquet de l'Impératrice*[35].

Liputin enseguida se mostró de acuerdo, pero hizo ver que, a pesar de todo, en aquellos momentos hacía falta ser hipócritas y elogiar a los campesinos para la buena marcha del movimiento; que hasta las damas de alto copete derramaban lágrimas cuando leían *Antón el desdichado*[36], y que algunas de ellas incluso escribían desde París a sus administradores, diciéndoles que en lo sucesivo debían tratar a los campesinos con la mayor humanidad posible.

Ocurrió —y fue una triste coincidencia después de los rumores sobre Antón Petrov[37]— que en nuestra provincia, y a tan solo quince verstas de Skvoréshniki, hubo unos disturbios, y enviaron deprisa y corriendo un pelotón de soldados. Esta vez Stepán Trofímovich se alarmó tanto que incluso nos asustó a los demás. No hacía más que gritar en el club que se necesitaban más tropas, que había que avisar por telégrafo a otro distrito para hacerlas venir; fue corriendo a ver al gobernador y le aseguró que él no tenía nada que ver en todo aquello; le pidió que no sacara su nombre a relucir por lo que hubiera podido hacer en otros tiempos, y le propuso escribir de inmediato a quien correspondiera en San Petersburgo, dejando constancia de su declaración. Menos mal que el problema se solucionó pronto y todo quedó en nada, pero el caso es que Stepán Trofímovich me sorprendió en aquella ocasión.

Tres años más tarde, como es sabido, se empezó a hablar de la cuestión nacional y surgió una «opinión pública» al respecto. Stepán Trofímovich no paraba de reírse.

—Amigos míos —nos aleccionaba—, nuestro nacionalismo, si es que de verdad «ha nacido», como proclaman ahora los periódicos, aún va a la escuela, a alguna *Petrischule*[38] alemana, tiene delante un manual alemán y repite su eterna

lección alemana, y su maestro alemán lo pone de rodillas cada vez que le parece oportuno. Solo tengo palabras de elogio para el maestro alemán; pero lo más probable es que no haya pasado nada y que no haya nacido nada de eso, y que todo siga igual que antes, esto es, como Dios quiere. En mi opinión, eso debería ser suficiente para Rusia, *pour notre sainte Russie*. Además, todo ese paneslavismo, todos esos nacionalismos, es algo ya demasiado viejo para ser nuevo. El nacionalismo, si me permiten, nunca ha existido entre nosotros sino como un pasatiempo de club de señoritos, de club moscovita, para más señas. No me estoy refiriendo, por supuesto, a los tiempos del príncipe Ígor[39]. En última instancia, no es más que un producto de la ociosidad. Aquí todo es producto de la ociosidad, todo lo que es bueno y hermoso. ¡Todo obedece a la ociosidad encantadora, educada, caprichosa de nuestros señores! Y estoy dispuesto a repetirlo treinta mil años. Nosotros no sabemos vivir de nuestro trabajo. Y, en cuanto al jaleo que están montando ahora con esa suerte de opinión pública que «habría nacido» entre nosotros, ¿acaso nos ha llovido de pronto del cielo, de buenas a primeras? ¡Cómo no se darán cuenta de que, para que tengamos nuestra propia opinión, hace falta que tengamos primero trabajo, nuestro propio trabajo, nuestra propia iniciativa, nuestra propia experiencia! Nada se consigue de balde. Trabajemos, y tendremos también nuestra propia opinión. Pero, si nunca trabajamos, opinarán por nosotros los mismos que hasta ahora han venido trabajando por nosotros, esto es, Europa, y, como de costumbre, los sempiternos alemanes, nuestros maestros desde hace doscientos años. Además, Rusia constituye un embrollo demasiado grande para que podamos resolverlo nosotros solos, sin alemanes y sin trabajo. ¡Llevo ya veinte años tocando a rebato y llamando a la gente al trabajo! Y ¡he consagrado mi vida a este llamamiento y he puesto, como un insensato, mi fe en él! Ahora he perdido la fe, pero sigo tocando y seguiré tocando hasta el final, hasta la tumba; ¡seguiré tirando de la cuerda hasta que doblen las campanas en mis exequias!

¡Ay! Nos limitábamos a asentir. Aplaudíamos a nuestro maestro, y ¡con cuánto fervor! Pero, después de todo, señores, ¿no siguen oyéndose ahora mismo, bien cerca y a todas horas, los mismos disparates rusos de siempre, «encantadores», «sabios» y «liberales»?

Nuestro maestro creía en Dios.

—No entiendo por qué aquí todos me toman por ateo —decía en ocasiones —. Yo creo en Dios; *mais distinguons*, yo creo en Él como en un ser consciente de sí mismo solo en mí. En cambio, no puedo creer como cree mi Nastasia —se refería a su criada— o como ese señor que cree «por si acaso», o como nuestro querido Shátov… bueno, no, Shátov no cuenta, Shátov cree *a la fuerza*, como un eslavófilo de Moscú. En cuanto al cristianismo, a pesar de mi sincero respeto por él, yo no soy cristiano. Yo soy, más bien, un pagano antiguo, como el gran Goethe o como un griego clásico. El mero hecho de que el cristianismo no haya comprendido a la mujer ya es suficiente, como ha demostrado de forma magistral George Sand en una de sus geniales novelas[40]. En cuanto al culto, los ayunos y todo eso, no

entiendo a quién puede importarle lo que yo haga. Por mucho que se esfuercen nuestros soplones, no tengo la menor intención de ser un jesuita. En 1847 Belinski, que estaba en el extranjero, le envió a Gógol su célebre carta, en la que le reprochaba vivamente su creencia «en cierta clase de Dios». *Entre nous soit dit*[41], no puedo imaginarme nada más cómico que el momento en el que Gógol (¡el Gógol de entonces!) leyó esa frase y… ¡toda la carta! Pero, dejando de lado su aspecto cómico, y dado que, en definitiva, estoy de acuerdo con el fondo del asunto, diré señalando hacia ellos: ¡aquéllos sí que eran hombres! Supieron amar a su pueblo, supieron sufrir por él, supieron sacrificarlo todo por él y, al mismo tiempo, supieron guardar las distancias cada vez que hizo falta, sin mostrarse lisonjeros en determinadas materias. ¡Cómo iba Belinski a buscar la salvación en el aceite de Cuaresma o en los guisantes con rábanos!…

Pero entonces saltaba Shátov.

—¡Esa gente de la que habla no amaba al pueblo, no sufría por él y no sacrificó nada de nada, por mucho que así se lo creyeran a modo de consuelo! —masculló con acritud, bajando la mirada y removiéndose con impaciencia en la silla.

—¡Que no amaban al pueblo! —rugió Stepán Trofímovich—. ¡Oh, cómo amaban a Rusia!

—¡Ni a Rusia ni al pueblo! —rugió también Shátov, con los ojos centelleantes—. ¡No es posible amar lo que no se conoce, y no sabían nada del pueblo ruso! Todos ellos, y también usted, miraban al pueblo ruso sin fijarse en nada, y Belinski el primero; su misma carta a Gógol lo demuestra. Belinski, como le pasaba al curioso de Krylov[42], no se dio cuenta de que había un elefante en la Kunstkámera[43] y concentró toda su atención en unos bichitos socialistas franceses, y de ahí no pasó. Y ¡eso que seguramente era más inteligente que cualquiera de ustedes! Ustedes no solo han pasado por alto al pueblo, ustedes lo han tratado con un desprecio repugnante, aunque solo fuera porque no concebían otro pueblo que no fuera el francés, el parisino más bien, y se avergonzaban de que el pueblo ruso no fuera igual. ¡Ésa es la pura verdad! Y ¡quien no tiene pueblo tampoco tiene Dios! Pueden estar seguros de que quienes se alejan de su pueblo y rompen los lazos con él no tardan en alejarse, en la misma medida, de la fe de sus mayores, y acaban volviéndose ateos o indiferentes. ¡Estoy diciendo la verdad! Está más que demostrado. A eso se debe que todos ustedes, y ahora todos nosotros, seamos o viles ateos o canallas indiferentes y depravados, y nada más. También usted, Stepán Trofímovich, usted no constituye ninguna excepción; de hecho, he hablado pensando en un usted, ¡ya lo sabe!

Por lo general, después de semejantes monólogos (y era algo frecuente en su caso), Shátov agarraba su gorra y se lanzaba hacia la puerta, plenamente convencido de que todo había terminado y de que había roto definitivamente y

para siempre su relación de amistad con Stepán Trofímovich. Pero éste siempre lograba detenerlo a tiempo.

—¿No deberíamos hacer las paces, Shátov, después de estas amables palabras? —decía, ofreciéndole benévolamente la mano desde su sillón.

A Shátov, desmañado y tímido, no le hacían gracia las muestras de afecto. Su aspecto tosco parecía ocultar una enorme delicadeza de espíritu. Aunque a menudo reaccionaba con desmesura, él era el primero en sufrir por ese motivo. Farfullando algo entre dientes como respuesta a la invitación de Stepán Trofímovich y arrastrando los pies como un oso, de pronto se sonreía inesperadamente, se quitaba la gorra y se sentaba en la misma silla de antes, clavando la mirada en el suelo. Ni que decir tiene que en ese momento se sacaba el vino, y Stepán Trofímovich proponía un brindis apropiado, por ejemplo, en memoria de algún prohombre de antaño.

Capítulo II. El príncipe Harry, un casamiento concertado

I

Solo había otra persona en el mundo por la que Varvara Petrovna sintiera tanto apego como por Stepán Trofímovich: su único hijo, Nikolái Vsévolodovich Stavroguin. Fue precisamente para hacerse cargo de su educación para lo que habían contratado como preceptor a Stepán Trofímovich. El chico tenía ocho años, y el muy irresponsable de su padre, el general Stavroguin, ya estaba por entonces separado de la madre, de modo que el hijo se crió bajo los cuidados exclusivos de ella. Hay que decir, para hacer justicia a Stepán Trofímovich, que supo ganarse el afecto de su discípulo. Todo el secreto estribaba en que él también era un niño. Aún no contaba con mi compañía, y necesitaba en todo momento un amigo verdadero. No dudó en trabar amistad con aquel crío a poco que se hizo mayor. Ocurrió de un modo natural, dado que no existía ninguna diferencia entre ellos. Más de una vez despertó en plena noche a su amigo, cuando este tenía diez u once años, con la sola intención de desahogarse con él, confesándole sus sentimientos agraviados, o de revelarle algún secreto doméstico, sin reparar en que eso no estaba bien. Se echaban el uno en brazos del otro y lloraban fundidos en un abrazo. El chiquillo sabía que su madre lo quería mucho, pero no está tan claro que él la quisiera tanto a ella. Varvara Petrovna apenas hablaba con su hijo y pocas veces le ponía trabas en lo que hacía, pero lo seguía fijamente con la mirada, y eso a él le producía una sensación de malestar. No obstante, en todo lo concerniente a su instrucción y su formación moral la madre confiaba plenamente en Stepán Trofímovich. Todavía creía en él a pies juntillas. Cabe pensar que el pedagogo habría alterado en alguna medida los nervios de su pupilo. Cuando, al cumplir dieciséis años, lo llevaron al liceo, era un muchacho endeble y pálido, extremadamente callado y pensativo. (Más tarde destacaría por su extraordinaria fortaleza física). Hay que pensar, igualmente, que los amigos llorarían de noche, abrazados, y no solo a raíz de alguna desavenencia doméstica. Stepán Trofímovich supo tocar las fibras más sensibles en el corazón de su amigo y despertar en él, por primera vez, ese sentimiento, aún indefinido, de sagrado y eterno anhelo que, una vez que lo han conocido y lo han degustado, los espíritus selectos ya no están dispuestos a cambiar por una satisfacción vulgar. (No faltan incluso quienes valoran más ese anhelo que su satisfacción completa, suponiendo que ésta fuera posible). En todo caso, era bueno que pupilo y maestro, aunque tarde ya, se vieran obligados a separarse.

En sus primeros dos años de liceo el joven volvía a casa por vacaciones. Con ocasión del viaje de Varvara Petrovna y Stepán Trofímovich a San Petersburgo asistió a algunas veladas literarias en compañía de su madre, limitándose a escuchar y observar. El joven hablaba poco, y seguía siendo igual de callado y

reservado que antes. A Stepán Trofímovich lo seguía tratando con una cariñosa consideración, pero ahora con más comedimiento: evidentemente, se abstenía de tratar con él asuntos elevados y de evocar el pasado. Al acabar los estudios, atendiendo los deseos de su madre, ingresó en el ejército y pronto fue destinado a uno de los más prestigiosos regimientos de guardia montada. No vino a ver a su madre vestido de uniforme, y raramente escribía desde San Petersburgo. Varvara Petrovna no escatimaba el dinero que le enviaba, a pesar de que, a raíz de las reformas, las rentas de su hacienda habían mermado tanto que al principio no ingresaba ni la mitad que antes. No obstante, gracias a que llevaba años haciendo economías, había acumulado un capital considerable. Estaba muy interesada en los triunfos de su hijo en la alta sociedad de San Petersburgo. Lo que no había conseguido ella lo había conseguido el joven oficial, rico y con brillantes perspectivas. Había hecho una serie de relaciones con los que ella no habría podido soñar siquiera, y en todas partes lo recibían con enorme satisfacción. Pero no tardaron en llegar a oídos de Varvara Petrovna unos rumores bastante extraños: por lo visto, el joven había empezado a vivir de improviso de un modo escandaloso. No es que jugara o que bebiera en exceso; se hablaba más bien de cierto desenfreno salvaje, de personas atropelladas por sus caballos, de su conducta brutal con una dama de la alta sociedad con la que había tenido relaciones y a la que más tarde había insultado en público. Indudablemente, había algo repugnante en ese asunto. Para colmo, se afirmaba también que era un matón, que siempre estaba buscando camorra y que insultaba a la gente por el mero placer de insultarla. Varvara Petrovna se quedó muy triste y preocupada. Stepán Trofímovich intentaba tranquilizarla diciéndole que se trataba tan solo de los primeros arranques impetuosos de una naturaleza demasiado exuberante, que las aguas volverían a su cauce y que no dejaba de recordar a la juventud del príncipe Harry y sus juergas con Falstaff, Poins y *Mistress* Quickly, según nos la pinta Shakespeare[44]. Varvara Petrovna en esta ocasión no exclamó: «¡Bobadas, bobadas!», como solía hacer últimamente cada vez que hablaba con Stepán Trofímovich; al contrario, escuchó con la máxima atención, mandó que se lo explicaran todo en detalle y ella misma cogió a Shakespeare y leyó con sumo interés la crónica inmortal. Pero la crónica no la tranquilizó, y tampoco encontró tantas coincidencias entre los dos casos. Esperaba con ansiedad febril respuesta a algunas de sus cartas. Las respuestas no se demoraron; pronto se recibió la noticia fatídica de que el príncipe Harry se había batido en duelo dos veces, de forma consecutiva, que toda la culpa recaía sobre él en ambos casos, que había dado muerte sobre el terreno a uno de sus adversarios y al otro lo había dejado lisiado, y que de resultas de tamañas fechorías había sido procesado. El proceso concluyó con su degradación al rango de soldado raso, viéndose privado de sus derechos y siendo destinado con carácter forzoso, en calidad de desterrado, a un regimiento de infantería de línea; y todo ello gracias a una especial clemencia.

En 1863 tuvo ocasión de distinguirse[45]; le concedieron una cruz y fue ascendido a suboficial, tras lo cual no tardaría en llegar a oficial. En todo ese tiempo Varvara Petrovna pudo enviar hasta un centenar de cartas a la capital con

ruegos y súplicas. Accedió a rebajarse de un modo nunca visto en ella. Después de su ascenso, el joven solicitó inesperadamente su pase a la reserva, pero no solo no regresó a Skvoréshniki, sino que dejó de escribir a su madre. Se supo finalmente, por vía indirecta, que había vuelto a San Petersburgo y que sus antiguos conocidos se negaban en redondo a recibirlo; era como si se hubiera escondido. Averiguaron que andaba en raras compañías, que se trataba con gente de malvivir de la capital, con empleados andrajosos, con militares retirados habituados a pedir limosna, con borrachos; que visitaba a sus miserables familias, que pasaba días y noches en oscuros tugurios y en solo Dios sabe qué clase de antros, que había caído muy bajo, que vestía como un pordiosero y que, al parecer, le complacía aquella vida. No quería pedirle dinero a su madre; tenía su propia hacienda: unas tierras heredadas del general Stavroguin, que, según se rumoreaba, había dado en arriendo a un alemán de Sajonia y que, mal que bien, le proporcionaban alguna renta. Finalmente su madre le suplicó que fuera a verla, y un buen día el príncipe Harry se presentó en nuestra ciudad. Aquélla fue la primera vez que lo vi, pues hasta entonces no había tenido ocasión de ponerle la vista encima.

Era un joven muy atractivo, de unos veinticinco años, y reconozco que a mí me impresionó. Esperaba encontrarme con un tipo desastrado y zarrapastroso, consumido por el libertinaje y apestando a alcohol. Por el contrario, se trataba del más atildado *gentleman* que había visto en toda mi vida, vestido de manera exquisita, con unos modales como solo puede exhibir un caballero habituado a la más refinada cortesía. Yo no era el único sorprendido: estaba sorprendida toda la ciudad, la cual, por descontado, conocía la biografía completa del señor Stavroguin, y con tal lujo de detalles que era imposible imaginar dónde habrían podido recabar tanta información; lo más sorprendente era que la mitad de los detalles resultaron ciertos. Todas nuestras damas bebían los vientos por el recién llegado. Se dividieron en dos facciones tajantemente enfrentadas: unas lo adoraban, otras lo odiaban a muerte; pero las dos habían perdido la chaveta en la misma medida. Algunas señoras estaban particularmente subyugadas por la idea de que pudiera ocultar en el fondo de su alma un secreto fatídico; otras encontraban fascinante que fuera un asesino. También parecía estar muy bien educado, y no andaba escaso de conocimientos. Tampoco es que hicieran falta demasiados conocimientos para despertar nuestra admiración, pero lo cierto es que era capaz de hablar de temas cotidianos de gran interés y, lo que es aún más valioso, con un admirable sentido común. Debo señalar, como un dato peculiar, que prácticamente desde el primer día todos lo encontramos sumamente juicioso. No era excesivamente locuaz, era elegante sin afectación, sorprendentemente modesto, a la vez que osado y seguro de sí mismo, como no lo era nadie entre nosotros. Nuestros petimetres lo miraban con envidia y quedaban en su presencia completamente eclipsados. Me impresionó su fisonomía: tenía el cabello algo más moreno de lo que habría sido deseable, sus hermosos ojos eran un punto demasiado serenos y claros, su tez era en exceso suave y blanca, el rubor de sus mejillas exageradamente intenso y puro, sus dientes eran como perlas, sus labios como el coral: se diría que era un modelo de belleza, pero al mismo tiempo había

algo repulsivo en él. Decían que su rostro recordaba a una máscara; también se hablaba mucho, por cierto, de su asombrosa fuerza física. Era más bien alto. Varvara Petrovna lo miraba con orgullo, pero con permanente inquietud. Pasó unos seis meses entre nosotros, llevando una existencia discreta, tranquila, bastante insulsa; hacía vida social y se adaptaba a todas las exigencias de la etiqueta provinciana con invariable esmero. Era pariente por parte de padre del gobernador, y en casa de éste lo recibían como a uno más de la familia. Pero al cabo de unos meses, un buen día, la fiera enseñó sus garras.

A propósito, debo hacer notar, entre paréntesis, que el templado y amable Iván Ósipovich, nuestro anterior gobernador, tenía algo de señora de pueblo, aunque de buena familia y bien relacionada, cosa que explica que aguantara tanto años entre nosotros, desentendiéndose constantemente de sus obligaciones. Por su generosidad y hospitalidad tendría que haber sido decano de la nobleza[46] en los viejos y buenos tiempos, en lugar de gobernador en unos tiempos tan convulsos como los nuestros. En la ciudad siempre se había dicho que la principal autoridad de la provincia no era él, sino Varvara Petrovna. Evidentemente, se trataba de un comentario sarcástico, pero de todos modos era manifiestamente falso. La de ingenio que se derrochó entre nosotros a propósito de ese tema. Y eso que en los últimos años Varvara Petrovna, por el contrario, se alejó conscientemente de cualquier posición de autoridad, a pesar del enorme respeto que le profesaba toda la sociedad, y se recluyó voluntariamente dentro de los estrictos límites que ella misma se había impuesto. En lugar de ocupar puestos de responsabilidad, se dedicó a la administración de su hacienda y en dos o tres años incrementó los ingresos de sus propiedades hasta recuperar prácticamente los niveles previos a las reformas. Renunciando a sus impulsos poéticos (viajes a San Petersburgo, proyectos de editar una revista y cosas así), se empeñó en ahorrar y hacer economías. Incluso mantuvo a cierta distancia a Stepán Trofímovich, permitiéndole que alquilara una vivienda en una casa distinta (algo que su amigo llevaba ya un tiempo proponiéndole con distintos pretextos). Poco a poco Stepán Trofímovich empezó a llamarla «mujer prosaica» o, en un tono más festivo, «mi prosaica amiga». No hace falta decir que solo se permitía tales bromas con el mayor de los respetos y escogiendo cuidadosamente el momento oportuno.

Todos los allegados éramos conscientes —y Stepán Trofímovich más acusadamente que nadie— de que el hijo era ahora para ella algo así como una nueva esperanza, casi como un nuevo sueño. La pasión por su hijo había empezado en la época en que éste triunfaba en la sociedad de San Petersburgo, y se había redoblado en el preciso instante en que llegaron las noticias de que lo habían degradado en el ejército. Y al mismo tiempo era evidente que le tenía miedo y que en su presencia se comportaba como una esclava. Se podía advertir que temía algo impreciso, secreto, que ni ella misma habría sabido definir, y muchas veces se quedaba mirando imperceptible y fijamente a su *Nicolas*[47], abstraída y como tratando de adivinar algo… y he aquí que de pronto… la fiera sacó sus garras.

II

De buenas a primeras, nuestro príncipe, sin venir a cuento, ofendió de un modo intolerable a dos o tres personas; hay que destacar que lo más llamativo fue el hecho de tratarse de unas afrentas insólitas, sin parangón posible con nada conocido, muy alejadas de lo habitual, extremadamente rastreras y pueriles, carentes de toda motivación. Uno de los directivos más respetados de nuestro club, Pável Pávlovich Gagánov, un hombre ya mayor, digno de toda consideración, había adquirido el inocente hábito de replicar con pasión a cada cosa que le decían con esta frase: «¡No, de aquí no hay quien me mueva!». La cosa no tenía mayor importancia. Pero un día, estando en el club, pronunció esa sentencia en medio de una discusión acalorada con un grupo de socios (algunos de ellos, personas señaladas) que se habían reunido en torno a él, y en ese momento Nikolái Vsévolodovich, que se encontraba solo y algo retirado, de pronto, sin que nadie se hubiera dirigido a él, se acercó a Pável Pávlovich e, inesperadamente, lo enganchó con fuerza de la nariz con un par de dedos y lo arrastró unos pasos por la sala. No podía tener nada contra el señor Gagánov. Alguien podría pensar que no había sido más que una gamberrada —imperdonable, qué duda cabe— más propia de un escolar; y, sin embargo, más tarde algunos contarían que en el momento mismo del incidente Nikolái Vsévolodovich estaba como abstraído, «parecía como si hubiera perdido el juicio», si bien es verdad que solo habían reparado en ese detalle y se habían acordado de él después de bastante tiempo. Al principio, en caliente, la gente solo recordaba los instantes inmediatos, cuando Nikolái Vsévolodovich, plenamente consciente de lo ocurrido, no solo no parecía desconcertado, sino que se sonreía alegre y maliciosamente, «sin dar ninguna muestra de arrepentimiento». Se armó un alboroto tremendo; todos los presentes lo rodearon. Nikolái Vsévolodovich no paraba de girarse, mirando a todas partes, sin replicar a nadie y observando con curiosidad los rostros de quienes gritaban. Hasta que de pronto se quedó pensativo —así lo contaban, al menos—, frunció el ceño, se acercó con paso firme al agraviado Pável Pávlovich y hablando muy deprisa, con evidente irritación, farfulló:

—Le pido disculpas, como es natural… La verdad, no sé cómo se me ha ocurrido, así, de pronto… Ha sido una necedad…

El tono desganado de sus disculpas equivalía a un nuevo insulto. Los gritos arreciaron. Nikolái Vsévolodovich se encogió de hombros y se marchó.

Todo aquello fue una tremenda estupidez, por no decir que fue una aberración, una aberración calculada y premeditada —ésa fue la sensación que dio a primera vista—, y por lo mismo constituyó un insulto consciente y completamente descarado contra nuestra sociedad en su conjunto. Así lo entendió todo el mundo. Como primera medida, se acordó de forma unánime la expulsión del señor Stavroguin como miembro del club; a continuación, los presentes

decidieron dirigirse al gobernador, en nombre de todo el club, con el requerimiento de que, «haciendo uso de la autoridad administrativa que le había sido conferida», procediera de forma inmediata (sin esperar a que el caso fuera examinado formalmente por un tribunal) a poner coto a aquel peligroso rufián, aquel buscapleitos de la capital, «protegiendo así la tranquilidad de toda la gente decente de nuestra sociedad contra intolerables agresiones». Con malicioso candor añadieron que a lo mejor podría «encontrarse alguna ley hasta para el señor Stavroguin». Esta frase en concreto fue concebida como una pulla contra el gobernador a cuenta de Varvara Petrovna. Se explayaron a gusto. Casualmente el gobernador no estaba entonces en la ciudad: había acudido a una localidad cercana a apadrinar al hijo de una atractiva dama, recién enviudada, que había quedado, a la muerte de su marido, en estado interesante; pero se sabía que no tardaría en regresar. Mientras tanto, jalearon con entusiasmo al respetable y ofendido Pável Pávlovich; la gente lo abrazaba y lo besaba, toda la ciudad se acercó a visitarlo. Hubo incluso quien propuso ofrecer una comida en su honor por suscripción popular, y solo se desechó la idea en vista de sus encarecidos ruegos; también repararían en que a aquel hombre, al fin y al cabo, lo habían arrastrado de la nariz y que, en consecuencia, no había mucho que celebrar.

En todo caso, ¿cómo había ocurrido? ¿Cómo había podido ocurrir? Lo más sorprendente era el hecho de que nadie, en toda la ciudad, hubiera visto en aquella conducta brutal un acto de locura. Eso quiere decir que la gente se podía esperar una actuación así de Nikolái Vsévolodovich, aun estando en su sano juicio. Por mi parte, a estas alturas aún no sé qué pensar, a pesar incluso de un hecho que se siguió poco después, y que pareció aclararlo todo y dar satisfacción a todo el mundo. Debo añadir, además, que cuatro años más tarde, a una discreta pregunta mía a propósito de aquel lejano incidente en el club, Nikolái Vsévolodovich, frunciendo el ceño, respondió: «Sí, yo no estaba del todo bien por aquel entonces». Pero no conviene que nos adelantemos a los acontecimientos.

También me llamó la atención aquel estallido de odio colectivo con el que todos se lanzaron entonces contra aquel «rufián», contra aquel «buscapleitos de la capital». Insistían en ver detrás de su actuación un propósito deliberado y una intención manifiesta de ofender al conjunto de la sociedad. Lo cierto es que nadie apreciaba a aquel individuo, que había puesto a todos en su contra, y cabe preguntarse por qué. Hasta que se produjo aquel incidente nunca había discutido con nadie ni se había metido con nadie: era tan cortés como podría serlo un caballero de uno de esos carteles de moda si fuera capaz de hablar. Supongo que la gente lo odiaría por su engreimiento. Hasta nuestras damas, que al principio lo adoraban, clamaban ahora contra él, con más fuerza incluso que los varones.

Varvara Petrovna estaba tremendamente afectada. Más tarde le confesaría a Stepán Trofímovich que hacía ya tiempo que venía presintiendo algo así, que no había habido día en los últimos seis meses que no se temiera «algo por el estilo», una confesión muy interesante viniendo de su propia madre. «¡Ya ha empezado!»,

pensó con un estremecimiento. La mañana siguiente a la tarde fatídica en el club, Varvara Petrovna procedió, cautelosamente aunque con firmeza, a pedirle explicaciones a su hijo, pero la pobre mujer no paraba de temblar, a pesar de su resolución. No había dormido en toda la noche e incluso había acudido a primera hora de la mañana a Stepán Trofímovich para pedirle consejo, y se había echado a llorar a su lado, algo que jamás le había ocurrido en presencia de nadie. Deseaba que su Nicolas le dijera algo, que al menos se dignara ofrecerle una explicación. Nicolas, siempre tan gentil y tan respetuoso con su madre, estuvo escuchando un rato sus palabras, con el ceño fruncido, pero con toda seriedad; de pronto se levantó y, sin decir una sola palabra, le besó la mano y salió. Y ese mismo día, como hecho aposta, protagonizó un nuevo escándalo, bastante más moderado y corriente que el primero, pero que, en cualquier caso, dado el estado de ánimo reinante, incrementó de forma apreciable el clamor contra él en la ciudad.

Acababa de venir nuestro amigo Liputin. Fue a ver a Nikolái Vsévolodovich justo después de las explicaciones de éste con su madre y le rogó encarecidamente que le hiciera el honor de acudir a una modesta celebración en su casa con motivo del cumpleaños de su mujer. Hacía ya tiempo que Varvara Petrovna venía observando con aprensión la afición de su hijo a las malas compañías, pero no se había atrevido a hacerle ningún comentario. Antes que con Liputin, ya había trabado amistad con otros representantes del tercer estado, e incluso con miembros de capas aún más bajas de nuestra sociedad: tenía una propensión a hacer esa clase de amigos. Nikolái Vsévolodovich no había estado nunca en casa de Liputin, aunque a él ya lo conocía de antes. Suponía que la invitación estaría relacionada con el escándalo de la víspera en el club y que, tratándose de uno de los liberales del lugar, Liputin estaría entusiasmado con dicho escándalo y pensaría de todo corazón que así era como había que actuar con los directivos del club y que estaba muy bien lo que había hecho. Nikolái Vsévolodovich se echó a reír y le prometió que iría.

Acudieron numerosos invitados; la compañía era un tanto desastrada, pero brillante. Liputin, engreído y envidioso, solo tenía invitados dos veces al año, pero en esas ocasiones tiraba la casa por la ventana. El invitado de más consideración, Stepán Trofímovich, no pudo asistir por culpa de una indisposición. Se sirvió el té; había entremeses y vodka en abundancia; se organizaron tres mesas de juego, mientras los más jóvenes entretenían la espera para la cena tocando el piano y bailando. Nikolái Vsévolodovich sacó a *madame* Lipútina, una señora extraordinariamente atractiva que se sentía muy cohibida a su lado; bailaron dos rondas juntos, después de lo cual Nikolái Vsévolodovich se sentó a su lado, charlando con ella, haciéndola reír. Por fin, tras comentarle lo guapa que estaba cada vez que se reía, a la vista de todos los invitados, la agarró de repente por la cintura y la besó en los labios dos o tres veces, con gran deleite. La pobre mujer, aterrada, se desvaneció. Nikolái Vsévolodovich cogió su sombrero, se acercó al marido, que se había quedado de piedra en medio del revuelo general, lo miró desconcertado y, tras farfullar: «No se enfade», salió. Liputin corrió tras él hasta el

vestíbulo, lo ayudó personalmente a ponerse el abrigo de piel y lo despidió con reverencias desde las escaleras. Pero al día siguiente hubo una continuación bastante divertida de esta, en el fondo, inocente historia —hablando en términos relativos—, una continuación que le dio cierto prestigio a Liputin, el cual supo sacarle un buen partido.

A eso de las diez de la mañana, se presentó en casa de la señora Stavróguina una criada de Liputin, la desenvuelta, jovial y rubicunda Agafia, una campesina de unos treinta años, con un recado para Nikolái Vsévolodovich; insistió mucho en «dárselo al señor en persona». Aunque le dolía mucho la cabeza, Nikolái Vsévolodovich salió a atenderla. Varvara Petrovna se las arregló para estar presente cuando su hijo recibió el mensaje.

—Serguéi Vasílich —recitó Agafia con seguridad, refiriéndose a Liputin— me ha encomendado, lo primero de todo, que le transmita sus respetos y le pregunte por su salud, que cómo ha descansado usted después de lo de anoche y que cómo se encuentra usted ahora después de lo de anoche.

Nikolái Vsévolodovich se sonrió.

—Salúdale de mi parte y dale las gracias, y dile además a tu señor en mi nombre, Agafia, que es el hombre más inteligente de toda la ciudad.

—Y a eso me ordenó que le contestara —replicó Agafia, con más desparpajo aún— que él ya lo sabe sin necesidad de que usted se lo diga, y que le desea lo mismo a usted.

—¡Caramba! ¿Cómo podía saber lo que yo te iba a decir?

—No sé de qué manera lo habrá sabido, pero nada más salir de casa, cuando llevaba andada ya media calle, vi que me venía siguiendo, sin su gorra, y me dijo: «Mira, Agáfiushka, si por casualidad te comenta: "Dile a tu señor que no hay nadie más inteligente que él en toda la ciudad", no te olvides de contestarle al momento: "Él ya lo sabe de sobra, señor, y dice que le desea lo mismo a usted"»…

III

Finalmente, también al gobernador le pudieron explicar lo ocurrido. A nuestro templado y amable Iván Ósipovich le tocó escuchar, recién llegado, las fogosas protestas del club. Algo habría que hacer, sin duda alguna, pero estaba un tanto confuso. También aquel anciano hospitalario parecía tenerle miedo a su joven pariente. Decidió, en todo caso, invitarlo a disculparse ante el club y ante el propio agraviado, de un modo satisfactorio y, si hacía falta, también por escrito; y persuadirlo después con buenas maneras de que abandonara la ciudad, viajando a

Italia, por ejemplo, o a cualquier otro lugar del extranjero, para conocer mundo. En la sala donde salió a recibir a Nikolái Vsévolodovich en esta ocasión (otras veces el joven se había movido a sus anchas por toda la casa, disfrutando del derecho de parentesco), se encontraba Aliosha Teliátnikov —un funcionario de refinados modales que además formaba parte del servicio del gobernador— abriendo sobres en una mesa en un rincón; en la estancia contigua, junto a la ventana más próxima a la puerta de la sala, se hallaba un visitante, un coronel grueso y de aspecto saludable, viejo amigo y colega de Iván Ósipovich, leyendo *Golos*[48], sin prestar ninguna atención, desde luego, a cuanto acontecía en la sala; de hecho, estaba sentado de espaldas. Iván Ósipovich planteó la cuestión con mucho tacto, hablando casi en un susurro, pero no podía evitar trabucarse. Nicolas tenía cara de pocos amigos: estaba pálido, procuraba no levantar la mirada del suelo y fruncía el ceño como si intentara sobreponerse a un agudo dolor.

—Es usted una persona noble, Nicolas, y de buen corazón —señaló, entre otras cosas, el anciano—; ha tenido una excelente formación, se ha relacionado con lo mejor de la sociedad, y aquí mismo había exhibido hasta ahora un comportamiento ejemplar, para sosiego de su madre, una persona muy querida por todos nosotros… Y ¡ahora, una vez más, todo adquiere un aspecto incomprensible, tan alarmante para todos nostros! Le hablo en calidad de amigo de su familia, como alguien ya mayor y cercano que le aprecia, alguien con quien no cabe sentirse ofendido… Dígame, ¿qué le ha llevado a cometer unas acciones tan intolerables, fuera de toda norma y de toda medida? ¿A qué obedecen tamaños despropósitos, que se dirían fruto del delirio?

Nicolas escuchaba molesto e impaciente. De pronto asomó a su mirada una expresión maligna y burlona.

—Está bien, voy a decirle qué es lo que me ha llevado a hacerlo —dijo en tono tétrico y, mirando a su alrededor, se inclinó hacia el oído de Iván Ósipovich. Aliosha Teliátnikov, como persona bien educada, se retiró dos o tres pasos en dirección a la ventana, y el coronel tosió, tapado por su ejemplar de *Golos*. El pobre Iván Ósipovich, confiado, se apresuró a acercar el oído; su curiosidad era insaciable. Y en ese preciso instante ocurrió algo verdaderamente inconcebible, aunque en cierto sentido resultaba bastante previsible. El anciano notó de repente cómo Nicolas, en vez de susurrarle un secreto interesante, le enganchaba con los dientes la parte superior de la oreja y le daba un buen mordisco. Se echó a temblar y se le cortó el aliento.

—Nicolas, ¡qué broma es ésta! —gimió maquinalmente con una voz que no parecía la suya.

Aliosha y el coronel no habían tenido tiempo aún de enterarse de lo que estaba ocurriendo, porque tampoco podían verlo, de manera que hasta el final se creyeron que aquellos dos estaban diciéndose algo al oído; de todos modos, el

semblante desesperado del anciano los alarmó. Se miraron el uno al otro con los ojos a cuadros, sin saber si debían lanzarse en ayuda del gobernador, como parecía obligado, o si convenía esperar un poco más. Nicolas debió de advertirlo e hizo presa en la oreja con más fuerza aún.

—¡Nicolas, Nicolas! —volvió a gemir la víctima—. Venga… Ya basta de bromas…

Un poco más y el pobre hombre, indudablemente, se habría muerto de miedo, pero el monstruo se apiadó de él y le soltó la oreja. Aquel terror mortal se había prolongado todo un minuto, y fue seguido por una especie de síncope que sufrió el anciano. Media hora más tarde, Nicolas fue detenido y conducido de momento al cuerpo de guardia, donde lo encerraron en una celda especial con un centinela especial en la puerta. Fue una decisión drástica, pero nuestra templada autoridad estaba tan irritada que decidió asumir toda la responsabilidad, incluso ante la mismísima Varvara Petrovna. Para sorpresa de todos, a esta dama, que acudió fuera de sí y a toda prisa a ver al gobernador para pedirle explicaciones urgentes, se le prohibió el acceso a la entrada de la residencia, en vista de lo cual, sin apearse del carruaje, no tuvo más remedio que regresar a su casa, sin dar crédito a lo que estaba viendo.

¡Por fin se aclaró todo! A las dos de la madrugada, al detenido, que hasta entonces había estado sorprendentemente tranquilo e incluso había dormido, le dio por alborotar de repente, empezó a aporrear la puerta con frenesí, con una fuerza sobrehumana arrancó los barrotes de hierro del ventanuco, rompió el cristal y se cortó las manos. Cuando el oficial de guardia acudió a toda prisa con las llaves al mando de un piquete de soldados y ordenó abrir el calabozo para reducir y amarrar al lunático, se vio que padecía un ataque agudo de *delirium tremens*. Lo trasladaron a casa de su madre. Todo quedó aclarado de una vez. Nuestros tres doctores manifestaron la opinión unánime de que el paciente podía llevar tres días en un estado de delirio y haber perdido ya, aun estando en aparente posesión de su conciencia y de su malicia, el buen juicio y la voluntad, impresión que, por lo demás, corroboraban los hechos. Resultó que Liputin se había dado cuenta antes que nadie de la situación. Iván Ósipovich, hombre delicado y sensible, estaba muy turbado; lo más llamativo era que había considerado a Nikolái Vsévolodovich capaz de los mayores desatinos aun estando en su sano juicio. Igualmente, la gente del club se sintió abochornada, y se preguntaba cómo era posible que nadie se hubiera fijado «en el elefante», pasando por alto la única explicación razonable de aquellos extraños sucesos. Como es natural, tampoco faltaban los escépticos, pero éstos no tardaron en cambiar de parecer.

Nicolas guardó cama más de dos meses. Trajeron de Moscú a un eminente especialista que se sumó al consejo médico; toda la ciudad visitó a Varvara Petrovna. Ella los perdonó. Cuando, para la primavera, Nicolas, plenamente restablecido, aceptó sin rechistar la propuesta de su madre de viajar a Italia, ella le

pidió de paso que hiciera una serie de visitas para despedirse y que, en la medida de lo posible y allí donde fuera conveniente, se disculpara. Nicolas aceptó de muy buena gana. En el club se enteraron de que había tenido una entrevista muy delicada con Pável Pávlovich Gagánov, en casa de éste, que había quedado completamente satisfecho. En su ronda de visitas Nicolas se mostró muy serio y hasta un punto sombrío. Todos lo recibían con mucha simpatía, pero un tanto turbados, y parecían alegrarse de su marcha a Italia. Iván Ósipovich llegó a derramar alguna lágrima, pero por la razón que fuera no acabó de animarse a darle un abrazo en el momento de la despedida. No es menos cierto que algunos seguían convencidos de que aquel indeseable, sencillamente, se estaba riendo de todo el mundo, y de que la enfermedad tenía poco que ver. También fue a visitar a Liputin.

—Dígame una cosa —le preguntó—, ¿cómo pudo adivinar anticipadamente lo que iba a decir yo sobre su inteligencia, y facilitarle la respuesta a Agafia?

—Bueno —se rió Liputin—, yo a usted le tengo por una persona inteligente, y pude predecir cuál sería su respuesta.

—En todo caso, no deja de ser una asombrosa coincidencia. Pero permítame: entonces, ¿me consideraba un hombre cuerdo cuando envió a Agafia, no un lunático?

—Cuerdo y juicioso, y me limité a hacer como si creyera que no estaba usted en su sano juicio… Y usted adivinó enseguida mi pensamiento y me transmitió, a través de Agafia, su reconocimiento a mi ingenio.

—Bueno, en eso se equivoca; en realidad, yo estaba… enfermo… —murmuró Nikolái Vsévolodovich, frunciendo el ceño—. ¡Bah! —exclamó—, ¿de veras me cree capaz de atacar a la gente estando cuerdo? ¿Qué sentido tendría?

Liputin se encorvó y no supo qué responder. Nicolas palideció ligeramente, o al menos esa sensación le dio a Liputin.

—En cualquier caso, tiene usted una manera de pensar muy divertida —prosiguió Nicolas—, y, en cuanto a Agafia, creo indudablemente que usted la mandó para zaherirme.

—Y ¿no habría forma de retarle a un duelo?

—¡Ah, no, eso sí que no! He oído decir que no es usted amigo de los duelos…

—¡Tampoco hace falta traducir del francés[49]! —Liputin se volvió a encorvar.

—¿Es usted partidario del nacionalismo?

Liputin se encorvó más todavía.

—¡Vaya, vaya! ¡Qué ven mis ojos! —exclamó Nicolas, descubriendo de pronto un tomo de Considerant[50] en un lugar bien visible encima de la mesa—. ¿No será usted fourierista? ¡No me extrañaría! ¿No es ésa una traducción del francés? —dijo, echándose a reír, mientras tamborileaba en el libro con los dedos.

—¡No, no es una traducción del francés! —replicó Liputin un tanto alterado—. ¡Eso está traducido de la lengua humana universal, no solo del francés! ¡De la lengua de la república social universal, de la lengua de la armonía humana! ¡De ahí está traducido! Y ¡no solo del francés!

—¡Qué demonios! ¡Si esa lengua no existe! —Nicolas no dejaba de reírse.

En ocasiones, un detalle nimio reclama toda nuestra atención durante un buen rato. Casi todo lo que hay que contar del joven Stavroguin queda para más adelante, pero quisiera señalar por el momento, como un detalle curioso, que de todas las impresiones que recibió en el tiempo que pasó en nuestra ciudad la que quedó más vivamente grabada en su memoria fue la figura deslucida y poco menos que abyecta de este empleado provincial de poca monta, tosco y celoso déspota familiar, avaro y usurero, que guardaba bajo llave los restos de la comida y los cabos de las velas, y que era al mismo tiempo un partidario furibundo de solo Dios sabe qué venidera «armonía social», que se extasiaba por las noches ante las fabulosas imágenes de un futuro falansterio, en cuya inminente implantación en Rusia y en nuestra provincia creía como en su propia existencia. Y eso en el mismo sitio donde había estado ahorrando para una «casita», donde se había casado por segunda vez y había recibido un dinerillo en dote de su mujer, donde seguramente no habría en cien verstas a la redonda ni un solo hombre, empezando por él mismo, que se pareciera remotamente a los futuros miembros de aquella «república social universal y de la armonía humana».

«¡Solo Dios sabe de dónde sale esta gente!», pensaba perplejo Nicolas cada vez que se acordaba del insospechado fourierista.

IV

Nuestro príncipe estuvo más de tres años viajando, así que en la ciudad prácticamente nos olvidamos de él. Sabíamos, no obstante, a través de Stepán Trofímovich, que había recorrido toda Europa, que había estado incluso en Egipto y había visitado Jerusalén; después se había unido a una expedición científica a Islandia y, de hecho, había pasado allí una temporada. También se decía que durante un invierno había acudido a clase en una universidad alemana. Apenas

escribía a su madre, un par de veces al año o puede que menos, pero Varvara Petrovna no se enfadaba ni se lo tomaba a mal. Una vez fijadas así las relaciones con su hijo, ella había aceptado la situación sin una queja y con humildad, si bien, como es natural, en esos tres años siempre estuvo inquieta por su Nicolas, lo echaba de menos y no dejaba de soñar con él. Pero sus sueños y sus lamentos se los guardaba para sí. Parecía incluso algo más distante con Stepán Trofímovich. Debía de estar tramando algunos planes por su cuenta, y daba la impresión de haberse vuelto más tacaña que antes: le dio por ahorrar con más ahínco y se enojaba con las pérdidas en el juego de Stepán Trofímovich.

Por fin, en abril de este mismo año recibió una carta de París, de la generala Praskovia Ivánovna Drozdova, amiga de la infancia. En su carta, Praskovia Ivánovna —Varvara Petrovna no la había visto en ocho años, y en todo este tiempo tampoco se habían escrito— la informaba de que Nikolái Vsévolodovich había intimado con su familia y había trabado una estrecha amistad con Liza (su única hija) y tenía intención de acompañarlas ese verano a Suiza, a Vernex-Montreux, a pesar de que en la familia del conde K. (una personalidad muy influyente en San Petersburgo), que en esos momentos se encontraba en París, lo habían acogido como a un hijo, de modo que prácticamente vivía en casa del conde. La carta era breve y su objetivo resultaba patente, aunque aparte de los hechos arriba descritos no aventuraba conclusiones de ninguna clase. Varvara Petrovna no se lo pensó dos veces; en un abrir y cerrar de ojos tomó la decisión y se preparó para partir. En compañía de Dasha (hermana de Shátov), su protegida, marchó a París a mediados de abril, y de ahí se dirigió a Suiza. Regresó en julio, sola, después de haber dejado a Dasha con los Drozdov; los Drozdov, por su parte, según las noticias que ella misma traía, le habían prometido venir a nuestra ciudad a finales de agosto.

Los Drozdov tenían también tierras en nuestra provincia, pero las obligaciones del servicio del general Iván Ivánovich (que había sido amigo de Varvara Petrovna y compañero de armas de su marido) les habían impedido reiteradamente visitar su magnífica hacienda. Tras la muerte del general, ocurrida el año anterior, la inconsolable Praskovia Ivánovna se había marchado con su hija al extranjero, con la intención, entre otras cosas, de someterse a un tratamiento a base de vino en Verneux-Montreux la segunda mitad del verano. A su regreso a Rusia tenían previsto instalarse definitivamente en nuestra provincia. Tenía una enorme mansión en la ciudad, vacía desde hacía muchos años, con las ventanas condenadas. Era gente adinerada. Praskovia Ivánovna —apellidada Tushiná por su primer marido— era, al igual que su amiga de pensionado Varvara Petrovna, hija de un contratista de la vieja escuela, y también había aportado una dote muy considerable a su matrimonio. El propio Tushín, capitán en la reserva, era un hombre acaudalado y no le faltaba talento. Al morir, le dejó a Liza, su única hija, de siete años, un buen capital. Ahora, a sus casi veintidós años, a Lizaveta Nikoláievna se le podían atribuir holgadamente doscientos mil rublos, solo como fortuna personal, sin contar lo que le correspondería a la muerte de su madre, que no había tenido hijos de su segundo matrimonio. Al parecer, Varvara Petrovna

había regresado muy contenta de su viaje. En su opinión, había alcanzado un acuerdo satisfactorio con Praskovia Ivánovna y lo primero que hizo, en cuanto volvió, fue poner al corriente de todo a Stepán Trofímovich; es más, estuvo con él muy expansiva, cosa que no le ocurría hacía tiempo.

—¡Hurra! —dijo Stepán Trofímovich, chasqueando los dedos.

Estaba entusiasmado, sobre todo porque durante el tiempo que había estado separado de su amiga se había sentido muy triste. Ni siquiera se había despedido de él como está mandado al marcharse al extranjero, ni había informado de sus planes a «aquella comadre», seguramente porque temía que los pregonase a los cuatro vientos. En aquellos momentos estaba irritada con él por sus considerables pérdidas en el juego, que había descubierto de forma repentina. Pero estando en Suiza sintió en el fondo de su alma que a su regreso tendría que compensar al amigo que había dejado de lado, habida cuenta, además, de que llevaba ya un tiempo tratándolo con rigor. Aquella precipitada y misteriosa separación había conmovido y desgarrado el asustadizo corazón de Stepán Trofímovich, el cual, para colmo, se había encontrado con otros apuros. Le atormentaba una deuda muy considerable contraída hacía tiempo, que no podía afrontar, ni muchísimo menos, sin contar con la ayuda de Varvara Petrovna. Por otra parte, en mayo de este mismo año llegó a su fin el gobierno de nuestro templado y amable Iván Ósipovich; fue relevado en circunstancias bastante adversas. Acto seguido, en ausencia de Varvara Petrovna, se produjo la llegada del nuevo gobernador, Andréi Antónovich von Lembke, y se inició enseguida un apreciable cambio de actitud de casi toda la sociedad provinciana con Varvara Petrovna y, por añadidura, con Stepán Trofímovich. Éste, cuando menos, ya había tenido ocasión de hacer algunas observaciones desagradables, aunque muy valiosas, y parecía sentirse intimidado allí solo, en ausencia de Varvara Petrovna. Sospechaba, alarmado, que alguien le había ido con el cuento al nuevo gobernador, señalándolo como un sujeto peligroso. Sabía positivamente que algunas señoras de la ciudad tenían intención de dejar de visitar a Varvara Petrovna. De la nueva gobernadora (cuya llegada no se esperaba hasta el otoño) no cesaban de repetir que, aunque aparentemente altiva, era en cualquier caso una auténtica aristócrata, no «una más, como la pobre Varvara Petrovna». Todo el mundo parecía saber de buena fuente, y con todo lujo de detalles, que la nueva gobernadora y Varvara Petrovna ya se habían tratado anteriormente en sociedad y se habían separado en tan malos términos que bastaba la sola mención de la señora Von Lembke para que a Varvara Petrovna le entraran los siete males. El aspecto confiado y triunfante de ésta, la indiferencia desdeñosa con la que recibió los comentarios de nuestras damas y la conmoción en la sociedad, hicieron resucitar el desfallecido espíritu del apocado Stepán Trofímovich y lo llenaron de regocijo en un abrir y cerrar de ojos. Con su peculiar humor, entre animado y lisonjero, empezó a pintarle la llegada del nuevo gobernador.

—Sin duda sabe usted, *excellente amie* —decía, arrastrando las palabras con

coquetería y afectación—, lo que es un administrador ruso, hablando en general, y lo que es un administrador ruso de estos nuevos, o sea, recién salido del horno, recién establecido… *Ces interminables mots russes!*[51] Pero difícilmente sabrá usted lo que es en la práctica el entusiasmo administrativo, lo que significa en concreto.

—¿El entusiasmo administrativo? No sé lo que es eso.

—Verá… *Vous savez, chez nous… En un mot*[52], ponga usted a una perfecta nulidad a vender unos insignificantes billetes de ferrocarril, y esa nulidad se creerá que tiene todo el derecho del mundo a mirar a la gente como un Júpiter cuando se acerca a comprar un billete, *pour vous montrer son pouvoir*[53]. «Ven para acá, que te voy a enseñar quién manda aquí…», parece decir. Y por ese camino se llega al entusiasmo administrativo… *En un mot*, hace poco leí que un diácono en una de nuestras iglesias en el extranjero… *mais c'est très curieux!…*[54] echó de la iglesia, así, literalmente, a una distinguida familia inglesa, *les dames charmantes*[55], justo antes de que dieran comienzo los oficios de Cuaresma… *vous savez, ces chants et le livre de Job…*[56] con el solo pretexto de que «las idas y venidas de los extranjeros en una iglesia rusa alteran el orden, así que deberían volver a la hora indicada»… Por poco no se desmayan… Ese diácono había sufrido un ataque de entusiasmo administrativo, *et il a montré son pouvoir…*[57]

—Sea breve, si es posible, Stepán Trofímovich.

—El señor Von Lembke está recorriendo ahora la provincia. *En un mot*, este Andréi Antónovich, por mucho que sea un ruso alemán de confesión ortodoxa, e incluso, debo concedérselo, un hombre enormemente apuesto, de unos cuarenta años…

—¿De dónde ha sacado que es un hombre apuesto? Tiene ojos de carnero.

—Completamente. Pero en eso tengo que plegarme, necesariamente, al parecer de nuestras damas…

—Pasemos a otra cosa, Stepán Trofímovich, ¡se lo ruego! Por cierto, lleva usted una corbata roja. ¿Hace mucho?

—No, yo… solo hoy…

—Y ¿qué hay de sus paseos? ¿Camina seis verstas diarias, como le mandaron los médicos?

—No… no siempre.

—¡Lo sabía! ¡Ya en Suiza lo presentí! —exclamó Varvara Petrovna con irritación—. ¡Ahora va a tener usted que caminar no seis, sino diez verstas al día!

¡Está usted horriblemente abandonado, horriblemente, ho-rri-ble-mente! No es que haya envejecido, es que está hecho un carcamal… Me ha dejado impresionada cuando le he visto hace un rato, a pesar de su corbata roja… *quelle idée, rouge!*[58] Siga hablando de Von Lembke, si es que hay algo que contar, pero termine alguna vez, se lo ruego; estoy cansada.

—*En un mot*, lo único que quería decir es que es uno de esos administradores que empiezan a ser alguien a los cuarenta años, que hasta los cuarenta languidecen sin pena ni gloria y de pronto se hacen notar gracias a un matrimonio repentino o a algún otro medio igual de desesperado… El caso es que ahora está fuera… Vaya, lo que quiero decir es que de buenas a primeras le han ido con el cuento de que si soy un corruptor de la juventud y un propagador del ateísmo en la provincia… No ha tardado en ocuparse del asunto.

—¿De verdad?

—Yo ya he tomado mis medidas, incluso. Cuando fue «in-for-ma-do» de que era usted quien «gobernaba la provincia», *vous savez*, se permitió afirmar que «eso no se iba a repetir».

—¿Eso dijo?

—Que «no se iba a repetir», y *avec cette morgue…*[59] A su mujer, Yulia Mijáilovna, la veremos por aquí a finales de agosto, vendrá directamente de San Petersburgo.

—Del extranjero. Nos hemos visto allí.

—*Vraiment?*[60]

—En París y en Suiza. Está emparentada con los Drozdov.

—¿Emparentada? ¡Qué coincidencia más extraordinaria! Dicen que es ambiciosa y… al parecer, está muy bien relacionada.

—¡Bobadas! ¡Vaya unas relaciones! Hasta los cuarenta y cinco años era una solterona sin blanca, y ahora ha pescado a su Von Lembke y, como es natural, su único objetivo es hacer que prospere. Los dos son unos intrigantes.

—Dicen que es dos años mayor que él…

—Cinco. Su madre rondaba a todas horas mi puerta en Moscú; cuando vivía mi Vsévolod Nikoláievich, mendigaba que la invitáramos a nuestros bailes. Y luego ella se pasaba toda la noche sentada en un rincón, sin que nadie la sacara a bailar, con su mosca turquesa en la frente, hasta que a eso de las dos de la mañana,

por pura compasión, le mandaba a su primera pareja. Por aquel entonces ella ya tenía veinticinco años, y la sacaban a la calle con un vestidito corto, como si fuera una mocita. No estaba bien visto recibirlas.

—Me parece estar viendo esa mosca.

—Le digo a usted que ha sido volver y verme envuelta en una intriga. Habrá leído usted hace un momento la carta de la Drozdova; ¿qué podría haber más claro? Y ¿con qué me encuentro yo? Pues con esa mema de la Drozdova (siempre ha sido una mema), que me dirige una mirada inquisitiva, como preguntando qué hago yo aquí. ¡Puede imaginarse cuál no sería mi asombro! Miro, y allí está esa Lembke con sus embelecos, y a su lado ese primo suyo, sobrino del viejo Drozdov, ¡claro! No hace falta decir que lo cambié todo en un santiamén, y Praskovia está otra vez de mi parte; pero ¡qué intriga, qué intriga!

—En la que usted, en cualquier caso, ha salido triunfante. ¡Oh, es usted una Bismarck!

—No soy ninguna Bismarck, pero sí soy capaz de descubrir el engaño y la estupidez allá donde voy. La Lembke es el engaño, y Praskovia la estupidez. Pocas veces me he encontrado con una mujer más floja que ella, y para colmo tiene las piernas hinchadas, y encima es una buena persona. ¿Hay algo más tonto que una buena persona tonta?

—Un tonto malvado, *ma bonne amie*, un tonto malvado es todavía más tonto —objetó noblemente Stepán Trofímovich.

—Puede que tenga razón; ¿se acuerda usted de Liza?

—*Charmante enfant!*[61]

—Pues ya no es un *enfant*, sino una mujer, y una mujer de carácter. Es noble y apasionada, y una cosa que me gusta de ella es que no se deja dominar por la boba y crédula de su madre. Poco faltó para que nos peleáramos por culpa de ese primo.

—Pero si no es pariente de Lizaveta Nikoláievna… ¿Es que la pretende?

—Verá, él es un joven oficial, muy reservado, más bien modesto. Yo siempre pretendo ser justa. En mi opinión, él mismo se opone a toda esa intriga, y no aspira a nada, y todo son tejemanejes de la Lembke. Él respeta mucho a Nicolas. Como usted comprenderá, todo depende de Liza; pero yo la he dejado en excelentes términos con Nicolas, y él me ha prometido venir a vernos sin falta en noviembre. Total, que la única que intriga es la Lembke, y Praskovia no es más que una pobre ciega. De repente me viene y me dice que todas mis sospechas son pura fantasía;

yo le he soltado a la cara que era una boba. Y estoy dispuesta a repetir mis palabras el día del Juicio Final. Y si no hubiera sido por Nicolas, que me suplicó que dejara correr el asunto por una temporada, no me habría ido de allí sin haber desenmascarado antes a esa falsaria. Ha estado tratando de ganarse el favor del conde K. por medio de Nicolas; ha querido interponerse entre una madre y un hijo. Pero Liza está de nuestra parte, y con Praskovia ya he llegado a un acuerdo. ¿Sabía que Karmazínov[62] es pariente suyo?

—¿Cómo? ¿Pariente de *madame* Von Lembke?

—Pues sí, pariente de ella. Lejano.

—Karmazínov, ¿el novelista?

—Sí, claro, el escritor. ¿De qué se asombra? Él, por descontado, se considera un gran hombre. ¡Qué tipo más engreído! Van a venir los dos juntos, y de momento ella está allí pendiente de él. Pretende montar aquí unas reuniones literarias o algo por el estilo. Él va a estar aquí un mes, tiene intención de vender las propiedades que le quedan. Estuve a punto de encontrármelo en Suiza, aunque era lo último que me apetecía. De todos modos, espero que tenga el detalle de reconocerme. En otros tiempos me mandaba cartas, ha estado en mi casa. Me gustaría que vistiese usted mejor, Stepán Trofímovich; cada día que pasa está usted más desaliñado… ¡Ay, cómo me hace sufrir! ¿Qué está leyendo últimamente?

—Yo… yo…

—Entiendo. Lo de siempre: los amigos, la bebida, el club y las cartas, y su reputación de ateo. No me gusta esa reputación, Stepán Trofímovich. No me haría gracia que le llamaran ateo, y ahora menos que nunca. Antes tampoco me hacía gracia, porque no es más que pura charlatanería. Tenía que decírselo alguna vez.

—*Mais, ma chère…*

—Escuche, Stepán Trofímovich, usted sabe de todo y yo, desde luego, soy una ignorante a su lado, pero mientras viajaba hacia aquí he pensado mucho en usted. Y he llegado a una conclusión.

—¿A cuál?

—A que nosotros dos no somos las personas más inteligentes del mundo, sino que hay gente más inteligente.

—Ingenioso y certero. Hay gente más inteligente, o sea, que tiene más razón que nosotros, y por lo tanto nosotros podemos estar equivocados, ¿no es así? *Mais, ma bonne amie*, pongamos que estoy equivocado, pero ¿acaso carezco de mi derecho

supremo, eterno, compartido por todos los seres humanos, a la libertad de conciencia? Tengo derecho a no ser hipócrita ni fanático si así lo deseo, y por ese motivo seré odiado, naturalmente, por ciertas personas hasta el fin de los tiempos. *Et puis, comme on trouve toujours plus de moines que de raison*[63], y yo comparto plenamente esa opinión…

—¿Cómo? ¿Cómo ha dicho?

—He dicho que *on trouve toujours plus de moines que de raison*, y que yo…

—Me imagino que la frase no es suya, ¿de dónde la ha sacado?

—Eso lo dijo Pascal.

—Lo que yo pensaba… ¡no es suya! ¿Por qué no es usted nunca así de breve y de conciso, en vez de estirar tanto las frases? Eso está mucho mejor que lo que decía antes del entusiasmo administrativo…

—*Ma foi, chère…*[64] ¿Por qué no? Primero, porque, probablemente, al fin y al cabo yo no soy Pascal, *et puis…*[65] en segundo lugar, nosotros, los rusos, somos incapaces de decir nada en nuestra lengua… Al menos, hasta ahora nunca hemos dicho nada…

—¡Hum! No estoy yo tan segura de que eso sea verdad. En todo caso, debería usted anotar y recordar esas frases, por si tuviera que hacer uso de ellas en la conversación… ¡Ay, Stepán Trofímovich, he venido a hablarle en serio, pero muy en serio!

—*Chère, chère amie!*

—Ahora que todos esos Lembke, todos esos Karmazínov… ¡Dios mío, cómo se ha abandonado usted! ¡Ay, cómo me hace sufrir!… Me encantaría que toda esa gente sintiera respeto por usted, porque no vale lo que un dedo, lo que un meñique suyo, pero ¡hay que ver cómo se porta usted! ¿Qué va a decir esa gente? ¿Qué les voy a mostrar? Lejos de dar un noble testimonio, de preservar el ejemplo del pasado, se rodea usted de esa gentuza, adquiere unos hábitos intolerables, tiene un aspecto lamentable, no sabe prescindir del vino y de las cartas, lee únicamente a Paul de Kock y no escribe una línea, ahora que escribe todo el mundo; gasta su tiempo en palabrería. ¿Cómo puede nadie hacerse amigo de un indeseable como su inseparable Liputin?

—¿Quién ha dicho que es *mi* Liputin y que es *inseparable*? —protestó tímidamente Stepán Trofímovich.

—¿Dónde está ahora? —prosiguió Varvara Petrovna, en tono cortante y

severo.

—Él… le profesa a usted un respeto sin límites y se ha marchado a S…k, a hacerse cargo de la herencia de su madre.

—Cualquiera diría que no hace otra cosa que recaudar dinero. Y ¿qué hay de Shátov? ¿Sigue como siempre?

—*Irascible, mais bon*.

—No puedo soportar a su Shátov; es rencoroso, y ¡piensa demasiado en sí mismo!

—¿Cómo está de salud Daria Pávlovna?

—¿Se refiere usted a Dasha[66]? ¿Qué le ha hecho pensar en ella? —Varvara Petrovna lo miró con curiosidad—. Está muy bien, la he dejado con los Drozdov… En Suiza, he oído comentar algo sobre su hijo; nada bueno.

—*Oh, c'est une histoire bien bête! Je vous attendais, ma bonne amie, pour vous raconter…*[67]

—Ya es suficiente, Stepán Trofímovich, déjeme tranquila; estoy agotada. Ya tendremos tiempo de contárnoslo todo, sobre todo las malas noticias. Empieza usted a soltar perdigones cada vez que se ríe, ¡otro síntoma de decrepitud! Y qué manera más rara de reírse… ¡Santo Dios, cuántos malos hábitos ha adquirido! ¡Karmazínov no va a venir a verle! Y aquí a la gente le encanta sacar punta a todo… Ha acabado usted de delatarse. ¡Bueno, ya basta, ya basta, estoy cansada! ¡Podría ser usted más compasivo!

Stepán Trofímovich se mostró «compasivo», pero se marchó muy turbado.

V

Ciertamente, nuestro amigo había adquirido un montón de malos hábitos, sobre todo en los últimos tiempos. Se había abandonado de una manera evidente, y muy deprisa, y era verdad que tenía un aspecto desaliñado. Bebía más, se le saltaban las lágrimas con facilidad y tenía los nervios a flor de piel; se había vuelto excesivamente sensible y delicado. Su semblante había adquirido la rara capacidad de alterarse a una velocidad de vértigo, pasando, por ejemplo, de la expresión más solemne a la más ridícula y aun estúpida. No soportaba la soledad y necesitaba que lo estuvieran entreteniendo a todas horas. Exigía que le contaran a toda costa algún chisme, alguna anécdota de la ciudad, y que fuera nueva cada día. Si pasaba mucho tiempo sin que nadie fuera a visitarlo, deambulaba como alma en pena por

las habitaciones, se acercaba a la ventana, mordiéndose los labios abstraído, suspirando profundamente, y acababa poco menos que gimoteando. Estaba lleno de presentimientos, de temores imprevistos e inevitables; se había vuelto muy asustadizo, y había empezado a prestar más atención a los sueños.

Se había pasado todo ese día, hasta la caída de la tarde, en un estado de profunda tristeza; me había mandado llamar, estuvo hablando un buen rato, pero todo lo contaba de un modo inconexo. Varvara Petrovna sabía hacía tiempo que su amigo no me ocultaba nada. Me dio la impresión, en definitiva, de que estaba especialmente preocupado por algo de lo que ni él mismo parecía tener una idea clara. En otras ocasiones, por lo general, cuando nos veíamos a solas y empezaba a contarme sus penas, casi siempre, al cabo de un rato, le sacaban una botella y la situación se volvía más distendida. Pero esta vez no hubo vino, y era evidente que estaba haciendo un esfuerzo para sofocar sus reiterados deseos de pedir que lo trajeran.

—¿Por qué estará tan enfadada? —se quejaba continuamente, como un niño pequeño—. *Tous les hommes de génie et de progrès en Russie étaient, sont et seront toujours des* tahúres y unos borrachines, *qui boivent*[68] como cubas… y yo no soy, ni mucho menos, un tahúr ni un borracho… Me reprocha que no escriba nada. ¡Qué idea más rara!… Y se pregunta por qué no me levanto… Me dice que debería alzarme, como «un ejemplo y un reproche». *Mais, entre nous soit dit*[69], qué puede hacer un hombre que ha sido destinado a alzarse «como un reproche», sino yacer… ¿acaso no lo sabe?

Por fin pude ver claro cuál era el motivo principal de su pesar, tan peculiar, que en esta ocasión lo atenazaba con tanta insistencia. Muchas veces, a lo largo de la tarde, se acercó al espejo y se quedó un buen rato parado delante de él. Por fin, apartando la mirada del espejo, se volvía hacia mí y decía con un extraño desaliento: «*Mon cher, je suis un* hombre echado a perder». Sí, en efecto, hasta entonces, hasta ese mismo día, tan solo había una cosa en la que siempre había confiado, a pesar de todas esas «nuevas visiones» y de todos esos «cambios de ideas» de Varvara Petrovna, y era que él nunca había dejado de hechizar su corazón de mujer, y no solo como desterrado o como célebre erudito, sino también como hombre apuesto. Durante veinte años había arraigado en él aquella lisonjera y tranquilizadora convicción, y es muy posible que le costara más renunciar a aquella convicción que a ninguna otra. ¿Tenía acaso aquella tarde algún presentimiento de la colosal ordalía a la que se iba a enfrentar en un futuro muy próximo?

VI

Me ocuparé ahora de la descripción de un incidente en parte olvidado, con el cual empieza propiamente mi crónica.

Terminaba agosto cuando regresaron finalmente los Drozdov. Su aparición precedió en pocos días a la llegada, largamente esperada por todos, de su pariente, la mujer del nuevo gobernador, y en general causó una notable impresión en nuestra sociedad. Pero a todos esos interesantes acontecimientos ya me referiré más adelante; por el momento me limitaré a hacer constar que Praskovia Ivánovna se presentó con un enojoso problema para Varvara Petrovna, que la esperaba con mucha impaciencia: Nicolas se había despedido de ellas ya en julio y, tras reunirse en el Rin con el conde K., se había desplazado con él y con su familia a San Petersburgo. (*Nota Bene*: El conde tenía tres hijas, y las tres en edad de merecer).

—De Lizaveta, como es tan orgullosa y tan obstinada, no he sacado nada en claro —concluyó Praskovia Ivánovna—, pero he podido ver con mis propios ojos que entre ella y Nikolái Vsévolodovich había algo. Desconozco las razones, pero me da la impresión de que tendrá usted que preguntárselas, mi querida Varvara Petrovna, a su Daria Pávlovna. En mi opinión, Liza estaba ofendida. Estoy encantada de haberle traído de vuelta a su favorita y de entregársela en mano: es un peso que me quito de encima.

Estas palabras ponzoñosas fueron pronunciadas con una irritación notable. Era evidente que aquella «mujer floja» las había preparado de antemano, saboreando anticipadamente su efecto. Pero a Varvara Petrovna no había quien la abrumara con efectos y enigmas sentimentales. Exigió con todo rigor las explicaciones más precisas y satisfactorias. Praskovia Ivánovna bajó de inmediato el tono y terminó poco menos que echándose a llorar y deshaciéndose en las más cálidas efusiones de amistad. Esta dama, tan irritable como sentimental, necesitaba a todas horas, como le ocurría a Stepán Trofímovich, la más genuina amistad, y la principal queja que tenía de su hija, Lizaveta Nikoláievna, consistía precisamente en que «su hija no era su amiga».

Pero de todas sus explicaciones y efusiones lo único que se pudo sacar en claro fue que, efectivamente, entre Liza y Nicolas había tenido lugar alguna clase de desavenencia; ahora bien, por lo que respecta a la naturaleza precisa de ésta, Praskovia Ivánovna, evidentemente, no había podido hacerse una idea cabal. En cuanto a sus acusaciones contra Daria Pávlovna, no solo acabó desdiciéndose, sino que insistió en que no se tuvieran en cuenta sus palabras, pues habían sido pronunciadas «en un estado de irritación». En una palabra, todo aquello resultaba muy confuso y hasta sospechoso. De acuerdo con su relato, la discusión se había iniciado por culpa del carácter «obstinado y mordaz» de Liza; por su parte, «el orgulloso Nikolái Vsévolodovich, aunque muy enamorado, no había podido soportar las burlas de ella, y empezó a mostrarse igual de mordaz».

—Poco después conocimos a un joven que, por lo visto, es sobrino de ese «catedrático» suyo, de hecho tienen el mismo apellido…

—Es hijo, no sobrino —puntualizó Varvara Petrovna.

Praskovia Ivánovna era incapaz de acordarse del apellido de Stepán Trofímovich y siempre lo llamaba «catedrático».

—Bueno, hijo, lo que sea, tanto mejor, a mí me da lo mismo. Un joven como otro cualquiera, muy vivaz y desenvuelto, pero sin nada de especial. Bueno, el caso es que Liza no se ha portado bien, trató de atraer a ese joven para despertar celos en Nikolái Vsévolodovich. Tampoco tuvo mayor importancia: lo hacen todas las jóvenes, es algo normal, y tiene su encanto. Lo que pasa es que, en lugar de ponerse celoso, Nikolái Vsévolodovich hizo amistad con el otro joven; era como si no se diera por aludido o como si no le importara. Liza se puso furiosa. El joven se marchó poco después (tenía mucha prisa por ir a no sé dónde), y Liza empezó a meterse con Nikolái Vsévolodovich a las primeras de cambio. Se dio cuenta de que él hablaba a veces con Dasha, y le entraban unas rabietas que a mí me hacían la vida imposible, *mátushka*[70]. A mí los médicos me tenían prohibido alterarme, y el caso es que yo ya estaba harta de aquel dichoso lago: por su culpa me dolían las muelas y empecé a sufrir reumatismo. De hecho, alguien ha publicado en alguna parte que el lago de Ginebra causa dolor de muelas, es una propiedad que tiene[71]. Entonces Nikolái Vsévolodovich recibió de repente una carta de la condesa y en un solo día hizo todos los preparativos y se marchó. Se despidieron de manera amistosa, y Liza en el momento de decirle adiós se mostró muy alegre y desenfadada, no paraba de reírse a carcajadas. Pero era puro teatro. Cuando Nikolái Vsévolodovich se marchó, ella se quedó muy ensimismada, y no quiso volver a hablar de él y a mí no me dejaba ni nombrarlo. Y yo a usted le aconsejaría, querida Varvara Petrovna, que por el momento no tocara este asunto con Liza, no vaya a echar todo a perder. En cambio, si usted no dice nada, ella será la primera en dirigirse a usted; así se enterará usted de más cosas. En mi opinión, volverán a juntarse, siempre y cuando Nikolái Vsévolodovich no tarde en venir, como había prometido.

—Voy a escribirle de inmediato. Si todo ha ocurrido de ese modo, habrá sido una pelea sin importancia, ¡una bobada! Y a Daria la conozco demasiado bien; bobadas.

—Lamento lo que he dicho de Dáshenka, no ha estado bien. Fueron conversaciones normales, y además en voz alta. Pero entonces todo aquello me sacó de mis casillas, *mátushka*. Y Liza, yo misma pude verlo, volvió a estar con ella tan cariñosa como antes…

Varvara Petrovna escribió ese mismo día a Nicolas, rogándole que se presentara un mes antes de lo previsto. En todo caso, para ella seguía habiendo algo oscuro e inexplicable en aquel asunto. Estuvo toda la tarde y toda la noche devanándose los sesos. La opinión de Praskovia le parecía demasiado inocente y sentimental. «Praskovia siempre ha sido excesivamente sensible, desde los tiempos del pensionado —pensaba—; Nicolas no es de los que salen huyendo ante las burlas de una muchachita. Aquí tiene que haber otro motivo, si es que de verdad

se han peleado. Ese oficial, en cualquier caso, está aquí, ha venido con ellas, y se ha instalado en su casa como un miembro más de la familia. Y, por lo que respecta a Daria, Praskovia se ha disculpado demasiado deprisa: seguro que me oculta algo…».

Por la mañana Varvara Petrovna había madurado su proyecto destinado a poner fin, de una vez por todas, a un malentendido, proyecto digno de mención por lo inesperado que era. ¿Qué sentimientos albergaba su corazón en el momento de concebirlo? No es fácil responder a esta pregunta, y no me comprometo de antemano a resolver todas las contradicciones que implicaba. Como cronista, me limitaré a consignar los acontecimientos con fidelidad, tal y como ocurrieron, y no tengo la culpa de que parezcan inverosímiles. En cualquier caso, debo dejar constancia una vez más de que por la mañana Varvara Petrovna ya no abrigaba ninguna sospecha acerca de Dasha, aunque, a decir verdad, nunca había llegado a sospechar nada: tenía demasiada confianza en ella. Además, no le cabía en la cabeza que su Nicolas hubiera podido sentirse atraído por su… Daria. Por la mañana, mientras Daria Pávlovna servía el té en la mesa, Varvara Petrovna la estuvo observando detenidamente y, tal vez por vigésima vez desde la víspera, se repitió con convicción: «¡Bobadas!».

Lo único que notó fue que a Dasha se la veía algo cansada y que parecía más serena que antes, más apática. Después del té, siguiendo una tradición invariable, ambas se sentaron a coser. Varvara Petrovna le requirió que le diera cuenta detallada de sus impresiones en el extranjero, especialmente de la naturaleza, los habitantes, las ciudades, las costumbres, el arte, la industria… de todo cuanto hubiera tenido ocasión de ver. Ni una sola pregunta sobre los Drozdov y su vida con esa familia. Dasha, sentada a su lado en la mesita de trabajo, mientras la ayudaba a bordar, llevaba ya una media hora transmitiéndole sus impresiones con voz firme y monótona, aunque algo débil.

—Daria —la interrumpió de pronto Varvara Petrovna—, ¿no hay nada en particular que me quieras contar?

—No, nada —dijo Dasha después de reflexionar un brevísimo instante, mirando a Varvara Petrovna con sus claros ojos.

—¿Nada en tu alma, en tu corazón, en tu conciencia?

—Nada —repitió Dasha con calma, pero con una firmeza algo sombría.

—¡Estaba segura! Debes saber, Daria, que yo nunca voy a dudar de ti. Ahora escucha con calma. Siéntate en esa otra silla, enfrente de mí, quiero verte de cuerpo entero. Así. Escucha, ¿quieres casarte?

Dasha le contestó con una larga mirada inquisitiva, pero no demasiado

sorprendida.

—Espera, no contestes. En primer lugar, hay diferencia de edad, y una diferencia enorme; pero tú sabes mejor que nadie que eso no tiene importancia. Eres una muchacha juiciosa, y en tu vida no debe haber errores. Por lo demás, todavía es un hombre apuesto… En una palabra, se trata de Stepán Trofímovich, a quien tú siempre has respetado. ¿Qué dices?

Dasha la miró con ojos aún más inquisitivos, y esta vez no solo con asombro: se había puesto colorada.

—Espera, no digas nada; ¡no hay ninguna prisa! Aunque tienes dinero, pues así lo he dispuesto en mi testamento, cuando yo muera, ¿qué va a ser de ti aunque tengas dinero? Te engañarán, se quedarán con tu dinero y te dejarán sin nada. Si te casas con él, serás la mujer de un hombre famoso. Míralo ahora desde otro punto de vista: si yo me muero ahora, aunque le deje el provenir resuelto, ¿qué iba a ser de él? Yo deposito en ti mi confianza. Espera, que aún no he terminado: es un hombre frívolo, pusilánime, cruel, egoísta, de costumbres ruines; pero tú sabrás apreciarlo, en primer lugar, aunque solo sea porque los hay mucho peores. ¿No habrás pensado que quiero casarte con un sinvergüenza para librarme de ti? Pero, sobre todo, porque te lo pido yo, por eso mismo lo vas a apreciar —dijo, callando de pronto con irritación—; ¿me has oído? ¿Por qué no dices nada?

Dasha seguía escuchando en silencio.

—Espera, espera un poco más. Es igual que una comadre, pero mejor para ti. Y una comadre que da lástima, la verdad sea dicha; no se merece que una mujer lo quiera. Pero sí se hace querer por su desamparo, y tú vas a quererlo por eso mismo. ¿Me estás entendiendo? ¿Me estás entendiendo?

Dasha asintió con la cabeza.

—Ya lo sabía yo, no esperaba menos de ti. Él va a quererte, porque debe quererte. Debe quererte. ¡Debe adorarte! —gritó Varvara Petrovna con una peculiar irritación—. De todas maneras, aunque no estuviera obligado, también se enamoraría de ti, lo conozco muy bien. Además, yo siempre estaré ahí. No te preocupes, siempre estaré ahí. Él se quejará, empezará a calumniarte, murmurará de ti con el primero que vea, se pasará todo el santo el día gimoteando; te mandará cartas desde el cuarto de al lado, dos cartas al día, pero no podrá vivir sin ti, y eso es lo más importante. Haz que te obedezca; si no lo consigues, es que eres tonta. Dirá que quiere ahorcarse, te amenazará con eso: tú no le hagas ni caso; ¡solo son bobadas! No le hagas caso, pero de todos modos estate muy atenta, no vaya a ahorcarse el día menos pensado: esos hombres se cuelgan por debilidad, no porque sean fuertes. Por eso mismo, nunca lleves con él las cosas demasiado lejos, ésta es la primera regla en un matrimonio. Tampoco te olvides de que es un poeta.

Escucha, Daria: no hay mayor dicha que la de sacrificarse. Y a mí, además, me das una gran satisfacción, y eso es lo más importante. No pienses que hablo por hablar; sé muy bien lo que me digo. Soy una egoísta, tú también tienes que serlo. Pero no quiero torcer tu voluntad: todo depende de ti, se hará lo que tú digas. Bueno, ¿qué haces ahí parada? ¡Di algo!

—Si es que a mí me da igual, Varvara Petrovna, ya que tengo que casarme de todos modos —dijo Dasha con firmeza.

—¿De todos modos? ¿A qué te refieres? —Varvara Petrovna la miró fijamente, con una mirada severa.

Dasha callaba, rayando con la aguja el bastidor.

—Eres una muchacha muy lista, pero eso que has dicho es un disparate. Aunque estoy empeñada en que te cases, no es porque sea necesario, sino sencillamente porque así se me ha ocurrido, y solo con Stepán Trofímovich. De no estar él, ni se me habría ocurrido casarte, aunque tú ya tienes veinte años… ¿Y bien?

—Como usted diga, Varvara Petrovna.

—¡Eso es que estás conforme! Espera, no digas nada, ¿qué prisas son esas? Aún no he concluido: te había dejado quince mil rublos en mi testamento. Voy a dártelos de inmediato, el mismo día de tu boda. De esos, le entregarás a él ocho mil; mejor dicho, no a él, sino a mí. Tiene una deuda de ocho mil rublos; yo me ocuparé de saldarla, pero es preciso que él sepa que ha sido con dinero tuyo. Quedan siete mil a tu disposición, ni se te ocurra darle a él un solo rublo. Jamás le pagues una deuda. Como lo hagas una sola vez, ya no te librarás para los restos. De todos modos, yo siempre estaré ahí. Cada uno de vosotros recibirá de mí una pensión anual de mil doscientos rublos, que ascenderá a mil quinientos con los extras, además de la comida y el alojamiento, que seguirán corriendo de mi cuenta, como ocurre ahora con los gastos de él. Vosotros solo tendréis que ocuparos del servicio. La pensión anual te la entregaré a ti en mano, en un único pago. Pero sé buena con él: dale algo de vez en cuando, y deja que lo visiten sus amigos, una vez por semana; si van más a menudo, mándalos a paseo. Pero ahí estaré yo. Y, si me muero, seguiréis recibiendo vuestra pensión hasta el día de su muerte; ya lo has oído, solo hasta el día de *su* muerte, porque esa pensión es de él, no es tuya. Y a ti, aparte de los siete mil rublos de ahora, que deberían quedarte intactos, si no haces ninguna tontería, te dejaré otros ocho mil. Y eso es todo lo que puedes esperar de mí; quería que lo supieras. Bueno, ¿qué? ¿Estás de acuerdo? ¿Vas a decir algo por fin?

—Ya se lo he dicho, Varvara Petrovna.

—Recuerda que actúas con entera libertad; se hará lo que tú quieras.

—Permítame preguntarle una cosa, Varvara Petrovna; ¿es que Stepán Trofímovich ya le ha dicho algo a usted?

—No, no ha dicho nada y no lo sabe, pero… ¡no tardará en hablar!

Varvara Petrovna se levantó de un salto y se echó sobre los hombros su chal negro. Dasha, una vez más, se ruborizó levemente y la siguió con una mirada inquisitiva. De repente Varvara Petrovna se volvió hacia ella con el semblante rojo de ira.

—¡Eres una boba! —Cayó sobre ella como un gavilán—. ¡Una boba y una ingrata! ¿En qué estás pensando? ¿De verdad te has creído que yo iba a comprometerte, así como así, por tan poca cosa? Pero ¡si él mismo va a arrastrarse hasta aquí de rodillas para pedir tu mano! ¡Si se va a morir de alegría! ¡Así es como se va a arreglar todo! ¡Sabes de sobra que yo nunca voy a permitir que sufras! ¿O acaso te crees que él va a cargar contigo por esos ocho mil rublos y que yo ahora voy corriendo a venderte? ¡Boba, más que boba, sois todas unas bobas ingratas! ¡Dame el paraguas!

Y fue corriendo, por las aceras de ladrillo empapadas y por los puentecillos de madera, a casa de Stepán Trofímovich.

VII

Era verdad que no estaba dispuesta a permitir que Daria sufriera; es más, en aquellos momentos se consideraba su protectora. La más noble y legítima indignación estalló en su alma cuando, poniéndose el chal, notó la mirada, turbadora e incrédula, de su protegida. La había querido sinceramente desde que era una niña. No le faltaba razón a Praskovia Ivánovna cuando decía que Daria Pávlovna era la favorita de Varvara Petrovna. Hacía ya mucho tiempo que ésta había llegado a la conclusión de que «el carácter de Daria no se parecía en nada al de su hermano» (es decir, Iván Shátov), de que era una muchacha tranquila y bien dispuesta, capaz de los mayores sacrificios, de que destacaba por su devoción, por su modestia poco común, por su rara sensatez y, sobre todo, por su gratitud. Hasta el momento Dasha parecía haber justificado todas sus expectativas. «En esta vida no va a haber errores», dijo Varvara Petrovna cuando la muchacha solo tenía doce años, y dado que tenía la manía de aferrarse tenazmente, con pasión, a cada sueño que la seducía, a cada nuevo proyecto, a cada idea que juzgaba brillante, decidió de inmediato educarla como si fuera su propia hija. Lo primero que hizo fue apartar un capital para ella y contratar a una institutriz, *miss* Criggs, que vivió en su casa hasta que su discípula cumplió los dieciséis años, momento en que de pronto, sin que se supiera por qué, fue despedida. También le dieron clases

profesores del gimnasio, entre ellos un francés auténtico que enseñó francés a Dasha. A éste también lo despidieron de buenas a primeras, lo pusieron literalmente de patitas en la calle. Una pobre señora forastera, viuda de un noble, le dio lecciones de piano. Pero el principal maestro, en cualquier caso, fue Stepán Trofímovich. En realidad, él fue quien descubrió a Dasha: había empezado a instruir a aquella niña tranquila cuando Varvara Petrovna aún no había reparado en ella. Vuelvo a insistir en el apego, digno de admiración, que le tenían los niños. Lizaveta Nikoláievna Tushiná también estudió con él desde los ocho hasta los once años (por supuesto, Stepán Trofímovich le daba clases sin cobrar, y en ningún caso habría aceptado nada de los Drozdov). Él se encariñó de aquella encantadora niña y le dio por contarle una especie de poemas sobre la creación del universo y de la Tierra y sobre la historia de la humanidad. Las lecciones sobre los pueblos primitivos y el hombre primitivo eran más entretenidos que los cuentos árabes. Liza, cautivada con esas narraciones, hacía luego en casa unas imitaciones muy divertidas de Stepán Trofímovich. Éste se enteró y un buen día la sorprendió. Liza, avergonzada, se echó en sus brazos y rompió a llorar. También Stepán Trofímovich lloró, de la emoción. Pero Liza no tardó en marcharse, y solo quedó Dasha. Cuando Dasha empezó a tener otros profesores, Stepán Trofímovich interrumpió sus propias lecciones y poco a poco se fue desentendiendo de la chica. Aquella situación duró mucho tiempo. Una vez, cuando ella ya tenía diecisiete años, Stepán Trofímovich se quedó admirado de lo bonita que era. Eso ocurrió un día en que estaba comiendo en casa de Varvara Petrovna. Se puso a charlar con la muchacha, quedó muy satisfecho con sus respuestas y acabó proponiendo darle un curso, amplio y serio, de historia de la literatura rusa. Varvara Petrovna ensalzó el proyecto y le dio las gracias a Stepán Trofímovich por la magnífica idea, y Dasha quedó entusiasmada. Stepán Trofímovich empezó a preparar con especial dedicación sus lecciones, y éstas por fin dieron comienzo. Empezaron por el periodo más antiguo; la primera lección resultó apasionante; Varvara Petrovna estuvo presente. Cuando Stepán Trofímovich concluyó, comunicándole a su alumna, antes de marcharse, que en la próxima clase procederían al análisis del *Cantar de las huestes de Ígor*[72], Varvara Petrovna se levantó de pronto y anunció que no habría más lecciones. Stepán Trofímovich torció el gesto, pero no dijo nada, y Dasha se ruborizó; así concluyó, en todo caso, el proyecto. Esto ocurrió exactamente tres años antes de la imprevista fantasía de Varvara Petrovna.

El pobre Stepán Trofímovich estaba solo en casa y no podía imaginar la que se le venía encima. Llevaba ya un buen rato mirando por la ventana, sumido en sus tristes meditaciones, pendiente de si aparecía alguno de sus amigos. Pero nadie iba a acercarse a verlo. Estaba lloviznando, cada vez hacía más frío; había que encender la estufa; suspiró. De pronto, una terrible visión surgió ante sus ojos: Varvara Petrovna se dirigía hacia allí, ¡con aquel tiempo y a unas horas tan intempestivas! Y ¡a pie! Se quedó tan atónito que se olvidó de cambiarse de ropa y salió a recibirla tal como estaba, con su sempiterna chaquetilla rosa guateada.

—*Ma bonne amie!…* —exclamó débilmente a modo de saludo.

—Me alegro de que esté usted solo: ¡no soporto a sus amigos! Hay que ver lo que fuma; ¡vaya una atmósfera, Dios mío! ¡Aún no ha terminado usted el té, y ya son casi las doce! ¡Está usted en la gloria con todo este desorden! ¡Hay que ver lo que le gusta la mugre! ¿Qué hacen todos esos papeles en el suelo? ¡Nastasia, Nastasia! ¿Qué está haciendo su Nastasia? Anda, *mátushka*, abre las ventanas, los montantes, la puerta, todo bien abierto, de par en par. Y nosotros vamos a la sala; tengo un asunto que tratar con usted. Y ¡tú ya podías barrer alguna vez, *mátushka*!

—¡No sabe usted lo que ensucia, señora! —protestó Nastasia con voz quejosa e irritada.

—Pues tú barre, ¡quince veces al día si hace falta! Esta sala está hecha una pena —dijo Varvara Petrovna al pasar a esa estancia—. Cierre bien la puerta, no vaya a darle por escuchar. Hay que cambiar este papel sin falta. ¿No le había mandado a un empapelador con unas muestras? ¿Cómo es que no escogió ninguna? Siéntese y escuche. Siéntese de una vez, haga el favor. ¿Adónde va ahora? ¿Adónde va? ¡Adónde va!

—Vuelvo enseguida —gritó Stepán Trofímovich desde el cuarto de al lado —. ¡Ya estoy de vuelta!

—Anda, ¡si se ha cambiado! —Varvara Petrovna lo examinó con aire burlón: se había puesto una levita encima de la chaquetilla guateada—. Pues sí, así está mejor. Siéntese de una vez, se lo ruego.

Se lo expuso todo de un tirón, de forma abrupta y persuasiva. Aludió a los ocho mil rublos, que para él eran cuestión de vida o muerte. Le contó pormenorizadamente lo de la dote. Stepán Trofímovich puso los ojos a cuadros y se echó a temblar. Lo oía todo, pero estaba claro que no entendía nada. Quiso hablar, pero se le quebró la voz. Lo único que sabía es que todo iba a ocurrir como ella decía, que protestar y mostrarse disconforme era perder el tiempo, que ya era un hombre casado y eso no tenía vuelta de hoja.

—*Mais, ma bonne amie*, por tercera vez, a mis años… y ¡con esa chiquilla! —acertó a decir finalmente—. *Mais c'est une enfant!*[73]

—Una niña de veinte años, ¡gracias a Dios! Deje de poner los ojos en blanco, se lo ruego, no está usted en el teatro. Es usted muy inteligente y muy sabio, pero no entiende nada de la vida, necesita una niñera que se ocupe de usted. Si me muero, ¿qué será de usted? Ella le cuidará divinamente; es una muchacha modesta, decidida, sensata; además, yo también estaré a su lado, no pienso morirme tan pronto. Es una mujer hogareña, es un ángel de dulzura. Fue estando en Suiza donde se me ocurrió esta feliz idea. Entiéndalo, ¡le acabo de decir que es un ángel de dulzura! —gritó Varvara Petrovna con una furia repentina—. Tiene la casa hecha un desastre, ella pondrá orden, todo brillará como un espejo… Eh, ¿no

pretenderá que, teniendo semejante tesoro, encima me incline ante usted y le enumere todas sus ventajas, como una casamentera? Usted sí que debería arrodillarse… ¡Ah, hombre superficial; superficial y pusilánime!

—Pero si yo… ¡ya soy un anciano!

—¡Qué más dará que tenga cincuenta y tres años! Los cincuenta años no son el final de la vida, sino la mitad. Es usted un hombre apuesto, y lo sabe. Como también sabe que ella le respeta. Si yo me muero, ¿qué será de ella? Casada con usted, ella estará tranquila, y yo también. Tiene usted fama, tiene un nombre, tiene un corazón amante; tiene asignada una pensión que para mí es un deber. ¡Podría ser usted su salvación, su salvación! En todo caso, para ella será un honor. Podrá usted prepararla para la vida, desarrollar su espíritu, orientar sus ideas. ¡Cuánta gente se pierde hoy en día por culpa de una mala orientación de sus ideas! Para entonces le habrá dado tiempo a terminar su libro, y ya verá cómo da usted que hablar.

—Justamente… —balbuceó, halagado por las hábiles lisonjas de Varvara Petrovna—, justamente me iba a poner ahora a trabajar en mis *Relatos de la historia de España…*

—Ya lo ve, justo a tiempo.

—Pero… ¿y ella? ¿Ha hablado usted con ella?

—Por ella no se preocupe, y tampoco conviene que haga demasiadas preguntas. Como es natural, tendrá que pedirle usted personalmente, suplicarle que le haga el honor, ya me entiende… Pero no se preocupe, yo estaré allí. Además, usted la quiere…

A Stepán Trofímovich le daba vueltas la cabeza; las paredes giraban. Había, por debajo de todo aquello, una idea terrible a la que era incapaz de avenirse.

—*Excellente amie!* —de repente le temblaba la voz—, yo… yo nunca me habría imaginado que usted fuera a tomar la decisión de casarme… ¡con otra… mujer!

—No es usted una doncella, Stepán Trofímovich; solo a las doncellas las casan. Usted, en cambio, va a tomar mujer —bisbiseó con malicia Varvara Petrovna.

—*Oui, j'ai pris un mot pour un autre. Mais… c'est égal*[74] —Stepán Trofímovich la miró desconcertado.

—Ya veo que *c'est égal* —dijo ella entre dientes, en tono despectivo—, ¡ay,

Señor! ¡Si se ha desmayado! ¡Nastasia, Nastasia! ¡Agua!

Pero no hizo falta el agua. Se recobró. Varvara Petrovna cogió el paraguas.

—Ya veo que no es el mejor momento para hablar con usted…

—*Oui, oui, je suis incapable*[75].

—Pero mañana ya estará más descansado y habrá tenido tiempo para meditar. No salga de casa; si algo ocurriera, hágamelo saber, aunque sea de noche. Nada de escribir cartas, no pienso leerlas. Mañana mismo, a esta hora, vendré yo, sola, a pedirle una respuesta definitiva, y espero que sea convincente. Procure que no haya nadie y que esto no esté demasiado sucio, porque yo no he visto nada igual. ¡Nastasia, Nastasia!

Al día siguiente, por supuesto, Stepán Trofímovich dio su consentimiento; no podía ser de otra manera. Había, además, una circunstancia muy particular…

VIII

La llamada hacienda de Stepán Trofímovich (cincuenta almas según el cómputo antiguo, lindando con Skvoréshniki) no era suya, en realidad, sino que había pertenecido a su primera esposa y, consiguientemente, ahora era propiedad de su hijo, Piotr Stepánovich Verjovenski. Stepán Trofímovich se había limitado a ejercer la tutela; más adelante, cuando el polluelo echó plumas, autorizó formalmente a su padre a administrarla. El trato era beneficioso para el joven: recibía del padre hasta un total de mil rublos anuales en concepto de rentas, a pesar de que, con el nuevo régimen, no producía ni quinientos, tal vez menos. Solo Dios sabe cómo llegarían a semejante acuerdo. De todos modos, la que se ocupaba de abonar esa suma en su totalidad era Varvara Petrovna, mientras que Stepán Trofímovich no aportaba un solo rublo. Al contrario, éste se embolsaba todas las rentas de la hacienda y, no contento con eso, la había llevado a la ruina, dándosela en arriendo a un empresario y vendiendo, a espaldas de Varvara Petrovna, los derechos de tala del bosque, que constituían su principal activo. Llevaba mucho tiempo vendiendo, parcela a parcela, ese bosque. En conjunto no valdría menos de ocho mil rublos, pero él apenas había sacado cinco mil. Sin embargo, en ocasiones perdía demasiado dinero en el club, y no se atrevía a pedírselo a Varvara Petrovna. Cuando ésta finalmente se enteró de todo, se la llevaban los demonios. Y ahora, de repente, el hijo anunciaba que venía a vender sus tierras por lo que le dieran, y le encomendaba a su padre que se ocupara cuanto antes de la venta. Ni que decir tiene que Stepán Trofímovich, hombre generoso y desinteresado, estaba abochornado por su comportamiento con *ce cher enfant*[76] (a quien había visto por última vez hacía nueve años, en San Petersburgo, donde el joven estaba estudiando). En origen, toda la hacienda podía haber tenido un valor de trece o

catorce mil rublos; ahora sería difícil encontrar a alguien dispuesto a dar cinco mil por ella. No cabía duda de que Stepán Trofímovich tenía pleno derecho, en virtud de la autorización formal, a vender el bosque y, dada la renta de mil rublos, a todas luces excesiva, que había sido puntualmente satisfecha a lo largo de todos esos años, podía haber defendido sólidamente su gestión a la hora de hacer cuentas. Pero Stepán Trofímovich era un hombre magnánimo y de nobles impulsos. Un pensamiento admirable le pasó por la cabeza: cuando llegara Petrusha, le pondría encima de la mesa, generosamente, el precio más alto, el *maximum*, es decir, nada menos que quince mil rublos, sin hacer la más mínima alusión a las sumas enviadas en todo ese tiempo, y luego estrecharía con fuerza contra su pecho, entre lágrimas, *ce cher fils*[77], con lo que quedarían saldadas todas las cuentas pendientes entre ellos. Con mucho tacto, a base de rodeos, había empezado hacía un tiempo a esbozar este cuadro ante Varvara Petrovna, dejando caer que eso añadiría un matiz de especial nobleza a su relación de amistad… a su «idea». Eso daría de los padres y, por extensión, de todos los miembros de la generación anterior, una imagen de desinterés y magnanimidad que contrastaría con la joven generación, más frívola y socialista. Dijo muchas más cosas, pero Varvara Petrovna no abría la boca. Al final le hizo saber, con sequedad, que estaba dispuesta a comprarles las tierras y a dar por ellas el precio máximo, esto es, seis o siete mil rublos (aunque se podrían haber comprado hasta por cuatro mil). De los ocho mil rublos restantes, que habían volado con el bosque, no dijo ni palabra.

Esta conversación había tenido lugar un mes antes de la propuesta de matrimonio. Stepán Trofímovich estaba abrumado, y empezó a darle vueltas a la cuestión. Anteriormente le podía haber cabido la esperanza de que su hijo, al fin y al cabo, no se presentara; esperanza, entiéndase bien, desde el punto de vista de un extraño, porque, como padre, Stepán Trofímovich habría rechazado con indignación la mera posibilidad de abrigar una esperanza semejante. Sea como fuere, hasta ese momento habían estado llegando a la ciudad unos extraños rumores sobre Petrushka. Para empezar, desde el momento en que había concluido sus estudios en la universidad, hacía ya seis años, se había dedicado a callejear ociosamente por San Petersburgo. De pronto tuvimos la noticia de que había intervenido en la elaboración de cierta proclama anónima y se había visto implicado en el asunto. Más tarde, nos enteramos de que había aparecido repentinamente en el extranjero, en Suiza, en Ginebra: muy probablemente, habría tenido que huir.

—Es algo que me resulta sorprendente —nos comentaba entonces Stepán Trofímovich, con gran turbación—, Petrusha *c'est une si pauvre tête!*[78] Es bueno, noble, sensible, y en San Petersburgo me quedé muy satisfecho comparándolo con la juventud de hoy en día, pero *c'est un pauvre sire tout de même…*[79] Y, saben, ¡todo es por culpa de esa falta de madurez, de ese sentimentalismo! No se ven atraídos por el realismo, sino por la vertiente sentimental, idealista del socialismo, por su matiz religioso, por así decir, por su poesía… de segunda mano, naturalmente. Pero para mí, para mí, ¡ya se pueden imaginar! Tengo tantos enemigos aquí, y no

digamos *allá*: lo atribuirán a la influencia del padre… ¡Dios mío!… ¡Petrusha un agitador! ¡Qué tiempos nos ha tocado vivir!

De todos modos, Petrusha no tardó en enviar su dirección exacta en Suiza para que le hicieran llegar el dinero, como de costumbre: por lo tanto, no era propiamente un exiliado. Y ahora, de repente, después de cuatro años en el extranjero, estaba de vuelta en su patria y anunciaba su inminente llegada, así que no podía pesar sobre él ningún cargo. Es más, se diría que alguien se interesaba por él y lo protegía. En esta ocasión escribía desde el sur de Rusia, donde estaba gestionando unos asuntos privados de importancia por encargo de otra persona. Todo eso estaba muy bien, pero ¿de dónde iba a sacar Stepán Trofímovich los siete u ocho mil rublos que le faltaban para alcanzar el ansiado precio *maximum* de la hacienda? ¿Y si el hijo ponía el grito en el cielo y, en lugar de acabar con una escena sublime, aquello acababa en un proceso? Algo le decía a Stepán Trofímovich que el sensible Petrusha no iba a renunciar a sus intereses. «¿Por qué será —me susurró una vez Stepán Trofímovich— que, como he podido constatar, todos esos socialistas y comunistas desesperados son al mismo tiempo unos tacaños increíbles, unos aprovechados, unos acaparadores, y resulta que, cuanto más socialistas son, cuanto más lejos van, más apego tienen a sus propiedades? ¿A qué obedecerá? ¿Podrá también deberse al sentimentalismo?». No sé yo cuánto habrá de cierto en esa observación de Stepán Trofímovich; lo único que sé es que Petrusha estaba informado de la venta del bosque y de todo lo demás, y que Stepán Trofímovich sabía que estaba informado. También tuve ocasión de leer las cartas de Petrusha a su padre; le escribía en contadísimas ocasiones, una vez al año a lo sumo. Pero últimamente le había mandado dos cartas, casi seguidas, comunicándole su inminente llegada. Todas sus cartas eran breves y secas y se limitaban a dar instrucciones; como padre e hijo, siguiendo la moda actual, se tuteaban desde que se habían visto en San Petersburgo, y las cartas de Petrusha guardaban una acusada semejanza con las misivas que los antiguos terratenientes enviaban a los siervos que habían dejado al frente de sus propiedades. Total, que de pronto esos ocho mil rublos, con los que se podría dejar zanjado todo el asunto, le caían como del cielo, gracias a la proposición de Varvara Petrovna, la cual, al mismo tiempo, le daba claramente a entender que no le iban a llegar de ningún otro lado. Naturalmente, Stepán Trofímovich dio su consentimiento.

Nada más salir ella, Stepán Trofímovich me mandó llamar, y no recibió a nadie más en todo el día. Lloró, por supuesto, habló mucho y bien, se contradijo abiertamente una y otra vez, hizo algún juego de palabras fortuito del que quedó satisfecho, después sufrió un amago de colerina… en una palabra, todo seguía la pauta habitual. Acto seguido sacó un retrato de su alemana, fallecida hacía ya veinte años, y empezó a apostrofarla en tono quejumbroso: «¿Me perdonarás?». En general, parecía un tanto distraído. Bebimos un poco, para olvidar las penas. Pero muy pronto le entró el sueño, y durmió plácidamente. A la mañana siguiente se hizo magistralmente el nudo de la corbata y se vistió con mucho esmero, acercándose al espejo cada dos por tres para admirarse en él. Se roció el pañuelo

con perfume, aunque moderadamente, pero fue ver a Varvara Petrovna por la ventana y coger rápidamente otro pañuelo, escondiendo el perfumado debajo de la almohada.

—¡Estupendo! —exclamó Varvara Petrovna, al oír su consentimiento—. En primer lugar, es una decisión que le honra, y, en segundo lugar, ha escuchado usted la voz de la razón, a la que no suele hacer mucho caso en sus asuntos privados. De todos modos, no conviene precipitarse —añadió, examinando el nudo de su corbata blanca—; no diga nada por ahora, y yo haré otro tanto. Su cumpleaños está al caer; yo vendré con ella a visitarle. Puede celebrarlo ofreciendo un té a la caída de la tarde; se lo ruego, nada de vino ni de aperitivos; mejor me encargo yo de todo. Invite a sus amigos, pero ya haremos la lista los dos juntos. Hable usted con ella la víspera, si lo cree necesario; y durante la fiesta no es que vayamos a anunciarlo ni a celebrar una especie de esponsales, pero sí dejaremos caer algo o lo daremos a conocer, sin ninguna solemnidad. Y un par de semanas después se celebraría la boda, a ser posible sin ningún bullicio… Incluso ustedes dos podrían ausentarse por un tiempo, después de la boda; podrían viajar a Moscú, por ejemplo. Yo misma podría acompañarles… Pero, sobre todo, no diga nada hasta entonces.

Stepán Trofímovich estaba asombrado. Intentó hacer ver que él así no podía, que tenía que hablar con la novia, pero Varvara Petrovna le soltó irritada:

—¿A cuento de qué? En primer lugar, todavía no hay nada, y a lo mejor todo queda en nada…

—¡Que todo queda en nada! —farfulló el novio, totalmente aturdido.

—Eso mismo. Ya veremos… Pero no se preocupe, todo se hará como le he dicho, yo misma me ocuparé de los preparativos. Déjelo todo en mis manos. Se hará y se dirá todo lo que haga falta, pero usted no se meta. ¿Para qué? ¿En calidad de qué? No vaya por allí ni mande cartas. Y estese calladito, se lo suplico. Yo tampoco diré nada.

No tenía ningunas ganas de dar explicaciones y se marchó visiblemente molesta. Por lo visto, la magnífica predisposición de Stepán Trofímovich la había dejado asombrada. ¡Ay!, su amigo no era capaz, ni mucho menos, de percatarse de su situación, y aún no se había planteado la cuestión desde otras perspectivas. Al contrario, había adoptado un tono nuevo en él, entre arrogante y desenvuelto. Estaba hecho un fanfarrón.

—¡Esto me gusta! —exclamó, plantándose delante de mí con los brazos abiertos—. ¿Ha oído? Lo que pretende ella es llevar las cosas a un extremo en que yo me vea obligado a renunciar. Porque a mí también podría agotárseme la paciencia y… ¡decir que no quiero! «Quédese en casa, ¿qué necesidad tiene de

aparecer por allí?». A fin de cuentas, ¿por qué tengo yo que casarme? ¿Solo porque esa mujer ha tenido ese ridículo antojo? ¡Yo soy una persona seria y no tengo por qué plegarme a las vanas fantasías de esa atolondrada! Tengo una serie de obligaciones con mi hijo y… y ¡conmigo mismo! Estoy sacrificándome, ¿es que no se da cuenta? Si he dado mi consentimiento, puede que haya sido porque estoy aburrido de la vida y ya todo me da igual. Pero, como esa mujer acabe con mi paciencia, entonces sí que me va a importar; estaré resentido y me negaré a todo. *Et enfin, le ridicule…* ¿Qué van a decir en el club? ¿Qué va a decir… Liputin? «A lo mejor todo queda en nada…», pues ¡vaya! ¡Esto es el colmo! Esto ya… pero ¿esto qué es? *Je suis un forçat, un Badinguet*[80], ¡estoy entre la espada y la pared!

Y, al mismo tiempo, una especie de caprichosa complacencia, algo frívolo y juguetón se adivinaba entre todas aquellas quejumbrosas exclamaciones. Aquella tarde volvimos a beber.

Capítulo III. Los pecados ajenos

I

Había transcurrido como una semana, y la situación empezaba a complicarse.

Señalaré, de paso, que sufrí muchas molestias a lo largo de esa desdichada semana, en la que apenas me moví del lado de mi pobre amigo, recién comprometido, como su más íntimo confidente. Lo que más le pesaba era el sentimiento de vergüenza, a pesar de que en toda la semana no vimos a nadie y estuvimos siempre solos; pero se avergonzaba incluso de mí, hasta el punto de que cuanto más se sinceraba conmigo más incómodo me hacía sentir. Sus recelos le hacían suponer que todo el mundo estaba ya al corriente del asunto, que toda la ciudad lo sabía, y no se atrevía a presentarse ya no solo en el club, sino ni tan siquiera en su círculo de amigos. Incluso los paseos que daba para hacer algo de ejercicio los dejaba para muy tarde, cuando ya era noche cerrada.

Había transcurrido una semana, pero seguía sin saber si estaba o no comprometido y, a pesar de sus muchos intentos, aún no había podido cerciorarse. Aún no se había visto con la prometida, ni siquiera sabía si era su novia; ¡por no saber no sabía si había algo serio en todo aquello! Varvara Petrovna, por la razón que fuera, se negaba rotundamente a que pusiera los pies en su casa. Había respondido a una de sus primeras cartas (de las muchas que le escribió) pidiéndole encarecidamente que la eximiera por un tiempo de todo trato con él, porque estaba muy ocupada; como quiera que ella también tenía muchas cosas de la máxima importancia que comunicarle, esperaba precisamente a tener un minuto disponible, y ya le haría saber, *a su debido tiempo*, cuándo podría ir a verla. Le había asegurado que le devolvería sus cartas sin abrir, pues «no eran más que un capricho vano». Yo mismo pude leer aquella nota de ella, Stepán Trofímovich me la mostró.

Pero toda aquella brusquedad, toda aquella indefinición, no eran nada al lado de otra preocupación más acuciante. Aquella preocupación lo atormentaba de una manera atroz y no le daba tregua; estaba, por ese motivo, demacrado y abatido. No había nada en el mundo que le diera más vergüenza, y no quería hablar de ello con nadie, ni siquiera conmigo; al contrario, llegado el caso, me mentía y se andaba con evasivas como un niño pequeño; pero, al mismo tiempo, me mandaba llamar todos los días, no podía estar dos horas sin verme, y me necesitaba como el agua o el aire.

Ese comportamiento hería hasta cierto punto mi amor propio. No hace falta

decir que yo ya había adivinado hacía tiempo su mayor secreto y sabía lo que se traía entre manos. Estaba profundamente convencido de que la revelación de aquel secreto, causa principal de la preocupación de Stepán Trofímovich, no iba a contribuir a su buen nombre, razón por la que yo, que aún era joven, estaba bastante indignado con la zafiedad de sus sentimientos y con la vulgaridad de algunas de sus sospechas. Movido por la irritación —y, debo reconocerlo, aburrido de ser su confidente—, es posible que lo juzgara con excesiva severidad. Me empeñaba, con notable crueldad, en que me lo confesara todo abiertamente, aun siendo consciente de lo difícil que puede resultar confesar ciertas cosas. Él también me tenía calado, es decir, se había dado cuenta claramente de que yo sabía lo que se traía entre manos y de que estaba enfadado con él, y él, a su vez, estaba enfadado conmigo por estar enfadado con él y por saber lo que se traía entre manos. Seguramente mi irritación era mezquina y estúpida; pero en ocasiones el mutuo aislamiento es terriblemente dañino para la verdadera amistad. Desde cierto punto de vista él comprendía correctamente determinados aspectos de su situación y era capaz de definirla con mucha precisión en aquellos puntos en los que no consideraba imprescindible guardar el secreto.

—¡Oh, qué distinta era entonces! —me comentaba a veces, refiriéndose a Varvara Petrovna—. Qué distinta era entonces, cuando podíamos hablar de todo… ¿Querrá usted creer que en otros tiempos aún sabía hablar? Créame si le digo que entonces tenía ideas, ideas propias. ¡Ahora todo ha cambiado! ¡Dice que todo eso no es más que palabrería pasada de moda! Desprecia el pasado… Ahora parece un tendero, un administrador, se ha vuelto una mujer amargada, se enfada por todo…

—Y ahora ¿por qué está enfadada, si usted obedece sus órdenes? —le objeté.

Me miró de través.

—*Cher ami*, si yo no hubiera dado mi consentimiento, su enfado habría sido terrible, ¡te-rri-ble! Pero no tanto, en cualquier caso, como ahora que he aceptado su propuesta.

Se quedó satisfecho con la frasecita, y aquella noche nos bebimos una botella. Pero duró poco; al día siguiente estaba más intratable y malhumorado que nunca.

Pero lo que más me irritaba de él era que no se decidiera a hacerle la visita de rigor a los Drozdov, recién llegados, para renovar la amistad con ellos, algo que, por lo que habíamos oído, estaban deseando, pues a menudo preguntaban por él. Stepán Trofímovich se lamentaba a diario por ese motivo. Hablaba de Lizaveta Nikoláievna con una emoción que me costaba entender. Sin duda, recordaba a la niña que había adorado en otros tiempos; pero, además de eso, se figuraba, por alguna razón misteriosa, que a su lado hallaría alivio inmediato a sus presentes males y que incluso sería capaz de resolver sus más importantes dilemas. En

Lizaveta Nikoláievna esperaba encontrar a una criatura excepcional. Pero el caso es que aún no había ido a verla, a pesar de que todos los días se disponía a hacerlo. Lo peor de todo era que yo me moría de ganas de que me la presentaran para empezar a tratar con ella, y en ese terreno no podía contar con nadie más que con Stepán Trofímovich. Me la había encontrado a menudo —por la calle, se entiende —, cuando salía a pasear, en traje de amazona y a lomos de un soberbio caballo, en compañía del que llamaban su pariente, un apuesto oficial, sobrino del difunto general Drozdov, y esos encuentros me habían causado una extraordinaria impresión. Mi ofuscamiento apenas duró un instante, y enseguida fui consciente de la imposibilidad de mis sueños; pero no por ello fue menos real, de ahí que uno pueda hacerse una idea de lo enojado que estaba entonces con mi pobre amigo a causa de su obstinado enclaustramiento.

Todos nuestros amigos habían sido advertidos oficialmente desde el principio de que Stepán Trofímovich no iba a recibir a nadie durante un tiempo y rogaba que no lo molestaran en ningún momento. Él había insistido en difundir el aviso mediante una circular, pero yo se lo desaconsejé. Así que, a petición suya, visité a todos los miembros del círculo y les hice saber que Varvara Petrovna había encomendado al «viejo» (así llamábamos entre nosotros a Stepán Trofímovich) una tarea especial, que consistía en ordenar la correspondencia de una serie de años, que se había encerrado en casa y yo le estaba echando una mano, y etcétera, etcétera. Al único que no había tenido tiempo de ir a ver era a Liputin, y aplazaba una y otra vez la visita: a decir verdad, me daba miedo encontrarme con él. Sabía de antemano que no iba a tragarse ni una sola de mis palabras, que no iba a dejar de pensar que allí había gato encerrado, que querían ocultarle algo a él y solo a él, y que, en cuanto me marchara de su casa, saldría a hacer sus pesquisas y a chismorrear por toda la ciudad. Estaba yo dándole vueltas a todo eso, cuando me topé casualmente con él por la calle. Resulta que nuestros amigos, apenas informados por mí, le habían ido rápidamente con el cuento. Pero, sorprendentemente, no solo no mostró mayor interés por la noticia ni preguntó por Stepán Trofímovich, sino que, por el contrario, me interrumpió cuando empecé a disculparme por no haber ido antes a su casa y enseguida cambió de tema. Es verdad que tenía muchas cosas que contar; se encontraba enormemente excitado y estaba encantado de haber cazado a alguien que le escuchara. Empezó a hablar de las novedades locales, de la llegada de la gobernadora, «con nuevos temas de conversación», del grupo de oposición que se había formado en el club, de cómo todo el mundo hablaba de las nuevas ideas y de lo mucho que esa situación le convenía, y cosas así. Estuvo un cuarto de hora hablando, y era tan ameno que en ningún momento se me ocurrió interrumpirle. Aunque personalmente no lo soportaba, debo reconocer que sabía hacerse escuchar, sobre todo cuando estaba furioso. En mi opinión, se trataba de un auténtico espía, de un espía nato. Estaba al corriente, a todas horas, de las noticias más recientes y de todas las intimidades de nuestra ciudad, especialmente las más desagradables, y era sorprendente hasta qué punto se tomaba a pecho cosas que en nada le afectaban. Siempre me había dado la impresión de que el rasgo principal de su carácter era la envidia. Cuando aquella

misma tarde informé a Stepán Trofímovich de mi encuentro matinal con Liputin y de la conversación que habíamos tenido, mi amigo, para sorpresa mía, se puso muy nervioso y me hizo una pregunta absurda: «¿Lo sabe Liputin?». Yo intenté hacerle ver que no había ninguna posibilidad de que se hubiera enterado tan pronto, y que nadie se lo había podido decir, pero Stepán Trofímovich no daba su brazo a torcer.

—Lo crea o no —concluyó inesperadamente—, estoy convencido de que no solo está ya al corriente, y con todo lujo de detalles, de *nuestra* situación, sino que tiene que saber algo más, algo que ni usted ni yo sabemos todavía, y que tal vez nunca lleguemos a saber, o que sepamos demasiado tarde, ¡cuando la cosa ya no tenga remedio!…

No dije nada, a pesar de lo mucho que daban a entender aquellas palabras. Después de eso, en los cinco días siguientes no volvimos a mencionar a Liputin; para mí estaba claro que Stepán Trofímovich lamentaba profundamente haberse ido de la lengua, haciéndome partícipe de sus sospechas.

II

Una mañana, siete u ocho días después de que Stepán Trofímovich hubiera dado su consentimiento a la propuesta matrimonial, a eso de las once, cuando me dirigía a toda prisa, como de costumbre, a casa de mi afligido amigo, tuve un incidente por el camino.

Me encontré con Karmazínov, el «gran escritor», como lo calificaba Liputin. Yo había leído a Karmazínov desde que era niño. Sus novelas y cuentos eran muy conocidos entre todos los miembros de las generaciones pasadas y aun de la presente. A mí me habían entusiasmado; habían hecho las delicias de mi adolescencia y mi juventud. Más tarde, mi entusiasmo por su pluma se ha enfriado un tanto; las novelas con mensaje que había escrito en los últimos tiempos no me agradaban tanto como las creaciones de su primera época, llenas de poesía espontánea; y sus obras más recientes no me habían gustado en absoluto.

Hablando en términos generales, si se me permite expresar mi opinión en materia tan delicada, todos estos individuos dotados de un talento mediocre, que muchas veces alcanzan en vida la consideración de genios, o poco menos, no solo desaparecen después de su muerte de la memoria de la gente casi sin dejar huella y de manera repentina, sino que incluso en vida, en cuanto aparece una nueva generación que toma el relevo de aquella en la que habían florecido, ocurre que son olvidados y despreciados por todo el mundo con una rapidez increíble. Entre nosotros es algo que ocurre de forma abrupta, como los cambios en la decoración teatral. ¡Oh, no ocurre así con Pushkin, con Gógol, con Molière, con Voltaire, con esos creadores que realmente tienen algo nuevo que decir! No es menos cierto que

esos individuos de talento mediocre, cuando la edad declina, suelen escribir de un modo lamentable, aunque ellos no sean capaces de advertirlo. No es infrecuente que un escritor al que se ha atribuido durante años una extraordinaria profundidad intelectual y del que se esperaba una influencia determinante en el progreso social revele al final de sus días una falta tal de sustancia y de solidez en sus ideas fundamentales que nadie deplore su vertiginoso agotamiento. Pero los ancianos de cabellos grises no son conscientes de eso y se irritan. Su amor propio, especialmente al final de su carrera, puede llegar a alcanzar proporciones asombrosas. Solo Dios sabe qué se considerarán a esas alturas: dioses, como mínimo. Contaban de Karmazínov que casi concedía más valor a sus conexiones con personajes notables y con la alta sociedad que a su propia alma. Decían que era muy afable en el trato, que resultaba encantador, que cautivaba con su sencillez, sobre todo si estaba en presencia de alguien que pudiera resultarle útil o que le hubiera sido recomendado previamente. Pero, eso sí, como hubiera por allí cerca un príncipe, o una condesa, o alguna persona que le infundiese temor, consideraba su deber sagrado desentenderse del resto de la gente con el más insultante de los desprecios, ignorándola como quien ignora una astilla o una mosca, antes incluso de perderla de vista; y consideraba, con toda seriedad, que actuar así era del mejor tono. A pesar de su pleno dominio de sí mismo y su perfecto conocimiento de los buenos modales, dicen que su vanidad llegaba a unos extremos de histeria tales que no era capaz de disimular su hipersensibilidad como autor ni en esos círculos sociales donde apenas interesa la literatura. Si, por un casual, alguien le manifestaba su indiferencia, él se sentía ofendido de un modo enfermizo y hacía todo lo posible por vengarse.

Hace cosa de un año leí en un periódico un artículo suyo, escrito en un tono terriblemente afectado de poesía ingenua, y cargado al mismo tiempo de pretensiones psicológicas. Describía el naufragio de un vapor junto a las costas de Inglaterra, suceso del que había sido testigo, y contaba cómo había asistido al salvamento de los supervivientes y al traslado hasta la orilla de los cadáveres de los ahogados. Todo el artículo, excesivamente prolijo y extenso, había sido escrito sin más objetivo que el de exhibirse. Esto es lo que venía a decir entre líneas: «Reparen en mí; fíjense en cómo actué en aquellos momentos. ¿Qué les importan el mar, la tormenta, las rocas, el barco hechos añicos? Ya les he dado cuenta de todo eso con mi poderosa pluma. ¿Qué hacen ahí mirando a esa mujer ahogada con su niño muerto en sus brazos muertos? Mejor mírenme a mí, vean cómo, incapaz de soportar el espectáculo, aparté la vista de él. Ese que está ahí de espaldas soy yo; ese que, presa del pánico, no está en condiciones de mirar atrás; tengo los ojos entornados… ¿Verdad que es muy interesante?». Cuando le expresé mi parecer sobre el artículo de Karmazínov a Stepán Trofímovich, me dijo que estaba de acuerdo.

Cuando hace no mucho corrió por nuestra ciudad el rumor de que íbamos a recibir la visita de Karmazínov, yo, naturalmente, sentí un gran deseo de verlo y, a ser posible, conocerlo. Sabía que esto último podría conseguirlo por mediación de

Stepán Trofímovich; en tiempos, habían sido amigos. Y de pronto me encontré con él en un cruce. Lo reconocí enseguida; ya me lo habían señalado tres días antes, cuando pasó por delante en un coche en compañía de la gobernadora.

Era un hombre ya mayor —aunque no pasaría de los cincuenta y cinco años—, muy bajito, engolado, con una cara pequeña, bastante colorada, con unos espesos mechones de pelo gris que le asomaban por debajo del sombrero de copa y se ensortijaban alrededor de unas orejas pequeñas, rosadas y limpias. Su aseado rostro no resultaba demasiado atractivo, con aquellos labios finos, largos, de gesto pícaro, aquella nariz más bien carnosa y aquellos ojillos diminutos, afilados e inteligentes. Vestía a la antigua usanza, con una especie de capote echado sobre los hombros, como podrían llevarlo en Suiza o en el norte de Italia en esa época del año. Pero, eso sí, todos los detalles menores de su atuendo, los gemelos, el cuello, los botones, los impertinentes de carey con una fina cinta negra, el anillo, eran propios de una persona de irreprochable gusto. Estoy convencido de que en verano nunca dejaría de calzar unos coloridos botines de *prunelle*[81] con botones de nácar en un lado. Cuando nos encontramos, él estaba parado en el cruce, mirando atentamente a su alrededor. Al advertir que yo lo observaba con interés, me preguntó con voz melosa, aunque algo aguda:

—Permítame que le pregunte: ¿cuál es el camino más corto para llegar a la calle Bykova?

—¿La calle Bykova? Si está aquí mismo, muy cerca —grité muy agitado—. Todo derecho por esta calle y después la segunda a la izquierda.

—Muy agradecido.

Maldito sea aquel minuto: ¡debí de ruborizarme y adopté un aire servil! Al instante, cayó en la cuenta y, desde luego, captó todo a la primera: esto es, captó que yo sabía quién era, que había leído sus obras y que lo había venerado desde niño, y que me había ruborizado y lo estaba mirando obsequiosamente. Sonrió, asintió nuevamente con la cabeza y echó a andar por donde le había indicado. No sé por qué me di la vuelta y lo seguí, por qué corrí como diez pasos detrás de él. De pronto se detuvo nuevamente.

—Y ¿no podría usted decirme dónde podría encontrar un coche por aquí cerca?

¡Un grito de lo más desagradable! ¡Una voz de lo más desagradable!

—¿Un coche? El sitio más cercano… junto a la catedral, allí siempre hay coches…

Y poco me faltó para salir corriendo en busca de un coche. Sospecho que era

eso lo que esperaba de mí. Por supuesto, reaccioné rápidamente y me frené, pero él se había dado perfecta cuenta de mi gesto y a partir de entonces ya no me quitó la vista de encima, con aquella repelente sonrisa suya. Y justo entonces ocurrió algo que jamás podré olvidar.

De pronto se le cayó un pequeño bolso que llevaba en la mano izquierda; en realidad, no era un bolso, sino una cajita o, más bien, una especie de cartera o, mejor aún, un ridículo, uno de esos ridículos que solían llevar las señoras; a decir verdad, no sé lo que podría ser, lo único que sé es que yo me lancé a recogerlo.

Estoy segurísimo de que no llegué a recogerlo, pero mi ademán inicial fue inconfundible; no pude disimularlo, y me puse colorado, como un simple. El muy ladino sacó rápidamente todas las conclusiones que las circunstancias permitían sacar.

—No se moleste, ya lo cojo yo —dijo en un tono seductor.

Así pues, cuando se dio cuenta de que no le iba a recoger el ridículo del suelo, lo recogió él, haciendo como si se me anticipara; hizo un nuevo gesto con la cabeza y siguió su camino, dejándome allí como un majadero. Habría dado lo mismo que se lo hubiera recogido yo. Durante cinco minutos me consideré humillado para toda la vida, pero, según llegaba a casa de Stepán Trofímovich, de pronto rompí a reír a carcajadas. El episodio me había parecido tan divertido que decidí al punto distraer a Stepán Trofímovich con su relato, e incluso representar la escena al completo ante él.

III

Pero esta vez, para mi sorpresa, lo encontré muy alterado. Es verdad que corrió ansiosamente a mi encuentro en cuanto entré, y que se dispuso a escucharme, pero con un aire tan distraído que al principio era evidente que no estaba comprendidendo mis palabras. Pero, en cuanto pronuncié el nombre de Karmazínov, se puso hecho una furia.

—¡No me hable de él! ¡Ni me lo mencione! —exclamó casi con rabia—. ¡Aquí, aquí, mire! ¡Lea, lea!

Abrió un cajón y arrojó sobre la mesa tres pedacitos de papel, escritos a lápiz, deprisa y corriendo, los tres de Varvara Petrovna. La primera nota era de hacía dos días, la segunda de la víspera y la última había llegado ese mismo día, hacía solo una hora; el contenido era trivial, todas las notas hacían referencia a Karmazínov, y delataban la vana y pretenciosa inquietud de Varvara Petrovna, que manifestaba su temor a que Karmazínov se olvidara de hacerle una visita. He aquí la primera, la de hacía dos días (seguro que había otra de hacía tres, y puede

que otra más de hacía cuatro):

Si al final se dignase visitarle hoy mismo a usted, le ruego que no le diga una sola palabra de mí. Ni la menor alusión. No le hable de mí, no me mencione.

V. S.

La de la víspera:

Si se decide por fin a hacerle una visita esta mañana, creo que lo más correcto sería no recibirlo. Así lo veo yo, no sé cómo lo verá usted.

V. S.

La última, de ese mismo día:

Estoy segura de que habrá en su casa un cerro de basura y nubes de humo de tabaco. Le mando a Maria y a Fómushka; en media hora lo dejarán todo limpio. Usted no se entrometa y espere mientras tanto tranquilo en la cocina. Le envío una alfombra de Bujará[82] y dos jarrones chinos: hace tiempo que tenía intención de regalárselos; además de eso, le mando mi Teniers[83] (temporalmente). Los jarrones puede ponerlos en la ventana, y el Teniers cuélguelo mejor en la parte de la derecha, encima del retrato de Goethe; allí destacará más y por la mañana siempre hay luz. Si al final se presenta, recíbalo con la mayor cortesía, pero procure hablar de asuntos triviales, de algún tema intelectual, y en un tono como si ayer mismo hubieran estado juntos. De mí, ni una palabra. A lo mejor me acerco a verle por la tarde.

V. S.

P. S. Si no viene hoy, seguro que ya no viene.

Leí las notas y me sorprendió que estuviera tan alterado por semejante banalidad. Mirándolo con más atención, advertí de repente que, mientras yo había estado leyendo, a él le había dado tiempo de cambiarse la sempiterna corbata blanca por una roja. Su sombrero y su bastón se encontraban encima de la mesa. Estaba pálido, e incluso le temblaban las manos.

—¡No quiero saber nada de sus inquietudes! —exclamó con frenesí, en respuesta a mi mirada inquisitiva—. *Je m'en fiche!*[84] ¡Tiene la desfachatez de estar preocupada por Karmazínov, y no contesta a mis cartas! Mire, mire, una carta mía sin abrir que me devolvió ayer mismo, ahí, en la mesa, debajo del libro, debajo de *L'Homme qui rit*[85]. ¡Qué más me da a mí que ella esté que no vive por culpa de su Ni-ko-lenka[86]! *Je m'en fiche et je proclame ma liberté. Au diable le Karmazinoff! Au diable la Lembke!*[87] He escondido los jarrones en el vestíbulo y el Teniers en la

cómoda, y he exigido a Varvara Petrovna que me reciba de inmediato. Escúcheme bien: ¡se lo he exigido! Le he mandado con Nastasia un pedazo de papel como éstos, a lápiz, sin lacrar, y ahora estoy esperando. Quiero que Daria Pávlovna se explique en mí presencia, oír lo que tenga que decir de sus labios, ante la faz del cielo o, por lo menos, ante usted. *Vous me seconderez, n'est ce pas, comme ami et témoin*[88]. No quiero ruborizarme, no quiero mentir, no quiero secretos, ¡no consiento que haya secretos en este asunto! Que me confiesen todo abierta y francamente, con nobleza, y entonces… ¡entonces es posible que asombre a toda esta generación con mi magnanimidad!… ¿Soy o no soy un canalla, señor mío? — concluyó repentinamente, mirándome de un modo inquietante, como si yo, en efecto, lo tuviera por un canalla.

Le supliqué que bebiera un poco de agua; jamás lo había visto en ese estado. Mientras estuvo hablando, en ningún momento había dejado de moverse por todo el cuarto, yendo de un extremo a otro, pero de pronto se detuvo delante de mí, en una postura insólita.

—¿Acaso piensa usted —empezó de nuevo con una altivez malsana, recorriéndome de pies a cabeza con la mirada—, acaso se imagina usted que yo, Stepán Verjovenski, no voy a encontrar en mi interior fuerza moral para coger mi cofre, ¡mi miserable cofre!, y, cargándolo sobre mis frágiles hombros, franquear el umbral de esta casa y desaparecer de aquí para siempre, cuando así lo exijan el honor y el sublime principio de la independencia? ¡Tampoco sería la primera vez que Stepán Verjovenski se opone magnánimemente al despotismo, aun cuando se trate del depotismo de una mujer enajenada, es decir, el más humillante y cruel de los despotismos que pueda haber en el mundo! Aunque usted, señor mío, parece que hace un momento ¡se ha permitido reírse de mis palabras! Oh, ¿no me cree usted capaz de hallar en mi interior suficiente grandeza moral para acabar mis días en casa de un comerciante, como preceptor de sus hijos, o para perecer de hambre en una zanja? Responda, responda de una vez: ¿me cree capaz o no me cree?

Pero yo callaba a propósito. Es más, le hice entender que no quería insultarlo con una respuesta negativa, pero que tampoco podía contestarle afirmativamente. Había algo en su irritación que me resultaba abiertamente ofensivo, y no personalmente, ¡oh, no! Pero… ya me explicaré más tarde.

Se quedó pálido.

—A lo mejor, se aburre usted conmigo, G…v —ése es mi apellido—, y le gustaría… no tener que venir a verme más… —dijo con ese tono de calma anodina que suele preceder a los estallidos más exagerados.

Yo retrocedí de un salto, asustado; en ese mismo instante entró Nastasia y sin decir nada le tendió un papelito a Stepán Trofímovich; había algo en él, escrito a lápiz. Le echó un vistazo y me lo pasó. En el papel tan solo había dos palabras,

escritas de puño y letra de Varvara Petrovna: «No salga».

Stepán Trofímovich cogió en silencio su sombrero y su bastón, y salió a toda prisa de la habitación; yo salí tras él maquinalmente. De pronto se oyeron en el pasillo unas voces, acompañadas del ruido de unos pasos apresurados. Mi amigo se detuvo como fulminado por un rayo.

—Es Liputin; ¡estoy perdido! —susurró, cogiéndome del brazo.

En ese momento Liputin entró en el cuarto.

IV

No sabía yo por qué, con la llegada de Liputin, se veía perdido, y de hecho no le di mayor importancia a sus palabras, achacándolas a sus nervios. En cualquier caso, su terror iba más allá de lo habitual, de modo que decidí estar atento.

Ya solo el aspecto de Liputin al entrar dejaba claro que en esta ocasión disfrutaba de un especial derecho a entrar, por encima de cualquier prohibición. Venía acompañado de un desconocido, sin duda un forastero. En respuesta a la mirada inexpresiva de un desconcertado Stepán Trofímovich, exclamó de inmediato, a voz en grito:

—¡Le traigo a un invitado, y uno muy especial! Me tomo así la libertad de interrumpir su aislamiento. El señor Kiríllov, eminente ingeniero de obra civil. Y, lo que es más importante, conoce a su hijo, el muy respetable Piotr Stepánovich; lo conoce muy de cerca, y le trae un mensaje suyo. Acaba de llegar.

—Lo del mensaje lo ha añadido usted —observó bruscamente el invitado—; no hay ningún mensaje, pero es verdad que conozco a Verjovenski. Lo dejé en la provincia de J., diez días hace de eso.

Stepán Trofímovich le estrechó la mano maquinalmente y con un gesto lo invitó a sentarse; me miró, miró después a Liputin y de pronto, como cayendo en la cuenta, también él se sentó precipitadamente, pero sin soltar el sombrero y el bastón, y sin reparar en esa circunstancia.

—¡Caramba, si se disponía usted a salir! Me habían dicho que se había enclaustrado porque tiene mucho trabajo.

—Sí, pero estoy enfermo, y quería salir a dar un paseo; yo… —Stepán Trofímovich se quedó callado, dejó rápidamente en el sofá el sombrero y el bastón y… se puso colorado.

Entretanto examiné apresuradamente al huésped. Era un hombre joven aún, de unos veinticinco años, decentemente vestido, bien plantado, enjuto y moreno, con el semblante pálido, de un tono algo sucio, y unos ojos negros y apagados. Parecía más bien pensativo y absorto, hablaba a trompicones y sin mucha corrección, colocando las palabras de forma un tanto extraña y confundiéndose cada vez que tenía que decir una frase algo más larga. Liputin había reparado en el miedo atroz de Stepán Trofímovich y estaba visiblemente satisfecho. Había tomado asiento en una silla de mimbre, que arrastró poco menos que hasta el centro del cuarto para situarse entre el anfitrión y el invitado, a la misma distancia de ambos, que se habían acomodado en sendos sofás, el uno enfrente del otro. Sus ojos agudos fisgaban curiosos por todos los rincones.

—Yo… hace mucho que no veo a Petrusha… ¿Lo ha tratado usted en el extranjero? —acertó a farfullar Stepán Trofímovich, dirigiéndose al invitado.

—Aquí y en el extranjero.

—Alekséi Nílych acaba de regresar del extranjero, después de cuatro años de ausencia —terció Liputin—; ha estado viajando para perfeccionarse en su especialidad y, si está aquí, es porque confía, y no le faltan razones para ello, en obtener un puesto en las obras de construcción de un puente ferroviario en nuestra ciudad; ahora está esperando una respuesta. Ha conocido a los Drozdov y a Lizaveta Nikoláievna, a través de Piotr Stepánovich.

El ingeniero tenía cara de pocos amigos, y escuchaba con un aire de incómoda impaciencia. Me daba la impresión de que estaba molesto por algo.

—También conoce a Nikolái Vsévolodovich.

—¿Conoce usted a Nikolái Vsévolodovich? —le preguntó Stepán Trofímovich.

—También lo conozco.

—Yo… llevo muchísimo tiempo sin ver a Petrusha y… siento que apenas tengo derecho a llamarme padre… *c'est le mot*[89]; yo… ¿cómo lo ha dejado?

—Pues como siempre… él también va a venir —una vez más, respondió con desgana el señor Kiríllov. Decididamente, estaba molesto.

—¡Va a venir! Por fin yo… entiéndame, ¡hace tanto que no veo a Petrusha! —Stepán Trofímovich no conseguía salir de esa frase—. Ahora estoy esperando a mi pobre chico, ante quien… ¡oh, ante quien me siento tan culpable! Vaya, lo que quiero decir, en realidad, es que, cuando lo dejé aquella vez en San Petersburgo, yo… en una palabra, me pareció una nulidad, *quelque chose dans ce genre*[90]. Es un

muchacho, sabe usted, nervioso, muy sensible y… asustadizo. Al acostarse, se inclinaba hasta el suelo y hacía la señal de la cruz sobre la almohada para no morirse por la noche… *je m'en souviens. Enfin*[91], ningún sentimiento refinado, quiero decir, ningún indicio de algo más elevado, de algo esencial, ningún germen de una idea futura… *c'était comme un petit idiot*[92]. Creo, de todos modos, que no me he explicado bien, disculpe, yo… me han encontrado ustedes…

—¿En serio? ¿Hacía la señal de la cruz sobre la almohada? —preguntó de improviso el ingeniero con especial curiosidad.

—Sí, eso hacía…

—No, nada; continúe.

Stepán Trofímovich dirigió una mirada inquisitiva a Liputin.

—Les agradezco mucho su visita, pero confieso que ahora mismo… no estoy en condiciones… Permítame, no obstante, una pregunta: ¿dónde se aloja usted?

—En la calle Bogoiavlénskaia, en casa de Filíppov.

—Ah, ahí es donde vive Shátov —comenté espontáneamente.

—Justamente, en la misma casa —exclamó Liputin—; solo que Shátov vive arriba, en el desván, mientras que él se ha instalado abajo, con el capitán Lebiadkin. Conoce a Shátov, y también a su mujer. En el extranjero tuvo una relación muy estrecha con ella.

—*Comment!* ¿Sabe usted algo del infeliz matrimonio *de ce pauvre ami*[93] y esa mujer? —exclamó Stepán Trofímovich, dejándose llevar por una emoción repentina—. Es usted la primera persona que conozco que haya sido testigo directo de esa historia, y solo con que…

—¡Qué tontería! —le cortó el ingeniero, furioso—. ¡Qué forma de inventar, Liputin! En absoluto he visto a la mujer de Shátov; solo una vez, y de lejos, pero nunca de cerca… A Shátov sí lo conozco. ¿Por qué tiene que añadir toda clase de cosas?

Se volvió bruscamente en el sofá, agarró su sombrero, lo volvió a soltar y, sentándose de nuevo igual que antes, fijó sus indignados ojos negros en Stepán Trofímovich, con aire provocador. Yo no podía explicarme a qué obedecía aquella extraña irritabilidad.

—Le pido disculpas —observó Stepán Trofímovich con gravedad—,

entiendo que puede tratarse de un asunto muy delicado…

—Aquí no hay ningún asunto delicado, y esto es una vergüenza, yo a usted no le he gritado que era una tontería, sino a Liputin, por añadir. Disculpe si ha creído que era por usted. Yo a Shátov lo conozco, pero a su mujer no la conozco… ¡no la conozco en absoluto!

—Entiendo, entiendo; si he insistido, ha sido tan solo porque aprecio mucho a nuestro pobre amigo, *notre irascible ami*[94], y siempre me he interesado por él… En mi opinión, ese hombre ha cambiado de un modo demasiado drástico sus ideas anteriores, acaso demasiado juveniles, pero en todo caso justas. Y ahora se desgañita hablando de *notre sainte Russie*, hasta tal punto que hace tiempo vengo atribuyendo esa crisis orgánica (pues no se le puede llamar de otro modo) a alguna violenta conmoción familiar, y más concretamente a su desdichado matrimonio. Yo, que me conozco mi pobre Rusia de pe a pa, y que he entregado mi vida al pueblo ruso, puedo asegurarle que él no conoce al pueblo ruso, y que además…

—Yo tampoco conozco al pueblo ruso y… ¡no tengo tiempo para estudiarlo! —le interrumpió de nuevo el ingeniero, que volvió a removerse bruscamente en el sofá. Stepán Trofímovich se quedó cortado en mitad de una frase.

—Sí que lo estudia, sí que lo estudia —terció Liputin—; ya ha empezado su estudio, y está preparando un curiosísimo artículo sobre las causas del aumento de los casos de suicidio en Rusia y, en general, sobre los factores que llevan al incremento o disminución de los suicidios en una sociedad. Ha llegado a unos resultados asombrosos.

El ingeniero estaba terriblemente agitado.

—No tiene ningún derecho —balbuceó con ira—, nada de artículos. Yo no me meto en esas tonterías. Le he preguntado confidencialmente, por un descuido. No hay ningún artículo; no voy a publicar, y usted no tiene ningún derecho…

Era evidente que Liputin estaba disfrutando de lo lindo.

—Pido disculpas, seguramente he hecho mal llamando artículo a su trabajo literario. Lo que hace es recopilar una serie de observaciones, pero sin llegar al fondo de la cuestión o, por así decir, a su faceta moral; es más, rechaza abiertamente la idea de la moralidad como tal, y defiende el novedoso principio de la destrucción general en aras de un bien último. Reclama más de cien millones de cabezas para la implantación del sentido común en Europa, bastante más de las que reclamaban en el último Congreso de la Paz. En ese sentido Alekséi Nílych ha ido más lejos que nadie.

El ingeniero escuchaba con una pálida y displicente sonrisa. Durante medio

minuto todos guardamos silencio.

—Todo esto es estúpido, Liputin —dijo por fin el señor Kiríllov, con cierta dignidad—. Si por casualidad le he dicho algunas tonterías, y usted las ha repetido, allá usted… Pero no tiene derecho, porque yo nunca hablo con nadie. Desprecio tener que hablar… Cuando hay convicciones, para mí está claro… pero usted ha hecho una tontería. Yo no discuto de aquellos temas donde todo está zanjado. No soporto tener que razonar. Nunca me ha gustado razonar…

—Y posiblemente hace usted muy bien —dijo Stepán Trofímovich, que ya no se podía contener.

—Les pido disculpas, pero no estoy enfadado aquí con nadie —prosiguió el invitado, hablando muy deprisa y en tono acalorado—; en cuatro años he visto a poca gente… En cuatro años casi no he hablado con nadie y he procurado no ver a nadie, para mis propios fines, que no vienen al caso. Liputin se ha enterado y se ríe. Lo entiendo, y no me importa. Yo no me ofendo, pero me molesta por su libertad. Y, si no les explico mis ideas —concluyó inesperadamente, recorriéndonos a todos con una dura mirada—, no es porque tenga miedo de que me denuncien ante la autoridad; no es eso, por favor, no vayan a pensar ninguna tontería semejante…

Nadie respondió ya a estas palabras; nos limitamos a intercambiar miradas. Ni tan siquiera Liputin se acordó de soltar una risita.

—Caballeros, lo siento mucho —Stepán Trofímovich se levantó del sofá con decisión—, pero no me encuentro bien y no estoy de humor. Les pido disculpas.

—Ah, es para que nos vayamos —reaccionó el señor Kiríllov, y cogió su gorra—; está bien que lo haya dicho, yo soy muy distraído. —Se levantó y con aire ingenuo se acercó a Stepán Trofímovich, tendiéndole la mano—. Siento haber venido estando usted enfermo.

—Le deseo toda clase de éxitos —respondió Stepán Trofímovich, estrechándole la mano de buena gana y sin prisas—. Entiendo que, si como usted dice, ha vivido tanto tiempo en el extranjero, apartado de la gente en aras de sus propios fines, y ha llegado a olvidar a Rusia, a nosotros, los que somos rusos hasta la médula, tendrá que mirarnos con la misma extrañeza con la que nosotros le miramos a usted. *Mais cela passera*[95]. Solo hay una cosa que me desconcierta: quiere usted construirnos un puente y al mismo tiempo asegura que defiende el principio de la destrucción universal. ¡No van a permitirle construir nuestro puente!

—¿Cómo? ¿Qué es lo que ha dicho?… ¡Ah, diablos! —exclamó Kiríllov, atónito, y de pronto se echó a reír con una risa clara y alegre. En un instante su

rostro adoptó una expresión infantil que, a mi parecer, le sentaba muy bien.

Liputin se frotó las manos, entusiasmado con las certeras palabras de Stepán Trofímovich. Y yo seguí preguntándome por qué se habría asustado Stepán Trofímovich de ese modo con Liputin y por qué había gritado que estaba perdido al oírlo entrar.

V

Estábamos todos en el umbral de la puerta. Era el momento en que anfitrión e invitados intercambian deprisa y corriendo sus últimas y más cordiales palabras, antes de separarse alegremente.

—La razón por la que está hoy de tan mal humor —apuntó Liputin justo cuando salía de la estancia, sin darle mayor importancia— es que hace un rato ha tenido una discusión con el capitán Lebiadkin, a propósito de su hermana. Todos los días, por la mañana y por la tarde, el capitán Lebiadkin azota a su bella hermana, la loca, con una auténtica *nagaika*[96] cosaca. Total que, para mantenerse al margen, Alekséi Nílych ha tenido que instalarse en un pabellón separado, en la misma casa. Bueno, hasta la vista.

—¿Una hermana enferma? ¿Con una *nagaika*? —gritaba Stepán Trofímovich, como si el azotado por la *nagaika* fuera él—. ¿Qué hermana? ¿Quién es ese Lebiadkin?

Todo su terror anterior había reaparecido en un instante.

—¿Lebiadkin? Ah, sí; es ese capitán en la reserva; antes se presentaba como teniente…

—Y ¡a mí qué me importa el grado! ¿Qué hermana? Dios mío… Dice usted: ¿Lebiadkin? Pero si aquí tuvimos a un Lebiadkin…

—Pues ese mismo, *nuestro* Lebiadkin; ¿se acuerda?, en casa de Virguinski…

—Pero ¿a ése no lo habían cogido con unos documentos falsos?

—Pues ahora está de vuelta, hace ya casi tres semanas, y en unas circunstancias muy particulares.

—Pero ¡si es un sinvergüenza!

—¿Es que no puede haber sinvergüenzas entre nosotros? —dijo Liputin, enseñando de pronto los dientes y escudriñando a Stepán Trofímovich con sus

ojillos pícaros.

—Ah, Dios mío, yo no quería decir eso… aunque, por otra parte, si hablamos de sinvergüenzas, estoy de acuerdo con usted, sobre todo con usted. Bueno, y ¿qué más? ¿Qué ha querido decir usted con eso?… ¡Porque algo habrá querido decir!

—No tiene mayor interés… Quiero decir que todo apunta a que ese capitán no se marchó entonces de la ciudad por la cuestión de los papeles falsos, sino sencillamente para buscar a esa hermana suya, que aparentemente estaba escondida por ahí, huyendo de él; el caso es que ahora se la ha traído, y ésa es toda la historia. ¿Qué es lo que le asusta, Stepán Trofímovich? Todo esto que cuento, en definitiva, lo sé por lo que él mismo me dice cuando está borracho, porque cuando está sobrio no suelta prenda. Es un hombre irritable y, digámoslo así, un esteta al modo militar, pero de muy mal gusto. Y esa hermana suya no solo está loca, sino que además es coja. Por lo visto, alguien la sedujo y la deshonró, y parece que por ese motivo el señor Lebiadkin, desde hace años, recibe del seductor una compensación anual por la afrenta a su honor; al menos, eso es lo que se desprende de sus peroratas, aunque, en mi opinión, todo eso es pura verborrea de borracho. No es más que jactancia. Además, esas cosas se pueden arreglar por bastante menos dinero. Lo que sí es seguro es que él dispone de un buen capital; hace semana y media andaba por ahí descalzo, y ahora lo he visto con cientos de rublos en la mano. La hermana sufre ataques a diario, empieza a chillar, y él «la mete en cintura» con la *nagaika*. Hay que hacerse respetar por las mujeres, dice. Si hay algo que no entiendo es cómo Shátov sigue viviendo justo encima de ellos. Alekséi Nílych solo ha aguantado tres días, y eso que ya se conocían de San Petersburgo. Ha tenido que trasladarse a un pabellón separado para vivir tranquilo.

—¿Es verdad todo eso? —Stepán Trofímovich se dirigió al ingeniero.

—Habla usted demasiado, Liputin —murmuró Kiríllov, furioso.

—¡Misterios, secretos! ¿Por qué hay de repente tantos secretos entre nosotros? —exclamó Stepán Trofímovich, sin poder contenerse.

El ingeniero frunció el ceño, se ruborizó, se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta de la habitación.

—Alekséi Nílych ha tenido incluso que quitarle la *nagaika*, romperla y tirarla por la ventana, y han discutido airadamente —añadió Liputin.

—¿Por qué tiene que hablar tanto, Liputin? Es una estupidez. ¿Por qué? —dijo Alekséi Nílych, dándose la vuelta al instante.

—¿Para qué ocultar, por modestia, los más nobles impulsos del alma? De su

alma, quiero decir, no hablo de la mía…

—Todo esto es tan estúpido… e inútil… Lebiadkin es un idiota y un hombre vacío… Además, es inútil para la causa y es… totalmente perjudicial. Basta de palabrería. Me voy.

—¡Ay, qué pena! —exclamó Liputin con una sonrisa radiante—. Si no, le habría contado otra anécdota, Stepán Trofímovich; se iba a reír usted. De hecho, había venido con esa intención, aunque a lo mejor usted ya lo ha oído. Bueno, otra vez será, Alekséi Nílych tiene mucha prisa… Hasta la vista. La historia tiene que ver con Varvara Petrovna, lo que me pude reír con ella hace un par de días; me había mandado llamar expresamente; qué cosa más graciosa. Hasta la vista.

Pero Stepán Trofímovich ya no le dejaba irse: lo agarró de los hombros, lo hizo entrar de nuevo en la habitación y lo sentó en una silla. Liputin estaba asustado.

—¿Qué quiere que le diga? —empezó, mirando con recelo a Stepán Trofímovich desde su silla—. De repente me llama y me pregunta «confidencialmente» cómo está, en mi opinión, Nikolái Vsévolodovich: ¿está trastornado o está en su sano juicio? ¿No le parece sorprendente?

—¡Se ha vuelto usted loco! —murmuró Stepán Trofímovich, y de repente perdió los estribos—. Liputin, usted sabe de sobra que ha venido aquí exclusivamente a contar alguna bajeza como ésa o… ¡algo todavía peor!

En ese instante, me vino a la memoria su sospecha de que Liputin no solo sabía de nuestro asunto más que nosotros mismos, sino que además sabía algo que nosotros nunca llegaríamos a saber.

—¡Por el amor de Dios, Stepán Trofímovich! —balbuceó Liputin, muerto de miedo—. Por el amor de Dios…

—¡Cállese de una vez y empiece! Le ruego encarecidamente, señor Kiríllov, que vuelva usted también y que esté presente, ¡se lo ruego! Tome asiento. Y usted, Liputin, empiece sin rodeos, con claridad… y ¡nada de excusas!

—Si hubiera sabido que iba a ponerse así, ni siquiera habría empezado… Y ¡yo que creía que a usted se lo había contado la propia Varvara Petrovna!

—¡Usted no creía nada de eso! ¡Empiece, empiece de una vez, ya se lo he dicho!

—Pero hágame el favor de sentarse. ¿Cómo voy a estar aquí sentado mientras usted no para de moverse como un poseso delante de mí? Y además así

no hay quien hable con un mínimo de coherencia.

Stepán Trofímovich se refrenó y se desplomó en un sillón aparatosamente. El ingeniero miraba al suelo, apesadumbrado. Liputin los contemplaba con desaforado regocijo.

—A ver por dónde empiezo… Estoy tan confuso…

VI

—Hace un par de días me manda de improviso a uno de sus criados: «Le ruega que acuda mañana a las doce», me dice. ¿Se imagina? Yo dejé lo que tenía que hacer y ayer a mediodía, puntualmente, llamé a su puerta. Me llevaron directamente a la sala de visitas; esperé como un minuto y salió; me hizo sentar, y ella se sentó enfrente de mí. No daba crédito: ¡ya sabe usted cómo me ha tratado siempre! Empezó sin rodeos, como acostumbra: «Recordará usted —me dijo— que hace cuatro años Nikolái Vsévolodovich, estando enfermo, hizo algunas cosas extrañas que dejaron a toda la ciudad desconcertada, hasta que todo se pudo aclarar. Uno de aquellos hechos tuvo que ver con usted personalmente. En aquella ocasión Nikolái Vsévolodovich, una vez que se hubo recuperado, fue a visitarle a petición mía. También sé que anteriormente él ya había hablado varias veces con usted. Dígame abiertamente y con toda franqueza cómo… —llegada a este punto titubeó— cómo encontró usted en aquella ocasión a Nikolái Vsévolodovich… Cómo lo vio en general… qué opinión se pudo formar de él y… qué opinión le merece ahora»…

»En ese momento se mostró ya totalmente confusa, tanto que hizo una pausa de un minuto, y se ruborizó súbitamente. Me asusté. Volvió a empezar, en un tono que no puede ser calificado de conmovedor, ésa no es la palabra, sino más bien imponente: “Deseo —dijo— que me entienda usted bien, para que no haya equívocos. Le he hecho venir porque le tengo por un hombre agudo y sagaz, capacitado para realizar observaciones precisas. —¡Vaya unos cumplidos!—. Hágase cargo —dijo—, lógicamente, de que está usted hablando con una madre… Nikolái Vsévolodovich ha sufrido algunas desgracias y muchos cambios drásticos en su vida. Todo eso ha podido influir en su estado mental. Evidentemente, no estoy hablando de locura, ¡eso es impensable! —Esto lo dijo con orgullo y convicción—. Pero siempre podría haber algo extraño, algo peculiar, algún giro en sus pensamientos, una predisposición a ver las cosas de una manera muy particular. —Ésas fueron sus palabras exactas, y me sorprendió, Stepán Trofímovich, la precisión con la que Varvara Petrovna era capaz de exponer la cuestión. ¡Es una mujer muy inteligente!—. Yo, al menos —dijo—, he detectado en él una inquietud permanente y una inclinación a determinados impulsos. Pero yo soy su madre, y usted una persona imparcial, y por tanto está capacitado, gracias a su inteligencia, para formarse una opinión independiente. Le suplico, en definitiva

—así lo dijo: le suplico—, que me diga toda la verdad, sin reticencias de ninguna clase, y si, además, usted me promete no olvidarse nunca de que le he hablado confidencialmente, podrá contar con mi más completa disposición a mostrarle mi eterna gratitud cada vez que la ocasión lo requiera”. ¡Bueno, ya lo ve!

—Me… me deja usted anonadado… —farfulló Stepán Trofímovich—, tanto que no doy crédito…

—No, no; fíjese, fíjese —insistió Liputin, como si no hubiera oído a Stepán Trofímovich—, cuál no sería su agitación y su inquietud cuando, desde su pedestal, se dirige a un hombre como yo con semejante pregunta, y para colmo se rebaja a pedir que le guarden el secreto. ¿A qué se deberá? ¿No habrá recibido alguna noticia relativa a Nikolái Vsévolodovich, algo inesperado?

—No sé… de ninguna noticia… Llevo algunos días sin verla, pero… pero debo prevenirle —balbuceó Stepán Trofímovich, que tenía evidentes dificultades para pensar con claridad—, pero debo prevenirle, Liputin, de que, si a usted le dijo eso de forma confidencial, y ahora, delante de todo el mundo…

—¡Completamente confidencial! Que Dios me fulmine si yo… Pero aquí… ¿aquí qué más da? Ni que fuéramos unos extraños, incluido Alekséi Nílych.

—No comparto su opinión; sin duda, tres de nosotros guardaremos el secreto, pero al cuarto, que es usted, le temo; no me fío un pelo de usted.

—¿Qué quiere decir? ¡Si yo soy el primer interesado, a mí me han prometido gratitud eterna! Y justamente lo que yo quería, en ese sentido, era señalar un caso extremadamente raro, mejor dicho, más psicológico que propiamente raro. Ayer tarde, influido por la conversación en casa de Varvara Petrovna (puede usted figurarse la impresión que me produciría), me dirigí a Alekséi Nílych con una pregunta discreta: «Usted —le dije— ha tratado a Nikolái Vsévolodovich en el extranjero, y ya lo había conocido con anterioridad en San Petersburgo; ¿qué opinión tiene usted de él en relación con su estado mental y sus facultades?». Me contestó lacónicamente, como suele hacer, que, desde su punto de vista, se trata de un hombre de inteligencia sutil y en su sano juicio. «Y ¿no habrá advertido usted, con el paso de los años —dije—, alguna alteración en sus ideas o algún giro extraño en sus pensamientos o, no sé —dije—, cierta enajenación, por así decir?». En definitiva, le repito la pregunta de la propia Varvara Petrovna. Imagínese: Alekséi Nílych se queda pensativo, con el ceño fruncido, exactamente igual que ahora: «Sí —dice—, a veces he notado algo extraño». Dese usted cuenta de que, si a Alekséi Nílych le había parecido notar algo extraño, es que efectivamente algo tenía que haber, ¿no?

—¿Es verdad? —Stepán Trofímovich se dirigió a Alekséi Nílych.

—Prefiero no hablar de eso —replicó éste, levantando de pronto la cabeza y mirando con ojos centelleantes—; quiero discutir su derecho, Liputin. No tiene usted derecho a mezclarme en esto. Yo no he dado toda mi opinión, ni mucho menos. Aunque conocí a Nikolái Stavroguin en San Petersburgo, fue hace mucho y, aunque después lo he visto, casi no he tratado con él. Le pido que no me meta en esto y… y todo esto es una especie de chismorreo.

Liputin levantó los brazos en un gesto de inocencia avasallada.

—¡Total, que soy un chismoso! Y, ya puestos, ¿por qué no un espía? Está muy bien criticar, Alekséi Nílych, cuando uno se mantiene al margen de todo. No se lo iba a creer, Stepán Trofímovich… No sé, fíjese en el capitán Lebiadkin, hay que ver lo estúpido que es… La verdad, vergüenza me da decir lo estúpido que es; en ruso tenemos una comparación para dar a entender hasta qué punto se puede ser estúpido; bueno, resulta que él también se siente ofendido por Nikolái Vsévolodovich, aunque luego no deja de inclinarse ante su ingenio: «Me maravilla —dice— ese hombre: es una serpiente sabia». Palabras textuales. Y le digo yo, influido aún por lo de ayer, y después de la conversación con Alekséi Nílych: «¿Qué dice usted, capitán? ¿Está o no está loca su serpiente sabia?». No se lo va a creer, pero fue como si le hubiera sacudido, así sin más, un latigazo por detrás, sin su permiso; sencillamente, se puso en pie de un brinco: «Sí, sí —dijo—, pero eso no debería influir…». No llegó a decir en qué; entonces se puso a meditar con amargura, y de tanto meditar se le pasó la borrachera. Estábamos en la taberna de Filíppov. Y media hora más tarde dio un puñetazo en la mesa, así, de repente: «Sí —dijo—, puede que esté loco, pero no debería influir…», y tampoco esta vez llegó a decir en qué. Por supuesto, solo le estoy haciendo un resumen de la conversación, pero el sentido está muy claro; da igual a quién pregunte, todo el mundo lo ve igual, aunque antes a nadie le entraba en la cabeza: «Sí —dicen—, está loco; es muy inteligente, pero también es posible que esté loco».

Stepán Trofímovich estaba abstraído, concentrado en sus pensamientos.

—Y ¿cómo es que lo sabe Lebiadkin?

—¿No debería preguntárselo a Alekséi Nílych, que acaba de decir que soy un espía? No sé si seré un espía, pero Alekséi Nílych conoce todos los secretos, y no suelta prenda.

—Yo no sé nada, o casi nada —contestó el ingeniero, con la misma irritación —; emborrache a Lebiadkin para averiguarlo. Usted me ha traído hasta aquí para averiguar algo y para hacerme hablar. ¡Por eso es un espía!

—Todavía no he intentado emborracharlo y, por muchos secretos que guarde, no creo que valga la pena tirar ese dinero; a mí, por lo menos, no me vale la pena, no sé a usted. Por otra parte, ahora está tirando el dinero: hace doce días

vino a mendigarme quince kopeks, y ahora es él el que me invita a mí a champán, no al revés. Pero me ha dado usted una idea y, si tengo ocasión, lo invitaré a beber, a ver si se va de la lengua, y con suerte me entero… de todos sus pequeños secretos —replicó Liputin con malicia.

Stepán Trofímovich miraba confuso a los dos litigantes. Ambos se estaban esmerando mucho y, sobre todo, no se andaban con miramientos. Se me ocurrió que Liputin podía haber traído a Alekséi Nílych con el único propósito de arrastrarlo, en su propio beneficio, a una conversación con una tercera persona: era su maniobra favorita.

—Alekséi Nílych conoce muy bien a Nikolái Vsévolodovich —siguió diciendo en tono irritado—, aunque lo disimule. Y, en cuanto a su pregunta sobre el capitán Lebiadkin, le diré que lo conoció antes que cualquiera de nosotros, en San Petersburgo, hace cinco o seis años, en esa etapa oscura, llámemosla así, de la vida de Nikolái Vsévolodovich, cuando ni se le había pasado por la cabeza la idea de venir a alegrarnos la vida con su presencia. Hay que concluir que nuestro príncipe se rodeó en aquellos años en San Petersburgo de un pintoresco círculo de amistades. Debió de ser entonces cuando conoció a Alekséi Nílych.

—Tenga cuidado, Liputin; le prevengo de que Nikolái Vsévolodovich piensa venir pronto y de que él sabe cómo defenderse.

—¿Por qué me previene a mí? Yo soy el primero en afirmar que es una persona de inteligencia sutil y refinada, y ayer tranquilicé en ese sentido a Varvara Petrovna. «Eso sí —también le dije—, de lo que ya no respondo es de su carácter». Ayer Lebiadkin vino a decir lo mismo: «Lo que habré sufrido —dijo— por ese carácter suyo». Ay, Stepán Trofímovich, está muy bien quejarse de los chismosos y los espías, pero dese cuenta de que me lo ha sacado todo a mí, y ¡con qué curiosidad tan exagerada! Y ayer Varvara Petrovna fue directamente al grano: «Usted —me dijo— estuvo personalmente implicado en el asunto, por eso acudo a usted». ¡Y tanto! ¡Qué otros motivos necesito, cuando me tocó a mí tragarme un insulto personal de su excelencia delante de todo el mundo! Creo que no me faltan motivos para sentir interés, y no solo por puro chismorreo. Hoy te da la mano, y mañana, sin venir a cuento, te agradece la hospitalidad con una bofetada a la vista de toda la gente decente. ¡Por puro capricho! Y el sexo débil es lo único que le importa a esa gente: ¡todos mariposas y gallitos! ¡Terratenientes con alas diminutas, como los cupidos de la antigüedad, rompecorazones al estilo de Pechorin[97]. Qué fácil le es hablar así a un solterón empedernido como usted, Stepán Trofímovich, y llamarme chismoso por contar cosas de su excelencia. Pero, si se casara usted con una linda jovencita, dado que sigue siendo un hombre atractivo, ¡le echaría el cerrojo a la puerta y levantaría una barricada delante de su casa para tener a raya a nuestro príncipe! Pero ya lo ve: si esa *mademoiselle* Lebiádkina, la que se lleva los latigazos, no fuera una loca y una coja, yo pensaría, palabra de honor, que ha sido víctima de las pasiones de nuestro general y que por

eso el capitán Lebiadkin sufrió «en su dignidad familiar», como él la llama. También es posible, eso sí, que no encaje con sus gustos refinados, aunque eso tampoco es impedimento para él. Cuando hay ganas, cualquier fruto resulta apetecible. Me llamaba usted chismoso, pero yo no lo voy contando por ahí, a pesar de que en toda la ciudad no se habla de otra cosa; yo me limito a escuchar y asentir, y asentir no está prohibido.

—¿Así que en toda la ciudad no se habla de otra cosa? Y ¿qué es lo que dicen?

—Bueno, el capitán Lebiadkin cuando está borracho lo grita para que le oiga toda la ciudad; ¿no es como si lo gritara toda la plaza? ¿Qué culpa tengo yo? Yo solo hablo de estas cosas cuando estoy entre amigos, porque aquí, al fin y al cabo, creo que estoy entre amigos. —Y nos fue mirando a todos con aire inocente—. Aquí ha pasado algo, fíjese: dicen que su excelencia habría enviado desde Suiza, con una joven de honradez probada, que es además, digámoslo así, una huérfana modesta a la que tengo el honor de conocer, trescientos rublos destinados al capitán Lebiadkin. Y Lebiadkin, al poco tiempo, recibió una información, digna de todo crédito, no diré por boca de quién, pero en todo caso de una persona no menos honrada, de que no eran trescientos, sino mil los rublos que le habían enviado… Naturalmente, Lebiadkin ha puesto el grito en el cielo: «Así que esa joven se ha quedado con setecientos rublos míos», y parece dispuesto a acudir a la policía; al menos, amenaza con eso, y ha ido soltándolo por toda la ciudad…

—¡Eso es una vileza, una vileza suya! —gritó el ingeniero, levantándose de un salto.

—Pero si la persona honrada que le contó a Lebiadkin, de parte de Nikolái Vsévolodovich, que no le habían mandado trescientos rublos, sino mil, no es otra que usted. El mismo capitán me lo dijo cuando estaba borracho.

—Eso… eso es un lamentable malentendido. Alguien se ha confundido y por eso… Eso es absurdo, y ¡usted un miserable!

—Me gustaría creer que es algo absurdo, y me pesa oír todo esto, porque, se ponga como se ponga, una joven perfectamente honrada se ha visto involucrada, en primer lugar, en el asunto de los setecientos rublos, y, en segundo lugar, en una evidente intimidad con Nikolái Vsévolodovich. Total, ¿qué le importa a su excelencia deshonrar a una muchacha decente o cubrir de infamia a una mujer ajena, como ocurrió en mi caso aquella vez? Si se cruza con un hombre generoso, hará lo imposible para que encubra los pecados ajenos con su nombre intachable. Eso es, ni más ni menos, lo que me tocó a mí soportar; estoy hablando solo de mí…

—¡Tenga mucho cuidado, Liputin! —Stepán Trofímovich se levantó del sillón y se puso pálido.

—¡No le crea, no le crea! Alguien ha cometido un error, y Lebiadkin estaba borracho… —exclamó el ingeniero, presa de una agitación indescriptible—. Todo se aclarará, pero yo no puedo… y me parece miserable… y ¡ya basta, ya basta!

Salió corriendo de la habitación.

—Pero ¿qué hace? ¡Voy con usted! —gritó Liputin, desconcertado; se levantó a toda prisa y salió detrás de Alekséi Nílych.

VII

Stepán Trofímovich se quedó un momento pensativo, me miró como sin verme, cogió el sombrero y el bastón y salió en silencio. Yo fui detrás de él, igual que antes. Al salir a la calle, cayendo en la cuenta de que iba a su lado, dijo:

—Ah, sí, usted puede servir de testigo… *de l'accident. Vous m'accompagnerez, n'est-ce pas?*[98]

—Stepán Trofímovich, no me diga que va otra vez para allá. ¿Ha pensado en lo que puede resultar de todo esto?

Con una sonrisa triste y distraída, una sonrisa de vergüenza y de desesperación absoluta, a la vez que de una especie de extraño éxtasis, me susurró, deteniéndose un instante:

—¡No puedo casarme para encubrir «pecados ajenos»!

Estas palabras eran exactamente lo que estaba esperando. Después de toda una semana de evasivas y remilgos, estas palabras fatales, que me había estado ocultando, salían a relucir. Me puse hecho una auténtica furia:

—Y ese pensamiento tan sucio, tan… vil, ¿cómo ha podido nacer en usted, en Stepán Verjovenski, en su mente luminosa, en su buen corazón? Y… ¡antes de que viniera Liputin!

Me miró sin decir nada y siguió su camino. Yo no quería quedarme atrás. Quería ofrecerle mi versión a Varvara Petrovna. Habría perdonado a Stepán Trofímovich si, con su flaqueza de espíritu, propia de una comadre, hubiera creído a Liputin, pero ahora estaba claro que él había llegado a las mismas conclusiones mucho antes de ver a Liputin, y que éste se había limitado a confirmar sus sospechas y a echar más leña al fuego. No había vacilado en recelar de la muchacha desde el primer día, cuando no había aún ningún fundamento, ni siquiera el sugerido por las palabras de Liputin. ¡Las decisiones despóticas de Varvara Petrovna las atribuía exclusivamente a un deseo desesperado de cancelar

deprisa y corriendo, mediante el casamiento de la muchacha con un hombre honrado, los pecados nobiliarios de su adorado Nicolas! Ojalá recibiera su castigo.

—¡Oh! *Dieu qui est si grand et si bon!*[99] ¡Oh, quién me dará consuelo! —exclamó, después de avanzar otro centenar de pasos, deteniéndose súbitamente.

—¡Vamos para casa ahora mismo, y yo se lo explico todo! —grité, forzándolo a tomar el camino a su casa.

—¡Es él! Stepán Trofímovich, ¿es usted? ¿Usted? —una voz fresca, vivaz, juvenil, sonó como una música a nuestras espaldas.

No veíamos nada, pero de pronto apareció por detrás de nosotros una amazona, Lizaveta Nikoláievna, con su eterno acompañante. La muchacha detuvo el caballo.

—¡Venga, venga, deprisa! —llamó, con voz sonora y alegre—. Llevo doce años sin verlo y lo he reconocido, y él… No me diga que no sabe quién soy.

Stepán Trofímovich tomó la mano de la joven, tendida hacia él, y la besó con devoción. Miraba a la muchacha como si estuviera rezando, y era incapaz de articular palabra.

—¡Me ha reconocido y se alegra de verme! Mavriki Nikoláievich, ¡está encantado! ¿Cómo es que no ha venido a vernos en estas dos semanas? La tía intentaba convencerme de que estaba usted enfermo y no se le podía molestar, pero yo sabía que la tía me engañaba. Yo no hacía más que patalear y maldecirle, pero quería a toda costa que fuera usted el primero en venir; por eso tampoco mandé llamarle. Dios mío, ¡si está igual que antes! —Se inclinó en la silla para examinarlo—. ¡Ha cambiado tan poco que es de risa! Ah, no, le han salido arrugas, muchas arrugas alrededor de los ojos y en las mejillas, y también tiene canas, pero los ojos están idénticos. Y yo ¿he cambiado? ¿He cambiado? ¿Por qué no dice nada?

En ese momento recordé algo que me habían contado de que poco menos que había caído enferma cuando con once años se la llevaron a San Petersburgo y de que, al parecer, durante su enfermedad lloraba y preguntaba por Stepán Trofímovich.

—Usted… yo… —balbuceaba él, con la voz entrecortada de júbilo—, hace un momento estaba gritando: «¡Quién me dará consuelo!», y justo entonces se ha oído su voz… Lo veo como un milagro *et je commence à croire*[100].

—*En Dieu? En Dieu, qui est là-haut et qui est si grand et si bon?*[101] Ya lo ve, todas sus lecciones me las sé de memoria. Mavriki Nikoláievich, ¡cómo me

enseñaba la fe entonces, *en Dieu, qui est si grand et si bon*! Y ¿se acuerda de sus historias de cómo Colón descubrió América y cómo gritaban todos: «¡Tierra, tierra!»? Mi aya Aliona Frólovna dice que después me pasaba las noches con calentura, gritando en sueños: «¡Tierra, tierra!». Y acuérdese de cómo me contaba la historia del príncipe Hamlet. O de cuando me explicaba cómo llevan los emigrantes de Europa a América. Y todo era mentira, después he sabido cómo los llevan, pero ¡qué bien me mentía entonces, Mavriki Nikoláievich! ¡Casi era mejor que la verdad! ¿Por qué mira de ese modo a Mavriki Nikoláievich? ¡Es el hombre más bueno y más fiel que hay en todo el globo terrestre, y tiene usted que apreciarlo como me aprecia a mí! *Il fait tout ce que je veux*[102]. Pero, mi buen Stepán Trofímovich, tiene que sentirse otra vez muy desdichado para ponerse a gritar en medio de la calle, pidiendo consuelo… ¿Es usted desdichado, verdad? ¿Verdad?

—Ahora mismo soy dichoso…

—¿Le trata mal la tía? —prosiguió ella, sin hacerle caso—. ¡Sigue siendo la misma tía malvada, injusta y adorable de siempre! Acuérdese de cuando se echaba usted en mis brazos en el jardín, y yo le consolaba y lloraba… Pero no se preocupe por Mavriki Nikoláievich: lo sabe todo de usted, todo, desde hace mucho; puede usted llorar en su hombro cuanto quiera, que él nunca le va a fallar… Quítese el sombrero, descúbrase un momento, levante la cabeza y póngase de puntillas, voy a besarle en la frente, como le besé la última vez, cuando nos despedimos. Fíjese, aquella señorita está disfrutando con nosotros desde su ventana… Venga, acérquese más, más. ¡Dios mío, cuántas canas!

E inclinándose en la silla le besó la frente.

—Bueno, y ¡ahora vamos a su casa! Sé dónde vive. Estaré allí en un minuto. Le voy a hacer yo la primera visita, cabezota, y luego le tendré en casa un día entero. Vaya, y prepárese para recibirme.

Y partió al galope con su caballero. Volvimos a casa. Stepán Trofímovich se sentó en un sofá y rompió a llorar.

—*Dieu! Dieu!* —exclamó—. *Enfin une minute de bonheur*[103].

No habían pasado más de diez minutos cuando, según lo prometido, apareció ella en compañía de su Mavriki Nikoláievich.

—*Vous et le bonheur, vous arrivez en même temps!*[104] —dijo, levantándose para recibirla.

—Este ramo es para usted; me he acercado a casa de *madame* Chevalier, durante todo el invierno tiene flores para las onomásticas. Le presento a Mavriki Nikoláievich. A mí me habría gustado traerle una empanada en lugar de un ramo

de flores, pero según Mavriki Nikoláievich eso va en contra del espíritu ruso.

Mavriki Nikoláievich era capitán de artillería; era un caballero de unos treinta años, alto, apuesto y de un aspecto irreprochable, con una fisonomía imponente, y hasta severa a primera vista, a pesar de su asombrosa y delicadísima bondad, que todo el mundo podía advertir en el momento mismo en que lo conocía. No obstante, era una persona taciturna, con una enorme sangre fría, y no se esforzaba por hacer amistades. Más tarde, mucha gente diría que no tenía demasiadas luces; no era una opinión del todo justa.

No voy a describir la belleza de Lizaveta Nikoláievna. No se hablaba de otra cosa en toda la ciudad, a pesar de que algunas de nuestras damas y damiselas rechazaban indignadas ese parecer. No faltaban quienes la detestaban, en primer lugar, por su orgullo: las Drozdov apenas habían empezado a hacer visitas, algo que se tomaban a mal, si bien la culpa de su demora la tenía en realidad la indisposición de Praskovia Ivánovna. En segundo lugar, la odiaban por ser pariente de la mujer del gobernador; en tercer lugar, por sus paseos diarios a caballo. Hasta entonces, entre nosotros nunca había habido amazonas; como es natural, la presencia de Lizaveta Nikoláievna, paseándose a caballo antes de haber hecho las visitas de rigor, era una ofensa para la sociedad. Lo cierto es que todo el mundo sabía ya que paseaba a caballo siguiendo el consejo de los médicos, y muchos hablaban con sarcasmo de su enfermedad. Realmente, estaba enferma. Lo primero que llamaba la atención en ella era su enfermiza, nerviosa, incesante ansiedad. ¡Ay!, la pobrecilla sufría mucho, y más tarde se explicaría todo. Ahora, recordando el pasado, ya no me atrevería a decir que era una belleza, como me parecía entonces. Es posible que ni siquiera fuera guapa. Alta, delgada, pero fuerte y flexible, impresionaba incluso por lo irregular de sus facciones. Los ojos los tenía un poco rasgados, como los calmucos; era pálida, de pómulos marcados, de tez morena y fina de cara; pero ¡había algo en esa cara atractivo y cautivador! Algo poderoso se manifestaba en la ardiente mirada de sus ojos oscuros; se presentaba «como una conquistadora, dispuesta a conquistar». Parecía orgullosa, y en ocasiones hasta arrogante; no sé si conseguiría ser bondadosa, lo que sí sé es que lo deseaba ardientemente y sufría para obligarse a ser algo mejor. En su naturaleza, desde luego, había muchos impulsos preciosos y los más justos principios; pero era como si todo en ella buscara permanentemente un equilibrio, sin dar con él: todo era caos, desasosiego, inquietud. Es posible que las exigencias que se imponía fueran demasiado estrictas, y que nunca encontrara en su interior suficiente energía para satisfacer tales exigencias.

Se sentó en un sofá y echó un vistazo al cuarto.

—Explíqueme, hombre sabio, por qué en momentos como éste siempre me pongo triste. Toda la vida convencida de que solo Dios sabe lo contenta que me iba a poner al verle y al recordarlo todo, y ahora es como si no estuviera contenta, ni mucho menos, a pesar de lo que le quiero a usted… ¡Ay, Dios, si tiene mi retrato en

la pared! A ver, ¡ya me acuerdo, ya me acuerdo!

La exquisita acuarela con un retrato en miniatura de Liza a los doce años se la habían mandado los Drozdov desde San Petersburgo a Stepán Trofímovich hacía nueve años. Desde entonces siempre había colgado de la pared.

—¿De verdad que era una niña tan mona? ¿Seguro que ésa era mi cara?

Se levantó y, con el retrato en la mano, se miró en un espejo.

—¡Téngalo, rápido! —exclamó, devolviéndole el retrato a Stepán Trofímovich—. No lo cuelgue ahora, no quiero tenerlo a la vista. —Volvió a sentarse en el sofá—. Termina una vida y empieza otra, después termina esa segunda vida y empieza una tercera, y así indefinidamente. Todos los finales quedan truncados, como cortados con unas tijeras. Ya ve qué cosas más viejas le cuento. Pero ¡cuánta verdad hay en ellas!

Me miró con una sonrisa; ya me había dirigido unas cuantas miradas, pero Stepán Trofímovich, en su agitación, se había olvidado de que me había prometido presentarnos.

—Y ¿cómo es que mi retrato cuelga debajo de unas dagas? Y ¿por qué tiene usted todas esas dagas y esos sables?

Efectivamente, en la pared colgaban, no sé por qué, dos yataganes cruzados, y sobre ellos una auténtica *shashka*[105] circasiana. Mientras hacía estas preguntas, me miraba tan directamente a mí que estuve tentado de responderle, pero me cohibí. Stepán Trofímovich por fin cayó en la cuenta y me presentó.

—Ya sé, ya sé quién es —dijo ella—; encantada. Mamá también ha oído hablar mucho de usted. Le presento a Mavriki Nikoláievich, es una bellísima persona. Yo ya me había hecho una idea bastante cómica de usted: ¿no es el confidente de Stepán Trofímovich?

Me ruboricé.

—Ah, por favor, disculpe, no me he expresado bien; no quería decir cómica, sino más bien… —Ella también se puso colorada y se sintió confusa—. Pero ¿por qué avergonzarse de ser tan buena persona? En fin, ya es hora de irse, Mavriki Nikoláievich. Stepán Trofímovich, dentro de media hora quiero verle en casa. ¡Dios mío, todo lo que vamos a hablar! Ahora soy yo su confidente, y para todo, *para todo*, ¿entendido?

Stepán Trofímovich se asustó enseguida.

—Oh, Mavriki Nikoláievich lo sabe todo, ¡por él no se inquiete!

—¿Qué es lo que sabe?

—¡Qué me está diciendo! —exclamó sorprendida—. ¡Entonces es verdad que lo están ocultando! No quería creerlo. También tienen oculta a Dasha. Hace un rato la tía no me ha dejado ir a ver a Dasha, con el pretexto de que le dolía la cabeza.

—Pero… pero ¿cómo se ha enterado?

—Ay, Dios, pues igual que todo el mundo. ¡No hay que ser muy listo!

—Entonces, ¿todo el mundo…?

—Pues claro. La verdad es que mi madre se enteró por mi aya, Aliona Frólovna; a ésta había ido corriendo a contárselo su Nastasia. Porque usted se lo habrá dicho a Nastasia, ¿no? Según ella, usted mismo se lo había contado.

—Yo… yo he hablado con ella una vez… —balbuceó Stepán Trofómovich, todo colorado—. Pero… apenas hice una alusión… *J'étais si nerveux et malade et puis…*[106]

Ella se rió a carcajadas.

—Y, como su confidente no estaba a mano, recurrió usted a Nastasia… ¡para qué más! Ésa le habrá ido con el cuento a media ciudad. Bueno, ya está hecho, si total da lo mismo; casi es mejor que se sepa. Venga cuanto antes, en casa comemos temprano… Ah, se me olvidaba —y volvió a sentarse—; dígame, ¿qué clase de persona es Shátov?

—¿Shátov? Es el hermano de Daria Pávlovna…

—Ya sé que es su hermano, ¡hay que ver cómo es usted! —le interrumpió impaciente—. Lo que quiero saber es cómo es él, qué clase de persona es.

—*C'est un pense-creux d'ici. C'est le meilleur et le plus irascible homme du monde…*[107]

—Yo había oído que es un tipo un tanto extraño. Pero no me refería a eso. Me han dicho que habla tres idiomas, entre ellos el inglés, y que puede hacer trabajos literarios. Si es así, tengo trabajo para él; necesito un ayudante y, cuanto antes, mejor. ¿Aceptaría ese trabajo? Me lo han recomendado…

—Seguro que sí, *et vous fairez un bienfait…*[108]

—No es cuestión de *bienfait*, es que necesito un ayudante.

—Conozco bastante bien a Shátov —dije— y, si quiere que se lo diga, puedo ir ahora mismo.

—Dígale que venga a verme mañana a las doce. ¡Magnífico! Se lo agradezco. Mavriki Nikoláievich, ¿está usted listo?

Se marcharon. Yo, por descontado, corrí enseguida a casa de Shátov.

—*Mon ami* —Stepán Trofímovich me dio alcance en el porche—. Venga sin falta a verme a las diez o a las once, cuando haya vuelto. Oh, estoy en falta con usted y… con todo el mundo, con todo el mundo.

VIII

No encontré a Shátov en casa; volví a las dos horas, pero tampoco estaba. Por fin, pasadas ya las siete, me dirigí a su casa para hablar con él o dejarle una nota si no estaba; tampoco di con él esta vez. La vivienda estaba cerrada, y Shátov vivía solo, sin servicio. Se me ocurrió llamar abajo, en casa del capitán Lebiadkin, para preguntar por él, pero también estaba cerrado, no se oía nada, no había una luz encendida, parecía desierto. Pasé por delante de la puerta de Lebiadkin con curiosidad, influido por las historias que había oído ese mismo día. Finalmente, decidí acercarme a la mañana siguiente temprano. La verdad es que tampoco confiaba demasiado en lo de dejar una nota; Shátov podía no hacerle ni caso, era tan testarudo y tan tímido. Cuando salía a la calle, maldiciendo mi mala suerte, me tropecé de repente con el señor Kiríllov; entraba en la casa y me reconoció él a mí primero. Como empezó a hacerme preguntas, le conté todo a grandes rasgos, y le dije que quería dejar una nota.

—Vamos —me dijo—, yo me encargo de todo.

Me acordé de que, según Liputin, se había mudado aquella mañana al pabellón de madera que daba al patio. En ese pabellón, demasiado espacioso para él, también se alojaba una anciana sorda que le servía de criada. El casero se había trasladado a una casa nueva, en otra calle, donde regentaba una taberna, y la anciana, que por lo visto era pariente suya, se había quedado al cuidado de la antigua casa. Las habitaciones del pabellón parecían bastante limpias, aunque el papel pintado estaba mugriento. El cuarto en el que entramos tenía un mobiliario variopinto, con muebles de diferentes orígenes, todos ellos en muy mal estado: dos mesas de juego, una cómoda de aliso, una enorme mesa de tablas procedente de alguna isba o de alguna cocina campesina, algunas sillas y un sofá con respaldo de rejilla y unos duros cojines de cuero. En un rincón había un icono antiguo, ante el cual la anciana había encendido una lamparilla antes de entrar nosotros, y en las

paredes colgaban dos grandes retratos al óleo, muy deslucidos: uno del difunto emperador Nikolái Pávlovich[109], pintado, a juzgar por su aspecto, allá por los años veinte de este siglo; el otro representaba a un obispo.

Al entrar, el señor Kiríllov encendió una vela, y de un baúl que había en un rincón, aún sin deshacer, sacó un sobre, lacre y un sello de cristal.

—Selle su nota y escriba en el sobre.

Repliqué que no era necesario, pero él insistió. Tras anotar el destinatario en el sobre, recogí mi gorra.

—Pensé: querrá té —dijo Kiríllov—. He comprado té, ¿quiere?

No me pude negar. Enseguida la anciana sacó el té, es decir, una tetera enorme con el agua caliente, otra más pequeña con el té hervido, muy concentrado, dos tazas grandes de loza toscamente decoradas, un *kalach*[110] y un plato hondo lleno de azúcar molida.

—Me gusta el té —dijo— de noche; mucho; camino y lo tomo; hasta que amanece. En el extranjero no conviene tomar té por la noche.

—¿Usted se acuesta al alba?

—Siempre; hace mucho. Como poco; siempre té. Liputin es astuto, pero impaciente.

Me sorprendió que tuviera ganas de hablar; decidí aprovechar la ocasión.

—Esta mañana ha habido algunos malentendidos desagradables —le comenté.

Frunció el ceño.

—Qué tontería; son cosas sin importancia. Nada de esto es importante, porque Lebiadkin es un borracho. A Liputin no le he dicho nada, solo le he aclarado esas cosas, porque las había entendido mal. Liputin tiene mucha fantasía, ha hecho una montaña de cosas sin importancia. Ayer le creí.

—¿Y hoy a mí? —dije, echándome a reír.

—Pero si usted ya estaba enterado de todo esta mañana. Liputin no sé si es débil, o si es impaciente, o rencoroso, o… tiene envidia.

Lo último me desconcertó.

—De todos modos, ha señalado usted tantos rasgos que no es raro que alguno le cuadre.

—O todos a la vez.

—Sí, eso es lo que es. ¡Liputin es un caos! Antes, cuando dijo que usted quería escribir algo, estaba mintiendo ¿no?

—¿Por qué iba a mentir? —dijo, frunciendo el ceño y mirando al suelo.

Me disculpé y traté de asegurarle que no tenía intención de tirarle de la lengua. Se ruborizó.

—Decía la verdad; estoy escribiendo. Pero no importa.

Estuvimos como un minuto callados; de pronto, sonrió con su sonrisa infantil de la mañana.

—Eso de las cabezas lo ha sacado de un libro; me lo ha contado a mí primero, pero no lo entiende bien. Yo solo busco el motivo de que los hombres no se atrevan a matarse; nada más. Pero no importa.

—¿Cómo que no se atreven? ¿Es que hay pocos suicidios?

—Muy pocos.

—¿De verdad lo cree?

No contestó, se puso de pie y empezó a dar vueltas por la habitación, pensativo.

—Y, en su opinión, ¿qué es lo que impide a la gente suicidarse? —le pregunté.

Me miró con aire distraído, como tratando de recordar de qué estábamos hablando.

—Yo… yo no sé mucho todavía… Hay dos prejuicios que frenan a la gente, dos cosas; solo dos; una muy pequeña, la otra muy grande. Aunque la pequeña también es grande.

—¿Cuál es la pequeña?

—El dolor.

—¿El dolor? ¿De veras es tan importante… en estos casos?

—Lo más importante. Hay dos clases: los que se matan por una profunda tristeza, o por despecho, o locos, o lo que sea… ésos lo hacen repentinamente. Piensan muy poco en el dolor, y se matan de repente. Pero otros lo hacen por la razón: éstos sí piensan, y mucho.

—Y ¿de verdad los hay que se matan por la razón?

—Muchos. Si no fuera por los prejuicios, habría más; muchísimos; todos.

—¿Cómo que todos?

Kiríllov no respondió.

—Y ¿no hay manera de morir sin dolor?

—Imagínese —se quedó parado frente a mí—, imagínese una piedra como una casa grande; cuelga, y usted está debajo; si le cae encima, en la cabeza, ¿le dolerá?

—¿Una piedra como una casa? Claro que sí, sería horrible.

—No hablo del horror; ¿le dolerá?

—¿Una piedra como una montaña, de un millón de *pudy*[111]? Desde luego que no.

—Pero quédese ahí debajo, mientras cuelga, y tendrá mucho miedo a que le duela. El hombre más sabio, el mejor médico, todos, todos estarían asustados. Todos sabrán que no les va a doler, y todos tendrán miedo al dolor.

—Ya, y ¿la otra razón? ¿La grande?

—El otro mundo.

—¿O sea, el castigo?

—Eso no importa; el otro mundo, solo el otro mundo.

—Y ¿los ateos que no creen en el otro mundo?

Volvió a quedarse callado.

—Tal vez lo juzga por usted mismo…

—Todo el mundo tiene que juzgar por sí mismo —dijo con rabia—. La libertad será completa cuando dé igual vivir que no vivir. Ésa es la meta para todos.

—¿La meta? Pero entonces podría no querer vivir nadie…

—Nadie —afirmó sin vacilar.

—El hombre teme la muerte porque ama la vida, así lo entiendo yo —observé—, y así lo ha ordenado la naturaleza.

—¡Eso es una bajeza, y ahí es donde está el engaño! —Le centellearon los ojos—. La vida es dolor, la vida es terror, y el hombre es infeliz. Ahora todo es dolor y terror. Ahora el hombre ama la vida porque ama el dolor y el terror. Así lo han hecho. La vida se da ahora para el dolor y el terror, y ahí está el engaño. El hombre todavía no es el que será. Habrá un hombre nuevo, feliz y orgulloso. A quien le dé lo mismo vivir o no vivir, ése será el hombre nuevo. El que conquiste el dolor y el terror, él mismo será un dios. Y el otro Dios ya no será.

—Así pues, en su opinión, ¿ese otro Dios existe?

—No existe, pero es. No hay dolor en la piedra, pero en el miedo a la piedra está el dolor. Dios es el dolor del miedo a la muerte. El que conquiste el dolor y el terror llegará a ser dios. Entonces habrá una vida nueva, un hombre nuevo, todo será nuevo… Entonces la historia se dividirá en dos partes: desde el gorila hasta la aniquilación de Dios y desde la aniquilación de Dios hasta…

—¿Hasta el gorila?

—Hasta la transformación de la Tierra y del hombre físicamente. El hombre será dios y se transformará físicamente. Y el mundo se transformará, y las cosas se transformarán, y las ideas y todos los sentimientos. ¿Qué piensa usted? ¿Se transformará entonces el hombre físicamente?

—Si va a dar lo mismo vivir o no vivir, todos se matarán, y es posible que la transformación consista en eso.

—Eso no importa. Matarán el engaño. Todo el que desee la libertad suprema tiene que atreverse a matarse a sí mismo. El que se atreve a matarse a sí mismo ha descubierto el secreto del engaño. Más allá no hay libertad; ahí está todo, más allá no hay nada. El que se atreve a matarse a sí mismo es dios. Ahora cualquiera puede hacer que no haya Dios y que no haya nada. Pero nadie lo ha hecho todavía una sola vez.

—Ha habido millones de suicidas.

—Pero nunca por eso, siempre por terror y no con ese objeto. No para matar el miedo. El que se mate a sí mismo solo para matar el miedo en ese momento será un dios.

—Tal vez no tengamos tiempo —hice notar.

—Eso da igual —replicó con calma, con un orgullo sereno, casi con desprecio—. Lo siento, pero parece que se está riendo —añadió como medio minuto más tarde.

—Me extraña que esta mañana estuviera usted tan irritable y ahora esté tan tranquilo, aunque hable apasionadamente.

—¿Esta mañana? Lo de esta mañana fue gracioso —contestó con una sonrisa —; no me gusta pelearme y no me río nunca —añadió tristemente.

—Sí, no pasará usted unas noches muy alegres con tanto té.

Me levanté y recogí la gorra.

—¿Eso cree? —Se sonrió con aire sorprendido—. ¿Por qué? No, yo… yo no sé —de pronto parecía turbado—, no sé los demás, pero yo siento que no puedo actuar como los otros. Todo el mundo piensa en una cosa, y de repente piensa en otra cosa. Yo no puedo pensar en otra cosa, toda la vida pienso en una cosa. Dios me ha atormentado toda mi vida —concluyó de pronto con una franqueza sorprendente.

—Y, si me permite, dígame una cosa: ¿cómo es que no habla bien en ruso? ¿Acaso lo ha olvidado después de cinco años en el extranjero?

—¿No hablo bien? No lo sé. No, no es por el extranjero. He hablado así toda mi vida… Qué más da.

—Otra pregunta, ésta más delicada. Le creo cuando dice que es no es amigo de tratar con la gente y que es poco hablador. ¿Por qué le ha dado ahora por conversar conmigo?

—¿Con usted? Esta mañana estaba usted sentado tan tranquilo y… bueno, qué más da… se parece usted mucho a mi hermano, mucho, muchísimo —dijo ruborizándose—; lleva muerto siete años[112]; era mayor, mucho, mucho.

—Debió de ejercer una gran influencia en su forma de pensar.

—No, no; hablaba muy poco; no decía nada. Ya me ocupo yo de dar su nota.

Me acompañó con un farol hasta el portal, para cerrar después con llave. «Sin duda, está mal de la cabeza», me dije. En el portal tuvo lugar un nuevo encuentro.

IX

Apenas había traspasado el elevado umbral de la cancela cuando de pronto una mano poderosa me agarró del pecho.

—¿Quién va? —tronó una voz—. ¿Amigo o enemigo? ¡Confiesa!

—¡Es uno de los nuestros, de los nuestros! —se oyó a su lado la vocecilla chillona de Liputin—. Es el señor G…v, joven con una educación clásica y con contactos entre lo más granado de la sociedad.

—Me gusta, si tiene contactos; clá-si… o sea, que está muy bien e-du-ca-do… Ignat Lebiadkin, capitán retirado, al servicio del mundo y de sus amigos… si son leales, si son leales, ¡sinvergüenzas!

El capitán Lebiadkin, de diez *vershkí* de altura[113], grueso, entrado en carnes, con el pelo rizado, la tez colorada y borracho como una cuba, apenas se tenía en pie delante de mí y articulaba con dificultad. Yo ya lo había visto antes, aunque desde lejos.

—¡Ah, y este otro! —rugió una vez más, al fijarse en Kiríllov, que todavía no se había alejado con su farol; hizo un amago de levantar el puño, pero lo bajó de inmediato—. ¡Le perdono por su erudición! Ignat Lebiadkin, hombre educa-dí-si-mo…

En el pecho de Ignat ha reventado

una granada de su amor fogoso.

Y nuevamente su amarga tristeza

llora este tullido de Sevastópol.

»Aunque no estuve en Sevastópol y ni siquiera estoy tullido, ¡cosas de las rimas! —dijo, acercándome su jeta de borracho.

—Tiene prisa, tiene prisa, ya se iba a su casa —intentaba persuadirlo Liputin—; y mañana se lo contará a Lizaveta Nikoláievna.

—¡A Lizaveta!… —volvió a tronar—. ¡Alto ahí! ¡No te vayas! Otra variación:

Entre las amazonas una estrella

revolotea en el corcel y baila;

me mira sonriente en su caballo

la linda niña de la aris-to-cracia.

«A la estrella-amazona».

»Pero ¡si esto es un himno! ¡Un himno, so burro! ¡Los muy gandules no lo entienden! ¡Alto! —Me tenía cogido del abrigo, aunque yo tiraba con todas mis fuerzas en dirección a la cancela—. Dile que soy el paladín del honor, y en cuanto a esa Dashka… Yo a esa Dashka la cogía con dos dedos… No es más que una sierva y no se iba a atrever…

En ese momento se cayó al suelo, porque yo, de un violento tirón, me libré de sus garras y salí a la calle corriendo. Liputin me siguió.

—Alekséi Nílych se encargará de levantarlo. ¿Sabe lo que acaba de contarme? —parloteaba muy deprisa—. ¿Ha oído esos versitos? Bueno, pues resulta que ha metido esos versos «A la estrella-amazona» en un sobre sellado y mañana piensa enviárselos a Lizaveta Nikoláievna, firmados de su puño y letra. ¡Qué cosas!

—Apuesto a que usted mismo se lo ha sugerido.

—¡Perdería la apuesta! —Liputin soltó una carcajada—. Está enamorado, enamorado como un gato, y eso que al principio la odiaba. Al principio odiaba tanto a Lizaveta Nikoláievna por ir a caballo que poco le faltaba insultarla a gritos por la calle. ¡Las cosas que le decía! Hace dos días todavía la puso a caldo cuando la vio pasar; menos mal que no le oyó. Y ¡hoy, de repente, esos versitos! ¿Sabe que está decidido a arriesgarse y hacerle una proposición? ¡En serio, en serio!

—Me asombra usted, Liputin; cada vez que hay algo sucio, ¡allí está usted metiendo baza! —exclamé furioso.

—Está yendo usted demasiado lejos, señor G…v; ¿no será que le tiembla el corazón, asustado ante un rival, eh?

—¿Cómooo? —exclamé, parándome en seco.

—Pues ¡para que le sirva de escarmiento no pienso contarle más cosas! ¿A que le gustaría oírlas? Sepa tan solo que ese mentecato ya no es un vulgar capitán, sino un terrateniente de nuestra provincia, y bastante importante además, porque

el otro día Nikolái Vsévolodovich le vendió toda su hacienda, sus doscientas almas. ¡Como que hay Dios que no le miento! Acabo de enterarme, pero de una fuente fidedigna. Bueno, y ahora ya puede seguir husmeando por su cuenta; yo no voy a decirle nada más. ¡Hasta la vista!

X

Stepán Trofímovich me estaba esperando con impaciencia histérica. Hacía casi una hora que había vuelto. Lo encontré en un estado como de embriaguez; durante los primeros cinco minutos, si no más, pensé que estaba bebido. Ay, la visita a casa de los Drozdov había acabado de sacarlo de quicio.

—*Mon ami*, he perdido el norte… Lise… adoro y respeto a ese ángel igual que antes; exactamente igual que antes; pero tengo la impresión de que aquellas dos me estaban esperando con la única intención de sonsacarme, o sea, de tirarme de la lengua y ya está, y después adiós muy buenas… Eso es lo que ha pasado.

—¡Debería darle vergüenza! —exclamé sin poder contenerme.

—Amigo mío, ahora estoy completamente solo. *Enfin, c'est ridicule*. Imagínese, allí todo son misterios. Me han acribillado a preguntas sobre unas narices y unas orejas, y sobre no sé qué secretos de San Petersburgo. Aquí han oído hablar por primera vez de las hazañas locales de Nicolas, de hace cuatro años: «Usted estaba aquí, usted lo vio, ¿es verdad que está loco?». No entiendo de dónde han podido sacar esa idea. ¿Por qué tendrá Praskovia tantas ganas de que Nicolas, al final, esté loco? ¡Qué empeño el de esa mujer, qué empeño! *Ce Maurice*, o, cómo era, Mavriki Nikoláievich, *brave homme tout de même*[114], pero a lo mejor en su propio provecho, y solo después de que ella le escribiera primero, desde París, a *cette pauvre amie…*[115] *Enfin*, esa Praskovia, como la llama *cette chère amie*[116], es un caso, es la Koróbochka de Gogol[117], de inmortal memoria, pero una Koróbochka malvada, una Koróbochka provocativa y muchísimo más grande.

—Será un baúl más bien, siendo tan grande…

—O tan pequeña, qué más da; pero no me interrumpa, que no me aclaro. Allí están todos enfrentados, menos Lise; ésta sigue aún con su: «Tía, tía»; pero Lise es astuta y ahí hay gato encerrado. Secretos. Pero ha discutido con la anciana. *Cette pauvre* tía, la verdad, tiene tiranizado a todo el mundo… y luego está la gobernadora, y la falta de respeto de la sociedad, y la «falta de respeto» de Karmazínov; y de repente esa idea de la locura, *ce Lipoutine, ce que je ne comprends pas*[118], y dicen que se ha dado friegas de vinagre en la cabeza, y aquí estamos nosotros con nuestras quejas y con nuestras cartas… ¡Oh, cómo la he hecho sufrir! Y ¡en qué momentos! *Je suis un ingrat!*[119] Imagínese, vuelvo y me encuentro con una carta de ella; ¡léala, léala! ¡Oh, cuánta ingratitud por mi parte!

Me enseñó una carta recién llegada de Varvara Petrovna. Por lo visto, se había arrepentido de su: «No salga de casa» de aquella mañana. La nota era amable, pero resolutiva y escueta. Le pedía a Stepán Trofímovich que fuera a verla dos días después, el domingo, a las doce en punto, y le aconsejaba llevar consigo a cualquiera de sus amigos (mencionaba mi nombre entre paréntesis). Por su parte, prometía invitar a Shátov, como hermano de Daria Pávlovna. «Puede obtener de ella una respuesta definitiva, ¿será eso suficiente para usted? ¿No era ésta la formalidad que tanto le preocupaba?».

—Fíjese en esta frase tan enojosa del final sobre la formalidad. ¡Pobre, pobre amiga mía de toda una vida! Confieso que aquella *repentina* decisión sobre mi futuro me dejó como aplastado… Reconozco que hasta ahora aún abrigaba esperanzas, pero ahora *tout est dit*[120] y sé que todo ha terminado; *c'est terrible*. Oh, ojalá nunca llegara ese domingo y todo siguiera igual que antes: usted habría seguido viniendo, y yo me habría quedado aquí…

—A usted le han trastornado todas esas vilezas de Liputin de hace un rato, todos esos chismes…

—Amigo mío, acaba de poner otra vez el dedo en la llaga. Los dedos de los amigos suelen ser implacables, y en ocasiones muy poco razonables; *pardon*, tal vez no me crea, pero ya casi me había olvidado de todo aquello, de toda esa vileza; quiero decir, no es que me haya olvidado, pero yo, con mi poca cabeza, en casa de Lise he procurado todo el rato estar contento y convencerme de que lo estaba. Pero ahora… oh, ahora estoy pensando en esa mujer magnánima, humana, tolerante con mis infames defectos… quiero decir, no es que haya sido tolerante, pero ¡había que verme a mí, con este carácter mío, tan vano y tan indigno! Soy un niño caprichoso, con todo el egoísmo de un niño, pero sin su inocencia. Se ha ocupado de mí durante veinte años, como una niñera, *cette pauvre* tía, como la llama Lise, con tanta gracia… Y ahora, después de veinte años, al niño se le antoja casarse, anda, búscame novia, así una carta tras otra, y ella con friegas de vinagre en la cabeza y… al final se ha salido con la suya, el domingo será un hombre casado, se dice pronto… Pero ¿por qué insistiría? ¿Por qué escribí esas cartas? Ah, sí, me olvidaba: Lise idolatra a Daria Pávlovna, o al menos eso dice; dice de ella: «*C'est un ange*, aunque algo reservada». Las dos me lo han aconsejado, hasta Praskovia… Mejor dicho, Praskovia no me lo ha aconsejado. ¡Oh, cuánto veneno se oculta en esa Koróbochka! Bueno, Lise, a decir verdad, tampoco me lo ha aconsejado exactamente: «Para qué quiere casarse, si a usted le basta con los placeres intelectuales». Se desternillaba. Le perdono sus risas, porque ella también tiene lo suyo. El caso es que me decían que no puedo pasarme sin una mujer. «Le esperan toda clase de achaques, ella le arropará o lo que haga falta…». *Ma foi*, yo mismo, todo estos días que he estado encerrado aquí con usted, no he dejado de pensar que la Providencia me la enviaba en el ocaso de mi agitada vida, para arroparme o para lo que fuera… *enfin*, vendrá bien para llevar la casa. Esto es una pocilga, vea cuánto desorden; esta mañana mandé que hicieran el cuarto, y ya ve, ahí hay un

libro tirado en el suelo. *La pauvre amie* siempre se enfada conmigo por lo sucio que está todo… ¡Oh, y ya no volveré a oír su voz! *Vingt ans!*[121] Y, por lo visto, han recibido unas cartas anónimas. Imagínese, se dice que Nicolas ha vendido sus tierras a Lebiadkin. *C'est un monstre; et enfin*[122], ¿quién es ese Lebiadkin? Lise escucha y escucha, ¡uf, lo que escucha! Yo le he perdonado sus risas, porque he visto con qué cara escuchaba, y *ce Maurice…* no me gustaría estar ahora en su pellejo, *brave homme tout de même*[123], pero algo tímido; bueno, qué se le va a hacer…

Se quedó callado; estaba fatigado y había perdido el hilo, y se sentó con la cabeza gacha, mirando fijamente al suelo con ojos cansados. Aproveché la ocasión para contarle mi visita a casa de Filíppov y expresé mi opinión, seca y tajante, de que efectivamente la hermana de Lebiadkin (a la que nunca había visto) podía haber sido en su día víctima de Nicolas, en aquella etapa oscura de su vida, como la llamaba Liputin, y de que era muy posible que Lebiadkin, por la razón que fuera, recibiera dinero de Nicolas, pero ahí acababa la cosa. En cuanto a las habladurías sobre Daria Ivánovna, todo eso era absurdo, conjeturas, traídas por los pelos, del miserable de Liputin; al menos eso era lo que sostenía Alekséi Nílych con convicción, y no había razones para no creerle. Stepán Trofímovich escuchó mis razonamientos con aire distraído, como si la cosa no fuera con él. Yo mencioné, de paso, mi conversación con Kiríllov y comenté que era posible que estuviera loco.

—No está loco, pero es una de esas personas de mente estrecha —murmuró Stepán Trofímovich indolentemente, como de mala gana—. *Ces gens-là supposent la nature et la société humaine autres que Dieu ne les a faites et qu'elles ne sont réelement*[124]. Muchos coquetean con esa gente, pero Stepán Verjovenski no es de esos. Yo ya tuve ocasión de verlos en San Petersburgo, *avec cette chère amie* (¡ah, cuánto daño le hice entonces!), y no solo no me intimidaron sus insultos, sino que ni siquiera lo hicieron sus elogios. Tampoco me intimidan ahora, *mais parlons d'autre chose…*[125] Me parece que he hecho unas cosas horribles; figúrese, ayer le mandé una carta a Daria Pávlovna y… ¡cómo me maldigo por eso!

—¿A propósito de qué le escribió?

—Oh, amigo mío, créame que lo hice con la mejor intención. Le dije que había escrito a Nicolas cinco días antes, y también con la mejor intención.

—¡Ahora lo entiendo! —exclamé con vehemencia—. Y ¿qué derecho tenía usted a confrontarlos así?

—Pero, *mon cher*, no me avasalle de ese modo, no me grite; ya me siento yo bastante aplastado, como… como una cucaracha y, al fin y al cabo, estaba convencido de que lo hacía todo con la mejor intención. Suponga que hubiera habido algo de verdad… *en Suisse…* o que algo estuviera empezando. Yo estaba obligado, antes de seguir adelante, a interrogar a sus corazones para… *enfin*, para

no interponerme entre esos corazones y no convertirme en un obstáculo… He actuado movido por los sentimientos más nobles.

—¡Ay, Dios, qué cosa más estúpida ha hecho! —se me escapó sin darme cuenta.

—¡Sí, sí, estúpida! —asintió hasta con ansiedad—. Nunca ha dicho usted nada más acertado, *c'était bête, mais que faire, tout est dit*[126]. De cualquier manera, me iba a casar, aunque fuera para encubrir «pecados ajenos», así que no tenía ningún sentido escribirles. ¿Verdad?

—¡Ya está usted con eso!

—Oh, sus gritos ya no me asustan, tiene usted delante a un nuevo Stepán Verjovenski; el anterior ha sido enterrado; *enfin, tout est dit*. Y ¿por qué grita? Sencillamente, porque no es usted el que se casa, y no va a tener que llevar cierto adorno en la cabeza. ¿Le ha dolido? Pobre amigo mío, no conoce usted a las mujeres, y yo no he hecho más que estudiarlas. «Si quieres conquistar el mundo entero, conquístate a ti mismo», ésa es la única cosa atinada que Shátov, el hermano de mi prometida, otro romántico como usted, ha logrado decir. Con mucho gusto, le tomo prestada la frase. Pues bien, estoy dispuesto a conquistarme a mí mismo, y voy a casarme, pero ¿qué es lo que conquisto, en lugar del mundo entero? Oh, amigo mío, el matrimonio supone la muerte moral de todo espíritu orgulloso, de toda independencia. La vida conyugal me corromperá, me privará de mi energía, de mi valor al servicio de la causa; vendrán los niños, puede que ni siquiera míos, quiero decir, seguro que no míos: el sabio no teme mirar a la verdad a la cara… Liputin me propuso esta mañana levantar barricadas para mantenerme a salvo de Nicolas; Liputin es un necio. La mujer puede engañar hasta al mismísimo Ojo que todo lo ve. *Le bon Dieu*, al crear a la mujer, sabía, como es natural, a lo que se exponía, pero estoy convencido de que fue ella misma la que lo enredó y lo obligó a crearla de ese modo y… con esos atributos; de otro modo, ¿quién iba a exponerse a tantos problemas en vano? Ya sé que Nastasia igual se enfada conmigo, por libertino, pero… *enfin, tout est dit*.

No habría sido él si se hubiera ahorrado aquella muestra barata y ocurrente de libertinaje, tan de moda en sus tiempos; ahora, por lo menos, le servía de consuelo, pero por poco tiempo.

—¡Oh, ojalá este domingo, el día de pasado mañana, nunca llegase! —exclamó de repente, presa de la desesperación—. ¿Por qué no podría faltarle a esta semana el domingo, *si le miracle existe*[127]? ¿Qué le costaría a la Providencia tachar del calendario un solo domingo, aunque solo fuera para dar una muestra de su poder a los ateos, *et que tout soit dit*[128]? ¡Oh, cómo la he amado! ¡Veinte años, todos estos veinte años, y ella jamás me ha comprendido!

—Pero ¿a quién se refiere? No le entiendo —pregunté asombrado.

—*Vingt ans!* Y ni una sola vez me ha comprendido, ¡oh, cuánta crueldad! Y ¡creerá que me caso por miedo, por necesidad!… ¡Ah, qué vergüenza! ¡Tía, tía, lo hago por ti!… Pues ¡que sepa esa tía que ella es la única mujer a la que he adorado veinte años! Ella tiene que saberlo, así tiene que ser, de otro modo solo a la fuerza podrán arrastrarme bajo *ce qu'on appelle*[129] la corona nupcial[130].

Era la primera vez que le oía esa confesión, y expresada con tanta energía. No ocultaré que me entraron unas ganas locas de reírme. Pero me equivocaba.

—¡Ahora él es el único, el único que tengo! ¡Mi única esperanza! —dijo, juntando de pronto las manos, como asaltado de improviso por una nueva idea—. Solo él, mi pobre chico, me podrá salvar y… ¡oh, qué hace que no viene! Oh, hijo mío, oh, mi Petrusha… Aunque no sea digno del nombre de padre, sino más bien de tigre… *laissez-moi, mon ami*[131], voy a echarme un rato a poner orden en mis ideas. Estoy tan cansado, tan cansado, y creo que ya va siendo hora de que se vaya usted a dormir, *voyez-vous*, son las doce…

Capítulo IV. La coja

I

Shátov no puso ningún obstáculo y, según le señalaba en mi nota, se presentó a mediodía en casa de Lizaveta Nikoláievna. Llegamos prácticamente al mismo tiempo: yo también fui a hacer mi primera visita. Todos ellos, esto es, Liza, su madre y Mavriki Nikoláievich, estaban en el salón discutiendo. La madre le había pedido a Liza que le tocara determinado vals al piano y, cuando la joven empezó a interpretarlo, le dio por decir que no se trataba de ese vals. Mavriki Nikoláievich, con su simplicidad habitual, tomó partido por Liza y dijo que aquél era el vals en cuestión; la señora rompió a llorar, enrabietada. Estaba enferma y apenas podía andar. Tenía las piernas hinchadas, y llevaba unos días que no paraba de ponerse exigente y meterse con todo el mundo, a pesar de que Liza siempre le había inspirado cierto temor. Se alegraron de nuestra llegada. Liza se ruborizó, contenta, y, tras decirme: «*Merci*», evidentemente por haber dado con Shátov, se acercó hasta él, mirándolo con curiosidad.

Shátov estaba parado, cohibido, en la puerta. Tras agradecerle su presencia, Liza lo condujo hasta su madre.

—Éste es el señor Shátov, del que ya le he hablado, y éste el señor G…v, gran amigo mío y de Stepán Trofímovich. Mavriki Nikoláievich ya tuvo ocasión de conocerlo ayer.

—Y ¿cuál de ellos es el catedrático?

—No hay ningún catedrático, mamá.

—Sí que lo hay, tú misma dijiste que iba a venir un catedrático; seguro que es éste. —Señaló a Shátov con cierta aprensión.

—Yo no he dicho nada de que fuera a venir un catedrático. El señor G…v es funcionario, y el señor Shátov es un antiguo estudiante.

—Estudiante, catedrático, todos están en la universidad. El caso es discutir. Pero el de Suiza tenía barba y bigote.

—Es que mamá al hijo de Stepán Trofímovich siempre lo llama catedrático —dijo Liza, y se llevó a Shátov a un diván en el otro extremo de la sala—. Cada vez que se le hinchan las piernas, se pone así; está enferma, ya me entiende —le susurró a Shátov, sin dejar de observarlo con una enorme curiosidad, fijándose

sobre todo en su tupé.

—¿Es usted militar? —me preguntó la anciana, en cuyo poder me había dejado Liza sin piedad.

—No, soy funcionario…

—El señor G…v es muy buen amigo de Stepán Trofímovich —intervino al punto Liza.

—¿Trabaja con Stepán Trofímovich? Él también es catedrático, ¿no?

—Ay, mamá, seguro que esta noche sueña con catedráticos —exclamó Liza, irritada.

—Ya veo suficientes en la vida real. Pero tú siempre tienes que contradecirme. ¿Estaba usted aquí hace cuatro años, cuando vino Nikolái Vsévolodovich?

Respondí que sí.

—Y ¿no había un inglés entre ustedes?

—No, no había ninguno.

Liza se echó a reír.

—Ya ves que no había ningún inglés; eso no eran más que paparruchas. Lo mismo Varvara Petrovna que Stepán Trofímovich mienten. Se pasan la vida mintiendo.

—Es que ayer la tía y Stepán Trofímovich comentaron que había cierto parecido entre Nikolái Vsévolodovich y el príncipe Harry, el personaje de Shakespeare, de *Enrique IV*, y en respuesta a eso mamá dice que aquí no había ningún inglés —aclaró Liza.

—Si no estuvo aquí Harry, no hubo aquí ningún inglés. Aquí el único que estuvo fue Nikolái Vsévolodovich y sus escándalos.

—Le aseguro que mamá lo dice a propósito —Liza se sintió obligada a explicárselo a Shátov—; sabe de sobra quién es Shakespeare. Yo misma le he leído el primer acto de *Otelo*; lo que pasa es que ahora está muy molesta. Escuche, mamá, están dando las doce, es hora de tomar su medicina.

—Ha venido el médico —anunció una criada desde la puerta.

La señora se levantó y empezó a llamar a su perra:

—Zemirka, Zemirka, vente tú conmigo por lo menos.

Zemirka, una perrilla detestable, vieja y pequeña, no hizo caso y se metió debajo del diván en el que estaba Liza.

—¿No quieres venir? Pues entonces yo tampoco te quiero. Adiós, *bátiushka*[132], no conozco su nombre ni su patronímico —añadió, volviéndose a mí.

—Antón Lavréntievich…

—Es igual, por un oído me entra y por el otro me sale. No hace falta que me acompañe, Mavriki Nikoláievich, solo estaba llamando a Zemirka. Gracias a Dios, todavía puedo valerme sola, y mañana saldré a dar un paseo.

Abandonó enfurruñada la sala.

—Antón Lavréntievich, puede hablar un rato con Mavriki Nikoláievich; le aseguro que los dos saldrán ganando si llegan a conocerse mejor —dijo Liza, y sonrió amistosamente a Mavriki Nikoláievich, que se enardeció mientras ella lo miraba. Yo no tuve más remedio que quedarme allí hablando con él.

II

Efectivamente, el trato que Lizaveta Nikoláievna quería proponerle a Shátov era, para mi sorpresa, estrictamente literario. No sé por qué, pero me había imaginado que lo había llamado por otro motivo. Nosotros, esto es, Mavriki Nikoláievich y yo, viendo que hablaban alto y no trataban de ocultarnos nada, prestamos atención a sus palabras; más tarde nos pidieron consejo. El asunto consistía en que Lizaveta Nikoláievna llevaba ya un tiempo pensando en publicar un libro que, en su opinión, podía resultar útil, pero, dada su falta de experiencia, necesitaba un colaborador. Hasta a mí me sorprendió la seriedad con la que se dispuso a exponerle su plan a Shátov. «Debe de formar parte de esa nueva gente —pensé—; por algo ha estado en Suiza». Shátov escuchaba con atención, con la mirada clavada en el suelo y sin dar muestras de asombro ante el hecho de que una atolondrada señorita de buena familia se ocupara de cuestiones que, en apariencia, tenían muy poco que ver con ella.

Aquel proyecto literario era como sigue. En Rusia, tanto en la capital como en provincias, se publican numerosos periódicos y revistas, donde se informa a diario de gran cantidad acontecimientos. Cuando acaba el año, en todas partes los periódicos se almacenan en armarios o se destrozan y van a parar a la basura o se usan para hacer envoltorios o cucuruchos. Una gran parte de los hechos

publicados causan un impacto y quedan grabados en la memoria del público, pero acaban olvidados con el paso de los años. Mucha gente querría tener ocasión de volver sobre ellos, pero moverse en ese mar de páginas, sin conocer en la mayoría de los casos el día ni el lugar, y a veces ni siquiera el año en que se ha producido el suceso, es un trabajo ímprobo. En cambio, si se recopilaran todos los acontecimientos del año en un solo libro, de acuerdo con un plan establecido y con un criterio definido, con encabezamientos, con índices, ordenado por meses y por días, esa compilación podría reflejar los rasgos característicos de la vida rusa de todo un año, y eso a pesar de que los hechos publicados no sean más que una mínima fracción de todo cuanto acontece.

—En lugar de un montón de hojas sueltas tendríamos unos cuantos tomos gruesos, eso es todo —comentó Shátov.

Pero Lizaveta Nikoláievna defendía con entusiasmo su proyecto, a pesar de las dificultades y de su falta de pericia a la hora de explicarlo. «Debería haber un solo tomo, y ni siquiera demasiado grueso», sostenía. Pero, incluso aunque fuera grueso, tenía que ser claro, porque lo más importante era el plan general y el sistema de presentación de los hechos. Desde luego, no se trataba de recopilarlo y publicarlo todo. Los decretos y disposiciones del gobierno, las regulaciones locales, las leyes, todos esos hechos, por importantes que fueran, podían perfectamente quedar al margen de una publicación como aquélla. Se podrían omitir muchas cuestiones, seleccionándose aquellos acontecimientos que reflejaran, mejor o peor, la vida moral del pueblo, la personalidad del pueblo ruso en el momento presente. Naturalmente, todo tenía cabida: curiosidades, incendios, suscripciones públicas, toda clase de acciones, buenas y malas, toda suerte de declaraciones y discursos, tal vez hasta noticias de inundaciones o incluso determinados decretos gubernamentales, pero únicamente en la medida en que sirvieran para caracterizar la época; todo se presentaría de acuerdo con un determinado punto de vista, con una intención, un propósito, una idea que esclareciera el conjunto, la totalidad de la compilación. Y, por último, el libro debería resultar interesante incluso como lectura ligera, más allá de que fuera imprescindible como obra de referencia. Sería, por así decir, un cuadro de la vida espiritual, moral, íntima, de Rusia durante todo un año.

—Es preciso que lo compre todo el mundo, que se convierta en un libro de cabecera —afirmó Liza—; soy consciente de que todo depende del plan, y por eso acudo a usted —concluyó.

Estaba muy sofocada y, aunque su explicación había sido oscura e incompleta, Shátov empezaba a entender.

—Entonces, seguiría una orientación determinada: la selección de hechos obedecería a una tendencia concreta —murmuró, sin levantar en ningún momento la cabeza.

—En absoluto; no hay que hacer la selección de acuerdo con ninguna tendencia en particular, no debe seguir ninguna orientación. La imparcialidad: ésa será nuestra tendencia.

—Pero no hay nada malo en que siga una orientación concreta —Shátov titubeó—; desde el momento en que se hace una selección es imposible evitarla. La mera selección de los hechos ya equivale a una sugerencia de cómo hay que interpretarlos. Su idea no es mala.

—Entonces, ¿sería posible un libro así? —Liza se mostraba encantada.

—Habría que verlo con calma y que considerarlo. Se trata de una labor ingente. Es imposible tener todas las respuestas a la primera. Se requiere experiencia. Y, aun cuando lleguemos a publicar el libro, no sé si sabríamos cómo hacerlo. Quizá después de numerosas pruebas; pero la idea es tentadora. Es una idea muy útil.

Shátov, al fin, alzó los ojos, que brillaban de satisfacción: hasta tal punto estaba interesado.

—¿Es suya la idea? —le preguntó a Liza, en tono cariñoso y un tanto cohibido.

—La idea es lo de menos, lo complicado está en el plan —Liza sonreía—; yo entiendo muy poco, y no soy muy lista y solo persigo lo que está claro para mí…

—¿Persigue?

—A lo mejor no es ésa la palabra… —dijo Liza de inmediato.

—Posiblemente sí; no he dicho nada.

—Estando en el extranjero, se me ocurrió que también yo podía ser útil de algún modo. Tengo un dinero propio, muerto de risa; ¿por qué no iba a contribuir a la causa común? Por lo demás, la idea me vino por sí sola, de repente; no tuve ni que pensar en ella, y me encantó. Pero enseguida vi que era imposible sin un colaborador, porque yo sola soy incapaz de hacer nada. El colaborador, por descontado, será también el coeditor del libro. Iríamos a medias: usted pondría el plan y el trabajo; yo la idea original y los fondos para la edición. ¿Se cubrirían los costes del libro?

—Si damos con un buen plan, el libro funcionará.

—Le advierto de que no lo hago por los beneficios, pero estoy deseosa de que el libro circule y estaría orgullosa de hacer dinero con él.

—Pero yo ¿dónde entro?

—Bueno, yo le invito a que sea mi colaborador… a medias. Usted elaborará el plan.

—Y ¿cómo sabe que estoy en condiciones de elaborar un plan?

—Me habían hablado de usted, y aquí he oído decir… sé que es usted muy inteligente y… que contribuye a la causa y… que piensa mucho; me habló de usted, cuando estaba en Suiza, Piotr Stepánovich Verjovenski —añadió rápidamente—. Es un hombre muy inteligente, ¿no es verdad?

Shátov le dirigió una mirada fugaz, sin detenerse apenas en ella, pero bajó los ojos de inmediato.

—También Nikolái Vsévolodovich me habló mucho de usted…

Shátov, de repente, se puso todo colorado.

—A propósito, aquí hay unos periódicos —Liza se apresuró a coger de una silla un paquete de periódicos, listos y atados—; he probado a señalar en ellos los hechos que podrían incluirse en la selección y los he clasificado, y he numerado las distintas secciones… ya lo verá.

Shátov cogió el paquete.

—Llévéselos a casa, écheles un vistazo. ¿Dónde vive?

—En la calle Bogoiavlénskaia, en la casa de Filíppov.

—Sí, ya sé. Creo que es allí donde vive, según me han dicho, justo al lado de usted, un capitán, el señor Lebiadkin, ¿no? —preguntó Liza, hablando muy deprisa, igual que antes.

Shátov estuvo sentado todo un minuto, con el paquete en la mano extendida, tal y como lo había cogido, sin responder, mirando al suelo.

—Debería buscar a otra persona para esa clase de asuntos, no creo que yo le vaya a servir —dijo finalmente, bajando la voz de un modo extrañísimo, casi con un susurro.

Liza se puso furiosa.

—¿A qué asuntos se refiere? ¡Mavriki Nikoláievich! —llamó—. Haga el favor de traerme la carta de antes.

También yo me acerqué a la mesa, siguiendo a Mavriki Nikoláievich.

—Mire. —De pronto, se volvió hacia mí, desplegando la carta con una enorme agitación—. ¿Había visto alguna vez nada semejante? Por favor, lea en voz alta; quiero que lo oiga el señor Shátov.

Con notable estupor leí en alto la siguiente misiva:

A LA PERFECCIÓN DE LA SEÑORITA TUSHINÁ

¡Noble señora,

Yelizaveta Nikoláievna!

¡Qué linda siempre, qué preciosa está

mi noble Lizaveta Tushiná!

Volando en la silla con su pariente,

bañada de rizos su blanca frente;

o cuando en la iglesia entre tantos ojos

que miran fieles se postra de hinojos.

Ansiando ya el gozo matrimonial,

vierto esta lágrima de pena y sal.

(Compuesto por un ignorante durante una discusión)

¡Distinguida señora!

De nadie me compadezco más que de mí mismo por no haber perdido gloriosamente un brazo en Sevastópol, no habiendo estado allí presente; en su lugar, serví durante toda la campaña distribuyendo mezquinas provisiones, algo que reputo una bajeza. Es usted una diosa de la Antigüedad, y yo no soy nada, pero he entrevisto el infinito. Tómelos como lo que son, unos simples versos y nada más, pues la poesía es un desvarío, y en ella se justifica aquello que en prosa sería visto como una insolencia. ¿Acaso puede el sol enojarse con un infusorio si éste le dedica unos versos desde su gota de agua, allí donde tanto abundan, vistos al microscopio? Hasta ese club que promueve un trato humano para los animales superiores entre la alta sociedad de San Petersburgo, al tiempo que se compadece justamente de perros y caballos, desprecia al minúsculo infusorio, y no lo

menciona en ningún momento, por no ser suficientemente grande. Tampoco yo soy suficientemente grande. La idea del matrimonio podría parecer ridícula, pero pronto seré propietario de más de doscientas almas, por mediación de un misántropo a quien usted debería despreciar. Puedo revelar muchas cosas y hasta aportar documentos que bastarían para llevar a alguien a Siberia. No desprecie mi proposición. Naturalmente, la carta de un infusorio está en verso.

CAPITÁN LEBIADKIN, UN FIEL AMIGO QUE LE EXPRESA

SU RESPETO, Y QUE LE ESCRIBE EN SUS HORAS DE ASUETO

—¡Esto lo ha escrito un borracho y un miserable! —exclamé con indignación —. ¡Lo conozco!

—Esta carta me llegó ayer —empezó a explicar Liza, ruborizándose y atropellándose al hablar—; enseguida me di cuenta de que era cosa de un mentecato, y hasta ahora no se la he enseñado a *maman* para ahorrarle un nuevo disgusto. Pero, si insiste en su actitud, no sé qué puedo hacer. Mavriki Nikoláievich quiere ir a hablar con él y prohibirle que vuelva a hacer nada parecido. Ya que me había fijado en usted como colaborador —se dirigió a Shátov —, y en vista de que vive en su misma casa, me gustaría conocer su opinión sobre lo que cabe esperar de él.

—Es un borracho y un miserable —farfulló Shátov, como de mala gana.

—¿Es siempre igual de estúpido?

—No, no, no tiene nada de estúpido, siempre y cuando no esté bebido.

—Conocí a un general que escribía unos versos idénticos a éstos —comenté riéndome.

—Incluso por esta carta se da uno cuenta de que sabe lo que se hace — intervino de improviso Mavriki Nikoláievich, callado hasta ese momento.

—¿Es verdad que vive con una hermana? —preguntó Liza.

—Sí, con una hermana.

—Dicen que la maltrata, ¿eso es verdad?

Shátov volvió a mirar a Liza, frunció el ceño y, murmurando: «¡Eso no es asunto mío!», se dirigió hacia la puerta.

—Ay, espere —exclamó Liza, alarmada—, ¿adónde va? Aún tenemos

mucho de que hablar…

—¿De qué tenemos que hablar? Mañana le comunicaré…

—Pues de lo más importante, ¡de la imprenta! Créame, no estoy de broma, quiero hacer este trabajo en serio —aseguraba Liza, cada vez más alarmada—. Si decidimos publicar el libro, ¿dónde lo vamos a imprimir? Ésa es la cuestión más importante, porque a Moscú no vamos a ir, y las imprentas de aquí no están preparada para esa clase de publicaciones. Hace tiempo decidí poner en marcha mi propia imprenta; podría ponerla a su nombre, porque sé que mi madre solo me lo iba a permitir si está a nombre de usted…

—Y ¿cómo sabe usted que valgo para tipógrafo? —preguntó Shátov en tono sombrío.

—Porque, estando en Suiza, Piotr Stepánovich me habló precisamente de usted, y me dijo que usted puede llevar una imprenta y que conoce el oficio. Quiso darme incluso una nota para usted, pero se me olvidó pedírsela.

Si no recuerdo mal, a Shátov le cambió la expresión. Se quedó parado unos segundos y de repente salió de la estancia. Liza se enfadó.

—¿Siempre se marcha así? —preguntó, dirigiéndose a mí.

Me encogí de hombros, pero de pronto Shátov regresó, fue derecho hasta la mesa y depositó el paquete de periódicos que había cogido antes:

—No puedo ser su colaborador, no tengo tiempo…

—Pero ¿por qué? ¿Por qué? ¿No se habrá enfadado? —le preguntaba Liza con voz dolida e implorante.

El tono de su voz debió de afectarle profundamente; se quedó mirándola fijamente por unos momentos, como si quisiera penetrar hasta el fondo de su alma.

—Es igual —murmuró con calma—, no quiero…

Y se marchó definitivamente.

Liza estaba abrumada, y de una forma desproporcionada; al menos esa sensación me dio a mí.

—¡Un hombre asombrosamente extraño! —comentó en voz alta Mavriki Nikoláievich.

III

Era, sin duda, un hombre «extraño», pero había en todo aquello demasiados puntos oscuros. Allí había gato encerrado. Yo, sencillamente, no me creía lo de esa publicación; luego estaba aquella carta estúpida, pero en la que se ofrecía, sin ningún disimulo, cierta información, aportando «documentos», cosa que todos habían pasado por alto, prefiriendo hablar de algo bien distinto; por último, la cuestión de la imprenta y la marcha repentina de Shátov, a raíz, justamente, de que se hubiera tocado el tema de la imprenta. Todo eso me llevó a pensar que algo tenía que haber ocurrido antes de mi llegada, algo de lo que nada sabía; que, en consecuencia, yo estaba allí de más y que aquello no era asunto mío. De hecho, ya iba siendo hora de marcharme, ya era suficiente para tratarse de mi primera visita. Me acerqué a despedirme de Lizaveta Nikoláievna.

Parecía haberse olvidado de mi presencia en el salón, y seguía en el mismo sitio, junto a la mesa, sumida en sus pensamientos, cabizbaja, mirando fijamente un punto en la alfombra.

—Ah, usted también se va; hasta la vista —murmuró en su acostumbrado tono cordial—. Salude de mi parte a Stepán Trofímovich e insístale en que venga a verme lo antes posible. Mavriki Nikoláievich, Antón Lavréntievich se va. Disculpe a mamá por no poder salir a despedirle…

Salí, y ya había bajado las escaleras cuando de repente un criado me dio alcance en el porche:

—La señora le suplica que vuelva…

—¿La señora o Lizaveta Nikoláievna?

—Esta misma, señor.

No encontré a Liza en el salón donde habíamos estado, sino en un recibidor contiguo. La puerta del salón, donde solo quedaba Mavriki Nikoláievich, estaba cerrada.

Liza me sonrió, pero estaba pálida. Se hallaba en medio de la estancia, de pie, visiblemente indecisa, luchando consigo misma; pero de pronto me tomó de la mano y me llevó sin decir nada hacia la ventana.

—Quiero verla de inmediato —susurró, apremiándome con una mirada ardiente, enérgica, impaciente, que no admitía ni una sombra de contradicción—; tengo que verla con mis propios ojos y le suplico que me ayude.

Se encontraba en un estado de frenesí y… de desesperación.

—¿A quién quiere ver usted, Lizaveta Nikoláievna? —le pregunté alarmado.

—A la Lebiádkina, esa coja… ¿Es verdad que es coja?

Me quedé perplejo.

—Nunca la he visto, pero he oído decir que es coja, ayer mismo lo oí —farfullé precipitadamente, hablando también yo en un susurro.

—Necesito verla a toda costa. ¿Podría arreglarlo para hoy mismo?

Sentí una pena inmensa por ella.

—Es imposible, además no tengo ni idea de cómo hacerlo —traté de disuadirla—. Iré a ver a Shátov…

—Si no puede arreglarlo para mañana, iré yo misma a verla, sola, porque Mavriki Nikoláievich no está dispuesto. Tan solo confío en usted, no cuento con nadie más; he hablado con Shátov de una forma estúpida… Estoy convencida de su honradez y creo que está usted dispuesto a hacer cualquier cosa por mí; intente arreglarlo.

Sentía un ardiente deseo de ayudarla en todo lo posible.

—Esto es lo que voy a hacer —reflexioné unos instantes—: hoy mismo iré a verla, y seguro, ¡*seguro* que la encuentro! Me las arreglaré para verla, le doy mi palabra de honor; pero, eso sí, permítame que recurra a Shátov.

—Dígale que estoy deseando verla, y que no puedo esperar más, pero que hace un rato no he tratado de engañarlo. Puede que se haya ido porque es un hombre honrado y no le ha hecho ninguna gracia que intentara engañarlo, desde su punto de vista. Yo no lo estaba engañando; es verdad que quiero publicar libros y abrir una imprenta…

—Es un hombre honrado, muy honrado —asentí con convicción.

—En cualquier caso, si para mañana la cosa no se arregla, iré personalmente, pase lo que pase y aunque se entere todo el mundo.

—Yo mañana no puedo venir antes de las tres —advertí, tomando conciencia de la situación.

—Quedamos a las tres, entonces. ¿De modo que no andaba descaminada ayer, en casa de Stepán Trofímovich, cuando pensaba que usted iba a ser devoto mío? —dijo con una sonrisa, mientras me estrechaba precipitadamente la mano, a modo de despedida, y se apresuraba a volver con Mavriki Nikoláievich, que se había quedado solo.

Me marché, abrumado por mi promesa, sin acabar de entender lo que había ocurrido. Había visto a una mujer presa de la desesperación, que no temía comprometerse confiando en un hombre que le era casi totalmente desconocido. Su sonrisa femenina en momentos tan difíciles para ella, así como su alusión a que se había percatado de mis sentimientos el día anterior, me habían llegado al alma; pero me daba lástima de ella, mucha lástima… ¡nada más! De buenas a primeras, sus secretos se habían vuelto algo sagrado para mí y, si alguien hubiera tratado de revelármelos, creo que al momento me habría tapado los oídos y me habría negado a seguir escuchando. Pero tenía un presentimiento… De todos modos, no sabía muy bien cómo iba a arreglar yo nada de aquello. Es más, ni siquiera sabía exactamente lo que tenía que arreglar: una entrevista, pero ¿qué clase de entrevista? Y ¿qué podía hacer yo para que se vieran? Todas mis esperanzas estaban depositadas en Shátov, aunque sabía de antemano que no iba a ayudarme en nada. Con todo, corrí a buscarlo.

IV

No lo encontré en casa hasta el anochecer, cerca ya de las ocho. Para mi sorpresa, tenía invitados: Alekséi Nílych y otro caballero al que conocía vagamente, un tal Shigaliov, hermano de la mujer de Virguinski.

Este Shigaliov, por lo visto, llevaba ya un par de meses en la ciudad; no sé de dónde procedía; lo único que sabía de él era que había publicado un artículo en una revista progresista de San Petersburgo. Virguinski me lo había presentado casualmente, en plena calle. En la vida había visto en un semblante humano tanta melancolía, recelo y tristeza. Miraba como si estuviese esperando la destrucción del mundo, y no en un futuro incierto, según anunciaban unas profecías que podían no cumplirse, sino con toda exactitud, por ejemplo, pasado mañana por la mañana, a las diez y veinticinco, ni más ni menos. No obstante, en aquella ocasión apenas si cruzamos palabra, y nos limitamos a darnos la mano, como dos conspiradores. Lo que más me impresionaron fueron sus orejas, de un tamaño descomunal, largas, anchas y gruesas, que sobresalían de un modo extraño. Sus ademanes eran torpes y lentos. Si Liputin había soñado alguna vez con fundar un falansterio en nuestra provincia, Shigaliov sabía sin duda el día y la hora en que tendría lugar. Me había producido una impresión siniestra; me extrañó mucho encontrármelo entonces en casa de Shátov, máxime cuando éste no era muy amigo de recibir visitas.

Ya desde la escalera reparé en que estaban hablando en voz muy alta, los

tres a la vez, y parecía que estaban discutiendo; pero, al verme aparecer, todos se quedaron callados. Habían estado discutiendo de pie, y se sentaron de improviso, de modo que yo tuve que hacer otro tanto. Durante tres largos minutos no se rompió el estúpido silencio. Aunque Shigaliov me había reconocido, hizo como si no me hubiera visto en toda su vida; seguramente no fue por animadversión, él sabría por qué lo hizo. Alekséi Nílych y yo nos saludamos con un gesto fugaz, en silencio y, por alguna razón, ni siquiera nos dimos la mano. Shigaliov empezó por fin a mirarme severamente, con cara de pocos amigos, en la creencia ingenua de que en cualquier momento iba a levantarme y a despedirme. Finalmente Shátov se puso de pie, y todos se levantaron precipitadamente. Salieron sin despedirse, aunque Shigaliov, ya desde la puerta, le dijo a Shátov, que había salido a acompañarlos:

—Recuerde que está usted obligado a dar explicaciones.

—Al diablo con sus explicaciones, no estoy obligado a nada en absoluto —replicó Shátov como despedida, echando el cerrojo a la puerta.

—¡Sabandijas! —dijo, mirándome con una especie de sonrisa retorcida.

Parecía enojado, y me extrañó que fuera el primero en hablar. Por lo general, cuando iba a su casa (algo que sucedía muy de vez en cuando), se quedaba sentado en un rincón, con gesto hosco, respondía a regañadientes y solo después de un buen rato se animaba y empezaba a hablar de buena gana. Aun así, a la hora de despedirse volvía invariablemente a fruncir el ceño y lo dejaba a uno marcharse como si se estuviese librando de un enemigo personal.

—Ayer estuve tomando el té con ese Alekséi Nílych —observé—; parece que le ha dado fuerte por el ateísmo.

—El ateísmo ruso nunca ha ido más allá de los juegos de palabras —murmuró Shátov, poniendo una vela nueva donde había un cabo consumido.

—No, no me dio la impresión de que estuviera haciendo juegos de palabras; sencillamente, no sabe hablar, así que no sé cómo va a hacer juegos de palabras.

—Es gente de papel; todo es por culpa de sus pensamientos de lacayo —comentó Shátov con calma, sentándose en una silla en un rincón y apoyando ambas manos en las rodillas—. También es cuestión de odio —añadió tras un momento de silencio—, esos hombres se llevarían una gran decepción si Rusia, de algún modo, llegara a transformarse, aunque fuera a gusto de ellos, y de pronto se volviera increíblemente próspera y feliz. ¡Entonces no tendrían a quién odiar, a quién maldecir, de qué burlarse! Lo suyo no es más que un odio animal e infinito a Rusia, un odio que les ha corroído las entrañas… Y ¡no es cuestión de lágrimas ocultas por una sonrisa, lágrimas que el mundo no ve! ¡Nunca se había dicho nada

más falso en Rusia que eso de las lágrimas que no se ven! —gritó casi con furia.

—¡A saber de qué estará usted hablando! —dije entre risas.

—Así que es usted un «liberal moderado» —dijo Shátov, sonriendo también él—. Sabe —prosiguió de repente—, es posible que eso que he dicho de los «pensamientos de lacayo» sea una tontería; usted podría replicarme: «Si hay aquí alguien que ha nacido de un lacayo, ése eres tú; yo no soy ningún lacayo».

—En ningún momento se me ha ocurrido decir, ni muchísimo menos… ¡Qué cosas tiene!

—No hace falta que se disculpe, que yo no me asusto de usted. En su día nací de un lacayo, y ahora me he vuelto un lacayo, igual de lacayo que usted. Nuestro liberal ruso es ante todo un lacayo, que parece estar buscando a alguien para limpiarle las botas.

—¿Qué botas? ¿Qué alegoría es ésa?

—¡No es ninguna alegoría! Veo que se ríe… Con razón dice Stepán Trofímovich que estoy debajo de una roca, aplastado pero no espachurrado, y lo único que hago es contorsionarme; es una buena comparación.

—Stepán Trofímovich asegura que usted se pone como loco cuando habla de los alemanes —dije entre risas—; de todos modos, algo les hemos sacado a esos alemanes.

—Dos *grivny*[133] les hemos sacado, y a cambio les hemos dado cien rublos.

Estuvimos como un minuto en silencio.

—Eso lo cogió él de tanto estar tumbado en América.

—¿Quién? Y ¿qué es lo que cogió?

—Me refería a Kiríllov. Cuatro meses nos pasamos juntos en una cabaña, tirados en el suelo.

—Pero ¿es que estuvieron en América? —dije sorprendido—. Nunca había hablado de eso.

—No hay mucho que contar. Hace un par de años fuimos tres de nosotros en un vapor de emigrantes a Estados Unidos, gastándonos el poco dinero que teníamos, «para experimentar en nuestro pellejo la vida del trabajador americano y verificar de esa manera, a través de la experiencia *personal*, el estado del hombre en

las condiciones sociales más duras». Con ese objetivo viajamos hasta allá.

—¡Dios mío! —Me eché a reír—. Para eso, más les hubiera valido ir a cualquier lugar de nuestra provincia en época de cosecha, para «verificar a través de la experiencia personal», en lugar de largarse a América.

—Entramos a trabajar para un explotador; éramos seis los rusos que tenía contratados: estudiantes, algún propietario que había abandonado sus tierras, hasta oficiales del ejército… Y todos con el mismo objetivo loable. Y vaya si trabajamos, sudamos, sufrimos, acabamos exhaustos; al final, Kiríllov y yo lo dejamos, no podíamos más. A la hora de pagarnos, el explotador para el que trabajábamos nos engañó, y en lugar de los treinta dólares acordados a mí me pagó ocho, y a Kiríllov quince; además, nos dieron más de una paliza. Total que, sin trabajo, Kiríllov y yo nos pasamos cuatro meses seguidos en un poblacho, durmiendo en el suelo; él pensaba en una cosa y yo en otra.

—No me diga que les pegaba el patrón. ¿En América? ¡Lo pondrían a caldo!

—Nada de eso. Al contrario, enseguida Kiríllov y yo comprendimos que «nosotros, los rusos, al lado de los americanos éramos como niños pequeños y era necesario haber nacido en América o, por lo menos, llevar allí muchos años viviendo con americanos para estar a su altura». Es más, cuando nos pedían un dólar por algo que en realidad valía unos centavos, lo pagábamos no solo con gusto, sino con entusiasmo. Ensalzábamos todo: el espiritismo, la ley de Lynch, los revólveres, los vagabundos. Una vez, yendo de viaje, un tipo me metió la mano en el bolsillo, me sacó el cepillo y empezó a peinarse; Kiríllov y yo nos limitamos a intercambiar una mirada y llegamos a la conclusión de que aquello estaba bien y nos parecía estupendo…

—Lo curioso es que esas cosas no solo se nos ocurren, sino que además las hacemos —observé.

—Gente de papel —repitió Shátov.

—Con todo, cruzar el océano en un barco de emigrantes para ir a una tierra desconocida, aunque sea con el objeto de «descubrir a través de la experiencia personal» y todo eso, supone un aguante excepcional… ¿Cómo se las arreglaron para salir de allí?

—Escribí a una persona en Europa, y me mandó cien rublos.

Shátov, según su costumbre, mientras hablaba no despegaba en ningún momento la vista del suelo, incluso cuando se alteraba. Pero en ese momento alzó de pronto la cabeza:

—¿Quiere saber el nombre de esa persona?

—¿Quién es?

—Nikolái Stavroguin.

Se levantó repentinamente, se acercó al escritorio de madera de tilo y se puso a buscar algo. Corría el rumor, vago pero digno de crédito, de que durante un tiempo su mujer había sido amante de Nikolái Stavroguin en París, precisamente hacía un par de años, es decir, cuando Shátov estaba en América. Aunque no es menos cierto que eso había ocurrido mucho después de que ella hubiera abandonado al marido, estando en Ginebra. «Si eso es así, ¿cómo se le ha ocurrido sacar ahora a relucir su nombre, haciendo en él tanto hincapié?», me pregunté.

—Todavía no se los he devuelto —se volvió nuevamente hacia mí, me miró fijamente, se sentó en el mismo sitio de antes, en un rincón, y me preguntó bruscamente, en un tono muy distinto—: Usted, sin duda, habrá venido para algo; ¿qué es lo que quiere?

Inmediatamente se lo conté todo, en estricto orden cronológico, y añadí que, aunque había tenido tiempo de pensar las cosas fríamente después del entusiasmo inicial, cada vez estaba más confuso: me daba cuenta de que tenía que tratarse de algo muy importante para Lizaveta Nikoláievna, y deseaba ayudarla con todas mis fuerzas, pero lo malo era que no solo no sabía cómo cumplir mi promesa, sino que ahora ni siquiera tenía claro qué era lo que le había prometido exactamente. Además, volví a asegurarle, con toda convicción, que a ella en ningún momento se le había pasado por la cabeza la posibilidad de engañarlo, que todo había sido un malentendido y que se había quedado muy dolida por la forma insólita en que él se había marchado aquella mañana.

Shátov me escuchó con mucha atención.

—Es muy posible que, como me pasa tantas veces, haya cometido una estupidez… Pero, si no ha entendido por qué me he marchado de esa manera, entonces… tanto mejor para ella.

Se levantó, se dirigió a la puerta, la entreabrió y se puso a escuchar por la escalera.

—¿Quiere ver usted a esa persona?

—Eso es justo lo que quiero, pero ¿qué tengo que hacer? —Me levanté de un salto, con entusiasmo.

—Sencillamente, vamos a bajar ahora que está sola. Cuando él vuelva, como

se entere de que hemos ido a verla, le va a dar una paliza. A menudo entro a hurtadillas. Antes me peleé con él cuando empezó a zurrarla, como tantas veces.

—No me diga.

—Pues sí; lo aparté de ella tirándolo del pelo; quería pegarme, pero no se atrevió conmigo, y ahí acabó la cosa. Me temo que, si vuelve borracho, se va a acordar de lo ocurrido y la va a moler a palos.

Nos dirigimos sin más al piso de abajo.

V

La puerta de los Lebiadkin estaba cerrada, pero no habían echado la llave, y entramos tranquilamente. Toda la vivienda consistía en dos cuartuchos miserables de cuyas paredes colgaban literalmente tiras de papel mugriento. Durante algunos años había funcionado allí una taberna, hasta que el patrón, Filíppov, se trasladó a una casa nueva. Las restantes habitaciones de lo que había sido la taberna estaban ahora cerradas, y a los Lebiadkin les habían alquilado esas dos. El mobiliario se reducía a unos bancos sencillos y unas mesas de tablas, además de un viejo sillón al que le faltaba un brazo. En la segunda pieza, en un rincón, había una cama con una colcha de percal, donde dormía *mademoiselle* Lebiádkina, porque el capitán se tendía en el suelo, a menudo sin quitarse la ropa. Por todas partes se veían restos de comida, basura y humedad; en medio del suelo del primer cuarto había un pingajo empapado de agua, y justo al lado, en el mismo charco, un viejo zapato gastado. Era evidente que allí nadie se ocupaba de nada; nadie encendía la estufa ni cocinaba; por no haber, no había ni un samovar, como después me contó Shátov. El capitán había llegado con su hermana como un indigente y, según Liputin, al principio, de hecho, iban pidiendo limosna por las casas; pero Lebiadkin se encontró con un dinero inesperado, se dio a la bebida y perdió la cabeza, de modo que no estaba en condiciones de atender la casa.

Mademoiselle Lebiádkina, a la que ansiaba ver, estaba en un rincón de la segunda pieza, tranquila y callada, sentada en un banco, junto a una mesa de tablas. No reaccionó cuando abrimos la puerta, ni tan siquiera se movió del sitio. Shátov me había dicho que nunca cerraban con llave, y alguna vez habían dejado la puerta abierta de par en par toda la noche. A la triste luz de la delgada vela que había en una palmatoria de hierro pude vislumbrar a una mujer de unos treinta años, de una delgadez enfermiza, que llevaba un vestido de algodón viejo y oscuro, con el largo cuello al descubierto y los ralos cabellos morenos recogidos en la nuca, en un moño tan pequeño como el puñito de un crío de dos años. Nos miraba con considerable alegría; además de la palmatoria, tenía en la mesa, delante de ella, un pequeño espejo rústico, una baraja vieja, un ajado libro de canciones y un panecillo blanco alemán al que ya le había dado un par de mordiscos. Se

apreciaba que *mademoiselle* Lebiádkina se empolvaba la cara y se daba colorete, y se pintaba los labios. También se ennegrecía las cejas, que ya eran de por sí largas, finas y oscuras. En la frente, alta y estrecha, se dibujaban con claridad, a pesar del maquillaje, tres largas arrugas, bastante marcadas. Yo ya sabía que era coja, pero aquella vez no se levantó ni dio un paso en nuestra presencia. En otros tiempos, en su primera juventud, aquel rostro demacrado bien pudo haber sido atractivo, y todavía ahora eran admirables sus serenos y amables ojos grises: en su mirada apacible, casi dichosa, había un brillo soñador y sincero. Aquella dicha serena y tranquila, que también se reflejaba en su sonrisa, me sorprendió, después de lo que había oído de la *nagaika* cosaca y de todas las villanías de su hermano. Lo curioso fue que, en lugar de la penosa y hasta cobarde aversión que uno suele experimentar en presencia de esas criaturas maltratadas por Dios, desde el primer momento me resultó casi agradable mirarla, y después no me embargó precisamente un sentimiento de aversión, sino, más bien, de lástima.

—Así se pasa las horas muertas, completamente sola, sin moverse, echando las cartas o mirándose en el espejo —Shátov me la mostró desde el umbral—; su hermano ni siquiera le da de comer. Gracias a Dios, la vieja del pabellón le trae algo de vez en cuando. ¡Cómo pueden dejarla aquí sola con una vela!

Para mi sorpresa, Shátov hablaba en voz alta, como si aquella mujer no estuviera en el cuarto.

—¡Saludos, Shátushka! —dijo *mademoiselle* Lebiádkina en tono cordial.

—Te traigo un invitado, Maria Timoféievna —dijo Shátov.

—Pues sea bienvenido el invitado. No sé quién es este que me has traído, no recuerdo haberlo visto —me miró fijamente desde detrás de la vela, e inmediatamente volvió a dirigirse a Shátov (a mí ya no me hizo ni caso durante el resto de la conversación, era como si yo no estuviera allí a su lado)—: Se conoce que te aburrías dando vueltas ahí solo en tu cuchitril.

Se echó a reír, mostrando dos hileras impecables de dientes.

—Me aburría, pero también me apetecía hacerte una visita.

Shátov arrimó un banco a la mesa, se sentó y me hizo sentarme a su lado.

—A mí charlar me gusta mucho; además me río mucho contigo, Shátushka, eres igual que un monje. ¿Desde cuándo no te peinas? Déjame que te peine —se sacó un peine del bolsillo—; seguro que no te has tocado un pelo desde la última vez que te peiné.

—Si es que no tengo peine —dijo Shátov riéndose.

—¿De veras? Pues te voy a regalar uno mío; no éste, otro; pero recuérdamelo.

Se puso a peinarle con cara muy seria, incluso le hizo la raya en un lado; se echó un poco para atrás, para comprobar si le quedaba bien, y volvió a guardarse el peine en el bolsillo.

—¿Sabes una cosa, Shátushka? —dijo, sacudiendo la cabeza—. Puede que seas un hombre sensato, pero te aburres. Se me hace muy raro cuando os veo; no entiendo cómo puede aburrirse así la gente. La pena no es lo mismo que el aburrimiento. Yo soy feliz.

—¿También cuando está tu hermano?

—¿Lo dices por Lebiadkin? Ése es mi lacayo. Y me da lo mismo que esté o que no esté. Le grito: «Lebiadkin, tráeme agua, Lebiadkin, acércame los zapatos», y él viene corriendo; a veces no puedo evitar reírme de él.

—Y eso es así, ni más ni menos —Shátov volvió dirigirse a mí, en voz alta y sin miramientos—; lo trata igual que a un lacayo; yo mismo he oído cómo le gritaba: «Lebiadkin, dame agua», y se reía a carcajadas; con la diferencia de que él no acude corriendo, sino que le da una paliza. Pero ella no le tiene ningún miedo. Casi todos los días sufre ataques nerviosos, y pierde la memoria, así que después no se acuerda de nada de lo que acaba de pasarle, y siempre está hecha un lío con la hora. Usted pensará que se acuerda de cuando entramos; puede ser, pero lo más probable es que ya lo haya cambiado todo a su gusto y que ahora mismo nos tome por otras personas distintas de las que somos, aunque también puede que sepa que yo soy Sátushka. No pasa nada porque hable alto, porque enseguida deja de escuchar a la gente y se sumerge en sus sueños; y vaya si se sumerge. Es una soñadora increíble; se pasa ocho horas sin moverse del sitio, cuando no es el día entero. Fíjese en ese panecillo, a lo mejor desde esta mañana solo le ha dado un bocado, y le va a durar hasta mañana. Mire, ahora está echando las cartas…

—Siempre estoy echando las cartas, Shátushka, pero el caso es que no me sale bien —observó Maria Timoféievna, que había oído las últimas palabras, y sin mirar alargó la mano izquierda al panecillo (también, posiblemente, porque lo había oído mencionar). Al final lo cogió, pero, después de tenerlo un rato en la mano, absorta en la conversación, volvió a depositarlo en la mesa sin darse ni cuenta, y sin haberle dado un solo bocado—. Siempre me salen las mismas cosas: un viaje, un hombre malvado, una traición, un lecho de muerte, una carta remitida desde no sé dónde, unas noticias imprevistas… tonterías, Shátushka, ¿a ti qué te parece? Si la gente miente, ¿cómo no van a mentir las cartas? —De repente, se puso a barajar—. Eso fue lo que le dije una vez a la madre Praskovia, una mujer muy venerable que siempre venía a mi celda para que le echara las cartas, a escondidas de la madre superiora. Y no solo ella. Exclamaban, sacudían la cabeza, no paraban

de hablar, y yo venga a reírme: «¿Cómo espera que le llegue una carta, madre Praskovia —le pregunté—, si en doce años no ha recibido ni una?». A una hija suya se la había llevado el marido a Turquía, y en doce años no había tenido noticias de ella. El caso es que al día siguiente, ya tarde, estaba tomando el té con la madre superiora (era princesa de nacimiento) y con una señora que estaba de paso, una mujer muy fantasiosa, y además había un monjecillo llegado del monte Athos, un hombre muy ocurrente, a mi entender. Pues para que veas, Shátushka, esa misma mañana el monjecillo aquel le había traído a la madre Praskovia una carta de su hija desde Turquía… (Mira, ahora ha salido el *valet* de diamantes). ¡Menuda sorpresa! Total, que allí estábamos tomando el té, cuando el monjecillo de Athos va y le dice a la madre superiora: «Por encima de todo, reverenda madre, el Señor ha bendecido vuestro convento haciendo que se encuentre en su seno tan preciado tesoro». «Y ¿qué tesoro es ése?», pregunta la madre superiora. «La beata madre Lizaveta». Esta beata Lizaveta vivía empotrada en el muro del convento, en una jaula de un *sazhen*[134] de largo por dos *arshiny*[135] de alto, y allí llevaba, detrás de una reja de hierro, diecisiete años, vestida con un humilde camisón de cáñamo en invierno y en verano, y siempre estaba punzándose el camisón con una pajita, o con un palillo, o con lo primero que tuviera a mano, sin decir una sola palabra, sin peinarse, sin lavarse en esos diecisiete años. En invierno le metían en la jaula una pelliza y le daban a diario un mendrugo de pan y un jarro de agua. Los peregrinos la miraban, exclamaban, suspiraban y dejaban sus donativos. «Menudo tesoro —respondió la madre superiora (enfadada, porque no le gustaba Lizaveta)—; Lizaveta está ahí únicamente por despecho, por pura obstinación, y es todo hipocresía». No me gustó lo que dijo; por entonces, yo también tenía ganas de encerrarme. «Pues, en mi opinión —dije—, Dios y la naturaleza son la misma cosa». Me respondieron, todos a una: «¡Qué cosas dices!». La madre superiora se echó a reír, le comentó algo al oído a la señora, me llamó a su lado, me acarició, y la señora me regaló una cinta rosa. Si quieres, te la enseño. El caso es que el monje empezó a echarme un sermón, y hablaba de un modo tan agradable, con tanta humildad, y tan sabiamente, me imagino. Yo estaba ahí escuchándole. «¿Has entendido?», me pregunta. «No —le digo—, no he entendido una palabra, y haga el favor de dejarme en paz». Así que desde entonces me dejaron tranquila, Shátushka. Y, a todo esto, una hermana lega, ya mayor, que vivía como penitente en nuestro convento por haberse dedicado a profetizar, una vez me preguntó en voz baja, a la salida de la iglesia: «¿Qué es la madre de Dios? ¿Qué piensas tú?». «Es la gran madre —le respondo—, la esperanza del género humano». «Eso es —dice—, la madre de Dios es la gran madre tierra, y en ello se encierra una gran alegría para el hombre. Y toda pena terrena y toda lágrima terrena es motivo de regocijo para nosotros; y cuando empapes con tus lágrimas la tierra que hay bajo tus pies, hasta una hondura de medio *arshín*, en ese mismo instante todo te hará dichosa, y ya no habrá más penas para ti. Ésa es —me dice— la profecía». Aquellas palabras se me quedaron grabadas. Desde entonces, cuando rezo me inclino hasta el suelo, y nunca me olvido de besar la tierra, la beso y me echo a llorar. Y mira lo que te digo, Shátushka: no hay nada malo en esas lágrimas. Y, aun suponiendo que no haya en ti ninguna pena, tus lágrimas, igualmente, brotarán de puro gozo. Las

lágrimas brotan por sí solas, ésa es la pura verdad. A veces me acercaba a la orilla del lago: a un lado estaba nuestro convento, al otro el monte Óstraia[136], así llaman a ese monte. Subía a la montaña, volvía el rostro hacia el oriente, caía en tierra y lloraba, y ya no recuerdo cuánto tiempo me pasaba llorando, no recordaba nada entonces y no sabía nada. Luego me levantaba, dispuesta a regresar, y el sol se estaba poniendo, tan grande, tan radiante, tan glorioso; ¿te gusta mirar al sol, Shátushka? Es bonito, y también triste. Me volvía otra vez hacia el oriente, y la sombra de nuestra montaña corría como una flecha por el lago, fina y larga, muy larga, de una versta de largo, y llegaba hasta la isla del lago, cortando esa isla rocosa por la mitad, y, cuando la cortaba por la mitad, el sol acababa de ponerse y todo se volvía oscuro de repente. Entonces me ponía muy triste, y empezaba de pronto a recordarlo todo; me da miedo la oscuridad, Shátushka. Pero sobre todo lloraba por mi niño…

—¿Es que tuviste un niño? —Shátov, que había estado escuchando todo el rato con enorme atención, me dio un codazo.

—Sí, claro: pequeñito, sonrosado, con esas uñitas tan menudas, y mi única pena es que no puedo recordar si era niño o niña. Unas veces lo recuerdo como un niño, otras como una niña. Y, cuando di a luz, lo primero que hice fue envolverlo en batista y encajes, lo fajé con cintas rosadas, lo cubrí de flores, lo dejé preparado, le recé una oración y, aún sin bautizar, me lo llevé por el bosque; a mí el bosque me da mucho miedo, estaba muy asustada, pero lloraba, sobre todo, porque había tenido el niño y no conocía varón.

—A lo mejor había un hombre —preguntó Shátov con cautela.

—Qué gracia me haces, Shátushka, con tus razonamientos. Puede que sí, que lo hubiera, pero ¿qué más da que lo hubiera o no, si es igual que si no lo hubiera habido? ¡Ahí tienes un acertijo bien fácil! ¡Anda, resuélvelo! —dijo riendo.

—¿Adónde te llevaste a tu criatura?

—A un estanque —respondió con un suspiro.

Shátov volvió a darme con el codo.

—Y ¿si resulta que nunca tuviste un niño y todo eso no son más que delirios tuyos?

—Me haces una pregunta difícil, Shátushka —respondió pensativa, sin sorprenderse lo más mínimo de semejante pregunta—. No puedo decirte nada; quizá no lo tuviera. Yo creo que eso es solo curiosidad tuya. De todos modos, no paro de llorarlo, ¿cómo voy a haberlo visto solo en sueños? —Y unas gruesos lagrimones brillaron en sus ojos—. Shátushka, Shátushka, ¿es verdad que te dejó tu

mujer? —De improviso, le puso las dos manos en los hombros y lo miró con lástima—. No te enfades, yo también me encuentro muy mal. No sabes el sueño que he tenido, Shátushka: viene él otra vez, me hace una seña y me llama: «¡Gatita —me dice—, gatita mía, ven aquí conmigo!». Sobre todo, lo de «gatita» me ha alegrado mucho. «Me quiere», he pensado.

—A lo mejor vuelve de verdad —murmuró Shátov, a media voz.

—No, Shátushka, solo es un sueño… No va a volver en la vida real. No sé si conoces esa canción:

No necesito yo ningún palacio,

esta pequeña celda es suficiente.

En ella moraré para salvarme

y rogaré sin falta a Dios por ti.

»Ay, Shátushka, Shátushka, querido mío, ¿cómo es que nunca me preguntas nada?

—Porque no me dices nada, por eso no te pregunto.

—Ni te lo pienso decir; ya puedes degollarme, que no te lo voy a decir —se apresuró a contestar—; quémame si quieres, que no te lo voy a decir. Por mucho que sufra, no pienso decir nada, ¡la gente no se va a enterar!

—Ya lo ves, cada uno tiene lo suyo —dijo Shátov, en voz aún más baja y agachando la cabeza cada vez más.

—Pero, si me lo preguntaras, tal vez te lo diría; ¡tal vez te lo diría! —repitió en tono exaltado—. ¿Por qué no preguntas? Pregunta, pregúntamelo como es debido, Shátushka, y puede que te diga algo; ruégame, Shátushka, para que pueda estar de acuerdo… ¡Shátushka, Shátushka!

Pero Shátushka no decía nada, y todos guardamos silencio un minuto. Las lágrimas corrían dulcemente por el rostro empolvado de la mujer; estaba sentada, con las manos apoyadas en los hombros de Shátov, pero ya sin mirarlo.

—Bah, eso no es cosa mía, y además es pecado. —Shátov se levantó del banco de repente—. ¡Vamos, levántese! —Tiró irritado del banco en que estábamos sentados y lo colocó donde estaba antes—. Cuando venga, más vale que no se dé cuenta; ya es hora de que nos vayamos.

—¡Ay, siempre estás hablando de mi lacayo! —Maria Timoféievna se echó a reír—. ¡Qué miedo le tienes! Bueno, adiós, queridos invitados. Pero escucha un momento lo que te voy a decir. Hace un rato vino ese Nílych con Filíppov, el casero, el de la barba pelirroja, justo cuando mi hermano iba a pegarme. Entonces el casero lo agarró y lo arrastró por el cuarto, mientras mi hermano gritaba: «¡Yo no tengo la culpa, estoy pagando por otro!». ¿Querrás creer que todos los que estábamos nos desternillábamos de risa?

—Eh, Timofevna[137], que he sido yo, no el de la barba pelirroja; yo te lo he quitado de encima hace un rato, tirándolo del pelo; el casero vino hace un par de días a echaros una bronca, estás confundida.

—Espera, puede que esté yo confundida, o puede que lo estés tú. Total, no vale la pena reñir por estas bobadas; seguro que a él le da igual quién es el que lo arrastra —dijo, y se echó a reír.

—Vamos —Shátov, de repente, tiró de mí—, he oído chirriar la puerta de la calle; como nos encuentre aquí, le da una paliza.

Apenas tuvimos tiempo de subir corriendo la escalera, cuando se oyó a un borracho en el portal dando voces y despachándose con una sarta de juramentos. Shátov me hizo entrar en su casa y echó el cerrojo de la puerta.

—Tendrá que esperar un rato si no quiere problemas. Ya lo está oyendo, chilla como un gorrino, seguro que ha vuelto a tropezar en el umbral; siempre acaba por los suelos.

Pero no hubo manera de evitar los problemas.

VI

Shátov se había quedado de pie al lado de la puerta, escuchando lo que pasaba en la escalera; de pronto, se apartó de un salto.

—Viene para acá, ¡lo sabía! —susurró con rabia—. Ahora no nos vamos a librar de él hasta la medianoche.

Se oyeron unos puñetazos tremendos en la puerta.

—¡Shátov, Shátov, abre! —bramó el capitán—. ¡Shátov, amigo!…

He venido a saludarte

y a decirte que es de día,

y que los r-r-rayos de sol

en el bosque r-r-resplandecen.

Que sepas que estoy despierto

—¡que te lleven los diablos!—,

despierto bajo las r-r-ramas…

»¡Como si son varas de mimbre, ja, ja!

El pájaro… está sediento.

Te diré que voy a beber,

a beber ¡no sé ni qué!

»Bueno, ¡al diablo con esa estúpida curiosidad! ¡No sé si te das cuenta, Shátov, de lo maravilloso que es vivir en este mundo!

—No conteste —volvió a susurrarme Shátov.

—¡Que abras de una vez! ¿No comprendes que hay algo que está por encima de las rencillas entre los seres humanos? Hay momentos en la vida de todo hombre hon-ra-do… Shátov, yo soy bueno; te perdono… Shátov, al diablo con los manifiestos, ¿eh?

Silencio.

—¿Es que no entiendes, borrico, que estoy enamorado y me he comprado un frac? Míralo, éste es el frac del amor, quince rublos; el amor de un capitán exige buenos modales… ¡Abre! —rugió de pronto como un salvaje y volvió a aporrear la puerta con furia.

—¡Vete al diablo! —gritó Shátov repentinamente.

—¡Es-s-sclavo! Esclavo servil, y tu hermana una esclava y una sierva… ¡la-ladrona!

—Y tú vendiste a tu hermana.

—¡Mientes! Y tener que aguantar esa infamia, cuando con una sola palabra podría… ¿Es que no entiendes quién es ella?

—¿Quién? —Shátov, de pronto, se acercó a la puerta con curiosidad.

—Pero ¿es que no lo entiendes?

—Tú dime quién es y lo entenderé.

—Pues ¡voy a decirlo! ¡Siempre me he atrevido a hablar en público!…

—Bah, ya veremos si te atreves —Shátov intentaba provocarlo, y me hizo un gesto con la cabeza para que escuchara.

—¿Que no me atrevo?

—Yo digo que no te atreves.

—¿Que no me atrevo?

—Pues habla, si es que no temes la vara del amo… ¡Serás capitán, pero eres un cobarde!

—Yo… yo… ella… ella es… —balbuceó el capitán con voz agitada y temblorosa.

—¿Y bien? —Shátov pegó el oído a la puerta.

Siguió un silencio que no duró menos de medio minuto.

—¡Canallaaa! —se oyó por fin al otro lado de la puerta, y el capitán se batió en retirada apresuradamente, escaleras abajo, resoplando como un samovar y tropezando estruendosamente en cada escalón.

—No, es muy astuto, y no confesará ni aunque esté borracho.

Shátov se apartó de la puerta.

—¿De qué se trata? —pregunté.

Shátov sacudió la mano, abrió la puerta y se puso otra vez a escuchar si había ruido en la escalera; estuvo escuchando un buen rato, y hasta bajó unos cuantos escalones con suma precaución. Finalmente volvió.

—No se oye nada —dijo—, no la está sacudiendo; eso es que se ha quedado dormido nada más llegar. Ya es hora de que se vaya usted.

—Dígame, Shátov, ¿qué conclusión debería sacar yo ahora de todo esto?

—¡Ah, saque la conclusión que le dé la gana! —contestó con voz de cansancio y fastidio, y se sentó a su escritorio.

Me marché. Una idea inverosímil iba arraigando, cada vez con más vigor, en mi cabeza. Pensaba con angustia en el día siguiente…

VII

El «día siguiente», esto es, el domingo en que había de decidirse para siempre la suerte de Stepán Trofímovich, fue uno de los más notables de mi crónica. Fue un día de sorpresas, un día en el que se resolvieron viejos dilemas y se plantearon otros nuevos, un día de tajantes explicaciones y perplejidades aún mayores. Por la mañana, como ya sabe el lector, me había comprometido a acompañar a mi amigo a casa de Varvara Petrovna, por petición expresa de ésta, y a las tres de la tarde tenía que presentarme en casa de Lizaveta Nikoláievna para decirle a saber qué y para ayudarla a saber cómo. Y, sin embargo, todo terminó de un modo imprevisto. En definitiva, fue un día de extraordinarias coincidencias.

Lo primero que ocurrió fue que, cuando Stepán Trofímovich y yo llegamos a casa de Varvara Petrovna a las doce en punto, como ella misma nos había indicado, no la encontramos en casa; aún no había vuelto de misa. Mi pobre amigo tenía tal estado de ánimo —o, más bien, de desánimo— que esta circunstancia lo dejó anonadado: se desplomó exánime en un sillón del recibidor. Le ofrecí un vaso de agua; pero, a pesar de su palidez y hasta del temblor de sus manos, lo rechazó con dignidad. Por cierto, en esta ocasión su atuendo destacaba por una elegancia desacostumbrada en él: camisa bordada de batista, más propia de un baile, corbata blanca, sombrero nuevo que sujetaba en las manos, flamantes guantes de color pajizo y hasta unas gotitas de perfume. Nada más sentarnos, entró Shátov, precedido por el mayordomo: era evidente que también había sido invitado de manera oficial. Stepán Trofímovich hizo ademán de levantarse para ofrecerle su mano, pero Shátov, después de escrutarnos a los dos con la mirada, se sentó en un rincón, sin hacernos siquiera un simple gesto con la cabeza. Stepán Trofímovich volvió a mirarme con aprensión.

Así transcurrieron algunos minutos, en profundo silencio. Stepán Trofímovich empezó a susurrarme algo a toda prisa, pero apenas le entendí; además, nervioso como estaba, él mismo se interrumpió. Nuevamente entró el mayordomo, supuestamente a arreglar algo que había en una mesa, aunque lo más probable es que quisiera echarnos una vistazo. De repente Shátov se dirigió a él, preguntándole en voz alta:

—Alekséi Yegórych, ¿sabe usted si Daria Pávlovna ha ido con la señora?

—Varvara Petrovna ha ido sola a la catedral, señor; Daria Pávlovna ha

preferido quedarse en su habitación, porque estaba algo indispuesta —informó Alekséi Yegórych en tono oficial y edificante.

Mi pobre amigo volvió a cambiar conmigo una mirada tan fugaz y alarmada que acabé volviéndole la espalda. De pronto se oyó el chirrido de un carruaje junto al portalón de entrada, y un ajetreo lejano en la casa nos anunció que la dueña estaba de vuelta. Todos nos levantamos de improviso, pero nos aguardaba aún una nueva sorpresa: se oyó el rumor de un sinfín de pasos, señal de que la dueña no había vuelto sola, lo cual, en verdad, resultaba un tanto extraño, pues ella misma nos había citado a aquella hora. Finalmente oímos entrar a alguien precipitadamente, casi a la carrera, cosa que no cabía esperar de Varvara Petrovna. Y de repente irrumpió en la estancia como una exhalación, sofocada y presa de una extraordinaria agitación. A continuación, un poco por detrás y bastante más tranquila, entró Lizaveta Nikoláievna, y con ella, del brazo, ¡Maria Timoféievna Lebiádkina! No lo habría creído ni en sueños.

Para explicar esta aparición inesperada, es preciso retroceder una hora y contar con detalle un extraordinario episodio vivido por Varvara Petrovna en la catedral.

En primer lugar, en la misa matinal se había congregado casi toda la ciudad: entiéndase, la capa superior de nuestra sociedad. Se sabía que, por primera vez desde su llegada, iba a asistir la mujer del gobernador. Mencionaré que ya circulaban rumores según los cuales era librepensadora y partidaria de los «nuevos principios». Todas las damas tenían noticia, además, de que la gobernadora iría vestida con un lujo y una elegancia poco comunes; por eso mismo, el atuendo de nuestras damas se distinguía en esta ocasión por su refinamiento y esmero. Únicamente Varvara Petrovna apareció, como era su costumbre, modestamente vestida, de luto riguroso; así venía haciéndolo invariablemente los últimos cuatro años. Una vez en la catedral, ocupó su sitio habitual, en la primera fila de la izquierda, y un lacayo vestido de librea le colocó delante un cojín de tercipelo a modo de reclinatorio. Nada nuevo, en definitiva. No obstante, los fieles pudieron reparar en que aquel día, durante todos los oficios, Varvara Petrovna parecía rezar con un fervor poco común; más tarde, recordando lo ocurrido, llegarían a afirmar que tenía lágrimas en los ojos. Por fin concluyó la misa, y nuestro protopresbítero[138], el padre Pável, salió a pronunciar un solemne sermón. Sus sermones eran del agrado de la gente; es más, muchos tratábamos de animarlo a que los publicase, pero él no acababa de decidirse. En esta ocasión la prédica se alargó más de la cuenta.

Durante el sermón llegó a la catedral una señora en un *drozhki*[139] de alquiler a la antigua usanza, o sea, uno de aquellos en los que las señoras solo podían ir sentadas de lado, agarradas al cinto del cochero y balaceándose a cada sacudida del vehículo cual brizna de hierba mecida por el viento. Tales armatostes circulan todavía por nuestra ciudad. Tras detenerse en una esquina de la catedral —pues ya

había junto a la entrada numerosos carruajes e incluso policías a caballo—, la dama se apeó del *drozhki* y le entregó al cochero cuatro kopeks de plata.

—¡No me irás a decir que no llega con eso, Vania! —exclamó la señora, viendo la cara que le ponía el cochero—. Es todo lo que tengo —añadió en tono quejumbroso.

—Bueno, da igual; tampoco habíamos ajustado el precio.

El cochero hizo un gesto de resignación y la miró como pensando: «Además, sería un pecado aprovecharse de alguien como tú». A continuación, guardándose entre la ropa el bolsito de cuero, arreó el caballo y echó a andar, entre las pullas de los demás cocheros estacionados por allí. Las chanzas, y hasta las muestras de asombro, acompañaron también a la dama mientras se abría paso hasta el atrio de la catedral entre carruajes y lacayos que aguardaban la inminente salida de sus amos. Todos ellos, de hecho, encontraban sorprendente e insólita la repentina presencia de una persona así, salida de no se sabe dónde, en plena calle, entre la gente. Aquella mujer estaba demacrada y cojeaba al andar; iba maquillada y pintada con exageración; el cuello, muy largo, lo llevaba enteramente al desnudo, sin pañuelo ni esclavina; apenas la cubría un viejo vestido oscuro, a pesar de que el día de septiembre, aunque despejado, era frío y ventoso; tenía la cabeza descubierta, con el pelo recogido en la nuca en un moño diminuto, en cuyo lado derecho llevaba prendida una rosa artificial, de esas que se usan para adornar los querubines del Domingo de Ramos. Precisamente la misma víspera, en casa de Maria Timoféievna, había visto yo, en el rincón de los iconos, uno de esos querubines con una corona de rosas de papel. Y, como toque final, aunque la mujer marchaba con la vista baja, en señal de modestia, exhibía en su rostro, al mismo tiempo, una sonrisa alegre y maliciosa. Si se hubiera demorado un solo instante, muy posiblemente le habrían vedado el acceso a la catedral… Pero pudo entrar sin ser notada y, una vez dentro del templo, fue abriéndose paso con discreción.

Aunque el sermón aún estaba mediado y la compacta multitud que abarrotaba el templo escuchaba absorta y en silencio, algunos ojos, curiosos y asombrados, se volvieron hacia la recién llegada. Ésta se postró en el entarimado de la iglesia, inclinando hasta el suelo la cara empolvada; estuvo largo rato así tendida, llorando, al parecer; pero, cuando alzó de nuevo la cabeza y se incorporó, no tardó en recobrar su buen humor. Alegremente, se diría que con gran satisfacción, empezó a pasear la vista por los rostros de los fieles y por los muros de la catedral. Se fijaba con especial curiosidad en las otras damas, poniéndose incluso de puntillas a tal fin, y en dos ocasiones incluso se rió, con una risita un tanto extraña. Pero el sermón llegó a su fin, y sacaron la cruz. La gobernadora se acercó a besarla antes que nadie, mas apenas había dado unos pasos cuando se detuvo, con el propósito evidente de cederle el paso a Varvara Petrovna, que, por su parte, avanzaba derecha hacia la cruz, sin reparar en si tenía alguien delante. La deferencia insólita de la gobernadora suponía, sin duda, un desaire tan manifiesto

como, a su modo, sutil; así lo entendió todo el mundo, y así lo entendería también, seguramente, la propia Varvara Petrovna. Pero, aparentemente sin fijarse en nadie y con el mismo aire imperturbable de dignidad, besó la cruz y acto seguido se encaminó hacia la salida. El lacayo de librea le iba abriendo camino, aunque la muchedumbre ya se iba apartando en cualquier caso. Pero junto a la misma entrada, en el atrio de la catedral, la masa de fieles allí congregada por un momento le impidió avanzar. Varvara Petrovna se detuvo, y de repente aquella extraña criatura, aquella mujer estrafalaria con la rosa de papel en la cabeza, abriéndose paso entre el gentío, llegó hasta ella y cayó de rodillas a sus pies. Varvara Petrovna, que no perdía fácilmente la compostura, y menos aún en público, la miró con aire grave y severo.

Me apresuro a hacer notar, con la mayor brevedad posible, que Varvara Petrovna, aunque en los últimos años, según se decía, se había vuelto ahorradora en exceso y aun algo tacaña, no escatimaba cuando se trataba de contribuir a obras de caridad. Era miembro de una sociedad benéfica de la capital. En un año reciente de hambruna[140] había enviado a San Petersburgo, al comité encargado de recoger fondos para los afectados, la suma de quinientos rublos, y ese gesto había dado que hablar en la ciudad. Últimamente, poco antes del nombramiento del nuevo gobernador, había andado cerca de fundar un comité local de damas para socorrer a las parturientas más pobres tanto de la ciudad como de la provincia. Muchos en la ciudad la tachaban de ambiciosa, pero la notoria impetuosidad del carácter de Varvara Petrovna, unida a su perseverancia, estuvieron a punto de vencer los obstáculos; la sociedad ya estaba casi constituida, y la idea original iba ganando en amplitud en la cabeza entusiasta de la fundadora: ya soñaba con la creación de un comité similar en Moscú y con la extensión gradual de su actuación por todas las provincias. Pero he aquí que con el inopinado cambio de gobernador el proyecto había quedado en suspenso; y la nueva gobernadora, según se decía, ya se había apresurado a hacer en sociedad algunos comentarios mordaces, aunque, sin duda, precisos y atinados, a propósito de la ineficacia de la idea fundamental de semejante comité, comentarios que, debidamente edulcorados, como es natural, ya le habían sido trasladados a Varvara Petrovna. Solo Dios conoce las profundidades del corazón, pero me imagino que esta vez Varvara Petrovna se detendría con cierta satisfacción en el atrio de la catedral, sabiendo que por delante de ella tendría que pasar de un momento a otro la gobernadora, seguida del conjunto de los fieles. «Que vea con sus propios ojos lo poco que me importa lo que pueda pensar y cómo me río de los chistes que se le ocurra hacer sobre la vanidad de mi obra benéfica. ¡Que se fastidie todo el mundo!».

—¿Qué hay, querida? ¿Qué se le ofrece? —Varvara Petrovna miró con más atención a aquella mujer que estaba delante de ella, rezando de rodillas.

Ésta, por su parte, la miró con ojos extremadamente tímidos y vergonzosos, pero casi reverentes; de buenas a primeras, rompió a reír con la misma risita extraña de antes.

—¿Qué quiere? ¿Quién es? —Varvara Petrovna paseó la mirada, apremiante e inquisitiva, por la gente que tenía a su alrededor.

Nadie dijo nada.

—¿Ha sufrido usted alguna desgracia? ¿Necesita ayuda?

—Necesito… He venido… —farfulló la «infeliz» con la voz entrecortada por los nervios—. Solo quería besarle a usted la mano… —Y volvió a soltar aquella risita. Con esa mirada zalamera que ponen los niños cuando quieren algo, se inclinó hacia delante para coger la mano de Varvara Petrovna, pero pareció sobresaltarse y retiró de pronto las suyas.

—¿Ha venido solo a eso? —dijo Varvara Petrovna con una sonrisa compasiva, y acto seguido se sacó del bolso su monedero de nácar, cogió un billete de diez rublos y se lo tendió a la desconocida. Ésta lo tomó. Varvara Petrovna mostraba un gran interés, y no parecía considerar a la desconocida una mendiga vulgar y corriente.

—Mira, le ha dado diez rublos —comentó alguien entre la multitud.

—Permítame besarle la mano —balbuceó la «infeliz», sujetando fuerte con los dedos de la mano izquierda el extremo del billete de diez rublos, agitado por el viento. Varvara Petrovna frunció ligeramente el ceño y alargó la mano con el semblante serio, casi severo; la mujer se la besó con devoción. Su mirada agradecida brilló de emoción. Justo en ese momento llegó la gobernadora, seguida por un nutrido cortejo de ilustres damas y altos funcionarios. La gobernadora, muy a su pesar, no tuvo más remedio que detenerse unos instantes entre el gentío; muchas otras personas la imitaron.

—Está usted temblando, ¿tiene frío? —observó de pronto Varvara Petrovna y, desprendiéndose de su esclavina, que un lacayo cogió al vuelo, se quitó de los hombros su costoso chal negro y con sus propias manos envolvió el cuello desnudo de la mujer, que seguía de rodillas ante ella.

—Pero ¡levántese! ¡Póngase de pie, se lo ruego!

La mujer se levantó.

—¿Dónde vive usted? A ver, ¿es que nadie sabe dónde vive esta mujer? —Varvara Petrovna volvió a mirar a su alrededor con impaciencia. Pero las personas ya no eran las mismas; ahora solo había caras conocidas, miembros de la alta sociedad que estaban contemplando la escena. Algunos asombrados, con un gesto adusto; otros con curiosidad malsana, y con un deseo inocente de asistir a un pequeño escándalo; otros, por último, al borde de la hilaridad.

—Me parece que es hermana de Lebiadkin, señora —apareció por fin un buen hombre capaz de dar respuesta a la pregunta de Varvara Petrovna; se trataba de Andréiev, respetable y muy estimado comerciante; llevaba gafas, tenía barba gris y vestía a la rusa, con un sombrero de copa que en esos momentos sujetaba en la mano—; viven en casa de Filíppov, en la calle Bogoiavlénskaia.

—¿Lebiadkin? ¿En casa de Filíppov? Me suena de algo… Se lo agradezco, Nikon Semiónych, pero ¿quién es ese Lebiadkin?

—Se hace llamar capitán, y hay que decir que es un sujeto muy poco escrupuloso. Y ésta, ahora ya estoy seguro, es su hermana. Es de suponer que ha eludido su vigilancia —dijo Nikon Semiónych bajando la voz, y le dirigió a Varvara Petrovna una mirada cargada de significado.

—Entiendo; se lo agradezco, Nikon Semiónych. ¿Es usted, querida mía, la señora Lebiádkina?

—No, no soy Lebiádkina.

—Pero tal vez Lebiadkin sea su hermano…

—Lebiadkin es mi hermano.

—Vamos a hacer lo siguiente, querida; va a venirse conmigo a mi casa, y desde allí la llevarán a la suya. ¿Quiere usted venir conmigo?

—¡Ay, sí, claro que quiero! —dijo la señora Lebiádkina, juntando las manos.

—¡Tía, tía! ¡Lléveme también a mí! —se oyó de pronto la voz de Lizaveta Nikoláievna.

Hay que aclarar que Lizaveta Nikoláievna había asistido a misa en compañía de la gobernadora, y que entretanto Praskovia Ivánovna había salido, por recomendación del médico, a dar un paseo en coche, y para distraerse se había llevado a Mavriki Nikoláievich. De improviso Liza se había apartado de la gobernadora y había ido corriendo a reunirse con Varvara Petrovna.

—Querida, ya sabes que yo estoy encantada de tenerte a mi lado, pero ¿qué va a decir tu madre? —empezó a decir con gravedad Varvara Petrovna, pero se calló, desconcertada, al advertir en Liza una agitación inusitada.

—Tía, tía, tengo que ir con usted sin falta —imploraba Liza, besando a Varvara Petrovna.

—*Mais qu'avez vous donc, Lise!*[141] —dijo la gobernadora con evidente

asombro.

—Ay, disculpe, querida, *chère cousine*[142], voy a casa de mi tía. —Liza se volvió rápidamente hacia su *chère cousine*, desagradablemente sorprendida, y le dio dos besos.— Y dígale también a *maman* que venga enseguida a buscarme a casa de la tía. *Maman* quería acercarse a verla sin falta, sin falta; ella misma me lo dijo esta mañana; me había olvidado de avisarla —prosiguió Liza, muy agitada—; lo siento, no se enfade, *Julie… chère cousine…* ¡Tía, ya estoy lista!… Tía, si no me lleva usted, echo a correr detrás del carruaje, dando gritos como una descosida —le dijo a toda prisa, desesperada, a Varvara Petrovna, hablándole al oído; por suerte, nadie más la oyó.

Varvara Petrovna dio un paso atrás y escrutó con la mirada a la enloquecida joven. Esa mirada resultó decisiva: finalmente, resolvió llevar consigo a Liza.

—¡Esto se tiene que acabar! —se le escapó—. Muy bien, Liza, te llevo encantada —y enseguida añadió en voz alta—; siempre y cuando, como es natural, Yulia Mijáilovna esté de acuerdo en dejarte escapar —dijo, volviéndose hacia la gobernadora y mirándola con llaneza y con sincera dignidad.

—Pues ¡claro, no faltaba más! No quiero privarla de ese placer, más aún cuando yo misma… —murmuró de pronto Yulia Mijáilovna con inesperada amabilidad— yo misma… sé qué cabecita tan fantasiosa y autoritaria descansa sobre esos hombros…

Yulia Mijáilovna sonrió de un modo seductor.

—Le estoy enormemente agradecida —contestó Varvara Petrovna, con una inclinación cortés y ceremoniosa.

—Y me complace especialmente —prosiguió Yulia Mijáilovna, poco menos que extasiada, ruborizándose de la agradable emoción que sentía—, porque, aparte de la satisfacción de acompañarla, Liza se siente conmovida por un sentimiento tan hermoso, tan elevado, me atrevo a decir… de compasión… —dirigió una mirada a la «infeliz»— y… en el atrio mismo del templo…

—Estas consideraciones la honran a usted —dijo Varvara Petrovna con magnanimidad.

En un gesto impulsivo, Yulia Mijáilovna le tendió la mano, y Varvara Petrovna, sin pensárselo dos veces, la rozó con sus dedos. La impresión general fue magnífica, los rostros de algunos de los presentes brillaron de satisfacción y hubo algunas sonrisas dulces y complacientes.

En definitiva, toda la ciudad pudo ver con claridad que no había sido Yulia

Mijáilovna la que había desairado hasta entonces a Varvara Petrovna resistiéndose a visitarla, sino que, contrariamente, la propia Varvara Petrovna «había guardado las distancias con Yulia Mijáilovna, la cual, si hubiera hecho falta, no habría vacilado en ir a pie a visitarla siempre y cuando hubiera tenido la certeza de que Varvara Petrovna la iba a recibir». El prestigio de Varvara Petrovna creció como la espuma.

—Suba, querida. —Varvara Petrovna le señaló a *mademoiselle* Lebiádkina el carruaje que acababa de llegar; la «infeliz» corrió, radiante de alegría, hasta la portezuela, donde un lacayo la ayudó a subir.

—¿Cómo? ¿Cojea usted? —gritó Varvara Petrovna aterrorizada y poniéndose pálida. (Todo el mundo se dio cuenta, pero entonces nadie comprendió…).

El coche echó a andar hacia casa de Varvara Petrovna, situada muy cerca de la catedral. Liza me contó más tarde que Lebiádkina se había reído histéricamente los tres minutos que duró el trayecto, mientras Varvara Petrovna iba sumida «en una especie de sueño magnético», en palabras de la propia Liza.

Capítulo V. La serpiente sabia

I

Varvara Petrovna hizo sonar la campanilla y se desplomó en el sillón que había junto a la ventana.

—Siéntese ahí, querida mía. —Le señaló a Maria Timoféievna un asiento en medio del cuarto, cerca de una gran mesa redonda—. Stepán Trofímovich, ¿qué significa esto? Sí, sí, mire a esta mujer y dígame qué significa esto.

—Yo… yo… —empezó a farfullar Stepán Trofímovich…

Pero apareció un criado.

—Pronto, una taza de café, ¡lo antes posible! Que no desenganchen los caballos.

—*Mais, chère et excellente amie, dans quelle inquiétude…*[143] —exclamó Stepán Trofímovich con voz mortecina.

—¡Ah, en francés, en francés! ¡Cómo se nota que es gente fina! —Maria Timoféievna dio unas palmadas, disponiéndose a escuchar extasiada una conversación en francés. Varvara Petrovna la miró fijamente, casi con espanto.

Todos nos quedamos callados, a la espera de algún desenlace. Shátov no levantaba la cabeza, y Stepán Trofímovich estaba abrumado, como si se sintiera culpable de todo; el sudor le bañaba las sienes. Miré a Liza (estaba sentada en un rincón, casi al lado de Shátov). Sus ojos, pendientes de todo, iban y venían de Varvara Petrovna a la mujer coja; sus labios dibujaban una sonrisa, pero no era agradable. Varvara Petrovna notó esa sonrisa. Mientras tanto, Maria Timoféievna estaba fascinada; observaba con deleite, sin la menor inhibición, la espléndida sala de Varvara Petrovna: los muebles, las alfombras, los cuadros en las paredes, el techo pintado a la antigua usanza, el gran crucifijo de bronce en un rincón, la lámpara de porcelana, los álbumes, las figurillas sobre la mesa.

—¡Así que tú también estás aquí, Shátushka! —exclamó de repente—. Figúrate, llevo un buen rato viéndote, pero pensaba: ¡no puede ser él! ¿Qué pinta aquí? —Y se echó a reír alegremente.

—¿Conoce a esta mujer? —Varvara Petrovna se volvió hacia Shátov de inmediato.

—Sí, señora —farfulló Shátov, que pareció removerse en la silla, pero siguió sentado finalmente.

—Y ¿qué sabe usted de ella? ¡Deprisa, se lo ruego!

—Pues que… —Forzó una sonrisa innecesaria y no supo qué decir—. Ya lo está viendo usted.

—¿Qué es lo que estoy viendo? ¡Vamos, hombre, diga algo!

—Vive en mi misma casa… con su hermano… un oficial.

—Y ¿qué más?

Shátov volvió a quedarse sin palabras.

—No vale la pena hablar de eso… —gruñó y decidió callarse. Incluso se puso colorado.

—¡Estaba claro! ¡De usted no cabe esperar nada, nada! —Varvara Petrovna le interrumpió, indignada. Ahora se daba cuenta de que todos sabían algo y tenían miedo a la vez; todos esquivaban sus preguntas y querían ocultarle algo.

Entró un criado con el café que habían pedido en una bandejita de plata, y de inmediato, obedeciendo un gesto de Varvara Petrovna, se lo llevó a Maria Timoféievna.

—Usted, querida mía, ha cogido mucho frío hace un rato; tómeselo deprisa y así entrará en calor.

—*Merci*. —Maria Timoféievna tomó la taza y de repente estalló en una carcajada por haberle dicho «*merci*» al criado. Pero se encontró con la mirada severa de Varvara Petrovna y dejó la taza en la mesa—. Tía, ¿no estará enfadada conmigo? —murmuró con frívola picardía.

—¿Cómooo? —Varvara Petrovna se estiró y se enderezó en el sillón—. ¿Qué es eso de llamarme tía? ¿Qué se ha creído usted?

Maria Timoféievna, que no se esperaba semejante reacción, empezó a temblar con todo el cuerpo, con unas breves convulsiones, como si estuviera sufriendo un ataque, y se reclinó hacia atrás en el sillón.

—Yo… yo creía que tenía que llamarla así —farfulló, mirando a Varvara Petrovna con los ojos bien abiertos—; así es como la ha llamado Liza.

—¿Qué Liza?

—Pues esa señorita. —Maria Timoféievna la señaló con el dedo.

—Y ¿desde cuándo es Liza para usted?

—Así la ha llamado usted hace un rato —dijo Maria Timoféievna, cobrando algo de ánimo—. Solo en sueños he visto a una belleza igual. —Sonrió, como por un descuido.

Varvara Petrovna recapacitó y se calmó un poco; incluso esbozó una leve sonrisa al oír las últimas palabras de Maria Timoféievna. Ésta, al percibir su sonrisa, se levantó de su asiento y, cojeando, se acercó a ella con timidez.

—Tenga, se me había olvidado devolvérselo, no se enfade por mi descortesía —dijo, quitándose de los hombros el chal negro que Varvara Petrovna le había puesto hacía un rato.

—Vuelva a ponérselo ahora mismo y quédese con él para siempre. Siéntese de nuevo, tómese su café y, por favor, no tenga miedo de mí, querida mía. Tranquilícese, estoy empezando a comprenderla.

—*Chère amie*… —trató de intervenir una vez más Stepán Trofímovich.

—Ay, Stepán Trofímovich, ya sin usted es difícil no perder el hilo, así que por lo menos ahórrese… Por favor, toque esa campanilla que tiene detrás; es la del cuarto de las doncellas.

Se hizo el silencio. La mirada suspicaz e irritada de Varvara Petrovna se paseó por las caras de todos los presentes. Entró Agasha, su doncella favorita.

—Mi pañoleta a cuadros, esa que me compré en Ginebra. ¿Qué está haciendo Daria Pávlovna?

—No se encuentra muy bien, señora.

—Ve y dile que venga. Añade que se lo pido encarecidamente, aunque no esté buena.

En ese momento volvió a oírse un ruido extraño de pasos y voces, parecido al de hacía un rato, en las habitaciones vecinas; de pronto, jadeante y «descompuesta», apareció en el umbral Praskovia Ivánovna. Iba del brazo de Mavriki Nikoláievich.

—Ay, *bátiushka*, lo que me ha costado arrastrarme hasta aquí; Liza, tú estás

mal de la cabeza, ¿qué forma es ésta de tratar a tu madre? —protestó airadamente, poniendo en esa protesta, como suelen hacer todas las personas débiles, pero extremadamente irritables, toda la cólera acumulada—. *Mátushka*, Varvara Petrovna, vengo a recoger a mi hija.

Varvara Petrovna la miró con el ceño fruncido, se incorporó a medias para recibirla y, sin ocultar apenas su fastidio, dijo:

—Hola, Praskovia Ivánovna, haz el favor de sentarte. Ya sabía yo que vendrías.

II

A Praskovia Ivánovna no podía sorprenderla aquella bienvenida. De toda la vida, desde que eran niñas, Varvara Petrovna había tratado a su vieja amiga del pensionado despóticamente y, con el pretexto de la amistad, casi con desprecio. Pero además, en este caso, la situación era excepcional. En los últimos días se había producido una verdadera ruptura entre las dos familias, como ya he mencionado incidentalmente. Las causas de la incipiente ruptura eran todavía un misterio para Varvara Petrovna, y por lo mismo doblemente ofensivas; pero lo peor era que a Praskovia Ivánovna le había dado por adoptar en su presencia una pose altiva, nada común en ella. Lógicamente, Varvara Petrovna estaba dolida, y para colmo habían empezado a llegar a sus oídos unos extraños rumores que, especialmente por su vaguedad, habían contribuido notablemente a su irritación. Varvara Petrovna tenía un carácter recto y orgullosamente franco; era, si se me permite la expresión, una mujer de rompe y rasga. Nada detestaba más que las insinuaciones misteriosas y secretas, y siempre había preferido la guerra abierta. Sea como fuere, aquellas dos señoras llevaban ya cinco días sin verse. La última visita la había hecho Varvara Petrovna, que había salido de casa de la «Drozdija»[144] ofendida y desconcertada. Puedo decir, sin temor a equivocarme, que Praskovia Ivánovna había aparecido con la ingenua convicción de que Varvara Petrovna, por alguna razón, iba a achantarse ante ella; era algo que se apreciaba ya en la propia expresión de su cara. También era evidente que el demonio del orgullo se apoderaba de Varvara Petrovna cada vez que sospechaba mínimamente que la gente, por la razón que fuera, la creía humillada. En cuanto a Praskovia Ivánovna, como les ocurre a menudo a tantas personas débiles, que durante mucho tiempo se dejan humillar sin protestar, destacaba por el notable ardor de sus ataques en cuanto se le presentaba la ocasión. Cierto que, además, en aquellos momentos no se encontraba bien, y la enfermedad la volvía siempre más irritable. Añadiré, por último, que ninguno de quienes estábamos en la sala difícilmente habríamos podido interponernos entre aquellas dos amigas de la infancia en caso de haber estallado una querella entre ellas, pues éramos vistos como gente de la casa, y poco menos que subalternos. En aquel momento caí en la cuenta con cierta alarma. Stepán Trofímovich, que no se había vuelto a sentar desde la llegada de Varvara

Petrovna, se derrumbó agotado en la silla al oír los gritos de Praskovia Ivánovna y, desesperado, trató de captar mi mirada. Shátov se volvió bruscamente en su asiento y masculló algo para sus adentros. Me dio la sensación de que estaba deseando levantarse e irse. Liza hizo ademán de ponerse de pie, pero inmediatamente se desplomó otra vez en su asiento, sin prestar excesiva atención a los gritos de su madre, y no por un «afán de llevar la contraria», sino por encontrarse, evidentemente, sometida a una impresión aún más fuerte. Estaba absorta, mirando al vacío, e incluso había dejado de fijarse en Maria Timoféievna con el mismo interés de antes.

III

—¡Ah, aquí! —Praskovia Ivánovna señaló un sillón al lado de la mesa y se dejó caer en él, con ayuda de Mavriki Nikoláievich—. ¡De no ser por mis piernas, *mátushka*, no me sentaría en su casa! —añadió con voz desgarradora.

Varvara Petrovna levantó levemente la cabeza y, con el rostro crispado, se oprimió con los dedos la sien derecha, señal evidente de un intenso dolor (*tic douloureux*)[145].

—Dime, Praskovia Ivánovna, ¿por qué no ibas a sentarte en mi casa? Toda la vida he disfrutado de la sincera amistad de tu difunto marido, y tú y yo de niñas jugábamos juntas a las muñecas en el pensionado.

Praskovia Ivánovna hizo un gesto de fastidio con la mano.

—¡Ya sabía yo! Siempre que se propone echarme algo en cara se remonta al pensionado, es uno de sus trucos. Pero para mí que es pura retórica. No puedo soportar ese pensionado suyo.

—Parece que has venido de un pésimo humor; ¿qué tal tus piernas? Aquí te traen un café, si gustas… Tómatelo y no te enfades.

—*Mátushka*, Varvara Petrovna, usted me trata como a una niña pequeña. ¡No quiero café, para que lo sepa!

Y con un gesto desafiante rechazó el café que le ofrecía el criado. Por cierto, que los demás tampoco quisieron café, excepto Mavriki Nikoláievich y yo. Stepán Trofímovich lo aceptó, pero enseguida dejó la taza en la mesa. A Maria Timoféievna le habría encantado tomar otra taza, y llegó a alargar la mano, pero se lo pensó mejor y rehusó con gravedad, visiblemente satisfecha consigo misma.

Varvara Petrovna se sonreía con malicia.

—¿Sabes una cosa, Praskovia Ivánovna, querida amiga mía? Lo más seguro es que hayas vuelto a imaginarte algo, y eso es lo que te ha traído hasta aquí. Toda la vida has estado imaginándote cosas. Te has puesto hecha una furia al oír hablar del pensionado; pero ¿no te acuerdas de cómo llegaste un día e hiciste creer a toda la clase que un húsar llamado Shablykin había pedido tu mano, y *madame* Lefebure no tardó en demostrar que estabas mintiendo? El caso es que no mentías, sino que eran figuraciones tuyas para divertirte. Bueno, dime: ¿qué te traes ahora entre manos? ¿Qué te has imaginado esta vez? ¿Por qué estás tan disgustada?

—Pues usted en el pensionado se enamoró del pope que nos daba clase de doctrina cristiana; ahí tiene, ya que es usted tan rencorosa, ¡ja, ja, ja!

Soltó una carcajada biliosa y le entró la tos.

—Aaah, conque no te has olvidado de aquel pope… —dijo Varvara Petrovna, mirándola con odio.

La cara se le puso verde. De repente Praskovia Ivánovna se mostró muy digna.

—Yo ahora no estoy para risas, *mátushka*; quiero saber por qué ha mezclado a mi hija en su escándalo delante de toda la ciudad, ¡a eso he venido!

—¿En mi escándalo? —Varvara Petrovna se incorporó con aire amenazante.

—Mamá, yo también quería pedirle que actuara con más moderación —dijo de pronto Lizaveta Nikoláievna.

—¿Qué has dicho? —La madre ya estaba dispuesta a ponerse a gritar otra vez, pero se contuvo ante la fulminante mirada de su hija.

—¿Cómo ha podido hablar de escándalo, mamá? —Liza se ruborizó—. He venido por decisión propia, con el permiso de Yulia Mijáilovna, porque quería conocer la historia de esta infeliz, deseosa de serle útil.

—¡«La historia de esta infeliz»! —repitió Praskovia Ivánovna con una risa maligna—. Y ¿para qué tienes tú que mezclarte en esas «historias»? ¡Ay, *mátushka*! —Se volvió con rabia hacia Varvara Petrovna—. ¡Ya estamos cansados de su despotismo! Decían, con razón o sin ella, que tenía usted sojuzgada a toda la ciudad, pero ¡se ve que ha llegado su hora!

Varvara Petrovna estaba tiesa en su asiento, como una flecha a punto de salir disparada del arco. Aguantó unos diez segundos mirando fijamente, con severidad, a Praskovia Ivánovna.

—En fin, dale gracias a Dios, Praskovia, que aquí seamos todos gente de confianza —dijo finalmente, con una calma inquietante—; has hablado de más.

—Pues yo, señora mía, no temo tanto la opinión ajena como la temen otros; es usted la que, por un supuesto orgullo, tiembla pensando en el qué dirán. Y, en cuanto a eso de que es gente de confianza, mejor para usted que si fueran extraños.

—Veo que en esta semana te has vuelto más juiciosa…

—No es que me haya vuelto más juiciosa; es que, por lo visto, la verdad ha salido a la luz esta semana.

—¿Qué verdad es esa que ha salido a la luz esta semana? Escucha, Praskovia Ivánovna, no me hagas enfadar; explícate ahora mismo, te lo pido por las buenas: ¿qué verdad es esa que ha salido a la luz y qué quieres decir con eso?

—¡Ahí la tienes! ¡Ahí tienes sentada toda la verdad! —Praskovia Ivánovna, de pronto, señaló con el dedo a Maria Timoféievna, con la determinación desesperada de quien ya no mide las consecuencias de sus actos, sino que solo busca fulminar a su rival. Maria Timoféievna, que no había dejado de mirarla en todo ese tiempo con alegre curiosidad, se rió dichosa al ver el dedo de la enfurecida visitante apuntando hacia ella y empezó a contonearse animadamente en el asiento.

—¡Santo Dios! ¿Es que han perdido todos el juicio? —exclamó Varvara Petrovna y, poniéndose pálida, se reclinó contra el respaldo del asiento.

Se puso tan pálida que hasta se produjo un revuelo. Stepán Trofímovich fue el primero en correr a su lado; también yo me acerqué; hasta Liza se levantó, aunque no se apartó de su sillón; pero nadie se asustó tanto como la propia Praskovia Ivánovna; soltó un grito, se incorporó todo lo que pudo y casi gimoteó con voz llorosa:

—¡*Mátushka*, Varvara Petrovna, perdone mi maldad y mi estupidez! ¡Pronto, que alguien le dé agua!

—No lloriquees, Praskovia Ivánovna, te lo ruego. ¡Apártense, señores, háganme el favor! ¡No necesito agua! —dijo con firmeza, aunque no muy alto, Varvara Petrovna, que tenía los labios descoloridos.

—*¡Mátushka!* —prosiguió Praskovia Ivánovna, algo más serena—. Varvara Petrovna, amiga mía, sé que soy culpable por no haber medido mis palabras, pero es que esas cartas anónimas con las que unos desalmados me están bombardeando me han sacado de mis casillas; ya podían escribirle a usted, dado que se refieren a usted, porque yo, *mátushka*, ¡tengo una hija!

Varvara Petrovna la miraba en silencio, con los ojos a cuadros, y la escuchaba con estupefacción. En ese preciso instante alguien abrió sin hacer ruido una puerta de servicio que había en un rincón, y Daria Pávlovna hizo su aparición. Se detuvo y miró a su alrededor; se quedó de piedra al ver nuestra turbación. Seguramente no reparó en un primer momento en la presencia de Maria Timoféievna, de la que nadie la había informado. El primero que se fijó en ella fue Stepán Trofímovich, que hizo un gesto rápido, se ruborizó y, a saber por qué, anunció bien alto: «¡Daria Pávlovna!», de modo que todos los ojos se volvieron hacia la recién llegada.

—¡Vaya, así que ésta es su Daria Pávlovna! —exclamó Maria Timoféievna—. ¡Caramba, Shátushka, tu hermana no se te parece! Y el mío ¿cómo puede llamar a este encanto «la sierva Dasha»?

Entretanto Daria Pávlovna se había acercado a Varvara Petrovna; pero, sorprendida por las exclamaciones de Maria Timoféievna, se volvió rápidamente y se quedó parada delante de su silla, dirigiendo a la enajenada una mirada larga y atenta.

—Siéntate, Dasha —dijo Varvara Petrovna con una calma inquietante—; más cerca, ahí está bien; sentada también puedes ver a esta mujer. ¿La conocías?

—Nunca la había visto —respondió Dasha con calma y, tras una breve pausa, añadió enseguida—; supongo que será la hermana enferma del tal señor Lebiadkin.

—También es la primera vez que la veo yo a usted, hermosura, aunque hace ya tiempo que tenía interés en conocerla; además, en cada uno de sus gestos se advierte su educación —exclamó con entusiasmo Maria Timoféievna—. Y, por lo que respecta a los insultos de ese lacayo mío, ¿cómo iba una criatura tan simpática y tan bien educada como usted a quedarse con su dinero? Porque es usted muy pero que muy simpática; ¡se lo digo yo! —concluyó, agitando la mano con entusiasmo.

—¿Entiendes algo? —preguntó Varvara Petrovna con altiva dignidad.

—Todo, señora…

—¿Has oído lo que ha dicho del dinero?

—Seguramente se refiere a un dinero que yo, cumpliendo una petición que me hizo Nikolái Vsévolodovich estando en Suiza, me encargué de entregarle al hermano de la señorita, el señor Lebiadkin.

Siguieron unos momentos de silencio.

—¿El propio Nikolái Vsévolodovich te pidió que se lo entregaras?

—Estaba deseoso de hacer llegar ese dinero, trescientos rublos en total, al señor Lebiadkin. Como no conocía su dirección, y solo sabía que iba a venir a la ciudad, me encargó que se lo diera, si finalmente venía el señor Lebiadkin.

—Y ¿esa historia del dinero… desaparecido? ¿Era de eso de lo que hablaba hace un momento esta mujer?

—Eso ya no lo sé; lo único que ha llegado a mis oídos es que el señor Lebiadkin va diciendo por ahí que yo no le di todo el dinero; pero no entiendo cómo puede decir eso. Había trescientos rublos, y yo entregué trescientos rublos.

Daria Pávlovna ya casi se había sosegado del todo. Y debo señalar que, en general, no era sencillo tener mucho tiempo desconcertada a esta muchacha y sacarla de sus casillas, con independencia de lo que pudiera sentir. Ahora estaba respondiendo sin precipitarse, contestando enseguida a todas las preguntas con precisión, con calma, sin sobresaltos; no quedaba rastro de aquella repentina agitación inicial ni daba muestras de una turbación que pudiera delatar cierta conciencia de culpa. Varvara Petrovna, que no le había quitado en ningún momento la vista de encima mientras estuvo hablando, reflexionó unos momentos.

—Si Nikolái Vsévolodovich —dijo finalmente con firmeza, dirigiéndose evidentemente a todos los presentes, aunque mirase solo a Dasha— no quiso recurrir a mí para aquel encargo, sino que te lo pidió a ti, no le faltarían razones para proceder así. No creo que tenga ningún derecho a intentar averiguar cuáles pudieron ser esos motivos, en vista de que él ha preferido ocultármelos. No obstante, tu mera participación en este asunto me deja mucho más tranquila; ante todo, quería que lo supieras, Daria. Pero ya lo ves, querida, por muy limpia que tengas la conciencia, con tu desconocimiento del mundo bien podrías haber cometido alguna imprudencia; de hecho, ya la cometiste al aceptar tratos con un sinvergüenza. Los rumores que ha propalado ese infame confirman tu error. Pero yo averiguaré lo que se trae entre manos y, como protectora tuya, sabré defenderte. Pero ahora hay que acabar con todo esto.

—Lo mejor será —apuntó de pronto Maria Timoféievna, echándose hacia delante en el sillón— mandarlo al cuarto de los criados cuando venga a verla a usted. Que se siente con ellos a jugar a las cartas, encima de un baúl, mientras los demás estamos aquí tomando café. Siempre podemos mandarle una taza, aunque yo siento por él un profundo desprecio.

Y sacudió la cabeza de forma muy expresiva.

—Hay que acabar con esto —repitió Varvara Petrovna, después de escuchar atentamente a Maria Timoféievna—. Llame, Stepán Trofímovich, se lo ruego.

Stepán Trofímovich tocó la campanilla, y dio un paso al frente, presa de una repentina agitación.

—Si… si yo… —farfulló acalorado, ruborizándose, interrumpiéndose y tartamudeando—, si yo también he oído una historia o, mejor dicho, una calumnia de lo más repugnante, ha sido… con la mayor indignación… *enfin, c'est un homme perdu et quelque chose comme un forçat évadé…*[146]

Se interrumpió y no pudo terminar la frase; Varvara Petrovna, entornando los ojos, lo miró de pies a cabeza. Entró el ceremonioso Alekséi Yegórovich.

—El coche —ordenó Varvara Petrovna—. Y tú, Alekséi Yegórych, disponte a llevar a casa a la señora Lebiádkina; ella te indicará el camino.

—El señor Lebiadkin lleva un tiempo esperando abajo y ha insistido en que se le anuncie, señora.

—Eso no es posible, Varvara Petrovna —Mavriki Nikoláievich, que había guardado todo el rato un silencio imperturbable, se adelantó de pronto, intranquilo—; si me permite, no es la clase de hombre a quien se pueda admitir en sociedad; es… es… es un hombre imposible, Varvara Petrovna.

—Que espere —dijo Varvara Petrovna, dirigiéndose a Alekséi Yegórych, y éste se retiró.

—*C'est un homme malhonnête et je crois même que c'est un forçat évadé ou quelque chose dans ce genre*[147] —farfulló una vez más Stepán Trofímovich, que una vez más se interrumpió y una vez más se puso colorado.

—Liza, ya es hora de irse —anunció en un tono remilgado Praskovia Ivánovna, levantándose de su asiento. Se diría que estaba arrepentida de haberse llamado necia a sí misma un rato antes, cuando estaba asustada. Mientras estuvo hablando Daria Pávlovna, había escuchado con un rictus de altivez en los labios. Pero lo que más me impresionó fue el semblante de Lizaveta Nikoláievna desde el momento en que apareció Daria Pávlovna: había en sus ojos un brillo de odio y desprecio muy mal disimulado.

—Espera un minuto, Praskovia Ivánovna, te lo ruego —Varvara Petrovna la detuvo, con la misma calma excesiva de antes—; siéntate, por favor, estoy empeñada en decir todo lo que tengo que decir, y a ti te duelen las piernas. Así, te lo agradezco. Hace un momento perdí los nervios y te dije algunas palabras precipitadas. Ten la bondad de perdonarme; me he portado como una estúpida y yo soy la primera en lamentarlo, porque me gusta ser justa en todo. Desde luego, tú también has perdido los nervios y has aprovechado para hacer referencia a un anónimo. Cualquier carta anónima es digna de desprecio solo por el hecho de no

haber sido firmada. Si tú lo entiendes de otro modo, la verdad es que no te envidio. En cualquier caso, yo que tú no me metería esa porquería en el bolsillo, yo no me mancharía con ella. Y tú te has manchado. Pero, ya que has sacado este tema, te diré que yo también recibí hace seis días una carta anónima e histriónica. En ella un miserable me aseguraba que Nikolái Vsévolodovich se había vuelto loco y que yo debía desconfiar de una mujer coja que «estaba llamada a desempeñar un papel extraordinario en mi destino», recuerdo la expresión. Después de reflexionar, y sabiendo que Nikolái Vsévolodovich tiene un gran número de enemigos, lo primero que hice fue mandar llamar a un sujeto de aquí, el más secreto, vengativo y despreciable de todos sus enemigos, y de mis conversaciones con él no tardé en sacar en claro cuál era el miserable origen del anónimo. Si a ti también, mi pobre Praskovia Ivánovna, te han molestado *por mi culpa* con esa clase de cartas infames y, como tú misma has dicho, te han «bombardeado», yo, desde luego, soy la primera en lamentar haber sido la causante inocente de lo ocurrido. Eso es todo lo que quería decirte, a modo de explicación. Me apena verte tan cansada y tan alterada. Por otra parte, no he dudado en hacer pasar ahora mismo a ese individuo sospechoso, a propósito del cual Mavriki Nikoláievich ha dicho, empleando una expresión no del todo feliz, que era imposible *recibirlo*. Liza, en particular, ya no tiene nada que hacer aquí. Ven aquí, Liza, preciosa, y déjame que te dé otro beso.

Liza atravesó la estancia y se detuvo en silencio delante de Varvara Petrovna. Ésta la besó, la cogió de las manos, la alejó un poco de sí y la miró con emoción; después la persignó y volvió a besarla.

—Bueno, adiós, Liza —en la voz de Varvara Petrovna casi se oían las lágrimas—; créeme que nunca dejaré de quererte, al margen de lo que te depare el destino… Que Dios te acompañe. Yo siempre he venerado su santa diestra…

Quiso añadir algo más, pero hizo un esfuerzo y se calló. Liza se dirigió de nuevo hacia su asiento, siempre en silencio y como ensimismada, pero de pronto se detuvo delante de su madre.

—Mamá, yo no me voy todavía, me quedo un rato más con la tía —dijo con voz serena, aunque en sus palabras resonaba una férrea determinación.

—¡Dios mío, qué es esto! —exclamó Praskovia Ivánovna, juntando las manos en señal de impotencia. Pero Liza no contestó y se diría que no había oído; se sentó en el rincón de antes y se quedó nuevamente mirando al vacío.

El rostro de Varvara Petrovna resplandeció con una expresión de triunfo y orgullo.

—Mavriki Nikoláievich, tengo una petición muy especial para usted; hágame el favor de ir a echarle un vistazo al hombre ese que está abajo, y si hay alguna posibilidad de hacerlo pasar, tráigalo aquí.

Mavriki Nikoláievich hizo una inclinación y salió. Al poco tiempo trajo al señor Lebiadkin.

IV

Ya me he referido brevemente al aspecto de este caballero: un tipo alto, de cabello rizado, robusto, de unos cuarenta años; con la cara amoratada, algo hinchada y flácida, con unas mejillas que le temblaban con cada movimiento de la cabeza, con unos ojillos pequeños, inyectados en sangre, en ocasiones bastante astutos, con bigote, patillas y una incipiente papada, con una pinta bastante desagradable. Pero lo más sorprendente fue que, en esta ocasión, se presentó de frac y con una camisa limpia. «Hay personas en las que la ropa limpia resulta indecente», había dicho una vez Liputin en respuesta al reproche burlón de Stepán Trofímovich por su desaliño. El capitán llevaba unos guantes negros: el derecho, que no se había puesto, lo sujetaba en la mano, mientras que el izquierdo, apenas enfundado y sin abrochar, le cubría a medias aquella garra rolliza en la que sostenía un flamante y lustroso sombrero redondo que seguramente acababa de estrenar. Así pues, aquel «frac del amor», del que le había hablado a gritos a Shátov la misma víspera, existía de veras. Todo aquello, es decir, el frac y la camisa blanca, había sido adquirido (como supe más tarde) por consejo de Liputin, para ciertos fines misteriosos. No cabía duda de que había llegado hasta allí (en coche de punto) instigado por terceras personas y contando con alguna ayuda; a él solo no se le habría ocurrido, ni le habría dado tiempo a vestirse, prepararse y decidirse en unos tres cuartos de hora, aun suponiendo que la escena del atrio de la catedral hubiera llegado a sus oídos de inmediato. No estaba borracho, pero sí en ese estado de pesadez, torpeza y turbiedad de quien se despierta de pronto después de muchos días de embriaguez. Daba la sensación de que bastaría con ponerle las manos en los hombros y sacudirlo un par de veces para que volviera a estar borracho.

Estuvo a punto de irrumpir en la sala, pero se tropezó súbitamente con la alfombra, en la misma puerta. Maria Timoféievna se desternillaba de la risa. Él la miró como un salvaje y dio algunos pasos presurosos hacia Varvara Petrovna.

—He venido, señora… —empezó a decir con voz tronante, como a través de un tubo.

—Hágame un favor, caballero —Varvara Petrovna se incorporó en el sillón—, tome asiento ahí, en esa silla. Desde ahí también le oigo bien, y podré verle mejor desde aquí.

El capitán se detuvo, mirando obtusamente al frente; no obstante, se sentó en el sitio que le habían indicado, muy cerca de la puerta. Una acusada falta de confianza en sí mismo se reflejaba en su semblante, a la vez que insolencia y una

continua irritación. Se le veía terriblemente intimidado, pero también estaba herido en su amor propio, y no era difícil adivinar que, por culpa de ese amor propio maltratado, podía cometer, llegado el caso, cualquier insensatez, a pesar de su cobardía. Era evidente que no se fiaba de los movimientos de su cuerpo desmañado. Es sabido que el principal tormento para esa clase de personas, cuando por un azar insólito deben comparecer en sociedad, son sus propias manos y la imposibilidad, de la que son conscientes en todo momento, de prescindir decorosamente de ellas. El capitán se sentó rígido en la silla, con el sombrero y los guantes en las manos y sin apartar la inexpresiva mirada del rostro severo de Varvara Petrovna. Posiblemente le habría apetecido mirar a su alrededor con más detenimiento, pero por el momento no se animaba a hacerlo. Maria Timoféievna, que debía de encontrar su figura enormemente ridícula, como otras veces, soltó una nueva carcajada, pero él ni se inmutó. Varvara Petrovna, cruelmente, lo tuvo en esa postura mucho tiempo, un minuto largo, mientras lo examinaba implacablemente.

—Permita, en primer lugar, que sepamos de sus propios labios cuál es su nombre —dijo, hablando en un tono mesurado y elocuente.

—Capitán Lebiadkin —tronó el capitán—; he venido, señora… —Cambió nuevamente de postura.

—¡Permítame! —Varvara Petrovna volvió a interrumpirlo—. Esa mujer digna de lástima, que tanto me interesa, ¿de verdad es hermana de usted?

—Mi hermana, sí, señora, que se ha escapado de mi vigilancia, pues en su estado… —De pronto titubeó y se puso colorado—. No me interprete mal, señora —empezó a hablar sin ton ni son—, no va a ser su propio hermano el que manche… en un estado como el suyo… quiero decir, no en ese estado… en el sentido de que pueda afectar a su reputación… últimamente… —Y perdió del todo el hilo.

—¡Caballero! —Varvara Petrovna levantó la cabeza.

—¡En este estado! —concluyó de manera abrupta, dándose un golpecito con un dedo en el centro de la frente. Hubo un breve silencio.

—Y ¿hace mucho tiempo que su hermana lo padece? —preguntó Varvara Petrovna con un ligero titubeo.

—Señora, he venido a darle las gracias por la generosidad que mostró en el atrio, a la manera rusa, fraternalmente…

—¿Fraternalmente?

—Mejor dicho, no fraternalmente; solo en la medida en que soy hermano de mi hermana, señora, y créame, señora —siguió cada vez más deprisa y volvió a ponerse colorado—, que no soy tan mal educado como puedo parecer a primera vista en esta sala suya. Mi hermana y yo no somos nada al lado del lujo que aquí vemos. Habiendo además tanta gente que nos calumnia. Pero, en cuestión de reputación, Lebiadkin está orgulloso, señora, y… y… he venido a darle las gracias… ¡Aquí está el dinero, señora!

En ese momento se sacó una cartera del bolsillo, cogió un fajo de billetes y empezó a contarlos con dedos temblorosos, en un acceso frenético de impaciencia. Estaba claro que deseaba explicar algo cuanto antes, y sin duda hacía mucha falta; pero, dándose cuenta seguramente de que el trajín con el dinero hacía que pareciera aún más estúpido, acabó de perder el dominio de sí mismo: no atinaba a contar los billetes, los dedos se le agarrotaban y, para colmo de desgracias, un billete verde[148] se le escapó de la cartera y cayó revoloteando a la alfombra.

—Veinte rublos, señora. —De repente, con el rostro sudoroso después del mal rato pasado, dio un salto con el fajo de billetes en la mano; viendo en el suelo el billete caído, se inclinó con ánimo de recogerlo, pero por alguna razón le dio vergüenza y allí lo dejó, haciendo un gesto desdeñoso con la mano.

—Para sus criados, señora; para el lacayo que lo recoja; ¡que se acuerde de Lebiadkin!

—Eso sí que no se lo consiento de ninguna manera —se apresuró a decir, con cierta prevención, Varvara Petrovna.

—En ese caso…

Se agachó, lo recogió, volvió a ruborizarse y, acercándose de pronto a Varvara Petrovna, le alargó el dinero que había contado.

—¿Qué es esto? —Al final, Varvara Petrovna, realmente asustada, acabó acurrucándose en su sillón. Tanto Mavriki Nikoláievich como Stepán Trofímovich y yo mismo dimos un paso al frente.

—Calma, calma, no estoy loco, ¡les doy mi palabra de que no estoy loco! —aseguraba el capitán, agitado, encarándose con todos nosotros.

—Nada de eso, caballero, usted ha perdido el juicio.

—Señora, ¡no es lo que usted piensa! Yo, desde luego, solo soy un eslabón insignificante… Oh, señora, opulentas son sus mansiones, pero son pobres las de Maria la Desconocida, mi hermana, nacida Lebiádkina, a quien llamaremos por ahora Maria la Desconocida, por ahora, señora, solo *por ahora*, pues Dios no

permitirá que sea para siempre. Señora, le ha dado usted diez rublos, y ella se los ha cogido, pero ¡por venir *de usted*, señora! ¡Escuche, señora! A ninguna otra persona en el mundo se los aceptaría Maria la Desconocida, pues de otro modo se revolvería en su tumba su abuelo, oficial muerto en el Cáucaso ante los ojos del mismísimo Yermólov[149], pero a usted, señora, le aceptaría cualquier cosa. Pero con una mano los toma y con la otra ya le está entregando veinte rublos a usted, en concepto de donativo a uno de los comités benéficos de la capital, de los que usted, señora, es miembro… y es que usted misma, señora, ha anunciado en *Moskovskie védomosti*[150] que tiene aquí, en nuestra ciudad, el libro de suscripciones a una sociedad benéfica a la que puede contribuir todo el mundo…

El capitán se quedó callado de repente; respiraba con dificultad, como después de un duro esfuerzo. Todo aquello del comité benéfico seguramente lo había ensayado de antemano, quizá bajo la supervisión editorial de Liputin. Sudaba más que antes; las gotas de sudor le inundaban literalmente las sienes. Varvara Petrovna lo atravesó con la mirada.

—Ese libro —dijo con severidad— está siempre abajo, en la portería de mi casa, y allí puede usted registrar sus donativos, si así lo desea. Por eso mismo le ruego que se guarde inmediatamente su dinero y que deje de agitarlo en el aire. Eso es. También le ruego que vuelva a ocupar su asiento. Eso es. Siento mucho, caballero, haberme confundido con su hermana y haberle dado dinero, creyendo que era pobre, siendo tan rica. Lo único que no entiendo es por qué solo puede aceptar mi dinero, y en cambio no está dispuesta bajo ningún concepto a aceptar el de los demás. Ha hecho usted tanto hincapié en eso que me gustaría oír una explicación lo más cabal posible.

—Señora, ese secreto irá conmigo a la tumba —contestó el capitán.

—Pero ¿por qué? —preguntó Varvara Petrovna, en un tono algo menos firme.

—¡Señora, señora!…

Se encerró en un silencio sombrío, mirando al suelo y con la mano derecha puesta en el corazón. Varvara Petrovna esperaba, sin quitarle los ojos de encima.

—¡Señora! —rugió de pronto el capitán—. ¿Me permite que le haga una pregunta, solo una, pero franca, directa, al modo ruso, salida del alma?

—Por favor.

—¿Ha sufrido usted en esta vida?

—Me está dando a entender, sencillamente, que alguien le ha hecho o le

hace sufrir.

—¡Señora, señora! —Una vez más, se puso en pie de un salto, seguramente sin percatarse, y se golpeó en el pecho—. ¡Aquí, en este corazón, hay tanto, tanto acumulado que el mismo Dios se quedará asombrado cuando se revele en el Juicio Final!

—Hum, eso son palabras mayores.

—Señora, tal vez estoy hablando en un tono irritado…

—No se preocupe. Ya sabré yo cuándo ponerle freno.

—¿Puedo hacerle otra pregunta, señora?

—Hágala.

—¿Puede alguien morir sin más causa que la nobleza de su espíritu?

—No sé, nunca me lo he planteado.

—¡No sabe! ¡Nunca se lo ha planteado! —gritó el capitán con patética ironía —. En tal caso, en tal caso:

¡Calla, corazón desesperado[151]!

Y se golpeó el pecho con furia.

Una vez más se puso a deambular por la sala. Un rasgo de estas personas es su incapacidad absoluta para refrenar sus deseos; por el contrario, experimentan un afán irresistible de exhibirlos en toda su monstruosidad apenas surgen. Cuando se encuentran fuera de su medio, estas personas suelen actuar al principio con cierto comedimiento, pero, si se les cede un solo palmo de terreno, no tardan en dar el salto a la impertinencia. El capitán estaba fuera de sí, iba de acá para allá, hacía aspavientos, no escuchaba las preguntas que le hacían, hablaba de sí mismo muy deprisa, tan deprisa que se le trababa la lengua y, antes de terminar una frase, saltaba rápidamente a la siguiente. Lo cierto es que no daba la impresión de estar del todo sobrio. Además, también estaba allí Lizaveta Nikoláievna, hacia la que no volvió la vista una sola vez, pero cuya presencia, al parecer, le producía una terrible desazón. Aunque eso no pasan de ser suposiciones mías. Tenía que haber, en todo caso, un motivo que explicara por qué Varvara Petrovna, venciendo su rechazo, se había decidido a escuchar a un hombre como aquél. Praskovia Ivánovna estaba temblando de miedo, aunque tampoco parecía entender muy bien lo que ocurría. También Stepán Trofímovich temblaba, pero en su caso obedecía, por el contrario, a su inclinación a entender siempre más de la cuenta. Mavriki

Nikoláievich había adoptado la actitud de defender a quien hiciera falta. Liza estaba algo pálida y miraba fijamente, con los ojos muy abiertos, al desaforado capitán. Shátov seguía sentado en la misma postura de antes, pero lo más extraño era que Maria Timoféievna no solo había dejado de reírse, sino que se había puesto enormemente triste. Con el codo derecho apoyado en la mesa, estuvo siguiendo la perorata de su hermano con una mirada larga y apenada. La única que me parecía serena era Daria Pávlovna.

—Todo eso no son más que alegorías disparatadas —Varvara Petrovna acabó por enfadarse—, no ha contestado usted a mi pregunta. No me ha dicho por qué. Sigo esperando una respuesta.

—Así que no le dicho por qué. Está esperando que le diga por qué —repitió el capitán, guiñando un ojo—. Esas palabrillas, «por qué», han inundado el universo desde el primer día de la creación del mundo, señora, y toda la naturaleza le grita a cada instante a su creador: «¿Por qué?», y lleva ya siete mil años esperando una respuesta. Y ¿por qué tiene que ser el capitán Lebiadkin el único que tiene que contestar? ¿Es eso justo, señora?

—¡Bobadas! ¡No se trata de eso! —Varvara Petrovna se estaba poniendo furiosa y se le agotaba la paciencia—. Eso son alegorías; además, es usted demasiado grandilocuente, cosa que me parece una insolencia.

—Señora —el capitán no había escuchado—, a lo mejor habría preferido llamarme Ernest, pero me veo obligado a cargar con este nombre vulgar de Ignat. ¿A qué cree usted que se debe? Me habría gustado llamarme príncipe de Monbars[152], y solo soy Lebiadkin, como si tuviera algo que ver con un cisne[153]. ¿Por qué? Yo, señora, soy poeta, poeta de espíritu, pobría cobrar mil rublos de un editor, pero me veo obligado a vivir en una pocilga. ¿Por qué, por qué? ¡Señora! A mi entender, ¡Rusia no es más que un capricho de la naturaleza!

—Decididamente, usted no tiene nada que decir en concreto.

—Puedo leerle mi poema *La cucaracha*, señora.

—¿Cómooo?

—Señora, ¡aún no estoy loco! Seguramente me vuelva loco, pero aún no lo estoy. Señora, un amigo mío, una persona ho-no-ra-bi-lí-sima, ha escrito una fábula de Krylov, titulada *La cucaracha*, ¿puedo leérsela?

—¿Pretende leerme una fábula de Krylov?

—No, no quiero leer una fábula de Krylov, sino una mía, una composición propia. Créame, señora, y lo digo sin ánimo de ofender, que yo no soy tan

ignorante o tan depravado como para desconocer que Rusia cuenta con un gran fabulista como es Krylov, en cuya memoria el ministro de Instrucción Pública ha mandado erigir un monumento en el Jardín de Verano, para recreo de los más pequeños. Así pues, usted pregunta, señora: «¿Por qué?». ¡La respuesta se encierra en esta fábula, escrita con letras de fuego!

—Lea su fábula.

—Érase una cucaracha

con ínfulas de señora,

hasta que cayó en un vaso

atiborrado de moscas.

—¡Dios mío, qué es esto! —exclamó Varvara Petrovna.

—Eso se refiere a cuando en verano —aclaró el capitán, deprisa y corriendo, haciendo unos terribles aspavientos, con la irritada impaciencia del autor a quien interrumpen durante la lectura— se cuelan las moscas en un vaso, y aquello es una escabechina, todo el mundo lo puede entender; no me interrumpa, no me interrumpa —no paraba de hacer aspavientos—, ya verá, ya verá…

La cucaracha, imponente,

a las moscas incomoda.

«Está muy lleno este vaso»,

a Júpiter pronto invocan;

mas, en tanto, Nikifor,

noble anciano, va y se asoma…

»Esto aún está sin acabar, pero da igual, ¡lo diré en pocas palabras! —el capitán siguió con su delirio—. Nikifor cogió el vaso y, sin hacer caso de los gritos de las moscas, vertió en una tina todo aquel desbarajuste, las moscas con la cucaracha, cosa que tenía que haber hecho hacía tiempo. Pero, dese cuenta, señora, ¡la cucaracha no se queja! Ahí tiene la respuesta a su pregunta de por qué —exclamó triunfante—: “¡La cu-ca-ra-cha no se queja!”. En cuanto a Nikifor, representa a la naturaleza —añadió, hablando muy deprisa, mientras se paseaba tan contento por la sala.

A Varvara Petrovna se la llevaban los demonios.

—Y ¿qué dinero es ése, si me permite la pregunta, que supuestamente le habría mandado a usted Nikolái Vsévolodovich, y que al parecer no se le habría entregado en su totalidad, motivo por el cual se ha atrevido usted a acusar a una persona de esta casa?

—¡Eso es una calumnia! —rugió Lebiadkin, levantando trágicamente el brazo derecho.

—No, no es ninguna calumnia.

—Señora, hay circunstancias que obligan a soportar la deshonra familiar antes que proclamar bien alto la verdad. ¡No será Lebiadkin quien se vaya de la lengua!

Estaba ofuscado; se sentía inspirado; era consciente de su importancia: probablemente habría soñado con algo así. Tenía ganas de ofender, de dañar, de exhibir su poderío.

—¡Llame, por favor, Stepán Trofímovich! —le pidió Varvara Petrovna.

—¡Lebiadkin es muy astuto, señora! —dijo éste con un guiño, sonriendo con malicia—. ¡Es muy astuto, pero tiene también un punto débil, que es la antesala de la pasión! Y esa antesala es la vieja y aguerrida botella de los húsares, cantada por Denís Davydov[154]. Resulta que, cuando se encuentra en esa antesala, señora, a veces le da por mandar una carta en verso, una carta mag-ní-fi-ca, pero que desearía después recuperar con las lágrimas de toda su vida, pues con ella se destruye el sentimiento de la belleza. Pero ¡una vez que el pájaro alza el vuelo, ya no hay quien lo atrape por la cola! En esa antesala, señora, Lebiadkin bien pudo, en la noble indignación de un alma turbada por los agravios, haber dicho algo de una muchacha honrada, de lo que se han aprovechado sus calumniadores. Pero ¡Lebiadkin es astuto, señora! Y en vano se alza sobre él un lobo siniestro, llenando su copa a cada instante y aguardando el final: Lebiadkin no se va a ir de la lengua, y en el fondo de la botella lo que aparece, una y otra vez, ¡es la astucia de Lebiadkin! Pero ¡basta ya, basta ya! Señora, sus espléndidas mansiones podrían pertenecer a la más noble de las personas, pero ¡la cucaracha no se queja! ¡Tome nota, señora, tome nota de una vez de que no se queja, y reconozca la grandeza de su alma!

En ese momento, abajo, en la portería, se oyó una campanilla, y casi de inmediato apareció Alekséi Yegórych, que acudía con cierto retraso a la llamada de Stepán Trofímovich. El anciano y ceremonioso criado se presentó en un estado de extraordinaria agitación.

—Nikolái Vsévolodovich ha llegado ahora mismo y viene hacia aquí —anunció en respuesta a la mirada inquisitiva de Varvara Petrovna.

La recuerdo perfectamente en aquel momento: al principio se puso pálida, pero enseguida sus ojos centellearon. Se irguió en el sillón, con un aire de determinación poco común. El caso es que todos estábamos sorprendidos. La llegada repentina de Nikolái Vsévolodovich, prevista para un mes más tarde, resultaba extraña, no solo por inesperada, sino sobre todo por su fatal coincidencia con el momento que estábamos viviendo. Hasta el capitán se quedó quieto como un poste en medio de la estancia, boquiabierto y mirando a la puerta con un aire de indecible estupidez.

Y he aquí que en la pieza contigua, amplia y larga, se oyeron unos pasos cortos, extraordinariamente presurosos, cada vez más cercanos; se diría que alguien venía corriendo, y esa persona irrumpió de repente en la sala. Pero no se trataba de Nikolái Vsévolodovich, sino de un joven al que nadie conocía.

V

Me permito hacer una pausa para describir, aunque sea a grandes rasgos, a aquel individuo que se había presentado de improviso.

Era un joven como de veintisiete años, poco más o menos, de una estatura algo por encima de la media, de cabello ralo, rubio y bastante largo, con barba y bigotes desiguales, mal definidos. Vestía con aseo, e incluso a la moda, pero sin elegancia; daba la impresión, a primera vista, de ser algo cargado de espaldas y un tanto desmañado, pero se trataba de una falsa impresión, y era más bien desenvuelto. Parecía algo estrafalario y, sin embargo, todos pudimos comprobar después que sus modales eran de lo más correctos y siempre hablaba con propiedad.

No podía decirse que fuera feo, pero a nadie le resultó agradable su cara. Tenía la cabeza alargada hacia la parte de la nuca y como aplastada por los lados, dándole un aspecto afilado a su rostro. La frente era alta y estrecha, pero sus rasgos faciales eran poco marcados; tenía ojos rasgados, nariz pequeña y estrecha, labios largos y finos. Su expresión, en apariencia, era enfermiza, pero eso no era más que una apariencia. Tenía unas arrugas resecas en las mejillas y en torno a los pómulos, lo que le daba un aspecto como de convaleciente tras una penosa enfermedad. Y, no obstante, gozaba de una salud de hierro, era robusto y en realidad jamás había estado enfermo.

Andaba y se movía con viveza, pero no parecía tener ninguna prisa. Daba la sensación de ser un tipo imperturbable, con independencia de las circunstancias concretas y del medio social en el que se encontrara. Tenía una gran seguridad en

sí mismo, de la que no era consciente en absoluto.

Hablaba deprisa, atropelladamente, pero a la vez con mucho aplomo, y no tenía pelos en la lengua. A pesar de su estilo precipitado, sus pensamientos eran serenos, precisos y tajantes, y eso resultaba especialmente llamativo. Articulaba con una claridad asombrosa; sus palabras brotaban de sus labios como granos gruesos y lisos, siempre escogidas y siempre adecuadas a la ocasión. Al principio era algo que gustaba, pero acababa volviéndose molesto, precisamente por culpa de aquella pronunciación demasiado nítida, de aquellas tiradas de palabras siempre a flor de labios. Uno acababa imaginándose que su lengua tendría una forma especial, excepcionalmente larga y fina, terriblemente roja y con una punta extremadamente aguda que se movería sin pausa, de manera espontánea.

Pues bien, así era el joven que acababa de entrar a la carrera en la sala y, la verdad sea dicha, aún hoy me sigue pareciendo que había empezado a hablar ya en la estancia contigua, y que hizo su entrada hablando. En un abrir y cerrar de ojos lo vimos delante de Varvara Petrovna.

—Imagínese, Varvara Petrovna —iba diciendo, sin hacer una pausa—, me presento con la idea de que él estaría aquí desde hace un cuarto de hora; porque llegó hace hora y media; nos encontramos en casa de Kiríllov; vino derecho para acá hace media hora y me dijo que viniera yo también, un cuarto de hora más tarde…

—Pero ¿quién? ¿Quién le ha citado aquí? —preguntó Varvara Petrovna.

—Pues ¡Nikolái Vsévolodovich! ¿Quién si no? ¡No me diga que se entera ahora mismo! Su equipaje, al menos, tiene que haber llegado ya hace rato, ¿no se lo han dicho? Por lo que veo, soy el primero que le da la noticia. En todo caso, siempre se podría mandar a alguien a buscarlo, aunque lo más probable es que aparezca en cualquier momento, que será cuando mejor le venga y, hasta donde yo sé, cuando mejor responda a ciertos cálculos suyos. —Llegado a este punto, paseó la vista por el cuarto, fijándola con especial detenimiento en el capitán—. Ah, Lizaveta Nikoláievna, cómo me alegro de encontrarla a las primeras de cambio, es un placer estrechar su mano —se acercó rápidamente hasta Liza, que sonreía alegremente, y tomó la mano que ésta le tendía—; por lo que veo, mi muy estimada Praskovia Ivánovna tampoco se ha olvidado, al parecer, de su «catedrático» y ni siquera está enfadada con él, como solía estarlo en Suiza. Pero ¿qué tal sus piernas, Praskovia Ivánovna? ¿Acertaron los médicos suizos al recetarle los aires de su patria?… ¿Cómo dice? ¿Fomentos? Tiene que ser algo estupendo. Pero cuánto sentí, Varvara Petrovna —se volvió rápidamente hacia ella —, no haber llegado a tiempo para verla allá en el extranjero y presentarle personalmente mis respetos. Además, tenía tantas cosas que decirle… Le escribí aquí a mi viejo, pero él, según su costumbre, creo que…

—¡Petrusha! —exclamó Stepán Trofímovich, saliendo al momento de su aturdimiento; levantó las manos y corrió a encontrarse con su hijo—. *Pierre, mon enfant*, ¡no te había conocido! —Lo estrechó entre sus brazos, mientras lloraba a lágrima viva.

—Venga, no hagas locuras, déjate de alharacas, ya basta, ya basta, por favor te lo pido —farfullaba Petrusha atropelladamente, tratando de librarse de sus abrazos.

—¡Siempre, siempre he estado en deuda contigo!

—Bueno, ya está bien; ya hablaremos de eso más tarde. Ya sabía yo que ibas a hacer alguna escena. Sé más discreto, te lo ruego.

—Pero ¡si llevo diez años sin verte!

—Razón de más para no caer en excesos…

—*Mon enfant!*

—Ya sé, ya sé que me quieres, pero aparta tus brazos. Estás importunando a otras personas… Ah, mira, ahí está Nikolái Vsévolodovich, déjate de tonterías, te lo pido por favor, ¡se acabó!

Nikolái Vsévolodovich, efectivamente, ya estaba en la sala; había entrado muy discretamente y se había quedado un momento en la puerta, abarcando con una mirada tranquila a todos los allí reunidos.

Al igual que hacía cuatro años, cuando tuve ocasión de conocerlo, me impresionó nada más verlo. No me había olvidado de él en absoluto; pero, por lo visto, hay fisonomías que siempre, cada vez que nos encontramos con ellas, parecen traer consigo algo nuevo, algo que no habíamos advertido hasta entonces a pesar de haberlas visto ya cien veces. Aparentemente, no había cambiado nada en los últimos cuatro años: estaba igual de elegante, igual de grave, caminaba dándose los mismos aires que entonces, estaba casi igual de joven. Su leve sonrisa exhibía la misma amabilidad oficial y la misma complacencia; su mirada era igual de severa, abstraída y, podríamos decir, preocupada. En resumen, era como si nos hubiéramos separado la misma víspera. Con todo, había algo que me llamó la atención: antes, aunque se le consideraba guapo, era verdad que su rostro «parecía una máscara», como decían algunas damas deslenguadas de nuestra sociedad. En cambio, ahora, no sé por qué, me pareció desde el primer momento un hombre decidida e incontrovertidamente apuesto, de modo que ya nadie podía decir que su rostro recordaba a una máscara. ¿No sería porque estaba algo más pálido que antes y había adelgazado un poco? ¿O se debía, tal vez, a que un nuevo pensamiento brillaba en su mirada?

—¡Nikolái Vsévolodovich! —lo llamó Varvara Petrovna, irguiéndose en el sillón, pero sin levantarse, y lo detuvo con un gesto autoritario—. ¡Aguarda ahí un momento!

Pero para explicar la terrible pregunta que siguió a aquel gesto y aquella exclamación —una pregunta que nunca me habría podido imaginar, ni siquiera en la propia Varvara Petrovna—, voy a pedirle al lector que tenga presente cómo había sido el temperamento de Varvara Petrovna a lo largo de toda su vida, así como su carácter extremadamente impulsivo en los momentos críticos. También voy a pedirle que recuerde que, a pesar de la rara firmeza de su espíritu y de la considerable cantidad de sentido común y de destreza práctica —casi podríamos decir administrativa— que atesoraba, no faltaban en su vida los momentos en que se entregaba en cuerpo y alma y, si se me permite la expresión, sin ningún freno. Por último, le pido que tenga en cuenta que aquel momento bien podía ser para ella uno de esos momentos en los que de pronto toda la esencia de la vida, todo lo vivido, todo el presente y, seguramente, todo el porvenir, se concentra, como iluminado por un foco. Recordaré, de paso, la carta anónima recibida, de la que había hablado con tanta irritación a Praskovia Ivánovna, hacía tan solo unos minutos, omitiendo, creo recordar, toda referencia a lo que decía; sin embargo, es posible que en ella se hallara la explicación a la terrible pregunta que Varvara Petrovna, de improviso, formuló a su hijo.

—Nikolái Vsévolodovich —repitió, recalcando las palabras con una voz firme en la que resonaba un desafío amenazador—, le ruego que diga ahora mismo, sin moverse de ese sitio, si es verdad que esta desdichada mujer coja… ¡ahí está, ahí la tiene, mírela!… si es verdad que esta mujer es… su legítima esposa.

Recuerdo muy bien aquel momento; Nikolái Vsévolodovich miró a su madre fijamente, sin pestañear; en su semblante no se reflejó la menor alteración. Por fin, muy despacio, se dibujó en su rostro una sonrisa condescendiente, y, sin responder una sola palabra, se acercó con calma a su madre, le tomó la mano, se la llevó respetuosamente a los labios y la besó. Y era tan fuerte, tan irresistible, el influjo que constantemente ejercía sobre su madre que ella no se atrevió, ni siquiera en un momento como ése, a retirar su mano. Se limitaba a mirar a su hijo, convertida toda ella en un interrogante, y todo su aspecto manifestaba que no sería capaz de soportar un segundo más de incertidumbre.

Pero él seguía callado. Después de besarle la mano, volvió a recorrer con la mirada toda la estancia y, sin prisa, igual que antes, fue derecho hacia Maria Timoféievna. Es muy difícil describir la fisonomía de la gente en determinados momentos. Recuerdo, por ejemplo, que Maria Timoféievna, muerta de miedo, se levantó y fue a su encuentro, y extendió los brazos hacia delante, en un gesto que parecía de súplica; y también recuerdo el éxtasis de su mirada, un éxtasis delirante que distorsionaba sus rasgos, un éxtasis casi insoportable. Posiblemente hubiera las dos cosas: tanto miedo como éxtasis; pero recuerdo que me acerqué a ella de un

salto (yo estaba casi a su lado), porque me dio la sensación de que podía desvanecerse en cualquier momento.

—Usted no debería estar aquí —le dijo Nikolái Vsévolodovich con una voz dulce y melodiosa, y en sus ojos brilló una ternura insólita. Estaba parado delante de ella en una actitud de exquisita deferencia, y todos sus movimientos revelaban el más sincero respeto. La infeliz, jadeando, en una especie de susurro impulsivo, le dijo:

—¿Podría… ahora… arrodillarme ante usted?

—No, de ninguna manera —le respondió con una sonrisa espléndida, tanto que ella se echó a reír alegremente. Y, con la misma voz melodiosa y reprendiéndola con ternura, igual que a un niño, añadió con gravedad—: Tenga presente que usted es una muchacha, y yo, aun siendo el más devoto de sus amigos, no dejo de ser un extraño: no soy su marido, ni su padre, ni su prometido. Deme la mano y salgamos de aquí; la acompañaré hasta el coche y, si usted me lo permite, yo mismo la llevaré a su casa.

Ella le escuchaba con la cabeza gacha, como reflexionando.

—Vamos —dijo, suspirando y dándole la mano.

Pero justo entonces sufrió un ligero contratiempo. Debió de darse la vuelta sin prestar atención a lo que hacía y pisó con la pierna mala, más corta; el caso es que cayó de costado en el sillón y, de no haber estado éste allí, se habría desplomado en el suelo. En un abrir y cerrar de ojos, Nikolái Vsévolodovich la agarró y la sostuvo, sujetándola con fuerza del brazo, y con mucho cuidado, muy pendiente de ella, la condujo hasta la puerta. Se notaba que a ella le había dado rabia caerse; turbada, se ruborizó, terriblemente avergonzada. En silencio, mirando al suelo, cojeando ostentosamente, iba renqueando tras él, casi colgada de su brazo. De ese modo salieron de la sala. Liza, según vi, saltó de pronto, por alguna razón, de su silla mientras salían y no apartó la mirada de ellos hasta que cruzaron la puerta. Después volvió a sentarse en silencio, pero en su cara se apreciaba una especie de espasmo nervioso, como si hubiera tocado un bicho repugnante.

Mientras tenía lugar esta escena entre Nikolái Vsévolodovich y Maria Timoféievna, todos los presentes guardaban silencio, atónitos; se podía oír el vuelo de una mosca. Pero fue salir ellos dos de la sala y ponerse a hablar todo el mundo al mismo tiempo.

VI

Mejor dicho, allí no hablaba nadie: todo el mundo gritaba. Ya no recuerdo

muy bien en qué orden se sucedieron los acontecimientos, porque lo que siguió fue tremendamente confuso. Stepán Trofímovich exclamó no sé qué en francés y se llevó las manos a la cabeza, pero Varvara Petrovna no estaba para ocuparse de él. Hasta Mavriki Nikoláievich balbuceó algo apresuradamente. Pero el más nervioso de todos era Piotr Stepánovich; intentaba desesperadamente convencer de algo a Varvara Petrovna, haciendo grandes aspavientos. Durante mucho tiempo no conseguí entender una palabra. Piotr Stepánovich interpelaba tanto a Praskovia Ivánovna como a Lizaveta Nikoláievna, incluso, en su excitación, le gritó algo de pasada a su padre; en resumidas cuentas, no paraba de dar vueltas por la sala. Varvara Petrovna, roja de ira, saltó de su asiento y le gritó a Praskovia Ivánovna: «Pero ¿tú has oído lo que le acaba de decir?». Pero Praskovia Ivánovna no atinaba a responder, limitándose a murmurar y a gesticular. Bastantes preocupaciones tenía ya con Liza: cada dos por tres se giraba hacia la muchacha y la miraba con un terror indescriptible, y ni se le pasaba por la cabeza la posibilidad de levantarse e irse antes de que lo hiciera su hija. A todo esto, me fijé en que el capitán estaba decidido a escurrir el bulto. No cabía duda de que, desde el momento mismo en que había aparecido Nikolái Vsévolodovich, era presa del pánico; sin embargo, Piotr Stepánovich lo tenía cogido del brazo y le impedía escapar.

—Es algo indispensable, indispensable —seguía abrumando a Varvara Petrovna: no renunciaba a persuadirla. Estaba de pie delante de ella, que se había vuelto a sentar en su sillón, y recuerdo que le escuchaba con avidez; al final, había conseguido captar su atención—. Es algo indispensable. Ya lo está viendo, Varvara Petrovna, aquí se ha producido un malentendido, y aunque aparentemente haya muchas cosas extrañas, el asunto es claro como el agua y no puede ser más sencillo. Soy consciente de que nadie me ha autorizado a hablar en su nombre y de que seguramente hago el ridículo entrometiéndome de este modo. Pero, en primer lugar, el propio Nikolái Vsévolodovich no le da a eso ninguna importancia y, por otra parte, hay casos en los que a un hombre le cuesta lanzarse a dar explicaciones y no tiene más remedio que recurrir a un tercero, a quien le resulta más sencillo exponer ciertas cuestiones delicadas. Debe usted creer, Varvara Petrovna, que Nikolái Vsévolodovich no tiene la culpa, ni muchísimo menos, de no haber respondido de inmediato a su pregunta de antes con una explicación categórica, a pesar de lo trivial del caso; yo lo conozco desde los tiempos de San Petersburgo. Además, todo el episodio le hace honor a Nikolái Vsévolodovich, suponiendo que no haya más remedio que emplear una palabra tan imprecisa como «honor»…

—¿Me está diciendo que usted fue testigo de algún incidente del que se siguió… este malentendido?

—Testigo y partícipe —se apresuró a declarar Piotr Stepánovich.

—Si me da usted su palabra de que eso no va a herir los delicados sentimientos de Nikolái Vsévolodovich por mí, sentimientos que conozco muy bien, pues nunca me ha ocultado nada… y si además está usted convencido de que

así incluso lo va a complacer…

—Sin duda alguna, y por eso yo también lo considero una obligación especialmente grata. Estoy seguro de que él mismo me lo habría pedido.

La impertinente pretensión de este individuo, caído de pronto del cielo, de contar historias ajenas resultaba bastante extraña, y no entraba dentro de los usos más comunes. Pero había conseguido que Varvara Petrovna mordiera el anzuelo, tocando sus fibras más sensibles. Yo aún no conocía bien el carácter de aquel individuo, y mucho menos sus intenciones.

—Le escuchamos —sentenció cautelosamente Varvara Petrovna, no sin reservas, molesta consigo misma por su propia condescendencia.

—La historia no es larga; es más, si usted quiere, en realidad no llega ni a la categoría de anécdota —siguió con su retahíla—. Con todo, un novelista ocioso podría cocinar con ella una novela. No pasa de ser un caso trivial, pero es bastante curioso, Praskovia Ivánovna, y estoy convencido de que Lizaveta Nikoláievna va a escuchar con atención, porque hay en ella muchos elementos que, sin llegar a ser extraordinarios, sí son extravagantes. Hace ahora cinco años, en San Petersburgo, Nikolái Vsévolodovich conoció a este señor, sí, precisamente al señor Lebiadkin, al que vemos ahí boquiabierto y que está dispuesto, me parece a mí, a poner pies en polvorosa en el momento menos pensado. Disculpe, Varvara Petrovna. De todos modos, le aconsejo que no se largue, señor oficial retirado del antiguo departamento de intendencia (como ve, me acuerdo muy bien de usted). Tanto Nikolái Vsévolodovich como yo estamos al tanto de sus hazañas por aquí, de las que, téngalo presente, habrá de responder. Una vez más le pido disculpas, Varvara Petrovna. Por aquel entonces Nikolái Vsévolodovich llamaba a este caballero su Falstaff, el cual debió de ser —se apresuró a aclarar Piotr Stepánovich— un personaje de otros tiempos, *burlesque*, del que todos se reían y a quien no le importaba que se rieran de él con tal de que le pagaran. Nikolái Vsévolodovich llevaba por entonces en San Petersburgo una vida que era, digámoslo así, una pura farsa: no puedo calificarla de otro modo, pues no es hombre propenso a la melancolía y, por otra parte, entonces el trabajo le parecía algo digno de desprecio. Me estoy refiriendo, exclusivamente, a aquella época, Varvara Petrovna. Este Lebiadkin tenía una hermana, sí, esa misma que estaba aquí hace un rato. Los hermanos no tenían un techo propio, y andaban siempre de acá para allá, durmiendo donde podían. Él se dedicaba a pasearse bajo los arcos del Gostiny Dvor[155], siempre vestido con su viejo uniforme, abordaba a los transeúntes que tenían un aspecto más decente y todo lo que recaudaba se lo gastaba en bebida. Su hermana se alimentaba como los pájaros del cielo. Echaba una mano en los tugurios donde paraban y servía por una miseria. Aquello era un infierno; omitiré la descripción de la vida en aquellos rincones, una vida a la que por entonces se había entregado también, por pura excentricidad, Nikolái Vsévolodovich. Solo estoy hablando de aquella época, Varvara Petrovna; en cuanto a lo de

«excentricidad», la expresión es del propio Nikolái Vsévolodovich. No tiene secretos para mí. *Mademoiselle* Lebiádkina, que en aquel tiempo tuvo ocasión de encontrarse a menudo con Nikolái Vsévolodovich, se quedó prendada de su porte. Era, por así decir, un diamante sobre el inmundo trasfondo de su vida. No soy muy ducho a la hora de describir sentimientos, de modo que no me detendré en esta cuestión; en todo caso, muchos de aquellos miserables empezaron a burlarse de ella, algo que le pesó en el alma. En realidad, no era la primera vez que la gente se reía de ella, pero anteriormente no se había dado ni cuenta. Por entonces su cabeza ya no funcionaba del todo bien, aunque todavía no era lo de ahora. Hay motivos para suponer que en su infancia, gracias a cierta benefactora, había recibido alguna clase de educación. Nikolái Vsévolodovich nunca se había fijado en ella; se pasaba el día jugando al *préférence*[156] con unos empleados, con una vieja baraja grasienta y apostándose un cuarto de kopek en cada mano. Pero un día, viendo cómo se metían con ella, sin pedir explicaciones, cogió del cuello de la camisa a uno de los empleados y lo tiró por la ventana de un primer piso. No se trataba de indignación caballeresca en defensa de la inocencia agraviada; toda la operación se desarrolló entre las risas de los presentes y el propio Nikolái Vsévolodovich se reía más que nadie; es más, cuando la cosa terminó felizmente, todos hicieron las paces y se pusieron a beber ponche. Pero la que no se olvidó de lo ocurrido fue la propia inocencia agraviada. No hace falta decir que el incidente acabó por trastornar definitivamente sus facultades mentales. Insisto en que no se me da muy bien la descripción de los sentimientos, pero en este caso lo fundamental fueron las ilusiones delirantes de la joven. Y Nikolái Vsévolodovich, para colmo, dio alas a esas ilusiones: en lugar de seguir con la broma, le dio de repente por tratar a *mademoiselle* Lebiádkina con un respeto insólito. Kiríllov, que andaba por allí (es un hombre de lo más original, Varvara Petrovna, un hombre increíblemente brusco; a lo mejor se lo encuentra un día de éstos, ahora que está en la ciudad), bueno, pues ese Kiríllov, que raramente abre la boca, de pronto se acaloró, y recuerdo que le comentó a Nikolái Vsévolodovich que estaba tratando a aquella mujer como a una marquesa y que de esa manera iba a acabar de volverla loca. Debo añadir que Nikolái Vsévolodovich respetaba bastante al tal Kiríllov. Y ¿qué diría usted que le contestó? Pues le dijo: «Si usted cree, señor Kiríllov, que me burlo de ella, está muy equivocado: siento un verdadero respeto por ella, pues sé que es mejor que cualquiera de nosotros». Y sepa que lo dijo en un tono completamente serio. Por lo demás, en dos o tres meses apenas había cambiado una palabra con ella, salvo hola y adiós. Recuerdo perfectamente, pues yo también andaba por allí, que ella acabó creyéndose que Nikolái Vsévolodovich era poco menos que su novio, un novio que no se decidía a «raptarla» porque tenía muchos enemigos, porque su familia se oponía o por alguna razón similar. ¡Lo que nos pudimos reír! Al final, como resultado de todo aquello, Nikolái Vsévolodovich, cuando se tuvo que venir aquí, adoptó una serie de disposiciones para su manutención, señalándole, si no me equivoco, una pensión anual bastante considerable, algo así como trescientos rublos, si no más. En resumidas cuentas, pongamos que aquello fue un capricho por parte de Nikolái Vsévolodovich, la fantasía de un hombre prematuramente envejecido o, en fin, como afirmaba

Kiríllov, un nuevo experimento de un hombre ya saciado de todo con objeto de averiguar hasta dónde podía llegar con una mujer loca e impedida. «Ha elegido usted a propósito —le dijo— a la más infeliz de las criaturas: a una inválida, condenada para siempre al oprobio y el maltrato; sabiendo, para colmo, que esa criatura se muere de un ridículo amor por usted. Y así, sin más, con toda su mala intención, se burla usted de ella, ¡solo para ver cómo termina todo!». Ahora bien, ¿qué culpa tiene un hombre de las fantasías de una loca con la que, dese cuenta, apenas había cambiado un par de frases en todo ese tiempo? Hay cosas, Varvara Petrovna, de las que no solo es imposible hablar con sensatez, sino que hasta ponerse a hablar de ellas es una insensatez. Pero, en fin, admitamos que fue excentricidad, no cabe decir mucho más; el caso es que aquí han hecho un escándalo de todo esto… Algo sé, Varvara Petrovna, de lo que aquí está pasando.

En ese momento el narrador se interrumpió y quiso volverse hacia Lebiadkin, pero Varvara Petrovna se lo impidió; se hallaba en un estado de extrema exaltación.

—¿Ha terminado? —preguntó.

—Todavía no; para completar mi historia me haría falta, con su permiso, preguntarle algo a este señor… Ahora verá usted de qué se trata, Varvara Petrovna.

—Ya basta; después. Ahora déjelo por un momento, se lo ruego. ¡Oh, qué bien he hecho al permitirle hablar!

—Y, dese usted cuenta, Varvara Petrovna —Piotr Stepánovich se animó—, ¿cómo habría podido Nikolái Vsévolodovich explicarle todo esto hace un rato, en respuesta a aquella pregunta suya que, posiblemente, era demasiado categórica?

—¡Oh, sí, demasiado!

—¿No tenía yo razón al decir que en algunos casos a una tercera persona le resulta mucho más fácil explicar lo ocurrido que al propio interesado?

—Sí, sí… Pero usted estaba equivocado en una cosa, y compruebo con pesar que persiste en su error.

—¿De verdad? ¿En qué?

—Verá… Pero ¿por qué no se sienta, Piotr Stepánovich?

—Oh, como quiera; la verdad es que estoy cansado, se lo agradezco.

En un instante acercó un sillón y lo colocó de tal manera que se encontró

entre Varvara Petrovna, por un lado, Praskovia Ivánovna, que estaba junto a la mesa, por otro, y con el señor Lebiadkin, al que no había perdido de vista en ningún momento, enfrente.

—Se equivoca en llamar «excentricidad» a lo ocurrido…

—Oh, si no es más que eso…

—No, no, no; espere —le interrumpió Varvara Petrovna, quien evidentemente se disponía a hablar largamente y con pasión. En cuanto se dio cuenta, Piotr Stepánovich puso en ella toda su atención—. No, aquello estaba muy por encima de la excentricidad, y ¡puedo asegurarle que era algo sagrado! Un hombre orgulloso, tempranamente humillado, que llega a ese grado de «burla» al que usted se ha referido con tanta precisión, en una palabra, el príncipe Harry, por emplear la magistral comparación que hizo en su día Stepán Trofímovich y que sería totalmente correcta si no se pareciese aún más a Hamlet, al menos desde mi punto de vista.

—*Et vous avez raison*[157] —asintió, con sentimiento y firmeza, Stepán Trofímovich.

—Se lo agradezco, Stepán Trofímovich; le agradezco muy especialmente su inquebrantable fe en Nicolas, en la grandeza de su alma y de su vocación. Incluso apuntaló mi propia fe, cuando flaqueé.

—*Chère, chère…* —Stepán Trofímovich quiso dar un paso al frente, pero se detuvo, entendiendo que era peligroso interrumpir.

—Y, si Nicolas hubiera tenido siempre a su lado —Varvara Petrovna casi entonaba ahora— un dulce Horacio, grande en su humildad (otra preciosa expresión suya, Stepán Trofímovich), tal vez se hubiera salvado hace tiempo del triste e «imprevisible demonio de la ironía», que lo ha martirizado toda la vida. (Lo del demonio de la ironía, una vez más, también es una admirable expresión suya, Stepán Trofímovich). Pero Nicolas nunca tuvo un Horacio, ni una Ofelia. Tan solo tuvo a su madre, pero ¿qué puede hacer una madre, sola, en esas circunstancias? ¿Sabe, Piotr Stepánovich? Me parece perfectamente comprensible que una criatura como Nicolas pudiera frecuentar incluso esos cuchitriles mugrientos de los que usted ha hablado. Puedo imaginarme ahora con toda claridad esa «burla» de la vida (¡qué expresión tan atinada la suya!), esa sed insaciable de contrastes, ese fondo tenebroso del cuadro sobre el que destaca como un diamante, por remitirme una vez más a su comparación, Piotr Stepánovich. Y he aquí que un buen día se encuentra con una criatura insultada por todo el mundo, una mujer impedida y medio trastornada, y al mismo tiempo, quién sabe, ¡dominada por los más nobles sentimientos!

—Bueno, sí, se podría admitir.

—Y, sabiendo eso, ¡no comprende usted que no se riera de ella como hacían los demás! ¡Oh, qué gente! No comprende que la defendiera de sus ofensores, que la tratara con respeto, «como a una marquesa». (¡Ese Kiríllov debía de tener una comprensión extraordinariamente profunda de la gente, aunque no comprendiera a Nicolas!). Precisamente en ese contraste, si se quiere, estuvo el origen del problema; si la desdichada se hubiera desenvuelto en otros ambientes, habría existido la posibilidad de que no se hubiera entregado a esos sueños delirantes. Una mujer, solo una mujer puede comprenderlo, Piotr Stepánovich, y es una lástima que usted… ¡Quiero decir, no que no sea usted una mujer, sino que pudiera serlo al menos por esta vez, para comprenderlo!

—O sea, en el sentido de que, cuanto peor, mejor; entiendo lo que quiere decir, Varvara Petrovna. Es parecido a lo que pasa con la religión: cuanto más difícil es la vida de una persona, o cuanto más oprimido y empobrecido está todo un pueblo, con más ahínco cree en el premio del paraíso, y si además hay cien mil sacerdotes que se ocupan de eso, atizando ese sueño y especulando con él, entonces… La entiendo a usted, Varvara Petrovna, puede estar tranquila.

—Bueno, no es exactamente igual, pero dígame: ¿es que Nicolas, para erradicar el sueño de aquel desgraciado organismo —por qué utilizó aquí Varvara Petrovna la palabra «organismo» es algo que no pude comprender—, debía reírse de ella y tratarla como aquellos empleados? ¿Acaso niega usted aquella excelsa compasión, aquel noble temblor de todo el organismo con el que Nicolas replicó severamente a Kiríllov: «Yo no me burlo de ella»? ¡Grandiosa, sagrada respuesta!

—*Sublime!* —musitó Stepán Trofímovich.

—Y dese cuenta de que no es tan rico como usted cree: la rica soy yo, y en esa época prácticamente no aceptaba nada de mí.

—Lo comprendo, todo eso lo comprendo, Varvara Petrovna —dijo Piotr Stepánovich, que empezaba a rebullirse con impaciencia.

—¡Oh, ése es mi carácter! Me reconozco en Nicolas. Reconozco esa juventud, esa inclinación a los impulsos turbulentos, inquietantes… Y, si alguna vez llegamos a tener un trato más cercano, Piotr Stepánovich, cosa que por mi parte deseo sinceramente, pues estoy en deuda con usted, entonces tal vez comprenda…

—Oh, créame, yo, por mi parte, deseo lo mismo —musitó Piotr Stepánovich, entrecortadamente.

—Entonces podrá comprender ese impulso que nos lleva, con la ceguera propia de los nobles sentimientos, a tomar a alguien que es indigno en todos los

sentidos, a alguien que no nos ha comprendido en ningún momento, que está dispuesto a martirizarnos cada vez que se le presenta la ocasión, a tomar a alguien así y convertirlo, a pesar de todos los pesares, en un ideal, en un sueño, a depositar en él todas nuestras esperanzas, a reverenciarlo y amarlo para siempre, sin saber por qué, ni muchísimo menos… tal vez, justamente, porque es indigno de ese amor… ¡Oh, cuánto he sufrido toda mi vida, Piotr Stepánovich!

Stepán Trofímovich, con cara de sufrimiento, intentó captar mi mirada, pero yo me volví a tiempo.

—Y aún no hace mucho tiempo, no hace mucho… ¡oh, qué injusta he sido con mi Nicolas!… No se creería usted cómo me han hecho sufrir por todos lados, los enemigos, la gentuza, los amigos: acaso más los amigos que los enemigos. Cuando me llegó aquel primer despreciable anónimo, Piotr Stepánovich, no se lo va a creer, pero el caso es que no encontré en mí desprecio suficiente con el que responder a tanta maldad… ¡Jamás, jamás me perdonaré mi flaqueza de espíritu!

—Algo había oído decir de esos anónimos de por aquí —dijo animándose de pronto Piotr Stepánovich—; ya descubriré a los autores, no se preocupe.

—¡No se puede imaginar la clase de intrigas que hemos tenido que padecer! Hasta a nuestra pobre Praskovia Ivánovna le han hecho la vida imposible, y a ella ¿por qué? Puede que hoy haya sido injusta contigo, mi querida Praskovia Ivánovna —añadió en un noble arranque de emoción, no exenta, sin embargo, de cierta ironía triunfante.

—Basta, *mátushka* —farfulló la aludida a regañadientes—, por mi parte, hay que poner fin a todo esto; ya ha dado demasiado que hablar… —Y volvió a mirar tímidamente a Liza, la cual, sin embargo, estaba pendiente de Piotr Stepánovich.

—Y, en cuanto a esta pobre criatura enajenada, que lo ha perdido todo y solo ha conservado su corazón, tengo intención de adoptarla —anunció de pronto Varvara Petrovna—; es un deuda sagrada que estoy decidida a satisfacer. ¡Desde este mismo día la tomo bajo mi protección!

—Y, en cierto sentido, va a ser algo admirable —dijo Piotr Stepánovich, con la misma vivacidad de antes—. Disculpe, pero todavía no había acabado. Quería referirme, precisamente, a su protección. Figúrese que en aquella ocasión, cuando se marchó Nikolái Vsévolodovich (empiezo justo donde lo dejé antes, Varvara Petrovna), este caballero aquí presente, el señor Lebiadkin, no tardó ni un segundo en arrogarse el derecho a disponer, en su totalidad, de la pensión asignada a su hermana. Y, en efecto, dispuso de ella. No sé exactamente cómo lo habría arreglado todo entonces Nikolái Vsévolodovich, pero al cabo de un año, estando ya en el extranjero, se enteró de lo ocurrido y no tuvo más remedio que modificar sus disposiciones. Tampoco en este caso conozco los detalles, él mismo podrá

contárselos, lo único que sé es que hizo ingresar a la persona en cuestión en un convento lejano, en unas condiciones bastante confortables, pero sometida a una vigilancia amigable, ya me entiende. Y ¿qué diría usted que se le ocurrió al señor Lebiadkin? Primero, removió cielo y tierra para averiguar dónde estaba escondida su fuente de ingresos, es decir, su hermana; solo pasado un tiempo logró su objetivo, sacó a su hermana del convento invocando no sé qué derechos sobre ella y se la trajo aquí directamente. Aquí la mata de hambre, la maltrata, la tiraniza; para colmo, cuando por algún conducto recibe de Nikolái Vsévolodovich una considerable suma de dinero, se da de inmediato a la bebida y, en lugar de mostrarle su gratitud, desafía insolentemente a Nikolái Vsévolodovich, le plantea exigencias absurdas y lo amenaza con llevarlo a juicio en caso de que no le pague en mano la pensión. De ese modo, convierte lo que era un donativo voluntario de Nikolái Vsévolodovich en un tributo. ¿Se da cuenta? Señor Lebiadkin, ¿no es verdad *todo* esto que acabo de contar?

El capitán, que hasta ese momento había aguantado de pie, en silencio y con la mirada clavada en el suelo, dio un par de pasos rápidos al frente y se puso todo colorado.

—Piotr Stepánovich, me está tratando usted con mucha crueldad —dijo de forma muy brusca.

—¿Crueldad? ¿Por qué crueldad? Pero, con su permiso, más tarde nos ocuparemos de la crueldad y de la dulzura, de momento lo único que le pido es que responda a la pregunta anterior: ¿es verdad *todo* lo que he contado o no? Si usted considera que no es verdad, ahora tiene ocasión de manifestarlo.

—Yo… usted ya lo sabe, Piotr Stepánovich… —balbuceó el capitán, se quedó sin palabras y se calló. Hay que hacer notar que Piotr Stepánovich estaba sentado en su sillón, con las piernas cruzadas, y el capitán estaba de pie, delante de él, en una actitud de lo más respetuosa.

Los titubeos del señor Lebiadkin no debieron de hacerle ninguna gracia a Piotr Stepánovich; su rostro se contrajo en un espasmo maligno.

—¿Está seguro de que no tiene nada que decir? —Miró atentamente al capitán—. Si es así, cuando usted quiera; le estamos esperando.

—Usted sabe muy bien, Piotr Stepánovich, que no puedo decir nada.

—No, no lo sé; de hecho, es la primera vez que lo oigo; ¿por qué no puede decir nada?

El capitán callaba, con la mirada fija en el suelo.

—Permítame que me vaya, Piotr Stepánovich —dijo con resolución.

—Pero no antes de que dé una respuesta a mi pregunta anterior: ¿es verdad *todo* lo que he dicho?

—Sí, señor, es verdad —dijo Lebiadkin, con voz casi inaudible, y levantó la vista hacia su verdugo. Gotas de sudor le corrían por las sienes.

—¿*Todo* verdad?

—Todo, señor.

—¿No tiene nada que añadir, que precisar? Si tiene la sensación de que somos injustos, dígalo; proteste, manifieste en voz alta su disconformidad.

—No, no tengo nada que añadir.

—¿Amenazó usted recientemente a Nikolái Vsévolodovich?

—Eso… eso fue, sobre todo, por culpa del vino, Piotr Stepánovich. —Alzó la cabeza de improviso—. ¡Piotr Stepánovich! Si el honor familiar y una ignominia inmerecida claman entre los hombres, entonces… ¿tiene también uno la culpa? —bramó, dejándose llevar como antes.

—¿Está usted sobrio, señor Lebiadkin? —Piotr Stepánovich le dirigió una mirada penetrante.

—Sí, estoy… sobrio.

—¿A qué se refiere cuando habla del honor familiar y la ignominia inmerecida?

—No lo he dicho por nadie, no pretendía aludir a nadie. Hablaba de mí mismo… —El capitán se sintió hundido nuevamente.

—Al parecer, se ha tomado a mal lo que he dicho de usted y de su comportamiento. Es usted muy susceptible, señor Lebiadkin. Pero, si me permite, yo aún no me he referido a su comportamiento, en su auténtico sentido. Voy a hablar ahora de su comportamiento en su auténtico sentido. Voy a hablar ahora, muy posiblemente, pero todavía no he hablado en su *auténtico* sentido.

Lebiadkin se estremeció y miró muy asustado a Piotr Stepánovich.

—Piotr Stepánovich, ¡solo ahora empiezo a despertarme!

—Vaya. Y ¿he sido yo quien lo ha despertado?

—Sí, usted me ha despertado, Piotr Stepánovich; he estado durmiendo cuatro años bajo un cielo cubierto de negros nubarrones. ¿Puedo marcharme por fin, Piotr Stepánovich?

—Puede marcharse, a menos que Varvara Petrovna estime necesario…

Pero Varvara Petrovna hizo un gesto con la mano, dándole permiso para marcharse.

El capitán se inclinó, dio un par de pasos en dirección a la puerta, se detuvo de pronto, se llevó la mano al corazón, quiso decir algo, no lo dijo y salió a toda prisa. Sin embargo, en la puerta se tropezó con Nikolái Vsévolodovich; éste se hizo a un lado; el capitán se encogió y se quedó paralizado en el sitio, sin apartar los ojos de él, como un conejo frente a una boa. Tras esperar unos segundos, Nikolái Vsévolodovich lo apartó suavemente con la mano y entró en la sala.

VII

Estaba alegre y tranquilo. Tal vez le había sucedido algo estupendo, algo de lo que no nos habíamos enterado todavía, pero, en cualquier caso, parecía especialmente satisfecho.

—¿Me perdonas, Nicolas? —Varvara Petrovna no pudo contenerse y fue rápidamente a su encuentro.

Pero Nicolas se rió abiertamente.

—¡Lo que pensaba! —exclamó de buen humor, en tono de broma—. Veo que ya está al corriente de todo. Cuando me marché de aquí, iba pensando en el coche que debería haberle contado la historia, en vez de salir de ese modo. Pero recordé que aquí se quedaba Piotr Stepánovich, y me despreocupé.

Mientras hablaba, echó un vistazo rápido a su alrededor.

—Piotr Stepánovich nos ha contado una vieja historia de San Petersburgo, sacada de la vida de un tipo raro —prosiguió con entusiasmo Varvara Petrovna—, de un hombre caprichoso, que no estaba bien de la cabeza, pero de sentimientos elevados, noble y caballeresco…

—¿Caballeresco? ¿Hasta ese punto hemos llegado? —Nicolas se reía—. En cualquier caso, estoy muy agradecido a Piotr Stepánovich por la prisa que se ha dado esta vez. —Intercambió con éste una mirada fugaz—. Debe usted saber,

maman, que Piotr Stepánovich es un pacificador universal; ése es su papel, su debilidad, su afición, y se lo recomiendo muy especialmente por este motivo. Me figuro la clase de historias que habrá contado. Eso es lo que hace, dejar correr la lengua cada vez que cuenta algo; tiene todo un archivo en la cabeza. Tenga presente que, como realista que es, no puede mentir, y valora la verdad más que el éxito… salvo en los casos, se entiende, en que el éxito vale más que la verdad. —Mientras decía esto, no dejaba de mirar a su alrededor—. Así pues, *maman*, está claro que no es usted la que tiene que pedirme perdón y que, si hay algo de locura en todo esto, es sobre todo cosa mía, lo cual quiere decir, después de todo, que definitivamente estoy loco… Uno tiene que mantener su reputación…

Y abrazó tiernamente a su madre.

—Sea como fuere, esto ya es asunto terminado y contado y, por consiguiente, podemos olvidarnos de él —añadió, y una leve nota, dura y seca, resonó en su voz. Varvara Petrovna entendía esa nota; pero su exaltación no se aplacó, ni mucho menos.

—¡En ningún caso te esperaba antes de un mes, Nicolas!

—Por supuesto, *maman*, te lo explicaré todo, pero ahora…

Y se acercó a Praskovia Ivánovna.

Pero ésta apenas volvió la cabeza hacia él, a pesar de que media hora antes se había quedado atónita a raíz de su primera aparición. No obstante, ahora tenía otras preocupaciones: desde el preciso instante en que salió el capitán y se tropezó en la puerta con Nikolái Vsévolodovich, a Liza le había dado por reírse, discreta e intermitentemente al principio, pero después la risa había ido en aumento, volviéndose más fuerte y más patente cada vez. Se puso colorada. El contraste con su semblante sombrío de antes era extraordinario. Mientras Nikolái Vsévolodovich estuvo hablando con Varvara Petrovna, dos veces había hecho una seña a Mavriki Nikoláievich para que se aproximara más a ella, como si quisiera decirle algo al oído; pero en cuanto se inclinaba hacia la joven, ella se echaba a reír. Alguien podría pensar que era precisamente del pobre Mavriki Nikoláievich de quien se estaba riendo. Por otra parte, se notaba que intentaba dominarse y se llevaba un pañuelo a los labios. Nikolái Vsévolodovich se acercó a saludarla con un aire perfectamente cándido e inocente.

—Por favor, perdóneme —dijo ella, hablando muy deprisa—. Usted… usted… sin duda, ya conoce a Mavriki Nikoláievich… ¡Por Dios, pero qué inadecuadamente alto es usted, Mavriki Nikoláievich!

Y vuelta a reírse. Mavriki Nikoláievich era alto, pero tampoco es que fuera inadecuadamente alto.

—¿Ha llegado hace mucho? —murmuró, volviendo a dominarse, turbándose incluso, aunque con ojos chispeantes.

—Hace poco más de dos horas —respondió Nicolas, con la mirada fija en ella. Debo señalar que era un joven excepcionalmente reservado y cortés, pero, al margen de la cortesía, tenía un aire completamente indiferente, y hasta apático.

—Y ¿dónde va a vivir?

—Aquí.

Varvara Petrovna también estaba pendiente de Liza, pero de pronto reparó en una cosa.

—¿Dónde has estado, Nicolas, en estas dos horas largas? —Se acercó a su hijo—. El tren llega a las diez.

—Primero llevé a Piotr Stepánovich a casa de Kiríllov. Me había encontrado con Piotr Stepánovich en Matvéievo, a tres estaciones de aquí, y hemos venido en el mismo vagón.

—Yo estaba esperando en Matvéievo desde el amanecer —confirmó Piotr Stepánovich—; los últimos vagones de nuestro tren habían descarrilado por la noche, por poco no nos rompemos las piernas.

—¡Por poco no se rompen las piernas! —exclamó Liza—. ¡Mamá, mamá, y nosotras que queríamos haber ido la semana pasada a Matvéievo! ¡También nos habríamos roto las piernas!

—¡Que Dios nos ampare! —Praskovia Ivánovna se persignó.

—Mamá, mamá, mamá querida, no tiene que asustarse si resulta que me rompo las piernas; eso siempre podría pasarme, usted misma dice todos los días que monto a caballo como una loca. Mavriki Nikoláievich, ¿querrá sacarme de paseo cuando esté coja? —Empezó otra vez a carcajearse—. Si pasara eso, no dejaría que nadie más que usted me llevara de paseo, cuente con eso. Bueno, supongamos que solo me parto una pierna… Sea amable y diga que sería un placer.

—¿Un placer partirse una pierna? —preguntó muy serio Mavriki Nikoláievich, frunciendo el ceño.

—Pero ¡usted me llevaría de paseo, usted y solo usted!

—Incluso en esas circunstancias usted me seguiría llevando a mí, Lizaveta

Nikoláievna —musitó Mavriki Nikoláievich, más serio aún.

—¡Dios mío, pero si ha querido hacer un juego de palabras! —exclamó Liza, casi espantada—. ¡Mavriki Nikoláievich, no se atreva a ir nunca por esa senda! Pero ¡qué egoísta es usted! Estoy convencida de que se está calumniando a sí mismo, y lo digo en su honor. Al revés: ¡me estaría repitiendo a todas horas que me encuentra más interesante sin una pierna! Lo único que no tiene remedio es que usted es exageradamente alto, y yo sin una pierna sería demasiado baja; ¿cómo iba a llevarme del brazo? No haríamos una buena pareja.

Y se reía de una forma malsana. Las agudezas y las indirectas no eran nada graciosas, pero estaba claro que no le preocupaba su efecto.

—¡Un ataque de histeria! —me susurró Piotr Stepánovich—. ¡Rápido, un vaso de agua!

Había acertado; a los pocos segundos todo el mundo estaba inquieto; trajeron agua. Liza abrazaba a su madre, la besaba con pasión, lloraba en su hombro, para volver, inmediatamente después, a apartarla, a mirarla a la cara, a reírse a carcajadas. Por fin la madre empezó también a gimotear. Varvara Petrovna se llevó enseguida a las dos a sus habitaciones, saliendo por la misma puerta por la que había entrado antes Daria Pávlovna. Pero estuvieron allí muy poco tiempo, a lo sumo cuatro minutos…

Intento ahora recordar hasta el mínimo detalle de los instantes postreros de aquella mañana memorable. Me acuerdo de que, cuando nos quedamos solos, sin las damas (con la única excepción de Daria Pávlovna, que no se había movido de su sitio), Nikolái Vsévolodovich nos fue saludando a todos uno por uno, salvo a Shátov, que seguía sentado en su rincón, con la cabeza cada vez más inclinada hacia el suelo. Stepán Trofímovich empezó a decirle algo increíblemente ingenioso a Nikolái Vsévolodovich, pero éste se acercó precipitadamente a Daria Pávlovna. Sin embargo, antes de llegar hasta ella, Piotr Stepánovich lo agarró y se lo llevó, poco menos que a la fuerza, hasta una ventana, donde empezó a susurrarle algo muy deprisa, algo aparentemente muy importante, a juzgar por la expresión del rostro y por los gestos que acompañaban a sus susurros. Sin embargo, Nikolái Vsévolodovich escuchaba con desgana y distraído, con su sonrisa oficial, y al final hasta con impaciencia, como deseando escaparse en todo momento. Se apartó de la ventana en el instante preciso en que regresaban nuestras damas; Varvara Petrovna hizo sentar a Liza en el mismo sitio de antes, diciéndole que tenía que esperar al menos diez minutos y descansar, porque en ese momento el aire fresco seguramente no les iba a sentar bien a sus nervios alterados. Estaba muy pendiente de Liza y se sentó a su lado. Piotr Stepánovich, libre ya, se unió muy pronto a ellas y entabló una animada y alegre conversación. En ese momento, Nikolái Vsévolodovich se acercó por fin, con sus andares sosegados, a Daria Pávlovna; Dasha, al verlo aproximarse, se sobresaltó en su asiento y rápidamente empezó a

agitarse, con evidente turbación y con el rostro todo colorado.

—Creo que podemos darle la enhorabuena… ¿o todavía no? —dijo con una expresión peculiar en la cara.

Dasha le contestó algo, pero apenas se le oía.

—Perdóneme la indiscreción —Nikolái Vsévolodovich levantó la voz—, pero supongo que sabe que fui informado expresamente. ¿Lo sabía?

—Sí, sé que le informaron expresamente.

—Espero, no obstante, no haberla molestado al felicitarla —dijo él riéndose —, y en caso de que Stepán Trofímovich…

—Felicitarla ¿por qué? ¿Por qué? —Piotr Stepánovich se les unió de pronto —. ¿Por qué hay que felicitarla, Daria Pávlovna? ¡Caramba, no me diga que es por eso! Su rubor es la prueba de que he acertado. Realmente, ¿por qué otra cosa, si no, habría que felicitar a nuestras lindas y decentes mozas? ¿Qué otras felicitaciones las harían enrojecer de esa manera? Bueno, acepte entonces las mías y, si he acertado, pague la apuesta: acuérdese de que en Suiza hicimos una apuesta cuando aseguró que jamás se casaría… Ah, sí, hablando de Suiza… ¿en qué estaría yo pensando? Imagínese, en parte, había venido a eso, y casi se me olvida. Dime una cosa —se dirigió de improviso a Stepán Trofímovich—, ¿cuándo vas a Suiza?

—¿Yo?… ¿A Suiza? —replicó Stepán Trofímovich, sorprendido y desconcertado.

—¿Cómo? ¿Es que no vas a ir? También te vas a casar… O eso me escribiste.

—*Pierre!* —exclamó Stepán Trofímovich.

—Que Pierre ni Pierre… Mira, ya que deseabas conocer mi opinión lo antes posible, he venido corriendo a decirte que, si es eso lo que deseas, yo no me opongo, ni mucho menos. Y, si lo que necesitas —siguió con su cháchara— es que te «salve», como me escribes y me ruegas en esa misma carta, me tienes igualmente a tu disposición. ¿Es verdad que se casa, Varvara Petrovna? —Súbitamente se volvió hacia ella—. Espero no estar siendo indiscreto; me escribe en su carta que toda la ciudad lo sabe y todo el mundo le da la enhorabuena, de modo que, para evitar a la gente, solo sale de noche. Traigo la carta en el bolsillo. Pero ¿querrá creer, Varvara Petrovna, que no entiendo una sola palabra? Dime una sola cosa, Stepán Trofímovich, ¿hay que felicitarte o hay que «salvarte»? Es increíble: junto a líneas llenas de dicha, se encuentran también las más desesperadas. De entrada, me pide perdón en ella; bueno, hay que admitir que eso forma parte de sus hábitos… Aunque también hay que decirlo: figúrese, un hombre que me ha visto

dos veces en toda su vida, y por casualidad, y ahora, de pronto, al ir a casarse por tercera vez, se le ocurre que con ello infringe a saber qué clase de obligaciones paternas, y me suplica, a mil verstas de distancia, que no me enfade y que le dé mi aprobación. Por favor, no te ofendas, Stepán Trofímovich, es el signo de los tiempos; lo miro sin anteojeras y no te culpo, y creo que te honra, y etcétera, etcétera, pero, una vez más, lo más importante es que no sé qué es lo más importante. Algo se dice en la carta de no sé qué «pecados en Suiza». Me caso, dices, por unos pecados, o por unos pecados ajenos, o yo qué sé qué; por unos «pecados», en definitiva. «La muchacha —dice la carta— es una perla y un diamante», y claro, él es «indigno de ella», ése es su estilo; pero ¿qué pecados o qué circunstancias son ésos por los que está «obligado a contraer matrimonio y viajar a Suiza», y que por eso me pide: «Déjalo todo y ven corriendo a salvarme»? ¿Entiende usted algo de todo esto? Aunque… aunque, por las caras que estoy viendo —se fue girando con la carta en las manos, mirando con una sonrisa inocente a las caras de todos—, ya me doy cuenta de que, según mi costumbre, al parecer he metido la pata… por culpa de esta estúpida sinceridad mía o, como dice Nikolái Vsévolodovich, por mi precipitación. Yo creía que estaba con mi gente, con los míos, o sea, con los tuyos, Stepán Trofímovich, con tus míos; yo, en realidad, soy un extraño, y ya veo… ya veo que aquí todos saben algo, y que soy yo justamente el que no lo sabe.

Seguía mirando a su alrededor.

—¿De modo que Stepán Trofímovich le escribió diciéndole que se casaba «por unos pecados ajenos, cometidos en Suiza», y que fuera corriendo a «salvarlo»? ¿Con esas palabras? —Varvara Petrovna se acercó de pronto, toda amarilla, con la cara crispada y los labios temblorosos.

—Bueno, verá, si hay algo aquí que no he entendido —dijo Piotr Stepánovich, como asustado, y hablando aún más deprisa que antes—, la culpa es suya, desde luego, por escribir de esa manera. Aquí está la carta. Sepa, Varvara Petrovna, que sus cartas eran interminables e incesantes, y en los últimos dos o tres meses me mandaba una carta tras otra, y al final, lo reconozco, algunas no me las leía enteras. Perdóname, Stepán Trofímovich, por esta confesión tan estúpida, pero, por favor, estarás de acuerdo en que, aunque me mandabas a mí las cartas, las escribías más que nada para la posteridad, así que no creo que te importe… Vale, vale, no te lo tomes a mal, ¡al fin y al cabo, somos de la familia!… Pero esta carta, Varvara Petrovna, esta carta sí que la leí hasta el final. Estos «pecados», señora, estos «pecados ajenos», seguramente son pecadillos propios y, me apuesto lo que sea, de lo más inocentes, pero de pronto nos ha dado por montar a partir de ellos una historia tremenda con un aroma de nobleza… seguramente, si la hemos montado, ha sido por ese aroma de nobleza. Verá, hay que decir que nuestras cuentas no andan muy boyantes, en fin, no hay más remedio que reconocerlo. Ya sabe que las cartas son nuestra perdición… aunque la verdad es que esto no viene a cuento, no viene a cuento para nada, lo siento, ya he hablado de más; pero le doy

mi palabra, Varvara Petrovna, de que me asustó, y efectivamente ya venía yo dispuesto en parte a «salvarlo». Al final, siento vergüenza de mí mismo. ¿Qué quería que hiciera? ¿Que le pusiera un cuchillo en la garganta? ¿Acaso soy un acreedor implacable? Algo escribe aquí de una dote… Pero ¿seguro que te vas a casar, Stepán Trofímovich? Porque al final es lo de siempre, venga a hablar y a hablar, y solo por el gusto de oírse… Ay, Varvara Petrovna, estoy seguro de que ahora usted también me estará maldiciendo, precisamente por mi forma de hablar…

—Al contrario, al contrario, veo que a usted se le ha agotado la paciencia, y sin duda tendrá una buena razón —apuntó con malicia Varvara Petrovna. Había estado escuchando con un placer maligno toda la palabrería «veraz» de Piotr Stepánovich, que evidentemente estaba interpretando un papel (yo aún no sabía cuál, pero estaba claro que era un papel, e interpretado con bastante tosquedad)—. Al contrario —siguió diciendo—, le estoy muy agradecida por haber hablado; de no haber sido por usted, no lo habría sabido. Por primera vez en veinte años estoy abriendo los ojos. Nikolái Vsévolodovich, decía usted antes que le habían informado expresamente: ¿no le habrá escrito Stepán Trofímovich algo de este tenor?

—Me llegó de él una carta de lo más inocente y… y… muy generosa…

—Veo que vacila, y elige las palabras, ¡con eso basta! Stepán Trofímovich, necesito que me haga un enorme favor —se dirigió de pronto a él, mirándolo con ojos relampagueantes—, tenga la bondad de dejarnos en este mismo instante, y en lo sucesivo no vuelva a poner los pies en esta casa.

Ruego al lector que tenga presente su reciente «exaltación», que aún no se le había pasado. Sin duda, el propio Stepán Trofímovich también era culpable. Pero lo que me impresionó en aquellos momentos fue la admirable entereza con la que soportó tanto las «acusaciones» de Petrusha, sin que se le ocurriera interrumpirlas, como la «condena» de Varvara Petrovna. ¿De dónde había sacado tanta presencia de ánimo? Yo de lo que sí me había dado cuenta, hacía un rato, era de que su primer encuentro con Petrusha lo había dejado muy dolido, por la forma en que lo había abrazado. Era un dolor profundo y *genuino*, al menos en sus ojos y en su corazón. También lo atormentaba otro dolor en ese instante, como era la conciencia lacerante de haber actuado como un miserable; más tarde, él mismo me lo confesó con toda franqueza. Pero un dolor *genuino*, indudable, es capaz en ocasiones de volver consistente y estoico, aunque sea por poco tiempo, a un hombre de una frivolidad fenomenal; no solo eso, un dolor verdadero, genuino, puede incluso hacer sabios a los necios, solo por un tiempo, se entiende. Es una propiedad de ese dolor. Siendo así, ¿qué no podría suceder con un hombre como Stepán Trofímovich? Se verificó en él una transformación completa, aunque igualmente poco duradera, claro está.

Se inclinó con dignidad ante Varvara Petrovna y no dijo ni palabra (lo cierto es que se había quedado sin ellas). Habría querido irse sin más, pero no pudo contenerse y se acercó a Daria Pávlovna. Ésta, al parecer, ya lo presentía, porque enseguida, muy asustada, tomó la palabra, como si tuviera prisa por adelantarse a él:

—Por favor, Stepán Trofímovich, por el amor de Dios, no diga usted nada —empezó a hablar a toda prisa, enardecida, con el semblante compungido y alargando la mano hacia él precipitadamente—; puede estar seguro de que le respeto como antes… y de que le aprecio y… tenga usted también un buen concepto de mí, Stepán Trofímovich, eso sería muy importante para mí, muy importante…

Stepán Trofímovich se inclinó profundamente, muy profundamente, ante ella.

—Tú decides, Daria Pávlovna; ¡sabes que en este asunto todo está en tus manos! Ha estado y está, ahora y en el futuro —concluyó con gravedad Varvara Petrovna.

—¡Vaya, ahora lo entiendo todo! —Piotr Stepánovich se dio un golpe en la frente—. Pero… ¿en qué situación quedo yo ahora? ¡Daria Pávlovna, perdóneme, por favor!… Y ahora, ¿qué es lo que has hecho conmigo, eh? —añadió, dirigiéndose a su padre.

—Pierre, podrías hablarme de otro modo, ¿no te parece, amigo mío? —observó Stepán Trofímovich, hablando en un tono de lo más tranquilo.

—Por favor, no grites —dijo Pierre, haciendo aspavientos—; créeme que solo son tus viejos nervios enfermos, y no sirve de nada dar gritos. Más vale que me digas cómo es que no me advertiste, porque podías haber previsto que iba a lanzarme a hablar a las primeras de cambio.

Stepán Trofímovich le dirigió una mirada penetrante:

—Pierre, tú, que estás tan enterado de todo lo que pasa aquí, ¿de verdad que no sabías nada, que no habías oído nada de este asunto?

—¿Cómooo? ¡Lo que hay que ver! ¿No te basta con ser un niño, a tus años? ¿Tenías que ser también un niño malcriado? Varvara Petrovna, ¿ha oído lo que ha dicho?

Se armó un alboroto; pero de pronto se produjo un incidente con el que nadie contaba.

VIII

Ante todo debo hacer constar que en los últimos dos o tres minutos Lizaveta Nikoláievna parecía dominada por un nuevo impulso; estaba cuchicheando con su madre y con Mavriki Nikoláievich, inclinado hacia ella. Su rostro reflejaba inquietud, pero también resolución. Por fin se puso de pie, con la intención evidente de salir cuanto antes, y apremió a su madre, que había empezado a levantarse con la ayuda de Mavriki Nikoláievich. Pero estaba claro que el destino no iba a dejar que se marcharan sin haber asistido a todo hasta el final.

Shátov, olvidado por todos en su rincón (no muy lejos de Lizaveta Nikoláievna), sin saber él mismo, seguramente, qué hacía allí sentado y cómo no se marchaba de una vez, se levantó de pronto y, cruzando toda la sala, sin apresurarse, pero con paso firme, se dirigió hacia donde estaba Nikolái Vsévolodovich, mirándolo a la cara. Éste lo vio acercarse desde cierta distancia, y esbozó una ligera sonrisa; pero, al llegar Shátov junto a él, dejó de sonreír.

Cuando Shátov, mirándolo fijamente, se detuvo en silencio delante de él, todo el mundo se dio cuenta y se calló; el último, Piotr Nikoláievich. Liza y su madre se quedaron paradas en medio de la estancia. Así transcurrieron unos cinco segundos; la expresión de estupor insolente en el rostro de Nikolái Vsévolodovich dejó paso a la ira; frunció el ceño y de repente…

Y de repente Shátov, con toda la fuerza de su brazo, largo y poderoso, le golpeó en la mejilla. Nikolái Vsévolodovich se tambaleó violentamente.

Shátov asestó el golpe de un modo peculiar, no fue una bofetada convencional (si se puede decir así), con la palma de la mano, sino con todo el puño. Y el suyo era un puño grande, pesado, huesudo, cubierto de vello pelirrojo y de pecas. Si le hubiera acertado en la nariz, se la habría partido. Pero le golpeó en la mejilla, rozando la comisura izquierda de los labios y los dientes superiores, de los que brotó inmediatamente la sangre.

Creo que se oyó un grito repentino, puede que fuera Varvara Petrovna… de eso no estoy seguro, porque enseguida volvió a hacerse el silencio; toda la escena, por lo demás, no duraría mucho más de diez segundos.

En cualquier caso, en esos diez segundos pasaron muchas cosas.

Tengo que recordarle al lector, una vez más, que Nikolái Vsévolodovich era una de esas naturalezas que no saben lo que es el miedo. En un duelo podía afrontar a sangre fría el disparo del rival, apuntar y matar con una calma más propia de una fiera. Si alguien lo hubiera abofeteado en una mejilla, no creo que hubiera retado al ofensor, sino que lo habría matado allí mismo; él era de ésos, y

era capaz de matar con plena conciencia de lo que hacía, sin perder el control. Me atrevería a decir que nunca había sufrido uno de esos arrebatos de furia ciega que ofuscan el entendimiento. Incluso cuando lo embargaba una profunda ira, cosa que ocurría en ocasiones, sabía mantener el dominio de sí mismo, y comprendía en consecuencia que, si mataba a alguien sin que mediara un duelo, no se libraría del presidio. A pesar de lo cual, no habría vacilado en matar al ofensor.

Últimamente he estado estudiando a Nikolái Vsévolodovich y, por una serie de circunstancias particulares, ahora, cuando escribo esto, conozco de él muchos detalles. Podría compararlo con ciertos caballeros del pasado, asociados en nuestra sociedad a determinados recuerdos legendarios. Se contaba, por ejemplo, del decembrista[158] L…n que toda su vida buscó deliberadamente el peligro, recreándose con su sensación embriagadora y convirtiéndolo en una necesidad vital para él. En su juventud se batía en duelo por cualquier cosa; en Siberia salía a cazar osos armado con un simple cuchillo, y le gustaba encontrarse en los bosques siberianos con presidiarios fugados, los cuales, dicho sea de paso, eran más peligrosos que los osos. No cabe duda de que esos caballeros legendarios eran capaces de sentir miedo, incluso puede que en su grado más extremo, pues de otro modo habrían sido mucho menos inquietos y la sensación de peligro no habría llegado a ser una necesidad vital para ellos. Pero vencer la propia cobardía era, evidentemente, lo que les seducía. El continuo éxtasis de la victoria y la conciencia de que nadie los podía vencer era lo que de verdad los atraía. Este L…n, antes de su destierro, estuvo un tiempo luchando con el hambre y tuvo que ganarse el pan a costa de un gran esfuerzo, solo porque se negaba a someterse a las exigencias de su acaudalado padre, que consideraba injustas. Por tanto, se vio obligado a combatir en muchos frentes: no solo con los osos y en los duelos aprendió a valorar la firmeza y fortaleza de su carácter.

En cualquier caso, han pasado muchos años desde entonces y la naturaleza nerviosa, atormentada y escindida de los hombres de nuestro tiempo es incompatible con las exigencias propias de las sensaciones inmediatas y absorbentes que perseguían aquellos caballeros, siempre inquietos, de los viejos buenos tiempos. Nikolái Vsévolodovich tal vez habría tratado a L…n con desdén, incluso podría haberlo tachado de cobarde y jactancioso, tal vez lo habría llamado gallito, aunque, eso sí, seguro que no en voz alta. Él también dispararía sobre su rival en un duelo, y saldría a cazar osos, siempre que hiciera falta, y se defendería de un bandido en el bosque, con tanto éxito y con tanta temeridad como L…n, pero sin la menor sensación de placer, solo por una estricta necesidad, sin entusiasmo, desganado, casi aburrido. En maldad, desde luego, ha habido un progreso en comparación con L…n, o incluso con Lérmontov. La maldad de Nikolái Vsévolodovich superaba seguramente a la de esos dos juntos, pero era una maldad fría, tranquila y, por así decir, *racional* y, en consecuencia, la más repulsiva y atroz que pueda haber. Insisto: entonces lo consideraba, y lo sigo considerando ahora que todo ha terminado, un hombre que, en caso de recibir una bofetada o sufrir una ofensa semejante, sería capaz de matar de inmediato a su adversario, allí

mismo, en el sitio, sin necesidad de retarlo a duelo.

Sin embargo, en aquella ocasión ocurrió algo muy diferente.

Apenas había recuperado el equilibrio, después de tambalearse de un modo indigno, doblándose casi hasta la cintura, por el golpe encajado, y el eco infamante y como húmedo del puñetazo se había extinguido por fin en la sala, cuando agarró a Shátov de los hombros con ambas manos, para retirarlas de inmediato, casi al instante, llevándoselas a la espalda. Se quedó callado, mirando a Shátov, y se puso pálido como su camisa. Lo raro, sin embargo, fue que su mirada perdió todo su brillo. A los diez segundos había en sus ojos una mirada fría y —estoy seguro de que no miento— serena. Aunque estaba tan pálido que daba miedo. Como es natural, no sé cómo se sentiría aquel hombre por dentro, yo solo podía ver su exterior. Tengo la impresión de que, si hubiera alguien capaz, por ejemplo, de agarrar una barra de hierro al rojo vivo y apretarla con fuerza en la mano, para poner a prueba su resistencia, y que a continuación, durante diez segundos, intentara sobreponerse a aquel dolor insoportable hasta conseguirlo, creo que soportaría algo parecido a lo que soportó entonces, en esos diez segundos, Nikolái Vsévolodovich.

De los dos, el primero que bajó los ojos fue Shátov, evidentemente porque no tuvo más remedio que bajarlos. A continuación se volvió despacio y abandonó la sala, aunque desde luego no con el mismo paso de hacía un momento. Se retiró en silencio, con la espalda encorvada y cabizbajo, como dándole vueltas a algo. Parecía que iba murmurando. Llegó hasta la puerta con cautela, sin tropezar ni chocarse con nada; se limitó a entreabrirla, así que tuvo que pasar casi de lado por el hueco. Mientras estaba pasando, se le notaba más que nunca el remolino de pelo del cogote.

Entonces, antes de que todo el mundo se pusiera a dar voces, se oyó un grito aterrador. Pude ver a Lizaveta Nikoláievna agarrando a su madre de un hombro y a Mavriki Nikoláievich del brazo, tirando de ellos dos o tres veces con intención de sacarlos de la sala, pero de pronto soltó un grito y se desplomó, desmayada, en el suelo. Todavía me parece estar oyendo el golpe de la nuca en la alfombra.

Segunda parte

Capítulo I. La noche

I

Transcurrieron ocho días. Ahora que todo ha terminado, cuando escribo esta crónica, ya conocemos lo que estaba ocurriendo; pero entonces aún no sabíamos nada, y era muy lógico que nos imaginásemos toda clase de cosas raras. Stepán Trofímovich y yo, sobre todo al principio, nos encerramos en casa y contemplábamos todo desde la distancia, asustados. Y eso que yo al menos aún salía de vez en cuando y seguía llevándole noticias, sin las cuales él no podía vivir.

No hace falta decir que por la ciudad circulaban toda suerte de rumores, relativos a la bofetada, al desmayo de Lizaveta Nikoláievna y a los demás sucesos de aquel domingo. Y aquello no dejaba de sorprendernos: ¿a través de quién podía haber salido todo aquello a la luz, tan pronto y con tanto detalle? No parecía que ninguno de los presentes tuviera necesidad o interés en desvelar el secreto de lo ocurrido. No había criados en aquellos momentos; el único que podía haberse ido de la lengua era Lebiadkin, no tanto por resentimiento, pues había salido de allí muerto de miedo (y el miedo al enemigo puede incluso con el resentimiento), sino por pura incontinencia verbal. Pero Lebiadkin había desaparecido al día siguiente, junto con su hermana, y no había noticias de él; no estaba en casa de Filíppov, nadie sabía dónde se había metido; era como si se lo hubiera tragado la tierra. Shátov, a quien quería preguntarle sobre Maria Timoféievna, se encerró en su casa y debió de pasarse aquellos ocho días sin pisar la calle; incluso interrumpió sus actividades en la ciudad. No quiso recibirme. El martes me acerqué a su casa y llamé a su puerta. No hubo respuesta; no obstante, como sabía con toda certeza que estaba en casa, pues disponía de datos incotestables, insistí. Entonces, saltando de la cama al parecer, se acercó a la puerta de varias zancadas y dijo, gritando como un descosido: «Shátov no está en casa». Con ésas, me marché.

Stepán Trofímovich y yo, algo asustados por lo aventurado de la suposición, pero dándonos ánimos mutuamente, llegamos finalmente a una conclusión: el responsable de propagar los rumores solo podía ser Piotr Stepánovich, si bien es cierto que éste, pasado algún tiempo, en el curso de una conversación con su padre, le aseguró que él en persona había podido comprobar que la historia estaba ya en boca de todos, muy especialmente en el club, y que tanto la gobernadora como su marido la conocían con todo lujo de detalles. Lo más sorprendente es que el mismo lunes por la tarde, al día siguiente de lo ocurrido, me encontré con Liputin, y estaba al corriente de todo, hasta la última palabra, de modo que, indudablemente, había sido de los primeros en enterarse.

Muchas de las damas (entre ellas, las más distinguidas) tenían curiosidad

por saber de la «misteriosa coja», como llamaban a Maria Timoféievna. Incluso ardían en deseos de conocerla y tratarla personalmente, así que era evidente que la intervención de aquellos individuos que se habían apresurado a retirar de la circulación a los Lebiadkin no podía haber llegado más a tiempo. Con todo, lo que destacaba en primer plano era el desmayo de Lizaveta Nikoláievna, y en eso estaba interesada «toda la sociedad», aunque solo fuera porque era algo que tocaba de cerca a Yulia Mijáilovna, como pariente y protectora de Lizaveta Nikoláievna. ¡Qué no dirían! Una circunstancia misteriosa dio pábulo a las habladurías: las dos casas estaban cerradas a cal y canto; Lizaveta Nikoláievna, según decían, estaba en cama con fiebre alta; algo parecido contaban de Nikolái Vsévolodovich, con el añadido de detalles escabrosos como que había perdido un diente y se le había inflamado un carrillo por culpa del flemón. Se comentaba incluso por ahí que bien podría producirse un crimen, que Stavroguin no era de los que toleran semejante ofensa y que mataría a Shátov, pero en secreto, como en las *vendette* de los corsos. Esta idea atraía a mucha gente, pero la mayoría de nuestra juventud mundana oía todo esto con desdén y con un aire de absoluta indiferencia que, sin duda, era fingida. En general, la vieja hostilidad de nuestra sociedad a Nikolái Vsévolodovich se manifestó con toda crudeza. Hasta las personas más sensatas se afanaban por culparlo, sin saber ellas mismas de qué. Contaban en voz baja que por lo visto había deshonrado a Lizaveta Nikoláievna y que en Suiza había habido una intriga entre ellos. Como es lógico, había gente más prudente que se abstenía de hacer comentarios, pero todo el mundo, en cualquier caso, escuchaba con avidez. También se dijeron otras cosas, pero ya no en público, sino en privado, en raras ocasiones y prácticamente en secreto; cosas extremadamente raras, a cuya existencia hago referencia sin otra intención que la de prevenir al lector, en vista de acontecimientos ulteriores de mi relato. En concreto, algunos decían, frunciendo el ceño y solo Dios sabe con qué fundamento, que Nikolái Vsévolodovich tenía algún cometido especial en nuestra provincia, que por mediación del conde K. había entrado en contacto en San Petersburgo con miembros de las altas esferas, que hasta era posible que trabajara al servicio del gobierno, y que alguien le había encargado una misión importante o algo por el estilo. Cuando algunas personas más razonables y comedidas se sonreían al oír estas cosas y objetaban, con buen criterio, que un sujeto como aquél, amigo de los escándalos, que había empezado su carrera entre nosotros con un flemón, no daba la sensación, precisamente, de ser un agente gubernamental, alguien les replicaba, bajando la voz, que seguramente no estaría allí en misión oficial, sino confidencial, por así decir, y que en ese caso la propia naturaleza del servicio exigía que el encargado se pareciese lo menos posible a un funcionario público. Tal observación surtía efecto, pues era sabido que en nuestra capital tenían el ojo puesto en el *zemstvo*[159] de nuestra provincia. Insisto en que no eran más que rumores pasajeros, y que se desvanecían sin dejar rastro, hasta el momento en que Nikolái Vsévolodovich hizo su primera aparición. Quisiera destacar que tales rumores se debían en parte a las palabras, breves pero maliciosas, que había pronunciado en el club, de manera vaga e inconexa, el capitán de la guardia, ya retirado, Artemi Pávlovich Gagánov, que había regresado recientemente de San Petersburgo; se trataba de uno de los más poderosos

hacendados de nuestra provincia y de nuestro distrito y estaba muy bien relacionado con los círculos de la capital; era hijo, además, de Pável Pávlovich Gagánov, el respetable anciano con el que Nikolái Vsévolodovich había tenido hacía más de cuatro años aquel encontronazo, de una grosería y una brusquedad extraordinarias, al que ya me he referido con anterioridad, al principio de mi relato.

La gente no tardó en enterarse de que Yulia Mijáilovna, excepcionalmente, había ido a visitar a Varvara Petrovna, y de que le habían comunicado, junto a la entrada de la casa, que no podía recibirla, «por motivos de salud». También se supo que dos días después de aquella visita Yulia Mijáilovna había enviado un menaje interesándose por la salud de Varvara Petrovna. Finalmente, se impuso la misión de «defender» en todas partes a Varvara Petrovna, naturalmente en el sentido más elevado de la palabra o, lo que es lo mismo, de la forma más imprecisa posible. En cualquier caso, todos los comentarios apresurados que se hicieron al principio sobre los sucesos del domingo los escuchaba con frialdad y con aire severo, de modo que en los días sucesivos ya no se repitieron en su presencia. Así fue ganando terreno la idea de que Yulia Mijáilovna no solo conocía toda aquella historia misteriosa, sino también su significado más profundo, hasta en sus detalles más nimios, y no como una mera observadora, sino como persona involucrada en los hechos. Señalaré, de paso, que ya estaba adquiriendo entre nosotros, de forma gradual, esa influencia decisiva que sin duda buscaba y pretendía, y que ya empezaba a verse «rodeada por un círculo de escogidos». Parte de la sociedad le reconocía inteligencia práctica y tacto… pero ya hablaremos de eso. Su protección, además, explicaba en parte los rápidos éxitos alcanzados por Piotr Stepánovich en nuestra sociedad, éxitos que entonces sorprendieron sobremanera a Stepán Trofímovich.

Posiblemente, exagerábamos. En primer lugar, Piotr Stepánovich se hizo conocido de media ciudad casi de inmediato, en los primeros cuatro días a partir de su llegada. Apareció un domingo, y ese mismo martes ya lo vi en calesa en compañía de Artemi Pávlovich Gagánov, hombre altanero, irritable e insolente, a pesar de su mundanidad, alguien con quien, por su carácter, era muy difícil congeniar. También lo recibieron muy bien en casa del gobernador, hasta el punto de que no tardaron en tratarlo como a uno más de la familia, su ojito derecho, por así decir: comía con Yulia Mijáilovna casi a diario. Se habían conocido en Suiza, pero había sin duda algo singular en su fulminante éxito en casa de su excelencia. Durante un tiempo, al fin y al cabo, había tenido fama de revolucionario emigrado; verdad o no, el caso es que había participado en algunas publicaciones y congresos en la emigración, cosa que «podía probarse por los periódicos», si hacía falta, como me dijo con malicia, una vez que me lo encontré, Aliosha Teliátnikov, hoy en día, ¡ay!, funcionario de poca monta ya jubilado, pero que en otros tiempos había sido el favorito del anterior gobernador. Con todo, ahí había un hecho incuestionable: el antiguo revolucionario no solo no había sufrido ninguna molestia a la hora de regresar a la amada patria, sino que prácticamente lo habían animado a volver; en

definitiva, es muy posible que aquellas acusaciones fueran infundadas. Una vez Liputin me confesó que, según se rumoreaba, Piotr Stepánovich se había declarado arrepentido y le habían concedido el perdón, a cambio de algunos nombres; de ese modo también habría logrado, muy posiblemente, limpiar su expediente, con la promesa de servir a la patria en lo sucesivo. Estas palabras ponzoñosas se las repetí a Stepán Trofímovich, y éste, a pesar de que difícilmente estaba en condiciones de pensar claro, reflexionó largamente sobre la cuestión. Más adelante llegamos a saber que Piotr Stepánovich había venido a la ciudad provisto de algunas cartas de recomendación especialmente influyentes; en cualquier caso, traía una para la gobernadora, firmada por una respetable anciana de San Petersburgo, cuyo provecto marido era uno de los más altos dignatarios de la capital. Dicha anciana, madrina de Yulia Mijáilovna, le señalaba en su carta que también el conde K. conocía muy bien a Piotr Stepánovich, por mediación de Nikolái Vsévolodovich, que le tenía mucho aprecio y que lo consideraba un «joven digno de respeto, a pesar de los errores del pasado». Yulia Mijáilovna apreciaba sobremanera sus escasas relaciones con las «altas esferas», mantenidas a costa de tanto esfuerzo, y se alegró, como es natural, con la carta de tan notable anciana. Pero, con eso y con todo, aún quedaba algo por aclarar. Hasta su marido se vio obligado a mantener unas relaciones que resultaban casi familiares con Piotr Stepánovich, algo que al señor Von Lembke no le hacía demasiada gracia… pero ya hablaremos de eso. Tampoco quisiera dejar de señalar que el gran escritor mostró asimismo una magnífica disposición con Piotr Stepánovich y enseguida lo invitó a su casa. Tanta presteza en un hombre tan pagado de sí mismo hirió en el alma a Stepán Trofímovich; pero yo lo explicaría de otra manera: al invitar a aquel nihilista, el señor Karmazínov, por descontado, tenía muy presente su relación con los jóvenes progresistas de ambas capitales[160]. El gran escritor temblaba asustado ante la juventud revolucionaria rusa, y creyendo, en su ignorancia, que ésta tenía en sus manos la llave del futuro de Rusia, la adulaba de un modo humillante, principalmente porque aquellos jóvenes no le hacían ningún caso.

II

Piotr Stepánovich se acercó en dos ocasiones a ver a su padre, pero, para mi desgracia, en ninguna de las dos estuve presente. La primera visita fue el miércoles, es decir, cuando ya habían pasado tres días de aquel primer encuentro, y fue para hablar de sus negocios. La liquidación de la hacienda, por cierto, se había cerrado con mucha discreción. Varvara Petrovna se hizo cargo de todo y pagó todo lo que se debía, quedándose con las tierras, lógicamente, y se limitó a informar a Stepán Trofímovich de que el asunto ya estaba zanjado, y su mayordomo Alekséi Yegórovich, actuando en calidad de plenipotenciario suyo, le llevó algunos papeles para su firma, cosa que él hizo sin decir una palabra y con una dignidad exquisita. A propósito de dignidad, diré que en aquellos días se me hacía difícil reconocer a nuestro viejo amigo. Se comportaba como nunca lo había hecho, se había vuelto asombrosamente taciturno, no le escribió ni una sola carta a

Varvara Petrovna desde el mismo domingo, algo que me pareció milagroso, y, sobre todo, estaba muy sereno. Se aferraba a alguna idea definitiva y extraordinaria que le daba sosiego, era evidente. Había dado con esa idea, y estaba esperando tranquilamente. Al principio, no obstante, cayó enfermo, sobre todo el lunes; sufría un episodio de colerina. De todos modos, no podía pasar mucho tiempo sin recibir noticias; pero en el momento en que yo, dejando de lado los hechos, intentaba profundizar en la cuestión y formular alguna conjetura, mi amigo empezaba a hacer gestos para que me callase. En cualquier caso, las dos entrevistas con el hijo tuvieron un efecto devastador en él, si bien no quebrantaron su determinación. En los dos casos, después de esos encuentros, se pasó todo el día tumbado en el sofá, con la cabeza envuelta en un pañuelo empapado en vinagre; pero, en última instancia, siempre mantuvo la entereza.

La verdad, no siempre me hacía callar con aspavientos. Alguna vez me dio la sensación de que aquella misteriosa resolución se iba esfumando de algún modo y Stepán Trofímovich empezaba a luchar con una nueva y tentadora afluencia de ideas. Era algo ocasional, pero no quiero dejar de mencionarlo. Tenía yo la sospecha de que mi amigo estaba deseando hacerse notar de nuevo, salir de su aislamiento, desafiar al adversario, librar la última batalla.

—*Cher*, ¡los haría pedazos! —soltó el jueves por la tarde, después de su segundo encuentro con Piotr Stepánovich, cuando yacía en el sofá, con la cabeza envuelta en una toalla.

Hasta entonces no me había dicho una sola palabra en todo el día.

—*Fils, fils chéri*[161],, y todo eso; estamos de acuerdo en que todas esas frases son un absurdo, charla de cocineras, pero qué se le va a hacer, ahora ya me doy cuenta. Yo no lo alimenté, no sacié su sed, lo mandé de Berlín, a la provincia de J., siendo un niño de pecho, con el correo, bueno, y todo eso, estamos de acuerdo… «Tú —me dice— no has hecho nada por mí, no me alimentaste y me mandaste con el correo, y luego aquí me has robado». «Pero, infeliz —le grito—, mi corazón toda la vida ha sufrido por ti, ¡aunque te mandara con el correo!». *Il rit*[162]. Pero estoy de acuerdo, estoy de acuerdo… ¡que sí, que lo mandé con el correo! —concluyó, como en un delirio.

A los cinco minutos le dio otra vez:

—*Passons*. No entiendo a Turguénev. Su Bazárov[163] es un personaje de ficción, que no existe en ninguna parte; ellos fueron los primeros en repudiarlo, por no parecerse a nadie. Ese Bazárov es una mezcla confusa de Nozdriov[164] y de Byron, *c'est le mot*[165]. Fíjese en ellos atentamente: ¡brincan y chillan de puro contento, como cachorros al sol, son felices, son los vencedores! ¡Qué tendrá que ver Byron!… Y, para colmo, ¡cuánta ordinariez! ¡Qué prurito plebeyo de vanidad, qué afán más vulgar de *faire bruit autour de son nom*[166], sin darse cuenta de que *son*

nom… ¡Oh, qué caricatura! «Haz el favor —le grito—, ¿no querrás ofrecerte, así, tal cual, ante la gente, a cambio de Cristo?». *Il rit. Il rit beaucoup, il rit trop*[167]. Tiene una sonrisa rara. Su madre no tenía esa sonrisa. *Il rit toujours*[168]. —Otra vez se hizo el silencio—. Son astutos; el domingo se habían puesto de acuerdo… —soltó de repente.

—Oh, sí, sin duda —grité, aguzando el oído—, no era más que una conjura, pero era demasiado evidente e interpretaban muy mal sus papeles.

—No quería decir eso. No sé si sabrá que estaba interpretado mal a propósito, para que se dieran cuenta… quienes tenían que darse cuenta. ¿Lo entiende?

—No, no lo entiendo.

—*Tant mieux. Passons*[169]. Hoy tengo los nervios a flor de piel.

—Pero ¿para qué tuvo que discutir con ellos, Stepán Trofímovich? —le dije en tono de reproche.

—*Je voulais convertir*[170]. Se va a reír usted, desde luego. *Cette pauvre* tía, *elle entendra de belles choses!*[171] ¡Querrá creer, amigo mío, que el otro día me sentí patriota! Aunque yo siempre me he considerado ruso… y un verdadero ruso tiene que ser como usted y como yo, no puede ser de otra manera. *Il y a là dedans quelque chose d'aveugle et de louche*[172].

—Qué duda cabe —respondí.

—Amigo mío, la auténtica verdad siempre es inverosímil, ¿no lo sabía? Para que la verdad resulte verosímil, es imprescindible añadirle alguna mentira. La gente siempre lo ha hecho así. Tal vez haya aquí algo que se nos escapa. ¿Usted qué cree? ¿Hay algo que se nos escapa en ese grito triunfante? Me gustaría que lo hubiera. Vaya que sí.

No dije nada. También él estuvo callado un buen rato.

—Hablan del ingenio francés… —farfulló de pronto, como en estado febril —. Eso es mentira, eso siempre ha existido. ¿Por qué hay que difamar el ingenio francés? Aquí lo único que hay es pereza rusa, nuestra humillante impotencia para engendrar una idea, nuestro repugnante parasitismo en el concierto de las naciones. *Ils sont tout simplement des paresseux*[173], no es cosa del ingenio francés. ¡Ah, los rusos tendrían que ser exterminados por el bien de la humanidad, como parásitos nocivos! No ha sido por eso, ni muchísimo menos, por lo que hemos luchado; no entiendo nada. ¡He dejado de entender! Pero no te das cuenta, le digo, no te das cuenta de que si ponéis la guillotina en primer plano, y con tanto

entusiasmo, se debe únicamente a que nada es más fácil que cortar cabezas, y nada es más difícil que tener ideas. *Vous êtes des paresseux! Votre drapeau est une guenille, une impuissance*[174]. Esas telegas, o… ¿cómo era aquello?… «El traqueteo de las telegas que llevan pan a la humanidad» es más provechoso que la *Madonna Sixtina*, o como quiera que sea… *une bêtise dans ce genre*[175]. Pero no te das cuenta, le grité, de que el hombre necesita la desdicha tanto como la felicidad, y en idéntica medida. *Il rit*. «Solo te dedicas —me dice— a soltar frases bonitas mientras tus miembros reposan —él empleó una expresión más grosera— en un sofá de terciopelo…». Y fíjese en esa costumbre nuestra de tutearse el padre y el hijo: está muy bien cuando los dos se entienden, pero ¿qué pasa si se pelean? —Volvimos a callarnos un minuto—. *Cher* —concluyó de pronto, levantándose rápidamente—, ¿sabe que esto tiene que acabar de algún modo?

—Sí, claro —dije.

—*Vous ne comprenez pas. Passons*[176]. Pero… en este mundo, por lo general, todo termina en nada, pero aquí habrá un final, ¡sin falta, sin falta!

Se levantó, recorrió la habitación tremendamente agitado y, volviendo al sofá, se desplomó en él, exhausto.

El viernes por la mañana Piotr Stepánovich se marchó a algún lugar del distrito y se quedó allí hasta el lunes. Me enteré de su partida por Liputin, y también supe por él, en el curso de la conversación, que los Lebiadkin, hermano y hermana, se habían mudado a la otra orilla del río, al arrabal de los alfareros. «Yo mismo los llevé», añadió Liputin y, dejando el tema de los Lebiadkin, me comunicó de improviso que Lizaveta Nikoláievna se casaba con Mavriki Nikoláievich, y que, aunque todavía no era oficial, ya había un compromiso y todo estaba hecho. Al día siguiente vi a Lizaveta Nikoláievna paseando a caballo con Mavriki Nikoláievich; era la primera vez que salía después de su enfermedad. Me dedicó desde lejos una mirada radiante, se rió y me hizo un gesto muy amistoso con la cabeza. Todo eso se lo conté a Stepán Trofímovich; solo hizo algo de caso a las noticias sobre los Lebiadkin.

Y ahora, habiendo descrito ya nuestra misteriosa situación a lo largo de esos ocho días, cuando todavía no sabíamos nada, paso a ocuparme de los acontecimientos posteriores de mi crónica, ahora ya, digámoslo así, con conocimiento de causa, tal y como han llegado a ser sabidos y explicados después. Empezaré concretamente por el octavo día después de aquel domingo, esto es, por el lunes por la tarde, porque fue entonces, en realidad, cuando empezó el «nuevo escándalo».

III

Eran las siete de la tarde y Nikolái Vsévolodovich estaba solo en su despacho. En otros tiempos, ésta había sido su habitación favorita: una habitación de techos altos, tapizada de alfombras, con muebles macizos, a la antigua usanza. Estaba sentado en un sofá, en uno de sus extremos, vestido de calle, aunque no daba la impresión de que se dispusiera a salir. En la mesa que tenía delante había una lámpara de pantalla. Los laterales y los rincones de la gran estancia quedaban en sombra. Su mirada parecía abstraída y concentrada, pero no del todo tranquila, y su semblante cansado y algo demacrado. En efecto, tenía un flemón, si bien los rumores relativos a la pérdida de un diente resultaban exagerados. El diente se le había movido un poco, pero se había vuelto a asentar; también había sufrido un corte en la cara interna del labio superior, pero ya estaba cicatrizado. La hinchazón de la mejilla no había remitido en toda la semana por la sencilla razón de que el enfermo se había negado a avisar a un médico para que le sajara el flemón, y había preferido esperar a que la inflamación bajara por sí sola. No solo no quería saber nada de médicos, sino que tampoco dejaba que se le acercara su madre, más que una vez al día, un ratito, y siempre al anochecer, una vez que oscurecía pero aún no habían encendido las luces. Tampoco había querido recibir a Piotr Stepánovich, a pesar de que éste, mientras estuvo en la ciudad, se acercaba dos o tres veces al día a casa de Varvara Petrovna. Así hasta que el lunes, finalmente, después de regresar por la mañana de su escapada de tres días, de recorrer toda la ciudad y de comer en casa de Yulia Mijáilovna, Piotr Stepánovich se presentó ante Varvara Petrovna, que lo aguardaba con impaciencia. Se había levantado la prohibición: Nikolái Vsévolodovich recibía. Varvara Petrovna acompañó en persona al visitante hasta la puerta del despacho; hacía tiempo que deseaba que se produjera esa entrevista y Piotr Stepánovich le había dado su palabra de que se pasaría a verla, una vez concluido el encuentro con Nikolái Vsévolodovich, para contarle cómo había ido todo. Varvara Petrovna llamó tímidamente al cuarto de Nikolái Vsévolodovich y, al no obtener respuesta, se atrevió a entreabrir la puerta un par de *vershkí*.

—Nicolas, ¿puedo hacer pasar a Piotr Stepánovich? —preguntó en voz baja, con mucha cautela, intentando reconocer a Nikolái Vsévolodovich detrás de la lámpara.

—¡Cómo no, cómo no! ¡Claro que puede! —exclamó en voz alta Piotr Stepánovich, muy animadamente; él mismo abrió la puerta y entró en el despacho.

Nikolái Vsévolodovich no había oído llamar a la puerta; solo había alcanzado a oír la tímida pregunta de su madre, pero no le había dado tiempo a contestar. En ese momento tenía delante la carta que acababa de leer, y que le había dado mucho que pensar. Se estremeció al oír el grito inesperado de Piotr Stepánovich, y a toda prisa cubrió la carta con un pisapapeles que tenía a mano, pero solo lo consiguió a medias: una esquina de la carta y casi todo el sobre habían quedado a la vista.

—He gritado a propósito con todas mis fuerzas para darle tiempo a prepararse —susurró Piotr Stepánovich precipitadamente, con una candidez asombrosa; entretanto, se acercó a la mesa y se fijó, por un momento, en el pisapapeles y en la esquina de la carta.

—El mismo que ha tenido usted para verme esconder bajo el pisapapeles esa carta que acabo de recibir —dijo tranquilamente Nikolái Vsévolodovich, sin moverse de su sitio.

—¿Una carta? Allá usted con sus cartas. Y ¡a mí qué! —exclamó el invitado —. Pero… lo más importante es… —susurró una vez más, volviéndose hacia la puerta, que ya habían vuelto a cerrar, e hizo una señal con la cabeza en esa dirección.

—No es de las que escuchan detrás de la puerta —observó con frialdad Nikolái Vsévolodovich.

—¡Tampoco pasaría nada! —replicó al instante Piotr Stepánovich, subiendo animadamente la voz, mientras se arrenallaba en un sillón—. No tengo nada en contra, solo que esta vez he venido con intención de que hablemos a solas… Bueno, ¡por fin he dado con usted! Lo primero, ¿qué tal esa salud? Le veo muy bien, con suerte mañana se anima a salir, ¿no?

—Puede ser.

—¡Cálmelos de una vez! ¡Cálmeme a mí! —Gesticuló aparatosamente, aunque con aire jocoso y cordial—. Si supiera las cosas que he tenido que contarles. De todos modos, usted ya lo sabe —añadió, echándose a reír.

—Tampoco lo sé todo. Solo le he oído a mi madre que… no ha parado usted.

—El caso es que no les he dicho nada concreto —se lanzó de pronto Piotr Stepánovich, como defendiéndose de un terrible ataque—; ya sabe que ha salido a relucir la mujer de Shátov, o sea, los rumores sobre sus amoríos en París, lo cual explica, naturalmente, el incidente del domingo… ¿No se enfadará usted?

—Estoy convencido de que ha hecho todo lo que ha podido.

—Justo lo que me temía. A ver, ¿a qué viene eso de «todo lo que ha podido»? Eso ya es un reproche. De todos modos, veo que va al grano. Lo que más me preocupaba, viniendo hacia aquí, era que usted no fuera al grano.

—No tengo ninguna intención de ir al grano —dijo Nikolái Vsévolodovich con cierta irritación, pero al instante se echó a reír.

—No estaba hablando de eso; ¡no estaba hablando de eso, no se equivoque, no estaba hablando de eso! —Piotr Stepánovich empezó a hacer aspavientos, mientras las palabras brotaban de sus labios como guisantes, y se alegró al instante de la susceptibilidad de su anfitrión—. No voy a importunarle con *nuestro* asunto, y mucho menos en el estado en que se encuentra actualmente. Solo he venido a hablarle del incidente del domingo, y únicamente para adoptar algunas medidas imprescindibles, porque así, ya lo ve, es imposible. Vengo a ofrecer las más sinceras explicaciones, de las que yo ando más necesitado que usted; lo digo para halagar su vanidad, pero no deja de ser verdad. He venido con la intención de ser franco con usted a partir de ahora.

—Entonces, ¿antes no lo era?

—Eso ya lo sabe. Le he embaucado muchas veces… Se sonríe usted; me alegra ver esa sonrisa, como preludio a las explicaciones; he provocado deliberadamente su sonrisa con ese verbo pretencioso, «embaucar», para que se enfade conmigo por atreverme a pensar que podía embaucarle, y eso ahora me da a mí la oportunidad de explicarme. ¡Vea, vea cuánta franqueza! Y bien, ¿le importaría escuchar?

En el semblante de Nikolái Vsévolodovich, de una serenidad desdeñosa y un punto burlona, a pesar de la intención evidente de su invitado de alterarlo con la insolencia de sus salidas de tono preparadas de antemano y su ingenuidad deliberadamente grosera, se reflejó por fin cierta curiosidad inquieta.

—Escúcheme —dijo Piotr Stepánovich, removiéndose más que nunca en su asiento—. Cuando venía hacia aquí, quiero decir, en general, a esta ciudad, hace diez días, decidí, desde luego, adoptar un papel. Habría sido mucho mejor no tener que adoptarlo, presentarme con mi verdadera personalidad, ¿no es así? Nada hay más engañoso que la verdadera personalidad de uno, porque nadie cree en ella. Confieso que me habría gustado adoptar el papel de necio, porque eso habría sido más fácil que mostrar mi verdadera personalidad. Pero un necio, al fin y al cabo, siempre resulta un tanto exagerado, y la exageración despierta la curiosidad, de manera que al final decidí quedarme con mi verdadera personalidad. Ahora bien, ¿cuál es mi verdadera personalidad? La dorada mediocridad: ni tonto ni listo, con escaso talento y caído de la luna, como dice la gente sensata de por aquí, ¿no es así?

—Sí, es posible —dijo Nikolái Vsévolodovich, esbozando una sonrisa.

—Veo que está usted de acuerdo; me alegro. Ya sabía yo que es ni más ni menos lo que piensa usted… No se preocupe, no se preocupe, no me enfado, y no me he definido así, ni mucho menos, para que usted, a cambio, me dedicase algunos elogios: «No, hombre; qué va a carecer usted de talento; si es usted muy inteligente»… ¡Ha vuelto a sonreír!… Otra vez he metido la pata. Usted no habría dicho: «Es usted muy inteligente», eso seguro; bueno, vamos a dejarlo. *Passons*,

como dice mi padre, y, entre paréntesis, no se tome a mal mi verborrea. Por cierto, aquí tiene un ejemplo: yo siempre hablo mucho, vamos, que digo muchas cosas, y me atropello, y nunca atino con lo que quiero decir. Pero ¿por qué digo tantas cosas y al final no atino? Porque no sé hablar. Los que saben hablar bien hablan con brevedad. Eso prueba que carezco de talento, ¿verdad que sí? Pero, como este talento de la falta de talento es en mi caso natural, ¿por qué no valerme de él artificialmente? Eso es lo que hago. La verdad es que, antes de venir, al principio pensaba estar callado; pero hay que tener mucha habilidad para estar callado, y eso a mí no me iba bien, y además siempre entraña un peligro; total, que al final decidí que lo mejor sería hablar, pero sin ninguna gracia, o sea, atropellarme mucho, mucho, a la hora de explicarme y acabar siempre haciéndome un lío con mis razonamientos, de modo que mi interlocutor se aleje sin escucharme hasta el final, encogiéndose de hombros o, mejor aún, mandándome al diablo. Total, que así convenzo a los demás, para empezar, de que soy un simple, los aburro y además no hay quien me entienda… ¡tres ventajas juntas! Dígame quién va a sospechar después que uno tiene intenciones ocultas. Si alguien les dijera que tengo intenciones ocultas, se lo tomarían como una ofensa personal. Y además, a veces hago que se rían, y eso no tiene precio. Y ahora me lo perdonan todo, por la sencilla razón de que aquel sabiondo que publicaba proclamas en el extranjero aquí ha resultado ser más estúpido que ellos, ¿no es así? Veo, por su sonrisa, que me da usted la razón.

El caso es que Nikolái Vsévolodovich no sonreía en absoluto; por el contrario, tenía el ceño fruncido y estaba algo impaciente.

—¿Eh? ¿Cómo? Me ha parecido oírle decir que «es lo mismo»… —siguió parloteando Piotr Stepánovich (Nikolái Vsévolodovich no había abierto la boca)—. Claro, claro, le aseguro que yo no estoy aquí, ni mucho menos, para comprometerle, señalándole como camarada mío. ¿Sabe? Está hoy muy susceptible; yo he venido a verle con espíritu franco y alegre, y usted no para de echarme en cara todo lo que digo; le aseguro que hoy no voy a tocar ningún asunto delicado, tiene usted mi palabra, y acepto de antemano todas sus condiciones.

Nikolái Vsévolodovich estaba empeñado en no decir nada.

—¿Cómo? ¿Qué ha dicho? Ya veo, ya veo, que al parecer he vuelto a desbarrar. No ha planteado usted ninguna condición, ni va a plantear ninguna; le creo, le creo, puede estar tranquilo; ya sé que no vale la pena planteármelas a mí, ¿verdad? Yo me lo digo todo, ya lo ve; desde luego, es por mi falta de talento; falta de talento, falta de talento, no hay más… ¿Se ríe usted? ¿Eh? ¿Cómo?

—No es nada. —Nikolái Vsévolodovich se rió por fin—. Acabo de acordarme de que, efectivamente, una vez dije que no tenía usted talento, pero no lo dije en su presencia, de modo que alguien tuvo que contárselo… Le ruego que vayamos derechos al grano.

—Pero ¡si estoy hablando de eso, precisamente de lo que pasó el domingo! —dijo atropelladamente Piotr Stepánovich—. A ver, ¿qué fui yo el domingo? ¿Cómo lo llamaría usted? Pues ni más ni menos que eso, un hombre atolondrado, una medianía sin talento que del modo más torpe se hizo dueño de la situación. Pero todo se me perdonó, porque, en primer lugar, se diría que estoy como caído de la luna, y en eso aquí todo el mundo parece concordar; y, en segundo lugar, porque les conté una historia muy bonita y a todos ustedes les saqué de un buen aprieto, ¿a que sí?, ¿a que sí?

—Es decir, lo que hizo fue contarlo de tal modo que sembró la duda entre los presentes, dando a entender que había entre nosotros un entendimiento y una maquinación, cuando lo cierto es que no había nada de eso y que yo a usted no le he pedido nada.

—¡Eso es, eso es! —asintió Piotr Stepánovich, con aparente entusiasmo—. Eso fue lo que hice, ni más ni menos, para que usted advirtiera todo el entramado; me esforcé fundamentalmente por usted, porque le tenía atrapado y quería comprometerle. Quería averiguar, sobre todo, hasta qué punto estaba usted asustado.

—Me pregunto a qué se debe ahora tanta franqueza.

—No se enfade, no se enfade, no me fulmine con la mirada… Aunque no es usted de ésos. ¿Quiere saber por qué soy ahora tan franco? Pues precisamente porque ahora han cambiado las cosas, todo eso ha terminado, todo está muerto y enterrado. Y de pronto ha cambiado mi opinión de usted. El viejo camino ha llegado a su fin; ya no voy a volver a intentar comprometerle como lo hacía antes, tengo que intentarlo de otro modo.

—¿Ha cambiado de táctica?

—No, de táctica no. Ahora todo está en su mano: si le parece bien, dirá que sí, y si no dirá que no. Ahí tiene mi nueva táctica. Y, en cuanto a *nuestra* causa, no diré una palabra mientras no me lo ordene. ¿Se ríe usted? Que le aproveche; yo también me río. Pero ahora hablo en serio, en serio, en serio, a pesar de que alguien que habla atropelladamente no tiene talento, ¿verdad? Da igual, aunque no tenga talento, hablo en serio, en serio.

Realmente hablaba en serio, en un tono muy distinto y con una agitación peculiar, hasta el punto de que Nikolái Vsévolodovich lo miró con curiosidad.

—¿Dice que ha cambiado de opinión sobre mí? —preguntó.

—Cambié de opinión en el momento mismo en que usted, después de lo de Shátov, se llevó las manos a la espalda; con eso ya está todo dicho, por favor, no

más preguntas, no voy a decir nada más por ahora. —Se levantó de un salto, agitando las manos, como si quisiera ahuyentar las preguntas; pero, como no hubo preguntas, y no tenía ningún motivo para irse, se desplomó de nuevo en el sillón, algo más tranquilo—. Por cierto, entre paréntesis —enseguida reanudó su parloteo —, por aquí se rumorea que va usted a matarlo, y se cruzan apuestas, tanto es así que Lembke estaba pensando en poner a la policía sobre aviso, pero Yulia Mijáilovna se lo ha prohibido… Pero, bueno, ya es suficiente, solo quería informarle. A propósito, ese mismo día trasladé a los Lebiadkin a su nueva residencia, ya sabe; ¿recibió mi nota con su dirección?

—La recibí en su debido momento.

—Eso ya no fue por «falta de talento», lo hice a conciencia, para ser útil. Y, si ha faltado talento, al menos se ha hecho de buena fe.

—Sí, no pasa nada, puede que fuera necesario… —dijo Nikolái Vsévolodovich, abstraído—. Pero no me mande más notas, se lo ruego.

—No pude evitarlo, solo fue una.

—¿Entonces, Liputin está enterado?

—No ha habido más remedio; pero Liputin, ya lo sabe usted, no se atrevería… A propósito, habría que reunirse con nuestros hombres, mejor dicho, con los hombres, no con *nuestros* hombres, no vaya a echármelo en cara otra vez. Usted no se preocupe, no tiene por qué ser ahora mismo, cuando sea. Ahora está lloviendo. Yo se lo hago saber, ellos se reúnen y nosotros pasamos por la tarde. Están esperando con la boca abierta, como polluelos de corneja en el nido, a ver qué regalo les llevamos. Es gente muy fogosa. Han sacado sus cuadernos, están deseosos de debatir. Virguinski, el hombre de la causa universal; Liputin, el fourierista, con una marcada inclinación a las labores policiales; un hombre, déjeme que le diga, valioso en cierto sentido, pero a quien hay que vigilar estrechamente en todos los demás aspectos; y, por último, ese de las orejas largas, el que va a leer un informe sobre su propio sistema. Y sepa que están molestos por no ocuparme de ellos y por haber echado un jarro de agua fría sobre sus ilusiones, ¡je, je! Pero hay que reunirse sin falta.

—¿Me ha presentado ante esa gente como si fuera una especie de cabecilla? —dejó caer Nikolái Vsévolodovich, en el tono de mayor indiferencia que le fue posible. Piotr Stepánovich le dirigió una rápida mirada.

—Por cierto —prosiguió éste, como si no hubiera oído la pregunta, cambiando enseguida de tema—, he venido a ver dos o tres veces a mi muy estimada Varvara Petrovna y me he visto obligado a contarle muchas cosas.

—Me lo imagino.

—No, no se imagina nada; le he dicho, sencillamente, que usted no va a matar a nadie, y otras cosas agradables de oír. Pero figúrese: al día siguiente ya sabía que a Maria Timoféievna la habían trasladado a la otra orilla del río; ¿fue usted quien se lo dijo?

—Ni por asomo.

—Ya sabía que no había sido usted. ¿Quién más ha podido ser? Me gustaría saberlo.

—Liputin, por supuesto.

—No, no; no ha sido Liputin —balbuceó, con gesto hosco, Piotr Stepánovich —; ya me enteraré de quién fue. Parece cosa de Shátov… ¡Qué tontería, vamos a dejarlo! Aunque es de una enorme importancia… Por cierto, esperaba que su madre me soltara en cualquier momento la pregunta principal… Ah, sí; todos estos días al principio estaba siempre muy tristona, y hoy de repente llego y me la encuentro radiante. ¿A qué se debe?

—Eso es porque hoy le he dado mi palabra de pedir la mano de Lizaveta Nikoláievna de aquí a cinco días —dijo de improviso Nikolái Vsévolodovich con una franqueza sorprendente.

—Ah, bueno… sí, claro —farfulló Piotr Stepánovich, como confuso—. Corren por ahí ciertos rumores sobre su compromiso, ¿no lo sabía? Parece que son ciertos, sin embargo. Pero tiene usted razón, no tiene más que llamarla para que deje al novio plantado ante el altar. ¿No irá a enfadarse conmigo por decir estas cosas?

—No, no me enfado.

—Ya he notado que hoy no es nada fácil hacer que se enfade, y empiezo a tenerle miedo. Siento una enorme curiosidad por ver cómo aparece usted mañana. Seguro que tiene un montón de cosas preparadas. ¿No irá a enfadarse conmigo por decir estas cosas?

Nikolái Vsévolodovich no respondió, algo que esta vez molestó a Piotr Stepánovich.

—Por cierto, ¿le ha dicho en serio a su madre lo de Lizaveta Nikoláievna? —preguntó.

Nikolái Vsévolodovich lo miró fijamente, con frialdad.

—Entiendo, fue solo para tranquilizarla, claro.

—Y ¿si se lo hubiera dicho en serio? —preguntó con firmeza Nikolái Vsévolodovich.

—Pues nada, que Dios le bendiga, como se dice en estos casos; no hace daño a la causa… como ve, no he dicho: «a *nuestra* causa», ya sé que no le gusta esa palabra… En cuanto a mí… yo estoy a su servicio, ya lo sabe.

—¿Eso cree?

—Yo ni creo ni dejo de creer —se apresuró a decir, riéndose, Piotr Stepánovich—, porque sé que ya ha considerado de antemano lo que a usted le concierne, y que todo lo suyo está pensado y bien pensado. Solo quiero decir que estoy a su servicio, con toda seriedad, siempre y en todas partes y en cualquier circunstancia; en cualquiera, ¿lo entiende?

Nikolái Vsévolodovich bostezó.

—Le he aburrido —Piotr Stepánovich se levantó repentinamente, cogió su flamante sombrero redondo, como si fuera a marcharse, pero se quedó allí de pie, sin parar de hablar, dando de vez en cuando algunos pasos por la estancia y golpeándose con el sombrero en la rodilla en los momentos más animados de la conversación—. Pensaba divertirle con historias de los Lembke —gritó animadamente.

—Oh, no, si acaso más tarde. ¿Cómo se encuentra, de todos modos, Yulia Mijáilovna?

—Desde luego, qué modales tan finos se gastan todos ustedes: la salud de esa señora le preocupa tanto como la salud de un gato gris y, sin embargo, pregunta usted cómo se encuentra. Me parece digno de elogio. Está bien, y le aprecia a usted hasta la superstición, y es mucho lo que espera de usted, hasta la superstición. Del incidente del domingo no dice nada, y está convencida de que, solo con aparecer, se alzará usted con la victoria. ¡Palabra de honor! Se imagina que usted es capaz de cualquier cosa. Por cierto, que usted es ahora, más que nunca, una figura misteriosa y romántica: una situación de lo más ventajosa. Es increíble cómo le espera todo el mundo. Cuando me fui, ya estaban ansiosos, ahora es peor todavía. A propósito, gracias una vez más por la carta. Todos temen al conde K. ¿Sabía que a usted aquí le tienen por un espía? Yo les doy la razón, ¿no irá a enfadarse usted?

—No pasa nada.

—No pasa nada; y a la larga será necesario. Aquí tienen su forma de hacer

las cosas. Yo, desde luego, lo fomento. Yulia Mijáilovna, la primera; Gagánov, lo mismo… ¿Se ríe usted? Yo sigo mi táctica: no digo más que disparates, y de repente suelto una frase inteligente, en el momento justo en que la están buscando. La gente me rodea, y vuelta otra vez a desvariar. Me han dejado ya por imposible: «Talento no le falta —dicen—, pero está como caído de la luna». Lembke me ofrece un puesto, a ver si así siento la cabeza. Sepa que lo trato horriblemente, quiero decir, que lo comprometo hasta tal punto que se queda mirándome con los ojos a cuadros. Yulia Mijáilovna me apoya. Sí, por cierto, Gagánov está con usted que se lo llevan los demonios. Ayer en Dujovo le puso a usted a caldo. Y yo, sin pensármelo dos veces, le conté toda la verdad; mejor dicho, no toda la verdad, como es natural. Pasé todo el día con él en Dujovo. Tiene allí una finca espléndida, con una casa magnífica.

—¿Es que ahora está en Dujovo? —Nikolái Vsévolodovich reaccionó de manera impulsiva, levantándose casi con un brusco movimiento hacia delante.

—No, me ha traído de allí esta mañana, hemos vuelto juntos —dijo Piotr Stepánovich, que no parecía haberse percatado del sobresalto de Nikolái Vsévolodovich—. Vaya, he tirado un libro al suelo. —Y se agachó a recoger el lujoso tomo que había derribado—. *Las mujeres de Balzac*, con ilustraciones —lo abrió de golpe—, no lo he leído. Lembke también escribe novelas.

—¿Sí? —preguntó Nikolái Vsévolodovich, aparentemente interesado.

—En ruso y a escondidas, por supuesto. Yulia Mijáilovna lo sabe y se lo consiente. Es un zoquete, pero con buenos modales; ése es el sistema de esa gente. ¡Qué formas más estrictas! ¡Cuánta circunspección! Tendríamos que parecernos a ellos.

—¿Está elogiando usted a la administración?

—¿No debería? Es la única cosa natural que hay en Rusia, y que además funciona… No, no, descuide, no voy a… —exclamó de pronto—, no quería hablar de eso; de las cuestiones peliagudas, ni una palabra. Bueno, adiós. Se le ha puesto un color como verdoso.

—Tengo fiebre.

—Es muy posible; ande, acuéstese. A propósito: hay unos *skoptsy*[177] aquí en el distrito, es una gente muy curiosa… Pero ya hablaremos de eso. Ah, otra pequeña anécdota: tenemos ahora en el distrito a un regimiento de infantería. El viernes por la noche estuve en B…tsy, bebiendo con unos oficiales. Tenemos tres amigos entre ellos, *vous comprenez?* Estaban hablando del ateísmo y no hace falta decir que no querían saber nada de Dios. Daban alaridos de placer. A propósito, Shátov asegura que, para que haya una revuelta en Rusia, hay que empezar de

todas todas por el ateísmo. Puede que tenga razón. Un capitán canoso, un zoquete que llevaba allí un buen rato sentado, sin decir ni pío, de pronto va y se planta en mitad de la sala y suelta bien alto, como si estuviera hablando consigo mismo: «Si Dios no existe, entonces, ¿qué clase de capitán soy yo?». Cogió la gorra, levantó los brazos y se marchó.

—Dijo una cosa muy sensata. —Nikolái Vsévolodovich bostezó por tercera vez.

—¿Sí? Yo no acabé de entenderlo, y quería preguntarle a usted. A ver, ¿qué más quería contarle? La fábrica de los Shpigulin es interesante; hay allí, como sabe, quinientos obreros; es un nido de cólera, no la han limpiado en quince años, y a los trabajadores no les pagan lo que les corresponde; los propietarios son millonarios. Le aseguro que entre los obreros hay algunos que tienen una idea de lo que es la *Internationale*. ¿Por qué se sonríe? Ya lo verá, ¡basta con que me dé algo de tiempo, por poco que sea! Ya le he pedido algo de tiempo en otra ocasión, y ahora se lo vuelvo a pedir, y entonces… ah, sí, disculpe, no, no, no pensaba hablar de eso, no ponga esa cara. Bueno, adiós. ¡Vaya! —dijo, dando media vuelta—. Ya me olvidaba de lo más importante: acabo de enterarme de que ha llegado de San Petersburgo nuestro baúl.

—¿A qué se refiere? —Nikolái Vsévolodovich lo miró sin comprender.

—Al baúl con sus cosas: el frac, los pantalones, la ropa interior. ¿Es verdad que ha llegado?

—Sí, algo me dijeron hace un rato.

—Ya, y ¿no sería posible ahora mismo…?

—Pregúntele a Alekséi.

—Bueno, mañana si no. ¿Qué tal mañana? Con sus cosas viene también mi chaqueta, el frac y tres pantalones; de Charmère, siguiendo su recomendación, ¿se acuerda?

—He oído decir que pasa usted aquí por un *gentleman* —dijo Nikolái Vsévolodovich con una sonrisa—. ¿Es verdad que quiere dar clases de equitación?

Piotr Stepánovich forzó una sonrisa maliciosa.

—Verá… —respondió con una precipitación exagerada, con la voz trémula y entrecortada—, verá, Nikolái Vsévolodovich, ¿qué tal si nos dejamos de cuestiones personales de una vez por todas? Usted, por descontado, puede despreciarme todo lo que le dé la gana, si eso le divierte, pero, en cualquier caso,

sería mejor prescindir de las cuestiones personales por una temporada, ¿no cree?

—Muy bien, así lo haré —asintió Nikolái Vsévolodovich.

Piotr Stepánovich sonrió, se golpeó en la rodilla con el sombrero, cambió de postura y recuperó su aspecto de antes.

—Aquí alguna gente cree incluso que usted y yo rivalizamos por obtener los favores de Lizaveta Nikoláievna, ¿cómo no voy a preocuparme por mi aspecto? —Se echó a reír—. Pero ¿quién le cuenta a usted todas esas cosas? Hum. Las ocho en punto; tengo que irme; le había prometido a Varvara Petrovna entrar un momento a verla, pero voy a dejarlo para la próxima ocasión. Usted acuéstese y mañana despertará con nuevos bríos. Está lloviendo y ya ha oscurecido; de todos modos, hay un cochero esperándome, porque ahora las calles no son seguras de noche… Ah, por cierto, anda últimamente merodeando por la ciudad y los alrededores un tal Fedka, un convicto huido de Siberia; imagínese, es un antiguo siervo mío, al que mi padre, hace ahora quince años, mandó al ejército y se embolsó la indemnización correspondiente. Es un personaje muy notable.

—Y usted… ¿ha hablado con él? —Nikolái Vsévolodovich le dirigió una mirada penetrante.

—Sí. De mí no se esconde. Es una persona dispuesta a todo, a todo; por dinero, desde luego, pero no carece de convicciones; a su manera, claro está. Ah, sí, otra cosa más, por cierto: si antes hablaba usted en serio, recuerde, sobre sus intenciones con Lizaveta Nikoláievna, vuelvo a repetirle que también yo soy una persona dispuesta a todo, en cualquier cosa que usted me diga, y que estoy a su entera disposición… ¿Qué hace? ¿Está buscando su bastón? Ah, no, no es el bastón… Imagínese, me había parecido que estaba buscando el bastón…

Nikolái Vsévolodovich no buscaba nada ni decía nada, pero realmente se había levantado de forma un tanto brusca, con una expresión algo extraña en el rostro.

—Y, lo mismo digo, si necesita alguna cosa en relación con el señor Gagánov —añadió de pronto Piotr Stepánovich, señalando con la cabeza el pisapapeles—, yo puedo, evidentemente, arreglarlo todo, y estoy seguro de que, en cualquier caso, no podría prescindir de mí.

Salió de improviso, sin esperar una respuesta, pero volvió a asomar la cabeza por la puerta.

—Le cuento todo esto —gritó hablando muy deprisa—, porque Shátov, por ejemplo, tampoco tenía derecho a arriesgar su vida el domingo, cuando le atacó a usted, ¿verdad? Me gustaría que se parase a pensar usted en esto.

Y desapareció, sin esperar una respuesta.

IV

Tal vez iba pensando al salir que Nikolái Vsévolodovich, al quedarse solo, empezaría a dar puñetazos en la pared, y no hace falta decir que le habría encantado asistir al espectáculo, de haber sido posible. Pero se equivocaba: Nikolái Vsévolodovich estaba tan tranquilo. Se quedó de pie un par de minutos, al lado de la mesa, sin cambiar de postura, aparentemente concentrado en sus reflexiones; pero pronto una sonrisa fría y lánguida se dibujó en sus labios. Se sentó pausadamente en el sofá, en el mismo extremo de antes, y cerró los ojos, como si estuviera agotado. El borde de la carta seguía asomando por debajo del pisapapeles, pero él ya no se tomó la molestia de taparla.

Enseguida se quedó con la mente en blanco. Varvara Petrovna, consumida por las preocupaciones en aquellos días, no pudo contenerse después de la marcha de Piotr Stepánovich, quien, a pesar de su promesa, no se había pasado a saludarla, y se atrevió a entrar a ver a Nicolas, aunque no era la hora acordada. Abrigaba la vana esperanza de que él se animara a decirle algo definitivo. Suavemente, igual que un rato antes, llamó a la puerta y, al no obtener respuesta tampoco esta vez, abrió ella misma. Viendo a Nicolas extrañamente inmóvil en su asiento, le dio un vuelco el corazón y se acercó con mucha cautela al sofá. Le parecía extraño que se hubiera dormido tan temprano, y que pudiera dormir así sentado, en esa postura tan rígida, sin moverse; es más, apenas se apreciaban señales de su respiración. Tenía el semblante pálido y rígido, como entumecido; las cejas algo separadas y fruncidas; decididamente, parecía una figura inanimada de cera. Varvara Petrovna estuvo como tres minutos a su lado, de pie, conteniendo el aliento, hasta que de pronto fue presa del pánico; salió de puntillas, se detuvo en la puerta, hizo apresuradamente la señal de la cruz sobre Nicolas y se alejó discretamente, con un nuevo motivo de angustia y un nuevo pesar.

Nikolái Vsévolodovich durmió un buen rato, más de una hora, sin salir de ese estado de letargo: no se le alteró un solo músculo de la cara, no hizo el menor movimiento con el cuerpo, las cejas se mantuvieron igual de contraídas todo ese tiempo. De haber permanecido Varvara Petrovna otros tres minutos allí, seguramente no habría soportado la sensación de opresión causada por aquella inmovilidad letárgica y habría despertado a Nicolas. Pero éste de pronto abrió los ojos y, todavía inmóvil, siguió sentado otros diez minutos más, como si estuviera observando tenazmente, con mucha curiosidad, un objeto cualquiera que le hubiera llamado la atención en un rincón del cuarto, a pesar de que allí no había nada novedoso, nada especial.

Por fin se oyó el sonido suave y profundo de un gran reloj de pared, que dio un solo toque. Nikolái Vsévolodovich volvió la cabeza con cierta inquietud para

mirar la esfera, pero en ese mismo instante se abrió una puerta trasera que daba al pasillo, y apareció el mayordomo Alekséi Yegórovich. Llevaba en una mano un abrigo de invierno, una bufanda y un sombrero, y en la otra una bandejita de plata con una nota.

—Las nueve y media —anunció en voz baja y, dejando en un rincón, encima de una silla, la ropa que llevaba, le acercó la bandeja con la nota: un pedazo de papel sin sellar, con dos líneas escritas a lápiz. Tras leer por encima esas líneas, Nikolái Vsévolodovich tomó a su vez un lápiz de la mesa, garabateó un par de palabras al pie de la nota y la depositó de nuevo en la bandeja.

—Entrégala en cuanto salga, y ahora ayúdame a vestirme —dijo, levantándose del sofá.

Advirtiendo que llevaba puesta una chaquetilla de terciopelo, reflexionó unos instantes y le pidió al mayordomo que le acercara una levita de paño que solía ponerse para las visitas vespertinas más ceremoniosas. Por fin, ya vestido y con el sombrero puesto, cerró la puerta por la que había entrado antes Varvara Petrovna y, cogiendo la carta que había estado oculta debajo del pisapapeles, salió al pasillo en compañía de Alekséi Yegórovich. Por el pasillo llegaron a una angosta escalera de piedra situada en la parte trasera de la casa y bajaron al zaguán, que a su vez tenía salida al jardín. En un rincón del zaguán había un pequeño farol y un gran paraguas, siempre disponibles.

—Como ha llovido tanto, las calles están llenas de barro —advirtió Alekséi Yegórovich, en un último y desesperado intento de disuadir a su señor de su escapada. Pero el señor, tras abrir el paraguas, salió en silencio al viejo jardín, oscuro como una tumba, húmedo y encharcado. Arreciaba el viento, sacudiendo las copas casi desnudas de los árboles; los estrechos senderos de arena estaban empapados y resbaladizos. Alekséi Yegórovich, tal como estaba, en frac y sin sombrero, marchaba tres pasos por delante, alumbrando el camino con el farol.

—¿No nos verá nadie? —preguntó de pronto Nikolái Vsévolodovich.

—Desde las ventanas no se ve nada; aparte de eso, todo ha sido preparado de antemano —dijo el criado en voz baja, midiendo su volumen.

—¿Mi madre se ha acostado?

—Se ha retirado, como viene haciendo en los últimos días, a las nueve en punto, y ahora ya no puede enterarse de nada. ¿Hasta qué hora ordena que le espere? —añadió, superando su temor a hacer la pregunta.

—Hasta la una o la una y media, no más tarde de las dos.

—Como ordene el señor.

Tras atravesar todo el jardín por unos senderos sinuosos que ambos conocían de memoria, llegaron a una tapia de piedra; una vez aquí, en el rincón más alejado, encontraron un portillo de madera que daba a una callejuela estrecha y desierta. El portillo estaba casi siempre cerrado con llave, pero la llave se hallaba en ese momento en manos de Alekséi Yegórovich.

—¿No irá a chirriar la puerta? —quiso asegurarse, una vez más, Nikolái Vsévolodovich.

Pero Alekséi Yegórovich le comunicó que la había engrasado la víspera, y que había hecho «otro tanto» ese mismo día. Estaba calado hasta los huesos. Tras abrir el portillo, le entregó la llave a Nikolái Vsévolodovich.

—Si el señor tiene intención de alejarse mucho, me permito aconsejarle que no se fíe de la gente de por aquí, en particular en las callejas solitarias, y especialmente en la otra orilla del río —dijo, una vez más sin poder contenerse. Este viejo criado, que había sido ayo de Nikolái Vsévolodovich y que en su día lo había mecido en sus brazos, era un hombre serio y circunspecto, amigo de escuchar sermones y leer libros devotos.

—No te preocupes, Alekséi Yegórych.

—Que Dios le bendiga, mi señor, pero solo si hace buenas obras.

—¿Cómo? —Nikolái Vsévolodovich se detuvo después de haber dado unos pasos en la callejuela.

Alekséi Yegórovich repitió sus palabras sin vacilar; nunca antes se habría atrevido a expresar de este modo sus deseos en presencia de su señor.

Nikolái Vsévolodovich cerró otra vez la puerta, se metió la llave en el bolsillo y echó a andar por la callejuela, hundiéndose a cada paso unos tres *vershkí* en el barro. Fue a dar por fin a una calle larga y desierta, pavimentada. Se conocía la ciudad como la palma de su mano, pero la calle Bogoiavlénskaia aún quedaba lejos. Pasaban de las diez cuando se detuvo finalmente ante el portal cerrado del viejo y oscuro caserón de Filíppov. Tras la partida de los Lebiadkin, la planta baja había quedado desierta, y habían condenado las ventanas, pero se veía luz en el desván de Shátov. A falta de campanilla, Nikolái Vsévolodovich tuvo que dar golpes con la mano en el portalón. Se abrió un ventanuco, y Shátov se asomó a la calle; estaba tremendamente oscuro, y era muy difícil distinguir nada. Shátov se pasó más de un minuto tratando de ver quién estaba allí.

—¿Es usted? —preguntó de pronto.

—Sí, soy yo —respondió el visitante imprevisto.

Shátov cerró bruscamente la ventana, bajó a la calle y abrió el portal. Nikolái Vsévolodovich franqueó el alto umbral y, sin decir ni palabra, pasó de largo, derecho al pabellón donde residía Kiríllov.

V

Allí no había ninguna cerradura echada y todas las puertas estaban abiertas. El zaguán y los dos primeros cuartos estaban a oscuras, pero en el último, donde Kiríllov vivía y tomaba té, brillaba una luz y se oían risas y unos gritos extraños. Nikolái Vsévolodovich avanzó hacia la luz, pero se detuvo en el umbral, sin llegar a entrar en el cuarto. Había té en la mesa. En medio de la habitación, de pie, vio a una vieja, que era pariente del patrón; tenía la cabeza descubierta y solo llevaba puesta una falda y un chaleco de liebre, y unas chinelas en los pies desnudos. Sostenía en brazos a una criatura de año y medio, con una camisita por todo vestido, con las piernas desnudas, las mejillas coloradas y el pelo muy rubio, todo enmarañado; acababan de levantarla de la cuna. Debía de haber estado llorando hasta hacía poco, y algunas lagrimillas todavía asomaban a sus ojos, pero en aquellos momentos alargaba los bracitos, daba palmas y reía como ríen los niños pequeños, entre sollozos. Enfrente del bebé, Kiríllov botaba en el suelo una pelota de goma grande y roja; la pelota rebotaba y subía hasta el techo, volvía a caer, y la criatura gritaba: «*¡Peota, peota!*». Kiríllov cogía la «peota» y se la daba al bebé, éste la lanzaba con sus torpes bracitos y Kiríllov iba corriendo a recogerla otra vez. Hasta que la «peota» se coló debajo de un armario. «*¡Peota, peota!*», gritaba la criatura. Kiríllov se echó al suelo y se estiró, tratando de sacar la «peota» de debajo del armario con la mano. Nikolái Vsévolodovich entró en el cuarto; al verlo, la criatura se agarró a la vieja y le entró un berrinche, así que la vieja no tuvo más remedio que llevársela de allí.

—¿Stavroguin? —dijo Kiríllov, levantándose del suelo con la pelota en las manos, sin dar la menor muestra de sorpresa ante aquella visita intempestiva—. ¿Quiere té?

Acabó de levantarse.

—No le digo que no, si está caliente —dijo Nikolái Vsévolodovich—; estoy empapado.

—Está caliente, hierve incluso —confirmó Kiríllov, satisfecho—; siéntese. Está lleno de barro, no se preocupe; luego limpio el suelo con un trapo húmedo.

Nikolái Vsévolodovich se sentó y se bebió la taza que le había servido Kiríllov casi de un trago.

—¿Más? —preguntó Kiríllov.

—No, gracias.

Kiríllov, de pie hasta entonces, se sentó frente a Nikolái Vsévolodovich y le preguntó:

—¿Qué le trae?

—Un asunto. Aquí tiene, lea esta carta de Gagánov. ¿Se acuerda?, le hablé de él en San Petersburgo.

Kiríllov cogió la carta, la leyó, la dejó en la mesa y se quedó mirando, expectante.

—A ese Gagánov —empezó a explicarle Nikolái Vsévolodovich—, como usted sabe, lo conocí hace un mes, en San Petersburgo; no lo había visto en mi vida. Hemos coincidido dos o tres veces, siempre en compañía de otras personas. No nos han presentado, y jamás me ha dirigido la palabra y, sin embargo, se las ha arreglado para mostrarse extremadamente insolente conmigo. Ya se lo dije a usted entonces; no obstante, hay una cosa que no sabe: al marcharse de San Petersburgo, antes que yo, se le ocurrió mandarme una carta, pero no una como ésta, sino una carta impertinente en grado sumo, y lo más sorprendente era que no había en ella la menor explicación del motivo por el que me la enviaba. Yo le respondí sin tardanza, también por carta, y le manifesté con toda franqueza que seguramente estaría enfadado conmigo por el incidente con su padre, hace cuatro años, aquí en el club, y que por mi parte estaba dispuesto a presentarle toda clase de disculpas, partiendo de la base de que mi conducta no había sido premeditada, sino que había obedecido a mi enfermedad. Le rogué que tomara en consideración mis disculpas. Pero se marchó sin contestar; y ahora resulta que me lo encuentro aquí, hecho una auténtica furia. Me han informado de algunos comentarios que ha hecho sobre mí en público, abiertamente insultantes y con unas acusaciones desconcertantes. Finalmente, hoy me ha llegado esta carta, como seguramente no ha recibido nunca nadie, plagada de insultos y con expresiones tales como «el mandoble que le han sacudido en todos los morros». He venido con la esperanza de que no se niegue usted a servirme de padrino.

—Ha dicho usted: una carta que nadie ha recibido —observó Kiríllov—; con rabia, es posible; escriben así más de una vez. Pushkin escribió así a Heeckeren[178]. De acuerdo, iré. Dígame cómo.

Nikolái Vsévolodovich le explicó que quería que fuera al día siguiente, y que tenía que empezar por reiterarle sus ofrecimientos de excusarse, prometiéndole incluso una segunda carta en esa línea, con la condición, no obstante, de que también Gagánov, por su parte, se comprometiera a no escribir

más cartas. En cuanto a la carta ya recibida, se consideraría como si nunca hubiera existido.

—Demasiadas concesiones, no va a aceptar —dijo Kiríllov.

—Ante todo, he venido para averiguar si está usted dispuesto a trasladarle tales condiciones.

—Yo se las llevo. Es asunto suyo. Pero no va a estar de acuerdo.

—Ya sé que no.

—Quiere pelea. Dígame cómo va a pelear usted.

—Lo cierto es que a mí me gustaría, en cualquier caso, terminar mañana con todo esto. Preséntese en su casa a eso de las nueve de la mañana. Él le escuchará y se mostrará disconforme, pero le dirá que vaya a hablar con su padrino, digamos, a eso de las once. Arréglelo todo con él, de modo que a la una o a las dos podamos encontrarnos todos en el lugar escogido. Por favor, procure que sea del siguiente modo. Las armas, desde luego, serán pistolas, y le pido muy especialmente que lo arregle así: especifique que las barreras estarán a diez pasos la una de la otra; después nos situarán a cada uno de nosotros a diez pasos de la barrera, y al dar la señal nos iremos acercando. Cada uno debe llegar hasta su barrera, pero también se puede disparar antes, sobre la marcha. Creo que eso es todo.

—Diez pasos entre barreras es muy cerca —observó Kiríllov.

—Bueno, pues doce, pero que no sean más. Dese cuenta de que él quiere batirse en serio. ¿Sabe usted cargar una pistola?

—Sí. Tengo pistolas; daré mi palabra de que usted no ha disparado con ellas. Su padrino también dará su palabra en relación con las suyas; dos pares, y echaremos a cara o cruz si las suyas o las nuestras.

—Perfecto.

—¿Quiere ver las pistolas?

—Si fuera posible…

Kiríllov se puso en cuclillas delante de su maleta, situada en un rincón; no la había deshecho, sino que iba sacando cosas a medida que las iba necesitando. Sacó del fondo un estuche de madera de palma, forrado por dentro en terciopelo rojo, y de él extrajo un par de pistolas preciosas, de un valor extraordinario.

—Está todo: pólvora, balas, cartuchos. También tengo un revólver; espere.

Volvió a rebuscar en la maleta y sacó otro estuche con un revólver americano de seis recámaras.

—Tiene usted bastantes armas, y de mucho valor.

—Mucho. Muchísimo.

Kiríllov, un hombre pobre, poco menos que un indigente —aunque lo cierto es que nunca reparaba en su pobreza—, mostraba ahora con evidente orgullo sus preciadas armas, adquiridas sin ningún género de duda a costa de extraordinarios sacrificios.

—¿Sigue teniendo usted las mismas intenciones? —preguntó Stavroguin, con cierta cautela, tras un momento de silencio.

—Las mismas —respondió Kiríllov con brevedad, en cuanto hubo adivinado, por el tono de voz, a qué se refería la pregunta, y se puso a recoger las armas de la mesa.

—¿Cuándo será? —con más cautela aún preguntó Nikolái Vsévolodovich, tras otro corto silencio.

Kiríllov, mientras tanto, guardó los dos estuches en la maleta y se sentó donde antes.

—No es cosa mía, como sabe; cuando me digan —masculló, un tanto molesto con la pregunta, si bien, al mismo tiempo, mostraba una evidente disposición a contestar a cualquier otra. Miraba a Stavroguin sin apartar de él los ojos, negros y sin brillo, con una expresión tranquila en ellos, aunque bondadosa y cordial.

—Yo, desde luego, entiendo que alguien se pegue un tiro —empezó de nuevo Nikolái Vsévolodovich, frunciendo levemente el ceño, después de tres minutos de silencio abstraído—. Yo mismo alguna vez he pensado en eso, pero siempre me venía una idea nueva: si uno comete una villanía o, peor aún, algo vergonzoso, o sea, humillante, solo que muy ruin y… ridículo, tanto que la gente lo recuerde mil años y lo vea con desprecio todo ese tiempo, y de pronto uno piensa: «Un tiro en la sien y asunto concluido». Qué más da entonces la gente y la opinión que la gente pueda tener durante mil años, ¿no es así?

—¿Llama usted a eso una idea nueva? —dijo Kiríllov después de unos momentos de reflexión.

—Yo… no es que la llame así… pero, cuando la pensé, sentí que era una idea completamente nueva.

—¿«Sintió la idea»? —dijo Kiríllov—. Eso está bien. Hay muchas ideas que siempre están y que de pronto resultan nuevas. Es verdad. Ahora veo muchas cosas como por primera vez.

—Supongamos que ha vivido usted en la luna —le interrumpió Stavroguin, sin escucharle, siguiendo con su razonamiento—; supongamos que allí ha hecho usted todas esas canalladas ridículas… Una vez aquí, sabe sin ningún género de duda que van a estar allí riéndose de usted y maldiciendo su nombre mil años, eternamente, hasta que la luna deje de existir. Pero usted ahora está aquí y contempla la luna desde aquí: ¿qué le importa a usted, estando aquí, todo lo que hiciera allí y que la gente de allí le maldiga mil años? ¿No le parece?

—No sé —respondió Kiríllov—. No he estado en la luna —añadió sin ninguna ironía, dejando simplemente constancia del hecho.

—¿De quién es ese bebé que estaba aquí antes?

—Ha venido la suegra de la vieja; no, la nuera… es igual. Tres días. Está enferma en cama con el bebé; grita mucho por las noches, es la tripa. La madre duerme, y la vieja lo trae; yo juego a la pelota. La pelota es de Hamburgo. La compré en Hamburgo para tirarla y cogerla: fortalece la espalda. Es una niña.

—¿Le gustan los niños?

—Me gustan —contestó Kiríllov, aunque con bastante indiferencia.

—Entonces, ¿ama usted la vida?

—Sí, amo la vida, y ¿qué?

—Si ha decidido pegarse un tiro…

—Y ¿qué? ¿Por qué lo une? La vida es una cosa y eso es otra cosa. La vida es, pero la muerte no es, en absoluto.

—¿Ha empezado a creer en una futura vida eterna?

—No, no en una vida futura y eterna, sino en una vida eterna aquí. Hay ciertos momentos, uno alcanza esos momentos, y el tiempo súbitamente se detiene y será eterno.

—¿Espera usted alcanzar uno de esos momentos?

—Sí.

—Eso apenas es posible en nuestro tiempo —replicó despacio y como abstraído Nikolái Vsévolodovich, también sin ninguna ironía—. En el Apocalipsis el ángel jura que ya no existirá el tiempo.

—Lo sé. Eso es muy cierto; preciso y exacto. Cuando todo hombre alcance la felicidad, el tiempo dejará de existir, porque no será necesario. Una idea muy cierta.

—¿Dónde lo meterán?

—No lo meterán en ninguna parte. El tiempo no es un objeto, sino una idea. Se extinguirá en el pensamiento.

—Los viejos lugares comunes de la filosofía, siempre los mismos desde el principio de los tiempos —murmuró Stavroguin con cierta lástima desdeñosa.

—¡Los mismos! ¡Los mismos desde el principio de los tiempos, y nunca habrá otros! —exclamó Kiríllov con ojos centelleantes, como si esa idea encerrase poco menos que una victoria.

—Usted parece muy feliz, Kiríllov.

—Sí, muy feliz —contestó, como si se tratase de una respuesta de lo más corriente.

—Pero no hace tanto que estaba usted dolido, enfadado con Liputin…

—Hum… ahora ya no reprendo a nadie. Entonces aún no sabía que era feliz. ¿Ha visto una hoja, una hoja de un árbol?

—Sí.

—Hace poco vi una amarilla, con un poco de verde, medio podrida en los bordes. Se la llevaba el viento. Cuando tenía diez años, en invierno cerraba los ojos aposta y me imaginaba una hoja: verde, brillante, con su nervadura, y el sol brillaba. Abría los ojos y no me creía lo bonito que era, y volvía a cerrarlos.

—Y eso ¿qué es? ¿Una alegoría?

—No, no… ¿por qué? No es una alegoría, es una simple hoja, solo una hoja. La hoja es buena. Todo es bueno.

—¿Todo?

—Todo. El hombre es infeliz porque no sabe que es feliz; solo por eso. ¡Nada más, nada más! Quien lo descubre inmediatamente es feliz, en ese mismo instante. Esa suegra morirá, y quedará la muchacha… Todo es bueno. Lo descubrí de pronto.

—Y, si alguien muere de hambre, si alguien ultraja y deshonra a una muchacha, ¿eso es bueno?

—Es bueno. Y, si alguien se revienta los sesos por el bebé, también es bueno; y, si no se los revienta, también. Todo es bueno, todo. Es bueno para todos los que saben que es bueno. Si supieran que es bueno para ellos, sería bueno para ellos, pero, mientras no sepan que es bueno para ellos, no será bueno para ellos. ¡Ésa es toda la idea, toda, no hay más idea que ésa!

—¿Cuándo descubrió usted que era tan feliz?

—La semana pasada, el martes, no, el miércoles, porque ya era miércoles, por la noche.

—Y ¿cuál fue el motivo?

—No recuerdo, fue así como así; estaba dando vueltas por el cuarto… es igual. Paré el reloj, eran las dos y treinta y siete.

—¿Fue como un emblema de que el tiempo tendrá que detenerse?

Kiríllov se quedó callado.

—No son buenos —empezó otra vez, de repente—, porque no saben que son buenos. Cuando lo sepan, no violarán a una muchacha. Es preciso que sepan que son buenos, y al momento todos lo serán, del primero al último.

—Usted ya lo ha descubierto; entonces, ¿es usted bueno?

—Sí, soy bueno.

—En eso, la verdad, estoy de acuerdo —murmuró Stavroguin, frunciendo el ceño.

—Aquel que enseñe que todos son buenos terminará con el mundo.

—Quien lo enseñó fue crucificado.

—Vendrá, y su nombre será el de Hombreydios.

—¿Diosyhombre?

—Hombreydios, ahí está la diferencia.

—¿Ha sido usted quien ha encendido la lamparilla[179]?

—Sí, la he encendido yo.

—¿Con fe?

—A la vieja le gusta que la lamparilla… y hoy no ha tenido tiempo —murmuró Kiríllov.

—¿Usted no reza?

—Yo le rezo a todo. Vea esa araña que trepa por la pared; yo la miro y le doy las gracias por trepar.

Los ojos le volvieron a brillar. No dejaba de mirar directamente a Stavroguin, con una mirada firme e inflexible. Stavroguin lo observaba ceñudo y con cierta aversión, pero no había ironía en su mirada.

—Apuesto a que, la próxima vez que venga, creerá usted en Dios —dijo, levantándose y cogiendo el sombrero.

—¿Por qué? —Kiríllov también se levantó.

—Si usted supiera que cree en Dios, creería en Él; pero, como todavía no sabe que cree en Dios, pues no cree —dijo Nikolái Vsévolodovich, riéndose.

—Eso no es así —reflexionó Kiríllov—, le ha dado la vuelta a mi idea. Un chiste mundano. Recuerde lo que ha significado en mi vida, Stavroguin.

—Adiós, Kiríllov.

—Venga alguna noche; ¿cuándo?

—¿Ya se ha olvidado usted de lo de mañana?

—Ah, sí, se me olvidaba; puede estar tranquilo, no me quedaré dormido; a las nueve. Sé despertarme cuando quiero. Me acuesto y me digo: a las siete, y me despierto a las siete; a las diez, y me despierto a las diez.

—Tiene capacidades admirables. —Nikolái Vsévolodovich miró su semblante pálido.

—Voy a abrirle el portal.

—No se moleste, me abrirá Shátov.

—Ah, Shátov. Muy bien, adiós.

VI

La entrada de la casa vacía en la que se alojaba Shátov estaba abierta, pero una vez dentro del zaguán Stavroguin se vio rodeado de la más impenetrable oscuridad y empezó a buscar a tientas la escalera del desván. De pronto se abrió una puerta arriba y se hizo algo de luz. Shátov no se asomó a la puerta, sino que se limitó a dejarla abierta. Desde el umbral, Nikolái Vsévolodovich vio a Shátov de pie en un rincón, al lado de una mesa, expectante.

—¿Puedo pasar? Tenemos que tratar de un asunto —preguntó Nikolái Vsévolodovich desde la puerta.

—Pase y siéntese —contestó Shátov—. Cierre la puerta; deje, ya cierro yo.

Cerró la puerta con llave, volvió a la mesa y se sentó enfrente de Nikolái Vsévolodovich. En una semana había adelgazado, y ahora parecía tener fiebre.

—Qué mal me lo ha hecho pasar —dijo, bajando la vista, en un suave susurro—. ¿Cómo es que no ha venido?

—¿Tan seguro estaba de que iba a venir?

—Sí, espere, he estado delirando… Puede que ahora mismo aún esté delirando… Espere.

Se levantó y del estante más alto de los tres que había con libros, de uno de sus extremos, cogió un objeto. Era un revólver.

—Una noche, en mis delirios, creí que iba a venir a matarme, y por la mañana, muy temprano, le compré al haragán de Liamshin este revólver con mis últimas monedas; no iba a rendirme así como así. Después recobré la sensatez… No tengo pólvora ni balas; desde entonces está en ese estante. Espere…

Se levantó y se dispuso a abrir la claraboya.

—¿Por qué quiere tirarlo? —Nikolái Vsévolodovich lo detuvo—. Vale algún dinero, y mañana la gente empezará a decir que si al pie de la ventana de Shátov hay revólveres. Déjelo en su sitio; eso es. Siéntese. Dígame por qué parece querer

disculparse por haber pensado que yo iba a venir a matarle. Ni siquiera he venido a reconciliarme con usted, sino a hablar de algo necesario. Acláreme, en primer lugar, si me dio aquella bofetada a cuento de mi relación con su mujer.

—Ya sabe usted que no. —Shátov volvió a bajar la vista.

—Y ¿no se habrá tragado usted esos estúpidos rumores acerca de Daria Pávlovna? No me diga que fue por eso.

—¡No, no, eso sí que no! ¡Qué estupidez! Desde el principio, ya me dijo mi hermana… —dijo Shátov impaciente, con brusquedad, casi dando una patada en el suelo.

—Entonces, yo acerté, y usted también acertó —continuó Stavroguin en un tono relajado—. Tiene usted razón: Maria Timoféievna Lebiádkina es mi legítima esposa, con la que contraje matrimonio en San Petersburgo, hace cuatro años y medio. ¿La bofetada fue por ella?

Shátov, estupefacto, escuchaba en silencio.

—Lo supuse, pero no me lo creía —acertó a decir por fin, mirando a Stavroguin de un modo extraño.

—Y ¿me abofeteó por eso?

Shátov se puso rojo y balbuceó, de manera casi inconexa:

—Fue por su caída… por su mentira. No me acerqué para castigarle; cuando me acerqué, no sabía que iba a golpearle… Lo hice por lo mucho que usted había significado en mi vida… Yo…

—Entiendo, entiendo, ahórrese las palabras. Siento que tenga usted fiebre; vengo por un asunto muy importante.

—Llevo esperándole demasiado tiempo —a Shátov le temblaba todo el cuerpo, y se levantó un momento de su asiento—; diga lo que le trae hasta aquí, que yo también le diré… después…

Volvió a sentarse.

—No es un asunto de esa clase —empezó Nikolái Vsévolodovich, observándolo con curiosidad—; por una serie de circunstancias, hoy mismo me he visto obligado a elegir una hora como ésta para venir a advertirle de que es posible que le maten.

Shátov lo miraba atónito.

—Sé que mi vida podría estar en peligro —dijo con mesura—, pero usted… ¿usted cómo ha podido saberlo?

—Porque yo también soy uno de ellos, igual que usted, y soy miembro de su sociedad, igual que usted.

—Usted… ¿usted es miembro de la sociedad?

—Y veo en sus ojos que usted podía haberse esperado de mí cualquier cosa, menos eso —Nikolái Vsévolodovich se sonrió ligeramente—; pero permítame, entonces, ¿es que usted ya sabía que iban a atentar contra su vida?

—No lo había pensado. Y sigo sin pensarlo, a pesar de sus palabras, aunque… ¡quién puede estar seguro de nada con esos mentecatos! —exclamó de repente, colérico, dando un puñetazo en la mesa—. ¡No les tengo miedo! He roto con ellos. Ese tipo ha venido cuatro veces a decirme que es posible… pero… —miró a Stavroguin—, exactamente, ¿qué es lo que sabe?

—No se preocupe, no pienso traicionarle —siguió diciendo Stavroguin con bastante frialdad, con el aire de alguien que se limita a cumplir con su deber—. ¿Quiere averiguar todo lo que sé? Sé que usted ingresó en esta sociedad en el extranjero, hace ahora dos años, cuando aún funcionaba la antigua organización, justo antes de su viaje a América y, me parece recordar, muy poco después de nuestra última conversación, a la cual se refirió usted extensamente en la carta que me mandó desde América. Por cierto, perdone que no le contestara por carta y que me limitara a…

—Mandarme dinero; espere —Shátov le interrumpió, abrió precipitadamente un cajón de la mesa y sacó un billete irisado de debajo de unos papeles—. Aquí tiene, los cien rublos que me envió; sin usted, habría muerto. Habría tardado mucho en devolvérselos de no haber sido por su madre: estos cien rublos son un regalo de ella, de cuando me quedé en la miseria, hace nueve meses, después de mi enfermedad. Pero continúe, se lo ruego…

Estaba sin aliento.

—En América cambió usted su forma de pensar y, de vuelta en Suiza, quiso renunciar. No le dieron ninguna respuesta, pero le encomendaron que se hiciera cargo, aquí en Rusia, de una imprenta y que la conservara para entregársela después a una persona que se presentaría en nombre de ellos. No conozco todos los detalles, pero a grandes rasgos debió de ser algo por el estilo, ¿no? Y usted, con la esperanza, o con la condición, de que iba a ser la última exigencia de esa gente y de que en lo sucesivo le dejarían en paz, dio su consentimiento. Todo esto, verdad

o mentira, no lo he averiguado a través de ellos, sino por pura casualidad. Pero lo que me parece que usted no sabe es que esos señores no tienen ninguna intención de dejarle marchar.

—¡Eso no tiene ningún sentido! —gritó Shátov—. ¡Yo les hice saber, con toda franqueza, que había roto con ellos definitivamente! Estoy en mi derecho, derecho de conciencia y de pensamiento… ¡No voy a consentirlo! No hay fuerza que pueda…

—Más vale que no grite —le interrumpió Nikolái Vsévolodovich, en un tono muy serio—. Ese Verjovenski es muy capaz de estarnos escuchando ahora mismo, con sus propios oídos o con los de otra persona, desde el mismísimo zaguán. Hasta el borrachín de Lebiadkin debía de tener la obligación de vigilarle, y puede que usted a él, ¿no es así? Más vale que me diga si ahora a Verjovenski le han parecido bien sus argumentos o no.

—Le han parecido bien; ha dicho que es posible y que tengo derecho…

—Pues entonces le engaña. Sé que hasta Kiríllov, que no es propiamente uno de ellos, les ha proporcionado información de usted; disponen de muchos agentes, hasta algunos que ni siquiera saben que actúan al servicio de la sociedad. A usted siempre le han tenido vigilado. Piotr Verjovenski ha venido, entre otras cosas, para resolver su caso definitivamente, para lo cual tiene plenos poderes; se propone, en concreto, liquidarle en el momento oportuno, por ser usted alguien que sabe mucho y que podría delatarlos. Insisto en que lo sé de buena tinta, y permítame añadir que están completamente convencidos, por la razón que sea, de que es usted un espía y de que, si no los ha delatado todavía, acabará delatándolos. ¿Es eso cierto?

Al oír semejante pregunta, formulada en un tono tan neutro, Shátov torció el gesto.

—Aun suponiendo que fuera un espía, ¿a quién le iba a pasar la información? —objetó irritado, sin responder a la pregunta—. ¡No, déjeme en paz, olvídese de mí! —exclamó, aferrándose a su idea original, que lo agitaba violentamente; todo indicaba que esa idea le afectaba mucho más que las noticias sobre el peligro que corría—. Usted, usted, Stavroguin, ¿cómo ha podido involucrarse en un disparate tan descarado, tan torpe y tan rastrero? ¡Usted, miembro de esa sociedad! ¡Valiente hazaña para Nikolái Stavroguin! —gritó, casi con desesperación. Incluso levantó las manos, como si nada pudiera ser más triste ni más decepcionante que ese descubrimiento.

—Perdóneme —dijo Nikolái Vsévolodovich, con verdadero asombro—, pero, al parecer, usted me ve como una especie de sol, y se ve a sí mismo como un bicho en comparación. Ya me di cuenta por la carta que me escribió desde

América.

—Usted… usted sabe… Bueno, mejor vamos a dejar de hablar de mí, ¡de una vez por todas! —Shátov de pronto perdió el hilo—. Si tiene que explicar alguna cosa de sí mismo, hágalo… ¡Responda a mi pregunta! —insistió acalorado.

—Con mucho gusto. Me preguntaba cómo he podido meterme en semejante cubil. Después de la noticia que le he dado, no tengo más remedio que hablarle con alguna franqueza de la cuestión. Verá, en términos estrictos, no pertenezco en absoluto a esa sociedad, tampoco he pertenecido con anterioridad y tengo mucho más derecho que usted a dejarlos, por no haberme unido nunca a ellos. Al contrario, desde el primer momento les dejé claro que no era su camarada, y que si eventualmente llegaba a colaborar con ellos sería tan solo por no tener mejor cosa que hacer. Participé hasta cierto punto en la reorganización de la sociedad de acuerdo con un nuevo plan, y nada más. Pero ahora se lo han pensado mejor y han decidido por su cuenta que sería peligroso dejarme salir y, por lo que se ve, también a mí me han sentenciado.

—Oh, todo lo resuelven con condenas a muerte, de acuerdo siempre con sus instrucciones, en documentos sellados, firmados por tres personas y media. Pero ¿usted cree que están en condiciones de llevarlo a cabo?

—En parte tiene usted razón y en parte no —prosiguió Stavroguin, siempre con el mismo tono indiferente, y hasta con cierta languidez—. No cabe duda de que hay en todo eso mucha fantasía, como ocurre siempre en estos casos: un puñado de hombres magnifica su tamaño y su importancia. En mi opinión, si usted quiere, el único miembro de la sociedad es Piotr Verjovenski, y solo por modestia se considera un mero agente de ella. De todos modos, la idea fundamental no es más estúpida que otras de ese tenor. Tienen contactos con la *Internationale*; han sido capaces de establecer agentes en Rusia, incluso han dado con un método bastante original… aunque, desde luego, solo en teoría. Por lo que respecta a sus propósitos en esta ciudad, las evoluciones de nuestra organización en Rusia son un asunto tan oscuro y casi siempre tan improvisado que, realmente, aquí pueden intentar cualquier cosa. Tenga en cuenta que Verjovenski es un hombre obstinado.

—¡No es más que una chinche, un ignorante, un payaso que no entiende una palabra de Rusia! —exclamó Shátov, con rabia.

—Usted no lo conoce. Es verdad que esa gente, en general, sabe muy poco de Rusia, pero posiblemente solo algo menos que usted y que yo; y además Verjovenski es un entusiasta.

—¿Un entusiasta Verjovenski?

—Oh, sí. Hay un punto a partir del cual deja de ser un bufón y se convierte

en… en un enajenado. Le ruego que recuerde su propia frase: «¿Sabe lo poderoso que puede ser un solo hombre?». No se ría, por favor: es muy capaz de apretar el gatillo. Están convencidos de que yo también soy un espía. Como no saben hacer las cosas bien, les encanta acusar a los demás de espionaje.

—Y ¿no tiene usted miedo?

—No… No mucho… Pero su caso es muy distinto. Se lo he advertido para que lo tenga en cuenta. En mi opinión, no debería usted tomarse a mal que su vida esté en peligro por culpa de unos imbéciles; no es una cuestión de inteligencia. Han puesto la mano encima a personas de más valía que usted o que yo. Vaya, ya son las once y cuarto —miró el reloj y se levantó de la silla—; me gustaría hacerle una pregunta que no tiene nada que ver con esta cuestión.

—¡Por Dios! —exclamó Shátov, levantándose de manera impulsiva.

—¿Y bien? —Nikolái Vsévolodovich lo miró inquisitivamente.

—Haga esa pregunta, hágala, por Dios —repitió Shátov con una agitación indescriptible—, pero con la condición de que yo, por mi parte, también le haga una. Le ruego que me permita… yo no puedo… ¡Haga su pregunta!

Stavroguin aguardó unos segundos y empezó:

—He oído que usted aquí ha ejercido cierta influencia en Maria Timoféievna, y que a ella le gustaba verle y escucharle. ¿Es así?

—Sí… me escuchaba… —Shátov estaba algo confuso.

—Tengo intención de hacer público en los próximos días, aquí en la ciudad, mi matrimonio con ella.

—¿Es posible? —susurró, casi espantado, Shátov.

—¿En qué sentido lo dice? No hay ninguna dificultad; aquí hay testigos del enlace. Se celebró en San Petersburgo, de manera legal y sosegada y, si no se ha dado a conocer hasta la fecha, se ha debido tan solo a que los dos únicos testigos del casamiento, Kiríllov y Piotr Verjovenski, además del propio Lebiadkin (a quien ahora tengo el honor de contar entre mis parientes), dieron palabra en su momento de preservar el secreto.

—No me refería a eso… Lo cuenta usted con tanta calma… pero siga usted. Dígame, ¿no le habrán obligado a casarse a la fuerza, verdad?

—No, a mí nadie me ha obligado —dijo Nikolái Vsévolodovich, sonriendo

ante la impetuosidad impertinente de Shátov.

—Y ¿qué es eso que cuenta de que tuvo un bebé? —Shátov preguntaba de forma inconexa, con urgencia febril.

—¿Cuenta que tuvo un bebé? ¡Caramba! No lo sabía, es la primera vez que lo oigo. Ni lo ha tenido ni ha podido tenerlo: Maria Timoféievna es virgen.

—¡Ah! ¡Eso mismo pensaba yo! ¡Escuche!

—¿Qué le ocurre, Shátov?

Shátov se cubrió la cara con las manos, se volvió, pero de improviso agarró con fuerza a Stavroguin por un hombro.

—¿No sabe usted, no sabe usted al menos —le gritó— por qué ha hecho todo eso y por qué ha decidido ahora imponerse ese castigo?

—Su pregunta es inteligente y mordaz, pero usted también se va a llevar una sorpresa: sí, creo que sé por qué me casé entonces y por qué he decidido ahora imponerme ese «castigo», como usted lo llama.

—Dejemos esto… Ya hablaremos más tarde; vamos con lo más importante, lo más importante: llevo dos años esperándole…

—¿Sí?

—He estado esperándole demasiado tiempo, pensaba en usted continuamente. Es usted la única persona que podría… Ya le escribí sobre eso desde América.

—Me acuerdo muy bien de su extensa carta.

—¿Demasiado larga para leerla? Estoy de acuerdo; seis folios. ¡Calle, calle! Dígame: ¿puede concederme diez minutos más, pero ahora, ahora mismo, en este preciso instante?… ¡Llevo tanto tiempo esperándole!

—Como quiera, le concedo media hora, pero nada más, si le viene bien.

—Con la condición, no obstante —repuso Shátov con furia—, de que cambie usted de tono. Ya ve que se lo estoy exigiendo, cuando debería suplicar… ¿Entiende lo que significa exigir cuando uno debería suplicar?

—Entiendo que de ese modo se sitúa usted por encima de las cosas corrientes en busca de otros fines más elevados —dijo Nikolái Vsévolodovich,

esbozando una ligera sonrisa—; también veo, con pesar, que tiene usted fiebre.

—¡Pido que se me trate con respeto! ¡Lo exijo! —gritó Shátov—. No para mí como individuo, eso me trae sin cuidado, sino por otro motivo; solo por esta vez, para poder decir unas palabras… Somos dos seres que se han encontrado en el infinito… por última vez en el mundo. ¡Deje ese tono y adopte un tono más humano! Por una vez en la vida, hable con voz humana. No lo digo por mí, lo digo por usted. ¿No comprende que debería perdonarme la bofetada aquella aunque solo fuera porque le di la ocasión de tomar conciencia de su inmenso poder?… Ya está usted sonriendo otra vez con esa sonrisa desdeñosa y mundana. ¡Oh, cuándo querrá entenderme! ¡Deje de dárselas de señorito! Entienda de una vez que exijo eso, que lo exijo; ¡de lo contrario no pienso hablar por nada del mundo!

Su excitación llegaba al paroxismo; Nikolái Vsévolodovich frunció el ceño y se puso en guardia.

—Si he aceptado quedarme media hora —dijo con toda seriedad, en tono solemne—, siendo tan valioso mi tiempo, créame que estoy dispuesto a escucharle, como mínimo, con interés y… y estoy seguro de que voy a enterarme de muchas novedades.

Se sentó en la silla.

—¡Siéntese! —gritó Shátov, y de pronto él también se sentó.

—Permítame, no obstante, recordarle —puntualizó nuevamente Stavroguin — que iba a pedirle un favor importante en relación con Maria Timoféievna; muy importante, al menos, para ella…

—¿Cómo? —Shátov frunció el ceño, como alguien a quien interrumpen de repente en un momento fundamental y que, si bien sigue mirando a su interlocutor, aún no ha acabado de entender la pregunta.

—Tampoco me ha dejado a mí acabar —añadió Nikolái Vsévolodovich con una sonrisa.

—¡Bah, eso son tonterías! ¡Más tarde! —Shátov hizo un gesto desdeñoso, una vez que hubo captado, por fin, el sentido de la queja de Stavroguin, y pasó sin más a su tema principal.

VII

—No sé si sabrá usted —empezó en un tono casi amenazante, inclinándose hacia delante en la silla, con ojos centelleantes y levantando el índice de la mano

derecha (sin ser consciente, desde luego, de lo que hacía)—, no sé si sabrá cuál es ahora mismo el único pueblo en toda la Tierra «portador de Dios», llamado a regenerar y salvar el mundo en nombre de un nuevo Dios, el único al que se han dado las llaves de la vida y de la nueva palabra… ¿Sabe usted qué pueblo es ése? ¿Sabe cuál es su nombre?

—Por la forma en que lo dice, no tengo más remedio que concluir, y creo que cuanto antes mejor, que ese pueblo es el ruso…

—¡Ya se está riendo! ¡Qué raza pecadora! —estalló Shátov.

—Cálmese, se lo ruego; todo lo contrario, precisamente me esperaba algo por el estilo.

—¿Que se esperaba algo por el estilo? Y ¿no conoce estas palabras?

—Las conozco muy bien; ya veo adónde quiere ir a parar. Todo su discurso, incluida la expresión «pueblo portador de Dios», no es más que la conclusión de la conversación que tuvimos hace más de dos años, en el extranjero, antes de su marcha a América… Al menos, por lo que ahora recuerdo.

—Ese discurso es suyo en su totalidad, no es mío. Exclusivamente suyo, no es la conclusión de nuestra conversación. De hecho, esa conversación «nuestra» jamás tuvo lugar: hubo un maestro, que pronunciaba palabras grandilocuentes, y hubo un discípulo, que acababa de resucitar de entre los muertos. Yo era ese discípulo, y usted el maestro.

—Pero, si no recuerdo mal, fue precisamente a raíz de mis palabras cuando usted ingresó en la sociedad, y solo después de eso viajó a América.

—Sí, y le escribí de eso desde América; no dejé tema sin tocar en aquella carta. Sí, no era tan fácil desprenderse de aquello con lo que había crecido desde la infancia, de aquello en lo que había puesto todo el ardor de mis esperanzas y todas las lágrimas de mi odio… Es difícil cambiar de dioses. No le creí a usted entonces, porque no quería creer, y me zambullí por última vez en esa cloaca inmunda… Pero la semilla prendió y germinó. En serio, respóndame en serio: ¿no leyó hasta el final mi carta de América? O, a lo mejor, no leyó ni una línea…

—Leí tres páginas, las dos primeras y la última; aparte de eso, eché un vistazo a las de en medio. Pero siempre tuve el propósito de…

—Bah, qué más dará. Olvídelo, ¡al diablo con eso! —Shátov hizo un gesto con la mano—. Si usted reniega ahora de lo que dijo entonces sobre el pueblo, ¿cómo pudo pronunciar esas palabras?… Eso es lo que me fastidia ahora.

—Pero es que entonces no estaba bromeando; mientras trataba de convencerle, posiblemente estaba pensando más en mí mismo que en usted —dijo Stavroguin enigmáticamente.

—¡Que no estaba bromeando! En América me pasé tres meses tirado en la paja al lado de un… desgraciado, y por él me enteré de que, justo cuando plantaba en mi espíritu la semilla de Dios y de la patria, al mismo tiempo, puede que hasta en esos mismos días, se dedicaba usted a emponzoñar con su veneno el corazón de ese desdichado, de ese maníaco de Kiríllov… Le inculcó la mentira y la calumnia y lo llevó al borde de la locura… Vaya a verlo ahora, ésa es su creación… Aunque usted ya lo ha visto.

—En primer lugar, déjeme que le diga que el propio Kiríllov me ha dicho hace muy poco tiempo que es feliz y que está estupendamente. Su suposición de que todo aquello estaba ocurriendo al mismo tiempo es casi cierta, pero ¿qué conclusión saca de ahí? Repito que no les estaba engañando a ninguno de los dos, ni al otro ni a usted.

—¿Es usted ateo? ¿Ahora es ateo?

—Sí.

—¿Y entonces?

—Lo mismo, igual que ahora.

—No fue para mí para quien pedí respeto al empezar esta conversación. Con su inteligencia, debería haberlo comprendido —murmuró Shátov con indignación.

—Yo no me he levantado a las primeras de cambio, no he dado por concluida la conversación, no me he marchado de su casa, sino que sigo aquí sentado, contestando sosegadamente a sus preguntas y… a sus gritos; así pues, todavía no le he faltado al respeto.

Shátov le interrumpió con un gesto:

—¿Se acuerda usted de su expresión? «Un ateo no puede ser ruso; un ateo, por el mero hecho de serlo, deja de ser ruso». ¿Lo recuerda?

—¿Eso dije? —preguntó a su vez Nikolái Vsévolodovich.

—¿A mí me lo pregunta? ¿Lo había olvidado? Pues es una de las afirmaciones más exactas sobre una de las principales peculiaridades del espíritu ruso, peculiaridad que usted supo ver. ¿Cómo puede haberlo olvidado? Le

recordaré otra cosa más que dijo entonces: «No se puede ser ruso sin ser ortodoxo».

—Supongo que es una idea eslavófila.

—No; los eslavófilos actuales reniegan de ella. Ahora el pueblo es más listo. Pero usted iba aún más lejos: usted creía que el catolicismo romano ya no es cristianismo; afirmaba que Roma proclamaba a un Cristo que había caído en la tercera tentación del diablo y que, al anunciar al mundo entero que sin un reino terrenal Cristo no podría perdurar en la Tierra, el catolicismo había proclamado de ese modo al Anticristo, llevando así la perdición a todo el mundo occidental. Aseguraba usted concretamente que, si Francia sufre tantas penalidades, la culpa la tiene exclusivamente el catolicismo, pues esa nación ha rechazado al inicuo Dios de Roma y no ha encontrado otro. ¡Todo eso decía usted entonces! Recuerdo nuestras conversaciones.

—Si tuviera fe, ahora diría lo mismo, sin duda alguna; no mentía cuando hablaba como un creyente —dijo Nikolái Vsévolodovich con toda seriedad—. Pero le aseguro que esta repetición de mis ideas del pasado me produce una impresión muy desagradable. ¿Le importaría dejar el tema?

—¿Si tuviera fe? —exclamó Shátov, sin hacer el menor caso a su ruego—. Pero ¿no me decía usted que, si alguien le demostrase matemáticamente que la verdad no está en Cristo, preferiría quedarse con Cristo que con la verdad? ¿No decía usted eso? ¿No lo decía?

—Pero permítame, de una vez, preguntarle —Stavroguin levantó la voz— adónde quiere ir a parar con todo este interrogatorio impaciente y… malicioso.

—Este interrogatorio acabará de una vez por todas y nunca se lo volveré a recordar.

—No deja usted de insistir en que estamos fuera del tiempo y del espacio…

—¡Cállese! —gritó de pronto Shátov—. Soy tonto y desmañado, pero ¡que mi nombre perezca en la ignominia! Permítame repetirle lo esencial de sus ideas de entonces… Oh, son solo diez líneas, únicamente las conclusiones.

—Repítamelo, si solo son las conclusiones…

Stavroguin estuvo tentado de mirar el reloj, pero se contuvo.

Shátov volvió a inclinarse hacia delante en la silla y por un momento levantó también el índice.

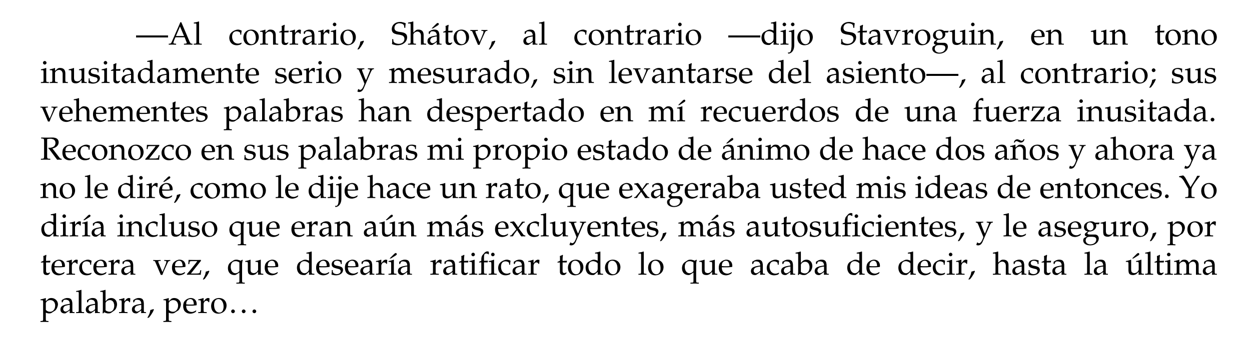
—No ha habido un solo pueblo —empezó como si estuviera leyendo línea a línea, sin dejar de mirar a Stavroguin con aire amenazante—, no ha habido hasta ahora un solo pueblo que se haya organizado sobre los principios de la razón y la ciencia; no ha habido un solo ejemplo de eso o, si lo ha habido, ha sido durante un periodo brevísimo, y por pura estupidez. El socialismo, por su propia naturaleza, es una forma de ateísmo, pues ha proclamado desde el primer momento que es una institución atea y que se propone organizarse exclusivamente sobre la base de la ciencia y de la razón. La razón y la ciencia siempre han tenido, en la actualidad y desde el principio de los tiempos, un cometido secundario y auxiliar en la vida de los pueblos; y ése seguirá siendo su cometido hasta el fin de los siglos. Los pueblos se constituyen y se mueven por otra fuerza, que los orienta y los gobierna, pero cuyo origen es desconocido e inexplicable. Es la fuerza del anhelo insaciable de llegar hasta el final, negando al mismo tiempo que exista ese final. Es la fuerza de la incesante e infatigable afirmación de la propia existencia y de la negación de la muerte. Es el espíritu de la vida o, como lo llaman las Escrituras, los «ríos de agua viva», con cuya desecación nos amenaza el Apocalipsis. Es un principio estético, como dicen los filósofos, un principio moral, como ellos mismos también lo identifican. Es la «búsqueda de Dios», como, más sencillamente, lo llamo yo. La meta de todo movimiento popular, en cualquier pueblo y en cualquier momento de su existencia, es únicamente la búsqueda de un dios, de su dios, que ha de ser necesariamente propio, y la fe en ese dios como único dios verdadero. Dios es la personalidad sintética de todo un pueblo, considerado desde su principio hasta su final. Nunca ha ocurrido que todos los pueblos, o muchos de ellos, tuvieran un único dios en común, cada pueblo ha tenido siempre un dios particular. Una señal de la decadencia de las naciones es que sus dioses empiecen a ser comunes. Cuando los dioses se vuelven comunes a distintos pueblos, mueren esos dioses y la fe en ellos, y con ellos mueren los propios pueblos. Cuanto más poderoso es un pueblo, más exclusivo es su dios. Nunca ha existido un pueblo sin religión, esto es, sin una noción del bien y del mal. Cada pueblo tiene su propia noción del bien y del mal, y su propio bien y mal. Cuando muchos pueblos empiezan a compartir sus nociones del bien y del mal, esos pueblos mueren, y entonces la distinción misma entre el bien y el mal comienza a debilitarse y a desaparecer. Nunca ha sido capaz la razón de definir el bien y el mal, o de distinguir siquiera el bien del mal, aunque fuera de manera aproximada; por el contrario, siempre los ha confundido de forma vergonzosa y lamentable; en cuanto a la ciencia, solo ha ofrecido soluciones basadas en la fuerza. En esto ha destacado sobremanera la semiciencia, el más terrible azote de la humanidad, peor que la peste, el hambre y la guerra, algo desconocido hasta este siglo. La semiciencia es un déspota como jamás se había visto hasta ahora; un déspota con sus sacerdotes y sus esclavos; un déspota ante el que todos se inclinan con un amor y una fe supersticiosa inconcebibles hasta nuestros días, y ante el que la misma ciencia tiembla y se amedrenta de forma vergonzosa. Todas estas son palabras suyas, Stavroguin, salvo las que hacen referencia a la semiciencia; éstas son mías, porque yo mismo soy un caso de semiciencia y, por lo tanto, le tengo un odio muy particular. No he cambiado nada de sus ideas, ni tan siquiera de sus palabras: no he alterado una sola palabra.

—No me creo que no haya cambiado nada —observó Stavroguin con cautela—; usted las aceptó con pasión y con la misma pasión las ha alterado sin darse ni cuenta. El simple hecho de reducir a Dios a un mero atributo de la nacionalidad…

De pronto empezó a fijarse en Shátov con una atención intensa y muy peculiar, y no tanto en sus palabras cuanto en él mismo.

—¿Qué es eso de que reduzco a Dios a un atributo de la nacionalidad? —gritó Shátov—. Al contrario, elevo al pueblo hasta Dios. ¿Acaso alguna vez ha sido distinto? El pueblo es el cuerpo de Dios. Todo pueblo es un pueblo en tanto en cuanto tiene su propio dios particular, y excluye a los demás dioses del mundo sin posibilidad de reconciliación; mientras cree que con su dios triunfará sobre los demás dioses y los expulsará de la faz de la Tierra. Eso han creído todos los pueblos desde el principio de los tiempos, al menos todos los grandes pueblos, todos los que han descollado en alguna medida, todos los que se han situado a la cabeza de la humanidad. No es posible ir en contra de los hechos. Los judíos vivieron únicamente para esperar al Dios verdadero, y legaron al mundo al verdadero Dios. Los griegos deificaron la naturaleza y transmitieron al mundo su religión, esto es, la filosofía y el arte. Roma deificó al pueblo en el Estado y dejó el Estado a los demás pueblos. Francia en el curso de su larga historia no ha sido sino la encarnación y el desarrollo de la idea del Dios de Roma y, si ha acabado finalmente arrojando al abismo a su Dios romano y ha abrazado el ateísmo, que ahora llaman socialismo, eso se ha debido únicamente a que el ateísmo, al fin y al cabo, es más sano que el catolicismo romano. Si un gran pueblo no cree que la verdad solo se encuentra en él (sola y exclusivamente en él), si no cree que es el único pueblo capacitado y llamado a resucitar y salvar a todos los demás por medio de su verdad, deja de ser en ese mismo instante un gran pueblo y se convierte en mero material etnográfico. Un pueblo realmente grande no puede resignarse en ningún momento a desempeñar un papel secundario en la humanidad, ni siquiera puede conformarse con un papel destacado; tiene que ser, necesariamente, el primero entre todos los pueblos. Un pueblo que pierde esa fe deja de ser un pueblo. Pero la verdad es solo una y, por lo tanto, solo uno entre todos los pueblos puede tener al Dios verdadero, por mucho que otros pueblos tengan sus propios dioses, grandes y singulares. El único pueblo «portador de Dios» es el pueblo ruso, y… y… y acaso se piensa que soy tan estúpido, Stavroguin —de pronto bramó con furia—, que no soy capaz de distinguir si mis palabras de ahora son viejos y trillados lugares comunes, molidos en todos los molinos de la eslavofilia moscovita, o una palabra nueva, la última palabra, la única palabra de renovación y resurrección, y… ¡Qué me importa a mí que se ría usted en estos momentos! ¡Qué me importa que no me entienda en absoluto, nada de nada, ni una sola palabra, ni un sonido!… ¡Oh, cómo desprecio su risa orgullosa y su mirada en estos momentos!

Se puso de pie de un salto; hasta tenía espuma en los labios.



—Al contrario, Shátov, al contrario —dijo Stavroguin, en un tono inusitadamente serio y mesurado, sin levantarse del asiento—, al contrario; sus vehementes palabras han despertado en mí recuerdos de una fuerza inusitada. Reconozco en sus palabras mi propio estado de ánimo de hace dos años y ahora ya no le diré, como le dije hace un rato, que exageraba usted mis ideas de entonces. Yo diría incluso que eran aún más excluyentes, más autosuficientes, y le aseguro, por tercera vez, que desearía ratificar todo lo que acaba de decir, hasta la última palabra, pero…

—Pero necesita una liebre…

—¿Cómooo?

—Esa expresión tan zafia es suya —Shátov, sonriendo maliciosamente, volvió a sentarse—: «Para guisar una liebre, hace falta una liebre; para creer en Dios, hace falta un Dios». Dicen que usted solía repetirla en San Petersburgo; como Nozdriov, que quería atrapar una liebre por las patas traseras.

—No, ése lo que hacía era presumir de haberla atrapado. A propósito, permítame, en todo caso, importunarle con una pregunta, más que nada porque me parece que ahora tengo pleno derecho. Dígame: ¿ha atrapado ya a su liebre o aún sigue corriendo?

—¡Cómo se atreve a preguntármelo con estas palabras! ¡Pregúntemelo con otras, con otras! —Shátov, de repente, se estremeció.

—Como quiera, con otras —Nikolái Vsévolodovich lo miró con severidad—; solo quería saber una cosa: ¿usted cree en Dios o no?

—Yo creo en Rusia, creo en su ortodoxia… Creo en el cuerpo de Cristo… Creo que el nuevo advenimiento ocurrirá en Rusia… Creo… —farfulló Shátov, con frenesí.

—Y ¿en Dios? ¿En Dios?

—Yo… creeré en Dios.

En el rostro de Stavroguin no se movió un solo músculo. Shátov lo miraba con pasión, con aire desafiante, como si quisiera abrasarlo con la mirada.

—Pero ¡si yo no le he dicho que no crea! —exclamó por fin—. Únicamente le he dado a entender que soy un libro triste y aburrido, y nada más por ahora; por ahora… Pero ¡al diablo conmigo! No se trata de mí, sino de usted… Yo soy un hombre sin talento, y solo puedo dar mi sangre y nada más, como todo hombre sin talento. ¡Al diablo con mi sangre también! Estoy hablando de usted, llevo aquí dos

años esperándole… Y desde hace media hora estoy bailando desnudo ante usted. ¡Usted, tan solo usted podría enarbolar esa bandera!…

No llegó a acabar la frase; desesperado, puso los codos sobre la mesa y apoyó la cabeza en las manos.

—Por cierto, y se lo comento solo como algo curioso —le interrumpió de pronto Stavroguin—: ¿Por qué se empeña todo el mundo en ponerme una bandera en las manos? Piotr Verjovenski también estaba convencido de que yo podría «alzar su bandera»; según me han dicho, al menos, esas fueron sus palabras. Se le ha metido en la cabeza que yo podría desempeñar para ellos el papel de Stenka Razin[180], por mi «extraordinaria aptitud para el crimen». Son también palabras suyas.

—¿Cómo? —preguntó Shátov—. ¿Por su «extraordinaria aptitud para el crimen»?

—Eso es.

—Hum. ¿Y es verdad eso de que usted… —forzó una sonrisa maligna— eso de que usted formó parte en San Petersburgo de una sociedad secreta que se dedicaba a practicar una sensualidad brutal? ¿Es verdad que podía haberle dado lecciones al marqués de Sade? ¿Es verdad que seducía y corrompía niños? Respóndame, no se atreva a mentir —gritaba, ya fuera de sí—; ¡Nikolái Stavroguin no puede mentirle a Shátov, que le ha dado un puñetazo en la cara! Conteste a todo y, como sea verdad, ¡le mato a usted ahora, en este mismo instante y aquí mismo!

—Es verdad que he dicho esas cosas, pero yo no he pervertido a ningún niño —dijo Stavroguin, aunque solo después de una pausa bastante larga. Se puso pálido, y sus ojos fulguraron.

—Pero ¡lo ha dicho! —prosiguió Shátov en tono imperioso, sin apartar de él sus ojos centelleantes—. ¿Es verdad que usted ha declarado que no veía ninguna diferencia, en lo que respecta a su belleza, entre un acto voluptuoso y bestial y una grandiosa hazaña, incluido el sacrificio de una vida por el bien de la humanidad? ¿Es verdad que encontraba usted la misma belleza, idéntico placer, en ambos extremos opuestos?

—Así es imposible contestar… no quiero contestar —balbuceó Stavroguin, que habría podido perfectamente levantarse y marcharse, pero que no se levantó ni se marchó.

—Yo tampoco sé por qué el mal es detestable y el bien es bello, pero sí sé por qué el sentido de esa distinción se borra y desaparece en caballeros como

Stavroguin. —Shátov no dejaba de temblar con todo el cuerpo—. ¿Sabe usted por qué se casó entonces de forma tan vergonzosa y tan ruin? Pues ¡precisamente porque la vergüenza y el absurdo llegaron aquí a la genialidad! ¡Oh, no es usted de los que se pasean al borde del abismo! ¡Usted se lanza de cabeza, con decisión! Se casó movido por su pasión por el martirio, por su amor a los remordimientos de conciencia, por delectación moral. Todo respondió a un ataque de nervios… ¡El reto al buen juicio era demasiado tentador! ¡Stavroguin y una débil, limitada e indigente cojita! Aquella vez, cuando le mordió la oreja al gobernador, ¿sintió usted placer? ¿Lo sintió? ¿Lo sintió usted, ocioso e indolente señorito?

—Es usted un psicólogo —Stavroguin se iba poniendo cada vez más pálido—, aunque en parte está equivocado en lo que concierne a los motivos de mi casamiento… Por cierto, ¿quién habrá podido suministrarle todas esas informaciones? —Forzó una sonrisa—. ¿No será Kiríllov? Aunque él no tomó parte…

—¿Se está poniendo pálido?

—Pero, entonces, ¿qué es lo que quiere? —dijo Nikolái Vsévolodovich, levantando finalmente la voz—. Hace media hora que estoy bajo su látigo, y por lo menos debería dejarme marchar cortésmente… salvo que tenga algún motivo racional para tratarme de este modo.

—¿Un motivo racional?

—Indudablemente. Tiene la obligación, por lo menos, de explicarme lo que pretende. He estado todo el tiempo esperando que lo hiciera, pero solo me he encontrado con su rencor frenético. Haga el favor de abrirme el portal.

Se levantó de la silla. Shátov se lanzó tras él furioso.

—¡Bese la tierra, riéguela con sus lágrimas, pida perdón! —exclamó, agarrándolo del hombro.

—A pesar de todo, no le maté… la otra mañana… Aparté las manos… —dijo Stavroguin casi con dolor y bajando los ojos.

—¡Hable! ¡No se calle nada! ¡Ha venido aquí para prevenirme de un peligro, me ha dejado hablar, mañana pretende usted hacer público su matrimonio!… ¿Acaso no veo en su cara que ahora está usted dominado por una nueva idea amenazante?… Stavroguin, ¿por qué estoy condenado a creer en usted por los siglos de los siglos? ¿Podría yo hablar así con otra persona? Soy un hombre pudoroso, pero no me he avergonzado de mi desnudez porque estaba hablando con Stavroguin. No he tenido miedo de caricaturizar una gran idea solo con poner mi mano en ella, porque Stavroguin me estaba escuchando… ¿No besaré acaso las

huellas de sus pies en cuanto se marche? ¡No puedo arrancarlo de mi corazón, Nikolái Stavroguin!

—Lamento no poder sentir afecto por usted, Shátov —replicó con frialdad Nikolái Vsévolodovich.

—Ya sé que no puede, y sé que no miente. Escuche, puedo arreglarlo todo: ¡le conseguiré una liebre!

Stavroguin no dijo nada.

—Usted es ateo porque es un señorito, el más señorito de los señoritos. Ha perdido la distinción entre el bien y el mal, porque desconoce a su pueblo. Llega una nueva generación, salida directamente del corazón del pueblo, y ni usted, ni los Verjovenski, padre e hijo, ni yo, la conoceremos; yo tampoco, porque también soy un señorito, yo, el hijo de su siervo y lacayo Pashka… Escuche, llegue a Dios por medio del trabajo; todo reside en eso; de lo contrario, desaparecerá como una miserable capa de moho; llegue a Él por medio del trabajo.

—¿Que llegue a Dios por medio del trabajo? ¿Qué trabajo?

—De campesino. Vaya, renuncie a sus riquezas… ¡Ah, se ríe usted! ¿Teme que se trate de un truco?

Pero Stavroguin no se reía.

—¿Dice usted que se puede llegar a Dios por medio del trabajo, es más, por medio del trabajo de campesino? —respondió, después de una breve reflexión, como si, efectivamente, hubiera dado con algo nuevo y serio, digno de tomar en consideración—. A propósito —cambió rápidamente de tema—, acaba usted de recordármelo: ¿sabe que no soy rico, ni muchísimo menos, así que no tengo nada a lo que renunciar? Apenas estoy en condiciones de asegurarle un futuro a Maria Timoféievna… Otra cosa: he venido a pedirle que, en la medida de lo posible, no descuide usted mucho en lo sucesivo a Maria Timoféievna, pues es usted la única persona que podría ejercer alguna influencia en su pobre juicio… Se lo digo por lo que pudiera ocurrir.

—Muy bien, muy bien; me habla usted de Maria Timoféievna —Shátov hizo un gesto con la mano, mientras en la otra sostenía una vela—; muy bien; más tarde, desde luego… Escuche, vaya a ver a Tijon.

—¿A quién?

—A Tijon. Tijon, el antiguo obispo; ahora vive retirado, por una enfermedad, aquí en la ciudad, en las afueras, en el monasterio de San Eutimio en

Bogorodsk.

—¿Qué quiere decir?

—Nada. Va mucha gente a verlo. Vaya usted, ¿qué le cuesta? ¿Qué le cuesta?

—Es la primera vez que oigo hablar de él y… nunca he visto a esa clase de personas. Se lo agradezco, iré.

—Por aquí. —Shátov iba alumbrando la escalera—. Adelante —dijo, abriendo la cancela que daba a la calle.

—No voy a volver aquí, Shátov —dijo en voz baja Stavroguin, al franquear la cancela.

Solo había lluvia y oscuridad, igual que antes.

Capítulo II. La noche (continuación)

I

Recorrió toda la calle Bogoiavlénskaia, hasta que, finalmente, empezó a descender, resbalando en el barro; de repente, se abrió ante él el río, ancho y brumoso, como una extensión vacía. Las casas iban dejando paso a los tugurios y la calle se perdía en un laberinto de callejas desiguales. Nikolái Vsévolodovich tardó un rato largo en abrirse paso entre las cercas, sin alejarse de la orilla, pero siempre acababa encontrando su camino con seguridad, casi sin reparar en lo que estaba haciendo. Tenía el pensamiento ocupado en algo bien distinto, hasta que de pronto, saliendo de su profunda obnubilación, descubrió sorprendido que se encontraba casi en mitad del largo y húmedo pontón. No se veía un alma, de ahí su extrañeza al oír de súbito, muy cerca de él, una voz amablemente familiar, bastante agradable, con ese acento rítmico y dulce que impostan nuestros refinados comerciantes y los jóvenes dependientes de pelo ensortijado de la galería comercial.

—¿Sería tan amable, caballero, de compartir conmigo su paraguas?

En efecto, una figura se deslizó bajo su paraguas, o al menos trató de aparentarlo. Un vagabundo caminaba ahora a su lado, marchaban casi «codo con codo», como dicen los soldados. Nikolái Vsévolodovich aflojó el paso y se inclinó para ver quién era, en la medida en que la oscuridad se lo permitía: era un hombre más bien bajo, con pinta de menestral que ha salido de parranda; vestía ropa ligera y raída; una gorra de tela empapada, con la visera medio arrancada, le colgaba sobre la crespa pelambrera. Era, al parecer, un tipo moreno fornido, enjuto y con la tez tostada; tenía los ojos grandes, y seguramente negros, con un brillo intenso y un matiz amarillo en ellos, como los gitanos; hasta en la oscuridad se adivinaba. Tendría unos cuarenta años, y no estaba bebido.

—¿Me conoces? —preguntó Nikolái Vsévolodovich.

—El señor Stavroguin, Nikolái Vsévolodovich; hace un par de domingos, en la estación, cuando se detuvo el tren, alguien me indicó quién era. Aparte de eso, ya había oído hablar antes de usted.

—¿A Piotr Stepánovich? Tú… ¿tú eres Fedka el Presidiario?

—Fiódor Fiódorovich me pusieron en el bautismo; mi buena madre aún vive en este vecindario, señor; la pobre anciana se va encorvando con cada día que pasa; a todas horas le pide a Dios por mí, y de ese modo no malgasta al lado de la

estufa el poco tiempo que le queda por vivir.

—¿Te has fugado del penal?

—Mi suerte cambió. Tuve que olvidarme de los libros, las campanas y de todos los asuntos de la iglesia, porque me condenaron de por vida, señor, así que la espera habría sido muy larga para cumplir mi condena.

—Y ¿qué haces aquí?

—Mato el tiempo como puedo. La semana pasada murió un tío mío en la cárcel de aquí; lo habían encerrado por falsificador; así que yo, para celebrar sus exequias, he tirado un par de docenas de piedras a los perros; a eso me he dedicado últimamente. Aparte de eso, Piotr Stepánovich me tiene prometido un pasaporte, como esos de los comerciantes, para viajar por toda Rusia; así que aquí estoy, esperando su favor. «Porque —dice él— fue mi padre quien te perdió en su día, jugando a las cartas en el club inglés, y a mí me parece —dice él— que eso es injusto e inhumano». Y usted, señor, ¿no tendría usted la inmensa bondad de darme tres rublos para tomarme un té calentito?

—Total, que has estado esperándome aquí; eso no me hace gracia. ¿Quién te lo ha mandado?

—Mandarme, no me lo ha mandado nadie; sencillamente sabía de su benevolencia, eso lo sabe todo el mundo. Nosotros, no hace falta que le diga, estamos siempre a la cuarta pregunta. El viernes pasado me atiborré de empanada, me puse las botas, pero a partir de entonces un día no comí, el segundo ayuné y el tercero volví a quedarme sin comer. Agua en el río hay para aburrir, pero, como siga así, voy a criar ranas en la tripa… En fin, ¿no sería el señor tan generoso de darme alguna cosilla? Tengo a una comadre esperándome aquí cerca, pero sin unos rublos no puedo ni asomarme por su casa.

—¿Qué fue lo que Piotr Stepánovich te prometió de mí?

—No es que me prometiera nada, señor, pero sí me dijo, en pocas palabras, que bien podía ocurrir que le fuera útil al señor si se presentaba la ocasión; ahora, concretamente en qué, eso no me lo explicó, porque Piotr Stepánovich, a lo que se ve, quiere asegurarse de que tengo la paciencia de un cosaco, y no se fía de mí ni un pelo.

—Y eso ¿por qué?

—Piotr Stepánych es un *astrólomo* y se conoce todos esos planetas de Dios, pero él también tiene mucho que criticar. Y aquí estoy, delante de usted, señor, como estaría delante del Dios verdadero, porque he oído hablar mucho de usted.

Una cosa es Piotr Stepánovich, y seguro que otra cosa distinta es usted, señor. Él, cuando dice de alguien que es un canalla, sabe que esa persona es un canalla y sanseacabó. Si dice que es un necio, aparte de que es un necio no le interesa nada de él. Pero yo a lo mejor soy un necio los martes y los miércoles, y luego llega el jueves y resulta que soy más listo que él. Lo que él sabe de mí es que estoy que no me llega la camisa al cuerpo esperando ese pasaporte, porque en Rusia no hay nada que hacer sin documentos, y por eso se piensa que me tiene cogido por el alma. Piotr Stepánovich, se lo digo yo, señor, lo tiene muy fácil en este mundo, porque, una vez que se hace una idea de cómo es alguien, ya no se apea de esa idea. Aparte de eso, es la persona más agarrada del mundo. Estaba convencido de que sin su permiso no iba a atreverme a importunarle, señor, pero aquí estoy ante usted como ante el Dios verdadero… Llevo ya tres noches esperándole en este puente, para que vea que puedo arreglármelas tranquilamente, sin necesidad de contar con él. Digo yo que siempre será mejor inclinarse ante una bota que ante una alpargata.

—Y a ti ¿quién te dijo que iba a pasar de noche por este puente?

—Pues eso, la verdad, fue por casualidad, más que nada por una estupidez del capitán Lebiadkin, que es incapaz de tener la boca cerrada… De modo que, si el señor es tan amable, esos tres rublos vendrían a pagar estos tres días y estas tres noches de aburrimiento. Y, en cuanto a la ropa empapada, me duele en el alma, pero mejor me callo.

—Yo voy por la izquierda, tú por la derecha; y aquí termina el puente. Escúchame, Fiódor, no me gusta tener que repetir las cosas: no voy a darte ni un kopek, y en lo sucesivo no quiero que me salgas al encuentro, ni en el puente ni en ninguna otra parte; no te necesito ni te voy a necesitar y, si no me haces caso, te llevo atado a la policía. ¡Largo!

—Pues sí que… Al menos deme algo por la compañía, le he alegrado el camino.

—¡Andando!

—Pero ¿conoce bien el camino, señor? Esto está lleno de callejuelas… Yo puedo guiarlo, porque esta parte de la ciudad es un lío de mil pares de demonios.

—¡Que te llevo atado! —se volvió hacia él, amenazante, Nikolái Vsévolodovich.

—Piénseselo mejor, señor; es muy fácil maltratar a un pobre infeliz.

—Pues ¡se te ve muy seguro de ti mismo!

—No, yo estoy seguro de usted, señor; de mí mismo, no estoy tan seguro.

—¡Ya te he dicho que no te necesito!

—Pero yo a usted sí que le necesito, eso es lo malo. Le esperaré a la vuelta, no hay más remedio.

—Te doy mi palabra de honor: como te vuelva a ver, te llevo atado.

—Pues le tendré preparado un cinturón, señor. Buen viaje, capitán; ha dado calor a un pobre huérfano bajo su paraguas, ya solo por eso le estaré agradecido hasta la tumba.

Se quedó atrás. Nikolái Vsévolodovich llegó preocupado a su destino. Aquel hombre caído del cielo estaba convencido de que era imprescindible, y no había tardado en decírselo con todo descaro. La gente, en general, no estaba tratándolo con mucha delicadeza. Pero también era posible que aquel vagabundo no hubiera faltado a la verdad y estuviera ofreciéndole sus servicios por su cuenta y riesgo, sin que se enterase Piotr Stepánovich. Y eso sí que sería curioso.

II

La casa a la que llegó Nikolái Vsévolodovich estaba situada en una callejuela desierta, entre cercados, más allá de los cuales se extendían los huertos hasta, literalmente, el borde mismo de la ciudad. Era una pequeña casa de madera, completamente aislada, de construcción reciente, a la que le faltaban todavía algunas tablas del revestimiento. En una de las ventanas habían dejado deliberadamente los postigos sin echar y había una vela en el alféizar, con el propósito evidente de orientar al visitante tardío que esperaban aquella noche. Desde unos treinta pasos de distancia, Nikolái Vsévolodovich distinguió en el porche la silueta de un hombre alto, muy probablemente el dueño de la casa, que, presa de la ansiedad, se había asomado a ver si venía alguien. Se oyó su voz, impaciente y aparentemente tímida:

—¿Es usted, señor? ¿Es usted?

—Sí, soy yo —respondió Nikolái Vsévolodovich, una vez que llegó al porche y cerró el paraguas.

—¡Por fin! —el capitán Lebiadkin, pues era él, empezó a moverse nervioso, pendiente del visitante—. Permita que me ocupe de su paraguas. Está empapado; aquí lo dejo abierto, en este rincón. Pase, pase, señor, se lo ruego.

La puerta, que desde el zaguán daba acceso a un cuarto alumbrado con dos

velas, estaba abierta de par en par.

—Si no fuera por su promesa de que iba a venir sin falta, ya habría pensado que no venía.

—La una menos cuarto. —Nikolái Vsévolodovich miró el reloj al entrar en la estancia.

—Y con esta lluvia, y una distancia tan considerable… No tengo reloj, y desde la ventana no se ven más que huertos, así que uno… vive ajeno a todo… Pero no me quejo; no, no, no soy yo quién; es esta impaciencia que me lleva consumiendo toda la semana… ansioso como estoy de que todo quede… resuelto.

—¿Cómo?

—Necesito saber cuál va a ser mi suerte, Nikolái Vsévolodovich. Por favor, tome asiento.

Se inclinó, señalándole un sitio junto a la mesa, enfrente del diván.

Nikolái Vsévolodovich miró a su alrededor; era un cuarto diminuto, de techo bajo, y solo contaba con los muebles indispensables: unas sillas y un diván de madera, todo a estrenar, sin tapizar y sin cojines, dos mesitas de tilo, una de ellas junto al diván y la otra en un rincón, cubierta con un mantel, en la que habían dispuesto varias cosas y las habían tapado con una servilleta limpísima. Toda la habitación, en realidad, parecía impecable. El capitán Lebiadkin llevaba ya ocho días sin beber; tenía la cara abotargada y como amarillenta, la mirada intranquila, curiosa y visiblemente perpleja: era evidente que no sabía qué tono debía adoptar al hablar y por dónde le convenía tirar.

—Ya lo ve —realizó un gesto circular—, vivo como un Zósima[181]. Sobriedad, soledad y pobreza: el voto de los caballeros antiguos.

—¿Cree usted que los caballeros antiguos hacían esos votos?

—Puede que me equivoque. ¡Ay, qué poca cultura la mía! ¡Todo lo he echado a perder! ¿Querrá creer, Nikolái Vsévolodovich, que es aquí donde he reaccionado por primera vez frente a mis inclinaciones vergonzosas? ¡Ni una copita, ni una gota! Aquí, en este rincón, llevo seis días sintiendo cómo se fortalece la conciencia. Hasta las paredes huelen a resina y me hacen pensar en la naturaleza. ¿Qué clase de hombre he sido yo? ¿Qué he hecho con mi vida?

De noche sin un cobijo,

de día, con la lengua fuera[182]…

»¡Como dijo ese genial poeta! Pero… está usted empapado… ¿No le apetece un poco de té?

—No se preocupe.

—El samovar estuvo hirviendo desde las ocho, pero… se apagó… como todo en este mundo. Dicen que hasta el sol se apagará en su momento… Pero, si es preciso, hago que se lo enciendan. Agafia no está dormida.

—Dígame, Maria Timoféievna…

—Está aquí, está aquí —confirmó de inmediato Lebiadkin, en un susurro—. ¿Quiere echar un vistazo? —Señaló una puerta cerrada que daba a otra habitación.

—¿No está durmiendo?

—Oh, no, no, ¿cómo podría? Al contrario, lleva esperándole desde esta tarde y, en cuanto supo que iba a venir, se puso a arreglarse. —Lebiadkin empezó a torcer la boca en una sonrisa burlona, pero inmediatamente se reprimió.

—¿Cómo se encuentra en general? —preguntó Nikolái Vsévolodovich, frunciendo el ceño.

—¿En general? Pues ya sabe —se encogió de hombros, en un gesto de lástima—, pero ahora… ahora mismo está echando las cartas…

—Muy bien, vamos a dejarlo para luego; primero hay que ocuparse de lo suyo.

Nikolái Vsévolodovich se sentó en una silla.

El capitán ya no se atrevió a sentarse en el diván, sino que rápidamente se acercó otra silla y se dispuso a escuchar, con trémula expectación.

—¿Qué es eso que hay en ese rincón, tapado con la servilleta? —dijo Nikolái Vsévolodovich, cayendo de pronto en la cuenta.

—¿Eso, señor? —Lebiadkin también se volvió—. Eso también es parte de su generosidad, para celebrar, por así decir, la inauguración de este nuevo hogar, y en consideración al largo camino recorrido y a su lógico cansancio. —Y soltó una risita cómplice, tras lo cual se puso de pie y se acercó de puntillas a la mesa del rincón, levantando con mucho cuidado, ceremoniosamente, la servilleta. Debajo apareció un surtido de entremeses: jamón, ternera, sardinas, queso, una pequeña licorera verde y una botella alta de burdeos; todo muy pulcro, dispuesto con criterio y casi con refinamiento.

—¿Se ha ocupado usted de todo esto?

—Yo mismo, sí señor. Ya desde ayer, haciendo cuanto estaba en mi mano para honrarle como se merece… Maria Timoféievna, como usted sabe, no se interesa por estas cuestiones. Pero lo importante es que todo se debe a su generosidad, a su contribución, pues es usted el amo de esta casa, no yo; yo solo estoy aquí, digámoslo así, en calidad de administrador suyo, aunque de todos modos, de todos modos, Nikolái Vsévolodovich, ¡de todos modos, en espíritu soy independiente! ¡No me arrancará usted ese último patrimonio! —concluyó en tono patético.

—Hum… Debería volver a sentarse.

—¡Agradecido, muy agradecido, e independiente! —Se sentó—. ¡Ah, Nikolái Vsévolodovich, hay tantas cosas que me bullen por dentro que no sé ni cómo he podido esperarle! Va usted ahora a decidir mi destino y… el de esa infeliz, y entonces… entonces, como ocurría en el pasado, me desahogaré con usted, igual que hace cuatro años. Entonces me hacía usted el honor de escucharme, leía mis versos… Me daba igual que dijeran de mí que era su Falstaff de Shakespeare, ¡significaba usted tanto en mi vida!… Ahora, sin embargo, abrigo tantos temores, y solo de usted espero luz y consejo. ¡Piotr Stepánovich me trata de una manera horrible!

Nikolái Vsévolodovich escuchaba con interés y miraba atentamente al capitán Lebiadkin. Era evidente que, a pesar de que había dejado de beber, estaba aún lejos de haber alcanzado un estado de equilibrio. Los largos años de afición a la bebida acaban siempre manifestándose en forma de incoherencia, confusión, de una suerte de ofuscamiento y demencia, por más que los afectados sean capaces, llegado el caso, de engañar, trampear y embaucar casi tan bien como cualquiera.

—Veo que no ha cambiado usted nada, capitán, en estos cuatro años largos —dijo Nikolái Vsévolodovich, en un tono algo más amable—. Por lo visto, debe de ser cierto eso de que la segunda mitad de la vida de un hombre se compone únicamente, por lo general, de los hábitos adquiridos en la primera mitad.

—¡Sublimes palabras! ¡Resuelve usted el enigma de la vida! —exclamó el capitán, bromeando en parte, pero en parte también con genuino entusiasmo, fruto de su enorme afición a los dichos—. De todas sus frases, Nikolái Vsévolodovich, recuerdo una en particular; la pronunció en San Petersburgo: «Hay que ser realmente un gran hombre para saber oponerse incluso al sentido común». ¡Eso es!

—Bueno, y también un necio.

—Sí, señor, también un necio; pero usted se ha pasado la vida sembrando agudezas, ¿y ellos? ¡Que Liputin, que Piotr Stepánovich prueben a decir algo

parecido! ¡Oh, con qué crueldad me ha tratado Piotr Stepánovich!…

—¿Y usted, capitán? ¿Cómo se ha comportado usted?

—¡Me he dado a la bebida y, para colmo, he tenido un sinfín de enemigos! Pero ahora todo eso es cosa del pasado, y estoy mudando de piel, como una serpiente. Nikolái Vsévolodovich, ¿sabía usted que estaba redactando mi testamento y que, de hecho, ya lo he redactado?

—Curioso. ¿Qué deja usted y a quién?

—A la patria, a la humanidad y a los estudiantes. Nikolái Vsévolodovich, he leído en los periódicos la biografía de un americano. Dejó su inmensa fortuna a las fábricas y a las ciencias aplicadas, su esqueleto a los estudiantes de una academia de allí, y su piel para hacer un tambor, para que día y noche toquen en él el himno nacional americano. Ay, somos unos pigmeos en comparación con el alto vuelo del pensamiento en los Estados de Norteamérica; Rusia es un capricho de la naturaleza, no del intelecto. Si tratase de legar mi piel para fabricar un tambor, por ejemplo, en el regimiento de infantería de Akmólinsk[183], en el que tuve el honor de empezar mi carrera, para que diariamente se interpretara en él ante todo el regimiento el himno nacional ruso, lo considerarían una manifestación de liberalismo y prohibirían el uso de mi piel… Por eso, me he limitado a los estudiantes. Deseo legar mi esqueleto a una academia, con la condición, eso sí, de que le claven en la frente, por los siglos de los siglos, un rótulo que diga: «Librepensador arrepentido». ¡Sí, señor!

El capitán hablaba con pasión y creía firmemente en la hermosura del testamento americano, pero al mismo tiempo era un pillo, y estaba deseoso de divertir a Nikolái Vsévolodovich, a quien durante mucho tiempo había servido de bufón. Pero Nikolái Vsévolodovich no sonrió siquiera, sino que preguntó en tono suspicaz:

—No me diga que tiene previsto publicar en vida su testamento y recibir un premio por él.

—¿Y qué si así fuera, Nikolái Vsévolodovich? ¿Y qué? —Lebiadkin lo miró con prevención—. Porque ¡hay que ver lo que ha sido mi suerte! Hasta he dejado de escribir versos, y eso que hubo un tiempo en que mis pobres versos le hacían gracia. ¿Se acuerda usted, Nikolái Vsévolodovich, siempre con una botella de por medio? Pero he colgado la pluma. No he escrito más que un poema, como hizo Gógol con *La última novela*[184]. ¿Recuerda cómo proclamó ante Rusia que «le había brotado» del pecho? Pues así he cantado yo mi última canción, y punto.

—¿Cómo se llama el poema?

—*¡Si se rompiera una pierna!*

—¿Cómooo?

Era lo que estaba esperando el capitán. Apreciaba y valoraba sin medida sus propios poemas, pero, debido a cierta doblez taimada de su espíritu, también le gustaba que Nikolái Vsévolodovich siempre se divirtiese con ellos y se riese a carcajadas, a veces hasta desternillarse. De ese modo satisfacía a la vez sus aspiraciones poéticas y su deseo de servir; pero ahora se le había presentado un tercer objetivo, muy particular y harto delicado: al sacar sus poemas a colación, el capitán pretendía justificarse en un aspecto en el que, por alguna razón, se mostraba especialmente aprensivo y se sentía especialmente culpable.

—*Si se rompiera una pierna*, dando un paseo a caballo, se entiende. Es una fantasía, Nikolái Vsévolodovich, un delirio, pero el delirio de un poeta: un día, al encontrarme con una señorita a caballo, me quedé estupefacto y me hice una pregunta vital: ¿qué pasaría entonces? En caso de accidente, me refiero. Está claro: todos los admiradores echarían a correr, todos sus pretendientes huirían en desbandada, si te he visto no me acuerdo; solo el poeta se mantendría fiel, con el corazón destrozado en el pecho. Nikolái Vsévolodovich, hasta un piojo puede enamorarse, ninguna ley lo prohíbe. Sin embargo, aquella persona se sintió ofendida con mi carta y mis versos. Según me han dicho, hasta usted se enfadó, ¿no es verdad? Eso es algo lamentable, no me lo quería creer. ¿Qué daño podía hacer yo a nadie solo con mi imaginación? Aparte de eso, lo juro por mi honor, Liputin no paraba de repetir: «Mándela, mándela; todos tenemos derecho a mandar una carta». Total, que la mandé.

—Al parecer, pedía usted su mano, ¿no es así?

—¡Enemigos, enemigos, enemigos!

—Recite esos versos —le interrumpió Nikolái Vsévolodovich, en tono severo.

—Un delirio, más que nada es un delirio.

No obstante, se enderezó, extendió el brazo y empezó:

De las bellas la más bella

se rompió una pierna ayer,

y redobló su querer

quien ya penaba por ella.

—Suficiente. —Nikolái Vsévolodovich hizo un gesto desdeñoso con la mano.

—Sueño con Píter[185] —cambió rápidamente de tema Lebiadkin, como si nadie hubiera mencionado los versos—, sueño con mi regeneración… ¡Mi benefactor! ¿Puedo contar con que no me va a negar los fondos para el viaje? He estado esperándole toda la semana como al mismísimo sol.

—Lo siento, pero no es posible. Apenas si me quedan recursos; además, ¿para qué iba a darle dinero?

Nikolái Vsévolodovich parecía haberse enfadado repentinamente. Fue enumerando, seca y concisamente, todos los desatinos del capitán: su embriaguez, sus mentiras, el despilfarro del dinero destinado a Maria Timoféievna, haberla sacado del convento, sus cartas insolentes con amenazas de divulgar el secreto, su comportamiento con Daria Pávlovna, etcétera, etcétera. El capitán se revolvía, gesticulaba, trataba de replicar, pero Nikolái Vsévolodovich, una y otra vez, se lo impedía categóricamente.

—Y permítame —observó por último—, no ha dejado usted de escribir acerca de la «deshonra familiar». ¿Qué deshonra hay para usted en que su hermana sea la legítima esposa de un Stavroguin?

—Pero es un matrimonio clandestino, Nikolái Vsévolodovich, un matrimonio clandestino, un secreto fatal. Cada vez que recibo un dinero de usted, enseguida me preguntan: ¿para qué es ese dinero? Yo tengo las manos atadas, y no puedo contestar, y eso redunda en detrimento de mi hermana, en detrimento de la dignidad familiar.

El capitán subió el tono: le encantaba ese tema, en el que tenía depositadas tantas esperanzas. ¡Ay, no podía presentir el golpe que le esperaba! Con calma y precisión, como si estuviera tratando de asuntos ordinarios de la vida cotidiana, Nikolái Vsévolodovich le comunicó que en breve, acaso en un día o dos, tenía intención de hacer público por todas partes su matrimonio, «tanto a la policía como a la sociedad». De esa manera quedaría resuelta por sí sola la cuestión de la dignidad familiar, y con ella la cuestión de los subsidios. El capitán lo miraba con los ojos a cuadros; no estaba entendiendo una palabra; hubo que explicárselo todo.

—Pero si está… mal de la cabeza…

—Tomaré las disposiciones necesarias.

—Y ¿qué va a decir su madre?

—Que diga lo que quiera.

—Entonces, ¿va a llevar usted a su esposa a su casa?

—Posiblemente. En todo caso, eso no es asunto suyo, se mire por donde se mire, y no tiene nada que ver con usted.

—¡Cómo no va a tener que ver! —exclamó el capitán—. Y ¿qué va a ser de mí?

—Bueno, desde luego en mi casa no va a entrar.

—Pero si soy pariente suyo.

—De esa clase de parientes más vale huir. En tal caso, ¿para qué voy a seguir dándole dinero? Juzgue usted mismo.

—Nikolái Vsévolodovich, Nikolái Vsévolodovich, eso no es posible; seguro que se lo piensa usted mejor; ¿o es que quiere usted suicidarse?… ¿Qué va a pensar la gente? ¿Qué van a decir?

—Mucho me importa a mí la gente. Me casé con su hermana cuando me vino en gana, después de una comida bien regada de vino, por una apuesta, y ahora voy a hacerlo público… y ¿si eso me divierte?

Lo dijo con una especial irritación, tanto que Lebiadkin, horrorizado, empezó a creer que estaba hablando en serio.

—Pero yo, yo… ¿qué pasa conmigo? ¡Ahora el que importa soy yo!… ¿Seguro que no está usted bromeando, Nikolái Vsévolodovich?

—No, no estoy bromeando.

—Como quiera, Nikolái Vsévolodovich, pero no le creo… En ese caso, tendré que presentar una demanda contra usted.

—Es usted un redomado idiota, capitán.

—Lo seré, pero ¡es lo único que me queda! —El capitán ya no sabía qué decir—. Antes, cuando ella servía en aquellos cuartuchos, por lo menos nos daban alojamiento, y ahora ¿qué va a pasar si usted me deja tirado?

—Pero si ha dicho que quiere irse a San Petersburgo a cambiar de oficio. Por cierto, ¿es verdad eso que he oído de que pensaba ir a informar a las autoridades, en la esperanza de obtener perdón delatando a otros?

El capitán se quedó mirando boquiabierto, con ojos desorbitados, y no dijo

nada.

—Escuche, capitán —dijo de pronto Stavroguin, con extrema seriedad, inclinándose sobre la mesa. Hasta ese momento había hablado con cierta ambigüedad, hasta el punto de que Lebiadkin, con una dilatada experiencia en el papel de bufón, había abrigado hasta el último momento una sombra de duda: ¿estaba el señor enfadado de veras o solo lo fingía? ¿Tenía de verdad el disparatado propósito de hacer público su matrimonio o estaba bromeando? Ahora, en cambio, el semblante inusitadamente severo de Nikolái Vsévolodovich era tan convincente que incluso un escalofrío recorrió la espalda del capitán—. Escuche y diga la verdad, Lebiadkin: ¿le ha ido con el cuento a las autoridades o todavía no? ¿Ha tenido ocasión de hacer algo realmente? ¿No le habrá mandado usted alguna carta a alguien en una muestra más de estupidez?

—No, señor, no he hecho nada de eso ni… ni lo he pensado —dijo el capitán, mirándolo fijamente.

—Bueno, miente usted al decir que no lo ha pensado. Para algo quería ir a San Petersburgo. Si no ha escrito, ¿no se habrá ido de la lengua con alguien de aquí? Diga la verdad; algo he oído.

—A Liputin, estando borracho. Liputin es un traidor. Yo le abrí mi corazón —dijo en un susurro el pobre capitán.

—El corazón es el corazón, pero no conviene ser tan estúpido. Si tenía una idea, debió de habérsela guardado; hoy en día las personas sensatas tienen la boca cerrada, no están siempre parloteando.

—¡Nikolái Vsévolodovich! —El capitán se puso a temblar—. Pero si usted no ha tomado parte en nada, si yo a usted no…

—No iba a delatar usted a la vaca que le da la leche.

—¡Juzgue usted mismo, Nikolái Vsévolodovich! ¡Juzgue usted mismo! —Y, desesperado, con lágrimas en los ojos, el capitán se apresuró a repasar sus peripecias en aquellos cuatro años. Era una historia de lo más estúpida de un mentecato que se metía en asuntos que ni le iban ni le venían, de cuya trascendencia prácticamente no se daba cuenta hasta el último minuto, por culpa de su afición a la bebida y de su depravación. Contó que había sido en San Petersburgo donde «se había dejado arrastrar por primera vez, solo por amistad, como un verdadero estudiante, a pesar de no ser estudiante», y que, sin saber nada, «sin tener la culpa de nada», había arrojado todo tipo de papeles en las escaleras de las casas, depositándolos por decenas junto a las puertas, al lado de los timbres, los embuzonaba como si fueran periódicos, los llevaba al teatro, los introducía en los sombreros y los deslizaba en los bolsillos. Después empezó a

recibir dinero de esa gente; «a ver, si no, de qué otros recursos disponía». En dos provincias había ido por los distritos repartiendo «toda clase de basura»—. ¡Oh, Nikolái Vsévolodovich! —exclamó—. Lo que más me indignaba era que se trataba de algo abiertamente opuesto a las leyes civiles y, especialmente, a las patrióticas. Un día imprimieron unas hojas con un llamamiento a que la gente saliera armada con bieldos y recordando que quien salía pobre por la mañana podía volver a casa esa misma noche ya rico, ¡imagínese! Era para echarse a temblar, pero yo seguía repartiéndolo. O, de buenas a primeras, cinco o seis líneas dirigidas a toda Rusia, sin pies ni cabeza: «Cerrad cuanto antes las iglesias, acabad con Dios, romped los matrimonios, suprimid el derecho de herencia, armaos de cuchillos», y solo el diablo sabe qué más cosas. Con ese papelito, con esos cinco renglones, estuvieron a punto de cogerme: los oficiales del regimiento me dieron una paliza, pero, Dios les conserve la salud, me soltaron. El año pasado también estuvieron a punto de pillarme cuando le entregué a Korováiev unos billetes falsos de cincuenta rublos hechos en Francia; sí, gracias a Dios que Korováiev se cayó borracho a un estanque y se ahogó justo a tiempo, y no acertaron a dar con mi rastro. Aquí, en casa de Virguinski, proclamé la libertad de la mujer socializada. En junio otra vez estuve repartiendo propaganda en el distrito de… Dicen que van a obligarme una vez más… Piotr Stepánovich, de repente, me ha hecho saber que tengo que obedecer; ya lleva un tiempo amenazándome. ¡Hay que ver cómo me trató el domingo! Nikolái Vsévolodovich, yo soy un esclavo, soy un gusano, pero no soy un dios; en eso me diferencio de Derzhavin[186]. Pero es que estoy sin fondos, ¡estoy sin fondos!

Nikolái Vsévolodovich escuchó todo aquello con curiosidad.

—Muchas de esas cosas no las sabía —dijo—, claro que lo que no le pase a usted… Escuche —añadió, tras una breve reflexión—, si quiere, dígales, ya sabe a quiénes, que Liputin mintió y que usted solo se proponía asustarme con la amenaza de una delación, creyendo que yo también estaba comprometido, para sacarme más dinero de ese modo… ¿Comprende?

—Nikolái Vsévolodovich, amigo mío, ¿es posible que me amenace un gran peligro? Estaba esperándole para preguntárselo.

Nikolái Vsévolodovich sonrió irónicamente.

—A San Petersburgo, desde luego, no le dejarían ir ni aunque le diera yo el dinero para el viaje… Pero ya va siendo hora de pasar a ver a Maria Timoféievna.

Y se levantó del asiento.

—Nikolái Vsévolodovich, ¿y qué va a ser de Maria Timoféievna?

—Pues lo que ya le he dicho.

—Pero ¿hablaba usted en serio?

—¿Sigue sin creérselo?

—¿De verdad me va a dejar tirado como un zapato viejo?

—Ya veremos —Nikolái Vsévolodovich se echó a reír—; con su permiso.

—A lo mejor prefiere que me salga al porche… no vaya a ser que escuche algo sin querer… Son tan pequeñas las habitaciones.

—Es verdad; aguarde en el porche. Coja el paraguas.

—Es su paraguas… ¿Me lo merezco? —preguntó el capitán en tono almibarado.

—Todo el mundo se merece un paraguas.

—Ha definido en una frase el *minimum* de los derechos del hombre…

Pero al momento el capitán ya estaba farfullando algo mecánicamente; se sentía abrumado por las noticias y estaba completamente desnortado. Y, sin embargo, casi de inmediato, en cuanto salió al porche y abrió el paraguas, en su atolondrada cabeza de truhán volvió a surgir la idea, siempre consoladora, de que le estaban mintiendo, de que lo engañaban, y, por tanto, él no tenía nada que temer, pues eran otros los que le tenían miedo a él.

«Si me mienten y me engañan, ¿qué habrá detrás de todo esto? —No se quitaba esa idea de la cabeza; lo del anuncio del matrimonio le parecía un disparate—. Es verdad que con semejante milagrero cualquier cosa es posible, solo vive para hacer daño. Pero ¿y si resulta que él también está asustado después de la afrenta del domingo, como no lo ha estado nunca? Por eso ha venido corriendo a decirme que va a hacer ese anuncio, por miedo a que lo haga yo. ¡Eh, Lebiadkin, no digas cosas raras! ¿Para qué iba a venir así, en plena noche, a escondidas, si lo que busca es publicidad? Y, si tiene miedo, eso quiere decir que lo tiene justamente ahora, justamente en estos últimos días… ¡Cuidado, Lebiadkin, no te líes!…

»Quiere asustarme con Piotr Stepánovich. ¡Ay, ay, qué miedo! ¡Eso sí que me da miedo! Pero ¿por qué me iría de la lengua con Liputin? A saber lo que se traen entre manos esos demonios, yo nunca me he enterado de nada. Ahora andan todos muy revueltos, igual que hace cinco años. Pues sí, ¿a quién iba yo a denunciarlos? "¿No le habrá mandado usted alguna carta a alguien en una muestra más de estupidez?". Hum. Entonces, ¿a lo mejor podría escribir a alguien, aparentando que es una estupidez? ¿No me está dando a entender que haga eso? "Para algo quería ir a San Petersburgo". El muy ladino. ¡Si no ha pasado de ser un

sueño, y ese hombre ya adivina hasta lo que sueño! Es como si me estuviera incitando a hacer ese viaje. Una de dos: o resulta que sí, que tiene miedo, porque ha hecho algo indebido, o… o no tiene ningún miedo, y entonces me está azuzando ¡para que los denuncie a todos! ¡Ay, buena la has hecho, Lebiadkin! ¡Tienes que tener mucho cuidado!…».

Estaba tan absorto en sus pensamientos que se olvidó de escuchar. De todos modos, no le habría resultado sencillo: la puerta era gruesa, de una sola hoja, y estaban hablando en voz baja; apenas llegaban hasta él sonidos confusos. El capitán escupió y volvió a salir, pensativo, a silbar en el porche.

III

La habitación de Maria Timoféievna era el doble de grande que la que ocupaba el capitán, y había en ella la misma clase de muebles toscos. Con todo, enfrente del sofá, en una mesa engalanada con un bonito mantel de flores, ardía una lámpara; una preciosa alfombra cubría enteramente el suelo; una larga cortina verde, que iba de pared a pared, aislaba la cama del resto de la estancia; y había además un mullido sillón, bastante grande, en el que, sin embargo, no solía sentarse Maria Timoféievna. Como en su anterior vivienda, en un rincón colgaba un icono, delante del cual lucía una lamparilla, y encima de la mesa estaban desparramadas sus pertenencias más indispensables: la baraja de cartas, el espejito, el libro de canciones y hasta un panecillo. Además, había un par de libros con ilustraciones en color; uno de ellos era un extracto de un popular libro de viajes, adaptado para uso de adolescentes; el otro, una colección de cuentos edificantes ligeros, en su mayoría de caballeros andantes, pensado como regalo navideño o lectura escolar. También había un álbum con fotografías variadas. Era evidente que, como había anunciado el capitán, Maria Timoféievna esperaba la visita; pero, cuando Nikolái Vsévolodovich entró en su cuarto, dormía recostada en el sofá, con la cabeza reclinada en un cojín de estameña. Sin hacer ruido, el visitante cerró la puerta y, sin moverse, se quedó contemplando a la durmiente.

El capitán había exagerado al afirmar que Maria Timoféievna se estaba arreglando. Llevaba puesto el mismo vestido oscuro que el domingo en casa de Varvara Petrovna. Igual que ese día, tenía los cabellos recogidos en la nuca en un moño diminuto, y el largo y enjuto cuello al descubierto. El chal negro que le había regalado Varvara Petrovna reposaba en el sofá, doblado con esmero. Como en aquella ocasión, Maria Timoféievna estaba burdamente maquillada y pintada. Nikolái Vsévolodovich no llevaba allí de pie ni un minuto cuando ella se despertó de pronto, como si hubiera sentido que alguien la estaba mirando; abrió los ojos y se incorporó rápidamente. Pero al visitante tenía que ocurrirle algo extraño: no se había movido de la puerta, y seguía mirando silenciosa e insistentemente, con ojos fijos y penetrantes, el rostro de la mujer. Acaso se trataba de una mirada excesivamente severa; acaso reflejaba aversión, o incluso una perversa satisfacción

por haberla asustado; a lo mejor no fue más que una sensación que tuvo Maria Timoféievna al despertar de su sueño. El caso es que de pronto, después de unos momentos como de espera, afloró al rostro de la pobre mujer una genuina expresión de terror: se contrajo, convulso, mientras la infeliz levantaba las manos temblorosas y rompía a llorar, exactamente igual que un niño asustado. Un instante más, y se habría puesto a gritar. Pero el visitante reaccionó; en un segundo le cambió la expresión y se acercó a la mesa con una sonrisa de lo más cordial y cariñosa.

—Disculpe, Maria Timoféievna, siento haberla asustado con mi repentina aparición mientras usted dormía —dijo, tendiéndole la mano.

Estas amables palabras surtieron efecto; a Maria Timoféievna se le pasó el susto, a pesar de que aún seguía mirando con aprensión, haciendo un esfuerzo, al parecer, para entender algo. Por fin, una tímida sonrisa se dibujó en sus labios.

—Saludos, príncipe —susurró, mirándolo de una forma algo extraña.

—Se ve que ha tenido un mal sueño… —siguió diciendo Nikolái Vsévolodovich, con una sonrisa aún más cordial y cariñosa.

—Y ¿cómo sabía usted que estaba soñando *con eso*?…

Y de pronto volvió a estremecerse y se echó para atrás, levantando una mano como si quisiera protegerse y disponiéndose de nuevo a llorar.

—Cálmese, ya es suficiente. ¿De qué tiene miedo? ¿Es que no sabe quién soy? —Nikolái Vsévolodovich trataba de hacerla entrar en razón, pero esta vez le costó mucho tiempo; ella lo miraba en silencio, siempre con la misma penosa perplejidad, con una idea angustiosa en su pobre cabeza, que intentaba en vano llegar a alguna conclusión. Tan pronto cerraba los ojos como lo abarcaba en una rápida mirada. Al final, aun sin llegar a calmarse del todo, se decidió.

—Siéntese aquí a mi lado, se lo ruego, para que después pueda mirarle bien —dijo con notable firmeza; no cabía duda de que tenía un nuevo propósito—. Pero por ahora no se preocupe: no voy a mirarle a usted, voy a mirar al suelo. Tampoco me mire usted a mí hasta que se lo pida. Venga, siéntese —añadió con cierta impaciencia.

Estaba claro que un nuevo sentimiento se iba apoderando de ella.

Nikolái Vsévolodovich se sentó y se quedó a la espera; los dos callaron bastante tiempo.

—¡Hum! Todo esto me parece tan raro —murmuró ella de pronto, casi con

repugnancia—; desde luego, he tenido pesadillas; pero ¿por qué habré soñado con usted justo con ese aspecto que tiene ahora?

—Bueno, dejemos de lado los sueños —replicó él con impaciencia, volviéndose hacia Maria Timoféievna, a pesar de la prohibición, y acaso con la misma expresión de antes en sus ojos. Se había dado cuenta varias veces de que ella se moría de ganas de mirarlo, pero había resistido la tentación y no había levantado la vista del suelo.

—Escúcheme, príncipe… —de repente, levantó la voz—; escúcheme, príncipe…

—¿Por qué ha vuelto la cabeza? ¿Por qué no me mira? ¿A qué viene esta comedia? —gritó Nikolái Vsévolodovich, sin poderse resistir.

Pero ella no pareció haberle oído.

—Escúcheme, príncipe —repitió por tercera vez con voz firme, con una expresión en el rostro de preocupación y disgusto—. Hace unos días, cuando me dijo usted en el coche que iba a hacerse público el matrimonio, al principio me asusté al conocer que se terminaba el secreto. Pero ahora ya no sé qué pensar; no he hecho más que darle vueltas y veo con claridad que yo no valgo para eso. Sé engalanarme; recibir visitas, creo que también: no es tan difícil ofrecer una taza de té, sobre todo habiendo criados. Pero ¿qué iba a decir de mí la gente? El mismo domingo por la mañana me fijé en muchas cosas en aquella casa. Aquella señorita tan guapa no hacía más que mirarme, sobre todo cuando usted entró. Porque fue usted quien entró, ¿verdad? La madre de ella no es más que una de esas ridículas señoronas de la alta sociedad. Mi Lebiadkin también dio la nota, y para no echarme a reír me puse a mirar al techo, qué bonito es ese techo pintado. La madre *de él* debería ser abadesa; qué miedo me da, aunque me regaló un chal negro. Seguro que toda esa gente se hizo una idea de mí que no es la más conveniente; yo no me enfado, yo estaba allí sentada, pensando: «¿Qué clase de parentesco tenemos?». Claro, que de una condesa solo se esperan cualidades espirituales, porque para las domésticas ya disponen ellas de todos esos criados; también se le exige cierta coquetería mundana, para recibir como es debido a los visitantes extranjeros. Pero de todos modos el domingo me miraban con desaliento. Menos Dasha, que es un ángel. Mucho me temo que *a él* lo hirieran con algún comentario indiscreto sobre mí.

—No tema, no tiene de qué preocuparse. —Nikolái Vsévolodovich torció el gesto.

—De todos modos, a mí tampoco me importa si él se avergüenza un poco de mí, porque en esto siempre hay más lástima que vergüenza; aunque, naturalmente, eso depende de cada quién. Sabe que yo tendría que sentir más

lástima de ellos que ellos de mí.

—Parece usted muy dolida con ellos, Maria Timoféievna…

—¿Quién? ¿Yo? —Sonrió con naturalidad—. Qué va, en absoluto. Tuve ocasión de observarles a todos ustedes: estaban todos enfadados, no hacían más que discutir. Se juntan, pero no saben reír de corazón. Tanta riqueza y tan poca alegría, eso me parece repugnante. Pero, la verdad, no siento lástima de nadie, solo de mí misma.

—He oído que, en mi ausencia, lo pasó usted mal con su hermano.

—¿Quién se lo ha dicho? Tonterías; ahora estoy mucho peor; tengo pesadillas, y he empezado a tenerlas después de su venida. Y usted, me gustaría preguntarle, ¿a qué ha venido? Dígamelo, por favor.

—¿No le gustaría volver al convento?

—¡Tenía el presentimiento de que iban a querer llevarme otra vez al convento! ¡Valiente maravilla es ese convento suyo! Además, ¿para qué quiero ir? ¿Qué se me ha perdido allí? ¡Ahora estoy sola en el mundo! Ya es muy tarde para empezar una tercera vida.

—Está usted muy enfadada por alguna razón; ¿no será que tiene miedo de que deje de quererla?

—Usted no me preocupa en absoluto. Lo que sí temo es que yo deje de querer a alguien. —Sonrió con desdén—. Tengo que haberle hecho *a él* algo muy malo —añadió de pronto, como para sí—; pero no sé qué puede ser, y eso va a hacerme sufrir toda la vida. Siempre, siempre, día y noche, en estos cinco años, he temido haberle hecho algo malo. No he parado de rezar, pensando continuamente en el tremendo mal que le habría hecho. Y ahora resulta que es verdad.

—Y ¿qué es lo que ha pasado?

—Lo único que temo es que también haya algo de *su* parte —prosiguió, sin responder a su pregunta, sin haberla oído siquiera—. De todas maneras, ¿cómo habrá podido juntarse con esa gentuza? La condesa me habría fulminado de buena gana, por más que me invitara a subir a su coche. Todos están confabulados, ¿lo estará también él? ¿Será posible que me haya traicionado? —Los labios y la barbilla le temblaban—. Escuche: ¿no ha leído la historia de Grishka Otrépiev[187], que fue maldito en siete catedrales?

Nikolái Vsévolodovich no contestó.

—Bueno, ahora voy a darme la vuelta y le voy a mirar —de pronto, ella pareció decidirse—; vuélvase también usted hacia mí y míreme, pero con más atención. Quiero asegurarme por última vez.

—Llevo ya un buen rato mirándola.

—Hum… —dijo Maria Timoféievna, fijándose muy bien en él—, ha engordado mucho…

Quiso decir algo más, pero súbitamente, por tercera vez ya, la misma expresión de terror de antes alteró su semblante, y volvió a echarse hacia atrás, protegiéndose con la mano.

—Pero ¿qué le ocurre? —exclamó Nikolái Vsévolodovich, a punto de estallar.

El pánico, no obstante, apenas duró un instante, y el rostro de Maria Timoféievna se contrajo en una extraña sonrisa, suspicaz y desagradable.

—Le ruego, príncipe, que se levante y entre —dijo de pronto con voz firme y resuelta.

—¿Que *entre*? ¿Adónde quiere que entre?

—Durante cinco años no he hecho otra cosa que imaginar cómo entraría *él*. Levántese ahora mismo y pase por esa puerta a la habitación de al lado. Yo estoy aquí sentada, como si no esperase a nadie, con un libro en las manos, y de repente entra después de cinco años viajando por ahí. Quiero ver cómo sería.

A Nikolái Vsévolodovich le rechinaron los dientes y farfulló unas palabras inteligibles.

—Ya es suficiente —dijo, dando una palmada en la mesa—. Le pido que me escuche, Maria Timoféievna. Hágame el favor de prestarme toda su atención, si es posible. ¡No está usted tan loca, al fin y al cabo! —exclamó con impaciencia—. Mañana voy a hacer público nuestro matrimonio. Usted nunca va a vivir en un palacio, quítese esa idea de la cabeza. ¿Quiere vivir conmigo toda la vida, aunque sea muy lejos de aquí? Sería en las montañas, en Suiza, allí hay un sitio… Descuide, no pienso abandonarla nunca ni voy a meterla en un manicomio. Tengo suficiente dinero para que podamos vivir sin tener que pedir ayuda a nadie. Dispondrá usted de una criada, no tendrá que trabajar en nada. No le faltará de nada, en la medida de lo posible. Podrá usted rezar, ir a donde quiera y hacer lo que le venga en gana. Yo no la voy a molestar. Tampoco me moveré nunca de allí. Si no quiere, no hablaré nunca con usted, pero, si lo prefiere, podrá contarme usted sus historias todas las tardes, como hacía en aquellos cuartuchos en San

Petersburgo. También puedo leerle libros, si así lo desea. Pero, eso sí, ha de ser siempre en el mismo sitio, toda la vida, y es un sitio muy triste. ¿Quiere? ¿Estaría dispuesta? ¿No se arrepentirá después, y me hará la vida imposible con sus lágrimas y sus maldiciones?

Ella le escuchaba con enorme interés, y estuvo mucho tiempo en silencio, pensativa.

—Todo eso me parece increíble —dijo por fin, en tono burlón y como con cierto reparo—. A lo mejor vivía cuarenta años en esas montañas… —Se echó a reír.

—¿Qué más da? Pues viviremos allí cuarenta años. —Nikolái Vsévolodovich frunció el entrecejo.

—Hum. No iría a ese sitio por nada del mundo.

—¿Ni siquiera conmigo?

—Y ¿quién se cree que es para que vaya con usted? Cuarenta años a su lado en una montaña: se dice pronto. ¡Con lo paciente que es la gente ahora! No, no es posible que el halcón se haya vuelto un búho. ¡Mi príncipe no es así! —Levantó la cabeza, orgullosa y triunfante.

De pronto, Nikolái Vsévolodovich pareció caer en la cuenta de algo.

—¿Por qué me llama príncipe? Y… ¿por quién me toma? —preguntó de inmediato.

—¿Cómo? ¿No es usted príncipe acaso?

—Jamás lo he sido.

—Y ¡ahora va usted y me dice a la cara que no es príncipe!

—Le digo que nunca lo he sido.

—¡Ay, Señor! —Juntó las manos, asombrada—. Podía esperarme cualquier cosa de *sus* enemigos, pero semejante insolencia… ¡en la vida! ¿Está vivo? —gritó fuera de sí, acercándose a Nikolái Vsévolodovich—. ¿Lo has matado? ¡Confiesa!

—¿Por quién me estás tomando? —Él se levantó de un salto, con el rostro desencajado. Pero ya no era fácil asustarla. Decía exultante:

—¡A saber quién eres y de dónde has salido! ¡Solo mi corazón, en estos cinco

años, solo mi corazón presentía ya toda la intriga! Y yo aquí sentada, preguntándome con estupor qué clase de lechuza ciega me había venido a ver. No, querido; eres un mal actor, peor aún que Lebiadkin. Preséntale mis respetos a la condesa y dile que mande a otro mejor que tú. Dime: ¿te ha contratado? ¿Te ha dado trabajo en la cocina por pura compasión? A mí no me engañáis, ¡os tengo muy calados a todos!

Nikolái Vsévolodovich la agarró con fuerza, por encima del codo, pero ella le dijo, riéndosele a la cara:

—¡Hay que ver cómo os parecéis! ¡Si hasta puede que seáis parientes! ¡Qué gente más taimada! Pero mi hombre es un halcón y un príncipe, y ¡tú eres un mochuelo y un mercachifle! Mi hombre, si quiere, se inclina ante Dios, y si no quiere no se inclina, mientras que a ti Shátushka, ¡mi Shátushka, tan bueno, tan simpático!, te dio un bofetón. Me lo contó mi Lebiadkin. Y tú, ¿de qué tenías tanto miedo entonces, cuando entraste allí? ¿Quién te había asustado? Cuando vi aquella cara tuya tan ruin, en el momento en que yo me fui a caer y tú me sujetaste, sentí como un gusano horadándome el corazón: ¡no es *él*, pensé, no es *él*! ¡Mi halcón nunca se habría avergonzado de mí delante de una señorita de buena familia! ¡Ay, Señor! ¡Con lo feliz que he sido yo estos cinco años, pensando que mi halcón andaba por ahí, más allá de las montañas, viviendo y volando y mirando al sol!… Dime, impostor, ¿cuánto has sacado? ¿Has pedido mucho dinero para hacer tu trabajo? Yo no te habría dado nada. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

—¡Bah, idiota! —dijo entre dientes Nikolái Vsévolodovich, sujetándola del brazo con más fuerza aún.

—¡Largo, impostor! —gritó ella en tono imperioso—. ¡Soy la esposa de mi príncipe, y no me asusta tu cuchillo!

—¿Mi cuchillo?

—¡Sí, tu cuchillo! Llevas uno en el bolsillo. Te creías que estaba dormida, pero te he visto: ¡antes, al entrar en el cuarto, lo has sacado!

—¡Qué dices, infeliz! ¡A saber qué estarías soñando! —gritó él, y se la quitó de encima de un empujón tan fuerte que ella incluso se lastimó los hombros y la cabeza al golpearse contra el sofá. Nikolái Vsévolodovich echó a correr, pero Maria Timoféievna salió de inmediato tras él, cojeando y dando saltitos, y ya desde el porche, a pesar de que un aterrorizado Lebiadkin la sujetó con todas sus fuerzas, aún alcanzó a gritar, entre chillidos y risotadas, a la oscuridad:

—¡Grishka Ot-ré-piev, a-na-te-ma!

IV

«¡Un cuchillo, un cuchillo!», iba repitiendo con furia irreprimible Nikolái Vsévolodovich, caminando a grandes zancadas por el barro y los charcos, sin distinguir el camino. Es cierto que por momentos le entraban unas ganas locas de echarse a reír, a carcajada limpia, con rabia; pero por alguna razón se contenía y se aguantaba la risa. Solo reaccionó al llegar al puente, en el sitio preciso donde, unas horas antes, se había encontrado con Fedka; el mismo Fedka lo estaba esperando en esos momentos; al verlo, se quitó la gorra, sonrió enseñando los dientes y empezó enseguida a parlotear, animado y alegre. Al principio, Nikolái Vsévolodovich pasó de largo y durante un tiempo se negó a escuchar al vagabundo, que iba pisándole los talones. De pronto cayó en la cuenta de que se había olvidado de él por completo, y se había olvidado precisamente cuando marchaba repitiéndose una y otra vez, para sus adentros: «Un cuchillo, un cuchillo». Cogió al vagabundo del cuello y, con toda la rabia acumulada, lo empujó con todas sus fuerzas contra el puente. Por un instante Fedka quiso encararse con él, pero enseguida comprendió que, al lado de su rival, que además lo había pillado desprevenido, no era más que una brizna de paja, de modo que se rindió y se quedó callado, sin oponer resistencia. De rodillas, aplastado contra el suelo, con los codos retorcidos a la espalda, el astuto vagabundo esperaba tranquilamente el desenlace, aparentemente sin sentirse en peligro.

No se equivocaba. Nikolái Vsévolodovich se había quitado con la mano izquierda su bufanda de lana, para atar de manos a su prisionero, pero de pronto, por alguna razón, lo alejó de un empujón. Fedka, al instante, se incoporó de un salto, se dio la vuelta, y un corto y ancho cuchillo de zapatero, salido de no sé sabe dónde, brilló en su mano.

—¡Aparta ese cuchillo, guárdalo, guárdalo ahora mismo! —*ordenó* con un gesto impaciente Nikolái Vsévolodovich, y el cuchillo desapareció tan súbitamente como había aparecido.

Nikolái Vsévolodovich, otra vez en silencio y sin volver la vista, siguió su camino; pero el tenaz malhechor no renunciaba a seguirlo, si bien es cierto que ya no se mostraba tan locuaz y que incluso guardaba una respetuosa distancia, marchando un paso por detrás. De ese modo los dos recorrieron el puente y alcanzaron la orilla, pero en esta ocasión torcieron a la izquierda, de nuevo por una calleja larga y solitaria por la que se llegaba antes al centro de la ciudad que por la calle Bogoiavlénskaia.

—¿Es cierto eso que dicen de que hace unos días robaste en una iglesia de por aquí? —preguntó de repente Nikolái Vsévolodovich.

—La verdad, señor, es que al principio entré con intención de rezar —

contestó el vagabundo, pausada y respetuosamente, como si no hubiera pasado nada; no solo pausadamente, sino hasta con dignidad. No quedaba ni sombra de la familiaridad «amistosa» de unas horas antes. El que hablaba era un hombre concienzudo y serio, un hombre que, en verdad, había sido agraviado sin motivo pero que sabía olvidar los agravios—. Pero, una vez que el Señor me guió hasta allí —prosiguió—, pensé: ¡el paraíso celestial! Aquello me ocurrió por mi desamparo, porque los pobres desgraciados no podemos salir adelante sin ayuda. Y Dios es testigo de que salí perdiendo; el Señor me castigó por mis pecados: por el incensario, el tocho de la Biblia y la lomera del diácono[188] apenas he sacado un total de doce rublos. Por la gola del icono de san Nicolás, de plata de ley, una miseria: decían que era de similor.

—¿Degollaste al guarda?

—Verá, señor, el caso es que el guarda y yo hicimos juntos la limpieza, pero luego, ya por la mañana, a la orilla del río, nos enzarzamos en una pelea a ver quién tenía que cargar con el saco. Pequé, le aligeré su carga.

—Volverás a matar, volverás a robar.

—Eso mismo, señor, con las mismas palabras, me aconseja Piotr Stepánovich, que es muy tacaño y duro de entrañas a la hora de ayudar al prójimo. Además, en el Dios de los cielos, que nos creó a todos del barro de la tierra, no cree ni un tanto así, y dice que todo lo ha hecho la misma naturaleza, hasta el último animal, según parece. Y aparte de eso no se da cuenta de que los pobres desgraciados sin ayuda de un alma generosa estamos perdidos. Cuando uno intenta hacérselo ver, mira con cara de pasmo; qué hombre más raro. Pues ya no digamos el capitán Lebiadkin, al que acaba de ir a ver. ¿Querrá creer, señor, que cuando todavía vivía donde Filíppov, antes de que regresara usted, algunas noches se dejaba la puerta abierta de par en par, mientras dormía borracho como una cuba, y se le salía el dinero de los bolsillos? Yo mismo pude verlo con mis propios ojos; si es que los pobres infelices, como no nos eche alguien una mano, señor, es que no hay manera…

—¿Cómo que con tus propios ojos? ¿Es que entrabas en su casa de noche?

—Puede ser, pero nadie lo sabe.

—Y ¿por qué no lo mataste?

—Me hice mis cuentas y me refrené. Porque, sabiendo de fijo que en cualquier momento podía echar el guante a ciento cincuenta rublos, ¿para qué tomarme la molestia si podía conseguir mil quinientos solo con esperar un poco? Porque el capitán Lebiadkin, y eso lo he oído con estas orejas, siempre esperaba mucho de usted cada vez que empinaba el codo, y no hay taberna por aquí, por

cochambrosa que sea, donde no lo haya aireado, cuando se encontraba en ese estado. Por eso, habiéndolo oído de tantos labios, también yo empecé a depositar mis esperanzas en vuestra excelencia. Se lo digo, señor, como se lo diría a un padre o a un hermano, porque lo que es por mí jamás lo llegará a saber Piotr Stepánych, ni él ni un alma humana. En fin, señor, ¿no sería usted tan generoso de darme esos tres rublos de nada? Me sacaría usted de dudas, y podría yo conocer la verdad, porque nosotros, sin ayuda, no vamos a ninguna parte.

Nikolái Vsévolodovich rompió a reír a carcajadas y, sacándose el monedero del bolsillo, en el que tenía hasta cincuenta rublos en billetes pequeños, le largó uno de un fajo, y después un segundo, un tercero y un cuarto. Fedka los iba atrapando en el aire, lanzándose a recoger los que caían en el barro, y gritaba: «¡Eh, eh!». Nikolái Vsévolodovich le arrojó al final el fajo entero y, sin parar de reírse, tiró por la calleja, ahora ya solo. El vagabundo se quedó rebuscando, arrastrándose de rodillas por el barro, los billetes que se habían volado o que habían podido hundirse en algún charco, y una hora más tarde sus gritos intermitentes —«¡eh, eh!»— aún resonaban en la oscuridad.

Capítulo III. El duelo

I

Al día siguiente, a las dos de la tarde, se celebró el duelo, tal y como se había acordado. El rápido desenlace del asunto fue posible gracias al ferviente deseo de Artemi Pávlovich Gagánov de combatir a cualquier precio. No entendía la conducta de su adversario, y estaba furioso. Llevaba un mes insultándolo impunemente y no lograba que perdiera la paciencia. El reto debía partir necesariamente de Nikolái Vsévolodovich, porque el propio Gagánov no tenía ningún pretexto para desafiarlo. Por alguna razón, le daba vergüenza reconocer que su motivo secreto no era otro que su odio enfermizo a Stavroguin por la afrenta a su familia cuatro años atrás. Él mismo era consciente de que no era excusa suficiente, en vista, especialmente, de las humildes disculpas que había ofrecido Nikolái Vsévolodovich, en dos ocasiones ya. Había llegado a la conclusión de que era un cobarde y un desvergonzado; era incapaz de comprender cómo había podido soportar la bofetada de Shátov. Total, que por fin se animó a enviarle aquella carta de una grosería tan fuera de lo común que Nikolái Vsévolodovich no tuvo más remedio que desafiarlo. Habiendo mandado la víspera la carta, mientras esperaba con impaciencia febril la respuesta, calculó morbosamente sus posibilidades y, dado que tan pronto abrigaba esperanzas como las perdía totalmente, se preparó para cualquier eventualidad, eligiendo ya desde la víspera a un padrino, concretamente a Mavriki Nikoláievich Drozdov, amigo suyo, compañero de escuela y persona que le merecía un enorme respeto. De ese modo, cuando Kiríllov se presentó a la mañana siguiente, a las nueve, a cumplir con su cometido, se encontró el terreno ya abonado. Todas las disculpas y las insólitas concesiones de Nikolái Vsévolodovich fueron rechazadas al punto, con una rotundidad inaudita. Mavriki Nikoláievich, que se había enterado la misma víspera de la marcha de los acontecimientos, se quedó boquiabierto al oír aquellas propuestas tan fuera de lo común, y habría querido abogar por la reconciliación, pero viendo que Artemi Pávlovich, adivinándole la intención, estaba a punto de ponerse a temblar en su asiento, se calló la boca y no dijo nada. De no haber sido porque le había dado su palabra a su camarada, se habría marchado de allí sin dilación; se quedó, no obstante, con la única esperanza de ayudar como mejor pudiera a la resolución del conflicto. Kiríllov presentó el desafío; todas las condiciones del encuentro estipuladas por Stavroguin fueron inmediatamente aceptadas al pie de la letra, sin la menor objeción. Solo se añadió una nueva condición, aunque, eso sí, harto cruel: en caso de que con la primera tanda de disparos no hubieran llegado a nada, dispararían por segunda vez; si esta segunda tanda acababa igualmente en nada, se procedería a una tercera. Kiríllov torció el gesto, y trató de oponerse a esa tercera tanda, pero, al no conseguir nada, accedió con la condición de que podría haber «hasta tres disparos, pero en ningún caso

cuatro». Así se decidió. De ese modo, se fijó el encuentro a las dos de la tarde en Brykovo, o sea, un bosquecillo de las afueras, ubicado entre Skvoréshniki y la fábrica de los Shpigulin. Había cesado del todo la lluvia de la víspera, pero el ambiente era húmedo, ventoso y desapacible. Retazos de nubes bajas y oscuras cruzaban velozmente el cielo frío; las copas de los árboles gemían con un sonido profundo y monótono y las raíces crujían; era una mañana muy triste.

Gagánov y Mavriki Nikoláievich se presentaron en el lugar acordado en un elegante charabán tirado por dos caballos, conducido por Artemi Pávlovich; con ellos venía un criado. Casi a la par hizo su aparición Nikolái Vsévolodovich junto con Kiríllov, pero no en un coche, sino a caballo, acompañados de un criado que también venía montado. Kiríllov, que nunca había cabalgado, se tenía firme y decidido en la silla, sujetando en la mano derecha el pesado estuche con las pistolas, que no quería confiar al criado, mientras que con la izquierda, por falta de experiencia, tiraba continuamente de las riendas, haciendo que el caballo cabeceara y mostrara su intención de ponerse de manos, cosa que, por otra parte, tampoco asustaba al jinete. El susceptible Gagánov, dispuesto a sentirse profundamente ofendido a las primeras de cambio, consideró la llegada a caballo de sus enemigos como un nuevo insulto, pues demostraba que estaban tan seguros de su éxito que no creían necesario traer un coche por si hiciera falta trasladar al herido. Se apeó de su charabán, amarillo de rabia y sintiendo que le temblaban las manos, cosa que hizo saber a Mavriki Nikoláievich. No devolvió el saludo a Nikolái Vsévolodovich y le dio la espalda. Los padrinos echaron a suertes la elección de las pistolas: salieron las de Kiríllov. Midieron la distancia entre las barreras, situaron a los contendientes e hicieron alejarse trescientos pasos a los sirvientes con los coches y los caballos. Las armas fueron cargadas y entregadas a los adversarios.

Por desgracia, debo acelerar mi relato y no puedo detenerme en descripciones, pero es imprescindible precisar algunas cosas. Mavriki Nikoláievich parecía triste y preocupado. Kiríllov, en cambio, estaba totalmente tranquilo e indiferente, muy concentrado en los detalles de la obligación contraída, pero sin ningún nerviosismo y sin sentir apenas curiosidad por el fatal y ya inminente desenlace del caso. Nikolái Vsévolodovich estaba más pálido que de costumbre, vestido con ropas bastante ligeras, con un abrigo y un mullido sombrero blanco. Se le veía muy cansado, fruncía el ceño de vez en cuando y no consideraba necesario disimular su mal humor. Pero el que llamaba más la atención en aquellos momentos era Artemi Pávlovich, así que es imposible dejar de decir algunas palabras sobre él en particular.

II

Aún no hemos tenido ocasión de describir su apariencia. Era un hombre alto, blanco de tez, bien alimentado, como dice la gente del pueblo, más bien grueso, con cabellos ralos y muy rubios; tenía unos treinta años y sus rasgos,

podría decirse, eran bastante agradables. Se había retirado con el grado de coronel y, de haber seguido en activo hasta llegar a general, su aspecto habría sido aún más imponente y posiblemente habría resultado un buen general en la batalla.

No se puede omitir, para caracterizar al personaje, que la causa principal de su retiro había sido la idea de la deshonra de su familia, idea que llevaba mucho tiempo atormentándolo, desde la afrenta sufrida por su padre a manos de Nikolái Stavroguin hacía cuatro años en el club. Creía en conciencia que era un deshonor seguir en el servicio y estaba convencido en su fuero interno de que, si lo hacía, mancharía el buen nombre del regimiento y de sus camaradas, a pesar de que ninguno de ellos estaba al corriente de lo ocurrido. Lo cierto es que ya en una ocasión había deseado abandonar el servicio, mucho antes de la afrenta y por una razón muy distinta, pero hasta ese momento no había acabado de decidirse. Por extraño que parezca, aquella primera razón o, más bien, impulso para solicitar el retiro había sido el Manifiesto del 19 de febrero, relativo a la liberación de los campesinos. Artemi Pávlovich, el más opulento terrateniente de nuestra provincia, que no perdía demasiado a raíz de ese manifiesto y que, por añadidura, era capaz de apreciar la humanidad de la medida y casi de comprender las ventajas económicas de la reforma, se sintió de pronto, desde la proclamación del manifiesto, algo así como personalmente ofendido. Se trataba de algo inconsciente, una especie de sensación, pero que era tanto más fuerte cuanto más irracional. En todo caso, no se animó a dar el paso decisivo hasta el fallecimiento de su padre; pero en San Petersburgo empezó a ser conocido por el carácter «nobiliario» de sus ideas entre muchas personas notables con las que mantenía un asiduo contacto. Era un individuo introvertido, encerrado en sí mismo. Otro rasgo suyo era que pertenecía a ese extraño sector de la nobleza, que todavía pervive en Rusia, que valora sobremanera la antigüedad y la pureza de sus raíces nobiliarias y que se interesa muy seriamente por esas cuestiones. Pero, al mismo tiempo, no podía soportar la historia de Rusia, y todas las costumbres rusas en general le parecían inmundas. Ya en su infancia, en aquel colegio militar destinado a los vástagos de familias especialmente distinguidas y acaudaladas en el que tuvo el honor de formarse de principio a fin, arraigaron en él determinadas concepciones románticas: le gustaban los castillos, la vida medieval, toda su faceta operística y caballeresca; casi lloraba de vergüenza al pensar que en tiempos del Zarato de Moscú el zar podía infligir castigos corporales a los boyardos rusos, y se sonrojaba viendo el contraste con el presente. Este hombre estirado y extraordinariamente severo, que conocía a la perfección todo lo relativo al servicio y cumplía sus obligaciones, era en el fondo de su alma un soñador. Se decía que nada le habría impedido intervenir en las reuniones y que tenía dotes de orador; no obstante, a sus treinta y tres años nunca había abierto la boca y todo se lo guardaba para sí. Incluso en aquel notable círculo de San Petersburgo al que solía acudir en los últimos tiempos se conducía con una increíble altivez. Al encontrarse en la capital con Nikolái Vsévolodovich, recién llegado éste del extranjero, le faltó poco para perder la cabeza. En aquellos momentos, parado junto a la barrera, se encontraba en un estado terrible de inquietud. Seguía teniendo el pálpito de que al final el

duelo no se iba a celebrar y el menor retraso lo hacía temblar. Una impresión penosa se reflejó en su rostro cuando Kiríllov, en lugar de anunciar el comienzo de la lucha, empezó a hablar de pronto, aunque no fuera más que una pura formalidad, como él mismo anunció en voz alta:

—Solo como una formalidad: ahora que tienen ya las pistolas en sus manos y antes de dar la orden, ¿no desean ustedes, por última vez, hacer las paces? Es la obligación del padrino.

No dejó pasar la ocasión Mavriki Nikoláievich, que no había hablado hasta entonces, pero que llevaba desde la víspera sufriendo íntimamente, acusándose de connivencia y contemporización, y aprovechó la sugerencia de Kiríllov para añadir:

—Me sumo sin reservas a las palabras del señor Kiríllov… Esa idea de que no es posible reconciliarse en la barrera es un prejuicio propio de los franceses… Además, y con su permiso, no entiendo dónde está la ofensa, ya hace tiempo que quería decirlo… porque se han ofrecido toda clase de excusas, ¿no es así?

Se puso todo colorado. Pocas veces había hablado tanto y con tanto nerviosismo.

—Reitero una vez más mi propuesta de presentar todas las excusas posibles —se apresuró a decir Nikolái Vsévolodovich.

—Pero ¡será posible! —gritó furioso Gagánov, dirigiéndose a Mavriki Nikoláievich y pataleando de rabia—. Explíquele a este individuo, si es que es usted mi padrino, y no mi enemigo, Mavriki Nikoláievich —señaló a Nikolái Vsévolodovich con la pistola—, que tales concesiones no hacen más que aumentar el agravio. ¡Ni siquiera concibe que pueda sentirse afrentado por mí!… ¡No le parece una vergüenza escaparse de mí en la barrera! ¿Por quién cree usted que me toma, visto lo visto?… Y ¡usted se dice mi padrino! Lo que está haciendo es ponerme nervioso, para que falle el tiro. —Volvió a patalear, echando espuma por la boca.

—Han concluido las negociaciones. ¡Les pido que atiendan a mis órdenes! —gritó Kiríllov con todas sus fuerzas—. ¡Uno! ¡Dos! ¡Tres!

A la de tres, los contendientes empezaron a avanzar el uno hacia el otro. Al instante Gagánov alzó la pistola y al quinto o sexto paso disparó. Se detuvo un segundo y, tras comprobar que había errado el tiro, se acercó rápidamente a la barrera. También avanzó Nikolái Vsévolodovich, levantó la pistola, pero demasiado alto, y disparó casi sin apuntar. A continuación sacó un pañuelo y se vendó el dedo meñique de la mano derecha. Solo entonces cayeron en la cuenta de que Artemi Pávlovich no había fallado por completo, si bien su bala apenas había

rozado la yema del dedo, sin tocar el hueso; se trataba de un rasguño insignificante. Inmediatamente Kiríllov anunció que, a menos que los rivales se dieran por satisfechos, el duelo proseguía.

—Yo declaro —dijo Gagánov con la voz ronca (tenía la garganta reseca), dirigiéndose de nuevo a Mavriki Nikoláievich— que este individuo —volvió a señalar a Stavroguin— ha disparado al aire a propósito… premeditadamente… ¡Es una nueva ofensa! ¡Quiere que el duelo resulte inviable!

—Tengo derecho a disparar como quiera, siempre que respete las reglas —afirmó rotundamente Nikolái Vsévolodovich.

—¡No, no lo tiene! ¡Explíqueselo, explíqueselo! —gritaba Gagánov.

—Yo me sumo enteramente a la opinión de Nikolái Vsévolodovich —declaró Kiríllov.

—Pero ¿por qué no me dispara? —dijo furioso Gagánov, sin escuchar—. Desprecio su clemencia… Le escupo… Yo…

—Le doy mi palabra de que no quería ofenderle —dijo Nikolái Vsévolodovich con impaciencia—; he disparado al aire porque no quiero matar a nadie más, ni a usted ni a otro, no hay nada personal contra usted. La verdad es que no me considero ofendido, y lamento que eso le enfade. Pero no le consiento a nadie que se entrometa en mi derecho.

—Ya que tanto le teme a la sangre, pregúntele por qué me desafió —gritó Gagánov, dirigiéndose, como siempre, a Mavriki Nikoláievich.

—¿Cómo no iba a desafiarle? —intervino Kiríllov—. Usted se negaba a escuchar, ¡no tenía otra forma de librarse de usted!

—Debo señalar una sola cosa —dijo Mavriki Nikoláievich, haciendo un penoso esfuerzo para valorar el caso—: si el contendiente anuncia de antemano que va a disparar al aire, realmente el duelo no puede continuar… por razones delicadas y… evidentes…

—¡Yo no he anunciado que fuera a disparar al aire en cada ocasión! —exclamó Stavroguin, perdiendo ya del todo la paciencia—. Usted no tiene ni idea de lo que yo pueda pensar y de cómo voy a disparar la próxima vez… No estoy poniendo trabas al duelo, ni muchísimo menos.

—En ese caso, el encuentro puede continuar —dijo Mavriki Nikoláievich, dirigiéndose a Gagánov.

—¡Señores, ocupen sus puestos! —ordenó Kiríllov.

De nuevo avanzaron, de nuevo Gagánov erró el tiro y de nuevo Stavroguin disparó al aire. Sobre esos disparos al aire habría mucho que discutir: Nikolái Vsévolodovich podía haber dicho que había disparado como es debido de no haber sido porque él mismo había admitido que había errado deliberadamente. No es que hubiera apuntado directamente al cielo o a un árbol, sino que había aparentado disparar contra su adversario, aunque un *arshín* por encima de su sombrero. Aquella segunda vez había apuntado aún más bajo, de un modo más creíble; pero ya era imposible convencer a Gagánov.

—¡Otra vez! —dijo, rechinándole los dientes—. ¡Es igual! Yo soy el desafiado y haré uso de mi derecho. Quiero disparar por tercera vez… pase lo que pase.

—Tiene pleno derecho —zanjó Kiríllov. Mavriki Nikoláievich no dijo nada.

Situaron a los contendientes por tercera vez, dieron las órdenes; esta vez Gagánov llegó hasta la misma barrera y desde allí, a doce pasos de distancia, se dispuso a apuntar. Le temblaban excesivamente las manos para realizar un buen tiro. Stavroguin estaba parado con la pistola hacia abajo, y esperaba inmóvil el disparo.

—¡Demasiado tiempo! ¡Demasiado tiempo apuntando! —gritó Kiríllov impetuosamente—. ¡Dispare! ¡Dis-pa-re!

Pero sonó el disparo, y esta vez el mullido sombrero blanco salió volando de la cabeza de Nikolái Vsévolodovich. El disparo había sido bastante certero, la copa del sombrero había quedado perforada muy abajo: un cuarto de *vershok*[189] más y todo habría terminado. Kiríllov recogió el sombrero y se lo entregó a Nikolái Vsévolodovich.

—¡Dispare, no haga esperar a su adversario! —gritó Mavriki Nikoláievich con una extraordinaria agitación, viendo que Stavroguin parecía haberse olvidado de disparar y examinaba el sombrero con Kiríllov.

Por fin Nikolái Vsévolodovich se estremeció, miró a Gagánov, se dio la vuelta y, esta vez ya sin ningún miramiento, disparó hacia un lado, en dirección al bosquecillo. El duelo había concluido. Gagánov parecía como abrumado. Mavriki Nikoláievich se acercó hasta él y empezó a decirle algo, pero Gagánov daba la sensación de no estar entendiendo. Kiríllov, al marcharse, se quitó el sombrero y saludó con la cabeza a Mavriki Nikoláievich. Sin embargo, Nikolái Vsévolodovich había olvidado su cortesía anterior; tras disparar al bosque, ni siquiera regresó hacia la barrera: le entregó su pistola a Kiríllov y se dirigió apresuradamente hacia donde estaban los caballos. La irritación se reflejaba en su rostro; marchaba en

silencio. También Kiríllov iba en silencio. Montaron en los caballos y partieron al galope.

III

—¿Por qué no dice nada? —Nikolái Vsévolodovich llamó impaciente a Kiríllov cuando ya estaban cerca de casa.

—¿Qué quiere? —respondió Kiríllov, casi resbalando del caballo, que se había encabritado.

Stavroguin se detuvo.

—No pretendía ofender a ese… idiota, y he vuelto a ofenderlo —dijo con calma.

—Sí, ha vuelto a ofenderlo —sentenció Kiríllov—, y además no es ningún idiota.

—Y, sin embargo, yo he hecho todo lo que he podido.

—No.

—¿Qué tenía que haber hecho?

—No desafiarlo.

—¿Y recibir otra bofetada?

—Sí, recibir otra.

—¡Estoy empezando a no entender nada! —dijo Stavroguin irritado—. ¿Por qué todos esperan de mí lo que no esperan de otros? ¿Por qué tengo yo que aguantar lo que nadie aguanta y llevar una carga con la que nadie puede?

—Yo pensaba que usted mismo buscaba esas cargas.

—¿Yo busco las cargas?

—Sí.

—¿Usted… lo ha visto?

—Sí.

—¿Tanto se nota?

—Sí.

Estuvieron unos momentos en silencio. Stavroguin tenía un aspecto muy preocupado, estaba bastante afectado.

—Si no disparé fue porque no quería matar a nadie; no ha habido nada más, se lo aseguro —dijo precipitadamente y con agitación, como si quisiera justificarse.

—No hacía falta ofender.

—¿Qué tenía que haber hecho, entonces?

—Tenía que haberlo matado.

—¿Lamenta usted que no lo haya matado?

—Yo no lamento nada. Yo creía que usted, verdaderamente, quería matarlo. No sabe lo que busca.

—Busco cargas —dijo Stavroguin, echándose a reír.

—No quería usted sangre, ¿por qué le dio la ocasión de matarle?

—Si no lo hubiera retado, me habría matado sin más, al margen del duelo.

—Eso no es asunto suyo. Quizá no le habría matado.

—¿Solo me habría dado una paliza?

—No es asunto suyo. Lleve su carga. Si no, no hay ningún mérito.

—Me río yo de su mérito, ¡no busco la aprobación de nadie!

—Creía que la buscaba —concluyó Kiríllov con una sangre fría tremenda.

Entraron en el patio de la casa.

—¿Quiere pasar? —propuso Nikolái Vsévolodovich.

—No, voy a casa, adiós.

Kiríllov se bajó del caballo y se colocó el estuche bajo el brazo.

—Espero que, por lo menos, no esté enfadado conmigo… —Stavroguin le tendió la mano.

—¡En absoluto! —Kiríllov se volvió y estrechó su mano—. Si mi carga es ligera, es porque ésa es mi naturaleza; puede que la suya sea más pesada, porque es así su naturaleza. No hay que avergonzarse mucho, solo un poco.

—Ya sé que soy un individuo insignificante, pero no pretendo pasar por fuerte.

—Ni lo pretenda; no es usted un hombre fuerte. Venga un día a tomar un té.

Nikolái Vsévolodovich entró en su casa profundamente turbado.

IV

Nada más entrar, Alekséi Yegórovich le contó que Varvara Petrovna, muy contenta con la salida de Nikolái Vsévolodovich —su primer paseo a caballo tras ocho días de enfermedad—, había ordenado aparejar el coche y se había marchado sola, «siguiendo una vieja costumbre, a respirar aire fresco, porque en ocho días ya se le había olvidado lo que era eso».

—¿Iba sola o con Daria Pávlovna? —Nikolái Vsévolodovich interrumpió al anciano con esa rápida pregunta, y torció el gesto al oír que Daria Pávlovna «no había querido acompañarla, por encontrarse indispuesta, y estaba en esos momentos en sus habitaciones».

—Escucha, viejo —dijo, como si se hubiera decidido de pronto—; no la pierdas de vista en todo el día y, si te das cuenta de que viene a verme, detenla de inmediato y dile que no podré recibirla en unos cuantos días, como mínimo… que se lo pido personalmente… y que ya la llamaré yo a su debido tiempo, ¿me has oído?

—Se lo haré saber, señor —dijo Alekséi Yegórovich con tristeza en la voz, bajando la mirada.

—Pero no le digas nada sin estar seguro antes de que ella viene a verme.

—No se preocupe, no habrá errores. Hasta ahora todas las visitas han pasado por mí; siempre se han dirigido a mí, solicitando mi colaboración.

—Lo sé. En cualquier caso, no antes de que ella venga. Tráeme un té en cuanto puedas.

Acababa de salir el anciano cuando, prácticamente en ese mismo instante, se abrió la puerta y apareció en el umbral Daria Pávlovna. Su aspecto era tranquilo, pero tenía el semblante pálido.

—¿De dónde sale usted? —exclamó Stavroguin.

—Estaba aquí mismo, esperando a que saliera él para entrar a verle. He oído las instrucciones que le ha dado y, cuando ha salido, me he ocultado detrás de la esquina, a la derecha, y no me ha visto.

—Hace ya tiempo que deseaba cortar con usted, Dasha… de momento… por un tiempo. Anoche no pude recibirla, a pesar de su nota. Quería haberle escrito, pero no se me da bien —añadió con fastidio, casi con repugnancia.

—Yo también he pensado que es preciso romper. Varvara Petrovna sospecha claramente de nuestras relaciones.

—Allá ella.

—Conviene que no esté preocupada. Así pues, ¿éste es el fin?

—¿Sigue usted insistiendo en esperar el fin?

—Sí, estoy convencida.

—En el mundo nada tiene fin.

—Aquí sí habrá un fin. Llámeme entonces y vendré. Ahora, adiós.

—Y ¿cómo será ese fin? —Nikolái Vsévolodovich sonrió.

—Usted no está herido y… ¿no ha derramado sangre? —preguntó ella, sin contestar a la pregunta sobre el fin.

—Ha sido algo estúpido; no he matado a nadie, no se preocupe. De cualquier manera, hoy mismo lo oirá todo en boca de todo el mundo. Yo no me encuentro del todo bien.

—Me voy. ¿No va a hacer hoy público el matrimonio? —añadió indecisa.

—Hoy no va a ser; mañana tampoco; pasado mañana, no sé: puede que hayamos muerto todos, mejor así. Déjeme, déjeme de una vez.

—¿No va a arruinarle usted la vida a la otra… a la loca?

—No voy a arruinarles la vida a las locas, ni a ésa ni a ninguna; a alguna cuerda, parece que sí: soy tan canalla, tan despreciable, Dasha, que es posible que la llame «al final de todo», como dice usted, y que usted venga, a pesar de su sensatez. ¿Por qué se arruina sola la vida?

—Sé que al final me quedaré yo sola con usted y… eso es lo que espero.

—Y ¿si al final no la llamo y huyo de usted?

—Eso no es posible, llamará usted.

—Hay en eso mucho desprecio por mí.

—Usted sabe que no es solo desprecio.

—Entonces, algo de desprecio sí que hay, ¿no?

—No me he expresado bien. Dios es testigo de cuánto desearía que usted no tuviera nunca necesidad de mí.

—Una frase vale por la otra. Yo también desearía no arruinarle la vida.

—Usted no podrá nunca arruinármela, por ningún medio, y usted lo sabe mejor que nadie —dijo rápidamente, con firmeza, Daria Pávlovna—. Si no acudo a usted, me meteré a hermana de la caridad, o a enfermera, a cuidar enfermos, o me dedicaré a vender evangelios. Así lo he decidido. No puedo ser la mujer de nadie, no puedo vivir en casas como ésta. No lo quiero… Usted ya lo sabe todo.

—No, nunca he podido averiguar qué es lo que quiere; me parece que se interesa por mí, igual que algunas enfermeras ya mayores se interesan por la razón que sea por algún enfermo en particular en vez de por otros, o, mejor aún, igual que algunas viejas beatas, asiduas a los entierros, encuentran determinados cadáveres más atractivos que otros. ¿Por qué me mira de un modo tan raro?

—¿Se encuentra usted muy mal? —preguntó compasiva, mirándolo de un modo especial—. ¡Dios mío! Y ¡este hombre quiere arreglárselas sin mí!

—Escuche, Dasha, ahora solo veo fantasmas. Anoche en el puente un demonio me ofreció matar a Lebiadkin y a Maria Timoféievna para acabar así con mi matrimonio sin dejar ni rastro. Me pidió tres rublos como anticipo, pero dejó entender claramente que toda la operación no saldría por menos de mil quinientos. ¡Ya ve qué demonio más calculador! ¡Todo un contable! ¡Ja, ja!

—Pero ¿está usted seguro de que era un fantasma?

—¡Oh, no, no era ningún fantasma! No era más que Fedka el Presidiario, un bandido huido del penal. Pero no se trata de eso; ¿qué cree usted que hice? Le di todo el dinero que llevaba en el monedero, y ahora estará convencido de que se lo di a cuenta.

—¿Se lo encontró de noche y él le hizo semejante propuesta? Pero ¿es que no lo ve? ¡Esa gente le tiene atrapado en sus redes!

—Allá ellos. Pero usted quiere hacer una pregunta, ya sabe; se lo noto en los ojos —añadió con una sonrisa rencorosa y malhumorada.

Dasha se asustó.

—No tengo ninguna pregunta, como tampoco tengo dudas de ninguna clase; ¡más vale que se calle! —exclamó alarmada, como quitándose la pregunta de encima.

—Entonces, ¿está convencida de que no entraré en tratos con Fedka?

—¡Dios mío! —exclamó, juntando las manos—. ¿Por qué me atormenta de este modo?

—Oh, perdóneme esta broma estúpida; sin duda, se me están contagiando los malos modales de esa gente. Sepa que desde anoche tengo unas ganas locas de reírme, de reírme sin parar, mucho tiempo, en cantidad. Estoy como cargado de risa… ¡Atención! Ha llegado mi madre; puedo distinguir por el traqueteo cuándo se detiene su coche en el porche.

Dasha le cogió una mano.

—Que Dios le proteja de su demonio y… ¡llámeme, llámeme muy pronto!

—¡Oh, vaya un demonio! No es más que un diablejo pequeño, repugnante, escrofuloso, resfriado, de los fracasados. Pero sigue sin atreverse a decir algo, ¿verdad, Dasha?

Ella le dirigió una dolorosa mirada de reproche y se volvió hacia la puerta.

—¡Escuche! —exclamó Nikolái Vsévolodovich viéndola salir, con una sonrisa maliciosa y retorcida—. Si… bueno, en una palabra, *si…* bueno, ya me entiende, si entro en tratos con él, y después la llamara a usted, ¿vendría usted de todos modos?

Daria Pávlovna salió sin darse la vuelta ni responder, cubriéndose el rostro con las manos.

—¡Vendrá de todos modos! —murmuró Nikolái Vsévolodovich tras una breve reflexión, y un desdén aprensivo se reflejó en su rostro—. ¡Una enfermera! ¡Hum!… Puede que sea eso lo que necesito.

Capítulo IV

Todos a la expectativa

I

La impresión que causó en nuestra sociedad la historia del duelo, que se difundió con celeridad, fue especialmente notable por la unanimidad con la que todo el mundo se apresuró a apoyar incondicionalmente a Nikolái Vsévolodovich. Muchos de sus antiguos enemigos se declararon decididamente amigos suyos. La causa principal de tan inesperado cambio en la opinión pública fueron unas palabras pronunciadas en voz alta, con inusitada claridad, por cierta persona que hasta entonces no se había manifestado, palabras que de inmediato le dieron al asunto un sentido que despertó un extraordinario interés entre la inmensa mayoría de la población. Ocurrió de este modo: al día siguiente de los acontecimientos, toda la ciudad se dio cita en casa del decano de la nobleza de nuestra provincia, para celebrar la onomástica de su mujer. Tomó parte en el acto o, mejor dicho, lo presidió Yulia Mijáilovna, que acudió en compañía de Lizaveta Nikoláievna, que estaba radiante de belleza y de una particular alegría, que a muchas de nuestras damas les pareció especialmente sospechosa en aquella ocasión. Hay que decir, por cierto, que ya no había dudas de su compromiso con Mavriki Nikoláievich. A la desenfadada pregunta de un general retirado, aunque muy notorio, del que se hablará más adelante, Lizaveta Nikoláievna contestó sin ambages en aquella velada que estaba prometida. Pues bien, ni una sola de nuestras damas quiso creer en la autenticidad de tal compromiso. Todas estaban empeñadas en dar por sentada la existencia de un lance novelesco, de un fatídico secreto familiar, de un episodio ocurrido en Suiza, y estaban convencidas de que, por alguna razón, Yulia Mijáilovna había intervenido en el asunto. No es fácil decir por qué se aferraban con tal tenacidad a todos aquellos rumores o, mejor dicho, a todos aquellos sueños, ni por qué tenían que implicar a toda costa a Yulia Mijáilovna. En cuanto ésta hizo su aparición, todas se volvieron hacia ella con unas miradas extrañas, llenas de expectación. Hay que señalar que, dada la cercanía del suceso y en vista de las circunstancias que lo rodeaban, aquella noche aún se habló de él con cierta cautela y en un tono discreto. Además, aún se desconocían las medidas que pudieran llegar a adoptar las autoridades. Por lo que se sabía, no habían molestado a ninguno de los dos duelistas. Nadie ignoraba, por ejemplo, que Artemi Pávlovich se había marchado por la mañana temprano a su hacienda en Dujovo, sin sufrir el menor contratiempo. Al mismo tiempo, todo el mundo ansiaba, como es natural, que alguien comentara en voz alta lo ocurrido, dando rienda suelta a su impaciencia. La gente confiaba, en concreto, en el general antes mencionado, y no se vio decepcionada.

Este general, uno de los miembros más apuestos de nuestro club, era un hacendado no excesivamente rico pero con una mentalidad muy singular. Era un galanteador a la antigua usanza, y le encantaba, entre otras cosas, hablar en voz muy alta, con el aplomo propio de un general, en las reuniones más concurridas, muy especialmente de aquellas cuestiones a las que los demás se referían con un cauteloso susurro. En eso consistía su, llamémoslo así, papel singular en nuestra sociedad. Además, arrastraba de un modo peculiar las palabras, y las pronunciaba con dulzura, habiendo adoptado esta costumbre, muy probablemente, de los rusos que viajaban al extranjero, o acaso de aquellos propietarios, antes ricos, que más habían perdido a raíz de la reforma campesina. Stepán Trofímovich llegó a comentar en cierta ocasión que, cuanto más había perdido un propietario, más dulcemente seseaba y arrastraba las palabras. Por cierto que él era el primero que seseaba y arrastraba las palabras, pero no era consciente de que lo hacía.

El general habló como persona autorizada. Además de guardar un parentesco lejano con Artemi Pávlovich —aunque había reñido e incluso pleiteado con él—, él mismo se había visto envuelto en otros tiempos en dos duelos, y a consecuencia de uno de ellos había sido destinado al Cáucaso como soldado raso. Alguien había aludido a Varvara Petrovna, que llevaba ya un par de días saliendo en coche «después de su enfermedad», si bien no fue exactamente ella la aludida, sino el imponente conjunto que formaban los cuatro ejemplares grises de su carruaje, criados en sus propias caballerizas. El general declaró de pronto que se había encontrado ese mismo día con el «joven Stavroguin», que iba a caballo… Todo el mundo se calló al instante. El general chasqueó los labios y, dando vueltas entre los dedos a su tabaquera conmemorativa de oro, proclamó:

—Lamento no haber estado aquí hace algunos años… quiero decir que me encontraba en Carlsbad… Hum. Me interesa mucho ese joven, sobre el que oí toda clase de rumores en aquellos días. Hum. ¿Es verdad que está mal de la cabeza? Hubo entonces quienes así lo aseguraron. Y ahora me entero de pronto de que un estudiante lo ha insultado en presencia de sus primos, y de que para escaparse de él ha tenido que meterse debajo de la mesa; y ayer me dice Stepán Vysotski que Stavroguin se ha batido con ese… Gagánov. Y sin más galante objeto que el de jugarse la vida con un hombre enfurecido; solo para quitárselo de encima. Hum. Es más propio de un oficial de la Guardia Imperial de los años veinte. ¿Suele visitar a alguien de los aquí presentes?

El general se calló, como esperando una respuesta. Quedaba así abierta la puerta a las manifestaciones de la impaciencia colectiva.

—¡Nada más sencillo! —Yulia Mijáilovna alzó de pronto la voz, irritada al ver que todas las miradas, como obedeciendo una orden, convergían en ella—. ¿De verdad a alguien le sorprende que Stavroguin se batiera en duelo con Gagánov y no respondiera al estudiante? ¡No podía desafiar a alguien que había sido siervo suyo!

¡Notables palabras! Una idea clara y sencilla, pero que hasta ese momento no se le había ocurrido a nadie. Unas palabras que tuvieron unas consecuencias insólitas. En un momento, todos los escándalos y las difamaciones, todas las mezquindades y las anécdotas quedaban relegadas a un segundo plano, imponiéndose una nueva interpretación de lo ocurrido. Surgió un nuevo personaje a quien todos habían juzgado mal, un personaje de un rigor casi modélico en sus concepciones. Mortalmente ofendido por un estudiante, es decir, por un hombre educado que ya no era ningún siervo, desdeñó el agravio porque el ofensor había sido siervo suyo. La sociedad había murmurado contra él y lo había difamado: una sociedad frívola mira con desprecio al hombre que se deja abofetear. Él, por su parte, despreciaba a una sociedad que no había sabido elevarse hasta el nivel de los auténticos principios morales, pero que sí los discutía.

—Y, mientras tanto, Iván Aleksándrovich, aquí seguimos debatiendo usted y yo cuáles son los principios más adecuados —le decía, en un noble arranque de autocrítica, un veterano miembro del club a otro.

—Pues sí, Piotr Mijáilovich, pues sí —asintió el otro con satisfacción—; ¡para que luego digan de la juventud!

—Aquí no se trata de la juventud, Iván Aleksándrovich —comentó un tercero, volviéndose hacia ellos—. Aquí no se trata de eso; aquí de lo que se trata es de que ese hombre es una estrella del firmamento, no un joven cualquiera; así es como hay que verlo.

—Y ésa es la clase de hombres que necesitamos; no andamos sobrados de gente así.

Lo más importante de todo era que aquel «hombre nuevo» no solo era un «noble auténtico», sino también el terrateniente más rico de la provincia y, en consecuencia, llamado a convertirse en un hombre eminente, que podía servir de gran ayuda. Ya he aludido antes, brevemente, a la actitud de nuestros terratenientes.

La gente se acaloraba:

—No solo no desafió a ese estudiante, sino que se llevó las manos a la espalda; fíjese en ese particular, excelencia —destacó alguien.

—Y tampoco lo denunció ante los nuevos tribunales[190] —añadió otro.

—A pesar de que en un nuevo tribunal lo habrían condenado a pagar quince rublos por ofender *en persona* a un miembro de la nobleza, ¡je, je, je!

—No; ya le digo yo cuál es el secreto de los nuevos tribunales —dijo un

tercero, frenético—. Si alguien ha robado o ha estafado, y lo cogen con las manos en la masa, lo que tiene que hacer es ir corriendo a casa, mientras esté a tiempo, y matar a su madre. Lo absolverán de todo en un santiamén, y las damas agitarán en el estrado sus pañuelos de batista; ¡ésa es la pura verdad!

—¡Sí, señor, ésa es la verdad!

Siguieron las inevitables anécdotas. Se recordaron los vínculos de Nikolái Vsévolodovich con el conde K. Las opiniones del conde K., tan rigurosas como independientes, sobre las últimas reformas eran bien conocidas. También era conocida su notable actividad pública, un tanto restringida últimamente. Y, de pronto, todo el mundo estaba seguro de que Nikolái Vsévolodovich se había comprometido con una de las hijas del conde K., aunque nada había dado pie a semejante conjetura. Y, por lo que respecta a sus prodigiosas aventuras en Suiza con Lizaveta Nikoláievna, hasta las señoras dejaron de aludir a ellas. Debo mencionar, por cierto, que las Drozdov habían podido hacer en aquellos días todas las visitas que tenían pendientes. Ahora todo el mundo daba por cierto que Lizaveta Nikoláievna era una joven corriente y moliente, que «alardeaba» de sus frágiles nervios. Su desmayo el día de la llegada de Nikolái Vsévolodovich se achacaba, ni más ni menos, al susto que se había llevado al asistir a la intolerable actuación del estudiante. Incluso hacían hincapié en lo prosaico de aquello a lo que antes se empeñaban en dar un colorido fantástico, y acabaron por olvidarse definitivamente de la pobre coja: les daba vergüenza recordarla. «Ni aunque hubiera cien cojas, ¡todos hemos sido jóvenes alguna vez!». Llamaban la atención sobre la actitud respetuosa de Nikolái Vsévolodovich con su madre, descubrieron en él toda suerte de virtudes, hablaban con aprobación de la formación adquirida a lo largo de cuatro años de estudio en universidades alemanas. La conducta de Artemi Pávlovich fue declarada inapropiada: «Pero los suyos no lo recibieron»[191]; a Yulia Mijáilovna, en cambio, acabaron reconociéndole una indudable perspicacia.

De ese modo, cuando por fin apareció el propio Nikolái Vsévolodovich, todo el mundo lo acogió con la más ingenua solemnidad; todas las miradas, concentradas en él, expresaban la misma expectativa impaciente. Nikolái Vsévolodovich se encerró de inmediato en un riguroso silencio, dejando de ese modo, por descontado, mucho más satisfechos a todos los presentes que si se hubiera lanzado a hablar por los codos. En resumen, todo le estaba saliendo bien, era el hombre de moda. En una sociedad provinciana, si uno ha figurado alguna vez, ya no hay manera de escurrir el bulto. Nikolái Vsévolodovich empezó a cumplir con todas sus obligaciones sociales con el mismo rigor de antes. No lo tenían por una persona alegre: «Este hombre ha sufrido lo suyo; no es como los demás; motivos no le faltan para mostrarse cabizbajo». Hasta el orgullo y el distanciamiento desdeñoso que tantos odios le habían granjeado en nuestra ciudad cuatro años antes eran ahora motivo de estima y de respeto.

Varvara Petrovna se sentía exultante. No puedo decir si padeció mucho al

ver rotos sus sueños en relación con Lizaveta Nikoláievna. El orgullo familiar, naturalmente, la ayudó a superar la situación. Ya era raro que Varvara Petrovna estuviera de pronto tan convencida de que Nicolas, en efecto, había «hecho su elección» en casa del conde K., pero más raro aún era que hubiera acabado creyéndolo a raíz de los rumores que habían llegado hasta ella, igual que habían llegado hasta el resto de la gente: no se atrevía a preguntárselo abiertamente a Nikolái Vsévolodovich. Dos o tres veces, a pesar de todo, no había podido resistir la tentación de echarle en cara, con rodeos y en tono desenfadado, que no fuera sincero con ella; Nikolái Vsévolodovich sonreía y seguía sin decir nada. Su silencio era tomado como un signo de asentimiento. Y, sin embargo, en todo ese tiempo no se olvidó nunca de la pobre coja. Su recuerdo pesaba como una losa sobre su corazón; como en una pesadilla, lo atormentaba con extrañas visiones y conjeturas, y todo eso sin dejar de soñar con las hijas del conde K. Pero de eso ya se hablará más adelante. Por supuesto, a Varvara Petrovna volvieron a tratarla con extrema deferencia y miramientos, pero ella apenas sacó partido de la situación y sus salidas eran muy esporádicas.

Con todo, no dejó de hacerle una visita de cumplido a la gobernadora. Por descontado, nadie había quedado más cautivado y encantado que ella con las memorables palabras pronunciadas por Yulia Mijáilovna en la velada celebrada en honor de la decana de la nobleza: habían contribuido enormemente a aliviar el dolor de su corazón y a disipar la pesadumbre que la torturaba desde aquel infausto domingo. «¡No había entendido bien a esa mujer!», declaró, y con su fogosidad característica, le dijo abiertamente a Yulia Mijáilovna que estaba allí para *darle las gracias*. Yulia Mijáilovna se sintió halagada, pero supo guardar las distancias. Estaba empezando a ser consciente de su propia importancia, puede que hasta en exceso. Dijo, por ejemplo, en el curso de la conversación, que nunca había tenido noticia ni de la actividad pública de Stepán Trofímovich ni de su erudición.

—Yo, desde luego, recibo con cariño al joven Verjovenski. Es un imprudente, pero todavía es joven; eso sí, tiene conocimientos sólidos. Desde luego, no es una especie de crítico jubilado.

Varvara Petrovna se apresuró a aclarar que Stepán Trofímovich jamás había sido crítico, sino que, por el contrario, se había pasado la vida en su casa. Era famoso por las circunstancias de su carrera temprana, «conocidas de sobra por todo el mundo», y más recientemente por sus trabajos sobre historia de España; también quería escribir sobre el estado actual de las universidades alemanas y, al parecer, algo sobre la *Madonna* de Dresde. En definitiva, Varvara Petrovna se resistía a dejar a Stepán Trofímovich en manos de Yulia Mijáilovna.

—¿La *Madonna* de Dresde? ¿Se refiere a la *Madonna Sixtina*[192]? *Chère* Varvara Petrovna, yo he estado dos horas sentada delante de ese cuadro y he salido desilusionada. No entendí nada de nada y me quedé desconcertada. El

propio Karmazínov dice que es difícil de entender. Ahora nadie ve nada en ella, ni los rusos ni los ingleses. Toda su fama es cosa de viejos.

—Entonces, ¿ha cambiado la moda?

—Yo lo que creo es que no hay que despreciar a nuestros jóvenes. La gente grita que son comunistas, pero, en mi opinión, hay que compadecerlos y apreciarlos. Yo ahora leo de todo: los periódicos, las comunas, las ciencias naturales; todo me llega, porque, al fin y al cabo, una tiene que saber dónde vive y con quién le toca tratar. No puede una pasarse toda la vida instalada en las cumbres de su fantasía. He llegado a la conclusión, y lo he adoptado como norma, de que hay que ser amables con la gente joven e impedir de ese modo que caiga en el abismo. Créame, Varvara Petrovna, que solo nosotros, la buena sociedad, con nuestra influencia favorable y, concretamente, con nuestro trato cariñoso, podemos mantener a la juventud lejos del precipicio al que la arrastra la intransigencia de todos esos carcamales. De todos modos, me alegro de haber sabido por usted de Stepán Trofímovich. Me ha dado una idea: puede sernos útil en nuestro recital literario. Sepa que estoy organizando una jornada entera de festividades, mediante suscripción pública, en beneficio de las institutrices pobres de nuestra provincia. Están dispersas por toda Rusia; solo en nuestro distrito su número asciende a seis; hay, además, dos telegrafistas y otras dos que estudian en una academia, y hay otras que también desearían hacerlo, pero no tienen recursos. ¡Es terrible el destino de la mujer rusa, Varvara Petrovna! Es una cuestión que se debate ahora en la universidad, y hasta ha habido una sesión del Consejo de Estado[193] dedicada al tema. En esta extraña Rusia nuestra uno puede hacer lo que le venga en gana. Por eso mismo, insisto, solo mediante el trato cariñoso y la simpatía cálida y cercana de toda la sociedad podríamos dirigir esta gran causa común hacia los fines adecuados. ¡Oh, Dios! ¿Acaso no abundan las personalidades nobles entre nosotros? Claro que sí, solo que se encuentran desperdigadas. Unámonos y seremos más fuertes. En definitiva, ofreceré primero una *matinée* literaria, después un almuerzo ligero, seguido de un descanso, y a continuación un baile vespertino. Queríamos empezar la velada con unos *tableaux vivants*, pero al parecer el gasto sería excesivo, por lo que el público disfrutará de una o dos cuadrillas con máscaras y disfraces característicos, que representen movimientos literarios célebres. Esta idea festiva la propuso Karmazínov, me está ayudando mucho. Sepa que va a leernos su última obra, que todavía no ha leído nadie. Va a colgar la pluma y no piensa escribir más; este último ensayo es su despedida del público. Es una pequeña joya que se titula *Merci*. El título está en francés, pero a él le parece que así es más divertido y hasta más sutil. A mí también; de hecho, se lo aconsejé yo. Creo que Stepán Trofímovich podría igualmente leernos algo, si no es muy largo y… no demasiado erudito. Tengo entendido que Piotr Stepánovich y alguna otra persona también van a intervenir. Piotr Stepánovich se pasará por su casa y le dará a conocer el programa; o, mejor aún, permita que yo misma se lo lleve.

—Y usted permítame sumarme a la lista de suscriptores. Yo le daré el

recado a Stepán Trofímovich y le pediré en persona que acepte.

Varvara Petrovna regresó a su casa completamente fascinada; apoyaba sin reservas a Yulia Mijáilovna y, por alguna razón, estaba muy enojada con Stepán Trofímovich. El infeliz estaba en su casa, ajeno a todo.

—Estoy prendada de esa mujer, no entiendo cómo he podido estar tan equivocada con ella —les decía Varvara Petrovana a Nikolái Vsévolodovich y a Piotr Stepánovich, que se presentó aquella tarde en su casa.

—De todos modos, debería hacer usted las paces con el viejo —declaró Piotr Stepánovich—, está desesperado. Lo ha condenado al ostracismo. Ayer la vio pasar en coche y la saludó con una inclinación, y usted volvió la cara. Bueno, ya sabe, habrá que hacer algo con él; cuento con él para ciertas cosas, todavía puede ser útil.

—Oh, va a leernos algo.

—No me refiero solo a eso. Hoy pensaba acercarme a verlo. ¿Se lo comento?

—Si lo desea… Aunque no sé cómo puede arreglarlo usted —dijo, no muy convencida—. Yo quería tener una explicación con él, señalándole el día y el sitio. —Frunció el ceño con fuerza.

—No vale la pena fijar el día. Me limitaré a darle el recado.

—Se lo ruego. Pero dígale también que ya fijaré yo el día. No se olvide de esto último.

Piotr Stepánovich se marchó corriendo, con una sonrisa burlona. En general, por lo que recuerdo, en aquellos días se mostraba especialmente malévolo e incluso se permitía salidas de tono realmente intolerables con casi todo el mundo. Pero, curiosamente, por algún motivo se las perdonaban. Cundía la opinión de que era merecedor de una consideración especial. Quiero destacar que adoptó una actitud particularmente maliciosa en relación con el duelo de Nikolái Vsévolodovich. No se esperaba la noticia; se puso verde de ira cuando se lo contaron. Es posible que se sintiera herido en su amor propio: no se enteró hasta el día siguiente, cuando todo el mundo ya estaba al corriente.

—No tenía usted derecho a batirse —le susurró a Stavroguin cinco días más tarde, cuando se lo encontró por casualidad en el club. Es curioso que no se hubieran visto en todos esos días, a pesar de que Piotr Stepánovich se pasaba por casa de Varvara Petrovna casi a diario.

Nikolái Vsévolodovich lo miró en silencio, con aire distraído, como si no entendiera a qué se refería, y pasó de largo sin detenerse. Atravesó el amplio salón

del club, camino del ambigú.

—También ha ido usted a ver a Shátov… y quiere hacer público lo de Maria Timoféievna. —Piotr Stepánovich fue corriendo tras él y, como por descuido, lo agarró del hombro.

De pronto, Nikolái Vsévolodovich se sacudió de encima su mano y se volvió bruscamente hacia él, con una mueca amenazante. Piotr Stepánovich lo miró con una sonrisa extraña y prolongada. Todo ocurrió en un instante. Nikolái Vsévolodovich siguió su camino.

II

De casa de Varvara Petrovna fue derecho a la de su padre; sus prisas obedecían exclusivamente a sus ansias de venganza por una vieja ofensa de la que yo por entonces no tenía noticia. El caso es que en su última visita, concretamente el jueves de la semana anterior, Stepán Trofímovich —había sido él, por cierto, el que había empezado la discusión— había acabado echando a Piotr Stepánovich de su casa, amenazándolo con el bastón. En su momento me ocultó este hecho; pero, cuando irrumpió Piotr Stepánovich con su sempiterna sonrisa, tan ingenuamente condescendiente, y con sus ojos desagradablemente inquisitivos que escudriñaban por todos los rincones, me hizo enseguida una señal discreta para que no abandonara la sala. De ese modo quedaron expuestas ante mí sus verdaderas relaciones, pues en esta ocasión pude escuchar toda la conversación.

Stepán Trofímovich estaba sentado en un diván, con las piernas extendidas. Desde el jueves anterior había adelgazado y tenía muy mal color. Piotr Stepánovich, con aire desenfadado, se sentó a su lado, recogiendo las piernas debajo del cuerpo, sin miramientos, y ocupó en el diván mucho más espacio del que exigía el respeto a su padre. Stepán Trofímovich se hizo a un lado, en silencio y con dignidad.

Había un libro abierto sobre la mesa. Se trataba de la novela *¿Qué hacer?*[194] ¡Ay! Debo confesar una extraña debilidad de nuestro amigo: la ilusión de que no tendría más remedio que salir de su aislamiento y librar una última batalla iba ganando terreno en su imaginación enfermiza. Deduje que se habría hecho con la novela y se dedicaba a *estudiarla* con el único fin de conocer de antemano, cuando se produjera el inevitable conflicto con los «vociferantes», sus métodos y sus argumentos, a partir de su propio «catecismo», y de ese modo prepararse para refutarlos triunfalmente *ante los ojos de ella*. ¡Oh, cuánto lo martirizaba aquel libro! A veces lo arrojaba desesperado y, levantándose de un salto, daba vueltas, frenético, por la habitación.

—Estoy de acuerdo con que la idea básica del autor es verídica —me decía,

en un estado febril—, pero ¡por eso mismo es más horrible! Es justamente nuestra idea, tal cual; fuimos nosotros los primeros en sembrarla, en nutrirla, en abonar el terreno… después de lo que hicimos nosotros, ¿qué podrían decir ellos que fuera nuevo? Pero, Dios mío, ¡qué manera de expresarlo todo, de distorsionarlo, de mutilarlo! —exclamó, tamborileando con los dedos en el libro—. ¿Para llegar a estas conclusiones nos esforzamos tanto nosotros? ¿Quién puede reconocer aquí la idea original?

—¿Te estás cultivando? —preguntó Piotr Stepánovich con una sonrisa burlona, después de tomar el libro de la mesa y leer el título—. Ya era hora. Puedo conseguirte cosas mejores, si quieres.

Stepán Trofímovich mantuvo dignamente su mutismo. Yo estaba sentado en un sofá en un rincón.

Piotr Stepánovich le explicó rápidamente la razón de su visita. No hace falta decir que Stepán Trofímovich estaba atónito, y escuchaba con alarma, mezclada con una extrema indignación.

—Y ¡esa Yulia Mijáilovna cuenta con que yo vaya a leer para ella!

—La verdad es que tampoco les haces mucha falta. Se trata más bien de halagarte y congraciarse así con Varvara Petrovna. Pero, naturalmente, no te atreverás a negarte. Es más, creo que lo estás deseando —Piotr Stepánovich sonrió maliciosamente—, todos los viejos tenéis una ambición infernal. Pero, escucha, procura que no resulte muy aburrido. Tienes por ahí algo de la historia de España, ¿no? Déjame echarle un vistazo tres días antes, porque si no lo mismo nos dormimos todos.

La abrupta y descarnada rudeza de tales pullas era evidentemente premeditada. Piotr Stepánovich daba a entender que con Stepán Trofímovich no era posible emplear otro lenguaje y otros conceptos más refinados. Éste seguía firmemente empeñado en no darse por enterado de los insultos. Pero la noticia le producía una impresión cada vez más abrumadora.

—Y ¿ha sido ella, ella misma la que ha pedido que el mensaje me llegara a través de… *usted*? —preguntó, poniéndose pálido.

—Pues mira, ella quiere fijarte el día y el lugar para que os expliquéis mutuamente; restos de vuestra sensiblería. Tú te has pasado veinte años coqueteando con ella y le has enseñado los procedimientos más ridículos. Pero no te preocupes, no se trata de eso; ella no para de decir que solo ahora ha empezado a «ver con claridad». Yo le he explicado sin ambages que esa amistad vuestra no es más que una mutua efusión de lavazas. Me ha contado un montón de cosas, amigo mío: ¡uf, hay que ver el papel de lacayo que has desempeñado en todo este tiempo!

Me puse colorado por ti.

—¿Que yo he desempeñado un papel de lacayo? —Stepán Trofímovich no pudo contenerse.

—Peor, tú has sido un parásito, es decir, un lacayo voluntario. Muy perezoso para trabajar, pero con buen apetito para el dinero. Ella ahora también es consciente de todo eso; en todo caso, cuenta horrores de ti. No sabes, amigo, lo que me he podido reír con las cartas que le escribías; dan vergüenza y dan asco. ¡Sois todos tan depravados, tan depravados! Siempre hay algo depravado en la caridad, ¡tú eres un buen ejemplo!

—¡Te ha enseñado mis cartas!

—Todas. Pero, claro, ¿cómo iba a leerlas todas? Uf, la de papel que has emborronado, yo diría que hay allí más de dos mil cartas… No sé si sabes, viejo, que hubo un momento, en mi opinión, en que ella estaba dispuesta a casarse contigo… ¡Dejaste escapar la ocasión de la forma más tonta! Lo digo, naturalmente, desde tu punto de vista, pero de todos modos habría sido mejor que lo de ahora, cuando has estado a punto de casarte a cuenta de unos «pecados ajenos», como un bufón, para hacer reír, por dinero.

—¡Por dinero! ¡Ella, ella dice que es por dinero! —gimió de un modo lastimoso Stepán Trofímovich.

—Y ¿por qué si no? Pero tranquilo, que te he defendido. Porque ésa es tu única justificación. Ella ha entendido que te hacía falta dinero, como a todo el mundo, y que desde ese punto de vista es posible que estés en lo cierto. Yo le he demostrado, como dos y dos son cuatro, que vivíais de un modo que era beneficioso para ambos: ella como capitalista y tú como bufón sentimental a su servicio. En cualquier caso, por el dinero no se enfada, aunque la has ordeñado como a una cabra. Lo que la enfurece es que durante veinte años ella ha creído en ti, mientras que tú la has embaucado y la has obligado a mentir todo ese tiempo. Nunca admitirá que ha estado mintiendo, pero por eso mismo te lo hará pagar doblemente. No entiendo cómo no has supuesto que algún día os tocaría ajustar cuentas. Al y fin al cabo, algo de juicio siempre has tenido. Ayer le aconsejaba que te metiera en un asilo… tranquilo, en uno decente, no se trata de humillarte; parece que lo va a hacer. ¿Te acuerdas de la última carta que me mandaste a la provincia de J., hace tres semanas?

—¡No me digas que se la has enseñado! —replicó aterrorizado Stepán Trofímovich.

—Pues ¡claro! Ha sido lo primero que he hecho. Esa carta en la que me decías que te estaba explotando, envidiosa de tu talento; ah, y también contabas

aquello de los «pecados ajenos». ¡Hay que ver, amigo, la importancia que te das! Lo que me habré reído. Tus cartas, en general, son mortalmente aburridas; tienes un estilo horroroso. Yo muchas ni las leía, alguna tengo todavía por ahí sin abrir; mañana te la mando. Pero esa última carta tuya… ¡ésa ya es el colmo de la perfección! ¡Cómo me he reído, cómo me he reído!

—¡Monstruo, monstruo! —bramó Stepán Trofímovich.

—Bah, qué demonios, contigo no se puede hablar. No me digas que te lo vas a tomar a mal, como hiciste el jueves pasado…

Stepán Trofímovich se incorporó con aire amenazante:

—¿Cómo te atreves a hablarme de esa manera?

—¿De qué manera? ¿Sencilla y claramente?

—Pero dime, monstruo, ¿eres o no eres mi hijo?

—Eso lo sabrás tú mejor. Naturalmente, en estos casos todos los padres tienden a ser ciegos…

—¡Calla, calla! —Stepán Trofímovich temblaba con todo el cuerpo.

—Ya lo ves, ya estás gritando e insultando, igual que el jueves pasado, cuando intentaste amenazarme con el bastón; pero resulta que he encontrado el documento. Movido por la curiosidad, me pasé toda la tarde rebuscando en mi maleta. La verdad es que no hay nada concreto, puedes estar tranquilo. No es más que una nota de mi madre a ese polaco. Pero, a juzgar por su carácter…

—Una palabra más y te abofeteo.

—¡Qué gente! —dijo Piotr Stepánovich, dirigiéndose a mí de improviso—. Ya lo ve: estamos así desde el pasado jueves. Me alegro de que ahora por lo menos esté usted aquí y pueda juzgar. Un dato, de entrada: me reprocha que hable así de mi madre, pero ¿no ha sido él el que me ha incitado? En San Petersburgo, cuando yo todavía estudiaba en el gimnasio, ¿no me despertaba él un par de veces todas las noches, me abrazaba y lloraba como una mujer? Y ¿qué diría usted que me contaba entonces? Pues ¡las mismas historias indecentes sobre mi madre! Fue a él a quien se las oí por primera vez.

—Pero ¡te lo contaba con la mejor intención! Oh, no me comprendiste. Nada, no comprendiste nada.

—En todo caso, era algo más mezquino en ti que en mí, reconoce que era

más mezquino. Pero mira, lo que tú digas, a mí me es igual. Lo digo desde tu punto de vista. Desde el mío, puedes estar tranquilo: yo no culpo a mi madre; lo mismo me da que fueras tú o que fuera el polaco. Yo no tengo la culpa de que hicierais las cosas de una forma tan estúpida en Berlín. Pero no sé yo si podíais haber actuado con más criterio. Después de todo, la verdad es que erais bastante ridículos. Y ¿qué más te da que yo sea o no sea tu hijo?… Escuche —se volvió nuevamente hacia mí—, no se ha gastado un rublo en mí en toda su vida; hasta que cumplí los dieciséis ni me conocía, después me ha robado aquí, y ahora proclama que toda la vida ha sufrido por mí, y gesticula delante de mí, como un actor. ¡Que yo no soy Varvara Petrovna, por el amor de Dios!

Se levantó y cogió su sombrero.

—¡En mi nombre, te maldigo para siempre! —Stepán Trofímovich, pálido como la muerte, extendió el brazo hacia él.

—¡Ay, la de tonterías que puede hacer un hombre! —Piotr Stepánovich estaba realmente sorprendido—. Bueno, adiós, viejo, no voy a venir a verte nunca más. Manda el ensayo con antelación, no te olvides, y procura que no haya disparates, si es posible: hechos, hechos y hechos, y sobre todo que sea breve. Adiós.

III

No dejaban, con todo, de intervenir también otros factores. Piotr Stepánovich proyectaba, en efecto, hacer algo con su padre. En mi opinión, contaba con llevar al viejo a la desesperación e involucrarlo de ese modo en algún escándalo público, de cierta índole. Lo necesitaba para otros objetivos ulteriores, bien distintos, de los que se hablará más adelante. Toda suerte de cálculos y esbozos semejantes se agolpaban por entonces en su cabeza; evidentemente, casi todos ellos fantasiosos. Además de Stepán Trofímovich, tenía señalada otra víctima. El número de sus víctimas, en general, como se vería más adelante, era elevado; pero con aquélla contaba de un modo muy especial, y se trataba nada menos que del mismísimo señor Von Lembke.

Andréi Antónovich von Lembke formaba parte de esa tribu tan favorecida por la naturaleza, a la que pertenecen en Rusia, según consta en el calendario[195], varios cientos de miles de individuos y que seguramente ni siquiera es consciente de que, tomada en su conjunto, constituye una unión férreamente organizada[196]. Es una unión que, desde luego, no ha sido planeada ni premeditada, sino que existe espontáneamente en el seno de la tribu, sin declaraciones ni acuerdos, como una especie de obligación moral, y que se basa en el apoyo mutuo entre todos los miembros de esa tribu, en todo momento y lugar, y en toda clase de circunstancias. Andréi Antónovich había tenido el honor de formarse en una de las más selectas

instituciones educativas rusas, a las que acuden jóvenes de las familias más acaudaladas o mejor relacionadas. Tan pronto terminan sus estudios, los alumnos de tales centros de enseñanza son designados para el desempeño de cargos de considerable importancia en los distintos departamentos del Estado. Andréi Antónovich tenía un tío que era teniente coronel de ingenieros y otro que era panadero; pero consiguió ingresar en uno de esos colegios aristocráticos, donde encontró a bastantes miembros de su misma tribu en una situación similar a la suya. Era un compañero alegre; no brillaba en los estudios, pero todo el mundo lo apreciaba. Y en los cursos superiores, cuando muchos de aquellos jóvenes, en su mayoría rusos, habían aprendido ya a debatir los más elevados asuntos contemporáneos, y parecía como si solo estuvieran esperando a dejar la escuela para resolver toda clase de problemas, Andréi Antónovich aún seguía dedicándose a las más inocentes chiquilladas. Hacía reír a todo el mundo con sus ocurrencias, escasamente maliciosas en verdad, a lo sumo algo cínicas, pero con las que conseguía lo que se proponía. En ocasiones, cuando un profesor le hacía una pregunta en clase, se sonaba la nariz de un modo asombroso, despertando las risas de sus compañeros y del profesor; otras veces, representaba en el dormitorio alguna escena desvergonzada, ante la ovación general, o interpretaba, valiéndose tan solo de la nariz (y con notable virtuosismo), la obertura de *Fra Diavolo*[197]. También destacaba por su estudiado desaliño, que por alguna razón consideraba muy ingenioso. En su último año de colegio había empezado a escribir versos en ruso. De su lengua nativa tenía un conocimiento agramatical, como ocurre en Rusia con muchos de los miembros de esa tribu. Su afición a los versos lo acercó a un compañero tétrico y atormentado, hijo de un general pobre, ruso de nación, a quien tenían en el colegio por una futura eminencia literaria. Éste lo tomó bajo su protección. Pero ocurrió que, tres años después de terminar el colegio, aquel tétrico compañero, que había dejado su carrera como funcionario en beneficio de la literatura rusa y que, en consecuencia, calzaba unas botas agujereadas, le castañeteaban los dientes de frío y vestía un abrigo de entretiempo en lo más crudo del otoño, se encontró casualmente junto al puente de Aníchkov[198] a su antiguo *protégé*, a «Lembka»: así era, por cierto, como todos lo llamaban en la escuela. Y ¿qué fue lo que pasó? Ni tan siquiera lo había reconocido a primera vista, y se detuvo asombrado. Tenía ante él a un joven impecablemente vestido, con unas patillas de tono pelirrojo primorosamente recortadas, lentes, botas lustrosas, guantes recién estrenados, un amplio abrigo de Charmeur y una cartera bajo el brazo. Lembke se mostró muy cordial con su amigo, le dio su dirección y lo invitó a que fuera cualquier tarde a verlo a su casa. Resultó, por añadidura, que ya no era «Lembka», sino Von Lembke. En todo caso, el compañero de estudios fue a visitarlo, quizá tan solo por malicia. En las escaleras, bastante feas y nada representativas, aunque cubiertas por una alfombra roja, fue recibido e interrogado por el portero. Sonó arriba un fuerte campanillazo. Pero, en lugar de las riquezas que se esperaba el visitante, encontró a su «Lembka» en un cuartucho lateral de aspecto sombrío y decrépito, dividido en dos por una enorme cortina de color verde oscuro, con muebles confortables, pero viejísimos, también de color verde oscuro, al igual que los visillos de las altas y angostas ventanas. Von Lembke se

alojaba en casa de un pariente muy lejano, un general que le daba su protección. Recibió a su visitante con amabilidad, se mostró serio y exquisitamente gentil. Hablaron de literatura, pero dentro de los límites del decoro. Un criado de corbata blanca les trajo un té más bien flojo y unas galletas redondas. El compañero, por incordiar, pidió agua de Seltz. Se la sirvieron con cierto retraso, y a Lembke le dio algo de apuro volver a llamar al criado para recordárselo. No obstante, le preguntó a su invitado si quería comer algo, y se le vio satisfecho cuando el otro declinó su ofrecimiento y acabó marchándose. En resumidas cuentas, Lembke estaba empezando su carrera, y vivía a costa de su pariente, el influyente general.

En aquel tiempo suspiraba por la quinta hija del general, y tenía la impresión de que era correspondido. A pesar de lo cual, llegado el momento, casaron a Amalia con un anciano industrial alemán, antiguo camarada del viejo general. Andréi Antónovich no lloró demasiado, pero montó un teatro de papel. Se levantaba el telón, salían los actores y gesticulaban con las manos; había espectadores en los palcos; merced a unos resortes, la orquesta movía los arcos sobre los violines, el director agitaba la batuta, y oficiales y galanes aplaudían en la platea. Todo hecho de papel, todo pensado y construido por el propio Von Lembke; le consagró seis meses a ese teatro. El general organizó una velada íntima expresamente dedicada a él: se exhibió el teatro, las cinco hijas del general, incluida la recién casada Amalia, su industrial y otras muchas señoras y señoritas con sus acompañantes alemanes lo examinaron atentamente y lo elogiaron; después todos bailaron. Lembke estaba muy satisfecho y no tardó en consolarse.

Pasaron los años y su carrera se fue consolidando. Siempre obtenía buenos puestos, siempre a las órdenes de superiores de su misma tribu, hasta que, finalmente, alcanzó un cargo de gran importancia para alguien de su edad. Hacía ya mucho tiempo que deseaba casarse y que venía buscando cuidadosamente con quién. A escondidas de sus superiores había mandado una novela a la redacción de una revista, pero no se la habían publicado. Por otra parte, había construido un tren entero de papel, y una vez más el resultado había sido espléndido: los viajeros salían de la estación, con maletas y bolsos de viaje, con niños y con perros, y se montaban en los vagones. Revisores y mozos iban de acá para allá, sonaba una campanilla, se daba la señal y el tren se ponía en marcha. Se había pasado un año entero ocupado con este ingenioso aparato. Pero, en cualquier caso, tenía que casarse. Su círculo de relaciones era bastante amplio, especialmente entre los alemanes; pero no le faltaban conocidos en los círculos rusos, sobre todo en virtud de su cargo. Finalmente, cuando ya había cumplido los treinta y ocho años, recibió una herencia. Había muerto su tío panadero, dejándole trece mil rublos en su testamento. Ahora lo que importaba era el puesto. El señor Von Lembke, a pesar de toda la pompa que lo rodeaba en su vida oficial, era un hombre bastante modesto. Él se habría contentado con algún puestecillo oficial independiente, que llevara aparejada la libre disposición de leña estatal o alguna otra bicoca por el estilo, y así se habría pasado toda la vida. Pero entonces, en lugar de la esperada Minna o Ernestina, apareció de pronto Yulia Mijáilovna. Al instante, su carrera

subió de nivel. El modesto y atildado Von Lembke sintió que él también podía ser ambicioso.

Yulia Mijáilovna era propietaria de doscientas almas, según el cómputo antiguo, y además contaba con poderosos protectores. Por otra parte, Von Lembke era apuesto, y ella pasaba ya de los cuarenta. Lo curioso es que poco a poco se fue enamorando de ella verdaderamente, a medida que se iba sintiendo su prometido. La mañana del día de la boda le envió unos versos. A ella le gustó mucho, hasta los versos le gustaron: cuarenta años no es cosa de broma. Él no tardó en ser ascendido y en recibir una distinción, y entonces lo destinaron a nuestra provincia como gobernador.

Antes de venir aquí, Yulia Mijáilovna se esforzó por moldear a su marido. En su opinión, no le faltaban dotes, sabía cómo hacer su entrada en un sitio y darse a conocer, sabía escuchar y callar con aire reflexivo, había aprendido a adoptar algunas posturas de lo más decorosas, era capaz incluso de pronunciar un discurso, hasta tenía algunos retazos de ideas y había adquirido el indispensable barniz del más reciente liberalismo. De todos modos, le preocupaba que fuera, en cierto sentido, tan poco receptivo, y que después de su larga, de su interminable búsqueda de una carrera empezase a sentir claramente la necesidad de descanso. Ella habría querido contagiarlo de su propia ambición, pero a él le dio de pronto por montar una iglesia protestante: el pastor salía a pronunciar el sermón, los feligreses escuchaban con las manos piadosamente entrelazadas, una señora se enjugaba las lágrimas con el pañuelo, un anciano se sonaba la nariz; al final se oía el órgano, que habían hecho traer ex profeso de Suiza, sin reparar en gastos. Yulia Mijáilovna, un tanto alarmada incluso, desmanteló todo aquel tinglado en cuanto tuvo noticia de él, y lo guardó en una caja, bajo llave, en su propio cuarto; como compensación, permitió a su marido escribir una novela, eso sí, sin que nadie se enterase. A partir de entonces, decidió contar exclusivamente consigo misma. Lo malo es que había en su actitud demasiada ligereza y escaso criterio. El destino había querido que fuese una solterona durante demasiado tiempo. Ahora las ideas iban sucediéndose, unas tras otras, en su imaginación ambiciosa y un tanto exasperada. Abrigaba distintos proyectos, estaba decidida a gobernar la provincia, soñaba con estar convenientemente rodeada desde el primer momento, adoptó una determinada línea de actuación. Von Lembke llegó incluso a asustarse, aunque no tardó en darse cuenta, con su tacto burocrático, de que no había motivos de alarma en lo tocante a la gobernación de la provincia. Los primeros dos o tres meses transcurrieron de un modo muy satisfactorio. Pero en éstas apareció Piotr Stepánovich y empezó a suceder algo extraño.

Ocurrió que el joven Verjovenski exhibió desde el primer momento una manifiesta falta de respeto a Andréi Antónovich y se arrogó una serie de extraños derechos sobre él, mientras Yulia Mijáilovna, siempre tan celosa de la dignidad de su marido, se negaba a reparar en eso, o al menos no le daba ninguna importancia. El joven se convirtió en su favorito, comía, bebía y poco menos que dormía en su

casa. Von Lembke intentó defenderse, lo llamaba «joven» en presencia de extraños, le daba palmaditas en la espalda con aire condescendiente, pero nada de eso le hacía efecto: Piotr Stepánovich parecía reírse de él en su cara, incluso cuando daba la sensación de que estaba hablando en serio, y le decía las cosas más insólitas en público. Una vez, al volver a casa, se encontró al joven en su despacho, durmiendo en un sofá sin que nadie le hubiera dado permiso. Piotr Stepánovich se justificó diciendo que había entrado a verlo y, al no encontrarlo en casa, «había aprovechado para echarse la siesta». Von Lembke estaba indignado y volvió a quejarse a su mujer; ésta, burlándose de su susceptibilidad, observó maliciosamente que era él, al parecer, el que no sabía hacerse respetar; al menos, con ella «ese chiquillo» nunca se permitía familiaridades; y que, en realidad, «era un joven ingenuo e inexperto, por más que se situara al margen del marco de la sociedad». Von Lembke se enfurruñó. En aquella ocasión, Yulia Mijáilovna los reconcilió. No es que Piotr Stepánovich pidiera disculpas, pero sí salió del apuro con una especie de broma grosera que en otras circunstancias se habría podido interpretar como una nueva ofensa, pero que en este caso pasó por una muestra de arrepentimiento. Lo más grave del caso era que Andréi Antónovich había desbarrado desde el principio, revelándole, en concreto, el secreto de su novela. Imaginando que se trataba de un joven fogoso, lleno de poesía, y dado que soñaba desde hacía tiempo con que alguien le hiciese caso, una tarde, a los pocos días de conocerse, le había leído dos capítulos. Piotr Stepánovich escuchó sin disimular su tedio, bostezó groseramente y no le dedicó un solo elogio; no obstante, al marcharse, le pidió el manuscrito para leerlo en casa, en su tiempo libre, y poder así formarse una opinión, y Andréi Antónovich se lo dio. Desde entonces no le había devuelto el manuscrito, a pesar de que visitaba su casa a diario, y respondía con risas a sus preguntas; finalmente declaró que lo había perdido en la calle el primer día. Al enterarse, Yulia Mijáilovna se enfadó terriblemente con su marido.

—¿No le habrás contado también lo de la iglesia protestante? —estalló, muerta de miedo.

A Von Lembke le dio por devanarse los sesos, algo que perjudicaba su salud y que le tenían prohibido los médicos. Aparte del hecho de que había ya signos de inquietud en la provincia, de los que ya hablaremos más adelante, tenía sus propios motivos de preocupación: su corazón estaba herido, y no solo su vanidad como autoridad. Al contraer matrimonio, a Andréi Antónovich ni se le había pasado por la cabeza la posibilidad de tener que enfrentarse a conflictos o disensiones familiares en el futuro. Así se lo había imaginado toda su vida, soñando con Minna o Ernestina. Finalmente, Yulia Mijáilovna tuvo una explicación sincera con él.

—No puedes enfadarte por eso —le dijo—, aunque solo sea porque tú eres tres veces más juicioso que él y ocupas una posición incomparablemente superior en la escala social. En ese muchacho hay aún muchos resabios de sus antiguos hábitos de librepensador, si bien, en mi opinión, no son más que chiquilladas; pero

no podemos precipitarnos con él, hay que proceder gradualmente. Hay que saber valorar a nuestra juventud; tratándolos con afecto, impido que se lancen al abismo.

—Pero es que dice unas cosas horribles —replicó Von Lembke—. Yo no puedo mostrarme tolerante cuando afirma públicamente y en mi presencia que el gobierno emborracha con vodka al pueblo con el único fin de embrutecerlo y evitar así que se rebele. Imagínate cuál es mi situación cuando tengo que escuchar eso delante de todo el mundo.

Al decir esto, Von Lembke se acordó de una conversación que había tenido, no hacía mucho tiempo, con Piotr Stepánovich. Con el ingenuo e inocente propósito de hacer gala de su liberalismo, le había mostrado su colección privada de octavillas de toda índole, rusas y extranjeras, que llevaba reuniendo metódicamente desde 1859, no como mero aficionado, sino por una provechosa curiosidad. Piotr Stepánovich, que adivinó sus intenciones, comentó con brusquedad que en una sola línea de cualquiera de aquellas octavillas había más ideas que en toda una oficina gubernamental, «sin excluir, probablemente, la de usted».

Lembke se quedó de piedra.

—Pero aquí aún es pronto para eso, es algo prematuro —dijo en un tono casi implorante, señalando las octavillas.

—No, no es prematuro; ya ve usted que les tiene miedo, eso quiere decir que no es pronto.

—Pero aquí, por ejemplo, hay una incitación a destruir las iglesias.

—Y ¿por qué no? Es usted un hombre inteligente y, desde luego, personalmente no cree en esas cosas, pero sabe de sobra que necesitan la fe para embrutecer al pueblo. La verdad es más decente que la mentira.

—De acuerdo, de acuerdo, estoy totalmente de acuerdo con usted, pero en este país aún es pronto para eso, aún es pronto… —Von Lembke frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué clase de funcionario del gobierno es usted si está de acuerdo en que hay que demoler las iglesias y marchar sobre San Petersburgo armados con garrotes, y a lo único que pone objeciones es a los plazos?

Atrapado de un modo tan burdo, Lembke se sintió dolido.

—No es eso, no es eso —dijo con vehemencia, cada vez más herido en su amor propio—; usted, como es joven y, sobre todo, no está al corriente de nuestros objetivos, se equivoca. Verá, mi querido Piotr Stepánovich, usted nos llama

funcionarios del gobierno, ¿no es así? Muy bien. ¿Funcionarios independientes? Muy bien. Pero, permítame, ¿cómo actuamos nosotros? Tenemos una responsabilidad y, en definitiva, servimos a la causa común, igual que ustedes. Lo que ocurre es que mantenemos en pie aquello que ustedes pretenden derribar, y aquello que, de no ser por nosotros, se desmoronaría. No somos enemigos suyos, ni mucho menos, y les decimos: vayan por delante, progresen, incluso pueden derribar lo que está viejo, lo que necesita ser rehecho; pero nosotros, cuando sea preciso, les marcaremos los límites necesarios y de ese modo les salvaremos de sí mismos, pues sin nosotros harían tambalearse a Rusia, despojándola de toda decencia exterior, y nuestra tarea consiste en preservar esa decencia. Dese cuenta de que ustedes y nosotros nos necesitamos mutuamente. En Inglaterra los *whigs* y los *tories* se necesitan los unos a los otros. Pues bien: ustedes son los *whigs* y nosotros los *tories*; así lo entiendo yo.

Andréi Antónovich se dejó llevar por su entusiasmo. Le gustaba, ya desde los tiempos de San Petersburgo, dárselas de intelectual y liberal, y lo importante era que allí nadie espiaba sus palabras. Piotr Stepánovich callaba y exhibía una seriedad que no era normal en él. Eso espoleó aún más al orador.

—¿Sabe usted que soy «el amo de la provincia»? —prosiguió Von Lembke, paseándose por el despacho—. ¿Sabe que tengo tantas obligaciones que no puedo cumplir con ninguna de ellas, y que al mismo tiempo puedo decir con toda sinceridad que aquí no tengo nada que hacer? El secreto está en que aquí todo depende del parecer del gobierno. Imagínese que al gobierno se le ocurriera proclamar la república, no sé, por razones políticas o para aplacar las pasiones, y que, por otra parte, reforzara el poder de los gobernadores; pues nosotros, los gobernadores, transigiríamos con la república; y no solo con la república: transigiríamos con todo lo que usted quiera; yo, por lo menos, tengo la sensación de que estaría dispuesto… En una palabra, si el gobierno me dicta por telégrafo: «*Activité dévorante*», yo le doy *activité dévorante*. Yo les he dicho aquí, a la cara: «Respetables señores, para preservar el equilibrio y desarrollar todas las instituciones provinciales se requiere una cosa: reforzar los poderes del gobernador». Verá, lo que hace falta es que todas esas instituciones, sean del *zemstvo* o sean judiciales, tengan, por así decir, una doble vida; esto es, conviene que existan (estoy de acuerdo en que es algo indispensable), pero, por otra parte, conviene que no existan. Todo en función del parecer del gobierno. Si le da por pensar que tales organismos, de buenas a primeras, son imprescindibles, yo me ocuparé de que estén listos enseguida. Que ya no son imprescindibles… entonces nadie los verá por aquí. Así entiendo yo la *activité dévorante*, y ésta no será posible sin un incremento de los poderes del gobernador. Estamos hablando cara a cara usted y yo. Como sabe, ya he informado a San Petersburgo de la necesidad de contar con un centinela especial delante de la puerta de la residencia del gobernador. Estoy esperando la respuesta.

—Necesita usted dos —dijo Piotr Stepánovich.

—¿Por qué dos? —Von Lembke se detuvo delante de él.

—Creo que uno es poco para que le respeten. Necesita usted dos, sin duda.

Andréi Antónovich torció el gesto.

—Usted… solo Dios sabe las libertades que usted se toma, Piotr Stepánovich. Abusando de mi bondad, dice usted cosas muy hirientes y hace el papel de *bourru bienfaisant…*[199]

—Bueno, como usted quiera —murmuró Piotr Stepánovich—, pero en cualquier caso ustedes nos allanan el camino y preparan nuestro éxito.

—Pero ¿a quién se refiere cuando dice «nosotros»? Y ¿de qué éxito habla? —Von Lembke, sorprendido, se quedó mirándolo fijamente, pero no obtuvo respuesta.

Cuando tuvo noticia de cómo había ido la conversación, Yulia Mijáilovna se mostró muy descontenta.

—Pero es que no puedo —se defendía Von Lembke— tratar a tu favorito de forma autoritaria, y menos cara a cara… Puede que me haya ido de la lengua… por mi buen corazón.

—Demasiado bueno. No sabía que tenías una colección de octavillas; haz el favor de enseñármelas.

—Pero… pero es que me ha pedido que se las prestara por un día.

—¡Y usted[200], como siempre, se las habrá dejado! —dijo enfadada Yulia Mijáilovna—. ¡Qué falta de tacto!

—Ahora mismo mando a alguien a reclamárselas.

—No las va a entregar.

—¡Se lo exigiré! —estalló Von Lembke, y se puso en pie de un salto—. ¿Quién es él para tenerle tanto miedo y quién soy yo para no atreverme a hacer nada?

—Siéntese y cálmese —lo detuvo Yulia Mijáilovna—; responderé a su primera pregunta: me lo han recomendado encarecidamente, tiene talento y en ocasiones dice cosas sumamente ingeniosas. Karmazínov me aseguró que tiene relaciones prácticamente en todas partes y que ejerce una enorme influencia en la juventud de la capital. Y, si por mediación suya consigo atraer a todos los demás y

los agrupo en torno a mí, evitaré su perdición marcándoles un nuevo camino para sus ambiciones. Me muestra una sincera devoción y me obedece en todo.

—Pero, mientras los tratamos con tantos miramientos, son capaces… solo el diablo sabe de lo que son capaces —trataba de defenderse Von Lembke de un modo confuso—, pero… pero el caso es que he oído que en no sé qué distrito han aparecido unas proclamas.

—Ese rumor ya corría en verano: proclamas, billetes falsos y no sé cuántas cosas más, pero hasta la fecha no se ha encontrado nada de eso. ¿Quién se lo ha dicho?

—Se lo he oído a Von Blum.

—¡Ay, líbreme de ese dichoso Blum y nunca lo vuelva a mencionar en mi presencia!

Yulia Mijáilovna se puso hecha una furia y estuvo como un minuto sin poder ni hablar. Von Blum era un empleado de la oficina del gobernador al que tenía especial inquina. Ya nos ocuparemos de eso más adelante.

—Haz el favor de no preocuparte por Verjovenski —dijo, zanjando la conversación—; si hubiera tomado parte en alguna locura, no hablaría del modo que lo hace contigo y con toda la gente de por aquí. Los charlatanes no son peligrosos, y me atrevería a decir que, si llegase a ocurrir algo, yo sería la primera en saberlo por él. Me muestra una devoción fanática, fanática.

Señalaré, adelantándome a los acontecimientos, que, de no haber sido por la obstinación y la vanidad de Yulia Mijáilovna, es posible que no hubiera ocurrido nada de lo que aquella gentuza malvada logró perpetrar entre nosotros. ¡Ella es responsable de tantas cosas!

Capítulo V. Vísperas del festejo

I

La fecha del festejo ideado por Yulia Mijáilovna en beneficio de las institutrices de nuestra provincia ya había sido fijada y aplazada varias veces. A su alrededor revoloteaban, invariablemente, Piotr Stepánovich, Liamshin, aquel modesto funcionario que en otros tiempos solía visitar a Stepán Trofímovich y que de repente había caído en gracia en casa del gobernador por saber tocar el piano, y a quien utilizaban como recadero, también Liputin, con quien Yulia Mijáilovna contaba como redactor de un futuro periódico provincial independiente, algunas damas y damiselas y, por último, el propio Karmazínov, que, aunque no revoloteaba, había anunciado bien alto y con aire satisfecho que sorprendería gratamente a todo el mundo cuando dieran comienzo las cuadrillas literarias. Había surgido un número colosal de suscriptores y donantes, la flor y nata de nuestra sociedad; pero también había sitio para los menos selectos, siempre y cuando se presentaran con dinero. Yulia Mijáilovna comentó que en ocasiones es preciso admitir la mezcla de clases sociales, pues, de otro modo, «¿quién iba a educarlos?». Se constituyó un comité doméstico informal, al que se encomendó que el festejo fuese democrático. El extraordinario número de suscripciones incitaba al dispendio; se pretendía hacer algo prodigioso: de ahí los sucesivos aplazamientos. Aún no estaba decidido dónde se iba a dar el baile, si en la enorme mansión de la decana de la nobleza, que estaba dispuesta a cederla para ese día, o en casa de Varvara Petrovna, en Skvoréshniki. Skvoréshniki quedaba un poco lejos, pero muchos miembros del comité insistían en que allí estarían «más a sus anchas». La propia Varvara Petrovna estaba deseosa de que eligiesen su casa. Cuesta entender por qué esta mujer tan orgullosa adulaba a Yulia Mijáilovna. Seguramente le agradaba que ésta, a su vez, se humillara, o poco menos, ante Nikolái Vsévolodovich y se mostrara más atenta con él que con nadie. Insisto: Piotr Stepánovich no se cansaba de repetir una y otra vez en casa del gobernador la idea, que ya había dejado caer anteriormente, de que Nikolái Vsévolodovich tenía unos vínculos misteriosos con los círculos más secretos y muy probablemente había venido a la ciudad con alguna misión.

En aquellos días la gente tenía un estado de ánimo muy poco corriente. Entre las damas, en concreto, cundía una especie de frivolidad, y no se puede decir que hubiera surgido gradualmente. Algunas nociones extremadamente desenfadadas parecían flotar en el ambiente. Había una especie de regocijo, de liviandad, y no puedo decir que fuera siempre agradable. La falta de rigor en las ideas se había puesto de moda. Más tarde, cuando todo aquello terminó, echaron la culpa a Yulia Mijáilovna, a las personas de su círculo y a su influencia; pero difícilmente podía ser ella la causante de todo lo ocurrido. Al contrario; al principio

muchos rivalizaban en ensalzar a la nueva gobernadora por haber sabido unir a la sociedad y haber hecho que todo fuera más alegre. Tuvieron lugar algunos sucesos escandalosos de los que Yulia Mijáilovna no fue en modo alguno responsable, pero entonces todo el mundo se limitó a reír y divertirse, sin que nadie fuera capaz de ponerles coto. Es verdad que un grupo bastante considerable de personas, con su peculiar manera de valorar el curso de los acontecimientos, quedó al margen de todo aquello; pero esta gente tampoco protestó en aquellos momentos; de hecho, sonreía.

Recuerdo que en aquellos días se formó de manera espontánea un círculo bastante extenso cuyo centro, a decir verdad, seguramente se encontraba en la sala de estar de Yulia Mijáilovna. En este círculo íntimo que la rodeaba, naturalmente entre sus miembros más jóvenes, estaba permitido —y hasta se convirtió en la norma— hacer todo tipo de locuras, algunas de ellas, la verdad sea dicha, bastante extravagantes. Había entre esa gente algunas damas realmente encantadoras. Los jóvenes organizaban excursiones y saraos, en ocasiones recorrían la ciudad en coches y a caballo, formando auténticas cabalgatas. Buscaban aventuras, y hasta las inventaban a propósito, solo para tener alguna anécdota divertida que contar. Trataban nuestra ciudad como si fuera una especie de Glúpov[201]. La gente los llamaba guasones y bufones, porque no respetaban nada. Ocurrió, por ejemplo, que la mujer de un teniente local, una morena muy jovencita aún, aunque bastante ajada por el trato que recibía de su marido, en una de aquellas veladas, por pura frivolidad, se sentó a jugar al *yeralash*, y empezó a apostar fuerte, en la esperanza de ganar lo suficiente para comprarse una mantilla, pero no solo no ganó, sino que perdió quince rublos. Temiendo al marido y sin tener con qué pagar, evocó su coraje de otros tiempos y decidió pedirle discretamente un préstamo, allí mismo, en plena velada, al hijo de nuestro alcalde, un jovenzuelo de lo más indecente, un vicioso precoz. Éste no solo se lo negó, sino que fue a contárselo al marido, riéndose a carcajadas. El teniente, que vivía solo de su salario y pasaba grandes estrecheces, se llevó a la mujer a casa y se despachó con ella a gusto, a pesar de los lamentos, los gritos y las súplicas de ella, que le pedía perdón de rodillas. Esta historia tan repugnante solo despertó risas en la ciudad y, a pesar de que la pobre tenienta no formaba parte del círculo de confianza de Yulia Mijáilovna, una de las damas de aquellas «cabalgatas», una persona excéntrica y lanzada, que conocía de algo a la tenienta, fue a verla y se la llevó a su casa sin más. Aquí cayó de inmediato en manos de nuestros alborotadores, que la halagaron, la colmaron de regalos y la retuvieron cuatro días sin devolvérsela al marido. Estuvo viviendo en casa de la intrépida señora, paseándose por toda la ciudad con ella y con la alegre compañía de la mañana a la noche, participando en festejos y bailes. No paraban de incitarla a que llevara a su marido ante los tribunales, montando un escándalo. Le aseguraban que todos la apoyarían, que acudirían a declarar como testigos. El marido no decía nada, no se atrevía a presentar batalla. La pobrecilla finalmente se dio cuenta de que estaba en un aprieto, y al cuarto día, al anochecer, medio muerta de miedo, escapó de sus protectores y volvió con su teniente. No se conoce con detalle lo que sucedió con los esposos, pero hubo dos postigos de la casita baja de

madera en la que residía el teniente que no se abrieron en un par de semanas. Cuando se enteró de lo ocurrido, Yulia Mijáilovna se enfadó con los alborotadores y se quedó muy descontenta con la conducta de aquella intrépida señora, aunque ésta le había presentado a la mujer del teniente el mismo día del rapto. En todo caso, el incidente no tardó en caer en el olvido.

En otra ocasión, un modesto funcionario, respetado padre de familia, casó a su hija, una muchacha de diecisiete años —una belleza a la que conocía todo el mundo—, con un joven de otro distrito, funcionario también de poca monta. Pero se supo de repente que la misma noche de bodas el novio había tratado de un modo infame a su bella esposa, vengando en ésta su honor ultrajado. Liamshin, que había sido poco menos que testigo de la escena, pues había bebido de más en la boda y había tenido que quedarse a pasar la noche en la casa, en cuanto amaneció le fue a todo el mundo con el cuento. En un santiamén se formó una partida integrada por una decena de individuos, todos montados, algunos con caballos cosacos de alquiler, como, por ejemplo, Piotr Stepánovich y Liputin, el cual, a despecho de sus canas, participaba por aquel entonces en casi todas las aventuras escandalosas protagonizadas por nuestra alocada juventud. Cuando los recién casados aparecieron en la calle, subidos en un *drozhki* de dos caballos, listos para las visitas de rigor que, según es costumbre, hay que efectuar ineludiblemente al día siguiente de la ceremonia, la cabalgata rodeó al vehículo con una alegre risotada y lo escoltó por toda la ciudad a lo largo de la mañana. Ciertamente, no entraron en las casas, sino que esperaron en la puerta, sin apearse de los caballos; se abstuvieron de insultar abiertamente a los esposos, pero no dejaron de armar un escándalo. Toda la ciudad empezó a hablar de aquello. No hace falta decir que todos se rieron. Pero Von Lembke acabó enfadándose y, una vez más, tuvo una escena acalorada con Yulia Mijáilovna. Ésta también se irritó sobremanera y tomó la decisión de echar a los alborotadores de su casa. Pero al día siguiente los perdonó a todos ellos, merced a la insistencia de Piotr Stepánovich y a unas cuantas palabras de Karmazínov. Éste había encontrado la «broma» muy ingeniosa.

—Responde a las costumbres locales —dijo—; al menos, es algo típico y… desenfadado; ya lo ve, todo el mundo se ríe, la única indignada es usted.

Pero algunas travesuras, de un tono muy característico, resultaron intolerables.

Apareció en la ciudad una librera de lance que se dedicaba a vender evangelios; era una mujer digna de respeto, aunque perteneciera a la clase de los menestrales. La gente hablaba de ella, porque recientemente habían aparecido interesantes reportajes sobre los libreros de lance en los periódicos de la capital. El bufón de Liamshin, que siempre andaba metido en estas cosas, contando con la ayuda de un seminarista que, a la espera de obtener una plaza de maestro en una escuela, llevaba una vida ociosa, hizo lo siguiente: con mucho disimulo, haciendo

como que estaba interesado en comprar algún evangelio, le metió en el saco a la librera un sobre lleno de fotografías indecentes y obscenas, traídas del extranjero. Éstas habían sido cedidas expresamente a tal fin, como se supo después, por un anciano de intachable reputación, cuyo apellido omitiré, el cual lucía al cuello una importante condecoración y al que le gustaban, según sus propias palabras, «la risa sana y las bromas alegres». Cuando la pobre mujer empezó a sacar sus libros sagrados en nuestra galería comercial, a la vez fueron saliendo las fotografías. Se oyeron risas y protestas; se congregó la multitud, empezaron los insultos, si no se llegó a las manos fue porque la policía se presentó a tiempo. Se llevaron detenida a la librera, y solo por la tarde, gracias a los desvelos de Mavriki Nikoláievich, que se había enterado con indignación de los detalles íntimos de esta repugnante historia, la soltaron y la expulsaron de la ciudad. Así las cosas, Yulia Mijáilovna estuvo en un tris de cerrarle las puertas de su casa a Liamshin, pero aquella misma tarde todo nuestro círculo lo acompañó hasta allí, con la noticia de que había compuesto una nueva pieza para piano, algo muy especial, y la convencieron de que, por lo menos, la oyera. La pieza, que tenía el chusco título de *La guerra franco-prusiana*, era realmente divertida. Empezaba con los ominosos compases de *La marsellesa*:

Qu'un sang impur abreuve nos sillons![202]

Se oía el pomposo llamamiento, la exaltación de las futuras victorias. Pero de pronto, combinados magistralmente con las variaciones rítmicas del himno, procedentes de un lateral, más abajo, de algún rincón, aunque muy cerca, se oyeron las notas vulgares de *Mein lieber Augustin*[203]. *La marsellesa* no les presta atención, *La marsellesa* está en el punto culminante de embriaguez con su propia grandeza; pero *Augustin* va ganando fuerza, *Augustin* es cada vez más insolente, hasta que inesperadamente los compases de *Augustin* empiezan a fundirse con los de *La marsellesa*. Esta parece ponerse furiosa; repara finalmente en *Augustin*, pretende deshacerse de él, apartarlo de su lado como si fuera una mosca tan molesta como insignificante, pero *Mein lieber Augustin* resiste con fuerza; es una canción alegre y confiada, festiva y descarada, y *La marsellesa* parece de pronto alelada: ya no disimula que se siente irritada y ofendida; todo se vuelve lamentos de indignación, lágrimas y juramentos con los brazos extendidos, implorando a la Providencia:

Pas un pouce de notre terrain, pas une pierre de nos forteresses![204]

Pero ahora se ve obligada a cantar al mismo ritmo que *Mein lieber Augustin*. Su melodía, del modo más tonto, se transforma en la melodía de *Augustin*, *La marsellesa* declina y se extingue. Solo de vez en cuando, a intervalos, se vuelve a oír: «*Qu'un sang impur…*», pero inmediatamente deja paso, de un modo humillante, al rastrero vals. Se rinde definitivamente: ahora es Jules Favre, que solloza sobre el pecho de Bismarck y se lo entrega todo, todo[205]… Pero enseguida es *Augustin* el que se enfurece: se oyen sonidos roncos, se siente la cerveza consumida sin mesura, la frenética arrogancia, las exigencias de miles de millones, de cigarros

finos, de champán y de rehenes; *Augustin* se transforma en un rugido salvaje… La guerra franco-prusiana llega a su fin. Aplauden los nuestros, Yulia Mijáilovna sonríe y dice: «¿Cómo vamos a echarlo de aquí?». Se hacen las paces. El muy bribón tenía verdadero talento. Stepán Trofímovich me aseguró en cierta ocasión que los mayores genios artísticos pueden ser unos auténticos canallas, y que una cosa no quita la otra. Más tarde se rumoreó que Liamshin le había robado aquella pieza a un joven modesto, de mucho talento, conocido suyo, que estaba de paso en la ciudad y cuyo nombre no llegó a revelarse; pero eso es otro tema. El granuja de Liamshin, que durante algunos años había estado revoloteando en torno a Stepán Trofímovich, representando en sus veladas, cada vez que se le requería, a distintos tipos de judíos, la confesión de una aldeana sorda o el nacimiento de un niño, se dedicaba ahora, entre otras cosas, a parodiar de un modo grotesco en casa de Yulia Mijáilovna al propio Stepán Trofímovich, con el título de «Un liberal de los años cuarenta». Todo el mundo se desternillaba de risa, de modo que al final se hizo imposible prescindir de aquel individuo: se había vuelto indispensable. Para colmo, adulaba servilmente a Piotr Stepánovich, el cual, a su vez, ejercía por aquel entonces una influencia llamativamente poderosa sobre Yulia Mijáilovna…

No me habría detenido a hablar de este sinvergüenza —y, de hecho, no vale la pena detenerse en él— de no haberse producido un suceso repulsivo en el que, según se dice, él también intervino, y ese suceso no puedo pasarlo por alto en mi crónica.

Una mañana corrió por toda la ciudad la noticia de un odioso y abominable sacrilegio. A la entrada de la enorme plaza del mercado se alza la antigua iglesia de la Natividad de la Virgen, que es uno de los monumentos más notables de nuestra vetusta ciudad. Junto al portalón de acceso al recinto se encuentra desde hace mucho tiempo un gran icono de la Madre de Dios, colgado del muro detrás de una reja. Pues bien, la imagen había sido robada: después de romper el cristal de la urna y destrozar la reja, habían arrancado de la corona y el manto algunas perlas y piedras preciosas, no sé cómo de valiosas. Pero lo más grave era que, aparte del robo, se había cometido un sacrilegio tan insensato como irreverente: tras los cristales rotos del icono habían hallado por la mañana, según cuentan, un ratón vivo. Ahora, cuatro meses más tarde, se sabe positivamente que el delito fue perpetrado por el presidiario Fedka, pero hay razones para sospechar que Liamshin también tuvo parte en él. En su momento nadie habló de Liamshin ni sospechó de él, pero ahora todo el mundo asegura que fue él quien puso allí el ratón. Recuerdo que todas nuestras autoridades estaban un tanto confusas. Desde por la mañana, la gente se congregó en el lugar del crimen. Había allí a todas horas una muchedumbre, no especialmente numerosa, pero sí al menos de unas cien personas. Unos llegaban y otros se marchaban. Los que llegaban se persignaban y se postraban ante la imagen; empezaron los donativos, y enseguida apareció la bandeja de las colectas de la iglesia, y un monje junto a ella, y solo a eso de las tres de la tarde las autoridades pensaron en la posibilidad de impedir que se formaran grandes grupos, obligando a la gente a que, después de rezar, inclinarse ante la

imagen y hacer sus donativos, siguiera adelante sin detenerse. Este desdichado suceso le dejó a Von Lembke una sensación de lo más lúgubre. Según me han dicho, Yulia Mijáilovna contó más tarde que a partir de aquella nefasta mañana había empezado a advertir en su marido aquel extraño abatimiento que ya no lo abandonaría hasta el momento mismo de su partida, hace ahora dos meses, cuando la enfermedad lo obligó a marcharse de nuestra ciudad, y al parecer aún lo acompaña en Suiza, donde sigue con su reposo tras su breve estancia en nuestra provincia.

Recuerdo que llegué a la plaza antes de la una de la tarde; reinaba el silencio entre la muchedumbre y los semblantes parecían atribulados y serios. Un comerciante, gordo y cetrino, llegó en un *drozhki*; se apeó del vehículo, se inclinó hasta el suelo, besó la imagen con devoción, donó un rublo, se subió suspirando al *drozhki* y partió. Llegó después una calesa con dos de nuestras damas, acompañadas por dos golfos locales. Los jóvenes (uno de los cuales ya no era tan joven) también bajaron del vehículo y se abrieron paso hasta el icono, apartando a la gente con malos modos. Ninguno de los dos se descubrió, y uno de ellos se ajustó las lentes sobre la nariz. La gente empezó a murmurar, ciertamente con sordina, pero en un tono nada amistoso. El joven de las lentes sacó del monedero, rebosante de billetes, un kopek de cobre y lo arrojó a la bandeja; los dos, riéndose y hablando a voces, se volvieron para la calesa. En ese momento se presentó a caballo Lizaveta Nikoláievna, en compañía de Mavriki Nikoláievich. Desmontó, le lanzó las riendas a su acompañante, que, obedeciendo sus instrucciones, seguía montado, y se acercó a la imagen en el preciso momento en que el kopek caía en la bandeja. Un rubor de indignación tiñó sus mejillas; se quitó el sombrero redondo y los guantes, cayó de rodillas delante del icono, en la acera polvorienta, y se inclinó tres veces hasta el suelo, con gran devoción. Sacó a continuación su monedero, pero, viendo que solo había unos cuantos *grívenniki*, se quitó al momento sus pendientes de brillantes y los depositó en la bandeja.

—¿Puedo? ¿Puedo? ¿Para adornar el manto? —le preguntó al monje, muy agitada.

—No hay inconveniente —respondió el monje—, todo donativo es bienvenido.

La gente callaba, sin expresar ni censura ni aprobación. Lizaveta Nikoláievna, con el vestido sucio, montó a caballo y salió al galope.

II

Dos días después del suceso que acabo de relatar, me encontré a Lizaveta Nikoláievna en compañía de un nutrido grupo de personas que se dirigía a algún lugar en tres calesas rodeadas de jinetes. Me hizo una seña con la mano, mandó

detener el vehículo y me insistió para que me uniera al grupo. Me hicieron sitio en su calesa y, entre risas, me presentó a sus acompañantes, unas damas vestidas con elegancia, explicándome que marchaban de excursión a un sitio sumamente interesante. Se reía a carcajadas y parecía exageradamente alegre. En los últimos tiempos se la veía siempre muy animada y un punto juguetona. En efecto, el plan era algo extravagante: se dirigían al otro lado del río, a casa del comerciante Sevostiánov, donde, ocupando un ala anexa, vivía retirado desde hacía diez años, contento y satisfecho, nuestro beato y profeta Semión Yákovlevich, famoso no solo entre nosotros, sino incluso en las provincias vecinas y hasta en las capitales[206]. Todo el mundo, sobre todo forasteros de paso que intentaban sacarle alguna palabra estrafalaria, acudía a visitarlo, se inclinaba ante él y le dejaba limosna. Los donativos, que podían llegar a ser considerables, eran piadosamente destinados —salvo que el propio Semión Yákovlevich dispusiera otra cosa— a algún templo, generalmente al monasterio de Nuestra Señora; con tal fin, un monje de dicho monasterio montaba guardia a todas horas al lado de Semión Yákovlevich. Todo nuestro grupo contaba con pasárselo en grande. Con anterioridad, nadie había visitado a Semión Yákovlevich. Tan solo Liamshin había estado en cierta ocasión, y contaba que el beato había mandado echarlo a escobazos y le había arrojado, de su propia mano, dos enormes patatas asadas. Advertí que entre los jinetes se contaba Piotr Stepánovich, que montaba un caballo cosaco de alquiler en el que le costaba mantener el equilibrio. También pude ver a Nikolái Vsévolodovich. Éste no se negaba a tomar parte de vez en cuando en las distracciones comunes, y en tales ocasiones solía exhibir un semblante alegre, como correspondía, si bien hablaba poco y muy de vez en cuando, como era su costumbre. Cuando la expedición, cerca ya del puente, llegó a la altura de un hotel local, nos informaron de que en una de las habitaciones habían encontrado a un huésped que se había pegado un tiro, y estaban esperando a la policía. De inmediato alguien propuso entrar a ver al suicida. La propuesta fue muy bien recibida: nuestras damas nunca habían visto uno. Recuerdo que lo primero que comentó una de ellas, en voz alta, fue que es todo tan aburrido que «no hay que ser escrupulosos con las diversiones, siempre que sean interesantes». Solo unos cuantos se quedaron aguardando en el porche; los demás entramos en tropel por un pasillo sucio y, para mi sorpresa, con nosotros venía Lizaveta Nikoláievna. La habitación del suicida estaba abierta y, desde luego, nadie intentó siquiera cortarnos el paso. Se trataba de un muchacho muy joven, que no pasaría de los diecinueve años; debía de haber sido bastante guapo, con una abundante cabellera rubia, una cara perfectamente ovalada y una frente hermosa y despejada. Estaba ya rígido, y su menudo rostro blanquecino parecía de mármol. Había en la mesa una nota escrita de su propia mano, en la que pedía que no se culpara a nadie de su muerte y aseguraba que se había pegado un tiro por haberse «fundido» cuatrocientos rublos. En efecto, allí aparecía la palabra «fundido»: en las cuatro líneas de la nota había tres errores gramaticales. Aparentemente, el que más lamentaba lo ocurrido era un vecino del muchacho, un grueso propietario que ocupaba la habitación de al lado, y que se encontraba allí por unos asuntos privados. Por sus palabras nos enteramos de que la familia del joven —su madre viuda, sus hermanas, sus tías— lo había enviado a la ciudad

desde la aldea para que, bajo la supervisión de una pariente que allí residía, realizara una serie de compras destinadas al ajuar de la hermana mayor, que iba a casarse, y las llevara de vuelta a casa. Entre suspiros aprensivos, le habían confiado aquellos cuatrocientos rublos, el fruto de varias décadas de ahorro, y lo habían despedido con interminables advertencias, rezos y bendiciones. Hasta entonces, siempre había sido un muchacho modesto y formal. Pero, al llegar a la ciudad, tres días antes, no había acudido a ver a su pariente: se había alojado en el hotel y se había dirigido al club, con la esperanza de encontrar en un cuarto trasero a algún tahúr ambulante o, al menos, una partida de *stukolka*[207]. Pero aquella noche no había partida de *stukolka*, ni dio con ningún tahúr. De vuelta al hotel, alrededor de la medianoche, pidió champán y cigarros habanos y encargó una cena de seis o siete platos. Pero se emborrachó con el champán y se mareó con los cigarros, así que no probó bocado de los platos que le habían servido, y se acostó poco menos que inconsciente. Al despertarse a la mañana siguiente, fresco como una lechuga, se dirigió sin demora a un campamento gitano del que había oído hablar la noche anterior en el club y que estaba instalado al otro lado del río, en el arrabal, y no pisó el hotel en dos días. Finalmente, la misma víspera se presentó bebido a eso de las cinco de la tarde y se acostó enseguida, y estuvo durmiendo hasta las diez de la noche. Al despertarse pidió una chuleta, una botella de Château d'Yquem, uvas, papel, tinta y la cuenta. Nadie advirtió nada especial en él; estaba tranquilo, sereno y amable. Debió de dispararse en torno a la medianoche, aunque resultaba extraño que nadie hubiese oído el disparo y que no hubiesen descubierto el cuerpo hasta aquel mismo día por la tarde, cuando, después de llamar sin obtener respuesta, echaron la puerta abajo. La botella de Château d'Yquem estaba mediada, lo mismo que el plato de uvas. Se había disparado en todo el corazón, con un pequeño revolver de tres cañones. Apenas se había derramado sangre; el revólver se le había caído de la mano y yacía en la alfombra. El joven estaba medio tendido en un rincón del diván. La muerte debía de haber sido instantánea; no presentaba huellas de sufrimiento agónico en el rostro; la expresión era serena, casi feliz, como de quien vive despreocupadamente. Todo nuestro grupo estuvo mirándolo con ávida curiosidad. Por lo general, en toda desgracia del prójimo hay siempre algo que divierte al ojo ajeno, sea quien sea la víctima. Nuestras damas observaban en silencio, mientras que sus acompañantes destacaban por su agudeza de ingenio y por su gran presencia de ánimo. Alguien comentó que se trataba de la mejor solución, y que el muchacho no habría podido dar con otra más inteligente; otro llegó a la conclusión de que, aunque solo fuera por un breve instante, había vivido bien. Un tercero se preguntó de pronto, sin ningún tacto, por qué tanta gente entre nosotros había empezado súbitamente a colgarse o a pegarse un tiro, como si se sintiera desarraigada o la tierra se abriera bajo sus pies. Al que así razonaba lo miraron con malos ojos. Entonces Liamshin, que tenía asumido con orgullo su papel de bufón, cogió del plato un racimo de uvas; otro hizo lo propio, riéndose; y un tercero alargó la mano hacia el Château d'Yquem. Pero lo detuvo el jefe de policía, que llegó en ese momento y que ordenó incluso «despejar la habitación». Como todos habían visto ya bastante, salieron sin rechistar, aunque Liamshin empezó a importunar con no sé qué excusa al jefe de policía. La animación general,

las risas y la charla festiva se redoblaron en la segunda parte del viaje.

Llegamos a casa de Semión Yákovlevich a la una en punto de la tarde. El portalón de la mansión del comerciante, bastante espaciosa, estaba abierto de par en par, y se podía acceder al ala anexa. Enseguida nos enteramos de que Semión Yákovlevich estaba almorzando, pero recibía visitas. Entramos en tropel. La estancia donde el beato recibía a sus visitantes y almorzaba era bastante espaciosa, tenía tres ventanas y estaba dividida en dos mitades iguales por una reja que iba de pared a pared y llegaba hasta la altura de la cintura. Los visitantes ordinarios se quedaban en el exterior de la reja, mientras que a los más afortunados, cuando así lo disponía el beato, se les permitía el acceso a la parte ocupada por él a través de una portezuela situada en mitad de la reja; si lo estimaba oportuno, los invitaba a acomodarse en unos viejos sillones de cuero y en un diván, mientras él se sentaba invariablemente en un vetusto y raído sillón Voltaire. Era un hombre corpulento, abotargado, de rostro cetrino, que rondaría los cincuenta y cinco años, rubio, de cabellos ralos y bastante calvo, rasurado, con la mejilla derecha hinchada y la boca algo torcida, con una gran verruga junto al lado izquierdo de la nariz, con unos ojillos estrechos y un semblante tranquilo, imperturbable y soñoliento. Vestía a la alemana, con levita negra, pero no llevaba chaleco ni corbata. Por debajo de la levita le asomaba una camisa más bien basta, aunque blanca; al parecer, sufría molestias en los pies, y calzaba pantuflas. Oí decir que había sido funcionario y detentaba cierto rango. Acababa de tomarse una *ujá*[208] de un pescado ligero y se disponía a empezar el segundo plato: patatas cocidas sin pelar, con sal. Jamás comía otra cosa, pero tomaba mucho té, al que era muy aficionado. A su alrededor revoloteaban tres criados que le había proporcionado el comerciante; uno de ellos vestía de frac, otro tenía aire de *artélshchik*[209], el tercero de sacristán. Había además un muchacho de unos dieciséis años, muy vivaz. Aparte del servicio, estaba también presente un monje venerable, de pelo canoso y excesivamente grueso, que sostenía una jarra. En una de las mesas hervía un enorme samovar, junto a una bandeja en la que podía haber hasta dos docenas de vasos. En la mesa de enfrente habían colocado las ofrendas: varios panes y algunas libras de azúcar, unas dos libras de té, un par de pantuflas bordadas, un pañuelo de seda, un pedazo de tela, una pieza de lienzo, etcétera. Los donativos en dinero iban casi todos a parar a la jarra del monje. La habitación estaba abarrotada de gente: solo los visitantes serían una docena. Dos de ellos estaban sentados con Semión Yákovlevich, de su lado de la reja: uno era un viejecillo canoso, un peregrino del «pueblo»; el otro un monje menudo y enjuto, que estaba allí de paso, sentado con aire muy formal, sin levantar la vista del suelo. Los demás visitantes estaban todos al otro lado de la reja; también en su mayoría era gente del pueblo, excepto un grueso comerciante llegado de la capital del distrito —era un barbudo que vestía al estilo ruso, si bien se sabía que tenía un capital de cien mil rublos—, una aristócrata pobre y entrada en años y un hacendado. Todos esperaban tener suerte, y nadie se atrevía a hablar primero. Cuatro personas estaban de rodillas, pero el que más llamaba la atención era el hacendado, que estaba arrodillado junto a la misma reja, por delante de todos los demás, y esperaba con devoción una mirada o una palabra benévola de

Semión Yákovlevich. Llevaba así esperando cerca de una hora, pero el beato aún no había reparado en él.

Nuestras damas se apretujaron contra la reja, susurrando y riendo divertidas. Apartaron a los visitantes —entre ellos, a los que estaban arrodillados— o se situaron por delante de ellos, salvo en el caso del hacendado, que siguió impertérrito en su sitio, aferrándose a la reja. Miradas alegres y ávidamente curiosas —ya fueran a través de impertinenentes, de lentes o hasta de binóculos; Liamshin, al menos, miraba con unos binóculos— se volvieron hacia Semión Yákovlevich. Éste, tranquilo y perezoso, recorrió a todo el mundo con sus diminutos ojillos.

—*Milovzory! Milovzory!*[210] —se permitió decir con ronca voz de bajo y en un ligero tono exclamativo.

Todo nuestro grupo se echó a reír: «¿Qué habrá querido decir con eso de *milovzory*?». Pero Semión Yákovlevich no añadió nada más y terminó de comerse sus patatas en silencio. Finalmente se limpió con la servilleta y le sirvieron té.

Por lo general no tomaba solo el té, sino que también servía a algunos visitantes, pero no a todos, ni mucho menos: normalmente señalaba a quienes deseaba contentar. Sus decisiones siempre sorprendían por lo inesperado. Desdeñando a los ricos y a los personajes destacados, a veces ordenaba servir a un campesino o alguna viejecilla decrépita; otras veces, desdeñando a un mendigo, honraba a algún comerciante ricachón y bien alimentado. También variaba la forma de servir el té: a unos les añadía azúcar; a otros les daba un terrón para que lo chuparan mientras bebían el té; a otros les servía el té sin azúcar. En aquella ocasión los agraciados fueron el monjecillo que estaba de paso, a quien ofreció un vaso con azúcar, y el viejo peregrino, a quien le correspondió uno sin azúcar. Por la razón que fuera, al monje grueso del monasterio, el de la jarra, no le sirvieron, a pesar de que hasta entonces había recibido un vaso a diario.

—Semión Yákovlevich, dígame algo; hace tanto tiempo que deseo conocerle —entonó con una sonrisa, guiñando los ojos, una elegante dama de nuestra calesa, la misma que había dicho antes que no hay que ser escrupulosos con las diversiones, con tal de que sean interesantes. Semión Yákovlevich ni se dignó mirarla. El hacendado que estaba de rodillas suspiró honda y ruidosamente, como si hubiera expulsado aire de un enorme fuelle.

—¡Con azúcar! —dijo de pronto Semión Yákovlevich, señalando al comerciante de los cien mil rublos, el cual se adelantó y se situó al lado del hacendado—. ¡Echadle más azúcar! —ordenó Semión Yákovlevich cuando ya le habían llenado el vaso; los criados añadieron azúcar—. ¡Más, echadle más!

Le pusieron azúcar por tercera vez y, finalmente, por cuarta vez. El

comerciante empezó a tomarse su jarabe sin rechistar.

—¡Señor! —susurró la gente, persignándose. El hacendado volvió a suspirar profunda y ruidosamente.

—¡*Bátiushka* Semión Yákovlevich! —se oyó de pronto la voz, quejumbrosa aunque de una estridencia que resultaba llamativa, de una pobre señora que nuestro grupo había arrinconado contra la pared—. Llevo una hora entera esperando tu bendición, amado padre. Dime qué debo hacer, aconseja a esta huérfana.

—Pregúntale —ordenó Semión Yákovlevich al criado que parecía un sacristán. Éste se acercó a la reja.

—¿Ha hecho usted lo que le ordenó Semión Yákovlevich la última vez? —le preguntó a la viuda con voz baja y mesurada.

—¡Cómo iba a hacerlo, *bátiushka* Semión Yákovlevich! ¡Con ellos! —vociferó la viuda—. Son unos caníbales, van a presentar una querella contra mí en el juzgado de distrito, amenazan con llevarme al Senado[211]; ¡a su propia madre!…

—¡Dáselo!… —Semión Yákovlevich señaló un pan de azúcar. El muchacho se acercó corriendo, cogió el pan de azúcar y se lo llevó a la viuda.

—Oh, padre, grande es tu misericordia. Pero ¿para qué quiero tanto? —gimió la viuda.

—¡Más, más! —seguía obsequiándola Semión Yákovlevich. Le llevaron otro pan de azúcar—. Más, más —ordenaba el beato; le dieron un tercero y, por fin, un cuarto. La viuda estaba rodeada de azúcar por todas partes. El monje suspiró: todo aquello podía haber ido a parar ese día a su monasterio, como había ocurrido otras veces.

—Y ¿qué hago con todo esto? —se quejó humildemente la viuda—. ¡Voy a enfermar!… ¿No será alguna clase de profecía, *bátiushka*?

—Eso es: es una profecía —dijo alguien de la multitud.

—¡Otra libra de azúcar, otra más! —Semión Yákovlevich no se rendía.

Aún había en la mesa un pan de azúcar entero, pero Semión Yákovlevich ordenó que le dieran una libra a la viuda, y así se hizo.

—¡Señor, Señor! —La gente suspiraba y se hacía cruces—. Sin duda, es una profecía.

—Endulce primero su corazón con la bondad y la caridad y después ya podrá venir a quejarse de sus propios hijos, carne de su carne; eso mismo, y así debemos entenderlo, significa este emblema —proclamó en voz baja, pero en tono complaciente, el monje grueso del monasterio, relegado en el reparto de té, el cual, en un acceso de vanidad herida, había asumido la tarea de intérprete.

—¡Cómo dices eso, *bátiushka*! —dijo de pronto la viuda, irritada—. Pero si me arrastraron a las llamas, atada con una cuerda, cuando se declaró un incendio en casa de los Verjishin. Me metieron un gato muerto en el baúl. Están dispuestos a hacerme lo que sea…

—¡Échala! ¡Échala! —Semión Yákovlevich se puso a gesticular.

El sacristán y el muchacho cruzaron corriendo la reja. El primero agarró del brazo a la viuda, y ésta, más calmada ya, se dejó conducir hasta la puerta, volviéndose a mirar los panes de azúcar que le habían regalado y que, por detrás de ella, llevaba el muchacho.

—¡Quítale uno, quítaselo! —ordenó Semión Yákovlevich al *artélshchik*, que se había quedado a su lado. Éste echó a correr detrás de los otros, y poco después regresaron los tres criados con uno de los panes de azúcar que le habían regalado primero y arrebatado después a la viuda. Ella, en cualquier caso, se marchó con los otros tres.

—Semión Yákovlevich —se oyó una voz a su espalda, junto a la puerta—, he soñado con un pájaro, con una grajilla que salía volando del agua y entraba volando en el fuego. ¿Qué significa ese sueño?

—Escarcha —respondió Semión Yákovlevich.

—Semión Yákovlevich, ¿cómo es que no me ha contestado? Hace mucho tiempo que me intereso por usted —empezó otra vez la dama de nuestro grupo.

—¡Pregúntale! —Semión Yákovlevich, sin escuchar a la señora, señaló de pronto al hacendado que estaba de rodillas.

El monje del monasterio, a quien se había ordenado preguntar, se acercó pausadamente al hacendado.

—¿En qué ha pecado? ¿Acaso no se le mandó que hiciera algo?

—No pelearme, no dar rienda suelta a las manos —contestó con voz ronca el hacendado.

—¿Lo ha cumplido? —preguntó el monje.

—No puedo cumplirlo, mi propia fuerza me domina.

—¡Échalo, échalo! ¡A escobazos, a escobazos! —Semión Yákovlevich empezó a gesticular.

El hacendado, sin esperar a la ejecución del castigo, se levantó de un salto y salió corriendo de la estancia.

—Ha dejado una moneda de oro —anunció el monje, cogiendo del suelo un medio imperial[212].

—¡Para ése! —Semión Yákovlevich señaló con el dedo al comerciante de los cien mil rublos. Éste no se atrevió a rechazar la moneda y se la quedó.

—Oro al oro —dijo el monje del monasterio, sin poder contenerse.

—Y a éste, té con azúcar —ordenó de pronto Semión Yákovlevich, señalando a Mavriki Nikoláievich.

El criado sirvió té y se lo ofreció por error al petimetre de las lentes.

—¡Al largo! ¡Al largo! —le corrigió Semión Yákovlevich.

Mavriki Nikoláievich tomó el vaso, saludó con media reverencia, al estilo militar, y empezó a beber. No sé por qué, pero el caso es que todo nuestro grupo estalló en una carcajada.

—¡Mavriki Nikoláievich! —dijo de pronto Liza, dirigiéndose a él—. El señor que estaba de rodillas se ha marchado; arrodíllese usted en su lugar.

Mavriki Nikoláievich la miró desconcertado.

—Se lo ruego, me haría usted un enorme favor. Escuche, Mavriki Nikoláievich —empezó ella de pronto en tono apremiante, hablando muy deprisa, con terquedad y vehemencia—, tiene que arrodillarse sin falta, quiero verle de rodillas a toda costa. Si no lo hace, no se acerque a mí. ¡Insisto, insisto en que lo haga!

No sé a qué se estaría refiriendo, pero se lo exigía con firmeza, implacablemente, como si sufriera un ataque. Como veremos más adelante, Mavriki Nikoláievich atribuía aquellos arranques caprichosos, especialmente frecuentes en los últimos tiempos, a estallidos de odio ciego contra él, y no precisamente por maldad —al contrario, ella lo admiraba, lo estimaba y lo respetaba, y él mismo lo sabía—, sino por una especie de odio inconsciente, muy particular, que en algunos momentos era totalmente incapaz de controlar.

En silencio, Mavriki Nikoláievich le entregó su taza a la viejecilla que tenía detrás, abrió la portezuela de la reja, se metió sin ser invitado en la zona privada de Semión Yákovlevich y se arrodilló en medio de la estancia, a la vista de todo el mundo. Creo que en su alma delicada y sencilla se sintió profundamente afectado por la ocurrencia grosera y burlona de Liza, delante de toda la concurrencia. Tal vez se imaginó que ella iba a avergonzarse al ver su humillación, en la que tanto había insistido. Naturalmente, a nadie más que a él se le habría ocurrido corregir a una mujer valiéndose de un método tan ingenuo como arriesgado. Aguantó de rodillas, con su imperturbable gravedad en el semblante, alto, torpe, ridículo. Pero en nuestro grupo nadie se rió; lo inesperado de su acción causó un efecto lamentable. Todos miraban a Liza.

—¡Los óleos, los óleos! —murmuró Semión Yákovlevich.

De pronto Liza palideció, dejó escapar una exclamación y cruzó corriendo la reja. En ese instante tuvo lugar una rápida escena de histeria: intentó con todas sus fuerzas levantar a Mavriki Nikoláievich, cogiéndolo del codo con ambas manos.

—¡Levántese, levántese! —gritaba, fuera de sí—. ¡Levántese ahora mismo, ahora mismo! ¿Cómo se atreve a ponerse de rodillas?

Mavriki Nikoláievich se levantó. Ella lo sujetó de los brazos, por encima de los codos, y lo miró fijamente a la cara. Había terror en su mirada.

—*Milovzory*, *milovzory!* —dijo una vez más Semión Yákovlevich.

Liza finalmente arrastró a Mavriki Nikoláievich hasta el otro lado de la reja, y se produjo una fuerte conmoción en nuestro grupo. La señora de nuestro coche, deseando seguramente distraer su atención, preguntó por tercera vez a Semión Yákovlevich, alto y con voz chillona, con la misma sonrisa afectada de antes:

—Bueno, Semión Yákovlevich, ¿no va a «proferirme» algo a mí también? Y yo que contaba tanto con usted…

—¡Vete a… vete a…! —dijo de pronto Semión Yákovlevich, dirigiéndose a ella, añadiendo una expresión de lo más indecorosa. Pronunció aquellas palabras ferozmente y con una nitidez aterradora. Nuestras señoras chillaron y salieron de allí a la carrera, mientras los caballeros estallaban en una carcajada homérica. Así concluyó nuestra visita a Semión Yákovlevich.

Y, no obstante, según se dice, también se produjo otro hecho enigmático, y debo confesar que si he relatado con tanto detalle esta excursión ha sido por ese motivo.

Cuentan que, mientras todos salían en tropel, Liza, sostenida por Mavriki

Nikoláievich, tropezó de pronto en la puerta, a oscuras, con Nikolái Vsévolodovich. Hay que decir que, si bien habían coincidido en más de una ocasión desde el momento de su desmayo, la mañana del domingo, no se habían acercado el uno al otro ni se habían dirigido la palabra. Yo vi cómo se encontraban en la puerta: me pareció que ambos se detuvieron un instante y se miraban de un modo un tanto extraño. Pero es posible que no viera bien entre tanta gente. No obstante, otros me han asegurado, y con toda seriedad, que Liza, al ver a Nikolái Vsévolodovich, inmediatamente levantó la mano hasta la altura del rostro de éste y que seguramente le habría dado una bofetada si él no se hubiera apartado a tiempo. Es posible que no le agradase la expresión del rostro de Nikolái Vsévolodovich, o su forma de sonreír, sobre todo en aquellos momentos, después del episodio con Mavriki Nikoláievich. Reconozco que yo no vi nada de eso, pero todo el mundo aseguraba haberlo visto, aunque dada la confusión reinante no todos pudieron verlo, si acaso unos cuantos. Pero yo entonces no me lo creí. Recuerdo, eso sí, que durante todo el camino de vuelta Nikolái Vsévolodovich estaba algo pálido.

III

Prácticamente a la misma hora de aquel mismo día se produjo por fin el encuentro de Stepán Trofímovich con Varvara Petrovna, encuentro que ella tenía previsto desde hacía tiempo y había anunciado de antemano a su antiguo amigo, pero que por alguna razón había ido aplazando hasta entonces. La entrevista fue en Skvoréshniki. Varvara Petrovna llegó a su casa de campo muy atareada: la víspera se había decidido definitivamente que el festejo se celebraría en casa de la decana de la nobleza. Pero Varvara Petrovna, con su entendimiento despierto, enseguida comprendió que nadie le impedía dar después su propia fiesta, esta vez en Skvoréshniki, y reunir nuevamente a toda la ciudad. En ese caso todos podrían comprobar por sí mismos qué casa era mejor, dónde se trataba mejor a los invitados y se daba un baile con el gusto más refinado. El caso es que no había forma de reconocerla. Parecía completamente transformada y la inaccesible «altiva dama» (en expresión de Stepán Trofímovich) que había sido hasta entonces se había vuelto una señora mundana y caprichosa como tantas otras. Aunque puede que solo en apariencia.

Al llegar a la casa deshabitada, recorrió los cuartos en compañía de su viejo y fiel Alekséi Yegórovich y de Fomushka, un hombre experimentado, especialista en decoración. Empezaron los consejos y las deliberaciones: qué muebles habría que traer de la casa de la ciudad; qué objetos y cuadros; dónde colocarlos; cómo convenía disponer de los invernaderos y las flores; dónde instalar nuevas cortinas, dónde situar el bufé, si era mejor uno o dos, y etcétera, etcétera. Total, que cuando más atareada estaba, se le ocurrió de pronto mandar el coche a recoger a Stepán Trofímovich.

Éste ya estaba prevenido y listo desde hacía tiempo, y contaba con que el día menos pensado le llegaría una invitación repentina como aquella. Al montar en el coche se persignó: iba a decidirse su suerte. Encontró a su amiga en el salón principal, sentada en un pequeño diván situado en un recoveco, enfrente de una mesita de mármol, provista de papel y lápiz: Fomushka estaba midiendo con una vara la altura de las galerías y las ventanas, y la propia Varvara Petrovna anotaba los datos y escribía comentarios al margen. Sin interrumpir su tarea, le hizo un gesto con la cabeza a Stepán Trofímovich y, cuando él farfulló algo así como un saludo, ella le alargó rápidamente la mano y le señaló un sitio a su lado, sin dignarse mirarlo.

«Me senté y estuve esperando cinco minutos, con el corazón en un puño —me contaría más tarde—. No estaba viendo a la misma mujer que había conocido durante veinte años. La plena convicción de que todo había terminado me daba una fuerza que a ella misma la sorprendió. Le juro que estaba asombrada de mi determinación en aquella última hora».

Varvara Petrovna dejó de repente el lápiz en la mesa y se volvió rápidamente hacia Stepán Trofímovich.

—Stepán Trofímovich, tenemos que hablar de un asunto. Estoy segura de que habrá preparado usted toda clase de palabras y frases vehementes, pero mejor vayamos al grano, ¿no cree?

Él se estremeció. Varvara Petrovna se había apresurado a mostrar el tono deseado; ¿qué podía venir después?

—Espere, no diga nada, déjeme hablar; después hablará usted, aunque lo cierto es que no sé qué podría usted responder —prosiguió, hablando muy deprisa—. Considero que los mil doscientos rublos de su pensión son para mí un deber sagrado hasta el fin de sus días; bueno, tampoco exactamente un deber sagrado, sencillamente un compromiso; eso es bastante más realista, ¿no cree? Si quiere, lo ponemos por escrito. Se han previsto unas disposiciones especiales en caso de que yo muera. Pero ahora, además de eso, usted está recibiendo de mí vivienda y servicio, así como la manutención. Si lo convertimos en dinero, asciende a mil quinientos rublos, ¿no es así? Añadiré otros trescientos rublos adicionales, lo que equivale a un total de tres mil rublos. ¿Le parece suficiente para un año? ¿O cree que es poco? En casos extremos, de todos modos, añadiría algo más. Así pues, coja el dinero, devuélvame a mis criados y váyase a vivir por su cuenta, donde usted quiera, en San Petersburgo, en Moscú, en el extranjero o aquí, pero no conmigo. ¿Me está oyendo?

—No hace mucho, de esos mismos labios me llegó con idéntica firmeza y con idéntica urgencia una exigencia bien distinta —dijo Stepán Trofímovich, hablando despacio y con triste precisión—. Me sometí y… bailé el *kazachok*[213] para

complacerla. *Oui, la comparaison peut être permise. C'était comme un petit cozak du Don, qui sautait sur sa propre tombe*[214]. Ahora…

—Pare, Stepán Trofímovich. Es usted un charlatán empedernido. Usted no bailó, sino que vino a verme con una corbata nueva, de punta en blanco, con guantes, untado de pomada y perfumado. Le aseguro que usted estaba deseoso de casarse; lo llevaba escrito en la cara y, créame, con una expresión nada elegante. Si no le hice entonces ninguna observación, fue exclusivamente por delicadeza. Pero usted deseaba casarse, a pesar de las bajezas que, privadamente, escribió usted de mí y de su prometida. Ahora la cosa es muy diferente. Y ¿a qué viene eso del *cozak du Don* sobre no sé qué tumba? No entiendo la comparación. Al contrario, no se muera: viva usted, viva lo más posible. Yo estaría encantada.

—¿En un asilo?

—¿En un asilo? A un asilo no se va con tres mil rublos de renta. Ah, ya caigo —se sonrió—, Piotr Stepánovich, efectivamente, bromeó una vez con un asilo. Bueno, lo cierto es que hay un asilo muy especial en el que valdría la pena pensar. Está destinado a las personas más honorables, en él residen coroneles, y hasta hay un general que quiere ingresar. Si fuera usted allí con todo su dinero, encontraría sosiego, comodidad, servidores. Podría dedicarse a sus estudios y organizar a todas horas una partida de *préférence*.

—*Passons*.

—*Passons?* —Varvara Petrovna se mostró sorprendida—. En tal caso, no hay más que hablar; queda usted avisado, a partir de ahora viviremos completamente separados.

—¿Ya está? ¿Eso es todo lo que ha quedado de veinte años? ¿Nuestro último adiós?

—Le gustan a usted un horror las exclamaciones, Stepán Trofímovich. Ahora eso no está de moda. La gente habla con rudeza, pero con sencillez. Y ¡usted venga a repetir lo de nuestros veinte años! Veinte años de vanidad recíproca, y nada más. Todas y cada una de las cartas que me mandaba no estaban dirigidas a mí, sino a la posteridad. Es usted un estilista, no un amigo, y la amistad no es más que una palabra brillante, en el fondo: una mutua efusión de lavazas…

—¡Dios mío, cuántas palabras de otros! ¡Lecciones aprendidas de memoria! ¡Ya le han puesto a usted un uniforme ajeno! También usted está radiante, también usted está al sol; *chère, chère*, ¡por qué plato de lentejas les ha vendido usted su libertad!

—Yo no soy un loro que repite palabras de otros —saltó Varvara Petrovna

—. Puede estar seguro de que tengo un repertorio de palabras propias. ¿Qué ha hecho usted por mí en estos veinte años? Si hasta me negaba los libros que encargaba para usted y que, de no haber sido por el encuadernador, se habrían quedado intonsos. ¿Qué me daba usted a leer cuando, en los primeros años, le pedía que me guiase? Capefigue[215] y nada más que Capefigue. Incluso tenía celos de que me instruyese y tomó las medidas oportunas. Pero resulta que todo el mundo se ríe de usted. Reconozco que siempre le tuve por un simple crítico: es usted un crítico literario, y nada más. Cuando, yendo a San Petersburgo, le dije que tenía intención de editar una revista y consagrarle toda mi vida, enseguida me miró con ironía y mostró de pronto una arrogancia insufrible.

—No era eso, no era eso… Entonces temíamos la persecución…

—Claro que era eso; en San Petersburgo usted no tenía por qué temer que le persiguieran. Acuérdese de que más tarde, en febrero, cuando se extendió la noticia[216], usted vino corriendo a verme, muerto de miedo, y empezó a exigirme que declarara de inmediato por escrito que la revista proyectada no tenía nada que ver con usted, que era a mí a quien visitaban los jóvenes, no a usted, que usted no era más que un preceptor, y que residía en casa porque aún no se le habían pagado todos sus honorarios, ¿no es así? ¿No lo recuerda? Usted se ha distinguido toda su vida, Stepán Trofímovich.

—Solo fue un momento de flaqueza, un momento en el que estábamos los dos a solas —exclamó con pesar—; pero ¿de verdad vamos a echarlo todo a perder por esas impresiones triviales? ¿De verdad no se ha salvado nada más entre nosotros después de tantos años?

—Es usted tremendamente calculador; siempre quiere que yo me sienta en deuda con usted. Cuando volvió del extranjero, me miraba con aire de suficiencia y no me dejaba decir ni palabra, pero más tarde, cuando fui yo la que viajé y le comenté mis impresiones de la *Madonna*, no me quiso escuchar y empezó a sonreírse con condescendencia, para su corbata, como si yo no pudiera tener unos sentimientos como los suyos.

—No fue así, seguramente no fue así… *J'ai oublié*[217].

—No, fue tal como le digo; y además no tenía por qué presumir conmigo, porque todo eso no es más que una bobada, y son todo invenciones suyas. Hoy en día nadie, nadie se entusiasma con la *Madonna* ni pierde el tiempo con esas cosas, salvo algunos ancianos sin remedio. Eso está demostrado.

—¿Así que está demostrado?

—Esa *Madonna* no sirve para nada. Esta jarra es útil, porque se puede echar agua en ella; este lapicero es útil, porque con él se puede escribir cualquier cosa;

pero eso no es más que un rostro de mujer, inferior a todos los rostros de mujer que hay en la naturaleza. Pruebe a dibujar una manzana y póngala al lado de una manzana de verdad; ¿con cuál se quedaría? Seguro que no se equivoca. Ahí tiene lo que valen todas sus teorías en cuanto las alumbra el primer rayo de la investigación libre.

—Ya veo, ya.

—Sonríe usted con ironía. ¿Y lo que me decía, por ejemplo, de las limosnas? Y, sin embargo, el placer de dar limosna es un placer arrogante e inmoral, un placer que el rico obtiene de su riqueza, de su poder y del contraste de su propia importancia con la importancia del pobre. La limosna corrompe a quien la da y a quien la recibe y, además de todo eso, no logra su objetivo, pues solo aumenta la pobreza. Los holgazanes que no desean trabajar se arremolinan en torno a los que dan limosna como los jugadores en torno a la mesa de juego, en la esperanza de ganar algo. Pero la triste calderilla que les arrojan no cubre ni la centésima parte de sus necesidades. ¿Ha dado usted mucho en toda su vida? Del orden de ocho *grivny*, no más, haga memoria. Intente recordar cuándo dio algo por última vez; hará un par de años, si es que no son cuatro. Usted solo grita y no hace más que embarullar las cosas. En la sociedad actual la limosna tendría que estar prohibida por ley. Con un nuevo orden social ya no habrá un solo pobre.

—¡Oh, qué torrente de palabras ajenas! ¿Así que hemos llegado al nuevo orden social? ¡Infeliz, que Dios la ayude!

—Sí, hasta ahí hemos llegado, Stepán Trofímovich; usted me ocultó cuidadosamente todas esas nuevas ideas que ahora conoce todo el mundo, y lo hizo únicamente por celos, para tener poder sobre mí. Ahora hasta esa Yulia me lleva cien verstas de ventaja. Pero ahora he abierto los ojos. Le he defendido hasta donde he podido, Stepán Trofímovich; todo el mundo le echa a usted la culpa.

—¡Basta! —dijo, levantándose de su asiento—. ¡Basta! Y ¿qué más puedo desearle? ¿Tal vez arrepentimiento?

—Siéntese un momento, Stepán Trofímovich, necesito pedirle algo más. Le habrán dicho que está usted invitado a leer algo en la *matinée* literaria; ha sido cosa mía. Dígame: ¿de qué va a hablar en concreto?

—Pues precisamente de algo relativo a esa reina de las reinas, a ese ideal de la humanidad, que es la *Madonna Sixtina*, la cual, en su opinión, vale menos que un vaso o que un lapicero.

—Entonces, ¿no va a tocar algún tema de historia? —preguntó Varvara Petrovna, tristemente sorprendida—. No van a prestarle atención. ¡Le ha dado fuerte con esa *Madonna*! ¡Ya son ganas de dormir a todo el mundo! Tenga la

seguridad, Stepán Trofímovich, de que lo digo únicamente en su propio interés. Sería mejor que eligiese algún episodio breve pero interesante de la historia medieval española, un incidente de la vida cortesana o, mejor todavía, alguna anécdota, y que la completara con otras ocurrencias y agudezas propias. Había entonces unas cortes espléndidas, con aquellas damas, aquellos envenenamientos. Dice Karmazínov que sería raro que no contara usted algo interesante tomado de la historia de España.

—¡Karmazínov, un idiota que ya no sabe qué escribir, me está buscando un tema a mí!

—¡Karmazínov es poco menos que un talento nacional! Tiene usted la lengua muy larga, Stepán Trofímovich.

—¡Su Karmazínov es una vieja rencorosa que ya no tiene nada que decir! *Chère, chère*, ¿desde cuándo la tienen esclavizada de este modo? ¡Ay, Dios!

—Tampoco yo puedo aguantar ahora a Karmazínov con esos aires que se da, pero estoy haciendo justicia a su talento. Repito que le he defendido a usted con todas mis fuerzas, hasta donde me ha sido posible. Y ¿por qué tiene que mostrarse usted tan tedioso y ridículo? Lo que tiene que hacer es subir a la tribuna con una sonrisa respetuosa, como representante de una generación anterior, y contar dos o tres anécdotas, con todo su ingenio, como solo usted sabe, a veces, contarlas. Aunque sea usted viejo, aunque sea de otra época, aunque, en definitiva, se haya quedado a la zaga de esa gente, siempre puede reconocerlo con una sonrisa en los prolegómenos de su charla y todos verán que es usted un vestigio adorable, bondadoso, lleno de ingenio… En una palabra, un hombre chapado a la antigua, pero tan avanzado que es capaz de admitir lo que valen ciertas ideas disparatadas que ha secundado hasta el presente. Hágame ese favor, se lo ruego.

—¡Ya basta, *chère*! No me pida eso, no puedo. Voy a hablar de la *Madonna*, pero levantaré tal polvareda que, o los aplasta a todos ellos, o me destruye solo a mí.

—Seguramente solo a usted, Stepán Trofímovich.

—Así es mi suerte. Les hablaré de ese infame esclavo, de ese lacayo depravado y hediondo que será el primero en trepar por una escalerilla, armado con unas tijeras, y hará pedazos el semblante divino del sublime ideal, en nombre de la igualdad, de la envidia y… de la digestión. Que truene mi maldición, y entonces, entonces…

—¿Al manicomio?

—Es posible. Pero, en cualquier caso, tanto si salgo vencedor como si soy

derrotado, esa misma noche cogeré mi zurrón, mi zurrón de mendigo, dejaré todos mis bienes, todos esos regalos que usted me ha hecho, todas sus pensiones y promesas de beneficios futuros, y partiré a pie, para acabar mi vida como preceptor en casa de un comerciante o para morir de hambre por ahí, tirado en una cuneta. He dicho. *Alea jacta est*.

Volvió a levantarse.

—He estado segura —se levantó Varvara Petrovna, con los ojos chispeantes —, segura durante años, de que usted vive únicamente para avergonzarme, a mí y a mi casa, con sus calumnias. ¿Qué quiere decir cuando habla de ser preceptor en casa de un comerciante o de morir en una cuneta? ¡Eso es mala fe, calumnia y nada más!

—Usted siempre me ha despreciado; pero terminaré como un caballero, leal a mi dama, pues su opinión ha sido siempre para mí de más valor que ninguna otra cosa. En lo sucesivo no aceptaré nada, y la honraré desinteresadamente.

—¡Qué tontería!

—Usted nunca me ha respetado. Yo he podido tener un sinfín de flaquezas. Sí, he vivido a su costa; hablo con la lengua del nihilismo; pero vivir a costa de los demás nunca ha sido el principio que ha guiado mi conducta. Es algo que ha ocurrido porque sí, sin una razón, no sé cómo… Siempre he creído que había algo más elevado que la comida entre nosotros, y ¡nunca, nunca he sido un miserable! ¡Así pues, me pongo en camino, para enmendar mis errores! Me pongo ya tarde en camino, cuando el otoño avanza, la niebla se tiende sobre los campos, la fría escarcha de la edad cubre el camino que me aguarda y el viento aúlla junto a la tumba cercana… Pero adelante, por el nuevo camino:

Henchido de puro amor

y fiel a su dulce sueño[218]…

»¡Oh, adiós, sueños míos! ¡Veinte años! *Alea jacta est!*

Su rostro, de repente, se empapó de lágrimas; tomó su sombrero.

—No entiendo el latín —dijo Varvara Petrovna, haciendo todo lo posible para dominarse.

Quién sabe, puede que también ella quisiera llorar, pero la indignación y el capricho se impusieron una vez más.

—Lo único que sé, en cambio, es que todo esto es una chiquillada. Usted

nunca será capaz de cumplir sus amenazas, llenas de egoísmo. Jamás se irá usted a casa de ningún comerciante; acabará tranquilamente disfrutando de mis cuidados, cobrando su pensión y recibiendo los martes a esos amigos como no hay otros. Adiós, Stepán Trofímovich.

—*Alea jacta est!* —Se inclinó profundamente ante ella y volvió a casa medio muerto de la emoción.

Capítulo VI. Piotr Stepánovich, atareado

I

La fecha del festejo quedó fijada definitivamente, mientras Von Lembke se iba volviendo cada vez más triste y meditabundo. Extraños y lúgubres presentimientos lo abrumaban, algo que preocupaba sobremanera a Yulia Mijáilovna. Es verdad que no todo marchaba a pedir de boca. Nuestro anterior gobernador, hombre templado, había dejado la administración en un estado bastante deficiente; en aquellos momentos nos amenazaba el cólera; en ciertos lugares se había declarado una inquietante plaga en el ganado; durante todo el verano los incendios se habían ensañado con ciudades y aldeas, y en el pueblo arraigaban con fuerza creciente los absurdos rumores que aseguraban que eran obra de incendiarios. Los robos se habían duplicado en comparación con los niveles anteriores. Pero, desde luego, nada de todo esto habría sido peor de lo que solía ser de no haber concurrido otras razones de mayor peso, que habían acabado con la tranquilidad de Andréi Antónovich, tan feliz hasta entonces.

Lo que más afectó a Yulia Mijáilovna fue que su marido se volviera más taciturno con cada día que pasaba y, extrañamente, más reservado. Pero ¿qué tendría él que ocultar? Cierto es que raras veces objetaba nada y por lo general obedecía sin rechistar. A instancias de ella, por ejemplo, se habían adoptado dos o tres medidas extremadamente arriesgadas, y de una legalidad más que dudosa, destinadas a extender los poderes del gobernador. En esa misma línea, hubo algunos actos de indulgencia nefastos; así, por ejemplo, personas que merecían ser condenadas y desterradas a Siberia fueron propuestas para una condecoración solo porque ella se había empeñado. Se decidió ignorar sistemáticamente ciertas quejas y solicitudes. Todo esto se llegaría a saber más tarde. Lembke no solo lo firmaba todo, sino que ni siquiera se planteaba la cuestión del grado de intromisión de su mujer en el cumplimiento de sus propias obligaciones. Por otra parte, a veces se incomodaba por «verdaderas tonterías», para sorpresa de Yulia Mijáilovna. Naturalmente, sentía la necesidad de resarcirse de los días de obediencia disfrutando de unos breves momentos de rebelión. Por desgracia, Yulia Mijáilovna, a pesar de toda su sagacidad, era incapaz de entender la honorable puntillosidad de un carácter honorable. ¡Ay!, ella no podía ocuparse de esas cosas, y ése fue el origen de numerosos malentendidos.

No me propongo hablar de ciertas cuestiones, ni soy yo quien para contarlas. Tampoco es asunto mío discutir los errores administrativos, así que dejaré de lado todo el componente administrativo de la cuestión. Al empezar mi crónica, me impuse otras tareas. Aparte de eso, la investigación que acaba de abrirse en nuestra provincia permitirá descubrir muchas cosas, solo es cuestión de

esperar. De todos modos, es imposible pasar por alto otras explicaciones.

Pero volvamos a Yulia Mijáilovna. La pobre señora (me da mucha pena) habría podido conseguir todo cuanto la atraía y seducía (la fama y demás) sin recurrir a maniobras tan aparatosas y excéntricas como las que puso en práctica desde un primer momento. No obstante, ya fuera por un exceso de poesía, o por los reiterados y tristes fracasos de su primera juventud, lo cierto es que de pronto, al cambiar su suerte, se sintió una elegida, poco menos que una ungida, «sobre la que había resplandecido aquella lengua»[219], y aquella lengua fue el origen de su desgracia, porque después de todo no era uno de esos moños que puede cubrir cualquier cabeza de mujer. Pero no hay nada más difícil que convenecer a una mujer de esa verdad; en cambio, los cobistas siempre triunfan, y la gente rivalizaba en darle coba. La pobre mujer se convirtió de pronto en juguete de las más dispares influencias, creyéndose al mismo tiempo de lo más original. Muchos desaprensivos le calentaron las orejas y se aprovecharon de su candidez durante el breve plazo en que fue gobernadora. Y, con la excusa de su independencia, ¡en qué embrollos no se metería! Le gustaban los grandes latifundios, y el elemento aristocrático, y el incremento del poder del gobernador, y el elemento democrático, y las nuevas instituciones, y el orden, y el librepensamiento, y las ideas sociales, y el tono riguroso de los salones aristocráticos, y la desenvoltura poco menos que tabernaria de los jóvenes que la rodeaban. Soñaba con *llevar la felicidad* y reconciliar lo irreconciliable o, más bien, con unir todo y a todos en la veneración de su propia persona. Tenía sus favoritos; adoraba a Piotr Stepánovich, quien, dicho sea de paso, practicaba con ella la más burda adulación. Pero también le gustaba por otra razón, tan disparatada como característica de la pobre señora: ¡no se cansaba de esperar que en algún momento le revelase toda una conspiración contra el gobierno! Aunque cueste creerlo, era exactamente así. Se imaginaba, por alguna razón, que en nuestra provincia tenía que estar tramándose una conspiración contra el gobierno. Con sus silencios en determinadas ocasiones y con sus alusiones en otras, Piotr Stepánovich contribuía a reafirmarla en esa extraña idea. Ella lo suponía involucrado en todo cuando hubiera en Rusia de revolucionario, sin dejar al mismo tiempo de ser su más devoto adorador. Descubrir la conjura, recibir la gratitud de San Petersburgo, tener una carrera por delante, influir mediante la «bondad» en la juventud para impedir que se precipitara en el abismo… todo esto convivía sin dificultad en su fantástica cabeza. Si ella había salvado, si ella había sometido a Piotr Stepánovich (por alguna razón, era algo de lo que estaba firmemente convencida), también salvaría a los demás. Ni uno solo de ellos se perdería, ni uno, ella los salvaría a todos; los iría escogiendo uno a uno; iría informando debidamente de ellos; se guiaría en su actuación por los principios de la más alta justicia, y bien podría ocurrir que la historia y todo el liberalismo ruso acabaran bendiciendo su nombre. Pero la conspiración, en cualquier caso, sería descubierta. Todos los beneficios a la vez.

De todos modos, hacía falta que Andréi Antónovich, por lo menos de cara al festejo, estuviera más animado. Había que alegrarlo y tranquilizarlo a toda costa.

Con ese fin, Yulia Mijáilovna encargó a Piotr Stepánovich que fuera a visitarlo, en la esperanza de que aliviara su depresión con cualquier medio tranquilizador que conociera. Por ejemplo, proporcionándole alguna información de primera mano, por así decir. Ella confiaba plenamente en su destreza. Piotr Stepánovich llevaba mucho tiempo sin acudir al despacho del señor Von Lembke. Apareció justo en un momento en que el paciente se encontraba en un estado especialmente difícil.

II

Se había producido una combinación de factores que el señor Von Lembke era incapaz de resolver. En uno de los distritos (precisamente en donde Piotr Stepánovich se había divertido tanto recientemente) un alférez había sido amonestado verbalmente por su inmediato superior, y eso había ocurrido delante de toda la compañía. El alférez, todavía joven, recién llegado de San Petersburgo, era un hombre taciturno y adusto, de aire muy digno, aunque menudo, grueso y rubicundo. No había podido soportar la reprimenda, y de repente, con un grito inesperado que había dejado atónita a toda la compañía, se había abalanzado salvajemente sobre su superior con la cabeza gacha; lo había embestido y le había dado un mordisco en el hombro con todas sus fuerzas. No había sido fácil separarlos. No cabía ninguna duda de que había perdido el juicio; se supo, en cualquier caso, que en los últimos tiempos había sido visto llevando a cabo los actos más extravagantes que uno podía imaginar. Había arrojado, por ejemplo, dos iconos propiedad de su patrona que había en su cuarto y había destrozado uno de ellos a hachazos; en su cuarto, asimismo, había colocado sobre tres soportes, a modo de atriles, las obras de Vogt, Moleschott y Büchner[220], y delante de cada atril había encendido una vela de cera como las de las iglesias. Dada la cantidad de libros que se habían encontrado en su cuarto, había que colegir que era un hombre muy leído. Si hubiera tenido cincuenta mil francos, posiblemente habría navegado hasta las islas Marquesas, como aquel «cadete» que menciona con tan alegre humor el señor Herzen en una de sus obras[221]. Cuando fue arrestado, le encontraron en los bolsillos y en el cuarto montones de pasquines en un tono de lo más incendiario.

Los pasquines, como tales, no tienen mayor importancia y, a mi juicio, no merece la pena preocuparse por ellos. Ya hemos visto unos cuantos. Además, no eran pasquines nuevos: unos idénticos, como me dijeron más tarde, habían sido distribuidos no hacía mucho en la provincia de J., y Liputin, que mes y medio antes había recorrido el distrito, así como la provincia vecina, aseguraba que ya entonces había visto unas octavillas como aquéllas. Pero lo que más impresionó a Andréi Antónovich fue que, justo al mismo tiempo, el gerente de la fábrica de los Shpigulin había presentado ante la policía dos o tres paquetes de pasquines idénticos a los del alférez, que habían sido arrojados de noche en la fábrica. Los paquetes estaban aún sin abrir, y ninguno de los trabajadores había tenido tiempo de leerlos. Se trataba de un asunto de lo más tonto, pero a Andréi Antónovich le

dio que pensar. Le parecía un asunto desagradablemente complicado.

En esa fábrica acababa de estallar el llamado «caso Shpigulin», que tantos comentarios había suscitado entre nosostros y del que se hicieron eco, con toda clase de variantes, los periódicos capitalinos. Unas tres semanas antes un trabajador había caído enfermo y había muerto de cólera asiático; después habían contraído la enfermedad varios individuos más. En la ciudad todo el mundo se asustó, porque el cólera procedía de la provincia vecina. Debo señalar que entre nosotros se habían adoptado todas las medidas sanitarias concebibles para hacer frente al inoportuno huésped. Pero la fábrica de los Shpigulin, unos millonarios con buenos contactos, había sido pasada por alto. Y de buenas a primeras todo el mundo puso el grito en el cielo, diciendo que en la fábrica se ocultaba el origen y el vivero de la enfermedad, que en ella, y especialmente en las dependencias de los obreros, la inmundicia estaba tan arraigada que, incluso aunque no hubiera habido una epidemia de cólera, bien podría haberse engendrado allí. Como es natural, se tomaron de inmediato las medidas pertinentes, y Andréi Antónovich insistió enérgicamente en que se aplicaran sin demora. En cosa de tres semanas la fábrica quedó limpia, pero, por alguna razón, los Shpigulin decidieron cerrarla. Uno de los hermanos residía de forma permanente en San Petersburgo y el otro, una vez que las autoridades ordenaron la limpieza de la fábrica, se marchó a Moscú. El gerente se ocupó de pagar sus salarios a los trabajadores y, por lo que ahora se sabe, los engañó descaradamente. Los obreros empezaron a murmurar, exigiendo un trato justo; cometieron la estupidez de acudir a la policía, aunque sin excesivas alharacas ni grandes muestras de agitación. Fue entonces cuando el gerente le hizo entrega de las proclamas a Andréi Antónovich.

Piotr Stepánovich irrumpió en el despacho sin anunciarse, como buen amigo de la familia que era; además, venía de parte de Yulia Mijáilovna. Al verlo, Von Lembke frunció el ceño, con aire sombrío, y se quedó de pie junto a su mesa, en un gesto poco acogedor. Hasta ese momento había estado dando vueltas por su despacho y comentando algún asunto a solas con un empleado de su oficina llamado Blum, un alemán extraordinariamente torpe y huraño que había traído consigo de San Petersburgo, a pesar de la firme oposición de Yulia Mijáilovna. Al entrar Piotr Stepánovich, el empleado se retiró en dirección a la puerta, pero no salió del despacho. Es más, a Piotr Stepánovich le dio la impresión de que intercambiaba una mirada significativa con su superior.

—¡Ajá, por fin le pillo, sigiloso corregidor! —gritó, riendo, Piotr Stepánovich, y cubrió con la mano un pasquín que había sobre la mesa—. Éste incrementa su colección, ¿no?

Andréi Antónovich se ruborizó. De repente su rostro pareció contraerse.

—¡Deje eso, déjelo ahora mismo! —exclamó, temblando de rabia—. Y no se atreva… señor…

—Pero ¿qué le pasa? No me diga que se ha enfadado.

—Permítame hacerle ver, señor mío, que no estoy dispuesto en lo sucesivo a soportar su *sans façon*[222], y le ruego que recuerde…

—¡Uf, qué demonios, si está enfadado en serio!

—¡Cállese de una vez! ¡Cállese! —Von Lembke pataleaba en la alfombra—. Y no se atreva…

Sabe Dios cómo habría terminado aquello. Lamentablemente, había otra circunstancia de la que ni Piotr Stepánovich ni la propia Yulia Mijáilovna sospechaban nada. El pobre Andréi Antónovich había llegado a tal grado de perturbación que en los últimos días había empezado a tener celos de su mujer y de Piotr Stepánovich. En soledad, sobre todo de noche, había pasado unos momentos atroces.

—Y yo que creía que, si alguien le lee a uno su novela dos días seguidos hasta la medianoche y le pide su opinión, será que ha prescindido al menos de estas formalidades… Yulia Mijáilovna me recibe como a un amigo; con usted no hay quien se aclare —dijo con cierta dignidad Piotr Stepánovich—. Aquí está su novela, por cierto.

Depositó en la mesa un manuscrito grande y voluminoso, enrollado y envuelto en papel azul.

Lembke se puso colorado y pareció quedarse desconcertado.

—¿Dónde lo ha encontrado? —preguntó cauteloso, en un arranque de alegría que no pudo reprimir, aunque hizo todo lo posible por disimularlo.

—Imagínese, como estaba así enrollado, seguro que se había caído de la cómoda. Debí de arrojarlo de cualquier manera al llegar a casa. No apareció hasta anteayer, cuando fregaron el suelo. ¡Vaya un trabajo que me ha dado usted!

Lembke bajó los ojos con severidad.

—No he dormido las dos últimas noches, por culpa de usted. Hace un par de días que apareció, y lo he tenido siempre a mi lado; no he parado de leer desde entonces. De día no tengo tiempo, así que me ha tocado leer de noche. Verá, señor… no me ha dejado satisfecho: no es lo que yo pienso. Pero no me haga ni caso, yo nunca he sido crítico; eso sí, *bátiushka*, ¡no podía soltarla, aunque no me gustara! Los capítulos cuatro y cinco son… son… son… ¡qué diablos! Y cuánto humor le ha puesto usted, me he partido de risa. ¡Cómo sabe usted reírse de las cosas *sans que cela paraisse*[223]! Y los capítulos nueve y diez solo tratan de amor; eso

no va conmigo, pero son efectivos, desde luego; con la carta de Igrénev casi se me saltan las lágrimas, aunque lo presenta usted con tanta sutileza… Ya sabe, es algo conmovedor, y al mismo tiempo se diría que quiere usted mostrar su lado más falso, ¿verdad? ¿He acertado o no? Bueno, y el final es para matarle. ¿Qué se propone usted? No es más que la vieja glorificación de la felicidad doméstica, la multiplicación de los hijos y de los capitales: fueron felices y comieron perdices. ¡Por el amor de Dios! Cautivará al lector, porque yo mismo no podía soltar el libro, pero eso es lo peor. El lector sigue siendo tan tonto como siempre, pero la gente más sensata debería encargarse de darle una sacudida, y en cambio usted… Pero, en fin, ya es suficiente, adiós. No vaya usted a enfadarse otra vez; había venido a decirle un par de palabrillas importantes, pero está usted muy raro…

Entretanto Andréi Antónovich cogió su novela y la guardó bajo llave en la librería de roble; aprovechó también para hacerle una seña a Blum, indicándole que saliera. Éste desapareció con cara larga y triste.

—Yo no estoy raro, sino sencillamente… todo son disgustos —masculló con el ceño fruncido, pero ya sin rabia y sentándose al lado de la mesa—. Siéntese y diga ese par de palabrillas que tiene que decir. Hacía mucho que no le veía, Piotr Stepánovich, y haga el favor, de ahora en adelante, de no irrumpir con esos modales suyos… a veces, cuando uno está ocupado…

—Mis modales son siempre iguales…

—Ya lo sé, señor, y creo que lo hace sin mala intención, pero a veces uno está preocupado… Siéntese.

Piotr Stepánovich se arrellanó en el sofá y recogió enseguida las piernas por debajo del cuerpo.

III

—Y ¿por qué está tan preocupado? ¿No será por esas bobadas? —Señaló con un gesto al pasquín—. Octavillas como ésta, puedo traerle todas las que quiera; cuando estuve en la provincia de J. me familiaricé con ellas.

—¿Se refiere a la época en que estuvo viviendo allí?

—Pues claro, no va a ser cuando no estuve. Había también una con una viñeta, un dibujo de un hacha en la parte de arriba. Permítame —cogió el pasquín—; sí, también en ésta hay un hacha; es la misma, igualita.

—Sí, un hacha. Ya lo está viendo: un hacha.

—¿Qué? ¿Le asusta el hacha?

—No, señor, no es por el hacha… Y no es que me asuste, pero este asunto… El asunto se las trae; las circunstancias son las que son.

—¿Cuáles? ¿Que le han traído esto de la fábrica? Je, je. Sepa que en esa fábrica serán muy pronto los propios obreros los que redacten los pasquines.

—¿Qué me está diciendo? —Von Lembke lo miró con severidad.

—Ni más ni menos. No tiene más que fijarse en ellos. Es usted demasiado blando, Andréi Antónovich; escribe novelas. Y aquí hay que actuar como en los viejos tiempos.

—¿Como en los viejos tiempos? ¿A qué se refiere? ¿Qué clase de consejos son ésos? Han limpiado la fábrica; yo di orden de que la limpiaran.

—Pues hay una rebelión entre los trabajadores. Lo que hay que hacer es molerlos a palos, y asunto concluido.

—¿Una rebelión? Eso es absurdo; mandé que limpiaran, y han limpiado.

—¡Ay, Andréi Antónovich, qué blando es usted!

—En primer lugar, yo no tengo nada de blando, y en segundo lugar… —Von Lembke volvió a sentirse herido. Estaba hablando con aquel joven haciendo un esfuerzo, para ver si le contaba alguna novedad.

—¡Vaya, otra vieja conocida! —le interrumpió Piotr Stepánovich, haciéndose con otra hoja de papel que estaba pillada con un pisapapeles, otra especie de manifiesto, evidentemente impreso en el extranjero, pero en verso—. Vaya, ésta me la sé de memoria: *Un alma noble*[224]. Veamos; sí, en efecto, es *Un alma noble*. La conozco desde que estuve en el extranjero. ¿De dónde la ha sacado?

—¿Dice usted que ya la había visto en el extranjero? —se interesó Von Lembke.

—Y tanto; hace cuatro meses, si no son cinco.

—La de cosas que vio usted en el extranjero —dijo Von Lembke, con una mirada penetrante.

Piotr Stepánovich, sin prestarle atención, desenrolló el papel y leyó el poema en voz alta:

UN ALMA NOBLE

Nacido en humilde cuna,

creció en el seno del pueblo,

pero la inquina del zar

y los señores abyectos

hizo discurrir su vida

entre penas y tormentos,

entre látigos y potros,

entre castigos sin cuento.

Igualdad, fraternidad,

libertad para los siervos:

tales eran sus consignas,

tales eran sus anhelos.

Desatada la revuelta,

para salvar el pellejo

tuvo este noble estudiante

que marchar al extranjero,

escapando del verdugo,

de las tenazas y el fuego,

del hierro y de las mazmorras.

Mas el pueblo, ya resuelto

a romper con sus cadenas

y reclamar sus derechos,

de Tashkent hasta Smolensk

aguardaba su regreso

para rebelarse osado

contra aquel destino adverso

y dar muerte a los tiranos;

para repartir el suelo

y decretar su venganza

sobre la iglesia y el clero,

la familia y otras lacras

de un mundo caduco y viejo.

»Me imagino que se lo quitarían al oficial aquel, ¿no? —preguntó Piotr Stepánovich.

—¡No me diga que también lo conoce!

—Y tanto. Anduve dos días de parranda con él. Estaba condenado a volverse loco.

—A lo mejor no se volvió loco.

—¿Lo dice usted porque le dio por morder a la gente?

—Pero, discúlpeme, si usted ya había visto estos versos en el extranjero, y luego resulta que se encuentran aquí, en poder de ese oficial…

—¿Cómo? ¡Qué astuto! Ya veo que usted, Andréi Antónovich, me quiere examinar. Pues mire —empezó de pronto con una gravedad insólita—, a mi regreso del extranjero tuve que dar a determinadas personas una explicación de lo que había visto, y esa explicación resultó convincente, pues de otro modo esta ciudad no estaría disfrutando de mi presencia. Considero que, a ese respecto, mi labor ha concluido y que no tengo que dar más explicaciones a nadie. Y ha concluido no porque yo sea un delator, sino porque era lo único que podía hacer. Quienes escribieron a Yulia Mijáilovna, sabiendo de lo que hablaban, dijeron de mí que yo era un hombre honrado. Pero, bueno, todo eso es agua pasada, y yo he venido a decirle una cosa muy seria y me alegro de que haya mandado salir a ese

deshollinador. Es un asunto de suma importancia para mí, Andréi Antónovich; tengo que pedirle algo muy especial.

—¿Algo muy especial? Vaya, pues ya me dirá; me deja usted intrigado, lo confieso. Y debo añadir, en cualquier caso, que me sorprende usted bastante, Piotr Stepánovich.

Von Lembke estaba un tanto alterado. Piotr Stepánovich cruzó las piernas.

—En San Petersburgo —empezó—, hablé abiertamente de muchas cosas, pero de otras, de esto, por ejemplo —dio un toque con el dedo a *Un alma noble*—, no dije nada; primero, porque no valía la pena, y segundo, porque me limité a responder a las preguntas que se me hicieron. En estas cuestiones no me gusta tomar la iniciativa; en eso veo la diferencia entre un sinvergüenza y un hombre honrado que simplemente se ha visto superado por las circunstancias… Bueno, en definitiva, dejemos eso al margen. El caso, señor, es que ahora… ahora que esos insensatos… bueno, ahora que esto ha salido a relucir y está todo en manos de usted, y ya veo que no se le puede ocultar nada, porque tiene usted ojos en la cara y no hay forma de adivinar lo que va a hacer, y mientras tanto esos insensatos siguen con la suya, yo… yo… bueno, yo, en una palabra, he venido a pedirle que salve a un hombre, que es también un necio, posiblemente un loco, en consideración de la juventud de ese individuo, de sus desgracias, y en nombre de la humanidad que usted siempre ha demostrado… Porque ¡no va a ser usted humano únicamente en esas novelas que produce! —dijo, concluyendo de pronto su parlamento en tono impaciente y con un grosero sarcasmo.

Era evidente, en resumidas cuentas, que allí había un hombre franco, aunque torpe y poco político, por culpa de un exceso de sentimientos humanos y, tal vez, de una exagerada delicadeza; un hombre, sobre todo, de inteligencia limitada, cosa que Von Lembke, con su extraordinaria perspicacia, supo apreciar de inmediato. De hecho, ya lo venía sospechando desde hacía tiempo, sobre todo la semana anterior, cuando, solo, de noche en su despacho, lo maldecía con toda su alma por sus inexplicables éxitos con Yulia Mijáilovna.

—¿Por quién está intercediendo? Y ¿a qué viene todo esto? —preguntó con altivez, procurando disimular su interés.

—Pues… pues… maldita sea… ¡Yo no tengo la culpa si confío en usted! Qué culpa tengo yo si le considero un hombre de lo más noble y, sobre todo, de lo más razonable… quiero decir, capaz de comprender… maldita sea… —Estaba muy claro que el pobrecillo se había enredado—. En fin —prosiguió—, dese usted cuenta de que, si le digo su nombre, estoy delatando a esa persona. Porque la estoy delatando, ¿verdad que sí? ¿Verdad que sí?

—Ya, pero entonces, si usted no me lo dice, ¿cómo quiere que adivine quién

es?

—Eso es, usted siempre lo desarma a uno con su lógica, maldita sea… en fin… esta «alma noble», este «estudiante»… es Shátov… ¡ahí lo tiene!

—¿Shátov? ¿Cómo que Shátov?

—Shátov es ese estudiante al que se menciona aquí. Vive aquí; es un antiguo siervo; vaya, el de la bofetada.

—¡Ya sé, ya sé! —Lembke entrecerró los ojos—. Pero, permítame, ¿de qué se le acusa realmente y, lo que es más importante, qué es lo que pide usted?

—Le estoy pidiendo que lo salve, ¿no lo entiende? Hace ya ocho años que lo conozco, podría decirse que fuimos amigos —dijo Piotr Stepánovich, fuera de sí—. Pero no tengo por qué responder ante usted de toda mi vida anterior —hizo un gesto con la mano—, todo esto carece de importancia; estamos hablando de tres personas y media, sumados a los del extranjero no llegarán a una decena, pero lo principal es que yo confiaba en su humanidad, en su inteligencia. Usted puede entender el asunto y valorarlo en su verdadera dimensión, no de cualquier manera: como el sueño insensato de un hombre que ha perdido el juicio… por culpa de las desgracias, dese cuenta, de las continuas desgracias, ¡no como una inaudita conspiración contra el gobierno!

Casi se ahogaba.

—Hum. Ya veo que es el responsable de los pasquines con el hacha —concluyó Lembke en todo casi mayestático—. Permítame, no obstante: si él es el único implicado, ¿cómo ha podido distribuirlos en otros distritos, e incluso en la provincia de J.? Y finalmente, lo más importante, ¿de dónde los ha sacado?

—Ya le digo que, en el mejor de los casos, no pasan de cinco individuos; bueno, pongamos diez, ¿cómo voy a saberlo?

—¿Es que no lo sabe?

—Y ¿por qué iba a saberlo, maldita sea?

—Pero, en cambio, sí sabía que Shátov era uno de los conspiradores.

—¡Ay! —Piotr Stepánovich sacudió la mano, como quitándose de encima la aplastante perspicacia de su interlocutor—. En fin, escuche, ya le cuento yo toda la verdad: de los pasquines no sé nada, o sea, nada de nada, qué demonios, ¿sabe lo que quiere decir nada?… Bueno, claro, está ese alférez, y alguno más, y otro más de por aquí… y puede que Shátov, y también algún otro, y nada más, una

auténtica birria… pero yo he venido a interceder por Shátov, es preciso salvarlo, porque esos versos son suyos… suyos, los ha compuesto él y por mediación suya fueron impresos en el extranjero; eso es lo que sé con seguridad, pero de los pasquines no sé nada de nada.

—Si los versos son suyos, entonces probablemente también lo sean los pasquines. Pero, en todo caso, ¿qué datos le hacen sospechar del señor Shátov?

Piotr Stepánovich, con cara de haber perdido definitivamente la paciencia, se sacó del bolsillo una cartera, y de ésta una nota.

—¡Aquí tiene sus datos! —exclamó, arrojándola en la mesa.

Lembke la desdobló; al parecer, la nota había sido escrita como seis meses antes y enviada desde nuestra ciudad a algún lugar en el extranjero; era una nota muy breve, de unas pocas palabras:

No puedo imprimir aquí *Un alma noble*, y en general no puedo hacer nada. Imprímanla en el extranjero.

I. SHÁTOV

Lembke se quedó mirando fijamente a Piotr Stepánovich. Con razón decía de él Varvara Petrovna que tenía una mirada de carnero degollado, a veces demasiado evidente.

—Ya lo ve —se apresuró a añadir Piotr Stepánovich—; de modo que lo escribió aquí, hace medio año, pero aquí no lo pudo imprimir, no sé, en alguna imprenta clandestina, y por eso pide que se lo impriman en el extranjero… Parece que está claro, ¿no?

—Sí, está claro, pero ¿a quién se lo pide? Eso aún no está claro —señaló Lembke con la más taimada de las ironías.

—Pues a Kiríllov, naturalmente; la nota se la mandó a Kiríllov, en el extranjero… No me irá a decir que no lo sabía. ¡Lo que me da rabia es que seguramente usted está aquí disimulando, cuando en realidad está al corriente desde el principio de todo lo que tiene que ver con estos versos! ¿Qué hacían, si no, encima de su mesa? ¿O es que han llegado solos hasta aquí? ¿Por qué me tortura usted, en tal caso?

Hecho un manojo de nervios, se enjugó con un pañuelo el sudor de la frente.

—Es posible que algo sepa… —Lembke esquivó hábilmente el golpe—. Pero ¿quién es ese Kiríllov?

—Pues es un ingeniero recién llegado; fue el padrino de Stavroguin en el duelo. Es un maníaco, un loco; a lo mejor aquel alférez suyo solo sufrió un ataque de *delirium tremens*, no sé, pero éste está loco de atar, del todo, se lo garantizo. Ay, Andréi Antónovich, si el gobierno supiera qué clase de gente es ésta, ni se le ocurriría levantarles la mano. Todos ellos, sin excepción, tendrían que estar en un manicomio; yo ya tuve ocasión de verlos bien en Suiza y en esos congresos suyos.

—¿Desde los que dirigen el movimiento de aquí?

—¿Quién dice que dirijan nada? Son tres hombres y medio. Solo con mirarlos se muere uno de aburrimiento. Y ¿qué movimiento es ese que se supone que hay aquí? ¿Un movimiento a base de pasquines? Pero ¿a quién han reclutado? ¡A un alférez con *delirium tremens* y a dos o tres estudiantes! Usted es un hombre inteligente, conteste a esta pregunta: ¿por qué no reclutan a gente de más peso? ¿Cómo es que son todos estudiantes y jovenzuelos de veintidós años? Si todavía fueran muchos… Seguro que hay un millón de sabuesos buscándolos, y ¿a cuántos han encontrado en total? A siete. Ya le digo que aburren a cualquiera.

Lembke escuchaba atentamente, pero con una expresión que parecía decir: «¡Qué fácil es hablar!».

—Perdóneme, pero usted asegura que la nota se envió al extranjero, y aquí no figura ninguna dirección; ¿cómo ha sabido usted que la nota iba dirigida al señor Kiríllov y, además, al extranjero y… y… que la había escrito precisamente el señor Shátov?

—Haga que le traigan una muestra de la escritura de Shátov y compruébelo. En estas oficinas tiene que haber alguna firma suya. Y, por lo que respecta a Kiríllov, él mismo me mostró la nota entonces.

—Entonces, usted…

—Pues claro, naturalmente. Y no fue lo único que me enseñaron. En cuanto a los versos, parece que fue el difunto Herzen quien se los escribió a Shátov, cuando éste aún andaba dando tumbos por el extranjero, supuestamente como un recuerdo de su encuentro, a modo de alabanza, de recomendación, qué sé yo… y Shátov los ha hecho circular entre los jóvenes. Como diciendo: «Ésta es la opinión que Herzen tiene de mí».

—Vaya, vaya, vaya —Lembke, finalmente, cayó en la cuenta—; justo lo que yo estaba pensando: lo de los pasquines está claro, pero los versos, ¿para qué?

—Ya me imaginaba que lo iba entender. Y ¡cualquiera sabe por qué le he contado todo esto! Escuche, usted me da a Shátov, y que el diablo se lleve a todos los demás, incluso a Kiríllov, que se ha encerrado ahora en casa de Filíppov, donde

también vive Shátov escondido. No me tienen ningún aprecio, por haber regresado… pero prométame que va a darme a Shátov y yo le entrego al resto servido en bandeja. ¡Le seré muy útil, Andréi Antónovich! Todo ese miserable grupo calculo que no pasará de nueve o diez personas. Yo también los vigilo, por mi cuenta. Ya conocemos a tres: Shátov, Kiríllov y ese alférez. A los demás, por ahora, me limito a vigilarlos… tampoco soy miope. Es igual que en la provincia de J.; allí atraparon con octavillas a dos estudiantes, a un alumno de gimnasio, a dos nobles de veinte años, a un maestro de escuela y a un comandante retirado, de unos sesenta años, embrutecido por la bebida; y nada más, créame, nada más. Fue una sorpresa que no hubiera más. Pero necesito seis días. Ya he hecho mis cuentas: seis días, ni uno más ni uno menos. Si quiere conseguir algún resultado, déjelos tranquilos esos seis días y yo se los entrego envueltos en un hatillo; pero, si los molesta usted antes de tiempo, los pájaros abandonarán el nido. Eso sí, deme a Shátov. Yo me quedo con Shátov… Lo mejor sería llamarlo secreta y amistosamente aquí mismo, a este despacho, e interrogarlo, dejándole las cosas claras… Y seguro que se echa a sus pies y rompe a llorar. Es un tipo neurótico, un infeliz; su mujer se entiende con Stavroguin. Sea amable con él y le confesará todo; pero hacen falta seis días… Y lo más importante, lo más importante: ¡ni una palabra a Yulia Mijáilovna! Es un secreto. ¿Puede quedar en secreto?

—¿Cómo? —Lembke se quedó con los ojos a cuadros—. Entonces, a Yulia Mijáilovna ¿usted no le ha… revelado nada?

—¿A ella? ¡No lo quiera Dios! ¡Ay, ay, Andréi Antónovich! Vea, señor: yo aprecio demasiado la amistad de su esposa y le tengo un enorme respeto… y todo eso… pero no iba a cometer ese error. Yo no le llevo la contraria, porque, como usted sabe, llevarle la contraria es peligroso. Es posible que le haya insinuado algo, porque eso le gusta, pero de ahí a darle nombres, como acabo de dárselos a usted, o cosas así… ¡por favor, *bátiushka*! Vamos a ver, ¿por qué me he dirigido a usted? Porque usted, al fin y al cabo, es un hombre, un tipo serio, con una larga y sólida experiencia en el servicio. Usted ha visto ya de todo. Me imagino que, con todo lo que habrá aprendido en San Petersburgo, se sabe de memoria qué pasos hay que dar en estas cuestiones. En cambio, si yo le mencionara a ella, por ejemplo, esos dos nombres, armaría un escándalo mayúsculo… Porque ella lo que quiere es asombrar a San Petersburgo desde aquí. No, señor, es demasiado vehemente, eso es lo malo.

—Sí, algo de esa *fougue*[225] hay en ella —masculló, no sin deleite, Andréi Antónovich, sin dejar de lamentar, al mismo tiempo, que aquel ignorante se atreviera a tomarse tantas libertades al hablar de Yulia Mijáilovna. Piotr Stepánovich, en cambio, seguramente pensaba que todavía era poco y que tenía que aumentar la presión para lisonjear a «Lembka» y acabar de someterlo.

—Pues sí, tiene *fougue* —asintió—. Es muy posible que sea una mujer genial, una mujer literaria, pero… espantaría a esos gorriones. No aguantaría ni seis horas,

ya no digamos seis días. ¡Ay, Andréi Antónovich, no le imponga a una mujer un plazo de seis días! Usted mismo ha admitido que tengo cierta experiencia… en estos asuntos, me refiero; algo de esto sé, y usted sabe que algo yo puedo saber. Si le pido seis días, no es por capricho, sino con un objeto.

—He oído decir… —Lembke no se decidía a decir lo que pensaba—, he oído decir que usted, al regresar del extranjero, presentó donde correspondía… ¿una especie de declaración de arrepentimiento?

—Bueno, lo que fuera.

—Naturalmente, no quiero yo meterme… pero tengo la impresión de que hasta ahora ha estado hablando usted en un tono bien distinto; de la fe cristiana, por ejemplo, de las instituciones sociales y, por último, del gobierno…

—He dicho tantas cosas. Y las sigo diciendo, pero esas ideas no deben aplicarse como hacen esos idiotas, ésa es la cuestión. ¿De qué sirve morder el hombro a nadie? Usted mismo se mostró de acuerdo conmigo, solo que dijo que era prematuro.

—En realidad, no estaba hablando de eso cuando me mostré de acuerdo y dije que era prematuro.

—¡Qué manera de medir sus palabras, je, je! ¡Hombre prevenido! —comentó alegremente Piotr Stepánovich—. Escuche, padre mío, necesitaba conocerle bien, por eso le he hablado a mi estilo. A mucha gente la he conocido así, no solo a usted. Posiblemente necesitaba descubrir su carácter.

—¿Qué le importa a usted mi carácter?

—¿Cómo quiere que lo sepa? —Una vez más se echó a reír—. Verá, mi querido y muy respetado Andréi Antónovich, es usted muy listo, pero las cosas no han llegado aún *hasta ese punto* y probablemente no llegarán, ¿entiende? Es posible que lo entienda. Aunque al volver del extranjero di ciertas explicaciones a quien correspondía y, a decir verdad, no veo por qué un hombre con convicciones notorias no puede obrar en beneficio de sus sinceras convicciones… lo cierto es que *allí* nadie me ha ordenado que informe de su carácter, ni habría aceptado tales órdenes *de allí*. Dese cuenta de que no tenía obligación de revelarle a usted, antes que a nadie, esos dos nombres; podría haberlos mandado directamente *allí*, es decir, a donde di mis primeras explicaciones. Y, si hubiera actuado pensando en el dinero o por alguna clase de interés, no habría acertado en mis cálculos, porque le estarían agradecidos a usted y no a mí. Lo hago solo por Shátov —añadió noblemente Piotr Stepánovich—, solo por Shátov, en atención a nuestra vieja amistad… Y si, llegado el caso, quiere usted elogiarme cuando tome la pluma para escribirles a los de *allá*, no seré yo quien se oponga, ¡je, je! *Adieu*, de todos modos,

que llevo ya aquí mucho tiempo, y no conviene parlotear tanto —añadió con cierta amabilidad, y se levantó del sofá.

—Al contrario, estoy encantado de que la cuestión haya quedado aclarada. —Von Lembke, con semblante no menos amable, claramente afectado por las últimas palabras, también se levantó—. Acepto sus servicios y le quedo reconocido, puede estar seguro de que haré, por mi parte, todo cuanto esté en mi mano para corresponder a su celo…

—Seis días, eso es lo más importante, seis días de plazo; y que nadie mueva un dedo en estos días, ¡es todo cuanto necesito!

—Sea.

—Naturalmente, eso no implica que yo le ate a usted las manos; ni se me ocurriría. No puede abandonar la vigilancia; pero no espante el nido antes de tiempo; confío en su buen sentido y en su experiencia. Pero seguro que tiene usted suficientes sabuesos y rastreadores en reserva, ¡je, je! —soltó Piotr Stepánovich, alegre y frívolamente, como un muchacho.

—No del todo —esquivó Lembke la pregunta, con amabilidad—. Eso de que hay muchas cosas en reserva no pasa de ser un prejuicio de los jóvenes… A propósito, permítame una palabra más: si ese Kiríllov fue padrino de duelo de Stavroguin, en ese caso también el señor Stavroguin…

—¿Qué pasa con Stavroguin?

—Me refiero a que, si son tan amigos…

—¡Eh, no, no, no! Ahí se equivoca, aunque es usted muy astuto. De verdad que me tiene asombrado. Y yo que pensaba que tendría usted alguna información… Hum, Stavroguin es justo lo opuesto, pero justo lo opuesto… *Avis au lecteur*.

—¿De verdad? ¿Cómo es posible? —exclamó Lembke con suspicacia—. Yulia Mijáilovna me ha dicho que, por las noticias que le han llegado de San Petersburgo, es un individuo que actúa siguiendo ciertas instrucciones, por así decir…

—Yo no sé nada, no sé nada, nada de nada. *Adieu. Avis au lecteur!* —De forma tan abrupta como evidente, Piotr Stepánovich había decidido escurrir el bulto.

Salió disparado hacia la puerta.

—Permítame, Piotr Stepánovich, permítame —le gritó Lembke—; otro asuntillo más, no le entretengo.

Sacó un sobre del cajón de la mesa.

—Aquí hay otro espécimen de la misma categoría, y se lo enseño para que vea hasta qué punto me fío de usted. Mírelo, y dígame qué opina.

Había una carta en el sobre: una carta extraña, anónima, dirigida a Lembke, recibida la misma víspera. Piotr Stepánovich, muy molesto, leyó lo que sigue:

¡Excelencia!

Pues lo es usted en razón de su cargo. Por la presente le informo de un atentado contra la vida de personas con el grado de general y contra la patria, pues todo apunta en esa dirección. Yo mismo lo he difundido incesantemente durante muchos años. También el ateísmo. Se prepara una revuelta, y hay miles de pasquines, y para cada uno habrá cien personas que irán corriendo a cogerlos con la lengua fuera si es que las autoridades no se incautan antes de ellos; porque se han ofrecido generosas recompensas, y la gente corriente es imbécil, y además está el vodka. La gente atacará a unos y a otros, tomándolos por culpables, y yo, temeroso de ambos bandos, me arrepiento de aquello en lo que no he tomado parte, pues tales son mis circunstancias. Si desea información para la salvación de la patria, así como de las iglesias e iconos, yo soy el único que puede hacerlo. Pero a condición de obtener de inmediato el perdón de la Tercera Sección[226] por telégrafo, solo para mí, y que los demás respondan de sus actos. Deje todas las noches a las siete, a modo de señal, una vela encendida en la ventana de la portería. Cuando la vea, creeré e iré a besar la mano misericordiosa venida de la capital, pero siempre que se me conceda una pensión, porque, si no, ¿de qué iba a vivir yo? Usted no se arrepentirá, pues le valdrá una estrella. Tiene que obrar con sigilo, de lo contrario le retorcerán el pescuezo.

Un desesperado servidor de vuestra excelencia.

Cae rendido a sus pies,

UN INCÓGNITO LIBREPENSADOR ARREPENTIDO

Von Lembke aclaró que la carta la habían dejado el día anterior en la portería, en un momento en que no había nadie.

—Entonces, ¿usted qué cree? —preguntó Piotr Stepánovich, en un tono más bien grosero.

—Me atrevería a decir que es un libelo anónimo, en broma.

—Lo más probable es que sea eso. A usted no hay quien le engañe.

—Sobre todo, por ser algo tan tonto.

—¿Habían recibido antes otros libelos parecidos?

—Dos veces, y anónimos.

—No, claro, no iban a firmarlos. ¿De estilo distinto? ¿De letra distinta?

—De estilo distinto y de letra distinta.

—¿Y de tono burlón, como éste?

—Sí, de tono burlón y, ¿sabe?… muy desagradables.

—Bueno, si ya ha habido otros, seguramente esta vez se tratará de lo mismo.

—Pero, sobre todo, por ser una cosa tan tonta. Porque estamos hablando de gente educada, y lo más probable es que no escriban de un modo tan tonto.

—Sí, claro, claro.

—Y ¿si resulta que de verdad hay alguien que quiere informar a las autoridades?

—No es probable —replicó secamente Piotr Stepánovich—. ¿A qué viene eso del telegrama de la Tercera Sección y lo de la pensión? Es un libelo evidente.

—Sí, sí —asintió Lembke, avergonzado.

—Mire, deje esto en mis manos. Yo le encontraré al responsable. Antes de ocuparme de los otros.

—Muy bien —accedió Von Lembke, no sin cierta vacilación.

—¿Se lo ha enseñado a alguien?

—No, desde luego, a nadie.

—¿Tampoco a Yulia Mijáilovna?

—Dios no lo permita. Y, por lo que más quiera, ¡no se lo enseñe usted! —exclamó Lembke, asustado—. Se alteraría mucho… y se pondría hecha una furia conmigo.

—Sí, usted se llevaría el primer rapapolvo; diría que se merece que le escriban esas cosas. Ya sabemos lo que es la lógica femenina. Bueno, adiós. Es posible que en dos o tres días pueda traerle al autor de esto. Pero ¡lo más importante es nuestro acuerdo!

IV

Seguramente Piotr Stepánovich no tenía un pelo de tonto, si bien Fedka el Presidiario decía de él, con razón, que era capaz de «inventarse a un hombre y vivir luego con él». Salió de su entrevista con Von Lembke totalmente convencido de haberlo tranquilizado, como mínimo, durante seis días, y ese plazo era imprescindible para él. Pero era una idea errónea, basada únicamente en que él se había inventado, de una vez y para siempre, a un Andréi Antónovich que era un perfecto pelele.

Como todo individuo de una suspicacia enfermiza, Andréi Antónovich, en el momento mismo en que creía pisar terreno firme, se volvía el hombre más gozosamente confiado del mundo. Este nuevo giro en el curso de los acontecimientos al principio le permitió ver las cosas de un modo mucho más halagüeño, a pesar de ciertas nuevas e inquietantes complicaciones. En el peor de los casos, las dudas anteriores se habían desvanecido. Además, los últimos días se había sentido tan cansado y desamparado que lo único que ansiaba, en el fondo, era un poco de calma. Pero, por desgracia, una vez más estaba intranquilo. Su larga estancia en San Petersburgo había dejado en su alma huellas indelebles. La historia oficial, e incluso la historia secreta, de la «nueva generación» la conocía con suficiente detalle —era un hombre curioso y coleccionaba proclamas—, pero nunca había entendido una palabra de ella. Era como estar en pleno bosque: su instinto le decía que en las palabras de Piotr Stepánovich se encerraba algo perfectamente incongruente, al margen de toda forma y condición, «aunque solo el diablo sabe lo que podrá estar pasando con esa "nueva generación", y solo el diablo sabe lo que se traerá entre manos», pensaba, perdido en sus cavilaciones.

En ese mismo instante, como hecho aposta, Blum volvió a asomar la cabeza por la puerta. Durante la visita de Piotr Stepánovich había estado esperando por allí cerca. Este Blum era incluso pariente lejano de Andréi Antónovich, aunque éste había ocultado, celosa y aprensivamente, el parentesco toda la vida. Pido perdón al lector por dedicar aquí unas pocas palabras a este insignificante individuo. Blum pertenecía a la rara estirpe de los alemanes «desdichados», y no por una carencia extrema de talento, sino por alguna razón desconocida. Los alemanes «desdichados» no son un mito: existen realmente, incluso en Rusia, y constituyen un tipo peculiar. Andréi Antónovich experimentó siempre por él una simpatía conmovedora, ,y en todas partes, siempre que pudo y en la medida en que sus propios éxitos en el servico se lo permitieron, le procuró algún puestecillo subordinado al suyo propio, en su mismo departamento; pero nunca le fue

demasiado bien. Cuando no se suprimía el puesto, designaban a un nuevo superior; una vez, incluso, estuvieron a punto de procesar al propio Blum junto con otros empleados. Era escrupuloso, aunque excesivamente adusto, sin ninguna necesidad y en perjuicio propio; pelirrojo, alto, cargado de espaldas, triste y hasta sentimental y, a pesar de su humildad, insistente y terco como un buey, aunque siempre a destiempo. Tanto él como su mujer y sus muchos hijos profesaban a Andréi Antónovich una reverente devoción desde hacía muchos años. A excepción de Andréi Antónovich, nadie le tuvo nunca aprecio. Yulia Mijáilovna se la tenía jurada desde el primer momento, pero nunca pudo vencer la resistencia de su marido. Su primera disputa conyugal, justo después de la boda, en los primeros días de la luna de miel, tuvo lugar cuando de improviso apareció ante ella Blum, a quien su marido había ocultado celosamente hasta entonces, junto con el secreto humillante de su parentesco. Andréi Antónovich imploró, juntando las manos, contó con tintes patéticos toda la historia de Blum y de su amistad desde la infancia, pero Yulia Mijáilovna se sintió humillada para siempre e incluso recurrió al desmayo. Von Lembke, sin embargo, no dio su brazo a torcer y proclamó que no iba a dejar a Blum en la estacada por nada del mundo y que no pensaba apartarlo de su lado, de modo que ella, asombrada al fin y al cabo, no tuvo más remedio que tolerarlo. No obstante, se acordó que el parentesco se ocultaría con más celo aún que hasta entonces, suponiendo que eso fuera posible; es más, se decidió cambiar el nombre y el patronímico de Blum, pues por algún motivo él también se llamaba Andréi Antónovich. En nuestra ciudad Blum no tenía trato con nadie, salvo con un boticario alemán, no visitaba a nadie y llevaba, como siempre había hecho, una vida solitaria y frugal. Hacía tiempo que estaba enterado de los pecadillos literarios de Andréi Antónovich. Éste solía invitarlo a unas sesiones secretas e íntimas de lectura de su novela, unas sesiones en las que Blum, con una sonrisa en la cara, aguantaba hasta seis horas seguidas, tieso como un poste, sudando y haciendo lo imposible para no quedarse dormido. Al regresar a casa, en compañía de su enjuta y zanquilarga mujer, se quejaba de la infausta debilidad de su benefactor por la literatura rusa.

Andréi Antónovich miró pesaroso al recién entrado Blum.

—Te ruego, Blum, que me dejes en paz —dijo deprisa, atropelladamente, en un deseo evidente de eludir la continuación de la charla de antes, interrumpida por la llegada de Piotr Stepánovich.

—Y, sin embargo, todo esto se podría arreglar con mucha delicadeza, sin la menor publicidad; de hecho, usted tiene plenos poderes —insistió Blum, en tono respetuoso, pero sin amilanarse, encorvando la espalda y acercándose cada vez más, pasito a pasito, a Andréi Antónovich.

—Blum, eres tan devoto y servicial conmigo que cada vez que te miro tiemblo de miedo.

—Usted siempre suelta sus agudezas y luego duerme tranquilo, satisfecho con lo que ha dicho, pero eso mismo le perjudica.

—Blum, acabo de convencerme de que eso no es así, ni mucho menos.

—¿No habrá sido por las palabras de ese joven depravado, de ese falsario de quien usted mismo recela? Le ha conquistado con sus halagos lisonjeros a su talento literario.

—Blum, tú no tienes ni idea; tu proyecto es absurdo, te lo digo yo. No encontraremos nada, y gritarán como posesos, más tarde vendrán las risas, más tarde Yulia Mijáilovna…

—Encontraremos todo lo que estamos buscando, de eso no cabe duda —Blum avanzó con firmeza hacia él, llevándose la mano derecha al corazón—, llevaremos a cabo un registro por sorpresa, por la mañana temprano, procediendo con toda delicadeza con ese individuo y observando rigurosamente todas las formalidades que establece la ley. La gente joven, Liamshin y Teliátnikov, están convencidos de que vamos a encontrar todo lo deseado. Han estado allí en reiteradas ocasiones. Nadie muestra una disposición favorable con el señor Verjovenski. La generala Stavróguina le ha retirado abiertamente sus favores, y todo hombre decente, si es que hay alguno en esta ciudad tan grosera, sabe positivamente que allí siempre se ha ocultado la fuente de incredulidad y de adoctrinamiento social. Allí guarda toda clase de libros prohibidos: los *Pensamientos* de Ryléiev[227], las obras completas de Herzen… Yo, por si acaso, tengo un catálogo aproximado…

—Ay, Dios, pero si esos libros los tiene todo el mundo; ¡mira que eres simple, mi pobre Blum!

—Y muchas proclamas —prosiguió Blum, sin escuchar los comentarios—. Sin duda, acabaremos dando con el rastro de las verdaderas proclamas que se hacen aquí. Ese joven Verjovenski me parece enormemente sospechoso.

—Pero tú estás confundiendo al padre con el hijo. Y no se llevan bien; el hijo se burla abiertamente del padre.

—Eso es solo una máscara.

—¡Blum, tú te has propuesto hacerme sufrir! Piensa que, en cualquier caso, aquí es una persona notable. Ha sido catedrático, es un hombre conocido, pondrá el grito en el cielo, y acto seguido la ciudad entera se lo tomará a risa, y acabaremos echándolo todo a perder… ¡Imagínate lo que pasará con Yulia Mijáilovna!

Blum siguió a lo suyo, sin escuchar.

—Solo ha sido profesor adjunto, no ha pasado de ahí; en cuanto a su rango, en el momento del retiro era un simple asesor colegiado[228] —dijo, dándose golpes en el pecho—; no ha recibido ninguna distinción, fue apartado del servicio porque existían sospechas de que conspiraba contra el gobierno. Estuvo sometido a vigilancia por la policía secreta y, sin duda, sigue estándolo. Y, a la vista de los desórdenes que han salido ahora a la luz, tiene usted esa obligación, indudablemente. Ahora es usted el que está perdiendo la ocasión de recibir una distinción, amparando al verdadero culpable.

—¡Yulia Mijáilovna! ¡Márrr-chese, Blum! —exclamó de pronto Von Lembke, al oír la voz de su mujer en la habitación vecina.

Blum se estremeció, pero no se rindió.

—Permítame, permítame —insistió, apretándose el pecho con ambas manos, cada vez más fuerte.

—¡Márrr-chese! —A Andréi Antónovich le rechinaban los dientes—. Haz lo que quieras… más tarde… ¡Ay, Dios mío!

Se alzó la guardapuerta y apareció Yulia Mijáilovna. Al ver a Blum, se detuvo majestuosa, le dirigió una mirada arrogante y desdeñosa, como si la sola presencia de este individuo fuese una ofensa para ella. Blum, en silencio, respetuosamente, le respondió con una profunda reverencia y, encorvado en señal de sumisión, se dirigió de puntillas hacia la puerta, con los brazos algo separados del cuerpo.

Ya fuera porque, en efecto, había interpretado la última exclamación histérica de Andréi Antónovich como un permiso inequívoco para actuar tal y como había solicitado, o porque, acallando su conciencia, obró en esta ocasión en provecho de su bienhechor, persuadido como estaba de que el éxito coronaría la empresa, lo cierto es que este coloquio entre jefe y subordinado dio, como se verá en el lugar oportuno, un resultado completamente inesperado que hizo reír a muchos, armó mucho ruido, despertó la implacable ira de Yulia Mijáilovna y sacó definitivamente de sus casillas a Andréi Antónovich, que cayó en una lamentable apatía en el momento menos indicado.

V

El día se presentaba complicado para Piotr Stepánovich. Tras dejar a Von Lembke se dirigió corriendo a la calle Bogoiavlénskaia, pero al pasar por la calle Bykova, junto a la casa en la que se alojaba Karmazínov, se detuvo de pronto y entró con una sonrisa. Le dijeron que lo esperaban, algo que le llamó la atención, porque no había anunciado su visita.

Efectivamente, el gran escritor aguardaba su visita, no solo aquel día, sino ya desde la víspera y la antevíspera. Tres días antes le había prestado el manuscrito de *Merci*, que pretendía leer en la *matinée* literaria del día de festejos de Yulia Mijáilovna, y lo había hecho por simpatía, convencido de que darle a conocer de antemano su gran obra era una forma de halagar la vanidad de aquel joven. Piotr Stepánovich había advertido hacía tiempo que aquel caballero fatuo, echado a perder y ofensivamente inaccesible para quien no se contara entre los elegidos, aquel «talento casi nacional», estaba tratando simplemente de congraciarse con él, y con auténtico afán. Tengo la sensación de que el joven había acabado por sospechar que Karmazínov lo consideraba, ya que no el cabecilla de todo el movimiento revolucionario clandestino en Rusia, sí al menos uno de los más profundamente iniciados en los secretos de la revolución rusa y uno de los que mayor influencia ejercían en la juventud. A Piotr Stepánovich le interesaba el estado de ánimo del «hombre más inteligente de Rusia», pero por diversos motivos había eludido hasta entonces cambiar impresiones con él.

El gran escritor se hospedaba en casa de una hermana, una hacendada casada con un chambelán. Ambos, marido y mujer, veneraban a su ilustre pariente, pero en esta ocasión ambos se encontraban en Moscú, con gran pesar suyo, de modo que quien tuvo el honor de recibirlo fue una señora anciana, pariente lejana y sin los recursos del chambelán, que vivía en la casa y desde hacía mucho tiempo se ocupaba de la supervisión de todas las faenas domésticas. Toda la casa andaba de puntillas desde la llegada del señor Karmazínov. La anciana escribía a Moscú casi a diario informando de cómo había pasado la noche el huésped y de lo que se había dignado a comer, y una vez mandó un telegrama con la noticia de que, después de un banquete en su honor en casa del alcalde, se había visto obligado a tomar una cucharada de cierta medicina. Raramente se atrevía a entrar en su cuarto, a pesar de que él la trataba gentilmente, aunque con sequedad, y solo hablaba con ella cuando le surgía alguna necesidad. Cuando apareció su visitante, Karmazínov se estaba comiendo su chuleta matutina acompañada de medio vaso de vino tinto. No era la primera vez que Piotr Stepánovich se pasaba a verlo, y siempre lo había encontrado delante de esa chuleta matutina, que se zampaba en su presencia, y ni una sola vez lo había invitado. Después de la chuleta le trajeron una tacita de café. El criado que le servía iba de frac, y llevaba puestos unos guantes y unos zapatos mullidos para no hacer ruido.

—¡Aaah! —Karmazínov se levantó del sofá, limpiándose con la servilleta. Con un aire de genuina alegría, se acercó a besar al visitante, hábito característico de los rusos, siempre que sean famosos. Pero Piotr Stepánovich sabía por experiencia que, si bien Karmazínov hacía ademán de besar, en realidad se limitaba a poner la mejilla, de modo que en esta ocasión él hizo otro tanto, y las dos mejillas se rozaron. Karmazínov, haciendo como si no se hubiera dado cuenta, se sentó en el sofá y le señaló amablemente a Piotr Stepánovich un sillón que había enfrente de él, donde el visitante se repantingó.

—No querrá… ¿no querrá usted almorzar? —preguntó el anfitrión, alterando por una vez su costumbre; por descontado, su actitud era la de quien espera indudablemente una negativa cortés. Piotr Stepanovich expresó sin tardanza su voluntad de almorzar. Una sombra de desconcierto veló el rostro del anfitrión, pero fue algo pasajero: tocó bruscamente la campanilla y, olvidándose de su buena educación, alzó la voz en tono desabrido para ordenar al criado que trajera un segundo almuerzo.

—¿Qué quiere usted? ¿Una chuleta o un café? —volvió a preguntar.

—Una chuleta y también un café, y mande que traigan más vino; estoy muerto de hambre —respondió Piotr Stepánovich, observando atentamente, con mucha calma, el atuendo de su anfitrión. El señor Karmazínov llevaba una especie de *katsaveika*[229] guateada de andar por casa, una chaquetilla con botones de nácar, aunque excesivamente corta. Aquella prenda no le favorecía en absoluto, en vista de su vientre saciado y de la prieta redondez de sus muslos; pero sobre gustos no hay nada escrito. Una manta de lana a cuadros, que llegaba hasta el suelo, le cubría las rodillas, a pesar del calor que hacía en la sala.

—¿No se encuentra usted bien? —observó Piotr Stepánovich.

—Sí, sí, estoy bien; lo que pasa es que me da miedo enfermar con este tiempo —respondió el escritor con su voz chillona, aunque pronunciando cada palabra con una cadencia suave y un agradable ceceo aristocrático—. Ya le estuve esperando ayer.

—¿Por qué? No le había prometido nada.

—Sí, pero tiene usted mi manuscrito. ¿Lo… lo ha leído?

—¿Un manuscrito? ¿Cuál?

Karmazínov se quedó de piedra.

—Pero lo habrá traído, ¿no? —Estaba tan atónito que hasta paró de comer y se quedó mirando a Piotr Stepánovich con cara de terror.

—Ah, se refiere usted a *Bonjour*, ¿verdad?

—*Merci*.

—Lo que sea. Se me había olvidado por completo y no lo he leído. La verdad, no sé… En los bolsillos no está… Tiene que andar por mi mesa. No se preocupe, ya aparecerá.

—No, mejor mando ahora mismo a alguien a buscarlo. Puede perderse y, lo que es peor, pueden robarlo.

—Pero ¡quién iba a quererlo! No entiendo por qué se asusta tanto, si Yulia Mijáilovna me ha dicho que siempre prepara usted varias copias: una para un notario en el extranjero, otra la guarda en San Petersburgo, otra en Moscú, y otra la manda usted a un banco, creo.

—Ya, pero Moscú siempre puede arder, y con él mi manuscrito. No, mejor mando a alguien.

—¡Espere, aquí está! —Piotr Stepánovich se sacó del bolsillo de atrás un fajo de cuartillas—. Está un poco arrugado. Imagínese, desde que usted me lo dio ha estado todo el tiempo en el bolsillo de atrás, con el pañuelo; me había olvidado de él.

Karmazínov agarró el manuscrito con ansia, lo revisó con mucho cuidado, contó las cuartillas y lo depositó ceremoniosamente en una mesita que había a su lado, pero sin perderlo de vista ni un solo instante.

—Se ve que no lee usted demasiado —susurró, sin poder contenerse.

—No, no demasiado.

—Y de literatura rusa, ¿no lee nada?

—¿De literatura rusa? Pues mire, algo he leído… *Por el camino…* o *En camino…* o *Cruce de caminos*, algo así, ya no recuerdo[230]. Lo leí hace mucho, unos cinco años. No tengo tiempo.

Hubo un breve silencio.

—Nada más llegar, convencí a todo el mundo de que es usted un hombre de una inteligencia extraordinaria, y ahora parece que todos han perdido la cabeza por usted.

—Se lo agradezco —respondió con calma Piotr Stepánovich.

Trajeron el almuerzo. Piotr Stepánovich se lanzó sobre la chuleta con un apetito colosal, la devoró en un santiamén, se bebió el vino y se tomó el café.

«Este zoquete —pensaba Karmazínov, mirándolo de reojo, mientras engullía el último bocado y apuraba la última gota—, este zoquete seguramente ha captado al vuelo toda la mordacidad de mi frase… y, desde luego, ha leído el manuscrito con avidez y si miente es por algo. Pero también cabe la posibilidad de

que no mienta y que de sea realmente estúpido. Me agrada que un hombre genial sea también algo estúpido. ¿No es éste una especie de genio para los suyos? En fin, el diablo sabrá».

Se levantó y empezó a pasear por el cuarto, yendo de un extremo a otro, para hacer ejercicio, como solía hacer después del desayuno.

—¿Se marcha usted pronto? —preguntó Piotr Stepánovich desde su sillón, encendiendo un cigarrillo.

—En realidad, he venido a vender una finca y ahora todo depende de mi administrador.

—Pero tengo entendido que usted vino porque allí, después de la guerra, se temía una epidemia, ¿no?

—No, no, nada de eso —siguió hablando el señor Karmazínov, pronunciando sus frases con una agradable entonación y sacudiendo levemente, aunque con vigor, la pierna izquierda cada vez que se giraba en uno de los rincones de la habitación—. Ciertamente, espero vivir el mayor tiempo posible. Hay algo en la aristocracia rusa que la deteriora con una extraordinaria rapidez, en todos los sentidos. Pero yo espero deteriorarme lo más tarde posible y ahora quiero trasladarme definitivamente al extranjero; el clima es mejor, los edificios son de piedra y todo es más sólido. Para lo que me queda por vivir, Europa es suficiente, creo yo. ¿Qué piensa usted?

—Yo qué sé.

—Hum. Si aquella Babilonia se hunde finalmente, el golpe puede ser brutal (en eso estamos de acuerdo, aunque creo que aguantará mientras yo viva); en cambio, no hay nada que pueda desmoronarse en Rusia, hablando en términos comparativos. No hay aquí piedras que puedan caerse, sino que todo se desharía en el barro. La Santa Rusia es lo más incapaz que hay en el mundo de oponer resistencia a nada. La gente sencilla aún aguantará con ayuda de su Dios ruso, aunque, según las últimas noticias, el Dios ruso es muy poco fiable y apenas ha podido oponerse a la reforma campesina; al menos, se ha tambaleado con ganas. Y ahora están esos ferrocarriles, y están ustedes… Yo, la verdad, no creo en absoluto en el Dios ruso.

—¿Y en el europeo?

—Yo no creo en ninguno. A mí me han calumniado ante la juventud rusa. Yo siempre he simpatizado con todos sus movimientos. Me han enseñado todas esas proclamas de por aquí. La gente las mira desconcertada, porque se asusta de su lenguaje, pero todos están convencidos de su fuerza, aunque no lo reconozcan.

Todos están cayendo desde hace tiempo y todos saben desde hace tiempo que no tienen a qué agarrarse. Yo estoy convencido del éxito de esa propaganda clandestina, porque Rusia es actualmente el único lugar del mundo donde puede ocurrir cualquier cosa sin que haya la menor resistencia. Entiendo perfectamente por qué los rusos pudientes se largan al extranjero, y cada año en mayor número. Es puro instinto. Cuando el barco se hunde, las ratas son las primeras en abandonarlo. La Santa Rusia es un país de madera, miserable y… peligroso; es un país de mendigos vanidosos en las altas esferas, mientras la inmensa mayoría vive en isbas inmundas. El país se alegrará con cualquier salida, basta con que se la expliquen. El gobierno es el único que todavía pretende oponerse, pero lo que hace es blandir el garrote a ciegas y sacudir a los suyos. Aquí todo está juzgado y condenado. Rusia, tal como es, no tiene futuro. Yo me he hecho alemán, y a mucha honra.

—Sí, pero ha empezado hablando de las proclamas; dígame, ¿cómo las ve usted?

—Todo el mundo las teme, lo que demuestra su poder. Desenmascaran claramente el fraude y prueban que aquí no hay nada a lo que agarrarse ni en lo que apoyarse. Hablan alto y fuerte cuando todos callan. Lo más eficaz que hay en ellas, a pesar de su lenguaje, es ese atrevimiento, insólito hasta ahora, de mirar a la verdad a la cara. Esa capacidad de mirar a la verdad a la cara es algo exclusivo de los rusos de esta generación. No, en Europa no son aún tan atrevidos: aquél es un reino de piedra, aún hay algo allí en lo que apoyarse. Por lo que veo, y por lo que puedo juzgar, toda la esencia de la idea revolucionaria rusa reside en la negación del honor. Me gusta que eso se exprese con tanto atrevimiento y audacia. No, eso en Europa todavía no lo entenderían, pero aquí es justamente en eso en lo que se pone el acento. Para el ruso, el honor no es más que una carga superflua, y siempre ha sido una carga, a lo largo de toda su historia. Es mucho más fácil atraerlo con un sincero «derecho al deshonor». Yo soy de la vieja generación y reconozco que soy partidario del honor, pero por pura rutina. Sencillamente, me gustan las viejas formas, digamos que por pusilanimidad; de algún modo tengo que vivir los años que me quedan.

De pronto se quedó callado.

«Yo aquí venga a hablar —pensó—, y él mirándome todo el rato, sin abrir la boca. Él ha venido a que le haga una pregunta directa. Pues se la voy a hacer».

—Yulia Mijáilovna me pidió que le sonsacara, con alguna artimaña, cuál va a ser esa sorpresa que prepara usted para el baile de pasado mañana —preguntó de repente Piotr Stepánovich.

—Pues sí, realmente va a ser una sorpresa, y realmente va a dar que hablar… —se jactó Karmazínov—. Pero no voy a decirle en qué consiste.

Piotr Stepánovich no insistió.

—Hay aquí un tal Shátov —obervó el gran escritor—, y figúrese que aún no lo he visto.

—Una persona estupenda. ¿Y bien?

—Nada, que algo va diciendo por ahí. ¿No es ese el que le dio una bofetada a Stavroguin?

—El mismo.

—Y ¿qué piensa usted de Stavroguin?

—No sé; es un seductor.

Karmazínov odiaba a Stavroguin, porque éste tenía la costumbre de no hacerle el menor caso.

—A ese seductor —dijo con una risita— sería al primero al que colgarían de una rama si alguna vez llegara a cumplirse lo que se predica en esas proclamas.

—Puede que antes —dijo de pronto Piotr Stepánovich.

—Como debe ser —asintió Karmazínov, sin reírse esta vez, y en un tono muy serio.

—Eso ya lo dijo usted en otra ocasión, y sepa que yo, a mi vez, se lo dije a él.

—¿Cómo? ¿De verdad se lo dijo? —Karmazínov se rió nuevamente.

—Y lo que dijo él fue que, si a él había que colgarlo de una rama, a usted bastaba con que le dieran una paliza, pero no solo para cubrir el expediente, sino haciendo daño, como cuando azotan a un campesino.

Piotr Stepánovich cogió el sombrero y se puso de pie. Karmazínov le tendió ambas manos para despedirse.

—Entonces —dijo con voz aguda y melosa, y con una entonación peculiar, mientras sujetaba las manos de Piotr Stepánovich entre las suyas—, entonces, si llega a pasar eso… eso que están tramando… ¿cuándo podría ocurrir?

—Yo qué sé —respondió Piotr Stepánovich con cierta rudeza. Se miraron fijamente a los ojos.

—¿Más o menos? ¿Aproximadamente? —dijo Karmazínov con voz aún más empalagosa.

—Le dará tiempo a vender su finca, y también le dará tiempo a largarse —murmuró Piotr Stepánovich, en un tono aún más grosero. Se miraron aún más fijamente.

Hubo unos momentos de silencio.

—Empezará a principios de mayo, y para el día del Manto[231] todo habrá terminado —dijo de pronto Piotr Stepánovich.

—Se lo agradezco muy sinceramente —dijo Karmazínov con voz conmovida, apretándole las manos.

«¡Ya tendrás tiempo, rata, de abandonar el barco! —iba pensando Piotr Stepánovich al salir a la calle—. Ahora bien, si este "talento casi nacional" pregunta con tanta seguridad por el día y la hora, y me agradece tan respetuosamente la información recibida, nosotros no tenemos por qué dudar. —Se sonrió—. Hum. Al fin y al cabo, no tiene un pelo de tonto… no es más que una rata dispuesta a emigrar; ¡alguien así no te delata!».

Corrió a la calle Bogoiavlénskaia, a casa de Filíppov.

VI

Piotr Stepánovich entró primero a ver a Kiríllov. Estaba solo, como de costumbre, y esta vez estaba haciendo gimnasia en medio de la habitación, esto es, separando las piernas, hacía girar los brazos por encima de la cabeza de un modo peculiar. Había una pelota en el suelo. Encima de la mesa, aún sin recoger, estaba el té de la mañana, ya frío. Piotr Stepánovich aguardó como un minuto en el umbral.

—Ya veo que cuida usted de su salud —dijo en voz alta y alegre, entrando en el cuarto—; qué pelota más estupenda; vaya, sí que bota bien. ¿También es para hacer gimnasia?

Kiríllov se puso la levita.

—Sí, también es para la salud —murmuró secamente—; siéntese.

—Solo es un minuto. Pero voy a sentarme. Lo de la salud está muy bien, pero he venido a recordarle un acuerdo. Nuestro plazo se acerca… «en cierto sentido» —concluyó, con una salida algo torpe.

—¿Qué acuerdo?

—¿Cómo que qué acuerdo? —replicó Piotr Stepánovich inquieto, casi alarmado.

—No era un acuerdo ni una obligación, yo no me he comprometido a nada, hay un error por su parte.

—Pero, óigame, ¿qué es lo que va a hacer? —Piotr Stepánovich se levantó de un salto.

—Mi voluntad.

—Y ¿cuál es su voluntad?

—La de antes.

—Y eso ¿cómo hay que entenderlo? ¿Quiere decir que sigue con la idea de antes?

—Eso quiere decir. Pero no hay un acuerdo ni lo ha habido nunca, yo no me he comprometido a nada. Solo era mi voluntad y ahora solo sigue siendo mi voluntad.

Kiríllov daba explicaciones en un tono brusco y displicente.

—De acuerdo, de acuerdo, que sea su voluntad, con tal de que esa voluntad no se altere. —Piotr Stepánovich se sentó otra vez, con aire satisfecho—. Se enfada usted por unas palabras. Últimamente se enfada usted por todo; por eso he procurado no venir a verle. De todos modos, estaba totalmente seguro de que no nos iba a traicionar.

—No le tengo a usted ninguna simpatía; pero puede estar totalmente seguro. Aunque no admito que sea cosa de traición o no traición.

—Pero, verá —Piotr Stepánovich volvía a sentirse intranquilo—, hay que hablar de todo esto con calma, para no liarse. El asunto exige precisión, y usted me está volviendo loco. ¿Me permite que hable?

—Hable —resolvió Kiríllov, mirando hacia un rincón.

—Usted decidió hace ya mucho quitarse la vida… quiero decir, que usted tenía esa idea. ¿Me he expresado bien? ¿Hay algún error?

—Ahora sigo teniendo la misma idea.

—Estupendo. Dese cuenta de que nadie le ha obligado.

—Pues claro; qué tonterías dice.

—Muy bien, muy bien; me he expresado de una forma estúpida. Indudablemente, sería una estupidez intentar obligar a nadie a hacer eso. Continúo: usted ya era miembro de la sociedad cuando existía la antigua organización y se lo confesó en esa época a otro de los miembros de la sociedad.

—No se lo confesé; sencillamente se lo dije.

—Sea. Si además sería ridículo «confesar» algo así, ¡valiente confesión! Usted se limitó a decírselo; perfecto.

—No, nada de perfecto; si es que usted no hace más que darle vueltas. No estoy obligado a darle explicaciones, y usted no puede entender mis pensamientos. Yo quiero quitarme la vida porque tengo esa idea, porque no quiero el temor a la muerte, porque… porque a usted ni le va ni le viene… ¿Qué desea? ¿Quiere té? Está frío. Déjeme que le traiga otro vaso.

En efecto, Piotr Stepánovich había cogido la tetera y estaba buscando un vaso vacío. Kiríllov se acercó al aparador y cogió un vaso limpio.

—Acabo de almorzar con Karmazínov —comentó el visitante—. Después, me ha tocado escucharle, y he sudado; he venido corriendo hasta aquí, y he vuelto a sudar. Estoy sediento.

—Beba. El té frío está bueno. —Kiríllov volvió a sentarse y volvió a desviar la vista hacia un rincón—. En la sociedad surgió la idea —prosiguió, en el mismo tono de voz— de que podía ser útil matándome y de que, cuando hiciera usted aquí de las suyas y buscaran a los culpables, yo de pronto me dispararía y dejaría una carta diciendo que todo era obra mía, para que así quedara usted libre de sospechas todo un año.

—Aunque solo fuesen unos días; un solo día ya es valioso.

—Muy bien. En ese sentido me dijeron que, si quería, podía esperar. Dije que esperaría a que la sociedad me señalase el plazo, porque a mí me daba lo mismo.

—Sí, pero recuerde que usted se comprometió a no escribir su carta de despedida si no contaba con mi ayuda y a que, una vez en Rusia, estaría a… en fin, en una palabra, a mi disposición… es decir, solo para la ocasión, se entiende; para todo lo demás, naturalmente, usted sería libre —añadió Piotr Stepánovich en tono casi afable.

—Yo no me he comprometido; consentí porque todo me da igual.

—Estupendo, estupendo; no tengo la menor intención de herir su orgullo, pero…

—No es cuestión de orgullo.

—Pero recuerde que le dieron ciento veinte táleros para el viaje, de modo que usted aceptó dinero…

—Ni mucho menos —Kiríllov se enojó—, el dinero no era para eso. Uno no acepta dinero para esas cosas.

—A veces sí.

—Miente. Ya lo hice saber por carta, desde San Petersburgo, y en San Petersburgo le entregué a usted los ciento veinte táleros, en mano… y ese dinero lo habrán enviado desde allí, si es que no se lo ha quedado usted.

—De acuerdo, de acuerdo, no se lo discuto, ese dinero fue enviado. Lo fundamental es que sigue usted con la misma idea de antes.

—La misma. Cuando usted me venga y me diga: «Ya es el momento», yo lo hago. ¿Qué? ¿Va a ser muy pronto?

—En unos cuantos días… Pero recuerde que la nota tenemos que redactarla juntos, esa misma noche.

—Como si es de día. ¿Decía usted que debo hacerme responsable de las proclamas?

—Y de algo más.

—No voy a hacerme responsable de todo.

—¿De qué dice que no va a hacerse responsable? —Piotr Stepánovich se alarmó una vez más.

—De lo que yo no quiera; ya es suficiente. No quiero seguir hablando de eso.

Piotr Stepánovich se controló y cambió de tema.

—Otra cosa —anunció—, ¿vendrá esta tarde a reunirse con nosotros? Hoy se celebra el santo de Virguinski, vamos a juntarnos con ese pretexto.

—No me apetece.

—Haga el favor. Venga. Es preciso. Tenemos que impresionarlos con nuestro número y con nuestras caras… Tiene usted una cara… bueno, en una palabra, tiene una cara fatídica.

—¿Eso cree? —Kiríllov se echó a reír—. De acuerdo, iré; pero no por la cara que tengo. ¿Cuándo?

—Oh, temprano, a las seis y media. Y sepa que puede entrar, sentarse y no hablar con nadie, por mucha gente que haya. Pero no se olvide de llevar papel y lápiz.

—¿Para qué?

—Eso a usted le da igual, es un favor personal que le pido. Usted solo tiene que estar ahí sentado, sin hablar con nadie, escuchando y haciendo como que toma nota de vez en cuando; aunque sea, dibuje garabatos.

—Qué tontería; ¿por qué?

—¡Qué más le dará! Si usted siempre está diciendo que todo le da igual…

—No, ¿por qué?

—Pues porque hay un miembro de la sociedad, un inspector, que está ahora en Moscú, y yo les he dicho a algunos de aquí que a lo mejor venía a visitarnos ese inspector; y así van a pensar que usted es el inspector. Y, como ya lleva aquí tres semanas, su sorpresa va a ser aún mayor.

—Artimañas. No hay ningún inspector en Moscú.

—Supongamos que no; pero, qué diablos, ¿a usted qué más le da? Y ¿en qué le afecta? Usted también es miembro de la sociedad.

—Dígales que soy el inspector; estaré callado, pero no quiero papel y lápiz.

—Y ¿por qué?

—Porque no.

Piotr Stepánovich se puso verde de rabia, pero de nuevo se dominó, se levantó y cogió su sombrero.

—¿Está aquí *ése*? —preguntó de pronto a media voz.

—Sí que está.

—Mejor. Pronto me lo llevaré de aquí, no se preocupe.

—No me preocupo. Solo viene a dormir. La vieja está en el hospital, la nuera ha muerto. Llevo dos días solo. Le he mostrado ese sitio en la valla donde se puede quitar una tabla; entra y sale por ahí sin que lo vea nadie.

—Pronto vendré a por él.

—Dice que tiene muchos sitios donde pasar la noche.

—Miente, lo están buscando, y aquí por ahora pasa desapercibido. ¿Han tenido alguna charla juntos?

—Sí, toda la noche. Habla muy mal de usted. De noche le leo el Apocalipsis, hacemos té. Me escucha atentamente, muy atentamente, toda la noche.

—¡Qué demonios, va a convertirlo al cristianismo!

—Pero si él ya es cristiano. No se preocupe, matará. ¿A quién quiere matar usted?

—No, no cuento con él para eso; cuento con él para otra cosa… ¿Y Shátov sabe lo de Fedka?

—Con Shátov no hablo de nada ni lo veo.

—¿Es que está enfadado?

—No, no estamos enfadados, simplemente nos damos la espalda. Estuvimos demasiado tiempo juntos en América.

—Voy a pasar ahora a verlo.

—Como quiera.

—Puede que venga luego con Stavroguin, desde allí, a eso de las diez.

—Vengan.

—Tenemos que hablar de algo importante… Ande, regáleme su pelota; ahora ¿para qué le sirve? Yo también la quiero para hacer gimnasia. Si hace falta, se la pago.

—Llévesela y ya está.

Piotr Stepánovich se guardó la pelota en el bosillo de atrás.

—Pero no voy a darle nada que vaya contra Stavroguin —masculló Kiríllov al despedir a su visitante, cuando ya salía. Éste lo miró sorprendido, aunque no replicó.

Las últimas palabras de Kiríllov dejaron sumamente desconcertado a Piotr Stepánovich; no tuvo tiempo de analizar lo que habría querido decir, si bien, según subía las escaleras para ir a ver a Shátov, se esforzó por mudar su semblante insatisfecho en un rostro afable. Shátov estaba en casa, y no se encontraba bien. Estaba echado en la cama, aunque vestido.

—¡Qué mala suerte! —exclamó Piotr Stepánovich desde el umbral—. ¿Es cosa seria?

La expresión afable se borró rápidamente de su rostro; algo siniestro centelleó en sus ojos.

—Ni mucho menos —Shátov se levantó nervioso—; no es nada, un ligero dolor de cabeza…

Estaba confuso; la inesperada aparición de aquel visitante claramente lo había asustado.

—Precisamente me trae aquí un asunto para el que no conviene ponerse enfermo —empezó Piotr Stepánovich, hablando deprisa y en tono imperioso—. Con su permiso, tomaré asiento —se sentó—, y usted vuelva a sentarse en la cama… Eso es. Hoy, con la excusa de celebrar el cumpleaños[232] de Virguinski, unos cuantos de nosotros vamos a reunirnos en su casa; eso sí, no va a tener ningún otro cariz la reunión, ya hemos tomado medidas. Yo iré con Nikolái Stavroguin. A usted, naturalmente, no tenía intención de arrastrarlo hasta allí, sabiendo cómo piensa actualmente… Vaya, se trataba de que no se sintiera molesto, no es que pensemos que nos va a delatar. Pero, tal como han ido las cosas, no va a tener más remedio que ir. Allí se encontrará usted con las personas con las que decidiremos finalmente de qué manera podrá abandonar usted la sociedad y a quién tendrá que entregar aquello que se encuentra en su poder. Lo haremos discretamente; yo le dejaré en un rincón apartado; habrá mucha gente, y nadie tiene por qué enterarse. Debo confesar que no he tenido más remedio que afilar la lengua por usted, pero parece que ya están conformes, siempre y cuando, naturalmente, entregue la imprenta y todos los papeles. Después ya podrá irse a donde le parezca mejor.

Shátov escuchaba con el ceño fruncido, con aire rencoroso. No quedaba ni

rastro de su alarma nerviosa de antes.

—No reconozco ninguna clase de obligación de responder ante nadie —proclamó rotundamente—, nadie tiene autoridad para dejarme libre.

—Eso no es exactamente así. A usted se le habían confiado muchas cosas. No tenía usted derecho a romper sin más. Y, en definitiva, tampoco lo anunció claramente en ningún momento, de modo que los puso en una situación ambigua.

—Cuando vine aquí, lo dejé muy claro en mi carta.

—No, no lo dejó nada claro —objetó con calma Piotr Stepánovich—. Yo, por ejemplo, le mandé *Un alma noble* para imprimirlo aquí y para que guardara usted los ejemplares hasta que hicieran falta en otro sitio; igual que las dos proclamas. Usted devolvió todo eso con una carta ambigua que no quería decir nada.

—Yo me negué rotundamente a imprimirlo.

—Bueno, no tan rotundamente. Usted escribió: «No puedo», pero sin explicar cuál era la causa. No significa lo mismo «no puedo» que «no quiero». Cabía pensar que no podía hacerlo, sencillamente, por razones materiales. Así lo entendieron ellos, y llegaron a la conclusión de que usted estaba de acuerdo en seguir vinculado a la sociedad y, por lo tanto, podían confiarle otras cosas y, en consecuencia, comprometerse todavía más. Por aquí dicen que usted sencillamente se proponía engañarlos, delatándolos en cuanto le llegara alguna información importante. Yo puse todo mi empeño en defenderle y les enseñé su nota de respuesta, de un par de líneas, como una prueba en su favor. Pero debo confesar, después de releerla ahora, que esas dos líneas resultan confusas y se prestan a engaño.

—Y ¿ha conservado usted esa nota con tanto esmero?

—Lo de menos es que la haya conservado; el caso es que sigue en mi poder.

—Pues muy bien, ¡maldita sea! —gritó Shátov con rabia—. Que piensen esos imbéciles suyos que los he delatado, ¡a mí qué me importa! ¡Me gustaría ver qué pueden hacerme!

—Anotarían su nombre y con el primer éxito de la revolución le colgarían.

—¿Eso será cuando conquisten ustedes el poder supremo y sometan a Rusia?

—No se ría. Le repito que he dado la cara por usted. En todo caso, le aconsejo que no falte esta tarde. ¿A qué vienen esas palabras estériles, fruto de un

falso orgullo? ¿No sería mejor separarnos amistosamente? De todos modos, tendrá usted que devolver la prensa y los tipos y los papeles viejos, de eso es de lo que hay que hablar.

—Iré —farfulló Shátov, bajando pensativo la cabeza. Piotr Stepánovich lo miraba de reojo desde su asiento—. ¿Estará Stavroguin? —preguntó de pronto Shátov, y volvió a levantar la cabeza.

—Seguro.

—¡Je, je!

Volvieron a callar unos momentos. Shátov esbozó una sonrisa desdeñosa e irritada.

—Y ese infame *Un alma noble* suyo, que yo no quise imprimir aquí, ¿lo han imprimido?

—Sí.

—¿Tratan de hacer creer a los alumnos de gimnasio que fue el propio Herzen quien lo escribió en su álbum?

—Sí, el propio Herzen.

Esta vez estuvieron como tres minutos en silencio. Por fin, Shátov se levantó de la cama.

—Salga de mi cuarto, no quiero estar en su compañía.

—Ya me voy —dijo Piotr Stepánovich con cierta alegría, levantándose sin prisa—; solo una cosa más: al parecer, Kiríllov está ahora solo en su pabellón, sin criada, ¿no es así?

—Más solo que la una. Váyase, no puedo estar en el mismo cuarto que usted.

«¡Pues estás tú listo! —iba pensando alegremente Piotr Stepánovich en el momento de salir a la calle—. Y más que estarás esta noche, y eso es justo lo que necesito ahora. ¡No podía desear nada mejor! ¡No podía desear nada mejor! ¡Hasta el mismísimo Dios ruso me está ayudando!».

VII

Seguramente había estado muy atareado todo el santo día, yendo de acá para allá con distintos fines, y muy probablemente con buenos resultados, algo que se reflejaba en la expresión satisfecha de su rostro cuando aquella tarde, a las seis en punto, se presentó en casa de Nikolái Vsévolodovich. Sin embargo, no lo recibieron de inmediato: Nikolái Vsévolodovich acababa de encerrarse en su despacho con Mavriki Nikoláievich. La noticia lo dejó preocupado. Se sentó junto a la puerta del despacho a esperar a que saliera el visitante. Podía oír el rumor de la conversación, pero no alcanzaba a entender lo que decían. La visita no se prolongó demasiado; al poco rato se oyó un ruido, atronó una voz extraordinariamente sonora y estridente, y a continuación se abrió la puerta y apareció Mavriki Nikoláievich con la cara pálida como una pared. No reparó en la presencia de Piotr Stepánovich y rápidamente pasó de largo. Acto seguido, Piotr Stepanovich entró corriendo en el despacho.

No puedo omitir una relación detallada de aquella entrevista, singularmente breve, entre los dos «rivales», una entrevista que parecía imposible, dadas las circunstancias, pero que, a pesar de todo, se llevó a cabo.

Ocurrió como sigue: después de comer, Nikolái Vsévolodovich dormía la siesta en el sofá de su despacho cuando Alekséi Yegórovich le anunció la llegada del inesperado visitante. Al oír su nombre, se levantó de un salto, incrédulo. Pero enseguida una sonrisa iluminó sus labios: una sonrisa de altivo triunfo, a la vez que de asombro pasmado e incrédulo. Al entrar, Mavriki Nikoláievich pareció sorprendido por la expresión de esa sonrisa; en cualquier caso, se detuvo en medio del despacho, sin acabar de decidirse: no parecía tener claro si debía seguir adelante o volver por donde había venido. Inmediatamente, Nikolái Vsévolodovich acertó a alterar su semblante y, con un gesto de grave inquietud, dio un paso hacia Mavriki Nikoláievich. Éste no estrechó la mano tendida hacia él; acercó torpemente una silla y se sentó sin decir palabra, antes de que lo hiciese el anfitrión y sin aguardar siquiera a su invitación. Nikolái Vsévolodovich se sentó de medio lado en el sofá y, mirando al visitante, esperó en silencio.

—Si puede, cásese con Lizaveta Nikoláievna —le ofreció de pronto, como un regalo, Mavriki Nikoláievich; lo más llamativo de todo fue que, por el tono, era imposible discernir si se había tratado de un ruego, una recomendación, una concesión o una orden.

Nikolái Vsévolodovich seguía callado, por más que estaba claro que el visitante ya había dicho todo lo que tenía que decir, y lo miraba fijamente, aguardando una respuesta.

—Si no me equivoco, aunque hay pocas dudas, Lizaveta Nikoláievna ya está prometida a usted —dijo por fin Stavroguin.

—Prometida y comprometida —confirmó Mavriki Nikoláievich con voz

firme y clara.

—¿Han… discutido?… Le pido disculpas, Mavriki Nikoláievich.

—No; ella «me ama y me respeta», ésas han sido sus palabras. Nada hay más precioso que sus palabras.

—De eso no cabe duda.

—Pero sepa que, aunque estuviera ya en el *analoguion*, en el momento mismo de la coronación[233], si usted la llamara, me dejaría a mí y a todo el mundo y se iría con usted.

—¿En plena boda?

—Y después de la boda.

—¿No estará usted en un error?

—No. Por debajo del odio incesante que siente por usted, un odio completo y sicero, a cada momento resplandece el amor y… la locura… ¡el amor y la locura más sinceros y más ilimitados! Por el contrario, por debajo del amor, no menos sincero, que siente por mí, a cada momento resplandece el odio… ¡el mayor de los odios! Nunca hasta ahora había podido imaginarme tales… metamorfosis.

—Pero a mí lo que me sorprende es que haya podido usted venir aquí a ofrecerme la mano de Lizaveta Nikoláievna. ¿Acaso tiene usted derecho a hacerlo? ¿O es que ella le ha autorizado?

Mavriki Nikoláievich frunció el ceño y por un momento agachó la cabeza.

—Todo eso, por su parte, no son más que palabras —dijo de pronto—, palabras vengativas y triunfales: estoy seguro de que puede leer entre líneas, ¿o acaso hay sitio aquí para una vanidad mezquina? ¿No tiene usted bastante satisfacción? ¿Debo extenderme y poner los puntos sobre las íes? De acuerdo, lo haré, ya que le hace tanta falta humillarme: no tengo ningún derecho ni es posible su autorización. Lizaveta Nikoláievna no sabe nada de esto, pero su prometido ha perdido el poco juicio que le quedaba y está para que lo encierren en un manicomio, y, para colmo, ha venido él mismo a hacérselo saber. Usted es la única persona en el mundo entero que puede hacerla feliz y yo la única que puede hacerla desgraciada. Usted trata de conseguirla, usted la persigue; sin embargo, me pregunto por qué no se casa con ella. Si se trata de una riña entre amantes que se inició en el extranjero y para ponerle fin han de sacrificarme a mí, sacrifíquenme. Ella es demasiado desgraciada, y yo no puedo soportarlo. Mis palabras no son ni un permiso ni un mandato, y por eso mismo no pueden herir su vanidad. Si usted

quisiera ocupar mi puesto en el *analoguion*, podría hacerlo sin mi consentimiento, así que, desde luego, no hay ninguna razón para que me presente ante usted con esta propuesta descabellada. Máxime teniendo en cuenta que, después de este paso que estoy dando ahora mismo, nuestro matrimonio es imposible. ¿Cómo podría llevarla al altar sabiendo que soy un canalla? Lo que estoy haciendo ahora, cediéndosela a usted, quizá su más acérrimo enemigo, es a mi juicio una canallada tal que, desde luego, siempre pesará sobre mí.

—¿Se pegará un tiro cuando nos casen?

—No, mucho después. ¿Para qué manchar con mi sangre su vestido de novia? A lo mejor al final no me pego un tiro, ni ahora ni más adelante.

—¿Pretende usted tranquilizarme diciendo estas cosas?

—¿A usted? Una gota más de sangre ¿qué puede suponer para usted?

Se puso pálido y le centellearon los ojos. Siguió un breve silencio.

—Discúlpeme por las preguntas que le he hecho —empezó Stavroguin de nuevo—, no tenía ningún derecho a plantearle algunas de ellas, pero hay una que me parece que sí le puedo hacer. Dígame: ¿qué datos le han llevado a sacar sus conclusiones sobre mis sentimientos por Lizaveta Nikoláievna? Me refiero a la intensidad de esos sentimientos, algo de lo que está usted tan convencido como para venir aquí y… arriesgarse con semejante propuesta.

—¿Cómo? —Mavriki Nikoláievich se sobresaltó ligeramente—. ¿Acaso no ha intentado usted conquistarla? ¿No sigue intentándolo y no quiere conquistarla?

—Por lo general, soy incapaz de comentar abiertamente mis sentimientos por tal o cual mujer con un tercero o con nadie que no sea la propia mujer. Discúlpeme, pero se trata de una de mis rarezas. A cambio, sí le puedo decir la verdad sobre todo lo demás: estoy casado, y me resulta imposible casarme o «conquistar» a nadie.

Mavriki Nikoláievich estaba tan perplejo que se reclinó sobre el respaldo de la silla y se quedó un rato mirando fijamente a la cara a Stavroguin.

—Imagínese, jamás se me habría ocurrido —murmuró—. Dijo usted entonces, aquella mañana, que no estaba casado… así que yo me lo creí… —Estaba terriblemente pálido; de pronto dio un puñetazo en la mesa con todas sus fuerzas —. Si después de esta confesión no deja usted tranquila a Lizaveta Nikoláievna y la hace sufrir, ¡le mataré a bastonazos, como a un perro contra una valla!

Se levantó de un salto y salió precipitadamente. Piotr Stepánovich, que

entró corriendo, encontró al anfitrión en un estado de ánimo totalmente inesperado.

—¡Ah, es usted! —dijo Stavroguin, y estalló en una sonora carcajada; por lo visto, se reía del aspecto de Piotr Stepánovich, que había entrado precipitadamente, apremiado por la curiosidad—. ¿Estaba escuchando detrás de la puerta? Espere un momento, ¿a qué ha venido? Yo le había prometido algo, ¿verdad?… ¡Ah, claro! Ya me acuerdo: ¡ir a encontrarnos con «los nuestros»! Vamos, me encanta la idea. No se le podía haber ocurrido nada más oportuno en estos momentos.

Cogió su sombrero, y salieron de casa sin más demora.

—¿Se ríe usted solo de pensar en que va a ver a «los nuestros»? —bromeó alegremente Piotr Stepánovich, que tan pronto intentaba marchar pegado a su acompañante por la estrecha acera de ladrillo como se veía obligado a trotar por la calzada, sobre el barro, en vista de que aquél no reparaba en que iba ocupando el centro de la acera, sin dejar sitio a nadie más.

—No me río en absoluto —respondió Stavroguin en voz alta y alegre—; todo lo contrario, estoy seguro de que allí va a haber gente muy seria.

—«Tarugos ceñudos», como dijo usted en cierta ocasión.

—A veces, no hay nada más divertido que un tarugo ceñudo.

—¡Ah, lo dice usted por Mavriki Nikoláievich! Seguro que ha venido a cederle su novia, ¿a que sí? Fui yo quien lo alenté, indirectamente, imagínese. Y, si no la cede, se la quitamos de todos modos, ¿eh?

Piotr Stepánovich, desde luego, sabía a lo que se arriesgaba con tales ocurrencias, pero cuando estaba animado prefería jugarse el todo por el todo antes que quedarse con la duda. Nikolái Vsévolodovich no hacía más que reírse.

—¿Sigue usted decidido a ayudarme? —preguntó.

—Si me llama, sí. Pero sepa que hay otro método, el mejor de todos.

—Conozco su método.

—Qué va, de momento es un secreto. Pero recuerde que los secretos cuestan dinero.

«Ya sé yo cuánto cuesta ése», musitó para sí Stavroguin, pero se reprimió y se calló.

—¿Cuánto? ¿Qué decía? —dijo alarmado Piotr Stepánovich.

—Decía: ¡al diablo usted y sus secretos! Mejor dígame quiénes van a estar. Ya sé que se celebra una onomástica, pero ¿quiénes van a estar en concreto?

—¡Oh, una gente de lo más variopinta! Hasta Kiríllov.

—¿Son todos miembros de los círculos?

—¡Demonios, qué prisa tiene usted! Aquí todavía no se ha constituido ni un solo círculo.

—Entonces, ¿cómo han distribuido tantas octavillas?

—A donde ahora vamos solo cuatro son miembros del círculo. Los demás están a la espera: se espían mutuamente, a cual con más celo, y me tienen informado. Es gente muy fiable. Se trata de un material que tenemos que organizar antes de largarnos de aquí. Pero fue usted quien redactó los estatutos, no necesita que se lo explique.

—¿Qué pasa? ¿Algo no va bien? ¿Ha habido algún contratiempo?

—¿Que si algo no va bien? No puede ir mejor. Se va a reír usted: una cosa que impone enormemente es el uniforme. No hay nada más poderoso que un uniforme. Yo me dedico a inventarme rangos y cargos: tengo secretarios, espías secretos, tesoreros, presidentes, archiveros y sus asistentes. Les encanta, se lo han tomado estupendamente. La segunda fuerza, desde luego, es el sentimentalismo. Como sabe, el socialismo entre nosotros se propaga sobre todo gracias al sentimentalismo. La pena son esos alféreces que van por ahí dando mordiscos; a veces se topa uno con ellos. Después están los auténticos granujas; bueno, éstos tampoco son tan mala gente y en ocasiones resultan muy útiles, pero nos hacen perder un tiempo precioso y hay que estar siempre vigilándolos. Y, por último, la fuerza principal, el cemento que todo lo amalgama, es la vergüenza de tener una opinión propia. ¡Eso sí que es fuerza! Y ¿quién se ha esforzado, quién ha sido el «guapo»[234] que ha trabajado para que no le quede a ninguno ni una sola idea propia en la cabeza? ¡Les parece algo vergonzoso!

—En ese caso, ¿por qué se preocupa tanto?

—Y, si alguien está ahí tumbado tranquilamente, mirando a todo el mundo con la boca abierta, ¿cómo no va uno a desplumarlo? ¿De verdad no tiene fe en la posibilidad de éxito? No, fe no le falta, pero se necesita además voluntad. Sí, es justamente con gente así con la que el éxito es posible. Le digo que podría hacerlos andar sobre ascuas solo con levantarles la voz, echándoles en cara que no son lo bastante liberales. Los muy estúpidos se quejan de que se la he pegado con eso del

comité central y sus «innumerables ramificaciones». Usted mismo me lo reprochó en cierta ocasión, pero ¿dónde está el engaño? El comité central somos usted y yo, y ramificaciones puede haber todas las que nos convengan.

—Y ¡siempre la misma chusma!

—Material. Esos también pueden venir bien.

—Y ¿sigue contando conmigo?

—Usted es el jefe, usted es la fuerza; yo sencillamente estaré a su lado, como secretario. Nosotros, ya sabe, navegaremos en la barca: los remos de arce, las velas de seda, sentada en la popa una linda muchacha, Lizaveta Nikoláievna, luz de mi vida… o como demonios sea esa canción…

—¡Se ha quedado atascado! —Stavroguin se echó a reír—. No, mejor le cuento yo otra historia. ¿No enumeraba usted con los dedos las fuerzas que conforman los círculos? Todo eso de los rangos y el sentimentalismo; todo eso es un buen engrudo, pero hay algo todavía mejor: convenza a cuatro miembros de un círculo de que despachen al quinto, con la excusa de que es un soplón, e inmediatamente los tendrá a todos atados, hechos un nudo con la sangre derramada. Se convertirán en sus esclavos, no se atreverán a rebelarse ni a pedirle cuentas. ¡Ja, ja, ja!

«Pues tú… tú vas a pagar caro estas palabras —pensó Piotr Stepánovich—, y esta misma tarde. Te tomas demasiadas libertades».

Algo así, poco más o menos, debió de pensar Piotr Stepánovich. Pero ya llegaban a casa de Virguinski.

—Seguro que me habrá presentado como una especie de miembro llegado del extranjero, alguien en contacto con la *Internationale*, ¿un inspector?

—No, un inspector no; el inspector no va a ser usted. Usted, en cambio, va a ser uno de los miembros fundadores, llegado del extranjero, que está al corriente de secretos de enorme trascendencia; ésa es su función. Doy por supuesto que usted va a hablar, ¿no?

—¿De dónde se ha sacado usted eso?

—Ahora no tiene más remedio que hablar.

Stavroguin se quedó tan sorprendido que tuvo que pararse en medio de la calle, cerca de una farola. Piotr Stepánovich le sostuvo tranquilamente la mirada, con aire insolente. Stavroguin escupió y siguió adelante.

—Y usted ¿va a hablar? —le preguntó de pronto a Piotr Stepánovich.

—No, yo le escucho a usted.

—¡Váyase al diablo! ¡En realidad, me está dando una idea!

—¿Qué idea? —saltó Piotr Stepánovich.

—Seguramente hable allí, pero después le daré una paliza, y además una buena paliza.

—Por cierto, esta mañana, hablando de usted con Karmazínov, le dije que por lo visto usted había dicho que a él habría que azotarlo, pero no solo para cubrir el expediente, sino como cuando azotan a los campesinos, haciendo daño.

—Pero ¡si yo nunca he dicho tal cosa! ¡Ja, ja!

—Da igual. *Se non è vero…*

—Bueno, gracias. Se lo agradezco sinceramente…

—Y escuche lo que dice Karmazínov: que en esencia nuestra doctrina consiste en la negación del honor y que para ganarse a un ruso no hay nada más fácil que proclamar abiertamente el derecho al deshonor.

—¡Sublimes palabras! ¡Doradas palabras! —exclamó Stavroguin—. ¡Ha dado en el clavo! El derecho al deshonor: ¡con eso vendrán todos corriendo a unirse a nosotros, no va a quedar nadie del otro lado! Dígame, Verjovenski, usted no será de la alta policía, ¿verdad?

—Nadie que piensa eso de verdad lo proclama a voces.

—Le entiendo, pero ahora estamos a solas.

—No, de momento no soy de la alta policía. Basta, ya hemos llegado. Ponga usted la cara adecuada, Stavroguin; yo siempre lo hago cuando entro aquí. Una expresión sombría, con eso es suficiente; no puede ser más sencillo.

Capítulo VII. Con los nuestros

I

Virguinski vivía en una casa de su propiedad o, más bien, propiedad de su mujer, en la calle Muravínaia. Era una casa de madera, de una sola planta, y no tenían inquilinos. Con la excusa de celebrar el cumpleaños del dueño, se habían dado cita allí unos quince invitados, pero la reunión no se parecía en nada a una fiesta onomástica de provincias. Ya desde el comienzo de su vida conyugal, los Virguinski habían llegado a la conclusión, de una vez y para siempre, de que era absurdo tener invitados en un día de santo y que, además, «no había nada que celebrar». En unos pocos años se las arreglaron para cortar todos los lazos con la sociedad. Aunque no carecía de talento y no era ni mucho menos «un pobre del montón», Virguinski le parecía a todo el mundo un tipo raro, amigo de la soledad y, sobre todo, «altivo» en su forma de hablar. En cuanto a *madame* Virguínskaia, ejercía el oficio de comadrona, y ocupaba por eso mismo el peldaño inferior en la escala social, por debajo incluso de la mujer del pope, a pesar del rango de oficial que ostentaba su marido. Pero no se advertía en ella ninguna señal de la humildad que sería propia de su condición social. Y después de la relación que había tenido, por una cuestión de principios, con un sinvergüenza como el capitán Lebiadkin, una relación tan estúpida como imperdonablemente pública, hasta las más indulgentes de nuestras damas le dieron la espalda con evidente desprecio. Pero *madame* Virguínskaia lo aceptó todo como si fuera exactamente lo que andaba buscando. Lo curioso es que aquellas mismas damas tan severas, cuando se hallaban en estado interesante, recurrían en la medida de lo posible a Arina Prójorovna (es decir, a la Virguínskaia), ignorando a las otras tres comadronas que había en nuestra ciudad. Incluso mandaban a buscarla de las casas de los terratenientes del distrito: tal era la confianza que tenían en sus conocimientos, fortuna y destreza en casos delicados. Por eso, acabó ofreciendo sus servicios exclusivamente a las casas más ricas, porque tenía pasión por el dinero. Una vez que fue bien consciente de su poder, dio rienda suelta, abiertamente, a su carácter. Cuando practicaba su oficio en las casas más notables, le gustaba asustar —y quizá lo hacía a propósito— a las parturientas nerviosas con alguna inaudita salida de tono nihilista, contraria a la decencia, o con burlas de «todo lo sagrado», justamente en unos momentos en que «lo sagrado» habría sido especialemente apropiado. Nuestro oficial médico, Rózanov, que también era obstetra, aseguraba sin pestañear que, en cierta ocasión en que una afligida parturienta gritaba e invocaba al Todopoderoso, uno de aquellos exabruptos sacrílegos de Arina Prójorovna, súbitos «cual disparo de fusil», asustó tanto a la paciente que contribuyó al rápido desenlace del alumbramiento. Ahora bien, aunque nihilista, Arina Prójorovna no desdeñaba, llegado el caso, los prejuicios sociales y hasta las supersticiones más vetustas, siempre que pudiera sacar algún provecho de ellos.

Por nada del mundo se habría perdido, por ejemplo, el bautismo de una criatura que ella misma hubiera fajado, y acudía a la ceremonia con un vestido de seda verde con cola y con un moño adornado de rizos y bucles, mientras que en cualquier otra ocasión disfrutaba exhibiendo el mayor desaliño. Y, aunque durante la ceremonia siempre ponía «una cara de lo más insolente», para confusión del clero, ella era la que se encargaba después de servir el champán (para eso había venido y se había ataviado), y ¡que probara alguno de los presentes a coger una copa sin dejar algo «para los gastos»!

Los invitados reunidos para la ocasión en casa de los Virguinski (casi todos varones) tenían un aspecto despreocupado y poco común. No se servían entremeses ni se jugaba a las cartas. En medio de una amplia sala, de paredes tapizadas con un papel azul extremadamente viejo, habían juntado dos mesas y las habían cubierto con un mantel grande, aunque no del todo limpio, y en ellas hervían dos samovares. Un extremo de la mesa lo ocupaba una enorme bandeja con veinticinco vasos y una cesta con el habitual pan blanco francés, cortado en numerosas rebanadas, como en los pensionados para escolares nobles, lo mismo masculinos que femeninos. El té lo servía una hermana de la anfitriona, soltera, de unos treinta años, persona taciturna y maliciosa, sin cejas y de pelo muy rubio, que profesaba las nuevas ideas y a quien el propio Virguinski, en su vida doméstica, tenía pánico. En la sala solo había tres mujeres: el ama de casa, su hermana —la que no tenía cejas— y una hermana de Virguinski, una jovencita recién llegada de San Petersburgo. La anfitriona, Arina Prójorovna, una mujer aparente de veintisiete años, guapa aunque un tanto desaliñada, con un vestido de diario de lana verduzca, estaba sentada y recorría descaradamente con la vista a los invitados, como si tuviera prisa por decir con la mirada: «Como ven, no me arredro ante nada». La joven Virguínskaia, también bastante agradable, estudiante y nihilista, rellenita y redonda como una pelota, con las mejillas muy coloradas y bajita, se había instalado junto a Arina Prójorovna, prácticamente con la misma ropa que traía del viaje; tenía una especie de legajo de papeles en la mano y miraba a los visitantes con unos ojos que saltaban inquietos. En cuanto al propio Virguinski, no se encontraba demasiado bien esa noche, pero hizo su aparición y se sentó en un sillón junto a una mesita de té. También los invitados estaban sentados, y la forma tan métodica en que habían dispuesto las sillas alrededor de la mesa hacía pensar en la celebración de una asamblea. Era evidente que todos estaban esperando algo, y entretanto tenían conversaciones ruidosas pero intrascendentes. Cuando llegaron Stavroguin y Verjovenski, todo el mundo se calló de pronto.

Pero me permito hacer algunas puntualizaciones en aras de una mayor precisión.

Supongo que todos aquellos señores se habían congregado allí con la agradable perspectiva de oír algo de especial interés, y que habían sido avisados de antemano. Eran la flor y nata del liberalismo del rojo más intenso que había en

nuestra vetusta ciudad y habían sido escogidos con esmero por Virguinski para aquella «sesión». Señalaré de paso que algunos de ellos —muy pocos, en realidad — nunca habían estado en la casa. Desde luego, la mayoría de los invitados no tenían una clara noción de para qué habían sido convocados. El caso es que todos ellos creían entonces que Piotr Stepánovich era un emisario venido del extranjero, investido de plenos poderes; esta idea arraigó enseguida entre ellos y, como es natural, les resultaba halagadora. No obstante, entre aquel puñado de ciudadanos reunidos con el pretexto de celebrar una onomástica también había unos cuantos a los que les habían hecho propuestas concretas. Piotr Stepánovich había conseguido formar en nuestra ciudad un «quinteto», a semejanza del que ya estaba instaurado en Moscú e igualmente, por lo que luego se ha visto, entre oficiales del ejército de nuestro distrito. Dicen que además había formado otro en la provincia de J. Este quinteto de elegidos se sentaba en aquellos momentos a la mesa común, y sus miembros habían conseguido, muy hábilmente, aparecer como gente corriente, y nadie podía identificarlos. El primero de ellos —ahora ya no es ningún secreto— era Liputin, después estaban el propio Virguinski, el orejudo Shigaliov (que era hermano de *madame* Virguínskaia), Liamshin y, por último, un tal Tolkachenko, un tipo raro que pasaba ya de los cuarenta años, célebre por su exhaustivo conocimiento del pueblo, en particular de los granujas y ladrones; era muy dado a frecuentar las tabernas (y no solo para estudiar al pueblo)[235], y hacía ostentación entre nosotros de su traje raído, sus botas engrasadas, sus pícaros guiños y el gracejo de sus dichos populares. Dos o tres veces Liamshin lo había llevado a las veladas en casa de Stepán Trofímovich, donde, por cierto, no había causado una gran impresión. Aparecía por la ciudad muy de tarde en tarde, principalmente cuando no tenía trabajo, y estaba empleado en el ferrocarril. Todos y cada uno de estos cinco activistas habían entrado a formar parte de ese primer grupo con la firme convicción de que no era más que uno entre los centenares y millares de quintetos análogos diseminados por toda Rusia, y de que todos ellos dependían de un vasto, aunque clandestino, núcleo central, el cual, a su vez, estaba vinculado orgánicamente con la revolución general europea. Pero lamento admitir que ya por entonces empezaban a surgir desavenencias entre ellos. El problema era que, aunque ya desde la primavera venían aguardando la visita de Piotr Verjovenski — visita que había sido anunciada en primera instancia por Tolkachenko, y confirmada después por Shigaliov, recién llegado a la ciudad—, aunque esperaban de él extraordinarios prodigios, y aunque todos ellos habían ingresado en el círculo atendiendo a una primera invitación, sin plantear ningún reparo, en cuanto se constituyó el quinteto todos sus miembros se sintieron en alguna medida defraudados, y eso se había debido, en mi opinión, a la inmediatez misma con que habían dado su consentimiento. Habían entrado en el grupo, desde luego, movidos por un magnánimo sentimiento de vergüenza, para que nadie dijera más tarde que no se habían atrevido a dar ese paso; en cualquier caso, Piotr Stepánovich tendría que haber sabido valorar su noble hazaña y haberlos premiado, cuando menos, con alguna confidencia de primer orden. Pero Verjovenski no tenía ninguna intención de satisfacer su legítima curiosidad y no les contó nada que no fuera estrictamente indispensable; en general, los trató con un llamativo rigor y hasta con displicencia.

Esto los irritó visiblemente, y Shigaliov, uno de los miembros, ya empezaba a incitar a los otros a que «pidieran explicaciones», aunque, naturalmente, no en esos momentos, en casa de Virguinski, donde se habían dado cita tantos extraños.

En relación con esos extraños, soy de la opinión de que los miembros del primer quinteto, antes mencionados, eran dados a sospechar que aquella noche, entre los invitados de Virguinski, había también miembros de otros grupos a los que no conocían, formados asimismo en nuestra ciudad por el propio Verjovenski e integrados en la misma organización secreta; en definitiva, todos los allí reunidos recelaban mutuamente, y cada uno adoptaba ante los demás una pose distinta, lo que le daba a la reunión un aire desconcertante y en parte hasta romántico. No obstante, allí también había personas libres de toda sospecha. Era el caso, por ejemplo, de un comandante en activo, pariente cercano de Virguinski, un individuo perfectamente inocente que ni siquiera había sido invitado, sino que se había presentado por su propia iniciativa a felicitar a su pariente por su santo y a quien habría sido imposible no recibir. Pero el homenajeado estaba tranquilo, porque el comandante «no iba a denunciarlos en ningún caso», pues, a pesar de sus escasas luces, había sido aficionado toda su vida a frecuentar los lugares donde se reunían los liberales más exaltados; no comulgaba con ellos, pero le encantaba escucharles. No solo eso, sino que incluso había llegado a comprometerse: en su juventud habían pasado por sus manos paquetes enteros de pasquines y de ejemplares de *Kolokol*[236] y, aunque no se había atrevido ni a abrirlos, habría considerado una completa bajeza negarse a distribuirlos; aún hoy sigue habiendo en Rusia personas así. Los demás invitados eran o bien de la clase de individuos cuyo honorable amor propio había sido pisoteado con saña, o bien de la de aquellos que experimentaban los primeros impulsos nobles de la fogosa juventud. Había dos o tres maestros —uno de ellos, un cojo de unos cuarenta y cinco años, profesor en un gimnasio, era un hombre mordaz y visiblemente vanidoso— y dos o tres oficiales del ejército. Uno de éstos era un artillero muy joven recién salido de una Escuela Militar; este muchacho taciturno, que aún no había tenido tiempo de hacer amistades y que, de buenas a primeras, se veía allí, en casa de Virguinski con un lápiz en la mano y sin intervenir apenas en las conversaciones, estaba continuamente tomando notas en su libreta. Todos lo habían visto, pero por alguna razón hacían como si no hubieran reparado en él. También estaba allí el seminarista ocioso que había ayudado a Liamshin a meter aquellas fotografías obscenas en la bolsa de la librera de lance; era un tipo robusto, de modales desenvueltos, aunque desconfiados, con una permanente sonrisa acusadora y, por añadidura, un aire sereno de confianza triunfal en su propia perfección. Asimismo estaba presente, no sé por qué, el hijo de nuestro alcalde, aquel joven indecente y prematuramente echado a perder de quien ya he hablado al contar la historia de la mujer del teniente. No abrió la boca en toda la tarde. Por último, había un alumno de gimnasio, un mozo muy exaltado y desgreñado de dieciocho años, que estaba allí sentado con el aire sombrío de quien se siente herido en su dignidad, y que sufría ostensiblemente por tener dieciocho años. Este jovenzuelo era ya el cabecilla de un grupo independiente de conspiradores que se había formado en el curso

superior del gimnasio, algo que, con gran asombro del público, saldría a relucir más tarde. No he mencionado aún a Shátov: estaba allí mismo, en el extremo más apartado de la mesa, en una silla algo más retirada que las demás, con la vista clavada en el suelo y sumido en un lúgubre silencio; no había querido ni té ni pan, y no soltó la gorra en ningún momento, como si quisiera dejar claro que no era un invitado más, que estaba allí porque tenía un cometido y que, cuando le pareciera oportuno, se levantaría y se marcharía. No lejos de él se había instalado Kiríllov, también muy callado, pero sin mirar al suelo; al contrario, escrutaba detenidamente a cada uno de los que hablaban con una mirada inmóvil y sin brillo y escuchaba todo sin rastro de emoción o de asombro. Algunos de los invitados, que nunca lo habían visto antes, lo observaban a hurtadillas, con aire pensativo. No se sabe si la propia *madame* Virguínskaia estaba enterada de la existencia del quinteto. Me imagino que lo sabía todo, precisamente a través de su marido. En cuanto a la estudiante, no tomaba parte en nada, desde luego, pero no le faltaban preocupaciones: pretendía quedarse en nuestra ciudad tan solo un par de días, para dedicarse luego a recorrer todas las localidades con universidades para «compartir las penalidades de los estudiantes pobres e incitarlos a la protesta». Acarreaba varios cientos de ejemplares de una alocución litografiada, al parecer redactada por ella misma. Es curioso que el alumno de gimnasio sintiera por ella un odio casi mortal desde el primer instante, a pesar de que no la había visto en toda su vida; y ella sentía otro tanto por él. El comandante era tío de la muchacha y era la primera vez que se veían en diez años. En el momento en que Stavroguin y Verjovenski hicieron su aparición, la muchacha tenía las mejillas coloradas como la grana: acababa de discutir con su tío por las ideas de éste sobre la cuestión femenina.

II

Con visible desgana, Verjovenski se arrellanó en una silla a la cabecera de la mesa, prácticamente sin saludar a nadie. Su expresión era desdeñosa y hasta altiva. Stavroguin hizo una inclinación cortés, pero, a pesar de que los estaban esperando, todos los allí reunidos, como obedeciendo una orden, hicieron como si no hubieran advertido su presencia. La anfitriona se dirigió a Stavroguin con sequedad una vez que se hubo sentado.

—Stavroguin, ¿quiere usted té?

—Bueno —respondió.

—Té para Stavroguin —ordenó *madame* Virguínskaia a su hermana, que era la que estaba sirviendo—. Y usted ¿también quiere? —La pregunta era ahora para Verjovenski.

—Pues claro, eso ni se le pregunta a un invitado. Y también nata; aquí, en

lugar de té, dan siempre unos brebajes… Y hoy, para colmo, están de santo.

—¿Cómo es eso? ¿También usted celebra los santos? —La estudiante se echó a reír de pronto—. Hace un momento estábamos hablando de eso.

—Eso está pasado de moda —murmuró el alumno de gimnasio desde el extremo opuesto de la mesa.

—¿Qué es lo que está pasado de moda? Librarse de prejuicios, por inocentes que sean, no está pasado de moda; al contrario, para vergüenza de todos, sigue pareciendo una novedad —replicó al instante la estudiante, inclinándose hacia delante en su silla—. Además, no hay prejuicios inocentes —añadió con vehemencia.

—Yo solo quería decir —el escolar se puso nervioso— que, aunque evidentemente los prejuicios son cosa del pasado y tienen que ser erradicados, en lo que se refiere a la onomástica todo el mundo sabe que es una bobada y algo pasado de moda, y que no merece la pena perder nuestro precioso tiempo en eso, que demasiado lo perdemos ya en otras cosas, y que podríamos dedicar nuestro ingenio a cuestiones más útiles…

—Les da usted demasiadas vueltas a las cosas, y así no hay quien se entere —le gritó la muchacha.

—Creo que todos tenemos el mismo derecho a hablar, y si yo quiero manifestar mi opinión, como cualquier otro, entonces…

—Nadie le está negando su derecho a manifestar su opinión —le interrumpió bruscamente la propia anfitriona—, solo le están pidiendo que sea más claro, porque no se le entiende.

—Pero déjeme que le diga que no me trata usted con respeto; si ni siquiera he podido terminar de exponer mi argumento, no ha sido por falta de ideas, sino más bien por exceso de ellas… —farfulló el escolar, al borde de la desesperación, y acabó haciéndose un lío.

—Si no sabe hablar, cállese —le soltó la estudiante.

El alumno de gimnasio se puso en pie de un salto.

—Yo solo quería decir —gritó, todo rojo de vergüenza y sin atreverse a mirar a su alrededor— que usted lo único que pretendía era demostrar lo lista que es, porque había entrado el señor Stavroguin… ¡ni más ni menos!

—Ésa es una idea sucia e indecente y es una prueba de su nula inteligencia.

Le ruego que no vuelva a dirigirme la palabra —recitó de un tirón la muchacha.

—Stavroguin —dijo la anfitriona—, antes de que llegaran ustedes estaban discutiendo a gritos sobre los derechos de la familia… aquí, este oficial. —Señaló a su pariente, el comandante—. No se preocupe, que no voy a molestarle con disparates ya caducos, que han quedado resueltos hace tiempo. No obstante, ¿de dónde pueden venir los derechos y deberes familiares, en la forma supersticiosa en que se nos presentan actualmente? Ésa es la cuestión. ¿Usted qué opina?

—¿Cómo que de dónde pueden venir? —preguntó a su vez Stavroguin.

—A lo que se refiere es a que, por ejemplo, sabemos que la superstición de Dios surgió a partir del relámpago y el trueno —volvió a terciar de pronto la estudiante, poco menos que devorando con los ojos a Stavroguin—; es bien sabido que el hombre primitivo, temeroso del relámpago y del trueno, divinizó a un enemigo invisible, frente al cual sentía su propia debilidad. Pero ¿de dónde procede la superstición de la familia? ¿De dónde pudo surgir la familia como tal?

—No es lo mismo, ni mucho menos… —quiso frenarla la anfitriona.

—Supongo que la respuesta a esta pregunta sería un tanto indecorosa —contestó Stavroguin.

—¿Y eso? —dijo la estudiante, inclinándose hacia delante.

Pero en el grupo de maestros se oyó una risita, que secundaron enseguida desde el extremo opuesto Liamshin y el escolar, y a todos ellos se sumó el comandante, pariente de la anfitriona, con una carcajada enronquecida.

—Tendría usted que escribir vodeviles —le dijo la anfitriona a Stavroguin.

—Eso no habla nada bien de usted; no sé cómo se llama —estalló la estudiante, visiblemente indignada.

—Pues ¡tú sé más discreta! —bramó el comandante—. Eres una señorita, y deberías comportarte con modestia, en vez de moverte como si estuvieras sentada en la punta de una aguja.

—Haga el favor de callarse y no se atreva a dirigirse a mí en tono familiar, con esas comparaciones obscenas. Es la primera vez que le veo y no me interesa saber si somos parientes.

—Pero ¡si soy tu tío! ¡Yo te he llevado en brazos cuando eras pequeña!

—A mí qué me importa que me llevara en brazos. Yo no le pedí entonces

que me llevara; de modo que a usted, oficial insolente, le apetecería llevarme. Y déjeme advertirle de que no debe volver a tutearme, salvo que lo haga como un conciudadano. Yo no se lo consiento, ya lo sabe.

—¡Son todas iguales! —El comandante dio un puñetazo en la mesa, dirigiéndose a Stavroguin, que estaba sentado enfrente de él—. No, señor, permítame, yo soy partidario del liberalismo y de la modernidad, y me gusta escuchar conversaciones inteligentes; eso sí, ya se lo advierto, siempre que sean de hombres. Pero conversaciones de mujeres, como las de estas descastadas de ahora, ¡no, señor, eso es un tormento! ¡Deja de dar vueltas! —le gritó a la estudiante, que estaba a punto de salir despedida de la silla—. No, señor, yo también pido la palabra, me siento ofendido.

—Usted no tiene nada que decir, solo molesta a los demás —gruñó indignada la anfitriona.

—No, yo tengo que hablar —dijo el comandante enardecido, dirigiéndose a Stavroguin—. Cuento con usted, señor Stavroguin, como recién llegado que es, aunque no tengo el honor de conocerle. Sin los hombres, ellas caerían como moscas, así lo veo yo. Toda la cuestión femenina no es más que falta de originalidad. Le digo que es algo que los mismos hombres han concebido para ellas, por falta de sensatez y en su propio perjuicio. ¡Gracias a Dios que no estoy casado! No hay en ellas la menor inventiva, son incapaces de idear un simple patrón de costura; ¡tienen que ser los hombres quienes se los diseñen! Fíjese: yo la llevé en brazos, bailé con ella la mazurca cuando tenía diez años; hoy llega, me acerco corriendo a abrazarla con toda naturalidad, y a las primeras de cambio va y me dice que Dios no existe. ¿Tanta prisa tenía en decírmelo? ¿No podía haberse esperado? Bueno, supongo que las personas inteligentes no tienen fe por el mero hecho de ser inteligentes. Pero tú, renacuajo, ¿qué sabrás tú de Dios? Algún estudiante te ha enseñado eso y, si te hubiera enseñado a encender las lamparillas, las encenderías.

—No hace más que mentir; es usted un hombre rencoroso, y acabo de demostrarle su falta de rigor —respondió la estudiante con condescendencia, como si desdeñara dar más explicaciones a un hombre como él—. Le he dicho hace un rato que a todos nos lo enseñaron en el catecismo: «Si honras a tus padre y a tus progenitores, vivirás largos años y serás colmado de riquezas». Está en los diez mandamientos. Si Dios estimó necesario ofrecer una recompensa por el amor, es que su Dios es inmoral. Con estas mismas palabras se lo he demostrado antes, no a las primeras de cambio; y ha sido porque usted había proclamado sus derechos. ¿Quién tiene la culpa de que sea usted tan obtuso y de que siga aún sin entenderlo? Está usted ofendido y rabioso: ésta es la clave de su generación.

—¡Mema! —dijo el comandante.

—Y usted es un estúpido.

—¡Ya puedes insultarme!

—Perdóneme, Kapiton Maksímovich, pero es que usted mismo me ha dicho que no cree en Dios —dijo Liputin, con voz aflautada, desde la otra punta de la mesa.

—¡Qué más dará lo que yo haya dicho! ¡Ésta es otra cuestión! Puede que crea, aunque no del todo. Y, aunque no crea del todo, no voy por ahí diciendo que hay que fusilar a Dios. Yo, sirviendo con los húsares, ya empecé a darle vueltas al asunto de Dios. Si hacemos caso de los poemas, los húsares solo saben beber y pasárselo en grande. Sí, señor, puede que bebiera; pero, créame, de noche saltaba de la cama en calcetines y empezaba a santiguarme delante del icono para que Dios me diera fe, porque ya por entonces no dormía tranquilo preguntándome si hay Dios o no lo hay. ¡Las pasaba negras! Por la mañana, lógicamente, estás más distraído y la fe parece que se esfuma; en general, me he dado cuenta de que la fe siempre es algo más débil de día.

—¿No tendrá unas cartas? —preguntó Verjovenski, con un gran bostezo, dirigiéndose a la anfitriona.

—¡Me sumo enteramente a su pregunta! —se apresuró a decir la estudiante, roja de indignación ante las palabras del comandante.

—Estamos perdiendo un tiempo precioso escuchando estas conversaciones estúpidas —zanjó la anfitriona, dirigiendo a su marido una mirada de reproche.

La estudiante recuperó la compostura:

—Yo pretendía informar a la asamblea de las penalidades y las protestas de los estudiantes, pero como se nos va el tiempo en conversaciones inmorales…

—¡Nada es moral ni es inmoral! —saltó el alumno de gimnasio en cuanto empezó a hablar la estudiante.

—Eso ya lo sabía yo mucho antes de que se lo enseñaran a usted, señor escolar.

—Y yo sostengo —replicó éste, enrabietado— que usted no es más que una cría venida de San Petersburgo a enseñarnos lo que ya sabemos todos. De ese mandamiento: «Honrarás a tu padre y a tu madre», que no ha sido capaz ni de citar bien, todo el mundo sabe en Rusia, desde los tiempos de Belinski, que es una inmoralidad.

—¿Es que esto no va a acabar nunca? —le preguntó resueltamente *madame* Virguínskaia a su marido. Como anfitriona, estaba abochornada por la futilidad de las conversaciones, sobre todo después de advertir algunas sonrisas y hasta caras de estupor entre los invitados que era la primera vez que venían.

—Señores —se alzó de pronto la voz de Virguinski—, si alguien desea decir algo que venga a cuento o tiene algo que declarar, le propongo que lo haga sin más dilación.

—Me atrevo a hacer una pregunta —dijo suavemente el maestro cojo; estaba sentado con un aire particularmente solemne, y hasta entonces había guardado silencio—; me gustaría saber si estamos aquí celebrando una especie de sesión o si esto no es más que una reunión de simples mortales que han venido de visita. Lo pregunto, más que nada, por una cuestión de orden, y para no seguir en la inopia.

La «astuta» pregunta hizo su efecto; todos cambiaron miradas, cada quien esperando respuesta de los demás, y de repente todos, como a una orden, volvieron los ojos hacia Verjovenski y Stavroguin.

—Yo, simplemente, propongo votar la cuestión de si estamos a favor o en contra de celebrar una sesión —dijo *madame* Verguínskaia.

—Me adhiero abiertamente a la propuesta —intervino Liputin—, aunque sea algo vaga.

—Yo también me adhiero.

—Y yo —se oyeron algunas voces.

—Yo también soy de la opinión de que así procederíamos con más orden —se sumó Verguinski.

—Hala, ¡a votar! —proclamó la anfitriona—. Liamshin, haga el favor de sentarse al piano: puede emitir su voto desde ahí mismo cuando empiece la votación.

—¡Otra vez! —exclamó Liamshin—. Ya he estado un buen rato aporreando el piano para ustedes.

—Insisto en rogarle que se siente a tocar, ¿o es que no quiere ser útil a la causa?

—Yo le aseguro, Arina Prójorovna, que nadie nos está escuchando. Son solo imaginaciones suyas. Además, las ventanas son muy altas y, aun suponiendo que hubiera alguien escuchando, no se iba a enterar de nada.

—Nosotros mismos no nos enteramos de nada —se oyó un murmullo.

—Pues yo le digo que toda precaución es poca. Lo digo por si hubiera espías —le explicó a Verjovenski—: que se oiga desde la calle que estamos celebrando un santo y que tenemos música.

—¡Qué demonios! —maldijo Liamshin y, sentándose al piano, empezó a aporrear un vals, golpeando las teclas al tuntún, poco menos que con los puños.

—Los que estén a favor de que esto sea una sesión, propongo que levanten la mano derecha —propuso *madame* Virguínskaia.

Unos la levantaron, otros no. Hubo también algunos que la levantaron y después la bajaron. La bajaron y la volvieron a levantar.

—¡Uf, maldición! No he entendido nada —gritó un oficial.

—Yo tampoco —gritó otro.

—Yo sí lo he entendido —gritó un tercero—, si es que sí, se levanta la mano.

—Pero ¿qué significa «sí»?

—Significa sesión.

—No, significa que no haya sesión.

—Yo he votado por la sesión —gritó el alumno de gimnasio, dirigiéndose a *madame* Virguínskaia.

—Entonces, ¿por qué no ha levantado la mano?

—Yo estaba fijándome en usted y, como no la ha levantado, pues yo tampoco.

—¡Qué bobada! Yo era la que había hecho la propuesta, por eso no la he levantado. Señores, ahora propongo lo contrario: los que estén a favor de la sesión que se queden quietos y no levanten la mano, y los que estén en contra que levanten la mano derecha.

—¿Los que estén en contra? —preguntó el escolar.

—Pero ¿lo hace usted aposta o qué? —gritó enfurecida *madame* Virguínskaia.

—No, disculpe, ¿los que estén a favor o los que estén en contra? Porque esto hay que precisarlo —se oyeron dos o tres voces.

—Los que estén en contra, *en contra*.

—Bueno, vale, pero entonces ¿qué tienen que hacer los que estén en contra? —gritó un oficial.

—¡Ay, aún no estamos familiarizados con una constitución! —comentó el comandante.

—Señor Liamshin, haga el favor, pega usted unos porrazos que nadie puede oír —observó el maestro cojo.

—Le doy mi palabra, Arina Prójorovna, nadie nos está espiando. —Liamshin se puso en pie de un salto—. ¡No me da la gana de tocar! ¡He venido aquí como invitado, no a aporrear el piano!

—Señores —propuso Virguinski—, contesten de viva voz: ¿sesión o no?

—¡Sesión, sesión! —se oyó por todas partes.

—Siendo así, no hay nada que votar, es suficiente. ¿Están conformes, señores, o todavía hay que votar?

—¡No hace falta, no hace falta! ¡Ha quedado claro!

—¿Hay alguien que esté en contra de la sesión?

—No, no, todo el mundo está a favor.

—Pero ¿qué es una sesión? —gritó una voz.

No le respondieron.

—Hay que elegir un presidente —gritaron desde distintos sitios.

—El anfitrión, está claro, ¡el anfitrión!

—Señores, en tal caso —empezó Virguinski, el elegido—, sugiero que volvamos a mi propuesta original: si alguien desea plantear algo que venga a cuento o tiene algo que declarar, que lo haga sin más dilación.

Silencio general. Las miradas de todo el mundo de nuevo se volvieron hacia Stavroguin y Verjovenski.

—Verjovenski, ¿no tiene usted nada que declarar? —le preguntó directamente la anfitriona.

—Nada de nada. —Se estiró en la silla, bostezando—. Aunque me tomaría una copita de coñac.

—Stavroguin, ¿y usted?

—No bebo, gracias.

—Decía que si tiene intención de hablar o no, no me refería al coñac.

—Hablar ¿de qué? No, no tengo ninguna intención.

—Ahora le traen el coñac —dijo *madame* Virguínskaia a Verjovenski.

La estudiante se puso de pie. Llevaba ya un rato intentándolo.

—He venido a informar de las penalidades de los infelices estudiantes y de cómo empujarlos en todas partes a la protesta…

Pero se calló de pronto: en el extremo opuesto de la mesa había surgido un rival, y todas las miradas se volvieron hacia él. El orejudo Shigaliov se levantó despacio de su asiento, con aire sombrío y adusto, y puso en la mesa, melancólicamente, un grueso cuaderno con una letra diminuta. Se quedó de pie, callado. Muchos miraban el cuaderno con desconcierto, pero Liputin, Virguinski y el maestro cojo parecían satisfechos.

—Pido la palabra —dijo Shigaliov en tono sombrío, pero con firmeza.

—Es suya —resolvió Virguinski.

El orador se sentó, estuvo como medio minuto callado y dijo entonces con voz solemne:

—Señores…

—¡Aquí está su coñac! —dijo en tono seco y desabrido la hermana de *madame* Virguínskaia, que era la que se encargaba de servir el té y había ido a buscar el coñac, poniendo la botella delante de Verjovenski, además de un vaso que traía cogido con los dedos, sin bandeja ni plato.

El orador, interrumpido, hizo una pausa muy digno.

—Da igual, siga usted, no le estaba escuchando —gritó Verjovenski,

sirviéndose.

—Señores, al recabar su atención —volvió a empezar Shigaliov— y, como comprobarán más adelante, al reclamar su ayuda en un punto de la máxima importancia, debo hacer unas observaciones previas.

—Arina Prójorovna, ¿no tendrá usted unas tijeras? —preguntó de improviso Piotr Stepánovich.

—¿Para qué quiere unas tijeras? —replicó la anfitriona, con los ojos a cuadros.

—Me he olvidado de cortarme las uñas; hace ya tres días que lo vengo pensando —contestó Piotr Stepánovich, examinando impasible sus uñas, largas y sucias.

Arina Prójorovna se sonrojó, pero su hermana soltera, la señorita Virguínskaia, parecía complacida.

—Creo que las he visto hace un rato, en esa ventana de ahí —dijo, levantándose de la mesa para ir a buscarlas; las encontró y enseguida volvió con ellas. Piotr Stepánovich ni se dignó mirarla: cogió las tijeras y se dispuso a usarlas.

Arina Prójorovna comprendió que ésta era la forma natural de comportarse, y se avergonzó de su susceptibilidad. Los presentes se miraron sin decir nada. El maestro cojo observaba a Verjovenski con rabia y envidia. Shigaliov prosiguió:

—Habiendo consagrado mis energías al estudio de la estructura de la sociedad que en el futuro ha de reemplazar a la actual, he llegado a la conclusión de que todos los fundadores de sistemas sociales, desde los tiempos más remotos hasta nuestro año de 187…, han sido unos soñadores, fabulistas e ignorantes que se contradicen a sí mismos y que no saben una palabra de ciencias naturales ni de ese extraño animal al que llamamos ser humano. Platón, Rousseau o Fourier son columnas de aluminio[237], útiles acaso para los gorriones, mas no para la sociedad humana. Sin embargo, y dado que la forma de la futura organización social es algo acuciante en estos momentos, cuando por fin nos disponemos a actuar, ofrezco mi propio sistema de organización mundial para acabar con nuestros titubeos. ¡Aquí lo tenemos! —Dio un golpecito en el cuaderno—. Habría querido exponer brevemente, en la medida de lo posible, el contenido de mi obra; pero me doy cuenta ahora de que me vería obligado a hacer numerosos comentarios adicionales, de modo que la exposición requeriría no menos de diez veladas, tantas como capítulos tiene el libro. —Se oyeron risas—. Debo advertir, en cualquier caso, de que mi sistema no está todavía completo. —Más risas—. Mis propios datos me tienen desconcertado, y mi conclusión contradice abiertamente la idea inicial. Partiendo de la libertad ilimitada, he llegado al despotismo ilimitado. Debo añadir,

no obstante, que, aparte de mi solución al problema social, no cabe ninguna otra.

Las risas eran cada vez más y más estruendosas, si bien se reían sobre todo los jóvenes y, por así decir, los invitados menos devotos. Los rostros de la anfitriona, de Liputin y del maestro cojo reflejaban su indignación.

—Si usted mismo no ha sabido dar una forma consistente a su sistema y se ve desesperado, ¿qué quiere que hagamos nosotros? —advirtió con cautela un oficial.

—Tiene usted razón, señor oficial —Shigaliov se volvió bruscamente hacia él—, sobre todo al emplear el término «desesperado». Sí, estoy desesperado; sin embargo, lo que se expone en mi libro es irrefutable y no existe otra solución, nadie puede inventar otra cosa. Por eso, sin más dilación, me apresuro a invitar a toda la sociedad a manifestar su opinión, después de haber escuchado, en el curso de diez veladas, la lectura de mi libro. Pero, si los miembros se niegan a escucharme, será preferible tomar caminos separados desde este momento: los hombres que se dediquen a servir al gobierno y las mujeres a sus cocinas, porque, si se rechaza mi libro, nadie va a encontrar ninguna otra alternativa. ¡Nin-gu-na! Dejando pasar esta oportunidad, ustedes son los propios perjudicados, porque tarde o temprano tendrán que volver a esta solución.

Empezó el alboroto:

—¿Qué le pasa? ¿Es que se ha vuelto loco? —preguntaron algunas voces.

—Así que todo depende de la desesperación de Shigaliov —concluyó Liamshin—, y la pregunta clave es: ¿debe o no debe estar desesperado?

—El grado de desesperación de Shigaliov es una cuestión personal —declaró el escolar.

—Propongo que votemos en qué medida la desesperación de Shigaliov afecta a la causa común y, ya de paso, si merece la pena escucharle o no —propuso divertido un oficial.

—No es ésta la cuestión —intervino por fin el cojo. Hablaba siempre con una especie de sonrisa burlona, lo que hacía difícil juzgar si decía algo en serio o si estaba de broma—. No es ésta la cuestión, señores. El señor Shigaliov está entregado a su labor con toda seriedad y es, por añadidura, demasiado modesto. Conozco su libro. Lo que propone, como solución definitiva del problema, es la división de la humanidad en dos partes desiguales. Una décima parte dispone de libertad personal y de un derecho ilimitado sobre las nueve décimas partes restantes. Éstas tendrán que renunciar a su individualidad y convertirse en una suerte de rebaño y, mediante su absoluta sumisión, alcanzarán, en virtud de una

serie de regeneraciones, la inocencia original en una especie de paraíso terrenal, donde, sin embargo, tendrán que trabajar. Las medidas propuestas por el autor para privar de su albedrío a nueve décimas partes del género humano y convertirlo en un rebaño mediante la reeducación de generaciones enteras son muy notables, basadas en datos naturales y sumamente lógicas. Puede uno no estar de acuerdo con determinadas conclusiones, pero no es fácil dudar de la inteligencia y los conocimientos del autor. Lástima que las diez veladas que requiere sean inaceptables en estas circunstancias, pues podríamos haber oído cosas de mucho interés.

—¿Habla usted en serio? —le preguntó al cojo *madame* Virguínskaia, con cierta alarma—. ¡Un hombre que, como no sabe qué hacer con la gente, convierte a nueve de cada diez en esclavos! Yo hace ya tiempo que desconfiaba de él.

—Y ¿eso lo dice usted de su propio hermano? —preguntó el cojo.

—¿La parentela? ¿Se está riendo usted de mí?

—Y, en todo caso, trabajar para los aristócratas y obedecerlos como a dioses ¡es una bajeza! —dijo con rabia la estudiante.

—Lo que yo propongo no es ninguna bajeza, sino el paraíso, el paraíso terrenal, y otro no es posible en la Tierra —concluyó Shigaliov en tono imperioso.

—Pues yo me dejaría de paraísos —proclamó Liamshin— y cogería a esas nueve décimas partes de la humanidad y las volaría por los aires, y únicamente dejaría un puñado de personas educadas, que podrían vivir a lo grande según los criterios científicos.

—¡Estas cosas solo las puede decir un payaso! —replicó la estudiante, roja de ira.

—Es un payaso, pero es útil —le dijo al oído *madame* Virguínskaia.

—Y ¡tal vez esa sea la mejor solución al problema! —le dijo con vehemencia Shigaliov a Liamshin—. Desde luego, no sabe usted qué cosa tan profunda ha acertado a decir, alegre señor. Pero, dado que su idea es irrealizable, hay que conformarse con el paraíso terrenal, que es como lo llaman.

—¡Valiente majadería! —pareció escapársele a Verjovenski. El caso es que él, ajeno a todo y sin levantar la vista, seguía cortándose las uñas.

—Una majadería ¿por qué? —saltó el cojo al instante, como si hubiera estado esperando a que Verjovenski dijera algo para cebarse en sus palabras—. A ver, por qué. El señor Shigaliov es, hasta cierto punto, un fanático de la filantropía,

pero recuerde que en Fourier, en Cabet sobre todo, y hasta en el mismo Proudhon[238] se encuentran soluciones extremadamente despóticas y extremadamente fantásticas. Es posible incluso que el señor Shigaliov sea bastante más moderado que ellos en su resolución de la cuestión. Le aseguro que, una vez leído su libro, es casi imposible no estar de acuerdo con él en ciertas cosas. Puede que se aleje del realismo menos que nadie, y que su paraíso terrenal sea casi el verdadero, ese cuya pérdida sigue haciendo suspirar a la humanidad, si es que en efecto existió alguna vez.

—Vaya, ya sabía yo la que me iba a caer encima —murmuró una vez más Verjovenski.

—Permítame —el cojo se iba acalorando cada vez más—, los comentarios y juicios sobre la futura organización social son una necesidad imperiosa para todos los pensadores de nuestro tiempo. Herzen no se ocupó de otra cosa en toda su vida. Belinski, según me consta de buena fuente, pasaba veladas enteras debatiendo con sus amigos y abordando de antemano hasta los detalles más nimios, los detalles de andar por casa, por así decir, de la futura organización social.

—Hay gente que se vuelve loca —comentó de pronto el comandante.

—En todo caso, siempre es más fácil llegar a una conclusión hablando que quedándonos sentados, sin decir nada, con aire de dictadores —susurró Liputin, que parecía decidido por fin a lanzarse al ataque.

—No estaba refiriéndome a Shigaliov al decir que era una majadería —murmuró Verjovenski—. Verán, señores —levantó una pizca la vista—, en mi opinión, todos esos libros, los Fourier, los Cabet, el «derecho al trabajo», el «shigaliovismo» y todo eso no son más que novelas, como otras cien mil más que uno puede escribir. Un pasatiempo estético. Entiendo que ustedes se aburran en este poblachón y devoren cualquier papel escrito.

—Permítame, señor —el cojo se enderezó en su silla—; aunque seamos unos provincianos y, naturalmente, dignos de conmiseración, sabemos, sin embargo, que en el mundo no ha ocurrido hasta ahora nada tan nuevo como para que lloremos por habérnoslo perdido. Y ahora se nos propone en distintos pasquines clandestinos, de factura extranjera, que nos unamos y formemos grupos sin otra meta que la destrucción generalizada, con la excusa de que, hagamos lo que hagamos, el mundo no tiene remedio, mientras que si cortamos de un tajo cien millones de cabezas podríamos, al aligerar nuestra carga, saltar más fácilmente el foso. La idea es magnífica, sin duda, pero es al menos tan incompatible con la realidad como ese «shigaliovismo» al que acaba usted de referirse con tanto desprecio.

—Bueno, no he venido a discutir. —A Verjovenski se le escaparon estas palabras tan significativas. Sin reparar aparentemente en su desliz, se acercó una vela para tener más luz.

—Es una pena, una verdadera pena que no haya venido a discutir, como también es una verdadera pena que esté ocupado ahora con su aseo.

—Y ¿a usted qué le importa mi aseo?

—Es tan difícil liquidar cien millones de cabezas como cambiar el mundo con la propaganda. Puede que más, sobre todo en Rusia —se atrevió a terciar de nuevo Liputin.

—Es en Rusia donde tienen ahora depositadas sus esperanzas —dijo el oficial.

—Sí, hemos oído hablar de eso —asintió el cojo—. Sabemos que un misterioso *index* apunta a nuestra hermosa patria como país idóneo donde realizar la gran misión. Ahora bien, en el caso de que la cuestión se resuelva gradualmente por medio de la propaganda, algo ganaré yo personalmente, aunque no sea más que un rato de charla agradable y algún reconocimiento de las autoridades por mis servicios a la causa social. Pero, en el segundo caso, si se produce una solución precipitada, mediante los cien millones de cabezas, la verdad, yo no sé qué iba a ganar. Empieza uno a predicar esas cosas y a lo mejor le cortan a uno la lengua.

—La suya seguro que se la cortaban —dijo Verjovenski.

—Ya lo ve. Y, dado que aun en las circunstancias más propicias antes de cincuenta años, bueno, pongamos treinta, no habrá terminado la escabechina, porque, después de todo, no estamos hablando de corderos, y a lo mejor no se dejan degollar así como así, ¿no sería mejor coger los bártulos y viajar a una de esas islas tranquilas, más allá de los mares en calma, y allí cerrar los ojos en paz? Créanme, señores —dio un puñetazo en la mesa—, lo único que van a conseguir con esa propaganda es fomentar la emigración, y ¡nada más!

Concluyó, con un aire visiblemente triunfal. Era una de las más eminentes cabezas de nuestra provincia. Liputin sonreía pérfidamente, Virguinski escuchaba un tanto abatido y los demás seguían el debate con enorme atención, sobre todo las señoras y los militares. Todos comprendían que los que abogaban por los cien millones de cabezas estaban acorralados, y esperaban a ver en qué paraba aquello.

—Lo ha dicho usted muy bien, la verdad —murmuró Verjovenski, con más indiferencia aún que antes, y hasta con cierto aburrimiento—. Emigrar: no es mala idea. Pero, en cualquier caso, si a pesar de todas las desventajas evidentes que usted prevé, cada día se presentan más y más soldados de la causa común, siempre

podremos prescindir de usted. Porque aquí, *bátiushka*, hay una nueva religión que viene a sustituir a la vieja; por eso se presentan tantos soldados y el movimiento es de tal envergadura. Pues ¡emigre usted! Y, mire, le aconsejo que vaya a Dresde y no a una de esas islas tranquilas. Lo primero, porque es una ciudad que nunca ha sufrido una epidemia y, como es usted un hombre cultivado, seguramente le tiene miedo a la muerte; en segundo lugar, está cerca de la frontera rusa[239], con lo que puede usted recibir sin demora las rentas de su amada patria; en tercer lugar, porque alberga lo que se conoce como tesoros artísticos, y es usted un esteta, y al parecer ha sido profesor de literatura; y, por último, contiene su propia Suiza de bolsillo[240], eso pensando ya en la inspiración poética, porque seguro que usted escribe versos. En una palabra, ¡un tesoro en una tabaquera!

Se produjo un notable alboroto; los que más se rebulleron fueron los oficiales. A punto estuvieron de ponerse todos a hablar a la vez. Pero el cojo, irritado, ya había mordido el anzuelo:

—¡No, señor, quizá no abandonemos todavía la causa común! Hay que entender que…

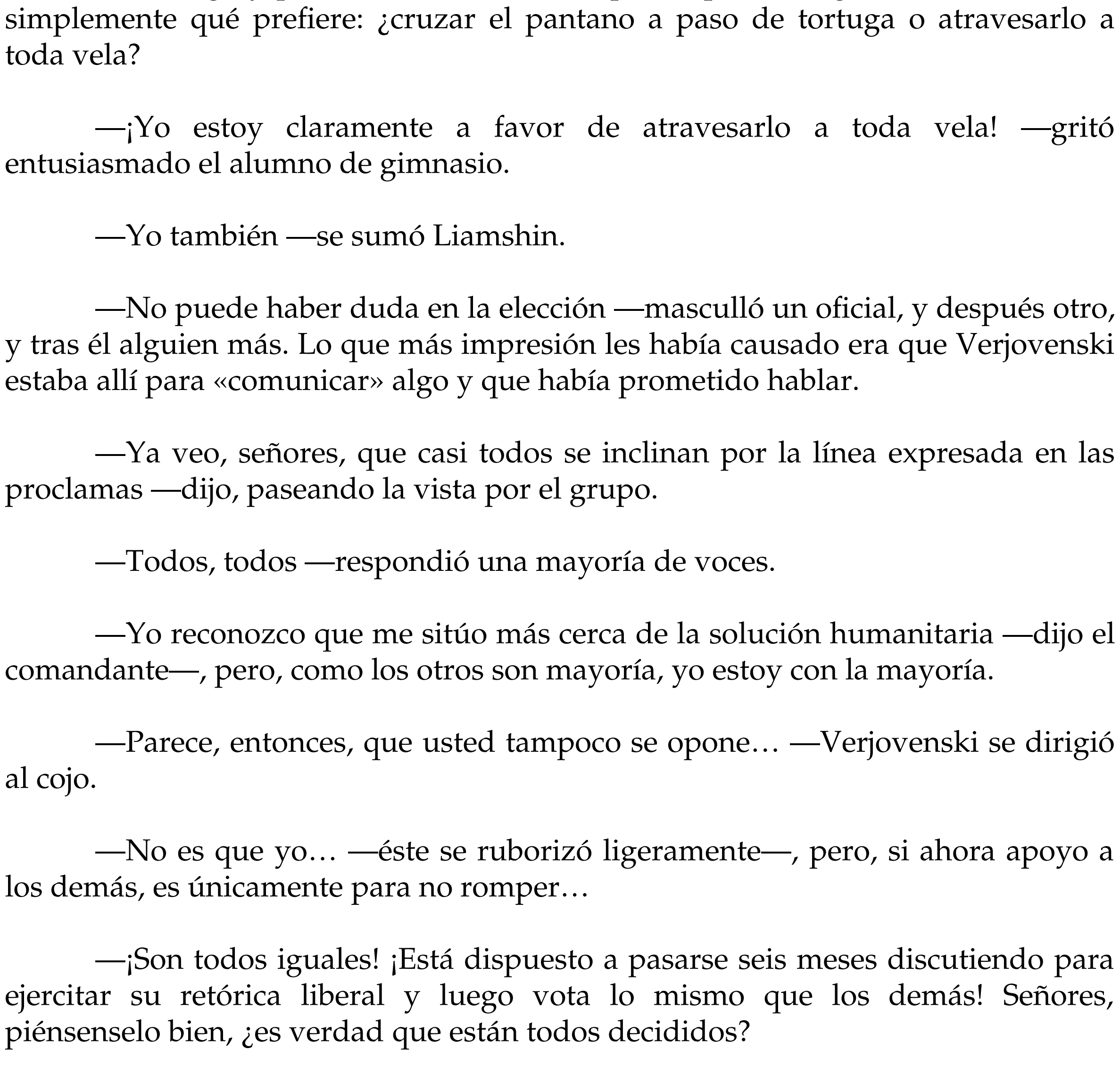
—¿De modo que usted estaría dispuesto a ingresar en un quinteto si se lo propusiera? —soltó de pronto Verjovenski, dejando las tijeras en la mesa.

Todos se sobresaltaron. El hombre misterioso se había delatado de buenas a primeras. Incluso había hablado abiertamente del «quinteto».

—Aquí todo el mundo se considera honrado y nadie se desvía de la causa común —dijo el cojo, con una mueca—, pero…

—No, señor, aquí no hay «pero» que valga —le interrumpió bruscamente Verjovenski, adoptando un tono autoritario—. Ya les digo, señores, que necesito una respuesta directa. Soy muy consciente de que, una vez que he venido, y habiéndoles reunido en este lugar, les debo una explicación —otra inesperada revelación—, pero no puedo hacerlo sin conocer antes cuál es su punto de vista. Dejémonos de cháchara, porque no podemos seguir parloteando otros treinta años como hemos estado parloteando hasta hoy; quiero preguntarles qué prefieren, si la vía más lenta, que consiste en la redacción de novelas sociales y en la resolución sobre el papel de los destinos de la humanidad a mil años vista, en tanto que el despotismo engulle bocados suculentos que les caen a ustedes en la boca y que dejan escapar; o si apoyan la vía más rápida, cualquiera que sea, que al fin les dejará las manos libres y dará a la humanidad un amplio margen para organizarse socialmente por sí misma, y ya no solo sobre el papel, sino en la práctica. Gritan: «¡Cien millones de cabezas!», y puede que no pase de ser una metáfora; pero ¿a qué viene tanto miedo si, con los lentos sueños en papel, el despotismo podría devorar en cien años no ya cien, sino quinientos millones de cabezas? Dense cuenta, además, de que un enfermo incurable no va a sanar en

ningún caso, por muchas recetas que se le prescriban en un papel; por el contrario, si el proceso se ralentiza, se llegará a tal grado de infección que los demás acabaremos contagiados y se echarán a perder todas las energías sanas con las que todavía era posible contar y todos caeremos finalmente. Estoy totalmente de acuerdo en que es muy grato parlotear con elocuencia y en tono liberal, mientras que la acción ya es más arriesgada… Pero el caso es que yo no sé hablar. He venido a comunicar algo y pido a la honorable compañía que, en lugar de votar, declare simplemente qué prefiere: ¿cruzar el pantano a paso de tortuga o atravesarlo a toda vela?



—¡Yo estoy claramente a favor de atravesarlo a toda vela! —gritó entusiasmado el alumno de gimnasio.

—Yo también —se sumó Liamshin.

—No puede haber duda en la elección —masculló un oficial, y después otro, y tras él alguien más. Lo que más impresión les había causado era que Verjovenski estaba allí para «comunicar» algo y que había prometido hablar.

—Ya veo, señores, que casi todos se inclinan por la línea expresada en las proclamas —dijo, paseando la vista por el grupo.

—Todos, todos —respondió una mayoría de voces.

—Yo reconozco que me sitúo más cerca de la solución humanitaria —dijo el comandante—, pero, como los otros son mayoría, yo estoy con la mayoría.

—Parece, entonces, que usted tampoco se opone… —Verjovenski se dirigió al cojo.

—No es que yo… —éste se ruborizó ligeramente—, pero, si ahora apoyo a los demás, es únicamente para no romper…

—¡Son todos iguales! ¡Está dispuesto a pasarse seis meses discutiendo para ejercitar su retórica liberal y luego vota lo mismo que los demás! Señores, piénsenselo bien, ¿es verdad que están todos decididos?

(¿Decididos a qué? Era una pregunta vaga, pero enormemente seductora).

—Todos, claro que sí… —se oyeron voces. Pero todos estaban pendientes de los demás.

—Pero, más adelante, ¿no lamentarán haber dado tan pronto su consentimiento? Porque es lo que ocurre casi siempre.

Estaban todos inquietos, cada uno a su manera. Tremendamente inquietos. El cojo se encaró con Verjovenski.

—Pero permítame señalar que las respuestas a tales preguntas siempre dependen de algo. Aunque hayamos tomado una decisión, advierta, no obstante, que una pregunta así, hecha de un modo tan extraño…

—¿De qué modo?

—De un modo en que no se hacen esa clase de preguntas.

—Pues explíqueme cómo, por favor. Y sepa que estaba seguro de que usted iba a ser el primero en darse por ofendido.

—Usted nos ha arrancado una respuesta sobre nuestra disposición para la acción inmediata, pero ¿qué derecho le ampara para proceder así? ¿Qué clase de autoridad tiene para hacer tales preguntas?

—¡Tendría que haber preguntado eso antes! ¿Por qué ha contestado? Da su aprobación, y después se lo piensa.

—Pues, a mi entender, la franqueza irresponsable de su pregunta principal me hace pensar que usted no tiene ninguna autoridad, ni tiene derecho, y que lo ha preguntado por pura curiosidad.

—¿A qué se refiere? ¿A qué? —exclamó Verjovenski, que parecía empezar a alarmarse.

—¡A que el reclutamiento de nuevos miembros, en cualquier caso, se lleva a cabo siempre a solas, y no en presencia de veinte desconocidos! —bramó el cojo. Había hablado sin tapujos: estaba demasiado irritado para reprimirse. Verjovenski se volvió enseguida hacia los presentes con una cara de alarma perfectamente estudiada.

—Señores, creo mi deber declarar que esto es un absurdo y que nuestro debate ha ido demasiado lejos. Yo hasta ahora no he reclutado a ningún miembro, y nadie tiene derecho a decir que lo estoy haciendo; sencillamente estábamos confrontando nuestras respectivas opiniones. ¿No es verdad? Pero, en todo caso, hace usted que me alarme —se dirigió de nuevo al cojo—; jamás se me habría ocurrido que para tratar cuestiones tan inocentes fuera necesario hablar a solas. ¿O es que temen ustedes que los delaten? ¿Será posible que haya entre nosotros un delator?

La agitación empezaba a ser extraordinaria; todo el mundo se lanzó a hablar.

—Señores, si eso es así —prosiguió Verjovenski—, yo me he comprometido más que nadie, y por eso mismo les propongo que contesten a una pregunta. Naturalmente, si así lo desean. Son ustedes libres.

—¿Qué pregunta? ¿Qué pregunta? —gritaban todos a la vez.

—Una pregunta que aclare de una vez si vamos a seguir juntos o si cogemos el sombrero en silencio y cada uno tira por su lado.

—¡La pregunta, la pregunta!

—Si uno cualquiera de nosotros supiera que se prepara un asesinato político, ¿iría a denunciarlo, conociendo de antemano todas las consecuencias, o se quedaría en casa a la espera de acontecimientos? Aquí caben distintas opiniones. La respuesta a esta pregunta nos dirá claramente si nos separamos o si seguimos juntos, y mucho más allá de esta noche. Permítame que se lo pregunte a usted primero —dijo, dirigiéndose al cojo.

—¿Por qué a mí primero?

—Porque usted ha empezado todo esto. Haga el favor de no eludir la respuesta, aquí las artimañas no sirven de nada. De todos modos, usted es libre de hacer lo que quiera.

—Disculpe, pero una pregunta así es hasta ofensiva.

—Nada de eso; ¿no podría ser más preciso?

—Yo nunca he sido agente de la policía secreta —replicó el cojo, torciendo el gesto.

—Haga el favor de concretar, no nos haga esperar.

El cojo estaba tan furioso que se negó a seguir contestando. En silencio, mirando por debajo de sus lentes, observaba con rabia a su verdugo.

—¿Sí o no? ¿Delataría o no delataría? —gritó Verjovenski.

—¡Por supuesto que *no* delataría! —gritó el cojo, el doble de fuerte.

—Y nadie delataría, por supuesto que no —se oyeron muchas voces.

—Permítame que me dirija a usted, comandante, ¿delataría usted o no delataría? —prosiguió Verjovenski—. Y advierta que me dirijo a usted intencionadamente.

—No delataría, señor.

—De acuerdo, pero, si usted supiera que alguien quiere robar y matar a otra persona, a un simple mortal, ¿lo denunciaría usted? ¿Daría la voz de alarma?

—Desde luego, pero se trata de un asunto civil, y lo otro es una delación política. Nunca he sido agente de la policía secreta, señor.

—Nadie de aquí lo ha sido —volvieron a alzarse algunas voces—. Esta pregunta está de más. La respuesta de todos es la misma. ¡Aquí no hay ningún delator!

—¿Por qué se levanta ese señor? —gritó la estudiante.

—Es Shátov. ¿Por qué se levanta, Shátov? —gritó la anfitriona.

Shátov, en efecto, se había levantado; sostenía la gorra en la mano y miraba a Verjovenski. Parecía que quería decirle algo, pero titubeaba. Tenía la cara pálida, con una expresión de furia, pero se reprimió: sin decir ni palabra se dirigió hacia la puerta.

—¡Shátov, eso no le beneficia! —le gritó Verjovenski, enigmáticamente, antes de que saliera.

—Pero ¡a ti sí, como espía y como canalla! —le gritó Shátov desde la puerta, y salió finalmente.

Más gritos y más exclamaciones.

—¡Ésa! ¡Ésa era la prueba! —proclamó una voz.

—¡Ha sido muy útil! —proclamó otra.

—Pero ¿no habrá llegado demasiado tarde? —observó un tercero.

—¿Quién lo ha invitado? ¿Quién le ha dejado entrar? ¿Quién es ése? ¿Quién es ese Shátov? ¿No nos delatará? —llovían las preguntas.

—Si fuera un soplón, habría actuado con disimulo, y él lo que ha hecho ha sido despacharse a gusto y marcharse —comentó alguien.

—Mira, Stavroguin también se ha levantado; él tampoco ha contestado —gritó la estudiante.

Stavroguin, en efecto, se había puesto de pie; con él, también se levantó

Kiríllov en la otra punta de la mesa.

—Disculpe, señor Stavroguin —le preguntó con brusquedad la anfitriona—, aquí todos hemos contestado a la pregunta, y ¿usted pensaba marcharse sin decir nada?

—No veo la necesidad de contestar a la pregunta que les interesa —murmuró Stavroguin.

—Pero es que nosotros nos hemos comprometido, y usted no —se alzaron algunas voces.

—Y ¿a mí qué me importa que se hayan comprometido? —dijo riéndose Stavroguin, aunque sus ojos refulgieron.

—¿Cómo que no le importa? ¿Cómo que no le importa? —exclamaban algunos. Mucha gente saltó de sus asientos.

—Permítanme, señores, permítanme —gritaba el cojo—; el caso es que el señor Verjovenski tampoco ha respondido a su propia pregunta.

La observación tuvo un efecto sorprendente. Se miraron los unos a los otros. Stavroguin rompió a reír estrepitosamente en la cara del cojo y salió, seguido por Kiríllov. Verjovenski salió corriendo detrás de ellos y les dio alcance en el vestíbulo.

—¿Qué me está haciendo? —farfulló, cogiéndole una mano a Stavroguin y apretándosela con fuerza. Stavroguin retiró la mano sin decir nada—. Espéreme en casa de Kiríllov, más tarde iré… ¡Es imprescindible que hablemos! ¡Imprescindible!

—Para mí no lo es —replicó Stavroguin.

—Stavroguin estará allí —zanjó Kiríllov—. Stavroguin, para usted también es imprescindible. Allí se lo haré ver.

Se marcharon.

Capítulo VIII. El zarévich Iván[241]

Se marcharon. Piotr Stepánovich pensó en volver a la «sesión», para domeñar el caos, pero debió de pensar que no valía la pena y, dejándolo todo, dos minutos más tarde ya volaba detrás de los dos que acababan de partir. A mitad de camino, se acordó de una calleja por la que se podía atajar para llegar antes a la casa de Filíppov; hundiéndose hasta las rodillas en el barro, cogió el atajo y llegó, efectivamente, en el preciso instante en que Stavroguin y Kiríllov franqueaban la entrada de la calle.

—¿Ya está usted aquí? —observó Kiríllov—. Está bien. Entre.

—¿Por qué me dijo usted que vivía solo? —preguntó Stavroguin, al atravesar el zaguán, donde ya hervía un samovar.

—Ahora verá usted con quién vivo —masculló Kiríllov—. Pase.

Nada más entrar, Verjovenski se sacó del bolsillo la carta anónima que había cogido horas antes en el despacho de Lembke, y se la puso delante a Stavroguin. Los tres se sentaron. Stavroguin leyó la carta en silencio.

—¿Y bien? —preguntó.

—Ese sinvergüenza va a hacer lo que dice —aclaró Verjovenski—. Dado que depende de usted, explíqueme lo que hay que hacer. Le aseguro que mañana mismo puede ir a ver a Lembke.

—Muy bien, que vaya.

—¿Que vaya? Pero si podemos evitarlo.

—No tiene usted razón, ese sujeto no depende de mí. Y a mí me da lo mismo; para mí no es ninguna amenaza, únicamente lo es para usted.

—Y para usted.

—No lo creo.

—Pero hay otros que a lo mejor no se lo perdonan, ¿no lo entiende? Escuche, Stavroguin, esto es solo un juego de palabras. ¿No será que le cuesta soltar el dinero?

—¿De verdad hace falta el dinero?

—Desde luego; dos mil o mil quinientos como mínimo. Démelos mañana, o incluso hoy mismo, y mañana por la tarde ya tiene a ése en San Petersburgo, que además es lo que él quiere. Si usted lo desea, con Maria Timoféievna… téngalo en cuenta.

Algo se le había ido de la cabeza; hablaba como con imprudencia, sin pensar bien lo que decía. Stavroguin lo observaba asombrado.

—No tengo por qué alejar de aquí a Maria Timoféievich.

—¿No será que no lo desea? —Piotr Stepánovich sonrió irónicamente.

—Puede que no.

—En una palabra, ¿habrá o no habrá dinero? —gritó Verjovenski a Stavroguin con furiosa impaciencia y en tono imperioso. Éste lo examinó muy serio.

—No habrá dinero.

—¡Ay, Stavroguin! Usted o sabe algo o es que ya ha hecho algo. ¡Usted… está de broma!

Se le contrajo el rostro, le temblaban las comisuras de los labios, y de pronto rompió a reír con una risa absurda, que no venía en absoluto a cuento.

—Usted ha recibido de su padre el dinero de la hacienda —observó con calma Nikolái Vsévolodovich—. *Maman* le ha dado seis u ocho mil a cuenta de Stepán Trofímovich. Pues nada, ponga usted los mil quinientos de su bolsillo. Yo no quiero seguir pagando por otros, he repartido ya tanto dinero que me pongo enfermo… —Se sonrió amargamente de sus propias palabras.

—Ah, ya está usted con sus bromas…

Stavroguin se levantó de la silla, inmediatamente Verjovenski se puso también de pie y se colocó maquinalmente de espaldas a la puerta, como si quisiera bloquear la salida. Nikolái Vsévolodovich hizo ademán de apartarlo de un empujón y salir, pero se detuvo repentinamente.

—No voy a entregarle a Shátov —dijo.

Piotr Stepánovich se estremeció; los dos se miraban.

—Ya le he dicho antes por qué necesita usted la sangre de Shátov. —A Stavroguin le centellearon los ojos—. Con ese líquido viscoso quiere tener unida a

su gente. Hace un rato consiguió quitarse de encima a Shátov muy hábilmente; de sobra sabía usted que no iba a decir: «No voy a delatar», y que para él mentir ante usted sería una bajeza. Pero ¿a mí? ¿Para qué me necesita ahora a mí? No me ha dejado en paz prácticamente desde que nos conocimos en el extranjero. La explicación que me ha venido dando no tiene ni pies ni cabeza. A todo esto, intenta persuadirme de que le entregue mil quinientos rublos a Lebiadkin, dándole así un pretexto a Fedka para degollarlo. Sé que usted tiene la idea de que a mí me gustaría que, de paso, matara también a mi mujer. Implicándome en ese delito, cuenta, naturalmente, con tenerme en su poder, ¿verdad? ¿Para qué quiere tenerme atrapado? ¿Para qué diablos me necesita? Míreme de cerca, de una vez por todas: ¿de verdad soy su hombre? Y ¡déjeme en paz!

—¿Es que el propio Fedka ha ido a verle? —preguntó Verjovenski, sofocado.

—Sí, vino a verme; su precio también es de mil quinientos rublos… Pero él mismo puede confirmarlo, ahí lo tiene… —Stavroguin alargó la mano.

Piotr Stepánovich se dio la vuelta. En el umbral, surgiendo de las tinieblas, apareció una nueva silueta: era Fedka, con una pelliza corta, pero sin gorro, como si estuviera en su casa. Estaba allí parado, riéndose y mostrando sus dientes blancos y regulares. Sus ojos negros, con un viso amarillento, escudriñaban con cautela la habitación, vigilando a los señores. Había algo que no alcanzaba a comprender; era Kiríllov, evidentemente, quien acababa de llevarlo hasta allí y hacia él dirigía su mirada interrogante. Estaba parado en el umbral, pero no quería entrar.

—Me imagino que lo tendría ahí preparado para que pudiera escuchar nuestro regateo o incluso para que nos viera con el dinero en la mano, ¿a que sí? —preguntó Stavroguin y, sin esperar una respuesta, salió de la casa. Verjovenski le dio alcance junto al portalón, a punto de volverse loco.

—¡Alto ahí! ¡Ni un paso más! —gritó, agarrándolo del codo. Stavroguin intentó zafarse, pero no pudo. La rabia se apoderó de él: con la mano izquierda, cogió a Verjovenski del pelo y lo tiró al suelo con todas sus fuerzas; a continuación salió por el portalón. Pero no había recorrido ni treinta pasos cuando Verjovenski volvió a darle alcance.

—Hagamos las paces, hagamos las paces —murmuró en un susurro espasmódico.

Nikolái Vsévolodovich levantó los hombros, pero no se detuvo ni se volvió.

—Escuche, mañana le traigo a Lizaveta Nikoláievna, ¿quiere? ¿No? ¿Por qué no contesta? Dígame lo que quiere y lo haré. Escuche: le entregaré a Shátov, ¿quiere?

—Entonces, ¿es verdad que había decidido matarlo? —gritó Nikolái Vsévolodovich.

—Pero ¿para qué quiere a Shátov? ¿Para qué? —prosiguió Verjovenski con frenesí, hablando atropelladamente, casi sin aliento; cada dos por tres echaba a correr y cogía del codo a Stavroguin, probablemente sin darse ni cuenta de lo que hacía—. Escuche: se lo doy, hagamos las paces. Es una factura muy alta, pero… ¡hagamos las paces!

Stavroguin lo miró por fin y se quedó de piedra. No era la misma mirada, no era la misma voz de otras veces, ni siquiera las de hacía un rato, en aquel cuarto; prácticamente estaba viendo otra cara. El tono de voz tampoco era el mismo: Verjovenski rogaba, imploraba. Era un hombre al que estaban privando, o al que ya habían privado, de su bien más preciado, y todavía no se había rehecho del golpe.

—Pero ¿qué le ocurre? —exclamó Stavroguin.

Verjovenski no respondió, sino que siguió corriendo detrás de él, con la misma mirada suplicante, a la vez que inflexible.

—¡Hagamos las paces! —susurró una vez más—. Escuche, llevo un cuchillo en la bota, igual que Fedka, pero quiero reconciliarme con usted.

—Pero, maldita sea, ¿para qué me quiere usted? ¡Ya está bien! —gritaba Stavroguin, visiblemente enfurecido, sin entender una palabra—. ¿Qué clase de misterio hay aquí? ¿O es que ha encontrado en mí una especie de talismán?

—Escuche, vamos a provocar desórdenes —murmuraba deprisa Verjovenski, como delirando—. ¿No nos cree capaces? Habrá tal confusión que todo se conmoverá en sus cimientos. Karmazínov tiene razón en que no hay nada a lo que agarrarse. Karmazínov es muy inteligente. Diez grupos como éste en toda Rusia, y sería imposible que me echaran el guante.

—¿Grupos de idiotas de la misma clase…? —se le escapó a Stavroguin.

—¡Ay, no se pase de listo, Stavroguin, no se pase de listo! Sabe que no es tan listo como para desearle a usted algo así: tiene usted miedo, carece de fe, le asusta la magnitud de la empresa. Y ¿por qué tienen que ser unos idiotas? No es que sean idiotas; hoy en día nadie piensa por sí mismo. Hoy en día son rarísimas las mentes originales. Virguinski es un hombre limpio, diez veces más limpio que usted o que yo; bueno, mejor para él. Liputin es un sinvergüenza, pero conozco su punto débil. Todo sinvergüenza tiene un punto débil. El único que no lo tiene es Liamshin, pero a ése lo tengo en mis garras. Unos cuantos grupos como ése y dispondré de pasaportes y dinero en todas partes; eso en el peor de los casos. Y ¿de qué más?

También de sitios seguros, y que me busquen. Cada vez que desmantelen un grupo, tendrán que vérselas con otro. Sembraremos el caos… ¿De verdad no confía en que nos bastemos entre los dos?

—Coja a Shigaliov, y a mí déjeme en paz…

—¡Shigaliov es un hombre genial! No sé si sabe que es un genio del estilo de Fourier, solo que más lanzado que Fourier, más fuerte que Fourier; tengo que ocuparme de él. ¡Ha inventado la «igualdad»!

«Tiene fiebre y está delirando; algo muy raro le ha tenido que pasar», pensaba Stavroguin, mirándolo otra vez. Los dos seguían caminando, sin detenerse.

—Está muy bien en su cuaderno —prosiguió Verjovenski— lo del espionaje. Cada miembro de la sociedad vigila a los demás y está obligado a informar. Cada uno pertenece a todos, y todos a cada uno. Todos son esclavos, e iguales en la esclavitud. En casos extremos, están la calumnia y el asesinato, pero lo más importante es la igualdad. De entrada, se rebaja el nivel de la educación, la ciencia y el talento. Un alto nivel de ciencia y de talento solo está al alcance de los más capaces, y ¡los más capaces no hacen ninguna falta! Los más capaces siempre se han hecho con el poder y han sido unos déspotas. Los más capaces no pueden evitar ser unos déspotas y siempre han traído más depravación que beneficios; hay que desterrarlos o ejecutarlos. A Cicerón habría que arrancarle la lengua, a Copérnico sacarle los ojos, a Shakespeare apedrearlo: ¡eso es shigaliovismo! Los esclavos deben ser iguales: sin despotismo no ha habido nunca ni libertad ni igualdad, pero en el rebaño ha de haber igualdad, ¡eso es shigaliovismo! ¡Ja, ja, ja! ¿Le parece raro? ¡Yo soy partidario del shigaliovismo!

Stavroguin procuraba apretar el paso para llegar a casa lo antes posible. «Si este hombre está bebido, ¿dónde habrá podido emborracharse? —se le ocurrió—. ¿Habrá sido el coñac?».

—Escuche, Stavroguin: allanar montañas es una buena idea, no es algo ridículo. ¡Yo apoyo a Shigaliov! ¡No nos hace falta instrucción, basta ya de ciencia! Sin ciencia, tenemos material suficiente para mil años, pero se necesita disciplina. Eso es lo único que se echa de menos en el mundo: la disciplina. El afán de instrucción es un afán aristocrático. Los lazos familiares y el amor traen consigo el deseo de la propiedad. Acabaremos con ese deseo: recurriremos a la embriaguez, la difamación, la delación; recurriremos a una depravación nunca vista; sofocaremos a cualquier genio en su infancia. Todo se reducirá a un común denominador: la absoluta igualdad. «Hemos aprendido un oficio y somos personas honradas; no necesitamos nada más»; ésta fue, hace poco, la respuesta de unos obreros ingleses. Solo lo necesario es necesario: en lo sucesivo, éste será el lema en todo el planeta. Pero también se requiere una sacudida; de eso ya nos ocuparemos

nosotros, los dirigentes. Los esclavos han de tener dirigentes. Obediencia completa, falta completa de identidad, pero una vez cada treinta años Shigaliov aplica una sacudida, y todos empiezan de pronto a devorarse; solo hasta un límite, únicamente para no aburrirse. El aburrimiento es un sentimiento aristocrático, con el shigaliovismo no habrá deseos. El deseo y el sufrimiento para nosotros, y para los esclavos el shigaliovismo.

—¿Se excluye usted? —volvió a escapársele a Stavroguin.

—También le excluyo a usted. ¿Sabe una cosa? He pensado en entregarle el mundo al papa. Que salga a pie, descalzo, y se presente ante la plebe: «¡Ved lo que han hecho conmigo!», y todo el mundo lo seguirá, incluidos los ejércitos. El papa a la cabeza, nosotros a su alrededor, y por debajo el shigaliovismo. Solo se necesita que la *Internationale* llegue a un acuerdo con el papa; y llegará. El carcamal dará su aprobación en un santiamén, no le queda otro remedio; acuérdese de lo que le digo, ¡ja, ja, ja! ¿Una idiotez? Dígame, ¿es una idiotez?

—Ya es suficiente —masculló Stavroguin, enojado.

—¡Suficiente! Escuche, ¡me olvido del papa! ¡Al diablo el shigaliovismo! ¡Al diablo el papa! Se necesita el afán de cada día, en vez del shigaliovismo, porque el shigaliovismo es una obra de joyería. Es un ideal, es algo del futuro. Shigaliov es un joyero y es un necio, como todo filántropo. Necesitamos el trabajo duro, y Shigaliov desprecia el trabajo duro. Escuche: Occidente tendrá al papa, y nosotros… ¡nosotros le tendremos a usted!

—¡Apártese de mí, borracho! —masculló Stavroguin, y apretó el paso.

—¡Stavroguin, qué bello es usted! —exclamó Piotr Stepánovich, poco menos que en éxtasis—. ¡No sabe lo bello que es! Lo más valioso que hay en usted es que a veces ni se da cuenta. ¡Oh, cómo le he estudiado! ¡A menudo le miraba de reojo, desde una esquina! Hay en usted incluso modestia y candidez, no sé si lo sabía. Pues ¡sí, sí que hay! Seguro que sufre, y sufre sinceramente por esa modestia. Yo amo la belleza. Soy nihilista, pero amo la belleza. ¿Quién ha dicho que los nihilistas no aman la belleza? Lo que no aman son los ídolos, y ¡resulta que yo amo a un ídolo! ¡Usted es mi ídolo! No hace daño a nadie y todos le detestan; considera que todos son iguales y todos le temen. Eso está bien. Nadie se va a acercar a usted a darle una palmadita en el hombro. Es usted un aristócrata terrible. ¡Cuando un aristócrata se une a los demócratas se vuelve irresistible! Para usted no significa nada sacrificar la vida, tanto la propia como la ajena. Es justo la clase de hombre que se necesita. Y yo, concretamente, necesito a un hombre como usted. Yo no conozco a otro, más que a usted. Es usted mi guía, es usted mi sol, y yo soy su gusano…

Súbitamente, le besó la mano. Un escalofrío le recorrió la espalda a

Stavroguin, que retiró asustado la mano. Los dos se pararon.

—¡Está loco! —susurró Stavroguin.

—¡Puede que esté delirando! ¡Puede que esté delirando! —asintió Verjovenski, hablando muy deprisa—. No obstante, he pensado en cuál ha de ser el primer paso. Shigaliov nunca habría sido capaz de pensar en el primer paso. ¡Hay tantos Shigaliov! Pero solo hay un hombre en Rusia, solo uno, que ha imaginado el primer paso y sabe cómo darlo. Ese hombre soy yo. ¿Por qué me mira así? A usted le necesito, a usted; sin usted no soy nada. Sin usted soy una mosca, una idea en un frasco, un Colón sin América[242].

Stavroguin seguía allí parado, con la mirada fija en los ojos alucinados de Verjovenski.

—Escuche, de entrada sembraremos el caos —siguió diciendo éste, atropelladamente, agarrando una y otra vez a Stavroguin de la manga izquierda—. Ya se lo he dicho: nos introduciremos entre el pueblo. ¿Sabe que ahora mismo ya somos enormemente fuertes? Los nuestros no son solo los que matan e incendian, los que disparan al estilo clásico o van por ahí dando mordiscos. Ésos solo estorban. Yo no concibo nada sin disciplina. Soy un granuja, en realidad, no un socialista, ¡ja, ja! Mire, ya los tengo a todos contados: el maestro que estando con los niños se ríe de su Dios y de su cuna ya es de los nuestros. El abogado que defiende a un asesino educado porque es más culto que sus víctimas y porque no tuvo más remedio que asesinarlas para hacerse con su dinero también es de los nuestros. Los escolares que matan a un campesino para ver qué se siente, nuestros. Los miembros del jurado que absuelven una y otra vez a los delincuentes, nuestros. El fiscal que tiembla en el juicio, por miedo de no ser lo bastante liberal, nuestro, nuestro. Los funcionarios, los literatos, ¡oh, muchos de ellos, muchísimos, son de los nuestros, y ni siquiera lo saben! Por otra parte, la docilidad de los escolares y de los necios ha alcanzado su grado más alto; a sus preceptores se les revienta la vesícula biliar; por todas partes la vanidad alcanza dimensiones monstruosas, los apetitos son bestiales, lo nunca visto… ¿Sabe usted, sabe usted todo lo que podemos conseguir con cuatro ideas trilladas? Cuando me marché de aquí, hacía furor la tesis de Littré de que el crimen es demencia[243]; vuelvo, y el crimen ya no es demencia, sino precisamente sentido común, poco menos que un deber o, como mínimo, una noble protesta. «¡Cómo no va a matar un asesino educado si anda falto de dinero!». Pero esto no es más que el principio. El Dios ruso se ha arrugado ante el vodka barato. El pueblo está borracho, las madres borrachas, los hijos borrachos, las iglesias vacías, y se oye en los tribunales: «Doscientas varas o tráenos un *vedró*»[244]. ¡Oh, deje usted que crezca esta generación! Es una lástima que no podamos esperar más tiempo, que, si no, habrían seguido emborrachándose. ¡Ay, qué pena que no haya proletarios! Pero ya habrá, ya habrá, a eso vamos…

—También es una pena que nos hayamos vuelto más tontos —masculló Stavroguin, y echó otra vez a andar.

—Escuche, yo he visto a un niño de seis años llevando a casa a su madre borracha, mientras ella lo insultaba soezmente. ¿Cree que eso me hace feliz? Cuando esté en nuestra mano, quizá podamos ponerle remedio… si es preciso, los mandaremos cuarenta años al desierto… Pero ahora son imprescindibles una o dos generaciones de libertinaje. Un libertinaje inaudito, abyecto, ese que convierte al hombre en un bicho repugnante, cobarde, cruel y egoísta. ¡Eso es lo que hace falta! Y un poquitín de «sangre fresca» para irse acostumbrando. ¿De qué se ríe usted? Yo no me contradigo. Yo solo contradigo a los filántropos y al shigaliovismo, pero no a mí mismo. Soy un granuja, no soy un socialista. ¡Ja, ja, ja! Es una lástima que haya tan poco tiempo. A Karmazínov le prometí empezar en mayo y acabar para el día del Manto. ¿Demasiado pronto? ¡Ja, ja! ¿Sabe lo que le digo, Stavroguin? Que, aunque el pueblo ruso es muy malhablado, nunca ha habido en él ni pizca de cinismo. ¿Sabe usted que un siervo tenía más amor propio que Karmazínov? Lo azotaban, pero él defendía a sus dioses, y Karmazínov no los defiende.

—Bueno, Verjovenski, es la primera vez que le escucho, y le estoy escuchando perplejo —dijo Nikolái Vsévolodovich—; entonces, realmente, ¿usted no es socialista, sino una suerte de… político ambicioso?

—Un granuja, un granuja. ¿Le preocupa cómo sea yo? Ahora mismo le digo cómo soy, a eso iba. No en vano le he besado la mano. Pero también necesitamos que el pueblo crea que nosotros sabemos lo que queremos, mientras que los otros lo único que hacen es «blandir el garrote y sacudir a los suyos». ¡Ay, si hubiera más tiempo! Qué lástima que no haya tiempo. Proclamaremos la destrucción… porque… porque, la verdad, ¡es una idea tan cautivadora! Pero antes hay que desentumecer los músculos… Provocaremos incendios… Haremos circular ciertas leyendas… Cualquier «grupúsculo» tiñoso nos vendrá bien… Y en esos grupúsculos le encontraré voluntarios que no se arredrarán frente a los tiros y encima estarán agradecidos por ese honor. Pues nada, ¡que empiecen los disturbios! El mundo nunca ha visto tamaña sacudida… Rusia se hundirá en las tinieblas, la Tierra llorará por sus antiguos dioses… Sí, señor, y en ese momento, sacaremos… ¿A quién?

—¿A quién?

—Al zarévich Iván.

—¿A quiéeen?

—Al zarévich Iván; ¡a usted, a usted!

Stavroguin reflexionó como un minuto.

—¿Un impostor? —preguntó de pronto, mirando al enajenado con profundo asombro—. ¡Ah! Conque ése era su plan.

—Diremos que «está oculto» —dijo Verjovenski con calma, en una especie de susurro amoroso, como si efectivamente estuviese bebido—. ¿Sabe lo que significa esa expresión? Pero aparecerá, aparecerá. Haremos circular leyendas mejores que las de los *skoptsy*[245]. Existe, pero nadie lo ha visto. ¡Oh, qué leyenda se puede difundir! Y, sobre todo, se pondrá en marcha una fuerza nueva. Ésta es la fuerza que necesitamos, la fuerza por la que muchos están clamando. ¿Qué puede hacer el socialismo? Ha destruido las viejas fuerzas, pero no ha traído otras nuevas. Pero aquí sí que tenemos una fuerza, y ¡qué fuerza! ¡Una fuerza nunca vista! Solo nos hace falta una palanca para levantar la Tierra. ¡Todo se levantará!

—Entonces, ¿contaba usted en serio conmigo para eso? —Stavroguin se sonrió maliciosamente.

—¿De qué se ríe usted, y con tanta malicia? No me asuste. Ahora soy como un niño: una sonrisa así podría matarme del susto. Escuche. No permitiré que nadie le vea, nadie. Así tiene que ser. Ese hombre existe, pero nadie lo ha visto, está oculto. Sepa que solo podría ser mostrado, por ejemplo, a una persona entre cien mil. Y se repetirá por toda la Tierra: «Lo hemos visto, lo hemos visto». También a Iván Filíppovich, el dios Sebaot[246], lo vieron ascender al cielo en un carro, delante de la gente, muchos lo vieron con sus «propios» ojos. Y usted no es Iván Filíppovich; usted es bello y orgulloso como un dios, usted no busca nada para sí y tiene una aureola de víctima; usted «está oculto». Eso es lo que importa, ¡la leyenda! Usted los conquistará; solo con mirarlos los conquistará. Es portador de una nueva verdad, y «está oculto». Mientras tanto, dictaremos dos o tres sentencias salomónicas. Grupos, quintetos, eso es lo que necesitamos, ¡nada de periódicos! Si de diez mil peticiones se concede solo una, todo el mundo vendrá con sus peticiones. En cada distrito, todo campesino sabrá que hay por ahí un árbol hueco donde puede depositar sus peticiones. Y toda la Tierra será un clamor: «¡Llega una ley nueva y justa!». Y el mar se agitará, y todo el tinglado de la feria se vendrá abajo, y entonces nosotros pensaremos en cómo levantar un edificio de piedra. ¡Por primera vez! ¡*Nosotros* lo levantaremos, nosotros, solo nosotros!

—¡Qué locura! —dijo Stavroguin.

—¿Por qué? ¿Por qué no quiere usted? ¿Tiene miedo? Pero, si me he aferrado a usted, ha sido porque no le teme a nada. ¿Acaso no es razonable? Pero si por ahora no soy más que un Colón sin América; ¿puede un Colón sin América ser razonable?

Stavroguin callaba. A todo esto habían llegado a su casa, y se detuvieron en la entrada.

—Escuche —le dijo Verjovenski, hablándole al oído—, lo haré para usted sin dinero; mañana acabo con Maria Timoféievna… sin dinero, y mañana mismo le traigo a Liza. ¿Quiere? ¿Mañana mismo?

«¿De verdad se habrá vuelto loco?», se preguntó Stavroguin, con una sonrisa. Se abrió la puerta de la calle.

—¿América es nuestra, Stavroguin? —Verjovenski le agarró la mano por última vez.

—¿Para qué? —dijo Nikolái Vsévolodovich, en tono serio y grave.

—¡No tiene ganas, ya lo sabía yo! —exclamó Verjovenski en un arranque de furia demencial—. ¡Miente usted, señorito malcriado, lujurioso, pervertido! ¡No le creo, tiene usted un apetito lobuno!… ¡Sepa que su cuenta es ahora demasiado larga, y ya no puedo prescindir de usted! ¡No hay otro como usted en el mundo! Usted fue una invención mía en el extranjero; una invención cuando le observaba. Si no le hubiera estado observando desde mi rincón, no se me habría pasado por la cabeza nada de esto…

Stavroguin subió las escaleras sin responder.

—¡Stavroguin! —le llamó Verjovenski por detrás—. Le doy un día… bueno, dos… vale, tres. Más de tres no puedo, y entonces… ¡tendrá usted que responder!

Capítulo IX. Stepán Trofímovich, investigado

Mientras tanto había ocurrido un incidente que a mí me sorprendió y que había dejado consternado a Stepán Trofímovich. Por la mañana, a las ocho, Nastasia apareció en mi casa con la noticia de que habían «registrado» a su señor. Yo al principio no entendía nada; me enteré malamente de que unos funcionarios habían efectuado un «registro»: se habían presentado en su casa y habían cogido unos papeles, un soldado los había atado y se los «había llevado en una carretilla». Aquello no tenía ni pies ni cabeza. Inmediatamente fui a ver a Stepán Trofímovich.

Lo encontré en un estado de ánimo insólito: trastornado y muy nervioso, pero a la vez con una inequívoca cara de triunfo. En la mesa, en el centro de la sala, hervía el samovar y había un vaso de té servido, aunque sin tocar y ya olvidado. Stepán Trofímovich daba vueltas en torno a la mesa y se acercaba a todos los rincones del cuarto, sin darse ni cuenta de sus evoluciones. Llevaba su habitual camiseta roja de punto, pero fue verme y ponerse el chaleco y la levita, algo que jamás hacía cuando una persona de confianza lo sorprendía en camiseta. Enseguida me tomó cálidamente de la mano.

—*Enfin un ami!* —Suspiró desde lo más profundo del pecho—. *Cher*, únicamente le he avisado a usted y nadie más sabe nada. Voy a mandar a Nastasia que cierre la puerta y que no deje entrar a nadie, salvo a *ésos*, claro está… *Vous comprenez?*

Me miró intranquilo, como esperando una respuesta. Yo, naturalmente, me apresuré a interrogarlo, y de algún modo, a partir de sus frases inconexas, con pausas e incisos superfluos, saqué en claro que un funcionario provincial se había presentado «de improviso» a las siete de la mañana…

—*Pardon, j'ai oublié son nom. Il n'est pas du pays*[247], pero, al parecer, vino con Lembke, *quelque chose de bête et d'allemand dans la physionomie. Il s'appelle Rosenthal*[248].

—¿No sería Blum?

—Blum. Así es como dijo que se llamaba. *Vous le connaissez? Quelque chose d'hébété et de très content dans la figure, pourtant très sévère, roide et sérieux*[249]. Un tipo de la policía, de los que cumplen órdenes, *je m'y connais*[250]. Yo dormía todavía y, figúrese, me preguntó si podía «echar un vistazo» a mis libros y manuscritos, *oui, je m'en souviens, il a employé ce mot*[251]. No me ha detenido, solo se ha quedado con los libros… *Il se tenait à distance*[252], y cuando ha empezado a explicarme su visita, tenía una expresión como si yo… *enfin, il avait l'air de croire que je tomberai sur lui*

immédiatement et que je commencerai à le battre comme plâtre. Tous ces gens du bas étage sont comme ça[253] cuando tienen que habérselas con un hombre respetable. No hace falta decir que lo he comprendido todo al segundo. *Voilà vingt ans que je m'y prépare*[254]. Le he abierto todos los cajones y le he facilitado todas las llaves; yo mismo se las he dado, le he dado todo. *J'étais digne et calme*[255]. De libros, se ha llevado las ediciones extranjeras de Herzen, el ejemplar encuadernado de *Kolokol*, cuatro copias de mi poema, *et enfin… tout ça*[256]. Además de papeles y cartas *et quelques unes de mes ébauches historiques, critiques et politiques*[257]. No han dejado nada. Dice Nastasia que se lo ha llevado un soldado en una carretilla y que lo han cubierto todo con un delantal; *oui, c'est cela*[258], con un delantal.

Era un delirio. ¿Quién podía entender nada? Volví a acribillarlo a preguntas: ¿Blum se había presentado solo o con alguien más? ¿En nombre de quién venía? ¿Con qué derecho? ¿Cómo se había atrevido? ¿Qué explicación había dado?

—*Il était seul, bien seul*[259], pero había otra persona *dans l'antichambre, oui, je m'en souviens, et puis…*[260] Aunque me parece que había más gente, y que había alguien montando guardia en el zaguán. Pregúntele a Nastasia, ella sabrá mejor. *J'étais surexcité, voyez-vous. Il parlait, il parlait… un tas de choses*[261]; aunque no dijo casi nada; todo lo decía yo… Le conté mi vida; naturalmente, solo desde ese punto de vista… *J'étais surexcité, mais digne, je vous l'assure*[262]. No obstante, me temo que he llorado. La carretilla se la cogieron al tendero de aquí al lado.

—¡Cielos, cómo ha podido suceder algo así! ¡Por el amor de Dios, Stepán Trofímovich, sea usted más preciso, porque lo que me cuenta es como un sueño!

—*Cher*, también a mí me parece un sueño… *Savez-vous, il a prononcé le nom de Teliatnikoff*[263], y creo que era el que estaba escondido en el zaguán. Sí, ahora me acuerdo, sugirió la posibilidad de llamar al fiscal y también, creo, a Dimitri Mítrich… *qui me doit encore quinze roubles du yeralash, soit dit en passant. Enfin, je n'ai pas trop compris*[264]. Pero yo he sido más listo que ellos, qué me importa a mí Dimitri Mítrich. Creo recordar que le he rogado que no lo divulgara, le he insistido mucho, mucho, hasta temo haberme rebajado, *comment croyez-vous? Enfin il a consenti*[265]. Sí, recuerdo que ha sido él mismo el que ha dicho que sería preferible mantenerlo oculto, porque solo había venido a «echar un vistazo», *et rien de plus*, y nada más, nada más… y que, si no encontraba nada, tampoco pasaba nada. De modo que acabamos *en amis, je suis tout-à-fait content*[266].

—Perdone, pero lo que le han propuesto ha sido seguir el procedimiento y las garantías habituales en estos casos, y ¡usted las ha rechazado! —exclamé con indignación amistosa.

—No, más vale así, sin garantías. ¿De qué me serviría un escándalo? Por el momento, tratemos el asunto *en amis*… Usted sabe que, como en la ciudad llegasen a enterarse… *mes ennemis… et puis à quoi bon ce procureur, ce cochon de notre*

procureur, qui deux fois m'a manqué de politesse et qu'on a rossé à plaisir l'autre année chez cette charmante et belle Natalia Pávlovna, *quand il se cacha dans son boudoir? Et puis, mon ami*[267], no me contradiga ni me desanime, se lo ruego, porque, si hay algo insoportable cuando uno es infeliz, es que venga un centenar de amigos a mostrarle cómo ha hecho el idiota. Pero siéntese y tome un poco de té; debo admitir que estoy muy cansado… ¿No cree que debería acostarme y ponerme un paño con vinagre en la cabeza?

—Desde luego —exclamé—, y yo me pondría también hielo. Se le ve muy alterado. Está pálido y le tiemblan las manos. Acuéstese, descanse, y ya me lo contará todo más tarde. Yo me quedo aquí sentado a su lado esperando.

No acababa de decidirse a acostarse, pero yo le insistí. Nastasia trajo una taza con vinagre, yo empapé una toalla y se la puse en la cabeza. Luego Nastasia se subió a una silla y encendió una lamparilla que había delante del icono, en un rincón. Eso me extrañó; allí nunca había habido una lamparilla y ahora, de pronto, me encontraba con una.

—Se lo mandé hace un rato, nada más irse aquéllos —murmuró Stepán Trofímovich, mirándome con picardía—, *quand on a de ces choses-là dans sa chambre et qu'on vient vous arrêter*[268], eso llama la atención, y seguro que luego declaran que lo han visto…

Cuando acabó con la lamparilla, Nastasia se plantó en la puerta, apoyó la mejilla en la palma de la mano derecha y se puso a mirar a su amo con cara de lástima.

—*Eloignez-la*[269] con cualquier pretexto —me hizo una señal desde el sofá—; no puedo aguantar esa piedad de los rusos, *et puis ça m'embête*[270].

Ella se retiró sin que nadie se lo pidiera. Advertí que él seguía pendiente de la puerta y tratando de oír algún ruido en el pasillo.

—*Il faut être prêt, voyez-vous* —me miró con mucha intención—, *chaque moment*[271]… vienen, lo agarran a uno y ¡nunca más se supo!

—¡Dios santo! ¿Quién viene? ¿Quién podría llevárselo?

—*Voyez-vous, mon cher*, se lo he preguntado sin rodeos cuando se iba: «¿Qué van a hacer ahora conmigo?».

—¡Tenía que haberle preguntado adónde van a desterrarle! —exclamé, aún disgustado.

—A eso me refería al hacer la pregunta, pero se marchó sin contestarme.

Voyez-vous, en cuanto a ropa blanca, vestidos, ropa de abrigo en particular, eso lo que me digan; que me ordenan que me la lleve, pues me la llevo; o a lo mejor me mandan ir con un abrigo de soldado. Pero he escondido treinta y cinco rublos —bajó de pronto la voz, y se quedó mirando la puerta por donde había salido Nastasia— en un descosido del bolsillo del chaleco… Mire, aquí, toque… No creo que me quiten el chaleco, y para disimular he dejado siete rublos en el monedero, así se pensarán que es todo lo que tengo. Mire, son esas monedas sueltas y toda esa calderilla que hay encima de la mesa, así seguro que no se imaginan que tengo dinero escondido y se creen que está todo ahí. Porque sabe Dios dónde me va a tocar pasar la noche.

Agaché la cabeza ante tantos disparates. Era evidente que no se practica una detención ni un registro de la forma en que lo estaba describiendo; sin duda, estaba embarullándolo todo. Cierto es que todo aquello sucedió antes de la entrada en vigor de las leyes más recientes. Como también es cierto que, según sus propias palabras, le habían propuesto un procedimiento más legal, pero él *había sido más listo* que ellos y lo había rechazado… Desde luego que antes, hace no mucho, la verdad, un gobernador podía, en circunstancias extremas… Pero ¿qué circunstancias extremas podían darse en este caso? Eso era lo que me traía loco.

—Seguro que ha habido un telegrama de San Petersburgo —dijo de pronto Stepán Trofímovich.

—¡Un telegrama! ¿Relativo a usted? ¿Por las obras de Herzen y aquel poema suyo? Se ha vuelto usted loco, ¿por qué iban detenerlo?

—Y, en los tiempos que corren, ¿quién sabe por qué lo pueden detener a uno? —murmuró enigmáticamente.

Una idea absurda, descabellada, me vino fugazmente a la cabeza.

—Stepán Trofímovich, dígame como a un amigo que soy —grité—, como a un amigo leal que jamás lo delataría: ¿pertenece usted a alguna sociedad secreta?

—Pues eso, según se mire, *voyez-vous*…

—¿Cómo que «según se mire»?

—Cuando uno está por el progreso de todo corazón y… ¿Quién puede estar seguro? Uno se cree que no forma parte de nada y de pronto mira y resulta que no es así.

—¿Cómo es posible? Entonces, ¿sí o no?

—*Cela date de Pétersbourg*[272], cuando ella y yo quisimos fundar una revista.

Ahí está la raíz de todo. Entonces pudimos escabullirnos y se olvidaron de nosotros, pero ahora han vuelto a acordarse. *Cher, cher*, ¿de verdad no me conoce? —exclamó con voz compungida—. Nos prenderán, nos subirán a una *kibitka*[273] y nos llevarán a Siberia para los restos, o nos dejarán olvidados en un calabozo.

De pronto, rompió a llorar amarga, desconsoladamente. Lloraba a mares. Se cubrió los ojos con su pañuelo rojo y no paró de sollozar en cinco minutos, entre convulsiones. Se me partía el corazón. Aquel hombre que había sido nuestro profeta durante veinte años, nuestro predicador, nuestro caudillo, nuestro patriarca, aquel Kúkolnik[274] que tanto había descollado, tan majestuosamente, por encima de todos nosotros, el hombre ante quien nos inclinábamos de todo corazón, considerándolo un honor, de pronto sollozaba y gemía, como un crío travieso que está esperando a que vuelva el maestro con la vara que ha ido a buscar. Me daba una lástima infinita. Era evidente que creía en la *kibitka* tanto como en que yo estaba allí a su lado, y que aguardaba su llegada esa misma mañana, de forma inminente, de un momento a otro. Y ¡todo por las obras de Herzen y por cierto poema suyo! Tan completa, tan radical ignorancia de la realidad cotidiana era algo conmovedor, pero también un tanto repulsivo.

Cuando por fin dejó de llorar, se levantó del sofá y se puso otra vez a dar paseos por la sala sin dejar de conversar conmigo, si bien se asomaba a cada instante por la ventana y se aseguraba de que no se oía ningún ruido en el vestíbulo. Nuestra conversación se prolongaba de un modo inconexo. Todas mis garantías y consuelos le rebotaban como guisantes en una pared. Apenas escuchaba, pero con eso y con todo necesitaba angustiosamente que lo tranquilizase y que le hablase sin interrupción, siempre en la misma línea. Me daba cuenta de que en esos momentos no podía prescindir de mí y de que por nada del mundo me permitiría marcharme. Allí estuve, sentado a su lado, dos horas largas. En el curso de la conversación se acordó de que Blum se había llevado dos pasquines que habían encontrado en la casa.

—¿Cómo que pasquines? —dije, asustado como un estúpido—. No me diga que usted…

—Ah, es que me habían dejado diez ejemplares —replicó con irritación (tan pronto me hablaba con irritación y arrogancia como en un tono extremadamente quejumbroso y humilde)—. Pero yo ya me había deshecho de ocho y Blum solo se ha llevado dos… —De pronto enrojeció de indignación—. *Vous me mettez avec ces gens-là!*[275] ¿Es que usted se cree que puedo colaborar con esos canallas, con esos libelistas, con mi hijo Piotr Stepánovich, *avec ces esprits forts de la lâcheté!*[276] ¡Dios mío!

—Bah, a ver si le han confundido a usted con otro… En fin, es un absurdo, ¡no puede ser! —comenté.

—*Savez-vous* —se le escapó de pronto—, por momentos siento *que je ferai là-bas quelque esclandre*[277]. ¡Oh, no se vaya! ¡No me deje solo! *Ma carrière est finie aujourd'hui, je le sens*[278]. ¿Sabe?, igual caigo allí sobre alguien y le doy un bocado, como aquel alférez…

Me miró de un modo extraño, con una mirada asustada y que a la vez pretendía asustar. En efecto, se le notaba cada vez más y más irritado con alguien, y también con algo, a medida que pasaba el tiempo y la *kibitka* no aparecía. Acabó hecho una furia. De pronto Nastasia, que había salido un momento de la cocina y había entrado en el vestíbulo, tropezó con el perchero y lo tiró al suelo. Stepán Trofímovich se echó a temblar y se quedó paralizado en el sitio; pero, una vez que todo se aclaró, estuvo en un tris de ponerse a chillar a Nastia y, pataleando, la mandó de vuelta a la cocina. Al cabo de un minuto, me miró desesperado y dijo:

—¡Estoy acabado! *Cher* —se sentó a mi lado y clavó sus ojos en los míos, con una expresión en verdad penosa—, *cher*, no es Siberia lo que temo, se lo juro, *oh, je vous jure!* —Se le saltaban las lágrimas—. Es otra cosa…

Yo ya había deducido por su semblante que, por fin, deseaba decirme algo trascendental que hasta entonces, evidentemente, se había resistido a confesar.

—Es la vergüenza lo que temo —susurró con aire misterioso.

—¿Qué vergüenza? ¡Al contrario! Créame, Stepán Trofímovich, todo esto se va a aclarar hoy mismo y va a acabar muy bien para usted…

—¿Tan seguro está usted de que me van a perdonar?

—Pero ¡qué hay que perdonar! ¡Qué cosas tiene! ¿Qué ha hecho usted? ¡Yo le aseguro que usted no ha hecho nada!

—*Qu'en savez-vous?*[279] Toda mi vida ha sido… *cher*… Se acordarán de todo… y, si no encuentran nada, *peor aún* —agregó inesperadamente.

—¿Cómo que peor aún?

—Peor.

—No entiendo.

—Amigo mío, amigo mío; si tienen que mandarme a Siberia, que me manden a Siberia, que me manden a Arjánguelsk, que me priven de mis derechos… ¡si hay que morir, moriré! Pero… hay otra cosa que temo.

Otra vez los susurros, la cara de espanto, el misterio.

—Sí, pero ¿qué, qué?

—Que me azoten —dijo, y me miró con aire desesperado.

—¿Quién va a azotarle? ¿Dónde? ¿Por qué? —grité, temiendo que hubiera perdido el juicio.

—¿Que dónde? Pues no sé… donde se hacen esas cosas.

—Pero ¿dónde se hace eso?

—¡Ay, *cher*! —me susurró casi al oído—. De pronto la tierra se abre bajo tus pies, te hundes hasta la cintura… Eso lo sabe todo el mundo.

—¡Cuentos! —exclamé, cayendo por fin en la cuenta—. Cuentos de viejas. ¿Cómo puede usted, a estas alturas, creer en esas cosas? —Solté una carcajada.

—¿Cuentos? De algún sitio habrán salido: los azotados no cuentan cuentos. ¡Yo me lo he imaginado diez mil veces!

—Pero ¿a usted? A usted ¿por qué? ¡Si no ha hecho nada!

—Pues peor todavía; verán que no he hecho nada y me azotarán.

—Y ¡está convencido de que por eso se lo van a llevar a San Petersburgo!

—Amigo mío, ya le he dicho que no lamento nada, *ma carrière est finie*. Desde aquella hora en que ella me dijo adiós en Skvoréshniki, mi vida es lo de menos… pero la vergüenza, la vergüenza, *¿que dira-t'elle* si se llega a enterar?

Me miró con angustia, y el pobre hombre se puso todo colorado. Yo también bajé los ojos.

—No se va a enterar de nada porque no le va a pasar nada a usted. Me parece estar hablando con usted por primera vez en mi vida, Stepán Trofímovich, hasta tal punto me sorprende usted esta mañana.

—Amigo mío, pero ¡si no es por miedo! Pongamos que me perdonan, que me traen de vuelta aquí y que no me hacen nada… aun así, yo ya estoy perdido. *Elle me soupçonnera toute sa vie*[280]… ¡de mí, de mí, del poeta, del pensador, del hombre a quien ha venerado veintidós años!

—Ni se le pasará por la cabeza.

—Sí se le pasará —susurró con honda convicción—. De eso hablamos ella y

yo varias veces en San Petersburgo, durante la Cuaresma, antes de marcharnos de allí, cuando ambos temíamos que… *Elle me soupçonnera toute sa vie*… y ¿cómo sacarla de su error? Parecerá inverosímil. Además, ¿quién iba a creerlo aquí, en este poblachón? *C'est invraisemblable… Et puis les femmes*[281]… Se va a alegrar. Estará muy apenada, mucho, sinceramente, como una verdadera amiga, pero en el fondo… se va a alegrar. Le daré un arma que podrá disparar contra mí en lo sucesivo. ¡Ay, me han arruinado la vida! Veinte años de felicidad completa con ella… y mire.

Se tapó la cara con las manos.

—Stepán Trofímovich, ¿no debería informar cuanto antes a Varvara Petrovna de lo ocurrido? —le sugerí.

—¡Líbreme Dios! —Se estremeció y se puso en pie de un salto—. ¡Por nada del mundo! ¡Jamás, después de lo que nos dijimos en nuestra despedida en Skvoréshniki! ¡Ja-más!

Le centelleaban los ojos.

Estuvimos así otra hora, o puede que más, en espera de lo que pudiera ocurrir: no nos quitábamos la idea de la cabeza. Mi amigo volvió a recostarse, e incluso se le cerraron los ojos, y estuvo como veinte minutos en silencio, por lo que llegué a pensar que había cogido el sueño o estaba adormilado. De pronto se levantó precipitadamente, se quitó la toalla de la cabeza, saltó del sofá, se acercó corriendo al espejo, se anudó la corbata con manos trémulas y le pidió a gritos a Nastasia el abrigo, el sombrero nuevo y el bastón.

—No puedo más —dijo con voz entrecortada—. ¡No puedo, no puedo!… Iré yo.

—¿Adónde? —También yo me levanté de un salto.

—A ver a Lembke. *Cher*, tengo que ir, no tengo más remedio. Es mi deber. Soy un hombre y un ciudadano, no una triste astilla; tengo derechos y quiero mis derechos… En veinte años no los he exigido, toda la vida he prescindido de ellos, como un criminal… pero ahora los exijo. Ahora tendrá que explicármelo todo, todo. Ha recibido un telegrama. No se atreverá a atormentarme; en caso contrario, ¡que me detenga, que me detenga, que me detenga!

Proclamaba a gritos, entre chillidos y pataleos.

—Hace usted bien —dije, en el tono más tranquilo posible, aunque estaba muy asustado por él—; claro que sí, más vale eso que quedarse aquí con esta angustia. En cambio, no apruebo su estado de ánimo; vea lo que parece usted y en

qué condiciones quiere ir. *Il faut être digne et calme avec Lembke*[282]. Es usted muy capaz de lanzarse allí sobre alguien y emprenderla a mordiscos con él.

—Me voy a entregar. Voy derecho a las fauces del león…

—Pues yo voy con usted.

—No esperaba otra cosa de usted; acepto su sacrificio, el sacrificio de un verdadero amigo. Pero me acompañará hasta la casa, solo hasta la casa: no debe usted, no tiene usted derecho a comprometerse más en mi compañía. *O, croyez-vous, je serai calme!*[283] Me siento en este instante *à la hauteur de tout ce qu'il y a de plus sacré…*[284]

—A lo mejor paso a la casa con usted —le interrumpí—. Ayer, a través de Vysotski, me avisaron de que en ese estúpido comité cuentan conmigo y me invitan a participar en los festejos de mañana como uno de los encargados o algo por el estilo… uno de los seis jóvenes que se van a ocupar de vigilar las bandejas, estar pendientes de las señoras, acompañar a los invitados a sus asientos y lucir una escarapela blanca y escarlata en el hombro izquierdo. Pensaba declinar el ofrecimiento, pero ahora he pensado que así puedo entrar en la casa con la excusa de ir a ver a la propia Yulia Mijáilovna… Total, que iremos los dos juntos.

Me escuchaba asintiendo con la cabeza, aunque creo que no se estaba enterando de nada. Nos detuvimos en el umbral.

—*Cher* —alargó el brazo hacia la lamparilla del rincón—, *cher*, yo nunca he creído en esas cosas, pero… ¡sea, sea! —Se santiguó—. *Allons!*[285]

«Bueno, más vale así —pensé al salir al porche—; a ver si por el camino nos da un poco de aire fresco, nos calmamos, y de vuelta a casa podemos echarnos un rato…».

Pero yo no contaba con los imprevistos. Precisamente, por el camino se iba a producir un incidente que excitó aún más a Stepán Trofímovich y que acabó de justificar su decisión… hasta tal punto que, debo admitirlo, jamás me habría esperado de nuestro amigo tanta vitalidad como la que demostró aquella mañana. ¡Mi pobre amigo, mi buen amigo!

Capítulo X. Filibusteros. Una mañana fatídica

I

El incidente que sufrimos por el camino fue de los sorprenden a cualquiera. Pero hay que contarlo todo por orden. Una hora antes de que Stepán Trofímovich y yo saliéramos a la calle, recorrió la ciudad, observado por muchos curiosos, un grupo de obreros de la fábrica de los Shpigulin, unos setenta individuos, si no más. Marchaban disciplinadamente, casi en silencio, en un orden previamente estipulado. Más tarde se diría que aquellos setenta habían sido elegidos entre todos los obreros, de los que había hasta novecientos en la fábrica, para ir a ver al gobernador y, en ausencia de los propietarios, reclamar justicia contra el administrador, que, después de haber cerrado la fábrica y despedido a los obreros, los había engañado con el mayor descaro; un hecho del que ahora no cabe ninguna duda. Hay quienes hasta hoy siguen negando que se hubiese producido ninguna elección, y sostienen que setenta hombres eran demasiados para ser representantes y que aquel grupo estaba integrado sencillamente por los más agraviados, que marchaban a pedir una solución exclusivamente para sí mismos. Por lo tanto, el «motín» colectivo de la fábrica, que tanto dio que hablar después, nunca habría existido. Otros sostienen con vehemencia que aquellos setenta hombres no eran unos alborotadores más, sino genuinos militantes políticos, es decir, que, contándose entre los más levantiscos, estaban además especialmente influidos por la propaganda clandestina. En resumidas cuentas, aún no se sabe con certeza si hubo o no hubo influencia o incitación de nadie. Mi opinión personal es que los obreros no habían leído las proclamas clandestinas y, si las habían leído, no habían entendido una palabra de ellas, por la sencilla razón de que sus autores, a pesar de la crudeza del estilo, escriben con extrema oscuridad. Pero, como los trabajadores, de hecho, se encontraban en apuros, y la policía, a la que se habían dirigido, no había querido saber nada de sus problemas, ¿qué podía haber más natural que acudir en grupo a ver «al propio general», con un escrito por delante, formar disciplinadamente ante su puerta y, en cuanto se dejara ver, postrarse todos de rodillas e implorarle como si estuvieran ante la misma Providencia? A mi entender, no se trataba de un motín ni tan siquiera de una delegación de representantes, sino de un mecanismo muy antiguo en nuestra historia: de siempre, el pueblo ruso ha procurado hablar con «el propio general», por darse el gusto de hacerlo, independientemente del resultado de la conversación.

Por eso mismo estoy convencido de que, aunque Piotr Stepánovich, Liputin y tal vez alguno más, puede que hasta Fedka, se habían movido con anterioridad entre los obreros (y de esta circunstancia existen pruebas muy sólidas) y habían hablado con ellos, seguramente solo habían contactado con dos o tres, pongamos que cinco, únicamente a modo de tanteo, sin que de esas conversaciones saliese

nada efectivo. En cuanto al motín, aun suponiendo que los operarios hubieran sacado algo en claro de la propaganda, lo más probable es que inmediatamente hubieran hecho oídos sordos, como si estuvieran ante un asunto disparatado que no tenía nada que ver con ellos. Distinto fue el caso de Fedka: parece que este tuvo más éxito que Piotr Stepánovich. En efecto, en el incendio que estalló en la ciudad tres días después tomaron parte, como ahora se ha descubierto de forma inequívoca, dos obreros, además de Fedka, y un mes más tarde fueron detenidos en el distrito otros tres antiguos trabajadores de la fábrica, acusados de robo e incendio. Pero, aunque Fedka había logrado arrastrarlos a la acción directa, inmediata, solo lo había conseguido, al fin y al cabo, con aquellos cinco, ya que del resto no se oyó nada parecido.

En cualquier caso, el grupo de obreros llegó finalmente a la plazoleta donde se encontraba la casa del gobernador, y allí formaron disciplinadamente, sin romper el silencio. A continuación se quedaron mirando boquiabiertos a la entrada de la casa, decididos a esperar. Según me han comentado, lo primero que hicieron, por lo visto, fue quitarse la gorra, y eso que faltaba como una media hora para la llegada del gobernador, el cual, como hecho a propósito, no estaba en casa en aquellos momentos. La policía no tardó en aparecer, primero de uno en uno y después en un contingente más numeroso; por descontado, empezó a amenazar a los reunidos, ordenándoles dispersarse. Pero los trabajadores persistieron en su actitud, cual rebaño de ovejas delante del corral, y respondieron lacónicamente que estaban allí para ver «al propio general»; su resolución era más que evidente. Cesaron los gritos teatrales, dejando paso enseguida a las deliberaciones, las instrucciones secretas susurradas al oído y la inquietud hosca y ajetreada que hacía fruncir el ceño a los oficiales. El jefe de policía era partidario de esperar la llegada del propio Von Lembke. Es absurdo sostener que había aparecido con su troika a todo galope y se había liado a dar golpes a diestro y siniestro sin apearse siquiera del vehículo. Bien es verdad que le gustaba correr de lo lindo por la ciudad, y que corría de hecho, montado en su *drozhki* con la parte trasera pintada de amarillo, y a medida que «las cabalgaduras, llevadas al desenfreno»[286], iban llegando al paroxismo, despertando el entusiasmo de todos los mercaderes de la galería comercial, él se erguía en el *drozhki*, cuan alto era, sujetándose de la correa que había instalado a tal efecto en un lateral del vehículo y, estirando el brazo derecho en el aire, como si fuera un monumento, contemplaba de ese modo la ciudad entera. Pero en el caso que nos ocupa no repartió golpes y, aunque fue incapaz de ahorrarse unas cuantas palabras gruesas al bajar del *drozhki*, lo hizo únicamente para no perder su popularidad. Aún más absurdo es decir que se montó un piquete de soldados de bayoneta calada y que se informó por telégrafo a saber a quién para que mandaran artillería y cosacos: no son más que patrañas que ahora ya no se creen ni los mismos que las inventaron. Como es un disparate decir que acarrearon unas cubas de agua de las que se usan para combatir los incendios y que con ellas empaparon a la gente. Lo único que pasó fue que Iliá Ilich gritó enardecido que aquello iba a «salpicarlos» a todos; seguramente de ahí vino lo de las cubas de agua, tan traídas y llevadas después en las crónicas de los periódicos

de las capitales. Cabe suponer que la versión más fidedigna es la que asegura que la policía, haciendo uso de todas las fuerzas disponibles, formó de inmediato un cordón con el que se rodeó a la multitud, mientras mandaban urgentemente al comisario del primer distrito en busca de Lembke. El comisario salió disparado, en el *drozhki* del jefe de policía, por la carretera de Skvoréshniki, sabiendo que hacia allá había partido Von Lembke media hora antes en su calesa…

Pero reconozco que para mí aún queda una pregunta sin contestar: ¿cómo es posible que una marcha insignificante, de un grupo normal y corriente de peticionarios —sí, de acuerdo, eran setenta—, se convirtiera de buenas a primeras, desde el primer paso, en una revuelta que amenazaba con ponerlo todo patas arriba? ¿Cómo pudo el propio Lembke dar crédito a esa idea cuando apareció veinte minutos más tarde, siguiendo al emisario? Yo diría (aunque vuelve a tratarse de una mera opinión personal) que a Iliá Ilich, que hacía buenas migas con el administrador de la fábrica, le convenía presentar de ese modo a los manifestantes ante Von Lembke, para evitar que éste ordenara abrir una investigación digna de ese nombre. Y había sido el propio Lembke el que le había dado la idea. En los dos días anteriores Iliá Ilich había tenido con él un par de entrevistas extraordinarias y secretas —muy confusas, por cierto—, que le habían permitido deducir, mal que bien, que el gobernador seguía obsesionado con lo de las proclamas revolucionarias y aferrado a la idea de que alguien se dedicaba a incitar a los obreros de los Shpigulin, llamándolos a la revuelta, y estaba hasta tal punto convencido de aquello que, si al final resultaba que lo de la incitación era un disparate, lo mismo hasta lo lamentaba. «Quiere señalarse como sea en San Petersburgo —pensaba nuestro astuto Iliá Ilich saliendo de ver a Von Lembke—. Bueno, a mí me viene de perlas».

No obstante, estoy seguro de que el pobre Andréi Antónovich no habría deseado un motín ni siquiera para su propio lucimiento. Era un funcionario extremadamente puntilloso, que había vivido en la inocencia hasta el día de su boda. ¿Acaso tenía él la culpa de que, en lugar de haber dispuesto de la inocente leña estatal y de una no menos inocente Minchen, una princesa cuarentona lo hubiera elevado hasta su altura? Sé casi positivamente que aquella mañana fatídica empezaron a manifestarse los primeros síntomas inequívocos de esa disposición que, según dicen, ha acabado con el pobre Andréi Antónovich en cierta institución especial en Suiza, donde parece que ahora va recuperando las fuerzas. Pero, si se admite que precisamente aquella mañana se detectaron los primeros datos evidentes de *algo*, también cabe admitir, en mi opinión, que ya la misma víspera habrían podido manifestarse fenómenos análogos, aunque acaso no tan evidentes. He podido saber, de fuentes de lo más confidenciales (figúrense que fue la propia Yulia Mijáilovna la que más tarde, y ya no en tono triunfal, sino *casi* arrepentida —pues una mujer nunca se arrepiente *del todo*—, me contó parte de la historia), que Andréi Antónovich se presentó ante su cónyuge la víspera, en plena noche, pasadas las dos, la despertó y le exigió que escuchara su «ultimátum». Insistió tanto en su exigencia que ella no tuvo más remedio que levantarse de la cama, de

muy mala gana y con papillotes, y, una vez sentada en el diván, se dispuso a escuchar, aunque fuera con sarcástico desdén. Fue entonces cuando comprendió por primera vez lo lejos que había ido su Andréi Antónovich, y se asustó en su fuero interno. Tendría que haber recapacitado y haber acabado por ceder, pero lo que hizo fue disimular su terror y mostrarse más terca que nunca. Tenía (como cualquier otra mujer casada, me imagino) una técnica propia para tratar a su marido, técnica a la que ya había recurrido en más de una ocasión y que ponía a Andréi Antónovich al borde de la exasperación. La técnica de Yulia Mijáilovna consistía en el silencio desdeñoso durante una hora, durante dos horas, un día entero, o hasta tres días con sus noches —un silencio que mantenía a cualquier precio, con independencia de lo que él pudiera decir o hacer, incluso si se encaramaba a una ventana para arrojarse al vacío desde un tercer piso—, ¡técnica insoportable para un hombre sensible! Puede que Yulia Mijáilovna estuviese castigando a Andréi Antónovich por sus desatinos de los últimos días y por la envidia insana que, como gobernador, sentía por las dotes administrativas de ella; acaso se sentía dolida por las críticas que recibía de su marido por la actitud que ella mostraba con la juventud y con la sociedad en general, y por su falta de comprensión de los sutiles y perspicaces objetivos políticos de su mujer; también es posible que estuviera enojada a causa de los celos estúpidos e insensatos que su marido tenía de Piotr Stepánovich; en fin, cualquiera que fuese la causa, ella decidió no deponer su actitud ni siquiera a aquellas horas, a pesar de que eran ya las tres de la mañana y de que nunca había visto a Andréi Antónovich en semejante estado de agitación. Fuera de sí, yendo de acá para allá y desplazándose en todas direcciones sobre las alfombras del tocador de su mujer, le expuso, bien es verdad que de manera incoherente, todo, *todo* lo que bullía en su alma, pues «se habían sobrepasado todos los límites». Empezó diciendo que todo el mundo se reía de él, que «se la daban con queso». «¡Demonios con la frasecita! —chilló al advertir la sonrisa de Yulia Mijáilovna—. Pues sí, es la verdad, ¡me la dan con queso!… No, señora, hasta aquí hemos llegado. Sepa que ya no es momento para risas ni para coqueterías femeninas. No estamos en el tocador de una dama remilgada, sino que somos algo parecido a dos criaturas abstractas en un globo aerostático reunidas para decir la verdad». (No hace falta decir que se embrollaba y no atinaba con las palabras adecuadas para formular sus ideas, que por lo demás eran correctas). «Fue usted, usted, señora, la que me hizo abandonar mi empleo anterior. Acepté este puesto únicamente por usted, por su ambición… Y ¿esa risa sarcástica? No cante usted victoria, no se precipite. Sepa, señora, sepa que yo habría podido arreglármelas bien en este cargo, y no solo en este cargo, sino en diez cargos como éste, porque talento no me falta; pero con usted al lado, señora, no hay manera, porque yo en su presencia carezco de talento. No pueden existir dos centros, y usted ha creado dos: uno está en mí y el otro está en su tocador, son dos centros de poder, señora; ¡y eso no lo consiento! ¡No lo consiento! En la administración pública, como en el matrimonio, solo puede haber un centro, es imposible que haya dos… Y ¿cómo me lo ha pagado? —siguió hablando a voces—. Nuestro matrimonio ha consistido exclusivamente en que usted todo el tiempo, a cada hora, me ha demostrado que soy una nulidad, un necio y hasta un sinvergüenza;

mientras que yo, a cada hora y de un modo humillante, me he visto obligado a demostrarle que no soy una nulidad, que no soy ningún necio y que todo el mundo admira mi integridad. ¿Y bien? ¿No es esto degradante por ambas partes?». En ese instante empezó a patalear con energía, reiteradamente, en la alfombra, hasta el extremo de que Yulia Mijáilovna se vio forzada a levantarse con severa dignidad. Pronto se calmó, pero incurrió después en la sensiblería y empezó a sollozar (sí, a sollozar), dándose golpes de pecho durante casi cinco minutos, cada vez más desbocado, ante el hermético silencio de Yulia Mijáilovna. Finalmente, cometió el error garrafal de confesar que tenía celos de Piotr Stepánovich. Intuyendo que había desbarrado más de la cuenta, se puso hecho un basilisco y empezó a gritar que «no consentiría que nadie negase a Dios»; que disolvería su «desvergonzado salón sin fe»; que un gobernador estaba incluso obligado a creer en Dios, «y, por lo tanto, también su mujer»; que no iba a seguir aguantando a aquellos jóvenes; que «usted, usted, señora, por su propia dignidad, debería preocuparse por su marido y defender su talento, aun en el supuesto de que careciera de dotes (y yo no carezco de ellas, ni muchísimo menos); mientras que usted es aquí la culpable de que todos me desprecien, ¡usted ha puesto a todo el mundo en mi contra!…». Gritaba que acabaría con la cuestión femenina, que no dejaría ni rastro de ella; que al día siguiente prohibiría y disolvería aquel disparatado festejo en beneficio de las institutrices (¡al diablo con ellas!); que, como se tropezase con una institutriz al día siguiente, la echaría de la provincia «¡con un cosaco, señora!». «Y ¡adrede, adrede!», chillaba. «¿Sabe usted, sabe usted —siguió gritando— que los que están incitando a los obreros en la fábrica son esos granujas suyos, y que lo sé de buena tinta? ¿Sabe usted que están distribuyendo deliberadamente proclamas revolucionarias? ¡De-li-be-ra-da-mente, señora! ¿Sabe usted que conozco los nombres de cuatro de esos sinvergüenzas, y que me estoy volviendo loco, pero loco de verdad?». Pero en ese momento Yulia Mijáilovna rompió su silencio y declaró con severidad que ella también estaba al corriente desde hacía tiempo de esos planes criminales y que todo aquello era una tontería, y que él se lo había tomado demasiado a pecho; y que, por lo que respecta a los granujas, ella conocía no solo a esos cuatro, sino a todo el grupo (mintió); pero que no tenía la menor intención de volverse loca por ese motivo; al contrario, confiaba más que nunca en su propia inteligencia y esperaba conducir todo a un desenlace armónico: alentar a la juventud; hacerla entrar en razón; desvelarle, de forma súbita e inesperada, que sus planes eran conocidos, y señalarle después nuevos objetivos para una actividad más razonable y brillante. ¡Oh, cómo reaccionó en ese instante Andréi Antónovich! Al descubrir que Piotr Stepánovich había vuelto a engañarlo y se reía de él de forma tan grosera, que le había revelado a ella muchas más cosas y mucho antes que a él, y que, en definitiva, bien podía ser el propio Piotr Stepánovich el principal instigador de todos los proyectos criminales, perdió los estribos: «Has de saber, mujer vana, aunque ponzoñosa —exclamó—, has de saber que pienso detener en el acto a tu indigno amante, cargarlo de cadenas y encerrarlo en la fortaleza, o si no… ¡ahora mismo me tiro por la ventana delante de ti!». Después de aguantar semejante perorata, Yulia Mijáilovna, verde de ira, estalló de inmediato en una larga y sonora carcajada, con sus réplicas y

modulaciones, idénticas a las que se oyen en el teatro francés cuando una actriz de París, contratada para el papel de coqueta con cien mil de sueldo, se le ríe a la cara a su marido por tener la osadía de mostrarse celoso. A punto estuvo Von Lembke de correr a la ventana, pero se paró en seco, se cruzó de brazos y, pálido como un muerto, dirigió una mirada siniestra a su risueña mujer. «¿Sabes, sabes, Yulia —dijo sofocado, con voz suplicante—, sabes que yo también puedo hacer algo?». Pero ante el nuevo y más violento estallido de risa que siguió a sus últimas palabras, apretó los dientes, gimió y se precipitó, no por la ventana, sino sobre su mujer, ¡con el puño levantado! No lo descargó; no, y tres veces no; pero se desmoronó allí mismo. Sin sentir las piernas, corrió a su gabinete y, sin desvestirse, se echó boca abajo en la cama hecha, se envolvió convulsivamente en la sábana, hasta la cabeza, y así se quedó dos horas, sin dormir, sin pensar en nada, con una losa sobre el corazón y una desesperación sorda e inamovible en el alma. De vez en cuando, un temblor doloroso y febril le recorría todo el cuerpo. Algunas imágenes incoherentes, que no venían a cuento, se le pasaban por la cabeza; pensaba, por ejemplo, en el viejo reloj de pared que había tenido en San Petersburgo hacía quince años y al que le faltaba el minutero; o en el alegre funcionario Millebois, y en cómo una vez habían cazado juntos un gorrión en el parque Aleksándrovski y, después de cazarlo, se habían echado a reír, con unas risas que se oían en todo el parque, pensando que uno de los dos era ya asesor colegiado. Me parece que se quedó dormido a eso de las siete de la mañana, sin darse ni cuenta, y durmió a pierna suelta, y tuvo unos sueños deliciosos. Al despertarse a eso de las diez, saltó precipitadamente de la cama y se acordó de repente de todo lo ocurrido, dándose una fuerte palmada en la frente; ni el desayuno, ni Blum, ni el jefe de policía, ni el empleado que se presentó a recordarle que los miembros de no sé qué comisión lo esperaban aquella mañana para presidirla: no quiso tomar nada, ni recibir a nadie, ni saber nada, sino que corrió como un perturbado a los aposentos de Yulia Mijáilovna. Aquí Sofia Antrópovna, una noble anciana que desde hacía tiempo vivía con Yulia Mijáilovna, le explicó que ésta había salido a las diez de la mañana, con una nutrida compañía, a bordo de tres carruajes, a visitar a Varvara Petrovna en Skvoréshniki, para pasar revista a aquel lugar con vistas a un segundo festejo, proyectado para un par de semanas más tarde, visita que había sido concertada hacía tres días con la propia Varvara Petrovna. Desconcertado por la noticia, Andréi Antónovich regresó a su despacho y pidió urgentemente el coche. La espera se le hizo interminable. Su alma suspiraba por Yulia Mijáilovna: se conformaba con verla, con estar cerca de ella cinco minutos; a lo mejor ella lo miraba, advertía su presencia, le sonreía como en otros tiempos, le perdonaba… ¡oooh! «Pero ¿qué pasa con esos caballos?». Maquinalmente abrió un grueso libro que había en la mesa (a veces intentaba adivinar algo en un libro, abriéndolo al azar y leyendo las tres líneas de arriba de la página derecha). Salió: «*Tout est pour le mieux dans le meilleur des mondes possibles*»[287]. Voltaire: *Candide*. Escupió y se subió corriendo al coche: «¡A Skvoréshniki!». El cochero contaba después que su señor fue metiéndole prisa todo el viaje, pero que, cuando estaban ya cerca de la mansión señorial, le ordenó dar la vuelta y regresar a la ciudad: «¡Más aprisa, por favor; más aprisa!». Antes de llegar a las murallas, «me mandó detenerme otra vez, se

bajó del coche y, cruzando la carretera, se metió en el campo; pensé que sería por alguna especie de debilidad, pero se quedó parado, contemplando las flores, y así estuvo algún tiempo; sí que era raro, y ya empezaba yo a preocuparme». Eso declaró el cochero. Recuerdo el tiempo que hacía esa mañana: era un día de septiembre, claro y frío, pero ventoso; delante de Andréi Antónovich, que había dejado el camino, se extendía un paisaje severo de campos desnudos, cosechados hacía ya tiempo; el viento aullaba al sacudir los tristes restos de unas moribundas flores amarillas… ¿Quería acaso compararse a sí mismo y comparar su destino con aquellas florecillas marchitas, abatidas por el otoño y por las heladas? No creo. Creo más probable que no fuera así, que ni siquiera se fijara en las flores, a pesar de los testimonios tanto del cochero como del comisario del primer distrito, que llegaba justo en ese momento en el *drozhki* del jefe de policía, quien afirmaría más tarde que, efectivamente, había encontrado al gobernador con un ramillete de flores amarillas en la mano. Este comisario, Vasili Ivánovich Flibustiérov, todo un entusiasta de la administración, era un recién llegado en nuestra ciudad, pero ya se había hecho notar y había dado mucho que hablar por su celo ilimitado, por su rudeza en el cumplimiento del deber y por su estado innato de embriaguez. Saltó del vehículo y, sin extrañarse en lo más mínimo al ver lo que estaba haciendo el gobernador, informó de sopetón, con aire alocado, aunque con firmeza, de que «la ciudad estaba alborotada».

—¿Eh? ¿Cómo? —Andréi Antónovich se volvió hacia él con rostro adusto, aunque sin el menor signo de sorpresa y sin acordarse para nada del coche y el cochero, como si estuviera en su despacho.

—Comisario Flibustiérov, del primer distrito, excelencia. Hay un motín en la ciudad.

—¿Filibusteros[288]? —repitió Andréi Antónovich, pensativo.

—Así es, excelencia. Los obreros de los Shpigulin se han amotinado.

—¡Los Shpigulin!

Al oír el nombre de Shpigulin le vino algo a la cabeza. Se estremeció y se llevó un dedo a la frente: «¡Los Shpigulin!». En silencio, pero aún pensativo, se acercó sin prisa al coche, montó y ordenó dirigirse a la ciudad. El comisario lo siguió en su *drozhki*.

Imagino que durante el trayecto se le ocurrirían, confusamente, muchas cosas del mayor interés sobre muchos temas, pero difícilmente tendría alguna idea firme o algún propósito concreto cuando llegó a la plaza donde estaba la residencia del gobernador. Pero, en cuanto vio el grupo de «amotinados», alineados y resueltos, el cordón de guardias, al impotente (quién sabe si deliberadamente impotente) jefe de policía y la expectación general centrada en él, toda la sangre le

afluyó al corazón. Pálido, se bajó del coche.

—¡Fuera las gorras[289]! —dijo jadeante, con voz apenas perceptible—. ¡De rodillas! —chilló de forma inesperada, inesperada incluso para sí mismo, y es muy posible que la clave del desenlace del asunto haya que buscarla en lo inesperado de los gritos. Fue algo parecido a lo que ocurre en las montañas en carnaval[290]: ¿puede acaso un trineo que desciende vertiginoso desde las alturas detenerse a mitad de la pendiente? Para su desgracia, Andréi Antónovich se distinguió toda su vida por la serenidad de su carácter y nunca le gritaba a nadie ni pataleaba; con esa clase de personas, si alguna vez ocurre, por la razón que sea, que el trineo se desboque de pronto bajando la cuesta, el peligro es mucho mayor. Todo empezó a dar vueltas ante sus ojos.

—¡Filibusteros! —chilló de forma aún más aguda y ridícula, y se le cortó la voz. Seguía allí erguido, sin saber aún qué hacer, pero sabiendo y sintiendo con todo su ser que tenía que hacer algo irremediablemente.

—¡Ay, Señor! —se oyó entre el gentío. Un joven empezó a santiguarse; tres o cuatro individuos, de hecho, hicieron ademán de arrodillarse, pero los demás, en masa, se adelantaron como tres pasos y, de pronto, se pusieron a gritar todos a la vez: «Excelencia… habíamos quedado en que serían cuarenta… el administrador… que no se le ocurra…», y etcétera, etcétera. Era imposible sacar nada en claro.

¡Ay! Andréi Antónovich no podía sacar nada en claro: aún tenía las flores en las manos. El motín era algo tan evidente para él como la *kibitka* poco antes para Stepán Trofímovich. Y, entre la multitud de «amotinados» que lo miraban con los ojos a cuadros, allí estaba, moviéndose incesantemente, el «agitador», Piotr Stepánovich, del que no se había librado en ningún momento desde el día anterior… Piotr Stepánovich, el odiado Piotr Stepánovich…

—¡Las varas! —gritó de un modo aún más inesperado.

Se hizo un silencio de muerte.

Eso fue lo que sucedió justo al principio, de acuerdo con testimonios fidedignos y con mis propias conjeturas. Pero a partir de ahí los testimonios ya no son tan exactos, como tampoco lo son mis conjeturas. Hay, de todos modos, algunos hechos.

En primer lugar, las varas hicieron su aparición con una prisa excesiva; es evidente que el jefe de policía las había preparado de antemano, por lo que pudiera pasar. No obstante, solo hubo dos, o a lo sumo tres, castigados; de eso sí estoy seguro. Lo de que todos los hombres, o por lo menos la mitad, sufrieron el castigo es pura invención. Como también es un disparate afirmar que una señora, pobre aunque del estamento nobiliario, que, al parecer, pasaba por allí fue detenida y

azotada de inmediato; y, sin embargo, algunos días después yo mismo leí lo de esa dama en la crónica de un periódico de San Petersburgo. En la ciudad se habló mucho de una tal Avdotia Petrovna Tarapyguina, residente en el asilo del cementerio, la cual, volviendo de una visita, al atravesar la plaza se habría abierto paso entre el público, movida por su natural curiosidad, y, viendo lo ocurrido, habría exclamado: «¡Qué vergüenza!», y habría escupido. Motivo por el cual, supuestamente, se la habían llevado y de paso «le habían dado su merecido». De este caso no solo se escribió en los periódicos, sino que incluso se organizó en la ciudad, al calor de los hechos, una suscripción en beneficio de esa mujer. Yo mismo aporté veinte kopeks. ¿Y bien? Pues ¡ahora resulta que en nuestra ciudad no había ninguna Tarapyguina! Fui en persona a informarme al asilo del cementerio, y allí nunca habían oído hablar de ella; es más, se enfadaron cuando les comenté el rumor que corría por ahí. En realidad, si hago referencia a esa inexistente Avdotia Petrovna es porque a Stepán Trofímovich le pasó prácticamente lo mismo que a ella (admitiendo que esa mujer de verdad hubiera exisitido); incluso es posible que, de algún modo, su caso estuviera en el origen del burdo rumor sobre la Tarapyguina; es decir, que las malas lenguas, a medida que iba propalándose el chisme, habrían acabado convirtiendo sin más a Stepán Trofímovich en esa tal Tarapyguina. Lo que no entiendo, por encima de todo, es cómo pude perder de vista a Stepán Trofímovich en cuanto llegamos a la plaza. Temiéndome que pudiera ocurrir algo muy desagradable, yo me había propuesto acompañarlo hasta la misma puerta del gobernador, dando un rodeo por la plaza, pero me pudo la curiosidad y me detuve un momento a preguntar al primero que vi qué era lo que estaba pasando; total, que cuando me quise dar cuenta Stepán Trofímovich ya no venía conmigo. Instintivamente corrí a buscarlo en el sitio más peligroso; no sé por qué presentía que también su trineo estaría volando montaña abajo. Y, efectivamente, lo encontré en el centro mismo de los acontecimientos. Recuerdo que lo cogí de la mano, pero él me miró sereno y orgulloso, con autoridad ilimitada.

—*Cher* —dijo con una voz en la que vibraba una cuerda rota—. Si los que están en esta plaza, delante de nosotros, están dando ordenes sin ningún tino, ¿qué cabe esperar de *ése…* si es que se le ocurre actuar de forma independiente?

Y, temblando de indignación y con un deseo desmedido de provocar, apuntó con dedo amenazante y acusador a Flibustiérov, que estaba a dos pasos y nos miraba con estupor.

—*¡Ése!* —exclamó, ciego de rabia—. ¿Y quién es ése? Y tú ¿quién eres? —Avanzó con el puño cerrado—. ¿Quién eres? —rugió con una mezcla de furia, susceptibilidad y desesperación (debo advertir que conocía de cara, sobradamente, a Stepán Trofímovich). Un segundo más y, sin duda alguna, lo habría agarrado de las solapas, pero por suerte Lembke había vuelto la cabeza al oír los gritos. Perplejo, miró fijamente a Stepán Trofímovich, como haciendo memoria, y de pronto hizo un gesto de impaciencia con la mano. Flibustiérov se detuvo en seco.

Yo saqué como pude a Stepán Trofímovich de entre el gentío. Aunque es posible que él ya estuviera deseando marcharse de allí.

—A casa, a casa —insistí—. Si no nos han sacudido ha sido, evidentemente, gracias a Lembke.

—Márchese, amigo mío, yo soy el culpable de haberle arrastrado a esto. Usted tiene un porvenir y una carrera de algún tipo, pero yo… *mon heure a sonné*[291].

Con paso firme subió los escalones del porche del gobernador. El conserje me conocía y le comuniqué que ambos íbamos a ver a Yulia Mijáilovna. Nos sentamos a esperar en el recibidor. Yo no quería dejar a mi amigo, pero me parecía que todo lo que pudiera decirle ya estaba de más. Tenía cara de hombre que se ha condenado a sí mismo a una muerte segura por la patria. No estábamos juntos, sino en distintos rincones: yo cerca de la puerta de entrada, y él enfrente de mí, en el extremo opuesto, con la cabeza inclinada en actitud pensativa y las manos ligeramente apoyadas en el bastón. Sujetaba en la izquierda su sombrero de ala ancha. Así transcurrieron unos diez minutos.

II

De pronto, Lembke entró con paso rápido en compañía del jefe de policía, nos miró distraído y, sin hacernos caso, torció hacia la derecha para entrar en su despacho; sin embargo, Stepán Trofímovich se levantó y se plantó delante de él, cerrándole el paso. La alta figura de Stepán Trofímovich, muy distinta a cualquier otra, hizo su efecto: Lembke se detuvo.

—¿Quién es éste? —murmuró perplejo, como preguntando al jefe de policía, pero sin volverse hacia él y sin dejar de mirar a Stepán Trofímovich.

—El asesor colegiado, ya retirado, Stepán Trofímovich Verjovenski, excelencia —respondió Stepán Trofímovich, inclinando la cabeza con solemnidad. Su excelencia siguió observándolo, aunque con expresión un tanto obtusa.

—¿Qué hay? —Y con laconismo propio de su autoridad, se prestó a escuchar, fastidiado e impaciente, a Stepán Trofímovich, tomándolo finalmente por un peticionario normal y corriente que iba a presentarle algún requerimiento.

—Mi casa ha sido hoy objeto de un registro a cargo de un funcionario que actuaba en nombre de su excelencia. Por eso quisiera…

—¿El nombre? ¿El nombre? —preguntó Lembke con impaciencia, como cayendo de pronto en la cuenta de algo.

Stepán Trofímovich repitió su nombre con mayor solemnidad aún.

—¡Aaah! El que… el que ha sembrado… Señor mío, se ha presentado usted de un modo… Era usted… ¿catedrático? ¿Catedrático?

—Hubo un tiempo en que tuve el honor de impartir lecciones a la juventud en la universidad de…

—¡La ju-ven-tud! —Lembke pareció sobresaltarse, aunque apostaría a que no se estaba enterando de lo que le decían ni, posiblemente, de quién se lo decía—. Yo, señor mío, no lo tolero. —Se puso hecho una furia—. No tolero a los jóvenes. Todo son proclamas. Es un asalto a la sociedad, señor mío, un asalto en el mar… filibusterismo… ¿Cuál es su solicitud?

—Al contrario, ha sido su esposa la que me ha solicitado que lea algo en los festejos de mañana. Yo no solicito nada, he venido a reclamar mis derechos…

—¿Festejos? No va a haber festejos. No autorizo esos festejos suyos. ¿Conferencias? ¿Conferencias? —gritó fuera de sí.

—Me gustaría mucho que hablara conmigo en un tono más cortés, excelencia, sin patalear y sin gritarme como a un chiquillo.

—No sé si se da usted cuenta de con quién está hablando. —Lembke enrojeció.

—Perfectamente, excelencia.

—Yo protejo a la sociedad, mientras usted la destruye. ¡La destruye! Usted… Pero, ahora que me acuerdo… ¿no estaba usted de preceptor en casa de la generala Stavróguina?

—Sí, yo he sido… preceptor… en casa de la generala Stavróguina.

—Y a lo largo de veinte años ha venido usted sembrando las ideas que ahora estamos cosechando… los frutos… Me parece haberle visto en la plaza hace un momento. ¡Ándese con ojo, señor mío, ándese con ojo! La orientación de sus ideas es bien conocida. Tenga la seguridad de que lo tengo muy presente. Yo, señor mío, no puedo autorizar sus conferencias, señor mío, no puedo. No se dirija a mí con esa clase de solicitudes.

De nuevo hizo ademán de seguir su camino.

—Repito, excelencia, que está en un error. Es su esposa la que me ha pedido, no una conferencia, sino leer algo de carácter literario en el festejo de mañana. Pero

ahora soy yo el que renuncia a la lectura. Mi humildísimo ruego es que alguien me explique, si es posible, de qué modo, con qué fin y por qué motivo he sido hoy objeto de un registro. Se me han llevado libros, papeles, cartas privadas muy queridas para mí, y las han paseado por la ciudad en una carretilla…

—¿Quién ha llevado a cabo el registro? —Lembke reaccionó, acabó de volver en sí y de repente se sonrojó. Rápidamente se volvió hacia el jefe de policía. En ese mismo instante la alargada, contrahecha y desmañada figura de Blum apareció en la puerta.

—Ése es el funcionario que efectuó el registro —Stepán Trofímovich lo señaló. Blum se acercó con aire culpable, pero no parecía dispuesto a rendirse.

—*Vous ne faites que des bétises*[292] —le soltó Lembke, irritado, en tono hiriente; de pronto parecía totalmente cambiado, como si acabara de recobrar la consciencia —. Perdone… —farfulló, terriblemente abochornado, rojo como la grana—. Todo esto… todo esto, muy probablemente, no ha sido más que una torpeza, un malentendido… únicamente un malentendido.

—Excelencia —observó Stepán Trofímovich—, en mi juventud fui testigo de un incidente muy característico. Una vez, en el pasillo de un teatro, un hombre se acercó rápidamente a otro y, delante de todo el público, le dio una sonora bofetada. Al caer de inmediato en la cuenta de que el agredido no era la persona a quien quería abofetear, sino otra distinta, con la que tenía un ligero parecido, dijo con malicia y a toda prisa, como quien no puede perder su dorado tiempo, exactamente lo mismo que su excelencia acaba de decir: «Me he confundido… perdone, ha sido un malentendido, únicamente un malentendido». Y, viendo que el abofeteado seguía, a pesar de todo, quejándose y protestando, le hizo ver, sumamente enojado: «Pero ¿no le estoy diciendo que ha sido un malentendido? Entonces, ¡a qué vienen esos gritos!».

—Sí, sí, claro… muy divertido… —Lembke forzó una sonrisa—, pero… ¿de verdad no se da cuenta de lo desdichado que soy?

Lo dijo casi gritando y… y, al parecer, quiso cubrirse el rostro con las manos.

Esta queja inesperada y dolorosa, prácticamente un sollozo, resultó insoportable. Era, probablemente, el primer momento desde la víspera en que Lembke tenía clara y plena conciencia de todo lo ocurrido, conciencia seguida inmediatamente de una plena, humillante e inerme desesperación. Un momento más y quién sabe si no habría prorrumpido en sollozos. Stepán Trofímovich lo miró al principio con espanto, pero de pronto agachó la cabeza y dijo con voz hondamente conmovida:

—Excelencia, no se preocupe más por mi insidiosa reclamación y mande únicamente que me devuelvan mis libros y mis cartas…

Le interrumpieron. En ese preciso instante, con un gran estruendo, regresaba Yulia Mijáilovna con todo su séquito. Pero esto me gustaría describirlo con el mayor detalle posible.

III

En primer lugar, todos los ocupantes de los tres carruajes entraron a la vez, atropelladamente, en el recibidor. Había una entrada separada a los aposentos de Yulia Mijáilovna, directamente desde el porche, a mano izquierda; pero esta vez pasaron todos por la sala; sospecho que fue precisamente porque allí estaba Stepán Trofímovich y porque todo lo que le había ocurrido, al igual que todo lo relativo a los obreros de los Shpigulin, ya había sido puesto en conocimiento de Yulia Mijáilovna a su regreso a la ciudad. Liamshin, a quien habían dejado en casa por algún desliz y no había tomado parte en la excursión, se había enterado de todo antes que nadie, y por eso había tenido ocasión de darle la noticia el primero. Con malicioso júbilo había salido al galope, en un matalón cosaco de alquiler, por la carretera de Skvoréshniki, portando las alegres nuevas, al encuentro de la cabalgata que andaba de regreso. Pienso que Yulia Mijáilovna, a pesar de su indudable arrojo, se quedó algo desconcertada al oír novedades tan sorprendentes, aunque es muy probable que fuera algo pasajero. El lado político del asunto, por ejemplo, apenas tenía por qué inquietarla: Piotr Stepánovich le había hecho ver hasta en cuatro ocasiones que a los alborotadores de la fábrica de los Shpigulin había que azotarlos a todos, y desde hacía algún tiempo Piotr Stepánovich se había convertido para ella, de hecho, en una autoridad incuestionable. «Pero… de todos modos, ésta me la paga», debía de pensar para sí, refiriéndose, como es natural, a su marido. Señalaré de paso que en esta ocasión, como hecho a propósito, Piotr Stepánovich tampoco había tomado parte en la excursión general, y que nadie lo había visto por ninguna parte desde primera hora de la mañana. También dejaré constancia de que, después de recibir a los visitantes, Varvara Petrovna regresó con ellos a la ciudad (en el mismo coche en el que iba Yulia Mijáilovna), con el propósito de asistir a la última sesión del comité responsable de los festejos del día siguiente. A ella también, lógicamente, debieron de interesarle las noticias aportadas por Liamshin relativas a Stepán Trofímovich, y hasta es posible que se quedara preocupada.

El arreglo de cuentas con Andréi Antónovich no se hizo esperar. ¡Ay, él lo vio venir en cuanto puso los ojos en su adorable mujer! Con aire cándido y sonrisa cautivadora, ésta se acercó enseguida a Stepán Trofímovich, le alargó una mano primorosamente enguantada y lo colmó de alabanzas de lo más lisonjeras, como si su único afán en toda la mañana hubiera sido el de llegar lo antes posible para expresarle a Stepán Trofímovich lo halagada que se sentía al verlo por fin en su

casa. Ni una alusión al registro de la mañana, como si ella no supiese nada todavía. Ni una palabra a su marido, ni una mirada, igual que si no estuviera en la sala. Para colmo, enseguida secuestró imperiosamente a Stepán Trofímovich y lo condujo al salón, como si éste no tuviera nada que tratar con Lembke o no valiera la pena continuar con lo que ya estuvieran tratando. Vuelvo a repetir que, a mi entender, a pesar de su tono altivo, Yulia Mijáilovna en este caso cometió otro error de bulto. Quien la ayudó en ese sentido fue sobre todo Karmazínov (que había tomado parte en la excursión, por un requerimiento personal de Yulia Mijáilovna, y que de ese modo, aunque indirectamente, había hecho por fin una visita a Varvara Petrovna, de la que ella, un tanto alicaída, había quedado encantada). Al ver a Stepán Trofímovich, lo llamó ya desde la puerta (había entrado después que los demás) y se acercó corriendo a abrazarlo, interrumpiendo incluso a Yulia Mijáilovna.

—¡Hacía una eternidad! Por fin… *Excellent ami*.

Siguieron los besos y, naturalmente, Karmazínov ofreció la mejilla. El desconcertado Stepán Trofímovich no tuvo más remedio que besuquearla.

—*Cher* —me dijo esa misma noche, recordando todo lo sucedido durante el día—, en ese instante pensé: ¿quién de los dos es más despreciable? ¿Él, que me abraza para humillarme aquí mismo, o yo, que lo detesto a él y detesto su mejilla y se la besuqueo, aun pudiendo volver la cara?… ¡Puaj!

—¡Vamos, cuénteme, cuénteme todo! —balbuceó Karmazínov, ceceando, como si uno pudiera coger y contarle como si tal cosa veinticinco años de vida. Pero esa boba frivolidad era de «magnífico» tono.

—Acuérdese de que nos vimos por última vez en Moscú, en aquella comida en honor de Granovski[293], y ya han pasado veinticuatro años desde entonces… —empezó diciendo Stepán Trofímovich, muy razonablemente (y, por lo tanto, prescindiendo del buen tono).

—*Ce cher homme* —le interrumpió Karmazínov, vociferando con familiaridad, al tiempo que le daba un apretón excesivamente confianzudo en un hombro—; pero llévenos cuanto antes a sus aposentos, Yulia Mijáilovna; ahí ya nos lo cuenta todo.

—Y, desde luego, yo nunca he sido íntimo de esa vieja de mal genio —seguía quejándose, aquella misma noche, Stepán Trofímovich, temblando de furia—. Éramos todavía poco más que unos muchachos y yo ya empezaba a odiarlo… ni más ni menos que él a mí, se entiende…

El salón de Yulia Mijáilovna no tardó en llenarse de gente. Varvara Petrovna estaba especialmente agitada, aunque se esforzaba por aparentar indiferencia. No

obstante, yo capté dos o tres miradas suyas de odio a Karmazínov y de ira a Stepán Trofímovich; de una ira anticipada, de una ira por celos, por amor: si aquella vez Stepán Trofímovich hubiese cometido algún desatino y se hubiera permitido desairar a Karmazínov en público, creo que ella habría saltado de inmediato y la habría emprendido con él a golpes. Olvidaba decir que allí también estaba Liza y que nunca la había visto más radiante, más despreocupadamente alegre y feliz. Por supuesto, también estaba Mavriki Nikoláievich. Además, entre la multitud de damiselas y mozos medio calaveras que componían el séquito habitual de Yulia Mijáilovna, para quienes el libertinaje pasaba por diversión y el cinismo chabacano por agudeza, noté dos o tres caras nuevas: un polaco zalamero que estaba de paso en la ciudad; un doctor alemán, un viejo de aspecto saludable que no paraba de reírse estrepitosamente de sus propios *Witze*[294]; y, por último, un principito muy joven de San Petersburgo que tenía algo de autómata, con porte de hombre de Estado y un cuello desmesuradamente alto en la levita. Pero se notaba que Yulia Mijáilovna tenía en gran estima a este visitante y estaba muy preocupada por su salón…

—*Cher monsieur Karmazinoff* —dijo Stepán Trofímovich, acomodándose pintorescamente en un diván, con un ceceo en nada inferior al de Karmazínov—, *cher monsieur Karmazinoff*, la vida de un hombre de nuestro tiempo, ya periclitado, y de ciertas convicciones, habrá de parecer monótona incluso tras un paréntesis de veinticinco años…

El alemán soltó una carcajada sonora y abrupta, idéntica a un relincho, creyendo, evidentemente, que Stepán Trofímovich había dicho algo muy gracioso. Éste lo miró con fingido asombro, que, de todos modos, no produjo en el otro ningún efecto. También el príncipe lo miró, volviéndose hacia el alemán con todo el cuello de su levita y calándose las lentes, aunque sin la menor curiosidad.

—Habrá de parecer monótona —repitió a propósito Stepán Trofímovich, arrastrando todo lo que podía y del modo menos ceremonioso que era capaz, cada palabra—. Así ha sido también mi vida en este cuarto de siglo, *et comme on trouve partout plus de moines que de raison*[295], y dado que estoy totalmente de acuerdo con eso, resulta que yo, en todo este cuarto de siglo…

—*C'est charmant, les moines* —susurró Yulia Mijáilovna volviéndose a Varvara Petrovna, que estaba sentada a su lado.

Varvara Petrovna contestó con una mirada orgullosa. Pero Karmazínov no pudo soportar el éxito de la frase francesa y rápidamente interrumpió a Stepán Trofímovich con voz chillona:

—Por lo que a mí respecta, estoy tranquilo en ese aspecto, y ya va para siete años que vivo en Karlsruhe. Y el año pasado, cuando el ayuntamiento decidió instalar una nueva canalización para el agua, sentí en mi corazón que el problema

de la canalización de las aguas en Karlsruhe me resultaba más cercano y querido que todos los problemas de mi amada patria… en toda la etapa de las llamadas reformas que hubo aquí…

—No tengo más remedio que simpatizar con usted, aunque sea en contra de mi corazón —suspiró Stepán Trofímovich, inclinando la cabeza muy significativamente.

Yulia Mijáilovna estaba triunfante: la conversación iba ganando profundidad e intención.

—¿Una canalización para las aguas residuales? —preguntó el doctor, hablando alto.

—Para los desagües, doctor, para los desagües; yo incluso ayudé a redactar el proyecto.

El doctor soltó una ruidosa carcajada. Otros lo siguieron, pero ahora ya en la cara del doctor, que no se daba cuenta y estaba entusiasmado con la hilaridad general.

—Permita que no esté de acuerdo con usted, Karmazínov —se apresuró a apuntar Yulia Mijáilovna—. Lo de Karlsruhe está muy bien, pero a usted le gusta mistificar y esta vez no le creemos. ¿Qué escritor ruso ha creado tantos tipos contemporáneos, ha intuido tantas cuestiones contemporáneas, ha señalado con precisión tantos puntos contemporáneos fundamentales, de los que surge el tipo del activista contemporáneo? Usted, solo usted y nadie más. Intente convencernos, después de todo eso, de su indiferencia a la patria y su tremendo interés por las canalizaciones de los desagües en Karlsruhe. ¡Ja, ja!

—Sí, desde luego —ceceó Karmazínov—, yo mostré en el personaje de Pogózhev todos los defectos de los eslavófilos y en el personaje de Nikodímov todos los defectos de los occidentalizantes…

—Tanto como *todos*… —murmuró Liamshin en voz baja.

—Pero lo hago sin darle mayor importancia, solo para matar el tiempo implacable y… para dar satisfacción a toda clase de exigencias implacables de mis compatriotas.

—Usted, Stepán Trofímovich, sabe seguramente —prosiguió entusiasmada Yulia Mijáilovna— que mañana tendremos el placer de oír algunas líneas deliciosas… una de las últimas y más exquisitas inspiraciones literarias de Semión Yegórovich[296], titulada *Merci*. En esta pieza anuncia que no volverá a escribir, que no lo hará por nada del mundo, ni aunque baje un ángel del cielo o, mejor dicho, ni

aunque toda la alta sociedad le implore que altere su decisión. En una palabra, que cuelga la pluma para los restos, y este gracioso *Merci* está dirigido al público en agradecimiento al entusiasmo ininterrumpido con que ha acompañado durante tantos años su servicio continuado al noble pensamiento ruso.

Yulia Mijáilovna se encontraba en la cima del éxtasis.

—Sí, me despido; pronuncio mi *Merci* y me marcho. Y allí… en Karlsruhe… cerraré los ojos. —Karmazínov se iba derritiendo poco a poco. Como muchos de nuestros grandes escritores (y tenemos tantos grandes escritores), no podía resistir las alabanzas y enseguida empezó a ablandarse a pesar de su agudeza. Pero creo que eso es perdonable. Cuentan que a uno de nuestros Shakespeares se le escapó en una conversación privada que «nosotros, *los grandes hombres*, no podemos proceder de otro modo», etcétera, y no se dio ni cuenta—. Allí, en Karlsruhe, cerraré los ojos. A nosotros, los grandes hombres, lo único que nos queda, una vez concluida nuestra labor, es cerrar los ojos cuanto antes sin buscar un galardón. Así lo haré yo.

—Deme usted la dirección, que ya iré yo a Karlsruhe a visitarle a la tumba. —El alemán se desternillaba de risa.

—Hoy a los muertos los trasladan incluso por ferrocarril —dijo inesperadamente uno de los jóvenes insignificantes.

Liamshin aullaba de gozo. Yulia Mijáilovna frunció el ceño. Entró Nikolái Stavroguin.

—Y a mí que me habían dicho que le habían privado de libertad —dijo en voz alta, dirigiéndose a Stepán Trofímovich antes que a nadie.

—No, solo ha sido un incidente *privado*. —Stepán Trofímovich hizo un juego de palabras.

—De todos modos, espero que eso no influya en absoluto en mi petición —volvió a intervenir Yulia Mijáilovna—; confío en que usted, a pesar de ese lamentable incidente, que hasta ahora no consigo explicarme, no vaya a defraudar nuestras mejores esperanzas, privándonos del placer de escuchar su lectura en la *matinée* literaria.

—No sé… yo… ahora…

—De verdad, Varvara Petrovna, que tengo mala suerte… Figúrese que justo ahora, cuando estaba tan deseosa de conocer personalmente a uno de los talentos rusos más notables e independientes, Stepán Trofímovich nos anuncia su decisión de abandonarnos.

—Su elogio ha sido expresado en voz tan alta que, naturalmente, no he podido evitar oírla —dijo Stepán Trofímovich, separando las palabras—; pero no creo que mi humilde persona sea indispensable mañana en sus festejos. Ahora bien, yo…

—¡Me lo están echando a perder! —exclamó Piotr Stepánovich, irrumpiendo en el salón—. Apenas he acabado de meterlo en cintura cuando de repente, en una misma mañana, hay un registro, una detención, un policía que lo agarra del cuello, y ¡ahora una damas que se dedican a acunarlo en el salón del gobernador! ¡No hay un solo hueso en su cuerpo que no esté gimiendo de placer! ¡Ni en sueños podría haberse imaginado semejante gala benéfica! ¡Ya solo falta que empiece ahora a denunciar a los socialistas!

—No es posible, Piotr Stepánovich. El socialismo es una idea demasiado grande para que Stepán Trofímovich no la reconozca. —Yulia Mijáilovna intercedió por él con energía.

—Una gran idea, pero quienes la predican no son siempre colosos, *et brisons-là, mon cher*[297] —concluyó Stepán Trofímovich, dirigiéndose a su hijo y levantándose con elegancia de su asiento.

Pero en ese momento ocurrió algo de lo más inesperado. Von Lembke llevaba ya un rato en el salón, pero nadie parecía haber reparado en él, aunque todos lo habían visto entrar. Resuelta a mantener su idea, Yulia Mijáilovna seguía sin hacerle caso. Él se había situado junto a la puerta y escuchaba la conversación con aire lúgubre y severo. Al oír las menciones a los actos de la mañana siguiente, empezó a dar muestras de agitación; primero se fijó en el príncipe, aparentemente impresionado por las puntas de su cuello almidonado en exceso; después se estremeció súbitamente al oír la voz y ver la rauda entrada de Piotr Stepánovich; y, en cuanto Stepán Trofímovich pronunció su sentencia sobre los socialistas, se dirigió hacia él, tropezando de paso con Liamshin, el cual de inmediato saltó para atrás con un gesto estudiado de sorpresa, frotándose el hombro y fingiendo que se lo había lastimado.

—¡Basta! —dijo Von Lembke, cogiéndole vigorosamente la mano al asustado Stepán Trofímovich y apretándosela con todas sus fuerzas entre las suyas —. ¡Basta! Los filibusteros de nuestro tiempo han sido identificados. Ni una palabra más. Se han adoptado medidas…

Hablaba tan alto que se le oía en todo el salón, y concluyó enérgicamente. Causó una penosa impresión. Todo el mundo sentía que algo no iba bien. Vi cómo palidecía Yulia Mijáilovna. Una estúpida casualidad vino a culminar el efecto. Después de anunciar que se habían adoptado medidas, Lembke giró sobre sus talones y se dirigió precipitadamente hacia la salida del salón, pero a los dos pasos tropezó en una alfombra, se inclinó hacia delante y no se cayó de milagro. Se

detuvo un momento, miró el sitio donde había dado el traspiés y, diciendo en voz alta: «¡Que la cambien!», cruzó la puerta. Yulia Mijáilovna corrió tras él. Al salir ella, se armó un gran alboroto en medio del cual se hacía muy complicado entender nada. Unos decían que estaba «disgustado», otros que estaba «muy susceptible». Y otros se llevaban el dedo a la sien. En un rincón, Liamshin levantaba dos dedos por encima de la frente. Se aludió a ciertos incidentes domésticos, todo en voz muy baja, por descontado. Nadie recogió el sombrero; todo el mundo esperaba. No sé lo que conseguiría hacer Yulia Mijáilovna, pero regresó al cabo de cinco minutos, esforzándose al máximo por parecer tranquila. Respondió evasivamente que Andréi Antónovich estaba un tanto alterado, pero que no era nada, que le pasaba desde que era niño, que ella lo sabía «mejor que nadie» y que los festejos del día siguiente le devolverían el buen humor, sin duda. Después le dedicó algunas palabras lisonjeras adicionales a Stepán Trofímovich, solo por cumplir, e invitó con voz recia a los miembros del comité a abrir de inmediato la sesión. Solo en ese instante los que no formaban parte del comité se dispusieron a marcharse a casa. Pero los incidentes penosos de ese día fatídico aún no habían terminado…

Ya en el momento mismo en que entró Nikolái Vsévolodovich, había notado yo que Liza se apresuraba a mirarlo fijamente, y no apartó los ojos de él en mucho tiempo, tanto que acabó por llamar la atención. Vi cómo Mavriki Nikoláievich se inclinaba hacia ella por detrás, al parecer para susurrarle algo al oído, pero por lo visto cambió de intención y se irguió de pronto, mirando con aire culpable a cuantos estaban a su alrededor. También Nikolái Vsévolodovich despertó la curiosidad de la gente: tenía el semblante más pálido que de ordinario, y la mirada inusualmente perdida. Después de dirigirle su pregunta, nada más entrar, a Stepán Trofímovich, pareció olvidarse de él enseguida y, a decir verdad, creo que también se olvidó de saludar a la anfitriona. A Liza no la miró ni una vez, no porque no quisiera, sino, y esto lo puedo asegurar, porque ni siquiera advirtió su presencia. Y de pronto, después del breve silencio que siguió a la invitación de Yulia Mijáilovna a abrir, sin más demora, la sesión final, de pronto se oyó la recia —deliberadamente recia— voz de Liza. Interpelaba a Nikolái Vsévolodovich.

—Nikolái Vsévolodovich, un capitán apellidado Lebiadkin, que se dice pariente suyo, hermano de su mujer, no para de escribirme cartas indecentes, en las que se queja de usted y me propone revelarme algunos secretos sobre usted. Si, en efecto, es pariente suyo, prohíbale que me insulte y líbreme de tales molestias.

Un desafío terrible resonaba en estas palabras: todo el mundo se percató. La acusación era evidente, aunque tal vez hasta para ella misma resultaba demasiado sorprendente. Era como cuando alguien, con los ojos entrecerrados, se tira desde un tejado.

Pero la respuesta de Nikolái Vsévolodovich fue aún más desconcertante.

En primer lugar, ya era insólito que no se hubiera extrañado y que hubiera escuchado a Liza con una atención de lo más serena. Ni desconcierto, ni ira, se habían reflejado en su rostro. Contestó a la pregunta fatídica de forma sencilla y firme, y hasta con aire de hacerlo con la mejor disposición:

—Sí, tengo la desgracia de ser pariente de ese hombre. Soy el marido de su hermana, Lebiádkina de soltera, desde hace ya casi cinco años. Tenga usted la seguridad de que le transmitiré sus exigencias a la mayor brevedad y le prometo que ya no volverá a molestarla.

Jamás olvidaré el horror que se pintó en el rostro de Varvara Petrovna. Con cara de perturbada se levantó de su silla, extendiendo hacia delante, como para protegerse, la mano derecha. Nikolái Vsévolodovich la miró, miró a Liza y a los presentes, y de repente sonrió con una arrogancia sin límites; tranquilamente, abandonó la estancia. Todos vieron cómo Liza saltaba del sofá en cuanto Nikolái Vsévolodovich se dio la vuelta para salir, e hizo un claro ademán de ir tras él, pero recapacitó y no echó a correr, sino que salió con calma, sin decir palabra ni mirar a nadie, naturalmente, en compañía de Mavriki Nikoláievich, que no dudó en seguirla…

Del alboroto y los comentarios que hubo en la ciudad aquella noche no voy a decir nada. Varvara Petrovna se encerró en su residencia, y Nikolái Vsévolodovich, según me dijeron, se fue derecho a Skvoréshniki sin ver a su madre. Stepán Trofímovich me mandó esa noche a casa de *cette chère amie* para pedirle, en su nombre, permiso para ir a verla, pero no quisieron recibirme. Él estaba terriblemente afectado, y lloraba: «¡Qué matrimonio! ¡Qué matrimonio! ¡Qué horror para la familia!», repetía una y otra vez. No obstante, también se acordaba de Karmazínov, a quien insultaba de un modo atroz. Se estuvo preparando con energía para la lectura del día siguiente y —¡lo que es la naturaleza artística!— ensayaba delante del espejo, tratando de recordar todas las agudezas y juegos de palabras que había dicho toda su vida y que anotaba aparte en un cuaderno, para insertarlos en la lectura del día siguiente.

—Amigo mío —me dijo, evidentemente para justificarse—, lo hago por una gran idea. *Cher ami*, después de veinticinco años en el mismo sitio, de pronto me he movido y me he puesto en camino… ¿hacia dónde? No lo sé, pero me he puesto en camino…

Tercera parte

Capítulo I. Los festejos. Primera parte

I

El festival acabó celebrándose, a pesar de los malentendidos del día anterior, el «día de los Shpigulin». Creo que, aunque Lembke hubiera muerto aquella misma noche, los festejos habrían tenido lugar igualmente al día siguiente: tal era la importancia que les concedía Yulia Mijáilovna. Ay, hasta el último minuto se mantuvo en sus trece, sin comprender el estado de ánimo de la sociedad. Al final, nadie pensaba que el día solemne fuera a transcurrir sin algún incidente colosal, sin un «desenlace», como decían algunos, frotándose anticipadamente las manos. Es cierto que muchos trataban de poner mala cara, de adoptar un aire político; pero, en términos generales, toda alteración escandalosa de la vida social es motivo de regocijo desmedido para los rusos. No es menos cierto que lo que había entre nosotros era algo mucho más serio que el mero deseo de escándalo: había una irritación generalizada, una malevolencia insaciable; parecía como si todos estuviesen hartos de todo. Reinaba un cinismo incoherente y general, un cinismo forzado, como impuesto. Las mujeres eran las únicas que no habían perdido el norte, si bien en un único punto: en su odio implacable a Yulia Mijáilovna. En eso coincidían todas las tendencias femeninas. Y ella, la pobre, ni se daba cuenta: hasta el último momento tuvo el convencimiento de que estaba «arropada», de que todos seguían siendo «devotos fanáticos» suyos.

Ya he mencionado que habían aparecido en la ciudad toda suerte de individuos de baja estofa. En las épocas confusas, de incertidumbre o de transición, nunca falta esa clase de individuos. No hablo de la llamada «vanguardia», que siempre trata de ir por delante los demás (ésa es su principal preocupación), cuyos objetivos, aunque sean muy a menudo completamente estúpidos, están más o menos definidos. No, hablo exclusivamente de la chusma. En todo periodo de transición emerge esa chusma de la que ninguna sociedad está libre, y ya no es solo que carezca de todo objetivo, sino que ni siquiera tiene un asomo de idea, más allá de dar rienda suelta a su inquietud y su impaciencia con todas sus fuerzas. Y, sin embargo, esa chusma, sin tener conciencia de ello, suele caer casi siempre bajo el caudillaje de un puñado de miembros de la «vanguardia», que actúan con una meta bien concreta, y son los que dirigen a esa gentuza hacia donde les conviene, si es que no son ellos mismos unos perfectos idiotas, lo cual, la verdad sea dicha, también puede ocurrir. Por aquí se dice ahora, una vez que todo ha terminado, que a Piotr Stepánovich lo controlaba la Internacional, que él a su vez dominaba a Yulia Mijáilovna, y que ella tenía a sus órdenes a toda clase de canallas. Ahora, nuestras inteligencias más sólidas están perplejas: ¿cómo pudieron estar tan confundidas? En qué consistió nuestra época de turbulencias y entre qué y qué fue transición son cosas que ni yo sé ni creo que sepa nadie; puede que lo sepan, únicamente, algunos

de nuestros visitantes. Y, con todo, las personas más abyectas ganaron de buenas a primeras ascendiente entre nosotros y se dedicaron a criticar a voces todo lo más sagrado, cuando antes no se atrevían a abrir la boca, y las personas principales, que hasta entonces habían llevado la voz cantante, empezaron de pronto a prestarles atención, mientras ellos callaban, y algunos hasta los acogían con unas risitas disimuladas verdaderamente indignantes. Tipos como Liamshin, como Teliátnikov, terratenientes del estilo de Tentétnikov[298], mocosos Radíshchev caseros, judezuelos de amarga aunque altiva sonrisa, risueños viajeros de paso, poetas de la capital con una orientación política, poetas que a falta de orientación política o talento visten *poddiovka*[299] y calzan botas embreadas, comandantes y coroneles que se burlan de lo insignificante de su rango y que estarían dispuestos, por un rublo más, a colgar el sable y correr a emplearse como escribientes en los ferrocarriles, generales que se meten a abogados, intermediarios educados y pequeños comerciantes a medio educar, incontables seminaristas, mujeres que encarnan la cuestión femenina; toda esta gente, de pronto, se hizo con el dominio en la ciudad. Pero ¿sobre quién? Sobre el club, sobre los probos funcionarios, sobre generales con piernas de madera, sobre nuestra severa e inaccesible sociedad femenina. Si la propia Varvara Petrovna, hasta el momento mismo de la catástrofe con su hijo, había sido poco más que una recadera de toda esa chusma, bien se les puede perdonar, al menos en parte, a otras de nuestras Minervas su escasa clarividencia de entonces. Como ya he dicho, ahora se le atribuye todo a la Internacional. Esta idea ha calado tan hondo que es la que se transmite a los forasteros que nos visitan. No hace mucho el consejero Kúbrikov, hombre de sesenta y dos años con la Orden de San Estanislao al cuello, se presentó sin haber sido convocado y declaró con voz compungida que indudablemente había estado sometido al influjo de la Internacional tres meses seguidos. Cuando, con todo el respeto debido a sus años y a sus servicios, lo invitaron a explicarse de un modo más convincente, a pesar de que no podía aportar ninguna prueba, más allá de que lo había percibido «con todas sus fibras sensibles», se reafirmó con firmeza en su declaración, de modo que no volvieron a interrogarlo.

Lo repito una vez más. También entre nosotros hubo un pequeño grupo de gente precavida que se apartó desde un principio y que hasta se encerró con cerrojo. Pero ¿qué cerrojo puede resistir frente a la ley natural? Aun en las familias más precavidas hay doncellas que necesitan ir a los bailes. Y toda esa gente acabó suscribiéndose en beneficio de las institutrices. Además el baile prometía ser algo tan brillante, tan fuera de lo común; se contaban maravillas; corrían rumores sobre la presencia de príncipes con impertinentes; sobre los diez encargados, todos ellos jóvenes solteros, con escarapelas en el hombro izquierdo; sobre no sé qué motores traídos de San Petersburgo; sobre Karmazínov, que, para aumentar la recaudación, había consentido leer *Merci* vestido con el traje de una institutriz de nuestra provincia; sobre que habría una «cuadrilla literaria», también disfrazada, donde cada traje representaría una corriente literaria en particular. Por último, disfrazado igualmente, una suerte de «honrado pensamiento ruso» ejecutaría una danza, lo que supondría una auténtica novedad. ¿Cómo no suscribirse? Todo el mundo se

suscribió.

II

El programa del día festivo estaba dividido en dos partes: una *matinée* literaria, desde el mediodía hasta las cuatro de la tarde, y después un baile, a partir de las nueve y durante toda la noche. Pero en esa misma organización se ocultaban los gérmenes del desorden. De entrada, corrió con insistencia entre el público, desde el primer momento, el rumor de que se iba a servir un almuerzo inmediatamente después de la *matinée* literaria, o incluso durante la misma, en un intervalo concebido expresamente con ese fin. Un almuerzo gratuito, se entiende, incluido en el programa, y con champán. El elevado precio de la entrada (tres rublos) contribuyó a la propagación del rumor: «No iba yo a suscribirme por nada. Los festejos se prolongan durante todo un día, que nos den de comer. La gente va a pasar hambre»; así razonaban muchos. Debo reconocer que la propia Yulia Mijáilovna dio pie con su frivolidad a que se asentara ese desastroso rumor. Un mes antes, aún bajo la fascinación inicial del grandioso proyecto, hablaba sin ton ni son de su festival con el primero que encontraba, y hasta había enviado a uno de los periódicos de la capital la noticia de que se pronunciarían unos brindis con tal ocasión. No había entonces nada más seductor para ella que los brindis; ella misma quería proponerlos y no paraba de componerlos de antemano. Deberían servir para poner de manifiesto nuestra principal divisa (¿cuál?, apuesto a que la pobre al final no compuso nada), ser reproducidos en las crónicas de la prensa capitalina, conmover y cautivar a las autoridades supremas y circular seguidamente por todas las provincias despertando el asombro y el afán de emulación. Pero para brindar es imprescindible el champán y, como tampoco se puede beber champán en ayunas, era necesario, como es natural, que se sirviera un almuerzo. Más tarde, cuando gracias a sus esfuerzos se constituyó el comité y el asunto se abordó con más seriedad, enseguida le demostraron que, si se soñaba con banquetes, iba a quedar muy poco para las institutrices, por elevada que fuera la recaudación. Había dos posibles soluciones para la cuestión: o bien un festín como el del rey Baltasar, con sus brindis, y unos noventa rublos para las institutrices; o bien asegurarse una colecta estimable, reduciendo el festival, por así decir, a una mera formalidad. El comité, en realidad, solo pretendía meter miedo y, naturalmente, concibió una tercera solución, conciliadora y sensata: a saber, unos festejos muy dignos en todos los sentidos, aunque sin champán, que dejarían como beneficio una cantidad bastante respetable, muy superior a los noventa rublos. Pero Yulia Mijáilovna no estaba conforme; su carácter desdeñaba la mediocridad burguesa. Decidió de inmediato que, si su idea inicial era irrealizable, había que lanzarse sin vacilaciones en dirección contraria, esto es, recolectar una suma colosal que fuera la envidia de todas las provincias. «El público debe comprender, en definitiva —concluyó su fogosa alocución al comité—, que la consecución de objetivos humanos universales es algo incomparablemente más elevado que los fugaces deleites corporales, que los festejos no son, en esencia, más que la proclamación de una idea elevada y que,

en consecuencia, tendrá que conformarse con un baile muy económico, al estilo alemán, únicamente a modo de alegoría, ya que ¡no podemos prescindir por completo de ese dichoso baile!». Hasta ese punto había llegado a odiarlo. Pero finalmente consiguieron apaciguarla. Fue entonces cuando, por ejemplo, a alguien se le ocurrió y propuso lo de la «cuadrilla literaria» y otros recursos estéticos en sustitución de los deleites corporales. Fue también entonces cuando Karmazínov accedió definitivamente a leer *Merci* (hasta entonces se había limitado a dar largas y farfullar), quitándole así de la cabeza a nuestro insaciable público la idea misma de la comida. De ese modo, el baile volvía a ser un sublime acontecimiento, aunque ya no de la misma clase. Y, para no acabar de perderse en las nubes, decidieron que al comienzo del baile se podía ofrecer té con limón y unas galletitas, más tarde *orgeat*[300] y limonada, y al final hasta helado, pero nada más. Si bien, para aquellos que a todas horas y en todas partes tienen hambre y, sobre todo, sed, se podría abrir, en la última de una serie de salas, un bufé especial a cargo de Prójorych, jefe de cocina del club, donde, bajo la atenta vigilancia del comité, se serviría a cada quien lo que quisiera, pero pagándolo por separado; con ese fin, en la puerta de la sala un cartel anunciaría que el bufé no estaba incluido en el programa. Sin embargo, se decidió no abrir el bufé por la mañana, para que no estorbase la lectura, a pesar de que iba a estar situado cinco salas más allá de la Sala Blanca, en la que Karmazínov había aceptado leer su *Merci*. Es curioso que a ese acto, esto es, a la lectura de *Merci*, el comité, incluidas las personas más prácticas, le atribuyese, al parecer, tan colosal importancia. En cuanto a las personas más poéticas, la esposa del decano de la nobleza, por ejemplo, le anunció a Karmazínov que nada más terminar la lectura haría colocar en una pared de la Sala Blanca una placa de mármol con letras doradas, donde se haría constar que en tal fecha de tal año, allí, en ese mismo sitio, el gran escritor ruso y europeo había leído su *Merci* en el momento en que colgaba la pluma, despidiéndose así por primera vez del público ruso, representado por personalidades destacadas de nuestra ciudad; además, todo el mundo podría leer la inscripción durante el baile mismo, es decir, apenas cinco horas después de la lectura de *Merci*. Sé con certeza que el propio Karmazínov había sido el primero en exigir que bajo ningún concepto hubiera bufé por la mañana, durante su lectura, a pesar de los comentarios de algunos miembros del comité, según los cuales ésa no era nuestra forma de actuar.

Así estaban las cosas, cuando en la ciudad todos seguían creyendo en el festín de Baltasar, esto es, en un bufé por cuenta del comité; y lo creyeron hasta el último momento. Hasta las jovencitas soñaban con bombones y confituras en abundancia, y con alguna sorpresa por añadidura. Todo el mundo sabía que la recaudación sería enorme, que la ciudad entera se volcaría, que acudiría gente de los distritos cercanos y que se agotarían las entradas. También se sabía que, por encima del precio establecido, se habían producido importantes contribuciones: Varvara Petrovna, por ejemplo, había pagado trescientos rublos por su entrada y todas las flores que adornaban las salas las había proporcionado ella, de su invernadero. La decana (miembro del comité) había contribuido con la casa y la iluminación; el club, con la música y los criados, y había cedido a Prójorych para

todo el día. Hubo además otras contribuciones, aunque no tan colosales, por lo que se llegó a pensar en rebajar el precio inicial de la entrada, de tres rublos a dos. Realmente, el comité temía al principio que, por tres rublos, muchas señoritas no iban a acudir, y recomendó que se pusieran a la venta entradas familiares, de modo que cada familia pagase solo por una de las jóvenes, y todas las demás de la familia, aunque hubiera una decena de ellas, entrasen gratis. Pero todos aquellos temores resultaron vanos: al contrario, fueron precisamente las jovencitas las que no faltaron. Hasta los más modestos funcionarios llevaron a sus hijas casaderas, y estaba muy claro que, de no haberlas tenido, ni se les habría ocurrido suscribirse. Un insignificante secretario se presentó con sus siete hijas, amén, naturalmente, de su esposa y, por añadidura, de una sobrina, y todas esas personas traían en la mano su billete de entrada de tres rublos. De todos modos, ¡no es difícil imaginar el revuelo que hubo en la ciudad! Ya el solo hecho de que los festejos estuviesen divididos en dos secciones obligaba a cada señorita a disponer de dos vestidos: uno de mañana para la lectura y otro de noche para el baile. Muchas familias de clase media, como se ha sabido después, tuvieron que empeñar de todo para ese día, incluida la ropa blanca, las sábanas y poco menos que los colchones, recurriendo a los judíos locales, los cuales, precisamente, venían estableciéndose en gran número en nuestra ciudad en los dos últimos años y seguían llegando de manera creciente. Casi todos los funcionarios habían cobrado su sueldo por adelantado, y algunos propietarios vendieron un ganado que les hacía mucha falta, y todo eso para llevar a sus hijas engalanadas como marquesas y no quedar por debajo de nadie. La magnificencia de los vestidos para la ocasión era algo desconocido en nuestra ciudad. En ella, ya desde quince días antes de los festejos abundaban las anécdotas familiares, que nuestros bromistas no tardaban en trasladar a la corte de Yulia Mijáilovna. Empezaron a circular caricaturas de las familias. Yo mismo vi algunos dibujos de ese género en el álbum de Yulia Mijáilovna. Todo ello llegó a oídos de quienes habían dado pie a tales anécdotas; ésa pudo ser, en mi opinión, la causa de que el odio de las familias a Yulia Mijáilovna haya crecido hasta tal punto en los últimos tiempos. Ahora es el blanco de todos los insultos y, al recordarla, a todo el mundo le rechinan los dientes. Pero ya antes era evidente que si el comité no atinaba en algún punto, o si algo iba mal en el baile, el estallido de indignación sería clamoroso. He aquí por qué todos, en su fuero interno, esperaban que se produjese un escándalo. Y, si tanto lo esperaban, ¿cómo no iba a ocurrir?

Justo a mediodía, la orquesta comenzó a tocar. Siendo yo uno de los encargados, o sea, uno de los doce «jóvenes con escarapela», pude ver con mis propios ojos cómo arrancaba aquel día de aciaga memoria. Empezó con increíbles apreturas en la entrada. ¿Cómo fue posible que todo funcionara mal desde el primer momento, sin excluir a la policía? Al público genuino no le echo la culpa: los padres de familia no se hacinaron ni apartaron a nadie a empujones, con independencia incluso de sus respectivos rangos; al contrario, según se dice, se mostraban desconcertados ya desde antes de entrar, viendo la cantidad de gente, insólita en una ciudad como la nuestra, que rodeaba las puertas y que, más que

entrar por ellas, las asaltaba. Mientras tanto seguían afluyendo vehículos que acabaron por bloquear la calle. Ahora, cuando escribo, dispongo de datos irrefutables para afirmar que algunos de los más despreciables sinvergüenzas de nuestra ciudad fueron sencillamente introducidos sin entrada por Liamshin y Liputin y quizá también por alguien de los que, como yo, formaba parte del grupo de encargados. Al menos aparecieron algunas personas enteramente desconocidas, llegadas de los distritos más próximos o de a saber dónde. Estos animales, en cuanto entraron en la sala, empezaron a preguntar a coro (como alentados por alguien) dónde estaba el bufé y, al oír que no había bufé, sin la menor urbanidad y con un descaro desconocido hasta entonces entre nosotros, empezaron a proferir improperios. Es verdad que algunos venían ya borrachos. Otros se mostraron estupefactos, como verdaderos salvajes, ante la magnificencia del salón de la decana, pues nunca habían visto nada semejante y, según entraban, se quedaban callados al instante, mirándolo todo con la boca abierta. Aquella gran Sala Blanca, a pesar de lo decrépito de su estructura, era en verdad espléndida: de enormes dimensiones, con ventanas a ambos lados, con el techo pintado al estilo antiguo y con molduras doradas, con una galería, espejos en las paredes, cortinajes en rojo y blanco, estatuas de mármol (las que fueran, pero estatuas al fin y al cabo), mobiliario antiguo, macizo, de época napoleónica, blanco con doraduras y tapizado de terciopelo rojo. En el momento aquí descrito se alzaba en un extremo de la sala un estrado destinado a los literatos que iban a leer, mientras que el resto de la sala estaba acondicionada como el patio de butacas de un teatro, con sillas y anchos pasillos para el público. Pero, pasados los primeros momentos de asombro, empezaron a oírse preguntas y afirmaciones sin sentido: «A lo mejor no queremos que haya lectura… Hemos pagado un buen dinero… Al público lo han engañado descaradamente… ¡Mandamos nosotros, no los Lembke!»… En definitiva, era como si les hubieran permitido entrar únicamente con ese objetivo. Recuerdo en concreto una disputa en la que se distinguió el principito, el mismo que había estado en casa de Yulia Mijáilovna el día anterior por la mañana, el del cuello desmesuradamente alto y aspecto de muñeca de madera. También éste, en vista de la insistencia de Yulia Mijáilovna, había accedido a prenderse una escarapela en su hombro derecho, convirtiéndose así en uno más de los encargados. Resultó que aquella figura muda de cera con muelles sabía, si no hablar, sí por lo menos actuar a su manera. Cuando un gigantesco capitán jubilado, picado de viruelas, secundado por un hatajo de canallas que revoloteaban a su alrededor, empezó a importunarlo preguntándole por dónde se iba al bufé, él le hizo un guiño a un agente de policía. La indicación fue atendida de inmediato: al capitán borracho, a pesar de sus imprecaciones, lo sacaron a la fuerza del salón. Entretanto fue llegando, finalmente, el «auténtico» público, que en tres largas filas iba avanzando por los pasillos que habían dejado entre las sillas. El elemento alborotador empezó a calmarse, pero incluso en el sector «limpio» del público se veían caras de desconcierto y decepción; y algunas de las damas estaban sencillamente asustadas.

Por fin, todo el mundo se acomodó; también cesó la música. La gente empezó a sonarse, a mirar a su alrededor. Aguardaban con un aire excesivamente

solemne, algo que suele ser mala señal. Pero no habían llegado aún «los Lembke». Las sedas, los terciopelos, los brillantes refulgían y deslumbraban por doquier; flotaba en el aire el aroma de los perfumes. Los hombres lucían todas sus condecoraciones, y hasta los ancianos iban de uniforme. Por fin apareció la decana, en compañía de Liza. Nunca se había visto a Liza tan deslumbrantemente encantadora como aquella mañana, arreglada con tanta elegancia. Llevaba un peinado con tirabuzones, los ojos le brillaban y una sonrisa le iluminaba el rostro. Aparentemente, produjo una gran sensación: todos la miraban fijamente y hacían comentarios en voz baja. Según decían, buscaba con los ojos a Stavroguin, pero ni éste ni Varvara Petrovna se encontraban allí. No comprendí entonces la expresión de su semblante: ¿por qué reflejaba tanta felicidad, tanta dicha, tanta energía, tanta vitalidad? Me acordé del incidente de la víspera y no salía de mi asombro. Pero «los Lembke», en cualquier caso, seguían sin venir. Lo cual era un error. Más tarde averigüé que Yulia Mijáilovna había estado esperando a Piotr Stepánovich hasta el último momento, pues últimamente era incapaz de dar un paso sin él, aunque nunca se lo confesaba a sí misma. Señalaré entre paréntesis que la víspera, en la sesión final del comité, Piotr Stepánovich se había negado a lucir la escarapela de encargado, cosa que a ella le había dolido hasta tal punto que le faltó poco para romper a llorar. Para sorpresa y, más tarde, para profundo desconcierto de ella (como luego explicaré), Piotr Stepánovich estuvo desaparecido toda la mañana y no acudió a la lectura; así que nadie lo vio hasta última hora de la tarde. El público, por fin, empezó a manifestar una evidente impaciencia. En el estrado nadie hacía acto de presencia. En las últimas filas empezaron a dar palmadas, como en un teatro. Los ancianos y las señoras fruncían el ceño: los «Lembke», claramente, se estaban dando demasiada importancia. Incluso entre el mejor sector del público empezó a correr el disparatado rumor de que igual no había festival, de que igual Lembke se sentía indispuesto, y etcétera, etcétera. Pero, gracias a Dios, Lembke finalmente hizo acto de presencia, llevando a su mujer del brazo. Confieso que yo también empezaba a dudar seriamente de si vendrían o no. En todo caso, ahí se acababan las patrañas y se imponía la verdad. El público pareció recobrar el aliento. El propio Lembke tenía buen aspecto, y recuerdo que todo el mundo compartía esa opinión, pues, como cabe imaginar, fueron muchas las miradas que se volvieron hacia él. Haré constar que, en general, muy pocas personas de nuestra alta sociedad creían que Lembke estuviera indispuesto; encontraban que sus actos eran totalmente adecuados, e incluso veían con buenos ojos todo lo sucedido en la plaza en la mañana del día anterior. «Tendría que haber actuado así desde el principio —decían los dignatarios—. Pero, claro, llegan como filántropos, y todos acaban igual, sin caer en la cuenta de que es algo necesario hasta para la propia filantropía»; así al menos opinaban en el club. Lo único que le reprochaban era que hubiera perdido los nervios al hacerlo. «Hay que actuar con más sangre fría, pero, al fin y al cabo, es un novato», decían los expertos. Con idéntica ansiedad se volvieron todas las miradas hacia Yulia Mijáilovna. Por descontado, nadie tiene derecho a exigirme, como narrador, detalles demasiado precisos en relación con cierto punto: aquí hay misterio, hay una mujer; pero hay una cosa que sí sé: la víspera ella había entrado en el despacho de Andréi Antónovich y había estado

con él hasta mucho después de medianoche. Andréi Antónovich había sido perdonado y consolado. Marido y mujer se habían puesto de acuerdo en todo; todo quedaba olvidado y, cuando al final de las explicaciones, Von Lembke, a pesar de todo, se postró de rodillas, recordando con espanto el incidente principal y definitivo de la noche anterior, la deliciosa mano y, acto seguido, los labios de la mujer pusieron coto a la fogosa efusión de palabras de arrepentimiento de un hombre caballerosamente delicado, pero debilitado por la ternura. Todos veían la felicidad pintada en la cara de ella. Caminaba con aire de candidez y lucía un vestido magnífico. Parecía haber llegado a la cumbre de sus aspiraciones: los festejos, meta y corona de su política, estaban celebrándose. Al acercarse a sus asientos, frente al estrado, ambos Lembke respondían con inclinaciones a los saludos que les dispensaban. Al momento se vieron rodeados de gente. La decana se levantó para recibirlos… Pero en ese instante se produjo un desagradable malentendido: la orquesta, sin venir a cuento, empezó a ejecutar una fanfarria; no una marcha cualquiera, sino sencillamente una fanfarria como las que suenan en los banquetes oficiales de nuestro club cuando se bebe a la salud de alguien. Ahora sé que el responsable de aquello fue Liamshin, en su calidad de encargado, supuestamente en honor de la llegada de «los Lembke». Obviamente, siempre pudo haberse excusado, alegando que había sido una tontería o que había obedecido a un exceso de celo… Ay, yo aún no sabía que esa gente ya no se tomaba la molestia de ofrecer excusas, y que aquel mismo día estaban poniendo fin a todo. Pero la cosa no acabó con la fanfarria: aparte del molesto desconcierto y las sonrisas del público, en el otro extremo de la sala y en la galería se oyó de improviso un hurra, también al parecer en honor de los Lembke. No se sumaron muchas voces, pero admito que se prolongaron bastante tiempo. Yulia Mijáilovna se sonrojó y sus ojos relampaguearon. Lembke se quedó parado junto a su asiento y, volviéndose hacia donde estaban los que habían gritado, contempló la sala con aire severo y majestuoso… Rápidamente, lo acomodaron en su asiento. Una vez más advertí con alarma en su rostro la misma sonrisa inquietante que había exhibido la mañana anterior en la sala de su mujer, la sonrisa con la que había estado mirando a Stepán Trofímovich antes de acercarse a él. Me pareció que también ahora había en su rostro una expresión siniestra y, lo que es peor, un tanto cómica: la expresión de un ser que se está ofreciendo como víctima, solo para favorecer, qué remedio, las ambiciones de su mujer… Yulia Mijáilovna me llamó rápidamente con un gesto, y me dijo al oído que me acercase corriendo a Karmazínov y le rogase que empezara. Y de repente, nada más volverme, se produjo otra ignominia, solo que mucho más deplorable que la anterior. En el estrado, en el estrado vacío, que hasta ese momento había concentrado todas las miradas y toda la expectación, y donde solo se veía una mesa no muy grande, una silla delante de ella, y en la mesa un vaso de agua sobre una bandeja de plata; en el estrado vacío se vislumbró fugazmente la colosal figura del capitán Lebiadkin en frac y con corbata blanca. Me quedé tan desconcertado que no daba crédito a mis ojos. El capitán debió de sentirse turbado, y se detuvo en el fondo del estrado. De pronto se oyó un grito entre el público: «¡Lebiadkin! ¿Tú?». La jeta estúpida y colorada del capitán (estaba borracho como una cuba) se distendió al oír ese grito,

dibujando una amplia y obtusa sonrisa. Levantó la mano, se frotó la frente, se sacudió la greñuda cabeza y, como dispuesto a cualquier cosa, dio dos pasos adelante y, de repente, rompió a reír, con una risa que no era estruendosa, sino desacompasada, prolongada, feliz, que sacudía toda la enorme masa de su cuerpo y le encogía los ojos. Al contemplarlo, la mitad aproximada de los presentes rompió a reír, y una veintena se puso a aplaudir. El público serio cambiaba miradas sombrías; todo aquello, sin embargo, apenas duró medio minuto. De repente irrumpió en el estrado Liputin, con su escarapela de encargado en el hombro, acompañado por dos criados; cogieron con cuidado al capitán por los dos brazos, mientras Liputin le susurraba algo. El capitán frunció el ceño, murmuró: «Bueno, en ese caso», hizo un gesto con la mano, le dio al público su enorme espalda y desapareció con sus acompañantes. Pero un instante después Liputin volvió a subir de un salto al estrado. En sus labios se dibujaba la más empalagosa de sus sempiternas sonrisas, que por lo general hacían pensar en una mezcla de vinagre y azúcar, y en las manos traía una hoja de papel de carta. Con pasos menudos, aunque rápidos, avanzó hasta el borde delantero del estrado.

—Señores —se dirigió al público—, se ha producido, por un descuido, un cómico malentendido que ya ha quedado subsanado; pero, no sin esperanza, he aceptado el encargo, y quiero transmitirles la muy sentida y respetuosa petición de uno de los bardos locales de esta ciudad nuestra… Movido por un propósito elevado y humano… a pesar de su aspecto… el mismo propósito que nos ha unido a todos… enjugar las lágrimas de las pobres muchachas instruidas de nuestra provincia… ese señor, esto es, quiero decir, ese poeta local… que desea preservar el incógnito… estaba muy deseoso de que se leyera uno de sus poemas antes del comienzo del baile… mejor dicho, de la *matinée* literaria. Si bien este poema no figura en el programa, y no figura… porque lo hemos recibido hace apenas media hora, *nos* ha parecido —¿a quiénes?; estoy reproduciendo palabra a palabra este discurso deshilvanado e incoherente— que, por la notable ingenuidad de sus sentimientos, unida a su no menos notable desenfado, el poema podía ser leído, naturalmente, no como algo serio, pero sí como algo apropiado para la celebración… En una palabra, apropiado para la idea de la misma… Sobre todo, porque apenas son unas estrofas… y quería solicitar el permiso del benevolente público.

—¡Léalo! —rugió una voz en el fondo del salón.

—Entonces, ¿se lee?

—¡Léalo, léalo! —se oyeron numerosas voces.

—Lo leeré, con permiso del público. —Liputin volvió a torcer el gesto con la misma sonrisa almibarada. De todos modos, no acababa de decidirse, y a mí me dio la sensación de que estaba inquieto. Esa gente, a pesar de su desvergüenza, a veces tiene un tropezón. Aunque un seminarista no habría tenido un tropezón, y

Liputin, al fin y al cabo, pertenecía a la vieja generación—. Les advierto, esto es, tengo el honor de advertirles, de que no es, al fin y al cabo, una oda como las que antes se escribían para los festivales, sino más bien, por así decir, prácticamente un chiste, si bien combina un indudable sentimiento con un jocoso regocijo y, por así decir, con una verdad francamente realista.

—¡Lee, lee!

Desdobló el papel. Naturalmente, a nadie le dio tiempo a detenerlo. Además, se había presentado con su escarapela de encargado. Con voz sonora, declamó:

—*A una institutriz de por estos pagos, nacida en la patria*, de un poeta con ocasión del festival.

¡Te saludo, institutriz!,

alégrate y solemniza,

seas retrógrada o George Sand,

¡disfruta, que hoy es tu día!

—¡Eso es de Lebiadkin! ¡De Lebiadkin, seguro! —exclamaron algunas voces. Se oyeron risas y hasta aplausos, aunque no excesivos.

Enseñas a unos mocosos

el francés y la cartilla,

y al sacristán le haces guiños,

a ver si por fin lo pillas.

—¡Hurra, hurra!

Mas en siglo de reformas

portentosas y atrevidas,

o la dote es «sustanciosa»

o vuelves con tu cartilla.

—¡Eso es, eso es! ¡Eso sí que es realismo! ¡Si no es «sustanciosa», no se va a

ninguna parte!

Esta noche una fortuna

tenemos aquí reunida;

de este banquete te marchas

dando brincos de alegría.

Seas retrógrada o George Sand,

¡disfruta, que hoy es tu día!

Con tu dote, institutriz,

¡manda al diablo esa cartilla!

Confieso que no daba crédito a mis oídos. Era tan evidentemente descarado que no había modo de disculpar a Liputin achacándolo a la estupidez. Y además, Liputin no tenía un pelo de tonto. La intención estaba clara, por lo menos para mí: era como si estuvieran acelerando el desorden. Algunos versos de aquella idiotez de poema, los últimos, por ejemplo, eran de tal índole que no había estupidez que pudiera justificarlos. Parecía que el propio Liputin se había dado cuenta de que se había excedido: consumada su hazaña, estaba tan desconcertado ante su propia desfachatez que no bajó del estrado, sino que se quedó allí como si aún quisiese añadir algo. Probablemente había previsto que el resultado sería muy distinto; pero hasta el pequeño grupo de alborotadores que había aplaudido el despropósito enmudeció de pronto, como desconcertado. Lo más absurdo era que muchos de ellos habían interpretado la ocurrencia en un sentido patético, es decir, no como una parodia, sino como la pura verdad en lo concerniente a las institutrices, como un poema con una orientación determinada. Pero el tono excesivamente licencioso de los versos acabó también por abrumarlos. En cuanto al resto de los asistentes, toda la sala estaba no ya escandalizada, sino claramente ofendida. No me equivoco al transmitir esta impresión. Yulia Mijáilovna diría más tarde que un momento más y se habría desmayado. Uno de los ancianos más respetables ayudó a su mujer a levantarse y ambos abandonaron la sala seguidos por las alarmadas miradas del público. Quién sabe si su ejemplo no habría animado también a otros si en ese mismo instante no hubiera aparecido en el estrado el propio Karmazínov, de frac y corbata blanca y con un cuaderno en la mano. Yulia Mijáilovna le dirigió una mirada de entusiasmo, como a su salvador… Pero yo ya estaba entre bastidores; necesitaba a Liputin.

—¡Lo ha hecho a propósito! —dije, agarrándolo por un brazo en mi indignación.

—Le doy mi palabra de que no tenía ni idea… —replicó intimidado, empezando enseguida a mentir y a fingirse compungido—; acababan de traer los versos y pensé que podía ser una broma desenfadada…

—Usted no pensó nada de eso. ¿De verdad le parece que esa basura sin gracia es una broma desenfadada?

—Sí, señor; así me lo parece.

—Miente usted. Y esos versos no se los acababan de traer. Usted mismo los ha escrito con Lebiadkin, puede que ayer, para montar un escándalo. El último verso sin duda es suyo, como también lo del sacristán. ¿Por qué ha salido Lebiadkin de frac? Eso significa que todo estaba preparado para que leyera él si no se hubiera emborrachado, ¿no?

Liputin me dirigió una mirada fría y cáustica.

—¿A usted qué más le da? —preguntó de pronto, con una calma extraña.

—¿Que qué más me da? Usted también lleva esa escarapela… ¿Dónde está Piotr Stepánovich?

—No sé; por ahí andará. ¿Por qué?

—Porque ahora ya lo veo claro. No es más que una trama contra Yulia Mijáilovna para desacreditar este día.

Liputin volvió a mirarme de soslayo.

—Y ¿a usted qué? —Sonrió irónicamente, se encogió de hombros y se alejó.

Me quedé de piedra. Todas mis sospechas se confirmaban. ¡Y, a pesar de todo, aún tenía esperanzas de estar equivocado! ¿Qué podía hacer? Pensé en pedir consejo a Stepán Trofímovich, pero éste estaba delante del espejo, ensayando distintas sonrisas y consultando sin parar un papel en el que había apuntado algunas notas. Debía salir al estrado justo después de Karmazínov, y no estaba en condiciones de hablar conmigo. ¿Ir corriendo a ver a Yulia Mijáilovna? Pero era pronto para ir a buscarla: necesitaba una lección mucho más contundente para quitarse de la cabeza la convicción de que estaba «arropada» y de que todo el mundo le profesaba una «devoción fanática». No me habría creído y habría pensado que era un visionario. Y, además, ¿en qué podría ayudar? «Bah —pensé —, a fin de cuentas, ¿a mí qué más me da? Me quito la escarapela y me voy a casa *cuando esto empiece*». Eso fue lo que dije: «Cuando esto empiece», me acuerdo.

Pero tenía que escuchar a Karmazínov. Al echar un último vistazo entre

bastidores, advertí que merodeaba por allí gente bastante extraña, incluso mujeres, entrando y saliendo. Aquel espacio «entre bambalinas» era muy angosto y estaba completamente separado del público por una cortina y comunicado con otras estancias por un pasillo en el fondo. Allí esperaban su turno los que iban a recitar. Pero el que más me sorprendió en aquel momento fue el conferenciante que iba a seguir a Stepán Trofímovich. Era también una especie de catedrático (ni siquiera ahora sé con exactitud quién era) que se había retirado voluntariamente de cierta institución después de algún conflicto con los estudiantes y había llegado a nuestra ciudad apenas unos días antes con no sé qué propósito. También se lo habían recomendado a Yulia Mijáilovna que lo había acogido con veneración. Ahora sé que había estado en casa de ella la noche anterior a la lectura, que no había dicho nada en toda la velada, que sonreía de forma ambigua ante las bromas y el tono del círculo de Yulia Mijáilovna y que les había producido a todos una impresión desagradable por su aire desdeñoso y, al mismo tiempo, por su frágil susceptibilidad. Fue la propia Yulia Mijáilovna la que lo había reclutado para que leyera. En aquellos momentos aquel individuo se movía de un lado para otro y, como el propio Stepán Trofímovich, decía algo entre dientes, aunque tenía la mirada clavada en el suelo, y no en el espejo. No ensayaba sonrisas, si bien sonreía a menudo y con aire voraz. Estaba claro que tampoco se podía hablar con él. Era bajo, aparentaba unos cuarenta años, estaba calvo, tenía la barba canosa y vestía pulcramente. Pero lo más interesante era que con cada vuelta levantaba el puño derecho, lo agitaba por encima de la cabeza y de repente lo dejaba caer de golpe, como si quisiera destrozar a algún rival. Repetía el mismo número cada dos por tres. Empezaba a sentirme a disgusto. Corrí a toda prisa a oír a Karmazínov.

III

Algo volvía a ir mal en la sala. Lo advierto de antemano: me inclino ante la grandeza del genio; pero ¿por qué estos señores genios nuestros, al final de sus años de gloria, actúan a veces como unos verdaderos críos? ¿Qué importaba que aquél fuera Karmazínov y que saliera al estrado con el porte de cinco chambelanes? ¿Acaso es posible retener con un solo artículo la atención de un público como el nuestro una hora entera? En general, me he dado cuenta de que en un recital literario liviano ni el mayor de los genios puede mantener viva la atención del público más de veinte minutos impunemente. Es verdad que la aparición del gran genio fue acogida con un respeto excepcional. Incluso los ancianos más severos daban muestras de aprobación y de curiosidad, y las damas hasta de cierto entusiasmo. La ovación, no obstante, fue más bien breve, no excesivamente cordial y dispersa. Sin embargo, en las filas de atrás nadie hizo una sola gracia hasta el momento en que Karmazínov empezó a hablar, y aun entonces no hubo nada especialmente censurable; si acaso algún malentendido. Ya he mencionado antes que tenía una voz demasido chillona, un tanto femenina, y además con un genuino ceceo aristocrático, propio de los cortesanos. En cuanto pronunció sus primeras palabras, alguien se permitió reírse en voz alta: muy

probablemente algún imbécil sin experiencia que aún no había visto nada del mundo y que además era de risa fácil. Pero no hubo la menor salida de tono; al contrario, chistaron al imbécil, y no volvió a dar señales de vida. Pero he aquí que el señor Karmazínov, haciendo aspavientos e impostando la voz, declaró que «en un principio, por nada del mundo había consentido leer». (¡Qué falta le haría decir aquello!). «Hay algunas líneas —dijo— que brotan hasta tal punto del corazón que no cabe ni pronunciarlas; por tanto, algo tan sagrado no puede ser revelado en público». (Entonces, ¿para qué lo revelaba?). Pero, ya que se lo habían pedido, se disponía a revelarlo, y como, además de eso, colgaba la pluma definitivamente y juraba no volver a escribir en ningún caso, había escrito esa última pieza; y como también había jurado que «de ninguna manera volvería a leer nada en público», y etcétera, etcétera, y todo en esa línea.

Pero nada de eso habría tenido mayor importancia, porque ¿quién no conoce los prolegómenos de los autores? No obstante, señalaré que, dada la escasa formación de nuestro público y la irritabilidad de las filas traseras, todo aquello pudo influir. De todos modos, ¿no habría sido mejor leer un breve relato, uno de esos cuentecillos diminutos como los que solía escribir antes, esto es, aquellos cuentos que, trabajados y pulidos, no carecían de ingenio? De ese modo se habría salvado todo. Pues no; nada de eso. ¡Nos esperaba un buen sermón! Dios mío, ¿de qué no hablaría? Me atrevo a afirmar positivamente que no ya nuestro público, sino el de la capital, se habría quedado atónito. Imagínense cerca de treinta páginas con la cháchara más amanerada e innecesaria; y este señor, por añadidura, leía en tono condescendiente y lastimero, como si estuviera haciendo un favor, lo cual resultaba hasta ofensivo para el auditorio. El tema… Pero ¿quién podría descifrar cuál era el tema? Era algo así como un recuento de determinadas impresiones, de ciertos recuerdos. Pero ¿de qué? ¿Sobre qué? Por más que fruncíamos nuestros ceños provincianos a lo largo de toda la primera mitad de la lectura, no conseguíamos asimilar nada; de modo que la segunda mitad la escuchamos por pura cortesía. Es verdad que se hablaba mucho de amor, del amor del genio por cierta persona, pero confieso que resultó bastante deslucido. A la figurita baja y rechoncha del genial escritor no le iba demasiado bien, en mi opinión, lo de contar cómo había sido su primer beso… Y, algo que también es ofensivo, aquellos besos no ocurrían como los del resto de la humanidad. No podían faltar matas de hiniesta alrededor (tenía que ser hiniesta u otra hierba que hubiera que buscar en un libro de botánica). Además, debía haber necesariamente en el cielo un matiz violáceo, el cual, por supuesto, no había sido notado antes por ningún mortal; es decir, todos lo habían visto, pero no habían sabido advertirlo; y sepan que «yo sí lo he visto y se lo describo a ustedes, que son unos necios, como la cosa más natural». El árbol bajo el que estaba sentada la interesante pareja había de ser obligatoriamente de color naranja. Estaban en algún lugar de Alemania. De pronto ven a Pompeyo o Casio la víspera de la batalla, y un escalofrío de éxtasis les recorre a ambos el espinazo. Una rusalca empieza a chillar en los arbustos. Gluck toca el violín entre los cañaverales. La pieza que estaba interpretando se menciona *en toutes lettres*, pero nadie parece conocerla, de modo que hay que buscarla en un

diccionario de música. Entretanto se cierra la niebla, se cierra tanto que más que niebla parece un millón de almohadas. Y de pronto todo desaparece, y el gran genio atraviesa el Volga en invierno, durante un deshielo. Dos páginas y media de travesía, pero de todos modos cae por un agujero que hay en el hielo. El genio se va a ahogar… ¿creen que se ahoga al final? Ni pensarlo: todo eso era para mostrar que, cuando ya estaba a punto de ahogarse y no le llegaba el aliento, apareció delante de él un bloque de hielo, un diminuto bloque de hielo del tamaño de un guisante, pero puro y transparente «como una lágrima congelada», y en ese bloque de hielo se reflejaba Alemania o, mejor dicho, el cielo de Alemania, y el juego iridiscente de ese reflejo le trajo a la memoria aquella lágrima que, «acuérdate, brotó de tus ojos cuando estábamos bajo el árbol de esmeralda y tú exclamaste dichosa: "¡No hay crimen!". "No —dije yo entre lágrimas—, pero en tal caso tampoco hay hombres justos". Sollozamos y nos separamos para siempre». Ella a un lugar en la costa y él a unas cuevas; y he aquí que él desciende y desciende, tres años está descendiendo bajo la torre Sújarev de Moscú[301], hasta que de pronto, en las profundidades de la tierra, dentro de una gruta encuentra una lámpara, y delante de la lámpara a un monje. El monje está rezando. El genio se acerca a un ventanuco con barrotes y de pronto oye un suspiro. Pensarán ustedes que había suspirado el monje… Pues ¡sí que le importa mucho a él el monje! Nada de eso, señores, sencillamente aquel suspiro le «trajo a la memoria el primer suspiro de ella, hacía treinta y siete años», cuando, «acuérdate, en Alemania, estábamos bajo el árbol de ágata y tú me dijiste: "¿Para qué amar? Mira, a nuestro alrededor se extiende el ocre, y estoy enamorada; pero, si cesa de extenderse el ocre, dejaré de amar"». En ese momento vuelve a cerrarse la niebla, aparece Hoffmann, la rusalca silba un aire de Chopin y, de improviso surge de entre la niebla Anco Marcio[302], coronado de laurel, por encima de los tejados de Roma. «Un escalofrío de éxtasis nos recorre el espinazo y nos separamos para siempre», y etcétera, etcétera. En definitiva, puede que no lo cuente bien, y que sea incapaz de hacerlo, pero el sentido de la cháchara era algo por el estilo. Y, por último, ¡vaya una pasión indecente la de nuestros grandes talentos por los calambures de sentido elevado! El gran filósofo europeo, el gran sabio, el inventor, el trabajador, el mártir, todos los que están cansados y agobiados[303], vienen a ser para nuestro gran genio ruso algo así como cocineros que trabajan en su cocina. Él es el amo, y ellos se presentan ante él con sus altos gorros en la mano, esperando órdenes. Es verdad que también se ríe desdeñosamente de Rusia y que nada le gusta tanto como anunciar la bancarrota de Rusia, en todos los sentidos, ante los grandes intelectos europeos; pero, en lo que respecta a sí mismo, entonces ya no: está muy por encima de esos grandes intelectos de Europa, que solo son materia prima para sus calambures. Toma una idea ajena, le entreteje su antítesis, y ya está listo el calambur. Hay crimen, pero no hay crímenes; no existe la verdad, no hay hombres justos; el ateísmo, el darwinismo, las campanas de Moscú… Pero ¡ay!, ya no cree en las campanas de Moscú; Roma, laureles… pero ni siquiera cree en los laureles… He aquí un acceso convencional de hastío byroniano, una mueca tomada de Heine, algo de Pechorin[304]; y allá va rodando, rodando, la máquina, entre silbidos… «Pero alábenme, alábenme, es algo que me encanta; en cuanto a lo de colgar la

pluma, es solo una forma de hablar; esperen, que aún tengo que aburrirles trescientas veces más, ya se cansarán de leerme…».

Naturalmente, aquello no acabó bien; pero lo peor fue que todo se inició por ahí. Hacía ya un rato que habían empezado los cuchicheos, la gente se sonaba, tosía y hacía lo que se suele hacer cuando en un recital literario el escritor, sea quien sea, retiene al público más de veinte minutos. Pero el genial autor no se daba cuenta de nada de eso. Seguía ceceando y balbuceando, ajeno al auditorio, hasta que todo el mundo empezó a sentirse desconcertado. De pronto, en las últimas filas se oyó una voz solitaria pero atronadora:

—¡Ay, Señor, cuánta tontería!

Se le escapó involuntariamente y, estoy convencido, sin ningún deseo de hacerse notar. Sencillamente, era un hombre cansado. Pero el señor Karmazínov se detuvo, miró irónicamente al público y ceceó de pronto con el porte de un chambelán agraviado:

—Parece, señores, que ya les he aburrido bastante…

Y ahí es donde estuvo su error: en ser el primero en hablar; porque invitando de aquel modo a una respuesta, daba pie a que cualquier sinvergüenza hablase a su vez, incluso, por así decir, de forma legítima, mientras que, si se hubiera reprimido, la gente se habría limitado a seguir sonándose la nariz y habría salido del paso… A lo mejor esperaba una ovación en respuesta a su comentario; pero no se produjo ninguna ovación; al contrario, todo el mundo pareció asustarse y retraerse, y nadie dijo nada.

—Usted no ha visto nunca a Anco Marcio; no es más que un recurso estilístico —se oyó de pronto una voz irritada, y hasta un tanto apremiante.

—Eso es —se hizo eco al momento otra voz—. Hoy en día no hay apariciones, sino fenómenos naturales. Compruébelo en un libro de ciencias naturales.

—Señores, lo último que esperaba eran reparos de esa clase. —Karmazínov estaba tremendamente sorprendido. En Karlsruhe, el gran genio se había olvidado por completo de lo que era su país.

—En nuestro siglo es una vergüenza leer que el mundo se apoya en tres peces —soltó de pronto una muchacha—. Usted, Karmazínov, no ha podido bajar a la gruta del anacoreta. Y, además, ¿quién habla de anacoretas hoy en día?

—Señores, lo que más me sorprende es que se tomen esto tan en serio. No obstante… no obstante, llevan ustedes toda la razón. Nadie venera la auténtica

realidad más que yo… —Aunque sonreía irónicamente, se veía que estaba muy afectado. Su rostro parecía decir: «No soy como ustedes piensan; estoy de su parte; solo tienen que alabarme, alabarme más, cuanto más mejor, porque eso es algo que me encanta»—. Señores —gritó al fin, muy dolido—, veo que mi pobre poemilla no ha venido a parar al lugar adecuado. Y tampoco yo, por lo visto…

—Apuntaba usted a un cuervo y le ha dado a una vaca —dijo a voz en grito algún mentecato, sin duda borracho, a quien, naturalmente, no había que prestar atención. Aunque lo cierto es que se oyeron unas risas irrespetuosas.

—¿A una vaca, dice usted? —replicó de inmediato Karmazínov. Su voz se iba volviendo cada vez más chillona—. En lo tocante a cuervos y vacas, me permito abstenerme, señores. Respeto demasiado a toda clase de público para permitirme hacer comparaciones, por inocentes que sean; pero se me ha ocurrido que…

—No obstante, señor mío, no debería ser tan… —gritó alguien en las últimas filas.

—Pero yo pensaba que, al colgar la pluma y despedirme de mis lectores, sería escuchado…

—No, no, queremos oírle, claro que queremos —se atrevieron a decir al fin unas cuantas voces de la primera fila.

—¡Lea, lea! —insistieron algunas voces femeninas, entusiasmadas, y por fin estallaron los aplausos, aunque tímidos y dispersos. Karmazínov forzó una sonrisa y se levantó de su asiento.

—Créame, Karmazínov, que todos lo consideran un honor… —la propia decana se animó a hablar.

—Señor Karmazínov —se alzó una voz fresca y juvenil en el fondo del salón. Era la voz de un maestro muy joven de la escuela del distrito, un muchacho excelente, discreto y honrado, recién llegado a nuestra ciudad. Incluso se levantó de su asiento—. Señor Karmazínov, si yo tuviera la dicha de enamorarme como usted lo ha descrito, la verdad es que no diría nada de mi amor en un artículo destinado a la lectura pública…

Se puso todo colorado.

—Señores —gritó Karmazínov—. He terminado. Omito el final y me marcho. Pero permítanme que les lea tan solo las seis últimas líneas. «¡Sí, amigo lector, adiós! —empezó acto seguido a leer su manuscrito, sin volver a sentarse en el sillón—. Adiós, lector; ni siquiera insisto demasiado en que nos separemos como amigos: ¿para qué iba a molestarte? Insúltame incluso, ¡oh, insúltame todo lo que

quieras, si eso te complace! Pero lo mejor sería que nos olvidáramos el uno del otro para siempre. Y, si todos vosotros, lectores, fuerais de pronto tan buenos como para, puestos de rodillas, empezar a implorarme entre lágrimas: "Escribe, escribe para nosotros, Karmazínov: para la patria, para la posteridad, para las coronas de laurel", también os respondería, dándoos las gracias, naturalmente, con el mayor de los respetos: "¡No, queridos compatriotas, ya hemos viajado juntos bastante tiempo, *merci*! ¡Ya es hora de que cada cual siga su camino! *Merci, merci, merci*"».

Karmazínov se inclinó ceremoniosamente y, todo rojo, como recién cocido, abandonó el estrado.

—Nadie se va a poner de rodillas; qué idea más disparatada.

—¡Esto sí que es vanidad!

—No es más que humor —puntualizó otro con más sensatez.

—Pues que Dios nos libre de ese humor vuestro.

—En todo caso, ¡cuánto descaro, señores!

—Ya ha terminado, por lo menos.

—¡Lo que nos hemos aburrido!

Pero todas estas manifestaciones de ignorancia procedentes de las últimas filas (y no solo de las últimas, a decir verdad) fueron acalladas por los aplausos de otro sector del público. Reclamaban la vuelta de Karmazínov. Algunas damas, con Yulia Mijáilovna y la decana a la cabeza, se arremolinaron al pie del estrado. En manos de Yulia Mijáilovna apareció una preciosa corona de laurel sobre un cojín de terciopelo, dentro de otra corona de rosas.

—¡Laureles! —exclamó Karmazínov con una sonrisa sutil y un tanto mordaz —. Naturalmente, estoy conmovido, y recibo esta corona preparada de antemano, pero que aún no ha tenido tiempo de marchitarse, con viva emoción; no obstante, les aseguro a ustedes, *mesdames*, que de pronto me he vuelto tan realista que creo que en nuestra época los laureles están mucho mejor en manos de un diestro cocinero que en las mías…

—Sí, un cocinero es más útil —gritó el seminarista que había estado en la «sesión» en casa de Virguinski. Se produjo cierta alteración del orden. En muchas filas la gente se puso de pie para ver la ceremonia con la corona de laurel.

—Yo ahora daría tres rublos más por un cocinero —declaró alguien en voz alta, demasiado alta, apremiantemente alta.

—Y yo.

—Y yo.

—Pero ¿de verdad que no hay bufé?

—Señores, esto es un engaño…

Hay que admitir, en cualquier caso, que todos aquellos alborotadores no dejaban de mirar con temor a las autoridades y al comisario de policía, presente en el salón. De un modo u otro, al cabo de diez minutos todo el mundo volvió a sentarse, aunque el orden previo ya no se restableció. Y en medio de aquel caos incipiente iba a hacer su aparición el pobre Stepán Trofímovich…

IV

No obstante, me acerqué una vez más hasta él, entre bastidores, y logré advertirlo, muy agitado, de que, en mi opinión, todo se había ido al garete y que lo mejor sería que no saliera y que se marchara inmediatamente a casa pretextando un ataque de colerina; yo, por mi parte, me quitaría la escarapela y me iría con él. Se disponía en ese momento a salir al estrado, cuando se detuvo de súbito, me miró con desdén de pies a cabeza y proclamó solemnemente:

—¿Cómo es posible, señor mío, que me juzgue usted capaz de tamaña bajeza?

Desistí. Estaba tan seguro como que dos y dos son cuatro de que él no se iba a marchar de allí a menos que mediara una catástrofe. Mientras yo estaba allí, profundamente abatido, vi pasar una vez más por delante de mí la figura del catedrático visitante a quien tocaba hablar después de Stepán Trofímovich, el mismo que un rato antes se dedicaba a levantar el puño y dejarlo caer con todas sus fuerzas. No paraba de ir de acá para allá, ensimismado, y mascullando algo entre dientes, con una sonrisa maliciosa pero triunfal. Sin ningún propósito especial (no sé cómo se me ocurriría), me acerqué hasta él.

—Como sabrá —dije—, son muchos los ejemplos que indican que, si el conferenciante retiene al público más de veinte minutos, éste deja de escuchar. Ni siquiera una celebridad puede retener su atención media hora…

De pronto se detuvo, y poco menos que se estremeció, ofendido. Una arrogancia sin límites se reflejaba en su rostro.

—No se preocupe —murmuró desdeñoso, y pasó de largo. En ese momento se oyó en la sala la voz de Stepán Trofímovich.

«¡Bah, que se os lleve el diablo!», pensé, y me dirigí corriendo a la sala.

Stepán Trofímovich se sentó en el sillón todavía en pleno alboroto. Aparentemente, se encontró con miradas aviesas en las filas delanteras. (Últimamente en el club ya no lo apreciaban, y lo respetaban bastante menos que antes). De todos modos, ya fue una suerte que no lo abuchearan. Desde la víspera yo había tenido una extraña idea: pensaba que, en cuanto apareciera, empezarían a silbarle. Sin embargo, al principio su presencia pasó inadvertida en medio del desorden imperante. Y ¿qué podía esperar este hombre, si habían tratado a Karmazínov de ese modo? Estaba pálido; llevaba diez años sin aparecer ante el público. A juzgar por su agitación y por todo lo que sabía de él, estaba claro que él mismo consideraba su presencia en el estrado en aquellos momentos como la clave de su destino o algo por el estilo. Eso era justamente lo que me daba miedo. Tanto quería yo a ese hombre. ¡Lo que pude sentir cuando despegó los labios y oí la primera frase!

—¡Señores! —dijo de pronto como resuelto a todo, y al mismo tiempo con la voz algo temblorosa—. ¡Señores! Esta misma mañana he tenido delante uno de los pasquines ilegales que se han repartido aquí hace poco, y por centésima vez me he hecho una pregunta: ¿cuál es su secreto?

Toda la sala se calló de inmediato, todas las miradas se volvieron hacia él, algunas asustadas. No hace falta decir que sabía despertar interés desde la primera palabra. Incluso, por detrás del estrado asomaron algunas cabezas; Liputin y Liamshin escuchaban con avidez. Yulia Mijáilovna volvió a hacerme una seña con la mano:

—¡Hágalo callar! ¡Cueste lo que cueste, hágalo callar! —murmuró sobresaltada. Yo me limité a encogerme de hombros: ¿acaso era posible detener a un hombre *dispuesto a todo*? Ay, demasiado bien entendía yo a Stepán Trofímovich.

—¡Vaya, trata de las proclamas! —se oyeron susurros entre el público; toda la sala estaba agitada.

—Señores, yo he descifrado todo el secreto. ¡Todo el secreto de su efecto reside en su estupidez! —Le centellearon los ojos—. Sí, señores, si esa estupidez fuera intencionada, si fuera fingida, como resultado del cálculo, ¡ah, eso sería algo genial! Pero hay que ser completamente justo con ellos: no hay nada fingido. Se trata de la estupidez más elemental, más candorosa, más limitada… *c'est la bêtise dans son essence la plus pure, quelque chose comme un simple chimique*[305]. Si lo hubieran expresado con una pizca más de inteligencia, cualquiera habría visto enseguida la pobreza de esa estupidez tan limitada. Pero ahora todo el mundo se muestra perplejo: nadie se cree que pueda tratarse de algo tan elementalmente estúpido. «Es imposible que no oculte nada más», se dice a sí mismo cada cual, y se pone a buscar el secreto, ve un misterio, pretende leer entre líneas… y ¡así se consigue el

efecto! Nunca había recibido la estupidez tan triunfal galardón a pesar de haberlo merecido muy a menudo… Pues, dicho *en parenthèse*, la estupidez, como el más elevado de los genios, es igualmente útil en el destino humano…

—¡Un calambur de los años cuarenta! —se oyó una voz, muy modesta, por cierto, aunque fue seguida de un tremendo estrépito. Mucha gente empezó a chillar y vociferar.

—¡Señores, hurra! ¡Propongo un brindis a la estupidez! —exclamó Stepán Trofímovich, en pleno frenesí, desafiando al auditorio.

Corrí hasta él con el pretexto de servirle agua.

—Stepán Trofímovich, déjelo, Yulia Mijáilovna le suplica…

—No, ¡déjeme usted a mí, joven ocioso! —se revolvió contra mí, gritando a voz en cuello. Yo me alejé rápidamente—. *Messieurs!* —prosiguió—. ¿A qué viene ese revuelo, a qué vienen esos gritos de indignación que estoy oyendo? He venido con una rama de olivo. Traigo la última palabra, porque en este asunto yo soy quien tiene la última palabra… y nos reconciliaremos.

—¡Fuera! —gritaron algunos.

—Silencio, déjenlo hablar, dejen que se explique —gritaba otra parte del auditorio. El joven maestro estaba particularmente agitado: una vez que se había lanzado a hablar, parecía que ya no podía callarse.

—*Messieurs*, mi última palabra en este asunto es el perdón universal. Yo, un anciano obsoleto, declaro solemnemente que el espíritu de la vida sigue alentando como antes y que la fuerza vital no se ha agotado en la nueva generación. El entusiasmo de la juventud actual es tan puro y radiante como lo era en nuestro tiempo. Tan solo ha ocurrido una cosa: un cambio en las metas, la sustitución de una belleza por otra. Se trata únicamente de resolver qué es más bello: Shakespeare o unas botas, Rafael o el petróleo.

—¿No será un soplón? —murmuraron algunos.

—¡Preguntas comprometedoras!

—*Agent provocateur!*

—Pues yo declaro —chilló Stepán Trofímovich, en el colmo del enardecimiento—, yo declaro que Shakespeare y Rafael están por encima de la emancipación de los siervos, por encima del socialismo, por encima de la nueva generación, por encima de la química, por encima, casi, de la humanidad entera,

pues son el fruto, el verdadero fruto de la humanidad entera, ¡acaso el mejor fruto que pueda dar! Una forma de belleza ya alcanzada, sin cuya consecución, posiblemente, yo no estaría dispuesto a vivir… ¡Oh, Dios mío! —levantó los brazos —, hace diez años proclamé lo mismo en San Petersburgo, en otro estrado, con idénticas palabras, y tampoco entonces entendieron nada, se rieron y silbaron igual que ahora. Gente alicorta, ¿qué más os hace falta para entender? ¿Es que no sabéis, no sabéis que la humanidad puede seguir viviendo sin los ingleses, sin Alemania y, por descontado, sin los rusos; que es posible vivir sin ciencia, vivir sin pan, pero en cambio es imposible vivir sin belleza, pues no habría nada que hacer en el mundo? ¡Ahí está todo el secreto, ahí está toda la historia! La propia ciencia no aguantaría un minuto sin la belleza… ¿Es que no lo sabéis, tanto que os reís vosotros? ¡Nos precipitaríamos en la barbarie, no inventaríamos un triste clavo!… ¡Yo no me rindo! —gritó absurdamente, a modo de conclusión, y dio un tremendo puñetazo en la mesa.

Pero, mientras gritaba sin ton ni son, el desorden en la sala iba en aumento. Muchos se levantaron de un salto, algunos se precipitaron hacia el estrado. Todo esto ocurrió mucho más rápido de lo que lo cuento y no hubo tiempo de adoptar medidas. También es posible que no quisieran adoptarlas.

—¡Bien que les va a ustedes, que tienen de todo, tunantes! —bramó al pie del estrado el seminarista de antes, enseñando con regocijo los dientes a Stepán Trofímovich. Éste lo advirtió y se acercó al borde mismo del estrado.

—¿No acabo de decir que el entusiasmo de la nueva generación es tan puro y radiante como ha sido siempre, y que se está perdiendo únicamente al equivocarse en lo que respecta a las formas de lo bello? ¿Le parece a usted poco? Y, si se tiene en cuenta que esto lo sostiene un padre hundido y ultrajado, entonces, ¡oh, gente alicorta!, ¿es posible mostrarse aún más imparcial y ofrecer una visión aún más serena? Ingratos… injustos… ¿por qué no queréis hacer las paces?

Y de pronto rompió a sollozar histéricamente. Se enjugaba las lágrimas con los dedos. Los sollozos le sacudían los hombros y el pecho… Estaba ajeno a todo.

Un auténtico pánico se desató entre el público, casi todo el mundo se levantó. Yulia Mijáilovna se puso en pie súbitamente, agarró a su marido del brazo y lo alzó del asiento… El escándalo era colosal.

—¡Stepán Trofímovich! —bramó con regocijo el seminarista—. Fedka el Presidiario, un criminal huido de prisión, merodea ahora por la ciudad y sus alrededores. Roba a la gente y no hace mucho cometió un nuevo asesinato. Permítame que le pregunte: si hace quince años no lo hubiera enviado usted al ejército para pagar una deuda de juego, esto es, si no lo hubiera perdido sin más a las cartas, dígame: ¿habría acabado Fedka en un presidio? ¿Habría matado a gente, como hace ahora, en su lucha por la vida? ¿Qué tiene que decir, señor esteta?

Renuncio a describir la escena que siguió. De entrada, hubo una ovación desenfrenada. No aplaudían todos, aplaudía algo así como una quinta parte de la sala, pero aplaudía con frenesí. El resto del público se precipitó hacia la salida, pero como la parte que aplaudía se movía en masa hacia el estrado, se produjo una confusión generalizada. Las damas gritaban, algunas señoritas rompieron a llorar y pedían que las llevaran a casa. Lembke, de pie junto a su asiento, miraba sin parar a su alrededor, como una fiera. Yulia Mijáilovna estaba totalmente perdida, y era la primera vez que le ocurría desde que había iniciado su carrera entre nosotros. En cuanto a Stepán Trofímovich, en un primer momento pareció literalmente apabullado por las palabras del seminarista; pero de repente levantó los brazos, como extendiéndolos sobre el público, y gritó:

—Sacudo el polvo de mis pies[306] y os maldigo… El fin… el fin…

Y, girando sobre sus talones, entró corriendo entre bastidores, haciendo aspavientos y amenazando con los brazos.

—¡Ha insultado al público!… ¡Verjovenski! —rugía encolerizado el público. Había quienes querían salir corriendo tras él. Era imposible apaciguarlos, al menos por el momento. Y, de repente, la catástrofe final se precipitó sobre los presentes como una bomba y estalló en medio de ellos: el tercer conferenciante, aquel maníaco que daba manotazos entre bambalinas, salió rápidamente al estrado.

Parecía completamente enajenado. Con amplia y triunfal sonrisa, llena de ilimitada autosuficiencia, contempló la agitada sala y, aparentemente, se quedó encantado con aquel desorden. No le preocupaba lo más mínimo tener que intervenir en medio de tamaño alboroto; al contrario, estaba visiblemente satisfecho. Era algo tan evidente que enseguida llamó la atención de todos.

—Y ¿esto qué es? —se preguntaba la gente—. ¿Qué es? ¡Chis! ¿De qué querrá hablar?

—¡Señores! —gritó con todas sus fuerzas el maníaco, parado justo al borde del estrado, con una voz chillona y afeminada muy parecida a la de Karmazínov, pero sin su ceceo aristocrático—. ¡Señores! Hace veinte años, en vísperas de una guerra con media Europa[307], Rusia era un país ideal a ojos de todos los consejeros de Estado y consejeros privados. La literatura estaba al servicio de la censura[308], en las universidades se impartía instrucción militar; el ejército se transformó en un *ballet* y los campesinos pagaban sus tributos y callaban bajo el látigo de la servidumbre. El patriotismo se convirtió en un modo de sobornar a vivos y muertos. Los que no aceptaban sobornos eran considerados unos rebeldes, pues destruían la armonía. Bosques enteros de abedules se talaban para preservar el orden[309]. Europa temblaba… Pero nunca, en los mil años insensatos de su existencia, había llegado Rusia a tanta infamia…

Alzó el puño, lo agitó con gesto triunfal y amenazante por encima de la cabeza y de repente lo dejó caer con rabia, como si quisiera destrozar a su rival. Un alarido de furia resonó por todo el salón, seguido de una ovación ensordecedora. Ahora aplaudía casi la mitad del auditorio; se habían visto arrastrados del modo más ingenuo: estaban ofendiendo a Rusia públicamente, delante de todo el mundo. ¿Cómo no iban a rugir de entusiasmo?

—¡Eso es! ¡Eso es! ¡Hurra! ¡No, éste no es ningún esteta!

El maníaco prosiguió con entusiasmo:

—Desde entonces han pasado veinte años. Las universidades se han abierto y se han multiplicado. La instrucción militar ha pasado a ser una leyenda, faltan miles de oficiales para completar los cupos. Los ferrocarriles se han comido todo el capital y han cubierto Rusia como una telaraña, de modo que de aquí a quince años a lo mejor podemos viajar a alguna parte. Los puentes se incendian muy de vez en cuando, pero las ciudades se incendian con regularidad, de acuerdo con un plan preconcebido y en un orden determinado, durante la temporada de incendios. En los tribunales se dictan sentencias salomónicas y los miembros del jurado solo aceptan sobornos en medio de la lucha por la vida, pues de lo contrario se morirían de hambre. Los siervos son libres y se zurran unos a otros con varas de abedul en lugar de ser zurrados por sus antiguos amos. Se consumen mares y océanos de vodka para contribuir al presupuesto, y en Nóvgorod, enfrente de la antigua e inútil Santa Sofía, un colosal globo de bronce se ha erigido solemnemente para conmemorar los mil años transcurridos de desorden y confusión[310]. Europa frunce el ceño y empieza a inquietarse nuevamente… ¡Quince años de reformas! Y, con todo, ni aun en las épocas más caricaturescas de su confusa historia, nunca había llegado Rusia…

No fue posible oír sus últimas palabras por culpa del alarido de la multitud. Se vio cómo volvía a levantar el brazo y a descargarlo con gesto triunfal. El entusiasmo traspasó todos los límites: la gente chillaba, daba palmadas, y hasta había damas que exclamaban: «¡Es suficiente! ¡No lo podía haber dicho mejor!». Estaban como ebrios. El orador fue recorriendo a todos con la mirada y pareció fundirse en su propia sensación de triunfo. Vi fugazmente cómo Lembke, presa de una agitación indescriptible, le señalaba algo a alguien. Yulia Mijáilovna, toda pálida, le decía con premura algo al príncipe, que se había acercado hasta ella… Pero en ese momento seis individuos, integrantes de un grupo más o menos oficial, subieron al estrado, agarraron al orador y se lo llevaron a rastras entre bastidores. No comprendo cómo pudo soltarse, pero lo cierto es que se soltó, se plantó de nuevo al borde mismo del estrado y aún tuvo tiempo de desgañitarse, agitando el puño:

—Pero Rusia nunca había llegado…

Pero volvieron a llevárselo. Vi cómo unas quince personas se lanzaban a liberarlo, pero no cruzaron por medio del estrado, sino que pasaron por un lateral, rompiendo una endeble barrera que acabó viniéndose abajo… Vi después, sin dar crédito a mis ojos, cómo se encaramaba al estrado la estudiante pariente de Virguinski, con el consabido legajo de papeles bajo el brazo, con su vestido habitual, tan colorada y regordeta como siempre, rodeada por dos o tres mujeres y otros tantos hombres y acompañada por su enemigo mortal, el alumno de gimnasio. Me las arreglé incluso para captar la frase:

—Señores, he venido para dar a conocer las penalidades de los desdichados estudiantes e incitarlos a la protesta en todas partes…

Pero me fui corriendo. Me metí la escarapela en el bolsillo y, por una serie de pasajes traseros que yo ya conocía, salí del edificio y llegué a la calle. Lo primero que hice, naturalmente, fue encaminarme a casa de Stepán Trofímovich.

Capítulo II. El final de los festejos

I

No me recibió. Se había encerrado y estaba escribiendo. A mis reiterados golpes y llamadas respondió a través de la puerta:

—Amigo mío, he terminado con todo, ¿quién puede exigirme nada más?

—No ha terminado usted con nada, solo ha contribuido a que todo fracasara. Por el amor de Dios, déjese de juegos de palabras, Stepán Trofímovich; ábrame. Hay que tomar medidas; aún pueden venir a insultarlo…

Me consideraba con derecho a ser especialmente severo y aun exigente con él. Tenía miedo de que se le ocurriese algo aún más insensato. Pero, para mi sorpresa, me encontré con una firmeza insólita:

—Pues no sea usted el primero en insultarme. Le agradezco todo lo que ha hecho hasta ahora por mí, pero le repito que he terminado con la gente, con la buena y la mala. Estoy escribiendo una carta a Daria Pávlovna, a la que he tenido olvidada hasta el momento presente de un modo imperdonable. Llévesela mañana, si le parece bien. Y ahora, *merci*.

—Stepán Trofímovich, le aseguro que el asunto es más grave de lo que cree. ¿Piensa usted que ha apabullado a alguien allí? No ha apabullado usted a nadie: ha sido usted mismo el que se ha hecho añicos como una botella vacía. —¡Oh, estuve rudo y descortés, lo recuerdo con amargura!—. Decididamente, no tiene usted ningún motivo para escribir a Daria Pávlovna… Y ¿qué va a ser de usted ahora sin mí? ¿Qué sabe de la vida práctica? Seguro que está usted tramando alguna cosa… Volverá a fracasar, si está otra vez tramando algo…

Se levantó y se acercó a la puerta.

—No ha pasado usted demasiado tiempo con ellos, pero ya le han contagiado su tono y su manera de hablar. *Dieu vous pardonne, mon ami, et Dieu vous garde*[311]. Pero yo siempre he notado rudimentos de decencia en usted y es posible que aún recapacite, *après le temps*[312], por supuesto, como todos nosotros, los rusos. En lo tocante a su observación sobre mi falta de sentido práctico, me limitaré a recordarle un viejo pensamiento mío: que en Rusia hay un sinfín de personas que se ocupan, con saña y singular tenacidad, como las moscas en verano, de atacar a los demás por su falta de sentido práctico, acusando a todo el mundo sin excepción, salvo a sí mismas. *Cher*, tenga presente que estoy alterado y no me

atormente. Una vez más, *merci* por todo, y separémonos como ha hecho Karmazínov con su público, es decir, olvidémonos el uno del otro con la mayor generosidad posible. Lo de Karmazínov era una añagaza cuando pedía insistentemente a sus antiguos lectores que se olvidasen de él; *quant à moi*, no soy tan vanidoso, y deposito mis esperanzas, ante todo, en la juventud de su inocente corazón: ¿para qué querría recordar demasiado tiempo a un anciano inútil? «Viva más», amigo mío, como me deseó Nastasia en mi última onomástica (*ces pauvres gens ont quelque fois de mots charmants et pleins de philosophie*[313]). No le deseo mucha felicidad, se aburriría usted; tampoco le deseo desgracias, sino que, de acuerdo con la filosofía popular, me limitaré a repetir: «Viva más», y procure de algún modo no aburrirse en exceso; ese vano deseo lo añado yo por mi cuenta. Y ahora, adiós, y le digo adiós muy en serio. Y no se quede plantado delante de mi puerta, que no pienso abrir.

Se retiró y no conseguí nada más. A pesar de su «agitación», había hablado con fluidez, sin prisa, ponderando sus palabras y tratando obviamente de impresionarme. Indudablemente, estaba un tanto dolido conmigo y se vengaba de mí indirectamente, tal vez a causa de las *kibitki* y de los «escotillones» de la víspera. Y las lágrimas derramadas en público aquella mañana, a pesar de lo que había sido, a su modo, una victoria, lo habían dejado, y él lo sabía, en una situación algo cómica, y nadie se preocupaba tanto por la belleza y el rigor formal en las relaciones con los amigos como Stepán Trofímovich. ¡Oh, no le echo la culpa! Pero fue precisamente la susceptibilidad y el sarcasmo de los que seguía haciendo gala, a pesar de tantas sacudidas, lo que me tranquilizó entonces: un hombre que, aparentemente, apenas había cambiado en comparación con lo que había sido siempre no iba a estar dispuesto en ese momento a hacer nada trágico o fuera de lo común. Así razoné entonces y… ¡Dios mío, lo que me pude equivocar! Hubo demasiadas cosas que no tomé en consideración…

Anticipándome a los acontecimientos, citaré algunas de las primeras líneas de aquella carta a Daria Pávlovna, que ella, en efecto, recibió al día siguiente:

Mon enfant, me tiembla la mano, pero he terminado con todo. No estuvo usted presente en mi último combate con la gente; no acudió a la «lectura», e hizo bien. Pero le habrán contado que en nuestra Rusia, tan necesitada de gente de carácter, se levantó un hombre osado y, a pesar de las amenazas de muerte que le cayeron de todos lados, les dijo la verdad a aquellos necios: esto es, que son unos necios. *O, ce sont des pauvres petits vauriens et rien de plus, des petits imbéciles, voilá le mot!*[314] La suerte está echada, me marcho de esta ciudad para siempre, y no sé adónde. Todos aquellos a quienes he amado me han vuelto la espalda. Pero usted, usted, criatura pura e inocente; usted, que es tan dócil, cuyo destino estuvo a punto de unirse al mío por voluntad de un corazón caprichoso y despótico; usted, que acaso miró con desprecio cómo derramaba mis pusilánimes lágrimas la víspera de nuestro frustrado casamiento; usted, que no puede, en ningún caso, mirarme más que como a un tipo cómico, ¡oh, para usted es el último grito de mi corazón, mi

último deber, para usted sola! No puedo dejarla para siempre con la idea de que soy un necio ingrato, un patán y un egoísta, como seguramente le asegura a diario un corazón desagradecido y cruel que, ¡ay!, no puedo olvidar…

Y así seguía y seguía: en total, cuatro hojas de papel de gran formato.

Después de llamar tres veces a la puerta en respuesta a su: «No pienso abrir», y de decirle a gritos que ya podía mandar tres veces ese mismo día a Nastasia a buscarme, que yo ya no iba a volver, lo abandoné y corrí a casa de Yulia Mijáilovna.

II

Allí fui testigo de una escena indignante: estaban engañando de un modo evidente a la pobre mujer, y yo no podía hacer nada. En efecto, ¿qué podía decirle? Yo ya había tenido tiempo para recapacitar brevemente y darme cuenta de que todo lo que tenía no eran más que sensaciones, presentimientos suspicaces, y poco más. La encontré hecha un mar de lágrimas, al borde de la histeria, con compresas de agua de colonia y un vaso de agua. Delante de ella estaban Piotr Stepánovich, hablando por los codos, y el príncipe, callado como si le hubieran puesto un candado en la boca. Yulia Mijáilovna, con lágrimas y gritos, no paraba de echarle en cara a Piotr Stepánovich su «apostasía». Me quedé perplejo al comprender que atribuía todo el fracaso, todo el bochorno de aquella mañana, en definitiva, absolutamente todo, a la ausencia de Piotr Stepánovich.

En éste advertí un cambio importante: daba la sensación de estar bastante preocupado por algo, casi serio. Casi nunca se le veía serio, siempre estaba riéndose, incluso cuando se enfurecía, y se enfurecía a menudo. ¡Oh, en ese momento también estaba furioso, hablaba de forma grosera, sin tino, con irritación e impaciencia! Aseguraba que se había sentido indispuesto, con dolor de cabeza y bascas, en casa de Gagánov, a quien había entrado a ver casualmente a primera hora de la mañana. ¡Ay, la pobre mujer estaba deseosa de que la engañaran! La cuestión principal que estaba sobre la mesa era si debía o no debía haber baile, esto es, si debía celebrarse la segunda mitad del festival. Yulia Mijáilovna no estaba dispuesta por nada del mundo a presentarse en el baile después de «los recientes insultos». Dicho de otro modo, se moría de ganas de que la animaran a presentarse, y de que fuera precisamente Piotr Stepánovich quien la animara. Veía en él a un oráculo, y tengo la sensación de que, si Piotr Stepánovich se hubiera ausentado en aquel preciso instante, a ella habrían tenido que acostarla. Pero él tampoco quería irse: necesitaba a toda costa que el baile se celebrara ese día y que Yulia Mijáilovna acudiera sin falta…

—Pero ¡a qué viene ese llanto! ¿Es que no puede pasarse sin una escena? ¿Necesita descargar su enojo sobre alguien? Pues nada, descárguelo sobre mí, pero

deprisa, que el tiempo vuela y hay que decidirse. ¿Que hemos arruinado el recital? Pues lo compensaremos con el baile. Mire, el príncipe es de la misma opinión. Sí, y de no haber estado el príncipe, ¿cómo habría acabado todo?

El príncipe, en un primer momento, era contrario al baile (o, más bien, contrario a la presencia en él de Yulia Mijáilovna, pues el baile, en cualquier caso, tendría que celebrarse), pero, después de dos o tres menciones semejantes a su opinión, comenzó gradualmente a mover la cabeza en señal de asentimiento.

Otra cosa que me sorprendió entonces fue el tono inusitadamente descortés de Piotr Stepánovich. ¡Oh, rechazo con indignación las habladurías mezquinas que circularon más tarde sobre una supuesta relación entre Yulia Mijáilovna y Piotr Stepánovich! No hubo nada parecido ni pudo haberlo. Él había adquirido ascendiente sobre ella apoyando decididamente desde el principio sus sueños de influir en la sociedad y en el ministerio; se había inmiscuido en sus planes, él mismo se los había trazado; recurriendo a la más burda adulación, la enredó de los pies a la cabeza y llegó a ser tan indispensable para ella como el aire que respiraba.

Al verme, Yulia Mijáilovna gritó con ojos centelleantes:

—Mire, pregúntele a él; él tampoco se ha apartado de mi lado un instante, lo mismo que el príncipe. Dígame si no está claro que todo ha obedecido a una conjura, una conjura vil e insidiosa para hacernos todo el daño posible a mi Andréi Antónovich y a mí. ¡Ah, estaban confabulados! Tenían un plan. ¡Es un verdadero grupo, un grupo organizado!

—Va usted demasiado lejos, como de costumbre. Siempre tan fantasiosa. Me alegro, en cualquier caso, de ver al señor… —Piotr Stepánovich hizo como si se hubiera olvidado de mi nombre—; él nos dará su opinión.

—Mi opinión —me apresuré a decir— concuerda en todo con la de Yulia Mijáilovna. La confabulación es más que evidente. Le he traído estas escarapelas, Yulia Mijáilovna. Que haya o no haya baile no es asunto mío, naturalmente, porque no es algo que esté en mi mano; pero mi papel como encargado ha terminado. Disculpe mi impetuosidad, pero no puedo ir en contra del sentido común y de mis convicciones.

—¡Ya lo han oído, ya lo han oído! — Yulia Mijáilovna juntó las manos.

—Lo he oído, y tengo que decirle lo siguiente —dijo Piotr Stepánovich, volviéndose hacia mí—. Me imagino que todos ustedes han debido comer algo que les produce delirios. En mi opinión, no ha ocurrido nada, absolutamente nada, que no haya ocurrido antes y que no pueda ocurrir en cualquier momento en esta ciudad. ¿Qué confabulación es ésa? Ha sido algo grotesco, de una estupidez bochornosa, pero ¿dónde está la confabulación? ¿Contra Yulia Mijáilovna, contra la

persona que les consiente todo, que los protege y que les disculpa todas sus travesuras porque sí? ¡Yulia Mijáilovna! ¿Qué vengo repitiéndole sin pausa desde hace un mes? ¿Contra qué la había prevenido? Pero ¿qué falta le hace a usted esa gente? ¡Quién le mandaría a usted relacionarse con todos esos tiparracos! ¿Para qué? ¿Con qué fin? ¿Unir a la sociedad? Pero, por el amor de Dios, ¿es que va a unirse alguna vez?

—Y ¿cuándo me previno usted? Al contrario, usted aprobaba, incluso exigía… Confieso que estoy asombrada… Usted mismo me ha traído a mucha gente de lo más rara.

—Al contrario, discutía con usted y no aprobaba lo que hacía; en cuanto a lo de traerle gente, es verdad que se la traje, pero cuando esa clase de gente ya había entrado aquí por decenas; y solo lo he hecho recientemente, para organizar la «cuadrilla literaria», y sin esos patanes no habría salido adelante. Pero me juego el cuello a que hoy han dejado pasar sin entrada a otra decena de patanes como ésos.

—Sin duda —confirmé.

—Ya lo ve, usted también está de acuerdo. ¿No recuerda el tono que hemos tenido por aquí últimamente, en este poblachón? Porque aquí todo se ha vuelto pura insolencia y desacato, ha habido un escándalo tras otro, a cual más ruidoso. Y ¿quién los ha alentado? ¿Quién los ha encubierto con su autoridad? ¿Quién ha confundido a esa gente? ¿Quién ha puesto furiosa a toda esa caterva? Tiene usted registrados en su álbum todos los secretos de las familias de aquí. ¿No era usted la que acariciaba la cabeza a todos esos poetas y dibujantes suyos? ¿No era usted la que le ofrecía la mano a Liamshin para que se la besara? ¿O acaso no es verdad que en su presencia un seminarista cubrió de injurias a un consejero de Estado y puso perdido el vestido de su hija con sus botas embreadas? Entonces, ¿cómo puede sorprenderle que el público se muestre indignado con usted?

—Pero ¡si ha sido usted y nada más que usted! ¡Ay, Dios mío!

—No, señora. Yo no dejaba de advertirla; discutimos, escúcheme bien, ¡discutimos por eso!

—Miente usted sin recato.

—Bueno, sí, claro, a usted no le cuesta nada decir eso. Ahora necesita una víctima sobre la que descargar su furia; muy bien, descárguela sobre mí, ya se lo he dicho. Será mejor que me dirija a usted, señor… —Seguía sin ser capaz de recordar mi nombre—. Vamos a contar con los dedos: yo sostengo que, dejando de lado a Liputin, no ha habido ninguna confabulación, ¡nin-gu-na! Puedo probarlo, pero primero analicemos a Liputin. Ha salido a escena con los versos de ese idiota de Lebiadkin; ¿obedecía, en su opinión, a una confabulación? ¿No se le ha ocurrido

pensar que a Liputin ha podido parecerle ingenioso, sin más? En serio se lo digo, ingenioso. Ha salido con el sencillo propósito de hacer que todo el mundo se riera y se lo pasara en grande, empezando por su protectora, Yulia Mijáilovna; y ya está. ¿No me cree? ¿No encaja acaso con el tono de lo que viene ocurriendo aquí en el último mes? Y, si me permite, le diré más: bien sabe Dios que en otras circunstancias la cosa podría haber funcionado. Ha sido una broma pesada, una broma de mal gusto, si usted quiere, pero divertida, ¿no le ha parecido divertida?

—¿Cómo? ¿Considera ingeniosa la actuación de Liputin? —exclamó Yulia Mijáilovna, terriblemente indignada—. ¡Semejante sandez, semejante falta de tacto, algo tan indigno, tan infame, tan premeditado! ¡Lo dice usted aposta! ¡Eso es que usted también estaba confabulado con esa gente!

—Seguro que sí; estaba sentado al fondo, escondido, y puse toda la maquinaria en marcha. ¿No se da cuenta de que, de haber participado yo en esa confabulación, no habría terminado con Liputin? ¿Según eso, también pensará que me puse de acuerdo con mi padre para que armara deliberadamente aquel escándalo? Muy bien, señora, ¿quién tiene la culpa de que dejaran intervenir a mi padre? ¿Quién intentó detenerla ayer, ayer mismo?

—Oh, *hier il avait tant d'esprit*[315]. Esperaba tanto de él y, además, tiene esos modales; pensé que él y Karmazínov…, y ahora, ¡ya lo ve!

—Sí, señora, así es. Pero, a pesar de *tant d'esprit*, mi padre lo echó todo a perder y, si yo hubiera sabido de antemano que iba a fastidiarlo todo, entonces, como parte de esa evidente confabulación en contra de su festival, es indudable que no habría intentado disuadirla ayer mismo de que metiera al lobo en el redil, ¿no le parece? Sin embargo, ayer traté de disuadirla, y si lo hice fue porque presentía lo que podía pasar. No había manera, naturalmente, de preverlo todo; seguramente ni él mismo sabía un minuto antes las cosas que iba a soltar. ¡La verdad es que esos viejos nerviosos no parecen personas! Pero aún se puede salvar la situación: mañana mismo, para dar satisfacción a la gente, mándele dos médicos, con un mandato administrativo y con todos los honores, para interesarse por su salud (hoy mismo se podría hacer), y luego derecho al hospital para aplicarle fomentos fríos. Así, por lo menos, todo el mundo se echará a reír y verá que no hay motivos para ofenderse. Yo mismo lo daré a conocer en el baile de esta noche, para algo soy su hijo. Lo de Karmazínov ya es distinto. Ha demostrado ser un burro verde[316] al estirar su artículo una hora entera; ¡seguro que también estaba confabulado conmigo! Habrá dicho: «¡Vamos a hacerlo lo peor posible para perjudicar a Yulia Mijáilovna!».

—¡Oh, Karmazínov, *quelle honte*[317]! A mí me hervía la sangre de la vergüenza que sentía por nuestro público.

—Pues a mí, señora, no me hervía, pero a él lo habría quemado vivo. El

público tenía razón. Y ¿quién, una vez más, tiene la culpa de lo de Karmazínov? ¿Acaso se lo impuse yo? ¿Tomé yo parte en su culto? Bueno, al diablo con él; y luego está ese tercer maníaco, el político, ése ya es otro tema. Ahí todos erramos el tiro, ya no se trata solo de mi confabulación.

—¡Ay, no me hable de eso, es horrible, horrible! De eso la única culpable soy yo.

—Desde luego, pero en esto la disculpo. ¡Ay, quién va a estar pendiente de esa gente, de los sinceros! Ni en San Petersburgo puede uno librarse de ellos. A usted se lo habían recomendado, y ¡de qué manera! Estará de acuerdo, entonces, en que ahora no tiene más remedio que asistir al baile. Es un asunto muy serio, ya que fue usted quien lo invitó a subir a la tribuna. Ahora está obligada a declarar públicamente que no simpatiza con él, que ese tipo está ya en manos de la policía, y que usted se dejó engañar de un modo inexplicable. Debe proclamar con indignación que fue víctima de un hombre perturbado. Porque se trata de un perturbado, ni más ni menos. Eso es lo que hay que decir de él. Yo a esos que muerden no los puedo aguantar. Es posible que yo hable peor todavía, pero no desde una tribuna pública. Y ahora ya están diciendo a voces lo del senador.

—¿Qué senador? Y ¿quiénes son los que gritan?

—Pues verá, ni yo mismo lo entiendo. ¿Usted, Yulia Mijáilovna, no sabe nada de un senador?

—¿De un senador?

—Verá, la gente está convencida de que han designado a un senador para venir aquí en sustitución de ustedes; así lo han decidido en San Petersburgo. Se lo he oído decir a muchos.

—Yo también lo he oído —confirmé.

—¿Quién lo ha dicho? —preguntó Yulia Mijáilovna, toda colorada.

—Más bien, ¿quién lo ha dicho primero? ¡Cómo voy a saberlo! Pero es lo que dicen. Lo dicen las masas. Ayer más que nunca. Todos parecen muy serios, aunque luego no hay quien entienda nada. Desde luego, los que son algo más listos y más competentes no dicen nada, pero algunos de ellos sí que están prestando atención.

—¡Qué vileza! Y… ¡qué estupidez!

—Por eso mismo tiene usted que aparecer, para darles una lección a esos idiotas.

—Reconozco que yo misma siento que estoy obligada, pero… y ¿si se produce otra afrenta? Y ¿si no aparece nadie? Porque ¡no va a venir nadie, nadie!

—¡Qué empeño! ¿Cómo no van a venir? ¿Y los trajes que se han hecho? ¿Y los vestidos de las jóvenes? Después de oírle decir eso, dejo de considerarla una mujer. ¡Qué poco conoce a la gente!

—La decana no va a venir, ¡no va a venir!

—Pero, vamos a ver, ¿qué es lo que ha pasado? ¿Por qué no van a venir? —acabó gritando Piotr Stepánovich con desdeñosa impaciencia.

—Infamia, vergüenza: eso es lo que ha ocurrido. No sé lo que ha pasado, pero después de lo que ha pasado yo ya no puedo entrar allí.

—¿Por qué? En última instancia, ¿qué culpa tiene usted? ¿Por qué se culpa a sí misma? ¿No será más bien culpa del público, de los mayores, de los padres de familia? Deberían haber hecho frente a los bribones y canallas; porque esto es cosa únicamente de bribones y canallas, no se trata de nada serio. En ninguna sociedad del mundo se puede contar tan solo con la policía. Aquí todo el mundo, de entrada, exige que le destinen un policía expresamente para su protección. No comprenden que la sociedad tiene que protegerse a sí misma. Y ¿qué hacen aquí los padres de familia, los dignatarios, sus esposas e hijas cuando se encuentran en semejantes circunstancias? Callar y enfurruñarse. No hay suficiente iniciativa social para poner coto a los granujas.

—¡Ay, ésa es la pura verdad! Callan, se enfurruñan y… miran a su alrededor.

—Pues, si es la verdad, entonces le toca a usted ir allí y proclamarla en voz alta, con orgullo, con rotundidad. Mostrarles, precisamente, que no se da usted por vencida. Especialmente a esos ancianos y esas madres. ¡Oh, usted sabrá cómo hacerlo! No le faltan dotes cuando tiene la cabeza despejada. Reúne usted a todos y se lo comunica en voz alta, muy alta. Después manda una crónica a *Golos* y a *Birzhevye*[318]. Espere, que ya me ocupo yo de todo, yo mismo se lo arreglo. Naturalmente, hay que poner más atención, estar pendientes del bufé; pedir al príncipe, pedir a este caballero… No puede usted abandonarnos, *monsieur*, ahora que precisamente toca empezar de nuevo. Bueno, y por último, usted y Andréi Antónovich se presentan cogidos del brazo. ¿Cómo se encuentra Andréi Antónovich?

—¡Ay, de qué modo tan injusto, tan errado, tan ofensivo ha juzgado usted siempre a ese hombre angelical! —exclamó de pronto Yulia Mijáilovna, en un arranque inesperado, al borde de las lágrimas, llevándose el pañuelo a los ojos. Piotr Stepánovich en un primer momento se quedó sin palabras.

—Por lo que más quiera… pero si yo… yo siempre…

—Usted nunca, ¡nunca! ¡Nunca le ha hecho usted justicia!

—¡No hay quien entienda a una mujer! —gruñó Piotr Stepánovich, con una sonrisa forzada.

—¡Es el hombre más justo, más delicado, más angelical! ¡No hay un hombre más bueno!

—Por el amor de Dios, si en lo que respecta a su bondad… yo siempre he admitido, en ese sentido…

—¡Jamás! Pero dejemos esto. Yo no he sabido defenderlo. Esta misma mañana, la decana, que es una jesuita, también ha hecho algunas alusiones sarcásticas a lo de ayer.

—Ah, pues no está ahora como para andarse con alusiones a lo de ayer, bastante tiene con lo de hoy. Y ¿por qué le preocupa a usted tanto que no vaya al baile? Claro que no va a ir, después de verse envuelta en ese escándalo. Puede que no tenga la culpa de nada, pero, de todos modos, ahí está su reputación; se ha ensuciado las manos.

—¿Cómo es eso? No entiendo: ¿por qué se ha ensuciado las manos? —Yulia Mijáilovna lo miró perpleja.

—Vaya, yo no puedo afirmarlo, pero toda la ciudad es un clamor que repite que ha sido ella la que los ha juntado.

—¿Cómo? ¿A quiénes ha juntado?

—¿Ah, de verdad no lo sabe? —preguntó Piotr Stepánovich con un asombro magníficamente fingido—. Pues ¡a Stavroguin y Lizaveta Nikoláievna!

—¿Cómo? ¿Qué? —exclamamos todos.

—Pero ¿es que no lo sabían? ¡Uf! Pues aquí tenemos una novela trágica: resulta que Lizaveta Nikoláievna se ha bajado del coche de la decana y ha ido derecha a subirse en el coche de Stavroguin, y se ha largado con «este último» a Skvoréshniki, en pleno día. Hace solo una hora, a lo sumo.

Nos quedamos de piedra. Como es natural, lo acribillamos a preguntas, pero, para nuestra sorpresa, aunque había sido testigo «accidental» de lo ocurrido, no pudo contárnoslo detalladamente. Debió de pasar algo así: cuando la decana llevaba en coche a Liza y a Mavriki Nikoláievich desde la «lectura» a casa de la

madre de Liza (que sigue mal de las piernas), había un carruaje esperando en un lateral, no muy lejos de la entrada, como a unos veinticinco pasos. Liza se apeó de un salto en la misma entrada y corrió hacia ese otro carruaje; se abrió la portezuela y acto seguido se cerró. Liza le gritó a Mavriki Nikoláievich: «¡Perdóneme!», y el carruaje partió a toda velocidad para Skvoréshniki. A nuestras apremiantes preguntas de si lo tenían todo preparado y de quién había en aquel carruaje, Piotr Stepánovich contestó que él no sabía nada, que sin duda todo lo tenían preparado y que al propio Stavroguin no lo había visto en el carruaje; posiblemente, el que iba montado fuera el mayordomo, el viejo Alekséi Yegórych. Cuando le preguntamos qué hacía él allí y por qué estaba tan seguro de que Liza se dirigía a Skvoréshniki, Piotr Stepánovich contestó que casualmente pasaba por allí, y que al ver a Liza se había acercado corriendo al carruaje (y, a pesar de eso, ¡no había acertado a ver quién había dentro, con lo curioso que es él!), y que Mavriki Nikoláievich no solo no se había lanzado a perseguir a Liza, sino que ni siquiera había intentado detenerla; es más, incluso había retenido con su propia mano a la decana cuando ésta empezó a dar voces: «¡Se va con Stavroguin! ¡Se va con Stavroguin!». En ese momento se me agotó la paciencia y le grité con rabia a Piotr Stepánovich:

—¡Has sido tú, canalla! ¡Tú lo has tramado todo! Has empleado en esto toda la mañana. Tú has ayudado a Stavroguin, tú llegaste en aquel carruaje, tú la ayudaste a subir… ¡tú, tú, tú! ¡Yulia Mijáilovna, éste es su enemigo, la destruirá también a usted! ¡Tenga cuidado!

Y salí precipitadamente de la casa.

Aún no he logrado comprender cómo pude soltarle eso; yo mismo estoy asombrado. Pero tenía razón: según se ha sabido después, todo había ocurrido casi exactamente tal y como se lo dije. Ante todo, saltaba demasiado a la vista el modo obviamente artificioso en que había dado la noticia. No lo había contado de inmediato, nada más llegar a la casa, como la primera y más extraordinaria novedad, sino que había fingido creer que nosotros ya lo sabíamos, algo imposible en tan breve plazo. Y, de haberlo sabido nosotros, no nos lo habríamos callado hasta que él hubiera empezado a hablar. Tampoco podía saber que toda la ciudad era «un clamor» contra la decana, también en este caso por lo breve del plazo. Aparte de eso, sonrió un par de veces al contarlo, con una sonrisa malévola y frívola, considerando muy probablemente que éramos unos necios a quienes había engañado por completo. Pero yo tenía otras cosas en que pensar: estaba convencido de que el hecho principal era cierto, y salí de casa de Yulia Mijáilovna hecho una furia. La catástrofe me había llegado al alma. Estaba tan dolido que casi se me saltaban las lágrimas; sí, es posible que llorara. No tenía ni idea de lo que debía hacer. Fui corriendo a ver a Stepán Trofímovich, pero aquel hombre fastidioso se negó de nuevo a abrirme. Nastasia me aseguró en un respetuoso susurro que se había retirado a descansar, pero no me lo creí. En casa de Liza conseguí preguntar a unos criados; me confirmaron la fuga, pero ellos no sabían nada. En la casa estaban alarmados; la señora, que estaba enferma, había

empezado a sufrir desmayos, y Mavriki Nikoláievich la acompañaba. No me pareció posible llamar a Mavriki Nikoláievich. En respuesta a mis preguntas, me dijeron que Piotr Stepánovich últimamente había hecho frecuentes visitas a la casa, en ocasiones hasta dos veces al día. Los criados estaban apesadumbrados y hablaban de Liza con especial respeto; la estimaban. Que estaba condenada, condenada sin remedio, me parecía indudable, pero decididamente no alcanzaba a explicarme el lado psicológico del caso, sobre todo después de la escena de la víspera con Stavroguin. Dedicarme a dar vueltas por toda la ciudad, haciendo preguntas en casas de conocidos malévolos, donde, sin duda, ya se habría difundido la noticia, me parecía repugnante, y para colmo humillante para Liza. Fui a ver, extrañamente, a Daria Pávlovna, pero no me recibieron (en casa de los Stavroguin no habían recibido a nadie desde la víspera); no sé qué habría podido decirle ni para qué fui. De allí me dirigí a casa de su hermano. Shátov me escuchó sombrío y taciturno. Debo señalar que lo encontré especialmente abatido; estaba enormemente abstraído y se diría que le costaba un gran esfuerzo escucharme. Apenas dijo nada, y se dedicó a ir y venir de un extremo a otro de su cuartucho, dando con sus botas unas patadas más fuertes que de costumbre. Pero, cuando yo ya empezaba a bajar por la escalera, me gritó que fuera a ver a Liputin: «Allá se enterará de todo». Pero no me pasé a ver a Liputin, sino que, cuando ya había andado un buen trecho, me di la vuelta y subí otra vez a casa de Shátov; aquí, entreabriendo la puerta, sin llegar a entrar, le pregunté lacónicamente, sin más explicaciones, si no pensaba ir ese día a ver a Maria Timoféievna. Shátov soltó una maldición y yo me fui. Hago constar, para que no se olvide, que aquella misma noche fue expresamente a ver a Maria Timoféievna, a la que no veía desde hacía tiempo, a las afueras de la ciudad. La halló en un estado de salud y de humor razonablemente bueno, y a Lebiadkin borracho como una cuba, durmiendo en el sofá de la habitación de delante. Eso ocurrió a las nueve en punto. Eso fue lo que me contó al día siguiente, cuando nos encontramos fugazmente en la calle. En cuanto a mí, pasaban ya de las nueve de la noche cuando me decidí a ir al baile, pero ya no como «joven encargado» (además, mi escarapela se había quedado en casa de Yulia Mijáilovna), sino movido por una irresistible curiosidad de conocer (sin hacer preguntas) lo que se decía en la ciudad de todos los acontecimientos en general. También tenía ganas de ver a Yulia Mijáilovna, aunque fuera de lejos. Me reprochaba a mí mismo haberme marchado de aquella manera de su casa aquella tarde.

III

Toda aquella noche, con sus acontecimientos casi grotescos y con el terrible «desenlace» por la mañana, vuelve aún a mí como una horrenda pesadilla y constituye —al menos, en lo que a mí respecta— la parte más penosa de mi crónica. Aunque es verdad que llegué al baile con retraso, el caso es que lo hice cuando se acercaba ya a su final: a tan temprana hora estaba llamado a concluir. Pasaban de las diez cuando entré en casa de la decana, donde la Sala Blanca, en la

que se había celebrado la «lectura», había sido, a pesar del escaso tiempo transcurrido, despejada y habilitada como salón principal de baile, presuntamente para toda la ciudad. Pero, por mala que hubiera sido mi disposición de cara al baile aquella misma mañana, no había podido presentir lo que de verdad iba a ocurrir: no acudió ni una sola familia de la alta sociedad. Hasta los funcionarios de cierta categoría se echaban en falta, y eso era algo extraordinariamente significativo. En cuanto a las damas y doncellas, las recientes previsiones de Piotr Stepánovich (que ahora parecían obviamente insidiosas) resultaron inexactas en grado sumo: asistieron poquísimas; por cada cuatro hombres apenas habría una dama, y ¡qué damas! «Ciertas» mujeres de algunos oficiales del regimiento, de empleados de Correos y de funcionarios de baja estofa, tres mujeres de médicos con sus hijas, dos o tres propietarias de las más pobretonas, las siete hijas y la sobrina de ese secretario que ya he mencionado anteriormente, algunas tenderas… ¿se esperaba esto Yulia Mijáilovna? No asistió ni la mitad de los comerciantes. En cuanto a los hombres, a pesar de la ausencia en bloque de nuestra nobleza, seguían constituyendo una masa compacta, pero causaban una impresión ambigua y sospechosa. Había, desde luego, oficiales muy discretos y respetables, acompañados de sus señoras, y algunos de los más obedientes padres de familia, como el secretario mentado, padre de siete hijas. Toda aquella gente humilde y de tres al cuarto se había presentado, por así decir, porque «no había más remedio», como dijo uno de aquellos caballeros. Pero, por otra parte, la cantidad de tipos avispados, sin contar aquellos de quienes Piotr Stepánovich y yo sospechábamos que habían sido admitidos sin su correspondiente entrada, parecía mucho mayor que por la mañana. Por el momento estaban en el bufé y, según llegaban, parecía que iban todos derechos allí, como si hubieran acordado de antemano encontrarse en ese lugar. Ésta fue, al menos, la sensación que me dio. El bufé estaba situado al final de una serie de estancias, en una espaciosa sala, donde se había instalado Prójorych con todos los atractivos de la cocina del club y una muestra tentadora de aperitivos y bebidas. Vi allí a varios sujetos con levitas medio raídas o con vestimentas muy dudosas, escasamente indicadas para un baile; era evidente que se mantenían sobrios a costa de un gran esfuerzo y por poco tiempo, y solo Dios sabe de dónde los habrían sacado, seguramente de otras ciudades. Naturalmente, yo sabía que, en consonancia con la idea de Yulia Mijáilovna, se había pensado que el baile fuera lo más democrático posible, «sin excluir ni a los mismos menestrales, si es que alguno de ellos pagaba su entrada». Bien había podido atreverse a pronunciar estas palabras en su comité, con la plena seguridad de que a ninguno de los menestrales de nuestra ciudad, muy pobres todos ellos, se le iba a pasar por la cabeza adquirir una entrada. Pero, de todos modos, yo tenía mis dudas de si había sido conveniente dejar entrar a quienes vestían aquellas levitas deprimentes y casi en jirones, a pesar del democratismo del comité. Pero ¿quién los habría admitido y con qué fin? Liputin y Liamshin se habían visto ya privados de sus escarapelas de encargados (si bien acudieron al baile como participantes de la «cuadrilla literaria»); pero el puesto de Liputin lo ocupó, para mi sorpresa, el seminarista de por la mañana, el que había contribuido como nadie a desacreditar la *matinée* con su trifulca con Stepán Trofímovich; y el puesto de Liamshin lo ocupó

el propio Piotr Stepánovich. Así pues, ¿qué cabía esperar en tales circunstancias? Traté de escuchar lo que la gente decía. Algunas opiniones sorpendían por lo disparatadas que eran. Aseguraban en un grupo, por ejemplo, que toda aquella historia de Stavroguin y Liza era obra de Yulia Mijáilovna, y que había aceptado dinero de Stavroguin por ese motivo. Incluso mencionaban una suma. Se llegaba a decir que había organizado los festejos a tal fin, y que precisamente por eso media ciudad no había asistido, al enterarse de lo que había debajo; y que el propio Lembke se había quedado tan desconcertado que «había perdido el juicio», y que su mujer lo «manejaba» ahora como a un loco. Tampoco faltaban allí las risas, risas ásperas, salvajes y arteras. Todo el mundo criticaba duramente el baile e insultaba a Yulia Mijáilovna sin la menor consideración. En general, la cháchara era desordenada, dispersa, ebria y tensa, tanto que costaba entenderla y sacar nada en claro. También habían hallado acomodo en el bufé personas que, sencillamente, se estaban divirtiendo; había incluso algunas damas de esas que no se sorprenden ni se asustan de nada, de lo más encantadoras y alegres, en su mayor parte mujeres de oficiales en compañía de sus maridos. Habían formado varios grupos, instalados en mesitas separadas, y tomaban el té con gran animación. El bufé se convirtió en un grato refugio para cerca de la mitad de los asistentes. Y, sin embargo, en breve toda esa muchedumbre irrumpiría en el salón; daba miedo solo pensarlo.

Mientras tanto, en la Sala Blanca, con el concurso del príncipe, se habían formado tres cuadrillas birriosas. Las señoritas bailaban y los padres disfrutaban viéndolas. Pero no es menos cierto que muchas de aquellas personas respetables empezaron a pensar en cómo podrían, una vez que sus hijas se hubieran divertido, desaparecer a tiempo, antes de que «la cosa empezara». Decididamente, todos estaban convencidos de que iba a empezar sin remedio. Me costaría mucho reproducir el estado de ánimo de Yulia Mijáilovna. No hablamos, aunque me acerqué bastante a ella. No respondió a la inclinación que le dirigí al entrar, porque no advirtió mi presencia (es verdad que no la advirtió). Tenía cara de sufrimiento y su mirada era altiva y desdeñosa, pero también dispersa e inquieta. A costa de un evidente sufrimiento, lograba dominarse: ¿para qué y para quién? Tendría que haberse marchado sin falta y, sobre todo, debería haberse llevado a su marido, pero ¡allí seguía! Se podía advertir en su cara que «había abierto del todo» los ojos, que ya no podía esperar nada más. Ni siquiera llamó a Piotr Stepánovich (éste, al parecer, la estaba evitando; lo vi en el bufé y estaba encantado). Pero, en cualquier caso, se quedó en el baile, y no permitía a Andréi Antónovich alejarse de ella ni un instante. Oh, hasta el último instante habría rechazado con la más sincera indignación cualquier alusión a la salud de su marido, incluso aquella mañana. Pero ahora también iba a tener que abrir los ojos sobre ese particular. Personalmente, me dio la sensación, nada más verlo, de que Andréi Antónovich tenía peor cara que por la mañana. Era como si estuviese en una especie de trance y no acabara de caer en la cuenta de dónde estaba. De vez en cuando miraba a su alrededor con una severidad inesperada; a mí, por ejemplo, me miró de ese modo un par de veces. En cierta ocasión intentó decir algo, y empezó a hablar alto y

fuerte, pero no llegó a terminar la frase, dándole un buen susto a un humilde funcionario, entrado en años, que en ese momento estaba a su lado. Pero incluso aquella mitad dócil del público que se encontraba en la Sala Blanca evitaba, con pesar y con recelo, a Yulia Mijáilovna, al tiempo que dirigía unas miradas muy raras a su marido, unas miradas que, por su insistencia y descaro, no encajaban del todo con el carácter asustadizo de aquella gente.

—Este detalle me dejó helada, y de pronto empecé a sospechar que algo le pasaba a Andréi Antónovich —me confesó más tarde la propia Yulia Mijáilovna.

Sí, ¡la culpa volvía a ser suya! Antes, después de mi marcha precipitada, habiendo decidido con Piotr Stepánovich que habría baile y que ella asistiría, Yulia Mijáilovna seguramente habría entrado en el despacho de Andréi Antónovich, definitivamente «conmocionado» por la sesión de «lectura», y habría recurrido una vez más a todas sus armas de seducción, logrando así que la acompañara. Pero ahora, ¡cuánto tenía que estar sufriendo! Y, con todo eso, ¡no se marchaba! No sé si por el orgullo que la atormentaba o, sencillamente, porque estaba confusa. A pesar de toda su altivez, se esforzó por hablar con algunas señoras en tono humilde, sonriente, pero ellas enseguida mostraban su turbación y se alejaban con un monosílabo receloso: «Sí, señora», «No, señora», y después la evitaban de manera ostensible.

Solo había una persona en el baile que formaba parte del grupo de dignatarios incuestionables de nuestra ciudad: aquel notable general retirado a quien ya he descrito anteriormente, el mismo que en casa de la decana, después del duelo de Stavroguin con Gagánov, había «abierto la puerta a la impaciencia colectiva». Se paseaba muy estirado por las salas, observaba y escuchaba con atención, y procuraba hacer ver que estaba allí más para estudiar las costumbres que por un indudable placer. Acabó por pegarse a Yulia Mijáilovna, y no se alejaba de ella un paso, tratando obviamente de animarla y calmarla. Era, sin discusión, un hombre buenísimo y muy digno, y tan anciano que hasta su compasión resultaba tolerable. Pero tener que admitir que aquel viejo charlatán osaba compadecerla y casi protegerla, entendiendo que la honraba con su presencia, era una mortificación excesiva. Y el general no se alejaba y no había quien lo callara.

—Una ciudad, según dicen, no sobrevive sin siete hombres justos… siete, me parece, aunque no recuerdo e-xac-ta-mente el número. No sé cuántos de estos siete… hombres indudablemente justos de nuestra ciudad… han tenido el honor de asistir a su baile, pero, a pesar de su presencia, empiezo a sentirme en peligro. *Vous me pardonnerez, charmante dame, n'est-ce pas?*[319] Hablo a-le-gó-ri-ca-mente, pero vengo de dar una vuelta por el bufé y me alegro de haber regresado sano y salvo… Nuestro inestimable Prójorych está allí fuera de lugar, y da la impresión de que vayan a desmontarle todo el tinglado de madrugada. Estoy bromeando, claro. Únicamente estoy esperando a ver qué es eso de la «cuadrilla li-te-ra-ria», y a la cama. Disculpe a este viejo gotoso; yo me acuesto temprano, y también le daría un

consejo: váyase «a la camita», como les dicen *aux enfants*. Yo había venido por las chicas guapas… desde luego, en ninguna otra parte puedo encontrar un surtido tan variado como aquí… Son todas del otro lado del río, y yo nunca voy por allí. Está la mujer de un oficial… de cazadores, me parece… y no está nada mal, nada mal… y ella lo sabe. He charlado con esa picaruela; es una descarada, y… bueno, las muchachas son así de frescas, pero de eso se trata; aparte de frescura, nada. En fin, estoy contento. Y hay unos capullitos… solo que tienen los labios gruesos. En general, en la belleza de las caras de las mujeres rusas hay poca regularidad y… acaban pareciéndose a los blinis… *Vous me pardonnerez, n'est-ce pas…* aunque con esos ojos tan bonitos… esos ojos risueños. Esos capullitos tienen en su juventud un par de años en-can-ta-dores, puede que tres… pero luego se ensanchan para siempre… produciendo en sus maridos esa triste in-di-fe-rencia que tanto contribuye al desarrollo de la cuestión femenina… si es que he entendido bien esta cuestión… ¡Hum! La sala es muy bonita; tampoco está mal la decoración de las habitaciones. Podría haber sido peor. La música también podría haber sido mucho peor… no estoy diciendo que tuviera que serlo. Lo que causa mala impresión, en general, es que haya tan pocas señoras. Los vestidos ni los men-cio-no. Lástima de aquel hombre de pantalones grises que se permite bailar el cancán con tanto descaro. Se lo perdono si lo hace porque está contento, y porque se trata del boticario local… pero no son ni las once, y es demasiado temprano hasta para un boticario. En el bufé había dos que se estaban peleando y no los han echado. Antes de las once habría que echar a todos los que se pelean, da igual cuáles sean las costumbres del público… no digo a partir de las dos, entonces habrá que someterse a la opinión pública… suponiendo que este baile llegue hasta las dos. Varvara Petrovna, de todas maneras, no ha cumplido con su palabra y no ha mandado las flores. ¡Hum, no está para flores, *pauvre mère*! Y la pobre Liza, ¿ha oído usted? Dicen que es una historia misteriosa y… y otra vez está implicado Stavroguin… ¡Hum! Debería irme a dormir… no me tengo en pie. ¿Cuándo es esa «cuadrilla li-te-raria»?

Por fin empezó la «cuadrilla literaria». Últimamente en la ciudad, en cuanto alguien hablaba del esperado baile, la conversación giraba de inmediato en torno a esa «cuadrilla literaria» y, como nadie podía imaginarse lo que era, llegó a despertar una enorme curiosidad. Nada podía haber más peligroso para su éxito, y… ¡cuál no sería la decepción!

Se abrieron unas puertas laterales de la Sala Blanca, cerradas hasta entonces, y aparecieron de pronto unas cuantas máscaras. El público las rodeó con afán. Todo el bufé, hasta el último hombre, se precipitó al salón. Las máscaras se situaron para bailar, cada una en su sitio correspondiente. Yo conseguí abrirme paso hasta las primeras filas y me coloqué justo detrás de Yulia Mijáilovna, Von Lembke y el general. En ese momento Piotr Stepánovich, desaparecido hasta entonces, se plantó al lado de Yulia Mijáilovna.

—He estado todo el tiempo en el bufé, vigilando —le susurró con aire de

colegial culpable, pero tan falso que la encorajinó aún más. Yulia Mijáilovna enrojeció de ira.

—¡Esta vez, por lo menos, no pretenda engañarme, descarado! —se le escapó, bastante alto, tanto que parte del público lo oyó. Piotr Stepánovich se alejó rápidamente, extremadamente satisfecho de sí mismo.

Sería difícil imaginarse una alegoría más penosa, más vulgar, más torpe y sosa que aquella «cuadrilla literaria». No cabía inventar nada menos apropiado para nuestro público; sin embargo, dicen que se le había ocurrido a Karmazínov. La verdad es que fue Liputin quien organizó aquello, dejándose aconsejar por aquel maestro cojo que estuvo en la velada en casa de Virguinski. Pero Karmazínov, a fin de cuentas, dio la idea y él mismo, según dicen, quiso disfrazarse e interpretar un papel independiente y destacado. La cuadrilla consistía en seis parejas de tristes máscaras; en realidad, casi no eran ni máscaras, porque iban vestidas como todo el mundo. Había, por ejemplo, un caballero entrado en años, más bien bajo, de frac —en definitiva, como tantos otros—, con una venerable barba gris (atada, y ése era todo su disfraz), que, en su danza, daba vueltas en el sitio, con la cara muy seria, dando pasitos frecuentes y cortos, prácticamente sin desplazarse. Emitía una especie de sonidos con voz de bajo moderada aunque ronca, y se suponía que esa ronquera simbolizaba uno de los periódicos más conocidos[320]. Enfrente de esta máscara danzaban lo que parecían dos gigantes, X y Z, que llevaban estas letras prendidas en el frac, pero no hubo manera de descifrar lo que significaban la X y la Z. El «honrado pensamiento ruso» estaba representado por un caballero de mediana edad, con gafas, frac, guantes y… grilletes (grilletes de verdad). Este «pensamiento» llevaba bajo el brazo una cartera con algún «expediente». Del bolsillo asomaba una carta abierta procedente del extranjero, en la que se hacía constar, para información de todos los escépticos, la honradez del «honrado pensamiento ruso». Todo esto lo comentaban verbalmente los encargados, porque habría sido imposible leer aquella carta que asomaba del bolsillo. El «honrado pensamiento ruso» sostenía en su mano derecha, levantada en alto, una copa, como si deseara proponer un brindis. A ambos lados, muy cerca de él, daban saltitos dos señoritas nihilistas de pelo corto, mientras *vis-à-vis* bailaba un señor mayor, de frac, pero con un grueso garrote en la mano, que parecía representar una inquietante revista, de fuera de San Petersburgo: *Como te coja te vas a enterar*[321]. Pero, a pesar de su garrote, no podía resistir la insistente mirada de las gafas del «honrado pensamiento ruso» e intentaba apartar la vista; cuando ejecutaba un *pas de deux*, se doblaba y daba vueltas sin saber dónde meterse: hasta tal punto, por lo visto, le remordía la conciencia… De todos modos, no puedo acordarme de todas aquellas invenciones absurdas; era todo del mismo tenor, de modo que al final sentía una vergüenza insufrible. Y esa misma sensación de vergüenza se manifestaba en todo el público, hasta en las fisionomías más hoscas de quienes habían venido del bufé. Por un tiempo todos guardaban silencio y miraban con irritado estupor. Generalmente, la gente que siente vergüenza acaba por irritarse y tiende al cinismo. Poco a poco, nuestro público empezó a murmurar:

—¿Esto qué es? —rezongó en un grupo uno de los que venía del bufé.

—Alguna sandez.

—Algo literario. Están criticando al *Golos*.

—Y a mí qué me importa.

En otro grupo:

—¡Serán burros!

—No. Ellos no son unos burros. Los burros somos nosotros.

—Y tú ¿por qué eres un burro?

—Yo no soy ningún burro.

—Pues si tú no eres un burro, yo menos.

En un tercer grupo:

—¡Una buena somanta de palos y al diablo con ellos!

—¡Echar la sala abajo!

En un cuarto grupo:

—¿No les dará vergüenza a los Lembke estar viendo esto?

—¿A ellos? ¿Te da vergüenza a ti?

—A mí también me da, y él es el gobernador.

—Y tú eres un cerdo.

—En mi vida he visto un baile tan ordinario como éste —dijo con veneno una señora que estaba al lado de Yulia Mijáilovna, con el propósito evidente de que la oyera. Era una dama de unos cuarenta años, gruesa y muy pintada, con un vestido brillante de seda; en la ciudad casi todo el mundo la conocía, pero nadie la recibía. Era viuda de un consejero de Estado, que le había dejado una casa de madera y una magra pensión, pero vivía bien y tenía caballos. Un par de meses antes le había hecho una primera visita a Yulia Mijáilovna, pero ella no la había recibido.— Algo así era de prever —agregó mirando con insolencia a la cara a Yulia Mijáilovna.

—Entonces, si lo podía prever, ¿para qué se ha dignado venir? —Yulia Mijáilovna no se pudo aguantar.

—Pues por inocencia, señora —replicó de inmediato la deslenguada señora, que deseaba discutir a toda costa; pero el general se interpuso entre ellas:

—*Chère dame* —se inclinó ante Yulia Mijáilovna—, debería usted marcharse. Lo único que hacemos es cohibirlos, y sin nosotros se van a divertir de lo lindo. Usted ya ha hecho todo lo que tenía que hacer, ha abierto el baile a todo el mundo, así que ahora… déjelos tranquilos… Además, Andréi Antónovich no parece hallarse en un estado del todo sa-tis-fac-torio. No vaya a ocurrir nada desagradable…

Pero ya era tarde.

Mientras actuó la cuadrilla, Andréi Antónovich había estado observando a los bailarines con una especie de enfurecida perplejidad y, cuando se oyeron los primeros comentarios del público, se puso a mirar inquieto a su alrededor. Fue entonces cuando le llamaron la atención por primera vez algunos individuos llegados del bufé, y su mirada reveló una profunda extrañeza. De pronto estalló una estruendosa carcajada, en respuesta a una excentricidad de la cuadrilla: el editor de aquella «inquietante revista, de fuera de San Petersburgo», que bailaba garrote en mano, sintiendo finalmente que ya no aguantaba más las gafas del «honrado pensamiento ruso», fijas en él, y que no sabía dónde meterse, de pronto, en el último cuadro, se dirigió al encuentro de aquellas gafas caminando con las manos, lo cual, supuestamente, era una representación de cómo tergiversaba y ponía patas arriba el sentido común aquella «inquietante revista, de fuera de San Petersburgo». Como el único que sabía caminar con las manos era Liamshin, se había prestado a representar al editor del garrote. Yulia Mijáilovna no tenía ni idea de que fueran a caminar de ese modo. «¡Me lo habían ocultado, me lo habían ocultado!», me repetía después, desesperada e indignada. Las risotadas de la gente, desde luego, no habían respondido a la alegoría, que a todo el mundo le traía al fresco, sino sencillamente al paseo de aquel individuo, caminando con las manos, vestido de frac con faldones. A Lembke le hervía la sangre y se puso a temblar.

—¡Canalla! —gritó señalando a Liamshin—. Agarren a ese sinvergüenza, y denle la vuelta… los pies, hay que darles la vuelta… la cabeza… que quede arriba la cabeza… ¡arriba!

Liamshin se puso en pie de un salto. Arreciaron las risas.

—¡Echen a todos esos sinvergüenzas que se ríen! —ordenó Lembke. La gente murmuraba y se reía a carcajadas.

—No es posible, excelencia.

—Al público no hay que insultarlo, señor.

—¡Mira que eres tonto! —se oyó una voz en un rincón.

—¡Filibusteros! —gritó alguien desde el otro extremo.

Rápidamente Lembke se volvió hacia el lugar de donde venía la voz y palideció. Una sonrisa estúpida se dibujó en sus labios. Como si de súbito hubiese caído en la cuenta o se hubiese acordado de algo.

—Señores —Yulia Mijáilovna se dirigió a la multitud que se acercaba, al tiempo que intentaba tirar de su marido—. Señores, perdonen a Andréi Antónovich. Andréi Antónovich no se encuentra bien… disculpen… ¡perdónenle, señoras y señores!

Oí, precisamente, cómo pedía perdón. La escena fue muy rápida. Pero recuerdo bien que en ese mismo instante una parte del público se apresuraba a abandonar la sala, presa del pánico, justo después de las palabras de Yulia Mijáilovna. Recuerdo incluso el grito histérico de una mujer que decía entre lágrimas:

—¡Ay, igual que antes!

Y de repente, en medio de aquella incipiente estampida, volvió a estallar una bomba, justamente «igual que antes».

—¡Fuego! ¡En la otra orilla está todo ardiendo!

Lo que ya no recuerdo es de dónde procedía aquel grito terrible: si de las propias salas o si, como parece, fue alguien que llegó corriendo de la escalera que conducía al vestíbulo; pero fue seguido de tal inquietud que no soy capaz de contarlo. Más de la mitad de los asistentes al baile eran del otro lado del río, propietarios de las casas de madera de allí o sus inquilinos. Se precipitaron a las ventanas, corrieron los cortinajes en un santiamén, arrancaron las persianas. La otra orilla del río estaba en llamas. Es verdad que el fuego acababa de desatarse, pero había prendido en tres sitios muy diferentes: eso era lo que los había aterrorizado.

—¡Un incendio provocado! ¡Los de Shpigulin! —bramaba la gente.

Recuerdo algunos gritos muy característicos:

—Ya presentía yo que iban a prender fuego, todos estos días lo venía presintiendo.

—¡Los de Shpigulin, los de Shpigulin, solo han podido ser ellos!

—¡Nos han traído aquí aposta, para poder prender fuego al barrio!

Este último grito, el más asombroso de todos, era un grito de mujer: el grito inconsciente, involuntario, de una Koróbochka[322] pasto de las llamas. Todo el mundo se precipitó hacia la salida. No voy a describir las apreturas en el vestíbulo mientras la gente rebuscaba pellizas, chales y esclavinas, los chillidos de las mujeres asustadas, el llanto de las señoritas. Es poco probable que nadie robara nada, pero no es extraño que en medio de aquel desbarajuste algunos salieran de allí sin sus prendas de abrigo, al no haber podido encontrarlas, razón por la cual circularon después por la ciudad, durante mucho tiempo, toda clase de leyendas debidamente adornadas. Lembke y Yulia Mijáilovna estuvieron a punto de ser aplastados en la puerta por el gentío.

—¡Detened a todo el mundo! ¡No dejéis que salga nadie! —gritó Lembke, alargando el brazo en un gesto de amenaza con el que hizo frente a quienes se agolpaban a su alrededor—. ¡Registrad a todos con rigor, uno por uno! ¡Deprisa!

Por toda la sala se oyeron palabras gruesas.

—¡Andréi Antónovich! ¡Andréi Antónovich! —exclamó Yulia Mijáilovna, completamente desesperada.

—¡Detenedla a ella la primera! —chilló su marido, apuntándola con dedo amenazante—. ¡Registradla en primer lugar! El baile lo han organizado con el objetivo de incendiar la ciudad…

Yulia Mijáilovna soltó un grito y se desmayó (oh, desde luego, fue un desmayo genuino). El príncipe, el general y yo corrimos en su auxilio; también hubo otras personas que nos prestaron su ayuda en aquel difícil trance, incluso algunas damas. Sacamos a la desdichada de aquel infierno y la llevamos a su carruaje, pero no volvió en sí hasta que estábamos llegando a su casa, y su primer grito, una vez más, fue para Andréi Antónovich. Con la destrucción de todas sus fantasías, lo único que le quedaba era Andréi Antónovich. Mandaron a buscar a un médico. Yo aguardé en su casa una hora entera, igual que el príncipe; el general, en un arrebato de magnanimidad (aunque también estaba muy asustado), no quería alejarse en toda la noche del «lecho de la infeliz», pero a los diez minutos se quedó dormido en la sala, en espera todavía del médico, en el mismo sillón donde lo habíamos dejado.

El jefe de policía, que había abandonado a toda prisa el baile para acudir al incendio, había conseguido sacar de allí a Andréi Antónovich justo después de salir nosotros, y quería que montara en el carruaje con Yulia Mijáilovna, tratando por todos los medios de convencer a su excelencia de que «guardara reposo». No

entiendo por qué, pero no se salió con la suya. Desde luego, Andréi Antónovich no quería oír hablar de reposo, y estaba deseoso de acudir al incendio, pero eso no era razón suficiente. Al final, el jefe de policía acabó por conducirlo hasta el incendio en su propio *drozhki*. Más tarde contó que durante todo el trayecto Lembke iba gesticulando y «exponiendo a gritos unas ideas que, por lo insólitas que resultaban, no había forma de hacerlas efectivas». Después se informó de que en aquellos momentos su excelencia estaba delirando a consecuencia de «lo repentino del susto».

No hace falta contar cómo acabó el baile. Varias decenas de jaraneros se quedaron en la sala, y con ellos algunas damas. No había ni un solo policía. No estaban dispuestos a que no hubiera música y maltrataron a los músicos que intentaron irse. De madrugada desmontaron el «tinglado de Prójorych», bebieron sin tasa, bailaron la *kamárinskaia* sin censura[323], pusieron perdidas las salas; y solo al amanecer algunos de esta pandilla, a cual más beodo, se presentaron en el lugar del incendio para seguir con sus desmanes. Los demás pernoctaron en las salas, borrachos como cubas, con todas sus consecuencias, tendidos en los divanes de terciopelo o directamente en el suelo. Por la mañana, a las primeras de cambio, los sacaron a la calle arrastrándolos por los pies. Así terminaron los festejos en beneficio de las institutrices de nuestra provincia.

IV

Lo que más había asustado a quienes vivían en la otra orilla del río había sido el hecho de que se tratase claramente de un incendio intencionado. Es significativo que el grito inicial de: «¡Fuego!» fuera seguido de inmediato por el de: «¡Han sido los de Shpigulin!». Ahora es bien sabido que, en efecto, tres obreros de la fábrica habían tomado parte en el incendio, pero ahí acaba la cosa; los demás trabajadores han sido totalmente exculpados tanto por la opinión pública como por las autoridades. Aparte de esos tres canallas (uno de los cuales ha sido detenido y ha confesado, mientras los otros dos siguen huidos hasta la fecha), no hay duda de que Fedka el Presidiario también intervino en el incendio. Esto es todo lo que se sabe de cierto hasta el momento sobre el origen del fuego; cosa distinta son las conjeturas. ¿Cuál fue el motivo que impulsó a esos tres desalmados? ¿Seguían o no instrucciones de alguien? A todo esto sigue siendo difícil contestar incluso ahora.

Debido al fuerte viento y a que casi todos los edificios a ese lado del río eran de madera y, para colmo, les habían prendido fuego en tres sitios distintos, las llamas se propagaron velozmente y alcanzaron a todo el barrio con una fuerza increíble (en realidad, habían prendido fuego en dos puntos extremos; el tercer foco había sido controlado a tiempo y extinguido al poco de estallar; más tarde nos ocuparemos de eso). En cualquier caso, los corresponsales de la capital exageraron nuestra desgracia: a lo sumo ardería una cuarta parte del barrio (puede que menos), aproximadamente. Nuestra brigada de bomberos, aunque insuficiente

para la extensión y la población de nuestra ciudad, actuó, no obstante, con gran eficacia y abnegación. Pero poco habría podido hacer, aun contando con la ayuda unánime del vecindario, si el viento no hubiera cambiado de dirección de madrugada, para amainar de pronto justo antes de amanecer. Cuando llegué a la otra orilla, apenas una hora después de nuestra huida del baile, el fuego estaba en todo su apogeo. Una calle entera, paralela al río, ardía en llamas. Había tanta luz como en pleno día. No voy a describir en detalle el cuadro del incendio: ¿quién no lo conoce en Rusia? En las callejas vecinas a la del incendio el ajetreo y las aglomeraciones eran colosales. Todos estaban convencidos de que el fuego se propagaría hasta allí, y los moradores iban sacando sus posesiones a la calle, pero no querían alejarse de sus viviendas, por lo que aguardaban sentados en los baúles y edredones que habían sacado, al pie de las ventanas de sus casas. Parte de la población masculina estaba ocupada en la ingrata labor de derribar sin contemplaciones las empalizadas y de echar abajo los tugurios más próximos al fuego que tuviesen el viento de cara. Lloraban las criaturas recién despiertas y se lamentaban las mujeres que habían logrado sacar sus trastos a la calle. Las que todavía no lo habían conseguido callaban, poniendo todas sus energías en rescatarlos. Chispas y ascuas salían disparadas, y la gente trataba de apagarlas, en la medida de lo posible. Muy cerca del fuego se agolpaban los espectadores, llegados de todos los puntos de la ciudad. Algunos colaboraban en la extinción, otros se limitaban a observar, admirados. Un gran fuego nocturno transmite siempre una excitante sensación de regocijo; en eso se basan los fuegos artificiales, aunque en este caso el fuego se dispone en líneas regulares y armónicas, lo cual, unido a la total ausencia de peligro, produce un efecto juguetón y ligero, como el de una copa de champán. Otra cosa es un incendio real: aquí el espanto y, en definitiva, la sensación de peligro propio, unidos a la mencionada excitación asociada al fuego nocturno, causan en el espectador (siempre y cuando, evidentemente, no sea su casa la que está ardiendo) una especie de conmoción y un desafío, por así decir, a esos instintos de destrucción que, ¡ay!, se esconden en toda alma humana, hasta en la del más humilde y hogareño consejero titular… Esta oscura sensación resulta casi siempre embriagadora. «La verdad, no sé si es posible contemplar un incendio sin sentir algún placer». Esto, literalmente, fue lo que me dijo una vez Stepán Trofímovich, volviendo de un incendio nocturno con el que se había encontrado casualmente, aún bajo la primera impresión del espectáculo. No hace falta decir que ese mismo aficionado a los incendios nocturnos se arrojará a las llamas para salvar a un niño o a una anciana; pero eso ya es otra cuestión.

Siguiendo de cerca a la multitud de curiosos, llegué sin necesidad de preguntar al punto principal y más peligroso, donde por fin vi a Lembke, a quien venía a buscar por encargo de la propia Yulia Mijáilovna. Su situación era asombrosa, algo fuera de lo común. Estaba de pie sobre los restos de una valla; a su izquierda, a treinta pasos, se alzaba el esqueleto renegrido de una casa de madera de dos pisos, ya casi consumida, con agujeros en lugar de ventanas en ambos pisos, el techo hundido, y algunas llamas que aún serpenteaban entre las vigas carbonizadas. En el fondo del patio, a unos veinte pasos de la casa quemada,

empezaba a arder un pabellón independiente, también de dos pisos, y los bomberos se estaban afanando en salvar esta construcción con todas sus fuerzas. A la derecha, los bomberos y los vecinos trataban de preservar un edificio grande de madera que no estaba en llamas, pero que ya había sido alcanzado por el fuego en varias ocasiones, y estaba condenado a arder sin remisión. Lembke gritaba y gesticulaba, vuelto hacia el pabellón, y daba órdenes que nadie cumplía. Llegué a pensar que lo habían dejado allí olvidado y que nadie se ocupaba ya de él. Lo cierto es que estaba rodeado por una densa y variopinta multitud, en la que junto a personas de toda clase y condición se veía a algunos caballeros distinguidos e incluso al protopope[324] catedralicio, y aunque todos lo escuchaban con curiosidad y asombro, nadie le dirigía la palabra o trataba de sacarlo de allí. Pálido, con ojos centelleantes, Lembke decía las cosas más sorprendentes; para colmo, no llevaba sombrero, pues hacía rato que lo había perdido.

—¡Ha sido provocado! ¡Esto es nihilismo! ¡Si algo arde, es nihilismo! —oía yo, casi con espanto; y, aunque ya no había de qué asombrarse, la realidad palpable siempre tiene algo impactante.

—Excelencia —se le acercó un policía—, si tuviera usted la bondad de irse a descansar a casa… Porque seguir aquí resulta incluso peligroso para su excelencia…

A este agente, según supe después, le había encomendado el jefe de policía que vigilara de cerca a Andréi Antónovich y que tratara a toda costa de llevárselo a casa, recurriendo incluso a la violencia en caso de peligro, misión que a todas luces no estaba al alcance del ejecutor.

—Enjugarán las lágrimas de los afectados por el incendio, pero la ciudad quedará reducida a cenizas. Todo es cosa de cuatro bandidos, cuatro bandidos y medio. ¡Que detengan a ese canalla! Ha sido él y solo él, porque los otros cuatro y medio son víctimas de sus calumnias. Se infiltra de forma artera en el honor de las familias. Han utilizado a las institutrices para prender fuego a las casas. ¡Es una vileza, una vileza! Ay, pero ¿qué hace? —gritó al ver de pronto a un bombero en el caballete del tejado del pabellón en llamas; bajo él, ya había ardido el resto de la cubierta y a su alrededor brotaban las llamas—. ¡Bajadlo, bajadlo! ¡Que se cae, que se quema…! ¡Sacadlo de ahí! Pero ¿qué está haciendo?

—Está apagando el fuego, excelencia.

—No puede ser. El fuego está en las cabezas, no en los tejados de las casas. ¡Bajad a ese hombre y dejadlo todo! ¡Más vale dejarlo, más vale dejarlo! ¡Ya se apagará solo! Eh, ¿quién está ahí llorando? ¡Una vieja! Hay una vieja gritando, ¿cómo os olvidabais de ella?

Efectivamente, en la planta baja del pabellón en llamas gritaba una anciana,

pariente octogenaria del comerciante que era dueño de la vivienda. Pero no la habían olvidado, sino que ella misma había vuelto a la casa incendiada, mientras aún era posible, con el descabellado propósito de rescatar su edredón de un cuarto trasero al que aún no habían llegado las llamas. Sofocada por el humo y gritando por el calor, dado que su cuartucho también había empezado a arder, seguía empeñada a toda costa en sacar su edredón por el marco de una ventana rota, empujando con sus endebles manos. Lembke corrió en su ayuda. Todos vieron cómo llegaba hasta la ventana, agarraba el edredón por una punta y trataba con todas sus fuerzas de sacarlo a tirones. Pero la desgracia quiso que en ese mismo instante se desprendiese un tablón partido de la cubierta y cayese sobre el infeliz. No lo mató, pues solo le rozó por un extremo en el cuello, pero allí acabó la carrera de Andréi Antónovich, al menos entre nosotros; el golpe lo tumbó y cayó al suelo sin sentido.

Por fin llegó el alba, hosca y sombría. El incendio remitía; después del vendaval llegó de improviso la calma, seguida de una mansa llovizna, que caía como a través de un cedazo. En ese momento yo ya estaba en otra zona del arrabal, lejos del lugar donde había caído Lembke, y allí, entre el gentío, oí unos comentarios muy extraños. Se había descubierto un hecho insólito: en los confines del barrio, en un descampado, pasadas unas huertas, a no menos de cincuenta pasos de otras edificaciones, se alzaba una casita de madera, recién construida, y esa casa aislada había ardido justo antes de que se desatara propiamente el incendio. Aunque se hubiera quemado totalmente, dada la distancia, las llamas no habrían podido propagarse a los otros edificios; y al revés, aunque hubiera ardido todo el arrabal, esa casa habría sido la única en salvarse, por mucho que hubiera soplado el viento. Así pues, había ardido por separado, al margen del resto, y, por tanto, allí se ocultaba algo. Pero lo más importante era que no había ardido por completo, y que en su interior, al amanecer, se descubrieron algunas cosas sensacionales. El dueño de aquella casa nueva, un menestral que habitaba en un barrio contiguo, acudió corriendo en cuanto vio el fuego, y logró sofocarlo, retirando con ayuda de unos vecinos unos leños en llamas que habían sido colocados contra una pared lateral. Pero en la casa había inquilinos: un capitán conocido en la ciudad, su hermana y una anciana que estaba a su servicio; y resulta que los tres inquilinos, el capitán, su hermana y la criada, habían sido asesinados aquella noche y, aparentemente, desvalijados. (Precisamente, hacia allí se dirigía el jefe de policía mientras Lembke trataba de rescatar aquel edredón). Por la mañana se difundió la noticia, y una enorme masa de gente de lo más variopinta, incluidos los afectados por el incendio, acudió a la casa nueva en el descampado. Era difícil abrirse paso entre la muchedumbre. Enseguida me dijeron que habían encontrado al capitán degollado, tendido en un banco y vestido, y que probablemente lo habrían asesinado estando borracho como una cuba y no se habría enterado de nada, y que había sangrado «como un toro»; que a su hermana, Maria Timoféievna, la habían «acribillado a puñaladas» y yacía en el suelo, la lado de la puerta, de modo que estaría ya despierta y seguramente se habría resistido y habría forcejeado con el asesino. A la criada, que probablemente también estaría

despierta, le habían partido la cabeza. De acuerdo con el relato del casero, el capitán se había acercado a verlo en la mañana de la víspera; estaba borracho, no hacía más que jactarse de su dinero y le mostró una cantidad importante, unos doscientos rublos. El viejo y gastado monedero verde del capitán fue encontrado vacío en el suelo, pero el baúl de Maria Timoféievna estaba intacto, lo mismo que la montura de plata del icono; la ropa del capitán tampoco la habían tocado. Era evidente que el ladrón llevaba prisa y que se trataba de alguien que, conociendo los asuntos del capitán, había venido a buscar el dinero y sabía dónde estaba. Si el dueño de la casa no hubiera acudido a tiempo, la leña encendida seguramente habría hecho arder la casa y «por los cadáveres calcinados habría sido difícil descubrir la verdad».

Así lo contaron. Añadían otra información: que quien había alquilado aquella vivienda para el capitán y su hermana había sido el mismísimo señor Stavroguin, Nikolái Vsévolodovich, hijo de la generala Stavróguina; que él en persona había acudido a alquilarla y había tenido que insistir mucho, porque el dueño no quería cederla y pensaba destinarla a una taberna, pero que Nikolái Vsévolodovich no había discutido el precio y había pagado medio año por adelantado.

—Algo se oculta detrás de este incendio —se oía entre la multitud.

Pero la mayoría callaba. Había rostros ceñudos, pero no aprecié señales de profunda indignación. A mi alrededor, no obstante, seguían las historias sobre Nikolái Vsévolodovich: se decía que la víctima era su mujer; que la víspera, «de un modo deshonesto», había seducido a una jovencita, hija de la generala Drozdova, una de las mejores familias de la ciudad, y que iban a presentar una denuncia contra él en San Petersburgo; que a su mujer, indudablemente, la habían asesinado para que él pudiera casarse con la señorita Drozdova. Skvoréshniki se encontraba apenas a dos verstas y media, y recuerdo que pensé si debería ir allí a dar noticia. Por otra parte, no advertí que nadie en particular estuviera tratando de incitar a la multitud, aunque sí vi fugazmente —y no pretendo insinuar nada— a dos o tres de aquellos tipos del bufé que por la mañana habían acudido al incendio y a quienes reconocí enseguida. Recuerdo en concreto a un menestral, un individuo alto y delgado, macilento, de pelo rizado, que parecía embadurnado de hollín; era cerrajero, según supe después. No estaba borracho, pero a diferencia del resto de la gente, que estaba allí quieta con aire sombrío, él daba muestras de estar fuera de sí. No cesaba de dirigirse a la multitud, pero no recuerdo sus palabras. Todo lo que acertaba a decir con coherencia se reducía a: «¿Qué es eso, hermanos? ¿Es que va a seguir así?», al tiempo que hacía aspavientos.

Capítulo III. Final de un romance

I

Desde el gran salón de Skvoréshniki (el mismo en el que se había celebrado la última entrevista entre Varvara Petrovna y Stepán Trofímovich) el incendio se veía como en la palma de la mano. Al amanecer, cerca de las seis, Liza divisaba desde la última ventana de la derecha el débil resplandor. Estaba sola en la sala. Llevaba puesto el mismo vestido de fiesta de la víspera, con el que había asistido a la lectura: un suntuoso vestido verde claro, todo de encaje, pero que ahora, después de habérselo puesto deprisa y corriendo, sin ningún cuidado, estaba arrugado. Al advertir de repente que no se había abrochado bien el corpiño, se ruborizó, se apresuró a colocarse correctamente el vestido, recogió del sillón el chal rojo que se había quitado el día anterior, nada más llegar, y se lo puso en el cuello. Su abundante cabellera, que caía en bucles desordenados, asomaba por debajo del chal, derramándose sobre el hombro derecho. Tenía cara de cansancio y preocupación, pero los ojos le brillaban bajo el ceño fruncido. Nuevamente se acercó a la ventana y apoyó la frente ardiente en el frío cristal. Se abrió una puerta, y entró Nikolái Vsévolodovich.

—He enviado a un jinete —dijo—, en diez minutos estaremos al corriente de todo; pero de momento los criados están comentando que han ardido las casas al otro lado del río, cerca de la ribera, a la derecha del puente. El fuego se inició antes de la medianoche; ahora se está extinguiendo.

No se acercó a la ventana: se detuvo a espaldas de Liza, a una distancia de unos tres pasos, pero ella no se volvió.

—Según el calendario, tendría que haber amanecido hace una hora, pero sigue siendo prácticamente de noche —dijo ella molesta.

—Los calendarios no hacen más que mentir[325] —dijo él con una amable sonrisa; no obstante, avergonzado, se apresuró a añadir—: Es un aburrimiento vivir pendientes del calendario, Liza.

Y acabó callándose, molesto consigo mismo por la nueva simpleza que había dicho. Liza forzó una sonrisa.

—Está usted tan triste que no encuentra las palabras para hablar conmigo. Pero tranquilo, lo que ha dicho viene muy a cuento: yo siempre vivo pendiente del calendario, cada paso que doy se ajusta al calendario. ¿Le sorprende? —Se apartó rápidamente de la ventana y se sentó en un sillón—. Siéntese, por favor. No nos

queda mucho tiempo para estar juntos y quiero decirle todo lo que me parezca oportuno… ¿Por qué no me dice usted también lo que le parezca oportuno?

Nikolái Vsévolodovich se sentó a su lado y con mucha cautela, casi con temor, le cogió la mano.

—¿Qué forma de hablar es ésa, Liza? ¿De dónde sale ahora? ¿Qué quiere decir eso de que «no nos queda mucho tiempo para estar juntos»? Ya es la segunda frase misteriosa en media hora, desde que te despertaste.

—¿Ha empezado a llevar la cuenta de mis frases misteriosas? —Liza se echó a reír—. ¿Recuerda que anoche, cuando entré aquí, me presenté diciendo que era una mujer muerta? Ya veo que a usted le ha parecido necesario olvidarlo. Olvidarlo o no darle importancia.

—No recuerdo, Liza. ¿Por qué una mujer muerta? Hay que vivir…

—¿No tiene nada que añadir? Ha perdido usted su elocuencia. Yo he vivido mi hora en el mundo, y eso es suficiente. ¿Se acuerda usted de Jristofor Ivánovich?

—No, no me acuerdo. —Nikolái Vsévolodovich frunció el ceño.

—¿Jristofor Ivánovich, en Lausana? Acabó usted harto de él. Abría la puerta y siempre decía: «Vengo un minuto», y se quedaba todo el día. Pues no quiero parecerme a Jristofor Ivánovich y pasarme aquí todo el santo día.

Una expresión de dolor se reflejó en su rostro.

—Liza, esa forma desgarrada de hablar me hace daño. Esa mueca ha tenido que costarte caro. ¿A qué obedece? ¿Para qué la haces? —Le brillaron los ojos—. ¡Liza —exclamó—, te juro que ahora te quiero más que ayer, cuando viniste a mí!

—¡Qué extraña confesión! ¿A qué se debe lo de ayer y hoy, ambas medidas?

—No me dejarás —siguió él, casi desesperado—; nos marcharemos juntos, hoy mismo, ¿verdad?, ¿verdad?

—¡Ay, no me apriete tan fuerte la mano! Y ¿adónde quiere que vayamos juntos hoy mismo? ¿A un sitio donde «resucitar» una vez más? No, basta ya de pruebas… Además, es demasiado lento para mí; y tampoco soy capaz: yo no apunto tan alto. Si nos marchamos, será a Moscú, a hacer allí visitas y recibirlas: ése es mi ideal, ya lo sabe usted. Nunca le he ocultado, ni siquiera en Suiza, cómo soy. Y, como no podemos ir a Moscú a hacer visitas, porque está usted casado, no tiene sentido hablar de esto.

—¡Liza! Entonces, ¿qué pasó ayer?

—Pasó lo que pasó.

—¡Es imposible! ¡Es algo cruel!

—Y qué, si es cruel; sopórtelo, si es cruel.

—Se está vengando de mí por el capricho de ayer —murmuró Nikolái Vsévolodovich, sonriendo con malicia. Liza enrojeció.

—¡Vaya una idea mezquina!

—Entonces ¿por qué me ha regalado usted… «toda esa dicha»? ¿No tengo derecho a saberlo?

—No, tendrá que pasarse sin derechos; no remate la mezquindad de su insinuación con una estupidez. Hoy no está usted muy atinado. Por cierto, ¿no será que le asusta la opinión pública y teme que le censuren por «toda esa dicha»? En ese caso, no se preocupe, por el amor de Dios. Usted no ha sido el causante de nada y no tiene que dar cuentas a nadie. Ayer, cuando abrí su puerta, usted ni siquiera sabía quién iba a entrar. Precisamente, no fue más que un capricho mío, como acaba usted de decir, y nada más. Puede mirar a todo el mundo a la cara, con aire resuelto y triunfal.

—Tus palabras, esa sonrisa tuya, hace ya una hora que me dejan helado de espanto. Esa «dicha» de la que hablas con tanta rabia para mí… lo es todo. ¿Cómo puedo perderte ahora? Te juro que ayer te quería menos. ¿Por qué hoy me lo quitas todo? ¿Sabes lo que me ha costado esta nueva esperanza? He pagado con la vida por ella.

—¿Con la propia o con la ajena?

Él se levantó rápidamente.

—¿Qué significa eso? —dijo, mirándola fijamente.

—Que si ha pagado con su vida o con la mía, eso es lo que quería decir. O ¿es que ya no es capaz de entender nada? —Liza se encendió—. ¿Por qué se ha levantado de repente? ¿Por qué me mira de ese modo? Me está asustando. ¿De qué tiene miedo? Hace tiempo que noto que usted tiene miedo, justamente ahora, en este instante… ¡Dios mío, qué pálido se ha puesto!

—Si sabes algo, Liza, te juro que *yo* no sé nada… y que no me estaba refiriendo *a eso*, ni muchísimo menos, cuando decía que había pagado con la

vida…

—No le entiendo en absoluto —dijo ella, balbuceando con temor.

Por fin, una sonrisa, lenta y pensativa, se dibujó en los labios de él. Se sentó con calma, apoyó los codos en las rodillas y se cubrió el rostro con las manos.

—Un mal sueño y un delirio… Estábamos hablando de dos cosas distintas.

—No sé de qué estaría hablando usted… ¿Es que ayer no sabía que iba a dejarle hoy? ¿Lo sabía o no? No mienta, ¿lo sabía o no?

—Sí, lo sabía… —admitió en voz baja.

—Entonces, ¿qué quiere? Lo sabía, y se reservó ese «momento» para usted. ¿Qué cuentas hay aquí que ajustar?

—Dime toda la verdad —exclamó él, con hondo sufrimiento—. Ayer, cuando abriste mi puerta, ¿sabías que la estabas abriendo solo por una hora?

Ella lo miró con odio.

—La verdad es que hasta el hombre más serio puede hacer las preguntas más asombrosas. ¿Por qué está usted tan preocupado? ¿No será por orgullo, pensando que una mujer le deja a usted, en lugar de dejarla usted a ella? Sepa, Nikolái Vsévolodovich, que mientras he estado aquí con usted me he convencido, entre otras cosas, de que usted ha sido enormemente magnánimo conmigo, y eso es justo lo que no puedo soportar de usted.

Él se levantó y dio unos cuantos pasos por la habitación.

—Muy bien. Ya que tenía que acabar así… Pero ¿cómo ha podido ocurrir todo esto?

—¡Qué más dará! Lo importante es que usted lo sabe todo perfectamente y lo entiende como nadie, y además contaba con que iba a ocurrir. Yo soy una señorita, mi corazón se ha criado en la ópera. Así empezó todo, ésa es la única explicación.

—No.

—No hay nada en todo esto que pueda lastimar su orgullo, y ésa es la pura verdad. Empezó como un momento precioso que no he podido soportar. Anteayer, cuando lo «ofendí» delante de todo el mundo y usted me contestó como un caballero, llegué a casa y sospeché de inmediato que, si usted me evitaba, era

porque estaba casado y no porque me despreciase, que era, en mi condición de señorita de mundo, lo que yo más temía. Comprendí que era a mí, a una insensata como yo, a quien trataba de proteger con su huida. Ya ve cómo aprecio su generosidad. En ese momento apareció Piotr Stepánovich y me lo aclaró todo de inmediato. Me reveló que está usted indeciso en relación con una gran idea, al lado de la cual ni él ni yo somos nada, pero que yo, en todo caso, me he cruzado en su camino. Él también se incluyó; quería a toda costa que estuviéramos los tres juntos y dijo unas cosas de lo más fantasiosas sobre una barca y unos remos de arce de cierta canción rusa. Lo elogié, le dije que es un poeta, y lo aceptó como si fuera oro de ley. Y, como yo ya sabía hacía tiempo, de todos modos, que solo iba a durar un instante, cogí y me decidí. Así que eso es todo, y ya es suficiente, y, por favor, basta de explicaciones. Si no, vamos a acabar riñendo. No tenga miedo de nadie, que yo asumo toda la responsabilidad. Soy mala, caprichosa, me dejé seducir por una barca de opereta; soy una señorita… Y, sabe, creía, a pesar de todo, que usted me quería con locura. No desprecie a una boba ni se ría de esta lagrimita que acabo de derramar. Me encanta llorar y compadecerme. Pero ya basta, ya basta. Yo no soy capaz de nada, y usted tampoco; dos humillaciones, por ambas partes, con eso nos podemos consolar. Al menos así no sufrirá nuestra vanidad.

—¡Sueño y delirio! —exclamó Nikolái Vsévolodovich retorciéndose las manos y paseando por la sala—. Pobre Liza, ¿qué te has hecho a ti misma?

—Me he quemado en una vela, nada más. No me diga que también está llorando. Sea más decente, más insensible…

—¿Por qué, por qué has venido a mí?

—¿No se da cuenta de que se está poniendo en ridículo ante la opinión pública con semejantes preguntas?

—¿Por qué te has buscado la ruina de un modo tan monstruoso y tan estúpido? ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Y ¡éste es Stavroguin, el «vampiro Stavroguin», como le llama una señora que está enamorada de usted! Escuche, ya se lo he dicho: he cambiado toda mi vida por una sola hora y estoy tranquila. Cambie usted también la suya… aunque no tiene motivos para hacerlo; aún dispondrá usted de muy diversas «horas» y «momentos».

—Tantos como tú; te doy mi palabra de honor: ¡ni una hora más que tú!

Él seguía paseando y no vio la rápida y penetrante mirada de Liza, en la que de pronto parecía asomar la esperanza. Pero aquel rayo de luz se extinguió al instante.

—Si tú supieras el precio de mi *imposible* sinceridad de ahora, Liza, si pudiera revelarte…

—¿Revelarme? ¿Quiere revelarme algo? ¡Líbreme Dios de sus revelaciones! —le interrumpió casi asustada.

Nikolái Vsévolodovich se detuvo y aguardó con inquietud.

—Tengo que confesarle que ya desde Suiza he tenido el convencimiento de que en su alma se esconde algo horroroso, sucio y sangriento, y… y es algo, al mismo tiempo, que le hace parecer sumamente ridículo. Cuídese de decirme si es verdad, porque me burlaría de usted. Me estaría riendo a carcajadas el resto de su vida… Ay, ¿otra vez se pone pálido? No, no, no lo voy a hacer; ahora mismo me voy —dijo Liza, poniéndose en pie con un gesto de asco y desprecio.

—¡Tortúrame, castígame, descarga en mí toda tu rabia! —gritó Nikolái Vsévolodovich, desesperado—. ¡Tienes todo el derecho del mundo! Yo sabía que no te quería y te he arruinado la vida. Sí, «me reservé el momento para mí»; tenía una esperanza… No pude resistir la luz que iluminó mi corazón cuando ayer, tú sola, por decisión propia, viniste a mí. De pronto creí que… Puede que todavía lo crea.

—A esa noble sinceridad le respondo de la misma manera: no quiero ser la enfermera de su corazón herido. Es posible que acabe siendo una enfermera si no encuentro la manera oportuna de morir hoy mismo; pero, si acabo siéndolo, no será a usted a quien atienda, aunque sin duda lo necesita tanto como un cojo o un manco. Siempre me ha parecido que usted me llevaría a un lugar donde habita una araña enorme y siniestra, del tamaño de un hombre, y que allí pasaríamos toda la vida, observándola con temor. Así acabaría nuestro mutuo amor. Acuda a Dasha; irá con usted a donde quiera.

—Y ¿ni siquiera ahora es usted capaz de dejar de recordarla?

—¡Pobre criatura! Salúdela de mi parte. ¿Sabe ella que ya en Suiza la tenía usted reservada para la vejez? ¡Cuánta consideración! ¡Qué previsión! Ay, ¿quién anda ahí?

Al fondo de la sala se entreabrió una puerta; asomó una cabeza y se ocultó precipitadamente.

—¿Eres tú, Alekséi Yegórych? —preguntó Stavroguin.

—No, solo soy yo —dijo Piotr Stepánovich, volviendo a asomar medio cuerpo—. ¿Cómo está, Lizaveta Nikoláievna? En cualquier caso, buenos días. Sabía que les encontraría en esta sala. Solo será un momento, Nikolái Vsévolodovich. He

venido a toda prisa para decirle un par de cosas… totalmente imprescindibles… ¡solo un par de cosas!

Stavroguin se encaminó hacia él, pero a los tres pasos se volvió hacia Liza.

—Si ahora oyes algo, Liza, has de saber que la culpa es mía.

Ella se estremeció y lo miró asustada, pero él salió precipitadamente.

II

La estancia desde la que se había asomado Piotr Stepánovich era una amplia antesala ovalada. Antes de su llegada, allí se hallaba Alekséi Yegórych, pero Piotr Stepánovich le había ordenado salir. Nikolái Vsévolodovich cerró la puerta de la sala y se quedó parado, expectante. Piotr Stepánovich le dirigió una mirada fugaz e inquisitiva.

—¿Y bien?

—Bueno, a lo mejor ya lo sabe —Piotr Stepánovich empezó a hablar atropelladamente, parecía como si pretendiera irrumpir con la mirada en el alma de Nikolái Vsévolodovich—, en todo caso, ninguno de nosotros, desde luego, tiene ninguna culpa, y usted menos que nadie, porque… es una coincidencia tal… un cúmulo de circunstancias… en una palabra, legalmente no pueden ir contra usted, y he venido corriendo a avisarle.

—¿Se han abrasado? ¿Los han asesinado?

—Los han asesinado, pero no se han abrasado; eso es lo malo, aunque le doy mi palabra de honor de que yo no soy el culpable, por mucho que sospeche usted de mí… porque es posible que sospeche de mí, ¿no? Quiere usted toda la verdad: pues verá, en efecto, esa idea se me ha pasado por la cabeza; usted mismo me la sugirió, no hablando en serio, sino burlándose de mí (porque usted nunca me habría sugerido algo así en serio). Pero no acababa de decidirme, y no lo habría hecho por nada del mundo, ni por cien rublos… porque ahí no hay ningún beneficio, para mí, quiero decir, para mí… —Se atropellaba de un modo espantoso, parecía una carraca al hablar—. Para que vea qué coincidencia: le di, de mi bolsillo (óigame bien, de su bolsillo no ha salido ni un rublo y, además, usted ya lo sabe), le di a ese borrachín idiota de Lebiadkin doscientos treinta rublos, hace dos días, a última hora de la tarde; fíjese bien, fue hace dos días, no ayer, después de la «lectura», tome buena nota: es una coincidencia muy importante, porque entonces yo no sabía con certeza si Lizaveta Nikoláievna iba a venir aquí o no; le di mi propio dinero únicamente porque hace dos días usted tuvo la brillante idea de hacer público su secreto… Bueno, yo ahí no entro… eso es asunto suyo… es usted

un caballero… aunque confieso que me quedé desconcertado. Y, como a mí esas tragedias me aburrían sobremanera (y dese cuenta de que estoy hablando en serio aunque emplee eslavonismos[326]), porque, en definitiva, perjudican mis planes, me prometí a mí mismo mandar a los Lebiadkin, a cualquier precio y sin que usted supiera nada, a San Petersburgo, sobre todo porque él mismo estaba deseando ir allá. Un error, le di el dinero de parte de usted; ¿fue un error o no? A lo mejor ni siquiera fue error, ¿eh? Escuche ahora, escuche cómo terminó todo… —En el acaloramiento del discurso se acercó mucho a Stavroguin y estuvo a punto de agarrarlo de la solapa de la levita. Stavroguin, con un fuerte movimiento, le golpeó un brazo—. Pero qué hace… ya está bien… me va a romper un brazo… Lo importante es cómo terminó todo. —Volvía a hablar atropelladamente, y no parecía sorprendido por el golpe—. Aquella noche le entregué el dinero para que él y su hermana se fueran al día siguiente, a primera hora de la mañana; puse el asunto en manos de Liputin, encomendándole que él mismo los acompañara hasta el tren y se asegurara de que se marchaban. Pero el muy tunante de Liputin tuvo la ocurrencia de hacer una trastada con el público… A lo mejor usted ya se ha enterado… ¿No sabe lo de la «lectura»? Escuche entonces, escuche: estuvieron los dos bebiendo y escribieron unos versos, la mitad eran de Liputin; éste vistió a Lebiadkin de frac y, mientras a mí me hacía creer que lo había despedido esa misma mañana, lo tuvo escondido en un cuartito trasero para arrastrarlo después hasta el estrado. Pero Lebiadkin, cuando te quieres dar cuenta, ya está borracho. Entonces vino el célebre escándalo, después se lo llevaron a su casa medio muerto, mientras Liputin le quitaba disimuladamente doscientos rublos, dejándole solo la calderilla. Pero, por desgracia, resulta que esa misma mañana el capitán se había sacado esos doscientos rublos del bolsillo, para presumir, y los había enseñado donde no debía. Y, como eso era lo que estaba esperando Fedka, que había oído algo en casa de Kiríllov (¿se acuerda de la alusión que hizo usted?), decidió aprovecharse. Ésa es toda la verdad. Por lo menos, me alegro de que Fedka no encontrara el dinero, ¡el muy canalla que contaba con llevarse mil! Actuó con excesiva precipitación, parece que por miedo a las llamas… Créame que ese incendio supone un quebradero de cabeza para mí. No, ¡solo el diablo sabe lo que significa! Eso es prepotencia… Ya lo ve, aquí me tiene, y espero tanto de usted que no voy a ocultarle nada: pues sí, la idea de provocar el incendio rondaba mi cabeza desde hacía tiempo, porque es algo tan popular, tan castizo; pero la tenía reservada para la hora crítica, para ese momento precioso en que todos nos íbamos a levantar y… Y ahora de pronto lo deciden por su cuenta y sin que nadie se lo ordene, en un momento como éste en el que justamente tendríamos que estar ocultos, aguantando la respiración. ¡Cuánta prepotencia!… En resumidas cuentas, que todavía no sé nada, se habla de dos obreros de los Shpigulin… pero, como haya tomado parte alguno de los *nuestros*, como uno solo de ellos se haya calentado las manos con esto, ¡pobre de él! ¡Ya ve lo que supone soltar las riendas, aunque sea un tanto así! No, esta chusma democrática con sus quintetos no es un buen apoyo; aquí lo que hace falta es una voluntad grandiosa, despótica, idolatrada, apoyada en algo firme y externo… Entonces hasta los quintetos agacharán la cabeza, obedientes, y su servilismo será muy útil llegada la ocasión. De todos modos,

ahora todo el mundo insiste en que Stavroguin necesitaba quemar a su mujer, y que para eso quemó la ciudad, pero…

—¿Eso es lo que dice todo el mundo?

—Bueno, todavía no lo dicen, y reconozco que no he oído nada en absoluto, pero con la gente ya se sabe, sobre todo con los afectados por el incendio: *Vox populi, vox Dei*. ¿Cuánto tarda el rumor más estúpido en difundirse a los cuatro vientos?… Pero, en el fondo, usted no tiene nada que temer. Desde el punto de vista legal es usted totalmente inocente, y en conciencia también, porque usted no lo quería, ¿verdad? ¿A que no lo quería? No hay ninguna prueba, solo es una coincidencia… A menos que Fedka recuerde las palabras imprudentes que dijo usted aquella vez en casa de Kiríllov (y ¿por qué las dijo entonces?), pero eso no prueba nada en absoluto, y a Fedka nos lo quitaremos de encima. Hoy mismo yo me ocupo de él…

—Y ¿los cadáveres no han ardido?

—En absoluto; ese canalla no ha dado una a derechas. Pero, por lo menos, me alegro de que esté usted tan tranquilo… porque, si bien es cierto que no tiene la culpa de nada, ni siquiera de pensamiento, de todos modos… Y además estará usted de acuerdo en que todo esto le viene de perlas: de repente es usted viudo, libre para casarse desde ahora mismo con una preciosidad de muchacha con muchísimo dinero y que, para colmo, ya está en sus manos. Ya ve lo que puede hacer una vulgar y corriente coincidencia circunstancial…

—¿Me está amenazando, cabeza hueca?

—Bueno, ya está bien, ya está bien; ahora va y me llama cabeza hueca, ¡vaya un tono! Cualquier otro se habría alegrado, y usted… He venido corriendo a propósito para avisarle cuanto antes… Y ¿cómo iba yo a amenazarle? ¡No gano nada con las amenazas! Yo lo que necesito es su buena voluntad, no que actúe por miedo. Usted es la luz y el sol… Soy yo el que le teme a usted, con toda mi alma, y ¡no al revés! Yo no soy Mavriki Nikoláievich… Imagínese, venía en mi *drozhki* volando hacia aquí y me veo a Mavriki Nikoláievich al lado de la valla, en el rincón del fondo del jardín… con el capote empapado; ¡seguro que se ha pasado ahí toda la noche! ¡Qué cosas! ¡A lo que puede llegar la locura de la gente!

—¿Mavriki Nikoláievich? ¿De verdad?

—De verdad, de verdad. Sentado al lado de la valla del jardín. A unos trescientos pasos de aquí, diría yo. He intentado pasar de largo lo más deprisa posible, pero me ha visto. ¿No lo sabía? En ese caso, me alegro mucho de no haber dejado de comentárselo. Esa gente, como tenga un revólver, es de lo más peligrosa, y encima de noche, con todo ese barro, con el lógico resentimiento… Porque ¡hay

que ver la situación en la que está, ja, ja! ¿Qué cree usted que estará haciendo ahí?

—Está esperando a Lizaveta Nikoláievna, naturalmente.

—¡Anda! Pero ¿por qué iba a irse con él? Y ¡con esta lluvia!… ¡Valiente idiota!

—Dentro de nada va a salir a reunirse con él.

—¡Caramba! ¡Qué noticia! Entonces… Pero, escuche, ahora la situación de Lizaveta Nikoláievna ha cambiado por completo; ¿para qué quiere ahora a Mavriki? Si es usted viudo, es un hombre libre y puede casarse con ella mañana mismo. Ella todavía no lo sabe; déjemelo a mí, y se lo arreglo en un segundo. ¿Dónde está? Hay que darle una alegría.

—¿Una alegría?

—Y tanto, vamos.

—Y ¿usted se cree que no va a adivinar lo que significan esos cadáveres? —Stavroguin entrecerró los ojos de una forma peculiar.

—Claro que no —respondió Piotr Stepánovich, haciéndose decididamente el tonto—, porque lo cierto es que legalmente… ¡Ay, qué cosas tiene! Y ¡aunque lo adivinase! Con las mujeres todo eso se difumina a la perfección, ¡aún no conoce usted a las mujeres! Aparte de eso, a ella ahora le conviene casarse con usted, porque a pesar de todo se ha puesto en una situación comprometida, y además yo ya le he dicho muchas cosas de la «barca»: noté precisamente que lo de la «barca» le hacía efecto, así que ya ve el calibre de la joven. No se preocupe, pasará por encima de esos cadáveres tan ricamente… Sobre todo, siendo usted inocente, totalmente inocente, ¿verdad que sí? Ella se guardará esos cadáveres para poder pincharle después, cuando lleven más de un año de casados. Toda mujer, al casarse, se guarda algo así de los viejos tiempos del marido, pero ya para entonces… ¿quién sabe lo que puede pasar en un año? ¡Ja, ja, ja!

—Si ha venido usted en *drozhki*, acérquesela ahora mismo a Mavriki Nikoláievich. Acaba de decirme que no puede aguantarme, que me quiere dejar, y, como es natural, no va a aceptar un coche mío.

—¡Vaya! Entonces, ¿es cierto que se va? ¿Cómo ha podido ocurrir? —preguntó Piotr Stepánovich con la mirada embobada.

—De algún modo, se ha dado cuenta esta misma noche de que en realidad no la quiero… algo que, naturalmente, siempre ha sabido.

—Y ¿es verdad que no la quiere? —preguntó Piotr Stepánovich, con aire de ilimitado asombro—. Y, si es así, ¿por qué razón dejó usted anoche que se quedara aquí, en lugar de decirle directamente, como un hombre honrado, que no la quería? Ha actuado como un auténtico miserable, y además me ha hecho quedar a mí también como un miserable.

Stavroguin soltó una carcajada.

—Me estoy riendo de mi mono —aclaró enseguida.

—¡Ah! Ha adivinado que estaba haciendo el payaso —Piotr Stepánovich también estalló en una carcajada extremadamente alegre—, ¡quería que se riera! Imagínese, al acercarse usted a mí, me he dado cuenta enseguida, por la cara que traía, de que «no había habido suerte». Puede que incluso haya sido un completo fracaso. Es más, apuesto lo que sea —exclamó, casi jadeando de entusiasmo— a que se han pasado toda la noche en la sala, sentados el uno al lado del otro, malgastando un tiempo precioso en discutir de algo noble y elevado… Perdone, perdone; esto es lo que hay: ayer ya estaba seguro de que la cosa iba a acabar tontamente. Se la traje sin otro propósito que el de divertirle, y para demostrarle que usted conmigo no se va a aburrir; puedo serle útil, de este mismo modo, trescientas veces. En general, me gusta agradar a la gente. Si ahora no la necesita, que era con lo que yo contaba, y por eso he venido, entonces…

—¿De modo que la trajo usted aquí únicamente para divertirme?

—¿Para qué si no?

—¿No sería para empujarme a matar a mi mujer?

—¡Vaya! ¿De verdad la ha matado? ¡Vaya un hombre trágico!

—Qué más da, la ha matado usted.

—¿Que yo la he matado? Le estoy diciendo que no he tenido nada que ver. De todos modos, empieza usted a preocuparme…

—Continúe; estaba usted diciendo: «Si ahora no la necesita, entonces…».

—Entonces, ¡déjeme hacer a mí, como es natural! La caso espléndidamente con Mavriki Nikoláievich, a quien, por cierto, no he sido yo el que lo ha plantado en su jardín, ¡quítese eso de la cabeza! Ahora le tengo miedo. En mi *drozhki*, dice usted, pero el caso es que he pasado volando por delante de él… y, la verdad ¿qué pasa si tiene un revólver? Menos mal que yo también he cogido el mío. Aquí está —se sacó un revólver del bolsillo, lo mostró y volvió a guardárselo enseguida—, lo he traído porque como el camino es tan largo… De todos modos, yo se lo dejo a

usted todo resuelto en un santiamén: el corazoncito de Lizaveta Nikoláievna estará ahora suspirando por su Mavriki… o al menos tendría que estar suspirando por él… Y ¡le doy mi palabra de que hasta me da lástima de ella! En cuanto se la lleve a Mavriki, no tardará en acordarse de usted: empezará a ponerle por las nubes, y a insultar a Mavriki a la cara… ¡el corazón de una mujer! ¿Vuelve usted a reírse? No sabe cómo me gusta verle tan alegre. Bueno, vamos. Yo empiezo con lo de Mavriki, y en cuanto a ésos… a los que han matado… ¿qué le parece si por el momento no le decimos nada? De todos modos, ya se enterará.

—¿Enterarse de qué? ¿A quién han matado? ¿Qué decía usted de Mavriki Nikoláievich? —Liza abrió la puerta de repente.

—¡Ah! ¿Estaba escuchando?

—¿Qué acaba de decir de Mavriki Nikoláievich? ¿Lo han matado?

—¡Ah! Ya veo que no se ha enterado usted bien. Tranquilícese, Mavriki Nikoláievich está sano y salvo, como podrá comprobar en un momento, porque está aquí mismo, en el camino, junto a la valla del jardín… Y ahí ha debido de pasarse toda la santa noche; tiene el capote empapado… Me ha visto llegar.

—Eso no es verdad. Ha dicho usted que habían matado a alguien… ¿A quién han matado? —insistió ella, ansiosa e incrédula.

—Solo han matado a mi mujer, a su hermano, Lebiadkin, y a su criada —explicó Stavroguin con firmeza.

Liza se estremeció y se puso mortalmente pálida.

—Un caso tan brutal como extraño, Lizaveta Nikoláievna, un caso de robo de lo más absurdo —se apresuró a decir Piotr Stepánovich—, no ha sido más que un robo, aprovechándose del incendio; ha sido obra de Fedka el Presidiario, y del muy idiota de Lebiadkin, que estuvo enseñándole su dinero a todo el mundo… He venido corriendo a informar… Ha sido un mazazo. Stavroguin apenas podía tenerse en pie cuando se lo dije. Estábamos discutiendo si era mejor decírselo a usted ahora mismo o no…

—Nikolái Vsévolodovich, ¿está diciendo la verdad? —dijo Liza, articulando a duras penas.

—No, no es verdad.

—¡Cómo que no es verdad! —replicó Piotr Stepánovich desesperado—. ¿A qué viene eso?

—¡Ay, Señor, voy a volverme loca! —exclamó Liza.

—¡Ya está viendo, en cualquier caso, que ahora mismo el que ha perdido el juicio es él! —gritó Piotr Stepánovich con todas sus fuerzas—. Al fin y al cabo, han asesinado a su mujer. Vea lo pálido que está… Han pasado ustedes toda la noche juntos, él no se ha apartado un instante de usted, ¿cómo puede sospechar de él?

—Nikolái Vsévolodovich, dígame como si estuviéramos delante de Dios si es o no es usted culpable, y juro que creeré en su palabra como si fuera la palabra de Dios, e iré con usted hasta el fin del mundo, ¡oh, claro que sí! Le seguiré como un perro…

—¿Por qué la martiriza, hombre fantasioso? —dijo Piotr Stepánovich, fuera de sí—. Lizaveta Nikoláievna, macháqueme si quiere en un mortero, pero le aseguro que este hombre es inocente; es más, ya lo ve, está hundido y delirando. ¡No es culpable de nada, de nada, ni siquiera con el pensamiento!… Eso ha sido obra de unos bandidos a quienes seguramente cogerán en una semana y los molerán a palos… Aquí anda metido Fedka el Presidiario y algunos obreros de los Shpigulin, eso es lo que se dice en todas partes, y por eso yo también lo repito.

—¿De verdad? ¿De verdad? —Liza, temblando con todo el cuerpo, aguardaba la sentencia final.

—Yo no los he matado y me oponía a que los mataran, pero sabía que los iban a matar y no detuve a los asesinos. Aléjate de mí, Liza —dijo Stavroguin, y se dirigió a la sala.

Liza se cubrió el rostro con las manos y salió de la casa. Piotr Stepánovich estuvo a punto de ir detrás de ella, pero inmediatamente regresó a la sala.

—¿Conque sí? ¿Conque sí? Así pues, ¿no le tiene usted miedo a nada? —Se lanzó enfurecido sobre Stavroguin, balbuceando de un modo incoherente, sin atinar apenas con las palabras, con espuma en la boca.

Stavroguin, parado en medio del salón, no dijo nada. Suavemente, se cogió con la mano izquierda un mechón de sus cabellos y sonrió perplejo. Piotr Stepánovich le tiró con fuerza de una manga.

—¿Se da usted por vencido? ¿Así que ése es su juego? Denunciarnos a todos, mientras ingresa en un monasterio o se va al infierno… Pero ¡yo acabo con usted de todos modos, aunque no me tenga miedo!

—¿Ah, sigue usted parloteando? —Stavroguin, por fin, se fijó en él—. Corra —reaccionó de pronto—, corra tras ella, pida el coche, no la deje… ¡Venga, corra, corra! Acompáñela a casa para que nadie sepa nada y, sobre todo, para que no se

acerque por allí… a ver los cadáveres… los cadáveres… Métala en el coche a la fuerza… ¡Alekséi Yegórych! ¡Alekséi Yegórych!

—¡Pare, no grite! Ahora ya está en brazos de Mavriki… Mavriki no se subiría a su coche… ¡Pare! ¡Esto es más valioso que el coche!

Volvió a sacar el revólver; Stavroguin lo miró muy serio.

—Adelante, máteme —dijo con calma, casi resignado.

—¡Uf, demonios, la de mentiras que se echa un hombre encima! —Piotr Stepánovich estaba temblando—. ¡Debería matarle, por Dios! La verdad, ¡ella tendría que haberle escupido! ¡Vaya una «barca» está usted hecho! ¡Un viejo bote de madera, lleno de agujeros, listo para irse a pique!… Vamos, aunque no sea más que por despecho, ¡ahora tiene usted que espabilar! ¡Ay! ¿Qué más le da, si usted mismo está pidiendo una bala en la sien?

Stavroguin se sonrió de un modo extraño.

—Si no fuera usted un bufón, tal vez le diría ahora que sí… Solo con que fuera un poco más listo…

—Yo seré un bufón, pero ¡no quiero que usted, mi mitad fundamental, sea otro bufón! ¿Me ha entendido?

Stavroguin le entendía, puede que nadie más que él. Shátov, desde luego, se había quedado atónito cuando Stavroguin le dijo que había entusiasmo en Piotr Stepánovich.

—Déjeme ahora y váyase al infierno, y para mañana puede que se me ocurra algo. Venga mañana.

—¿Sí? ¿Sí?

—¡Yo qué sé!… ¡Váyase al infierno, al infierno!

Y salió de la sala.

—Quién sabe, a lo mejor salimos ganando —farfulló para sí Piotr Stepánovich, guardándose el revólver.

III

Corrió en pos de Lizaveta Nikoláievna, que aún no estaba muy lejos, a unos

pocos pasos de la casa. Por unos momentos la entretuvo Alekséi Yegórovich, que aún iba siguiéndola, un paso por detrás, vestido de frac, respetuosamente inclinado y sin sombrero. No se cansaba de repetirle que aguardara a que estuviera listo el coche; el viejo estaba asustado y poco le faltaba para echarse a llorar.

—Largo; el señor ha pedido el té y no hay quien se lo sirva —dijo Piotr Stepánovich, apartándolo de un empujón y cogiendo a Lizaveta Nikoláievna del brazo.

Ella no trató de soltarse; de todos modos, no parecía demasiado consciente de lo que hacía, aún no había reaccionado.

—En primer lugar, no es por ahí —empezó a hablar, balbuceante, Piotr Stepánovich—; hay que ir por aquí, no por detrás del jardín. En segundo lugar, de todos modos es imposible ir a pie, hay tres verstas hasta su casa, y no lleva ropa adecuada. Solo tiene que aguardar un instante. He venido en *drozhki*, el caballo está ahí mismo, en el patio; lo traigo en un momento, la subo y la llevo sin que nadie la vea.

—Es usted muy bueno… —dijo Liza amablemente.

—Por el amor de Dios, en estos casos cualquier individuo humanitario haría lo mismo en mi lugar…

Liza lo miró y se quedó sorprendida.

—¡Ay, Dios mío, y yo que creía que aún seguía aquí ese anciano!

—Escuche, me alegra enormemente que se tome las cosas así, porque todo esto no es más que un prejuicio terrible y, ya que hemos llegado a este punto, ¿no sería mejor ordenarle a ese viejo que se ocupe del coche? No serán más de diez minutos, y mientras tanto podemos volver y esperar en el porche, ¿eh?

—Yo quiero ir primero… ¿Dónde está esa gente que han matado?

—¡Ay, vaya un capricho! Eso me temía… No, más vale que dejemos a esa gentuza en paz; allí no hay nada que ver.

—Sé dónde están, conozco esa casa.

—¡Qué más dará que la conozca! Por lo que más quiera, está lloviendo, hay niebla… —«¡Vaya un deber sagrado que me he impuesto!», pensó—. Escuche, Lizaveta Nikoláievna, una de dos: o viene conmigo en el *drozhki*, y en ese caso me espera usted aquí sin dar un solo paso, porque si damos veinte pasos más nos va a ver sin falta Mavriki Nikoláievich.

—¿Mavriki Nikoláievich? ¿Dónde? ¿Dónde?

—Bueno, si lo que quiere es ir con él, entonces vamos a avanzar un poco más, y ya le indico dónde está. Y aquí se queda este humilde servidor; ahora no quiero acercarme a él.

—¡Me está esperando, Dios mío! —Lizaveta Nikoláievna se detuvo de pronto, y el rubor se extendió por su rostro.

—Pero ¡lo que hay que ver! ¡Si es un hombre sin prejuicios! Ya sabe, Lizaveta Nikoláievna, que no es asunto mío; yo en todo esto ni entro ni salgo, y usted bien lo sabe. Pero, de todos modos, le deseo lo mejor… Si lo de nuestra «barca» no ha podido ser, si no era más que una vieja y podrida barcaza, que solo era apta para el desguace…

—¡Ay, qué maravilla! —exclamó Liza.

—Qué maravilla, pero no para usted de llorar. Aquí hace falta coraje. No hay que arredrarse ante el hombre en ningún caso. En estos tiempos, cuando la mujer… Uf, qué diablos… —Piotr Stepánovich estuvo a punto de escupir—. Y, sobre todo, no lamentarse de nada: puede que todo vaya a pedir de boca. Mavriki Nikoláievich es un hombre… en una palabra, es un hombre sensible, aunque no sea muy locuaz. Lo cual, por cierto, tampoco está mal, a condición, naturalmente, de que no tenga prejuicios…

—¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla! —Liza se echó a reír histéricamente.

—Ya, bueno, ¡demonios!… Lizaveta Nikoláievna —Piotr Stepánovich, de pronto, se sintió dolido—, de hecho, yo estoy aquí solo por usted… porque a mí, a fin de cuentas… Ayer le presté un servicio cuando a usted misma le pareció bien, pero hoy… Mire, desde aquí se puede ver a Mavriki Nikoláievich, ahí lo tiene; él no nos ve. Dígame una cosa, Lizaveta Nikoláievna, ¿ha leído usted *Polinka Saks*[327]?

—¿Qué es eso?

—Es una novela, *Polinka Saks*. Yo la leí siendo estudiante… Aparece un funcionario, un tal Saks, un hombre acomodado, que hace que detengan a su mujer en la dacha, por haberle sido infiel… ¡Bueno, demonios, qué más da! Ya verá usted cómo Mavriki Nikoláievich, antes de llegar a casa, le hace una proposición. Aún no nos ha visto.

—¡Ay, que no nos vea! —exclamó de pronto Liza, como enloquecida—. ¡Vámonos de aquí, vámonos! ¡Al bosque, al campo!

Y, dándose la vuelta, echó a correr.

—¡Lizaveta Nikoláievna, eso ya es cobardía! —Piotr Stepánovich corrió tras ella—. Y ¿por qué no quiere que la vea? Al contrario, mírelo con orgullo a los ojos… Y, si se trata de *eso*… cosas de doncellas… eso no es más que un prejuicio, un atraso… Pero ¿adónde va usted, adónde va? ¡Caray, cómo corre! Lo mejor será que volvamos a casa de Stavroguin y tomemos mi *drozhki…* Pero ¿adónde va usted? Eso es todo campo… ¡Vaya, se ha caído!…

Se detuvo. Liza volaba como un pájaro, sin rumbo, y Piotr Stepánovich se había quedado ya cincuenta pasos por detrás. Liza, tras tropezar en un montón de tierra, cayó al suelo. En ese mismo instante se oyó por detrás, desde un lateral, un grito sobrecogedor, un grito de Mavriki Nikoláievich, que había visto la carrera y la caída de la joven y corría hacia ella campo a través. Piotr Stepánovich se apresuró a retirarse y franqueó el portalón de casa de Stavroguin para subirse a su *drozhki* de inmediato.

Mavriki Nikoláievich, presa del pánico, estaba ya junto a Liza, que trataba de incorporarse. Se inclinó sobre ella y la cogió de la mano. Toda la increíble escena del encuentro le había causado una fuerte conmoción, y las lágrimas le surcaban el rostro. Había visto a la mujer idolatrada correr enloquecida por el campo, a esa hora, con ese tiempo, solo con el vestido vaporoso de la víspera, que ahora, después de la caída, estaba todo arrugado y manchado de barro… Incapaz de articular una palabra, se quitó el capote y con manos trémulas empezó a cubrirle los hombros a la joven. De pronto, al sentir que ella acercaba los labios a su mano, exclamó:

—¡Liza! No valgo para nada, pero ¡no me eche de su lado!

—¡Oh, sí, vámonos de aquí cuanto antes! ¡No me abandone! —Y ella misma lo cogió de la mano y tiró de él—. Mavriki Nikoláievich —de pronto bajó la voz, intimidada—, ahí dentro me hacía la valiente, pero aquí tengo miedo de la muerte. Voy a morir, voy a morir muy pronto, pero tengo miedo, tengo miedo de morir… —susurraba, apretándole la mano con fuerza.

—¡Oh, si viéramos a alguien por aquí! —dijo él, mirando desesperado a su alrededor—. ¡Aunque fuera alguien de paso! Se va a empapar usted los pies… ¡Va a perder el juicio!

—No es nada, no es nada —procuraba animarlo—, ya lo ve, con usted no tengo tanto miedo; cójame de la mano y guíeme… ¿Adónde vamos ahora? ¿Vamos a casa? No, primero quiero ver a los que han matado. Según dicen, han asesinado a su mujer, pero él asegura que la ha matado él mismo. Pero no es verdad, ¿a que no es verdad? Quiero ver con mis propios ojos a las víctimas… por mi culpa… Por ellos, esta pasada noche él ha dejado de quererme… Viéndolos, lo sabré todo. Deprisa, deprisa, conozco esa casa… hay un incendio… Mavriki Nikoláievich, amigo mío, no me perdone, ¡soy una mujer deshonrada! ¿Para qué iba a

perdonarme? ¿Por qué llora usted? Abofetéeme y máteme aquí mismo, en pleno campo, ¡como a un perro!

—Ahora nadie puede ser su juez —dijo con firmeza Mavriki Nikoláievich—. Que Dios la perdone; ¡yo menos que nadie puedo ser su juez!

Pero sería extraño describir esta conversación. A todo esto, iban de la mano, a buen paso, con prisa, como medio aturdidos. Iban derechos hacia el incendio. Mavriki Nikoláievich no había perdido del todo la esperanza de encontrar aunque no fuera más que una telega, pero no había nadie por allí. Una fina llovizna envolvía los campos, engullendo cualquier reflejo, cualquier matiz, diluyéndolo todo en una masa informe, plomiza y humeante. Hacía ya un buen rato que había amanecido, pero aún parecía de noche. De improviso, entre esa neblina fría y turbia, se dibujó una figura extraña y absurda que marchaba a su encuentro. Tratando ahora de imaginarme la escena, creo que yo, de haber estado en el lugar de Lizaveta Nikoláievna, no habría dado crédito a mis ojos; pero ella, sin embargo, soltó un grito de alegría y reconoció de inmediato al hombre que se acercaba. Era Stepán Trofímovich. Cómo había salido de su casa, de qué modo había podido llevar a la práctica aquella insensata idea de la huida que se le había metido en la cabeza… de eso hablaré más adelante. Solo mencionaré que aquella mañana ya tenía fiebre, pero ni tan siquiera la enfermedad lo había arredrado: caminaba con paso firme sobre la tierra mojada; se notaba que había preparado la empresa lo mejor que había podido, él solo, a pesar de toda su inexperiencia libresca. Iba vestido «de caminante», esto es, llevaba un capote con mangas, ceñido con un ancho cinturón de piel, charolado y con hebilla, así como unas botas altas nuevas, con los pantalones metidos por dentro. Seguramente venía imaginando ya desde hacía tiempo cuál sería su aspecto como caminante y había preparado con algunos días de antelación el cinturón y las botas altas con cañas brillantes de húsar, con las que no sabía caminar. Un sombrero de ala ancha, una bufanda de estambre enrollada al cuello, un bastón en la mano derecha y un bolso de viaje pequeño pero lleno hasta arriba en la izquierda completaban su indumentaria. Por añadidura, en la mano derecha también sostenía un paraguas abierto. Esos tres objetos —paraguas, bastón y bolso de viaje— habían sido muy engorrosos de llevar en la primera versta, y en la segunda se le hacían pesados.

—¿Es usted de verdad? —exclamó Liza, mirándolo con lástima y asombro, después del primer arranque inconsciente de alegría.

—*Lise!* —exclamó a su vez Stepán Trofimovich, lanzándose hacia ella casi con delirio—. *Chère, chère*, pero si es usted… ¿con esta niebla? ¡Mire aquel resplandor! *Vous êtes malheureuse, n'est-ce pas?*[328] Ya veo, ya veo, no me cuente nada, pero tampoco me pregunte. *Nous sommes tous malheureux, mais il faut les pardonner tous. Pardonnons, Lise*[329], y seremos libres para siempre. Para desentenderse del mundo y ser completamente libres… *il faut pardonner, pardonner et pardonner!*

—Pero ¿por qué está usted de rodillas?

—Porque, al despedirme del mundo, quiero también despedirme, en su imagen, de todo mi pasado. —Se echó a llorar y se llevó ambas manos a los ojos inundados de lágrimas—. ¡Me arrodillo ante todo lo que fue bello en mi vida, lo beso y doy las gracias! Ahora me he desgarrado en dos: ahí, el insensato que soñaba con volar hasta el cielo, *vingt-deux ans!*; aquí, un maltratado y aterido anciano preceptor… *chez ce marchand, s'il existe pourtant ce marchand…*[330] Pero ¡está usted empapada, *Lise*! —exclamó, levantándose de un salto al notar que a él también se le mojaban las rodillas en contacto con el suelo húmedo—. Y ¿cómo es que lleva ese vestido?… Y viene caminando, por este campo… ¿Llora usted? *Vous êtes malheureuse?* Ah, algo he oído… Pero ¿de dónde viene ahora? —aceleraba las preguntas con aire aprensivo, mirando a Mavriki Nikoláievich con hondo estupor —. *Mais savez-vous l'heure qu'il est?*[331]

—Stepán Trofimovich, ¿ha oído algo por ahí de unas personas asesinadas?… ¿Es verdad? ¿Es verdad?

—¡Esa gente! Toda la noche he visto el resplandor de sus fechorías. Tenían que acabar así… —Sus ojos volvieron a centellear—. Huyo de un delirio, de un sueño febril; voy corriendo en busca de Rusia, *existe-t-elle la Russie? Bah, c'est vous, cher capitaine!*[332] Jamás he dudado de que le encontraría en alguna parte, en medio de una gran hazaña… Pero tome mi paraguas y… ¿por qué tiene que ir a pie? Por el amor de Dios, tome mi paraguas, que yo, de todos modos, voy a tomar un coche de punto donde sea. Si voy a pie es porque *Stasie* —se refería a Nastasia— habría puesto el grito en el cielo si llega a enterarse de que me marcho; he hecho todo lo posible para salir de incógnito. No sé. En *Golos* escriben que hay robos por todas partes, pero he pensado que tampoco puede ser que me encuentre con un ladrón nada más ponerme en camino. *Chère Lise*, me ha parecido oírle que alguien había matado a alguien. *O mon Dieu*, ¡usted no está bien!

—¡Vamos, vamos! —gritaba Liza, histérica, tirando nuevamente de Mavriki Nikoláievich—. Espere, Stepán Trofímovich —de pronto, se volvió hacia él—, espere, pobre amigo, deje que haga sobre usted la señal de la cruz. A lo mejor valía más atarle, pero yo prefiero hacerle la señal de la cruz. Rece también por esta «pobre» Liza[333]… solo un poquitín, no se tome demasiadas molestias. Mavriki Nikoláievich, devuélvale el paraguas a este crío, devuélvaselo sin falta. Así… ¡Vamos! ¡Vamos!

Su llegada a la fatídica casa se produjo en el momento preciso en que se agolpaba frente a ella una compacta multitud que ya había oído bastantes comentarios sobre Stavroguin y sobre lo conveniente que había sido para él asesinar a su mujer. De todos modos, repito que la inmensa mayoría de los presentes seguían escuchando en silencio y sin moverse. Tan solo habían perdido la compostura algunos borrachos vociferantes y ciertos «desequilibrados», como el

menestral aquel que no paraba de hacer aspavientos. Todo el mundo lo tenía por un hombre más bien pacífico, pero en ocasiones perdía de pronto los estribos si algo le afectaba de un modo especial. No vi llegar a Liza y Mavriki Nikoláievich. Primero la distinguí a ella, y me quedé de piedra al verla a cierta distancia, en medio de la multitud, porque al principio no vi a Mavriki Nikoláievich. Al parecer, hubo un momento en que él se quedó un par de pasos por detrás, por culpa de las apreturas o porque alguien lo apartó. Liza, que se iba abriendo paso entre el gentío, sin ver ni notar nada a su alrededor, en una especie de estado febril, como si se hubiera escapado de un hospital, llamó enseguida, naturalmente, la atención de la gente: muchos empezaron a comentar en voz alta y de pronto se pusieron a chillar. Entonces alguien gritó: «¡Ésa anda con Stavroguin!». Y desde el otro lado: «¡No se conforman con matar, encima vienen a echar un vistazo!». De pronto vi que detrás de ella se alzaba una mano y se descargaba sobre su cabeza; Liza cayó al suelo. Mavriki Nikoláievich soltó un grito espantoso, se lanzó en su ayuda y golpeó con todas sus fuerzas al hombre que se interponía entre Liza y él. Pero en ese mismo instante lo agarró por detrás con las dos manos el susodicho menestral. Por un tiempo fue imposible distinguir nada en medio del alboroto que siguió. Liza, al parecer, se levantó, pero volvió a desplomarse, alcanzada por un segundo golpe. De pronto la multitud se abrió y formó un pequeño círculo alrededor de Liza, que seguía tendida, mientras Mavriki Nikoláievich, de pie a su lado, cubierto de sangre, fuera de sí, gritaba, lloraba y se retorcía las manos. No recuerdo con toda exactitud lo que ocurrió a continuación; solo que de pronto se llevaron a Liza. Corrí tras ella; todavía estaba viva y, posiblemente, todavía consciente. Sacaron de la muchedumbre al menestral y a otros tres hombres más, y los detuvieron. Aún hoy los tres siguen negando haber tomado parte en la fechoría y se empeñan en sostener que fueron detenidos por error; a lo mejor es verdad. En cuanto al menestral, aunque no hay ninguna duda de su participación, como es un individuo sin luces, aún no ha podido aclarar con detalle lo sucedido. También yo, en calidad de testigo, aunque algo lejano, me vi obligado a prestar declaración en el proceso: declaré que todo había ocurrido, en gran medida, de manera fortuita, debido a la intervención de personas que, aunque posiblemente mal dispuestas, apenas eran conscientes de sus actos, pues habían bebido y estaban desnortadas. Actualmente sigo siendo de la misma opinión.

Capítulo IV. La última decisión

I

Esa mañana muchos vieron a Piotr Stepánovich; quienes lo vieron recordaban que estaba extraordinariamente excitado. A las dos de la tarde fue a ver a Gagánov, llegado de la aldea el día anterior; la casa estaba abarrotada de visitas que hablaban acaloradamente y sin parar de los recientes sucesos. Piotr Stepánovich hablaba más que nadie y se hacía oír. Seguían considerándolo «un estudiante charlatán con la cabeza hueca», pero en esos momentos estaba hablando de Yulia Mijáilovna y, en medio del alboroto general, era un tema apasionante. En su calidad de confidente íntimo y más reciente de la gobernadora, dio a conocer muchos detalles tan novedosos como inesperados; sin darse ni cuenta (y, desde luego, de manera imprudente), reveló algunas opiniones personales de ella sobre gente sobradamente conocida en la ciudad, hiriendo al hacerlo algunas vanidades. Habló de un modo tan vago como confuso, propio de un hombre sin mala intención que, siendo honrado, se veía en la penosa obligación de esclarecer de buenas a primeras toda una montaña de malentendidos y que, en su ingenua torpeza, ni siquiera sabía por dónde empezar ni cómo terminar. De una forma bastante indiscreta se le escapó asimismo que Yulia Mijáilovna estaba al corriente de todo el secreto de Stavroguin y que había sido ella la que había manejado toda la intriga. De paso, le había jugado a él, a Piotr Stepánovich, una mala pasada, porque él también estaba enamorado de la desdichada Liza, y lo habían «mareado» hasta tal punto que *por poco* no la lleva a casa de Stavroguin en su propio coche. «Sí, señores, ustedes ríanse, pero ¡si yo hubiera sabido, si yo hubiera sabido cómo iba a terminar todo!», concluyó. A distintas preguntas alarmadas sobre Stavroguin, contestó abiertamente que, en su opinión, la catástrofe de Lebiadkin había sido pura casualidad y que el culpable de todo había sido el propio Lebiadkin, por haber exhibido el dinero. Y esto lo explicó con singular claridad. Uno de los presentes le objetó que perdía el tiempo intentando «disimular»; que había estado comiendo, bebiendo y poco menos que durmiendo en casa de Yulia Mijáilovna, y ahora era el primero en difamarla, y que eso no era tan bonito como él se creía. No obstante, Piotr Stepánovich se defendió sin dudarlo: «Si he comido y he bebido en esa casa, no ha sido por falta de dinero, y yo no tengo la culpa de que me hayan invitado. Permítame que juzgue yo mismo hasta qué punto tengo que estar agradecido».

En general, causó una impresión favorable: «Admitamos que es un tipo excéntrico y, desde luego, un hombre de poco seso, pero ¿es que va a tener por eso la culpa de las estupideces de Yulia Mijáilovna? Al contrario, se ve que trató de ponerle freno»…

A eso de las dos se difundió de pronto la noticia de que Stavroguin, sobre quien todo eran dimes y diretes, se había marchado inesperadamente a San Petersburgo en el tren de mediodía. Esto despertó un gran interés; muchos fruncieron el ceño. Piotr Stepánovich se quedó tan perplejo que, según cuentan, el rostro se le demudó y exclamó de un modo sorprendente: «Pero ¿quién le ha dejado partir?». Acto seguido, abandonó a toda prisa la casa de Gagánov. No obstante, fue visto en dos o tres casas más.

A la caída de la tarde encontró la oportunidad de acceder hasta Yulia Mijáilovna, algo que no le resultó nada fácil, dado que ella, decididamente, se negaba a recibirlo. Solo al cabo de tres semanas me enteré de esta circunstancia por boca de ella, antes de su partida a San Petersburgo. No me dio detalles, pero me comentó, con un estremecimiento, que «entonces la había sorprendido más allá de toda medida». Me imagino que él se limitaría a intimidarla con la amenaza de declararla su cómplice si a ella se le ocurría «irse de la lengua». La necesidad de asustarla estaba estrechamente ligada a sus proyectos de entonces, proyectos que, por descontado, ella desconocía; solo cinco días más tarde descubrió Yulia Mijáilovna por qué Piotr Stepánovich no se había fiado en absoluto de su silencio y por qué temía hasta tal punto que tuviera nuevos estallidos de indignación…

Cerca de las ocho, cuando ya había caído la noche, en la calle Fomín, situada a las afueras, en una casucha desvencijada donde tenía su residencia el alférez Erkel, se reunió el quinteto de *los nuestros* al completo. La reunión había sido convocada por el propio Piotr Stepánovich; pero él se había retrasado de un modo imperdonable y los miembros del grupo llevaban ya una hora esperando. Este alférez Erkel era el mismo oficial, de paso en la ciudad, que había estado toda la reunión en casa de Virguinski sentado con un lápiz en la mano y un cuaderno delante. Llevaba poco tiempo en la ciudad; había alquilado un cuarto independiente en un callejón retirado, en una casa propiedad de dos hermanas, dos viejas menestrales, y esperaba marcharse pronto; reunirse en su domicilio era la mejor forma de pasar inadvertidos. Este extraño mozalbete se distinguía por su inusitado mutismo; podía pasarse diez noches seguidas sentado en medio de un grupo bullicioso, oyendo las conversaciones más insólitas, sin decir una sola palabra, aunque, eso sí, escuchando con la mayor atención y observando a los que intervenían con sus ojos de niño. Tenía una cara preciosa y hasta parecía inteligente. No formaba parte del quinteto; *los nuestros* suponían que era portador de instrucciones especiales de naturaleza estrictamente ejecutiva que le habrían dado en alguna parte. Ahora se sabe que no traía instrucciones de ninguna clase y que difícilmente tendría claro cuál era su cometido. Sencillamente, sentía devoción por Piotr Stepánovich, a quien había conocido recientemente. Si hubiera conocido a un monstruo precozmente depravado que, valiéndose de cualquier pretexto, en parte social y en parte romántico, lo hubiera incitado a reclutar una cuadrilla de bandidos y le hubiera ordenado, a modo de prueba, matar y desvalijar al primer campesino con el que se tropezara, habría obedecido sin vacilar. Tenía en algún sitio a su madre enferma, y le enviaba la mitad de su magro sueldo. ¡Cabe

imaginar cómo besaría ella esa pobre cabecita rubia, cómo temblaría, cómo rezaría por ella! Me extiendo tanto en esto porque el muchacho me daba mucha pena.

Los nuestros estaban muy excitados. Los acontecimientos de la noche anterior los habían dejado perplejos y, al parecer, estaban muertos de miedo. El zafio, aunque sistemático, escándalo en el que venían participando con tanto entusiasmo concluía de un modo inesperado para ellos. El incendio nocturno, el asesinato de los Lebiadkin, la brutalidad de la muchedumbre contra Liza, todo eran sorpresas que no habían podido prever en su programa. Acusaban con vehemencia a la mano que los guiaba, tachándola de despótica y artera. En resumidas cuentas, mientras esperaban a Piotr Stepánovich se fueron infundiendo ánimo y acabaron tomando la decisión de exigirle nuevamente una explicación categórica y, si aquél, como ya había ocurrido anteriormente, se negaba una vez más a dársela, disolverían el quinteto para crear una nueva sociedad clandestina destinada a la «propaganda de sus ideas», que partiría de ellos mismos, sobre bases igualitarias y democráticas. En concreto, Liputin, Shigaliov y el conocedor del pueblo llano apoyaban el proyecto; Liamshin no decía nada, pero parecía estar conforme. Virguinski titubeaba y deseaba oír primero a Piotr Stepánovich. Decidieron escucharle, pero él seguía sin llegar, y esa negligencia emponzoñó aún más el ambiente. Erkel no abría la boca y se limitaba a distribuir el té: él mismo había ido a pedírselo a las caseras, y lo había traído servido en unos vasos, en una bandeja, sin permitir que la criada entrase en la habitación.

Piotr Stepánovich no apareció hasta las ocho y media. Con paso resuelto se acercó a la mesa redonda, situada delante del sofá, a la que estaban sentados los miembros del grupo; no soltó el sombrero de las manos y no quiso té. Tenía un aire furioso, severo y altivo. Evidentemente, había notado enseguida por las caras que estaban «amotinados».

—Antes de abrir yo la boca, explíquense ustedes; algo han estado tramando —comentó, observando sus caras, una por una, con una sonrisa maligna.

Liputin tomó la palabra «en nombre de todos» y declaró con voz trémula de rencor que, «si seguían por ese camino, más de uno iba a acabar descalabrado». Oh, no era por temor a descalabrarse, estaban preparados para eso, pero únicamente por la causa común. (Revuelo y aprobación general). Por tanto, tenía que ser más sincero con ellos, tenerlos informados de antemano, pues «si no, ¿qué iba a pasar?». (Más revuelo y algunos sonidos guturales). Actuar así era humillante y peligroso… «No es que tengamos miedo, pero, si uno actúa por su cuenta y riesgo y los demás solo son meras comparsas, el que actúa en solitario puede dar un paso en falso, y todos los demás se verán arrastrados en su caída». (Exclamaciones: «¡Sí, sí!». Apoyo general).

—¡Maldita sea! Pero ¿qué quieren ustedes?

—Pero ¿qué tienen que ver —Liputin empezaba a inquietarse— las intrigas del señor Stavroguin con la causa común? Aun suponiendo que, de algún modo enigmático, forme parte del centro, si es que efectivamente existe ese fantástico centro, nosotros no queremos saber nada de eso. A todo esto se ha cometido un asesinato que ha puesto sobre aviso a la policía; por el hilo se saca el ovillo.

—Si caen Stavroguin y usted, nosotros también caeremos —añadió el conocedor del pueblo llano.

—Y sin ningún beneficio para la causa común —concluyó Virguinski con pesar.

—¡Qué disparate! El crimen ha sido un hecho fortuito; lo cometió Fedka para robar.

—Hum. No obstante, es una extraña coincidencia. —Liputin se retrajo.

—Y, por si quieren saberlo, ha ocurrido por su culpa.

—¿Por nuestra culpa?

—En primer lugar, usted mismo, Liputin, ha intervenido en esa intriga; en segundo lugar, y sobre todo, le habían ordenado subir a Lebiadkin al tren y le habían entregado un dinero con ese fin; y usted ¿qué hizo? Si hubiera conseguido que se marchara, nada de esto habría ocurrido.

—Pero ¿no fue usted quien dio la idea de que estaría bien permitirle leer aquellos versos?

—Una idea no es una orden. La orden era subirlo al tren.

—La orden. Resulta rara esta palabra… Si usted, por el contrario, ordenó expresamente que se suspendiera su partida.

—Usted cometió un error y demostró su necedad y su arbitrariedad. En cuanto al asesinato, fue obra de Fedka, y actuó por su cuenta, con ánimo de robar. Usted ha oído esos rumores que circulan por ahí, y se los ha tragado. Es usted un cobarde. Stavroguin no es tan estúpido, y la prueba es que se ha marchado a las doce, después de entrevistarse con el vicegobernador; si hubiera habido algo contra él, no le habrían permitido marcharse a San Petersburgo a plena luz del día.

—Pero si nadie ha dicho que el señor Stavroguin haya sido el asesino —replicó Liputin maliciosamente, sin morderse la lengua—. Puede que ni siquiera supiera nada, como me pasó a mí; y usted sabe muy bien que yo no sabía nada, aunque acabo de caer en la trampa como un corderillo.

—Y, entonces, ¿a quién está acusando? —Piotr Stepánovich le dirigió una mirada lúgubre.

—A los mismos que creen conveniente incendiar ciudades.

—Lo peor es que pretende usted escabullirse. De todos modos, haga el favor de leer esto y mostrárselo a los demás; solo a título informativo.

Se sacó del bolsillo la carta anónima de Lebiadkin a Lembke y se la entregó a Liputin. Éste la leyó, se quedó visiblemente sorprendido y con aire pensativo se la pasó a su vecino; rápidamente, la carta dio la vuelta al círculo.

—¿Seguro que es la letra de Lebiadkin? —preguntó Shigaliov.

—Sí, es su letra —declararon Liputin y Tolkachenko (esto es, el conocedor del pueblo llano).

—Solo a título informativo —repitió Piotr Stepánovich, recuperando la carta —, y porque sé cómo han sentido lo de Lebiadkin. De modo, señores, que el tal Fedka, por pura casualidad, nos ha librado de un tipo peligroso. ¡Ya ven lo que suponen a veces las casualidades! Instructivo, ¿verdad?

Los miembros cambiaron unas miradas fugaces.

—Y ahora, señores, me toca a mí preguntar. —Piotr Stepánovich adoptó un aire digno—. Permítanme saber a cuento de qué incendiaron la ciudad sin permiso.

—¡Qué dice! ¿Que nosotros incendiamos la ciudad? ¡Ha perdido usted el juicio! —exclamaron.

—Entiendo que han llevado este juego demasiado lejos —Piotr Stepánovich no daba su brazo a torcer—, porque ya no estamos hablando de pequeños escándalos con Yulia Mijáilovna. Les he reunido aquí, señores, para hacerles ver el grado de peligro al que se han expuesto de un modo estúpido, un peligro que amenaza muchas cosas, además de a ustedes.

—Disculpe, pero nosotros, precisamente, teníamos intención de poner de manifiesto el nivel de despotismo y de arbitrariedad con que se adoptó una medida tan grave, y al mismo tiempo tan extraña, sin contar con los miembros del grupo —declaró Virguinski, que hasta entonces había guardado silencio, a punto de estallar de indignación.

—Así pues, ¿lo niegan? Pues yo afirmo que fueron ustedes, y nadie más que ustedes, quienes prendieron fuego a la ciudad. No mientan, señores, tengo informaciones precisas. Con sus caprichos han llegado a poner en peligro la causa

común. Ustedes no son más que un nudo en una interminable red de nudos y están obligados a obedecer ciegamente al centro. A pesar de lo cual, tres de ustedes incitaron a los obreros de los Shpigulin a incendiar la ciudad, sin que mediara ninguna instrucción, y el incendio estalló.

—¿Qué tres? ¿Qué tres de nosotros?

—Anteayer, cerca de las cuatro de la madrugada, usted, Tolkachenko, estaba incitando a Fomka Zaviálov en la taberna Nomeolvides.

—Por favor —Tolkachenko se sobresaltó—, si apenas le dije una palabra, y sin ninguna intención, únicamente porque aquella mañana lo habían azotado. Y enseguida lo dejé, vi que estaba demasiado bebido. Si usted no me lo menciona, yo ni me habría acordado. Una palabra no pudo desatar el incendio.

—Me recuerda usted a esos que se asombran de que con una simple chispa se pueda hacer volar por los aires un polvorín.

—Yo le hablé en voz baja y al oído, en un rincón; ¿cómo ha podido enterarse? —dijo Tolkachenko, cayendo de pronto en la cuenta.

—Estaba debajo de la mesa. No se preocupen, señores, conozco todos sus pasos. ¿A qué viene esa sonrisa sarcástica, señor Liputin? Sé, por ejemplo, que hace tres días, a medianoche, a usted le dio por pellizcar a su mujer en el dormitorio, antes de acostarse.

Liputin palideció y se quedó boquiabierto.

(Más tarde se supo que Piotr Stepánovich se había enterado de la hazaña de Liputin por Agafia, la criada de éste, a quien desde el principio venía pagando para que espiara a su señor, cosa que aclararía después).

—¿Puedo dejar constancia de un hecho? —Shigaliov se levantó súbitamente.

—Hágalo.

Shigaliov se sentó y se dispuso a hablar:

—Si no he entendido mal, y es imposible haberlo entendido mal, ha presentado usted, al principio y después otra vez, con gran elocuencia, aunque de un modo excesivamente teórico, un cuadro de Rusia en el que ésta aparece cubierta por una red interminable de nudos. Por su parte, cada uno de estos grupos activos, reclutando nuevos prosélitos y ramificándose indefinidamente, tiene la tarea de socavar, mediante una labor sistemática de propaganda acusadora, el significado de las autoridades locales, sembrar la confusión entre la población, fomentar el

cinismo y el escándalo, la más completa incredulidad en todo, el afán de alcanzar algo mejor y, finalmente, recurriendo a los incendios como método popular por excelencia, sumir al país, llegado el momento, y si fuera necesario, en un estado de desesperación. ¿No son éstas sus palabras, que he tratado de repetir literalmente? ¿No es éste su programa de acción, tal y como nos lo comunicó usted en calidad de representante plenipotenciario de ese comité central del que todavía no sabemos absolutamente nada y que sigue siendo para nosotros algo casi fantástico?

—Cierto, aunque se extiende usted más de la cuenta.

—Todos tenemos derecho a expresarnos. Dándonos a entender que el número de nudos individuales de la red general que cubre toda Rusia se cuenta ya por centenas, y difundiendo el supuesto de que, si cada cual cumple con éxito su cometido, toda Rusia, llegado el momento, a una señal…

—¡Ah, qué diablos, bastante tengo ya que hacer como para ocuparme de usted! —Piotr Stepánovich se removió en su asiento.

—Con su permiso, abrevio y concluyo con una simple cuestión: hemos asistido a escándalos, hemos comprobado el descontento de la población, hemos intervenido y hemos colaborado en el colapso de la administración local y, por último, hemos visto con nuestros propios ojos el incendio. ¿De qué está usted descontento? ¿No es éste su programa? ¿De qué puede acusarnos?

—¡De insubordinación! —gritó con furia Piotr Stepánovich—. Mientras yo esté aquí, no se atrevan a actuar sin mi permiso. Ya basta. Se prepara una delación y es posible que mañana o esta misma noche les detengan a ustedes. Ya lo ven. Es una información fidedigna.

Se quedaron todos boquiabiertos.

—Serán detenidos no solo como instigadores del incendio, sino también como integrantes de un quinteto. El soplón conoce todos los secretos de la red. ¡Ya ven la que han armado!

—¡Seguro que ha sido Stavroguin! —exclamó Liputin.

—Cómo… ¿Por qué Stavroguin? —Piotr Stepánovich, de pronto, pareció desconcertado—. Bah, qué demonios —rápidamente reaccionó—, ¡ha sido Shátov! Creo que ustedes ya saben que Shátov, en otros tiempos, perteneció a la causa. Debo revelarles que, al vigilarlo a través de personas de las que no sospecha, he averiguado, con gran asombro mío, que para él no constituye ningún secreto ni la organización de la red ni… en una palabra, todo lo demás. Para evitar ser acusado por su antigua participación, nos delatará a todos. Hasta la fecha ha titubeado, y no he tomado represalias contra él. Pero ahora ustedes, con el incendio, lo han

empujado a tomar una decisión: está conmocionado y ya no tiene dudas. Mañana mismo nos detendrán como incendiarios y criminales políticos.

—¿Es eso cierto? ¿Por qué lo sabe Shátov?

La agitación era indescriptible.

—Todo es completamente cierto. Yo no tengo derecho a revelarles mis medios ni a decirles cómo he llegado a saberlo, pero entretanto esto es lo que puedo hacer por ustedes: a través de cierta persona puedo influir sobre Shátov para que, sin sospechar nada de nada, retrase la delación, aunque solo sea un día. No puedo conseguir más de un día. De modo que pueden considerarse a salvo hasta pasado mañana por la mañana.

Todos callaban.

—¡Hay que mandarlo al infierno de una vez! —exclamó Tolkachenko en primer lugar.

—¡Tendríamos que haberlo hecho hace ya tiempo! —añadió Liamshin con rabia, dando un puñetazo en la mesa.

—Pero ¿cómo lo hacemos? —balbuceó Liputin.

Piotr Stepánovich aprovechó de inmediato la pregunta para exponer su plan. Se trataba de convencer a Shátov de que, para proceder a la entrega de la imprenta clandestina que estaba en su poder, acudiera al día siguiente, al anochecer, al lugar apartado donde la había enterrado, y, «una vez allí, ocuparse de él». Entró en numerosos detalles necesarios, que pasamos aquí por alto, y explicó pormenorizadamente las relaciones ambiguas que en esos momentos mantenía Shátov con la sociedad central, de las que el lector ya tiene noticia.

—Eso está muy bien —comentó Liputin, vacilante—, pero una vez más… otra aventura de esa clase… puede resultar demasiado impactante.

—Sin duda —asintió Piotr Stepánovich—, pero eso también se ha previsto. Hay un medio para desviar las sospechas por completo.

Y con la misma precisión de antes les habló de Kiríllov, de su intención de pegarse un tiro y de cómo había prometido aguardar una señal, dejando al morir una nota en la que asumiría la responsabilidad de todo lo que le dictaran. (En una palabra, todo lo que ya sabe el lector).

—Su firme intención de quitarse la vida, filosófica y, en mi opinión, descabellada, ya es conocida *allí* —siguió explicándoles Piotr Stepánovich—. *Allí*

no se desperdicia ni un cabello, ni una mota de polvo, todo se aprovecha para la causa común. En previsión del beneficio, y convencidos de que sus intenciones eran perfectamente serias, le ofrecieron medios para viajar a Rusia (por alguna razón quería morir en Rusia a toda costa), le dieron instrucciones que se comprometió a cumplir (y que ha cumplido) y, además, le hicieron prometer, como ustedes saben, que se quitaría la vida solo cuando se le dijera. Prometió todo eso. Dense cuenta de que está vinculado a la causa en virtud de unos principios particulares y que desea ser útil; eso es todo lo que puedo revelarles. Mañana, *después de lo de Shátov*, le dictaré una nota donde confesará que él es el autor de la muerte de Shátov. Algo muy verosímil: fueron amigos y viajaron juntos a América, allí se pelearon; y todo eso quedará aclarado en la nota… y… y, dadas las circunstancias, es posible que haya que dictarle algo más a Kiríllov, por ejemplo, lo de las proclamas y, a lo mejor, en parte lo del incendio. De todos modos, me lo tengo que pensar. No se preocupen, ese hombre carece de prejuicios; firmará lo que sea.

Hubo quien expresó sus dudas. El relato parecía fantasioso. En cualquier caso, todos habían oído hablar de Kiríllov, unos más y otros menos; Liputin el que más.

—Imaginemos que, de pronto, se lo piensa mejor y se niega a hacerlo —dijo Shigaliov—; al fin y al cabo, está mal de la cabeza, y no es una solución demasiado segura.

—No se preocupen, señores, no se negará —zanjó Piotr Stepánovich—. Según nuestro acuerdo, estoy obligado a avisarlo la víspera, esto es, hoy mismo. Invito a Liputin a que vayamos juntos ahora a verlo, para cerciorarnos, y a su regreso él podrá comunicarles, hoy mismo si es preciso, si es verdad o no lo que les he contado. En cualquier caso —de improviso, cambió de tono, con una irritación desmesurada, como si hubiera sentido de pronto que estaba honrando en exceso a esos tipejos esforzándose por convencerlos y preocupándose hasta tal punto por ellos—, en cualquier caso, actúen como crean conveniente. Si no se deciden, la unión queda disuelta, pero únicamente por culpa de su desobediencia y su traición. De ese modo, desde este mismo instante cada cual sigue su camino. Pero sepan que, en tal caso, además de los inconvenientes debidos a la delación de Shátov y sus consecuencias, se verán abocados a otro pequeño inconveniente, del que se les advirtió rotundamente cuando se formó la unión… Por lo que a mí respecta, señores, no crean que les tengo mucho miedo… No vayan a pensar que estoy ligado a ustedes hasta ese punto… De todos modos, eso da lo mismo.

—No, estamos decididos —declaró Liamshin.

—No hay otra salida —balbuceó Tolkachenko—; y, si Liputin confirma lo de Kiríllov, entonces…

—Yo estoy en contra, ¡protesto con todas las fuerzas de mi alma contra una decisión tan sanguinaria! —Virguinski se levantó de su asiento.

—¿Pero? —preguntó Piotr Stepánovich.

—¿Cómo que *pero*?

—Ha dicho usted «pero»… y estoy esperando.

—Me parece que no he dicho «pero»… Lo que sí quería decir es que, si se deciden, entonces…

—¿Entonces?

Virguinski se calló.

—Yo creo que uno puede despreciar el riesgo para la propia vida —Erkel, de pronto, despegó los labios—, pero, si puede verse afectada la causa común, entonces uno no debe atreverse a despreciar el riesgo para la propia vida…

Perdió el hilo y se ruborizó. Aunque cada uno estaba pensando en sus cosas, todos lo miraron atónitos: hasta tal punto resultaba insólito que se hubiera animado a hablar.

—Yo estoy por la causa común —dijo Virguinski de pronto.

Todos se levantaron. Se decidió que al día siguiente, a mediodía, intercambiarían novedades, aunque no se reunieran todos, y harían entonces los arreglos finales. Se dio a conocer el lugar en el que estaba enterrada la imprenta, se repartieron tareas y obligaciones. De inmediato, Liputin y Piotr Stepánovich se dirigieron juntos a ver a Kiríllov.

II

Todos *los nuestros* estaban convencidos de que Shátov iba a delatarlos; pero estaban igualmente convencidos de que Piotr Stepánovich jugaba con ellos como si fueran sus peones. Y, sin embargo, todos sabían que al día siguiente nadie iba a faltar a la cita, y que la suerte de Shátov estaba echada. Sentían que de pronto habían caído como moscas en la telaraña de una araña gigantesca; estaban furiosos, pero temblaban de miedo.

Indudablemente, Piotr Stepánovich estaba en falta con ellos; podrían haberse entendido bastante mejor, y todo habría sido *más fácil*, si se hubiera tomado la molestia de adornar la realidad, por poco que fuera. En lugar de

presentar el hecho bajo una luz favorable, como algo digno de ciudadanos romanos o cosa semejante, había recurrido exclusivamente al terror más burdo y a la amenaza, recordándoles que se estaban jugando el pellejo, lo cual no dejaba de ser, sencillamente, una falta de respeto. Naturalmente, en todo estaba presente la lucha por la vida y, como es bien sabido, no hay más principio que ése, pero de todos modos…

Piotr Stepánovich no tenía tiempo para andar removiendo a los romanos; él mismo estaba muy alterado. La huida de Stavroguin lo había desconcertado y abrumado. Había mentido al decir que Stavroguin se había entrevistado con el vicegobernador; el problema estaba en que Stavroguin se había marchado sin ver a nadie, ni siquiera a su madre, y era realmente extraño que nadie se hubiera ocupado de él. (Más tarde las autoridades se vieron obligadas a dar explicaciones por este motivo). Piotr Stepánovich se había pasado todo el día tratando de averiguar lo ocurrido, pero por el momento no había sacado nada en claro, y jamás había estado tan alarmado. ¡Cómo iba a prescindir él de Stavroguin, así, tan de repente! Precisamente por eso no había podido mostrarse excesivamente cordial con *los nuestros*. Para colmo, estaba atado de manos: había resuelto salir corriendo cuanto antes en persecución de Stavroguin, pero Shátov lo retenía; era preciso reforzar de una vez la unión del quinteto, por lo que pudiera pasar. «No puedo desentenderme de ellos como si tal cosa; podrían llegar a ser útiles». Supongo que así razonaría.

En cuanto a Shátov, Piotr Stepánovich estaba totalmente convencido de que los iba a denunciar. Al hablarles a *los nuestros* de la delación, no había hecho más que mentirles: ni había visto en ningún momento la denuncia ni había oído nada de ella, pero estaba tan seguro de su existencia como que dos y dos son cuatro. Tenía la impresión, en concreto, de que Shátov no iba a ser capaz de superar lo que estaba ocurriendo en esos momentos —la muerte de Liza, la muerte de Maria Timoféievna— y de que por eso mismo se iba a acabar de decidir. Es posible, quién sabe, que dispusiera de ciertos datos para suponer tal cosa. Se sabe que odiaba a Shátov personalmente; en su día había habido entre ellos alguna disputa, y Piotr Stepánovich jamás perdonaba una ofensa. Yo estoy convencido, incluso, de que éste fue el principal motivo.

Nuestras aceras son estrechas, están hechas de ladrillo o, en su defecto, de tablones. Piotr Stepánovich caminaba a buen paso por el medio de la acera, ocupándola en su totalidad, y sin hacer el menor caso a Liputin, a quien no dejaba sitio a su lado, de modo que éste se veía obligado a ir corriendo un paso por detrás o bien, si quería hablar con él, a chapotear en el barro de la calle. Piotr Stepánovich se acordó de repente de que hacía poco él también había tenido que ir trotando por el barro para acomodar su paso al de Stavroguin, quien, como él ahora, caminaba por el medio, ocupando toda la acera. Al recordar aquella escena, la rabia lo sofocó.

Pero a Liputin el rencor también lo sofocaba. Que Piotr Stepánovich tratara

a *los nuestros* como le pareciera oportuno, pero ¿a él? Porque él *sabía* más que ninguno, era el más próximo a la causa y estaba conectado de un modo más íntimo con ella, y hasta el momento su participación, aunque indirecta, había sido continua. Oh, sabía que en cualquier momento Piotr Stepánovich podía acabar con él *si no había más remedio*. Pero hacía tiempo que odiaba a Piotr Stepánovich, y no por el peligro que representaba, sino por la arrogancia con que se dirigía a él. Ahora, cuando tocaba decidirse en un caso como aquél, estaba más furioso que todos sus compañeros juntos. Ay, sabía que inevitablemente, «como un esclavo», sería el primero en presentarse al día siguiente en el lugar acordado, y para colmo arrastrando a los demás, así que, si hubiera podido encontrar el modo de matar a Piotr Stepánovich en esas horas, antes de mañana —evidentemente, sin condenarse a sí mismo—, lo habría hecho sin dudar.

Absorto en sus impresiones, trotaba en silencio por detrás de su verdugo. Éste, aparentemente, se había olvidado de él; solo de vez en cuando, con desgana y sin la menor cortesía, lo apartaba con el codo. De pronto, Piotr Stepánovich se detuvo en la calle más notable de nuestra ciudad y entró en una taberna.

—Pero ¿adónde va usted? —se alarmó Liputin—, esto es una taberna.

—Quiero tomar un bistec.

—Por lo que más quiera, si esto está siempre hasta arriba.

—Pues muy bien.

—Pero… vamos a llegar tarde. Ya son las diez.

—Allí nunca se llega tarde.

—Pero ¡a mí sí que se me hace tarde! Están esperando mi regreso.

—Que esperen; sería una tontería que volviera usted con ellos. Con todas las molestias que me han dado hoy, no he comido en todo el día. Y, con Kiríllov, cuanto más tarde lleguemos, más fácil es que esté.

Piotr Stepánovich eligió un reservado. Liputin, irritado y resentido, se sentó en un sillón apartado de la mesa y lo miró comer. Pasó media hora, y más. Piotr Stepánovich no tenía prisa, comía con apetito; llamó, pidió otra mostaza, después cerveza, y todo eso sin dirigirle la palabra a Liputin. Estaba sumido en sus reflexiones. Podía hacer las dos cosas: comer con apetito y estar sumido en sus reflexiones. Liputin acabó por odiarlo hasta tal punto que ya no le quedaban fuerzas para desentenderse de él. Era como una especie de ataque de nervios. Iba contando cada trozo de bistec que el otro se llevaba a la boca, lo detestaba por la manera que tenía de abrirla, por cómo masticaba, por cómo saboreaba,

deleitándose, los bocados más suculentos, detestaba el propio bistec. Al final, todo se le volvió confuso; la cabeza empezó a darle vueltas; un escalofrío le recorrió la espalda.

—Ya que no hace nada, lea. —Piotr Stepánovich le lanzó un pedazo de papel. Liputin se acercó a la lámpara. El papel estaba escrito con una letra diminuta, pésima, con correcciones en cada línea. Para cuando consiguió descrifrarlo, Piotr Stepánovich había pagado ya la cuenta y se disponía a salir. En la acera, Liputin le alargó el papel con intención de devolvérselo.

—Quédeselo; luego le cuento. Pero, de todos modos, ¿qué dice usted?

Liputin se estremeció.

—En mi opinión… semejante proclama… no es más que un disparate absurdo. —Estallaba de rabia; sentía como si lo cogieran en volandas y se lo llevaran—. Si nos decidimos —Liputin tenía un ligero temblor en todo el cuerpo— a distribuir proclamas como ésta, conseguiremos que nos desprecien por nuestra estupidez y nuestra falta de comprensión de las cosas.

—Hum. Yo lo veo de otro modo. —Piotr Stepánovich caminaba con paso decidido.

—Y yo de otro; ¿no será que lo ha escrito usted?

—Eso no es asunto suyo.

—También creo que los ripios de *Un alma noble* son los ripios más birriosos del mundo, y de ningún modo pueden ser obra de Herzen.

—Qué disparate; son unos buenos versos.

—Otra cosa que me sorprende, por ejemplo —Liputin iba corriendo, dando saltos y jugando en su ánimo—, es que nos propongan actuar para que todo se venga abajo. En Europa es algo natural desear que todo se venga abajo, porque allí hay un proletariado, pero aquí no somos más que unos aficionados y, en mi opinión, nos limitamos a levantar polvo, señor.

—Creía que era usted fourierista.

—Eso no es lo que dice Fourier, ni mucho menos, señor.

—Por lo que sé, es un puro disparate…

—No. Fourier no es ningún disparate… Disculpe, pero no me puedo creer

en absoluto que vaya a haber un levantamiento en mayo.

Liputin estaba tan acalorado que tuvo que desabrocharse.

—Bueno, ya es suficiente; y ahora que no se nos olvide —Piotr Stepánovich cambió de tema con una tremenda sangre fría—, tendrá usted que componer e imprimir ese pasquín con sus propias manos. Hay que desenterrar la imprenta de Shátov y mañana mismo se hace usted cargo de ella. En el menor tiempo posible tiene que componer e imprimir todos los ejemplares que pueda, para distribuirlos a lo largo del invierno. Ya se le indicarán los medios. Todos los ejemplares que pueda, porque se los van a pedir de otros sitios.

—No, señor; discúlpeme, pero no puedo encargarme de semejante… Me niego.

—Pues, de todas maneras, se encargará. Actúo siguiendo instrucciones del comité central, y usted no tiene más remedio que obedecer.

—Y yo considero que nuestros centros en el extranjero se han olvidado de la realidad rusa y han roto todos los lazos, y por eso mismo no dicen más que disparates… Es más, creo que, lejos de haber cientos de quintetos en Rusia, el nuestro es el único, y que no existe ninguna clase de red. —Liputin, finalmente, se quedó sin aliento.

—Tanto más despreciable de su parte que, sin creer en la causa, haya corrido a abrazarla… y que corra ahora detrás de mí, como un vulgar chucho.

—No, señor, no corro detrás de usted. Nosotros tenemos pleno derecho a apartarnos y fundar una nueva sociedad.

—¡Im-bé-cil! —bramó de pronto, amenazante, Piotr Stepánovich, con ojos centelleantes.

Los dos se quedaron mirándose a la cara unos instantes. Piotr Stepánovich se dio la vuelta y reanudó su camino con confianza.

A Liputin se le pasó fugazmente por la cabeza: «Me doy la vuelta y me voy por donde he venido; si no me doy la vuelta ahora, ya no lo hago nunca». Ese pensamiento le duró exactamente diez pasos, pero al undécimo un nuevo y desesperado pensamiento prendió en su cabeza: no se dio la vuelta y no se fue por donde había venido.

Se acercaban a la casa de Filíppov, pero, antes de llegar, tomaron por un pasadizo o, mejor dicho, por una vereda prácticamente imperceptible que corría a lo largo de un cercado, de modo que tuvieron que avanzar un tiempo por el borde

escarpado de una zanja en el que no podían asentar el pie, y tenían que agarrarse del cercado. En el rincón más oscuro de la valla, medio desvencijada, Piotr Stepánovich retiró un tablón; quedó una abertura por la que se coló de inmediato. Liputin se sorprendió, pero se deslizó a su vez por el hueco; a continuación, repusieron el tablón en su lugar. Era la entrada secreta que Fedka usaba para ir a ver a Kiríllov.

—Shátov no debe saber que estamos aquí —le susurró en tono severo Piotr Stepánovich a Liputin.

III

Kiríllov, como siempre a esas horas, estaba tomando el té, sentado en su diván de cuero. No se levantó para recibir a sus huéspedes, sino que se sobresaltó y los miró alarmado.

—No se equivoca usted —dijo Piotr Stepánovich—. Ya sabe a lo que vengo.

—¿Hoy?

—No, no, mañana… en torno a esta hora.

Inmediatamente se sentó a la mesa y observó con cierta inquietud el desasosiego de Kiríllov. Éste, de todos modos, ya se había calmado y había recobrado su aspecto habitual.

—Esta gente sigue sin creérselo. ¿No le molestará que haya traído a Liputin?

—Hoy no me molesta, pero mañana quiero estar solo.

—Pero no antes de que yo llegue, y por lo tanto en mi presencia.

—Preferiría que no fuera en su presencia.

—Recuerde que ha prometido escribir y firmar todo lo que yo le dicte.

—Me da lo mismo. Y ahora, ¿va a estar aquí mucho tiempo?

—Tengo que ver a una persona, y me queda como media hora, así que, le guste o no, estaré aquí esa media hora.

Kiríllov guardaba silencio. Mientras tanto Liputin se había sentado en un lado, debajo del retrato de un obispo. Los pensamientos desesperados de antes iban apoderándose de él, cada vez con más fuerza. Kiríllov apenas le había

prestado atención. Liputin ya conocía la teoría de Kiríllov y siempre se había burlado de él; pero ahora callaba y miraba con aire sombrío a su alrededor.

—No rechazaría un vaso de té —Piotr Stepánovich se fue acercando—, acabo de comerme un bistec y contaba con su té.

—Bueno, tómese uno.

—Antes era usted quien lo ofrecía —comentó Piotr Stepánovich con acritud.

—Es igual. Que tome también Liputin.

—No, señor, yo… no puedo.

—¿«No quiero» o «no puedo»? —Piotr Stepánovich se volvió rápidamente.

—Aquí no voy a tomarlo, señor —Liputin se negó ostentosamente. Piotr Stepánovich frunció el ceño.

—Eso huele a misticismo; ¡solo el diablo sabe qué clase de gente son ustedes!

No le respondieron; estuvieron todo un minuto callados.

—Pero sí sé una cosa —añadió de pronto, con brusquedad—, y es que no hay prejuicio que pueda impedirnos a ninguno cumplir con su deber.

—¿Stavroguin se ha ido?

—Sí.

—Ha hecho bien.

A Piotr Stepánovich le centellearon los ojos, pero se dominó.

—A mí me da igual lo que piensen, con tal de que cada uno cumpla su palabra.

—Yo cumpliré la mía.

—Lo cierto es que siempre he estado convencido de que cumpliría usted con su deber, como hombre independiente y progresista.

—Es usted ridículo.

—Muy bien, me encanta que se rían de mí. Siempre me ha gustado complacer a la gente.

—¿Está deseando que me pegue un tiro y teme que de pronto no lo haga?

—Pues verá, fue usted quien vinculó su plan a nuestras acciones. Contando con su plan, nosotros ya hemos tomado algunas decisiones, de modo que ahora no podría echarse atrás de ningún modo, porque nos dejaría en la estacada.

—No tienen ningún derecho.

—Lo entiendo, lo entiendo, se trata de su libre voluntad, y nosotros ahí no entramos, siempre que se cumpla lo que ha decidido libremente.

—Y ¿tengo que hacerme responsable de todas sus vilezas?

—Escuche, Kiríllov, ¿no se habrá acobardado? Si pretende negarse, dígalo ahora mismo.

—Yo no me acobardo.

—Se lo digo porque está haciendo muchas preguntas.

—¿Se marcha usted pronto?

—¿Vuelve a preguntar?

Kiríllov lo miró con desprecio.

—Ya lo ve —continuó Piotr Stepánovich, cada vez más irritado y nervioso, y sin dar con el tono adecuado—, quiere usted que me vaya para estar solo y poder concentrarse; pero ésos son síntomas peligrosos para usted mismo, sobre todo para usted mismo. Usted pretende pensar en muchas cosas. A mi juicio, sería mejor sin pensar. Y, ciertamente, me preocupa usted.

—Solo hay una cosa que realmente detesto, y es que en ese momento vaya a estar a mi lado un reptil como usted.

—Bueno, eso es lo de menos. Si le parece, llegado el momento, me salgo y espero en el porche. Si va usted a morir y le preocupan esas cosas, entonces… es muy mala señal. Yo me saldré al porche, y usted podrá imaginar que no comprendo nada de nada y que soy un hombre incomparablemente inferior a usted.

—No, incomparablemente no; tiene usted talento, pero hay muchas cosas

que no comprende por ser un hombre tan mezquino.

—Me alegro, me alegro. Ya le he dicho que me encanta poder distraerle… en un momento así.

—Usted no entiende nada.

—Mire, yo… en cualquier caso, le escucho con respeto.

—Usted no puede hacer nada; ni siquiera ahora es capaz de disimular su miserable rencor, aunque no le conviene mostrarlo. Me va a irritar, y a lo mejor quiero esperar otro medio año.

Piotr Stepánovich miró el reloj.

—Nunca he entendido una palabra de su teoría, pero sé que no se le ocurrió pensando en nosotros y que, por consiguiente, la llevará a la práctica sin contar con nosotros. También sé que no ha sido usted el que ha devorado la idea, sino que la idea le ha devorado a usted, así que no lo va a aplazar.

—¿Cómo? ¿Que la idea me ha devorado?

—Sí.

—Y ¿yo no he devorado la idea? Eso está bien. No le falta algo de inteligencia. Lo que pasa es que está tomándome el pelo, y yo soy orgulloso.

—Estupendo, estupendo. Justo lo que hace falta: que sea usted orgulloso.

—Ya es suficiente; se ha terminado su té, váyase.

—Maldita sea, no va a haber más remedio. —Piotr Stepánovich se levantó —. Aunque todavía es temprano. Oiga, Kiríllov, ¿encontraré a ese hombre en casa de la Miasnichija? Ya me entiende. O ¿es que ella también estaba mintiendo?

—No lo encontrará, porque no está allí, sino aquí.

—¿Que está aquí? ¡Maldita sea! ¿Dónde?

—En la cocina, comiendo y bebiendo.

—Pero ¿cómo se atreve? —Piotr Stepánovich enrojeció de rabia—. Tenía la obligación de esperar… ¡qué disparate! ¡No tiene pasaporte ni dinero!

—No sé. Ha venido a despedirse; está vestido y listo. Se va y ya no piensa

volver. Ha dicho que es usted un canalla, y no quiere esperar a que le dé usted el dinero.

—¡Ajá! Teme que yo… bueno, todavía podría, si es que… ¿Dónde está? ¿En la cocina?

Kiríllov abrió una puerta lateral que daba a un cuartito pequeño y oscuro; desde este cuarto había que bajar tres escalones para llegar a la cocina, a una zona delimitada por un tabique, donde solía instalar la cama la cocinera. Precisamente aquí, en un rincón, debajo de los iconos, se encontraba Fedka, sentado a una mesa de tablas sin mantel. En la mesa, delante de él, había una botella de medio *shtof*[334], un plato con pan y un trozo de carne fría con patatas en un cuenco de barro. Comía con despreocupación y estaba ya medio bebido, pero llevaba puesta la pelliza y era evidente que estaba a punto de marcharse. Detrás del tabique hervía el samovar, pero no para Fedka —y eso que el propio Fedka se había pasado una semana, o más, encendiéndolo y preparándolo todas las noches—, sino para «Alekséi Nílych, pues éste está habituado, señor, al té por la noche». Tengo la sospecha de que, a falta de cocinera, quien le había preparado la carne y las patatas a Fedka esa mañana había sido el propio Kiríllov.

—¿En qué estabas pensando? —Piotr Stepánovich bajó como una exhalación —. ¿Por qué no has esperado como se te había ordenado?

Y, cogiendo impulso, dio un puñetazo en la mesa.

Fedka ni se inmutó.

—Alto, Piotr Stepánovich, alto —replicó con gallardía, marcando nítidamente cada palabra—; aquí, como primera obligación, tienes que hacerte cargo de que eres un noble visitante en casa del señor Kiríllov, Alekséi Nílych, a quien siempre podrías limpiarle las botas, porque a tu lado es un hombre educado, y tú no eres más que… ¡puf!

Y escupió secamente, con altanería, hacia un lado. Era evidente su arrogancia, su determinación y cierta inclinación afectada, muy peligrosa, a razonar sosegadamente antes del estallido. Pero Piotr Stepánovich ya no estaba en condiciones de apreciar el peligro, y además eso no encajaba con su forma de ver las cosas. Estaba abrumado por los acontecimientos y los fracasos del día. Liputin observaba con curiosidad desde el cuartucho oscuro, desde lo alto de los tres escalones.

—¿Quieres o no quieres tener un pasaporte seguro y un buen dinero para viajar a donde se te ha dicho? ¿Sí o no?

—Piotr Stepánovich, me has estado engañando desde el primer momento,

de ahí que yo te vea como a un auténtico sinvergüenza. Igual que a un maldito piojo humano: así es como te considero. Por la sangre inocente me prometiste mucho más dinero, y prestaste juramento por el señor Stavroguin, pero lo único que se desprende de todo esto es tu falta de educación. Por mi vida que yo no he sacado ni una pizca de esto; y no digamos ya mil quinientos, y el otro día el señor Stavroguin te abofeteó, algo de lo que ya nos hemos enterado. Ahora me amenazas de nuevo y me prometes dinero, pero, para qué asunto, eso te lo callas. Y me barrunto que me mandas a San Petersburgo para descargar tu rencor y vengarte del señor Stavroguin, Nikolái Vsévolodovich, tengas lo que tengas contra él, confiando en mi credulidad. Y de eso se sigue que eres el primero de los asesinos. Y ¿sabes lo que te mereces ya solo por este punto, por haber dejado, en tu perversión, de creer en Dios mismo, en el verdadero creador? No eres más que un idólatra, de la misma cuerda que un tártaro o un mordvino. Alekséi Nílych, que es filósofo, te ha explicado muchas veces el Dios verdadero, el creador y hacedor, y también muchas veces la creación del mundo, así como los destinos futuros y las transfiguraciones de todas las criaturas y todas las bestias del libro del Apocalipsis. Pero tú, como ídolo vano, te empeñas en tu ceguera y mudez; y has llevado a lo mismo al alférez Erkel, igual que ese malvado seductor, llamado el ateo…

—¡Maldito borracho! ¡Roba los iconos y ahora se atreve a predicarnos!

—Mira, Piotr Stepánovich, te digo que es verdad que los he robado; pero solo me he llevado las perlas. Y ¿tú qué sabes?, a lo mejor en ese mismo instante también una lágrima mía, delante del horno del Altísimo, se transfiguró por alguna ofensa sufrida, pues soy ni más ni menos que ese pobre huérfano que no tiene siquiera un refugio cotidiano. Acaso sepas por los libros que una vez, en los tiempos antiguos, un mercader, de idéntico modo, con suspiros llorosos y oraciones, robó una perla del nimbo de la Santísima Madre de Dios y más tarde, postrado de rodillas y delante de toda la gente, devolvió toda la suma, depositándola a sus pies, y Nuestra Madre e intercesora lo cubrió con su manto a la vista de toda la gente, de modo que por ese objeto ya en aquel tiempo se produjo un milagro y las autoridades ordenaron escribirlo, con toda exactitud, en los libros oficiales. Tú, en cambio, metiste un ratón, es decir, que injuriaste el dedo mismo de Dios. Y, si no fueras mi señor natural, a quien, siendo yo aún un muchacho, solía llevar en mis brazos, ¡por éstas que acababa ahora mismo contigo, sin moverme siquiera de aquí!

Piotr Stepánovich estalló en una furia desmedida.

—Habla, ¿has visto hoy a Stavroguin?

—No te atrevas nunca a preguntarme esas cosas. Por mi vida, que el señor Stavroguin te mira con asombro; él ni siquiera deseó que ocurriera, y desde luego no dio ninguna clase de instrucciones ni dinero. Tú me animaste a hacerlo.

—Tendrás tu dinero, y dos mil más en San Petersburgo; allí; todo junto, y más todavía.

—Mientes, mi buen señor, y me hace gracia ver lo ingenuo que eres. A tu lado, el señor Stavroguin está como en lo alto de una escalera, y tú le ladras desde abajo como un estúpido cachorro; y él considera que escupiéndote desde ahí arriba te haría un inmenso honor.

—Que sepas —Piotr Stepánovich se enrabietó—, sinvergüenza, que no voy a permitir que des un solo paso fuera de aquí, y te voy a llevar derecho a la policía.

Fedka se levantó de un salto, y sus ojos fulguraron con furia. Piotr Stepánovich sacó el revólver. En ese momento tuvo lugar una escena vertiginosa y muy desagradable: antes de que Piotr Stepánovich pudiera apuntar, Fedka se dio vuelta en un instante y le golpeó con todas sus fuerzas en una mejilla. Siguió de inmediato otro golpe terrible, luego un tercero y un cuarto, todos en la mejilla. Piotr Stepánovich, aturdido, con los ojos desorbitados, farfulló algo y de pronto se desplomó cuan largo era.

—¡Ahí lo tiene, cójalo! —gritó Fedka a Kiríllov con un movimiento triunfal; en un instante recogió su gorro, sacó su hatillo de debajo del banco y se largó. Piotr Stepánovich yacía inconsciente, entre estertores. Liputin pensó incluso que se había producido un asesinato. Kiríllov bajó corriendo a la cocina.

—¡Agua! —gritó, y, metiendo un cazo de hierro en un cubo, se lo volcó por encima. Piotr Stepánovich se removió, levantó la cabeza, se sentó y dirigió una mirada vacía al frente.

—Bueno, ¿qué tal? —preguntó Kiríllov.

Piotr Stepánovich seguía mirándolo fijamente, sin reconocer todavía a nadie; pero, en cuanto pudo ver a Liputin, que asomaba desde la cocina, sonrió con su sonrisa repulsiva y se levantó de un salto, recogiendo el revólver del suelo.

—Como se le ocurra huir mañana, como a ese canalla de Stavroguin —se abalanzó frenético sobre Kiríllov, todo pálido, tartamudeando y sin pronunciar bien las palabras—, le seguiré hasta la otra punta del planeta… le colgaré como a una mosca… le aplastaré… ¿Lo ha entendido?

Y le puso a Kiríllov el revólver en la frente; pero prácticamente en ese mismo instante acabó de volver en sí, retiró la mano, se guardó el revólver en el bolsillo y, sin decir una sola palabra más, salió corriendo de la casa. Liputin fue tras él. Se deslizaron por el hueco de antes y volvieron a caminar por el borde escarpado, agarrándose de la valla. Piotr Stepánovich apresuró tanto el paso por la calleja que Liputin a duras penas podía seguirlo. En el primer cruce, Piotr

Stepánovich se detuvo de pronto.

—¿Y bien? —Se volvió hacia Liputin con aire retador.

Liputin se acordaba del revólver, y aún se estremecía pensando en la escena reciente; pero la respuesta, súbita y espontánea, le vino sola a los labios:

—Creo… creo que «de Tashkent hasta Smolensk» no están aguardando con impaciencia el regreso de ese «noble estudiante».

—¿Ha visto lo que estaba bebiendo Fedka en la cocina?

—¿Lo que estaba bebiendo? Estaba bebiendo vodka.

—Pue sepa que es la última vez en su vida que bebe vodka. Le recomiendo que lo recuerde y que lo tenga presente en lo sucesivo. Y ahora váyase al infierno, no lo necesito hasta mañana… Pero ándese con ojo conmigo: ¡nada de estupideces!

Liputin se fue corriendo a casa como un condenado.

IV

Hacía ya tiempo que disponía de un pasaporte con un nombre falso. Cuesta creer que ese hombrecillo meticuloso, pequeño tirano familiar, funcionario en cualquier caso (aunque fourierista) y, finalmente, por encima de todo, capitalista y usurero, hubiera tenido hacía ya mucho tiempo la fantasiosa idea de hacerse con ese pasaporte por lo que pudiera pasar, para marcharse al extranjero con su ayuda *si…* Había admitido la posibilidad de ese *si*, aunque, desde luego, nunca había sido capaz de formular en qué podría consistir concretamente ese *si…*

Pero ahora de repente se formulaba por sí solo, y del modo más impredecible. Aquella idea desesperada con la que había entrado en casa de Kiríllov, después de escuchar aquel «imbécil» de Piotr Stepánovich en la acera, se concretaba en que al día siguiente, en cuanto apuntara el alba, lo dejaría todo y se expatriaría, cruzando la frontera. Quienes no se crean que cosas tan fantásticas todavía siguen ocurriendo a diario en Rusia que se fijen en las biografías de todos los auténticos emigrantes rusos en el extranjero. Ninguno de ellos se expatrió de un modo más sensato y más realista. Siempre ha sido un reino inabarcable de fantasmas, y nada más.

Cuando llegó a su casa, empezó por echar el cerrojo, sacar un bolso de viaje y ponerse febrilmente a hacer el equipaje. Su principal preocupación residía en el dinero y en cuánto y cómo conseguiría poner a buen recaudo. Poner a buen recaudo, justamente, porque, según sus cálculos, no tenía tiempo que perder y,

para cuando amaneciera, debería estar ya en camino. Tampoco sabía cómo abordar el tren; de un modo impreciso, decidió tomarlo en la segunda o tercera estación importante, a partir de nuestra ciudad, aunque tuviera que llegar hasta allí a pie. De esa manera, instintiva y maquinalmente, con un verdadero torbellino de ideas en la cabeza, estaba atareado haciendo el equipaje cuando… de pronto se detuvo, lo dejó todo y con un hondo lamento se tendió en el sofá.

Ya lo venía intuyendo claramente, pero de pronto era plenamente consciente del hecho de que, escapar, posiblemente podría escapar, pero no tenía fuerzas para resolver si le convenía escapar *antes* o *después* de lo de Shátov; en esos momentos no era más que un cuerpo burdo e insensible, una masa inerte, aunque movida por una fuerza terrible y externa. Si bien tenía un pasaporte para marchar al extranjero, si bien podía escapar de Shátov (pues, de otro modo, ¿a qué venían tantas prisas?), no escaparía *antes* de lo de Shátov, no escaparía de Shátov, sino, precisamente, *después* de lo de Shátov, y todo estaba ya decidido, firmado y sellado. Con una angustia insoportable, temblando de continuo y asombrándose de sí mismo, lamentándose y quedándose callado alternativamente, de algún modo consiguió aguantar así, con el cerrojo echado y tumbado en el sofá, hasta las once de la mañana siguiente. Fue entonces, justamente, cuando recibió el empujón esperado que de pronto orientó su decisión. A las once, cuando por fin abrió la puerta y se reunió con su familia, se enteró de que Fedka, el bandido que se había fugado del presidio y que tanto terror despertaba en todo el mundo, el desvalijador de iglesias, el reciente asesino e incendiario, a quien perseguía la policía sin lograr atraparlo, había sido hallado, asesinado, esa mañana al amanecer, a siete verstas de la ciudad, en un desvío de la carretera en dirección a la aldea de Zajárino, y supo que la noticia estaba en boca de todo el mundo. Inmediatamente salió corriendo de casa para ir a averiguar más detalles y descubrió, en primer lugar, que a Fedka, a quien habían encontrado con el cráneo hundido, le habían robado, según todos los indicios; y, en segundo lugar, que la policía tenía ya motivos suficientes para sospechar, e incluso algunos datos firmes para concluir, que su asesino había sido Fomka, un obrero de los Shpigulin, el mismo que había participado, indudablemente, en el asesinato e incendio en casa de los Lebiadkin; y que al parecer ya de camino habían discutido a propósito de la considerable suma de dinero sustraída a los Lebiadkin, que por lo visto Fedka tenía escondida… Liputin también se pasó un momento por casa de Piotr Stepánovich y pudo averiguar, en la puerta trasera y a hurtadillas, que, aunque la víspera había vuelto cerca de la una de la madrugada, había dormido allí tan tranquilo hasta las ocho de la mañana. Naturalmente, no cabía duda de que en la muerte del malhechor Fedka no había nada de extraordinario, y de que tales desenlaces son especialmente frecuentes entre quienes siguen semejantes carreras; pero la coincidencia de las palabras fatídicas de Piotr Stepánovich —era «la última vez en su vida» que Fedka bebía vodka— con el inmediato cumplimiento de la profecía era algo tan asombroso que Liputin, de pronto, dejó de titubear. Había recibido un empujón, y fue como si una roca le hubiera caído encima dejándolo aplastado para siempre. De vuelta a casa, sin decir nada, empujó con el pie el bolso de viaje y lo metió

debajo de la cama, y esa noche fue el primero en llegar, a la hora señalada, al lugar del encuentro con Shátov, aunque todavía, ciertamente, con el pasaporte en el bolsillo…

Capítulo V. Una viajera

I

La catástrofe de Liza y la muerte de Maria Timoféievna habían dejado en Shátov una impresión abrumadora. Ya he comentado que lo había visto fugazmente aquella mañana, y me había dado la impresión de que no estaba en sus cabales. Me dijo, entre otras cosas, que la noche anterior, a eso de las nueve —esto es, como tres horas antes del incendio—, había estado en casa de Maria Timoféievna. A la mañana siguiente fue a echar un vistazo a los cadáveres, pero, por lo que sé, no prestó entonces declaración ante nadie. Sin embargo, cuando el día tocaba a su fin, estalló en su alma toda una tempestad y… y creo que puedo afirmar positivamente que hubo un momento, al anochecer, en que tuvo ganas de levantarse, salir y contarlo todo. En qué consistía ese *todo*, solo él lo sabía. Desde luego, no habría conseguido nada, aparte de delatarse a sí mismo. No disponía de pruebas que ayudaran a resolver el reciente crimen; más aún, lo único que tenía eran vagas conjeturas sobre el caso, que solo para él equivalían a una completa convicción. Pero estaba dispuesto a perderse a sí mismo con tal de «aplastar a los sinvergüenzas»: éstas fueron sus propias palabras. Piotr Stepánovich en parte había adivinado correctamente ese impulso suyo, y sabía lo mucho que arriesgaba aplazando la ejecución de su nuevo y horrendo designio hasta el día siguiente. Como de costumbre, había por su parte mucha presunción y desprecio por toda aquella «gentuza» y, en particular, por Shátov. Hacía mucho tiempo que despreciaba a Shátov por su «deplorable idiotez», como decía de él cuando todavía estaba en el extranjero, y confiaba plenamente en que sería capaz de manejar a aquel individuo tan obtuso; esto es, no pensaba perderlo de vista en todo el día y estaba decidido a cortarle el paso a la primera señal de peligro. Sin embargo, lo que salvó a los «sinvergüenzas» por un tiempo fue una circunstancia inesperada que nadie había previsto.

Pasaban de las siete de la tarde (justo a la misma hora en que *los nuestros* estaban reunidos en casa de Erkel, aguardando indignados y ansiosos a Piotr Stepánovich), y Shátov, con dolor de cabeza y unas décimas de fiebre, estaba echado en la cama, sin una sola luz encendida; lo atormentaba la confusión, estaba furioso, tratando infructuosamente de decidirse, y presentía, maldiciéndose, que al final todo quedaría en nada. Poco a poco fue cayendo en un sueño breve y ligero, y tuvo una especie de pesadilla; soñó que estaba en la cama, enredado con unas cuerdas, amarrado y sin poder moverse, y que se oían por toda la casa unos golpes tremendos, en la valla, en el portalón, en su puerta, en el pabellón de Kiríllov, que hacían temblar todo el edificio, y que una voz lejana —una voz familiar, pero que para él era un tormento— lo llamaba en un tono lastimero. Súbitamente despertó y se incorporó en la cama. Para su sorpresa, notó que continuaban los golpes en el

portalón, y aunque no resultaban tan fuertes como en el sueño, ni mucho menos, eran frecuentes y pertinaces, y que la voz extraña, la que era un «tormento», aunque no, desde luego, en un tono lastimero, sino impaciente e irritado, seguía oyéndose abajo, en el portalón, igual que antes, confundida con otra voz, más mesurada y corriente. Saltó de la cama, abrió el postigo y asomó la cabeza.

—¿Quién anda ahí? —gritó, literalmente paralizado de espanto.

—Si es usted Shátov —le respondieron desde abajo en tono firme y brusco —, tenga la bondad de decirme, honrada y francamente, si está dispuesto a dejarme pasar.

Pues claro; ¡conocía esa voz!

—*Marie!…* ¿Eres tú?

—Sí, sí, soy yo, Maria Shátova, y le aseguro que no puedo retener al cochero un minuto más.

—Ahora mismo… una vela… —exclamó débilmente Shátov. Acto seguido se puso a buscar unos fósforos. Los fósforos, como suele ocurrir en estos casos, no aparecían. Depositó la palmatoria y la vela en el suelo y, en cuanto volvió a oírse allá abajo la voz impaciente, dejó todo y se lanzó corriendo por la empinada escalera a abrir la cancela.

—Haga el favor de sostener mi bolso de viaje mientras ajusto las cuentas con este tarugo. —Así lo recibió la señora Maria Shátova, y puso en sus manos un bolso barato de lona, bastante ligero, con tachuelas de bronce, fabricado en Dresde. Mientras tanto, ella se las veía, irritada, con el cochero—: Me atrevo a decirle que pide usted demasiado. Si se ha pasado una hora de más dando vueltas por estas sucias calles, la culpa es solo suya por no saber dónde estaba esta calle estúpida y esta casa de locos. Tome sus treinta kopeks y tenga por seguro que no va a recibir ni uno más.

—Pero, señora, usted me había indicado la calle Voznesénskaia, y ésta es la Bogoiavlénskaia: la Voznesénskaia queda bien lejos de aquí. Mire el capón: está bañado en sudor.

—Voznesénskaia, Bogoiavlénskaia… todos esos nombres estúpidos[335] debería sabérselos usted mucho mejor que yo, en vista de que vive aquí. Además, no tiene razón: lo primero que le dije fue que era la casa de Filíppov, y usted dejó bien claro que sabía dónde estaba. En todo caso, puede denunciarme mañana ante el juez de paz, y ahora le pido que me deje tranquila.

—Tome, aquí tiene, ¡otros cinco kopeks! —Shátov se sacó a toda prisa un

piatak[336] y se lo dio al cochero.

—Hágame el favor, ¡ni se le ocurra! —*Madame* Shátova se enfureció, pero el cochero arreó a su «capón» y Shátov, tomándola de la mano, la hizo entrar por el portalón.

—Deprisa, Marie, deprisa… eso es lo de menos… ¡Estás empapada! Despacio, hay que subir por aquí… Lástima que no haya luz… La escalera es muy empinada, agárrate fuerte, más fuerte; mira, éste es mi cuarto. Disculpa, estoy sin luz… ¡Un momento!

Levantó la palmatoria, pero tardó lo suyo en dar con los fósforos. La señora Shátova esperaba en medio del cuarto, callada e inmóvil.

—¡Gracias a Dios, por fin! —gritó Shátov con alegría, al iluminarse el cuarto. Maria Shátova echó un vistazo rápido a la estancia.

—Me habían dicho que vivía usted miserablemente, pero no creía que fuera para tanto —dijo ella con displicencia, y se acercó a la cama—. ¡Ay, qué cansancio! —Se sentó en la dura cama con aire de abatimiento—. Por favor, deje el maletín y siéntese en la silla. De todos modos, haga lo que quiera, es por no verle ahí plantado. Pretendo estar aquí por un tiempo, hasta que encuentre trabajo, porque aquí no estoy al corriente de nada y no tengo dinero. Pero, si le molesto, se lo pido otra vez, dígamelo de inmediato, es su obligación si es usted un hombre honrado. Siempre puedo vender alguna cosa mañana y pagar por alojarme en el hotel, pero tendría usted que llevarme… ¡Ay, pero qué cansancio!

Shátov temblaba de pies a cabeza.

—¡No hace falta, Marie, no hace ninguna falta que vayas a un hotel! ¿A qué hotel? ¿Para qué, para qué?

Y juntaba las manos, implorante.

—Bueno, si puedo prescindir de ir a un hotel, de todos modos hay que aclarar las cosas. Recuerde, Shátov, que vivimos como marido y mujer en Ginebra poco más de dos semanas y que hace ya tres años que nos separamos, eso sí, sin grandes conflictos. Pero no vaya a pensar que he vuelto para repetir ninguna de las tonterías de entonces. He vuelto con ánimo de buscar trabajo y, si he elegido esta ciudad, ha sido porque me da lo mismo. No he venido para arrepentirme de nada; se lo ruego, no piense en semejante estupidez.

—¡Oh, Marie! ¡Todo esto está de más, está de más! —farfulló Shátov confusamente.

—En ese caso, si es lo bastante maduro para entenderlo, me permito añadir que, si he decidido acudir a usted y venir a esta casa, ha sido en parte porque siempre he pensado que está usted lejos de ser un canalla, y posiblemente es mucho mejor que otros… sinvergüenzas… —Le brillaron los ojos. Seguramente lo había pasado mal por culpa de algunos «sinvergüenzas»—. Y, por favor, le aseguro que no estaba riéndome de usted al decirle que es una buena persona. Le hablaba con toda franqueza, sin frases bonitas, que es algo que no soporto. Pero todo eso son bobadas. Siempre he tenido la esperanza de que fuera usted lo bastante sensato para no incordiar… Bueno, basta, ¡estoy cansada!

Y le dirigió una larga mirada de cansancio, de extenuación. Shátov estaba enfrente de ella, al otro lado del cuarto, a cinco pasos, escuchando tímidamente, pero como con aire renovado, con una expresión radiante en la cara. Este hombre fuerte y rudo, siempre con el pelo erizado, se ablandó y se iluminó de pronto. Algo insólito, completamente inesperado, se agitaba en su espíritu. Tres años de separación, tres años de ruptura matrimonial, no habían desterrado nada de su corazón. Y es posible que todos los días, en esos tres años, hubiera soñado con ella, con la criatura amada que una vez le había dicho: «Te quiero». Conociendo a Shátov, puedo asegurar que jamás se habría permitido, ni en sueños, pensar que una mujer fuera a decirle: «Te quiero». Era pudoroso y apocado hasta la desmesura, se tenía por un monstruo espantoso, odiaba su propia cara y su carácter, y se comparaba con alguno de esos fenómenos que únicamente se pasean y se exhiben en las ferias. En consecuencia, apreciaba la honradez por encima de todo y se entregaba fanáticamente a sus convicciones, era lúgubre, orgulloso, irascible y taciturno. Pero ahí estaba la única criatura que lo había amado un par de semanas (¡él siempre había creído en eso, siempre!); una criatura a la que en todo momento había considerado infinitamente superior a él, aun siendo perfecta y lúcidamente consciente de todos sus errores; una criatura a la que podía perdonárselo todo, *todo* (de eso no había discusión posible; más bien ocurría lo contrario, que, desde su punto de vista, él tenía la culpa de todo)… Y esa mujer, esa Maria Shátova, de pronto estaba otra vez en su casa, otra vez delante de él… ¡lo cual era casi inconcebible! Estaba tan desconcertado, había en este acontecimiento algo tan aterrador para él, y a la vez tan alegre, que, desde luego, no podía, o acaso no quería, o le daba miedo, volver en sí. Era un sueño. Pero, cuando ella le dirigió aquella mirada de extenuación, cayó en la cuenta de que esa criatura adorada sufría, y tal vez había sido agraviada. Se le heló el corazón. Examinó sus rasgos con dolor: hacía ya tiempo que ese rostro exhausto había perdido el brillo de la primera juventud. Sin duda, aún era hermosa: a sus ojos, seguía siendo la misma belleza que siempre había sido. (En realidad, era una mujer de unos veinticinco años, de constitución más bien recia, de estatura por encima de la media —era más alta que Shátov—, con una abundante cabellera de color castaño, un rostro pálido y ovalado y grandes ojos negros que en ese momento tenían un brillo febril). No obstante, la energía inconsciente, ingenua y afable de otros tiempos, que él tan bien conocía, se había tornado en sombría irritabilidad, en desengaño, en una especie de cinismo, al que no había acabado de acostumbrarse y que suponía una carga para

ella. Pero, por encima de todo, estaba enferma, cosa que detectó él claramente. A pesar del temor que le inspiraba, se acercó a ella y la tomó de las dos manos:

—Marie… ya sabes… es posible que estés muy cansada… por Dios, no vayas a enfadarte… ¿Qué te parecería, por ejemplo, un poco de té, eh? El té entona mucho, ¿verdad? Si no te parece mal…

—Cómo me va a parecer mal, pues claro que quiero, ¡sigue siendo usted el mismo crío de siempre! Póngame un poco, si puede. ¡Qué cuarto tan pequeño! Y ¡qué frío hace aquí!

—Oh, ahora mismo traigo leña, leña… ¡Tengo algo de leña! —Shátov no paraba quieto—. Leña… el caso es que… pero ahora mismo traigo el té. —Hizo un gesto con la mano, como de resolución desesperada, y cogió la gorra.

—¿Adónde va usted? Entonces, ¿no hay té en casa?

—Habrá, habrá, habrá de todo en un momento… yo… —Cogió el revólver de un estante—. Voy a vender ahora mismo este revólver… o a empeñarlo si no…

—Pero ¡qué estupidez! Y, además, le llevaría mucho tiempo. Tenga, coja mi dinero, ya que usted no tiene; aquí hay ocho *grivny*[337], me parece; no tengo más. Ésta es una casa de locos.

—No hace falta, no hace falta tu dinero; ahora mismo vuelvo, es un momento; incluso sin el revólver…

Y fue derecho a ver a Kiríllov. Sería, probablemente, un par de horas antes de la visita de Piotr Stepánovich y Liputin. Aunque vivían en el mismo patio, Shátov y Kiríllov apenas se veían, y cuando se encontraban no se saludaban ni se hablaban; bastante tiempo habían pasado «tumbados» juntos en América.

—Kiríllov, usted siempre tiene té; ¿tiene té y un samovar?

Kiríllov, que estaba dando vueltas por la habitación (tenía la costumbre de pasarse la noche entera yendo de un lado a otro), se detuvo de pronto y miró fijamente al intruso, aunque sin dar especiales muestras de sorpresa.

—Hay té, hay azúcar y hay un samovar. Pero no hace falta el samovar, el té está caliente. Siéntese y tómeselo sin más.

—Kiríllov, en América estuvimos tumbados el uno al lado del otro… Ha venido mi mujer… Yo… Deme un poco de té… Necesito el samovar.

—Si está su mujer, hace falta el samovar. Pero el samovar después. Tengo

dos. Ahora coja la tetera que hay en la mesa. Está caliente, muy caliente. Coja usted todo; coja el azúcar, todo. Pan… Pan hay mucho. Hay un poco de ternera. Y un rublo en efectivo.

—Déjemelo, amigo. ¡Mañana se lo devuelvo! ¡Ay, Kiríllov!

—¿Es la mujer de Suiza? Eso está bien. Y que haya entrado usted así corriendo también está bien.

—¡Kiríllov! —exclamó Shátov, con la tetera bajo el brazo y el azúcar y el pan cada uno en una mano—. ¡Kiríllov! Si… si pudiera usted renunciar a sus horribles fantasías y abandonar sus delirios de ateo… ¡oh, qué hombre sería usted, Kiríllov!

—Se ve que ama usted a su mujer después de lo que ocurrió en Suiza. Vuelva otra vez cuando necesite té. Vuelva a cualquier hora de la noche; yo no duermo nada. Habrá un samovar. Tome el rublo, aquí lo tiene. Vaya con su mujer; yo me quedo aquí y voy a pensar en usted y en su mujer.

Maria Shátova estaba visiblemente contenta con la prisa que se había dado él en volver y se tomó el té casi ansiosa, pero no hizo falta ir a recoger el samovar; apenas se tomó media taza y no comió más que una pizca de pan. La ternera la rechazó asqueada e irritada.

—Estás enferma, Marie, eso es señal de que no estás bien… —comentó Shátov, tímidamente, mientras la atendía.

—Desde luego que estoy enferma; haga el favor de sentarse. ¿Dónde ha encontrado el té, si no había?

Shátov le habló de Kiríllov, por encima, brevemente. Ella ya había oído alguna cosa de él.

—Sé que está loco; ya basta, por favor; ¿es que no hay ya suficientes locos? ¿Así que estuvo usted en América? Oí decir que había escrito.

—Sí, yo… escribí a París.

—Basta, y, se lo ruego, vamos a hablar de otra cosa. ¿Es usted eslavófilo por convicción?

—Yo… no es que yo sea… Dada mi imposibilidad de ser ruso me hice eslavófilo. —Sonrió amargamente, con el esfuerzo de quien ha hecho una broma inoportuna y forzada.

—Y ¿no es usted ruso?

—No, no soy ruso.

—Eso es una tontería. Siéntese de una vez, se lo ruego. ¿Por qué está todo el rato yendo de acá para allá? ¿Acaso se cree que estoy delirando? A lo mejor acabo delirando. ¿Dice usted que solo viven dos personas en toda la casa?

—Dos… Abajo…

—Y los dos igual de inteligentes. ¿Qué pasa abajo? ¿Ha dicho abajo?

—No, nada.

—¿Cómo que nada? Quiero saberlo.

—Lo que quería decir es que ahora somos dos viviendo en el edificio, pero antes vivían abajo los Lebiadkin…

—¿Es esa mujer que asesinaron anoche? —De pronto se sobresaltó—. Algo he oído. Fue lo primero que oí nada más llegar. ¿No ha habido aquí un incendio?

—Sí, Marie, sí, y es posible que ahora mismo esté cometiendo una canallada perdonando a esos infames… —Se levantó de pronto y empezó a pasearse por el cuarto, con los brazos en alto, como si estuviera fuera de sí.

Pero Marie no había acabado de entenderle. Había oído distraída la respuesta; preguntaba pero no escuchaba.

—¡Hay que ver qué bonito! ¡Oh, cuánta bajeza! ¡Menudos canallas son todos! Pero ¡siéntese ya, por lo que más quiera! ¡Me va a sacar de mis casillas! —Y, exhausta, apoyó la cabeza en la almohada.

—Marie, yo no… A lo mejor quieres acostarte, Marie…

Ella no respondió y cerró los ojos, exánime. Su pálido rostro era idéntico al de una difunta. Se quedó dormida casi instantáneamente. Shátov miró a su alrededor, puso recta la vela, volvió a examinar con preocupación el semblante de su mujer, levantó las manos y las apretó con fuerza y salió de puntillas al zaguán. En lo alto de la escalera, en un rincón, apoyó la cara contra la pared y se quedó quieto y en silencio como unos diez minutos. Habría seguido así más tiempo si de pronto no hubiera oído abajo unos pasos silenciosos y precavidos. Alguien subía. Shátov se acordó de que se le había olvidado cerrar la cancela.

—¿Quién anda ahí? —preguntó en un susurro.

El visitante desconocido seguía subiendo, sin apresurarse ni contestar. Se

detuvo al llegar arriba; en la oscuridad resultaba imposible identificarlo; de pronto se oyó una pregunta cautelosa:

—¿Iván Shátov?

Shátov se identificó y acto seguido alargó el brazo para impedirle el paso, pero el visitante le cogió la mano y… Shátov se estremeció como si hubiera tocado una víbora aterradora.

—Quédese aquí —se apresuró a susurrar—; no entre, ahora no puedo recibirle. Mi mujer ha vuelto. Voy a traer una vela.

Cuando volvió con la vela, se encontró con un oficial jovencito; no sabía su nombre, pero lo había visto en alguna parte.

—Erkel —se presentó—. Me vio usted en casa de Virguinski.

—Ya me acuerdo; estaba usted sentado escribiendo. Escuche —Shátov se enfureció de pronto, y se acercó a él muy alterado, aunque siguió hablándole en un susurro—, me ha hecho una seña ahora mismo con la mano, al cogerme la mía. Pero ¡sepa que puedo escupir en todas esas señas! No las reconozco… no quiero… Puedo tirarlo escaleras abajo en este mismo instante, ¿no lo sabía?

—No, yo de eso no sé nada, como tampoco sé por qué está tan enfadado —respondió el visitante sin rencor y casi con humildad—. Solo tengo que decirle algo y a eso he venido, pero sobre todo lo que no quiero es perder el tiempo. Tiene usted una imprenta que no le pertenece y de la que está obligado a dar cuentas, como bien sabe. Me han ordenado exigirle que se la entregue mañana, a las siete en punto de la tarde, a Liputin. Además, me han mandado que le diga que no volverán a requerirle nada más.

—¿Nada más?

—Nada en absoluto. Su petición va a ser atendida y queda usted excluido para siempre. Esto es, exactamente, lo que me han mandado decirle.

—¿Quién se lo ha mandado?

—Los mismos que me dieron la seña.

—¿Viene usted del extranjero?

—Eso… eso, en mi opinión, a usted ni le va ni le viene.

—¡Ah, demonios! Y ¿por qué no ha venido antes si se lo habían ordenado?

—He tenido que seguir ciertas instrucciones, y no estaba solo.

—Entiendo, entiendo, no estaba usted solo. Ah… ¡demonios! Pero ¿por qué no ha venido el propio Liputin?

—El caso es que mañana por la tarde, a las seis en punto, vendré aquí a buscarle e iremos caminando hasta ese sitio. Aparte de nosotros tres, no habrá nadie.

—¿Va a estar Verjovenski?

—No, no va a estar. Verjovenski se marcha mañana de la ciudad, a las once de la mañana.

—Justo lo que pensaba —murmuró Shátov con rabia, dándose un golpe con el puño en la cadera—. ¡Huye el muy canalla!

Se sumió en sus reflexiones, muy agitado. Erkel, en silencio, lo miró fijamente, a la espera.

—¿Cómo piensan cargar con ella? Porque no es cosa de cogerla en brazos y llevársela sin más.

—No hará falta. Basta con que usted indique el lugar, y nosotros nos limitaremos a comprobar que, efectivamente, está allí enterrada. Nosotros sabemos más o menos dónde está, pero no el lugar exacto. ¿Le ha indicado usted el sitio a alguien más?

Shátov lo miró.

—Y ¿cómo es que usted, un chiquillo como usted, un chiquillo sin dos dedos de frente, se ha metido en esto de cabeza, como un cordero? ¡No, claro, ellos necesitan savia nueva! ¡En fin, márchese! ¡Ay! Ese sinvergüenza les ha engañado a todos y ha salido corriendo.

Erkel lo miraba tranquilo y sereno, pero no parecía comprender.

—¡Verjovenski ha salido corriendo! ¡Verjovenski! —gritó con furia Shátov, y le rechinaron los dientes.

—Pero si está aquí todavía, si no se ha ido. No se va hasta mañana —comentó Erkel, en tono suave y persuasivo—. Yo le insistí muy especialmente en que participara en calidad de testigo; mis instrucciones se referían todas a él —confesó abiertamente, como muchacho joven e inexperto—. Pero, por desgracia, no aceptó, con el pretexto de su partida; y realmente debe de tener mucha prisa.

Shátov volvió a observar con lástima al simplón, pero de repente hizo un gesto con la mano, como pensando: «No vale la pena compadecerlo».

—Muy bien, allí estaré —zanjó de pronto la conversación—; pero ahora largo de aquí, ¡andando!

—Así pues, a las seis en punto. —Erkel se despidió cortésmente y bajó las escaleras sin prisa.

—¡Bobo! —le gritó Shátov por detrás, sin poder contenerse, desde lo alto de la escalera.

—¿Decía, señor? —replicó Erkel desde abajo.

—Nada, váyase.

—Creí que había dicho algo.

II

Erkel era uno de esos botarates a quienes les falla únicamente el raciocinio principal en la cabeza, donde no manda nadie; en cambio, raciocinio menor, subalterno, tenía en abundancia, y llegaba incluso a la astucia. Fanática, infantilmente entregado a la «causa común» —en esencia, a Piotr Verjovenski—, actuaba de acuerdo con las instrucciones que había recibido cuando en la sesión de *los nuestros* se definieron y asignaron los papeles para el día siguiente. Piotr Stepánovich, al señalarle el papel de mensajero, había tenido ocasión de hablar con él en privado unos diez minutos. Las tareas ejecutivas eran una necesidad para este individuo de naturaleza mezquina y atolondrada, perpetuamente ansiosa de someterse a la voluntad ajena —oh, naturalmente, siempre en beneficio de una causa «común» o «elevada»—. Pero eso tampoco habría importado demasiado, porque los pequeños fanáticos como Erkel no son capaces de entender el servicio a una idea si no es confundiéndola con la persona que, a su juicio, la encarna. El sentimental, cariñoso y amable Erkel era quizá el más insensible de los asesinos que se disponían a actuar contra Shátov, y podía asistir al crimen sin pestañear ni experimentar el menor odio personal. Le habían ordenado, por ejemplo, que, cuando fuera a cumplir su cometido, se fijara bien, entre otras cosas, en las condiciones en que vivía Shátov; y, cuando a éste, al recibirlo en la escalera, se le escapó en su acaloramiento —seguramente sin darse ni cuenta— que había vuelto su mujer, Erkel tuvo enseguida suficiente astucia instintiva para no mostrar la menor curiosidad, a pesar de que le vino a la cabeza la sospecha de que el regreso de su mujer tendría una gran importancia para el éxito de la empresa…

Y así ocurrió en definitiva: este simple hecho salvó a los «sinvergüenzas» de

lo que Shátov había planeado hacer, y al mismo tiempo los ayudó a «deshacerse» de él… En primer lugar, alteró a Shátov, lo sacó de sus casillas, privándolo de su habitual perspicacia y cautela. Las ideas relativas a su seguridad personal tenían ahora menos cabida que nunca en su cabeza, pues ésta estaba ocupada en pensamientos muy distintos. Más aún, creía firmemente que Piotr Verjovenski iba a escapar al día siguiente: ¡eso encajaba tan bien con sus sospechas! De vuelta a su cuarto, se sentó nuevamente en un rincón, apoyó los codos en las rodillas y ocultó el rostro entre las manos. Amargos pensamientos lo atormentaban…

Hasta que volvió a levantar la cabeza y se acercó de puntillas a mirar a su mujer: «¡Dios mío! Mañana mismo tendrá fiebre, desde muy temprano, ¡si es que no ha empezado ya! Claro, se habrá resfriado. No está acostumbrada a este horrible clima, y encima el vagón, de tercera, el viento y la lluvia, y ella con ese abrigo ligero que es como si no llevara nada… Y ¡dejarla aquí, abandonarla sin prestarle ayuda! Y ¡ese bolso de viaje tan diminuto, ligero y chafado, que pesará como diez libras! ¡Pobrecilla, se la ve agotada, lo que habrá sufrido! Lo que pasa es que es muy orgullosa, por eso no se queja. Pero ¡cómo se enfada! Vaya si se enfada. Es por la enfermedad: hasta un ángel se vuelve irritable cuando está enfermo. Qué seca y caliente tiene que tener la frente… qué ojeras más profundas, y… y, sin embargo, hay que ver qué precioso es ese óvalo del rostro, y ese pelo vaporoso, cómo…».

Pero rápidamente apartó los ojos, rápidamente se retiró, como asustado de la mera idea de ver en ella algo más que una criatura desdichada y exánime a la que había que ayudar. «¿Qué *esperanzas* puede haber aquí? ¡Oh, qué mezquino, qué vil es el hombre!». Y regresó a su rincón, se sentó, se cubrió la cara con las manos y volvió de nuevo a soñar, a recordar… y volvió a concebir esperanzas.

«¡Ay, qué cansada estoy! ¡Qué cansada!», recordaba sus lamentos, su voz débil, quebrada. «¡Señor! Abandonarla ahora, con ocho tristes *grivny*. ¡Me ha ofrecido su monedero, tan viejo, tan poca cosa! Ha venido en busca de un empleo, pero ¿qué sabe ella de empleos? ¿Qué sabe esta gente de Rusia? Son como niños caprichosos, no tienen más que sus propias fantasías, que ellos mismos se han inventado; y ¡la pobre se enfada porque Rusia no se parece a lo que soñaban en el extranjero! ¡Oh, infelices! ¡Oh, inocentes! Pero el caso es que aquí hace frío…».

Recordó que ella se había quejado del frío y que él había prometido encender la estufa. «Ahí está la leña, puedo traerla; la cuestión está en no despertarla. Pero puedo hacerlo. Y ¿qué hago con la ternera? A lo mejor al despertarse le apetece comer algo… Bueno, ya veremos; Kiríllov no duerme en toda la noche. ¿Con qué podría taparla? Duerme como un tronco, pero seguro que tiene frío; ¡ay, qué frío!».

Y una vez más se acercó a echar un vistazo: el vestido se le había subido un poco, dejando la mitad de la pierna derecha al descubierto, hasta la rodilla.

Rápidamente se dio la vuelta, casi asustado, se quitó el abrigo y, quedándose solo con su vieja levita, cubrió la parte descubierta, procurando no mirar.

Entre encender la leña, andar de puntillas, observar cómo dormía la mujer, fantasear en el rincón y volver a observar a la mujer, transcurrió bastante tiempo. Pasaron dos o tres horas. Y justo en ese tiempo Verjovenski y Liputin estuvieron visitando a Kiríllov. Finalmente, también Shátov se quedó dormido. Se oyó gemir a la mujer; se había despertado y lo estaba llamando. Se levantó de un salto, como un criminal.

—¡Marie! Me había quedado dormido… ¡Ay, qué sinvergüenza soy, Marie!

Ella se incorporó, mirando sorprendida a su alrededor, como sin saber dónde se encontraba, y de pronto se alarmó, presa de la furia y la indignación:

—He ocupado su cama; estaba tan cansada que no podía con mi alma y me he quedado dormida. ¿Cómo es que no me ha despertado? Espero que no se le haya ocurrido pensar que pretendo ser una carga para usted.

—¿Cómo podía despertarte, Marie?

—Podía; ¡tenía que haberlo hecho! No hay aquí otra cama para usted, y yo he ocupado la suya. No debía haberme puesto en esta situación equívoca. O ¿acaso cree que he venido para abusar de su bondad? Haga el favor ahora mismo de acostarse en su cama, que yo me echaré en el rincón, sobre unas sillas…

—Marie, no hay suficientes sillas, y además no tengo nada con que hacer la cama.

—Pues entonces en el suelo. Si no, tendría usted que dormir en el suelo. Prefiero acostarme yo en el suelo; ¡vamos, vamos!

Se levantó y quiso dar unos pasos, pero un agudo espasmo de dolor le arrebató de golpe las fuerzas y la determinación, y volvió a caer en la cama con un sonoro gemido. Shátov se acercó corriendo, pero Marie, hundiendo el rostro en la almohada, le cogió una mano y empezó a apretársela y retorcérsela con todas sus fuerzas. Así estuvieron como un minuto.

—Marie, cariño, si hace falta, aquí al lado está el doctor Frenzel, conocido mío, tenemos mucha confianza… Podría ir a llamarlo.

—¡Bobadas!

—¿Cómo que bobadas? Dime, Marie, ¿qué es lo que te duele? A lo mejor, con una cataplasma… en el estómago, por ejemplo… Yo mismo, hasta sin el

médico… O un sinapismo si no.

—Y eso ¿qué es? —preguntó ella, extrañada, levantando la cabeza y mirándolo asustada.

—¿A qué te refieres, Marie? —Shátov no entendía—. ¿Qué me preguntabas? Ay, Dios mío, estoy totalmente perdido; perdona, Marie, pero no entiendo nada.

—Ay, déjeme, no es asunto suyo entender nada. Y además sería bastante ridículo… —Se sonrió con amargura—. Hábleme de cualquier cosa. Pasee por el cuarto y hable. No se quede aquí plantado, y no me mire, ¡esto, en concreto, se lo he pedido ya quinientas veces!

Shátov se puso a dar vueltas por la habitación, mirando al suelo y tratando a toda costa de no fijarse en ella.

—Aquí… no te enfades, Marie, te lo suplico… Aquí hay un poco de ternera, aquí al lado, y también té… Antes casi no comiste…

Ella sacudió la mano, en un gesto de asco y de fastidio. Shátov, desesperado, se mordió la lengua.

—Escuche, tengo intención de abrir en esta ciudad un taller de encuadernación, sobre principios cooperativos racionales[338]. Como usted vive aquí, ¿qué le parece? ¿Cree usted que tendría éxito?

—Ay, Marie, aquí nadie lee libros, si ni siquiera hay libros. ¿Cómo iba ése a querer encuadernarlos?

—¿A quién se refiere?

—Al lector local, y a la gente de aquí en general, Marie.

—Pues hable más claro, no diga «ése» sin saber a quién se refiere. No sabe usted gramática.

—Está en el espíritu de la lengua, Marie —farfulló Shátov.

—Váyase a paseo con su espíritu, me tiene harta. ¿Por qué los habitantes locales, o los lectores, no van a querer encuadernar sus libros?

—Porque leer un libro y encuadernarlo son dos etapas completas del progreso, y enormes. Al principio, la gente se habitúa a leer, muy poquito a poco; eso lleva siglos, desde luego. Pero maltrata los libros y los deja tirados por ahí, porque piensa que no son algo serio. La encuadernación, por el contrario, implica

ya un respeto por el libro, supone que al individuo ya no solo le gusta leerlo, sino que lo reconoce como algo valioso. Rusia no ha alcanzado aún esta etapa. Europa encuaderna libros desde hace mucho.

—Lo ha dicho de un modo pedante, pero por lo menos nada estúpido. Y me recuerda lo de hace tres años. De vez en cuando, hace tres años, era usted bastante agudo.

Lo dijo en el mismo tono despectivo de todos sus comentarios caprichosos de antes.

—Marie, Marie —Shátov se volvió a ella enternecido—, ¡oh, Marie! ¡Si supieras todo lo que ha pasado en estos tres años! Oí decir más tarde que por lo visto me despreciabas por el cambio en mis convicciones. Pero ¿a quiénes había abandonado? A los enemigos de la vida viva; a los liberales obsoletos que tienen miedo de su propia independencia; a los lacayos del pensamiento, enemigos de la individualidad y de la libertad, predicadores decrépitos de la carroña y la putrefacción. ¿Qué ofrecen? Senectud, dorada mediocridad, la más abyecta y burguesa falta de talento, igualdad envidiosa, igualdad sin dignidad personal, igualdad como la entiende un lacayo o un francés del año noventa y tres[339]… Y, sobre todo, en todas partes ¡no hay más que canallas, canallas y canallas!

—Sí, hay muchos canallas —dijo ella con voz entrecortada y pesarosa. Estaba tumbada en la cama, muy estirada, inmóvil y como con miedo de cambiar de postura, con la cabeza echada hacia atrás en la almohada, algo ladeada, mirando el techo con ojos febriles y cansados. Tenía la cara pálida y los labios resecos y ardientes.

—¡Lo comprendes, Marie, lo comprendes! —exclamó Shátov. Ella quiso negar con la cabeza, pero de repente sufrió un espasmo como el de antes. Otra vez hundió el rostro en la almohada y otra vez, con todas sus fuerzas, estuvo un minuto entero apretándole la mano, hasta hacerle daño, a Shátov, que había corrido a su lado, enloquecido de espanto—. ¡Marie, Marie! ¡Esto podría ser muy grave, Marie!

—Cállese… No quiero, no quiero —exclamó ella, casi con frenesí, volviendo de nuevo la cara hacia el techo—, ¡no se atreva a mirarme con su compasión! Camine por el cuarto, diga algo, hable…

Shátov, perdido como estaba, empezó una vez más a farfullar.

—¿A qué se dedica usted aquí? —preguntó ella, interrumpiéndole con impaciencia remilgada.

—Trabajo en la oficina de un comerciante. Si pusiera verdadero interés,

Marie, incluso aquí podría ganar un buen dinero.

—Pues mejor para usted…

—Eh, no vayas a pensar algo raro, Marie, lo he dicho por decir…

—Y ¿qué más hace? ¿Qué predica? Porque usted no puede vivir sin predicar; ¡menudo es usted!

—Predico a Dios, Marie.

—En el que usted no cree. Es algo que nunca he podido entender.

—Vamos a dejarlo, Marie; ya hablaremos de eso.

—¿Qué clase de persona era aquí esa Maria Timoféievna?

—Vamos a dejar también eso para después, Marie.

—¡No se atreva a hacerme esos comentarios! ¿Es verdad que esa muerte puede ser atribuida a la villanía… de esa gente?

—Así es, sin duda alguna —respondió Shátov, y le rechinaron los dientes.

Marie, de pronto, levantó la cabeza y gritó de un modo enfermizo:

—¡No se atreva a hablarme de eso nunca más! ¡Nunca más! ¡Nunca más! —Y volvió a desplomarse sobre la cama, presa del mismo dolor espasmódico; ya era la tercera vez, pero en esta ocasión los quejidos eran más fuertes y se convertían en gritos—. ¡Ah, hombre insoportable! ¡Ah, hombre insufrible! —gritó dando vueltas, sin contenerse ya, apartando a empujones a Shátov, que estaba de pie a su lado.

—Marie, haré lo que quieras… andaré, hablaré…

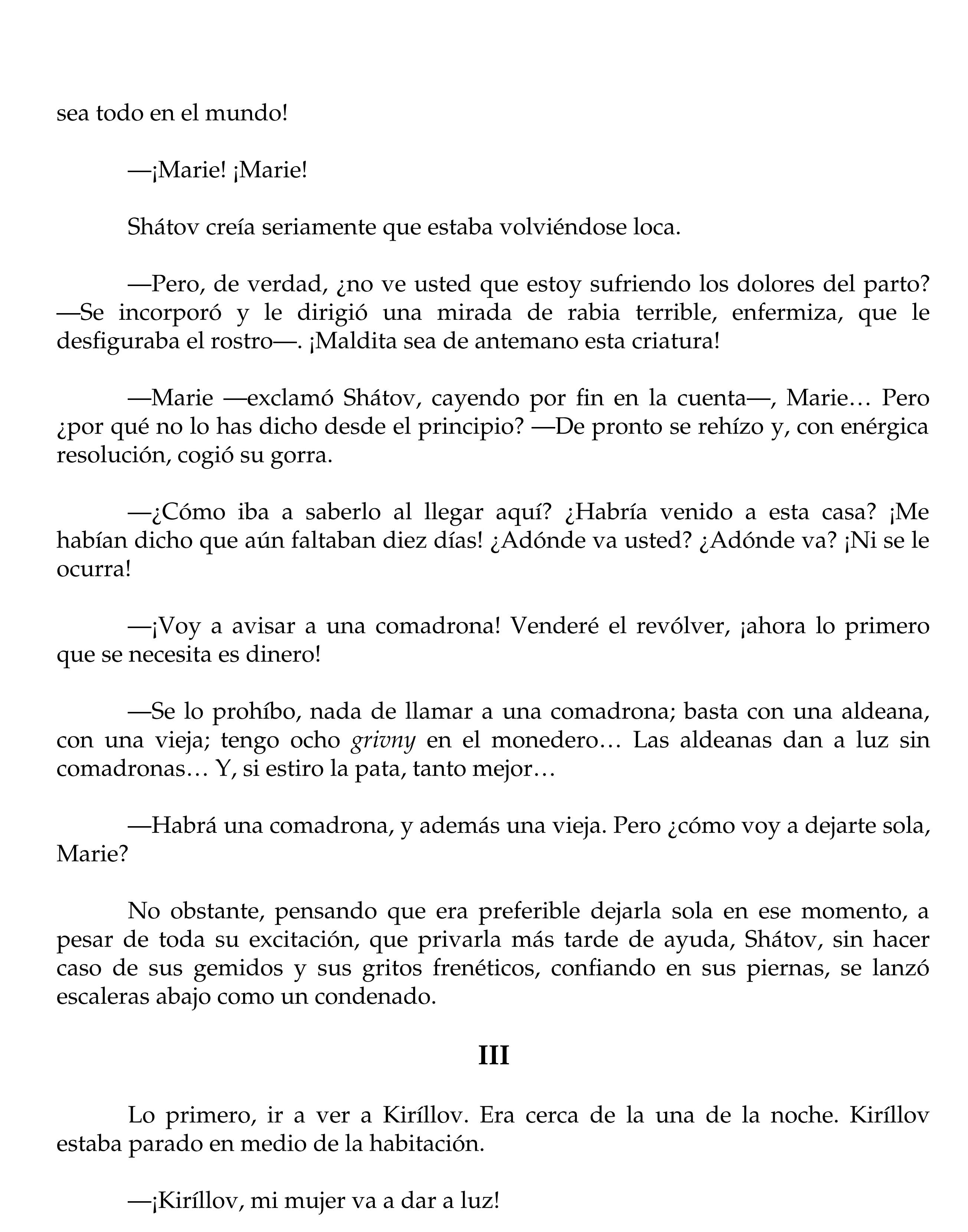
—Pero ¿es que no está viendo que ya ha empezado?

—¿Qué es lo que ha empezado, Marie?

—¿Cómo quiere que lo sepa? ¿Acaso sé yo algo de esto? ¡Oh, maldición! ¡Maldito sea todo de antemano!

—Marie, si me dijeras qué es lo que ha empezado… Si no, ¿qué voy a entender yo, en tal caso?

—¡Es usted un charlatán inútil! ¡No sabe por dónde se anda! ¡Oh, maldito



sea todo en el mundo!

—¡Marie! ¡Marie!

Shátov creía seriamente que estaba volviéndose loca.

—Pero, de verdad, ¿no ve usted que estoy sufriendo los dolores del parto? —Se incorporó y le dirigió una mirada de rabia terrible, enfermiza, que le desfiguraba el rostro—. ¡Maldita sea de antemano esta criatura!

—Marie —exclamó Shátov, cayendo por fin en la cuenta—, Marie… Pero ¿por qué no lo has dicho desde el principio? —De pronto se rehízo y, con enérgica resolución, cogió su gorra.

—¿Cómo iba a saberlo al llegar aquí? ¿Habría venido a esta casa? ¡Me habían dicho que aún faltaban diez días! ¿Adónde va usted? ¿Adónde va? ¡Ni se le ocurra!

—¡Voy a avisar a una comadrona! Venderé el revólver, ¡ahora lo primero que se necesita es dinero!

—Se lo prohíbo, nada de llamar a una comadrona; basta con una aldeana, con una vieja; tengo ocho *grivny* en el monedero… Las aldeanas dan a luz sin comadronas… Y, si estiro la pata, tanto mejor…

—Habrá una comadrona, y además una vieja. Pero ¿cómo voy a dejarte sola, Marie?

No obstante, pensando que era preferible dejarla sola en ese momento, a pesar de toda su excitación, que privarla más tarde de ayuda, Shátov, sin hacer caso de sus gemidos y sus gritos frenéticos, confiando en sus piernas, se lanzó escaleras abajo como un condenado.

III

Lo primero, ir a ver a Kiríllov. Era cerca de la una de la noche. Kiríllov estaba parado en medio de la habitación.

—¡Kiríllov, mi mujer va a dar a luz!

—¿Cómo es eso?

—¡Va a tener un niño!

—¿No… no estará equivocado?

—¡Oh, no, no, tiene ya contracciones!… Necesita una comadrona, alguna señora mayor, y enseguida… ¿Podré encontrar una ahora? En su casa siempre había muchas viejas…

—¡Es una pena que yo no sepa dar a luz! —contestó Kiríllov, pensativo—. Quiero decir, no que no sepa dar yo a luz, sino que no sé cómo hay que hacer para ayudar a dar a luz… o… Vaya, no sé cómo decirlo…

—Vamos, que usted no es capaz de ayudar en un parto; pero no me refería a eso; una vieja, una vieja, lo que estoy pidiendo es una mujer, una enfermera, una criada.

—Una vieja se puede encontrar, pero no sé si para ahora mismo. Si quiere, yo puedo ir en su lugar…

—No, no es posible; voy a buscar a la Virguínskaia, la comadrona.

—¡Es una indeseable!

—Sí, ya lo sé, Kiríllov; pero es la mejor que hay. Todo se hará sin veneración, sin alegría, con repugnancia, entre juramentos y blasfemias… ¡ante un misterio tan enorme como es la aparición de un nuevo ser!… ¡Oh, y ella ya lo está maldiciendo!

—Si quiere, yo…

—No, no; mientras yo voy corriendo (y ¡voy a traer a rastras a la Virguínskaia!), acérquese de vez en cuando a mi escalera y escuche sin hacer ruido, pero no se atreva a entrar, porque la asustaría; no entre por nada del mundo, limítese a escuchar… por si ocurre algo horrible… Bueno, si llega a ocurrir algo horrible, entonces entre.

—Entiendo. Hay otro rublo. Aquí tiene. Tome, aquí está. Quería gallina para mañana, pero ya no quiero. Usted corra, corra todo lo que pueda. El samovar estará toda la noche.

Kiríllov no estaba enterado de los planes que había para Shátov, y nunca había sabido nada de la magnitud del peligro que lo amenazaba. Tan solo sabía que tenía algunas cuentas pendientes con «esos individuos» y, aunque él también estaba en parte comprometido en el asunto por las instrucciones que había recibido, procedentes del extranjero (muy superficiales, por lo demás, porque él nunca había participado directamente en nada), lo cierto era que en los últimos tiempos lo había dejado todo, todos los encargos, se había desentendido de todos

los asuntos, especialmente de la «causa común», y se había consagrado a una vida contemplativa… Aunque Piotr Verjovenski, en la reunión, había invitado a Liputin a acompañarlo a casa de Kiríllov, para que comprobase que éste pensaba hacerse responsable, en el momento oportuno, del «asunto de Shátov», en sus explicaciones a Kiríllov no le había dicho nada de Shátov, ni siquiera lo había mencionado —seguramente por considerarlo inoportuno, y a Kiríllov poco fiable—, y había preferido no tocar el tema hasta el día siguiente, cuando todo estuviera ya hecho y, en consecuencia, a Kiríllov le diera ya lo mismo. Al menos, eso era lo que pensaba Piotr Verjovenski de Kiríllov. También Liputin se había dado cuenta de que no había dicho una palabra de Shátov, a pesar de lo prometido, pero estaba demasiado agitado para pensar en protestar.

Shátov fue corriendo como un torbellino a la calle Muravínaia, a casa de los Virguinski, maldiciendo las distancias y pensando que la calle no se acababa nunca.

Tuvo que estar un buen rato llamando a la puerta de los Virguinski: todos dormían hacía ya un buen rato. Pero Shátov, sin ningún miramiento, se puso a golpear los postigos con todas sus fuerzas. Había un perro en el patio, sujeto con una cadena, que intentaba soltarse y ladraba con verdadera furia. Lo imitaron los perros de toda la calle: se alzó un clamor canino.

—¿Qué forma de llamar es ésa? ¿Qué es lo que quiere? —se oyó por fin en la ventana la suave voz del propio Virguinski, que no estaba a la altura de la «afrenta» sufrida. Se abrieron los postigos, y también el ventanillo.

—¿Quién es el sinvergüenza que está ahí? —chilló fuera de sí una voz femenina, que ahora sí estaba a la altura de la «afrenta». Era la voz de la solterona pariente de Virguinski.

—Soy yo, Shátov; mi mujer ha vuelto y va a dar a luz en cualquier momento…

—Pues que dé a luz, ¡lárguese!

—¡He venido a buscar a Arina Prójorovna, y no me iré sin Arina Prójorovna!

—No puede atender a todo el mundo. Y de noche no digamos… Vaya a buscar a la Makshéieva y ¡deje de armar tanto alboroto! —insistía la irritada voz de la mujer. Se oía a Virguinski tratando de aplacarla, pero la solterona se lo quitaba de encima y no daba su brazo a torcer.

—¡No me iré! —volvió a gritar Shátov.

—¡Espere, espere! —gritó al fin Virguinski, imponiéndose a la vieja—. Le

ruego que espere cinco minutos, Shátov, voy a despertar a Arina Prójorovna, pero, por favor, deje de dar golpes y de gritar… ¡Ah, qué espanto!

Al cabo de cinco minutos interminables apareció Arina Prójorovna.

—¿Se ha presentado su mujer? —se oyó su voz a través del ventanillo y, para sorpresa de Shátov, no estaba nada irritada, sino que, como de costumbre, hablaba en un tono apremiante; pero es que Arina Prójorovna no sabía hablar de otra manera.

—Sí, mi mujer, y está a punto de parir.

—¿Maria Ignátievna?

—Sí, Maria Ignátievna. ¡Naturalmente, Maria Ignátievna!

Se hizo el silencio. Shátov se quedó a la espera. Dentro de la casa se oían cuchicheos.

—¿Llegó hace mucho? —*Madame* Virguínskaia volvió a preguntar.

—Hoy mismo, a las ocho de la noche. Dese prisa, por favor.

Volvieron a cuchichear, como si hubiera un nuevo intercambio de pareceres.

—Escuche, ¿no estará equivocado? ¿Ha sido ella la que le ha mandado a buscarme?

—No, ella no me ha mandado, ella lo que quiere es una aldeana, una simple aldeana, para no hacerme gastar mucho. Pero no se preocupe, que yo le pagaré.

—Muy bien, iré. Me pague o no. Siempre he apreciado los sentimientos independientes de Maria Ignátievna, aunque es posible que ella no se acuerde de mí. ¿Tiene usted todo lo necesario?

—No tengo de nada, pero habrá de todo, lo habrá, lo habrá, lo habrá…

«¡Hasta en esta gente hay magnanimidad! —pensaba Shátov, dirigiéndose a casa de Liamshin—. El hombre y sus convicciones; por lo visto, son dos cosas muy diferentes. ¡Bien puede ser que esté en falta con ellos!… Todos somos culpables, todos somos culpables y… ¡si todo el mundo estuviera convencido…!».

No tuvo que estar llamando mucho rato en casa de Liamshin; sorprendentemente, abrió enseguida el ventanillo, después de haber saltado de la cama descalzo y en ropa interior, aun a riesgo de resfriarse; y eso que era hombre

muy aprensivo que andaba siempre preocupado por su salud. Pero había un motivo especial para tanta susceptibilidad y tanta prisa: Liamshin se había pasado la noche temblando y aún no había podido pegar ojo por la agitación que le había causado la sesión de *los nuestros*; no dejaba de imaginarse visitas imprevistas y totalmente indeseables. La noticia de la delación de Shátov era lo que más lo atormentaba. Y de buenas a primera, como hecho aposta, alguien llamaba con una fuerza terrible a su ventana.

Hasta tal punto se acobardó al ver a Shátov que cerró de golpe el ventanillo y se volvió corriendo a la cama. Shátov empezó a gritar y a golpear la ventana frenéticamente.

—¿Cómo se atreve a dar esos golpetazos en plena noche? —gritó Liamshin en tono amenazante, aunque paralizado de terror, cuando, no antes de un par de minutos, se decidió de nuevo a abrir el ventanillo y se convenció por fin de que Shátov estaba solo.

—Aquí tiene su revólver; se lo devuelvo, deme quince rublos.

—¿A qué viene esto? ¿Está usted borracho? Esto es un abuso; voy a pillar un resfriado. Espere que me eche la manta por encima…

—Deme ahora mismo quince rublos. Si no, voy a estar dando golpes y gritos hasta que amanezca; le voy a destrozar el marco de la ventana.

—Pues yo voy a llamar pidiendo auxilio y le encerrarán en un calabozo.

—¿Se cree que soy mudo? Como si yo no pudiera pedir auxilio. ¿A quién le da más miedo pedir auxilio, a usted o a mí?

—Cómo puede alimentar unas convicciones tan viles… Ya sé a qué está aludiendo… Espere, espere, y, por el amor de Dios, ¡deje ya de dar golpes! A ver, dígame, ¿quién tiene dinero de noche? Y ¿para qué quiere el dinero si no está borracho?

—Ha vuelto mi mujer. Le he rebajado diez rublos, y no he disparado ni una sola vez; coja el revólver, cójalo ahora mismo.

Liamshin sacó maquinalmente la mano por el ventanillo y cogió el revólver; esperó un momento y, de repente, asomó la cabeza rápidamente y, medio inconsciente y sintiendo un escalofrío en la espalda, farfulló:

—Miente, su mujer no ha vuelto, nada de eso. Lo que pasa… lo que pasa es que quiere fugarse.

—Es usted un idiota, ¿adónde iba a ir? Que se fugue, si quiere, su Piotr Verjovenski, que yo no tengo intención. Vengo de ver a Virguínskaia, la comadrona, y ha aceptado enseguida ir a mi casa. Compruébelo. Mi mujer está sufriendo; necesito el dinero. ¡Démelo!

Las ideas relampagueaban, como fuegos de artificio, en la astuta cabeza de Liamshin. De buenas a primeras, todo había tomado otro rumbo, pero el pánico seguía impidiéndole pensar.

—Pero cómo… ¿no estaba usted separado de su mujer?

—¡Le rompo la cabeza como me haga esas preguntas!

—Ay, Dios mío, ya lo entiendo, discúlpeme; es que me ha dejado usted de una pieza… Pero lo entiendo, lo entiendo. Pero… pero ¿de verdad que va a ir Arina Prójorovna? ¿No acaba usted de decir que iba a ir? Bien sabe que eso no es verdad. Vea, vea, vea cómo no hace más que mentir.

—Seguro que ahora mismo ya está con mi mujer; no me entretenga más, yo no tengo la culpa de que sea usted un estúpido.

—Es mentira, yo no soy ningún estúpido. Perdone, pero me es imposible…

Y, completamente desconcertado, trató de cerrar la ventana por tercera vez, pero Shátov soltó tal grito que volvió a asomarse al instante.

—¡Esto es un auténtico abuso! ¿Qué es lo que quiere usted de mí? A ver, ¿qué? ¿Qué? ¡Expóngalo! Pero ¡dese cuenta, dese cuenta de que estamos en plena noche!

—¡Le estoy pidiendo quince rublos, cabeza de chorlito!

—Pero a lo mejor yo no quiero que me devuelva el revólver. No tiene usted derecho. Usted ha comprado un objeto, y listo, y no tiene derecho. Me es imposible reunir ese dinero en plena noche. ¿Dónde quiere que consiga esa suma?

—Tú siempre tienes dinero; te he rebajado diez rublos, pero todo el mundo sabe que eres un judío.

—Vuelva pasado mañana… ¿Me ha oído? Pasado mañana, justo a las doce del medidodía, y le daré todo ese dinero. ¿Estamos de acuerdo?

Shátov, por tercera vez, aporreó con furia el marco de la ventana.

—Dame diez rublos, y mañana, en cuanto amanezca, otros cinco.

—No, cinco pasado mañana; mañana no los tengo, le doy mi palabra. Mejor no venga, mejor no venga.

—Dame diez; ¡ah, miserable!

—¿A qué vienen esos insultos? Espere que encienda; mire, ha roto usted el cristal… ¿Cómo se le ocurre insultarme así en plena noche? ¡Aquí tiene! —Le alargó un billete por la ventana.

Shátov lo cogió; el billete era de cinco rublos.

—Le doy mi palabra, no puedo, ni aunque me mate, no puedo; pasado mañana podré dárselo todo, pero ahora no puedo hacer nada.

—¡De aquí no me voy! —bramó Shátov.

—Está bien, aquí tiene; y aquí hay otro más, ya lo ve; y se acabó. Ya puede usted desgañitarse, que no le doy más; pase lo que pase, no le doy. ¡He dicho que no le doy y no le doy!

Estaba fuera de sí, desesperado, empapado en sudor. Los dos billetes que acababa de añadir eran cada uno de un rublo. En total, Shátov había sacado siete rublos.

—Bueno, vete al infierno. Mañana vuelvo. Como no tengas listos los ocho rublos, te muelo a palos, Liamshin.

«Y yo no estaré en casa, idiota», se dijo al instante Liamshin.

—¡Espere, espere! —le gritó con furia a Shátov, que ya salía corriendo—. ¡Espere, vuelva! Dígame, por favor: ¿es verdad eso que ha dicho de que ha vuelto su mujer?

—¡Idiota! —Shátov escupió y echo a correr como un loco hacia su casa.

IV

Aclararé que Arina Prójorovna no sabía nada de las resoluciones adoptadas en la sesión de la víspera. Virguinski, que había vuelto a casa perplejo, y además debilitado, no se había atrevido a comunicarle la decisión tomada; de todos modos, no pudo contenerse y le contó lo ocurrido a medias; es decir, le contó que Verjovenski les había hablado de la inminente intención de Shátov de denunciarlos, si bien se apresuró a añadir que él no acababa de creerse la noticia. Arina Prójorovna se alarmó terriblemente. Por esta razón, cuando Shátov se

presentó a buscarla, a pesar de estar muerta de cansancio por haberse pasado toda la noche anterior asistiendo a una parturienta, decidió ir sin pensárselo dos veces. Siempre había tenido el convencimiento de que «un miserable como Shátov era capaz de las mayores bajezas cívicas», pero la llegada de Maria Ignátievna le daba al asunto una nueva perspectiva. El temor de Shátov, el tono desesperado de su ruego, sus peticiones de ayuda, señalaban un giro en los sentimientos del traidor: un hombre que había decidido incluso traicionarse a sí mismo con tal de perder a otros debería, en su opinión, tener un aspecto y un tono distintos a los que efectivamente ahora se le veían. En definitiva, Arina Prójorovna decidió ir a comprobar todo aquello en persona, con sus propios ojos. Virguinski se quedó muy satisfecho con su decisión, ¡era como si se hubiese quitado un peso enorme de encima! Llegó a concebir una esperanza: el aspecto de Shátov le parecía de todo punto irreconciliable con la suposición de Verjovenski…

Shátov no se había equivocado: al volver a casa, encontró ya a Arina Prójorovna con Marie. La comadrona acababa de llegar y había echado desdeñosamente a Kiríllov, que estaba plantado al pie de la escalera; se apresuró a presentarse a Marie, que no recordaba haberla tratado en otros tiempos. La halló en un «pésimo estado», esto es, irritable, de mal humor y presa de una «pusilánime desesperación»; y al cabo de unos cinco minutos ya había acallado todas sus protestas.

—¿Por qué se empeña en decir que no quiere una comadrona cara? —estaba preguntando justo cuando llegó Shátov—. Eso es un disparate, una opinión errada debida a lo anómalo de su situación. En manos de una de esas viejas, de una simple aldeana, sería cincuenta veces más probable que la cosa acabara mal, y eso entraña más problemas y más gastos que con una comadrona cara. Y ¿cómo sabe usted que yo soy una comadrona cara? Ya me pagará más tarde; no voy a cobrarle de más y yo respondo de mi éxito; conmigo no se va a morir, peores casos he visto. Y mañana mismo puedo mandarle al niño a la inclusa, y después al campo para que lo críen; y asunto concluido. Y entretanto se va usted reponiendo, y podrá dedicarse a un trabajo sensato y compensar a Shátov, en un plazo muy breve, por el alojamiento y los gastos, que tampoco van a ser para tanto…

—No me refería a eso… No tengo derecho a ser una carga…

—Son sentimientos racionales y cívicos, pero, hágame caso, Shátov no perdería apenas nada si decidiera de una vez dejar de ser el caballero fantasioso que es para convertirse, aunque fuera mínimamente, en un hombre de ideas sensatas. Basta con no hacer tonterías, no andar por ahí alarmando, ni ir corriendo con la lengua fuera por toda la ciudad. Si no le paramos los pies es capaz de despertar antes de que amanezca a todos los médicos de la ciudad; de momento, en mi calle ha despertado a todos los perros. No hace falta ningún médico, ya le he dicho que yo respondo de todo. En cualquier caso, también puede contratar a una vieja para que le eche una mano, eso no cuesta nada. Aunque él también podría

servir para algo, no solo para hacer tonterías. Tiene manos, tiene pies, que vaya corriendo a la farmacia, sin necesidad de herir sus sentimientos con su caridad. Pero ¡qué caridad ni qué ocho cuartos! ¿No es él el responsable de su situación? ¿No fue él quien la enemistó con la familia donde estaba usted de institutriz con el fin egoísta de casarse con usted? Eso fue lo que se dijo… El caso es que hace un rato ha venido corriendo como un loco, gritando a los cuatro vientos. Yo no me meto donde no me llaman y he venido exclusivamente por usted, es una cuestión de principios, porque todos nosotros tenemos el deber de ser solidarios; eso fue lo que le dije a él, antes incluso de salir de casa. Si a usted le parece que estoy de más, entonces adiós; espero que no surjan contratiempos que sería tan fácil evitar.

Y hasta se levantó de la silla.

Marie estaba tan desvalida, sufría hasta tal punto y, a decir verdad, estaba tan asustada de lo que pudiera pasar que no se atrevió a dejarla marchar. Pero, de pronto, esa mujer le resultaba odiosa: lo que ella decía no era, ni mucho menos, lo que Marie quería oír, ¡no podía estar más alejado de su espíritu! No obstante, la profecía de una posible muerte en manos de una partera inexperta se impuso a su aversión. Eso sí, a partir de ese momento se volvió aún más exigente, más implacable con Shátov. Llegó a prohibirle no ya que la mirara, sino incluso que se quedara parado delante de ella. Los dolores cada vez eran más fuertes. Los juramentos, y hasta las blasfemias, se iban volviendo más y más violentos.

—Pues vamos a echarlo de aquí —resolvió Arina Prójorovna—. ¡Hay que ver qué cara! Da miedo verlo; ¡está pálido como la muerte! Dígame por favor, ¿a usted qué le va en esto, mamarracho? ¡Vaya una comedia!

Shátov no replicó; había decidido no replicar a nada.

—La de padres estúpidos que habré visto en estos casos; a punto de perder el juicio. Pero ellos, por lo menos…

—¡Cállese de una vez o déjeme morir! ¡Que nadie diga una palabra! ¡No quiero, no quiero! —gritaba Marie.

—Es imposible no decir ni palabra, a menos que haya perdido usted el juicio; y entiendo que eso es lo que le pasa a usted, dada su situación. Como mínimo, habrá que hablar de lo que nos ocupa: dígame, ¿tienen algo preparado? Responda usted, Shátov, ella no está en condiciones.

—Dígame: ¿qué hace falta exactamente?

—Eso quiere decir que no hay nada preparado.

Detalló lo que se requería y, para ser justos, se limitó a lo estrictamente

imprescindible, rayando en la indigencia. Algunas cosas las tenía Shátov. Marie sacó una llave y se la entregó para que buscara en su bolso de viaje. Como a Shátov le temblaban las manos, se demoró algo más de lo debido tratando de abrir aquel cerrojo desconocido. A Marie se la llevaban los demonios, pero, cuando Arina Prójorovna corrió a quitarle la llave a Shátov, no permitió que ella fisgara en su bolso e insistió, con gritos y sollozos caprichosos, en que fuera únicamente Shátov quien lo abriese.

Para otras cosas había que recurrir a Kiríllov. Cuando Shátov ya se disponía a bajar, ella empezó enseguida a llamarlo frenéticamente y solo se calmó cuando Shátov, regresando a toda prisa de la escalera, le explicó que apenas estaría fuera un minuto, para hacerse con lo más necesario, y que volvería enseguida.

—Caray, señora, sí que es usted difícil de complacer —Arina Prójorovna se rió—; tan pronto lo pone usted de cara a la pared y le dice que no se atreva a mirarla como al momento siguiente se echa usted a llorar si se aleja un minuto. No sé lo que va a pensar él. Vamos, vamos, no sea tonta, no se enfade, solo es una broma.

—Él no tiene por qué pensar nada.

—Bah, bah, bah, si no estuviera enamorado de usted como un carnero, no habría ido corriendo por las calles con la lengua fuera, alborotando a todos los perros de la ciudad. Me ha roto el marco de la ventana.

V

Shátov encontró a Kiríllov paseando de un lado a otro de su cuarto; estaba tan distraído que hasta se había olvidado de la llegada de su mujer: le escuchó sin entender.

—Ah, sí —se acordó de repente, como haciendo un esfuerzo para apartarse, y solo por un momento, de una idea fascinante para él—. Sí… una vieja… ¿Su mujer o una vieja? Espere: era su mujer y una vieja, ¿verdad? Ya me acuerdo; he estado allí; va a venir una vieja, pero ahora no. Llévese la almohada. ¿Algo más? Sí… Espere: ¿tiene usted, Shátov, instantes de armonía eterna?

—¿Sabe una cosa, Kiríllov? Debería dejar de pasarse las noches sin dormir.

Kiríllov volvió en sí y, cosa rara, se puso a hablar con mucha más coherencia que nunca; se notaba que llevaba un tiempo formulando aquello y es posible que lo hubiera puesto por escrito:

—Hay segundos, no más de cinco o seis a la vez, en que de pronto uno

siente la presencia de la armonía eterna, plenamente alcanzada. No es algo de este mundo; no quiero decir que sea algo celestial, sino que el hombre, en su estado terrenal, no lo puede sobrellevar. Hay que transformarse físicamente o morir. Es un sentimiento nítido e incuestionable. Como si de improviso uno sintiera la naturaleza entera y dijese: «Sí. Es verdad». Dios, al crear el mundo, decía al fin de cada día de la creación: «Sí, es verdad, esto es bueno». Esto… esto no es ternura, sino solo alegría, sin más. Uno no perdona nada, pues no hay nada que perdonar. No es que uno ame, ¡oh, es más elevado que el amor! Y lo más terrible es que es tan evidente y es tal la alegría… Si fuesen más de cinco segundos, el alma no lo resistiría y tendría que desaparecer. En esos cinco segundos vivo una vida, y por ellos daría toda mi vida, porque lo vale. Para resistir diez segundos habría que transformarse físicamente. Yo creo que el hombre debe dejar de procrear. ¿Para qué tener hijos, de qué sirve el progreso, cuando ya se ha alcanzado la meta? Se dice en el Evangelio que en la resurrección no habrá más nacimientos y serán como los ángeles del Señor. Es una alusión. ¿Su mujer está dando a luz?

—Kiríllov, ¿esto le ocurre a menudo?

—Cada tres días, cada semana.

—¿No sufre usted el mal caduco?

—No.

—Entonces, lo sufrirá. Cuídese, Kiríllov; he oído decir que así es como empieza el mal. Un epiléptico me describió detalladamente la sensación preliminar que precede a un ataque, y es idéntico a lo suyo; también él se refirió a los cinco segundos y decía que era imposible resistir más. Acuérdese de la jarra de Mahoma, de la que no llegaba a derramarse una gota de agua mientras recorría a caballo el paraíso. La jarra son esos cinco segundos; recuerda mucho a su armonía, y Mahoma era epiléptico. Cuídese, Kiríllov, ¡es el mal caduco!

—No habrá tiempo. —Kiríllov se sonrió suavemente.

VI

La noche iba pasando. A Shátov lo echaban de allí, lo reprendían, volvían a llamarlo. Marie llegó al borde de la desesperación, temiendo por su vida. Gritaba que quería vivir, «¡como sea, como sea!», y que tenía miedo de morir. «¡Eso no, eso no!», repetía. De no haber sido por Arina Prójorovna, lo habría pasado muy mal. Poco a poco ésta se fue haciendo con su paciente, que empezó a obedecer cada palabra suya, cada grito, como una criatura. Arina Prójorovna recurría a la severidad más que a la dulzura, pero trabajaba magistralmente. Apuntaba el día. De pronto, Arina Prójorovna se imaginó que Shátov acababa de salir corriendo a la

escalera para rezar a Dios y le dio por reírse. Marie también se echó a reír, con una risa maliciosa, hiriente, como si le sirviese de alivio. Al final, echaron a Shátov sin contemplaciones. La mañana se presentaba húmeda y fría. Shátov, en un rincón, apoyó la cara en la pared, igual que la víspera, cuando se había presentado Erkel. Temblaba como una hoja, le daba miedo pensar, pero su cabeza se aferraba a cualquier imagen, igual que en los sueños. Una y otra vez se veía arrastrado por sus fantasías, las cuales, una y otra vez, se deshacían como hilos podridos. Finalmente, ya no eran lamentos lo que salía del cuarto, sino unos alaridos animales, insufribles, inconcebibles. Quiso taparse los oídos, pero fue incapaz y cayó de rodillas, repitiendo inconscientemente: «¡Marie, Marie!». En ésas se oyó un grito, un nuevo grito, que hizo que Shátov se estremeciera y se pusiera en pie de un salto: el grito débil y quebrado de un recién nacido. Se persignó y corrió a la habitación. En los brazos de Arina Prójorovna un pequeño ser, colorado y cubierto de arrugas, gritaba y agitaba sus diminutos brazos y piernas; era una criatura terriblemente indefensa y, cual partícula de polvo, estaba a merced del menor soplo de aire, si bien chillaba y se hacía notar como si él también tuviese pleno derecho a la vida… Marie yacía como inconsciente, pero al minuto abrió los ojos y miró a Shátov de un modo muy, muy extraño: era, en cierto sentido, una mirada nueva que Shátov, en concreto, no era aún capaz de entender, pero nunca se la había conocido, ni recordaba haberle visto una mirada semejante.

—¿Un niño? ¿Un niño? —le preguntó Marie a Arina Prójorovna con voz muy débil.

—¡Un niño! —gritó en respuesta, mientras fajaba al pequeño.

Por un momento, una vez que lo había fajado y antes de colocarlo atravesado en la cama, entre dos almohadas, se lo dio a Shátov para que lo tuviera en brazos. Marie, a hurtadillas, como con miedo de Arina Prójorovna, le hizo una seña. Él lo captó de inmediato y le llevó el niño para mostrárselo.

—Qué… preciosidad… —susurró débilmente, con una sonrisa.

—¡Uf, vaya una mirada! —Arina Prójorovna se echó a reír, alegre y triunfal, viendo la cara de Shátov—. ¡Hay que ver qué cara!

—Alégrese, Arina Prójorovna… Es una dicha inmensa… —balbuceó Shátov con un aire idiotamente satisfecho, radiante después de las dos palabras de Marie sobre el niño.

—¿A qué dicha inmensa se refiere? —Arina Prójorovna se estaba divirtiendo, mientras se ocupaba de todo, poniendo orden y trabajando como una condenada.

—El misterio de la llegada de un nuevo ser es un misterio grandioso e

inexplicable, Arina Prójorovna, y ¡es una pena que no lo entienda usted así!

Shátov, aturdido y extasiado, balbuceaba palabras inconexas. Como si algo se agitara en su cabeza y brotara de su alma, al margen de su voluntad.

—Eran dos personas, y de pronto una tercera, un espíritu nuevo, completo y acabado, algo que no sale de las manos del hombre; un nuevo pensamiento, un nuevo amor; da miedo pensarlo… Y ¡no hay nada más grande en este mundo!

—¡Qué cosas más absurdas! No es más que un desarrollo ulterior del organismo, y ya está, no hay misterio que valga. —Arina Prójorovna se reía a carcajadas, sincera y alegremente—. En ese caso, cualquier mosca sería un misterio. Pero fíjese: no tendría que nacer gente que está de más. Primero hay que rehacerlo todo, de manera que no estén de más, y después ¡ya pueden nacer! Y si no, ya lo ve, pasado mañana habrá que llevarlo a la inclusa… Pero así es como tiene que ser.

—¡Jamás se va ir de aquí a la inclusa! —dijo Shátov con rotundidad, mirando el suelo.

—¿Lo va a adoptar?

—Él es hijo mío.

—Por supuesto, es un Shátov, de acuerdo con la ley es un Shátov, y tampoco hace falta que usted se presente como benefactor del género humano. No pueden pasarse sin frases bonitas. Bueno, bueno, muy bien, pero ya lo ven, señores —por fin acabó de recoger—, ya va siendo hora de que me vaya. Volveré por la mañana y también por la tarde, si hace falta; pero ahora, en vista de que todo ha ido tan bien, tengo que ir a ver a otras que me están esperando hace tiempo. Creo que tiene por ahí a una vieja, Shátov; una vieja siempre está bien, pero usted, maridito, tampoco la vaya a dejar sola: siéntese con ella, por si acaso le resulta útil; lo que es Maria Ignátievna no va a echarle de su lado, al parecer… Bueno, bueno, si solo es una broma. —Y en la puerta añadió, ya solo para Shátov, que salió a despedirla—: Me ha hecho usted reír para toda la vida; no voy a cobrarle nada; voy a reír hasta en sueños. Nunca había visto a nadie más cómico que usted esta noche.

Se marchó plenamente satisfecha. Por el aspecto de Shátov y por las cosas que decía, estaba claro como el día que ese hombre «estaba decidido a ser padre y era un calzonazos de marca mayor». Corrió a toda prisa a su casa para contárselo todo a Virguinski, aunque podría haber ido directamente a visitar a otra paciente que le quedaba más cerca.

—Marie, Arina Prójorovna ha dicho que te convendría esperar un ratito antes de dormirte, aunque ya veo que te va a costar mucho… —empezó Shátov con timidez—. Yo me siento aquí, al lado de la ventana, y estaré pendiente de ti,

¿eh?

Y se sentó al lado de la ventana, detrás del sofá, para que ella no pudiera verlo. Pero no había pasado un minuto cuando lo llamó y le pidió en tono melindroso que le colocara bien la almohada. Él la obedeció, mientras ella miraba irritada la pared.

—Así no, ay, así no… ¡Qué manazas!

Shátov volvió a intentarlo.

—¡Inclínese hacia mí! —dijo ella de pronto en mal tono, haciendo todo lo posible para no dirigirle la vista.

Él se estremeció, pero se inclinó.

—Un poco más… así no… más cerca… —Y, súbitamente, con un movimiento impetuoso, le rodeó el cuello con el brazo izquierdo, y él sintió en la frente un beso húmedo e intenso.

—¡Marie!

A ella le temblaban los labios, intentó dominarse, pero de improviso se incorporó, le centellearon los ojos, y exclamó:

—¡Nikolái Stavroguin es un canalla!

Y, exánime, como si la hubieran cortado de un tajo, hundió la cabeza en la almohada, sollozando histéricamente y apretando con fuerza la mano de Shátov.

A partir de ese momento ya no le permitió alejarse de ella y le pidió que se sentara a la cabecera de la cama. Apenas podía hablar, pero no apartaba de él la vista y le sonreía beatíficamente. De repente estaba como embobada. Todo parecía haber cambiado. Shátov lo mismo lloraba como un mocoso que se ponía a decir solo Dios sabe qué cosas, hablando sin tino, obnubilado, arrebatado, besándole las manos. Ella le escuchaba extasiada, posiblemente sin entender una palabra, mientras le pasaba tiernamente la mano mortecina por los cabellos, se los acariciaba, se recreaba en ellos. Él le habló de Kiríllov, de cómo iban a empezar a vivir «una vida nueva y para siempre», de la existencia de Dios, de lo buenos que eran todos… Entusiasmados, volvieron a sacar al niño para contemplarlo.

—Marie —exclamó, tomando al niño en brazos—, ¡se acabaron los viejos delirios, la vergüenza y la carroña! Vamos a trabajar para emprender un nuevo camino entre los tres, ¡sí, sí!… Ah, sí: ¿qué nombre le vamos a poner, Marie?

—¿A él? ¿Qué nombre? —repitió ella, asombrada, y de pronto en su rostro se reflejó una terrible amargura.

Cruzó las manos, miró a Shátov con aire de reproche y ocultó la cara en la almohada.

—Marie, ¿qué te pasa? —gritó él, asustado y apenado.

—Cómo ha podido usted, cómo ha podido… ¡Oh, ingrato!

—Marie, perdona, Marie… Solo te he preguntado qué nombre íbamos a ponerle. No sé…

—Iván, Iván —levantó la cara, colorada y empapada de lágrimas—; ¿cómo ha podido usted pensar en algún otro nombre *horrible*?

—Marie, cálmate; ¡oh, estás tan nerviosa!

—Una nueva grosería; ¿por qué lo atribuye a mis nervios? Apuesto a que si le hubiera dicho que le pusiéramos… ese nombre horrible, usted habría dado de inmediato su consentimiento, sin pensárselo dos veces. ¡Oh, qué desagradecidos, qué mezquinos son todos ustedes, todos!

Al cabo de un minuto, por descontado, ya habían hecho las paces. Shátov la convenció de que durmiera un rato. Se durmió, sin llegar a soltarle la mano, aunque se despertaba a menudo, lo miraba como si tuviera miedo de que se fuera y volvía a dormirse.

Kiríllov mandó a la vieja con sus «felicitaciones», y de paso les hizo llegar té caliente, unos filetes recién fritos y caldo, además de pan blanco para «Maria Ignátievna». La paciente se tomó el caldo con ansia y la vieja cambió al niño. Marie se empeñó en que Shátov se comiera los filetes.

El tiempo iba pasando. Shátov, extenuado, se quedó dormido en la silla, con la cabeza en la almohada de Marie. Así se los encontró Arina Prójorovna, que cumplió con su palabra. Los despertó animadamente, habló con Marie de todo lo necesario, examinó al niño y otra vez ordenó a Shátov que no se alejara. Luego, después de bromear a costa de los «cónyuges» con un deje de desdén y condescendencia, se marchó tan satisfecha como la vez anterior.

Ya había oscurecido cuando Shátov se despertó. De inmediato encendió una vela y fue corriendo a buscar a la vieja; sin embargo, al salir a la escalera se vio sorprendido por los pasos suaves y sosegados de alguien que subía a su encuentro. Erkel entró.

—¡No entre! —susurró Shátov y, cogiéndolo impetuosamente del brazo, tiró de él hasta el portalón—. Espere aquí, que enseguida vuelvo; me había olvidado de usted por completo, pero ¡por completo! ¡Ay, qué forma de recordármelo!

Tenía tanta prisa que ni siquiera entró a ver a Kiríllov, y se limitó a llamar a la vieja. Marie se desesperó, y también se indignó, al saber que a él «se le ocurría dejarla allí sola».

—Pero —gritó entusiasmado— ¡si éste ya es el último paso! Y luego el nuevo camino, y ¡nunca, nunca más nos tocará recordar el horror del pasado!

Mal que bien logró convencerla y prometió estar de vuelta a las nueve en punto; la besó con fuerza, besó al niño y corrió a encontrarse con Erkel.

Se encaminaron hacia el parque de los Stavroguin en Skvoréshniki, donde hacía un año y medio, en un lugar solitario, en un extremo del parque, allí donde empezaba un pinar, había enterrado la imprenta que le había sido confiada. Era un sitio agreste y desierto, de lo más discreto, bastante alejado de la mansión de Skvoréshniki. Desde la casa de Filíppov habría unas tres verstas y media, puede que cuatro.

—¿De verdad que vamos a ir andando? Voy a llamar un coche.

—Le ruego que no lo haga —respondió Erkel—; han insistido especialmente en este punto. Un cochero también es un testigo.

—En fin… ¡qué demonios! Qué más da, ¡con tal de acabar de una vez!

Iban muy deprisa.

—¡Erkel, es usted un crío! —exclamó Shátov—. ¿Ha sido usted feliz alguna vez?

—Usted ahora sí que parece feliz —comentó Erkel con curiosidad.

Capítulo VI. Noche de afanes

I

A lo largo del día Virguinski había empleado dos horas yendo de acá para allá, buscando a todos *los nuestros* para comunicarles que, con seguridad, Shátov no iba a delatarlos, porque su mujer había vuelto y acababa de dar a luz a una criatura y, «conociendo el corazón humano», era inconcebible que pudiera ser un peligro en esos momentos. Pero, para su turbación, prácticamente no encontró a nadie en casa, a excepción de Erkel y Liamshin. Erkel le escuchó en silencio y, cuando le preguntó si pensaba acudir a la cita de las seis, contestó con la más luminosa de las sonrisas: «Desde luego que sí».

Liamshin estaba en cama, gravemente enfermo, al parecer, con la cabeza envuelta en una manta. Se sobresaltó al ver entrar a Virguinski y, en cuanto éste empezó a hablar, agitó de pronto las manos bajo la manta, suplicándole que lo dejara en paz. No obstante, escuchó todo lo que le dijo de Shátov y, por alguna razón, se sorprendió enormemente con la noticia de que no había encontrado a nadie en casa. Además, resultó que ya estaba enterado, por Liputin, de la muerte de Fedka, y él mismo se lo contó de forma apresurada y confusa a Virguinski, el cual, a su vez, se quedó atónito. A la pregunta directa de Virguinski sobre si debían ir o no, empezó otra vez a rogarle, entre aspavientos, que «lo dejara en paz, que él estaba al margen y que no sabía nada del asunto».

Virguinski volvió a casa abatido y muy preocupado. Se le hacía muy duro tener que ocultárselo a la familia; estaba acostumbrado a contárselo todo a su mujer y, de no haber sido porque en ese momento empezaba a bullir una nueva idea en su mente calenturienta, un nuevo plan de conciliación para las acciones inmediatas, posiblemente habría tenido que meterse en la cama, como Liamshin. Pero la nueva idea le insufló más fuerza, e incluso empezó a aguardar con impaciencia la hora fijada y hasta salió para el punto de reunión antes de lo previsto.

Era un lugar de lo más tétrico en un extremo del enorme parque de los Stavroguin. Más tarde yo fui a propósito a echar un vistazo; ¡lo siniestro que tuvo que parecer en aquella lóbrega noche otoñal! Allí mismo empezaba el viejo bosque estatal; enormes pinos centenarios destacaban en las tinieblas como manchas imprecisas y sombrías. Era tal la oscuridad que apenas se veían unos a otros a dos pasos de distancia, pero Piotr Stepánovich, Liputin y más tarde Erkel habían traído faroles. En tiempos remotos, no se sabe cuándo ni para qué, habían construido allí con piedra basta, sin labrar, una gruta un tanto ridícula. La mesa y los bancos que había habido dentro de la gruta hacía ya tiempo que se habían deshecho y

pulverizado. A unos doscientos pasos a la derecha se encontraba el extremo del tercer estanque del parque. Estos tres estanques, que arrancaban de la misma casa, se extendían, uno detrás de otro, algo más de una versta hasta el final del parque. Costaba creer que a los moradores de la mansión medio vacía de los Stavroguin pudiera llegarles algún ruido, un grito o incluso un disparo. Con la partida, la misma víspera, de Nikolái Vsévolodovich y la ausencia de Alekséi Yegórovich, en toda la casa apenas quedaban cinco o seis personas, todas ellas más o menos impedidas, por así decir. En todo caso, cabía suponer, casi con total seguridad, que si alguno de los ocupantes solitarios de la casa oía voces o gritos de socorro, a lo sumo se sentiría aterrorizado y no iba a abandonar el calor de la estufa y el asiento caldeado para ir en ayuda de nadie.

A las seis y veinte ya estaban allí casi todos, excepto Erkel, que estaba encargado de ir a recoger a Shátov. Piotr Stepánovich no se retrasó en esta ocasión; llegó con Tolkachenko, que venía ceñudo y preocupado. Toda su resolución presuntuosa y su arrogante insolencia se habían esfumado. Prácticamente no se apartaba de Piotr Stepánovich, de quien parecía haberse convertido en el más devoto seguidor; a menudo se acercaba a él y le decía alguna cosa al oído con premura, pero Piotr Stepánovich apenas le respondía, o farfullaba algo, irritado, para librarse de él.

Shigaliov y Virguinski se presentaron antes incluso que Piotr Stepánovich, y cuando éste llegó se hicieron a un lado, guardando un silencio profundo y claramente premeditado. Piotr Stepánovich levantó el farol y los examinó con una minuciosidad grosera e insultante. «Quieren hablar», fue lo primero que pensó.

—¿No está Liamshin? —le preguntó a Virguinski—. ¿Quién había dicho que está enfermo?

—Aquí estoy —respondió Liamshin, saliendo de detrás de un árbol. Llevaba un grueso abrigo y estaba arropado con una manta, de modo que se hacía difícil distinguir su fisonomía, a pesar del farol.

—¿Entonces solo falta Liputin?

También Liputin salió en silencio de la gruta. Piotr Stepánovich levantó el farol nuevamente.

—¿Qué hacía ahí escondido? ¿Por qué no salía?

—Supongo que no hemos perdido el derecho a la libertad de… nuestros movimientos —murmuró Liputin, aunque probablemente sin comprender del todo lo que quería decir.

—Señores —por primera vez, Piotr Stepánovich alzó la voz por encima de

los murmullos, cosa que hizo su efecto—, imagino que entienden ustedes perfectamente que no es momento para perderse en divagaciones. Ayer todo quedó dicho y mascado, abiertamente y con precisión. Pero, por lo que veo por sus caras, es posible que alguien quiera decir algo; en ese caso, ruego brevedad. Qué demonios, queda poco tiempo y Erkel puede traerlo en cualquier momento…

—Lo va a traer sin falta —apostilló Tolkachenko, por la razón que fuera.

—Si no me equivoco, primero nos haremos cargo de la imprenta, ¿no? —dijo Liputin, como sin entender, una vez más, para qué intervenía.

—Claro, no hay por qué renunciar a esas cosas. —Piotr Stepánovich levantó el farol hasta la cara de Liputin—. Pero ayer ya quedamos en que realmente no hace falta llevársela. Basta con que nos indique el punto exacto donde está enterrada; ya la desenterraremos nosotros. Sé que está por aquí cerca, a diez pasos de uno de los rincones de esta gruta… Pero ¡qué diablos!, ¿cómo se le ha podido olvidar, Liputin? Habíamos quedado en que usted lo recibiría solo, y que nosotros saldríamos después… Qué raro que pregunte usted esas cosas, o ¿es solo por incordiar?

Liputin guardaba silencio, con aire lúgubre. Todos se callaron. El viento mecía las copas de los pinos.

—Espero en todo caso, señores, que cada uno cumpla con su deber —declaró impaciente Piotr Stepánovich.

—Sé que la mujer de Shátov ha vuelto con él y ha tenido un niño —intervino de pronto Virguinski, nervioso, atropellándose, casi sin poder articular palabra y gesticulando—. Conociendo el corazón humano… puede uno estar seguro de que ahora no nos va a delatar… porque es feliz… Como antes fui a buscar a todo el mundo y no encontré a nadie en casa… así pues, tal vez no sea preciso hacer nada ahora…

Se calló, no le llegaba el aliento.

—Si usted, señor Virguinski, fuera feliz de repente —Piotr Stepánovich dio unos pasos hacia él—, ¿aplazaría usted, no una delación, no se trata de eso, sino alguna arriesgada gesta cívica que había planeado antes de ser feliz y que usted considera su deber y su obligación, a pesar del riesgo y la pérdida de la felicidad?

—¡No, no la aplazaría! ¡Por nada del mundo! —replicó Virguinski con una vehemencia increíblemente absurda, moviéndose sin parar.

—¿Qué preferiría usted? ¿Volver a ser infeliz o ser un canalla?

—Sí, sí… todo lo contrario… preferiría ser un perfecto canalla… o sea, no… para nada un canalla, al contrario, mejor ser totalmente infeliz a ser un canalla.

—Pues sepa que Shátov considera esa delación como una gesta cívica, como su más elevada convicción, y la prueba es que él, hasta cierto punto, también se pone en peligro ante las autoridades, si bien, naturalmente, se le perdonarán muchas cosas por su delación. Un hombre así no se echa atrás en ningún caso. No hay felicidad que lo detenga; en cuanto pase un día, caerá en la cuenta, se acusará a sí mismo e irá a cumplir con su deber. Además, yo no veo ninguna felicidad en que haya vuelto su mujer, después de tres años, para dar a luz en su casa a un hijo de Stavroguin.

—Pero ¡nadie ha visto la denuncia! —dijo Shigaliov de pronto, con rotundidad.

—¡Esa denuncia la he visto yo! —gritó Piotr Stepánovich—. ¡Existe, y todo esto es una tremenda idiotez, señores!

—Pues yo… —estalló de repente Virguinski—, yo protesto… protesto con todas mis fuerzas… Yo quiero… Esto es lo que quiero: quiero que cuando llegue salgamos todos y le preguntemos; si es verdad, hacer que se arrepienta y, si nos da su palabra de honor, dejar que se vaya. En todo caso, con un juicio, de acuerdo con un juicio. Nada de escondernos todos y abalanzarnos después sobre él.

—¡Poner en peligro la causa común por una palabra de honor es el colmo de la estupidez! ¡Por todos los demonios, señores, qué estúpido es ahora todo esto! Y ¿qué papel piensan ustedes adoptar en los momentos de peligro?

—Protesto, protesto —insistía Virguinski.

—Por lo menos, deje de vociferar, que así no oímos la señal. Shátov, señores… —«¡Demonios, qué ridículo suena esto ahora!», pensó Piotr Stepánovich —. Ya les he dicho que Shátov es eslavófilo, es decir, lo más estúpido que se puede ser… Pero, maldita sea, ¡qué más dará! ¡Hacen ustedes que pierda el hilo!… Shátov, señores, era un hombre amargado; como, de todos modos, formaba parte de la sociedad, quisiera o no, hasta el último momento tuve la esperanza de que pudiera ser útil a la causa común, sacándole partido a su condición de hombre amargado. Lo protegí y me apiadé de él, a pesar de mis instrucciones, tan precisas… ¡Me apiadé de él cien veces más de lo que se merecía! Pero acabó delatándonos; en fin, ¡qué diablos, es algo despreciable!… ¡Que pruebe ahora alguno a escabullirse! ¡Ni uno solo de ustedes tiene derecho a abandonar la causa! Por mí, como si besan a Shátov, pero ¡no tienen derecho a traicionar la causa común por una palabra de honor! ¡Así actúan los cerdos y los que se venden al gobierno!

—¿Quién se ha vendido aquí al gobierno? —Liputin, una vez más, pretendía aclarar las cosas.

—Usted, a lo mejor. Más le valdría callarse, Liputin; no hace más que hablar por hablar, como de costumbre. Se han vendido al gobierno, señores, los que se acobardan en los momentos de peligro. Siempre se encuentra un imbécil que, presa del pánico, en el último minuto sale corriendo y empieza a gritar: «¡Ay, perdónenme, y les entrego a todos!». Pero sepan, señores, que a ustedes, por mucho que delaten, ya no hay quien les salve. Incluso aunque les rebajen en dos grados la condena, ahí está Siberia para cada uno y, aparte de eso, no podrán eludir otra espada. Y esa otra espada está más afilada que la del gobierno.

Piotr Stepánovich estaba furioso y hablaba de más. Shigaliov, con firmeza, dio tres pasos hacia él.

—Vengo dándole vueltas a este asunto desde anoche —dijo, con aplomo y metódicamente, como siempre (tengo la impresión de que, si se hubiera abierto la tierra bajo sus pies, no habría levantado la voz ni habría alterado un ápice su metódica exposición)—, y, después de meditar, he llegado a la conclusión de que el asesinato propuesto no solo es una pérdida de tiempo, un tiempo precioso que podría ser empleado de un modo más esencial e inmediato, sino que, por encima de todo, representa esa desviación perniciosa de la senda corriente que siempre ha perjudicado gravemente a nuestra causa y se ha opuesto a su triunfo durante décadas, al someterse a la influencia de individuos superficiales, en su mayoría políticos, en lugar de socialistas intachables. He venido aquí con el único propósito de protestar contra la acción planeada, para que les sirva de enseñanza, y desentenderme del momento presente, el cual, no sé por qué, consideran ustedes un momento de peligro. Me voy, no por miedo a ese peligro o por simpatía a Shátov, a quien desde luego no tengo intención de besar, sino tan solo porque todo este asunto, de principio a fin, es literalmente contrario a mi programa. En lo tocante a una denuncia o a la posibilidad de venderse al gobierno, por mi parte pueden estar totalmente tranquilos: no habrá denuncia.

Dio media vuelta y se marchó.

—¡Maldita sea, ahora se encontrará con ellos y advertirá a Shátov! —gritó Piotr Stepánovich, y sacó su revólver. Se oyó el chasquido del gatillo amartillado.

—Pueden estar seguros —Shigaliov se dio la vuelta de nuevo— de que, si me encuentro con Shátov en el camino, es muy posible que lo salude, pero no pienso prevenirlo.

—¿Sabe usted, señor Fourier, que posiblemente tenga que pagar por esto?

—Le ruego que tenga presente que yo no soy Fourier. Confundiéndome con

ese empalagoso y abstracto remolón, lo único que demuestra es que, aunque mi manuscrito haya estado en sus manos, usted lo ignora por completo. En cuanto a su venganza, le diré que pierde el tiempo amartillando el gatillo; en este momento es lo que menos le conviene. Y, si me amenaza con matarme mañana o pasado mañana, tampoco va a ganar nada haciéndolo, como no sea un quebradero de cabeza: podrá usted matarme, pero tarde o temprano llegará a mi sistema. Adiós.

En ese mismo instante se oyó un silbido en el parque, del lado del estanque, a unos doscientos pasos. Liputin respondió de inmediato, según lo acordado la víspera, con otro silbido (por esa razón, como no se fiaba de su boca, bastante mellada, se había comprado esa mañana en el mercado, por un kopek, un silbato infantil de arcilla). De camino, Erkel ya había advertido a Shátov de que oiría unos silbidos, para no despertar en él sospechas.

—No se preocupen, yo iré por otro lado y no advertirán mi presencia —puntualizó Shigaliov con un susurro imponente, y acto seguido, con calma, sin apretar el paso, se marchó a su casa a través del oscuro parque.

Ahora se sabe con todo lujo de detalles cómo ocurrió aquel horrible episodio. Primero Liputin se encontró con Erkel y Shátov, a la entrada de la gruta. Shátov no lo saludó con un gesto ni le ofreció la mano, sino que se apresuró a decir en voz alta:

—A ver, ¿dónde hay una pala? ¿No hay más farol que éste? Y no se preocupe, que por aquí no hay nadie, y ahora mismo en Skvoréshniki, aunque disparásemos con un cañón, tampoco oirían nada. Es justo aquí, aquí mismo, exactamente en este lugar…

Y, de hecho, dio una patada en el suelo, a diez pasos del extremo posterior de la gruta, del lado del bosque. En ese mismo instante salió Tolkachenko de detrás de un árbol y se lanzó sobre él, mientras Erkel lo sujetaba de los codos por detrás; Liputin se abalanzó sobre él por delante. Entre los tres lo derribaron al momento y lo inmovilizaron en el suelo. Justo entonces apareció Piotr Stepánovich con su revólver. Cuentan que a Shátov le dio tiempo de volver la cabeza, y que llegó a verlo y a reconocerlo. Tres faroles iluminaban la escena. Shátov soltó de pronto un grito breve y desesperado, pero no permitieron que siguiera gritando. Piotr Stepánovich, con firmeza y precisión, le puso el revólver en la frente y apretó el gatillo, a bocajarro. Parece que el disparo no fue demasiado estruendoso, y al menos en Skvoréshniki no oyeron nada. Sí lo oyó, naturalmente, Shigaliov, que apenas había tenido tiempo de alejarse trescientos pasos; oyó tanto el grito como el disparo, pero, según su propia declaración, no volvió sobre sus pasos y ni siquiera se detuvo. La muerte fue casi instantánea. El único que actuó con cabeza —aunque no creo que mantuviera la sangre fría— fue Piotr Stepánovich. Sentado en cuclillas, registró los bolsillos del muerto apresuradamente, pero con mano firme. No había dinero (el monedero se había quedado debajo de la almohada de Maria

Ignátievna). Aparecieron dos o tres papeles sin valor: una nota de una oficina, el título de un libro y una vieja cuenta de una taberna extranjera que, Dios sabrá por qué, había guardado dos años en el bolsillo. Piotr Stepánovich se metió esos papeles en su bolsillo y, al advertir de pronto que todos estaban agrupados a su alrededor, contemplando el cadáver sin hacer nada, se puso furioso y empezó a insultarlos soezmente y a apremiarlos. Tolkachenko y Erkel reaccionaron por fin y entraron corriendo en la gruta, de donde trajeron dos piedras, de veinte libras cada una, que esa misma mañana habían dejado preparadas, sólidamente atadas con unas cuerdas. Como tenían intención de transportar el cadáver al estanque más cercano —el tercero— y hundirlo en él, procedieron a atarle esas piedras, una a los pies y otra al cuello. De eso se encargó Piotr Stepánovich; Tolkachenko y Erkel se limitaron a sujetar las piedras y dárselas por orden. Erkel le dio la primera y, mientras Piotr Stepánovich, mascullando y blasfemando, le amarraba los pies al cadáver y los ataba a esa primera piedra, Tolkachenko aguantó la otra en vilo bastante tiempo, con los brazos extendidos y el cuerpo inclinado hacia delante, en una postura casi respetuosa, listo para entregarla sin tardanza en cuanto Piotr Stepánovich se la pidiera, sin pensar en ningún momento en depositar entretanto su carga en el suelo. Cuando por fin quedaron amarradas ambas piedras y Piotr Stepánovich se incorporó para examinar los semblantes de sus hombres, sucedió de pronto algo extraño, totalmente inesperado, que sorprendió a casi todos los presentes.

Como ya se ha dicho, prácticamente todos, salvo en parte Tolkachenko y Erkel, estaban allí parados sin hacer nada. Virguinski, aunque también se había lanzado, como todos los demás, sobre Shátov, no le había puesto las manos encima ni había ayudado a sujetarlo. Liamshin se había unido al grupo ya después del disparo. Después fue como si todos ellos, durante los diez minutos aproximados en que estuvieron trajinando con el cadáver, hubieran perdido en parte la conciencia. Se agruparon en torno y, más que intranquilos o alarmados, parecían únicamente sorprendidos. Liputin se situó por delante, al lado mismo del cadáver. Virguinski se quedó detrás de él, mirando por encima de su hombro con una curiosidad peculiar, casi más propia de alguien ajeno a lo ocurrido, y de puntillas para ver mejor. En cuanto a Liamshin, se ocultó detrás de Virguinski, y solo de vez en cuando echaba una ojeada recelosa y volvía a esconderse. Cuando acabaron de amarrar las piedras y Piotr Stepánovich se incorporó, Virguinski se puso de pronto a tiritar, juntó las manos y exclamó a voz en cuello con amargura:

—¡No es esto, no es esto! No es esto, ¡de ninguna manera!

Posiblemente habría añadido algo más a esa queja tardía, pero Liamshin no le dio ocasión de terminar: súbitamente, lo agarró por detrás con todas sus fuerzas y lo estrujó, con un alarido inverosímil. Hay momentos intensos de pánico, como, por ejemplo, cuando alguien grita con una voz que no es la suya, sino con otra que nadie habría imaginado antes, y eso en ocasiones resulta aterrador. Liamshin no había gritado con una voz humana, sino animal. Mientras estrujaba por detrás a

Virguinski, cada vez con más fuerza, en un arrebato convulsivo, chillaba sin descanso y sin pausa, con los ojos desorbitados y la boca desmesuradamente abierta, pataleando frenéticamente, como si estuviera ejecutando en el suelo un redoble de tambor. Virguinski se asustó hasta tal punto que empezó a su vez a gritar como un perturbado y, en una especie de arrebato tan enloquecido que resultaba inconcebible en él, trató de soltarse de los brazos de Liamshin, arañando y golpeando en la medida en que podía echar los brazos hacia atrás. Finalmente, Erkel lo ayudó a librarse de Liamshin. Pero, cuando Virguinski, aterrado, ya había logrado apartarse como unos diez pasos, Liamshin, viendo a Piotr Stepánovich, rompió nuevamente a chillar y se lanzó sobre él. Tropezó con el cadáver, salió despedido por encima de éste y le cayó encima a Piotr Stepánovich, a quien se abrazó con tal fuerza, hundiendo la cabeza en su pecho, que en un primer momento ni el propio Piotr Stepánovich, ni Tolkachenko, ni Liputin, pudieron hacer nada. Piotr Stepánovich gritaba, insultaba, le daba puñetazos en la cabeza; por fin, se liberó como pudo, sacó el revólver y se lo puso en la boca abierta a Liamshin, que no había dejado de dar alaridos, y a quien Tolkachenko, Erkel y Liputin ya tenían bien sujeto de los brazos; pero Liamshin seguía vociferando a pesar del revólver. Finalmente, Erkel hizo una especie de pelota con su pañuelo de seda, se la metió hábilmente en la boca y de ese modo cesaron los gritos. Tolkachenko, entretanto, le ató las manos con un cabo de cuerda.

—Sí que es raro —dijo Piotr Stepánovich, mirando al enajenado con sorpresa alarmada. Estaba visiblemente impresionado—. No me esperaba esto de él —añadió pensativo.

Por el momento, dejaron a Erkel vigilándolo. Tenían que darse prisa con el muerto: habían armado tal alboroto que en algún sitio podían haberlo oído. Tolkachenko y Piotr Stepánovich recogieron los faroles y sujetaron el cadáver por la cabeza; Liputin y Virguinski lo agarraron de los pies y lo levantaron. Con las dos piedras la carga resultaba pesada, y la distancia era de más de doscientos pasos. El más fuerte era Tolkachenko. Aconsejó que marcharan todos al paso, pero nadie le contestó y cada uno fue como le pareció. Piotr Stepánovich iba a la derecha, doblado por la cintura, con la cabeza del muerto en el hombro y sosteniendo por debajo la piedra con la mano izquierda. En vista de que en la primera mitad del trayecto a Tolkachenko no se le ocurrió ayudarlo a sostener la piedra, Piotr Stepánovich acabó por gritarle una blasfemia. Fue un grito repentino y solitario; todos siguieron cargando con el cuerpo sin decir nada y, solo al llegar al estanque, Virguinski, doblado bajo la carga y como cansado de su peso, volvió a exclamar con la misma voz ronca y llorosa de antes:

—¡No es esto, no es esto! No, no; no es esto, ¡de ninguna manera!

El paraje donde acababa ese tercer estanque de Skvoréshniki, bastante grande, adonde llevaron al muerto, era uno de los más solitarios y menos frecuentados del parque, sobre todo en esas fechas tan avanzadas. En ese extremo

del estanque la orilla estaba cubierta de juncos. Depositaron el farol en el suelo, balancearon el cuerpo y lo arrojaron al agua. Se oyó un ruido sordo y prolongado. Piotr Stepánovich levantó el farol y todos, siguiendo su ejemplo, se asomaron con curiosidad, intentando ver cómo se sumergía el cadáver; pero ya no se veía nada: el cuerpo con las piedras se hundió de inmediato. Las grandes ondas que recorrieron la superficie del agua no tardaron en desaparecer. Todo había terminado.

—Señores —Piotr Stepánovich se dirigió a todos—, ahora nos vamos a dispersar. Sin duda, tienen ustedes que sentir el libre orgullo que va unido al cumplimiento de un deber libre. Si ahora mismo, por desgracia, están ustedes demasiado agitados para esa clase de sentimientos, indudablemente lo experimentarán mañana, cuando sería una vergüenza no hacerlo. Estoy dispuesto a considerar la bochornosa agitación de Liamshin como un delirio, sobre todo porque, según dicen, ha estado realmente enfermo desde esta mañana. Y a usted, Virguinski, un solo momento de libre reflexión le hará ver que, para preservar el interés de la causa común, era imposible fiarse de una palabra de honor, y que había que actuar justo como lo hemos hecho. Los acontecimientos venideros les demostrarán que ha habido una denuncia. Estoy también dispuesto a olvidarme de sus exclamaciones. En cuanto a los posibles peligros, no hay ninguno a la vista. A nadie se le ocurriría sospechar de ninguno de nosotros, sobre todo si ustedes saben comportarse; así pues, lo fundamental depende de ustedes y de su plena convicción, en la que, confío, se ratificarán mañana mismo. Entre otras cosas, si se han unido a una organización independiente, que forma parte de una libre asociación de personas de ideas afines, ha sido para, en un momento dado, aunar sus energías en beneficio de la causa común y, si fuera necesario, vigilarse y observarse mutuamente. Cada uno está obligado a rendir cuentas. Han sido llamados a renovar una causa decrépita y putrefacta por falta de actividad; ténganlo siempre presente para sentirse animados. Por el momento, todos sus pasos van encaminados a la destrucción de todo: del Estado y de su moralidad. Solo quedaremos nosotros, destinados de antemano a la conquista del poder: uniremos a nuestra causa a los más inteligentes y cabalgaremos a lomos de los necios. Que nada de esto les perturbe. Tenemos que volver a educar a esta generación para hacerla digna de la libertad. Aún nos aguardan muchos millares de Shátovs. Nos organizaremos para dirigir el curso de los acontecimientos; sería una vergüenza no apoderarse de algo que está ahí tirado, ociosamente, mirándonos con la boca abierta. Ahora voy a ver a Kiríllov, y antes de que amanezca habrá un documento en virtud del cual, al morir, por medio de una explicación a las autoridades, se hará responsable de todo. Nada puede ser más verosímil que esa combinación. En primer lugar, estaba enemistado con Shátov; habían vivido juntos en América y, por lo tanto, habían tenido tiempo para reñir. Es sabido que Shátov había cambiado de convicciones; eso supone que la enemistad se debía a sus convicciones y al temor a una denuncia; en definitiva, la clase más implacable de enemistad. Todo eso se pondrá por escrito. Por último, se mencionará que con él, en casa de Filíppov, había estado alojado Fedka. Así pues,

todo esto aleja de ustedes cualquier sospecha, y dejará desconcertados a esos zopencos. Mañana, señores, no nos vamos a ver; tengo que viajar brevemente por el distrito. Pero pasado mañana tendrán noticias mías. Yo les aconsejaría que mañana pasaran el día en casa. Ahora tenemos que irnos todos de aquí por dos caminos distintos. A usted, Tolkachenko, le pido que se ocupe de Liamshin y lo lleve a casa. A lo mejor puede influir en él y, sobre todo, dejarle claro hasta qué punto se perjudica a sí mismo con su cobardía. De su pariente Shigaliov, señor Virguinski, no tengo por qué dudar, como tampoco tengo por qué dudar de usted: no nos delatará. No obstante, su conducta ha sido lamentable; de todos modos, no ha dicho que vaya a abandonar la sociedad, por lo que aún es pronto para enterrarlo. Bueno, señores, más rápido; aunque nos las veamos con unos tarugos, no está de más ser precavidos…

Virguinski se marchó con Erkel. Éste, antes de dejar a Liamshin a cargo de Tolkachenko, se las había arreglado para llevárselo a Piotr Stepánovich e informar de que Liamshin había vuelto en sí, estaba arrepentido y pedía perdón, y ni siquiera recordaba lo que le había pasado. Piotr Stepánovich se marchó solo, dando un rodeo por el otro lado de los estanques, bordeando el parque. Era el camino más largo. Para su sorpresa, Liputin lo alcanzó casi a mitad de camino.

—Piotr Stepánovich, ¡Liamshin nos va a denunciar!

—No. Cuando se recupere, caerá en la cuenta de que él sería el primero en ir a Siberia si nos denuncia. Ahora nadie nos va a denunciar. Ni siquiera usted.

—Y ¿usted?

—No dude de que me desharé de todos ustedes al primer amago de traición. Y usted lo sabe. ¿Ha venido corriendo dos verstas detrás de mí para eso?

—¡Piotr Stepánovich, Piotr Stepánovich, es posible que no volvamos a vernos!

—¿De dónde se ha sacado eso?

—Dígame solo una cosa.

—Muy bien, ¿qué? Lo cierto es que estoy deseando que se largue.

—Una respuesta, pero la verdadera: ¿somos el único quinteto en el mundo o es verdad que hay varios cientos de quintetos? Se lo pregunto con la más noble intención, Piotr Stepánovich.

—Lo noto en su ansiedad. Liputin, ¿sabe que es usted más peligroso que Liamshin?

—Lo sé, lo sé, pero… ¡la respuesta, su respuesta!

—¡Es usted un idiota! ¿Qué más le dará ahora que haya un quinteto o que haya mil?

—O sea, ¡que solo hay uno! ¡Lo sabía! —exclamó Liputin—. Siempre he sabido que solo había uno, hasta ahora mismo…

Y, sin esperar otra respuesta, se dio la vuelta y desapareció enseguida en la oscuridad.

Piotr Stepánovich se quedó un momento pensativo.

—No, nadie va a delatarnos —dijo convencido—, pero… el grupo tiene que seguir siendo un grupo y obedecer, o si no los… Pero ¡hay que ver qué gentuza!

II

Primero se pasó por su casa y, con mucha cautela, sin precipitarse, se puso a hacer el equipaje. Se marchaba a las seis de la mañana, en el tren expreso. Este expreso tan madrugador solo venía una vez a la semana y lo habían puesto en servicio recientemente, por el momento solo a prueba. Si bien Piotr Stepánovich había comunicado a *los nuestros* que por un tiempo iba a viajar por el distrito, sus intenciones, como se comprobó después, eran muy diferentes. Cuando terminó con el equipaje, ajustó las cuentas con su patrona, que ya estaba avisada con antelación, y se dirigió en un coche de alquiler a casa de Erkel, que vivía cerca de la estación. Y a continuación, a eso de la una de la madrugada, fue a casa de Kiríllov, donde entró, una vez más, por el acceso secreto de Fedka.

Piotr Stepánovich estaba de un humor espantoso. Aparte de otros motivos extraordinariamente graves de descontento (aún no había averiguado nada de Stavroguin), parece —pues no puedo asegurarlo con certeza— que ese día había recibido de algún sitio (muy probablemente, de San Petersburgo) una comunicación confidencial sobre cierto peligro que le aguardaba en un futuro próximo. Claro está que ahora circulan en nuestra ciudad numerosas leyendas sobre aquellos días; pero, si algo se sabe de cierto, solo lo saben los que tienen que saberlo. Yo me imagino, pero no pasa de ser una opinión, que Piotr Stepánovich podía estar implicado en otros asuntos por ahí, además del de nuestra ciudad, así que, efectivamente, bien pudo recibir tal aviso. Es más, estoy convencido, a pesar de las cínicas y desesperadas dudas de Liputin, de que pudo haber realmente dos o tres quintetos, además del nuestro, por ejemplo, en las capitales; y, si no quintetos, sí al menos vínculos y relaciones, y puede que algunos muy curiosos. Apenas tres días después de su partida se recibió en la ciudad la orden, procedente de la capital, de detenerlo inmediatamente; no sé por qué hechos concretos, si los de

aquí o si otros. Esa orden llegó justo a tiempo para potenciar la abrumadora impresión de terror, casi místico, que de pronto se apoderó de nuestras autoridades y de la sociedad local, tenazmente frívola hasta entonces, tras el descubrimiento del misterioso y altamente significativo asesinato del estudiante Shátov —asesinato que colmaba la medida de nuestros dislates— y las circunstancias extremadamente intrigantes que lo rodeaban. Sin embargo, la orden llegaba tarde: para entonces Piotr Stepánovich se hallaba en San Petersburgo, con nombre falso, y desde allí, oliéndose el asunto, se fugó sin demora al extranjero… Pero me he adelantado terriblemente.

Entró en casa de Kiríllov con aire furibundo y retador. Daba la sensación de que, además del asunto principal, tenía intención de vérselas personalmente con Kiríllov y descargar su ira en él. Kiríllov pareció alegrarse de verlo: era evidente que lo esperaba desde hacía muchísimo rato con una impaciencia enfermiza. Tenía el semblante más pálido que de costumbre y sus negros ojos miraban inmóviles y cansados.

—Ya pensaba que no venía —dijo con voz fatigada desde un extremo del sofá, de donde, por cierto, no se movió para recibir al visitante. Piotr Stepánovich se plantó delante de él y, antes de decir nada, lo miró fijamente a la cara.

—Ya veo que todo está en orden y no nos echamos atrás de nuestro propósito, ¡estupendo! —dijo, con una sonrisa humillantemente condescendiente —. Pues nada —añadió con repulsiva jocosidad—, si llego tarde no tiene usted de qué quejarse: le he regalado tres horas.

—No quiero que me regale horas de más, y tú[340] no eres quién para regalarme nada… ¡idiota!

—¿Cómo? —Piotr Stepánovich se sobresaltó, pero se dominó al instante—. ¡Qué susceptible! ¿Estamos furiosos, eh? —dijo, subrayando las palabras, con el mismo aire de displicencia ofensiva—. En un momento como éste lo que se necesita ante todo es calma. Más vale que se considere a sí mismo un Colón, y que me vea a mí como a un ratón, y no se ofenda de nada de lo que yo le diga. Ya se lo recomendé ayer.

—No quiero verte como a un ratón.

—¿Eso qué es? ¿Un cumplido? Por cierto, el té también está frío, o sea, que está todo patas arriba. No, aquí está pasando algo preocupante. ¡Caramba! Estoy viendo algo en la ventana, en un plato. —Se acercó a la ventana—. ¡Ajá! Pollo cocido con arroz… Pero ¿cómo es que está intacto? Seguro que estamos de tan mal humor que ni siquiera el pollo…

—Ya he comido, y no es asunto suyo… ¡A callar!

—Ah, claro, y además da lo mismo. Pero a mí ahora no me da lo mismo: figúrese que casi no he probado bocado; por eso, si este pollo, como imagino, ya no lo quiere…

—Tómeselo si puede.

—Pues se lo agradezco, y después un té.

Inmediatamente se sentó a la mesa, en el extremo opuesto del sofá, y se lanzó sobre la comida con un apetito tremendo; pero, a la vez, estaba vigilando continuamente a su víctima. Kiríllov lo observaba con irritada aversión, paralizado, como si no tuviera fuerzas para apartarse.

—No obstante —soltó de pronto Piotr Stepánovich, sin parar de comer—, no obstante, ¿qué hay de nuestro trato? ¿No nos habremos echado atrás, eh? Y ¿el papelito?

—He decidido esta noche que todo me da igual. Lo escribiré. Y ¿en cuanto a las proclamas?

—Sí, también lo de las proclamas. Pero, de todos modos, yo se lo dicto. A usted le da lo mismo. O ¿es que a usted le preocupa el contenido en un momento como éste?

—No es asunto tuyo.

—Naturalmente, no es asunto mío. Pero solo serán unas cuantas líneas: que Shátov y usted distribuyeron las proclamas, con la ayuda, entre otros, de Fedka, que se ocultaba en su vivienda. Este último punto sobre Fedka y la vivienda es muy importante, el más importante incluso. Ya ve, soy totalmente sincero con usted.

—Y ¿Shátov? ¿Por qué Shátov? Shátov no, de ninguna manera.

—Otra vez, pero ¿a usted qué más le da? Ya no puede usted hacerle daño.

—Su mujer ha vuelto con él. Se ha despertado y ha mandado a alguien a preguntarme dónde está.

—¿Ha mandado a alguien a preguntarle dónde está? Hum, eso no me hace gracia. A lo mejor vuelve a mandar a alguien; nadie debe saber que estoy aquí…

Piotr Stepánovich estaba intranquilo.

—No se va a enterar, ha vuelto a dormirse; hay una mujer con ella, Arina

Prójorovna.

—Ya veo… pero ¿seguro que no nos oye? Sabe, ¿qué tal si cerramos la puerta de la calle?

—No va a oír nada. Y, si viene Shátov, a usted lo escondo en ese cuarto.

—Shátov no va a venir; y usted va a escribir que se pelearon por su traición y su denuncia… esta misma tarde… y que fue el causante de su muerte.

—¡Ha muerto! —exclamó Kiríllov, saltando del sofá.

—Hoy, pasadas las siete de la tarde, o, mejor dicho, ayer, pasadas las siete de la tarde, porque ahora ya es casi la una.

—¡Tú lo has matado!… Y ¡yo lo preví ayer!

—¡Cómo no lo iba a prever! Mire, con este revólver. —Sacó el revólver, supuestamente para enseñárselo, pero después ya no se lo guardó y siguió empuñándolo en la mano derecha, listo para disparar—. Hay que ver lo raro que es usted, Kiríllov; usted sabía que ese idiota tenía que acabar así. ¿Qué había que prever? Se lo dejé muy claro varias veces. Shátov estaba decidido a delatarnos: yo le seguía los pasos; no había más remedio que actuar. También a usted se le dieron instrucciones de que lo vigilase. Usted mismo me dijo hace ahora tres semanas…

—¡Cállate! ¡Lo has hecho porque en Ginebra te escupió a la cara!

—Por eso y por más cosas. Por muchas más cosas; eso sí, sin ningún rencor. ¿A qué viene ese salto? ¿Qué postura es ésa? ¡Ajá! ¡Conque ésas tenemos!…

Se levantó rápidamente y alzó el revólver. Lo que pasaba era que Kiríllov, de pronto, había cogido en la ventana su propio revólver, preparado y cargado desde por la mañana. Piotr Stepánovich se puso en guardia y apuntó a Kiríllov. Éste se reía maliciosamente.

—Reconoce, canalla, que te has traído el revólver porque creías que iba a dispararte… Pero no voy a dispararte, aunque… aunque…

Y volvió a apuntar con el revólver a Piotr Stepánovich, como si se estuviera preparando para el disparo, como si fuera incapaz de privarse del gusto de imaginarse cómo le disparaba. Piotr Stepánovich, siempre en guardia, aguantó, aguantó hasta el último instante sin apretar el gatillo, arriesgándose a recibir primero una bala en la frente: de ese «maníaco» podía esperarse cualquier cosa. Pero el «maníaco», finalmente, bajó la mano, jadeante y tembloroso, sin fuerzas para hablar.

—Ya ha jugado bastante. —Piotr Stepánovich también bajó el arma—. Ya sabía yo que estaba jugando. Pero ya sabe a lo que se ha arriesgado; yo podía haber disparado.

Y, bastante tranquilo, se sentó en el sofá y se sirvió un té, aunque con mano un tanto trémula. Kiríllov dejó el revólver en la mesa y empezó a deambular por el cuarto.

—No voy a escribir que he matado a Shátov… y ahora no pienso escribir nada. ¡No va a haber ningún papel!

—¿Que no va a haber?

—No va a haber.

—¡Qué bajeza y qué estupidez! —Piotr Stepánovich estaba verde de ira—. Aunque ya me lo imaginaba. Sepa que no me pilla usted de sorpresa. Pero bueno, usted verá. Si pudiera obligarlo por la fuerza, lo haría. En fin, es usted un canalla. —A Piotr Stepánovich cada vez le costaba más dominarse—. Entonces nos pidió usted dinero y nos prometió todo lo habido y por haber… En todo caso, de aquí no me voy de vacío, por lo menos veré cómo se vuela usted la tapa de los sesos.

—Quiero que te vayas ahora mismo. —Kiríllov se plantó con firmeza ante él.

—No, señor, de ninguna manera. —Piotr Stepánovich volvió a agarrar con fuerza el revólver—. Ahora mismo, por despecho y cobardía, podría decidir aplazarlo todo e ir mañana a denunciarnos, para sacar algo más de dinero; porque por esas cosas pagan. ¡Maldita sea, los desgraciados como usted se prestan a lo que sea! Pero no se preocupe, que yo lo tenía todo previsto: no me voy de aquí sin reventarle el cráneo con este revólver, como a ese miserable de Shátov, si es que usted se acobarda y lo deja para otra ocasión. ¡Que el diablo le lleve!

—Estás deseando ver mi sangre a toda costa, ¿no?

—No lo hago por rencor, téngalo en cuenta; a mí me da lo mismo. Lo hago para no tener que preocuparme por la causa. Uno no puede fiarse de la gente: ya lo está viendo. Nunca he entendido una palabra de esa fantasía suya de quitarse la vida. No fui yo quien le dio la idea, y usted, antes que a mí, ya se lo había dicho en primer lugar a otros miembros en el extranjero. Y fíjese bien en que ninguno de ellos trató de sonsacarle nada, ninguno le conocía a usted siquiera; a usted le dio por hacer confidencias, por puro sentimentalismo. Y ¿qué le vamos a hacer si, sobre esa base, se elaboró entonces, contando con su aprobación y a propuesta suya (dese cuenta, ¡a propuesta suya!), un plan para actuar aquí que ahora no hay forma de alterar? Se ha puesto usted en una situación en la que sabe demasiado. Si

cambia de parecer y va mañana a denunciarnos, nosotros, seguramente, no saldríamos muy bien parados, ¿no cree? No, señor; usted se comprometió, dio su palabra y aceptó el dinero. Eso sí que no puede negarlo…

Piotr Stepánovich estaba muy alterado, pero Kiríllov llevaba ya un rato sin escucharle. Otra vez se había puesto a deambular por el cuarto, sumido en sus reflexiones.

—Me da pena de Shátov —dijo parándose otra vez delante de Piotr Stepánovich.

—Sí, bueno, y a mí también, quién sabe, y es posible que…

—¡Cállate, miserable! —rugió Kiríllov, haciendo un gesto terrible e inequívoco—. ¡Te mato!

—Bueno, bueno, bueno, he mentido, de acuerdo; no me da ninguna pena; bueno, ¡ya está bien, ya está bien! —Piotr Stepánovich, receloso, se levantó de un salto, protegiéndose con el brazo.

Kiríllov se calmó de repente y otra vez empezó a deambular.

—No me echo atrás; quiero matarme precisamente ahora; ¡son todos unos sinvergüenzas!

—Ésa es la idea; desde luego que son todos unos sinvergüenzas, y como un hombre decente lo pasa tan mal en este mundo, entonces…

—Necio, yo también soy un sinvergüenza, como tú, como todos; no soy un hombre decente. No ha habido hombres decentes en ninguna parte.

—Por fin se da usted cuenta. Pero ¿cómo es posible, Kiríllov, que con todo su talento no se haya dado cuenta hasta ahora de que todos los hombres son iguales, de que no los hay ni mejores ni peores, solo más listos y más tontos, y de que, si son todos unos sinvergüenzas (lo cual, por cierto, es una bobada), no habrá ni uno solo que lo deje de ser?

—¡Ah! ¿Así que no te estás burlando? —Kiríllov lo miró con cierta sorpresa —. Hablas con vehemencia y sin rodeos… ¿Será posible que hasta la gente como tú tenga convicciones?

—Kiríllov, nunca he podido comprender por qué quiere matarse. Solo sé que es por convicción… por una firme convicción. Pero, si siente la necesidad, por así decirlo, de desahogarse, estoy a su disposición… Solo que hay que tener en cuenta el tiempo…

—¿Qué hora es?

—Vaya, las dos en punto. —Piotr Stepánovich miró el reloj y encendió un cigarrillo.

«Parece que aún va a ser posible entenderse», pensó.

—No tengo nada que decirte —farfulló Kiríllov.

—Recuerdo que había algo sobre Dios… Una vez usted me lo explicó; dos veces, incluso. Si se pega un tiro, usted se convierte en Dios, ¿no es así?

—Sí, me convierto en Dios.

Piotr Stepánovich ni siquiera sonrió; estaba esperando; Kiríllov lo miró sutilmente.

—Es usted un impostor y un intrigante político, quiere llevarme al terreno de la filosofía y del éxtasis para que haya una reconciliación, aplacando así mi ira, y, una vez reconciliados, sacarme una nota que diga que he matado a Shátov.

Piotr Stepánovich respondió con una llaneza casi natural:

—Bueno, pongamos que soy un canalla; ahora bien, en estos últimos minutos, ¿no le da a usted lo mismo, Kiríllov? Bueno, pero ¿por qué estamos discutiendo? Usted es como es, y yo soy como soy; y ¿qué pasa por eso? Y, aparte de eso, los dos somos…

—Unos canallas.

—Sí, puede que seamos unos canallas. Pero usted sabe que eso no son más que palabras.

—Toda la vida he querido que fueran algo más que palabras. Por eso he vivido, porque no quería que fueran solo palabras. Y ahora, todos los días, sigo queriendo que no sean solo palabras.

—Claro, todo el mundo busca un sitio donde esté mejor. Encontrarse como pez… Quiero decir que cada uno busca su propio bienestar; eso es todo. Es cosa sabida desde hace muchísimo tiempo.

—¿Has dicho bienestar?

—Bueno, no vale la pena pelearse por las palabras.

—No, lo has dicho muy bien; pongamos «bienestar». Dios es necesario y, por lo tanto, tiene que existir.

—Eso es estupendo.

—Pero yo sé que no existe y no puede existir.

—Es lo más probable.

—¿Acaso no comprendes que un hombre con esas dos ideas no puede seguir viviendo?

—Tiene que pegarse un tiro, ¿no es así?

—¿Acaso no comprendes que solo por eso es posible pegarse un tiro? Tú no comprendes que pueda existir un hombre así, un solo hombre entre esos miles de millones vuestros, uno solo que ni lo quiera ni lo tolere.

—Yo lo único que comprendo es que usted parece titubear… Eso está muy mal.

—También a Stavroguin lo ha devorado una idea. —Kiríllov, paseando lúgubremente por el cuarto, no reparó en el comentario.

—¿Cómo? —Piotr Stepánovich aguzó el oído—. ¿Qué idea? ¿Le ha dicho a usted algo?

—No, lo adiviné yo mismo: Stavroguin, si cree, cree que no cree. Y, si no cree, no cree que no cree.

—Bueno, Stavroguin tiene otra cosa mucho más sensata que eso… —masculló con displicencia Piotr Stepánovich, preocupado por el rumbo que había tomado la conversación y por la palidez de Kiríllov.

«Maldición, no va a dispararse —pensó—; siempre lo he sospechado; está tocado del ala y punto. ¡Qué asco de gente!».

—Tú eres el último que va a estar conmigo: no me gustaría despedirme de ti de mala manera. —Kiríllov le hizo este regalo inesperado.

Piotr Stepánovich tardó en contestar. «Maldita sea, ¿ahora qué pasa?», pensó una vez más.

—Créame, Kiríllov, que no tengo nada personal contra usted, y siempre…

—Eres un canalla y un falsario. Pero yo soy igual que tú, y me voy a pegar un tiro, mientras que tú seguirás vivo.

—O sea, lo que quiere decir es que soy tan rastrero que quiero seguir entre los vivos.

Aún no había podido determinar si era o no provechoso seguir con esa clase de conversación en aquellos momentos y decidió «dejarse llevar por las circunstancias». Pero el tono de superioridad y de evidente desprecio que siempre le había mostrado Kiríllov ya en otras ocasiones le había resultado irritante, y ahora, por alguna razón, más que nunca. Quizá porque Kiríllov, que iba a morir en menos de una hora (Piotr Stepánovich, a pesar de todo, aún no lo descartaba), le parecía ya una especie de medio hombre, alguien a quien ya no se le podía permitir tamaña arrogancia.

—Por lo que veo, se jacta usted ante mí de que va a pegarse un tiro.

—Siempre me ha sorprendido que todo el mundo siga viviendo. —Kiríllov hizo oídos sordos a su comentario.

—Hum, no deja de ser una idea, pero…

—Eres un mono; no haces más que darme coba para ganarte mi aprobación. Cállate, no has entendido nada. Si no hay Dios, yo soy Dios.

—Precisamente nunca he podido comprender ese punto suyo: ¿por qué es usted Dios?

—Si Dios existe, todo es voluntad suya y yo no puedo salir de su voluntad. Si no, todo es voluntad mía y estoy obligado a manifestar mi albedrío.

—¿Su albedrío? Y ¿por qué está obligado?

—Porque todo ha pasado a ser voluntad mía. ¿No va a haber nadie en todo el planeta que, habiendo acabado con Dios y creyendo en el albedrío, se atreva a manifestar ese albedrío en su grado más pleno? Es como si un pobre recibe una herencia y se asusta y no se atreve a acercarse a la bolsa, considerándose demasiado débil para poseerla. Yo quiero manifestar mi albedrío. Aunque sea el único, lo haré.

—Pues hágalo.

—Estoy obligado a pegarme un tiro porque el grado más pleno de mi albedrío es matarme.

—Pero no es usted el único que se mata; hay muchos suicidas.

—Con un motivo. Pero sin ningún motivo, por puro albedrío, solo yo.

«No se pega un tiro», volvió a pensar fugazmente Piotr Stepánovich.

—Sepa —observó con irritación— que yo en su lugar, para manifestar mi albedrío, mataría a cualquier otro, no a mí mismo. Podría sernos útil. Le diré a quién, si es que no se asusta. En ese caso, a lo mejor no tiene que dispararse hoy. Podríamos entendernos.

—Matar a otro sería el grado más bajo de mi albedrío, y ahí se ve lo que eres. Yo no soy tú: yo quiero el grado más alto y me mataré.

«A eso ha llegado con sus razonamientos», se dijo con desdén Piotr Stepánovich.

—Estoy obligado a manifestar mi incredulidad. —Kiríllov deambulaba por el cuarto—. Para mí no hay idea más elevada que la de que no hay un Dios. La historia humana está de mi parte. El hombre no ha hecho más que inventar a Dios para vivir sin tener que matarse; en eso consiste toda la historia universal hasta ahora. Yo soy el único en la historia universal que por primera vez no ha querido inventar a Dios. Que se sepa de una vez para siempre.

«No se pega un tiro»; Piotr Stepánovich se alarmó.

—Y ¿quién va a saberlo? —trataba de incitarlo—. Aquí estamos usted y yo. ¿Tal vez Liputin?

—Todos deben saberlo; todos lo sabrán. No hay nada escondido que no acabe siendo revelado[341]. *Él* lo dijo.

Y con entusiasmo febril señaló una imagen del Salvador ante la que ardía una lamparilla. Piotr Stepánovich perdió los estribos.

—Veo que usted sigue creyendo en *Él* y hasta le ha encendido una lamparilla; ¿no lo hará «por lo que pueda pasar»?

Kiríllov no respondió.

—¿Sabe una cosa? En mi opinión, usted tiene más fe que un pope.

—¿En quién? ¿En *Él*? Escucha. —Kiríllov se detuvo, dirigiendo al frente una mirada inmóvil y extática—. Escucha esta gran idea: hubo un día en la Tierra, y en medio de la tierra se levantaban tres cruces. Uno que estaba en la cruz creía hasta

tal punto que le dijo a otro: «Hoy estarás conmigo en el paraíso»[342]. Terminó el día, los dos murieron, se fueron y no encontraron ni paraíso ni resurrección. No se confirmó lo dicho. Escucha: ése era el hombre más sublime en toda la Tierra, *Él* formó todo aquello por lo que vale la pena vivir. Todo el planeta, con todo lo que hay en él, sin este hombre no es más que una locura. Ni antes ni después de *Él* ha habido otro igual, ni lo habrá nunca, y eso es un milagro. Y en eso mismo consiste el milagro: en que no hubo ni habrá nunca otro igual. Y, siendo así, si las leyes de la naturaleza no se apiadaron siquiera de *Él*, si no se apiadaron ni de su propio milagro, sino que lo hicieron vivir en medio de la mentira y morir por una mentira, eso supone que todo el planeta es una mentira y se basa en una mentira, en una estúpida burla. Por tanto, las propias leyes del planeta también son una mentira y un vodevil diabólico. Entonces, ¿para qué vivir? Contesta, si eres hombre.

—Eso vuelve a cambiar las cosas. Me parece que usted está mezclando ahí dos causas distintas; y eso es muy poco fiable. Pero permítame, ¿qué pasa si es usted Dios? ¿Si se acabara la mentira y usted se diera cuenta de que toda la mentira se debía a que había existido ese Dios anterior?

—¡Por fin lo has entendido! —exclamó Kiríllov, entusiasmado—. Entonces, si alguien como tú lo comprende, ¡es que es posible comprenderlo! ¿Entiendes ahora que la salvación de todos reside en demostrar a cada uno esa idea? ¿Quién va a demostrarla? ¡Yo! No entiendo cómo hasta ahora un ateo ha podido saber que Dios no existe y no matarse de inmediato. Reconocer que no hay un Dios y no reconocer al mismo tiempo que te has convertido en Dios es algo absurdo, pues de lo contrario te matarías sin remedio. Si lo reconoces, eres el rey y ya no te matas, sino que vivirás en la mayor de las glorias. Pero uno, el primero, tiene que matarse sin remedio, pues, si no, ¿quién va a empezar y va a demostrarlo? Yo soy el que va a matarse sin remedio, para empezar y demostrarlo. Yo aún no soy más que un Dios contra mi voluntad, y soy un desdichado, porque estoy *obligado* a manifestar mi albedrío. Todos son infelices porque temen manifestar su albedrío. El hombre ha sido hasta ahora tan pobre y desdichado porque ha temido manifestar su albedrío en su grado más alto y solo ha actuado caprichosamente en lo más elemental, como un escolar… Yo soy terriblemente desdichado pues temo de un modo terrible. El temor es la maldición del hombre… Pero manifestaré mi albedrío, estoy obligado a creer que no creo. Empezaré y acabaré, y así abriré la puerta. Y los salvaré. Eso es lo único que salvará a todos los hombres y los transformará físicamente en la próxima generación; porque en su aspecto físico actual, por lo que he pensado, el hombre no puede existir, de ningún modo, sin su Dios anterior. Tres años he estado buscando mi atributo divino y lo he encontrado: ¡mi atributo divino es el Albedrío! Eso es lo único que puedo hacer para demostrar en su más alto grado mi insubordinación y mi nueva y terrible libertad. Porque es de lo más terrible. Me mato para demostrar mi insubordinación y mi nueva y terrible libertad.

Su rostro era de una palidez no natural y su mirada de una pesadez

insoportable. Era como si estuviese delirando. Piotr Stepánovich pensó que se iba a desplomar de un momento a otro.

—¡Dame una pluma! —gritó Kiríllov inopinadamente, en un arranque de inspiración—. Díctame, firmaré cualquier cosa. Incluso que maté a Shátov. Dicta, mientras me resulte divertido. ¡No me asustan los pensamientos de unos esclavos engreídos! ¡Verás cómo todo lo que está escondido acaba siendo revelado! Y serás aplastado… ¡Creo! ¡Creo!

Piotr Stepánovich se levantó de un salto y en un santiamén le acercó el tintero y el papel y empezó a dictar, aprovechando el momento y temblando por su éxito.

—«Yo, Alekséi Kiríllov, declaro…».

—¡Alto ahí! ¡No quiero! ¿A quién declaro? —Kiríllov tiritaba como con fiebre. Esta declaración, y alguna idea repentina y peculiar sobre ella, pareció absorberlo por completo, como si fuera una vía de escape hacia la que, aunque no fuera más que un momento, su espíritu atormentado se dirigía precipitadamente —. ¿A quién lo declaro? Quiero saber a quién.

—A nadie, a todos, al primero que lo lea. ¿Para qué especificarlo? ¡Al mundo entero!

—¿Al mundo entero? ¡Bravo! Y nada de arrepentimiento. No quiero arrepentirme; ¡ni declararlo a la autoridad!

—Claro que no, no hace falta, ¡al diablo la autoridad! Pero ¡escriba, si es que va usted en serio!… —gritó histérico Piotr Stepánovich.

—¡Alto! Quiero una cara sacando la lengua en el encabezamiento.

—¡Eh, qué disparate! —Piotr Stepánovich se irritó—. Todo eso se puede expresar sin dibujos, solo con el tono.

—¿Con el tono? Eso está bien. ¡Sí, sí, con el tono! Dicta con tono.

—«Yo, Alekséi Kiríllov —dictó Piotr Stepánovich con voz firme e imperativa, inclinándose sobre el hombro de Kiríllov y pendiente de cada letra que éste trazaba con mano trémula de agitación—, yo, Kiríllov, declaro que hoy, al anochecer, entre las siete y las ocho, maté en el parque por traidor al estudiante Shátov, y por su delación en relación con las proclamas, y en relación con Fedka, que estuvo diez días residiendo y pernoctando con nosotros dos en casa de Filíppov. Hoy me mato con mi revólver no porque esté arrepentido o porque os tema, sino porque en el extranjero tomé la decisión de quitarme la vida».

—¿Solo? —exclamó Kiríllov con sorpresa y disgusto.

—¡Ni una palabra más! —Piotr Stepánovich hizo un movimiento con la mano, tratando de arrebatarle el documento.

—¡Alto! —Kiríllov puso la mano sobre el papel, con firmeza—. ¡Alto, eso es un disparate! Quiero saber con quién lo maté. ¿Por qué Fedka? ¿Y el incendio? Quiero saberlo todo y, además, quiero que sea más insultante, ¡con el tono, con el tono!

—Ya es suficiente, Kiríllov, se lo aseguro, ¡ya es suficiente! —dijo Piotr Stepánovich casi suplicante, temblando de pensar que Kiríllov fuera a romper el papel—. Para que se lo crean, hay que ser todo lo oscuro que se pueda, exactamente así, a base únicamente de alusiones. Solo hay que mostrar una esquinita de la verdad, lo justo para incitarlos. Ellos siempre se están mintiendo, más que nosotros, y, por descontado, se creen antes sus mentiras que las nuestras, y eso es lo mejor, ¡lo mejor de todo! Deme eso; así está perfecto; ¡démelo, démelo!

E intentaba arrebatarle el papel. Kiríllov, con los ojos desorbitados, escuchaba como si estuviera tratando de encontrarle un sentido, pero, por lo visto, ya había dejado de entender.

—¡Maldita sea! —Piotr Stepánovich se enfureció de pronto—. Pero ¡si todavía no ha firmado! ¿Qué hace mirando con los ojos a cuadros? ¡Firme de una vez!

—Quiero insultar… —murmuró Kiríllov, si bien cogió la pluma y firmó—. Quiero insultar…

—Añada usted: «*Vive la république!*», y basta.

—¡Bravo! —Kiríllov poco menos que rugió entusiasmado—. «*Vive la république démocratique, sociale et universelle ou la mort!*»… No, no, así no. «*Liberté, égalité, fraternité ou la mort!*». Eso es, así está mejor, así está mejor. —Y, complacido, añadió eso debajo de su firma.

—Suficiente, suficiente —no dejaba de repetir Piotr Stepánovich.

—Espera, un poco más… Mira, voy a firmar además en francés; «*de Kiriloff, gentilhomme russe et citoyen du monde*»[343]. ¡Ja, ja, ja! —Reía a carcajadas—. No, no, no, alto; he encontrado algo mejor, eureka: «*Gentilhomme-séminariste russe et citoyen du monde civilisé!*». Eso es mejor que cualquier otra cosa… —Saltó del sofá y, de repente, con un movimiento rápido cogió el revólver de la ventana, se fue corriendo con él a la otra habitación y cerró bien la puerta. Piotr Stepánovich se quedó un momento pensativo mirando la puerta.

«Si es ahora mismo, a lo mejor se dispara; pero, como empiece a pensar, no va a hacer nada».

Entretanto agarró el papel, se sentó y volvió a echarle un vistazo. La redacción de la declaración volvió a gustarle.

«¿Qué hace falta por ahora? Hace falta tenerlos confundidos por un tiempo para que se despisten. ¿El parque? No hay ningún parque en la ciudad, así que llegarán a la conclusión de que ha sido en Skvoréshniki. Pero, hasta que lo adivinen, pasará un tiempo; mientras buscan, más tiempo; y, una vez que encuentren el cadáver, verán que lo que aquí está escrito es verdad; de manera que todo es verdad, también lo de Fedka es verdad. Y ¿qué es Fedka? Fedka es el incendio, los Lebiadkin: o sea, que todo ha salido de aquí, de casa de Filíppov, y ellos no habían visto nada, se les había pasado por alto… ¡Se van a volver locos! De *los nuestros* no van a saber qué pensar: está Shátov, y Kiríllov, y Fedka, y Lebiadkin; y por qué se han matado entre sí… la pregunta, para ellos, se las trae. ¡Eh, qué demonios, no se oye ningún disparo!…».

Aunque estaba leyendo y disfrutando con la redacción, no dejaba de prestar atención a cada instante con una inquietud angustiosa y… de pronto se enfureció. Miró preocupado el reloj: se iba haciendo tarde y habían pasado como diez minutos desde que Kiríllov había salido… Cogió una vela y se acercó a la puerta del cuarto en el que se había encerrado. Al lado mismo de la puerta cayó en la cuenta de que la vela se estaba consumiendo y no duraría más de veinte minutos, y era la única que había. Puso la mano en el picaporte y escuchó con cautela, pero no se oía el menor ruido; de improviso abrió la puerta y levantó la vela: algo se abalanzó sobre él, con un rugido. Cerró de un violento portazo y se inclinó contra la puerta, pero ya estaba todo tranquilo y reinaba de nuevo un silencio mortal.

Estuvo un buen rato indeciso con la vela en la mano. En el segundo en que la puerta había estado abierta apenas había podido distinguir nada, pero sí había visto fugazmente el rostro de Kiríllov, que estaba al lado de la ventana, al fondo de la habitación, y la furia salvaje con que se había arrojado sobre él. Piotr Stepánovich se estremeció, rápidamente dejó la vela en la mesa, preparó el revólver y fue corriendo de puntillas hasta el otro extremo del cuarto; de ese modo, si Kiríllov abría la puerta y corría hacia la mesa con el revólver, él aún tendría tiempo de apuntar y apretar el gatillo primero.

Piotr Stepánovich, a estas alturas, ya no confiaba en absoluto en el suicidio. «Estaba en medio del cuarto, meditando —la idea cruzó su cabeza como un torbellino—. Qué cuarto tan oscuro y tan terrible, por cierto… Soltó un rugido y se lanzó sobre mí… Aquí hay dos posibilidades: o lo interrumpí justo en el momento en que iba a apretar el gatillo o… o estaba dándole vueltas a cómo podía matarme… Sí, eso es, estaba dándole vueltas… Sabe que de aquí no me voy sin matarlo, si es que al final se acobarda; por tanto, tiene que matarme a mí primero

para que yo no lo mate… Y otra vez, ¡otra vez ese silencio! Me aterra pensar que pueda abrir la puerta de repente… Lo más repugnante es que cree en Dios más que un pope. ¡Éste no se mata por nada del mundo!… Últimamente se han multiplicado los que, como él, "han llegado a esto razonando por su cuenta". ¡Gentuza! ¡Uf, qué diablos, la vela, la vela! En un cuarto de hora se apaga seguro… Hay que acabar con esto; hay que acabar a toda costa… Bueno, ahora ya puedo matarlo… Con este papel nadie va a pensar que lo he matado yo. Puedo manipularlo y colocarlo en el suelo con el revólver descargado en la mano, de modo que no van a tener más remedio que creer que él mismo… Ay, pero ¿cómo demonios lo mato? Si abro, se lanza otra vez sobre mí y dispara primero. Eh, qué diablos, ¡seguro que falla!».

Así se atormentaba, temblando por la necesidad de discurrir algo y por su propia indecisión. Por fin, cogió la vela y se acercó de nuevo a la puerta, con el revólver listo y levantado; con la mano izquierda, en la que llevaba la vela, accionó el picaporte. Pero no estuvo hábil: el picaporte rechinó, se oyó un ruido y un crujido: «¡Va a disparar directamente!», pensó al instante… Con todas sus fuerzas, abrió la puerta de un puntapié, levantó la vela y apuntó con el revólver; pero no hubo ni un disparo, ni un grito… No había nadie en la habitación.

Se estremeció. El cuarto no daba a ningún otro ni ofrecía la menor posibilidad de escapar. Levantó aún más la vela y examinó la estancia detenidamente: no había nadie. Llamó a Kiríllov a media voz; volvió a llamarlo por segunda vez, algo más fuerte ahora; nadie respondió.

«¿Se habrá escapado por la ventana?».

De hecho, en una de las ventanas estaba abierto el ventanillo. «Es absurdo, no ha podido escaparse por el ventanillo!». Piotr Stepánovich cruzó la habitación y fue derecho a la ventana. «No ha podido de ningún modo». De pronto se dio la vuelta, y algo insólito le hizo estremecerse.

En la pared que estaba enfrente de las ventanas, a la derecha de la puerta, había un armario. A la derecha del armario, en el ángulo que formaban el mueble y la pared, estaba Kiríllov, en una postura muy extraña: inmóvil, estirado, con los brazos pegados a los costados, la cabeza erguida y la nuca apoyada en la pared, justo en el rincón, como si deseara ocultarse, pasar desapercibido. Todo indicaba que estaba allí escondido, aunque era difícil de creer. Desde su posición, Piotr Stepánovich solo podía mirar de refilón ese rincón y apenas alcanzaba a observar la parte del cuerpo que sobresalía. No acababa de decidirse a desplazarse hacia la izquierda para ver de lleno a Kiríllov y descifrar el enigma. Su corazón empezó a latir con fuerza… Y de pronto se vio poseído por la furia más salvaje: rápidamente se movió, soltó un grito y, pisando fuerte, se lanzó con rabia hacia el punto aterrador.

Pero antes de llegar volvió a detenerse, y se quedó como clavado en el suelo, presa del espanto. Lo que más le sorprendió fue que la figura, a pesar del grito y de la furiosa acometida, no hizo un solo movimiento, ni siquiera agitó un solo miembro, como si fuera de piedra o de cera. La palidez de su rostro no era natural y sus ojos negros miraban inmóviles un punto fijo en el espacio. Piotr Stepánovich movió la vela hacia arriba y hacia abajo, y otra vez hacia arriba, para alumbrar la figura desde todos los puntos y poder examinar el rostro. De pronto advirtió que, aunque Kiríllov no dejaba de mirar al frente, podía verlo de reojo y a lo mejor lo estaba observando. En ese momento se le ocurrió acercar la llama hasta el rostro de «ese sinvergüenza», quemarlo y comprobar su reacción. De repente le dio la impresión de que la barbilla de Kiríllov se movía y en sus labios se insinuaba una sonrisa burlona: como si le hubiera adivinado la intención. Piotr Stepánovich se estremeció y, fuera de sí, agarró con fuerza a Kiríllov del hombro.

A continuación ocurrió algo tan desagradable y vertiginoso que más tarde Piotr Stepánovich sería incapaz de recordar lo sucedido de una manera coherente. En el momento justo en que tocó a Kiríllov, éste agachó rápidamente la cabeza y de un cabezazo le hizo soltar la vela de las manos; la palmatoria cayó al suelo con estrépito y la vela se apagó. En ese mismo instante sintió un dolor horrible en el dedo meñique de la mano izquierda. Gritó, y lo único que recordaba después era que, con el revólver, había golpeado tres veces con todas sus fuerzas la cabeza de Kiríllov, el cual se había inclinado hacia él y le había mordido el dedo. Por fin consiguió soltar el meñique y echó a correr atropelladamente, buscando la puerta de la calle en la oscuridad. A sus espaldas, unos gritos terribles salían de la habitación:

—Ahora, ahora, ahora, ahora…

Diez veces. Pero él no paró de correr y ya estaba saliendo al zaguán cuando oyó de pronto un disparo atronador. Entonces se quedó quieto en el zaguán, en la oscuridad, y estuvo reflexionando cinco minutos; finalmente, volvió a la habitación. Pero tenía que hacerse con una vela. No sería difícil encontrar en el suelo, a la derecha del armario, la palmatoria que se le había escapado de las manos. Pero ¿con qué iba a encender el cabo? De pronto, un vago recuerdo cruzó rápidamente su cabeza: se acordó de una caja de fósforos grande y roja que había visto la víspera fugazmente en un rincón, sobre un estante, al bajar a la cocina para lanzarse sobre Fedka. Se movió a tientas hacia la izquierda, buscando la puerta de la cocina, hasta que la encontró; cruzó el descansillo y bajó los escalones. En el estante, en el punto exacto donde acababa de recordar, encontró en la oscuridad una caja de fósforos llena, sin empezar. Subió a toda prisa los escalones sin encender la luz, y solo cuando estuvo al lado del armario, en el sitio donde había golpeado con el revólver a Kiríllov, y donde éste lo había mordido, se acordó de su dedo y en ese mismo instante sintió que le dolía de un modo casi insoportable. Apretando los dientes, encendió como pudo el cabo de la vela, la colocó de nuevo en la palmatoria y miró a su alrededor: al pie de la ventana que tenía el ventanillo

abierto, con los pies orientados hacia el rincón derecho del cuarto, yacía el cadáver de Kiríllov. Se había disparado en la sien derecha y la bala había salido por la parte superior, en el lado izquierdo, perforando el cráneo. Se veían salpicaduras de sangre y de sesos. El revólver aún seguía en la mano del suicida, que estaba en el suelo. La muerte debía de haber sido instantánea. Una vez que lo hubo examinado todo con el mayor cuidado, Piotr Stepánovich se incorporó y salió de puntillas, cerró la puerta, dejó la vela en la mesa de la habitación delantera y, después de reflexionar un momento, decidió no apagarla, pensando que no iba a originar un incendio. Volvió a mirar el documento que estaba encima de la mesa, sonriendo maquinalmente; solo entonces, y siempre de puntillas, por alguna razón, abandonó la casa. Salió una vez más por el acceso de Fedka y volvió a cerrarlo cuidadosamente antes de marcharse.

III

Exactamente a las seis menos diez, en la estación de ferrocarril, Piotr Stepánovich y Erkel se paseaban de un extremo a otro de una larga hilera de vagones. Piotr Stepánovich se marchaba y Erkel había acudido a despedirse. Ya había entregado el equipaje, y el bolso de viaje estaba depositado en un vagón de segunda clase, en el sitio elegido. Había sonado la primera campanada y estaban a la espera de la segunda. Piotr Stepánovich miraba sin ningún recato a su alrededor, observando a los pasajeros que subían a los vagones. Pero no veía gente conocida; solo un par de veces había tenido que inclinar la cabeza: a un comerciante a quien conocía de vista y a un joven sacerdote de aldea que viajaba a su parroquia, a dos estaciones. Era evidente que Erkel tenía ganas de hablar de algo muy importante, en el último momento, aunque es probable que ni él mismo supiera de qué exactamente; de todos modos, no se animaba a empezar. Tenía la impresión de que Piotr Stepánovich estaba agobiado con su presencia y esperaba impaciente las últimas campanadas.

—Mira usted a todo el mundo con bastante descaro —comentó con cierta timidez, como si quisiera prevenirlo.

—Y ¿por qué no? Todavía no tengo por qué esconderme. Es pronto. No se preocupe. Lo único que temo es que el demonio haga venir a Liputin por aquí; como se huela algo, enseguida está aquí.

—Piotr Stepánovich, no son de fiar —declaró Erkel con decisión.

—¿Liputin?

—Todos, Piotr Stepánovich.

—Bobadas, ahora están todos atados por lo de ayer. Ninguno va a

traicionarnos. ¿Quién, a menos que haya perdido el juicio, iba a afrontar una ruina segura?

—Pero es que van a perder el juicio, Piotr Stepánovich.

Esa idea, al parecer, ya se le había pasado por la cabeza al propio Piotr Stepánovich, y por eso el comentario de Erkel le resultó aún más irritante.

—¿No estará usted asustado, Erkel? Yo confío en usted más que en ninguno de ellos. Ya he podido ver lo que vale cada cual. Dígales todo de palabra hoy mismo; los dejo a todos a su cargo. Vaya a verlos esta misma mañana. Léales mis instrucciones escritas mañana o pasado, estando todos reunidos, cuando estén en condiciones de escuchar… pero, créame, mañana ya estarán en condiciones de escuchar, porque estarán muertos de miedo y se volverán dóciles como la cera… Lo más importante es que usted no se desanime.

—¡Ah, Piotr Stepánovich, sería mejor que usted no se fuera!

—Pero si solo son unos pocos días; dentro de nada estoy de vuelta.

—Piotr Stepánovich —dijo Erkel cauteloso, pero con firmeza—, aunque sea a San Petersburgo. Sé que usted solo hace lo que es imprescindible para la causa común.

—No esperaba menos de usted, Erkel. Si ha adivinado que voy a San Petersburgo, habrá comprendido que no podía decirles a los otros ayer, en esos momentos, que me marcho tan lejos, porque se habrían asustado. Usted ya pudo ver cómo se encontraban. Pero usted es consciente de que lo hago por la causa, por la causa que verdaderamente importa, por la causa común, y no para ahuecar el ala, como supondría un Liputin cualquiera.

—Aunque se fuera usted al extranjero, yo lo entendería igualmente, Piotr Stepánovich; entendería que tiene usted que cuidar de sí mismo, porque usted lo es todo y nosotros no somos nada. Lo entendería, Piotr Stepánovich.

Al pobre muchacho le temblaba hasta la voz.

—Se lo agradezco, Erkel… Ay, me ha tocado usted el dedo malo —Erkel le había estrechado la mano con torpeza; el dedo herido estaba elegantemente vendado con tafetán negro—. Pero vuelvo a decirle positivamente que voy a San Petersburgo únicamente a husmear, tal vez un solo día, y enseguida estoy de vuelta. A mi regreso, para guardar las apariencias, me instalaré en casa de Gagánov, en la aldea. Si ellos tienen la menor sospecha de que hay peligro en algún sitio, yo seré el primero en ir a compartirlo. Y, si me quedo más de lo previsto en San Petersburgo, de inmediato se lo haré saber… por el conducto

habitual, y usted a ellos. —Se oyó la segunda campanada—. O sea, que solo faltan cinco minutos para la salida. Sepa que no me gustaría que se deshiciese este grupo. No es que yo tema nada, no se preocupe por mí; cuento con suficientes nudos en la red común, y no es que lo valore especialmente; pero otro nudo nunca viene mal. De todos modos, en lo que a usted respecta estoy tranquilo, aunque le dejo prácticamente solo con esos monstruos: no se preocupe, no irán a denunciar, no se atreven… Vaya, ¿también se va usted hoy? —le gritó de pronto en un tono bien distinto, mucho más animado, a un joven que se acercaba alegremente a saludarlo —. No sabía que usted también iba a tomar el expreso. ¿Adónde? ¿A ver a su madre?

La madre del joven era una propietaria riquísima de una provincia vecina, y el joven era un pariente lejano de Yulia Mijáilovna que había pasado un par de semanas en nuestra ciudad.

—No, voy más lejos, a R. Me esperan ocho horas metido en el vagón. ¿A San Petersburgo? —El joven se echó a reír.

—¿Por qué está tan seguro de que voy a San Petersburgo? —Piotr Stepánovich se rió, ya sin ningún recato.

El joven lo amenazó con un dedo enguantado.

—Bueno, sí, lo ha adivinado —susurró Piotr Stepánovich con aire misterioso —; llevo unas cartas de Yulia Mijáilovna y tengo que verme allí con tres o cuatro personas, ya sabe de qué clase… así se los lleve el diablo, francamente. ¡Malditas obligaciones!

—Pero dígame una cosa, ¿por qué está ella tan asustada? —dijo el joven en voz baja—. Ayer ni siquiera quiso recibirme; en mi opinión, no tiene nada que temer en relación con su marido; todo lo contrario, cayó con tanto estilo en el incendio que fue, por así decir, como si se estuviera inmolando.

—Bueno, así son las cosas —Piotr Stepánovich se reía—; lo que a ella le da miedo, fíjese, es que alguien de aquí ya haya escrito… quiero decir, ciertos señores… En una palabra, aquí quien lleva la voz cantante es Stavroguin, o, lo que es lo mismo, el príncipe K. Vaya, es una historia muy larga; ya le contaré a usted algo en el viaje… en la medida, claro está, en que lo consienta la caballerosidad… Este de aquí es mi pariente, el alférez Erkel, de nuestro distrito.

El joven, que había estado mirando de reojo a Erkel, se llevó la mano al sombrero; Erkel se inclinó.

—La verdad, Verjovenski, es que ocho horas metidos en un vagón es un destino atroz. Viaja con nosotros en primera un coronel muy divertido, Bérestov;

su hacienda está al lado de la mía y está casado con una Gárina (*née de Garine*[344]), y ya sabe que es gente muy decente. Y hasta con ideas. Solo ha pasado aquí un par de días. Es un aficionado impenitente al *yeralash*. ¿Qué tal si montamos una partida? Ya le he echado el ojo al cuarto: Pripújlov, nuestro comerciante barbudo de T… Un millonario, lo que se dice un verdadero millonario. Se lo presentaré; es una talega llena hasta arriba, de lo más interesante; lo que nos vamos a reír.

—Al *yeralash*, con muchísimo gusto; me encanta jugar en el tren, pero el caso es que voy en segunda.

—¡Eh, vamos, ni lo mencione! Siéntese con nosotros. Ahora mismo doy orden de que le trasladen a primera. El jefe de tren hace todo lo que le digo. ¿Qué lleva usted? ¿Un bolso? ¿Una manta de viaje?

—¡Maravilloso! ¡Vamos allá!

Piotr Stepánovich recogió su bolso, su manta y su libro, y con toda presteza se trasladó a primera. Erkel le echó una mano. Sonó la tercera campanada.

—Bueno, Erkel —a toda prisa, con aire atareado, Piotr Stepánovich le ofreció la mano por última vez, desde la ventanilla del vagón—; me voy a jugar con esa gente.

—No tiene por qué darme explicaciones, Piotr Stepánovich; ¡lo entiendo, lo entiendo todo, Piotr Stepánovich!

—Pues nada, ha sido un placer. —De pronto se dio la vuelta, atendiendo la llamada del joven, que quería presentarle a sus compañeros de juego. Y ¡Erkel ya nunca volvió a ver a su Piotr Stepánovich!

Se volvió para casa, muy triste. No porque estuviera asustado por la marcha repentina de Piotr Stepánovich, sino… sino por la rapidez con la que le había dado la espalda al oír la llamada de aquel lechuguino, y… Ya podía haberle dicho algo distinto, en vez de «ha sido un placer», o… o al menos haberle estrechado la mano con más fuerza.

Esto último era lo más importante. Algo distinto empezaba a arañar su pobre corazón, algo que él mismo aún no entendía: algo relacionado con la tarde anterior.

Capítulo VII. La última peregrinación de Stepán Trofímovich

I

Estoy seguro de que Stepán Trofímovich se asustó enormemente al sentir que el plazo de su disparatada empresa se acercaba. Estoy seguro de que sufrió mucho por todo el miedo que había pasado, especialmente la noche anterior, aquella horrible noche. Nastasia recordaría después que su señor se había ido ya tarde a la cama y que había dormido. Pero eso no demuestra nada: dicen que los condenados a muerte duermen a pierna suelta la víspera de la ejecución. Aunque salió de casa al amanecer, cuando un hombre nervioso se siente con mayores bríos (aquel comandante, pariente de Virguinski, dejaba incluso de creer en Dios en cuanto la noche llegaba a su fin), estoy seguro de que nunca habría sido capaz, sin horrorizarse, de imaginarse solo en la carretera y en semejante estado. Como es natural, alguna clase de desesperación en sus pensamientos debió de atenuar al principio, muy probablemente, toda la intensidad de aquella aterradora sensación de repentina soledad en la que se vería de pronto, nada más dejar a Stasie y alejarse del sitio donde había pasado veinte años caliente. Pero es igual: por mucho que hubiera sido plenamente consciente de todos los horrores que le esperaban, ¡habría salido igualmente a la carretera y habría echado a andar! Era también una cuestión de orgullo, un orgullo que le seducía, a pesar de todos los pesares. ¡Ah, siempre habría podido aceptar las espléndidas condiciones de Varvara Petrovna y seguir viviendo de su caridad, «*comme* un gorrón cualquiera»! Pero no había aceptado la limosna y no había querido quedarse. Y ahora él era el que dejaba a Varvara Petrovna, enarbolaba «el estandarte de la gran idea» y se disponía a morir por él en la carretera. Así es como debía de sentirse; así es como debía de ver su situación.

Más de una vez me he hecho otra pregunta: ¿por qué salió corriendo, quiero decir, por qué se largó a pie, literalmente, en vez de marcharse sencillamente en coche? Al principio lo atribuí a los cincuenta años de falta de sentido práctico y a la inclinación fantástica de sus ideas, sometidas al influjo de una fuerte emoción. Supuse que la idea de las postas y los caballos (aunque llevaran campanillas) debía de parecerle demasiado sencilla y prosaica; por el contrario, una peregrinación, aun con paraguas, era algo mucho más pintoresco y más vengativamente sentimental. Pero ahora que todo ha terminado tengo la sospecha de que la cosa fue mucho más sencilla: en primer lugar, no se había atrevido a alquilar unos caballos porque Varvara Petrovna habría podido enterarse y retenerlo a la fuerza —algo que muy probablemente ella habría hecho y muy probablemente él habría acatado—, y entonces ¡adiós a la gran idea para siempre! En segundo lugar, porque para contratar caballos de posta hay que saber como mínimo adónde va uno. Pero precisamente en ese momento su mayor pesar consistía en que no lo sabía: era

incapaz de escoger un destino. Pues, de haberse decidido por una ciudad cualquiera, en ese mismo instante su empresa se habría vuelto a sus propios ojos absurda e imposible; era algo que intuía con toda claridad. ¿Qué iba a hacer él precisamente en esa ciudad? Y ¿por qué no en otra? ¿Buscar a *ce marchand*[345]? Pero ¿a qué *marchand*? Ahí volvía a plantearse esa segunda y más terrible pregunta. En el fondo, nada le daba más miedo que *ce marchand*, a quien con tanta prisa, así, de buenas a primeras, se había lanzado a buscar, y a quien, naturalmente, tanto temía encontrar en realidad. No, mucho mejor la carretera, salir y echar a andar por ella, sin pensar en nada, mientras fuera posible no pensar. La carretera es una cosa larga, larguísima, que no tiene fin, como la vida del hombre, como los sueños del hombre. La carretera encierra una idea; en cambio, ¿qué idea encierran las postas? Las postas son el final de la idea… *Vive la grande route*[346], y que sea lo que Dios quiera.

Después del repentino e inesperado encuentro con Liza que ya he descrito, siguió su camino, aún más abstraído. La carretera pasaba a media versta de Skvoréshniki y, cosa rara, al principio no se dio ni cuenta de cómo había llegado hasta allí. Razonar con fundamento o, por lo menos, hacerse cargo de lo que hacía le resultaba insoportable en esos momentos. La llovizna tan pronto cesaba como se reanudaba, pero él no reparaba en la lluvia. Tampoco reparó en que se había echado el bolso de viaje al hombro y que así podía caminar con más ligereza. Debía de haber recorrido así una versta o versta y media cuando de pronto se detuvo y miró a su alrededor. La vieja y negra carretera, llena de rodadas y bordeada de sauces, se extendía ante él como un hilo interminable. A la derecha, una llanura desnuda, campos cosechados hacía ya mucho, mucho tiempo; a la izquierda, arbustos, y más allá un bosquecillo. Y a lo lejos, a lo lejos, apenas visible, la línea oblicua del ferrocarril y por encima el humo de algún tren, aunque ya no le llegaba su ruido. Stepán Trofímovich se amedrentó un poco, pero fue apenas un instante. Suspiró sin objeto, apoyó el bolso de viaje en un sauce y se sentó a descansar. Al ir a sentarse, sintió un escalofrío y se arropó con la manta; en ese momento notó que llovía y abrió el paraguas. Así estuvo un buen rato, farfullando algo de vez en cuando y sujetando con fuerza el mango del paraguas. Toda clase de imágenes desfilaron ante él en febril procesión, sucediéndose en su cabeza. «Lise, Lise —pensaba—, y *ce Maurice* con ella… Qué gente más rara… Pero ¿qué habrá pasado con ese incendio tan extraño que hubo por allí? Y ¿de qué estarían hablando? ¿Qué asesinados serían ésos?… Supongo que *Stasie* aún no ha tenido tiempo de enterarse de nada y todavía me estará esperando con el café… ¿A las cartas? ¿Será verdad que he perdido algún hombre a las cartas? Hum… aquí en Rusia, en la llamada época de la servidumbre… Ay, Dios mío, ¿y Fedka?».

Se estremeció, asustado, y miró a su alrededor: «¿Qué pasa si detrás de esos arbustos está escondido ese Fedka? Porque dicen que tiene por aquí, cerca de la carretera, a toda una banda de ladrones. Ay, Dios, entonces yo… entonces yo le cuento toda la verdad, le digo que yo soy el culpable y que *llevo diez años* sufriendo por él, más de lo que él ha servido como soldado, y… y le daré mi monedero.

Hum, *j'ai en tout quarante roubles; il prendra les roubles et il me tuera tout de même!*»[347].

Asustado, cerró el paraguas, quién sabe por qué, y lo dejó a un lado. A lo lejos, en la carretera que venía de la ciudad, se veía una telega; intranquilo, empezó a fijarse en ella.

«*Grâce à Dieu*; es una telega, y va al paso; no puede ser un peligro. Estos caballejos extenuados nuestros… Yo siempre he hablado de la raza… Fue Piotr Ilich, por cierto, el que habló de la raza en el club, y yo lo desplumé, *et puis*; pero ¿qué es eso que hay detrás?… parece que va una mujer montada en la telega. Una pareja de campesinos, *cela commence à être rassurant*[348]. La mujer detrás y el hombre delante… *c'est très rassurant*[349]. Detrás del carro llevan una vaca atada por los cuernos… *c'est rassurant au plus haut degré*»[350].

La telega llegó hasta su altura; era una telega bastante sólida y de buena factura. La mujer iba sentada encima de un saco lleno hasta arriba y el hombre en el pescante, con las piernas colgando hacia donde estaba Stepán Trofímovich. Detrás, en efecto, marchaba balanceándose una vaca roja, atada por los cuernos. El aldeano y la mujer miraron a Stepán Trofímovich con los ojos a cuadros, y éste los miró de idéntico modo; no obstante, cuando ya habían avanzado como veinte pasos más, se levantó a toda prisa y trató de darles alcance. Como es natural, se sentía más seguro estando cerca de la telega, pero, una vez alcanzada, no tardó en olvidarse de todo de inmediato y en sumirse nuevamente en sus retazos de imágenes e ideas. Seguía su marcha y, como es lógico, no sospechaba que él pudiera ser en aquellos momentos para el campesino y la mujer el objeto más fascinante y misterioso con que uno podía toparse en la carretera.

—Usted, quiero decir… ¿de dónde sale usted, si se me permite preguntar? —preguntó finalmente la mujer, incapaz de contenerse, cuando de pronto Stepán Trofímovich la miró distraído. La mujer tendría como veintisiete años, era gruesa, de cejas negras y mejillas coloradas, con labios rojos que sonreían amablemente, tras los cuales brillaban unos dientes blancos y regulares.

—Se dirige… ¿se dirige usted a mí? —murmuró Stepán Trofímovich con una sorpresa llena de aflicción.

—Seguro que es un comerciante —dijo convencido el campesino. Era un hombre alto de unos cuarenta años, de rostro ancho y despierto y una poblada barba pelirroja.

—No, yo no soy comerciante, yo… yo… *moi c'est autre chose*[351] —Stepán Trofímovich esquivó como pudo la pregunta y, por si acaso, se fue quedando ligeramente rezagado, hasta la parte posterior de la telega, de modo que ahora marchaba al paso de la vaca.

—Entonces ha de ser un señor —sentenció el campesino al oír palabras que no eran rusas, y frenó el rocín.

—Por eso mismo le estábamos mirando a usted, ¿así que ha salido a dar un paseo? —volvió a indagar la mujer.

—¿Me… me lo pregunta usted?

—A veces se ven forasteros que vienen en el ferrocarril; se diría que esas botas suyas no son de por aquí…

—Son botas militares —apuntó gravemente el campesino, muy pagado de sí mismo.

—No, tampoco es que sea militar, yo…

«Qué mujer más cotilla —se dijo Stepán Trofímovich con irritación—. Y qué forma de mirarme… *mais, en fin*… En fin, lo raro es que me siento en falta ante ellos, y yo no les he hecho nada».

La mujer le dijo algo en voz baja al hombre.

—Con el debido respeto, podría subir con nosotros, si le parece bien.

—Sí, sí, amigos míos, con muchísimo gusto, porque estoy muy cansado, pero ¿cómo me subo?

«Lo extraño —pensaba— es que haya ido tanto rato al lado de esta vaca y no se me haya ocurrido pedirles que me dejen subir… Esta "vida real" tiene cosas muy características…».

El campesino, sin embargo, aún no había detenido el caballo.

—Y ¿adónde va usted? —preguntó con cierto recelo.

Stepán Trofímovich no le entendió al principio.

—Seguro que va a Játovo.

—¿Játov? No, no voy a casa de Játov… La verdad es que no lo conozco, aunque me han hablado de él.

—La aldea, la aldea de Játovo; está a nueve verstas de aquí.

—¿La aldea? *C'est charmant*, creo que he oído hablar de ella…

Stepán Trofímovich aún iba andando, y seguían sin ayudarlo a subir. Una genial conjetura se le pasó por la cabeza:

—A lo mejor ustedes se piensan que yo… Llevo aquí conmigo mi pasaporte y soy catedrático, quiero decir, si ustedes lo prefieren, maestro… pero uno destacado. Soy el maestro principal. *Oui, c'est comme ça qu'on peut traduire*[352]. Me encantaría ir sentado, y puedo comprarles… puedo comprarles a cambio medio *shtof* de vino.

—Que sea un *poltínnik*[353], señor, el camino es malo.

—De otro modo, no sería nada justo para nosotros —apuntó la mujer.

—¿Un *poltínnik*? De acuerdo, un *poltínnik. C'est encore mieux, j'ai en tout quarante roubles, mais…*[354]

El campesino detuvo la telega, y haciendo fuerza entre los dos auparon a Stepán Trofímovich y lo sentaron encima del saco, al lado de la mujer. El torbellino de ideas no abandonaba a Stepán Trofímovich. A veces, se sentía terriblemente distraído, pensando en lo que no tenía que pensar, y se quedaba asombrado. Por momentos, esa conciencia de su morbosa debilidad mental le resultaba penosa y hasta humillante.

—¿Cómo… cómo es que esa vaca va detrás? —le preguntó de pronto a la mujer.

—¿Qué pasa, señor? ¿Nunca ha visto una? —La mujer se echó a reír.

—Venimos de comprarla en la ciudad —terció el campesino—. Verá usted, esta pasada primavera se nos murió el ganado, de peste. Se nos murieron todos los animales, no nos quedó ni la mitad, qué forma de lamentarnos.

Y volvió a arrear al rocín, que se había atascado en una rodada.

—Sí, estas cosas pasan en Rusia… y, en general, los rusos… bueno, sí, eso pasa… —Stepán Trofímovich no llegó a terminar.

—Si es usted maestro, ¿a qué va a Játovo? O ¿es que va más lejos?

—Yo… es decir, no es que vaya más lejos… *c'est à dire*, voy buscando a un comerciante.

—¿A Spásov, entonces?

—Sí, sí, a Spásov, eso es. De todos modos, da igual.

—Si va usted a Spásov, y a pie, con esas botitas tardará ocho días. —La mujer se reía.

—Es verdad, es verdad; pero da igual, *mes amis*, da igual —Stepán Trofímovich, impaciente, zanjó así la discusión.

«Qué gente más entrometida; la mujer, de todos modos, habla mejor que él, y ya me doy cuenta de que desde el 19 de febrero[355] algo ha cambiado su manera de hablar y… y ¿qué más les dará si voy o no voy a Spásov? Les voy a pagar de todos modos, ¿por qué no me dejan en paz?».

—Si va a Spásov, mejor en el vapor —insistió el campesino.

—Es verdad —intervino la mujer, animada—, porque, si va en coche por la orilla, hay que dar un rodeo de treinta verstas.

—Serán cuarenta.

—Precisamente, mañana a las dos, en Ústievo, puede coger el vapor — aseguró la mujer.

Pero Stepán Trofímovich se obstinaba en guardar silencio. Sus interrogadores también se callaron. El campesino tiraba de las riendas del caballo; la mujer, de vez en cuando, le hacía algún escueto comentario. Stepán Trofímovich se quedó dormido. Tremenda fue su sorpresa cuando la mujer, entre risas, lo zarandeó y vio que estaba en una aldea bastante grande, a la puerta de una isba con tres ventanas.

—¿Se ha dormido, señor?

—¿Qué pasa? ¿Dónde estoy? ¡Ah, ya! Bueno… da igual —Stepán Trofímovich soltó un suspiro y se apeó de la telega.

Miró con tristeza a su alrededor; la aldea le parecía extraña y terriblemente ajena.

—El *poltínnik*, ¡ya se me olvidaba! —se dirigió al campesino, con un gesto de premura excesivo; era evidente que ahora temía separarse de ellos.

—Ahí dentro ajustamos las cuentas; adelante —invitó el campesino.

—Aquí se está bien —lo animó la mujer.

Stepán Trofímovich subió al porche destartalado.

«¿Cómo es posible todo esto?», se dijo en un susurro, presa de una profunda y recelosa perplejidad, entrando en la isba. «*Elle l'a voulu*»[356], sintió una punzada en el corazón, y una vez más se olvidó de todo, incluso de que había entrado en la isba.

Era una isba campesina, luminosa y bastante aseada, con tres ventanas y dos habitaciones; no era propiamente una posada, sino una simple isba que, siguiendo una antigua costumbre, daba acogida a conocidos que estaban de paso. Stepán Trofímovich, sin ningún reparo, se dirigió al rincón más cercano a la puerta; no se acordó de saludar, tomó asiento y se sumió en sus reflexiones. A todo esto, experimentó súbitamente en todo el cuerpo una placentera sensación de calor, después de las tres horas de camino a la intemperie. Incluso los breves e intermitentes escalofríos que le recorrían la columna, como les ocurre siempre a las personas nerviosas cuando sufren episodios de fiebre y pasan rápidamente del frío al calor, le resultaron, de pronto, extrañamente agradables. Levantó la cabeza y el dulce aroma de los blinis calientes con los que se afanaba la patrona en el horno le hizo cosquillas en la nariz. Con una sonrisa infantil, se inclinó hacia la mujer y empezó de pronto a parlotear:

—¿Eso qué son? ¿Blinis? *Mais… c'est charmant*.

—¿Le apetecen, señor? —enseguida la patrona le ofreció gentilmente.

—Sí, sí, vaya si me apetecen, y… también le pediría un poco de té—. Stepán Trofímovich se iba animando.

—¿Preparamos el samovar? Con muchísimo gusto.

En una bandeja con unos grandes dibujos azules aparecieron los blinis, los famosos blinis de pueblo, finos, hechos en parte con harina de trigo y cubiertos de mantequilla caliente: unos blinis deliciosos. Stepán Trofímovich los paladeó con deleite.

—¡Qué delicia! ¡Qué cosa más rica! Y ya no digamos si fuera posible *un doigt d'eau de vie*[357].

—¿No será una gotita de vodka lo que quiere, señor?

—Justo, justo, una gotita, *un tout petit rien*[358].

—¿Como cinco kopeks, digamos?

—Cinco, cinco, cinco, cinco, *un tout petit rien* —asintió Stepán Trofímovich con una sonrisa beatífica.

Pídale a un campesino que haga algo por usted y, siempre que pueda y quiera, le servirá con diligencia y cordialidad; pero pídale que vaya a por vodka, y su serena cordialidad habitual se transformará de golpe en una presurosa y alegre servicialidad, en una solicitud casi familiar. Quien va a por vodka —aun sabiendo de antemano que es usted y no él el que lo va a catar— es como si participara en alguna medida de su futura satisfacción… En menos de tres o cuatro minutos (la taberna estaba a dos pasos) apareció en la mesa, delante de Stepán Trofímovich, una *kosushka*[359] y un vaso grande y verdoso.

—Y ¡todo esto para mí! —Stepán Trofímovich se mostró muy sorprendido—. En casa siempre había vodka, pero nunca he sabido que daban tanto por cinco kopeks.

Llenó el vaso, se levantó y cruzó el cuarto con cierta solemnidad, hasta el otro rincón, donde estaba su compañera de viaje, con la que había compartido el saco, la mujer joven de cejas negras que tanto lo había importunado con sus preguntas a lo largo del camino. La mujer se turbó y trató de excusarse, pero, una vez manifestado todo lo que exige la decencia, finalmente se puso de pie y se bebió el vaso educadamente, de tres tragos, como hacen las mujeres; después, con una expresión de inmenso sufrimiento en el rostro, devolvió el vaso y se inclinó ante Stepán Trofímovich. Él respondió a la inclinación con gravedad y regresó a la mesa con cierto aire de orgullo.

Todo esto lo hizo como movido por una especie de inspiración; un segundo antes ni él mismo sabía que iba a agasajar a la mujer.

«Yo sé tratar a la gente del pueblo a la perfección, a la perfección; y siempre se lo he dicho», pensaba, satisfecho de sí mismo, mientras se servía lo que quedaba en la *kosushka*; aunque no llenó el vaso, el vodka lo reanimó con su calor y hasta se le subió un poco a la cabeza. «*Je suis malade tout à fait, mais ce n'est pas trop mauvais d'être malade*»[360].

—¿Querría comprar algo? —se oyó a su lado una voz suave de mujer.

Levantó los ojos y se sorprendió al ver a una señora —*une dame et elle en avait l'air*[361]— que pasaría de los treinta años, de aspecto muy modesto, ataviada con ropa de ciudad, con un vestido oscuro y una gran pañoleta gris sobre los hombros. Había algo enormemente afable en su rostro que enseguida gustó a Stepán Trofímovich. Acababa de volver a la isba, donde había dejado sus cosas en un banco cerca de donde estaba Stepán Trofímovich; había, entre otras cosas, una cartera que él, al entrar —ahora se acordaba—, había mirado con curiosidad, y una bolsa de hule no muy grande. De esa bolsa sacó dos libros bellamente encuadernados, con una cruz estampada en la cubierta, y se los ofreció a Stepán Trofímovich.

—*Eh… mais je crois que c'est l'Evangile*[362]; con muchísimo gusto… Ah, ahora comprendo… *Vous êtes ce qu'on appelle*[363] una librera de lance; he leído más de una vez… ¿Un *poltínnik*?

—Treinta y cinco kopeks cada uno —respondió la vendedora.

—Con muchísimo gusto… *Je n'ai rien contre l'Evangile, et…*[364] Hace tiempo que quería volver a leerlo…

En ese momento reparó en que llevaba por lo menos treinta años sin leer el Evangelio y solo como siete años antes había recordado algunos detalles por el libro *Vie de Jésus*, de Renan[365]. Como no tenía suelto, sacó sus cuatro billetes de diez rublos: todo lo que llevaba encima. La patrona de la isba se encargó de cambiarle uno, y solo entonces Stepán Trofímovich se dio cuenta de que había muchas personas en la isba; llevaban un rato observándolo y, al parecer, estaban hablando de él. Comentaban también lo del incendio en la ciudad, en particular el hombre de la telega y la vaca, recién llegado de allí. Hablaban de incendios y de los obreros de los Shpigulin.

«De camino hacia aquí no me ha dicho una palabra del incendio, y eso que, sin que yo le preguntara, ha hablado de todo lo habido y por haber», recordó, por alguna razón, Stepán Trofímovich.

—*Bátiushka*, Stepán Trofímovich, ¿es usted, señor? ¡Quién me lo iba a decir! … No me diga que no me reconoce —gritó un sujeto ya mayor, con aspecto de siervo a la antigua usanza, con la barba afeitada y embutido en un capote de largo cuello vuelto hacia abajo.

Stepán Trofímovich se asustó al oír su nombre.

—Perdón —balbuceó—, pero no caigo en quién puede ser usted…

—¡Mira que no acordarse! Soy Anísim, Anísim Ivanov. Estuve sirviendo al difunto señor Gagánov, y muchas veces vi al señor, con Varvara Petrovna, en casa de la difunta Avdotia Serguéievna. Solía ir a su casa, señor, a llevarle libros de parte de ella, y un par de veces le llevé dulces de San Petersburgo que ella le había encargado…

—¡Ah sí, ya me acuerdo de ti, Anísim! —Stepán Trofímovich sonrió—. ¿Vives aquí?

—Cerca de Spásov, señor, en el arrabal del monasterio de V., en casa de Marfa Serguéievna, la hermana de Avdotia Serguéievna; es muy posible que el señor se acuerde de ella: se rompió una pierna al caerse de la calesa, de camino al baile. Ahora vive cerca del monasterio, y yo estoy con ella. Y ahora, como ve, me

dirijo a la capital de provincia a visitar a unos parientes…

—Ya, ya veo.

—Me he alegrado de verle, señor; el señor siempre fue muy bueno conmigo. —Anísim sonrió entusiasmado—. Pero ¿adónde va el señor, solo, a lo que parece? Nunca, a lo que parece, ha viajado solo el señor…

Stepán Trofímovich lo miró con prevención.

—¿No irá a Spásov el señor?

—Sí, voy a Spásov. *Il me semble que tout le monde va à Spassof…*[366]

—¿A casa de Fiódor Matvéievich? ¡Cómo se va alegrar! Hay que ver el respeto que le tenía al señor en los viejos tiempos; todavía le recuerdan a menudo…

—Sí, sí, eso es, a casa de Fiódor Matvéievich.

—Como está mandado, como está mandado. Esos campesinos de ahí están asombrados, se supone que se han encontrado con el señor andando por la carretera. Qué gente más bruta.

—Yo… Yo, la verdad… El caso, Anísim, es que aposté, como hacen los ingleses, que iría a pie, y yo…

Tenía la frente y las sienes bañadas en sudor.

—Como está mandado, como está mandado… —Anísim escuchaba con una curiosidad implacable. Pero Stepán Trofímovich no podía aguantar más. Era tal su desconcierto que quería levantarse y salir de la isba. No obstante, sacaron el samovar, y en ese momento volvió la librera de lance, que había ido a algún sitio. Como quien se agarra a un clavo ardiendo, Stepán Trofímovich se volvió hacia ella y le ofreció té. Anísim se dio por vencido y se fue.

Efectivamente, la perplejidad cundía entre los paisanos: «Y éste ¿quién es? Se lo encuentran en la carretera, a pie, dice que si es maestro, viste como un extranjero, razona como un niño pequeño, no responde más que disparates, como si fuera huyendo de alguien, y ¡tiene dinero!». Empezaban a pensar en dar parte a las autoridades, «porque, a todo esto, las cosas no están tranquilas en la ciudad». Pero Anísim lo arregló todo en un santiamén. Salió al zaguán y le contó a todo el mundo que Stepán Trofímovich no es que fuera maestro, sino «un sabio enorme que estudiaba cosas de enorme importancia, que también había sido propietario, y llevaba veintidós años viviendo en casa de la generala Stravróguina, en el lugar del

hombre principal, y que todo el mundo le tenía un gran respeto en la ciudad. Algunas noches se dejaba billetes grises e irisados[367] en el club de los señores y tenía el grado de consejero, igual que un teniente coronel en el ejército, solo un grado por debajo del de coronel. Y tenía dinero, pues la generala Stavróguina se lo daba sin cuento», y etcétera, etcétera.

«*Mais c'est une dame, et très comme il faut*[368]. —Stepán Trofímovich descansaba del asalto de Anísim y miraba con grata curiosidad a su vecina, la librera de lance, la cual, de todos modos, se tomaba el té del platillo mientras mordisqueaba un terrón de azúcar—. *Ce petit morceau de sucre ce n'est rien…*[369] En ella hay algo noble e independiente, y al mismo tiempo… dulce. *Le comme il faut tout pur*[370], pero ligeramente de otra clase».

Pronto averiguó por ella misma que se llamaba Sofia Matvéievna Ulítina y que vivía en K., y allí tenía una hermana viuda, de familia de menestrales; también ella era viuda, y su marido, ascendido a subteniente después de haber servido como sargento, había caído en Sevastópol.

—Pero es usted muy joven todavía, *vous n'avez pas trente ans*[371].

—Treinta y cuatro, señor. —Sofia Matvéievna sonrió.

—¿Así que también entiende el francés?

—Un poco, señor; después de aquello viví cuatro años en casa de unos nobles y lo aprendí de los niños.

Contó que, después de enviudar con solo dieciocho años, había pasado algún tiempo en Sevastópol, de enfermera, y que después había vivido en varios sitios, y que ahora iba por ahí vendiendo evangelios.

—*Mais mon Dieu*, ¿no tuvo usted en nuestra ciudad una historia extraña, o más bien extrañísima?

La mujer se ruborizó; efectivamente, había sido ella.

—*Ces vauriens, ces malheureux…!*[372] —empezó Stepán Trofímovich, con la voz trémula de indignación; aquel recuerdo doloroso y abominable atormentó su corazón. Por unos momentos, parecía abstraído.

«Vaya, ha salido otra vez. —Volvió en sí, advirtiendo que, una vez más, ella no estaba—. Sale a menudo y está ocupada en algo. Me doy cuenta de que está incluso inquieta… *Bah, je deviens égoiste…*»[373].

Levantó los ojos y vio nuevamente a Anísim, pero esta vez en circunstancias

sumamente inquietantes. La isba estaba llena de campesinos, y a todos, por lo visto, los había arrastrado hasta allí el propio Anísim. Allí estaban el patrón de la isba, el campesino de la vaca, otros dos campesinos (que resultaron ser cocheros), un hombrecillo medio borracho, vestido como un campesino, solo que afeitado, que parecía un menestral arruinado por la bebida y era el más parlanchín. Y todos hablaban de él, de Stepán Trofímovich. El campesino de la vaca no daba su brazo a torcer, y aseguraba que, siguiendo por la orilla del lago, se daba un rodeo de cuarenta verstas, y que no había más remedio que tomar el vapor. El menestral medio borracho y el patrón replicaban con vehemencia:

—Naturalmente, hermano mío, si el señor cruza el lago en el vapor, va a acortar; eso es así. Pero a lo mejor estos días el vapor ni viene.

—Sí que viene, sí que viene; va a seguir viniendo otra semana. —Anísim estaba más excitado que nadie.

—Seguramente; pero no cumple el horario, por las fechas en que estamos; a veces hay que esperar tres días en Ústievo.

—Mañana está aquí, mañana a las dos en punto, como un clavo. Antes de que anochezca el señor está en Spásov sin falta —se empeñaba Anísim.

—*Mais qu'est-ce qu'il a cet homme*[374] —Stepán Trofímovich temblaba, esperando asustado su destino.

También se adelantaron los cocheros y empezaron a regatear; pedían tres rublos hasta Ústievo. Los otros gritaban que no estaba mal, que era el precio que tocaba y que todo el verano habían cobrado lo mismo por llevar a la gente de allí a Ústievo.

—Pero… aquí tampoco se está nada mal… Y yo no quiero… —empezó a farfullar Stepán Trofímovich.

—Claro que sí, señor, tiene usted mucha razón, ahora en Spásov sí que da gusto estar, y Fiódor Matvéievich se alegrará mucho de verle.

—*Mon Dieu*, *mes amis*, todo esto es tan inesperado para mí…

Por fin volvió Sofia Matvéievna. Pero se sentó en el banco con aire triste y abatido.

—¡No tengo modo de llegar a Spásov! —le dijo a la patrona.

—¿Cómo? Entonces, ¿usted también va a Spásov? —Stepán Trofímovich cobró nuevos bríos.

El caso es que una hacendada, Nadezhda Yegórovna Svetlítsyna, le había dicho la víspera que la esperase en Játovo, con la promesa de llevarla a Spásov, pero no había aparecido.

—Y ahora ¿qué hago? —insistía Sofia Matvéievna.

—*Mais ma chère et nouvelle amie*[375], yo puedo llevarla, igual de bien que esa hacendada, a ese, lo que quiera que sea, a esa aldea; si yo ya tengo un coche alquilado, y mañana… bueno, mañana vamos juntos a Spásov.

—Pero ¿usted también va a Spásov?

—*Mais que faire, et je suis enchanté!*[376] Yo la llevo de mil amores; mire, ésos quieren llevarme, ya nos hemos puesto de acuerdo… ¿Con quién de vosotros he llegado a un acuerdo? —Stepán Trofímovich, de pronto, se moría de ganas de ir a Spásov.

Al cabo de un cuarto de hora ya se estaban subiendo a una *brichka*[377] cubierta, él muy animado y plenamente satisfecho, ella a su lado, con su bolsa y una sonrisa de agradecimiento. Anísim los acomodó.

—Buen viaje, señor —se afanaba solícito al lado de la *brichka*—, nos ha alegrado tanto verle.

—Adiós, adiós, amigo mío, adiós.

—Cuando vea a Fiódor Matveich…

—Sí, sí, amigo mío… a Fiódor Petróvich… hala, adiós.

II

—Verá, amiga mía, me permite considerarme amigo suyo, *n'est pas?*[378] —se apresuró a decir Stepán Trofímovich, en cuanto echó a andar la *brichka*—. Verá usted, yo… *J'aime le peuple, c'est indispensable, mais il me semble que je ne l'avais jamais vu de près… Stasie… cela va sans dire qu'elle est aussi du peuple… mais le vrai peuple*[379], es decir, el auténtico, el que uno encuentra en la carretera, parece que solo se preocupa por saber adónde voy en realidad. Pero tampoco hay que tomárselo a mal. A veces parece que pierdo el hilo, pero yo creo que es por las prisas.

—Se diría, señor, que no está bien. —Sofia Matvéievna lo examinaba atenta, aunque respetuosamente.

—No, no, solo necesito arroparme, por lo demás, corre un viento fresco,

muy fresco incluso, pero vamos a dejarlo. Sobre todo, no era eso lo que quería decir. *Chère et incomparable amie*[380], me parece que soy casi feliz, y usted tiene la culpa. A mí la felicidad me sale cara, porque enseguida empiezo a perdonar a todos mis enemigos…

—Pero eso está muy bien…

—No siempre, *chère inocente. L'Evangile… Voyez-vous, désormais nous le prêcherons ensemble*[381], y yo voy a vender de buena gana esos bonitos libros suyos. Sí, pienso que ahí puede haber una idea, *quelque chose de très nouveau dans ce genre*[382]. El pueblo es religioso, *c'est admis*[383], pero aún no conoce el Evangelio. Yo se lo explicaré… En una explicación oral es posible corregir los errores de ese admirable libro, que yo, naturalmente, pienso tratar con el mayor de los respetos. También voy a ser útil en la carretera. Yo siempre he sido útil; yo siempre se lo he dicho, a ellos *et à cette chère ingrate…*[384] Oh, perdonemos, perdonemos, ante todo perdonemos a todos y en todo momento… Y esperemos que también nos perdonen. Sí, porque todos y cada uno de nosotros somos culpables ante los demás. ¡Todos somos culpables!

—Me parece que lo ha dicho muy bien, señor.

—Sí, sí… Siento que estoy hablando muy bien. Voy a hablarle muy bien a la gente, pero ¿qué era lo más importante que quería decir? No hago más que perder el hilo y no recuerdo… ¿Me permitirá usted que siga a su lado? Siento que su mirada y… hasta me asombran sus modales: es usted muy sencilla, me llama «señor» y vuelca la taza en el platillo; y… ese abominable terrón; pero hay en usted algo encantador, y lo veo en sus facciones… ¡Oh, no se ruborice ni me tenga miedo como hombre! *Chère et incomparable, pour moi une femme c'est tout*[385]. No puedo dejar de vivir con una mujer a mi lado, solo con que esté a mi lado… Estoy desbarrando de un modo terrible, terrible… No puedo recordar en absoluto lo que quería decir. Oh, bienaventurado aquel a quien Dios siempre le envía una mujer, y… y yo creo que estoy incluso un tanto exaltado. ¡También en la carretera hay una idea elevada! Eso… eso es lo que quería decir, lo de la idea, ya me he acordado, pero antes no caía. Y ¿por qué nos llevan tan lejos? Allí también se estaba bien; en cambio aquí… *cela devient trop froid. À propos, j'ai en tout quarante roubles et voilà cet argent*[386]; tómelo, tómelo, yo no sé qué hacer con él, voy a perderlo o me lo van a quitar, y… Creo que me apetece echar un sueño; la cabeza me da vueltas. Sí, me da vueltas, vueltas y más vueltas. Oh, qué buena es usted, ¿con qué me ha tapado?

—Seguramente tiene usted fiebre, señor, y le he tapado con mi manta; y, en cuanto al dinero, preferiría…

—Oh, por el amor de Dios, *n'en parlons plus, parce que cela me fait mal*[387], ¡oh, qué buena es usted!

Pero de pronto dejó de hablar y se durmió casi de inmediato, con un sueño convulso y febril. El camino por el que recorrieron esas diecisiete verstas no era precisamente llano, y el vehículo daba unos brincos tremendos. Stepán Trofímovich se despertaba cada dos por tres, alzaba la cabeza de la almohadilla que le había puesto Sofia Matvéievna, cogía a ésta de la mano y le preguntaba: «¿Está usted aquí?», como si tuviera miedo de que se hubiese ido de su lado. Le decía también que había soñado con unas fauces abiertas, llenas de dientes, que le habían dado mucho asco. Sofia Matvéievna estaba muy preocupada por él.

Los cocheros los condujeron directamente hasta una isba grande, con cuatro ventanas y unos pabellones anexos, también con cuartos, en el patio. Stepán Trofímovich, recién despierto, entró sin tardanza y fue derecho al segundo cuarto, el más espacioso y el mejor de la casa. Su rostro soñoliento adoptó una expresión diligente. De inmediato le explicó a la patrona, una mujer alta y gruesa de unos cuarenta años, con el pelo muy moreno y una sombra de bigote, que necesitaba el cuarto solo para él, «y que había que cerrarlo y no dejar entrar a nadie, *parce que nous avons à parler*»[388].

—*Oui, j'ai beaucoup a vous dire, chère amie*[389]. ¡Le pagaré, le pagaré! —Le hizo un gesto con la mano a la patrona.

Por mucha prisa que quisiera darse, le costaba articular las palabras. La patrona le escuchaba sin cordialidad, pero callaba en señal de asentimiento, en el que se intuía, de todos modos, cierta amenaza. Él no se dio cuenta de nada de eso y le pidió (tenía una prisa tremenda) que se retirara y le trajera de comer cuanto antes, «sin perder un instante»…

En ese momento la mujer bigotuda ya no se pudo contener.

—Esto no es una posada, señor, y no servimos comidas a los viajeros. Podríamos cocer unos cangrejos y preparar el samovar, pero no hay otra cosa. Pescado fresco no habrá hasta mañana.

Pero Stepán Trofímovich volvió a hacer un gesto con la mano y repitió con airada impaciencia: «Le pagaré, pero ¡venga, dese prisa!». Quedaron en que les serviría *ujá* y pollo asado; la patrona aseguró que no había forma de encontrar un pollo en toda la aldea, pero consintió en ir a buscarlo, aunque con cara de estar haciéndole un favor nunca visto.

En cuanto salió la patrona, Stepán Trofímovich se sentó en el sofá y sentó a su lado a Sofia Matvéievna. En la habitación había un sofá y unas butacas, aunque con un aspecto deplorable. El cuarto, bastante espacioso (con una zona separada para la cama), con las paredes recubiertas de un papel viejo, amarillo y rasgado, unas horripilantes litografías mitológicas y una larga hilera de iconos y de trípticos de cobre en el rincón delantero, con su extraño surtido de muebles, representaba

en su conjunto una disparatada mezcla de elementos urbanos y tradiciones campesinas. Pero Stepán Trofímovich ni se fijó, como tampoco miró por la ventana el enorme lago que empezaba a unos diez *sázheny*[390] de la isba.

—Por fin estamos solos, y ¡no vamos a dejar entrar a nadie! Quiero contarle todo, todo, desde el principio.

Sofia Matvéievna, con honda preocupación, le paró los pies:

—Supongo que sabrá, Stepán Trofímovich…

—*Comment, vous savez déjà mon nom?*[391] —Sonrió satisfecho.

—Se lo oí antes a Anísim Ivanov, cuando estaba hablando con usted. Yo, por mi parte, me atrevo a decirle que…

Y empezó a decirle en voz baja, hablando deprisa, echando un vistazo a la puerta cerrada por si pudiera haber alguien escuchando, que «aquí, en esta aldea, hay que andarse con ojo. Que si bien todos los aldeanos son pescadores, en realidad se ganan la vida sacándoles a los visitantes en verano todo el dinero que pueden. No es una aldea de paso, queda muy retirada, y si la gente viene es solo porque el vapor hace aquí una parada; y cuando el vapor no llega, cosa que ocurre cuando hace malo, la gente tiene que quedarse aquí varios días y todas las isbas se llenan, que es justo lo que esperan los dueños para cobrar por cualquier cosa tres veces su precio; y este patrón es un hombre orgulloso y altivo, porque es muy rico para lo que aquí se estila; solo sus redes de pesca ya valen mil rublos».

Stepán Trofímovich miraba el rostro extraordinariamente animado de Sofia Matvéievna casi con reproche y varias veces hizo un gesto con intención de callarla. Pero ella no dio su brazo a torcer y dijo todo lo que tenía que decir: según contó, ella ya había estado allí en verano, «con una señora muy noble», de la ciudad, y habían tenido que esperar dos días enteros hasta que llegó el vapor; y habían sufrido tales contratiempos que daba miedo contarlo. «Por ejemplo, usted, Stepán Trofímovich, se ha empeñado en pedir una habitación particular… Se lo digo únicamente para que esté sobre aviso… Ahí, en ese otro cuarto, ya hay otros huéspedes: un señor ya mayor y un hombre joven, y una señora con niños; y mañana la isba estará llena hasta las dos de la tarde, porque el vapor lleva dos días sin venir, y lo más probable es que venga mañana. Total, que por una habitación particular y por lo que les ha pedido de comer le van a cobrar una cantidad que hasta en las capitales sería algo inaudito, señor…».

Pero él estaba sufriendo, sufriendo de verdad.

—¡*Assez, mon enfant,*[392] se lo suplico! *Nous avons notre argent, et après… et après le bon Dieu!*[393] Incluso me asombra que una persona como usted, de tan

elevados pensamientos… *Assez, assez, vous me tourmentez*[394] —dijo histéricamente —. Tenemos todo el futuro por delante y usted… me asusta con lo que pueda pasar…

Empezó inmediatamente a contarle toda su historia, con tal premura que al principio costaba trabajo entenderle. Se alargó mucho tiempo. Sirvieron la *ujá*, sirvieron el pollo, trajeron, finalmente, el samovar, y él no paraba de hablar… El resultado fue un tanto extraño y morboso, pero al fin y al cabo él estaba enfermo. Supuso un esfuerzo mental imprevisto que, naturalmente —eso ya lo intuía Sofia Matvéievna con pesar mientras él contaba su historia—, no tuvo más remedio que reflejarse de inmediato en un profundo decaimiento de su ya alterado organismo. Empezó poco menos que por su infancia, cuando «con pecho lozano corría por los campos», y una hora después apenas había llegado a sus dos matrimonios y a su vida en Berlín. Que nadie vaya a pensar, de todos modos, que me atrevo a reírme de él. Había en todo eso algo que para él tenía mucha más trascendencia o, como se dice en la jerga más reciente, se trataba casi de la lucha por la existencia. Tenía delante a aquella que había escogido para compartir su vida futura y se apresuraba, por así decir, a iniciarla. Su genialidad no debía seguir siendo un secreto para ella… Es posible que estuviese exagerando enormemente en relación con Sofia Matvéievna, pero ya la había elegido. No podía vivir sin una mujer. Veía claramente por la cara de ella que apenas entendía una palabra de lo que le estaba diciendo, ni siquiera de lo más esencial.

«*Ce n'est rien, nous attendrons*[395], y entretanto ella puede entenderlo con la intuición…».

—¡Amiga mía, lo único que necesito es su corazón! —exclamó, interrumpiendo el relato—; y también esa dulce y encantadora mirada con que me está contemplando. ¡No, no se ruborice! Ya le he dicho…

La confusión fue en aumento para la pobre Sofia Matvéievna, allí atrapada, cuando el relato dio paso a una disertación, bastante exhaustiva, sobre cómo nadie había podido comprender nunca a Stepán Trofímovich y cómo «se echan a perder los hombres de talento en Rusia». Era todo «tan inteligente», contaría ella más tarde, con pesar. Escuchaba con evidente angustia, con los ojos ligeramente desorbitados. Y, ya cuando Stepán Trofímovich se deslizó por la vía del humor y de las maldades agudísimas a costa de «nuestros progresistas y nuestros mandamases», ella hizo dos penosos intentos de secundar sus risas, pero fue peor que el llanto, hasta el punto de que el propio Stepán Trofímovich se turbó y se lanzó a atacar, con redoblada furia y vehemencia, a los nihilistas y los «hombres nuevos». Lo único que consiguió fue asustarla, y la mujer solo tuvo un pequeño respiro, si bien de lo más engañoso, cuando empezó el romance como tal. Una mujer es siempre una mujer, aunque sea una monja. Sonreía, negaba con la cabeza, súbitamente se ruborizó y bajó los ojos, produciendo en Stepán Trofímovich tal éxtasis e inspiración que éste se permitió bastantes mentirijillas. Varvara Petrovna

se transformó en una morena cautivadora («la admiración de San Petersburgo y de muchas capitales de Europa»), y su marido «había sido abatido por las balas en Sevastópol», y solo porque se había juzgado indigno de su amor y había dejado el campo libre a su rival, esto es, al mismísimo Stepán Trofímovich… «¡No se escandalice, mi dulce amiga, mi cristiana! —apremió a Sofia Matvéievna Stepán Trofímovich, que casi se creía lo que estaba contando—. Aquello fue algo muy elevado, algo tan delicado que no lo hemos comentado ni una sola vez en toda nuestra vida». La causa de ese estado de cosas, a medida que avanzaba el relato, resultaba ser una rubia (si no era Daria Pávlovna, la verdad es que no sé en quién estaría pensando Stepán Trofímovich). Esta rubia se lo debía todo a la morena, en cuya casa se había criado en calidad de pariente lejana. Cuando la morena descubrió finalmente el amor de la rubia a Stepán Trofímovich, se lo guardó para sí. La rubia, a su vez, al descubrir el amor de la morena a Stepán Trofímovich, también se lo guardó para sí. Y los tres, languideciendo en su mutua magnanimidad, callaron veinte años, guardándose cada uno el secreto para sí. «¡Oh, qué pasión fue aquélla, qué pasión! —exclamó, sollozando con la más sincera emoción—. Yo vi florecer su belleza (la de la morena) en todo su esplendor; "con el corazón desgarrado" la veía a diario pasar junto a mí como avergonzándose de su belleza». (Una vez dijo: «avergonzándose de su gordura»). Al final él había acabado por huir, abandonando ese sueño febril de veinte años —«*Vingt ans!*»—. Y allí estaba ahora, en la carretera… A continuación, en un estado de inflamación cerebral, le dio por explicarle a Sofia Matvéievna el presumible sentido del encuentro de aquel día, «tan casual como fatídico», que uniría sus vidas «por los siglos de los siglos». Sofia Matvéievna, terriblemente turbada, se levantó por fin del sofá; él hizo incluso un intento de caer de rodillas ante ella, haciéndola llorar. Estaba anocheciendo; llevaban los dos varias horas encerrados en aquella habitación…

—No, lo mejor será que me deje ir al otro cuarto, señor —murmuró Sofia Matvéievna—; si no, la gente puede pensar cualquier cosa.

Finalmente, consiguió escabullirse; él permitió que se fuera, dándole su palabra de que se acostaría enseguida. Al despedirse, se quejó de que le dolía mucho la cabeza. Al llegar, Sofia Matvéievna había dejado la bolsa de viaje y sus cosas en la habitación de delante, contando con que pasaría la noche con los dueños; pero no tuvo ocasión de descansar.

Aquella noche Stepán Trofímovich sufrió uno de esos ataques de colerina que tanto yo como todos los amigos conocíamos tan bien, desenlace habitual de su tensión nerviosa y de sus sacudidas morales. La pobre Sofia Matvéievna no pegó ojo en toda la noche. Como para atender al paciente no tuvo más remedio que entrar y salir frecuentemente, atravesando el cuarto de la patrona, tanto ésta como los viajeros que pernoctaban allí no paraban de rezongar, y llegaron a insultarla cuando al amanecer se le ocurrió preparar el samovar. Mientras duró el ataque, Stepán Trofímovich estuvo todo el tiempo adormilado; a veces se imaginaba que

estaban preparando el samovar, que le daban algo de beber (té de frambuesa), que le ponían algo caliente en el vientre y en el pecho. Pero sentía a cada momento que *ella* estaba allí, a su lado, que era ella la que entraba y salía, la que lo levantaba de la cama y volvía a acostarlo. A eso de las tres de la madrugada empezó a sentirse algo mejor; se sentó en la cama, sacó las piernas y, sin pensar en nada, cayó al suelo delante de ella. No es que se arrodillara, como unas horas antes: sencillamente, cayó a sus pies y besó el borde de su vestido…

—No haga eso, señor; yo no me lo merezco —musitó ella, tratando de subirlo a la cama.

—Mi salvadora. —Juntó con devoción las manos ante ella—. *Vous êtes noble comme une marquise!*[396] Yo… yo soy un miserable. Oh, toda mi vida he sido deshonesto…

—Cálmese —le rogaba Sofia Matvéievna.

—Todo lo que le he contado antes ha sido un embuste, para darme importancia, por pura ociosidad… Todo, todo, hasta la última palabra… ¡Oh, qué miserable, qué miserable!

De ese modo, el ataque de colerina dio paso a otra clase de ataque: la condena histérica de sus propios actos. Ya me referí a tales ataques al hablar de sus cartas a Varvara Petrovna. De pronto se acordó de Lise y de su encuentro con ella la mañana del día anterior: «Fue algo horrible, y estoy seguro de que había ocurrido alguna desgracia; y ¡no pregunté nada! ¡No quise saber nada! ¡Solo pensaba en mí! Oh, ¿qué habrá sido de ella? ¿No sabe usted qué ha sido de ella?», le imploraba a Sofia Matvéievna.

Después juró que «no la iba a engañar», que volvería *con ella* (o sea, con Varvara Petrovna). «Nos acercaremos a la puerta de su casa —todo esto, se entiende, en compañía de Sofia Matvéievna— cada día, cuando se monte en el coche para ir a dar su paseo matutino, y la miraremos a hurtadillas… Oh, quiero que me abofetee en la otra mejilla; ¡lo quiero con deleite! ¡Le pondré la otra mejilla, *comme dans votre livre*[397]! Ahora, solo ahora he entendido lo que significa… poner la otra mejilla. Nunca lo había comprendido».

Siguieron los dos días más terribles de la vida de Sofia Matvéievna; todavía hoy los recuerda con un estremecimiento. Stepán Trofímovich empeoró tanto que no pudo marcharse en el vapor, el cual en esa ocasión llegó puntualmente a las dos de la tarde; en cuanto a ella, no tuvo valor para dejarlo solo y tampoco partió para Spásov. Según contaba, él incluso se alegró enormemente cuando zarpó el barco.

—Eso está muy bien, es estupendo —murmuraba en la cama—; tenía miedo de que al final nos fuésemos. Se está tan bien aquí, mejor que en ningún sitio…

¿No me irá a dejar? ¡Oh, usted no me ha dejado!

«Aquí», sin embargo, no se estaba tan bien, ni mucho menos. Él no quería saber nada de las dificultades de Sofia Matvéievna; tenía la cabeza llena únicamente de fantasías. Consideraba su enfermedad algo pasajero, una trivialidad, y no se paraba a pensar en ella; solo pensaba en cómo iban a vender «esos libros». Pidió a Sofia Matvéievna que le leyera el Evangelio.

—Hace ya mucho que no lo leo… en el original. Y, si alguien me pregunta, me puedo equivocar; al fin y al cabo, hay que estar preparados.

Ella se sentó a su lado y abrió el libro.

—Qué bien lee usted —Stepán Trofímovich la interrumpió después de que leyera la primera línea—. ¡Ya veo, ya veo que no estaba equivocado! —añadió de un modo confuso, pero exaltado. En general, su estado era de exaltación constante. Ella leyó el Sermón de la Montaña.

—*Assez, assez, mon enfant*, basta… ¡No me irá a decir que *eso* no es suficiente!

Cerró los ojos, exánime. Estaba muy débil, pero aún no perdía el conocimiento. Sofia Matvéievna se levantó, pensando que querría dormir. No obstante, él la retuvo.

—Amiga mía, toda la vida he mentido. Hasta cuando decía la verdad. Nunca he hablado por amor a la verdad, sino por amor a mí mismo; esto ya lo sabía antes, pero solo ahora lo veo… Oh, ¿dónde están esos amigos a quienes he ofendido con mi amistad toda la vida? Y ¡todo el mundo, todo el mundo! *Savez-vous*, es posible que ahora también esté mintiendo; seguro que estoy mintiendo. Lo fundamental es que me creo a mí mismo cuando miento. Lo más difícil que hay en la vida es vivir y no mentir… y… y no creerse las propias mentiras, ¡sí, sí, eso es! Pero espere, eso luego… ¡Estamos juntos, juntos! —añadió con entusiasmo.

—Stepán Trofímovich —preguntó tímidamente Sofia Matvéievna—, ¿no deberíamos llamar a un médico de la capital?

Se quedó de piedra.

—¿Para qué? *Est-ce que je suis si malade? Mais rien de sérieux*[398]… ¿Para qué queremos desconocidos? La gente se puede enterar, y entonces ¿qué va a pasar? No, no, nada de desconocidos, ¡nosotros juntos, juntos!

»Ande —dijo tras una breve pausa—, léame algo más, cualquier cosa, lo primero que salga.

Sofia Matvéievna abrió el libro y empezó a leer.

—Abra el libro al azar, y lo primero que salga —insistió él.

—«Y escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea…».

—¿Qué es esto? ¿Qué es? ¿De dónde?

—Del Apocalipsis.

—*O, je m'en souviens, oui, l'Apocalypse. Lisez, lisez*[399]; quiero adivinar nuestro futuro por el libro; quiero saber lo que ha salido; lea a partir de lo del ángel, lo del ángel…

—«Y escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea: He aquí el Amén, el testigo fiel y verdadero, el principio de la creación de Dios; dice esto: Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Pero, por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca. Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo»[400].

—Eso… y ¡eso está en su libro! —exclamó con ojos centelleantes, levantando la cabeza de la almohada—. ¡No conocía ese pasaje sublime! Escuche: mejor frío, frío, que tibio, que *simplemente* tibio. Oh, lo demostraré. Pero ¡no me deje, no me deje solo! ¡Lo demostraremos, lo demostraremos!

—Pues claro que no voy a dejarle, Stepán Trofímovich, ¡no voy a dejarle nunca! —Le cogió la mano y se la apretó entre las suyas, llevándoselas al corazón y mirándolo con lágrimas en los ojos. («En esos momentos me dio mucha lástima», diría más tarde). Los labios de Stepán Trofímovich temblaban como con convulsiones—. De todos modos, Stepán Trofímovich, ¿qué hacemos? ¿No quiere que avisemos a algún conocido suyo, o a lo mejor a algún pariente?

Pero al oír esto se asustó tanto que ella se arrepintió de haberlo dicho. Estremeciéndose y temblando, él le suplicó que no llamara a nadie ni hiciera nada; le pidió que le diera su palabra, insistiendo: «¡A nadie, a nadie! Nosotros solos, solos; *nous partirons ensemble!*»[401].

Lo malo era que los patrones empezaban también a inquietarse; refunfuñaban y apremiaban a Sofia Matvéievna. Ella les fue pagando y se ocupó de que vieran que tenía dinero; eso los apaciguó por un tiempo, pero el patrón quería ver «el pasaporte» de Stepán Trofímovich. El enfermo, con una sonrisa de suficiencia, señaló su maletín; en él encontró Sofia Matvéievna el decreto de su cese, o algo por el estilo, que era lo que le había valido toda la vida. El patrón no se dio por vencido y dijo que «habría que trasladarlo a otro sitio, porque esto no es un

hospital; y, si se muere, bien puede haber consecuencias; vamos a pasarlas canutas». Sofia Matvéievna habló también con él de lo del médico, pero, si había que hacerlo venir de la capital, podía salir tan caro que hubo que renunciar definitivamente a la idea. Volvió afligida al lado de su enfermo. Stepán Trofímovich estaba cada vez más débil.

—Léame ahora otro pasaje… de unos cerdos —dijo de pronto.

—¿Cómo, señor? —Sofia Matvéievna se llevó un susto de muerte.

—De unos cerdos… está ahí… *ces cochons…*[402] Me acuerdo de unos demonios que entraron en unos cerdos y todos se ahogaron. Tiene que leérmelo; ya le diré después por qué. Quiero aprendérmelo literalmente. Tiene que ser literalmente.

Sofia Matvéievna conocía bien el Evangelio y no tardó en encontrar el pasaje de Lucas, el mismo que he elegido como epígrafe de mi crónica. Lo cito aquí de nuevo:

Había allí un hato de muchos cerdos que pacían en el monte; y le rogaron que los dejase entrar en ellos; y les dio permiso. Y los demonios, salidos del hombre, entraron en los cerdos; y el hato se precipitó por un despeñadero al lago, y se ahogó. Y los que apacentaban los cerdos, cuando vieron lo que había acontecido, huyeron, y yendo dieron aviso en la ciudad y por los campos. Y salieron a ver lo que había sucedido; y vinieron a Jesús, y hallaron al hombre de quien habían salido los demonios, sentado a los pies de Jesús, vestido, y en su cabal juicio; y tuvieron miedo. Y los que lo habían visto, les contaron cómo había sido salvado el endemoniado[403].

—Amiga mía —dijo Stepán Trofímovich muy agitado—, *savez-vous*, ese pasaje prodigioso y… extraordinario ha sido la piedra en la que he tropezado toda la vida… *dans ce livre…* tanto es así que ese pasaje lo recuerdo ya desde la niñez. Se me acaba de ocurrir una idea, *une comparaison*. Ahora no paran de ocurrírseme ideas: mire, es exactamente igual que nuestra Rusia. Esos demonios que salen del enfermo y entran en los cerdos son todas las llagas, todos los miasmas, todas las impurezas, todos los demonios, grandes y pequeños, que se han ido acumulando en nuestro querido y gran enfermo, en nuestra Rusia, siglo tras siglo. *Oui, cette Russie, que j'aimais toujours*[404]. Pero una gran idea y una gran voluntad vendrán a ella desde lo alto, como si fuera ese loco endemoniado, y saldrán todos esos demonios, toda la impureza, toda esa abominación que supuraba en la superficie… y pedirán entrar en los cerdos. Y ¡es posible que ya hayan entrado! Se trata de nosotros, nosotros y ellos, y Petrusha… *et les autres avec lui*[405], y yo el primero, a la cabeza, y nos arrojaremos, perturbados y endemoniados, desde un acantilado al mar y nos ahogaremos todos, y a eso nos encaminamos, pues no servimos para nada más. Pero el enfermo sanará y «se sentará a los pies de Jesús»… y todos lo

mirarán con estupor… Querida, *vous comprendrez après*, pero ahora mismo esto me preocupa mucho… *vous comprendrez après… nous comprendrons ensemble*[406].

Empezó a delirar y finalmente perdió el conocimiento. Ese estado se prolongó todo el día siguiente. Sofia Matvéievna estuvo sentada a su lado, llorando; ya iban para tres noches casi sin dormir y procurando que no la vieran los dueños: tenía el presentimiento de que estaban tramando algo. Solo el tercer día llegó la liberación. Por la mañana Stepán Trofímovich volvió en sí, la reconoció y le alargó la mano. Ella se santiguó con esperanza. A él se le antojó mirar por la ventana: «*Tiens, un lac*[407] —dijo—. Ay, Dios mío, no me había fijado hasta ahora…». En ese momento se oyó el estruendo de un carruaje a la entrada de la isba, y en la casa se armó un alboroto tremendo.

III

Era nada menos que Varvara Petrovna, llegada en un coche de cuatro plazas tirado por cuatro caballos, con dos lacayos y con Daria Pávlovna. El milagro había ocurrido del modo más simple: una vez en la ciudad, Anísim, muerto de curiosidad, se acercó el segundo día a casa de Varvara Petrovna, y se dedicó a parlotear con los criados, contándoles que se había encontrado con Stepán Trofímovich solo, en una aldea, que unos campesinos lo habían visto andando solo por la carretera, y que se dirigía a Spásov, pasando por Ústievo, en compañía de Sofia Matvéievna. Como Varvara Petrovna estaba ya terriblemente preocupada y había removido cielo y tierra para encontrar a su amigo desaparecido, le comunicaron de inmediato lo de Anísim. Después de haberle escuchado y, sobre todo, después de haber oído los detalles de la partida para Ústievo en compañía de una tal Sofia Matvéievna, con la que viajaba en la misma *brichka*, se preparó de inmediato y, siguiendo las huellas aún recientes, se presentó ella misma en Ústievo.

Su voz severa e imperiosa se oyó por toda la casa; los propios dueños se asustaron. Había hecho una parada sin más propósito que el de recabar información, convencida de que Stepán Trofímovich llevaría ya bastante tiempo en Spásov; pero al enterarse de que estaba allí mismo, y además enfermo, entró nerviosa en la isba.

—A ver, ¿dónde está? ¡Ah, eres tú! —exclamó al ver a Sofia Matvéievna que en ese preciso momento se asomaba al umbral del segundo cuarto—. Por esa cara de desvergonzada, he adivinado que eras tú. ¡Largo, descastada! ¡Que no quede ni rastro de ella en esta casa! Echadla de aquí, o, si no, *mátushka*, te hago encarcelar para los restos. De momento, que la encierren en otra casa. Ya ha estado antes en la cárcel de la ciudad, y allí volverá. Y a ti, patrón, te pido que no se te ocurra dejar entrar a nadie estando yo aquí. Soy la generala Stavróguina y voy a ocupar la casa entera. Y tú, preciosa, vas a darme cuenta de todo.

Aquellos sonidos familiares trastornaron a Stepán Trofímovich. Se echó a temblar. Pero ella ya estaba al lado de la cama. Con ojos centelleantes, se acercó una silla con el pie y, apoyándose en el respaldo, le gritó a Dasha:

—Sal de la habitación, ve con la patrona. ¿A qué viene tanta curiosidad? Y cierra bien la puerta al salir.

Estuvo un rato callada, examinando el rostro aterrado del enfermo con una mirada de rapaz.

—Bueno, ¿cómo le va, Stepán Trofímovich? ¿Se lo ha pasado bien? —se le escapó de pronto, con furibunda ironía.

—*Chère* —balbuceó Stepán Trofímovich, sin saber lo que decía—, he descubierto lo que es la auténtica vida rusa… *Et je prêcherai l'Evangile…*[408]

—¡Oh, hombre desvergonzado, desagradecido! —estalló ella de pronto, juntando las manos—. No se conforma con abochornarme, sino que se junta con… ¡Oh, viejo verde, indecente!

—*Chère…*

Se le quebró la voz, y no pudo articular palabra; solo podía mirarla con espanto, con ojos desorbitados.

—¿Quién es *ésa*?

—*C'est un ange… C'était plus qu'un ange pour moi*[409], toda la noche… Oh, no le grite, no la asuste, *chère, chère…*

De pronto, Varvara Petrovna saltó de la silla con gran estrépito; se oyó su grito alarmado: «¡Agua, agua!». Aunque Stepán Trofímovich recobró el conocimiento, ella no dejaba de temblar del susto y, pálida, miraba su rostro contraído: solo entonces, por primera vez, cayó en la cuenta de lo grave de su enfermedad.

—Daria —se dirigió de improviso a Daria Pávlovna, hablándole en voz baja—, manda llamar enseguida al doctor Salzfisch; que vaya ahora mismo Yegórych; que alquile caballos aquí y que se traiga otro coche de la ciudad. Y que esté aquí para la noche.

Dasha corrió a cumplir la orden. Stepán Trofímovich seguía mirando con ojos desorbitados de terror; le temblaban los labios lívidos.

—Espera, Stepán Trofímovich, espera, querido —lo consolaba como a un

niño—; vamos, espera un poco, espera, que Daria Pávlovna vuelve enseguida y… ¡Ay, Dios mío, patrona, patrona, ven tú misma, *mátushka*!

En su impaciencia, fue ella corriendo a buscar a la patrona.

—Enseguida, enseguida, traiga a *ésa* de vuelta. ¡Tráigala, tráigala!

Por fortuna, Sofia Matvéievna no había tenido tiempo de alejarse de la casa y estaba saliendo por el portalón con su hatillo y su bolsa. La hicieron volver. Estaba tan asustada que le temblaban los brazos y las piernas. Varvara Petrovna la agarró de una mano, como un milano a un polluelo, y la llevó a rastras hasta Stepán Trofímovich.

—Bueno, aquí la tiene. No me la he comido. Usted se creía que me la iba a comer.

Stepán Trofímovich le cogió una mano a Sofia Matvéievna, se la llevó a los ojos y se deshizo en lágrimas, sollozando de un modo morboso, entre convulsiones.

—¡Venga, cálmate, cálmate! ¡Venga, querido, cálmate! ¡Cálmate, *bátiushka*! ¡Ay, Dios mío, pero cál-me-se de una vez! —Varvara Petrovna gritaba frenética—. ¡Ay, qué tormento, qué tormento! ¡Qué tormento de vida!

—Querida —balbuceó por fin Stepán Trofímovich, dirigiéndose a Sofia Matvéievna—, espere ahí fuera, querida, que quiero decir algo aquí…

Sofia Matvéievna salió de inmediato.

—*Chérie, chérie…* —Se ahogaba.

—Espere un poco antes de hablar, Stepán Trofímovich, espere un poco, hasta que descanse. Aquí tiene agua. ¡Le he dicho que es-pe-re!

Volvió a sentarse en la silla. Stepán Trofímovich le estrechó la mano con fuerza. Varvara Petrovna no le dejó hablar en un buen rato. Él se llevó su mano a los labios y empezó a besársela. Ella apretó los dientes y apartó la vista.

—*Je vous aimais!* —brotaron por fin las palabras. Ella nunca le había oído decir esas palabras, pronunciadas en ese tono.

—Hum —gruñó a modo de respuesta.

—*Je vous aimais toute ma vie… vingt ans!*[410]

Ella guardó silencio: dos minutos, tres.

—Y cuando se atildó para ver a Dasha y se roció de perfume… —dijo súbitamente con un terrible susurro. Stepán Trofímovich se quedó atónito—. Se puso una corbata nueva…

Otro silencio, de un par de minutos.

—¿Se acuerda del cigarro?

—Amiga mía —farfulló aterrorizado.

—Sí, el cigarro, aquella noche, en la ventana… brillaba la luna… en Skvoréshniki… ¿Te acuerdas, te acuerdas? —Se levantó de un salto, agarró la almohada por ambos extremos y la sacudió, junto con su cabeza—. ¿Te acuerdas, hombre fatuo, más que fatuo, infame, pusilánime, siempre, siempre igual de fatuo? —Bisbiseó con un susurro furioso, esforzándose por no gritar. Por fin soltó a Stepán Trofímovich y se desplomó en la silla, cubriéndose la cara con las manos—. ¡Ya basta! —añadió, a la vez que se erguía—. Han pasado veinte años y no van a volver. Más tonta soy yo.

—*Je vous aimais* —dijo él, juntando nuevamente las manos.

—¡Y dale con que si *aimais* y *aimais*! ¡Ya está bien! —Y volvió a levantarse de un salto—. Y, como no se duerma ahora mismo, voy a… Necesita descansar; a dormir, a dormir ahora mismo, cierre esos ojos. Ay, Dios mío, será posible, ¡ahora quiere desayunar! ¿Qué come usted? ¿Qué come este hombre? Ay, Dios mío, ¿dónde está ahora ésa? ¿Dónde está?

A punto estuvo de armarse un escándalo mayúsculo. Pero Stepán Trofímovich musitó con un hilo de voz que, efectivamente, le vendría bien dormir *une heure*, y luego *un bouillon, un thé… en fin, il est si heureux*[411]. Se tendió y realmente pareció dormirse (probablemente, estaba fingiendo). Varvara Petrovna esperó un rato y se alejó de puntillas de la cama.

Se instaló en el cuarto de los patrones, los echó de allí y mandó a Dasha que le llevara a *ésa*. Empezó un interrogatorio en serio.

—Ahora cuéntame, *mátushka*, todos los detalles; siéntate aquí a mi lado… así. ¿Y bien?

—Encontré a Stepán Trofímovich…

—Calla un segundo. Te prevengo de que, si me mientes o me ocultas algo, te lo arranco aunque sea de debajo de la tierra. ¿Y bien?

—Stepán Trofímovich y yo… tan pronto como llegué a Játovo, señora… —Sofia Matvéievna casi se ahogaba…

—Calla un segundo, espera; no corras tanto. Lo primero, ¿qué clase de pájaro eres tú?

Sofia Matvéievna le contó algo de sí misma, con la mayor brevedad posible, empezando por Sevastópol. Varvara Petrovna escuchaba en silencio, muy tiesa en la silla, mirando severa y fijamente a la narradora.

—¿Por qué estás tan asustada? ¿Por qué miras al suelo? Me gusta la gente que me mira a la cara y discute conmigo. Sigue.

Le habló de su encuentro, de los libros, de cómo Stepán Trofímovich había agasajado a aquella campesina con vodka…

—Así, así, no te olvides del detalle más nimio —la animó Varvara Petrovna.

Por último le contó cómo habían viajado juntos y cómo Stepán Trofímovich no se cansaba de hablar, aunque ya estaba «enfermo de verdad», y cómo, una vez allí, le había contado toda su vida, de cabo a rabo, hablando varias horas.

—Cuéntame de su vida.

Sofia Matvéievna de pronto se quedó callada, y ya no sabía cómo seguir.

—De eso no sabría contarle nada, señora —dijo a punto de echarse a llorar—, además, no he entendio casi nada.

—Mientes; algo has tenido que entender.

—Estuvo mucho rato hablando de una dama muy distinguida de pelo moreno. —Sofia Matvéievna se ruborizó terriblemente al fijarse en los cabellos rubios de Varvara Petrovna, que además no tenía nada que ver con la «morena».

—¿Una morena? ¿Qué te dijo en concreto? ¡Vamos, cuenta!

—Dijo que esa dama distinguida había estado muy enamorada de él, toda la vida, veinte largos años; pero no se había atrevido a confesárselo, y se avergonzaba ante él, porque estaba muy gorda, señora…

—¡Idiota! —soltó Varvara Petrovna, pensativa, pero con resolución.

Sofia Matvéievna era un mar de lágrimas.

—No sé contarlo bien, porque estaba muy asustada por él, y además no le entendía, porque es un hombre tan inteligente…

—Una cabeza de chorlito como tú no es la persona más indicada para juzgar su inteligencia. ¿Te ofreció su mano?

La narradora se echó a temblar.

—¿Se enamoró de ti? ¡Habla! ¿Te ofreció su mano? —Varvara Petrovna hablaba a gritos.

—Algo así, señora —dijo entre sollozos—. Pero no me lo tomé en serio, debido a su enfermedad —añadió con resolución, levantando los ojos.

—¿Cómo te llamas? Nombre y patronímico.

—Sofia Matvéievna, señora.

—Pues que sepas, Sofia Matvéievna, que es el hombrecillo más miserable, el más fatuo que pueda haber… ¡Señor, Señor! ¿Me consideras una miserable?

Sofia Matvéievna la miró con los ojos a cuadros.

—¿Una miserable, una tirana? ¿Que ha arruinado su vida?

—¿Cómo iba a pensar yo eso, señora, si usted misma está llorando?

A Varvara Petrovna, en efecto, se le saltaban las lágrimas.

—Vamos, siéntate, siéntate, no te asustes. Mírame otra vez a los ojos, sin apartar la vista; ¿por qué te ruborizas? Dasha, ven aquí; fíjate en ella: ¿qué te parece? ¿Tiene el corazón puro?

Y, con sorpresa, o puede incluso que con gran espanto de Sofia Matvéievna, le dio de pronto un cachete en la mejilla.

—La pena es que es tonta. Demasiado tonta para su edad. Muy bien, querida, yo me ocupo de ti. Veo que todo esto son bobadas. De momento, no te alejes mucho; haré que te alquilen un cuarto, y la comida y todo eso corre de mi cuenta… Hasta que te llame.

Sofia Matvéievna, muerta de miedo, se atrevió a decir que tenía prisa.

—No hay prisa que valga. Te compro todos tus libros, y te quedas aquí. Cállate, no hay excusas. Si yo no hubiera venido, ¿no te habrías quedado con él de

todos modos?

—No lo habría dejado por nada del mundo, señora —declaró con dulzura y con firmeza Sofia Matvéievna, enjugándose los ojos.

Trajeron al doctor Salzfisch en plena noche. Era un anciano muy respetable y un facultativo con mucha experiencia, que recientemente se había visto privado de su puesto como consecuencia de una ambiciosa disputa con sus superiores. En ese mismo instante Varvara Petrovna empezó a «ejercer su patronazgo» sobre él con todas sus fuerzas. Examinó detenidamente al enfermo, lo interrogó y le explicó cautelosamente a Varvara Petrovna que el estado del «paciente» era muy incierto como consecuencia de ciertas complicaciones en su enfermedad, que había que prepararse «incluso para lo peor». Varvara Petrovna, que después de veinte años había renunciado a esperar nada serio y decisivo de Stepán Trofímovich, quedó hondamente impresionada y hasta palideció:

—¿Acaso no hay ninguna esperanza?

—Nunca se puede decir que no hay en absoluto ninguna esperanza, pero…

Varvara Petrovna no se acostó en toda la noche y casi no pudo esperar la llegada del día. En cuanto el paciente abrió los ojos y recobró el conocimiento (aún estaba consciente, aunque se iba debilitando hora a hora), se acercó a él con un aire de lo más resuelto:

—Stepán Trofímovich, hay que tenerlo todo previsto. He mandado llamar a un sacerdote. Está usted obligado a cumplir con su deber…

Conociendo sus ideas, tenía mucho miedo de que se negara. Él la miró sorprendido.

—¡Bobadas, bobadas! —gritó ella, creyendo que ya iba a negarse—. No es un momento para chiquilladas. Bastantes tonterías ha hecho ya.

—Pero… ¿de verdad estoy tan enfermo?

Dio su consentimiento, pensativo. Y la verdad es que me sorprendió cuando supe más tarde por Varvara Petrovna que no había mostrado ningún miedo a la muerte. Puede que, sencillamente, no acabase de creérselo y que siguiese pensando que su dolencia no tenía importancia.

Se confesó y comulgó de muy buen grado. Todos, también Sofia Matvéievna y hasta los criados, entraron a felicitarle por haber recibido el santo sacramento. Todos, del primero al último, lloraban en silencio contemplando su semblante demacrado y exánime y sus labios lívidos y temblorosos.

—*Oui, mes amis*, lo único que me sorprende es que se hayan tomado tantas molestias. Seguro que mañana me levanto y… nos vamos de aquí… *Toute cette cérémonie*… por la que, desde luego, siento el debido respeto… ha sido…

—Le ruego, padre, que permanezca al lado del enfermo. —Varvara Petrovna se apresuró a detener al sacerdote, que ya se estaba quitando las vestiduras—. En cuanto sirvan el té, le ruego que le hable sin demora de algún tema religioso para robustecer su fe.

El sacerdote tomó la palabra; todos, sentados o de pie, rodeaban la cama del enfermo.

—En estos tiempos pecadores —el sacerdote empezó con suavidad, con una taza de té en la mano—, la fe en el Altísimo es el único refugio del género humano en todos los pesares y tribulaciones de la vida, así como en la esperanza en la eterna beatitud prometida al justo…

Stepán Trofímovich pareció animarse; una fina sonrisa asomó a sus labios.

—*Mon père, je vous remercie, et vous êtes bien bon, mais*[412]…

—¡Déjese de *mais*, déjese de *mais*! —exclamó Varvara Petrovna, saltando de su asiento—. *Bátiushka* —se dirigió al sacerdote—, éste es un hombre que… un hombre que… ¡va a tener usted que volver a confesarlo dentro de una hora! ¡Ésa es la clase de hombre que es!

Stepán Trofímovich reprimió una sonrisa.

—Amigos míos —dijo—, Dios me es necesario, porque es el único ser a quien se puede amar eternamente…

Es posible que hubiera recobrado verdaderamente la fe, o que la solemne ceremonia de administración del sacramento lo hubiera conmovido y hubiera despertado la sensibilidad artística de su naturaleza, pero lo cierto es que, según dicen, pronunció con firmeza y hondo sentimiento algunas palabras abiertamente contrarias a sus opiniones anteriores:

—Necesito la inmortalidad porque Dios no querrá cometer una injusticia y apagar por completo la llama de amor por Él que ha prendido en mi corazón. Y ¿qué puede haber más precioso que el amor? El amor está por encima de la existencia, el amor es la corona de la existencia, y ¿cómo es posible que la existencia no se incline ante él? Si he llegado a amar a Dios y me regocijo en mi amor, ¿es posible que Él apague mi vida y mi alegría y me devuelva a la nada? ¡Si hay un Dios, yo también soy inmortal! *Voila ma profession de foi*[413].

—Hay un Dios, Stepán Trofímovich, se lo aseguro —Varvara Petrovna le imploraba—; abjure de sus ideas, ¡déjese de disparates por una vez en la vida! —Por lo visto, no había acabado de entender su *profession de foi*.

—Oh, amiga mía —se iba animando cada vez más, aunque a menudo se le cortaba la voz—, amiga mía, cuando entendí… lo de poner la otra mejilla, yo… en ese momento entendí también otra cosa… *J'ai menti toute ma vie*[414], ¡toda, toda la vida! Me gustaría que… pero mañana… mañana todos nos iremos de aquí.

Varvara Petrovna rompió a llorar. Stepán Trofímovich buscaba a alguien con los ojos.

—Mírela, ¡está aquí! —Varvara Petrovna cogió de la mano a Sofia Matvéievna y la llevó a su lado. Él sonrió enternecido.

—¡Oh, cómo desearía vivir otra vez! —exclamó en un arranque extraordinario de energía—. Cada minuto, cada instante de vida tendrían que ser una bendición para el hombre… tendrían que serlo, ¡por supuesto que sí! Es un deber del hombre hacer que sea así; ésa es su ley, oculta, aunque indiscutiblemente existe… ¡Oh, desearía ver a Petrusha… y a todos ellos… y a Shátov!

Debo aclarar que aún no sabían nada de Shátov ni Daria Pávlovna, ni Varvara Petrovna, ni siquiera el doctor Salzfisch, el último en llegar de la ciudad.

Stepán Trofímovich estaba cada vez más nervioso, con una agitación morbosa, superior a sus fuerzas.

—Solo el constante pensamiento de que existe algo infinitamente más justo y dichoso que yo me llena de inmensa ternura… y de gloria… ¡oh, sea yo quien sea y haga lo que haga! Para el hombre, saber y creer a cada instante que en algún sitio existe una felicidad perfecta y serena para todos y para todo es mucho más necesario que su felicidad personal… Toda la ley de la existencia humana se reduce a que el hombre siempre ha sido capaz de inclinarse ante lo infinitamente grande. Si se priva a los hombres de lo infinitamente grande, ya no estarán dispuestos a seguir viviendo y morirán desesperados. Lo infinito y lo eterno le son tan necesarios al hombre como este pequeño planeta en el que habita… Amigos míos, todos, todos: ¡viva la Gran Idea! ¡La eterna, infinita idea! Todo hombre, sea quien sea, necesita inclinarse ante lo que es la Gran Idea. Hasta el más necio de los hombres necesita algo grande. Petrusha… ¡Oh, cómo me gustaría volver a verlos a todos! ¡No saben, no saben que también en ellos se encierra la misma eterna Gran Idea!

El doctor Salzfisch no asistió a la ceremonia. Al entrar de improviso, quedó horrorizado y disolvió la reunión, insistiendo en que no había que inquietar al paciente.

Stepán Trofímovich falleció tres días después, pero ya había perdido por completo el conocimiento. Se apagó en silencio, como una vela consumida. Varvara Petrovna, después de las exequias, celebradas allí mismo, trasladó el cadáver de su pobre amigo a Skvoréshniki. Su tumba, en el recinto de la iglesia, está ya cubierta por una losa de mármol. La inscripción y la verja han quedado para la primavera.

La ausencia de Varvara Petrovna de la ciudad había durado ocho días en total. Con ella, a su lado en el coche, llegó también Sofia Matvéievna, para residir, por lo visto, en su casa de modo permanente. Señalaré que, tan pronto como Stepán Trofímovich perdió el conocimiento (esa misma mañana), Varvara Petrovna hizo salir otra vez de la isba a Sofia Matvéievna y asistió ella misma al enfermo, sola hasta el final; y solo cuando el enfermo dio el último suspiro la llamó de inmediato. Se negó a escuchar las objeciones de la mujer, terriblemente asustada por su propuesta (o, más bien, su mandato) de instalarse para siempre en Skvoréshniki.

—¡Bobadas! Yo misma iré contigo a vender evangelios. ¡Ahora ya no tengo a nadie en el mundo!

—Pero si tiene un hijo —observó el doctor Salzfisch.

—¡No tengo ningún hijo! —zanjó Varvara Petrovna, y fue como una profecía.

Capítulo VIII. Conclusión

I

Todos los desmanes y delitos cometidos se descubrieron con extraordinaria rapidez, mucho más rápido de lo que había supuesto Piotr Stepánovich. Para empezar, la noche del asesinato de su marido la desdichada Maria Ignátievna se despertó antes del alba, lo echó de menos y sufrió una agitación indescriptible al no verlo a su lado. Con ella había pasado la noche la sirvienta que le había procurado Arina Prójorovna. Ésta, como veía que no podía calmarla, fue corriendo en cuanto se hizo de día a buscar a la propia Arina Prójorovna, después de asegurar a la paciente que la comadrona sabía dónde estaba su marido y cuándo pensaba volver. Entretanto, la propia Arina Prójorovna también había empezado a alarmarse: ya se había enterado por su marido de la hazaña de esa noche en Skvoréshniki. Virguinski había vuelto a casa a eso de las once, en un estado anímico y con un aspecto deplorables; retorciéndose las manos, se echó boca abajo en la cama y empezó a repetir, agitándose entre sollozos convulsivos: «No es esto, no es esto; no es esto ¡de ninguna manera!». Acabó, por supuesto, confesándoselo todo a Arina Prójorovna, aunque, eso sí, tan solo a ella en la casa. Ella lo dejó en la cama, reprendiéndolo con severidad y diciéndole que «si quería gimotear, que lo hiciera en la almohada para que no le oyese nadie, y que sería un estúpido si al día siguiente se le notaba algo en el semblante». No obstante, se quedó un tanto pensativa y empezó a prepararse para cualquier eventualidad: logró esconder o destruir por completo toda clase de papeles personales, libros e incluso, posiblemente, proclamas. Pronto llegó a la conclusión de que ni ella, ni su hermana, ni su tía, ni la estudiante, ni posiblemente tampoco su hermano el orejudo tenían nada que temer. Cuando la sirvienta vino corriendo a buscarla por la mañana, se encaminó a casa de Maria Ignátievna sin vacilar. Sin embargo, estaba ansiosa por averiguar cuanto antes si era verdad lo que su marido, en un susurro despavorido y enfermizo, semejante a un delirio, le había contado esa noche, a saber, que Piotr Stepánovich, pensando en el beneficio de todos ellos, contaba con Kiríllov.

Pero llegó a casa de Maria Ignátievna demasiado tarde: después de despedir a la sirvienta y quedarse sola, Maria Ignátievna ya no pudo aguantar más; se levantó de la cama y, echándose por encima la primera ropa de abrigo que encontró, una prenda, por lo visto, demasiado ligera e inadecuada para esa época del año, bajó al pabellón de Kiríllov, figurándose que éste, mejor que nadie, podría decirle algo de su marido. Puede uno imaginarse la impresión que le produjo a la recién parida lo que vio. Es curioso que no leyera la última nota de Kiríllov, que estaba en la mesa, bien a la vista, pero, como es natural, en su pánico no se fijaría en ella. Volvió corriendo a su buhardilla, cogió al crío y salió con él a la calle. Hacía

una mañana húmeda, había niebla. No vio un alma en aquel callejón. Siguió corriendo, sin aliento, entre el barro frío y pegajoso y empezó, finalmente, a llamar a las casas; en una casa no le abrieron, en otra tardaron tanto en abrir que renunció, desesperada, y empezó a llamar en la tercera casa. Era la casa de nuestro comerciante Titov. Allí armó un gran alboroto, gritando y asegurando de modo incoherente que «habían matado a su marido». De Shátov y de su historia sabían algo en casa de Titov; se quedaron espantados al ver que su mujer, que había dado a luz la misma víspera, según decía ella misma, fuera corriendo por las calles tan ligera de ropa y con ese frío, con un niño medio desnudo en sus brazos. Creyeron al principio que deliraba, sobre todo porque no quedaba claro a quién habían matado: si a Kiríllov o a su marido. Dándose cuenta de que no le creían, estuvo a punto de echar a correr de nuevo, pero la retuvieron contra su voluntad y, según dicen, se puso a gritar y forcejear como una loca. Fueron a casa de Filíppov, y a las dos horas el suicidio de Kiríllov y la nota que había dejado antes de su muerte eran conocidos por toda la ciudad. La policía interrogó a la recién parida, que aún estaba consciente, y resultó que no había leído la nota de Kiríllov; en cuanto a cómo había llegado a la conclusión de que habían matado a su marido, fue algo que nunca se pudo averiguar. Se limitaba a gritar: «Si han matado a Kiríllov, también han matado a mi marido, ¡estaban juntos!». A mediodía perdió el sentido, para no volver a recobrarlo nunca más, y falleció a los tres días. Para entonces el niño ya había muerto, de un resfriado. Arina Prójorovna, al no encontrar en casa ni a Maria Ignátievna ni al niño, y oliéndose que las cosas se iban a poner feas, quiso volver rápidamente a casa, pero se detuvo en el portalón y mandó a la sirvienta a preguntar «al señor que vivía en el pabellón si por casualidad estaba allí Maria Ignátievna o si sabía algo de ella». Volvió la criada, gritando como una loca. Tras convencerla de que no gritara y no se lo dijera a nadie, con el consabido argumento de que «la llevarían a juicio», Arina Prójorovna salió discretamente del patio.

Ni que decir tiene que la molestaron esa misma mañana como comadrona que había sido de la parturienta, pero no sacaron mucho de ella. Les contó sucintamente y con mucha sangre fría lo que había visto y oído en casa de Shátov, pero de lo ocurrido dijo que no sabía ni entendía nada.

Puede uno figurarse el revuelo que se produjo en la ciudad. ¡Una nueva «historia», un asesinato más! Pero ahora ya había otra cosa: quedaba patente que existía, realmente existía, una sociedad secreta de asesinos, de revolucionarios incendiarios, de levantiscos. La horrible muerte de Liza, el asesinato de la mujer de Stavroguin, el propio Stavroguin, el incendio, el baile a beneficio de las institutrices, la relajación en torno a Yulia Mijáilovna… Hasta en la desaparición de Stepán Trofímovich se quería ver a toda costa un misterio. Muchas, muchas cosas se murmuraron de Nikolái Vsévolodovich. Al acabar el día se conoció también la ausencia de Piotr Stepánovich y, cosa rara, de él se hablaba menos que del resto. De todos modos, de quien más se habló ese día fue del «senador». Toda la mañana hubo una multitud de curiosos frente a la casa de Filíppov. No cabía duda de que la nota de Kiríllov había despistado a las autoridades. Creían que Kiríllov había

dado muerte a Shátov y que el «asesino» se había suicidado. De todos modo, las autoridades estaban confundidas, pero no tanto. La palabra «parque», por ejemplo, tan vagamente insertada en la nota de Kiríllov, no desorientó a nadie, pese a lo que esperaba Piotr Stepánovich. La policía se dirigió de inmediato a Skvoréshniki, y no solo porque allí había un parque y era el único en aquellos contornos, sino por una especie de instinto, ya que todos los horrores de esos últimos días estaban directa o indirectamente vinculados a Skvoréshniki. Al menos, eso es lo que yo sospecho. (Aclaro que esa misma mañana, a primera hora, sin saber nada de lo ocurrido, Varvara Petrovna había salido en busca de Stepán Trofímovich). El cadáver fue descubierto en el estanque al anochecer de ese mismo día, en virtud de algunos indicios; en el lugar del asesinato se encontró la gorra de Shátov, de la que los asesinos, con extraordinaria imprudencia, se habían olvidado. La inspección ocular, la autopsia y ciertas conjeturas dieron pie desde el primer momento a la sospecha de que Kiríllov no podía haber actuado sin cómplices. Se hizo evidente la existencia de una sociedad secreta shatovo-kirilloviana, vinculada a las proclamas. ¿Quiénes eran sus camaradas? Nadie pensó ese día en ninguno de *los nuestros*. Se descubrió que Kiríllov había vivido recluido, tan apartado de todo que, como indicaba la nota, Fedka había podido residir con él todos aquellos días, a pesar de que la policía lo buscaba por todas partes… Lo que tenía a todo el mundo desconcertado era la imposibilidad de encontrar un solo dato que pudiera ayudar a desenredar la madeja. No es fácil hacerse una idea de las conclusiones y delirantes hipótesis a las que habría llegado nuestra sociedad, presa del pánico, si al día siguiente, gracias a Liamshin, no se hubiera aclarado de golpe todo el misterio.

No pudo aguantar más. Le ocurrió lo que el propio Piotr Stepánovich había llegado a sospechar hacia el final. Bajo la vigilancia de Tolkachenko, y más tarde de Erkel, pasó todo el día siguiente en cama, aparentemente tranquilo, de cara a la pared y sin decir palabra, contestando lacónicamente cuando alguien le hablaba. De ese modo, no se enteró de nada de lo que sucedió ese día en la ciudad. Pero Tolkachenko, que estaba perfectamente enterado, decidió al atardecer renunciar al papel de guardián de Liamshin que le había asignado Piotr Stepánovich y alejarse de la ciudad, marchándose a algún lugar en el distrito: es decir, sencilla y llanamente, decidió fugarse. En realidad, todos perdieron la cabeza como había vaticinado Erkel. A propósito, debo indicar que también Liputin desapareció de la ciudad antes de mediodía. Pero dio la casualidad de que la policía no se enteró de su desaparición hasta el anochecer del día siguiente, cuando fue a interrogar a sus familiares que, aunque aterrorizados por su ausencia, no habían dicho nada por miedo. Pero sigamos con Liamshin. En cuanto se quedó solo (Erkel, confiando en Tolkachenko, ya se había marchado), salió corriendo de casa y, naturalmente, no tardó en enterarse de cómo estaban las cosas. Sin pasarse por su casa siquiera, intentó también escapar, daba igual adónde. Pero la noche era tan oscura y la aventura de fugarse tan complicada y terrible que, después de recorrer dos o tres calles, volvió a casa y se encerró durante toda la noche. Parece ser que a la mañana siguiente intentó suicidarse, pero fracasó en la tentativa. Siguió encerrado, no

obstante, hasta cerca del mediodía, cuando, de repente, fue corriendo a entregarse a las autoridades. Cuentan que se arrastró de rodillas, sollozando y chillando, besando el suelo, gritando que era indigno hasta de besar las botas de los dignatarios que tenía delante. Lo calmaron, y hasta lo trataron con cordialidad. El interrogatorio duró, según dicen, unas tres horas. Lo contó todo, todo, los secretos más ocultos, todo lo que sabía, pormenorizadamente; se adelantaba a las preguntas que le hacían, informó de muchas cosas que no venían al caso sin que nadie se lo pidiera. Resultó que sabía bastante y dio una explicación cabal del caso. La tragedia de Shátov y Kiríllov, el incendio, la muerte de los Lebiadkin, etcétera: todo eso quedó relegado a un segundo plano. El primer plano lo ocupó Piotr Stepánovich, la sociedad secreta, la organización, la red. A la pregunta de por qué se habían cometido tantos asesinatos, escándalos y vilezas, contestó con vehemente precipitación que «para sacudir sistemáticamente los cimientos de la sociedad y todos sus principios, para amedrentar a todo el mundo y sembrar por todas partes la confusión, de modo que, cuando la sociedad enferma, abatida, cínica e incrédula, pero con un ansia infinita de seguir una idea rectora y dotada de instinto de conservación, esté a punto de desmoronarse, podamos tomarla en nuestras manos, levantando la bandera de la insurrección y contando con el apoyo de toda una red de quintetos que, mientras tanto, habrán estado actuando, reclutando nuevos miembros y sondeando todos los recursos prácticos y todos los puntos débiles susceptibles de ser atacados». Añadió, a modo de conclusión, que en nuestra ciudad Piotr Stepánovich se había limitado a organizar el primer experimento de ese desorden sistemático, un programa, por así decir, para actividades ulteriores, válido incluso para todos los quintetos; que esto ya era una idea suya (de Liamshin), una conjetura, y que «no dejaran de recordar y de tener muy en cuenta lo sincera y disciplinadamente que había explicado todo y que, en consecuencia, podría prestar un magnífico servicio a las autoridades en el futuro». A la pregunta concreta de si había muchos quintetos, respondió que su número era incontable, que la red cubría toda Rusia y, aunque no ofreció pruebas, tengo la impresión de que respondió con total sinceridad. Entregó solo un programa de la sociedad impreso en el extranjero, y un proyecto para el sistema de expansión de las futuras actividades, poco más que un esbozo, escrito de puño y letra de Piotr Stepánovich. Resulta que lo de «sacudir los cimientos» Liamshin lo había citado al pie de la letra de ese documento, sin dejarse ni un punto ni una coma, a pesar de que había asegurado que era una mera conjetura suya. De Yulia Mijáilovna declaró en tono sorprendentemente jocoso, y adelantándose a las eventuales preguntas, que «era inocente y sencillamente se habían burlado de ella». Pero lo más notable fue que dejó a Nikolái Stavroguin al margen de toda participación en la sociedad secreta, de todo entendimiento con Piotr Stepánovich. (De las misteriosas y harto risibles esperanzas que Piotr Stepánovich depositaba en Stavroguin, Liamshin no tenía la menor idea). La muerte de los Lebiadkin, de acuerdo con sus palabras, había sido organizada en exclusiva por Piotr Stepánovich, sin ninguna intervención de Nikolái Vsévolodovich, con el taimado propósito de implicar a éste en el delito y, en consecuencia, tenerlo atado de pies y manos; pero, en vez de obtener la gratitud con la que indudablemente, aunque de forma imprudente,

contaba, lo único que logró fue despertar la indignación y hasta la desesperación del «noble» Nikolái Vsévolodovich. Por último, dijo también de Stavroguin, siempre con prontitud y sin necesidad de que se lo preguntasen, aunque con toda la intención del mundo, que era un pájaro de categoría, pero que había en él algún misterio; que había estado viviendo entre nosotros, por así decir, de incógnito, que había venido con alguna misión y que era muy posible que volviera de San Petersburgo a hacernos una visita (Liamshin estaba seguro de que Stavroguin se encontraba en San Petersburgo), pero de un modo muy distinto y en circunstancias totalmente diferentes, y rodeado de personas de las que posiblemente nosotros también oiríamos hablar pronto; y que todo esto se lo había oído decir a Piotr Stepánovich, «enemigo secreto de Nikolái Vsévolodovich».

Nota bene. Dos meses después Liamshin confesó que había exonerado a Stavroguin a propósito, con la esperanza de que éste lo protegiera y obtuviera para él en San Petersburgo la atenuación de su sentencia en dos grados, y le facilitara dinero y cartas de recomendación en el destierro[415]. De esta confesión se deduce que tenía un concepto notablemente exagerado de Nikolái Stavroguin.

Ese mismo día, desde luego, detuvieron a Virguinski y, en un exceso de celo, a toda la casa con él. (Arina Prójorovna, su hermana, su tía y hasta la estudiante están en libertad desde hace ya mucho tiempo, se dice que también Shigaliov será puesto en breve en libertad, porque no hay ningún delito concreto de que acusarlo; pero de momento no son más que habladurías). Virguinski se declaró culpable desde el primer momento. Estaba enfermo, con fiebre, cuando fue detenido. Dicen que casi se alegró: «Es un peso que me quitan de encima», se supone que dijo. Se rumorea que está declarando con franqueza, pero con cierta dignidad, sin retractarse de ninguna de sus «radiantes esperanzas», aunque maldiciendo la vía política (por oposición a la social) a la que, por frivolidad e inadvertencia, había sido arrastrado por un «torbellino de circunstancias concurrentes». Su conducta durante la comisión del crimen se interpreta como una atenuante en su favor, y parece que puede contar con una suerte algo más benévola. Al menos, eso se asegura en la ciudad.

En cambio, es difícil pensar en una mitigación del destino que le aguarda a Erkel. Desde su detención, o ha guardado un obstinado silencio o ha hecho todo lo posible por distorsionar la verdad. Todavía no se le ha podido arrancar una sola palabra de arrepentimiento. Y, no obstante, ha despertado la compasión de los más severos jueces por su juventud, por su indefensión y por el hecho evidente de ser la víctima fanática de un seductor político; pero, sobre todo, por lo que se ha sabido de su conducta con su madre, a la que enviaba casi la mitad de su escaso sueldo. Su madre está ahora en la ciudad. Es una mujer débil y enferma, prematuramente envejecida, que llora y literalmente se arrastra implorando clemencia para su hijo. A pesar de todos los pesares, muchos de nosotros sentimos lástima de Erkel.

A Liputin lo detuvieron en San Petersburgo, donde llevaba instalado un par

de semanas. Con él ocurrió algo casi increíble y difícil de explicar. Según dicen, tenía un pasaporte con nombre falso, y contaba con amplias oportunidades para escapar al extranjero y fondos más que suficientes; y, no obstante, se quedó en San Petersburgo y no intentó ir a ninguna parte. Pasó algún tiempo buscando a Stavroguin y Piotr Stepánovich, hasta que de buenas a primeras se dio a la bebida y a toda clase de excesos, como si hubiera perdido por completo la cordura y la comprensión de la situación en la que se encontraba. Lo detuvieron en San Petersburgo, en una casa de lenocinio, bebido. Corre el rumor de que no ha perdido el ánimo, miente en sus declaraciones y se prepara para el juicio que le espera con cierta solemnidad y esperanza (?). Tiene incluso el propósito de hacer un discurso durante la vista. Tolkachenko, detenido en algún lugar del distrito diez días después de su fuga, se comporta de un modo incomparablemente más digno: no miente, no se anda con rodeos, dice todo lo que sabe, no se justifica, se declara culpable con toda modestia, aunque también tiende a la retórica; habla mucho y de buen grado, y cuando se toca el tema del conocimiento del pueblo y sus elementos revolucionarios (?), se pavonea y busca cómo producir efecto. De él también se espera que haga un discurso en el juicio. En general, ni él ni Liputin parecen demasiado asustados, por raro que parezca.

Insisto en que es un asunto todavía abierto. Ahora, tres meses después, nuestra sociedad ha tenido tiempo de descansar, de reponerse, de distraerse, de formar su propia opinión; tanto es así que algunos incluso consideran a Piotr Stepánovich casi un genio, o, al menos, un individuo «con dotes geniales». «¡Organización, señor!», dicen en el club, levantando un dedo. Pero todo eso es muy inocente y, además, no son muchos los que lo dicen. Otros, por el contrario, no niegan la agudeza de sus capacidades, pero combinadas con una total ignorancia de la vida real, una abstracción terrible, una parcialidad grotesca y estúpida en su desarrollo y, en consecuencia, una frivolidad excesiva. En lo que concierne a sus aspectos morales, todo el mundo está de acuerdo, no hay la menor discrepancia.

La verdad, no sé a quién más mencionar para no pasar a nadie por alto. Mavriki Nikoláievich se fue para no volver. La anciana señora Drozdova ha vuelto a la infancia… No obstante, me queda por contar aún una historia bien sombría. Me atendré a los hechos.

A su regreso, Varvara Petrovna se instaló en la casa de la ciudad. Todas las noticias atrasadas cayeron sobre ella de golpe, conmocionándola terriblemente. Se encerró sola en su habitación. Caía la noche, todos estaban cansados y se acostaron temprano.

A la mañana siguiente, la doncella, con aire misterioso, le entregó una carta a Daria Pávlovna. Según sus palabras, había llegado la víspera, ya muy tarde, cuando todos se habían acostado, y ella no se había atrevido a despertarlos. No había llegado por correo, sino que se la había entregado un desconocido a Alekséi

Yegórych en Skvoréshniki. Éste, a su vez, se la había entregado a ella en mano, la misma víspera, y había regresado inmediatamente a Skvoréshniki.

Daria Pávlovna, con el corazón desbocado, estuvo mirando la carta un buen rato, sin atreverse a abrirla. Sabía de quién era: de Nikolái Stavroguin. Leyó la anotación en el sobre: «A Alekséi Yegórych para entregar a Daria Pávlovna en secreto».

He aquí la carta, palabra por palabra, sin enmendar ni el menor de los errores de un aristócrata ruso que no había llegado a dominar del todo la gramática de la lengua rusa, a pesar de toda su educación europea:

Querida Daria Pávlovna:

En cierta ocasión expresó usted el deseo de ser mi «enfermera» y me hizo prometer que mandaría a buscarla cuando fuese necesario. Me voy dentro de dos días y no volveré. ¿Quiere venir conmigo?

El año pasado, siguiendo el ejemplo de Herzen, me registré como ciudadano del cantón de Uri[416], cosa que nadie sabe. Me he comprado allí una casita. Aún me quedan doce mil rublos; podemos ir a vivir allí para siempre. No quiero salir de allí nunca más.

Es un lugar muy aburrido: un desfiladero; las montañas limitan la vista y el pensamiento. Muy lóbrego. Lo escogí porque había una casita en venta. Si no le gusta, la venderé y compraré otra en otro sitio.

No estoy bien de salud, pero espero que esos aires me libren de mis alucinaciones. Esto en lo físico; en cuanto a lo moral, usted ya lo sabe; pero ¿hay algo más?

Ya le he contado mucho de mi vida. Pero no todo. ¡Ni siquiera a usted! Por cierto, le reitero que en mi conciencia me juzgo culpable de la muerte de mi mujer. No la he visto a usted desde entonces, por eso se lo reitero. También soy culpable ante Lizaveta Nikoláievna; pero eso ya lo sabe; casi todo esto lo predijo usted.

Mejor no venga conmigo. El mero hecho de llamarla es una horrible bajeza. Porque ¿para qué enterrar su vida a mi lado? Me es usted muy querida y en mis horas bajas me he sentido estupendamente a su lado: solo con usted he podido hablar en voz alta de mí mismo. Pero de ahí no se sigue nada. Usted misma se ofreció como «enfermera», según su propia expresión; pero ¿para qué sacrificar tanto? Entienda también que no la compadezco, puesto que la llamo, y que no la respeto, puesto que la espero. Y, sin embargo, la llamo y la espero. Sea como fuere, necesito su respuesta porque tengo que irme muy pronto. En todo caso, me iría solo.

No espero nada de Uri; simplemente me voy. No he escogido a propósito un lugar inhóspito. Nada me ata a Rusia: todo en ella me es tan ajeno como en cualquier otra parte. A decir verdad, me desagrada vivir aquí más que en ningún otro sitio; pero ni siquiera aquí he sido capaz de odiarlo todo.

He puesto a prueba mi fuerza en todas partes. Usted me recomendó hacer eso para «conocerme a mí mismo». En tales pruebas, para mí mismo o de cara a la galería, esa fuerza resultó ilimitada, como lo había sido antes en mi vida. A la vista de usted recibí una bofetada de su hermano; reconocí públicamente mi matrimonio. Pero en qué emplear esa fuerza es algo que nunca he visto ni veo ahora, a pesar de sus alabanzas en Suiza, a las que di crédito. Aún soy capaz, como siempre lo he sido, de desear hacer algo bueno, cosa que me produce satisfacción; pero a la vez deseo hacer algo malo, cosa que también me produce satisfacción. Ahora bien, ambos sentimientos son y han sido siempre superficiales; nunca han sido excesivos. Mis deseos son demasiado débiles, no pueden guiarme. Sobre un tronco de árbol se puede cruzar un río, pero no sobre una astilla. Todo esto es para que no piense que voy a Uri con esperanzas de ningún género.

Como siempre, no culpo a nadie. Probé a vivir en la mayor de las depravaciones y malgasté mis energías; pero no me agrada la depravación ni la he deseado. Últimamente ha estado usted pendiente de mí. ¿Sabe que hasta he estado mirando con inquina a nuestros negacionistas porque tengo envidia de sus esperanzas? Pero no tenía usted nada que temer: yo no podía ser su camarada, porque no compartía nada con ellos. Y tampoco podía hacerlo por diversión o por rabia, no porque temiera el ridículo —no puedo tener miedo del ridículo— sino porque, al fin y al cabo, tengo hábitos de hombre decente y eso me repugnaba. Pero, de haber sentido más despecho y más envidia de ellos, tal vez me habría unido a ellos. Juzgue hasta qué punto me ha resultado sencillo y cuántos bandazos habré podido dar.

¡Amiga querida, criatura tierna y generosa que adiviné! ¿Acaso sueña con darme tanto amor y derramar sobre mí tanta belleza de su bello espíritu que tiene la esperanza de ponerme al fin una meta? No, mejor será que se ande con cuidado. Mi amor será tan superficial como yo mismo, y usted será infeliz. Su hermano me dijo que quien pierde los vínculos con su tierra pierde también a sus dioses, esto es, todos sus objetivos. De todo se puede discutir interminablemente, pero de mí solo ha salido negación, sin ninguna fuerza y sin ninguna generosidad. Ni siquiera ha salido de mí negación. Todo ha sido siempre somero y mustio. El magnánimo Kiríllov no pudo soportar una idea y se mató de un disparo; pero veo que, si fue magnánimo, fue únicamente porque no estaba en su sano juicio. Yo jamás seré capaz de perder el juicio ni de creer en una idea con tanta convicción como él. Ni siquiera puedo consagrarme a una idea en la misma medida que él. ¡Nunca, nunca podré pegarme un tiro!

Sé que debería suicidarme, borrarme de la faz de la Tierra como un

miserable insecto; pero temo el suicidio porque temo mostrar magnanimidad. Sé que será otro engaño, el último engaño de una interminable serie de engaños. ¿Merece la pena que uno se engañe a sí mismo solo para jugar a la magnanimidad? Nunca habrá en mí indignación ni vergüenza; por tanto, tampoco desesperación.

Perdone que escriba tanto. Ahora caigo en la cuenta, y ha sido por casualidad. De este modo, cien páginas es poco y con diez líneas es suficiente. Basta con diez líneas para llamar a una «enfermera».

Desde que me fui de allí, estoy viviendo a seis estaciones, en casa del jefe de estación. Lo conocí en una parranda en San Petersburgo, hace cinco años. Nadie sabe dónde vivo. Escríbame a su nombre. Le adjunto la dirección.

NIKOLÁI STAVROGUIN

Daria Pávlovna fue enseguida a enseñarle la carta a Varvara Petrovna. Ésta la leyó y le pidió a Dasha que saliera, para leerla de nuevo a solas; pero de inmediato volvió a llamarla.

—¿Vas a ir? —preguntó casi con timidez.

—Sí —contestó Dasha.

—¡Prepárate! ¡Vamos juntas!

Dasha la miró inquisitivamente.

—¿Qué me queda por hacer aquí? ¿No da todo igual? Yo también me registraré en el cantón de Uri y viviré en ese desfiladero… No te preocupes, no os voy a molestar.

Se prepararon a toda prisa para tomar el tren de mediodía. Pero no había pasado media hora cuando llegó de Skvoréshniki Alekséi Yegórych. Anunció que Nikolái Vsévolodovich había llegado «de repente» esa misma mañana, en el primer tren, y se encontraba en Skvoréshniki, pero «en un estado tal que no contestaba a las preguntas, recorría todas las habitaciones y se había encerrado en su mitad de la casa»…

—Yo, a pesar de sus órdenes, he decidido venir a informar, señora —añadió Aleksei Yegórych con aire imponente.

Varvara Petrovna lo atravesó con la mirada y no le hizo ninguna pregunta. Enseguida estuvo listo el coche. Partió con Dasha. Según dicen, durante el trayecto se persignó a menudo.

En «su mitad» todas las puertas estaban abiertas, pero Nikolái Vsévolodovich no aparecía por ninguna parte.

—¿No estará en el último piso, señora? —sugirió Fomushka con cautela.

Es de notar que solo algunos criados siguieron a Varvara Petrovna a «su mitad», mientras los otros se quedaban en el salón. Jamás se habían permitido hasta entonces tamaña infracción de la etiqueta. Varvara Petrovna lo vio, pero no dijo nada.

Subieron al último piso. Había allí tres habitaciones, pero no vieron a nadie en ninguna de ellas.

—¿Habrá subido allí, señora? —alguien apuntó a la puerta de la buhardilla. En efecto, la portezuela de la buhardilla, siempre cerrada, estaba ahora abierta de par en par. Para llegar hasta allí, había que subir casi hasta el tejado por una escalera de madera, larga, muy angosta y terriblemente empinada. Allí también había una especie de cuartucho.

—Yo hasta ahí no llego. ¿A cuento de qué iba a subir él hasta ahí? —Varvara Petrovna se había puesto terriblemente pálida y no paraba de mirar a los criados. Éstos, a su vez, la miraban a ella sin decir palabra. Dasha temblaba.

Varvara Petrovna corrió escalerilla arriba, con Dasha detrás, pero nada más entrar en la buhardilla soltó un grito y cayó inconsciente.

El ciudadano del cantón de Uri colgaba justo detrás de la puerta. En una mesilla había un pedazo de papel con estas palabras a lápiz: «No se debe culpar a nadie, he sido yo». Allí mismo, en la mesilla había un martillo, un trozo de jabón y un clavo grande, aparentemente de repuesto. La recia cuerda de seda de la que colgaba Nikolái Vsévolodovich, evidentemente escogida y preparada de antemano, estaba embadurnada de jabón. Todo indicaba premeditación y plena conciencia hasta el último momento.

Nuestros médicos, después de la autopsia, descartaron con absoluta certeza que se tratase de un caso de locura.

Apéndice. Con Tijon[417]

I

Nikolái Vsévolodovich no pegó ojo en toda la noche; se la pasó entera sentado en el diván, dirigiendo a menudo la mirada inquieta a un punto en el rincón, al lado de la cómoda. Toda la noche tuvo la luz encendida. A eso de las siete de la mañana se quedó dormido y, cuando Alekséi Yegórovich, según costumbre inveterada, entró en el cuarto a las nueve y media en punto para traerle el café y lo despertó con su presencia, pareció sorprenderse desagradablemente de haber dormido tanto y de que fuese ya tan tarde. Se bebió el café de un trago, se vistió a toda prisa y salió de casa a la carrera, sin responder siquiera a la cautelosa pregunta de Alekséi Yegórovich sobre si disponía mandarle alguna cosa. Iba por la calle mirando al suelo, hondamente ensimismado, aunque de vez en cuando alzaba la vista y levantaba la cabeza, como asaltado por un indefinido pero violento desasosiego. En una bocacalle, cerca aún de su casa, se cruzó con una cuadrilla de campesinos, unos cincuenta o más; caminaban en orden, casi en silencio, con andar pausado. Tuvo que pararse un momento a la altura de un puesto callejero y oyó decir a alguien que eran «los obreros de los Shpigulin», pero apenas reparó en ellos. Al fin, a eso de las diez y media, llegó a la verja del monasterio del Salvador y San Eutimio en Bogorodsk, en las afueras de la ciudad, en la orilla del río. Solo entonces pareció recordar de improviso algo preocupante y molesto; se paró en seco, hurgó nervioso en el bolsillo en busca de algo… y se sonrió. Después de entrar en el recinto, le preguntó al primer novicio que vio dónde podía encontrar al obispo Tijon, que vivía retirado en el monasterio. El novicio, con una reverencia, le indicó que lo siguiera. Cerca ya del pequeño porche que había al final del alargado edificio de dos plantas, fue arrebatado al novicio, con autoritaria impaciencia, por un monje gordo de pelo cano que lo condujo por un largo y estrecho pasillo, dedicándole también continuas reverencias —si bien, a causa de su gordura no podía inclinarse demasiado, limitándose a dar frecuentes y abruptos cabezazos— y rogándole a cada paso que lo siguiera, cosa que Nikolái Vsévolodovich ya hacía sin necesidad de exhortaciones. El monje lo atosigó a preguntas y le habló del padre archimandrita, pero, al no obtener respuesta, fue adoptando una actitud cada vez más respetuosa. Stavroguin observó que parecían conocerlo en aquel lugar, a pesar de que, hasta donde alcanzaban sus recuerdos, no había estado allí más que de niño. Cuando llegaron a la puerta que había al final del pasillo, el monje la abrió, como si estuviera autorizado a hacerlo, y preguntó con familiaridad a un hermano lego, que apareció al instante, si se podía pasar; acto seguido, sin aguardar contestación, abrió la puerta de par en par y, con otra reverencia, invitó a entrar al «querido» visitante. Una vez gratificado, desapareció en un santiamén, como si estuviera huyendo de alguien. Nikolái Vsévolodovich accedió a una pequeña estancia y, casi al mismo tiempo, asomó a la puerta del

cuarto contiguo un hombre alto y delgado, de unos cincuenta y cinco años, ataviado con una sencilla sotana, con aspecto de estar bastante enfermo, con una vaga sonrisa y una expresión peculiar, en cierto modo tímida. Así que aquél era el tal Tijon, del que Nikolái Vsévolodovich había oído hablar por primera vez a Shátov, y sobre el que luego había ido recabando cierta información.

Esa información era variada y contradictoria, pero había algo en lo que todos coincidían: tanto los partidarios de Tijon como sus detractores (que también los tenía) se reservaban en parte su opinión. Aquellos que lo criticaban posiblemente callaban por desdén, y sus adeptos, hasta los más fervientes, por una especie de pudor, como si quisieran ocultar algo (alguna flaqueza, tal vez cierto desvarío). Nikolái Vsévolodovich se había enterado de que Tijon llevaba ya unos seis años viviendo en el monasterio y que tanto la gente más humilde como los personajes más distinguidos tenían por costumbre visitarlo; que incluso en el lejano San Petersburgo contaba con entusiastas admiradores entre los hombres y, sobre todo, entre las mujeres. Pero también había escuchado de un dignísimo señor perteneciente a nuestro «club» —un anciano devoto, por más señas— la siguiente opinión: «Ese Tijon es una especie de loco; desde luego, es un individuo sin ningún talento y, sin duda, muy dado a la bebida». Vaya por delante que lo último es un completo disparate, pues lo que ocurre es que padece de una afección reumática crónica en las piernas que en ocasiones le produce temblores nerviosos. Por otra parte, Nikolái Vsévolodovich tenía conocimiento de que el obispo que vivía allí retirado no había logrado despertar excesivas simpatías dentro del propio monasterio, ya fuera por falta de carácter o por su indolencia, imperdonable e impropia en alguien de su rango. Se decía asimismo que el padre archimandrita, un hombre severo, concienzudo en el cumplimiento de sus deberes como superior de la orden y de notoria erudición, abrigaba incluso cierta animadversión contra él, condenaba su extravagante modo de vida y lo acusaba (no a la cara, sino por medio de alusiones) poco menos que de herejía. Los mismos monjes trataban al obispo enfermo, si no con irreverencia, sí con una inaudita familiaridad. Por otra parte, las dos estancias que formaban la celda de Tijon estaban decoradas de un modo un tanto extraño. Junto a una serie de muebles viejos y toscos, forrados de cuero raído, había unas cuantas piezas de valor: una imponente butaca, una enorme escribanía de excelente factura, una estantería delicadamente labrada, mesitas, anaqueles, todo lo cual, sin duda, le había sido entregado como obsequio. Había una costosa alfombra de Bujará, pero también esterillas. Había grabados de naturaleza «mundana» y asunto mitológico y, junto a éstos, en un rincón, una amplia urna con refulgentes iconos de plata y oro, uno de ellos antiquísimo y con reliquias. También su biblioteca, según se decía, era excesivamente variopinta y contradictoria: convivían en ella los escritos de los grandes eclesiásticos y padres de la Iglesia con «obras dramáticas, y puede que hasta cosas peores».

Tras los saludos iniciales, que ambos pronunciaron con evidente incomodidad, deprisa y casi farfullando, Tijon condujo al huésped a su gabinete y, como si tuviera en todo momento mucha prisa, lo hizo acomodarse en el diván,

enfrente de la mesa, mientras él tomaba asiento a su lado en una silla de rejilla. Nikolái Vsévolodovich aún seguía muy confuso, debido a la agitación interior que lo abrumaba. Parecía como si tratara de decidirse a dar un paso extraordinario e incuestionable y que, al mismo tiempo, le resultase poco menos que imposible. Estuvo como un minuto examinando el gabinete, evidentemente, sin reparar en lo que veía; estaba pensando en algo, aunque, desde luego, no sabía en qué. El silencio lo reanimó y, de pronto, tuvo la impresión de que Tijon bajaba los ojos púdicamente, exhibiendo al mismo tiempo una sonrisa del todo innecesaria. Eso le produjo una repulsión inmediata, y le faltó poco para levantarse e irse; sobre todo porque Tijon estaba indiscutiblemente borracho. Pero de repente alzó los ojos y lo miró con una mirada tan firme y tan llena de sentido, con una expresión tan inesperada y enigmática, que estuvo a punto de estremecerse. Por alguna razón, tuvo la sensación de que Tijon ya sabía a qué había ido, de que estaba prevenido de antemano (aunque nadie en el mundo podía conocer la causa), y de que, si no había sido el primero en hablar, había sido solo por ahorrarle un mal trago, porque temía humillarlo.

—¿Sabe quién soy? —le preguntó de forma abrupta—. ¿Me he presentado al llegar o no? Soy tan distraído…

—No se ha presentado, pero tuve el gusto de verle en otra ocasión, hará unos cuatro años, aquí en el monasterio… casualmente.

Tijon hablaba muy despacio, regularmente, con voz suave, vocalizando con claridad.

—Yo no he estado en este monasterio hace cuatro años —replicó Nikolái Vsévolodovich con sorprendente brusquedad—. Únicamente vine aquí de niño, cuando usted aún no estaba.

—¿No lo habrá olvidado? —observó Tijon con cautela, sin querer insistir.

—No, no lo he olvidado, sería absurdo que no lo recordara —insistió Stavroguin con gran vehemencia—. A lo mejor ha oído hablar de mí y se ha hecho la idea, sin duda errónea, de que me conoce.

Tijon guardó silencio. Nikolái Vsévolodovich advirtió que de cuando en cuando una crispación temblorosa le contraía el semblante, un síntoma de su agotamiento nervioso crónico.

—Pero veo que hoy no se encuentra bien —dijo—. Creo que será mejor que me retire.

Hizo incluso ademán de incorporarse.

—Sí, desde ayer tengo un tremendo dolor de piernas y esta noche no he dormido apenas…

Tijon se calló. Su huésped quedó sumido de nuevo, de forma repentina, en un vago ensimismamiento. El silencio fue largo, de unos dos minutos.

—¿Me estaba usted observando? —preguntó de repente Stavroguin, nervioso y suspicaz.

—Mirándole, los rasgos de su rostro me han recordado a los de su madre. No se parecen exteriormente, pero hay una gran semejanza íntima, espiritual.

—¡No nos parecemos en nada, y menos espiritualmente! ¡En absoluto! —Nikolái Vsévolodovich volvió a acalorarse desmesuradamente y sin motivo aparente; ni él mismo sabía por qué—. Eso lo dice… solo porque le doy lástima —dijo sin pensar—. Ah, entonces, ¿es que mi madre viene a verlo?

—Así es.

—No lo sabía. Nunca me lo ha dicho. ¿Con frecuencia?

—Casi todos los meses, a veces más a menudo.

—Nunca, nunca me ha dicho nada. No lo sabía. —Parecía terriblemente inquieto ante aquella revelación—. Y ella, naturalmente, ¡le habrá dicho que estoy loco! —añadió.

—No, no diría yo que loco. Aunque algo de eso he oído, pero dicho por otros.

—Debe de tener una memoria magnífica, para recordar tales nimiedades… Y ¿le han contado lo de la bofetada?

—Algo he oído, sí.

—Vamos, todo. Se ve que tiene usted mucho tiempo libre. Y ¿lo del duelo también?

—También lo del duelo.

—Ha oído usted muchas cosas. Aquí no hacen falta periódicos. ¿Shátov le habrá predispuesto en mi contra? ¿Eh?

—No. Es verdad que conozco al señor Shátov, pero hace bastante tiempo que no lo veo.

—Hum… ¿Qué mapa es ese de ahí? ¡Ah, el mapa de la última guerra[418]! ¿Para qué lo necesita?

—Lo he estado cotejando con este libro. Es una descripción de lo más interesante.

—Déjeme ver. Sí, no es una mala presentación. Aunque, bien mirado, qué lectura más extraña para alguien como usted.

Se hizo con el libro y lo hojeó someramente. Era un relato pormenorizado y brillante de las circunstancias de la última guerra, no tanto desde un punto de vista militar como en un sentido puramente literario. Tras darle algunas vueltas al libro, lo dejó donde estaba con repentina impaciencia.

—Lo cierto es que no sé por qué he venido —dijo con desagrado, mirando a Tijon a los ojos, como si aguardase su respuesta.

—Usted tampoco parece encontrarse bien…

—No, no muy bien.

Y de pronto pasó a contarle, de un modo tan abrupto y entrecortado que algunas palabras resultaban casi incomprensibles, que era víctima, sobre todo por las noches, de una especie de alucinaciones, que veía o sentía a veces a su lado a un ser malicioso, burlón y «racional», «bajo formas diversas y con distintas personalidades, pero siempre es el mismo, y siempre acabo montando en cólera»…

Fueron unas confidencias apasionadas y confusas, como si efectivamente viniesen de un loco; y, sin embargo, Nikolái Vsévolodovich habló con una franqueza tan desusada, nunca vista en él, con tal sencillez, del todo ajena a su naturaleza, que parecía como si el hombre que había sido hasta entonces se hubiera evaporado por completo, de golpe e inesperadamente. No le dio ninguna vergüenza mostrar su miedo al hablar de sus visiones. Pero fue algo momentáneo, que desapareció tal y como había venido.

—Todo esto es absurdo —dijo rápidamente, con irritada incomodidad, una vez que se rehízo—. Iré a ver a un médico.

—Debería, sin duda —asintió Tijon.

—Lo dice usted con una seguridad… ¿Ha conocido a otros como yo, con estas visiones?

—Sí, pero muy raramente. De hecho, que yo recuerde, solo he conocido un caso parecido en toda mi vida. Se trataba de un oficial del ejército; fue después de

haber perdido a su mujer, a su compañera de toda una vida. Sé de otro caso, pero solo de oídas. Ambos siguieron tratamientos en el extranjero… ¿Hace mucho tiempo que le ocurre?

—Aproximadamente un año, pero no son más que tonterías. Iré a ver a un médico. Todo esto es absurdo, completamente absurdo. Soy yo mismo bajo distintas formas y nada más. Pero seguro que usted piensa, aunque le esté diciendo lo contrario, que todavía dudo y no estoy convencido de que se trate de mí y no del diablo, realmente.

Tijon lo miró inquisitivo.

—Y… ¿lo ve usted de verdad? —preguntó, descartando de hecho cualquier duda de que no fuese una alucinación falsa y morbosa—. ¿Ve usted realmente alguna figura?

—Es curioso que insista tanto, cuando ya le he dicho que sí la veo —Stavroguin empezó otra vez a irritarse más y más a cada palabra—. Por supuesto que la veo; la veo tan claramente como le estoy viendo a usted… y a veces la veo y no estoy seguro de verla, aunque la estoy viendo… y a veces no distingo qué es lo real, si él o yo… Todo esto es absurdo. No me irá a decir que cree que se trata realmente del diablo —añadió, echándose a reír y adoptando bruscamente un tono burlón—; sin duda eso estaría más en consonancia con su profesión.

—Parece más bien una enfermedad, aunque…

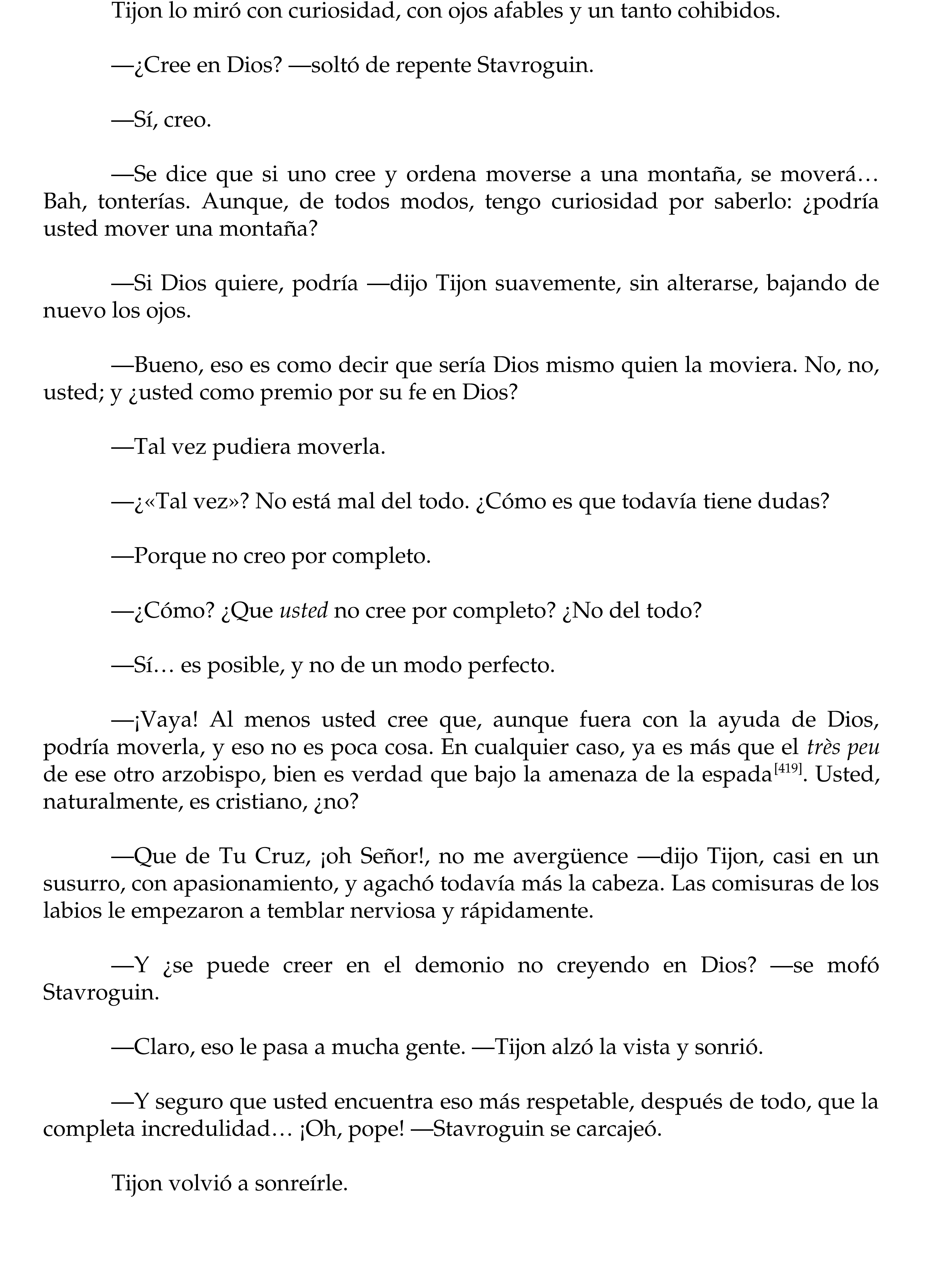
—Aunque ¿qué?

—Los demonios ciertamente existen, pero puede haber muy distintas formas de entenderlos.

—Acaba de bajar usted los ojos otra vez —lo interrumpió Stavroguin con irritante ironía—, porque le ha dado vergüenza pensar que yo pudiera creer en el demonio, pero que hacía como si no creyera en él, astutamente, para poder plantearle a usted la pregunta de si existe o no existe en realidad.

Tijon esbozó una vaga sonrisa.

—Pues sepa que no tiene usted por qué bajar los ojos: resulta poco natural, ridículo y amanerado; y para compensar mi descortesía le diré sin ningún pudor y completamente en serio que creo en el demonio, creo de forma canónica en un demonio no alegórico, sino personal, y en modo alguno pretendo sacarle a nadie una respuesta. Ahora ya lo sabe. Seguro que está usted enormemente satisfecho… —Soltó una risa nerviosa, antinatural.



Tijon lo miró con curiosidad, con ojos afables y un tanto cohibidos.

—¿Cree en Dios? —soltó de repente Stavroguin.

—Sí, creo.

—Se dice que si uno cree y ordena moverse a una montaña, se moverá… Bah, tonterías. Aunque, de todos modos, tengo curiosidad por saberlo: ¿podría usted mover una montaña?

—Si Dios quiere, podría —dijo Tijon suavemente, sin alterarse, bajando de nuevo los ojos.

—Bueno, eso es como decir que sería Dios mismo quien la moviera. No, no, usted; y ¿usted como premio por su fe en Dios?

—Tal vez pudiera moverla.

—¿«Tal vez»? No está mal del todo. ¿Cómo es que todavía tiene dudas?

—Porque no creo por completo.

—¿Cómo? ¿Que *usted* no cree por completo? ¿No del todo?

—Sí… es posible, y no de un modo perfecto.

—¡Vaya! Al menos usted cree que, aunque fuera con la ayuda de Dios, podría moverla, y eso no es poca cosa. En cualquier caso, ya es más que el *très peu* de ese otro arzobispo, bien es verdad que bajo la amenaza de la espada[419]. Usted, naturalmente, es cristiano, ¿no?

—Que de Tu Cruz, ¡oh Señor!, no me avergüence —dijo Tijon, casi en un susurro, con apasionamiento, y agachó todavía más la cabeza. Las comisuras de los labios le empezaron a temblar nerviosa y rápidamente.

—Y ¿se puede creer en el demonio no creyendo en Dios? —se mofó Stavroguin.

—Claro, eso le pasa a mucha gente. —Tijon alzó la vista y sonrió.

—Y seguro que usted encuentra eso más respetable, después de todo, que la completa incredulidad… ¡Oh, pope! —Stavroguin se carcajeó.

Tijon volvió a sonreírle.

—Al contrario, el ateísmo absoluto es más respetable que la indiferencia mundana —replicó Tijon, con regocijo y llaneza.

—Ajá, así que eso es lo que piensa.

—Un ateo convencido está un peldaño por debajo de la fe más perfecta (llegue o no a subir ese peldaño), pero un hombre indiferente no tiene ya fe en nada, solo un miedo atroz.

—No obstante… habrá leído el Apocalipsis…

—Así es.

—¿Recuerda: «Y escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea»?

—Sí. Preciosas palabras.

—¿Preciosas? Es una extraña expresión para un obispo, y en general es usted un tipo extravagante… ¿Dónde tiene el libro? —Stavroguin, con una rara urgencia y ansiedad, se puso a rastrear la mesa en busca del libro—. Me gustaría leérselo… ¿Tiene la traducción rusa[420]?

—Conozco ese pasaje, me acuerdo muy bien —murmuró Tijon.

—¿Se lo sabe memoria? ¡Recítelo!…

Sin más, fijó la vista en el suelo, apoyó las manos en las rodillas, y se dispuso a escuchar con impaciencia. Tijon recitó, palabra por palabra:

—«Y escribe al ángel de la Iglesia en Laodicea: Esto dice el Amén, el testigo fiel y veraz del principio de la creación de Dios: Conozco tus obras; tú no eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente! Mas porque eres tibio, y no frío ni caliente, estoy por vomitarte de mi boca. Porque tú dices: Soy rico; lo tengo todo y nada necesito. Pero no te das cuenta de que eres infeliz y miserable, y pobre y ciego y desnudo»[421]…

—Suficiente —le interrumpió Stavroguin—. Esto para los del medio, esto para los indiferentes, ¿verdad? Sepa que le quiero a usted mucho.

—Y yo también a usted —contestó Tijon en voz baja.

Stavroguin guardó silencio y volvió de pronto a sumirse en su anterior ensimismamiento. Era como si le dieran ataques, y ya iban tres. Y lo que le había dicho a Tijon también había sido poco menos que un ataque, o al menos un arranque inesperado para él. Transcurrió más de un minuto.

—No se enfade —le susurró Tijon, rozándole apenas el codo con un dedo, como si le faltara valor. Stavroguin se estremeció y frunció el ceño malhumorado.

—¿Cómo ha sabido que estaba enfadado? —dijo atropelladamente. Tijon se disponía a contestar cuando él lo interrumpió de nuevo con un inexplicable sobresalto—: ¿Por qué ha pensado que yo no tenía más remedio que enfadarme? Sí, estaba enfadado, tiene razón, y precisamente por haberle dicho que le quería. Tiene razón, pero es usted un cínico redomado, estima en muy poco la naturaleza humana. Cualquier otro que no fuera yo no tendría por qué haberse enfadado… Aunque no se trata de los otros: se trata de mí. Al fin y al cabo, es usted un tipo extravagante y un chiflado… —Su irritación crecía por momentos y, curiosamente, ya no hacía el menor esfuerzo por moderar su lenguaje—: Entérese, no me gustan los espías ni los psicólogos, al menos los que tratan de colarse en mi alma. No he invitado a nadie a entrar en mi alma; no necesito a nadie; me las arreglo solo. ¿Se piensa que le tengo miedo? —alzó la voz y lo miró desafiante—. ¿Está plenamente convencido de que he venido para confiarle algún «terrible» secreto, y lo aguarda con toda la curiosidad de que es capaz un ermitaño como usted? Pues entérese bien: no voy a confiarle nada, ningún secreto, porque puedo pasarme perfectamente sin usted…

Tijon le sostuvo la mirada.

—Le sorprende el hecho de que el Cordero prefiera a un hombre frío que a uno meramente tibio —dijo—. Usted no quiere ser *meramente* tibio. Algo me dice que se ha apoderado de usted una extraordinaria, acaso terrible, resolución. Si es así, se lo ruego, deje de atormentarse y cuéntemelo todo.

—Ha sabido usted que he traído algo conmigo…

—Yo… lo he adivinado por su rostro —susurró Tijon, bajando los ojos.

Nikolái Vsévolodovich estaba muy pálido; las manos le temblaban levemente. Por unos segundos se quedó inmóvil, mirando a Tijon en silencio, como si no acabara de decidirse. Al fin, se sacó del bolsillo de la levita unas cuantas hojas impresas y las puso sobre la mesa.

—Estas hojas están destinadas a ser distribuidas —dijo con voz trémula—. Sepa que, con que las lea una sola persona, no las ocultaré más tiempo y podrán ser leídas por todos. Así lo he establecido. No le necesito a usted para nada, pues ya está todo decidido. Pero léalas… No diga nada mientras las lee; cuando acabe… diga todo lo que quiera.

—¿Las leo entonces? —preguntó Tijon, indeciso.

—Léalas; hace tiempo que estoy tranquilo.

—No creo que pueda sin gafas: la impresión es fina, extranjera.

—Aquí tiene las gafas.

Stavroguin las cogió de la mesa, se las dio y se recostó en el respaldo del diván. Tijon se concentró en la lectura.

II

En efecto, era una impresión hecha en el extranjero: tres pliegos de papel corriente de cartas, de pequeño tamaño, impresos y encuadernados. Debían de haberse imprimido clandestinamente en alguna tipografía rusa del extranjero y, a primera vista, tenían todo el aspecto de un panfleto político. El encabezamiento rezaba: «De Stavroguin».

Reproduzco este documento al pie de la letra en mi crónica. Me he permitido corregir la ortografía porque las faltas son muy numerosas, algo que me ha sorprendido un tanto considerando que, al fin y al cabo, el autor era un hombre educado e incluso leído (hasta cierto punto, desde luego). En cuanto al estilo, sin embargo, no he introducido cambios, a pesar de sus irregularidades. Salta a la vista, sin duda, que el autor no era un literato.

De Stavroguin.

Yo, Nikolái Stavroguin, oficial retirado, vivía en el año 186… en San Petersburgo entregado a los vicios, que no me daban ninguna satisfacción. En esa época, por un tiempo, tuve tres viviendas. Una de ellas, en la que residía, era una casa de huéspedes, con comidas y servicio, y allí se hospedaba por entonces Maria Lebiádkina, actualmente mi legítima esposa. Mis otras dos viviendas las alquilaba por meses para mis aventuras: en una recibía a cierta dama que estaba enamorada de mí, y en la otra a su doncella, y por un tiempo me atrajo enormemente la idea de ingeniármelas para que la señora y la doncella se encontrasen, en presencia de mis amistades y del marido. Conociendo el carácter de las dos, esperaba divertirme enormemente con aquella broma estúpida.

Mientras iba preparando aquel encuentro, tuve que visitar con más frecuencia uno de los dos domicilios, situado en una casa de la calle Gorójovaia, pues allí era donde me veía con la doncella. Disponía en aquel lugar únicamente de una habitación, en el cuarto piso, que me habían alquilado unos menestrales rusos[422]. Ellos ocupaban el cuarto contiguo, que era más pequeño que el mío, tanto que la puerta que los comunicaba siempre estaba abierta, que era lo que yo quería. El marido era empleado en una oficina y se pasaba fuera de casa todo el día, desde primera hora de la mañana hasta la noche. Su mujer, de unos cuarenta años, se dedicaba a confeccionar prendas nuevas con los retales de otras viejas y también

salía de casa a menudo para entregar sus pedidos. Yo me quedaba solo con su hija, de unos catorce años, si no me equivoco, aunque tenía un aspecto muy infantil. Se llamaba Matriosha. La madre la quería, aunque con frecuencia la golpeaba y, como acostumbran estas gentes, le soltaba unos gritos espantosos. Aquella chiquilla me servía y recogía mi cuarto, separado por un biombo. Debo confesar que he olvidado el número de la casa. Me he estado informando y así he podido saber que la han derribado y que donde antes había dos o tres casas viejas se alza hoy un enorme edificio nuevo. Tampoco me acuerdo del nombre de aquellos menestrales (o puede que ni siquiera entonces lo supiera). Sé que la mujer se llamaba Stepanida, creo recordar que Mijáilovna, pero él no sabría decir. Supongo que, si se abriera una investigación y la policía de San Petersburgo pusiese todo su empeño, podrían ser localizados. La vivienda daba a un rincón en un patio. Todo ocurrió en un mes de junio. El edificio estaba pintado de azul celeste muy vivo.

Un día me desapareció del escritorio un cortaplumas que no utilizaba para nada y que ni sé qué hacía allí. Se lo dije a la casera, sin caer en la cuenta de que probablemente zurraría a su hija por ese motivo. Precisamente acababa de regañar a la niña (yo vivía con sencillez, y ellos no se andaban con miramientos) porque no encontraba un retal y, figurándose que se lo había cogido ella, hasta le había tirado del pelo. Cuando el retal apareció debajo del mantel, la niña no dijo esta boca es mía ni se quejó, solo se quedó mirando en silencio. Eso me llamó la atención y, por primera vez, me fijé en su cara, en la que apenas había reparado hasta ese momento. Era rubia y pecosa, de rasgos vulgares, pero había algo en ella muy infantil y sereno, extraordinariamente sereno. A la madre le sentó mal que su hija no se quejara por haberla zurrado sin motivo y volvió a levantarle la mano, aunque sin llegar a darle; y, justo en ese momento, saqué yo lo del cortaplumas. Lo cierto era que, aparte de nosotros tres, no había nadie más que pudiera haberlo cogido, y que solo la niña traspasaba el biombo. La mujer, furiosa por haberse equivocado la primera vez y haberla castigado injustamente, se abalanzó sobre la escoba, le arrancó algunas ramas y se puso a azotar a la niña en mi presencia hasta dejarle el cuerpo lleno de marcas. Matriosha aguantó los azotes sin chillar, si bien a cada golpe dejaba escapar un extraño gemido. Cuando todo hubo acabado, se pasó una hora entera sollozando desconsoladamente.

Pero antes ya había sucedido lo siguiente: en el mismo instante en que la casera agarró la escoba y empezó a arrancarle ramas, vi que el cortaplumas estaba encima de mi cama, adonde debía de haber caído desde el escritorio. Inmediatamente pensé en callármelo, para que la niña sufriese el castigo. Lo decidí en el acto; esos momentos siempre me dejan sin aliento. Pero tengo la intención de contar las cosas con toda firmeza, para que no quede nada en secreto.

Toda situación extraordinariamente ignominiosa, humillante sin medida, abyecta y, ante todo, grotesca en que me he encontrado en mi vida me ha inspirado siempre, a la vez que una rabia extrema, un deleite increíble. Eso es exactamente lo que he sentido cuando he cometido algún delito y cuando he puesto mi vida en

peligro. Si robaba algo, mientras cometía el hurto me extasiaba la conciencia de lo profundo de mi vileza. No era la vileza en sí lo que me embriagaba (en ese aspecto, estaba en mi sano juicio), sino que el placer derivaba de la atormentada conciencia de mi degradación. De igual modo, cada vez que aguardaba a pie firme en la barrera a que mi adversario disparase, experimentaba esa sensación humillante y violenta; y hubo una ocasión en que llegué al paroxismo. Confieso que yo mismo, a menudo, buscaba estos lances, porque es para mí la emoción más fuerte que existe. Al recibir una bofetada en el rostro (y he recibido dos en toda mi vida), lo he sentido igualmente, a la par que una ira tremenda. Pero, al verse refrenada la ira por la humillación, el placer sobrepasa todo lo imaginable. Nunca le he contado esto a nadie, ni siquiera por medio de insinuaciones, y siempre lo he ocultado como algo infamante y vergonzoso. Pero, cuando una vez, en una taberna de San Petersburgo, me pegaron brutalmente y me arrastraron de los pelos, no experimenté esa sensación, sino solo una furia incontenible, aunque no había bebido, y les planté cara. En cambio, si aquel *vicomte*[423] francés que, estando yo en el extranjero, me dio una bofetada a la que respondí descerrajándole un tiro en la mandíbula me hubiera, en vez de eso, tirado del pelo hasta derribarme, me habría embargado el éxtasis y, quizá, no habría sentido ira. Así me lo pareció entonces.

Cuento todo esto para que se sepa que esa emoción nunca me ha dominado por entero, sino que he conservado siempre la conciencia más plena (de hecho, todo se basaba en esa conciencia). Y, aun cuando se apoderaba de mí hasta situarme al borde de la irracionalidad, nunca llegó al extremo de llevarme al olvido de mí mismo. Crecía en mi interior hasta alcanzar el ardor de una hoguera perfecta, pero al mismo tiempo yo podía contenerla enteramente, e incluso detenerla en su punto más alto si quería; solo que nunca quise detenerla. Estoy convencido de que yo sería capaz de vivir como un monje, a despecho de la voluptuosidad animal con que me ha dotado la naturaleza y a la cual siempre me he entregado. Después de haberme entregado hasta los dieciséis años, con inaudita desmesura, a un vicio del que se confesaba Jean-Jacques Rousseau[424], lo abandoné en el momento mismo en que me pareció oportuno, en mi decimoséptimo año de vida. Cuando quiero, soy siempre dueño de mí mismo. Por eso, que quede claro que no pretendo zafarme de la responsabilidad de mis crímenes, ni con la excusa del ambiente ni con la excusa de la enfermedad.

Cuando acabó la ejecución del castigo, me guardé el cortaplumas en el bolsillo del chaleco y, sin decir palabra, salí de la casa y me deshice de él en la calle, lo bastante lejos de allí para que nadie pudiera encontrarlo. Luego esperé dos días antes de volver por la casa. La niña, después de aquella llantina, se había vuelto aún más callada que de costumbre; a mí, de eso estoy seguro, no me guardaba ningún rencor, aunque estaba evidentemente avergonzada de que la hubieran castigado de aquella manera en mi presencia. Pero de esa vergüenza, como niña que era, seguramente no culpaba a nadie más que a sí misma. Es posible que hasta entonces solo me hubiera tenido miedo, pero no personalmente, sino como inquilino, como un extraño, y, por lo que se ve, era bastante tímida.

Precisamente en aquellos dos días, me pregunté por primera vez si no podría renunciar y abandonar el plan que había concebido, y me di cuenta en el acto de que sí podría, de que podría dejarlo correr sin más en cualquier momento. Fue por entonces cuando pensé en matarme, enfermo de indiferencia, aunque en realidad no sé por qué motivo; pero el caso es que en aquellos dos o tres días (no había más remedio que esperar hasta que a la niña se le olvidase todo aquello), probablemente para distraer mi atención de la idea que me obsesionaba, o por mera diversión, cometí un hurto en la pensión. Fue el primer y único robo en toda mi vida.

Aquella pensión estaba atestada de huéspedes. Entre otros, vivía allí un funcionario con su familia, en dos habitaciones amuebladas; tenía unos cuarenta años, no era nada estúpido y tenía buen aspecto, aunque era pobre. Yo apenas me trataba con él, y a él le daban miedo las amistades de las que yo me rodeaba. Acababa de cobrar su sueldo: treinta y cinco rublos. Más que nada, lo que me llevó a decidirme fue que necesitaba dinero con cierta urgencia (y eso que iba a recibirlo por correo al cabo de cuatro días), de modo que robé como si me hiciera falta y no tanto por diversión. Cometí el robo con total descaro y sin disimulo: me metí sin más en su dormitorio mientras el funcionario estaba comiendo, con su mujer y sus hijos, en la estancia contigua. Encima de una silla que había al lado de la puerta estaba su uniforme doblado. La idea se me ocurrió de repente, cuando todavía estaba en el pasillo. Metí la mano en el bolsillo y cogí el monedero. En ésas, el funcionario oyó ruido y se asomó desde la otra pieza; incluso puede que de hecho viera algo, pero, como no acabó de verlo todo con claridad, no dio crédito a sus ojos, como es natural. Me excusé diciendo que me había asomado desde el pasillo para ver la hora en su reloj de pared. «Está parado, señor», contestó, y yo me marché.

Por entonces yo bebía mucho, y en mis habitaciones se juntaba una buena tropa, en la que nunca faltaba Lebiadkin. Me deshice del monedero y de la calderilla y me guardé los billetes. Había treinta y dos rublos, tres billetes rojos y dos amarillos. Cambié inmediatamente uno rojo y mandé traer champán; luego cambié el segundo billete, y más tarde el tercero. Unas cuatro horas después, ya al atardecer, me encontré al oficial esperándome en el pasillo.

—Oiga, Nikolái Vsévolodovich, cuando entró usted en mi cuarto, ¿no dejaría caer por casualidad mi uniforme de la silla que estaba junto a la puerta?

—No, no me acuerdo. ¿Estaba allí su uniforme?

—Sí, estaba allí.

—¿En el suelo?

—Primero en la silla, y luego en el suelo.

—Y ¿lo recogió?

—Sí.

—Bueno, y entonces, ¿qué es lo que quiere usted?

—No, en ese caso, nada, señor…

No se atrevió a ir más lejos, ni tampoco a contárselo a nadie en la pensión: así de apocada es esa gente. En aquella casa, todo el mundo me tenía mucho miedo y me trataba con deferencia. Después de aquello, un par de veces me divertí cambiando una mirada con él al cruzarnos en el pasillo, pero enseguida me aburrí.

Al cabo de tres días, volví a la calle Gorójovaia. La madre se disponía en ese momento a salir con un hatillo de ropa; el menestral, por descontado, no estaba en casa. Me habían dejado solo con Matriosha. Las ventanas estaban abiertas. En el edificio únicamente vivían artesanos, y todo el santo día se oían, provenientes de todos los pisos, martillazos o canciones. Pasó más o menos una hora. Matriosha estaba sentada en una banqueta en su habitación, dándome la espalda, ocupada en la costura. Al fin, se puso a cantar bajito, muy bajito, como acostumbraba a veces. Saqué el reloj y miré la hora: eran las dos en punto. El corazón me palpitaba. Pero de pronto volví a preguntarme si sería capaz de refrenarme, y enseguida me dije que sí. Me levanté y me fui acercando a ella con sigilo. En sus ventanas había macetas con geranios y brillaba un sol cegador. Me senté en el suelo a su lado, sin hacer ruido. Se sobresaltó y, con un susto de muerte, se puso en pie de un brinco. Yo le cogí la mano y se la besé en silencio, la hice sentar de nuevo en la banqueta y empecé a mirarla a los ojos. Que le besara la mano hizo que le diera la risa, pero solo por un segundo, porque de inmediato volvió a levantarse de un salto impetuoso, y tan asustada que un espasmo le contrajo la cara. Se quedó mirándome con los ojos fijos por el terror y empezó a fruncir los labios como si estuviera a punto de echarse a llorar, pero no lloró. Yo volví a besarle la mano, me la senté en las rodillas y le besé la cara y los pies. En ese momento trató de zafarse de mí y sonrió como si le diera vergüenza, con una sonrisa burlona, y se ruborizó hasta ponerse completamente colorada. Yo le susurré algo. Finalmente, sin transición, ocurrió algo extraordinario, que nunca podré olvidar y que me dejó completamente desconcertado: la chiquilla me echó los brazos al cuello y empezó a besarme apasionadamente. En su rostro se reflejaba el éxtasis más completo. A punto estuve de levantarme e irme, por pura lástima: tan desagradable me parecía esa conducta en una cría tan pequeña. Pero me sobrepuse al repentino sentimiento de terror y me quedé.

Cuando todo hubo acabado, parecía confusa. Yo no intenté tranquilizarla ni seguí acariciándola. Ella me miraba, sonriendo con timidez. De repente, me pareció que tenía cara de estúpida. Su turbación iba aumentando por momentos, hasta apoderarse de ella. Finalmente, se tapó la cara con las manos, fue hasta un rincón y

se quedó allí de pie, inmóvil, de cara a la pared. Yo temí que volviera a entrarle el pánico, como poco antes, y sigilosamente me marché de la casa.

Imagino que todo lo ocurrido debió de parecerle, en definitiva, una abominación infinita, un horror mortal. A pesar de haber escuchado desde la cuna, a buen seguro, todo tipo de palabrotas rusas y conversaciones peregrinas, estoy plenamente convencido de que aún no entendía nada. Seguramente debió de tener la impresión, finalmente, de haber cometido un crimen monstruoso, de ser culpable de un pecado mortal: «He matado a Dios».

Aquella noche fue cuando tuve la riña en la taberna que antes he mencionado de pasada. No obstante, amanecí en mi cuarto en la pensión; Lebiadkin me había llevado a casa. Mi primer pensamiento al despertarme fue si la niña lo habría contado o no. Fue un momento de auténtico terror, aunque no demasiado intenso todavía. Esa mañana estaba muy contento y de excelente humor con todo el mundo, cosa que sorprendió agradablemente a mis camaradas. No obstante, los dejé a todos ellos para dirigirme a la calle Gorójovaia. Me la encontré abajo, en el portal; venía de la tienda, adonde la habían mandado a comprar achicoria. Al verme, echó a correr escaleras arriba como alma que lleva el diablo. Cuando entré, su madre ya le había dado un par de cachetes por haber entrado en casa «como una loca», lo cual ocultó la verdadera causa de su pánico. De momento, todo estaba tranquilo. Se escondió por ahí y no se dejó ver hasta que me fui. Me quedé aproximadamente una hora y luego me marché.

Al atardecer, volví a sentir miedo, ahora incomparablemente más intenso. Por supuesto, podía negar los hechos, pero a lo mejor me cogían en un renuncio. Me vino a la cabeza la visión del penal. Nunca he sido cobarde y, salvo en este caso, nunca antes ni después he temido nada. Tampoco Siberia, y eso que en más de una ocasión han podido deportarme allí. Pero esta vez estaba asustado de verdad, no sé por qué, por primera vez en mi vida, y era una sensación sumamente angustiosa. Al margen de eso, aquella tarde en mi habitación llegué a odiarla hasta tal punto que resolví matarla. Lo más odioso para mí era el recuerdo de su sonrisa. Empecé a sentir desprecio y una inmensa repugnancia por el hecho de que, después de lo ocurrido, hubiera corrido a esconderse en un rincón tapándose la cara con las manos; me entró una rabia inexplicable, seguida de una tiritona, y luego, cuando cerca ya del amanecer empezó a subirme la fiebre, otra vez se apoderó de mí el terror, pero de tal intensidad que juro que nunca he experimentado un tormento mayor. Sin embargo, ya no odiaba a la niña; o, al menos, mi odio no llegaba al paroxismo de la noche anterior. Me di cuenta así de que un miedo intenso ahuyenta del todo el odio y el afán de venganza.

Me desperté hacia el mediodía, ya sin malestar y hasta sorprendido de la intensidad de las sensaciones del día anterior. No obstante, seguía de mal humor y me sentí impelido a acercarme otra vez a la calle Gorójovaia, a pesar de mis resquemores. Recuerdo que, de camino hacia allí, deseé con todas mis fuerzas que

me saliera al paso la oportunidad de enzarzarme en alguna pelea con quien fuera, siempre que fuese una pelea violenta. Pero al llegar a la calle Gorójovaia me encontré inopinadamente en mi cuarto a Nina Savélievna, la doncella, que llevaba ya una hora esperándome. No quería yo a aquella muchacha, y ella lo sabía, hasta el punto de que estaba medio asustada, temiendo que pudiera enfadarme con ella por haber aparecido sin avisar; pero en aquel momento me alegré mucho de verla. No era una muchacha nada fea, aunque era modesta y tenía esos modales que tanto les gustan a los menestrales, por lo que mi casera siempre me la estaba ensalzando. Encontré a las dos tomando café, y a la casera se la veía encantada con aquella agradable conversación. En un rincón de la habitación de mis caseros vi a Matriosha. Miraba a su madre y a la visita sin mover un músculo. Cuando aparecí yo, no se escondió como la vez anterior ni tampoco salió corriendo, únicamente me dio la impresión de estar muy delgada y como febril. Me mostré cariñoso con Nina y cerré la puerta cuando la casera nos dejó a solas, algo que no había hecho en mucho tiempo, así que Nina se marchó totalmente satisfecha. Yo me fui a la vez que ella, y estuve dos días sin volver por la calle Gorójovaia. Estaba harto de todo aquello.

Decidí poner fin a la situación, renunciar a mis viviendas y marcharme de San Petersburgo. Pero, cuando fui a comunicárselo a la casera, la hallé muy preocupada y angustiada: Matriosha llevaba tres días enferma, con fiebre alta y delirios nocturnos. Naturalmente, le pregunté —hablábamos en voz muy baja y en mi cuarto— qué decía cuando deliraba, y ella, con un hilo de voz, me contó que desvariaba acerca de «cosas horribles»: «He matado a Dios, dice». Yo me ofrecí a pagar la visita de un médico, pero ella no aceptó. «Si Dios quiere, se le pasará sin necesidad de médicos; tampoco está todo el rato acostada, de día se levanta… Hace un momento ha bajado a la tienda». Decidí que tenía que verme a solas con Matriosha y, como la casera dejó caer que debía ir a la Peterbúrgskaia[425] a eso de las cinco, decidí volver por la tarde.

Comí en una taberna. A las cinco y cuarto en punto estaba de vuelta. Abrí, como siempre, con mi llave. No había nadie más que Matriosha. Estaba acostada en la cama de su madre, oculta tras el biombo, y vi cómo se asomaba a mirar, pero hice como que no me había dado cuenta. Estaban abiertas todas las ventanas. Entraba una brisa tibia, casi caliente. Me puse a dar vueltas por la habitación y finalmente me senté en el diván. Lo recuerdo todo hasta el último detalle. No sé por qué, pero lo cierto es que me complacía en mantener a Matriosha en vilo, sin dirigirle la palabra. Dejé que pasara así una hora entera, hasta que repentinamente ella salió de detrás del biombo, abandonando la cama. Primero oí el golpe seco de sus pies al dar en el suelo, y después unos pasos muy ligeros, y en ésas apareció en el umbral de mi habitación. Se quedó de pie mirándome en silencio. Observé que, en esos días en que no había tenido ocasión de verla de cerca, había adelgazado muchísimo. Tenía la cara chupada y un aspecto indudablemente febril. Sus ojos, más grandes que antes, estaban fijos en mí y muy abiertos, con una expresión de curiosidad embobada, o esa sensación me dio al principio. Yo seguía sentado,

mirándola sin moverme. Y entonces, de repente, volví a odiarla, aunque no tardé en darme cuenta de que no le inspiraba ningún miedo, sino que más bien estaba delirando. Pero tampoco se trataba de un delirio. De repente se puso a cabecear repetidamente, sin dejar de mirarme, como suelen hacer en señal de reproche las personas simples y sin educación, y acto seguido levantó su diminuto puño en el aire como si me amenazase con él. En un primer momento, el gesto me pareció ridículo, pero luego no pude soportarlo. Su cara reflejaba una desesperación que resultaba intolerable en una niña. Siguió agitando el puñito de modo amenazante y sacudiendo la cabeza en señal de reproche. Yo me levanté y me acerqué a ella atemorizado y, cautelosamente, empecé a hablarle con dulzura y afecto, pero enseguida vi que no entraría en razón. De pronto, se tapó impulsivamente la cara con las dos manos, como había hecho la otra vez, se retiró hasta la ventana de su cuarto y se quedó allí dándome la espalda. Yo me volví a mi cuarto y me senté al lado de la ventana. No soy capaz de comprender por qué, en lugar de marcharme, me quedé allí como si esperase algo. Pronto volví a oír sus pasos apresurados, ahora por la galería de madera que conducía a las escaleras. Me acerqué a toda prisa hasta la puerta, la abrí y solo me dio tiempo a ver cómo Matriosha se metía en el minúsculo trastero, que parecía un gallinero, al lado de otro sitio. Una idea muy curiosa me vino a la cabeza. Aún hoy no consigo discernir por qué, sin previo aviso, todo empezó a girar en torno a esa idea. Entrecerré la puerta y volví a sentarme al lado de la ventana. Por supuesto, yo todavía no daba crédito a aquella idea repentina; «y, sin embargo…». (Me acuerdo de todo).

Al cabo de un minuto miré el reloj y registré la hora con total exactitud. Empezó a caer la tarde. Una mosca revoloteaba sobre mi cabeza y venía a posarse una y otra vez en mi cara. La atrapé, la retuve entre los dedos y la eché por la ventana. Una telega entró en el patio haciendo mucho ruido. También en voz muy alta (y desde hacía ya rato), un sastre, asomado a una ventana que daba a una esquina del patio, cantaba una canción. Desde mi ventana podía verlo, sentado y afanado en su trabajo. De golpe caí en que, como no me había cruzado con nadie al entrar en el edificio y subir por la escalera, tampoco convenía que me viera nadie ahora, ni cuando tuviera que bajar, y aparté deliberadamente la silla de la ventana para quedar fuera de la vista de los vecinos. Cogí un libro, pero volví a dejarlo y me puse a observar una diminuta araña rojiza posada en la hoja de un geranio, y me quedé adormilado. Lo recuerdo todo hasta el último instante.

De repente, miré el reloj: habían pasado veinte minutos desde que Matriosha había salido de su cuarto. La conjetura empezaba a cobrar forma de probabilidad. No obstante, decidí esperar exactamente quince minutos más. También podía ser, se me ocurrió, que ella hubiera vuelto y que yo, a lo mejor, no la hubiera oído. Pero eso era imposible: reinaba un silencio de muerte en el que se podía oír el vuelo de una mosca. Otra vez se me desbocó el corazón. Miré el reloj: faltaban aún tres minutos para el cuarto de hora; aguanté como pude, aunque las palpitaciones eran tan fuertes que el pecho me dolía. Al fin me levanté, me puse el sombrero, me abotoné el abrigo y eché un vistazo a la habitación, por si hubiera

dejado alguna señal de mi presencia. Arrimé más la silla a la ventana, igual que estaba antes. Por último, abrí con cuidado la puerta, la cerré con mi llave y me fui hacia el trastero. Estaba cerrado, pero no con llave; yo sabía que tenía mal la cerradura, pero no me atrevía a abrir, de modo que me puse de puntillas para poder mirar por la rendija del vano de la puerta. En aquel momento, estando de puntillas, recordé que, cuando me hallaba sentado junto a la ventana mirando aquella arañita roja y a punto de dormirme, había pensado que más tarde tendría que ponerme de puntillas y espiar por esa misma rendija. Menciono este detalle porque quiero que quede completamente claro hasta qué punto estaba yo en plena posesión de mis facultades mentales, y que me hago enteramente responsable de todo. Estuve atisbando por la rendija mucho tiempo, pero allí dentro estaba a oscuras, aunque no del todo. Así que acabé por ver lo que quería… Quería cerciorarme por completo.

Finalmente, decidí marcharme. No me encontré con nadie en la escalera. Tres horas más tarde estábamos todos en la pensión, en mangas de camisa, tomando té y jugando a las cartas con una baraja vieja; Lebiadkin recitaba poemas. Todo el mundo contaba anécdotas y, como si se hubieran puesto de acuerdo, resultaban todas amenas e interesantes, y en modo alguno tan idiotas como de costumbre. También estaba Kiríllov. Nadie bebía, a pesar de que había una botella de ron, salvo Lebiadkin, que de cuando en cuando echaba un trago. Prójor Málov había comentado en cierta ocasión: «Cuando Nikolái Vsévolodovich está de buen humor y no protesta, todos estamos contentos y decimos cosas sensatas». En esos momentos, me acordé de sus palabras.

A eso de las once, apareció la hija pequeña de la portera de la casa de la calle Gorójovaia para comunicarme, de parte de mi casera, que Matriosha se había ahorcado. Me fui con ella y, cuando llegué, comprobé que la casera ni sabía para qué me había hecho venir. Lloraba a gritos y se golpeaba la cabeza; había mucha gente y se había presentado la policía. Me quedé allí un rato, y luego me fui.

Apenas me molestaron a raíz de aquello, si bien me hicieron las preguntas de rigor. Lo único que dije fue que la chica había estado enferma y delirando, por lo que yo me había ofrecido a costearle un médico. También me preguntaron sobre el cortaplumas, y les conté que la madre la había castigado por ese motivo, pero que no había tenido mayor importancia. Nadie se había enterado de que yo había estado allí aquella tarde. De los resultados de la investigación de los médicos no oí nada.

Me abstuve de ir por allí más o menos una semana. Fui a dar aviso a la patrona de que dejaba la habitación, pero eso fue bastante tiempo después del entierro. La casera seguía llorando, aunque andaba ya trajinando con sus retales y cosiendo, como de costumbre. «Por culpa de su cortaplumas la reñí sin motivo», me dijo, pero sin excesivo reproche. Saldé mi cuenta con ella, utilizando como pretexto para marcharme que, después de lo ocurrido, no podía recibir más a Nina

Savélievna en aquella casa. Cuando ya me iba, volvió a deshacerse en elogios de Nina Savélievna. Antes de salir, le di cinco rublos de más.

Por encima de todo, sentía un hartazgo de la vida casi enloquecedor. Pasado el peligro, habría olvidado por completo el suceso de la calle Gorójovaia, igual que olvidé todos los demás hechos acaecidos en aquella época, si no hubiera sido porque por algún tiempo no pude dejar de acordarme con rabia de lo cobarde que había sido. Di rienda suelta a mi rabia con todo aquel que tuve a mi alcance. Más o menos por entonces, aunque en realidad sin ningún motivo concreto, se me metió en la cabeza la idea de malograr mi vida, utilizando para ello el método más repugnante que se pueda imaginar. Ya llevaba cerca de un año dándole vueltas a la posibilidad de pegarme un tiro, pero en eso se me presentó una oportunidad mejor. Así, un día, según miraba a la pobre Maria Timoféievna Lebiádkina, la mujer que echaba una mano en la pensión, y que por entonces aún no había enloquecido, aunque sí era una pobre idiota sin remisión y estaba perdidamente enamorada de mí en secreto (cosa que mis amigos habían averiguado), tomé de pronto la decisión de casarme con ella. La idea de la boda de un Stavroguin con la más mísera de las criaturas puso mis nervios en tensión. Era imposible concebir nada más monstruoso. Ahora bien, no acabo de tener claro si en esa decisión mía entraba inconscientemente (¡inconscientemente, claro que sí!) la cólera que me dominaba por la despreciable cobardía que había mostrado después de lo de Matriosha. Francamente, no lo creo. En cualquier caso, me casé con ella, y no por «una apuesta hecha estando borracho después de una comilona». Los testigos fueron Kiríllov, Piotr Verjovenski, que se hallaba casualmente en San Petersburgo, y, por último, el propio Lebiadkin y Prójor Málov (que ya ha muerto). Nadie más estuvo nunca al corriente, y los que lo sabían juraron guardar silencio. Ese silencio siempre me ha parecido una suerte de ruindad, pero hasta ahora nadie lo ha roto jamás, aunque yo he tratado de hacerlo público; lo hago ahora, junto con todo lo demás.

Después de la boda, me fui a la provincia, a pasar una temporada con mi madre, con el propósito de distraerme. En nuestra ciudad corría el rumor desde tiempo atrás de que yo estaba loco; un convencimiento que aún hoy persiste y que, sin ninguna duda, me perjudica, como luego explicaré. Poco más tarde me marché al extranjero, y estuve fuera del país cuatro años.

Estuve en Oriente, en un monasterio del Monte Athos asistí a oficios de vísperas que duraban ocho horas; estuve en Egipto, viví en Suiza, viajé incluso hasta Islandia; pasé un año entero en la Universidad de Gotinga. En mi último año fuera, entablé una estrecha amistad con una distinguida familia rusa en París, y con dos jóvenes rusas en Suiza. Hará unos dos años, en Fráncfort, según pasaba por delante del escaparate de una papelería, me llamó la atención, entre una serie de fotografías que estaban a la venta, el retrato de una niña, ataviada con un elegante vestido infantil pero muy parecida a Matriosha. Compré el retrato sin dudar un instante y, de vuelta en el hotel, lo coloqué sobre la repisa de la chimenea

de mi habitación. Allí estuvo una semana intacto, sin que yo lo mirase ni una sola vez, y cuando me fui de Fráncfort me lo dejé allí olvidado.

Menciono este episodio solo para demostrar hasta qué punto era dueño de mis recuerdos y cuán indiferente me había vuelto a ellos. Los desechaba todos en bloque, y en bloque desaparecían, obedientes, en cuanto lo deseaba. Siempre me aburrió rememorar el pasado y nunca fui capaz de tener conversaciones sobre él, como casi todo el mundo hace, sobre todo porque, como todo lo demás que me concernía, el pasado me resultaba odioso. En cuanto a Matriosha, hasta me olvidé de coger el retrato de la chimenea.

Hará cosa de un año, en primavera, viajando por Alemania, dejé pasar por pura distracción la estación de ferrocarril en la que tenía que haber cambiado de tren, y de ese modo seguí adelante en dirección equivocada. Tuve que apearme en la siguiente estación; eran las dos de la tarde pasadas y hacía muy buen día. Se trataba de un pequeño pueblecillo. Me indicaron un hotel; me tocaba hacer tiempo, porque no pasaría otro tren hasta las once de la noche. La verdad era que estaba encantado con mi aventura, dado que no tenía prisa por llegar a ningún sitio. El hotel resultó ser una fonda pequeña y cochambrosa, pero toda de madera y enteramente rodeada de macizos de flores. Me dieron una habitación minúscula. Comí copiosamente y, como llevaba toda la noche de viaje, caí profundamente dormido después del almuerzo, a eso de las cuatro de la tarde.

En el transcurso de aquella siesta tuve un sueño completamente insólito para mí, un sueño como nunca había tenido. En Dresde, en una galería, hay un cuadro de Claude Lorraine[426] que en el catálogo figura con el título de *Acis y Galatea*, me parece, pero que yo siempre he llamado *La edad de oro*, no sé por qué. Ya lo había visto otras veces, pero unos tres días antes, de paso por Dresde, había aprovechado para ir otra vez a verlo. Fue con ese cuadro con lo que soñé, pero no como una pintura, sino como una realidad viva.

Era un rincón de las islas griegas; envolventes olas azules, islas y rocas; una ribera feraz, una vista mágica en el horizonte, el encanto del sol poniente: no hay palabras para describirlo. Allí estaba la cuna de la civilización europea, allí se habían desarrollado las primeras escenas del mundo mitológico, allí estuvo el paraíso terrenal… Allí había vivido en otro tiempo una hermosa estirpe. Eran felices e inocentes de la mañana a la noche; los bosques se henchían con sus alegres cánticos; la prodigiosa abundancia de sus dones virginales se expresaba a través del amor y la más pura felicidad. El sol bañaba con sus rayos este mar y estas islas, recreándose en sus espléndidos hijos. ¡Qué sueño maravilloso, qué deslumbrante ilusión! El sueño más increíble de todos cuantos han sido soñados, pero ante el que la humanidad entera se ha rendido con todas sus fuerzas a lo largo de la historia; por él lo ha sacrificado todo, por él los hombres han muerto en la cruz y los profetas han sido aniquilados; sin él, las naciones no querrían vivir y no sabrían morir siquiera. Atravesé todas estas sensaciones en mi sueño; no sabría decir

exactamente con qué soñé, pero las rocas, el mar, los oblicuos rayos del sol poniente, todo parecía estar todavía ante mis ojos cuando desperté y los abrí y, por primera vez en mi vida, los hallé bañados en lágrimas. Un sentimiento de felicidad hasta ese momento desconocido para mí me inundó el corazón de un modo casi doloroso. Estaba atardeciendo; por la ventana de mi diminuta habitación, a través de las hojas verdes de las flores que adornaban el alféizar, se filtraba un haz de rayos oblicuos del sol en su ocaso que me bañaba con su luz. Cerré los ojos de inmediato, como queriendo convocar de nuevo el desvanecido sueño, pero en eso, en medio de todo el brillo y fulgor, distinguí un punto diminuto. El punto fue cobrando progresivamente una forma definida y, de golpe, se me apareció con perfecta claridad una minúscula araña rojiza. De inmediato la recordé posada en la hoja del geranio, cuando también se derramaban sobre ella los rayos del sol poniente. Fue como si algo se precipitara en mi interior; me incorporé y me quedé sentado en la cama. (¡Así fue como sucedió todo!).

La vi delante de mí (¡oh, no; no en carne y hueso!; ¡ojalá hubiera sido una visión real!); ante mis ojos tenía a Matriosha, demacrada, con la mirada febril, idéntica a la de entonces, cuando, de pie en el umbral de mi cuarto, movía la cabeza y me amenazaba con el puño. Jamás había vivido nada tan mortificante como la patética desesperación de una criatura de diez años[427], desamparada, ignorante de todo, que me amenazaba (¿con qué?, ¡Dios mío!, ¿qué podía hacerme?), pero que, al mismo tiempo, se echaba a sí misma toda la culpa. Nunca he sentido nada parecido. Estuve sentado sin moverme hasta que se hizo de noche, y perdí la noción del tiempo. ¿Será eso lo que llaman arrepentimiento o remordimiento de conciencia? No lo sé, ni siquiera ahora podría asegurarlo. Pero me resultaba intolerable aquella imagen suya, de pie en el umbral con el pequeño puño alzado en señal de amenaza, su aspecto de entonces, aquel preciso instante, aquella forma suya de mover la cabeza. Es eso en concreto lo que no puedo soportar, porque desde aquella tarde he vuelto a revivirlo prácticamente a diario. No sucede espontáneamente, sino que soy yo quien lo invoca y no puedo evitar invocarlo, aunque me haga la vida imposible. ¡Ah, si pudiera verla alguna vez en carne y hueso, aunque no fuese más que una alucinación!

Tengo otros viejos recuerdos, quizá peores que éste. Traté muy mal a una mujer, que murió por ese motivo. Maté en duelo a dos hombres que no me habían hecho ningún mal. En cierta ocasión sufrí un agravio mortal y no me vengué. En mi haber figura también un envenenamiento, deliberado y consumado, y del que nadie sabe nada. (De ser necesario, lo confesaré todo).

Entonces, ¿por qué ningún otro recuerdo despierta en mí nada parecido? Tal vez sea solo por el odio debido a mi situación actual, pues antes me desentendía y olvidaba con toda frialdad.

Después de eso, anduve de acá para allá casi todo el resto del año y traté de ocuparme en alguna cosa. Sé que podría, incluso ahora, ahuyentar el recuerdo de

Matriosha en cuanto quisiese. Soy tan dueño absoluto de mi voluntad como siempre lo he sido. Pero es el caso que nunca he querido hacerlo; tampoco quiero ahora, ni querré nunca. Así que dejaré que siga su curso hasta que me haga enloquecer.

Dos meses más tarde, en Suiza, sufrí un ataque de esa misma pasión furiosa e impulsiva que ya me había atacado otras veces. Tuve la terrible tentación de cometer un nuevo crimen; en esta ocasión, el de bigamia (puesto que por entonces ya estaba casado). Pero logré evitarlo gracias al consejo de cierta joven a la que le había confiado prácticamente todo, incluso que no la amaba, sino que tan solo la deseaba ardientemente y que jamás podría yo amar a nadie. Además, ese nuevo crimen no me habría librado de Matriosha.

Por consiguiente, decidí hacer imprimir estas cuartillas y enviar trescientas copias a Rusia. A su debido tiempo, haré llegar algunas de ellas a la policía y las autoridades locales; simultáneamente, las enviaré a los editores de los periódicos con el ruego de que las publiquen; asimismo las distribuiré entre la gente que me conoce en San Petersburgo y en toda Rusia. También las haré circular, traducidas, por el extranjero. Ya sé que no tendrá, probablemente, ninguna consecuencia legal, o en cualquier caso ninguna demasiado grave. Soy yo mismo quien declara en mi contra y no pesa sobre mí ninguna acusación; además, las pruebas son muy escasas o directamente inexistentes. Por si fuera poco, la arraigada convicción sobre mi desequilibrio mental y, a buen seguro, los desvelos de mis parientes, que no dudarían en recurrir a ella, invalidarían de partida cualquier procedimiento legal que se emprendiera. Aunque, precisamente, hago esta declaración con el objeto de probar que actualmente estoy en pleno uso de mis facultades y que comprendo el alcance de lo expuesto. Pero siempre habrá quienes sepan la verdad, y ahora podrán mirarme a los ojos como yo a ellos. Quiero que todos me miren. ¿Me aliviará en algo? No lo sé. Me acojo a ello como a un último recurso.

Lo repito: si la policía de San Petersburgo lleva a cabo una adecuada investigación, es posible que descubra algo. Puede que la casera y su marido sigan viviendo aún en San Petersburgo. Lógicamente, habrá quien recuerde la casa. Estaba pintada de azul celeste muy vivo. En cuanto a mí, no tengo pensado ir a ninguna parte y, al menos por un tiempo (uno o dos años), podrán localizarme en Skvoréshniki, la hacienda de mi madre. Si se me requiere, me presentaré donde haga falta.

NIKOLÁI STAVROGUIN

III

La lectura duró aproximadamente una hora. Tijon leía despacio y, probablemente, releyó algunos pasajes. Entretanto, Stavroguin estuvo sentado en

silencio y sin moverse. Extrañamente, el amago de impaciencia, aturdimiento y aun delirio evidente que se había reflejado en su rostro toda esa mañana había desaparecido; había sido reemplazado por una expresión de sosiego y de algo así como franqueza, que daba a su semblante casi un aire de dignidad. Tijon se quitó las gafas, titubeó y, mirándolo a los ojos, rompió el silencio con mucha cautela.

—¿No podrían hacerse algunas correcciones en este documento?

—¿Por qué tendrían que hacerse? Lo escribí con mucha sinceridad —objetó Stavroguin.

—Ciertas correcciones de estilo podrían…

—Me olvidé de advertirle de que todo cuanto diga será en vano; no desistiré de mi empeño, así que no trate de disuadirme. Lo voy a publicar.

—Sí, eso ya me lo dijo usted, antes de empezar a leer.

—Da lo mismo. Se lo vuelvo a repetir: por muy sólidas que fueran sus objeciones, no me harían cambiar de idea. Y observe que con tal frase, feliz o infeliz, júzguela como quiera, no pretendo que empiece usted a contradecirme y rogarme —añadió sin poder contenerse y volviendo por un momento a adoptar el tono de antes, aunque enseguida se sonrió tristemente de sus propias palabras.

—No querría discutir, y menos aún tratar de convencerle de que abandone su propósito, ni creo que esté en mi mano conseguirlo. Su idea es una gran idea, y es imposible encontrar una forma más cristiana de proceder: no cabe mayor acto de contrición que el escrito que usted ha concebido, siempre y cuando…

—Siempre y cuando, ¿qué?

—Siempre y cuando se arrepienta de verdad y sea una idea cristiana de verdad.

—Eso son sutilezas, ¿no da lo mismo? Lo escribí con sinceridad.

—Es como si usted quisiera presentar un retrato de sí mismo más adverso de lo que desea su corazón… —Tijon se iba volviendo más atrevido; el «documento», evidentemente, le había causado una fuerte impresión.

—¿«Presentar un retrato»? Le repito que no «presento ningún retrato» y, desde luego, no he «posado».

Tijon se apresuró a bajar los ojos.

—Este documento surge directamente de la necesidad de un corazón mortalmente herido. ¿Lo he entendido bien? —siguió diciendo éste enfáticamente y con extraordinaria vehemencia—. Sí, es el arrepentimiento, una humana necesidad de arrepentirse, lo que le ha doblegado y le ha llevado por un camino de insólita grandeza. Pero da la impresión de que usted aborrece y desprecia de antemano a todos cuantos hayan de leer lo que aquí está escrito, y los desafía. No le dio vergüenza admitir su crimen, ¿por qué se avergüenza de arrepentirse de él? Que todos me miren, dice; bueno, y usted ¿cómo piensa mirarlos a ellos? Hay ciertos pasajes en su declaración en los que se le va la mano; es como si se regodeara en su psicología, y se jacta de cualquier minucia solo para escandalizar al lector con una insensibilidad que realmente no le es propia. ¿Qué es eso sino un arrogante desafío del acusado a sus jueces?

—¿Dónde está el desafío? He dejado al margen toda consideración personal.

Tijon calló. Hasta sus pálidas mejillas estaban encendidas.

—Vamos a dejarlo —dijo Stavroguin, tajante—. Permítame que sea yo ahora quien le plantee otra cuestión: llevamos ya cinco minutos hablando desde que ha acabado de leer esto —señaló las hojas— y no veo en usted la menor expresión de aversión ni de escándalo… ¡No parece usted excesivamente remilgado!…

No pudo acabar, y se sonrió.

—Es decir, que usted quería que le manifestara inmediatamente mi desprecio —dijo Tijon con firmeza—. No voy a ocultárselo ni muchísimo menos: me ha horrorizado toda esa energía desperdiciada y deliberadamente empleada en algo abominable. Por lo que al crimen se refiere, es un pecado que muchos cometen, pero viven en paz y con la conciencia tranquila y hasta lo consideran un inevitable pecadillo de juventud, aunque también hay ancianos que pecan de ese modo, sí, con toda indulgencia y ligereza. De esos horrores está lleno el mundo. Pero usted ha tocado fondo hasta un extremo que rara vez se encuentra.

—¿Acaso me respeta más después de estas páginas? —dijo Stavroguin, con una sonrisa irónica.

—No voy a contestar a eso. Pero ciertamente no hay ni puede haber un crimen mayor ni más terrible que su comportamiento con esa niña.

—Basta de establecer comparaciones. A lo mejor no sufro tanto como le he hecho creer, o a lo mejor incluso he contado muchas mentiras para perjudicarme —añadió inesperadamente.

Tijon volvió a dejarlo pasar sin hacer comentarios.

—Y la muchacha —cambió de tema Tijon— con la que rompió usted en Suiza, ¿me permite preguntarle dónde se encuentra… en estos momentos?

—Aquí.

Otro nuevo silencio.

—Sí, puede que yo haya acumulado mentiras en contra de mí mismo —insistió una vez más Stavroguin—. De todos modos, ¿qué importa que los desafíe con la brutalidad de mi confesión si, como usted, se dan cuenta del desafío? Así me odiarán más todavía, eso es todo. Y eso sin duda me pondrá las cosas más fáciles.

—Por tanto, su rabia despertará en ellos una rabia semejante, y encontrará usted más llevadero su odio que aceptar su compasión…

—Ahí lo tiene. Ya lo ha entendido —se rió de repente—. A lo mejor me tachan de jesuita y de beato hipócrita después de este documento, ¡ja, ja, ja!, ¿no le parece?

—Sin duda es muy posible que algunos se formen esa opinión. Y ¿piensa llevar a cabo sus planes enseguida?

—Hoy, mañana, pasado mañana, ¿qué sé yo? Pero dentro de muy poco. Tiene razón: de hecho, creo que lo que pasará al final será que lo publicaré sin previo aviso y, aún más, en un arrebato de odio y de venganza, en el momento en que más odio sienta contra ellos.

—Contésteme a una pregunta, pero sinceramente y solo a mí, solo aquí, entre nosotros: si alguien le concediera el perdón por esto —señaló las páginas—, y no uno de aquellos a quienes respeta o teme, sino un desconocido, un hombre al que no volverá a ver en la vida, si, tras leer su terrible confesión, le perdonase desde lo más profundo de su corazón, ¿se sentiría liberado o le daría exactamente lo mismo?

—Sería todo más fácil —dijo Stavroguin en voz baja—. Si usted me perdonase, sentiría una gran liberación —añadió, bajando los ojos.

—Siempre que usted me perdonase a mí a su vez —murmuró Tijon con voz penetrante.

—¿Por qué? ¿Qué me ha hecho usted a mí? Ah, ya, ¿se trata de una fórmula monasterial?

—Por mis pecados voluntarios e involuntarios[428]. Al pecar, cada hombre peca contra todos los demás, y todo el mundo es, al menos en parte, culpable de

los pecados de otros. No hay pecados aislados. Y yo soy un gran pecador, quizá mayor que usted.

—Le diré la pura verdad: deseo que me perdone. Pero, aparte de usted y de uno o dos más, en cuanto al resto, dejemos que me odien. Pero deseo su perdón, para poder soportar lo otro con humildad…

—Y la compasión general, ¿no podría soportarla con la misma humildad?

—Tal vez no pudiera. Lo ha formulado de un modo muy sutil. Pero… ¿por qué lo hace?

—Puedo sentir hasta qué grado es usted sincero y sé que la culpa es, en gran parte, mía, porque no se me da bien inspirar confianza en los demás. Siempre lo he considerado mi mayor defecto —dijo Tijon con sinceridad y llaneza, mirando a Stavroguin a los ojos—. Le he dicho eso porque temo por usted —añadió—; tiene delante un abismo casi infranqueable.

—¿Teme que no sea capaz de soportarlo? ¿Que no pueda resistir con humildad su odio? —Stavroguin dio un respingo.

—No solo su odio.

—¿Qué más?

—Sus risas —Tijon medio susurró estas palabras, como si no le llegaran las fuerzas para pronunciarlas.

Stavroguin se ruborizó; la alarma se reflejó en su rostro.

—Lo presentía —dijo—. Debo de haberle parecido un personaje de lo más cómico después de leerse mi «documento». No se apure; no me mire con esa cara de asombro… Lo presentía.

—El horror será general y, por supuesto, más falso que sincero; la gente solo teme aquello que pone directamente en peligro sus propios intereses. No me refiero, claro está, a las almas puras: ésas se espantarán y se culparán a sí mismas, pero pasarán desapercibidas. Pero las carcajadas resonarán por todas partes.

—Añada a eso aquella observación de aquel pensador de que en la desgracia ajena siempre hallamos algo que nos agrada.

—Es una observación justa.

—Aunque usted… precisamente usted… Me sorprende la pésima opinión

que tiene de la gente y lo mal que la considera —dijo Stavroguin con cierto enfado.

—¡Créame, lo digo más juzgando por mí mismo que por los demás! —exclamó Tijon.

—¿De verdad? Entonces, ¿es que también hay algo en su alma que se regocija de mi vileza?

—¿Quién sabe? Podría ser… ¡Podría ser!

—¡Basta! Dígame, en tal caso, ¿qué es concretamente lo que encuentra ridículo en mi manuscrito? Yo ya lo sé, pero quiero que usted mismo me lo indique. Y dígamelo con la mayor crudeza posible, con toda la sinceridad de la que sea capaz. Y vuelvo a repetirle que es usted de lo más extravagante.

—Ya la sola forma de esta gran penitencia tiene algo de ridículo. ¡Ah, pero no piense por eso que no va a convencer! —exclamó de pronto, casi arrebatado—. Convencerá, incluso de esta forma —señaló las hojas—, siempre que esté dispuesto a aceptar sinceramente los golpes y los escupitajos. La más ignominiosa cruz acaba siempre por convertirse en una gran gloria y un gran poder cuando la humildad del acto es verdadera. ¡Tal vez hasta en esta vida obtenga usted consuelo!…

—Así que lo único que le parece ridículo es la forma, el estilo… —insistió Stavroguin.

—Y el fondo. La fealdad lo matará —susurró Tijon, bajando la vista.

—¿Cómo? ¿Fealdad? ¿Qué fealdad?

—La del crimen. Hay crímenes realmente feos. Los crímenes, sean cuales sean, cuanto más horror y más sangre contienen, más imponentes se vuelven, más plásticos, por así decirlo. Pero los hay también vulgares, sórdidos, de un horror grotesco, crímenes casi podríamos decir demasiado poco elegantes…

Tijon no pudo terminar.

—Lo que usted quiere decir —le interrumpió, agitado, Stavroguin— es que me encuentra un personaje muy ridículo cuando, por ejemplo, le besé los pies a una chiquilla sucia… Sé muy bien a lo que se refiere, y por eso desespera usted de mí, porque lo encuentra feo, asqueroso; no, no asqueroso, sino bochornoso, ridículo, y cree que es precisamente eso, de entre todo lo demás, lo que menos seré capaz de soportar si se hace público.

Tijon no dijo nada.

—Sí, sabe usted cómo es la gente, esto es, sabe exactamente qué es lo que no voy a ser capaz de sobrellevar… Ahora comprendo por qué me preguntó si la señorita de Suiza estaba aquí.

—Usted no está preparado, no está curtido —murmuró Tijon tímidamente, y bajó la vista.

—Escúcheme, padre Tijon: yo quiero perdonarme a mí mismo, ¡ése es mi objetivo, mi único objetivo! —dijo de pronto Stavroguin con una exaltación sombría en los ojos—. Sé que solo así me libraré de esa visión. Por eso busco un sufrimiento infinito. Por eso me lo procuro yo mismo. Así que no me asuste.

—Si cree que puede perdonarse a sí mismo y alcanzar ese perdón en este mundo, ¡entonces es que usted ya cree en todo! —exclamó Tijon, entusiasmado—. ¿Por qué ha dicho, entonces, que no creía en Dios?

Stavroguin no respondió.

—Dios te perdonará por tu falta de fe, pues veneras al Espíritu Santo sin conocerlo.

—Por cierto, Cristo no perdona, ¿verdad? —preguntó Stavroguin, y en el tono de su pregunta se apreciaba un ligero matiz de ironía—; pues está escrito: «Y el que escandalice a uno de estos pequeños…»[429], ¿recuerda? Según el Evangelio, no hay un crimen mayor ni lo puede haber. ¡Está en este libro!

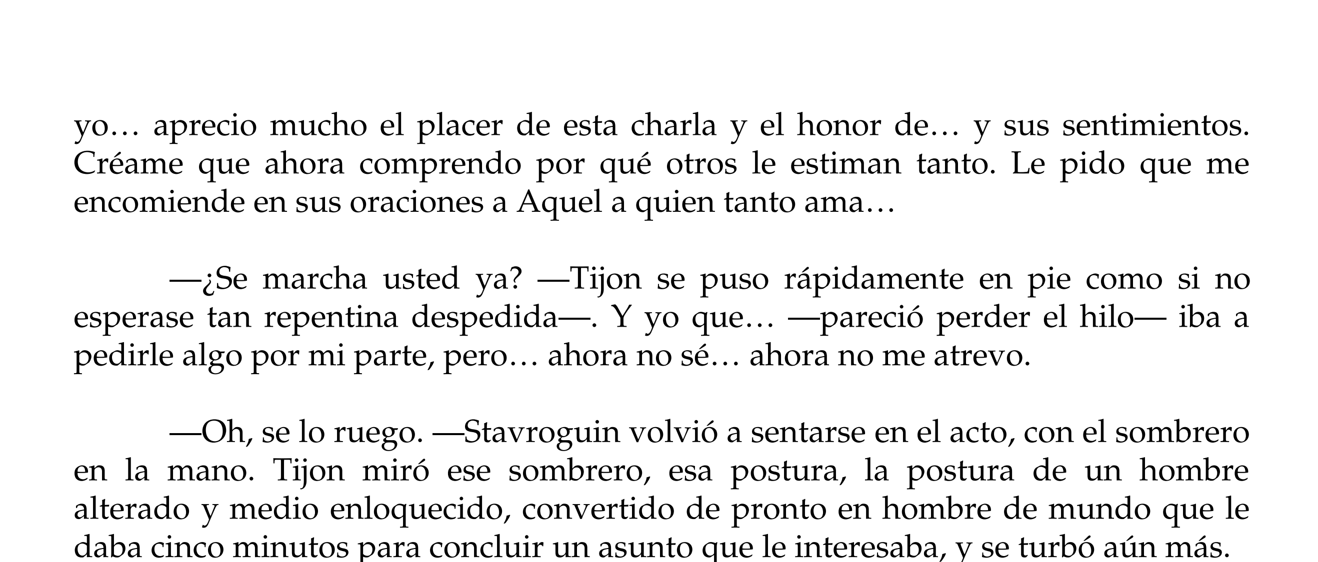
Señaló el Evangelio.

—Le daré una nueva gozosa sobre eso —contestó Tijon conmovido—. También Cristo le perdonará con tal de que sea usted capaz de perdonarse a sí mismo… Oh, no, no, no crea que he blasfemado: incluso si no consigue reconciliarse consigo mismo y perdonarse a sí mismo, Él de todos modos le perdonará por su buena intención y su inmenso sufrimiento… pues no hay palabras en el lenguaje humano ni pensamientos para expresar *todos* los caminos y designios del Cordero «hasta que sus propósitos nos sean revelados». ¿Quién podría abarcar en sus brazos a Aquel que es inabarcable? ¿Quién podría comprender *en su totalidad* a Aquel que es infinito?

Las comisuras de los labios volvieron a temblarle, y un espasmo apenas visible le recorrió el rostro. Tras un instante de fortaleza, desfalleció de nuevo y bajo rápidamente los ojos.

Stavroguin cogió el sombrero del diván.

—Ya volveré otra vez —dijo con cara de extremo agotamiento—; usted y



yo… aprecio mucho el placer de esta charla y el honor de… y sus sentimientos. Créame que ahora comprendo por qué otros le estiman tanto. Le pido que me encomiende en sus oraciones a Aquel a quien tanto ama…

—¿Se marcha usted ya? —Tijon se puso rápidamente en pie como si no esperase tan repentina despedida—. Y yo que… —pareció perder el hilo— iba a pedirle algo por mi parte, pero… ahora no sé… ahora no me atrevo.

—Oh, se lo ruego. —Stavroguin volvió a sentarse en el acto, con el sombrero en la mano. Tijon miró ese sombrero, esa postura, la postura de un hombre alterado y medio enloquecido, convertido de pronto en hombre de mundo que le daba cinco minutos para concluir un asunto que le interesaba, y se turbó aún más.

—Toda mi petición se reduce a que usted… porque usted se hace cargo, Nikolái Vsévolodovich (creo que ésos son su nombre y patronímico), de que, si hace públicas esas hojas, echa a perder sus posibilidades en lo referente a una carrera, por ejemplo, y… en lo referente a todo lo demás.

—¿Una carrera? —Nikolái Vsévolodovich frunció el ceño de un modo desagradable.

—¿Por qué echarla a perder? ¿Por qué, a lo que parece, es usted tan inflexible? —concluyó Tijon, casi implorante, con la clara conciencia de su torpeza. El rostro de Nikolái Vsévolodovich adoptó una expresión enfermiza.

—Ya se lo he pedido, y vuelvo a pedírselo: todas sus palabras estarán de más… y, en general, esta conversación empieza a resultarme inaguantable.

Se dio la vuelta en su asiento de un modo significativo.

—No me comprende usted. Escuche y no se enoje. Ya conoce mi opinión: su hazaña, si procede de la humildad, sería una hazaña cristiana de las más sublimes, si es que puede sobrellevarla. Incluso si no puede, el Señor tomará en cuenta su sacrificio inicial. Todo se tomará en cuenta: ni una sola palabra, ni un solo movimiento espiritual, ni medio pensamiento serán en vano. Pero en lugar de esa hazaña yo le propongo otra aún más grande, algo indudablemente más sublime…

Nikolái Vsévolodovich callaba.

—Contra usted combate el deseo de martirio y de inmolación. Sobrepóngase a ese deseo, olvídese de esas hojas y de ese propósito… y entonces lo superará todo. ¡Humillará su orgullo, humillará a su demonio! Saldrá victorioso y alcanzará la libertad…

Se le encendieron los ojos; juntó las manos en un gesto implorante.

—En resumidas cuentas, usted no quiere un escándalo y me está tendiendo una trampa, venerable padre Tijon —farfulló Stavroguin desdeñoso y enojado, e hizo ademán de levantarse—; por decirlo en pocas palabras, me recomienda que siente la cabeza, que me case, tal vez, y que acabe mis días como miembro del club local y visitando su monasterio los días festivos. ¡Eso sí que es penitencia! Aunque, como lector de corazones, puede que prevea que va a ser así, y lo único que hace falta ahora es pedírmelo amablemente con la excusa de guardar las formas, puesto que yo mismo lo estoy deseando, ¿no es verdad?

Se rió con amarga ironía.

—No, ésa no es la penitencia, ¡le tengo preparada otra! —Tijon siguió hablando con seriedad, sin conceder a la sonrisa ni a los comentarios de Stavroguin la menor atención—. Conozco a un *stárets*[430], no de aquí, aunque tampoco de muy lejos, ermitaño y asceta, cuya sabiduría cristiana es tal que está más allá de nuestra capacidad de comprensión. Él escuchará mi ruego. Le hablaré de usted. Vaya con él, de retiro, como novicio bajo su guía, por cinco años, por siete, por el tiempo que estime necesario. Impóngase ese voto, y con ese gran sacrificio adquirirá todo lo que anhela y hasta lo que no espera, porque ahora es imposible saber lo que logrará.

Stavroguin escuchó muy, pero que muy serio, esta última propuesta.

—¿Me está sugiriendo, así, sin más, que ingrese en ese monasterio para profesar? A pesar de lo mucho que le respeto, tendría que haberme esperado esto. Pues bien, le confieso que en momentos de cobardía se me ha ocurrido esta idea: una vez hechas públicas estas hojas, esconderme de la gente en un monasterio, aunque sea por un tiempo. Sin embargo, una cosa tan mezquina me hizo ruborizarme de inmediato. Ahora bien, recibir la tonsura, eso es algo que no se me ha pasado por la cabeza ni aun en mis momentos de mayor cobardía.

—No tiene por qué vivir en el monasterio ni tomar los votos; puede ser sencillamente un hermano lego, en secreto, no abiertamente; eso es posible hasta viviendo enteramente en el mundo…

—Déjelo, padre Tijon —Stavroguin lo interrumpió con aversión, y se levantó de la silla. Tijon también se puso en pie—. ¿Qué le pasa? —exclamó Stavroguin de pronto, casi asustado, mirando fijamente a Tijon. Éste estaba delante de él, con las manos muy juntas y el rostro convulso, contraído dolorosamente en un gesto fugaz de terror—. ¿Qué le pasa? ¿Qué le pasa? —repitió Stavroguin, mientras se apresuraba a sujetarlo; le pareció que Tijon iba a desplomarse.

—Ahora lo veo… lo veo, como si lo tuviera aquí delante —exclamó Tijon con una voz que partía el alma y una expresión de la más profunda pena—, que usted, pobre joven descarriado, nunca ha estado tan cerca como en este momento

de un nuevo y aún más horrendo crimen.

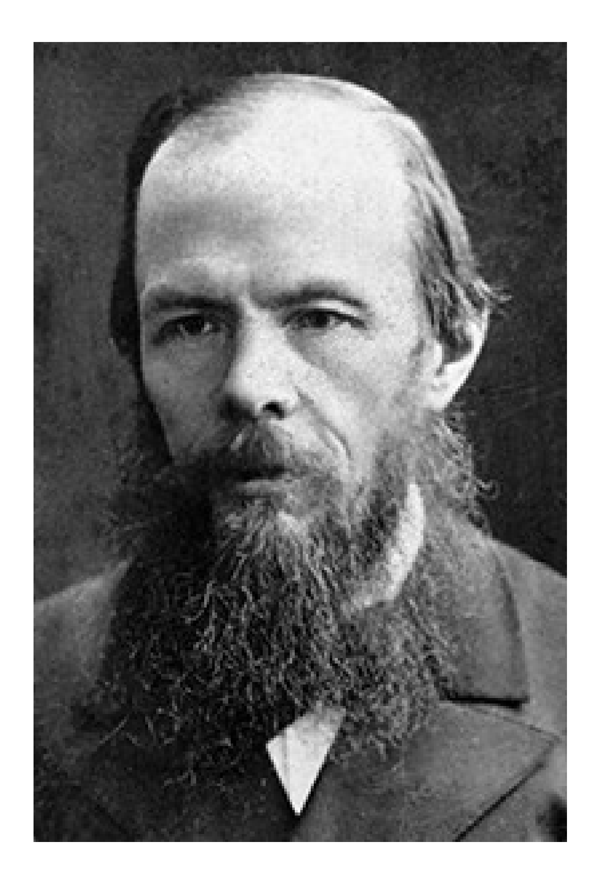
—¡Cálmese! —suplicó Stavroguin, ahora alarmado de veras—. Es posible que todavía lo aplace… Tiene usted razón, a lo mejor no resisto y, enfurecido, cometo un nuevo crimen… Sí, es cierto… Tiene razón, voy a aplazarlo.

—No, no después de la publicación, sino antes, un día, quizá una hora antes de dar el gran paso, se entregará a un nuevo crimen, como vía de escape, y lo cometerá solamente para *evitar* la publicación de estas páginas.

Stavroguin temblaba de rabia, casi aterrado.

—¡Maldito psicólogo! —soltó de pronto con furia y, sin volver la vista, salió de la celda.

Sobre el Autor



Fiódor Mijáilovich Dostoyevski (Moscú, 11 de noviembre de 1821 - San Petersburgo, 9 de febrero de 1881) es uno de los principales escritores de la Rusia Zarista, cuya literatura explora la psicología humana en el complejo contexto político, social y espiritual de la sociedad rusa del siglo XIX. Walter Kaufmann citó las Memorias del subsuelo (1864), escritas con la amarga voz del anónimo «hombre subterráneo», como «la mejor obertura para el existencialismo jamás escrita». En el mismo sentido, el intelectual y escritor austríaco Stefan Zweig consideró al escritor ruso «el mejor conocedor del alma humana de todos los tiempos». Su obra, aunque escrita en el siglo XIX, refleja también al hombre y la sociedad de hoy.

Notas

[1] *Russki véstnik* [El Mensajero Ruso], revista literaria, editada sucesivamente en Moscú (1856-1887) y San Petersburgo (1887-1906), con una periodicidad mensual. Dostoyevski publicó en esta revista la mayoría de sus grandes novelas, empezando por *Crimen y castigo* y terminando por *Los hermanos Karamázov*.

[2] Versos del poema *Los demonios* (1830), de Aleksandr Serguéievich Pushkin (1799-1837). (La versión castellana es de Eduardo Alonso Luengo). [*Esta nota, como las siguientes, a menos que se indique otra procedencia, es del traductor*].

[3] El *vershok* (en plural, *vershkí*) era una antigua medida rusa de longitud, equivalente a 4,445 cm.

[4] Piotr Yákovlevich Chaadáiev (1794-1856), pensador y publicista; sus célebres *Cartas filosóficas* (1829-1831) ofrecen una visión muy crítica de la sociedad rusa.

[5] Vissarión Grigórievich Belinski (1811-1848), crítico, filósofo y literato, fue una de las figuras más destacadas del movimiento democrático ruso en la primera mitad del siglo XIX. Entre otras cosas, acogió con entusiasmo la aparición de la primera novela de Dostoyevski, *Pobre gente* (1846).

[6] Timoféi Nikoláievich Granovski (1813-1855), eminente medievalista, fue una de las cabezas del grupo de intelectuales «occidentalistas», partidarios de abrir Rusia a las influencias de la cultura y el pensamiento europeos. Bastantes rasgos del personaje de Stepán Trofímovich están inspirados en él.

[7] Aleksandr Ivánovich Herzen (1812-1870), escritor, filósofo y político, una de las figuras más destacadas entre los demócratas radicales rusos del siglo XIX.

[8] Muy probablemente se refiere a la revista *Otéchestvennyie zapiski* [Notas Patrióticas], publicada mensualmente en San Petersburgo entre 1818 y 1884; en la década de 1840 aparecieron en ella distintas obras de ambos autores.

[9] Alude el narrador al llamado Círculo Petrashevski, creado hacia 1845 en San Petersburgo en torno al pensador y activista Mijaíl Vasílievich Petrashevski (1821-1866), donde se debatían cuestiones de índole filosófica y política, en una línea de oposición frontal a la autocracia zarista y al régimen de servidumbre. En abril de 1849, los miembros del Círculo, entre los que se encontraba el joven Dostoyevski, fueron detenidos, condenados a muerte y, tras ser sometidos a un simulacro de fusilamiento, enviados al destierro en Siberia. Una de las principales

referencias ideológicas de Mijaíl Petrashevski y sus seguidores era, precisamente, el socialista utópico francés Charles Fourier (1772-1837).

[10] Cita, algo alterada, de las *Escenas de la comedia lírica «La caza del oso»* (1868), del poeta Nikolái Alekséievich Nekrásov (1821-1877).

[11] El *yeralash* (literalmente, «mezcolanza, batiburrillo») era un juego de cartas ruso, semejante al *whist*, precedente a su vez del moderno *bridge*.

[12] Lucas, 2, 19.

[13] Se trata del retrato del escritor Néstor Vasílievich Kúkolnik (1809-1868) realizado por el célebre pintor Karl Pávlovich Briullov (1799-1852).

[14] Alexis-Henri-Charles Clérel, vizconde de Tocqueville (1805-1859), político e historiador francés, destacado ideólogo del liberalismo; es autor de obras como *De la democracia en América* (1835-1840) o *El Antiguo Régimen y la Revolución* (1856).

[15] Charles-Paul de Kock (1793-1871), dramaturgo y novelista francés; autor especialmente prolífico, escribió cerca de cuatrocientos volúmenes de narrativa y más de doscientas piezas teatrales.

[16] Aleksandr Nikoláievich Radíshchev (1749-1802), escritor, filósofo y político ilustrado; la publicación de su obra más conocida, *Viaje de San Petersburgo a Moscú* (1790), todo un alegato contra la autocracia y el régimen de servidumbre, le valió la condena a destierro en Siberia.

[17] La letra ъ, el llamado «signo duro», es una letra del alfabeto cirílico ruso que carece de valor fonético propio. A lo largo del siglo XIX fueron muchas las voces que preconizaron su supresión, en el contexto de una reforma más amplia de la escritura rusa. Finalmente, la reforma ortográfica de 1918, sin llegar a su eliminación total, la descartó en muchos contextos: actualmente aparece casi exclusivamente en la frontera entre determinados prefijos y raíces; antes aparecía también en otras posiciones (en concreto, en el final de numerosas palabras), por lo que su frecuencia era notablemente superior.

[18] Galería comercial en San Petersburgo, inagurada en 1848.

[19] Andréi Aleksándrovich Kraievski (1810-1889) fue durante muchos años el editor de la revista literaria *Otéchestvennye zapiski* [Notas Patrióticas], publicada en San Petersburgo entre 1818 y 1884; la redacción de la revista estaba situada en casa del propio Kraievski.

[20] ¡Me han tratado como un viejo gorro de algodón!

[21] *Vek* [El Siglo] era el nombre de un semanario publicado en San Petersburgo en 1861 y 1862; en cuanto a Liov Lóguinovich Kambek, se trataba de un periodista y editor, responsable del semanario literario *Peterburgski véstnik* [El Mensajero de San Petersburgo].

[22] Así, en caracteres latinos, en el original.

[23] Puede partir mi existencia en dos.

[24] La *desiatina* (en plural, *desiatiny*) era una unidad rusa de superficie, equivalente a 1,0925 hectáreas.

[25] *Noctes atticae* [Noches áticas] es una obra miscelánea del escritor romano (aunque educado en Atenas) Aulo Gelio (c. 115-180).

[26] Cuadro del artista Rafael, pintado entre 1513 y 1514 y conservado, desde mediados del siglo XVIII, en la ciudad de Dresde.

[27] En el país de Makar y sus terneros. Como se aclara algo más adelante, es una adaptación al francés de la expresión rusa: «A donde Makar nunca ha llevado sus terneros». Normalmente se usaba para designar lugares apartados y remotos (equivalía, en ese sentido, a locuciones españolas como «en el quinto pino» o «donde Cristo dio las tres voces»), pero aquí es un eufemismo de Siberia, destino habitual de los represaliados políticos.

[28] ¡Soy un vulgar gorrón y nada más! Pero ¡nada más!

[29] Entre esos seminaristas.

[30] «Sacerdote», en polaco.

[31] El 19 de febrero (según el calendario juliano entonces vigente en Rusia, el 3 de marzo según el calendario gregoriano) de 1861 se publicó el Manifiesto imperial que ponía fin al régimen de servidumbre.

[32] Se trata de unos versos del poema anónimo *Fantasía*, aparecido en el número de 1861 de *Poliárnaia zvezdá* [La Estrella Polar], almanaque literario y político publicado fuera de Rusia por Aleksandr Herzen y Nikolái Ogariov.

[33] Canción y danza populares rusas.

[34] Élisabeth Rachel Félix (1821-1858), actriz teatral francesa de fama mundial; en 1853-1854 realizó una exitosa gira artística por Rusia.

[35] Perfume creado en 1863 por la casa parisina Guerlain.

[36] Novela de ambiente rural y fuerte carga social publicada en 1847 por el escritor Dmitri Vasílievich Grigoróvich (1822-1900).

[37] Dirigente de la revuelta campesina que estalló en Bezdna, en la provincia de Kazán, en abril de 1861, como respuesta al hecho de que la supresión del régimen de servidumbre se estaba llevando a cabo en unas condiciones que no daban respuesta a las exigencias del campesinado; el movimiento fue sofocado con dureza y el propio Antón Petrov fue ejecutado sumariamente.

[38] La llamada *Petrischule* (es decir, la *Sankt-Petri-Schule*) era un centro de enseñanza secundaria alemán fundado en 1709 en San Petersburgo, asociado a la iglesia luterana de San Pedro y San Pablo.

[39] Ígor Riúrikovich (c. 878-945), gran príncipe de Kiev.

[40] Se trata de la novela *Lélia* (1833).

[41] Que quede entre nosotros.

[42] *El curioso* (1814), fábula del poeta y comediógrafo ruso Iván Andréievich Krylov (1769-1844).

[43] La Kunstkámera (del alemán *Kunstkämmer*, «cámara de arte») de San Petersburgo era un gabinete de curiosidades y rarezas, impulsado por el zar Pedro I el Grande, aunque completado después de su muerte, en 1727; se trata del más antiguo museo de Rusia. Actualmente alberga el Museo Pedro el Grande de Etnografía y Antropología.

[44] En las dos partes de *Enrique IV*.

[45] Con ocasión del sofocamiento del levantamiento nacional polaco (el llamado Levantamiento de Enero) de 1863-1864.

[46] El llamado «decano de la nobleza» (el término ruso —*predvodítel dvorianstva*— también se ha traducido como «mariscal de la nobleza») era el representante de la nobleza de un distrito o una provincia —elegido por y entre los nobles— ante las correspondientes autoridades gubernativas.

[47] En francés (y en caracteres latinos) en el original.

[48] *Golos* [La Voz], diario publicado en San Petersburgo entre 1863 y 1883.

[49] En el original se emplea el galicismo *duel* («duelo»); el sinónimo patrimonial ruso es *poiedínok*.

[50] Victor Prosper Considerant (1808-1893), pensador y economista francés, seguidor del socialista utópico Charles Fourier.

[51] ¡Estas interminables palabras rusas!

[52] Sabe usted, entre nosotros… En una palabra.

[53] Para mostrarle su poder.

[54] Pero ¡es muy curioso!

[55] Las damas encantadoras.

[56] Ya sabe, esos cantos y el libro de Job…

[57] Y ha exhibido su poder…

[58] Vaya una idea, ¡roja!

[59] Con una altivez…

[60] ¿De verdad?

[61] ¡Criatura encantadora!

[62] El personaje de Karmazínov es una caricatura (muy injusta, en muchos sentidos) del novelista Iván Serguéievich Turguénev (1818-1883); como es sabido, las relaciones entre Dostoyevski y Turguénev, aunque cambiantes, fueron bastante tensas en términos generales.

[63] Y además, como uno encuentra siempre más monjes que razón.

[64] Sin duda, querida…

[65] Y además…

[66] Dasha es la forma hipocorística del nombre femenino Daria.

[67] Oh, es una historia muy tonta. La estaba esperando, mi buena amiga, para contarle…

[68] Todos los hombres de genio y de progreso de Rusia han sido, son y serán siempre unos tahúres y unos borrachines que beben…

[69] Pero, aquí entre nosotros…

[70] Literalmente, «madrecita»; tratamiento entre familiar y respetuoso dirigido a parientes, vecinas y amigas.

[71] Al parecer, el propio Dostoyevski, durante su estancia en la ciudad de Ginebra en 1867, sufrió continuos dolores de muelas, y aseguraba que había leído en algún sitio que se trataba de una característica del lago de Ginebra (también conocido como lago de Lemán).

[72] Cantar de gesta anónimo, probablemente de finales del siglo XII, inspirado en la fracasada campaña de Ígor Sviatoslávich, príncipe de Nóvgorod-Séverski, contra los cumanos en 1185. Se considera una de las cumbres de la literatura rusa (o, más exactamente, eslava oriental) medieval.

[73] Pero ¡si es una niña!

[74] Sí, he tomado una palabra por otra. Pero… es igual.

[75] Sí, sí, soy incapaz.

[76] Ese querido niño.

[77] Ese querido hijo.

[78] ¡Tiene tan pocas luces!

[79] De todos modos es un pobre diablo…

[80] «¡Soy un convicto, un Badinguet!». Según una leyenda muy difundida aunque probablemente falsa, en mayo de 1846 el príncipe Luis Napoleón Bonaparte —futuro presidente de la Segunda República francesa entre 1848 y 1852, y posterior emperador Napoleón III (1852-1870)— habría escapado de su cautiverio en la fortaleza de Ham intercambiando sus ropas y sus documentos con un pintor llamado Pinguet; más tarde, los caricaturistas del Segundo Imperio alteraron el nombre de este personaje, convirtiéndolo en Badinguet, y éste pasó a ser un sobrenombre satírico del propio emperador.

[81] Tela ligera de algodón o seda, utilizada sobre todo en el calzado femenino.

[82] Ciudad de la república de Uzbekistán, en Asia central.

[83] David Teniers el Joven (1610-1690), pintor y grabador flamenco.

[84] ¡Me trae sin cuidado!

[85] *L'Homme qui rit* [El hombre que ríe] (1869), novela filosófica de Victor Hugo (1802-1885).

[86] Diminutivo del nombre Nikolái.

[87] Me trae sin cuidado y proclamo mi libertad. ¡Al diablo Karmazínov! ¡Al diablo la Lembke!

[88] Usted me secundará, sin duda, como amigo y testigo.

[89] Ésa es la palabra.

[90] Algo por el estilo.

[91] Me acuerdo de eso. En fin.

[92] Era como un pequeño idiota.

[93] De ese pobre amigo.

[94] Nuestro irascible amigo.

[95] Pero eso pasará.

[96] Látigo corto de cuero, característico de los cosacos.

[97] Protagonista de la novela *Un héroe de nuestro tiempo* (1840), del escritor ruso Mijaíl Yúrievich Lérmontov (1814-1841); el personaje destaca por su cinismo y su fatalismo.

[98] Del accidente. ¿Me acompañará usted, verdad?

[99] ¡Dios que es tan grande y tan bueno!

[100] Y empiezo a creer.

[101] ¿En Dios? ¿En Dios que está ahí en lo alto y es tan grande y tan bueno?

[102] Hace todo lo que quiero.

[103] ¡Dios, Dios! […] Al fin un minuto de felicidad.

[104] ¡Usted y la felicidad llegan a la vez!

[105] La *shashka* es una especie de sable ligeramente curvo y muy afilado,

originario del Cáucaso y adoptado también por los cosacos.

[106] Estaba tan nervioso y tan enfermo y además…

[107] Es un fantaseador local. Es la mejor y más irascible persona del mundo.

[108] Y usted hará una buena acción…

[109] Nicolás I (1796-1855), emperador de Rusia entre 1825 y 1855.

[110] Pan blanco de trigo en forma de rosca.

[111] El *pud* (en plural, *pudy*) era una antigua unidad rusa de masa, equivalente a unos 16,38 kg.

[112] Mijaíl Mijáilovich Dostoyevski (1820-1864), hermano mayor y colaborador del novelista, había muerto siete años antes de la redacción de *Los demonios*.

[113] Esto es, medía diez *vershkí* (unos 44 cm) por encima de los dos *arshiny* (1,42 m) que se consideraban el mínimo esperable para un adulto; así pues, su estatura era de 1,86 m, aproximadamente. Esta pintoresca manera de calcular la estatura era común entonces en Rusia.

[114] Ese Maurice […], un buen tipo en todo caso.

[115] Esa pobre amiga…

[116] Esa querida amiga.

[117] Nastasia Petrovna Koróbochka, personaje de la novela *Almas muertas* (1842), de Nikolái Vasílievich Gógol. Literalmente, *koróbochka* significa «cajita»; de ahí el comentario que sigue.

[118] Ese Liputin, cosa que no entiendo.

[119] ¡Soy un ingrato!

[120] Todo está dicho.

[121] ¡Veinte años!

[122] Es un monstruo; y, en fin…

[123] Buen hombre igualmente.

[124] Esa gente supone que la naturaleza y la sociedad humanas son distintas de como Dios las ha hecho y de como son realmente.

[125] Pero hablemos de otra cosa…

[126] Fue algo estúpido, pero qué se le va a hacer, ya está todo dicho.

[127] Si existe el milagro.

[128] Y que todo quede dicho.

[129] Eso que llaman…

[130] La ceremonia del matrimonio ortodoxo incluye un ritual de imposición de coronas a los contrayentes.

[131] Déjeme, amigo mío.

[132] Literalmente, «padrecito»; tratamiento entre familiar y respetuoso dirigido a religiosos, parientes, vecinos y amigos.

[133] La *grivna* (en plural, *grivny*) o *grívennik* (en plural, *grívenniki*) era la moneda de diez kopeks.

[134] El *sazhen* o *sazhén* (en plural, *sázheny* o *sazheny*) era una medida rusa de longitud, equivalente a 2,13 m, aproximadamente.

[135] El *arshín* (en plural, *arshiny*) era una medida rusa de longitud, equivalente a 0,71 m.

[136] Literalmente, monte «afilado, picudo». Hay numerosas montañas con ese nombre en Rusia.

[137] «Timofevna» es una variante coloquial del patronímico Timoféievna.

[138] Dignidad eclesiástica en la Iglesia ortodoxa y en la Iglesia católica de rito oriental, equivalente a la de arcipreste entre el clero católico.

[139] Coche ligero y abierto de cuatro ruedas.

[140] Entre las hambrunas que azotaron cíclicamente al campo ruso a lo largo del siglo XIX, la más próxima a la redacción de *Los demonios*, y una de las más devastadoras, tuvo lugar en 1867-1868.

[141] Pero ¿qué le pasa, Lise?

[142] Querida prima.

[143] Pero, querida y excelente amiga, en qué inquietud…

[144] Deformación despectiva del apellido femenino Drozdova; además, el término *drozdija* significa «hembra del tordo».

[145] El llamado *tic douloureux* («tic doloroso») es un espasmo facial asociado típicamente a la neuralgia del nervio trigémico, trastorno que origina episodios de intenso dolor en distintas partes de la cara y la cabeza.

[146] En fin, es un hombre perdido y algo así como un presidiario evadido…

[147] Es un hombre sin honor, y yo creo incluso que es un presidiario evadido o algo por el estilo.

[148] El billete verde tenía un valor de tres rublos.

[149] Alekséi Petróvich Yermólov (1777-1861), general ruso; desempeñó un papel importante en las guerras napoleónicas, y estuvo más tarde al frente de las tropas rusas en el Cáucaso.

[150] *Moskovskie védomosti* [Noticias de Moscú], periódico publicado en Moscú de 1756 a 1918; aparecía tres veces por semana.

[151] Cita inexacta del poema *Duda* (1838), del escritor Néstor V. Kúkolnik.

[152] El nombre podría estar inspirado en la figura de un célebre filibustero francés del siglo XVII que acabó convirtiéndose en personaje literario; a él está dedicada, por ejemplo, la obra *Monbars l'Exterminateur ou le Dernier chef des flibustiers, anecdotes du nouveau monde* (1807), del periodista y escritor Jean-Baptiste Picquenard (1771-1826).

[153] En ruso, *lébed*.

[154] Denís Vasílievich Davydov (1784-1837), militar ruso que desempeñó un importante papel durante las guerras napoleónicas y poeta bélico, principal representante de la llamada «poesía húsar», que exaltaba el hedonismo y la bravura.

[155] Galería comercial de San Petersburgo.

[156] Juego de naipes de origen austriaco, muy popular en Rusia en el siglo XIX.

[157] Y tiene usted razón.

[158] Se conoce como «decembristas» (en ruso, *dekabristy*) a los participantes en el fracasado levantamiento, de signo liberal, que tuvo lugar el 14 de diciembre (26 de diciembre según el calendario actual) de 1825, con motivo de la entronización del zar Nicolás I (1825-1855). Algunos de los participantes de la revuelta fueron ejecutados públicamente, y la mayoría sufrieron exilio en Siberia.

[159] El *zemstvo* era una forma de gobierno provincial instituida en Rusia a partir de 1864, en el marco de las reformas liberales promovidas por el zar Alejandro II. Tenía amplias competencias en materia fiscal, educativa, sanitaria, etc.

[160] Es decir, tanto de Moscú como de San Petersburgo, las dos capitales históricas de Rusia.

[161] Hijo, hijo querido.

[162] Se ríe.

[163] Protagonista de la novela *Padres e hijos* (1862), de Turguénev.

[164] Personaje de *Almas muertas*, de Gógol.

[165] Ésa es la palabra.

[166] De hacer ruido en torno a su nombre.

[167] Ríe. Ríe mucho, ríe demasiado.

[168] Siempre se está riendo.

[169] Tanto mejor. Dejémoslo.

[170] Quería convertir.

[171] ¡Esta pobre tía va a oír cada cosa!

[172] ¡Ahí se encierra algo ciego y sospechoso!

[173] Simplemente, son todos unos perezosos.

[174] ¡Sois unos perezosos! ¡Vuestra bandera es un trapo, mera impotencia!

[175] Alguna tontería de ese estilo.

[176] Usted no lo comprende. Dejémoslo.

[177] Los *skoptsy* eran los miembros de una secta religiosa disidente rusa que se caracterizaba, entre otras cosas, por la práctica de la castración voluntaria como método para asegurar la castidad. Hay noticias de ellos desde mediados del siglo XVIII y, a pesar de que fueron tenazmente perseguidos por las autoridades religiosas y civiles, a comienzos del siglo XX su número se contaba, posiblemente, por decenas de miles.

[178] El barón Jacob Derk Borchard Anne van Heeckeren tot Enghuizen (1792-1884), diplomático holandés, embajador en San Petersburgo entre 1823 y 1837, fue el padre adoptivo —y, según algunos testimonios, también el amante— del militar francés Georges-Charles de Heeckeren d'Anthès (1812-1895). Éste residía desde 1833 en la capital rusa, donde trató al poeta Aleksandr Pushkin y a su mujer, Natalia Nikoláievna Goncharova. Debido a los rumores y acusaciones que relacionaban sentimentalmente a D'Anthès con Natalia, Pushkin desafió al francés —que acababa de contraer matrimonio con la hermana de Natalia, Yekaterina Nikoláievna—, y cayó mortalmente herido en el duelo, ocurrido el 27 de enero (8 de febrero) de 1837 (el poeta falleció dos días más tarde). Antes del enfrentamiento, Pushkin había escrito con palabras muy ofensivas al padre adoptivo de su rival, el mencionado barón Heeckeren.

[179] La lamparilla o candela que arde al pie de los iconos situados en un rincón de la habitación.

[180] Stepán (Stenka) Timoféievich Razin (1630-1671), cabecilla de los cosacos del Don, dirigió en 1670 un poderoso levantamiento campesino en el sur de Rusia contra los privilegios de la nobleza; capturado y ejecutado, su figura pronto se convirtió en legendaria.

[181] Es decir, como un anacoreta.

[182] Cita ligeramente modificada de unos versos del poema *En recuerdo de un manuscrito de Orlovski* (1833), del poeta, crítico e historiador Piotr Andréievich Viázemski (1792-1878).

[183] Antiguo nombre (oficial hasta 1961) de la actual Astaná, capital de la República de Kazajistán.

[184] En su ensayo *Pasajes escogidos de la correspondencia con los amigos* (1847), Nikolái Gógol aludía a un futuro relato suyo, que se titularía *Novela de despedida* y que nunca llegó a escribir.

[185] Nombre coloquial de San Petersburgo.

[186] Las palabras de Lebiadkin aluden a un célebre verso de la oda *Dios* (1784), del poeta neoclásico Gavrila Románovich Derzhavin (1743-1816); el verso literalmente dice: «Soy un zar, soy un esclavo, soy un gusano, ¡soy un dios!».

[187] Aunque no hay consenso entre los historiadores, se ha solido identificar al monje Grigori Otrépiev con el zar Demetrio I el Impostor (1605-1606). Éste, haciéndose pasar por Dmitri Ivánovich —hijo del zar Iván el Terrible, a quien se creía muerto desde 1591, a la edad de ocho años—, consiguió derrocar en 1605, gracias al apoyo polaco, al joven zar Teodoro II (1605), hijo y sucesor de Borís Godunov, ocupando el trono de Moscú. Sin embargo, antes de un año estalló un levantamiento contra él y contra sus protectores polacos: en el asalto al Kremlin, Demetrio fue asesinado, y su cuerpo fue quemado; además, dispararon sus cenizas en un cañón que apuntaba hacia Polonia. Antes incluso de su llegada al poder, en enero de 1605, el patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa, Job, contrario a sus pretensiones, lo había declarado maldito «en este y en el otro mundo».

[188] Con esa imagen irreverente (la «lomera» —*cheressedélnik* en ruso— es, según el *DRAE*, la «correa que se acomoda en el lomo de la caballería, para que mantenga en su lugar las demás piezas de la guarnición») el personaje se refiere al llamado *orarion*, una especie de estola estrecha que forma parte de la vestimenta litúrgica de diáconos y subdiáconos de la Iglesia ortodoxa y la Iglesia católica de rito oriental.

[189] Como ya señalamos, el *vershok* equivalía a 4,445 cm; por tanto, el disparo había fallado por poco más de un centímetro.

[190] La reforma del sistema judicial de 1864 trajo consigo, entre otras cosas, la supresión en Rusia de los tribunales diferenciados para los distintos estamentos sociales y su sustitución por unos nuevos tribunales, comunes para el conjunto de la población.

[191] Juan, 1, 11.

[192] Como ya señalamos, la llamada *Madonna Sixtina*, de Rafael, se conserva desde mediados del siglo XVIII en la ciudad de Dresde.

[193] El Consejo de Estado del Imperio ruso fue un órgano legislativo, de carácter consultivo, que existió entre 1806 y 1906; el número de sus miembros, designados por el zar, osciló en los diferentes periodos entre los treinta y cinco y los noventa. En 1906 el Consejo de Estado se convirtió en la cámara alta del parlamento semidemocrático ruso.

[194] La novela *¿Qué hacer?* (1863), del escritor y activista político Nikolái Gavrílovich Chernyshevski (1828-1889), ejerció una enorme influencia en el movimiento revolucionario ruso de la época.

[195] En el llamado *Calendario general*, almanaque publicado entre 1867 y 1917, aparecían, entre otras informaciones, datos relativos a la composición de la población rusa (nacionalidades, confesiones religiosas, etc.).

[196] Se refiere el narrador a la influyente minoría alemana en Rusia. Emperadores como Pedro I y Catalina II fomentaron la inmigración germana, lo que propició la formación de significativas comunidades alemanas en la principales ciudades rusas y en regiones como Crimea, el Cáucaso, el Mar Negro o el Volga medio. Aquí llegó a existir, de 1924 a 1941, una República Autónoma Socialista Soviética de los Alemanes del Volga, con capital en la ciudad de Engels (hasta 1931, Pokrovsk). Según el censo de 1914, el número de ruso-alemanes rondaba los dos millones y medio.

[197] *Fra Diavolo, ou L'hôtellerie de Terracine* (1830), *opéra-comique* del compositor francés Daniel-Françoise Auber (1782-1871).

[198] Puente sobre el río Fontanka, en San Petersburgo.

[199] Huraño benéfico. *Le Bourru bienfaisant* es una comedia, escrita en francés, del veneciano Carlo Goldoni (1707-1793); estrenada en 1771 en París, en 1772 ya había sido traducida al ruso por el poeta Mijaíl Vasílievich Jrapovitski (1758-1819).

[200] La alternancia entre el trato de «tú» y de «usted», asociada a los cambios de humor de los interlocutores, es relativamente común en la prosa rusa.

[201] Glúpov (la «Ciudad de los Tontos») es el nombre de la ciudad imaginaria donde se desarrolla la novela *Historia de una ciudad* (1870), obra de Mijaíl Evgráfovich Saltykov-Shchedrín (1826-1889).

[202] ¡Que una sangre impura riegue nuestros surcos!

[203] Canción popular vienesa (más conocida como *O, du lieber Augustin*), de la que hay constancia desde comienzos del siglo XIX, si bien se atribuye al músico y poeta Marx Augustin (1643-1685).

[204] «Ni una pulgada de nuestro territorio, ni una piedra de nuestras fortalezas»: estas palabras forman parte de la declaración del 6 de septiembre de 1870 del entonces vicepresidente y ministro de asuntos exteriores francés, Jules Favre (1809-1880) —mencionado más abajo en el texto—, en respuesta a las exigencias territoriales de la Prusia de Bismarck.

[205] Alusión a las concesiones francesas en el Tratado de Fráncfort (1871), que puso fin a la guerra franco-prusiana (1870-1871): Francia se vio obligada a entregar al naciente Imperio alemán las tierras de Alsacia, Lorena y parte de los Vosgos.

[206] Moscú y San Petersburgo.

[207] Nombre de un popular juego de cartas.

[208] Sopa tradicional rusa, elaborada con distintos tipos de pescados y verduras.

[209] Miembro de un *artel* (cooperativa de trabajadores).

[210] Aunque *milovzory* no es propiamente una palabra rusa (ni del eslavo eclesiástico), su significado vendría a ser algo así como «de hermosa apariencia».

[211] En el siglo XIX, el Senado ruso no era un órgano legislativo, sino esencialmente judicial, con funciones análogas a las de un Tribunal Supremo.

[212] El llamado «medio imperial» (*poluimperial*, en ruso) era una moneda de oro, cuyo valor, antes de la reforma monetaria de 1897, era de cinco rublos.

[213] El *kazachok* (o *kozachok*) es una danza tradicional cosaca, célebre por su ritmo crecientemente acelerado y por sus características acrobacias.

[214] Sí, la comparación puede ser válida. Era como un pequeño cosaco del Don, que daba saltos sobre su propia tumba.

[215] Jean-Baptiste Honoré Raymond Capefigue (1801-1872), historiador y periodista francés, autor de numerosísimas obras históricas de carácter divulgativo, así como de biografías de personajes ilustres.

[216] La noticia de la emancipación de los siervos, que tuvo lugar, como ya se ha señalado anteriormente, el 19 de febrero (3 de marzo, según el calendario gregoriano) de 1861.

[217] Lo he olvidado.

[218] Cita inexacta de unos versos del poema *Hubo en el mundo un pobre caballero* (1829), de Pushkin.

[219] Verso del poema *El héroe* (1830), de Aleksandr Pushkin; en el comienzo del poema se habla de una «lengua de fuego».

[220] Carl Christoph Vogt (1817-1895), naturalista alemán; Jacob Moleschott (1822-1893), fisiólogo y filósofo holandés; Friedrich Karl Christian Ludwig Büchner (1824-1899), filósofo y médico alemán. Se trata de tres figuras representativas del pensamiento materialista del siglo XIX.

[221] Se trata de *El pasado y las ideas* (1868), libro de memorias de Aleksandr Herzen.

[222] Desenvoltura, falta de modales.

[223] Sin que lo parezca.

[224] Se trata de una parodia del poema *Un estudiante* (1868), del escritor y revolucionario Nikolái Platónovich Ogariov (1813-1877), estrecho amigo y colaborador de Aleksandr Herzen.

[225] Fogosidad, ímpetu.

[226] La Tercera Sección de la Oficina Personal de su Majestad el Emperador se encargaba, entre otros asuntos, de la censura o de la vigilancia de los extranjeros residentes en Rusia, así como de la persecución de los delitos de tipo político.

[227] Kondrati Fiódorovich Ryléiev (1795-1826), poeta y activista político, fue uno de los cinco líderes decembristas ejecutados tras el fracaso de la insurrección liberal de diciembre de 1825; *Pensamientos* (1825) fue una de las dos obras poéticas que vio publicadas en vida.

[228] En la Tabla de Rangos del Imperio ruso, el asesor colegiado ocupaba el octavo nivel de los catorce existentes entre los funcionarios civiles.

[229] Especie de chaquetilla corta y sin botones, forrada o guateada, típica del traje nacional ruso femenino.

[230] Puede tratarse de una alusión a la novela *¡En ruta, en camino!* (1864), de Piotr Dmítrievich Boborykin (1836-1921).

[231] La fiesta de la Protección de la Madre de Dios o del Manto de la Virgen (el llamado *Pokrov*), una de las más importantes del calendario litúrgico ortodoxo, se celebraba el día 1 de octubre (14 de octubre según el calendario gregoriano).

[232] En el original se habla unas veces del «cumpleaños» (*den rozhdenia*) y otras de la «onomástica» (*imeniny*) del personaje; hay que tener en cuenta que en Rusia, como en otros lugares, era corriente dar al recién nacido el nombre del santo del día de su nacimiento (o, alternativamente, de su bautizo), de modo que cumpleaños y onomástica a menudo coincidían en la misma fecha.

[233] En las iglesias ortodoxas, un *analoguion* es una especie de atril en el que se colocan iconos y libros litúrgicos. Durante la ceremonia del matrimonio —que, como ya se comentó, incluye un ritual de imposición de coronas a los contrayentes —, éstos se sitúan junto a un *analoguion*.

[234] El término *mílenki* («querido, cariño») que emplea, y entrecomilla, Dostoyevski en el original es una alusión a *¿Qué hacer?*, la célebre novela de Chernyshevski; en ella la protagonista, Vera Pávlovna, utiliza reiteradamente ese apelativo para dirigirse a Dmitri Lopujov, su marido.

[235] El personaje está inspirado en la figura de Iván Gavrílovich Pryzhov (1827-1885); este historiador y etnógrafo, miembro de la sociedad secreta *Naródnaia rasprava* [La represalia del pueblo], fundada y dirigida por Serguéi Necháiev, había publicado, entre otros muchos libros y artículos, una documentada *Historia de las tabernas en Rusia en relación con la historia del pueblo ruso* (1868).

[236] La revista *Kolokol* [La Campana], dirigida por Aleksandr Herzen y Nikolái Ogariov, fue publicada, primero en Londres y después en Ginebra, entre 1857 y 1867.

[237] Se trata de una nueva alusión irónica a *¿Qué hacer?*, de Chernyshevski: en el cuarto sueño de la protagonista, Vera Pávlovna, aparece un moderno edificio de cristal con columnas y otros elementos de aluminio, que llaman la atención del personaje.

[238] Los pensadores franceses Charles Fourier —mencionado ya en los primeros capítulos de la novela— y Étienne Cabet (1788-1856) son dos figuras destacadas del socialismo utópico premarxista; en cuanto a Pierre-Joseph Proudhon (1809-1865), filósofo y revolucionario francés, fue uno de los pioneros del movimiento anarquista.

[239] Hay que tener en cuenta que desde finales del siglo XVIII, como consecuencia de la desmembración y ocupación de las tierras de Polonia, el reino de Prusia (desde 1871, el Imperio alemán) y el Imperio ruso compartían frontera.

[240] La llamada Suiza Sajona, una zona montañosa de gran valor paisajístico y recreativo, está situada en el valle del Elba, en las cercanías de Dresde.

[241] Personaje del folclore ruso, protagonista de numerosos cuentos fantásticos; generalmente se trata del menor de los tres hijos de un zar, y ha de superar una serie de pruebas —a menudo enfrentado al malvado Koshchéi el Inmortal—, antes de hacerse con el trono y con la mano de la princesa.

[242] La expresión está tomada de *El pasado y las ideas*, de Herzen, donde aparece referida al célebre anarquista ruso Mijaíl Aleksándrovich Bakunin (1815-1876).

[243] Émile Littré (1801-1881) fue un filósofo positivista francés, discípulo de Auguste Comte; no obstante, la tesis de que el crimen es una forma de demencia no es suya, sino del matemático, astrónomo, sociólogo y criminólogo belga

Lambert Adolphe Quetelet (1796-1874).

[244] El *vedró* (literalmente, «cubo») era una antigua medida rusa de capacidad, equivalente a 12,29 litros (en este caso, naturalmente, de vodka).

[245] Entre los *skoptsy*, secta religiosa de la que ya se ha hecho mención anteriormente, circulaban diferentes leyendas de carácter mesiánico.

[246] Danila Filíppovich (no «Iván» Filíppovich, como dice el personaje) fue un reformador religioso ruso del siglo XVII, fundador de la secta cismática de los flagelantes (en ruso, *jlysty*), célebres por sus sesiones de trance colectivo, con cánticos y danzas frenéticas. Según la leyenda, Danila Filíppovich se consideraba la encarnación terrestre del dios Sebaot (que, en realidad, es uno de los nombres bíblicos de Dios: «el Señor de los ejércitos»).

[247] Perdón, he olvidado su nombre. No es del país.

[248] Algo de bruto y de alemán en su fisonomía. Se llama Rosenthal.

[249] ¿Lo conoce usted? Un tanto aturdido y satisfecho en el semblante, aunque muy severo, estirado y serio.

[250] Sé de qué me hablo.

[251] Sí, me acuerdo, ha empleado esa palabra.

[252] Se mantenía a distancia.

[253] En fin, parecía creer que iba a echarme encima de él inmediatamente y que iba a empezar a molerlo a palos. Todas esas personas de baja condición son así.

[254] Hace ya veinte años que estoy preparado.

[255] Me he mostrado digno y tranquilo.

[256] Y, en fin, todo eso.

[257] Y algunos de mis esbozos históricos, críticos y políticos.

[258] Sí, eso es.

[259] Estaba solo, completamente solo.

[260] En la antesala, sí, me acuerdo de eso, y luego…

[261] Yo estaba sobreexcitado, vea. Él hablaba y hablaba… un montón de cosas.

[262] Yo estaba sobreexcitado, pero digno, se lo aseguro.

[263] Sabe, ha pronunciado el nombre de Teliátnikov.

[264] Que aún me debe quince rublos del *yeralash*, dicho sea de paso. En fin, no he entendido demasiado.

[265] ¿Qué cree usted? El caso es que ha aceptado.

[266] Tan amigos, estoy muy contento.

[267] Mis enemigos… y, además, ¿qué falta hace ese fiscal, ese cerdo de fiscal que tenemos, que me ha faltado al respeto dos veces y al que zurramos a gusto el año pasado en casa de la bella y encantadora Natalia Pávlovna, cuando él se escondió en su tocador. Y además, amigo mío.

[268] Cuando uno tiene ciertas cosas en su cuarto, y vienen a detenerlo.

[269] Aléjela.

[270] Y además eso me molesta.

[271] Hay que estar preparado, ya lo ve, […] en cualquier momento…

[272] Viene de la época de San Petersburgo.

[273] Carromato ruso cubierto.

[274] En las primeras páginas de la novela ya se había destacado el parecido físico de Stepán Trofímovich con el escritor Néstor Kúkolnik o, más bien, con el retrato que de éste había realizado el pintor Karl Briullov.

[275] ¡Usted me tiene por uno de ellos!

[276] ¡Con esos libertinos de la vileza!

[277] Que voy a ir a montar un escándalo.

[278] Hoy mi carrera ha terminado, lo presiento.

[279] ¿Qué sabe usted de eso?

[280] Ella sospechará de mí toda la vida…

[281] Es inverosímil… Y además las mujeres…

[282] Hay que mostrarse digno y tranquilo con Lembke.

[283] ¡Oh, créame, estaré tranquilo!

[284] A la altura de todo lo más sagrado…

[285] ¡Vamos!

[286] Es una cita, algo alterada, de los *Apuntes de un cazador* (1852), de Turguénev, concretamente del relato titulado «Mi vecino Radílov».

[287] Todo sucede para bien en el mejor de los mundos posibles.

[288] El equívoco está ya en el original. Tanto el español «filibustero» como el ruso *flibustier* (en plural, *flibustiery*) proceden del francés *flibustier* (aunque el origen último del término parece encontrarse en el neerlandés *vrijbuiter*). Por otra parte, Flibustiérov es un apellido insólito en ruso.

[289] El narrador parece olvidar que, según se cuenta al principio de este mismo capítulo, los obreros se habían quitado respetuosamente las gorras mientras aguardaban delante de la residencia del gobernador. Por lo demás, la escena evoca y parodia dos situaciones análogas protagonizadas por el emperador Nicolás I: tanto en diciembre de 1825, con ocasión de su proclamación (marcada por el fracasado levantamiento de los decembristas), como en junio de 1831, a raíz de unos alborotos motivados por el estallido de una epidemia de cólera en San Petersburgo, el zar, según diversos testimonios, se encaró con la multitud y ordenó personalmente descubrirse y arrodillarse a los congregados.

[290] Posiblemente alude, más que a montañas naturales, a unas estructuras de madera que se recubrían de nieve y por las que se descendía en trineo. Esas rampas artificiales, de las que hay noticias desde el siglo XVII, son el precedente de las modernas «montañas rusas» de los parques de atracciones. Curiosamente, el término nunca se ha impuesto en Rusia, donde se les ha dado el nombre de «montañas americanas» (*amerikanskie gorki*).

[291] Ha sonado mi hora.

[292] No hace usted más que tonterías.

[293] Como ya señalamos al comienzo del libro, la figura del medievalista Timoféi Granovski parece haber inspirado, en opinión de los críticos, bastantes de

los rasgos del personaje de Stepán Trofímovich.

[294] Chistes.

[295] Y como uno encuentra por todas partes más monjes que razón: la frase, de Pascal, ya había sido citada en el capítulo segundo de la primera parte.

[296] Es la única vez en la novela en que se menciona el nombre de pila y el patronímico de Karmazínov.

[297] Y dejémoslo ahí, querido mío.

[298] Este personaje aparece en la segunda parte de *Las almas muertas*, de Gógol; se trata de un terrateniente ocioso que constituye, en algunos aspectos, un precedente del célebre protagonista de *Oblómov* (1859), la novela de Iván Aleksándrovich Goncharov (1812-1891).

[299] Prenda de abrigo tradicional rusa, fruncida en la cintura.

[300] El *orgeat* (en ruso, *orshad*) es un sirope, de origen francés, confeccionado a base de leche de almendras, azúcar y azahar; al igual que ocurre con el término «horchata», deriva del latín *(aqua) hordeata*, «agua de cebada», aunque ambas bebidas prescindieron hace mucho tiempo de este ingrediente.

[301] La torre de Sújarev, situada en el llamado Anillo de Jardines de la capital rusa, en la intersección con la actual calle Srétenka, fue erigida en 1695 a instancias del zar Pedro I; durante más de dos siglos fue uno de los más célebres símbolos arquitectónicos de Moscú, hasta su demolición en 1934, por una decisión de las autoridades soviéticas muy contestada en su momento. Ha habido algunas propuestas posteriores de reconstruir la torre, pero nunca han llegado a materializarse.

[302] Según la leyenda, Anco Marcio fue el cuarto rey de Roma (habría reinado, aproximadamente, del 641 a. C. al 617 a. C.) y el último de origen sabino, antes del advenimiento de los reyes etruscos; se le atribuyen numerosas construcciones públicas en la ciudad.

[303] Alusión a Mateo, 11, 28.

[304] Como ya señalamos en la primera parte, se trata del protagonista, descreído y fatalista, de la novela *Un héroe de nuestro tiempo*, de Lérmontov.

[305] Es la estupidez en su esencia más pura, algo así como una sustancia química simple.

[306] Alusión a Mateo, 10, 14 y Marcos, 6, 11.

[307] La Guerra de Crimea (1853-1856) enfrentó a Rusia con el Imperio otomano, el Reino Unido, Francia y el Reino de Piamonte y Cerdeña.

[308] Durante el reinado de Nicolás I fueron bastantes los escritores (algunos de la talla de Viázemski, Tiútchev o Goncharov) que sirvieron como censores gubernativos.

[309] Para preservar el orden con ayuda de las varas de abedul empleadas en los castigos corporales, se entiende.

[310] En 1862 se erigió en la ciudad de Veliki Nóvgorod el Monumento al Milenario de Rusia, coronado por un gran orbe, con un ángel y una cruz. Está situado enfrente de la catedral de Santa Sofía, la más antigua de toda Rusia (fue construida entre 1045 y 1052).

[311] Dios le perdone, amigo mío, y Dios le guarde.

[312] Con el tiempo.

[313] Esa pobre gente tiene a veces expresiones encantadoras y llenas de filosofía.

[314] ¡Oh, son unos pobres inútiles y nada más, unos imbéciles, ésa es la palabra!

[315] Ayer estaba tan ingenioso.

[316] No se trata de una expresión proverbial ni de una locución rusa, sino de una alusión a una fábula del poeta clasicista Iván Ivánovich Chemnitzer (1745-1784), titulada precisamente *El burro verde*. En ella, un asno pintado de ese color despierta en un principio la atención de los vecinos, pero éstos no tardan en cansarse de esa novedad extravagante.

[317] ¡Qué vergüenza!

[318] *Birzhevye védomosti* [Noticias de la Bolsa], diario de información política, económica y cultural, publicado en San Petersburgo entre 1861 y 1917.

[319] Usted me perdonará, encantadora dama, ¿no es así?

[320] Como apunta poco después un personaje, se trata de una alusión al diario *Golos* [La Voz], publicado de 1863 a 1883 en San Petersburgo por el periodista y editor Andréi Aleksándrovich Kraievski (1810-1889), conocido por su

labor al frente de la prestigiosa revista literaria *Otéchestvennye zapiski* [Anales de la Patria].

[321] Esa extravagante cabecera alude al popular periódico *Moskovskie védomosti* [Noticias de Moscú]. La publicación, nacida en 1756 como órgano de la Universidad de Moscú (a la que estuvo formalmente vinculada hasta 1909), sobrevivió hasta 1917. Entre 1863 y 1887 su editor fue el influyente periodista Mijaíl Nikíforovich Katkov (1818-1887), quien imprimió al diario una orientación crecientemente reaccionaria.

[322] Como ya señalamos en la primera parte, Nastasia Koróbochka es un personaje de *Almas muertas*, de Gógol; la palabra *koróbochka*, literalmente, significa «cajita», lo que permite el juego de palabras, difícilmente traducible.

[323] La *kamárinskaia*, canción y danza popular rusa (de la que ya se hizo mención en la primera parte), se caracterizaba por el carácter satírico y el tono procaz de su letra, especialmente en algunas de sus variantes, que fueron objeto de censura.

[324] La dignidad de protopope o protopresbítero (variante que ya apareció en la primera parte) en la Iglesia ortodoxa es análoga a la de arcipreste entre el clero católico.

[325] Se trata de una cita de la comedia *La desgracia de ser inteligente* (1825), obra del dramaturgo ruso Aleksandr Serguéievich Griboiédov (1795-1829).

[326] Como el adverbio *velmí* («sobremanera, enormemente»); el uso de eslavonismos, propios de la lengua eclesiástica, podía interpretarse también —como ocurre a menudo con los rasgos propios de todo estilo elevado— como un guiño irónico.

[327] Novela breve de Aleksandr Vasílievich Druzhinin (1824-1864), traductor, crítico literario y narrador; la obra, publicada en 1847, refleja la influencia de George Sand en su tratamiento de la cuestión femenina.

[328] Es usted desdichada, ¿verdad?

[329] Todos somos desdichados, pero hay que perdonarlos a todos. Perdonemos, Liza.

[330] En casa de ese comerciante, si es que, a pesar de todo, existe ese comerciante.

[331] Pero ¿sabe usted qué hora es?

[332] ¿Existe Rusia? ¡Bah, es usted, querido capitán!

[333] Se trata de una alusión a la novela breve *La pobre Liza* (1792), obra del historiador y narrador Nikolái Mijáilovich Karamzín (1766-1826), principal figura del sentimentalismo prerromántico ruso.

[334] El *shtof* era una unidad rusa de volumen, equivalente a 1,23 litros, aproximadamente.

[335] Se trata de nombres habituales en el callejero de las localidades rusas, por los correspondientes monasterios o iglesias consagrados a la Ascensión (*Voznesenie*) y la Epifanía (*Bogoiavlenie*) de Cristo. No sorprende, por tanto, que la «nihilista» Maria Shátova se refiera a esos nombres de calles con desdén.

[336] Moneda de cinco kopeks.

[337] Ochenta kopeks.

[338] Se trata de una nueva alusión a la novela *¿Qué hacer?*, de Chernyshevski. Tras la publicación de la obra en 1863 fueron muchos los jóvenes rusos que, siguiendo los pasos de la protagonista, Vera Pávlovna, pusieron en marcha cooperativas (talleres, escuelas, imprentas, etc.) inspiradas en principios socialistas.

[339] En 1793 se inició la fase del «Terror» en la Revolución francesa.

[340] Como ya hemos señalado, en la narrativa rusa son relativamente comunes estas alternancias en el trato.

[341] Cita aproximada de Lucas, 12, 2 y de Mateo, 10, 26.

[342] Lucas, 23, 43.

[343] De Kiriloff, gentilhombre ruso y ciudadano del mundo.

[344] Gárina de soltera.

[345] Ese mercader.

[346] Viva la carretera.

[347] Tengo en total cuarenta rublos; cogerá los rublos y me matará de todos modos.

[348] Eso empieza a ser tranquilizador.

[349] Es muy tranquilizador.

[350] Es tranquilizador en grado sumo.

[351] Yo soy otra cosa.

[352] Sí, así se podría traducir.

[353] Medio rublo.

[354] Mejor así, tengo en total cuarenta rublos, pero…

[355] Como ya hemos señalado, el 19 de febrero (3 de marzo) de 1861 fue abolido oficialmente el régimen de servidumbre en Rusia.

[356] Ella lo ha querido.

[357] Un dedo de aguardiente.

[358] Una gotita de nada.

[359] Antigua medida rusa de capacidad, equivalente a un cuarto de *shtof*, esto es, a poco más de 0,3 litros; también es el nombre de la botella de esa capacidad.

[360] Estoy completamente enfermo, pero tampoco es algo tan malo estar enfermo.

[361] Una dama, y tenía aire de dama.

[362] Eh… pero creo que es el Evangelio.

[363] Es usted eso que llaman.

[364] No tengo nada contra el Evangelio, y…

[365] Joseph Ernest Renan (1823-1892), filólogo, historiador y filósofo francés; la *Vida de Jesús* (1863) es el primero, y el más famoso, de los siete tomos de su *Historia de los orígenes del cristianismo* (1863-1883).

[366] Me parece que todo el mundo va a Spásov.

[367] Los billetes grises eran de doscientos rublos, los irisados de cien.

[368] Pero es una dama, y de lo más respetable.

[369] Este terroncito de azúcar no es nada…

[370] La decencia en toda su pureza.

[371] No tiene usted treinta años.

[372] ¡Esos bellacos, esos desgraciados…!

[373] Bah, me estoy volviendo egoísta.

[374] Pero qué le pasa a ese hombre.

[375] Mi nueva y querida amiga.

[376] Pero ¿qué hacer?, y ¡yo estoy encantado!

[377] La *brichka* (o *britzka*) era un carruaje ligero, pero generalmente espacioso, empleado sobre todo en viajes largos.

[378] ¿Verdad?

[379] Yo amo al pueblo, es algo indispensable, pero me parece que nunca lo había visto de cerca… Nastasia… no hace falta decir que también es del pueblo… pero el pueblo de verdad.

[380] Querida e incomparable amiga.

[381] Querida inocente. El Evangelio… Verá, a partir de ahora vamos a predicarlo juntos.

[382] Algo muy novedoso en este género.

[383] Es algo admitido.

[384] Y a esa querida ingrata…

[385] Querida e incomparable, para mí una mujer lo es todo.

[386] Empieza a hacer demasiado frío. A propósito, tengo en total cuarenta rublos y aquí está el dinero.

[387] No sigamos hablando, porque me quedo muy disgustado.

[388] Porque tenemos que hablar.

[389] Sí, tengo muchas cosas que decirle, querida amiga.

[390] Como ya hemos señalado anteriormente, el *sazhen* equivalía a unos 2,13 m, de modo que la orilla del lago estaba a algo más de veinte metros de la isba.

[391] ¿Cómo? ¿Usted ya sabe mi nombre?

[392] Basta, mi niña.

[393] Tenemos nuestro dinero, y después… y después el buen Dios.

[394] Basta, basta, usted me hace sufrir.

[395] No pasa nada, esperaremos.

[396] ¡Es usted noble como una marquesa!

[397] ¡Como en su libro!

[398] ¿Tan enfermo estoy? Pero no es nada serio…

[399] Oh, me acuerdo, sí, el Apocalipsis. Lea, lea.

[400] Apocalipsis, 3, 14-17.

[401] Partiremos juntos.

[402] Esos cerdos…

[403] Lucas, 8, 32-36.

[404] Sí, esta Rusia que siempre he amado.

[405] Y los otros con él.

[406] Usted lo entenderá más tarde… Lo entenderemos juntos.

[407] Mira, un lago.

[408] Y predicaré el Evangelio…

[409] Es un ángel… Ha sido más que un ángel para mí.

[410] La he amado toda mi vida… ¡veinte años!

[411] Un caldo, un té… en fin, es tan feliz.

[412] Padre, se lo agradezco, y es usted muy bueno, pero…

[413] Ésta es mi profesión de fe.

[414] He mentido toda mi vida.

[415] Es decir, en Siberia.

[416] Cantón de la Suiza central, de habla alemana, con capital en Altdorf; este cantón se menciona ya en *El idiota*, del propio Dostoyevski.

[417] Como señalamos en la nota inicial al texto, éste iba a ser el capítulo IX de la segunda parte de la novela, pero fue rechazado por el editor, debido a lo escabroso de su contenido. El capítulo acabó perdiéndose, y no fue recuperado hasta 1922. A menudo ha sido publicado con el título de «La confesión de Stavroguin».

[418] La guerra de Crimea (1853-1856).

[419] Alude a una anécdota apócrifa de la Revolución francesa, recogida por el propio Dostoyevski en su artículo *Historia del padre Nil* (1873). En él cuenta cómo un obrero, armado con una espada, le preguntó al arzobispo de París si creía en Dios, a lo cual éste respondió: «*Très peu*» [muy poco]. La respuesta conciliadora del arzobispo no evitó que el obrero, acusándolo de haber estado engañando al pueblo, acabara con su vida.

[420] Tradicionalmente, la Biblia y los textos litúrgicos se recitaban y leían en eslavo eclesiástico, no en ruso vernáculo; la primera edición, muy parcial (únicamente los cuatro evangelios), de la Biblia en ruso data de 1818, y en 1822 se publicó el Nuevo Testamento completo. Pero la primera versión íntegra de la Biblia en ruso moderno, traducida bajo la dirección del Santo Sínodo de la Iglesia ortodoxa rusa, no vio la luz hasta 1876, es decir, varios años después de la redacción de *Los demonios*.

[421] Apocalipsis, 3, 14-17. En el capítulo séptimo de la tercera parte de la novela aparece una variante ligeramente distinta de este pasaje; hay que tener en cuenta que Tijon recita de memoria y que, de hecho, combina expresiones tomadas de las dos versiones del texto (en ruso y en eslavo eclesiástico) que, presumiblemente, manejaría.

[422] La referencia a la nacionalidad rusa de estos menestrales tiene sentido, dado que en San Petersburgo eran muchos los artesanos, comerciantes, profesionales liberales, etc., de otros orígenes, especialmente alemanes.

[423] Vizconde.

[424] Es decir, la masturbación. El filósofo suizo Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) así lo declara en el Libro Tercero de sus *Confesiones* (1765-1770).

[425] Zona tradicional de San Petersburgo, situada entre los ríos Pequeño Nevá y Nevka.

[426] Claude Gellée (c. 1600-1682), conocido como Claude Lorraine o Claudio de Lorena, fue un pintor francés afincado en Italia; destacó especialmente como paisajista.

[427] Antes se ha dicho que tenía «unos catorce años»; puede ser un despiste del autor, pero también podría tratarse de una referencia imprecisa a la edad de la niña.

[428] Fórmula que se incluye en las oraciones ortodoxas para el perdón de los pecados.

[429] Mateo, 18, 6.

[430] Un *stárets* era un monje de reconocida virtud y vida ascética, consagrada a la meditación y la penitencia, que actuaba como maestro y consejero en los monasterios ortodoxos.